

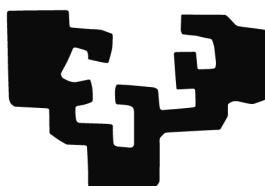
TESIS DOCTORAL

DEPARTAMENTO DE PERIODISMO

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y DE LA  
COMUNICACIÓN

UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO/EUSKAL HERRIKO  
UNIBERTSITATEA (UPV/EHU)

eman ta zabal zazu



Universidad  
del País Vasco

Euskal Herriko  
Unibertsitatea

LA CORRIENTE CRÍTICA ESENCIALISTA DE LA CRÓNICA  
TAURINA (1965-2002)  
ANTECEDENTES, DESARROLLO, AUGE, Y DESAPARICIÓN

Doctorando: Lcdo. D. Javier García Nieto

Director: Prof. Dr. D. César Coca García

Bilbao, 2022



Para mi tía Juli, que me  
llevó a los toros







## **ÍNDICE**





Introducción .....	13
1. Objetivos, hipótesis, metodología y estado de la cuestión .....	19

PARTE I: EVOLUCIÓN Y CARACTERÍSTICAS DEL  
PERIODISMO TAURINO DEL SIGLO XX

2. periodismo taurino versus crónica taurina. La distancia para la crítica .....	61
2.1. La distancia técnico/afectiva en el trabajo de los informadores y cronistas taurinos .....	63
2.1.1. La disyuntiva de informadores y críticos taurinos .....	67
2.2. La superación de la distancia técnico/afectiva en la información taurina .....	69
2.2.1. La dificultad de ser periodista taurino y aficionado .....	70
2.2.2. La crítica taurina: entre el partidismo condescendiente y la denuncia .....	75
2.3. Un mismo espectáculo con dos miradas diferentes .....	80
2.3.1. Un apunte sobre torismo y torerismo .....	88
2.3.2. La doble perspectiva de entendimiento de los cronistas taurinos .....	101
2.4. El reflejo de la doble perspectiva en el discurso taurino .....	106
2.4.1. El partidismo de rivalidad en los cronistas taurinos .....	116
2.4.2. La desaparición del partidismo de rivalidad y de la adjunción de los cronistas taurinos .....	124
3. Evolución de la Fiesta y de la crítica taurina en el periodo de postguerra .....	129
3.1. El caos de la posguerra como punto de partida de la división definitiva de perspectivas .....	131
3.1.1. La reducción de las proporciones del toro: tamaño y defensas .....	133
3.1.2. Manolete y el segundo cataclismo conceptual .....	143
3.1.2.1. Dispersión conceptual definitiva en la fiesta de los toros. La llegada del «encimismo» de la mano de Carlos Arruza .....	152
3.1.2.2. Del «encimismo» al «tremendismo» .....	159
3.1.3 El condicionante de la publicidad y el «sobre» en la comunicación taurina .....	177
4. El esencialismo como respuesta a la decadencia del espectáculo .....	189
4.1. El público esencialista .....	192
4.2. El esencialismo desde el plano intelectual .....	196
4.3. La prensa esencialista .....	207
4.3.1. Dos autores previos a la corriente crítica esencialista: José María del Rey Caballero, <i>Selipoe</i> , y Antonio Díaz-Cañabate .....	208
4.3.1.1. José María del Rey Caballero, <i>Selipe</i> .....	209
4.3.1.2. Antonio Díaz-Cañabate .....	217
4.3.2. Otras voces en prensa desde el esencialismo .....	223
4.4. El hito de la denuncia del fraude del «afeitado» .....	232
4.5. La reclamación de la vuelta al clasicismo .....	242
4.6. La denuncia de la publicidad y la crítica taurina subvencionada .....	249

PARTE II: LA CORRIENTE CRÍTICA ESENCIALISTA  
DE LA CRÓNICA TAURINA

5. Desarrollo, radicalización y apogeo del esencialismo en la prensa escrita: la Corriente Crítica Esencialista en la crónica taurina: 1965-2002 .....	257
5.1. Radicalización del discurso esencialista: la Corriente Crítica Esencialista .....	259
5.1.1. Vectores del discurso esencialista radical .....	264
5.1.1.1. El toro íntegro como fundamento de la emoción necesaria .....	264
5.1.1.2. El canon artístico como fundamento para la crítica .....	267

5.1.1.2.a. El pase natural como paradigma del canon artístico para los escritores esencilistas .....	280
5.1.1.3. La excelencia como referencia de la crónica esencialista.....	328
6. Etapas y cronistas más relevantes de la Corriente Crítica Esencialista .....	336
6.1. Primera etapa: surgimiento (1965-1976). De la censura absoluta a la Ley Fraga .....	338
6.1.1. La lucha por la dignificación del espectáculo .....	342
6.1.2. Vicente Zabala Portolés .....	346
6.1.2.1. Primero, ¡el toro! .....	357
6.1.2.1.a. El toro íntegro como base insustituible de la nueva fiesta.....	359
6.1.2.1.b. El toro auténtico da grandeza, emoción y seriedad al espectáculo.....	363
6.1.2.1.c. La exigencia en la presentación, el comportamiento ético del ganadero.....	371
6.1.2.1.d. El concepto de trapío: edad, peso y pitones .....	385
6.1.2.1.e. La conducta del toro: la bravura, la casta, la nobleza y la fuerza .....	391
6.1.2.1.f. El toro íntegro como elemento autenticador del espectáculo que coloca a cada cual en el verdadero sitio que le corresponde .....	400
6.1.2.1.g. El toro íntegro: reconocimiento a los ganaderos íntegros .....	405
6.1.3. Alfonso Navalón Grande .....	418
6.1.3.1. La guerra contra el fraude del «afeitado» .....	445
6.1.3.2. Los «perritorios» .....	483
6.1.4. Otros escritores esencialistas importantes de la primera etapa .....	490
6.1.5. Hitos de la primera etapa: el libro de registro de ganaderías, las campañas contra el «afeitado» y la destitución del presidente Pangua .....	494
6.1.5.1. El Libro de Registro de Ganaderías.....	497
6.1.5.2. Las campañas en contra del fraude del «afeitado» .....	517
6.1.5.2.a. Primera campaña, 1969 .....	518
6.1.5.2.b. Segunda campaña, 1971 .....	539
6.1.5.3. La destitución del comisario Pangua .....	574
6.2. Segunda etapa: intermedia o de incertidumbre (1976-1989). La «Transición» taurina .....	599
6.2.1. Prensa del régimen y prensa en libertad: entre <i>El Alcázar</i> y <i>El País</i> .....	600
6.2.2. Joaquín Vidal Vizcarro .....	604
6.2.2.1. La degeneración de la suerte de varas: la «acorazada de picar».....	624
6.2.2.1.a. El fraude de los «manguitos», los puyazos traseros y los abusos de «El Pimpi» (1976-1983) .....	631
6.2.2.1.b. Lucha sin cuartel contra la «acorazada de picar», (1984-1993).....	645
6.2.2.1.c. Una guerra sin final. La rabia acumulada (1994-2001).....	684
6.2.3. Hitos de la segunda etapa. La «transición taurina»; Antoñete y Rafael de Paula .....	704
6.2.3.1. La Fiesta es progresista. La «Transición» taurina .....	705
6.2.3.1.a. El final de la «Transición» taurina .....	714
6.2.3.2. La solemnidad trágica de Antoñete en la conexión de la sociedad con la Tauromaquia.....	718
6.2.3.3. Rafael de Paula o la revolución artística ante el toro de Martínez Benavides. ....	734
6.3. Tercera etapa. Plenitud (1989-2002).....	744
6.3.1. La Fiesta está de moda; el esencialismo, también.....	745
6.3.1.1. La televisión y los toros. La sobre exposición de la Fiesta.....	748
6.3.3. Francisco Apaolaza Banastier.....	758
6.3.3.1. Los sitios de torear en una fiesta con dos caras .....	763
6.3.3.1.a. La observación prudente de una fiesta con dos caras: las dos caras de la luna .....	764
6.3.3.1.b. Los sitios de torear y los sitios donde no se torea .....	782
6.3.4. Javier Villán Zapatero.....	828
6.3.4.1. José Tomás o el renacimiento de la liturgia esencial.....	835
6.3.4.1.a. Del «tomasismo» al «tomismo» .....	856
6.3.5. Hitos de la tercera etapa: el sueño de Julio Aparicio .....	864

6.3.5.1. El sueño de la perfección conceptual con Julio Aparicio .....	866
6.4. Última etapa. La desaparición de la Corriente Crítica Esencialista.....	873
Conclusiones .....	879
Bibliografía y fuentes .....	887



## **INTRODUCCIÓN**



Puedo afirmar que, sin saberlo en aquel momento, este trabajo se empezó a fraguar el lunes 11 de junio de 1990. El día anterior se había lidiado en Bilbao la llamada corrida de la Prensa, promovida por la Asociación de Periodistas de Vizcaya, festejo que, después de muchos años de ausencia, volvía a celebrarse en la capital vizcaína.

En quinto lugar fue lidiado un sobrero de la ganadería portuguesa de José Luis de Vasconcellos, un toro serio, hondo, cárdeno de color, y complicado, muy complicado en una faena que seguí con interés, miedo y gran emoción, y en la que vi a un diestro, Roberto Domínguez, pelearse contra esa fiera que le ponía en aprietos a cada lance. La intensidad de aquellos momentos se quedó grabada en mi cabeza, lance a lance, embestida a embestida. Fue, para mí, el momento más intenso de la tarde y con ese regusto salí de la plaza de Vista Alegre, con la sensación de haber visto algo importante.

Al día siguiente en su crónica de *El Diario Vasco* Paco Apaolaza, calificaba lo ocurrido en ese quinto toro con dos frases, «Su segundo toro fue manso, violento, incómodo, pero con cierto recorrido y Roberto estuvo decidido pero siempre al son del toro. No fue el torero poderoso aunque terminara su faena con pases de castigo»<sup>1</sup>. Y nada más, nada que tuviera algo que ver con lo que yo, y muchos de los que allí estábamos, vimos y sentimos esa tarde.

La reseña, a parte del enfado que me produjo leer aquella breve explicación que casi nada tenía que ver con lo que yo había vivido, cumplió perfectamente la función periodística de apelar a mi conciencia crítica y sirvió para despertar en mí esa curiosidad innata que tenemos todos los que amamos el Periodismo y nos sentimos periodistas. Es decir, me condujo a preguntarme los porqués y los cómo, las razones de esa interpretación y a saber si esa triste apreciación era fruto de su personal visión, de una posible ojeriza hacia el diestro, o era compartida por más escritores, me condujo, por tanto, a pensar y a investigar un género para mí, a pesar de ser aficionado a los toros, casi desconocido como es la crónica taurina.

Gracias a esa reseña empecé a descubrir que el espectáculo taurino se interpretaba de una doble forma: que lo que para unos escritores era maravilloso, para otros carecía de la menor importancia; que donde unos veían gloria y grandeza, otros

---

<sup>1</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Tarde triunfalista en Bilbao». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 11 de junio de 1990, p.101.

sólo veían miseria, fraude y engaño. Y descubrí también que los cronistas que interpretaban el espectáculo desde esa forma más negativa utilizaban una terminología particular, con términos como «cargar la suerte», torear «fuera de cacho», «con el pico de la muleta», «al hilo del pitón», o «sin cruzarse», y de toros «podridos», «aborregados», «afeitados» y un largo etcétera de aspectos y calificativos que imprimían a los textos un sentido y sobre todo un carácter diferente, ya que casi ninguno de esos términos aparecía en las crónicas de los escritores más fervorosos, los que aplaudían y reconocían méritos a todos los diestros.

Y surgió, en definitiva, la pregunta clave acerca de esa doble interpretación del espectáculo en la necesidad de averiguar si había sido siempre así o tenía un origen concreto en algún momento de la historia del periodismo taurino. Volver hacia atrás, recopilar, analizar, comparar una y otra vez, en definitiva, investigar hasta encontrar el punto de partida de esta pequeña parte del periodismo que es la crónica taurina esencialista, la que en el presente estudio hemos denominado Corriente Crítica Esencialista de la crónica taurina.

Así hasta descubrir que se trata de un movimiento transversal, en medios de comunicación dispares y con un discurso similar, corporativo en ocasiones, que permite ubicar su desarrollo como fenómeno y otorgarle la categoría de corriente crítica, cuyo objetivo primordial es la restauración de la Tauromaquia conforme a unos preceptos perfectamente definidos, compartidos e insoslayables. Una corriente que tratará de marcar distancias con ese espectáculo imperante desde los años cuarenta que está sumido en el folclore y la decadencia, alejado de los preceptos que le dieron grandeza y gloria, y lo harán a partir de la exigencia de la vuelta a la seriedad e integridad del toro como protagonista fundamental, y a partir de la promulgación de un nuevo canon artístico basado en elementos claves, inmutables, como la colocación o disposición del torero a la hora de ejecutar los lances, así como el desprecio a las fórmulas tremendistas, circenses en ocasiones, que nada tienen que ver con el clasicismo.

Y en el plano personal todo esto me sirvió para concluir que aquel lejano día de junio de 1990 yo, espectador ocasional, sólo me había fijado en el torero, y en ningún caso en la condición verdadera del toro, el protagonista esencial, el problema sobre el que hay que aplicar la ecuación concreta en cada momento, por un lado el torero, con su valor y su técnica, y por otro el cronista, con su capacidad analítica, esa capacidad



analítica tan original pero tan precisa que siempre aplicaban los escritores de la Corriente Crítica Esencialista de la crónica taurina.



# **1. OBJETIVOS, HIPÓTESIS, METODOLOGÍA Y ESTADO DE LA CUESTIÓN**



## 1.1) Objetivos del trabajo

El presente trabajo de investigación parte de una base: el surgimiento y desarrollo de un movimiento periodístico crítico en la información taurina que se desarrolla a partir de la segunda mitad de la década de los años sesenta del siglo XX, cuando emerge y adquiere impulso la que en este estudio se ha denominado como Corriente Crítica Esencialista en la crítica taurina. Teniendo ese hecho como referencia básica, son seis los objetivos fundamentales de la investigación que se desarrolla, enumerados a continuación:

1º.-) Aclarar los motivos que pudieron provocar el nacimiento de la Corriente Crítica Esencialista. El estudio de la evolución de la fiesta de los toros a partir de la Guerra Civil ofrece una serie de datos contrastados que indican, por un lado, una dispersión conceptual en el plano artístico y, paralelamente, una reducción de las proporciones de las reses lidiadas, tanto en tamaño, como en peso y defensas. Estos dos hechos cambiarán la fisonomía del espectáculo e incidirán de manera definitiva en la forma de relacionarse con él de los aficionados y de los informadores y cronistas taurinos.

A partir de la contienda bélica se produce una rotura definitiva en el organigrama de la Fiesta que da lugar a una doble perspectiva de entendimiento de la misma que alcanza hasta nuestros días. Por un lado, una perspectiva integrada con el propio espectáculo, que entiende y abraza los postulados que de él emanan y que integra a todo el entramado organizativo además de a buena parte de los informadores y revisteros taurinos; por otro, una perspectiva distante, esencial, que huye de la deriva adquirida y se ubica en una posición de alejamiento permanente al considerar fraudulento casi todo lo que se desarrolla bajo las directrices antes mencionadas.

2º.-) Establecer los antecedentes periodísticos e intelectuales de la corriente. Si el punto de partida de la Corriente Crítica Esencialista de la crítica taurina es, como se afirmaba en la introducción de este apartado, la segunda mitad de la década de los años sesenta del siglo XX, resulta lógico pensar que hay un proceso previo que sirve de soporte a su desarrollo. El objetivo en este sentido es descubrir si realmente hay autores anteriores a esa fecha que puedan ser considerados como una especie de antesala para el trabajo posterior, partiendo de la base de la dispersión conceptual que a su vez daría origen a esa perspectiva distante y esencial de entendimiento y relación con el

espectáculo, y desde ésta posición, escritores y cronistas ubicados ahí como elementos impulsores del movimiento definitivo.

No puede obviarse, y debe ser analizada en su preciso contexto, la influencia socio-política del momento tanto en la Prensa como en la propia fiesta de los toros. Los vaivenes de la época, el estado de dictadura férrea en el que vivía la sociedad con la mayor parte de las libertades individuales conculcadas, marcaron y condicionaron cualquier movimiento, y la información taurina y la propia Fiesta no fueron ajenos a esas circunstancias que impedían un normal desarrollo de las actividades profesionales.

En este sentido, es oportuno preguntarse si la corriente tiene un soporte intelectual previo de algún tipo o si simplemente parte y se desarrolla a partir del trabajo de ciertos informadores taurinos que se sitúan en esa perspectiva distante y esencial.

3º.-) Precisar el nacimiento de la Corriente Crítica Esencialista. El desarrollo de la Corriente Crítica Esencialista no puede ser sino una concatenación de elementos y sucesos previos que desembocan en su nacimiento. Sin embargo, puede resultar complicado determinar con exactitud su punto exacto de partida. A través del análisis de las diferentes causas y procesos previos, el objetivo debe ser por tanto descubrir y determinar ese momento clave en el que el esencialismo en la crítica taurina coge un impulso definitivo.

No es fácil fijar un momento preciso en un tema que no ha sido lo suficientemente investigado, no al menos desde estos planteamientos, y es por eso que el estudio y análisis de autores, circunstancias y hechos concretos debe permitir tanto aportar luz sobre el interesante periodo como establecer una fecha puntual, precisa, que fije el punto de partida de un movimiento tan importante para la información taurina y para la propia fiesta de los toros.

4º.-) Determinación de las etapas de la corriente así como las distintas reivindicaciones que pudieran surgir en cada momento. A partir de la ubicación precisa del nacimiento de la Corriente Crítica Esencialista, se pretenden establecer las diferentes fases por las que atraviesa ese movimiento en los sucesivos años, teniendo en cuenta los factores que rodean el periodo y, particularmente, la fundamental etapa de la Transición y la posible influencia que en la Fiesta pudiera ejercer como el momento político y social más importante desde la Guerra Civil. Del mismo modo que el espectáculo

taurino anterior a la contienda bélica poco, o nada, tiene que ver con la que se desarrolla después, la Fiesta previa a la Democracia no es la misma que la posterior, la que progresivamente se va desarrollando en un clima de libertad y esperanza. Los protagonistas en el plano artístico cambian y del mismo modo cambian los parámetros de funcionamiento del espectáculo.

La estructura del espectáculo permanece inmóvil, sujeta al Reglamento de Espectáculos Taurinos del año 1962, y sin embargo, la Fiesta no puede ser ajena a ese nuevo e ilusionante periodo que cambiará definitivamente al país. Si el desarrollo del periodo democrático no puede determinarse como un proceso uniforme porque está condicionado por las diferentes propuestas políticas de cada momento, con la Fiesta ocurre algo parecido, y está dentro de este objetivo esclarecer cuáles son los planteamientos que desde la Corriente Crítica Esencialista se desarrollan antes y después de la llegada definitiva de la Democracia.

5º.-) Determinar los autores más importantes de cada etapa. Una vez establecidas esas etapas de la Corriente Crítica Esencialista debe quedar claro quiénes son sus protagonistas más importantes en cada una de ellas. Evidentemente, si el movimiento existe, es muy probable que los cronistas taurinos adscritos a él sean muy numerosos en la medida que numerosos son los medios de comunicación escritos que publican información taurina. Sin embargo, el objetivo es descubrir a los más importantes, a los que por algún motivo, bien por el medio en el que escribían bien por el estilo que utilizaban, adquirieron especial relevancia en los distintos periodos.

Lógicamente, esta relevancia vendrá dada en algunos casos por la calidad del cronista, pero en otros será la importancia del medio la que determine el acercamiento a su análisis, teniéndose presente también el tratamiento e importancia que les hayan otorgado otros autores en los diferentes estudios que sobre la materia existen. En este punto no debe perderse la perspectiva del enorme cambio que se produce en la prensa escrita española con la llegada de la Democracia. Los periódicos más importantes de la última fase del periodo dictatorial prácticamente desaparecen en los primeros años de la nueva era en la misma medida que surgen un buen número de nueva cabeceras que ya desarrollan su trabajo bajo la bandera de la libertad. Los cronistas taurinos, normalmente no adscritos, como muchos otros informadores, a ninguna bandería política —no, al menos, de manera declarada— darán ese salto, pasando en poco tiempo

de trabajar en medios sujetos y subvencionados por el régimen franquista a otros independientes.

6º.-) Finalmente, señalar los hitos más relevantes de cada una de las etapas. Lógicamente, cualquier movimiento reivindicativo con cierta presencia social ejerce toda su fuerza para alcanzar los objetivos que dieron lugar a su nacimiento. En ese proceso de lucha sostenida se producen una serie de acontecimientos que, por un lado, permiten conocer la influencia real del movimiento en el desarrollo de la actividad sobre la que pretenden incidir, en este caso la fiesta de los toros, y por otro, su manera de actuar y/o de interpretar y posicionarse frente a la realidad de otros, en la medida que ese posicionamiento pueda servir como calibrador del grado de trascendencia que adquieren los hechos en sí.

En este sentido, se trata de determinar cuáles son esos hitos, si realmente existen y, sobre todo, qué significaron en cada momento histórico de la corriente. Estos objetivos, estas reivindicaciones, evidentemente cambian en la medida que la actividad evoluciona a la par de la sociedad, y más, cuando situamos una parte de su desarrollo en el cambio tan importante producido en la sociedad española de la década de los años setenta con ese paso de la dictadura a la Democracia.

## **1.2) Hipótesis**

El presente trabajo parte del convencimiento de que la historia de la fiesta de los toros, a partir de la mitad de los años sesenta del siglo XX, está marcada por la aparición y desarrollo de la que en el presente estudio se denomina Corriente Crítica Esencialista de la crónica taurina, un movimiento periodístico crítico sin semejanza histórica, que tendrá una importante influencia en la evolución y desarrollo del espectáculo taurino hasta la primera década del siglo XXI. Dentro de esa hipótesis general, se engloban otros supuestos fundamentales que son detallados a continuación:

1ª.-) La existencia de un proceso de cambio generalizado en la Fiesta a todos los niveles después de la Guerra Civil que, a partir de la situación de desesperanza, miedo e incertidumbre, sirve para apuntalar una estructura de funcionamiento diferente que alcanza y penetra en la información y opinión taurina. Un proceso que no debe ser visto como algo lógico dentro de una situación lógica de postguerra, sino como debilidad del sistema que favorece un aprovechamiento y un beneficio por parte de aquellos que



controlan el mismo. Un proceso en el que, además, los cronistas taurinos, casi único bastión de defensa de la autenticidad del espectáculo anterior a la guerra, se ven arrastrados por ese deseo general de recuperación social, y de una manera insospechada, en su mayor parte se hacen partícipes del juego de intereses que poco a poco empieza a ser dominante.

Ese periodo clave de la historia de la Tauromaquia y particularmente de la crónica taurina no es una evolución natural, su evolución natural desde la Edad de Plata, periodo en el que la Fiesta alcanza su gran desarrollo y la crónica taurina una de sus épocas de mayor esplendor. Tampoco es una involución hacia algo anterior, conocido, similar en las posibles debilidades, ya que el espectáculo no tiene que ser reconstruido desde el principio y por tanto no retrocede a un posible punto de partida. Se trataría de una evolución innatural, paralela a la que dictaría la lógica, que si bien es cierto que debería tener su parte de racionalidad como paréntesis hasta la vuelta de la normalidad, se convierte en definitivo, unidireccional, sin vuelta atrás, hasta desfigurar totalmente el espectáculo. En un primer momento, la crónica taurina, lejos de revelarse contra todo, poco a poco se adapta, quedando inmersa, incrustada en ese espectáculo tan diferente al de la década de los primeros años treinta.

2ª.-) La reducción de las proporciones del toro, edad y peso, y su mantenimiento en el tiempo como punto de partida, sin que se produjera, además, un movimiento periodístico crítico claro en contra. Ese proceso de transformación definitivo se sustenta en un factor clave como es la progresiva reducción de las proporciones de las reses que se lidian. En este sentido, no debería atribuirse, ni en ningún caso poner al mismo nivel, a la evolución artística o estética del toreo las futuras asimilaciones conceptuales, ya que éstas sólo pudieron desarrollarse en el marco de una lidia disminuida en tanto había sido disminuido el toro, y en tanto éstas fueron aceptadas por la mayoría de los escritores y cronistas taurinos.

Ese cambio en las proporciones del toro cambia el sentido lógico de la Fiesta, que pasa a admitir elementos conceptuales ilógicos que en una situación de normalidad no se hubieran desarrollado, y progresivamente cambia también el sentido de la crónica taurina. Su reducción permite esa transformación que, como se sustenta en la primera hipótesis, no es una transformación natural, sino una distorsión del espectáculo que por

su importancia condiciona la totalidad del mismo, a la vez que progresivamente sirve para reanimar ciertas conciencias dormidas entre cronistas e intelectuales de la época.

3ª.-) La aparición de una serie de factores nuevos, complementarios y determinantes en la estructura de funcionamiento de la Fiesta y absolutamente condicionantes en el desarrollo de la crónica e información taurina. Si, como se defiende en las hipótesis previas, se instala en el espectáculo un conjunto de cambios que favorecen la transformación de éste a partir del abusivo aprovechamiento de su debilidad estructural y de la reducción de las proporciones de las reses que se lidian, la aparición de otros factores añadidos darían soporte a esa mutación definitiva. De esta manera, deben ser considerados como elementos derivados a la par que adyuvantes tres factores claves: la manipulación fraudulenta de las astas de las reses o «afeitado», la implantación y desarrollo descontrolado de la heterodoxia en el arte de torear, y, por encima de los otros dos, la aparición y posterior expansión de la remuneración intencionada a los cronistas y revisteros taurinos conocida como «sobre» que, junto con la llamada información publicitaria, constituyen el elemento más perturbador para la pretendida independencia de la prensa taurina, favoreciendo que el proceso de decadencia sostenida se perpetúe en el tiempo.

4ª.-) El surgimiento de una doble perspectiva de entendimiento del espectáculo que supera a la previa a la Guerra Civil de la que es partícipe la información y la crónica taurina. Esa transformación que sufre la fiesta de los toros tendría su efecto en la manera de relacionarse con ella a todos los niveles. Si en la etapa previa a la contienda en líneas generales las relaciones con el espectáculo son una mezcla de gustos, pasiones, intereses y, sobre todo, partidismos de rivalidad, a partir de la transformación del mismo se produce una división definitiva, surgiendo una doble perspectiva de entendimiento y relación con el mismo que podrían considerarse como definitivas.

Por un lado, podría hablarse de una perspectiva integrada con el espectáculo, que responde a la proximidad e identificación que tanto determinados periodistas y aficionados mantienen con él, aceptando su desarrollo, su evolución innatural anteriormente planteada. Y frente a ésta, una perspectiva distante, esencial, en ocasiones aséptica, que si bien podría afirmarse que tiene un origen antiguo, desde que la Fiesta adquiere categoría de espectáculo estructurado en el siglo XIX, incorpora su mayor radicalidad a partir del periodo de postguerra. Aquélla surge y se acomoda en el

funcionamiento habitual de los festejos, sin planteamientos críticos insalvables, aceptando las propuestas que puedan ir surgiendo; ésta, sin embargo, es una contraposición, una reacción que a partir de su pasión por el espectáculo intenta frenar a través de la denuncia y la protesta el camino emprendido, con el objeto de que la Fiesta vuelva a recuperar sus valores esenciales.

5ª.-) La aparición y desarrollo de un soporte intelectual para la perspectiva distante. En la medida que existe una perspectiva distante, esencial, del espectáculo, y en la medida en la que siempre la Fiesta ha estado rodeada de intelectuales de todos los niveles y disciplinas, es lógico pensar que esta perspectiva cuente entre sus partícipes con diferentes representantes de la intelectualidad de la época, capaces de elaborar un discurso de contraposición a partir de la defensa y reclamación de los valores esenciales perdidos.

No pude obviarse que autores anteriores a la Guerra Civil, los Lorca, Valle Inclán, Alberti, Diego, etc., no eran partícipes de esa doble perspectiva posterior, y por tanto su relación con el espectáculo partía de su grado de afición y sobre ella ejercían su saber. No había en sus obras una denuncia hacia el posible mal funcionamiento del espectáculo, sino que glosaban, a mayor gloria, su interpretación, su visión, y conocimiento del mismo. Sin embargo, la situación posterior obliga a que algunos intelectuales aficionados se impliquen en la defensa de los valores esenciales de la Fiesta con un discurso crítico y den ese soporte intelectual oportuno.

6ª.-) La existencia de una serie de cronistas taurinos previos a la corriente. El surgimiento de la Corriente Crítica Esencialista tampoco podría entenderse sin una etapa previa en la que destacan una serie de cronistas taurinos que marcan las líneas básicas del discurso esencial.

A pesar del periodo de adormecimiento general y del alistamiento de una buena parte de los periodistas y críticos taurinos a las filas del entramado organizativo del espectáculo desde la perspectiva integrada, deben ser considerados como antesala varios autores que, en una posición de contracorriente, marcarían las líneas básicas de lo que será el nuevo discurso esencial. Autores que se rebelan contra el dominio de la perspectiva integrada, contra ese orden establecido desde las posiciones más cercanas al entramado organizativo y, sobre todo, que lejos de querer disfrutar de los beneficios que

reporta esa ubicación, se muestran insobornables y llevan a cabo su labor con honestidad e independencia.

7ª.-) El nacimiento de la Corriente Crítica Esencialista de la crónica taurina. La confirmación de la coincidencia de planteamientos entre distintos cronistas a través de un discurso crítico de similares características y su coincidencia en el tiempo dan lugar a una corriente crítica específica, con unas características concretas, situada en esa perspectiva distante del espectáculo, una corriente que en el presente estudio se denomina como Corriente Crítica Esencialista de la crónica taurina.

La fuerza del discurso de varios cronistas en un momento determinado de la segunda mitad de los años sesenta invita a pensar que hay un punto de partida, un origen de un movimiento crítico sin parangón en la fiesta de los toros. La cada vez mayor denuncia de los considerados como fraudes del espectáculo encontraría su eco definitivo en varios escritores que actúan de forma unidireccional en la de defensa de la autenticidad del espectáculo.

8ª.-) La existencia de distintas etapas y autores. Una vez que la Corriente Crítica Esencialista adquiere impulso, el surgimiento de nuevos medios de comunicación impresos con la progresiva incorporación de distintos autores así como los cambios políticos y sociales por los que atraviesa España invocan también el establecimiento de diferentes etapas del movimiento crítico.

La llegada de los nuevos tiempos democráticos supone un importante cambio para el desarrollo de la Prensa, que ve cómo en poco tiempo las estructuras de funcionamiento de los sistemas de información se transforman. Empieza a quedar atrás el antiguo orden de sumisión y dependencia para progresivamente abrirse las puertas a la libertad de prensa. En este proceso, los diferentes diarios que empiezan a surgir en su mayor parte dan cabida entre sus profesionales a cronistas taurinos esencialistas, lo que se traduciría en el mantenimiento y prolongación de la corriente y permitiría establecer, en base a esas incorporaciones, las diferentes etapas por las que atraviesa, desde su nacimiento en la citada década de los años sesenta hasta su desaparición en la primera década del siglo XXI.

9ª.-) La influencia de la llegada de la Democracia como momento determinante. El advenimiento de la Democracia supone para España el cambio social y político

definitivo a través del periodo de la llamada Transición. Gracias a la influencia del esencialismo, la fiesta de los toros atravesaría su particular «transición», el periodo clave en el que las reclamaciones y propuestas de la Corriente Crítica Esencialista alcanzarían su cénit, reflejándose en el funcionamiento del espectáculo que, teniendo como punto de referencia la plaza de toros de Las Ventas del Espíritu Santo de Madrid, se extendería por toda la geografía.

10ª.-) Una serie de hitos perfectamente identificados durante las diferentes etapas de la Corriente Crítica Esencialista. El trabajo de los cronistas esencialista sólo puede ser tratado de manera transformadora y definitiva si éste ha estado jalonado por diferentes momentos que marquen la evolución tanto de la crítica taurina como de la propia Fiesta y den categoría al movimiento.

La Corriente Crítica Esencialista únicamente puede ser analizada como tal si su labor sostenida en los años hubiera estado marcada por sucesos determinantes, claves, que de alguna manera le otorguen esa categoría diferenciadora en relación a otras propuestas alejadas de ese esencialismo primigenio.

11ª.-) La existencia de diferencias argumentales entre los distintos miembros de la Corriente Crítica Esencialista. La última hipótesis del presente trabajo se basa en la certeza de que cada autor de la corriente, a pesar de mantener una serie de reclamaciones y denuncias comunes y perfectamente identificadas, tiene una particularidad discursiva específica que se modifica, además, con el paso del tiempo, dependiendo de la etapa concreta en la que cada autor se encuentre.

### **1.3.) Metodología**

El presente trabajo de investigación es un análisis descriptivo de varios periodos y diferentes procesos inherentes a ellos. Es por ello que los referentes metodológicos deben ser, y así han sido, los descriptivos, en tanto que el conocimiento de la faceta periodística, su desarrollo, su evolución, sus protagonistas, de la Tauromaquia exige este acercamiento a través de la lectura pormenorizada y el análisis textual tanto de crónicas taurinas como de otro tipo de textos relacionados con la materia y/o con sus protagonistas dentro del periodo acotado.

De esta manera, el estudio se estructura en dos partes, la primera a modo de contextualización del periodo previo, y la segunda como análisis general de la que en

este trabajo se denomina como Corriente Crítica Esencialista de la crónica taurina, dividida a su vez en cuatro grandes bloques de investigación que coinciden con cada una de las etapas establecidas, claves para entender el nacimiento y desarrollo de ese fenómeno de la crítica periodista de los espectáculos taurinos:

- En la primera parte, centrada en la evolución y características del periodismo taurino del siglo XX, una contextualización del periodo inmediatamente anterior al nacimiento de la Corriente Crítica Esencialista, acotado entre el final de la Guerra Civil y el año 1965, que permita determinar la causas que generan el discurso crítico y la perspectiva distante dentro de la fiesta de los toros. Este análisis del estado de la Fiesta en el periodo de postguerra se ha llevado a cabo a partir de la lectura de textos de los primeros autores que nos ofrecen datos del mismo, debiéndose destacar las obras de Julio de Urrutia y Echaniz, *Los sustitutos del toreo*<sup>2</sup>, *Toreo paralelo*<sup>3</sup>, y, particularmente, *Los toros de la guerra española*<sup>4</sup>, así como las de Adolfo Bollaín Rozalem, *Hoy se torea peor que nunca*<sup>5</sup> y *Los detractores*<sup>6</sup> primeros autores relevantes que certifican un deterioro del panorama taurino a partir de los diversos fraudes y artimañas, tanto en plano artístico como en el plano ganadero, instaurados en la Fiesta en ese periodo. No menos importantes resultan las publicaciones de otros escritores, como el hermano menor de Adolfo Bollaín, Luis Bollaín, que, siendo menos combativo, ofrece también una visión crítica con las fórmulas artísticas que se advienen a partir de Manuel Rodríguez, *Manolete*, en sus obras *Los dos solos*<sup>7</sup> y *Litri, no; Aparicio, sí*<sup>8</sup> y que también sirven de referencia a esta primera parte. Junto muchos otros, son el ejemplo del nacimiento de esa perspectiva distante y crítica con la situación del espectáculo. En este sentido, deben consignarse también dos trabajos esclarecedores sobre el proceso y los efectos del corte de pitones o «afeitado» de las reses, el mayor fraude que se haya podido producir en la fiesta de los toros, como son, entre otros de los analizados, los del periodista Manuel Benítez Salvatierra, *Lidia sin cuernos. Cómo, porqué y*

---

<sup>2</sup> DE URRUTIA ECHANIZ, J. *Los sustitutos del toreo. De Joselito-Belmonte a Manolete-Pepe Luis Vázquez*. Madrid, Ediciones Rialto, 1943.

<sup>3</sup> DE URRUTIA ECHANIZ, J. *Toreo paralelo*. Madrid, Gráficas Achende, 1949.

<sup>4</sup> DE URRUTIA ECHANIZ, J. *Los toros en la guerra española*. Madrid, Editora Nacional, 1974.

<sup>5</sup> BOLLAÍN ROZALEM, A. *Hoy se torea pero que nunca*. Madrid, Arba, 1948.

<sup>6</sup> BOLLAÍN ROZALEM, A. *Los detractores*. Madrid, Publicaciones «Los de José y Juan», 1955.

<sup>7</sup> BOLLAÍN ROZALEM, L. *Los dos solos*. Madrid, Arba, 1948.

<sup>8</sup> BOLLAÍN ROZALEM, L. *Litri, no; Aparicio, sí*. Madrid, Librería Editorial Beltrán, 1951.

quiénes «afeitan» a los toros bravos<sup>9</sup>, y del veterinario Ramón Barga Bensusan *El «afeitado»: un fraude a la fiesta brava*<sup>10</sup>, junto a los antes citados, completan un marco teórico suficientemente revelador de la situación vivida en el espectáculo taurino en ese periodo inmediatamente posterior a la Guerra Civil.

A partir de esa contextualización necesaria, se han analizado hitos relevantes ocurridos durante el periodo, como son:

- Las primeras campañas en contra de la manipulación fraudulenta de las astas de las reses o «afeitado», puestas en marcha en los años cincuenta por diferentes personalidades del mundo taurino y que en la prensa escrita tuvieron su altavoz a través de la pluma de autores como el crítico taurino José María del Rey Caballero, *Selipe*, y el periodista Luis de Armiñán, ambos desde las páginas del diario *ABC*, y en la radio con el locutor y periodista taurino Carlos de Larra y Gullón, *Curro Meloja*, desde *Radio Madrid*.
- La supuesta puesta en marcha e instauración del llamado «sobre» a los periodistas taurinos, fórmula que consistía en remunerar el trabajo de los cronistas por parte de los apoderados de los toreros para que estos ofrecieran una opinión favorable, cuando no desmesurada, de lo que acontecía en los ruedos amén de tapar las debilidades. Fundamental en este caso es la obra de Edmundo González Acebal, *Grandeza y servidumbre de la crítica taurina*<sup>11</sup>, para poner luz y desentrañar esa trama que ha habría convertido en venal la crónica y la información taurinas.
- La incorporación de nuevas fórmulas en la interpretación del toreo, particularmente con la llegada de Manuel Rodríguez, *Manolete*, como propulsor de una heterodoxia desconocida que servirá de catalizador a nuevos conceptos taurómicos como los bautizados en su época como «encimismo» y «tremendismo».

El conjunto de estos hitos y fenómenos nuevos son analizados a través de la lectura y análisis de diferentes crónicas de la época en autores como el ya citado Selipe, en *ABC* y la revista *Semana*, Manuel Sánchez del Arco, *Giraldillo*, también en *ABC*, César Jalón Aragón, *Clarito*, en *Informaciones*,

---

<sup>9</sup> BENÍTEZ SALVATIERRA, M. *Lidia sin cuernos. Cómo, porqué y quiénes «afeitan» a los toros bravos*. Sevilla, Editorial Católica Española, 1953.

<sup>10</sup> BARGA BENSUSAN, R. *El «afeitado»: un fraude a la fiesta brava*. Madrid, Editora Nacional, 1972.

<sup>11</sup> GONZÁLEZ ACEBAL, E. *Grandeza y servidumbre de la crítica taurina*. Madrid, Ediciones «Los de José y Juan», 1956.

Antonio Olmedo Delgado, *Don Fabricio*, en *ABC Andalucía*, Carlos Revenga, *Chavito*, y José Alarcón, *Alardi*, en *El Alcázar*, Celestino Espinosa Echevarria, *R. Capdevila*, en *Arriba*, Juan Álvarez Martín, *Curro Castañares*, en *Ya*, Emilio García Rojo, también en *Ya*, Antonio Bellón, en *Pueblo*, Antonio Valencia Remón, *El Cachetero*, en la revista *El Ruedo*, y en la misma revista Manuel Casanova, *Emece*, voces todas ellas que completan esa contextualización necesaria de la época, cuyos textos han sido localizados a través de las hemerotecas digitales de diarios como *ABC*, el archivo digital de la Biblioteca Digital de Castilla y León, y de la consulta de diarios impresos en centros como la Biblioteca y Hemeroteca de la Universidad de Navarra o la Biblioteca Nacional de España.

Cierra esta primera parte el establecimiento de un periodo previo, o antesala, a la Corriente Crítica Esencialista en el que deben destacarse por su relevancia dos críticos taurinos fundamentales, de nuevo el ya citado José María del Rey Caballero, *Selipe*, y Antonio Díaz-Cañabate, de medios tan relevantes como *Ya*, *Hoja del Lunes*, y *ABC*, referentes del periodismo taurino y que sirven para entender ese nuevo periodo periodístico que se avecina.

Todas las irregularidades del espectáculo vistas anteriormente, los procesos puestos en marcha para combatirlos, y estos relevantes autores permiten esa contextualización y la confirmación de la existencia y expansión de un movimiento esencialista que desembocará en la Corriente Crítica Esencialista de la crónica taurina

• En la segunda parte del trabajo se aborda el surgimiento de la que en el presente estudio se denomina como Corriente Crítica Esencialista de la crónica taurina como fenómeno periodístico y su división en cuatro periodos o etapas concretos, si bien se realiza en primer lugar un análisis de los vectores del discurso esencialista radical, a saber:

- El toro íntegro como fundamento de la emoción necesaria
- El canon artístico como fundamento para la crítica
- La excelencia como referencia de la crónica esencialista

Dentro de cada periodo o etapa se contextualizan y explican una serie de hitos o momentos importantes de la Fiesta y de su relación con la corriente. Estos no se seleccionan por ser considerados como los momentos más



importantes o determinantes dentro del desarrollo del espectáculo sino por la particularidad de cada uno de ellos en relación a aspectos como influencia o significación estructural, motivación grupal, o desarrollo artístico singular. De esta manera, pueden aparecer sucesos que cambiaron de alguna manera el desarrollo de la Fiesta, movimientos colectivos de presión en forma de campañas orquestadas, o el tratamiento específico de algunos instantes artísticos que por su importancia en el momento que sucedieron y por el tratamiento concreto que recibieron por parte de estos escritores adquieren una categoría diferenciadora.

La primera etapa de la corriente, o etapa de surgimiento, se ha acotado entre los años 1965 y 1976, analizándose los discursos de los dos autores más relevantes de este periodo, Vicente Zabala Portolés, primero en *El Alcázar* y *Nuevo Diario* y después en *ABC*, y Alfonso Navalón Grande, primero en *Informaciones* y después en *Pueblo*. Si bien esta etapa queda perfectamente encuadra entre los años citados, las características de los textos analizados han hecho que la investigación se centre en la primera parte, es decir, hasta el año 1972. Esta decisión se toma porque el interés del periodo recae en el surgimiento de la corriente y en la fuerza que adquiere el discurso esencialista de estos autores en esa especie de tándem original que es el que focaliza todos los males de la Fiesta y da impulso al movimiento. La incorporación de Vicente Zabala al diario *ABC* en noviembre de 1972 desvirtúa en parte su discurso original, con una progresiva suavización, y la participación de Alfonso Navalón en *Informaciones* es la menos conocida de su etapa profesional en diarios estatales, siendo estos los motivos que han invitado a centrar esta parte del trabajo en los años citados, si bien es cierto que se han utilizado puntualmente textos de ambos autores de ese periodo descartado cuando el trabajo así lo ha requerido.

La lectura de los textos de Vicente Zabala nos ha permitido descubrir y centrar el análisis en su defensa pertinaz de la integridad del toro como idea nuclear, una idea que en su pluma adquiere hasta seis posibles variables fundamentales: el toro íntegro como base indiscutible de la nueva Fiesta, el toro íntegro como promotor de la grandeza y seriedad del espectáculo, el toro íntegro como demostración de la ética del ganadero, el concepto de trapío en el toro íntegro, la conducta brava y encastada del toro, y el toro íntegro como elemento autenticador del espectáculo.

Este análisis se ha hecho de manera descriptiva y cualitativa, extrayéndose del conjunto de textos analizados esas subideas claves que permiten descubrir el pensamiento taurino del cronista y la importancia del mismo en ese momento histórico.

En relación a Alfonso Navalón, la investigación se ha centrado en dos aspectos también claves en su discurso: la denuncia del fraude del «afeitado» y la utilización del término «perritorio» como definidor de la res de pobre presencia sin los atributos necesarios de entidad. Sobre el «afeitado», además de comprobar el tratamiento discursivo del autor, en este caso se ha realizado un análisis cuantitativo temporada a temporada con el objeto de descubrir la presencia, importancia y evolución del tema en los diferentes años del cronista en *Informaciones*. Sobre el concepto «perritorio», se ha tratado de contextualizar su utilización y el sentido de uso en cada momento.

Las crónicas y textos de ambos autores en esta primera etapa de la corriente han sido localizados y analizados a partir de las ediciones impresas de los diarios *El Alcázar*, *Nuevo Diario*, *Informaciones* y *Pueblo*, consultadas en la Biblioteca y Hemeroteca de la Universidad de Navarra y la Biblioteca Nacional de España.

En esta primera etapa de la Corriente Crítica Esencialista también se han analizado tres hitos o momentos claves que por su importancia han sido:

- La implantación del Libro de Registro de Ganaderías en el año 1969 como solución al fraude de la edad de las reses a lidiar
- Las campañas en contra del fraude del «afeitado» entre los años 1969 y 1971 como sistema de presión para frenar la manipulación fraudulenta de las astas
- La destitución del comisario de policía José Antonio Pangua, presidente de la madrileña plaza de toros de Las Ventas del Espíritu Santo, como demostración de la influencia del sistema de presión ejercida desde el esencialismo.

Estos tres acontecimientos, su desarrollo y su posible repercusión, son claves para entender la radicalidad del discurso esencialista original de la Corriente Crítica Esencialista.

La segunda etapa de la Corriente Crítica Esencialista o etapa intermedia está centrada en la evolución y desarrollo de la fiesta de los toros a partir de la llegada de la Democracia a España, acotándose el periodo de estudio entre los

años 1976 a 1989. Una etapa asimismo interesante, marcada por la aparición del diario *El País* y su cronista taurino Joaquín Vidal Vizcarro, el crítico a la postre más importante de la Corriente Crítica Esencialista. De la lectura de sus crónicas y artículos se ha seleccionado el tratamiento y la denuncia a la llamada «suerte de varas», un aspecto que por sí solo requería una investigación al ser un tema no sólo recurrente en sus textos, sino diferencial y particularmente comprometido en las fórmulas de censura de una suerte que normalmente no adquiere esos matices discursivos tan originales y combativos. En este caso, se ha realizado a modo de soporte también un análisis cuantitativo temporada a temporada de la evolución de la denuncia para después proceder al análisis conceptual y evolutivo de ese tratamiento original y explícito.

Para llevar a cabo esta pormenorizada parte del estudio se han analizado crónicas y textos de Joaquín Vidal en toda su etapa en el diario *El País*, con una primera ayuda de la hemeroteca digital de dicho medio y con una corroboración de los resultados en las ediciones de papel, consultadas en este caso tanto en la Biblioteca y Hemeroteca de la Universidad de Navarra, como en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional de España y el centro de estudios Koldo Mitxelena kulturunea de Donostia/San Sebastián.

En esta segunda etapa de la Corriente Crítica Esencialista se analizan tres hitos fundamentales dentro de la historia de la Fiesta y del periodismo taurino:

- La «transición» taurina como proceso paralelo al de la Transición política y social española.
- La solemnidad trágica del torero Antonio Chenel, *Antoñete*, como conexión de la sociedad con la tauromaquia.
- La faena del torero Rafael de Paula al toro de Martínez Benavides como modelo de inspiración artística diferencial.

La tercera etapa de la Corriente Crítica Esencialista, o etapa de plenitud, se acota entre los años 1989 y 2002, años en los que la Corriente Crítica Esencialista suma a dos nuevos cronistas, Javier Villán Zapatero en el diario *El Mundo*, y Francisco Apaolaza Banastier, en el diario *Ya*, en el diario *El Diario Vasco*, y en buena parte de los medios regionales que se abastecen de información de la agencia Colpisa. De esta etapa se analiza, por un lado, el trabajo de Apaolaza, el menos conocido y menos tratado en otros estudios, al

observarse una pertinaz y particular defensa del canon artístico aplicable a la lidia que destaca por encima del tratamiento del resto de autores. En este caso, se buscan y analizan de manera descriptiva los matices de ese discurso en sus numerosas variables a través de dos fórmulas concretas utilizadas por el autor en la explicación: «los sitios de torear» como el lugar o posición desde el que únicamente se puede ejercer el toreo auténtico, así como su antagónico «los sitios donde no se torea». Y junto a esta defensa del canon, una sensible y emotiva forma de abordar los planteamientos esenciales del funcionamiento de la Fiesta en la certeza de la existencia de una doble vía dentro de su desarrollo, y hacerlo a través de la metáfora de «las dos caras de la luna», la que se ve y la que no, como modelo de explicación de injusticias y abusos crónicos de la Fiesta.

También en esta etapa el estudio y análisis de textos de Javier Villán nos ha conducido a abordar el tratamiento del cronista hacia la figura del torero José Tomás Román Martín, convirtiéndose en el verdadero exégeta del fenómeno sociológico que ha significado su irrupción en los ruedos, y se hace a través del análisis que el propio escritor lleva a cabo, por un lado en sus crónicas taurinas, pero también en las tres publicaciones centradas en el torero que en apenas seis años publica, lo que muestra la importancia concedida por el autor, considerando primero al diestro como un auténtico revolucionario para después ubicarlo en la categoría de mito.

En esta parte del estudio se han analizado crónicas y textos de Francisco Apaolaza de su etapa en el diario *Ya*, entre 1991 y 1996, y de su participación continua en *El Diario Vasco* hasta 1998, consultados todos ellos en la Biblioteca y Hemeroteca de la Universidad de Navarra, la Biblioteca Nacional de España, y el centro de estudios Koldo Mitxelena kulturunea de Donostia/San Sebastián.

De Javier Villán, además de sus tres libros publicados sobre el torero *José Tomás: claves rituales de un enigma*, de 2002, *José Tomás: Luces y sombras. Sangre y triunfo*, de 2008, y finalmente, *José Tomás, una hipótesis republicana. Liturgia del dolor y feria de la política*, de 2009. También se han analizado las crónicas relativas al diestro publicadas en el diario *El Mundo*, primero utilizando la hemeroteca digital del medio y después corroborando los datos en las ediciones de papel, consultadas todas ellas en la Biblioteca y Hemeroteca de la

Universidad de Navarra, en la Biblioteca Nacional de España, y en el centro de estudios Koldo Mitxelena kulturunea de Donostia/San Sebastián.

En esta tercera etapa de la Corriente Crítica Esencialista se selecciona y analiza un único hito que, por su tratamiento discursivo en la pluma de los tres cronistas importantes del periodo, Vidal, Villán y Apaolaza, merece ser estudiado:

- El sueño torero de Julio Aparicio como reflejo de la perfección conceptual imposible en la fiesta de los toros

Hay una cuarta y última etapa que queda establecida entre los años 2002 y 2020 si bien se trata del periodo de desaparición de la Corriente Crítica Esencialista a partir del progresivo fallecimiento de la casi totalidad de sus autores. Apaolaza fallece en 1998 y Vidal en el año 2002, sin perder de vista que en el año 1995 habrá fallecido Zabala y en el año 2005 Navalón. De esta manera, la corriente se extingue, pierde casi todo su peso, y la crónica taurina abandona prácticamente de manera definitiva la radicalidad que la acompañó durante casi cuarenta años. El esencialismo radical en prensa diaria escrita se diluye, sin embargo, las nuevas formas de comunicación en Internet, especialmente los blogs de autor, toman el relevo manteniendo viva esa manera de entender la Fiesta.

#### **1.4) Estado de la cuestión**

Del mismo modo que la historia de la Tauromaquia y su evolución ha sido objeto de innumerables y concienzudos estudios, la del periodismo taurino, al tratarse de un campo que abarca todo el desarrollo y particularidad de la Fiesta desde sus posibilidades comunicativas, tiene todavía, sin duda, un amplio margen de análisis. En este sentido, debe reconocerse el esfuerzo de los investigadores que han centrado sus estudios en esta interesante variante comunicacional. Así, entre las tesis doctorales defendidas con anterioridad a ésta en los últimos años que, de uno u otro modo pero siempre de manera brillante, han tratado diferentes aspectos de la materia, deben destacarse sin duda las de Olga Pérez Arroyo<sup>12</sup>, en 1998, sobre el importante escritor y

---

<sup>12</sup> PÉREZ ARROYO, O. *La crónica taurina: Gregorio Corrochano y su época*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1998.

cronista Gregorio Corrochano, la de Miguel Ángel Moncholí Chaparro<sup>13</sup>, en 2004, sobre las retransmisiones taurinas en la televisión autonómica de Madrid, la de Juan Carlos Gil González<sup>14</sup>, en 2006, centrada en la figura del, no menos importante, escritor y cronista Antonio Díaz-Cañabate, la de José Luis Ramón Carrión<sup>15</sup> sobre la revista de información taurina *El Ruedo*, en 2009, y en ese mismo año la de María Almudena Hernández Pérez<sup>16</sup>, sobre el torero José Miguel Arroyo, *Joselito*, en las crónicas de Vicente Zabala y Joaquín Vidal, a cuya lectura tuvimos la suerte de poder asistir, la de María Verónica de Haro de San Mateo<sup>17</sup>, en 2009, sobre la publicación, también de información taurina, ya desaparecida, *6TOROS6*, la de Santiago Celestino Pérez Jiménez<sup>18</sup>, en 2013, sobre la crónica taurina en el diario *El Debate*, y, la más reciente, la de Sandra Carbonero Redondo<sup>19</sup>, en 2019, sobre la influencia de las innovaciones tecnológicas de la comunicación en la Tauromaquia.

Si nos retrotraemos a los orígenes de la crónica taurina, 1788 el *Diario noticioso, curioso, erudito y comercial, público y económico* del incansable Mariano Nipho pasa a denominarse en Madrid *Diario de Madrid*, y cinco años después, el 20 de junio del año 1793, ofrece la considerada por la mayoría de los autores primera reseña o crónica<sup>20</sup> taurina en el más estricto sentido, con la circunstancia que además, y por primera vez, la información de toros aparece en la portada del diario. Bajo la firma de *Un Curioso*, al parecer un lector del periódico que partiendo de la invitación que el director del mismo, Santiago Thevin, hacía a los lectores para que enviasen colaboraciones, se ofrece la descripción de la mañana y tarde de toros celebradas en la plaza de Madrid el día 17 del mismo mes. Es el punto de partida, la génesis de la crónica taurina que alcanzará gran esplendor en el siglo siguiente.

---

<sup>13</sup> MONCHOLÍ CHAPARRO, M. A. *Las retransmisiones taurinas en televisión en la Comunidad de Madrid (Periodo 1992-1996)*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2004.

<sup>14</sup> GIL GONZÁLEZ, J. C. *La obra periodística de Antonio Díaz-Cañabate. Desde la crónica impresionista hasta su consolidación como fenómeno mediático*. Tesis doctoral, Universidad de Sevilla, 2006.

<sup>15</sup> RAMÓN CARRIÓN, J. L. *La revista El Ruedo. Treinta y tres años de información taurina en España (1944-1977)*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2009.

<sup>16</sup> HERNÁNDEZ PÉREZ, M. A. *J.M. Arroyo "Joselito", análisis de sus actuaciones en la Plaza de Las Ventas: las crónicas de ABC y El País*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2009.

<sup>17</sup> DE HARO DE SAN MATERO, M. V. *6TOROS6. Revista de actualidad taurina*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2009.

<sup>18</sup> PÉREZ JIMÉNEZ, S. C. *La crónica taurina en El Debate, de 1910 a 1936*. Universidad CEU Cardenal Herrera de Valencia, 2013.

<sup>19</sup> CARBONERO REDONDO, S. *Las innovaciones tecnológicas de la comunicación y su influencia en la Tauromaquia: la generación de la comunidad taurina virtual a través de las redes sociales*. Tesis doctoral, Universidad de Sevilla, 2019.

<sup>20</sup> *Diario de Madrid*. 20 de junio de 1793. Disponible en <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0001548718&search=&lang=es>

El siglo XIX será, por tanto, el siglo en el que esa fiesta taurina, indefinida artísticamente, asiente las bases técnicas, artísticas y, sobre todo, estructurales definitivas y el periodismo taurino defina su fórmula de comunicación, como así concluyen los importantes estudios llevados a cabo por la profesora María Celia Forneas<sup>21</sup>, y en especial el centrado en los periodistas taurinos del siglo XIX publicado en el año 2001. Por un lado, ese espectáculo que ha alcanzado una dimensión social desconocida se ordena con la participación del torero Francisco Montes, *Paquiro*, (Chiclana de la Frontera 1805-Madrid 1851) que en 1836 publica su conocida *Tauromaquia* y pone en orden cada una de las partes de la lidia. Los juegos espectaculares desaparecen definitivamente y la lidia queda dividida en tercios, actuándose en cada uno de ellos de manera diferente, con disciplina y sentido.

El nombre de Paquiro está inevitablemente unido al del periodista Santos López Pelegrín, *Abenamar*, (Cobeta, Guadalajara, 1800-Madrid, 1845), que cuando el tratado de Paquiro ve la luz escribe en *El Mundo*, periódico creado y dirigido por él mismo. Si el torero es el precursor de esa «nueva Tauromaquia», Abenamar es el primer cronista taurino relevante de la historia de la prensa taurina —como «protopadre de la modernidad»<sup>22</sup>, le califica Javier Villán— y, además, distintos estudios interpretan —como el citado de Forneas Fernández— que es él el escritor de la tauromaquia de Paquiro. Abenamar significa la personalización de la crónica de toros, que deja de ser un texto meramente informativo para convertirse en una creación de estilo en la que se mezclan aspectos relativos a la sociedad y la política de la época con los netamente taurinos.

La Tauromaquia sube un nuevo peldaño en lo técnico y en lo artístico, pero también en lo estructural, y el último tercio del siglo XIX y la primera parte del XX están llenos de diestros tan relevantes como trascendentes para su historia, que alcanzará su primer gran resplandor. La rivalidad entre Salvador Sánchez, *Frascuero*, (Churriana de la Vega, 1842-Madrid, 1898) y Rafael Molina, *Lagartijo*, (Córdoba, 1841-1900) entre los años 1868 y 1890 sea posiblemente la más importante a todos los niveles en la historia del toreo y de España, superando el ámbito meramente taurino para situarse en ocasiones en la esfera de lo social y hasta político. A ellos les acompañarán y seguirán nombres como Rafael Guerra, *Guerrita*, (Córdoba, 1862-

---

<sup>21</sup> FORNEAS FERNÁNDEZ, M. C. *Periodistas Taurinos Españoles del Siglo XIX*. Madrid, Fragua, 2001.

<sup>22</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. *La crítica taurina. Antología*. Madrid, Mare Nostrum Comunicación, 2006, p. 63.

1941), Luis Mazzantini Eguia (Elgoibar, 1856-Madrid, 1926) o Antonio Fuentes (Sevilla, 1869-1938).

Y si en lo puramente taurino la Fiesta alcanza ese fulgor, en lo periodístico se suma con un periodo espléndido de la crítica taurina, más literaria, que no puede abstraerse a esas rivalidades y a esas admiraciones hacia los diestros prominentes. En muchas ocasiones el cronista pertenece a una bandería concreta y su juicio se ve dominado por ese apasionamiento. José Sánchez de Neira (Madrid, 1823-1898), Luis Carmena y Millán (Madrid 1845-1904), Antonio Peña y Goñi (San Sebastián 1846-Madrid 1896), o Mariano de Cavia, *Sobaquillo*, (Madrid, 1855-1920) son algunos de los más relevantes cronista taurinos del periodo, pero sin duda entre ellos debe destacarse la figura de José de la Loma, *Don Modesto*, (Madrid 1860-1916) ya que de su pluma nace la crónica impresionista, modelo de relato que terminará por imponerse, en el que la tradicional descripción pormenorizada y cronológica del festejo deja paso a lo importante, donde el autor centra su atención, dejando de lado aspectos menos relevantes o intrascendentes de la lidia.

Debemos detenernos en este punto en varias propuestas que, si bien abordan el periodismo taurino en todo su desarrollo histórico, establecen acercamientos interesantes a estas primeras etapas determinantes. Por un lado, la omnipresente enciclopedia que publicó José María de Cossío<sup>23</sup> en el año 1943, que en su apartado «Los toros y el periodismo» hace una primera aproximación a las distintas etapas del fenómeno de la comunicación taurina desde su nacimiento. Asimismo, resulta provechoso el trabajo del profesor Pedro Gómez Aparicio, *Historia del Periodismo Español*, publicado en el año 1971, que dedica un apartado al tema y aborda la evolución del periodismo taurino desde su aparición, situando la plenitud de éste a partir del periodo maravilloso entre 1868 y 1890, etapa de la gran rivalidad de Lagartijo y Frascuelo y de cómo esa competencia teñía todo y marcaba esa división entre cronistas y aficionados:

Por los años del 1880, y merced especialmente a la rivalidad de Lagartijo y Frascuelo, que tan apasionadas y contrarias admiraciones suscitaban entre los aficionados, llegó a su plenitud uno de los géneros periodísticos españoles de mayor tradición y de más extendida lectura: la Crítica Taurina, que, indiscutiblemente, contribuyó en medida extraordinaria al desarrollo de la

---

<sup>23</sup> DE COSSÍO, J. M. *El Cossío. Tratado Técnico e Histórico*. Vol. VIII. *Periodismo y Literatura*. Madrid, Espasa-Calpe, 2007.



circulación de los periódicos y a la gran transformación que éstos experimentaron en los años de transición de los dos siglos.

Los apasionamientos populares del «frascuelismo» y del «lagartijismo» alcanzaron a la Crítica, en la que se formaron dos bandos propicios siempre a la polémica enconada y aun a una incondicionada predisposición para el aplauso o para la censura. Cinco leídos críticos se alinearon de manera especial en las filas del «lagartijismo»: don José Laserna («Aficiones»), don Eduardo del Palacio («Sentimientos»), don Joaquín Mazas («El Alguacil»), don Juan Martos Jiménez («Alegrías»), y don Mariano de Cavia («Sobaquillo»). Pero en el «frascuelismo» —o en el «antilagartijismo»— formaron otros críticos no menos ilustres, como don Antonio Peña y Goñi («Don Jerónimo»), don Federico Mínguez («El Tío Capa»), y don Emilio Sánchez Pastor («Paco Medialuna»). Dividida la «afición» entre dos toreros, y servidas sus inclinaciones por tan excelentes firmas, en los días de corrida eran materialmente arrancados los periódicos de las manos de sus vendedores.<sup>24</sup>

También son realmente interesantes las aportaciones de María Cruz Seoane<sup>25</sup> en *Historia del periodismo en España, 2, el siglo XIX*, publicado en 1983, en el que dedica un epígrafe a este tema, del profesor Alejandro Pizarroso<sup>26</sup> en «Algo genuinamente español: el periodismo taurino», publicado en 1992, y María Dolores Sáiz<sup>27</sup>, que junto a la citada Seoane, también prestan atención a ese periodo en uno de los apartados de su trabajo conjunto, el más reciente de los mencionados hasta ahora, *Cuatro siglos de periodismo en España. De los avisos a los periódicos digitales*, del año 2007.

Y, por supuesto, el gran trabajo del escritor y periodista Luis Nieto Manjón<sup>28</sup>, de 1992, sobre la revista *La Lidia* en el que aborda y desarrolla la gran aportación que supuso para la Tauromaquia el surgimiento de ese medio de comunicación que, en el periodo comprendido entre 1882 y 1900, fue el principal relator del desarrollo del espectáculo taurino y que, ahora, en perspectiva, se antoja insustituible para conocer la evolución de la Fiesta.

Pero como se afirmaba, ese relato impresionista que llegaba de la mano de Don Modesto es posible porque la crítica ya lo es de arte, y no sólo de espectáculo. En otras palabras, porque el toreo ha adquirido un canon artístico concreto y la ejecución de los

---

<sup>24</sup> GOMÉZ APARICIO, P. *Historia del Periodismo Español. De la Revolución de Septiembre al desastre colonial*. Madrid, Editora Nacional, 1971, pp. 583-583.

<sup>25</sup> SEOANE, M<sup>a</sup> C. *Historia del Periodismo en España, 2, el siglo XIX*. Madrid, Alianza, 1983.

<sup>26</sup> PIZARROSO QUINTERO, A. «Algo genuinamente español: el periodismo taurino». En Pizarroso Quintero, A. *De la Gazeta Nueva al canal Plus. Breve historia de los medios de comunicación en España*. Madrid, Editorial Complutense, 1992, pp. 74-77.

<sup>27</sup> SÁIZ, M<sup>a</sup> D. y SEOANE, M<sup>a</sup> C. *Cuatro Siglos de Periodismo en España, De los avisos a los periódicos digitales*. Madrid, Alianza, 2007.

<sup>28</sup> NIETO MANJÓN, L. *La Lidia. Modelo de Periodismo*. Madrid, Espasa-Calpe, colección *La Tauromaquia*, n<sup>o</sup> 49, 1992.

lances conforme a ese canon puede ser analizada y criticada desde esa perspectiva. Todos los lances están sujetos a esa pauta o paradigma y el analista puede determinar su oportunidad y grado de perfección, lo que le permitirá explayarse en aquello que considere más relevante. A partir de aquí la crónica se literaturiza definitivamente y gana en matices descriptivos, intelectuales y de elegancia.

El segundo decenio del siglo XX marcará un antes y un después en la fiesta de los toros a todos los niveles. José Gómez Ortega, *Joselito el Gallo* o *Gallito*, (Gelves, Sevilla, 1895- Talavera de la Reina, Toledo, 1920) y Juan Belmonte García (Sevilla, 1892- Utrera, Sevilla, 1962) protagonizan el más importante periodo de la historia de la Tauromaquia, conocida como Edad de Oro. Joselito significa la perfección técnica en todos los aspectos de la lidia desarrollada hasta ese momento; pero el toreo de Juan Belmonte aporta un grado de dramatismo desconocido y fundamenta las bases de la nueva y categórica Tauromaquia. La lidia ya no consiste en destreza y habilidad; el canon evoluciona, se perfecciona y adquiere un aire trágico que le otorga la grandeza definitiva. La sombra de ambos toreros se proyectará en la década los años veinte y treinta con la llamada Edad de Plata. Puede afirmarse que entre 1910 y 1936 la fiesta de los toros alcanza su cénit. La aportación belmontina evoluciona en suma con el nuevo concepto taurómico que consiste en ligar los pases, que dejan de ser momentos aislados para convertirse en series sin solución de continuidad; los toros que saltan a los ruedos españoles tienen tanta seriedad como integridad; la Fiesta desborda pureza en todos los aspectos, en el artístico y en el ganadero, y la afición sea posiblemente la más erudita de todos los tiempos.

Como no puede ser de otra manera, la crónica taurina será testigo de esta gloria y crecerá junto a ella. Pero si los nombres de Alejandro Pérez Lugín, *Don Pío*, (Madrid, 1870-El Burgo, La Coruña, 1926), César Jalón Aragón, *Clarito*, (Nalda, La Rioja, 1889-Madrid, 1985), o Federico Manjavacas Alcázar (Albacete, 1890-Madrid, 1948) son importantes, destaca por encima de todos ellos el de Gregorio Corrochano Ortega (Talavera de la Reina, Toledo, 1882-Madrid, 1961), que marcará también esta época dorada de la Tauromaquia y al que, como veíamos también al principio de este punto, le dedica su Tesis doctoral Olga Pérez Arroyo. Corrochano será el relator por excelencia de las trayectorias de Belmonte y Joselito, y contará como nadie la pureza de la fiesta de verdad previa a la Guerra Civil, quedando plasmado su buen hacer en dos trabajos

recopilatorios impresionantes de su paso por el diario *ABC*, como son *La Edad de Oro del Toreo*<sup>29</sup> y *La Edad de Plata del Toreo*<sup>30</sup>.

El público y los cronistas son testigos de un periodo irrepetible, sin saberlo, sin ser conscientes de que su forma de ver y entender la Fiesta, con rivalidades, con banderías, con sentido crítico, toca a su fin. De este periodo, no obstante, hay un trabajo tan fundamental como especialmente esclarecedor, la autobiografía del mencionado César Jalón Aragón, *Clarito*, cronista en medios como *El Liberal* e *Informaciones*, que a través de su experiencia personal en *Memorias de Clarito*<sup>31</sup>, publicada en 1972, abre una ventana al desarrollo de la Fiesta de esa interesante primera parte del siglo XX, y lo hace con esa necesaria perspectiva del informador y cronista.

Pero el conflicto bélico lo cambia todo. La ausencia de reses, diezmada la cabaña brava por exigencias alimenticias insoslayables de los bandos durante los años que dura el enfrentamiento, y la necesidad de recuperar una cierta normalidad social hacen del espectáculo de los toros algo casi desconocido. Esa falta de ganado obliga a lidiar reses con edades inferiores a las establecidas reglamentariamente, y esto, de ser una circunstancia excepcional, durante las décadas de los años cuarenta y cincuenta del siglo XX se convierte en habitual y se llega al abuso. Como si el engranaje de la Tauromaquia hubiera cambiado, surgen nuevas formas en el toreo, principalmente auspiciadas por otro de los diestros históricos, Manuel Rodríguez, *Manolete*, (Córdoba, 1917-Linares, Jaén, 1948) que alivia el concepto belmontino, consiguiendo una regularidad aplastante y desconocida hasta ese momento. Manolete es un ídolo de masas, y su muerte a consecuencia de una cornada le convertirá en mito. Conceptualmente la Tauromaquia empieza un rápido proceso de mistificación; el compromiso, el riesgo inherente al ejercicio del torero, en buena medida se ve reducido, primero por la menor presencia de las reses y después por esas nuevas fórmulas menos arriesgadas. Por si fuera poco, comienza a practicarse el «afeitado» de las reses, y el fraude alcanza cotas inimaginables como práctica ordinaria.

Y para cerrar el círculo de despropósitos, parte de la prensa taurina se apunta al carro del desastre. Esa crítica taurina, que había vivido las épocas de gloria previas y

---

<sup>29</sup> CORROCHANO ORTEGA, G. *La Edad de Oro del toreo*. Madrid, Espasa-Calpe, colección *La Tauromaquia*, nº 46, 1992.

<sup>30</sup> CORROCHANO ORTEGA, G. *La Edad de Plata del Toreo*. Madrid, Espasa-Calpe, colección *La Tauromaquia*, nº 51, 1993.

<sup>31</sup> JALÓN ARAGÓN, C. (*Clarito*). *Memorias de Clarito*. Madrid, Guadarrama, 1972.

había contribuido a su difusión de manera honorable, desde distintas perspectivas pero aparentemente sin mácula, se convierte en servil instrumento apologético. Ese paralelismo, cuando no unión, entre ambas disciplinas, desaparece. Se abre el periodo del llamado «sobre», en el que las figuras del toreo, su entramado, sabedores del poder de la palabra escrita, compran a sus hacedores para que la crítica y la censura desaparezcan. La información taurina se convierte en propaganda, y como propaganda avanza lustro tras lustro.

El alcance real del «sobre» es realmente difícil, por no decir imposible, de determinar, sin embargo el artículo *Grandeza y servidumbre de la crítica taurina*, del escritor y periodista Edmundo González Acebal, publicado en 1956, es un buen punto de referencia para descubrir la realidad de un problema, al parecer, muy extendido que manchaba la que, hasta justo antes de la guerra, había sido una profesión muy digna y con tanta aceptación como calidad.

La situación de decadencia del espectáculo se extiende en el tiempo, y en los años sesenta surge una figura, Manuel Benítez, *El Cordobés*, (Palma del Río, Córdoba, 1936), que revoluciona de nuevo el toreo aplicándose en una concepción absolutamente heterodoxa, en momentos circense, que cautiva a los públicos y a la España de la época. El proceso de declive ha tocado fondo y la pequeñez del ganado, su falta de edad y de ofensividad son deplorables. La corrida de toros —una buena parte de ellas— es un espectáculo absolutamente mistificado, en el que se lidian toros con edad muy inferior a la reglamentaria, con sus defensas manipuladas, y a los que se les aplican fórmulas toreras que nada tienen que ver con la ortodoxia pretérita.

Una buena parte de la prensa taurina dilata —cada vez más— su acomodo en el juego del «sobre», aplaudiendo todo lo que pueda salir del entramado taurino que controla el funcionamiento del espectáculo a cambio de la correspondiente remuneración. La realidad de la fiesta en España supera, sin duda, a la ficción. Aquellos que conservan memoria de los periodos gloriosos previos al conflicto bélico no la reconocen, y si bien muchos aficionados se apartan del engendro, empiezan a surgir voces que reclaman una vuelta a la pureza perdida. En los años cincuenta se ponen en marcha sonoras campañas en contra del «afeitado» amparadas por varios cronista independientes y determinantes para entender la evolución de la Fiesta y de la crónica taurina como Antonio Díaz-Cañabate (Madrid, 1897-1980) o José María del Rey

Caballero, *Selipe*, (Sevilla, 1902-Madrid, 1987). Son la punta del iceberg de un esencialismo que empieza a asomar entre la maraña de corruptelas; aficionados que rechazan frontalmente la dirección de la Tauromaquia y quieren recuperar la esencia del espectáculo con la vuelta del toro serio e íntegro, prácticamente desaparecido de las plazas, y la ortodoxia casi perdida.

A la importante figura de Antonio Díaz-Cañabate, continuador de la enciclopedia *El Cossío* a la muerte del insigne José María de Cossío, le dedica un bonito trabajo Ignacio de Cossío<sup>32</sup>, en el que glosa la trayectoria del escritor costumbrista a través de sus publicaciones en el diario *ABC* y en la revista *El Ruedo*. Y, como ya hemos visto también al inicio de este punto, también dedica su Tesis doctoral al cronista madrileño Juan Carlos Gil González, que a su vez publica un extracto de la misma bajo el título *Evolución histórica y cultural de la crónica taurina: de las primitivas reseñas a la crónica impresionista*<sup>33</sup>, publicado en el año 2007.

Si, como decíamos, el aficionado, al igual que el cronista, antes estaba integrado en el conjunto del espectáculo, formando parte de él, ahora surge una nueva perspectiva de entendimiento del mismo. Muchos aficionados, mayoritariamente los que procedían del periodo prebélico, adoptarán una postura distante y crítica para con la Fiesta que tanto aman. Ya no hay banderías, como antaño, ahora mayoritariamente hay fraude y decadencia por un lado, y esa parte de la afición que no se siente identificada con esos protagonistas y esas fórmulas que imperan en los toros por otro.

Inopinadamente, desde mediados de los años sesenta de ese siglo XX algunos diarios empiezan a dar cabida en sus páginas a jóvenes cronistas que, procedentes de ese esencialismo, se manifiestan en rebeldía contra el entramado taurino, contra el funcionamiento del espectáculo, y contra todo lo que desvirtúa la Fiesta. Nace la que en este trabajo hemos denominado Corriente Crítica Esencialista de la crónica taurina, un grupo de periodistas y críticos taurinos que empleará todas sus energías en combatir cada uno de los procesos decadentes instaurados. Primero, la figura de Vicente Zabala Portolés (Sevilla, 1936-Valle del Cauca, Colombia, 1995), a la que se unirá la de Alfonso Navalón Grande (Huelva, 1933-Salamanca, 2005), que sumados a los citados Díaz-Cañabate, Selipe y algunos más que no alcanzaron tanta relevancia, serán el

---

<sup>32</sup> COSSÍO PÉREZ DE MENDOZA, I. *El maestro Cañabate, de los toros y de la vida*. Madrid, Turner, 2004.

<sup>33</sup> GIL GONZÁLEZ, J. C. *Evolución histórica y cultural de la crónica taurina. De las primitivas reseñas a la crónica impresionista*. Madrid, Siranda, 2007.

primer bloque importante del grupo. La llegada de la democracia a España y el periodo de Transición servirán para reforzar el ideario con la incorporación de Joaquín Vidal Vizcarro (Santander, 1935-Madrid, 2002), y posteriormente las figuras de Paco Apaolaza Banastier (Tolosa, 1947-Sevilla, 1998) y Javier Villán Zapatero (Palencia, 1942). Todos ellos conforman el núcleo duro de un fenómeno que se ve arropado por miles de aficionados, a los que representan y dan voz, que comparten esa visión del espectáculo.

Bien es cierto que el papel de estos cronistas que sitúan su interpretación del espectáculo desde una perspectiva distante y crítica, esencial, ha sido tratado por varios autores. Sus propuestas, sus trayectorias, sus evoluciones aparecen reflejadas en diferentes trabajos que abordan el periodismo y la crítica taurina contemporánea. Sin embargo, apenas hay estudios que se detengan en la particularidad de cada uno de ellos y en la consideración del conjunto como corriente crítica, de fenómeno particular y grupal, que el presente trabajo establece.

Esa evolución del periodismo taurino a lo largo del siglo XX descrito en el que se producen tantos y tan interesantes acontecimientos ha sido objeto de numerosos estudios, quizá no demasiados, que se suman a los antes señalados, pero ilustradores de los vaivenes de una profesión que se entremezcla hasta la médula como ninguna otra con el objeto de análisis. Y debemos mencionar de nuevo aquí la enciclopedia *El Cossío*, que dentro del citado volumen octavo antes señalado, *Literatura y Periodismo*, ofrece el interesante trabajo «Toros y periodismo»<sup>34</sup> con la firma de Néstor Luján, añadido a la enciclopedia en el año 1988. En este sentido, Luján hace una aproximación al fenómeno del esencialismo en la prensa taurina al señalar que en el periodo del tardo franquismo y la Transición, «La nueva ola del periodismo escrito se encabeza en Madrid durante estos años con Alfonso Navalón, Vicente Zabala, Carlos de Rojas y Joaquín Vidal Vizcarro»<sup>35</sup>, para después entrar a describir las características de cada uno de los cuatro citados, en un ejercicio de elogio continuado a su labor crítica que podría entenderse como simpatía hacia los postulados por ellos defendidos:

Alfonso Navalón, crítico de *Informaciones* y luego de *Pueblo*, colaborador de *El Ruedo*, llevó con sus colegas madrileños antes citados una activa campaña en pro de la regeneración y de la limpia honradez de la crítica. Natural de Huelva,

---

<sup>34</sup> LUJÁN FERNÁNDEZ, N. «Toros y periodismo» en DE COSSÍO, J. M. *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico Histórico*. Tomo VIII. *Literatura y Periodismo*. Madrid, Espasa-Calpe, 2007 (pp.607-649).

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 644.

defensor del toro en su integridad y bravura, de estilo brillante, sus juicios, cortantes y categóricos, le han colocado en una batalladora, a veces estrepitosa, primera línea entre la nueva crítica. Alfonso Navalón, criador de reses bravas, apasionado por el toro de lidia, es un escritor bien templado, que sabe infundir un brío insospechado a su prosa, que tiene momentos de una atrabiliaria riqueza, de un pendenciera esplendor.

Vicente Zabala, crítico de *El Alcázar*, *Nuevo Diario* y finalmente sucesor de Antonio Díaz-Cañabate en la difícil cátedra del diario *ABC*, es un cronista objetivo, minucioso y sobrio, de una ponderada dignidad. Sus juicios, sólidamente argumentados, ceñidamente rigurosos, le llevan a una defensa vigilante de la fiesta, a unos análisis certeros y firmes.

Carlos de Rojas Pardo-Manuel de Villena fue cronista de *Informaciones*. Ha sido un gran crítico, malgrado por su temprana muerte, a los cuarenta y un años. Era un gran aficionado, un excelente escritor y un conocedor no sólo del toreo a pie, sino del rejoneo. Entusiasta de los caballos, que es noble y depurada afición, ha sido posiblemente el más profundo crítico de la gallarda aventura hípica del rejoneo.

Joaquín Vidal Vizcarro, santanderino, crítico del diario bilbaíno *Hierro* y luego de *Pueblo e Informaciones*, para pasar a ser titular de *El País*, es otro gran defensor del toreo en su plenitud y belleza. Su estilo es certero, con un punzante sentido del humor, con una dialéctica prácticamente invulnerable, convincente, de una valerosa objetividad. Su crítica se ha revelado, en su coherencia y orden, como un testimonio imprescindible del toreo de nuestros días.<sup>36</sup>

Este artículo del escritor catalán se complementa y actualiza desde 2007 con otras dos aportaciones realmente importantes que no figuran en la colección original, como es, en primer lugar, el trabajo «Los toros y el periodismo»<sup>37</sup> del profesor Alejandro Pizarroso Quintero, que también ofrece unas pinceladas de estos cronistas al hablar de ese periodo que abarca desde los últimos años del franquismo hasta la actualidad, pasando, claro está, por la Transición, apuntes que, como se verá más adelante, mantienen la línea de otros trabajos del autor publicados con anterioridad. Así, de Alfonso Navalón refiere su destacado carácter polemista que caracterizó su trayectoria:

[...] pero el caso de Alfonso Navalón (Huelva, 193-Salamanca, 2005), quizá uno de los más polémicos cronistas de la época que analizamos, merezca una atención especial. Fue colaborador de Radio Juventud en 1963. Ha sido comentarista y crítico taurino de los diarios madrileños *Informaciones* en 1967 y de *Pueblo* entre 1973 y 1981, y también colaboró en la revista madrileña *El Ruedo*, de la que fue redactor en 1964. Posteriormente desempeñó esta labor en *Diario 16* y *La Tarde*. Colaboró en la revista de la Asociación Taurina y Cultural y en la feria

---

<sup>36</sup> *Ibidem*, pp. 644-645.

<sup>37</sup> PIZARROSO QUINTERO, A. «Los toros y el periodismo», en DE COSSÍO, J. M. *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico Histórico*. Tomo VIII. *Literatura y Periodismo*. Madrid, Espasa-Calpe, 2007, (pp.650-679).

de San Isidro de 1989 editó la revista diaria *Feria*. Publicó en 1971 su libro *Viaje a los toros del sol*. Colaborador de *El Socialista*. Polémico crítico, en sus últimos años se retiró a Salamanca, publicando artículos en distintos medios, primero *El Adelanto* —cubría la feria—, después en *Tribuna de Salamanca*, desde su nacimiento hasta 2003, y en Internet.<sup>38</sup>

De Vicente Zabala reconoce su gran labor profesional y su prestigio adquirido durante tantos años de profesión, aportando también datos muy importantes de su larga trayectoria como periodista taurino:

[...] El diario *ABC* ha sido tradicionalmente uno de los grandes bastiones de la información taurina. Su tribuna ha sido la de Corrochano, Selipe y Díaz-Cañabate. A este último le sucedió Vicente Zabala, que ocupó las páginas taurinas de *ABC* durante tantos años. Zabala había estudiado en la Escuela del Periodismo de la Iglesia de Madrid en 1964. Hizo sus primeras armas como crítico taurino en la agencia Logos. Escribió también en los diarios madrileños *El Alcázar* y *Nuevo Diario*, pasó a *ABC*, en sustitución de Antonio Díaz-Cañabate. Colaboró en las revistas taurinas *El Ruedo*, *El Redondel* (México) y *Fiesta Española*, de la que fue redactor jefe. Crítico taurino del diario madrileño *ABC* hasta su muerte y de Antena 3. En la tribuna de *ABC* sentó cátedra ante la afición de toda España. Fue galardonado con los premios Carlos de Larra, Díaz-Cañabate y Luca de Tena; además en 1985 fue premiado por la Federación Nacional Taurina de España por su labor en la Feria de San Isidro. En la obra de Carlos Orellana *Los toros en España* publicó el trabajo «Segundo tercio». Dirigió los fascículos coleccionables sobre la historia del toreo que aparecían en los *Domingos de ABC*. Organizó durante muchos años la corrida de la Prensa. Falleció en un accidente de avión en Colombia mientras volaba a la Feria de Cali.<sup>39</sup>

Para seguir con Joaquín Vidal, al que dedica un gran espacio y atribuye esa capacidad de haber modificado el gusto de la afición de Madrid, acercándola con su discurso a esas posiciones esencialistas radicales que tanto han marcado el devenir de la plaza de toros de Las Ventas del Espíritu Santo, además de considerarle uno de los culpables de los males de la Fiesta que, para los que la observan desde una posición más integrada con el espectáculo, por su culpa, se ha transformado en un espectáculo poco lucido, insoportable la mayoría de las veces, en el que el toro sobredimensionado impide cualquier atisbo de armonía conceptual:

Joaquín Vidal (Santander, 1935-Madrid, 2002) realizó sus estudios en la Escuela Oficial de Periodismo entre 1960 y 1963. Comenzó a escribir en el diario

---

<sup>38</sup> *Ibidem*, p. 660.

<sup>39</sup> *Ibidem*, p. 661.



*Hierro* de Santander para luego pasar a *Pueblo* (1972) y a *Informaciones* de Madrid de 1972 a 1976. Fue jefe de prensa del Instituto Social de la Marina desde 1964. Antes de entrar en *El País* había comenzado a escribir de toros una columna satírica en el semanario humorístico *La Codorniz* de 1968 a 1975. Esta columna se titulaba «Las vacas enviudan a las cinco». Manuel Molés copió más tarde ese mismo título para una columna suya en el *Alerta* de Santander. Vidal, escritor no solo de temas taurinos, tuvo, entre otras, una colaboración radiofónica en la Cadena SER. Periodista de vocación, de estilo singular, creó literatura taurina en sus crónicas. También escribió crónicas en la *Gaceta Ilustrada* entre 1967 y 1970 y en *La Actualidad Española y Nuevo Diario* en 1968. Fue colaborador asimismo de *Taurología* en 1990.

Periodista de grandes recursos literarios, ha sido un defensor de la pureza de la fiesta y ha influido notablemente en la afición madrileña con su defensa de la ganadería brava y de su propia concepción de la tauromaquia. Muchos consideran que esta defensa solo ha dado lugar a un culto equivocado al toro de gran peso y genio en detrimento de su bravura y movilidad. Poco transigente con figuras del toreo y los ganaderos, Vidal era excesivamente crítico al juzgar el espectáculo. Beligerante y reivindicativo, se granjeó antipatías en todo el mundo profesional taurino, pero sus crónicas en *El País* durante más de un cuarto de siglo fueron y son un punto de referencia en la historia de la tauromaquia.

No podemos negar que el papel que Joaquín Vidal ha jugado estos años fustigando algunos males de la fiesta puede haber tenido muchos aspectos positivos. Sin embargo, la modificación del gusto de un sector de la afición de Madrid hacia el toro mastodonte y la presión que una tribuna tan importante como *El País* ha podido hacer también entre los veterinarios es, a nuestro entender, uno de los verdaderos callejones sin salida en que sí se encuentra la fiesta. Muchos se opusieron a Joaquín Vidal en velados comentarios, otros le atacaron abiertamente como uno de los causantes de los verdaderos males de la fiesta. Fue notoria la polémica permanente entre Joaquín Vidal y José Carlos Arévalo, quien no perdía la ocasión desde *6 Toros 6* de zaherir al cronista de *El País*. También el aficionado británico y copropietario entonces de la revista, Michael Wigram, dirigió a Vidal algunos de sus más afilados artículos en la publicación.<sup>40</sup>

Finalmente, de Javier Villán remarca también su independencia de criterio, en la línea de Joaquín Vidal, pero sin duda menos radical en sus planteamientos:

Cuando Pedro José Ramírez salió de *Diario 16* para fundar *El Mundo* no consiguió llevarse con él a Barquerito. Encargó entonces de la crítica taurina a un periodista que, como Vidal, tenía una larga trayectoria en los medios, pero que nunca se había ocupado de periodismo taurino. Así, Javier Villán comenzó a ejercer al alimón en las páginas de aquel nuevo diario madrileño la crítica teatral y la taurina. Hoy, después de más de quince años, ha superado con creces la crítica que muchos aficionados le hacían no considerándole uno de los suyos. Javier Villán suele dictar su crónica por teléfono, toro a toro muchas veces. Es menos radical en su crítica al mundillo taurino que lo fue Joaquín Vidal, pero también fustiga los males de la fiesta. Sus crónicas son en cualquier caso más ponderadas y cuentan con el aprecio de numerosos aficionados. No hay que olvidar que *El*

---

<sup>40</sup> *Ibidem*, pp. 662-664.

*Mundo* es el segundo diario de mayor tirada de España. En el periódico encontramos también amplia información taurina. Durante la Feria de San Isidro ocupa normalmente dos páginas. La crónica de Villán es algo más breve que la de Joaquín Vidal.<sup>41</sup>

Quede constancia que esta actualización de *El Cossío* publicada en 2007 se completa con el trabajo «Internet y el planeta de los toros»<sup>42</sup>, que con la firma de Miguel Ángel Moncholí Chaparro analiza la evolución y el desarrollo de la información taurina en la Red.

Entre los estudios en los que se hace referencia y se analiza el papel de los cronistas taurinos de la Corriente Crítica Esencialista, el más relevante, sin duda, es el llevado a cabo por uno de los integrantes de propia corriente, Javier Villán, que en su trabajo *La crítica taurina. Antología*, publicado en 2012, refiere a los cinco miembros tratados en el presente estudio, y analiza de forma breve la trayectoria de cuatro de ellos, Alfonso Navalón, Vicente Zabala, Joaquín Vidal y él mismo, extrayendo de cada uno varias de sus crónicas más interesantes que permiten conocer sus inquietudes y su manera de trasladar al público su interpretación de la Fiesta. En relación a la doble perspectiva de entendimiento o aproximación a la Fiesta, Villán ya nos ofrece una aproximación histórica al fenómeno, al señalar:

Siempre ha habido dos corrientes en la crítica de toros; la calificada de negativa por los taurinos, es decir la pesimista que ve males por todas partes; y la que consideran positiva, o sea, aquella que sólo debe reflejar virtudes, y los vicios, si los hubiera, hay que silenciarlos. Ante la mayoría de optimistas históricos, algunos, todavía, se encuadran en el bando del pesimismo racionalista. Lo malo de la decadencia de hoy no es que parecidos vicios hayan existido antes; lo pésimo es tratar de presentarlos como virtudes.<sup>43</sup>

Para realizar después un breve resumen de cómo funciona y se desarrolla esa doble corriente de entendimiento de la fiesta de los toros, que además refleja en qué perspectiva se ubica él como cronista y como aficionado:

La tendencia a criar un toro que no complique en demasía la vida a los toreros ha adulterado los términos de la tauromaquia, soslayando la bravura como elemento esencial del toro de lidia. En consecuencia, la costumbre de lidiar toros poderosos se está perdiendo y, además, no «se torea mejor que nunca» como dicen a todas horas los profesionales de la lidia.

---

<sup>41</sup> *Ibidem*, pp. 664-665.

<sup>42</sup> MONCHOLÍ CHAPARRO, M. A. «Internet y el planeta de los toros», en DE COSSÍO, J. M. *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico Histórico*. Tomo VIII, *Literatura y Periodismo*, Madrid, Espasa-Calpe, 2007 (pp.680-703).

<sup>43</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. *La crítica taurina. Antología. Op. Cit.*, p. 13.

El pensamiento oficial impone un hecho consumado y proclama después su necesidad; que el toro sin nervio, parado y bobalicón, es el toro ideal para una lidia artística que, con frecuencia, ni es lidia ni es artística. Aceptada la normalidad de ese hecho espúreo (*sic.*), se justifica todo lo demás: el toreo tedioso y amanerado disfrazado de recurso técnico. Recursos lidiadores, legítimos a veces según las condiciones del toro, se alaban como técnica habitual. [...]

Entonces, en apoyo del mercado, se manifiestan unas tendencias críticas que más tienen que ver con la propaganda que con el juicio independiente. Los propagandistas sustituyen a los críticos. La invención del fenómeno no tiene pretensiones históricas, sino de reactivación económica. De ahí la complacencia con que la prensa, en general, recibe a estas figuras. La prensa en estos casos desarrolla una labor clave: lo magnifica todo, exalta triunfos y tapa lo que pudieran considerarse fracasos. [...]

Esos reactivadores económicos tienen, naturalmente, base suficiente y profesional en que apoyar su lanzamiento: condiciones naturales para el éxito y capacidad para seducir a un público que necesita ser seducido. Y los apoyos logísticos, imprescindibles, en frentes decisivos: propaganda por parte de los medios de comunicación y tolerancia del fraude por parte de la autoridad. Lo cual supone una crítica complaciente, aunque siempre haya excepciones; son estas excepciones, dicho sea con todas las cautelas, las que marcan la historia de las corridas y, en lo que cabe, algunos aspectos de la historia convulsa de España.<sup>44</sup>

Además de su participación en *El Cossío* anteriormente citada, el profesor Alejandro Pizarroso hace referencia a estos escritores en varios de sus importantes trabajos de investigación sobre el tema previos a la enciclopedia, siendo el autor que en más ocasiones les alude. En su artículo «Los toros y los medios de comunicación», publicado en el *Anuario del Departamento de Historia*, de la Universidad Complutense publicado en 1993, cita a varios de estos críticos esencialistas, como son Vicente Zabala, Alfonso Navalón, Carlos de Rojas y Joaquín Vidal:

En los últimos años sesenta y en los setenta aparecen una serie de nuevos valores en el periodismo escrito, sobre todo en la prensa madrileña. Así, Vicente Zabala que escribe en *El Alcázar* y en *Nuevo Diario* para terminar sucediendo en *ABC* a Díaz-Cañabate. O el malogrado Carlos de Rojas, crítico de *Informaciones* y gran aficionado al rejoneo. También, desde luego, tendríamos que mencionar al polémico Alfonso Navalón que del diario *Informaciones* pasó al *Pueblo* y que hoy se dedica a la cría de reses bravas. Esta lista no puede terminar sin Joaquín Vidal, santanderino que comienza a escribir en el diario *Hierro* de Santander para pasar luego a *Pueblo* y a *Informaciones* y ejercer desde su fundación una cátedra —discutida, pero cátedra— en el diario *El País*.<sup>45</sup>

---

<sup>44</sup> *Ibidem*, pp. 14-15.

<sup>45</sup> PIZARROSO QUINTERO, A. «Los toros y los medios de comunicación», en GARCIA, C. (Coord.). *Anuario del Departamento de Historia*, nº5. Madrid, Editorial Complutense, 1993, p. 242.

Repitiendo el mismo párrafo en su artículo «Cronistas y críticos taurinos: Escritores, aficionados, “sobrecogedores” y periodistas profesionales», colaboración del trabajo *Des taureaux et des hommes. Tauromachie et société dans le monde ibérique et ibéro-américain*, dirigido por Annie Molinié, Jean Paul Duviols y Araceli Guillaume Alnso, publicado en 1999 por la Universidad francesa Paris-Sorbone, pero añadiendo algún dato más a los ofrecidos de Joaquín Vidal, de quien añade:

Esta lista no puede terminar sin Joaquín Vidal, santanderino que comienza a escribir en el diario *Hierro* de Santander para pasar luego a *Pueblo* y a *Informaciones* y ejercer desde su fundación una cátedra —discutida, pero cátedra— en el diario *El País*. Anteriormente había comenzado a escribir de toros una columna satírica en el semanario humorístico *La Codorniz*. Esta columna se titulaba “Las vacas enviudan a las cinco” que sucedía a otra que se publicó durante muchos años con el título de “Vámonos al cuerno” y que firmaba F. Perdiguero H.

46

Porque la importancia adquirida por Joaquín Vidal en su tribuna de *El País* está presente en los trabajos del profesor Pizarroso que, si bien no comulgaba con sus planteamientos, en todo momento reconoce su relevancia —hemos visto que le otorga categoría de catedrático—, incluso le concede gran influencia en el desarrollo de la Fiesta a partir de los años 80:

Un ejemplo claro de la influencia de los medios en el público de los toros aparece a partir de 1980. Antes, en los setenta, y una vez desaparecido el *boom* de El Cordobés, las plazas están medio vacías a pesar de que hay una generación de toreros inmensa con nombres como los de José María Manzanares o El Niño de la Capea. Pero en los ochenta, coincidiendo con las reapariciones de Manolo Vázquez y Antonio Chenel *Antoñete* las plazas empiezan a llenarse, al menos en las ferias, sobre todo en Madrid. El público que empieza a llegar a Las Ventas está formado por gente joven, entre 25 y 35 años, que son lectores del nuevo periódico *El País*, donde escribe Joaquín Vidal, un señor respetabilísimo por otra parte, pero con el que no coincido en la mayoría de las ocasiones. Vidal, impulsado por una tradición purista y rígida que siempre ha existido en la plaza de toros de Madrid, y que en aquella época se localizaba en la andanada del 8, fabrica, en connivencia con este sector, un modelo de Fiesta que es la que hoy se explota en muchos sitios.<sup>47</sup>

---

<sup>46</sup> PIZARROSO QUINTERO, A. «Cronistas y críticos taurinos: Escritores, aficionados, “sobrecogedores” y periodistas profesionales». En MOLINIÉ BERTRAND, A., DUVIOLS, J. P., y GUILLAUME ALONSO, A. (Responsables). *Des taureaux et des hommes. Tauromachie et société dans le monde ibérique et ibéro-américain*. Paris, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, colección *Ibérica*, nº 12, 1999, p. 234.

<sup>47</sup> PIZARROSO QUINTERO, A. «Los periodistas taurinos: el cuarto protagonista de la Fiesta». En BERNAL RODRÍGUEZ, M. y ESPEJO CALA, C. (Editores). *Actas del II Seminario sobre Periodismo Taurino celebrado del 2 al 4 de marzo de 1999*, Sevilla, Padilla Libros Editores Libreros, 2000, p.126.

Volverá el profesor Pizarroso con las mismas palabras antes apuntadas a referirse a esos cronistas esencialistas en su artículo «75 años de Las Ventas. Tres cuartos de siglo de periodismo taurino»<sup>48</sup>.

En su obra de aproximación a la cronista periodística publicada en el año 1997, el profesor Manuel Bernal Rodríguez<sup>49</sup> dedica un apartado a la especificidad de la crónica taurina, citando a Vicente Zabala como defensor de la integridad de la profesión de periodista taurino, para después llevar a cabo una pequeña comparativa de estilos entre una crónica del citado Zabala y otra de Joaquín Vidal sobre festejos celebrados en esa temporada, en la plaza de toros de Sevilla y en la de Madrid<sup>50</sup>.

Al principio de este punto se citaba a la profesora María Celia Forneas Fernández, que Junto al profesor Pizarroso es la investigadora que más tiempo ha dedicado al estudio de la crónica taurina desde sus orígenes. Si todos sus artículos y obras son de una calidad incuestionable, debe destacarse por su interés para el presente estudio *La crónica taurina actual*<sup>51</sup>, publicado en 1998. En este texto, Forneas lleva a cabo un interesante pormenorización de los aspectos cronísticos más relevantes, y lo hace en base a la idiosincrasia de la plaza de toros de Las Ventas durante la feria de San Isidro de 1994 y los puntos de interés clave que rodean una tarde toros. Para ello, la autora toma como referencia a algunos de estos cronistas esencialistas como son Joaquín Vidal, Vicente Zabala o Javier Villán. En la segunda parte de la obra, Forneas se centra de manera individual en estos autores —Forneas incluye también a Ignacio Álvarez Vara, *Barquerito*, que en el presente estudio no está incluido como escritor de la Corriente Crítica Esencialista—, ofreciendo una breve biografía de cada uno de ellos así como el análisis de las características de sus textos en relación a los acontecimientos ocurridos en esa feria.

Sobre la filosofía taurina de estos críticos, Forneas escribe varios datos interesantes. Así, de Vicente Zabala apunta que su pensamiento taurino «se encuentra diluido en todas y cada una de sus crónicas, implícito y explícito en mil y un detalles.

---

<sup>48</sup> PIZARROSO QUINTERO, A. «75 años de Las Ventas. Tres cuartos de siglo de periodismo taurino». En ABELLA MARTÍN, C. (Coord.). *Las Ventas, 75 años de historia*. Madrid, Centro de Asuntos Taurinos de la Comunidad de Madrid, 2006, p. 227.

<sup>49</sup> BERNAL RODRÍGUEZ, M. *La crónica periodística. Tres aproximaciones a su estudio*. Sevilla, Padilla Libros Editores y Libreros, 1997, p. 135.

<sup>50</sup> *Ibidem*, pp.138-143.

<sup>51</sup> FORNEAS FERNÁNDEZ, M. C. *La crónica taurina actual. Un texto informativo, literario y de opinión*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

Además, se ha proclamado muchas veces bienvenidista (de la dinastía de los Bienvenida) y pepeluisista, en otro aspecto (Pepe Luis Vázquez)»<sup>52</sup>.

Destaca también la profesora Forneas el carácter polemista de Joaquín Vidal y su rechazo a la tauromaquia más actual:

Si por algo se caracteriza Joaquín Vidal es por sus constantes diatribas acerca de la tauromaquia moderna y no son sólo disertaciones de carácter didáctico o moral, sino también discursos polémicos o sarcásticos. Por medio de una descripción, una digresión, la exposición de argumentos, la valoración directa de una faena, una referencia al público, etc., al cronista de *El País* le gusta mucho filosofar sobre la tauromaquia moderna<sup>53</sup>.

Así como sus fórmulas de ejercer la crítica, con un atinado uso del humor que subyuga a sus lectores, ya que en muchas ocasiones ridiculiza lo de ya por sí ridículo que para él sucede en el ruedo:

En el caso de Joaquín Vidal, podríamos decir que la persuasión del lector se busca por la vía del «delectare», para conseguir la simpatía del público hacia el discurso, mediante el humor que está emparentado con «ethos», aunque distinto de él, es decir, con los «afectos suaves».

El tratamiento humorístico está encaminado a cumplir dos funciones: poner de relieve aquello que según su punto de vista se considera vicioso, mediante la ridiculización, y de esta manera desacreditarle y, por otro lado, evadir una posible censura mediante la alusión y el doble sentido.<sup>54</sup>

Para la profesora, Javier Villán comparte ideario con Joaquín Vidal en su rechazo a las formas de la tauromaquia actual y en aquellas actuaciones que por incidencia o por omisión afecten al desarrollo normal y reglamentado del espectáculo:

El cronista de *El Mundo*, a diferencia de otros compañeros suyos, utiliza su «yo taurino» con cierta prudencia, él sabrá si suficiente o excesiva. Pero, aún así, hay algo que queda muy claro: Javier Villán no está a favor de la nueva tauromaquia (eso de situarse al hilo del pitón, meter pico, marcharse a escape, citar de espaldas y toda una serie de recursos que se vienen utilizando por esas plazas de Dios).

[...] En suma, esa preocupación por la ortodoxia se concreta también en un aspecto tan importante como es lidiar conforme al reglamento taurino y velar por la pureza de los toros; el posible afeitado (o manipulación) de los cuernos; y las sospechas de drogadicción que se materializan en forma de interrogante cuando el comportamiento de los toros hace dudar a los aficionados.<sup>55</sup>

---

<sup>52</sup> *Ibidem*, p. 107.

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 123.

<sup>54</sup> *Ibidem*, p. 127.

<sup>55</sup> *Ibidem*, pp. 148-149.

Pero no es ésta la primera vez que Forneas se acerca a las figuras de Joaquín Vidal y Vicente Zabala. En su trabajo *Toros en Madrid*<sup>56</sup>, publicado en 1994, ya toma como referencia ambos críticos. Si bien este texto no está centrado en la crónica taurina, el estilo y los textos de Vidal aparecen citados hasta en cuatro ocasiones y los de Zabala en otras cinco.

Se citaba un poco más arriba la tesis doctoral del periodista taurino José Luis Ramón sobre la revista taurina *El Ruedo*. El paso por esta publicación tanto de Vicente Zabala como por Alfonso Navalón no pasa inadvertida para el investigador, que hace referencia a sus participaciones en varias ocasiones durante el trabajo, particularmente a Navalón. Menciones que se repiten en su artículo «La revista *El Ruedo*, treinta y tres años de información taurina en España (1944-1977)». Una primera referencia al señalar la incorporación de ambos escritores en los primeros años sesenta del siglo pasado con la llegada del nuevo director al medio, Alberto Polo. «Además, muy pronto se incorporaron a la nomina de colaboradores los jóvenes Vicente Zabala y Alfonso Navalón»<sup>57</sup>, escribe Ramón. Para luego abordar el cambio de línea editorial, en el que Alfonso Navalón tiene un protagonismo clave. «Ahora la revista se radicaliza, y en ella toma protagonismo el crítico Alfonso Navalón»<sup>58</sup>, señala. Y la gran influencia de éste en las decisiones y la forma de trabajar de Polo, marcando ya la línea polemista que luego le acompañaría para siempre. «Su presencia en *El Ruedo* se caracteriza, entre otras cuestiones, por una nueva línea informativa, basada muchas veces en la inclusión de un periodismo reportajeado y no ausente de polémica, en el que de nuevo —y hasta su virulenta ruptura de relaciones— Navalón tomó el protagonismo»<sup>59</sup>, sentencia.

También la anteriormente citada María Verónica de Haro de San Mateo, en su estudio «El periodismo taurino en la Historia del Periodismo Español», publicado en 2013, cita a varios de estos cronistas esencialistas, manteniendo la línea del profesor Pizarroso, con el añadido de que para la autora, estos nuevos críticos revolucionaron y regeneraron el panorama del periodismo taurino del tardo franquismo y primeros años de la Transición. «En el panorama de la prensa surgen nuevos valores que revolucionan la crítica, Vicente Zabala, Carlos de Rojas, Alfonso Navalón, Manuel Molés, Mariví

---

<sup>56</sup> FORNEAS FERNÁNDEZ, M. C. *Toros en Madrid*. Madrid, Pirámide, 1994.

<sup>57</sup> RAMÓN CARRION, J. L. «La revista *El Ruedo*, treinta y tres años de información taurina en España (1944-1977)». Madrid, revista de la Sociedad Española de Estudios de la Comunicación Iberoamericana SEECI, nº 21, marzo, año XIV, 2010, p.102.

<sup>58</sup> *Ibidem* p. 103.

<sup>59</sup> *Ibidem* p. 105.

Romero, Joaquín Vidal o “Barquerito” son algunos de los nombres que vienen a regenerar el periodismo taurino y a asentarlo en nuevas cabeceras como *Diario 16* o *El País*»<sup>60</sup>, escribe De Haro de San Mateo.

En este punto, no debemos olvidar que en su citada Tesis doctoral sobre la revista *6TOROS6*, defendida en el año 2009, De Haro de San Mateo<sup>61</sup> dedica un importante espacio, al igual que el presente trabajo, a la sostenida campaña por el director del medio, José Carlos Arévalo, en contra de Joaquín Vidal —en menor medida también en contra de Javier Villán— y su deseo de que su firma desapareciera de las páginas de *El País*. «Durante estos años, Michael Wigram, José Carlos Arévalo y otros miembros de la redacción protagonizan un enconado enfrentamiento con el periodista de *El País* nunca contestado por este último».

Para finalizar este repaso a los trabajos de investigación fundamentales que jalonan y esclarecen la historia del periodismo taurino, no debemos pasar de largo por aquellas obras que abordan aspectos como la relación de la televisión e Internet y los toros, particularmente la primera, ya que es abordada en una apartado de este estudio la sobre exposición, y su posterior repercusión, que la Fiesta sufre en los primeros años de la década de los noventa del siglo XX, momento histórico en el que las cadenas privadas se lanza a colonizar las retransmisiones taurinas, perdiendo el ente público un monopolio de más de cuarenta años. Si anteriormente habíamos citado la impresionante Tesis doctoral de Miguel Ángel Moncholí Chaparro sobre las retransmisiones taurinas en Tele Madrid, de nuevo es la profesora De Haro de San Mateo la que más luz arroja sobre este complejo proceso con hasta seis recientes aportaciones que acometen el fenómeno en sus distintas etapas y propuestas. «Bullfight as television entertainment during the Franco regime»<sup>62</sup>, de 2016; «Los toros en la televisión de la dictadura»<sup>63</sup>, «La transición taurina en TVE»<sup>64</sup>, y «Programas y retransmisiones taurinas (1982-

---

<sup>60</sup> DE HARO DE SAN MATEO, M. V. «El periodismo taurino en la Historia del Periodismo Español». En *Historia y Comunicación Social*, Vol. 18. Universidad de Murcia, 2013. N° Especial de Diciembre, p. 649.

<sup>61</sup> DE HARO DE SAN MATEO, M. V. *6TOROS6. Revista de actualidad taurina*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2011, p. 77.

<sup>62</sup> DE HARO DE SAN MATEO, M. V. «Bullfighting as television entertainment during the Franco regime». *Communication & Society*, Vol. 29 (3), 2019, (pp. 69-85). Disponible en [http://www.unav.es/fcom/communication-society/es/resumen.php?art\\_id=582](http://www.unav.es/fcom/communication-society/es/resumen.php?art_id=582)

<sup>63</sup> DE HARO DE SAN MATEO, M. V. «Los toros en la televisión de la dictadura», en MONTERO DÍAZ, J. (Dir.). *Una televisión con dos cadenas. Programas y programación (1956-1990)*. Madrid, Cátedra, capítulo 8, 2018, (pp. 185-206), ISBN: 9788437638409.

<sup>64</sup> DE HARO DE SAN MATEO, M. V. «La transición taurina en TVE». En MONTERO DÍAZ, J. (Dir.). *Una televisión con dos cadenas. Programas y programación (1956-1990)*. Madrid, Cátedra, capítulo 21, 2018, (pp. 455-468), ISBN: 9788437638409.



1990)»<sup>65</sup>, todos ellos publicados en 2018 dentro del estudio *Una televisión con dos cadenas. Programas y programación (1956-1990)* dirigido por el profesor Julio Montero Díaz; «Retransmisiones taurinas en Telecinco y Antena3 (1990-2010)»<sup>66</sup>, fundamental para el presenta trabajo y publicado en 2020; y finalmente «La programación taurina y la competencia televisiva»<sup>67</sup>, de 2022.

---

<sup>65</sup> DE HARO DE SAN MATEO, M. V. «Programas y retransmisiones taurinas (1982-1990)». En MONTERO DÍAZ, J. (Dir.). *Una televisión con dos cadenas. Programas y programación (1956-1990)*. Madrid, Cátedra, capítulo 34, 2018, (pp. 711-722), ISBN: 9788437638409.

<sup>66</sup> DE HARO DE SAN MATEO, M. V. «Retransmisiones taurinas en Telecinco y Antena3 (1990-2010)». *Estudios sobre el Mensaje Periodístico* 26 (2). Ediciones Complutense. Universidad Complutense de Madrid, 2020, (pp. 409-506).

<sup>67</sup> DE HARO DE SAN MATEO, M. V. «La programación taurina y la competencia televisiva». En Montero Díaz, J., Paz Rebollo, M<sup>a</sup> A., y Lacalle, R. *La edad dorada de la televisión generalista en España (1990-2010) Programas y programaciones (1990-2010)*, capítulo 25, 2022, (pp. 787-821) ISBN: 9788418802447.



**PARTE I: EVOLUCIÓN Y CARACTERÍSTICAS DEL  
PERIODISMO TAURINO DEL SIGLO XX**



**2. PERIODISMO TAURINO VERSUS CRÓNICA TAURINA.  
LA DISTANCIA PARA LA CRÍTICA**



## **2.1. La distancia técnico/afectiva en el trabajo de los informadores y cronistas taurinos**

El ejercicio desde la independencia tanto de la crítica como de la información de las artes plásticas y escénicas tiene uno de sus mayores hándicaps en la proximidad, lógicamente necesaria, que el escritor debe mantener con el mundo artístico analizado. El conocimiento en profundidad —conocimiento técnico— del campo de análisis implica normalmente la relación personal —función afectiva— del crítico/informador con determinados protagonistas del entramado artístico —que funcionan lógicamente como fuentes de información— que, por su cualidad, favorecen ese conocimiento. El grado de esta relación, de esa distancia llamémosle técnico/afectiva, marca la posición analítica del profesional con respecto al objeto analizado y puede condicionar en buena medida tanto las informaciones como los juicios de valor emitidos.

Con independencia de qué grado de esa distancia técnico/afectiva puede ser positivo o negativo para el desarrollo de la labor crítica o informadora, ya que no es objeto de este estudio llevar a cabo ese análisis, éste debe reflejarse como elemento condicionante de dicha labor, particularmente en un ámbito tan peculiar como es el del panorama taurino, en el que las relaciones entre escritor y campo de información o análisis normalmente trascienden cualquier parámetro que pudiera calificarse como normal al estar sujetas a una serie de determinantes afectivos que las subordinan inmoderadamente.

La ausencia de esa distancia técnico/afectiva significaría la pertenencia e integración absoluta del profesional con el campo de información, algo que es bastante frecuente en el panorama de la actualidad taurina. En estos casos lo normal es que el informador o crítico integrado en ese campo efectúe su trabajo como parte interesada, en un proceder que normalmente más que informar o valorar publicita, y que soslayará en buena medida los aspectos negativos y se encargará de realzar los positivos. No obstante, en cualquiera de los ámbitos de la comunicación artística y cultural y por diferentes razones el informador puede reducir esa distancia. Nos encontramos ante una situación de falta de independencia objetiva para analizar —y así informar o valorar— desde el conocimiento crítico incondicionado el campo observado.

Por otro lado, la existencia de esa distancia puede graduarse de manera exponencial y en base a esa medida permitir una mayor independencia objetiva en la

función de análisis. Siendo un condicionante variable en función de los distintos factores que pueden determinarla, su grado puede estar marcado por aspectos como la empatía (identificación que el sujeto tiene en relación a los protagonistas), afectividad (inclinación del sujeto hacia la actividad), emotividad (emoción que el campo de análisis e informaciones genera en el sujeto), y temporalidad (espacio de tiempo en que se mantiene relación con el campo de análisis). Pudiéndose mostrar cada uno de estos aspectos de manera diferente y con distinto peso o proporción en diferentes periodos, lo que se traduce en que esa distancia técnico/afectiva puede ser variable en una misma persona en diferentes momentos o etapas de su vida.

Por tanto, la distancia técnico/afectiva es ese terreno que establece el alcance de las relaciones personales del escritor con el mundo objeto de información o análisis, delimitado por cinco factores claves: conocimiento técnico, identificación personal, afectividad, emocionalidad y temporalidad.

- Conocimiento técnico: se parte de la base que el profesional tiene el nivel de conocimiento necesario para desempeñar su labor. Un conocimiento y preparación adecuados por parte del escritor favorecerán la calidad en la comunicación. Un grave error, no obstante, puede ser el pensamiento de autosuficiencia del profesional a partir de esa preparación adquirida.
- Identificación personal: es el grado de identificación que produce en el sujeto la relación. Cada persona se identifica de una manera distinta con el campo de análisis. En el caso de la información taurina, lo más normal suele ser que el comunicador sea también aficionado a los toros y, por lo tanto, esté totalmente identificado con ese mundo y los valores que desde él se transmiten.
- Afectividad: el grado de afectividad adquirido en base a la permisividad del crítico/informador en la realización de su trabajo. Es el profesional con su actitud el que permite acortar o aumentar los afectos y por tanto el aumento o disminución de la distancia técnico/afectiva. La relación continuada, aunque no necesariamente tenga que convertirse en amistad, genera esa inevitable afectividad, mayor cuanto más estrecho y necesario es el contacto.
- Emocionalidad: la distancia técnico/afectiva está condicionada a su vez por la susceptible emocionalidad que genera en el informador la aproximación necesaria. Las emociones personales que produce el campo de análisis o



información condicionan esa distancia, más aún en un ámbito como el taurino, en el que el componente dramático que provoca el propio juego entre la vida y la muerte eleva ese estado emotivo.

- Temporalidad: es variable en el tiempo en base a la situación o momento de la vida profesional, personal y la evolución de las necesidades de conocimiento del informador. La distancia técnico/afectiva puede variar en el tiempo porque varía la forma de trabajar, y/o varían las necesidades del crítico/informador, y/o varían los condicionantes anteriores de implicación, afectividad, emotividad, etc. Una distancia técnico/afectiva grande puede disminuir con el tiempo, alterando los parámetros de independencia de criterio anteriores y viceversa.

En base a estos parámetros, es evidente que cuanto mayor sea la distancia técnico/afectiva mayor será la independencia del cronista en relación al campo de información o análisis. Desde un punto de vista meramente académico, podría decirse que la distancia técnico/afectiva adecuada para el desarrollo de un trabajo de información y análisis correcto en términos de independencia profesional sería aquella fundamentada en el equilibrio o proporción de cada una de las variables de manera que ninguna de ellas se mostrara como condicionante o determinante final, de forma que el informador o analista pudiera mantener el contacto necesario con el campo de análisis sin sucumbir a las distorsiones y tensiones derivadas de la influencia preponderante de alguna de ellas.

La información, y sobre todo la opinión, puede ser diferente —sin entrar a valorar si mejor o peor—, de hecho normalmente suele ser así, si se efectúa desde la proximidad absoluta —el escritor por la suma de los factores antes indicados está integrado en el campo de información concreto—, o si el periodista o crítico mantiene una distancia técnico/afectiva suficiente para que en su trabajo no causen limitaciones la influencia de esos factores. En cualquier caso, esa reducción de la distancia técnico/afectiva puede no tener el mismo peso si separamos información de opinión. Para el profesional que se dedica en exclusiva a informar, acortar —y hasta hacer desaparecer— esa distancia puede ser positivo en la medida que le permite estar integrado en el campo de información y beneficiarse de esa cercanía. En el ámbito de la opinión, la ausencia de esa distancia lógicamente condicionará los juicios de valor,

porque el escritor estará opinando más como parte interesada que como sujeto independiente.

A la hora de analizar el papel de los cronistas e informadores taurinos de las diferentes etapas de la historia de la Tauromaquia, este aspecto fundamental en muchos casos es obviado por los autores en un terreno tan comprometido y complicado como es el mundo de los toros, en el que la vida del hombre, del creador, del artista, está en juego. Esa distancia con el objeto observado marca definitivamente las formas de entender y tratar la Fiesta. El mundo de los toros, su contexto, su historia, sus protagonistas, para aquellos que se sienten atraídos por él, es tentador, arrebatador, mágico. Invita a la proximidad porque abarca una gran diversidad de aspectos socioculturales: desde el destello aureolar del torero como héroe a la vez anacrónico y contemporáneo hasta la belleza y disfrute que supone todo lo relacionado con el manejo del toro en el campo.

El aficionado a la Fiesta está indudablemente atrapado por la fascinación que desprende un mundo tan bello como anacrónico, tan romántico y a la vez tan violento, y sobre todo, tan contradictorio en muchos casos desde el punto de vista personal. En este sentido, no se puede por menos sino recordar la frase del célebre Ramón Pérez de Ayala, al afirmar que «si yo fuera autócrata o dictador de España suprimiría las corridas de una plumada. Las suprimiría porque las considero nocivas socialmente, tal como hoy está la sociedad española. Pero, entretanto las hay, asisto a ellas; porque para mí, individualmente, no son nocivas, antes son provechosas, instructivas y, desde luego, solazadas»<sup>68</sup>.

Los cronistas e informadores taurinos, al igual que los aficionados, o como aficionados que son, también están atrapados por esa fascinación, y esta seducción puede, como así ocurre en muchas ocasiones, condicionar su labor en la magnitud que esté presente. Lo más probable, como se afirmaba antes, es que la crítica no sea igual si el escritor está integrado en el campo de análisis a través de relaciones personales y de amistad que si mantiene cierta distancia personal y esas relaciones o no existen o se limitan al trabajo meramente profesional.

---

<sup>68</sup> PÉREZ DE AYALA, R. *Política y toros*. Madrid, Renacimiento, Obras completas de Ramón Pérez de Ayala, volumen XII, 1925, p. 258.

### **2.1.1. La disyuntiva de informadores y críticos taurinos**

En el panorama del periodismo artístico y cultural es frecuente una duplicidad de funciones por parte de los profesionales que ejercen, en ocasiones y de manera indistinta, el papel de informadores o de críticos. Esto también ocurre en el mundo de la Tauromaquia, sin embargo, el profundo proceso de especialización exigido por las formas de comunicación actuales, hace que información y opinión representen, a diferencia de en otras disciplinas artísticas, espacios en ocasiones antagónicos a partir de la relación que deben mantener unos y otros con el campo de análisis e información.

La base es que para hacer una buena información taurina, una información acorde a los tiempos actuales del Periodismo, es indispensable entremezclarse con el entramado taurino con todos los condicionantes que ello pueda acarrear para el sostenimiento en grado suficiente de la distancia técnico/afectiva necesaria. El informador, el periodista que informa, que por norma general es aficionado, en infinidad de ocasiones queda atrapado por el fascinante mundo que, gracias a su profesión, ahora se le permite descubrir. Su admiración, no obstante, puede contribuir —y así ocurre en infinidad de ocasiones— a desarrollar más un papel propagandístico que el de un comunicador independiente, si bien, por otro lado, mantener una posición más incisiva le puede llevar a cerrar puertas, a perder el privilegio del disfrute continuado de ese mundo y buena parte de sus recursos relacionales que le facilitan la obtención de datos.

Con el crítico taurino ocurre algo parecido, ya que puede sucumbir —como así sucede— también a esa fascinación. Una gran cercanía y relación con el entramado taurino le puede conducir a tener una posición crítica moderada; una posición inmisericorde con lo que se desarrolla en el ruedo y con los entresijos de ese ámbito taurino le situará en el ostracismo de ese mundo. En cualquier caso, el trabajo de ambos, informadores y críticos, será el reflejo de la perspectiva de entendimiento que sobre la Fiesta hayan adquirido a lo largo de su vida, y es posible, como ha ocurrido en infinidad de casos, que empiecen desarrollando su labor de manera independiente y terminen perfectamente acoplados al entramado del que informan u opinan.

A lo largo del siglo XIX y primera parte del XX el trabajo de los llamados revisteros taurinos —así se denominaba a quienes escribían de toros en los periódicos de la época— estaba condicionado por tres aspectos claros. En primer lugar la distancia geográfica, que impedía en buena medida el desplazamiento del cronista a todas las

plazas importantes, pudiendo cubrir al año un número limitado de festejos. Por otro lado, el modo de trabajo, menos sometido a las premuras del tiempo posteriores, al publicarse en muchos casos las reseñas de los festejos varios días después de que éste se hubiera celebrado. Finalmente, la circunscripción a una única función, la de cronistas u opinantes, por encima de la de informadores. Sobre las posibilidades y necesidades periodísticas de la época que marcaban esa forma de trabajar escribe su reconocimiento el periodista y escritor Edmundo González Acebal, señalando como elogiables la actitud, afición y entusiasmo aplicados al trabajo por parte de escritores decimonónicos como los Carmona y Millán, Sánchez de Neira, Peña y Goñi, Pascual Millán, Mariano de Cavia, etc. «Claro está que aquellos escritores —explica González Acebal—, para la realización de su trabajo, disponían de más tiempo que los contemporáneos, porque jamás se aventuraron a recorrer las ferias y los mercados del mundo taurino en busca de información o de publicidad, que casi viene a ser lo mismo»<sup>69</sup>.

Como se puede apreciar, las afirmaciones en relación al papel propagandístico de los informadores taurinos que se hacían más arriba no eran meras suposiciones o exageraciones. El tiempo ha venido a demostrar que tienen una parte importante de verdad y, como en el caso de lo expuesto por el citado González Acebal, debido a esa proximidad que el profesional de la información mantiene con el entramado taurino, muchas veces no hay una separación clara entre información y publicidad.

En el panorama actual del periodismo artístico y cultural, sujeto lógicamente a las necesidades y posibilidades comunicativas de los nuevos tiempos, en ocasiones se produce una duplicidad de funciones por parte de los profesionales que antes no existía, ejerciendo de manera indistinta el papel de informadores y de críticos. La profesora Natividad Abril señala esa posibilidad, así como la necesidad de establecer una diferencia entre uno y otro trabajo. «Conviene diferenciar entre el trabajo periodístico, de carácter informativo, que se realiza en la sección de cultura y la crítica periodística. El periodista que trabaja en la sección de cultura es un informador que redacta informaciones [...]. Es posible que este periodista, hombre o mujer, además, esté capacitado para el análisis y el enjuiciamiento de algunas de las áreas culturales que, como informador, trabaja»<sup>70</sup>.

---

<sup>69</sup> GONZÁLEZ ACEBAL, E. *Grandeza y servidumbre de la crónica taurina*. Op. Cit., p. 19.

<sup>70</sup> ABRIL VARGAS, N. *Periodismo de opinión*. Madrid, Síntesis, 1999, p. 192.

Esto también ocurre en el mundo periodismo taurino, pero los modos de relación con la Fiesta de periodistas o informadores por un lado y de cronistas o críticos vienen siendo muy distintos. Remarca este aspecto el citado profesor Alejandro Pizarroso, al señalar que «normalmente un no aficionado, o un aficionado superficial, tiende a identificar periodismo taurino con crónica taurina. En realidad, el periodismo taurino va mucho más allá de la labor tradicional del crítico o revistero taurino. Hay pues que establecer una diferenciación entre la crítica taurina y la información taurina. Y hoy hay que establecer esta diferencia porque el periodismo taurino se está profesionalizando cada vez más»<sup>71</sup>. Esa especialización profunda, necesaria de estos tiempos, obliga a mantener esa cercanía de la que antes se hablaba, a estrechar la distancia técnico/afectiva con el campo de información y análisis. Y es aquí donde se establece la disyuntiva de esa nueva orientación de la profesión entre quienes buscan y trabajan en el ámbito de la información además de ejercer la crítica, y quienes se limitan al análisis tradicional sin entremezclarse con el campo de análisis.

Es en este punto donde se establecen e identifican de manera definitiva las dos perspectivas características propias del periodismo taurino que se abordan en un punto posterior y que con el paso del tiempo, particularmente a partir de la Guerra Civil, se han venido desarrollando: la *perspectiva integrada*, o aquella en que el informador o cronista forma parte por su proximidad del entramado taurino; la *perspectiva distante*, en la que el profesional de la información mantiene una distancia aséptica con el campo de información y análisis sin llegar en ningún caso a mezclarse con él.

Al hilo de esta doble posibilidad, conviene recordar la afirmación que la anteriormente citada Natividad Abril deja apuntada, al señalar que «sólo desde una postura honrada, incorruptible y desinteresada, se podrá elaborar una crítica desde unos presupuestos de total libertad. Sin hacer caso de regalos o prebendas, promesas o halagos»<sup>72</sup>.

## **2.2. La superación de la distancia técnico/afectiva en la información taurina**

Para informar y opinar de toros, de actualidad taurina, hay que conocer muy bien los entresijos de ese ambiente tan particular, manifiestamente corporativo y

---

<sup>71</sup> PIZARROSO QUINTERO, A. «75 años de Las Ventas. Tres cuartos de siglo de Periodismo Taurino». *Op. Cit.*, p. 219.

<sup>72</sup> ABRIL VARGAS, N. *Periodismo de opinión. Op. Cit.*, p.195.

endogámico, y, en la mayoría de los casos, como ocurre en tantas variantes del periodismo especializado, el escritor no tiene otra alternativa que mezclarse con él. El profesional tanto de la información como de la opinión tiene que enfrentarse a los grandes problemas que afectan directamente a su independencia: la servidumbre, la connivencia, la subjetividad, la acomodación, la condescendencia, el amiguismo, etc.

Ser aficionado a los toros y comunicar de toros se convierte en ocasiones en un gran problema y puede significar un lastre para una labor profesional cuanto menos honesta. Pero no es menos cierto que, como afirma el profesor Pizarroso, «desde el siglo XIX el periodismo taurino no se puede considerar como fuera de la Fiesta, sino como un componente más de la misma»<sup>73</sup>, junto a los toreros, ganaderos y el público. Esa relevante participación por parte del informador o cronista con el propio sistema ha contribuido a que surja un modelo de comunicación taurina particular, más evidente en la mitad del siglo XX, que puede clasificarse, como se afirmaba en el punto anterior y como se verá en un párrafo posterior, desde una doble perspectiva de entendimiento del espectáculo: integrada o distante.

### **2.2.1. La dificultad de ser periodista taurino y aficionado**

El informador taurino, como cualquier periodista especializado, debe disponer de un amplio abanico de fuentes de información que le permitan establecer con precisión el pulso de la actualidad de forma inmediata. La agenda del profesional de la información, por tanto, es fundamental, y fiable si la relación que mantiene con sus fuentes es adecuada en términos de correspondencia afectiva recíproca: ofrecer y recibir.

Como bien señala la profesora Elena Blanco Castilla, en el periodismo especializado los criterios profesionales deben estar por encima de cualquier otra consideración, pero es tan evidente como necesario que «la relación (con la fuente de información), aunque no estrecha, si debe ser personal y cordial»<sup>74</sup>. Los profesionales de la información saben que este afecto profesional que inevitablemente surge de la correspondencia fuente-periodista puede convertirse en lastre para la realización de forma absolutamente independiente de labores periodísticas, especialmente cuando el

---

<sup>73</sup> PIZARROSO QUINTERO, A. «75 años de Las Ventas. Tres cuartos de siglo de Periodismo Taurino». *Op. Cit.*, p. 219.

<sup>74</sup> BLANCO CASTILLA, E. «Emisores de mensajes informativos. Características, tipología y comportamiento de las fuentes especializadas». En FERNÁNDEZ DEL MORAL, J. (Coord.). *Periodismo especializado*. Barcelona, Ariel, 2004. p. 106.

objeto de las mismas pudiera desembocar en algún tipo de denuncia hacia aspectos negativos de la actividad abordada, implicando necesariamente a intereses personales y/o grupales próximos a quienes normalmente puedan facilitar información trascendente, más aún en un terreno, como se afirmaba, tan corporativo y endogámico como es el mundo taurino.

El profesor José María Caminos Marcet<sup>75</sup> nos habla de esa distancia necesaria entre profesional de la información y fuente, y no sólo exige que el periodista conserve su independencia, sino que debe establecerse «una relación de cierto distanciamiento. No existen normas concretas y la mayor o menor distancia marcará siempre las características de la relación. Cuando entre periodista y fuente existan relaciones de amistad profesional deberá ser especialmente cauto para no verse influenciado por la fuente de información». Algo complicado, sin duda, cuando las relaciones superan o anulan la distancia técnico/afectiva, por eso Caminos no considera conveniente «estrechar lazos afectivos con personas con las que existe una relación profesional para conseguir información. Periodista y fuente son dos personas que contactan esporádicamente para transmitirse información. Establecer otro tipo de relación puede poner en peligro la profesionalidad», concluye. Los lazos, por tanto, pueden, —y en algunos casos deben— existir, pero estos nunca debieran ser tan estrechos como para determinar la calidad y validez de las informaciones.

Al igual que en otros ámbitos, en el mundo de los toros se supera en infinidad de ocasiones la línea divisoria, la distancia técnico/afectiva, entre quien informa y quien es fuente de información, normalmente porque la Tauromaquia constituye una profunda afición personal de quien se dedica profesionalmente a escribir del tema, permitiendo su cometido periodístico mantener un estrecho y tentador (y, por qué no, gustoso) contacto con el mundo admirado. Superada esa distancia, el periodista, y como se verá también el cronista, pasa a trabajar desde una perspectiva integrada con el campo de información, que determina, inexorablemente, la manera de ver, interpretar y contar lo ocurrido. Una forma de ofrecer información en la que el comunicador se comporta como sujeto activo y valedor del sistema, admitiéndolo como propio y por tanto defendiendo su funcionamiento.

---

<sup>75</sup> CAMINOS MARCET, J. M. y ARMENTIA VIZUETE, J. I. *Fundamentos de periodismo impreso*. Barcelona, Ariel, 2003. pp. 106-107.

Como se afirmaba más arriba, en el ámbito de la información taurina es bastante normal que la distancia técnico/afectiva —debido al condicionante que supone la empatía del informador con el campo de trabajo— no exista de partida o desaparezca progresivamente, pasando ésta a ser palmaria amistad en la que se rompen y mezclan los departamentos, ya de por sí permeables, que deben constituir el trabajo profesional del informador y las fuentes de información relevantes, estrechándose inmoderadamente la relación entre ambos en términos de lo que sería una buena praxis periodística. Sin negar que ésta puede ser una situación favorable para muchas cuestiones, puede serlo también negativa en el plano profesional en el que el periodista se debe, en primer lugar, a su público receptor, en segundo en su obligación ética de ejercer de fiscal de la realidad observada, y en tercero en la responsabilidad de evitar un estado acomodaticio en el ejercicio de su profesión.

En infinidad de ocasiones, la resultante de este estrechamiento de espacios no puede ser otra que la llamada por Mauro Wolf en sus estudios sobre comunicación, «distorsión involuntaria» de la información en el origen de la práctica profesional a partir de determinadas actitudes dependientes que el periodista o la empresa adquieren rutinariamente; más aún si el vínculo que les une con la realidad retratada es más afectivo que profesional. «Normalmente —puntualiza el profesor Wolf— los periodistas especializados desarrollan relaciones estrechas y prolongadas con sus propias fuentes, que terminan convirtiéndose en fuentes personales, una especie de informadores que mantienen al día a los cronistas, suministrándoles indiscreciones, noticias reservadas. Es decir, se desarrolla una relación casi simbiótica de obligaciones recíprocas entre fuente y periodista especializado: lo cual simplifica pero al mismo tiempo complica el trabajo, ya que el coste de perder este tipo de fuente resulta más bien alto, llevando tarde o temprano al periodista hacia una más o menos consciente dependencia»<sup>76</sup>. La dependencia de esa fuente puede llevar al profesional de la información a distorsionar el mensaje por ese miedo a perderla. Esta dependencia o simbiosis será más notable aún si la realización del trabajo periodístico se efectúa desde una gustosa devoción que además permite la integración con el campo de análisis o información.

Esta forma de trabajo, sustentada en esa relación simbiótica con el campo o fuentes de la información, está muy extendida en el panorama del periodismo taurino y

---

<sup>76</sup> WOLF, M. *La investigación en la comunicación de masas*. Barcelona, Paidós Ibérica, 1987, p. 259.



no carece de censura por muchos de los que participan también de él, como así apunta Antonio Lorca, cronista taurino de *El País*, para quien «el verdadero periodista no puede ser amigo de quienes son la base de su trabajo. O se es amigo o se es periodista. Porque la amistad tiene un precio que casi siempre pagan los lectores»<sup>77</sup>. Profundizando un poco más en el tema, cuando se estrecha la relación entre fuente y periodista surge, como bien señala Ofa Bezunarte<sup>78</sup>, el peligro de la connivencia que, de materializarse, conduce inevitablemente a una «relación desnaturalizada» entre las partes fruto de esa interacción afectiva, traducándose normalmente en informaciones parciales y condicionadas, a pesar de que éstas tengan la aceptación del público partícipe de esa misma perspectiva de visión del campo de información.

De manera tradicional, el vínculo que establece en la mayoría de ocasiones el periodista especializado en información taurina —que por norma general, como se apuntaba más arriba, es aficionado a la Fiesta— con el campo de información es tan estrecho que le conduce voluntariamente a mezclarse con él, pasando de forma indirecta a parasitarlo en un mutualismo que aleja su posición del parámetro crítico óptimo que corresponde a su profesión. Si, como ocurren en numerosas ocasiones, un ganadero de reses bravas, un torero importante, o cualquier persona relevante del entramado taurino invita a uno o varios periodistas taurinos a su casa-finca a participar de las labores de campo típicas, ya sea un tentadero de reses, una fiesta campera, un herradero, etc., en un agasajo continuo hacia los invitados, que en su condición de amantes del ámbito que les corresponde informar lo están, además, disfrutando, surge sin duda el obstáculo para que la independencia y la posible información crítica, presente o futura, broten con naturalidad. La tentación del goce en un mundo tan atrayente, tan deseado, puede inhabilitar la necesaria prudencia a la que se refería el profesor Caminos.

Quedará diluida, por tanto, en su totalidad la distancia técnico/afectiva quedando anulada en buena medida esa posición crítica, fiscalizadora, convirtiéndose su trabajo en mera servidumbre. Lo explica muy bien el periodista y profesor Arcadi Espada que, con

---

<sup>77</sup> LORCA LÓPEZ, A. Intervención en la «Mesa Redonda: Periodismo Taurino en Sevilla: Problemas y Perspectivas». En BERNAL RODRÍGUEZ, M. y ESPEJO CALA, C. (Edit.). *Actas del II Seminario sobre Periodismo Taurino*. Sevilla, Padilla Libros Editores & Libreros, 2000, p. 180.

<sup>78</sup> BENUFARTEA, O. «Redactar para informar». En BENUFARTEA, O., DEL HOYO, M., y MARTÍNEZ, F. *Lecciones de reporterismo*. Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 1998, p. 89.

gran acierto, señalaba que los periodistas saben «lo difícil que es escribir duramente contra alguien con el que se acaba de comer gustosa, larga y francamente»<sup>79</sup>.

El ejemplo de relación simbiótica más evidente, extremo, posiblemente sin parangón en el campo de la información taurina en prensa diaria, lo encontramos especialmente entre los años cuarenta y cincuenta del siglo XX, periodo en el que, como se verá en un apartado posterior, el informador y cronista taurino tenía que pagarse, comprar, a modo de publicidad, el espacio en el periódico, ofreciendo lógicamente ese espacio a los matadores de toros de la época, produciéndose de esta manera una distorsión absoluta en el trabajo periodístico. El informador taurino no sólo se mezclaba con el campo de información, sino que elevaba su labor hasta llegarla a situar por encima de ese mutualismo establecido, adquiriendo en muchos casos una posición dominante en la ya de por sí desnaturalizada relación. Surgieron voces que denunciaban esta práctica anómala, como la del docto y citado anteriormente Edmundo González Acebal, que en esa misma década evidenciaba esta situación que se produce en el panorama tanto de la información como de la crónica taurina en el que la proximidad, elevada a estado de dependencia, entre periodista y ámbito convierten el trabajo en mera propaganda:

Si, además, consideramos que la vida actual del revistero taurino no es, generalmente, como la del antiguo; que hoy el revistero vive en constante contacto con los hombres del “negocio taurino”, que tiene una fuerza como jamás ha tenido, que se crea amistades que perturban su independencia e intereses que hipotecan su libertad de juicio, se encontrará la clave de por qué muchos de ellos discurren y reaccionan siempre contra la Afición en lugar de hacerlo a su favor, como debiera ser obligado.

[...] Por muy ecuánime que uno se proponga se al examinar los procedimientos profesionales de ciertos periodistas taurinos —no de todos, afortunadamente—, siempre está uno en trance de deslizarse más allá de donde la prudencia y la discreción aconsejan. Hay ciertamente, cosas tan graves y tan de todos sabidas que, sin embargo, no pueden decirse sin riesgo de contrariedades.

[...] Porque el daño que el revistero publicitario ocasiona, alcanza a toda la colectividad taurina, ya que nadie cree en los altares que pueda levantar una prensa que ha perdido su crédito informativo<sup>80</sup>.

La perspectiva temporal puede atenuar la realidad de la época, clasificando como anecdótico ese periodo de prensa publicitaria; pero la verdad es que fue un

---

<sup>79</sup> ESPADA, A. «El juez de la vida». *El Mundo*. Madrid, 18 de diciembre de 2009, p. 2.

<sup>80</sup> GONZÁLEZ ACEBAL, E. *Grandeza y servidumbre de la crítica taurina*. *Op. Cit.*, pp. 25-28.

fenómeno traumático para el desarrollo de la prensa taurina, y con consecuencias claras en el surgimiento, desarrollo y evolución de la corriente crítica esencialista. «Jamás estuvo la información taurina tan prostituida y sin delimitaciones claras de lo que era publicidad e información»<sup>81</sup>, señala el también periodista Demetrio Gutiérrez Alarcón en su análisis del periodo.

En la actualidad, un ejemplo evidente está en las revistas especializadas de información taurina, como pueden ser la más conocidas *6 TOROS 6*<sup>82</sup> y *Aplausos*, y en algunos de los portales de información taurina que se difunden en Internet, también los más conocidos como *Burladero.com* y *Mundotoro.com*. En estos medios, a pesar de contar con grandes equipos profesionales de periodistas especializados en la materia que ofrecen una completísima información de actualidad taurina apenas queda hueco para la valoración crítica o esta queda sesgada al aplicarse sólo desde el plano de la perspectiva integrada con el entramado taurino. La información crítica —o de denuncia— por tanto queda circunscrita a las posibilidades que ofrece la perspectiva desde la que se ofrece, siendo cercenada además la posibilidad de denuncia de carencias en base a la dependencia que tienen dichos medios de la publicidad que les sustenta, llegada casi en exclusiva desde el entramado taurino base de las informaciones. Podría exagerar Javier Villán al afirmar que únicamente la influencia de este tipo de publicaciones taurinas «se circunscribe al taurinismo propiamente dicho, es decir a los profesionales y a cierto número de aficionados con más deseo de información que de crítica»<sup>83</sup>. No puede obviarse que una buena parte de los aficionados a los toros comparten esa visión de la Fiesta que se ofrece desde la prensa especializada y por tanto entienden que la ausente o condicionada información crítica que se lee en sus textos es la que corresponde al espectáculo.

### **2.2.2. La crítica taurina: entre el partidismo condescendiente y la denuncia**

Si en el panorama de la información sobre actualidad de la Tauromaquia se produce la amalgama de espacios, en el de la crónica taurina tradicionalmente ocurre algo similar. Desde que la crónica taurina adquiere peso específico con la llegada de la

---

<sup>81</sup> GUTIÉRREZ ALARCÓN, D. *Los toros de la guerra y el franquismo*. Barcelona, Luis de Caralt Editor, 1978, pp. 134-135.

<sup>82</sup> La publicación taurina semanal *6TOROS6* vio la luz en 1991 y dejó de publicarse en junio del año 2020. Cuando se utilizaron estas referencias todavía estaba en plena difusión.

<sup>83</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. *La crítica taurina. Antología. Op. Cit.*, p. 37.

Tauromaquia Moderna a partir de la segunda mitad del siglo XIX, han sido relativamente pocos los cronistas que han conseguido mantener su discurso alejado de la contaminación provocada por la proximidad con el mundillo taurino y ejercer sus juicios desde la independencia.

Si hay una característica que define a la mayoría de cronistas del siglo XIX y primera parte del XX es el partidismo, un partidismo que, además, era de rivalidad. Normalmente cada cronista tenía sus preferencias personales y se mostraba abiertamente admirador de alguno de los diestros de su época, al que defendía incluso cuando no existía razón objetiva, mostrándose implacable con el resto de toreros siempre que la ocasión lo requiera, particularmente con el que fuera el rival directo de su favorito en ese momento. Este partidismo neto, en cualquier caso, tiene muy poco que ver con el partidismo condescendiente y general que adquiere preeminencia después de la Guerra Civil.

En el apartado anterior se comentaba que la información taurina ejercida desde la simbiosis supone un condicionante claro a la hora de desempeñar la labor periodística. El periodista, gustosamente mezclado con el campo de información, adolece de independencia por la proximidad con el campo de trabajo y, sobre todo, por la incidencia de los afectos promovidos por el admirado terreno de informaciones. Del mismo modo, el cronista taurino, subyugado por una afición tan cautivante, en muchas ocasiones ejerce su trabajo desde esa misma posición de proximidad. Integrado en el sistema, normalmente se muestra comprensivo, respetuoso y cauto con los profesionales taurinos, sin poder ocultar en infinidad de ocasiones su admiración hacia ellos cuando plasma sobre el papel las valoraciones pertinentes. Es un partidismo condescendiente, muy diferente al partidismo singular decimonónico, que nace de esa admiración particular y en ocasiones también del amiguismo que se genera cuando el crítico está totalmente integrado en el propio entramado taurino y hace suyos los postulados que de él emanan.

Ese partidismo condescendiente, nacido de su posición de cercanía con el mundo admirado, conduce, a ojos externos, particularmente de quienes entiende el espectáculo desde una perspectiva alejada o distante, a un trabajo poco transparente y demasiado limitado por los elementos afectivos. Se multiplican en su labor lo que la profesora Mari

Luz Vallejo<sup>84</sup> llama los «pecados capitales» de la crítica literaria periodística, perfectamente aplicables a la crítica de toros, como son, entre otros, la blandura, el relativismo o el amiguismo. Las grandes diferencias que se encuentran habitualmente entre una u otra crónica del mismo festejo y diferentes autores son fruto de la distinta forma de entender la Fiesta; pero también del condicionante claro que establece la mayor o menor distancia con el contexto analizado, sin necesidad, por otra parte, de que exista una intermediación pecuniaria —algo, no obstante, que también se produce— entre las partes cuando esa distancia técnico/afectiva está totalmente diluida.

En cualquiera de las artes objeto de crítica el amiguismo, sobre todo, se convierte en una coacción a la libertad de juicio, y tiene como consecuencia, así lo ratifican los profesores Emi Armananzas y Javier Díaz Noci, en muchas ocasiones, «la publicación de esas reseñas que apenas dicen algo, en las que el autor enmascara el rechazo que determinada obra le produce [...] Con ello, el crítico corre el riesgo de perder el crédito de sus lectores, algo fundamental para su carrera profesional»<sup>85</sup>. La cercanía afectiva con el espacio analizado resta grados de coherencia y firmeza necesarias a medida que se estrecha, dando lugar a ese partidismo condescendiente tan característico en el que la denuncia firme apenas tiene cabida o siempre es matizada. La afirmación de que «sólo desde una postura honrada, incorruptible y desinteresada, se podrá elaborar una crítica desde unos presupuestos de total libertad. Sin hacer casos de regalos o prebendas; promesas o halagos»<sup>86</sup> de la profesora Natividad Abril Vargas, no parece que tenga cabida cuando la labor profesional del cronista se apoya en los condicionantes partidistas y en el amiguismo manifiesto que profesan infinidad de críticos taurinos.

Pero más grave sin duda que el amiguismo es la posición interesada del cronista en la que, como ocurría con la información taurina, sabedor de su influencia, recibe (o pide) una remuneración a los profesionales por efectuar su trabajo. Esta situación anómala y extrema tuvo gran predicamento en el periodo de posguerra, cuando, como se verá en un apartado posterior, los informadores y cronistas taurinos tenían que comprarse su propio espacio en el periódico que escribían. «En general —afirma el periodista y crítico taurino Antonio Lorca sobre ese periodo—, los críticos libres, independientes e

---

<sup>84</sup> VALLEJO MEJÍA, M. L. *La crítica literaria como género periodístico*. Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 1993, p. 146.

<sup>85</sup> ARMAÑANZAS, E., y DÍAZ NOCI, J. *Periodismo y Argumentación. Géneros de Opinión*. Bilbao, Servicio Editorial Universidad del País Vasco, 1996, p. 147.

<sup>86</sup> ABRIL VARGAS, N. *Periodismo de opinión. Op. Cit.*, p. 196.

incorruptos son islas en un mar en el que nadan a sus anchas los voceros de los toreros, los publicitarios metidos a seudoperiodistas y, en una palabra, los sobrecogedores, es decir, los que aceptaban coger los sobres con las propinas y viáticos que los toreros y sus representantes ofertaban»<sup>87</sup>.

Esa absoluta relación mutualista con el entramado taurino que, por otra parte, siempre existió, adquirió en ese periodo un sesgo desproporcionado, desnaturalizado en extremo. Su misión no era ofrecer falsas informaciones u opiniones a partir de los ingresos que recibían de sus poderdantes, sino más bien ejercer la función crítica de manera parcial sobre lo que realmente ocurría en el panorama taurino. En un periodo triunfalista en lo artístico y en el que existían claras sospechas de comportamientos irregulares y/o fraudulentos, no se trataba de mentir descaradamente, aunque de hecho también ocurría, sino de exaltar lo que más pudiera interesar para beneficio del diestro, ganadero, empresario, etc., y ocultar o contar parcialmente lo que pudiera inferir descrédito para esas mismas figuras.

El profesor Gutiérrez Alarcón considera que aquella deficiencia del sistema se conserva, al menos hasta la década de los años ochenta, época en que la prensa está comprada y «el sistema de las crónicas publicitarias se encuentra en plena vigencia. [...] lo que empezó siendo una experiencia de la posguerra se ha extendido de tal manera que ya no hay críticas rebeldes, en tanto que las administraciones de los periódicos continúan con su explotación; se dice, incluso, que algunos rotativos sacan a subasta sus secciones taurinas, para otorgarlas al mejor postor»<sup>88</sup>.

Frente a ese partidismo condescendiente, condicionado a la vez que condicionante, se sitúa también la crónica que surge desde una perspectiva distante, alejada, del entramado taurino y que ejerce una función crítica más independiente. Su razón de ser es la denuncia de los males que asolan a la fiesta de los toros, y su característica fundamental es que mantiene una distancia aséptica (distancia técnico/afectiva suficiente) con el campo de análisis que impide la 'contaminación' del escritor y por ende favorece la realización de un trabajo basado en la honestidad profesional y la independencia, pudiendo expresar sus criterios sin ataduras, con franqueza, tanto en el alabo como en el vituperio.

---

<sup>87</sup> LORCA LÓPEZ, A. «La crónica taurina como género». En GÓMEZ Y MÉNDEZ, J. M. (Edit.) *Tauromaquia, otra forma de comunicar*. Madrid, Egartorre, 2005, p. 43.

<sup>88</sup> GUTIÉRREZ ALARCÓN, D. *Los toros de la guerra y el franquismo. Op. Cit.*, p. 134.

El crítico renuncia a los lazos de dependencia y únicamente expresa sus opiniones en base a su criterio particular, a su forma de interpretación del espectáculo. Defiende esta forma de trabajo el citado González Acebal, para quien el cronista de toros, en la medida de lo posible, «ha de vivir alejado físicamente de cuantos debe juzgar para que su actitud crítica pueda conservarse irreductible e incontaminable (sic.) a la maleficencia que busca siempre el más simple pretexto para ensuciar con sus babas la blancura de la inocencia»<sup>89</sup>.

Reafirmaba el crítico taurino Vicente Zabala esa posición profesional con respecto al entramado taurino al señalar su escaso interés por entremezclarse con él a pesar de, como fruto de su gran afición, haber sido tentado. «No me gusta frecuentar los ambientes taurinos —escribió Zabala en 1972—. Creo que los conocí en el momento oportuno, cuando pasa uno el sarampión taurómico para acertar a abandonarlos a tiempo»<sup>90</sup>. Y si bien Zabala supo o pudo mantener esa distancia a pesar de esa gran tentación que le producía el contacto directo con el campo de análisis e informaciones que no era otro que el de su gran afición, muchos otros sucumbieron a esa seducción y pasaron a comunicar desde una perspectiva integrada, incluso a formar parte de dicho entramado.

Sabe el crítico situado en el otro lado, en aquel lugar desde el que, a pesar de su gran afición, rechaza entremezclarse con el entramado taurino, que su labor está siempre en entredicho —y en muchas ocasiones el crítico taurino es objeto de amenazas y agresiones<sup>91</sup>— por parte de las diferentes instancias de las estructuras taurinas; pero quizá sea ahí donde resida su verdad: donde la visión crítica del espectáculo tiene como objetivo el discernimiento entre lo habitual y lo banal, lo escaso y trascendente. El espacio del cronista de toros en el espectáculo queda reducido a su conocimiento que, como es contrastable en cualquier festejo, es secundado por una muy escasa minoría de aficionados a los que, por otra parte, el crítico se debe. «El crítico taurino, cuando es honesto, —afirmaba también Zabala en 1966— cuando se rebela contra los fraudes que corrompen el más hermoso de los espectáculos, cuando sirve a sus lectores —aun a

---

<sup>89</sup> GONZÁLEZ ACEBAL, E. *Grandeza y servidumbre de la crónica taurina*. Op. Cit., p.24.

<sup>90</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Vamos a sacar los trapos sucios». *Nuevo Diario*, Madrid, 24 de junio de 1972, p. 31.

<sup>91</sup> Recoge el diario *Pueblo* de 25 de mayo de 1972 que el día anterior el banderillero *Manolillo de Valencia* agredió al cronista Alfonso Navalón en el hotel Wellington de Madrid, siendo una de las innumerables ocasiones en que dicho cronista resultó agredido. El 23 de septiembre de 2000 el cronista del diario *El Mundo*, Javier Villán, fue agredido por el padre del matador de toros Miguel Abellán en el hotel de Logroño donde se encontraba hospedado por estar en desacuerdo con las opiniones vertidas por el crítico contra la labor del diestro. En otro apartado de este trabajo quedan reseñadas las campañas de desprestigio que el director de la publicación *6Toros6* sostuvo durante varias temporadas contra el cronista de *El País* Joaquín Vidal hasta el fallecimiento de éste.

costa de enemistades— con arreglo a la realidad y a sus conocimientos de la materia que enjuicia, merece los máximos respetos»<sup>92</sup>.

Por tanto, la crónica taurina, en cuanto crónica de arte, navega entre el partidismo condescendiente que emana de la posición de proximidad e integración con el campo de análisis, y la denuncia firme que se sustenta en la independencia del escritor que decide mantenerse alejado del mismo. La integración en el entramado taurino conduce a una forma de hacer crítica entre comprensiva y amistosa, condescendiente en la medida que admite, reconoce y comparte los problemas y carencias de los protagonistas. Desde la otra posición se refleja —bien es cierto que más en unos casos que otros— una forma de trabajo particular, posiblemente sin semejanza en el panorama artístico, que nace y se basa en la denuncia, porque entienden que la complejidad del espectáculo en todos sus ámbitos no permite el análisis desde la cercanía al tratarse de un mundo que, inevitablemente, es un negocio, y por tanto, con un enfoque comercial contrario en su evolución a los valores que dan sentido a la grandeza atesorada por la Fiesta.

### **2.3. Un mismo espectáculo con dos miradas diferentes**

No todo el que acude a una plaza de toros observa el espectáculo de la misma manera ni es partícipe de las mismas emociones. La fiesta de los toros es contemplada por un variado público que podría dividirse en dos grupos principales: aficionados y público de aluvión. No hay una métrica exacta o media para determinar el porcentaje de unos y otros, ya que cada plaza tiene su idiosincrasia siendo este dato variable dependiendo de aspectos como lugar geográfico, categoría de la plaza o número de festejos. Sólo un estudio concienzudo sobre tal aspecto podría determinarlo, pero en cualquier caso, sería un dato impreciso y provisional en la medida que puede cambiar notablemente de una temporada a otra y por los más diversos factores, que abarcan desde la composición de los carteles hasta la previsión meteorológica.

Aficionados a los toros son todos aquellos que cultivan de diferente manera el arte de la Tauromaquia y que poseen un conocimiento más o menos grande del funcionamiento del espectáculo, de sus reglas, de sus protagonistas, de su historia... Para el profesor Alejandro Pizarroso ser aficionado a los toros es vivir la Fiesta como una verdadera fe:

---

<sup>92</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Demasiado fácil, señor Salvador». *El Alcázar*, Madrid, 6 de agosto de 1966, p. 21.



Aficionado es aquel que no sólo se limita a vivir la Fiesta como espectador, sino que la vive día a día también fuera de la plaza. Va más allá que el forofo futbolístico que no deja de seguir el curso de las competiciones a través de los medios. Aunque tiene en común con él que los toros, el objeto de su afición, son muchas veces el eje de todas sus conversaciones. El aficionado vive la Fiesta no sólo a través de los medios, sino de toda una serie de actividades culturales y recreativas que ésta genera. Asiste a tertulias, forma parte de peñas, es lector de revistas especializadas y de libros de tema taurino. Conoce algunos profesionales, gusta de asistir al campo a todas las faenas de preparación del toro, si le es posible. Es decir, está en contacto permanente con el desarrollo de la Fiesta<sup>93</sup>.

El público de aluvión, por su parte, se suma a ellos en cada festejo, se siente atraído por el espectáculo, pero, en líneas generales, es desconocedor de la complejidad técnica y estructural del mismo. Pizarroso establece esta misma diferenciación entre aficionados y público, señalando, además, que el conjunto de aficionados que asiste a un festejo de toros normalmente es minoría en relación al resto del público. «En realidad —afirma Pizarroso— los aficionados son una minoría respecto al conjunto de asistentes a las corridas de toros en España y otros países»<sup>94</sup>.

Es frecuente que muchas de las personas que se acercan a la plaza por primera vez no vuelvan nunca más a sentarse en un tendido. Este público masivo, ocasional, desconocedor de esa complejidad de la Tauromaquia, tiene no obstante gran peso en el resultado de los festejos porque con su veredicto se otorgan trofeos y se alcanzan triunfos que, en muchas ocasiones, pueden no corresponderse con la realidad de lo ocurrido en el ruedo. Para el aficionado y escritor Ángel Arranz, la separación entre los aficionados y el público marca la diferencia porque éste, con su incultura taurina, es el componente ideal para elevar a la categoría superior propuestas realmente vulgares. «El público de toros está compuesto por una minoría de glándulas feroces, otra minoría sensata a la que se acerca y escucha el porcentaje medio; y el resto es el público-rebaño que no merece una reflexión porque van-vienen, suben-bajan sin ton ni son. Es el llamado público “comercial”, que es el público vacío e ideal para gloria y sostén de vulgarismos mercaderes, o de lo que haga falta»<sup>95</sup>

Por su parte, los aficionados, a pesar de tener ese conocimiento técnico de la Fiesta, tampoco la observan de la misma forma. Su posicionamiento a la hora de

---

<sup>93</sup> PIZARROSO QUINTERO, A. *La liturgia taurina*. Madrid, Espasa-Calpe, Colección *La Tauromaquia*, nº 12, 2000, p. 95.

<sup>94</sup> *Ibidem*, p.95

<sup>95</sup> ARRANZ IZQUIERDO, A. *El tercio utópico*. Madrid, Edgortorre, 1997, p. 50.

sentarse en el tendido está también dividido en dos grandes grupos que en este trabajo denominaremos como «aficionados esencialistas» y «aficionados conformistas», si bien, como se verá un poco más adelante, en otros trabajos y en diferentes épocas se han utilizado distintos epítetos para su diferenciación. A modo de resumen se podría decir que los aficionados esencialistas son aquellos para los que la Fiesta se basa en los principios fundamentales, esenciales y éticos de integridad del toro y respeto al canon artístico clásico. Por su parte, los aficionados conformistas son aquellos que aceptan cualquier fórmula taurómaca, se sienten atraídos por el fulgor del torero, son tolerantes, y su actitud —guardando siempre las distancias— pudiera asemejarse a la de los fans de los grupos de música o de las estrellas de cine. Con frecuencia suman su pulsión a la del público de aluvión —o el público de aluvión suma su entusiasmo a ellos— y silencian a los aficionados esencialista. Tradicionalmente, esencialistas y conformistas, están enfrentados, siendo esta disputa, en ocasiones y en algunas plazas, realmente violenta.

Esta división entre aficionados no es más que una aproximación generalista a los dos tipos de sensibilidades mayoritarios que existen dentro de la Fiesta. La clasificación sirve principalmente para abordar el estudio, y está refrendada por las clasificaciones y divisiones que otros autores han realizado anteriormente y que, como se verá posteriormente, son tratadas en el trabajo. Cada uno de los dos grupos, a pesar de que se les asignan unas características diferenciales concretas, no puede considerarse como compartimentos estancos. Sería necesario hacer una valoración particular a modo de escala dentro de cada grupo para determinar los porcentajes de cumplimiento de esas características diferenciales que se les asignan y, seguramente, entre el extremo inferior de uno y superior de otro podría surgir un tercer grupo de aficionados que camina a caballo entre ambos. En cualquier caso, para el presente trabajo no es necesario llevar a cabo tal tarea, ya que se trata de señalar la existencia de esos dos grupos como fundamento o punto de partida del mismo.

Entre ambos grupos, sin perder de vista la permeabilidad que puede tener cada uno, existe una notable diferencia de interpretación del espectáculo.

- Los aficionados esencialistas: Estos aficionados mantienen una posición crítica constante hacia el entramado organizativo del espectáculo. El protagonista principal de la Fiesta es el toro, un toro que debe aportar la emoción que es inherente al propio espectáculo para que éste tenga sentido.

La Fiesta es grande, y esa grandeza se escamotea cada vez que a la plaza salta un toro capitidismuido en alguno de sus atributos fundamentales de casta, fiereza, fuerza, poder, etc. Por otro lado, la interpretación artística del toreo no puede sustraerse a la conjugación armoniosa entre valor y arte, ni puede escamotear los fundamentos del canon artístico puro: el toreo debe estar sujeto a ese canon y el traspaso hacia otros caminos artísticos fuera de ese cauce no son tolerables.

- Los aficionados conformistas: Los aficionados conformistas, por su parte, solapan todos estos aspectos dándoles una importancia relativa. Para ellos, el protagonista principal es el torero; el toro es un colaborador necesario, importante, pero colaborador al fin y al cabo. La creación artística, armoniosa, prima por encima de cualquier otra cuestión y se sobrepone a las posibles carencias de fuerza, casta, poder, bravura, etc., que en su comportamiento haya podido tener el toro. Normalmente su actitud en la plaza siempre es proclive a favorecer y facilitar el triunfo del diestro y, salvo en casos extremos de inhibición del torero, es difícil que tengan una actitud beligerante o crítica. Como se afirmaba antes, el público de aluvión suma su voz a este grupo.

Esta división general entre los propios espectadores y aficionados es inherente al propio espectáculo, y circula por cada uno de los periodos de la Tauromaquia Moderna —periodo que abarca desde la segunda mitad del siglo XIX en adelante—, incluso antes, teniendo en cada época sus características diferenciales. No obstante, puede decirse que adquiere nitidez definitiva ya entrado el siglo XX, prácticamente a partir de la muerte del torero José Gómez Ortega, *Gallito*, en 1920. Hasta ese momento, esa división entre los aficionados está también contaminada por el partidismo de rivalidad que se establece entre los propios aficionados en cada una de las etapas y que anula muchas de las características generales que poseen como tales. La pasión partidista que hasta ese periodo de la década de los años veinte arrastra a los aficionados ciega muchas veces su entendimiento cuando se dejan llevar por la defensa de la bandería a que pertenecen. Desde Pedro Romero y Pepe Hillo, en la segunda mitad del siglo XVIII, hasta la más importante de la historia taurina, la de Rafael Molina, *Lagartijo*, y Salvador Sánchez, *Frascuero*, en la segunda mitad del siglo XIX, llegando a la del citado Gallito y Juan Belmonte, en la primera veintena del siglo XX, cada vez que existió rivalidad, la

mayoría de los aficionados se posicionaron de parte de uno o de otro diestro, lo que hacía que la interpretación del espectáculo de unos y otros girara más en la defensa y alabanza de su ídolo que en otras cuestiones.

En cualquier caso, esa división, con unas características o con otras, siempre existió, como así queda demostrado en los diversos estudios y tratado de Tauromaquia consultados. El escritor y cronista Pascual Millán en su obra *Los novillos: estudio histórico*, publicado en 1892, apunta que los organizadores de festejos taurinos en los albores de ese siglo XIX tenían serios problemas para satisfacer la demanda de un público variopinto que principalmente se dividía en dos grandes grupos: por un lado aquellos que gustaban de la parte seria, la que se centraba en la estricta lidia de reses; por otro quienes preferían la parte más lúdica y cómica con que se aderezaban los festejos. «Los encargados de organizar las funciones de novillos —señala Millán— se veían negros para salir airosos en su empresa. Parte del público quería que en las novilladas hubiese la menor cantidad posible de *escenas* y *pantomimas* y la mayor de toros formales. Otros, en cambio, deseaban mucho entretenimiento jocoso y poca lidia seria»<sup>96</sup>. Se deduciría por tanto que ya desde principio del siglo XIX, incluso antes, puede encontrarse esa diferente posición ante el espectáculo con espectadores más deseosos de sentir la emoción inherente a la lidia pura, frente a otros que buscan la diversión derivada de cualquier actividad que, incrustada en la lidia o en su estructura, la pueda propiciar, como eran esos teatrillos o mojigangas que se producían en cada una de las funciones.

Establece también esta diferencia el también escritor y cronista José Sánchez de Neira en su magna obra *El Toreo. Gran Diccionario Tauromáquico*, publicada en 1897, primero al explicar las categorías existentes de aficionados a los toros dividiéndoles en esos tres grupos perfectamente diferenciables: los que acuden a los toros con frecuencia, amén de con escaso conocimiento y la única intención de divertirse, una parte del público igual a la que Pascual Millán mencionaba en los albores del XIX y cuyo único propósito es asistir solazadamente a los festejos. Se caracterizan estos aficionados por su actitud aplaudidora y porque «no entienden lo que ven», señala Sánchez de Neira. Un segundo grupo estaría formado por los aficionados que sí saben lo que ven pero están dominados por la pasión, y «emplean su inteligencia en elogiar constantemente a determinados toreros en todo y por todo, aunque alguna vez comentan algún error, y en

---

<sup>96</sup> MILLÁN, P. *Los novillos: estudio histórico*. Madrid, Imprenta Moderna, 1892, p. 61.

censurar a otros, por más que en ocasiones rayen a gran altura». El tercer grupo de aficionados, el más escaso de los tres, serían los llamados aficionados inteligentes. «Por último, hay —escribe Sánchez de Neira—, aunque son muy pocos, aficionados inteligentes que, a fuerza de años, conocen perfectamente las condiciones e inclinación de las reses, lidia que requieren, y cualidades que distinguen a sus lidiadores; pero, por desgracia, rara vez pueden emitir su opinión, por temor a que algún novel o intransigente aficionado le desmienta o quiera disputar, no discutir, sin dar razones ni exponer argumentos, sino *porque sí* que lo que ellos dicen es lo cierto»<sup>97</sup>.

A principios de siglo XX el cronista Tomás Orts Ramos, *Uno al Sesgo*, —por cierto también partidario de Lagartijo, como así le califica Sánchez de Neira<sup>98</sup>— publica su guía *El arte de ver los toros*, en la que repasa las principales suertes de la Tauromaquia, considerando la evolución que han experimentado desde que Francisco Montes, *Paquiro*, dictara las normas fundamentales que regirán el arte desde mediados del XIX, y cuestionando la rigurosidad que algunos pretenden mantener para que las suertes y formas no se modifiquen de cómo las dictara el torero de Chiclana de la Frontera.

En la edición de 1929, Orts Ramos incluye como prólogo al texto unas «Palabras preliminares» señalado de manera simple lo que para él esa doble mirada del espectáculo. «Los toros, o sea, la fiesta taurina —escribe—, como sucede con todos los espectáculos y en general con todas las manifestaciones del Arte, pueden considerarse desde dos puntos de vista diferentes y hasta casi se podría decir que antagónicos: uno es el del simple espectador aficionado, y otro el del profesional y por extensión el del aficionado práctico»<sup>99</sup>.

Señala bien el antagonismo de las dos posturas, pero ignora en este lugar, como se puede apreciar, que dentro de los propios espectadores aficionados los hay que tienen el mismo punto de vista que los profesionales, sin que por ello tengan que ser obligatoriamente aficionados prácticos<sup>100</sup>. En cualquier caso, unos párrafos más adelante aclara también la división entre los aficionados separándolos entre los que

---

<sup>97</sup> SÁNCHEZ DE NEIRA, J. *El Toreo. Gran Diccionario Tauromáquico*. Madrid, Turner, 1988, pp. 250-251.

<sup>98</sup> SÁNCHEZ DE NEIRA, J. *Gran Diccionario Taurómico*. Madrid, R. Velasco Impresor, 1896, p. 547.

<sup>99</sup> ORTS RAMOS, T. (*Uno al Sesgo*). *El Arte de ver los Toros. Guía del espectador*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, p. 9.

<sup>100</sup> Se entiende por «aficionado práctico» a aquél aficionado que gusta de torear, no de manera profesional, sino como mero entretenimiento. Por eso entiende Orts Ramos que el aficionado práctico, al conocer o experimentar las sensaciones reales del juego con el toro, comparte el criterio con los toreros en la manera de entender el espectáculo.

prefieren toda la emoción que pueda proporcionar la lidia ante un toro fiero y aquellos que se dejan llevar por las impresiones y emociones estéticas.

... bueno será decir que entre los mismos aficionados, no profesionales, existe una divergencia de criterio que nace precisamente de una diferencia de ese concepto.

No es lo mismo el espectáculo para el que lo considera de constante riesgo y exposición, afrontados gallarda y valientemente y vencidos con hombría y tesón, que para el que sólo ve en él una sucesión de actitudes bellas y elegantes que hacen olvidar lo arriesgado y expuesto del ejercicio.

Para aquél, su diversión está en las dificultades que el toro ofrezca, por su tamaño, por su fuerza, por su «sentido», y en los recursos y el valor que el diestro emplee para triunfar de él; para el otro, en cambio, ese toro astuto y temible será indeseable, pues no dará ocasión a los alardes de arte ni plasticidad que son peculiares en el toreo moderno. ¿Cómo es posible que se entiendan estos dos aficionados?<sup>101</sup>

Más adentrados en el siglo XX, en 1953, el notario y escritor Luis Bollaín Rozalen publica su obra *El decálogo de la buena fiesta*, en el que distingue a los aficionados entre «aficionados detractores» y «aficionados entusiastas». El término «detractor» empezará a utilizarse en ese periodo de posguerra en el que, como se verá en un apartado posterior, empiezan a sucederse infinidad de tropelías y transformaciones en el espectáculo, y será utilizado desde el entramado taurino contra todos aquellos que protestan y pretenden que la Fiesta cambie de rumbo y se dignifique. Luis Bollaín, en cuanto que utiliza el nombre para establecer la distinción, habla de cómo son vistos los dos grupos de aficionados por dicho entramado, es decir, cómo se ha pretendido desde esa parte distinguir y definir a ambos. Así, para el entramado taurino el «aficionado entusiasta», «en cuanto que se regocija y se emociona y muestra su abierta y benévola complacencia ante todo lo que ve en los ruedos, es un activo propagandista de nuestro espectáculo», mientras que el «aficionado detractor», «en cuanto que a todo pone “peros”, y de todo protesta, y compara los tiempos pasados con los presentes para llegar a la invariable conclusión de que éstos son muchos peores que aquéllos, es un elemento nocivo que mina y socaba el prestigio y difusión de las corridas»<sup>102</sup>.

La introducción o presentación del libro del periodista Rafael Campos de España (1920-2008) *Qué es torear*, publicado en 1961, que el escritor Edmundo González Acebal ofreció en el Círculo de Bellas Artes de Madrid en ese mismo año y que aparece

---

<sup>101</sup> ORTS RAMOS, T. (*Uno al Sesgo*). *El Arte de ver los Toros*. Op. Cit., pp. 12-13.

<sup>102</sup> BOLLAÍN ROZALEM, L. *Decálogo de la buena fiesta*. Madrid, Librería Editorial Beltrán, 1953, p. 170.

recogida en las primeras páginas de la obra, sirve también para mostrar su particular división entre los asistentes a una plaza de toros. No obstante, González Acebal sólo distingue dos grupos entre dichos asistentes: muchedumbre y minoría selecta, incluyendo en aquella, en la muchedumbre, a los «aficionados conformistas», poco exigentes, adaptados a la época y a los que todo parece bien, y a otro tipo de aficionados, los «aficionados iconoclastas», inconformistas por naturaleza, que no encuentran justificación alguna a lo que ocurre en el ruedo por su visión del espectáculo está anclada en el pasado. Frente a esta muchedumbre se sitúa la afición «selecta», sensata y con capacidad de discernir, valorar y sancionar conforme a un criterio real y válido:

Si lanzamos, metafóricamente, una mirada sobre el caudaloso oleaje de la afición taurina moderna, nos saldrá la paso, instantáneamente este fenómeno: Que está constituida por dos grupos. De un lado una muchedumbre vulgar y del otro una minoría selecta. La muchedumbre vulgar, a su vez, está dividida en dos facciones: Una, constituida por unos aficionados que podemos llamar conformistas, porque lo aplauden todo y con todo se entusiasman. Y la otra, por unos aficionados que podemos llamar *iconoclastas*, porque reniegan de todo y con todo o con casi nada se contentan.

Estos dos grupos en que se divide la masa grande de la afición, se presentan a nosotros diferenciados radicalmente, pero igualmente indocumentados.

La primera fracción o grupo, “los conformistas”, cree que el toreo está hoy en la mejor época de su historia y, la de los “iconoclastas”, por el contrario, cree que está en la peor. Pero el caso es que ninguna de las dos facciones...

El otro sector, el de la minoría selecta, es menos pasional y más docto y está, precisamente capitaneado por jóvenes...<sup>103</sup>

El sociólogo Andrés de Miguel, en la conferencia que bajo el título de «Los aficionados integristas» ofreció el sábado 17 de febrero de 2007 en el Aula Antonio Bienvenida de la plaza de toros de Las Ventas, indica también esta diferencia entre los aficionados, a los que clasifica como «integristas» y «esteticistas». Para De Miguel, la diferencia básica entre unos y otros «se puede simplificar diciendo que, en la doble perspectiva ética y estética que proporciona el canon de la fiesta, unos dan más

---

<sup>103</sup> GONZÁLEZ ACEBAL, E. «Presentación en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, por Edmundo G. Acebal». En CAMPOS DE ESPAÑA, R. *Qué es torear. Historia-Crítica de la Filosofía del Toreo*. Madrid, Gregorio Bahon, editor, 1961, pp.11-12.

importancia a la parte ética, *lo bien hecho*, y otros a la parte estética, *lo hecho más bello*. De esta diferencia de percepción se deriva su enfrentamiento y su desacuerdo»<sup>104</sup>.

De Miguel considera que el aficionado integrista —al que en este estudio se denomina «esencialista»— está presente, como se afirmaba, en todos los periodos de la Tauromaquia, y su característica principal es que «encuentra la belleza, más allá de la pura plástica, en la resolución del enfrentamiento entre toro y torero con riesgo y majeza. El enfrentamiento entre las fuerzas de la naturaleza y la cultura, que la fiesta de los toros representa, no encuentra sentido como espectáculo, sino en el dominio del animal íntegro por el torero-héroe que le ha dado todas las ventajas que la tauromaquia permite para, para crear belleza en la demostración del dominio del toro»<sup>105</sup>.

Por su parte, los aficionados «esteticistas» —a los que en este estudio se llama «conformistas»— son «partidarios de *la elegancia de las formas*: les importa menos el toro que la plástica del matador. El concepto de la tauromaquia es más de colaboración que de enfrentamiento. El toro debe propiciar el buen desarrollo de la faena, debe posibilitar que surja la belleza del dominio sin brusquedad»<sup>106</sup>.

### 2.3.1. Un apunte sobre torismo y torerismo

Si a partir de la segunda mitad del siglo XX hay una manera simple de distinguir a los dos grupos fundamentales de aficionados es con la utilización de los epítetos de «aficionados toristas» y «aficionados toreristas». Serán los «toristas» los llamados en el apartado anterior como aficionados «inteligentes», «integristas», «detractores» o «esencialistas», es decir, aquellos que observan el espectáculo con espíritu crítico, poniendo en lugar preeminente la figura del toro como sujeto sustancial y determinante de todo lo que tenga lugar, quienes pretende que la Fiesta no pierda, o recupere, su valores esenciales, que no son otros que la emoción derivada de la lidia de un toro fiero e impredecible; y los «toreristas» a los aficionados denominados como «esteticistas», «entusiastas» o «conformistas», aquellos que, por norma general, participan con espíritu crítico diferenciado, atraídos por la fascinación que desprende el lidiador y la emoción estética, y para quienes el toro queda supeditado a la condición de colaborador, dando por bueno todo aquello que redunde en la consecución de la expresión artística sin importarles los medios utilizados, porque no está en sus voluntades ni intereses realizar

---

<sup>104</sup> DE MIGUEL, A. *Los aficionados integristas*. Madrid, Tomás Martín de Vidales y Daniel de Labra editores, 2007, p. 37.

<sup>105</sup> *Ibidem*, p. 39.

<sup>106</sup> *Ibidem*, p. 41.



análisis en profundidad. Son, en este sentido, los amantes de una lidia más estética y reposada, más festiva, que aleje, a ser posible, su sentido del incontrolable peligro que la caracterizó.

A pesar de ser reales, las dos propuestas son simplistas en sí mismas como se podrá comprobar en el análisis de postulados de los miembros de la *Corriente Crítica Esencialista*, —miembros que deberían clasificarse como «toristas», y para muestra la afirmación del mismo Alfonso Navalón en una crónica publicada en la revista *El Ruedo* del año 1966 en la que se declara «torista empedernido»<sup>107</sup> — ya que no tienen que ser antagónicas necesariamente, y sólo alcanzarán a serlo mucho más adelante, en el último tramo del siglo XX cuando ese «torismo» se vuelva del todo excluyente al admitir como válidas únicamente las ganaderías que para su ideario representan la esencia del toro bravo, rechazando de facto y sistemáticamente aquellas otras que, aunque puedan alcanzar niveles óptimos en esas cualidades requeridas, hayan sumado a su nombre la condición de «comerciales», nombre aplicado a las ganaderías que son reclamadas por las figuras de cada momento porque ofrecen la posibilidad de mayor lucimiento con menor riesgo.

Esta forma de distinción es, no obstante, la más frecuente y recurrente para ubicar a los distintos aficionados. Una fórmula que, como se afirmaba, es simplista en sí misma, ya que solapa muchas de las variables que conforman cada uno de los dos grupos, pero que confirma la existencia de esa doble mirada que entre los propios aficionados existe en relación a la Fiesta.

Antes de repasar la utilización de alguno de estos términos a partir del periodo de posguerra, es interesante señalar su utilización por parte de Ventura Bagües y Nasarre de Letona, *Don Ventura*, que en su obra *Escritores Taurinos Españoles del siglo XIX*, publicada en el año 1929, define al crítico Joaquín Bellsola y Gurrea, *Relance*, como «torista ante todo y sobre todo»<sup>108</sup>. No obstante, debe señalarse que la utilización del término indica que el citado Relance es un gran amante y conocedor del toro bravo en sentido general, no sólo de su comportamiento en la plaza, sino que también de su vida en el campo.

---

<sup>107</sup> NAVALÓN GRANE, A. «La primera en la frene... Dios le da pan...». *El Ruedo*, Madrid, año XXI, 8 de febrero de 1966, nº 1.129, p.7.

<sup>108</sup> BAGÜES Y NASARRE DE LETONA, V. (*Don Ventura*). *Escritores Taurinos Españoles del Siglo XIX*. Lux, Barcelona, 1927, p .248.

El cronista y escritor Federico Manjavacas Alcázar, que fuera cronista de diarios como *El Imparcial* o *La Voz*, señala en su obra *Tauromaquia moderna*, publicada en 1936, la particularidad de la mayoría del público que asiste a los festejos taurinos a los que define como «toreristas». Se lamenta el escritor de la decadencia en la que ha caído la suerte de varas debido, en parte, a esa evolución que ha experimentado la afición. «Por si faltaba algo para que se perdiese la suerte de varas, la afición se ha hecho torerista. Ya no le interesa la pelea del toro. Lo único que le preocupa es la faena del torero»<sup>109</sup>

Si bien no es fácil seguir a través de la prensa escrita la utilización de los términos «toristas» y «toreristas», ya que aparecen de manera muy ocasional y en buena parte de las veces separados por amplios periodos de tiempo, existen interesantes ejemplos en algunos medios de comunicación. En un repaso por la revista *El Ruedo* encontramos una primera referencia en octubre de 1944, año de su aparición, en un artículo firmado por Juan León en su sección habitual «PREGÓN DE TOROS». En él, el escritor trata de explicar la contradictoria relación entre ser aficionado «torista» y aceptar la tragedia, la posible cogida, incluso muerte, del diestro en la arena. «Se arrepiente uno entonces de ser “torista”, de pedir, de exigir el toro; pero tras una breve meditación viene el des arrepentimiento. Los toros, por ser más grandes, no dan más cornadas y aportan mayores emociones y bellezas a las distintas suertes, contribuyendo al máximo lucimiento de los diestros que las ejecutan»<sup>110</sup>, dejará escrito.

Años más tarde, en marzo de 1949, Antonio Díaz Cañabate dedica un artículo completo a los aficionados «toristas», inconformistas permanentes, en el que remarca su existencia y sus exigencias desde el origen de la Fiesta y denuncia que la lidia de reses abecerradas no puede justificarse de ninguna manera. Por este motivo, por la extensiva y permanente lidia de reses de inferior condición a la requerida en esa época de posguerra, considera el escritor en ese tono humorístico característico que el aficionado de tal jaez vive en la amargura permanente. Si cuando el toro que salía a las plazas era serio ya mostraba con frecuencia su rechazo, en esta época de «vacas flacas», el aficionado «torista» no puede sino sentirse inmerso en una continua estafa y un cabreo permanente. Díaz Cañabate, más próximo sin duda a las tesis de ese tipo de aficionados, no se llega a reconocer en ningún momento como una más, y sin bien, conociendo su

---

<sup>109</sup> MANJAVACAS ALCÁZAR, F. *Tauromaquia Moderna*. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1936, p.154.

<sup>110</sup> LEÓN, J. «Pregón de toros». *El Ruedo*, Madrid, año I, 18 de octubre de 1944, nº 19, p. 5.

pensamiento taurino, es defensor de la casi totalidad de postulados que de esos sectores emanan, hay un punto de incomodidad en su proximidad debido al carácter intransigente que muchas veces se desprende en sus demandas.

Toda la vida hubo toristas, fanáticos por el toro. En ninguna época han salido los toros con el suficiente tamaño para satisfacer plenamente a los toristas. Si esto ocurría en tiempos de las vacas gordas, es de suponer lo que pasará ahora que estamos en los de las flacas. Realmente, nada más digno de compasión que un torista de hoy en día. ¡No ganan para disgustos! Muchos de ellos están enfermos del corazón de tanto berrinche como llevan. No les importa la bravura, no les importan las dificultades de la lidia, no consideran el peligro, no reparan en nada más que los kilos, en los cuernos, en el ímpetu de la embestida, en la fiebreza.

[...] Todos estamos de acuerdo en que, sin toros, no hay Fiesta de toros y en que las becerradas son espectáculos lamentables, de una crueldad sin grandeza y sin justificación. Pero los toristas se pasan de la raya.<sup>111</sup>

Y unos meses más tarde el propio Cañabate carga contra el otro sector, los «toreristas», espectadores mayoritarios incapaces de distinguir lo bueno de lo malo, entusiastas sin control que valoran del mismo modo lo trascendente de lo irrelevante. «Téngase en cuenta que hoy no existen fulanistas o menganistas. Hoy todo el mundo es torerista. Partidario de los toreros en bloque. Lo mismo aplauden a unos que a otros; lo mismo al valiente de verdad que al de pega, al artista que al posturitas, al dominador que al atontador que a fuerza de recorrer todos los tercios atonta al toro y enloquece al tendido»<sup>112</sup>, afirma Cañabate que, como se puede apreciar, señala que en esta época ya no existen las rivalidades partidaria entre los aficionados, algo que era habitual en las épocas pretéritas.

Quizás el artículo más interesante sobre el asunto lo publique en el año 1951 el que en ese momento era director de la revista, Manuel Casanova, director de *El Ruedo*, como se afirmaba, entre los años 1947 y 1961, y que firmaba sus artículos con el seudónimo de *EMECE*. Durante varios años mantuvo una sección fija en la publicación con el título de «CADA SEMANA». Un artículo de opinión sobre diferentes temas que en enero de ese año 1951 abordaba el tema del «torismo» buscando su significado y el por qué de su transformación, a partir de la crítica más exigente, en un aspecto negativo. Para Casanova, el «torismo», más allá de la reclamación de la lidia del toro íntegro

---

<sup>111</sup> DÍAZ-CAÑABATE Y GÓMEZ TREVIJANO, A. «Los toristas». *El Ruedo*, Madrid, año VI, 3 de marzo de 1949, nº 245, p.12.

<sup>112</sup> DÍAZ-CAÑABATE Y GÓMEZ TREVIJANO, A. «Carta abierta a “Don Ventura”». *El Ruedo*. Madrid, año VI, 30 de junio de 1949, nº 262, p.12.

—aspecto en el que, según el autor, deben estar de acuerdo todos los aficionados— se arroga la defensa de la ortodoxia y, a través de una actitud hostil para con el resto de aficionados, pretende inocularles un sentimiento de culpabilidad sobre los males que interpreta asolan la Fiesta:

SEGURAMENTE que por torpeza no hemos acabado de entender la significación exacta del concepto «torista», que en estos últimos tiempos se emplea tanto. Si con él se pretende calificar a quienes aspiran legítimamente a que las reses de lidia se presenten en los ruedos con su buen trapío, con su edad y su peso reglamentarios y sus defensas naturales, es posible, seguro, que entre los aficionados de a nuestra Fiesta más nacional no exista desacuerdo. ¿Cómo podría haberlo?

Mas, al parecer, cuando se dice «torista» no se emplea en su sentido estricto la palabra. Hay algo así como querer reflejar una mayor intransigencia, una ceñuda severidad, una grave inconformidad en el enjuiciamiento actual de las corridas de toros. El «torista», tal como suelen presentárnoslo o como él mismo se presenta a veces, es un aficionado poseído de santa ira ante lo que considera una desviación de su modo de entender la Fiesta. Equivale a la ortodoxia más pura en materia tauromáquica.

Debemos reconocer sinceramente que ese concepto «torista», sin acabar de comprenderlo del todo, hay momentos en que llega a abrumarnos. Nos sentimos culpables de un tremendo delito de herejía, en el que es probable que volvamos a incurrir si nos atrevemos a expresar, siquiera tímidamente, nuestro pensamiento. Pero ya, y guardando, naturalmente, todos los respetos, no querríamos retroceder.

¿Por qué únicamente eso de «torista» aplicado al conjunto de la Fiesta de los toros? En cualquier caso se nos antoja una visión unilateral, parcial, del panorama. Porque se de lo que se trata es de la admiración por un animal fino, hermoso, exponente de arrogancia y de bravura, por sí mismo, no hay realmente ningún reparo considerable que oponer. Por las mismas razones hay que admitir que existan «leonistas» apasionados, «tigristas» recalcitrantes o «rinoceroncistas» convencidos. En definitiva, ello revela un gusto por el campo, por la vida al aire libre, y un reconocimiento para la obra maravillosa del Creador.<sup>113</sup>

El toreo no puede ser considerado únicamente desde el protagonismo del toro, sino que es, o debe ser, una relación equilibrada entre fiereza y arte, continua Casanova:

Pero no es precisamente eso. Cuando se habla del «torista» es en función del contraste con el juego de armonía, de riesgo, de belleza que es el toreo. Y entonces es cuando no comprendemos que se dé absoluta preferencia a una de las dos partes del mismo. De la misma manera tendríamos reproche para

---

<sup>113</sup> CASANOVA, M. (EMECE). «El concepto “torista” y la crítica negativa». *El Ruedo*, Madrid, año VIII, 25 de enero de 1951, nº 344, p. 3.

quienes se estimasen únicamente «toreristas». No se concibe un elemento sin el otro. Son indispensables. Se complementan.

Porque el hecho del toreo, convertido en espectáculo subyugador, no es solamente la lucha con el animal salvaje. Esa, la lucha, tiene su emoción, y su riesgo, y su apasionamiento, en el deporte de la caza, que sus cultivadores no lo cambiarían por ningún otro. El toreo es más, y por eso es espectáculo; porque es un arte; es la manera inteligente, garbosa, plástica de burlar y vencer la fiereza del toro frente a frente, en pocos palmos de terreno, utilizando los recursos de finura y de gracia, y componiendo el «grupo» en que tantas veces se inspiró el vigor y la permanencia de la escultura. El toreo es ante todo una idea estética.

Aisladamente el torero y el toro no serían nada. El toreo, lógicamente, no existiría. Los toros, admirados en los prados por su buena estampa, por su aire encampanado y por sus astas afiladas, serían conducidos como otros animales de carne al Matadero, y allí terminarían sus vidas a manos de un matarife habilidoso. Nada hay tan sin sentido, hasta tan grotesco —tal que un baile del que no se oye la música— como un hombre dando quiebros o pases de muleta la aire. El toreo es conjunción, cruce, choque de polos opuestos del que salta la chispa y la luz.

¿Cómo entonces consideramos separadamente al torero y al toro? ¿Cómo se puede hacer profesión exclusiva de fe «torista»? ¡Ah! Se nos dirá: es que cuando se habla de «torista» lo que se quiere dar a entender es que quienes así se estiman fundan su exigencia en que el toro que salga a las Plazas reúna las condiciones que señalan las reglamentaciones vigentes. Pero entonces se nos ocurriría contestar que sobra el apelativo particular e hiriente de «torista» para quedar en el suficientemente rotundo y expresivo de «aficionado». Aficionado a todo, al torero y al toro, en su proporción justa, porque todo es un engranaje, una misma y ajustada pieza.

Para concluir que bajo el concepto «torista» subyace un histórico negativismo, sin motivación real, que tiene su origen en el tradicional pensamiento que ubica lo bueno y auténtico en el tiempo pasado, negando cualquier posibilidad de grandeza en la evolución lógica que imprime el paso del tiempo a cualquier actividad y negando, asimismo, esa necesaria relación de fuerzas, toro y torero, para que el arte taurino brote:

Lo que en realidad ocurre es que, salvo honrosísimas excepciones, bajo el marbete de «torista» se acurruca un criticismo negativista, harto frecuente por desgracia, no solamente en estas cosas de los toros, sino en muchos otros aspectos de la vida actual. Y es frente a él, frente a ese desaliento infecundo del sofisma desesperanzado de «todo tiempo pasado fue mejor», que deseamos oponer nuestra afirmación. No dictada por un panglosanismo de circunstancias, como esconde el avestruz la cabeza bajo el ala para no advertir el peligro que le acecha; sino basada en el convencimiento de los valores auténticos de la Fiesta de los toros, apretados en un haz deslumbrante de fuerza ciega, suavizada y embellecida por la inteligencia y por la inspiración que dan vida al Arte.

Ni el torero sin el toro, ni el toro sin el torero. ¿Qué quiere decir, según eso, que se es privativamente «torista»? ¡Desdichada torpeza nuestra, que no nos permite acabarlo de entender...

Se desprende de las palabras de Manuel Casanova —como así ocurría también con las de Díaz Cañabate— que el aficionado «torista» lleva impresa en su actitud un perturbador pesimismo así como una pertinaz nostalgia que, por un lado, le hace estar a la contra de todo y de todos y por otro le impide apreciar y disfrutar de la grandeza del espectáculo artístico. En la misma línea, en 1954 Francisco Casares al hacer análisis del libro *El Toro*, publicado por Alberto Vera López, *Areva*, habla de estos aficionados que, en su condición, llevan impreso el lamento permanente. «Y se ha llegado a implantar el vocablo “toristas” para señalar a quienes, por su afición, se lamentan de que no se conceda al toro, genéricamente, toda la importancia que tiene, dedicando, en cambio, más atención y más interés a los estilos y las fulgurantes carreras de los lidiadores»<sup>114</sup>, señala Casares.

Por tanto, el concepto «torista» estaría identificado a ese negativismo permanente, a ese «lamento» sin fin. Sin embargo, esto parece más una opinión de quienes no comparten ese criterio que una proposición real. En la temporada de 1955 la periodista Luisa María de Aramburu realiza una entrevista a Daniele Brenot, estudiante francesa de Literatura en Madrid y que en ese periodo ejerce como cronista taurina de la revista *Toros*, publicada en su país natal, bajo el pseudónimo de *El Duende de las Ventas*. Brenot, ante la pregunta de si se considera «torista» o «torerista» indica con bastante precisión cuál es la actitud del aficionado que se define como «torista»:

—¡Huy!... Torista, torista, desde luego. Y tengo que decirte que ante una ganadería mala y un cartel bueno daría siempre la preferencia a un ganado bueno con figuras de segundo plano. Mis divisas, andaluzas: Bohórquez, Miura, Pablo Romero. Tienen más bravura, más nervio. Los toros salmantinos son más gordos, pero más fácilmente mansos, y no hablo de las ganaderías madrileñas...<sup>115</sup>

De esta breve explicación de Brenot puede definirse al aficionado «torista» como aquel que gusta, por un lado, de observar en el ruedo al toro íntegro, con sus virtudes y defectos, llevándole a preferir los carteles, normalmente, en base al ganado que se lidia, quedando los diestros en un segundo plano de preferencia. Pero por otro lado, este

---

<sup>114</sup> CASARES, F. «El toro». *El Ruedo*, Madrid, año XI, 18 de agosto de 1954, nº 530, p. 18.

<sup>115</sup> BRENOT, D. (*El Duende de las Ventas*). Entrevista realizada por DE ARAMBURU, L. M. *El Ruedo*, Madrid, año XII, 7 de abril de 1955, nº 563, p. 19.

aficionado, que suele tener gran interés en el ganado bravo, tiene un conocimiento particular y más preciso en esa materia, distinguiendo con exactitud las diferentes ganaderías y el comportamiento que de ellas se pueda esperar. Es decir, el aficionado «torista» tiene una preparación teórica importante sobre el ganado, distingue las actitudes del toro y valora lo que ocurre en el ruedo en base a la relación de fuerzas, técnica del diestro y física del toro, que se produce durante la lidia.

En el año 1961 es de nuevo es Francisco Casares —y de nuevo en un artículo que versa sobre otro libro de Alberto Vera López, *Areva*,— el que explica y nos recuerda la diferencia entre los dos tipos de aficionados, destacando la evolución del espectáculo en la que ha ido adquiriendo cada vez más protagonismo hasta convertirse en mayoritario el aficionado «torerista». Un tipo de aficionado más despreocupado, menos conocedor, más proclive al triunfo como representación suprema de la diversión que ha ido a experimentar desde el tendido que atento a la evolución de la res en el ruedo, de su comportamiento cambiante, de sus reacciones. Un espectador, como se afirmaba, mayoritario que muchas veces ni siquiera conoce el nombre de la ganadería que está presenciando y al que acusa de culpable de buena parte de la decadencia del espectáculo:

Los aficionados —por antonomasia— lo son a la Fiesta, pero conviene distinguir. El toro es en ella lo fundamental. Genéricamente, todo lo que a la tauromaquia, a las corridas, a la lidia e incluso al mundillo taurino se refiere, se denomina así: «los toros». No «los toreros». Sin embargo, la tendencia ha sido invariablemente la otra. Se sigue a los diestros, se les admira o se les vitupera. Se va a las plazas a ver torear. Es natural, porque ese es el espectáculo, pero ¿interesa el toro, su casta, sus condiciones, lo que puede dar de sí su bravura? Pocas veces. Es frecuente que el espectador, en el curso de una corrida, pregunte al de al lado: «¿De quién son los toros?». Antiguamente esto importaba mucho más. El nombre y prestigio de las ganaderías representaba, en los carteles, factor de tanto interés como los de los diestros. El toro se ha venido desdeñando y al hay algo que tiene mayor gravedad todavía: se “hacen” unos toros a la medida, conforme a lo que hoy se “«lleva», «prefabricados». (...) No tienen la culpa los ganaderos, ni los mismos lidiadores, aunque unos y otros no dejen de beneficiarse de las corrientes deformadoras. La culpa es del público. Por esa indiferencia para lo que debía parecerle sustancial y porque cree divertirse más, pasarlo mejor con el tipo de cornúpetas que se presenta en los ruedos y con el que se pueden lucir los artistas actuales.<sup>116</sup>

---

<sup>116</sup> CASARES, F. «El toro, factor fundamental de la fiesta». *El Ruedo*, Madrid, año XVII, 3 de agosto de 1961, nº 893, p.12.

En abril de 1966 es Carlos Caba el que dedica un artículo completo al asunto de los «toristas» y los «toreristas». En la línea que marcará Casanova, se muestra partidario del equilibrio, considerando que los extremos son negativos para el espectáculo. El espectador no merece que se le engañe ofreciéndole la lidia de reses carentes de las condiciones de edad y trapío mínimas exigidas que convierten el toreo en un ballet monótono y previsible; pero tampoco tiene predisposición a la tragedia: normalmente no acude a la plaza a ver cómo un toro fiero y serio puede zarandear hasta la muerte a un torero:

Y lo curioso son los lugares comunes con que se pretende zafarse de esta realidad. La Fiesta de toros es, ante y sobre todo, un espectáculo dramático. No caben las jerigonzas ni mojigangas. Pero tampoco hay que apurar ese sentido dramático para llevarlo a los límites de lo trágico. Lo de «jugarse la vida» frente al toro empieza a sonar a chatarra dialéctica. Hay trabajos y funciones científicas en la sociedad actual en las que se compromete tanto o más. Sin embargo, no hay nadie, torista o torerista, que tenga el capricho de ver sin en una plaza queda colgado de los cuernos el cuerpo inerte de un hombre, como tampoco agradaría a un televidente ver en su pantalla cómo se estrella un avión o como un tiburón devora a un hombre-rana. Se exige, simplemente, que el piloto tripule, que es su obligación, que el hombre-rana descienda bajo las aguas y que el torero sepa y quiera torear a un toro. Que lo haga con mejor o peor arte o estilo es factor aparte.<sup>117</sup>

Más incisivo, no obstante, se muestra Juan M. Rico al hacer balance de la feria de San Isidro en un artículo que cierra la revista publicada la última semana de mayo de 1969. En él, el autor cuestiona la consistencia del aficionado «torista» —al que acusa de quedarse en casa cuando en el cartel no hay diestros relevantes— y pone un factor clave sobre la mesa: cuando se anuncian en los carteles toreros importantes la plaza se llena, se suman los aficionados «toristas» y «toreristas» colmándose los tendidos y no hay debate sobre el ganado; cuando en el cartel se anuncia una ganadería importante, de las consideradas bravas y respetables y los diestros son modestos, a la plaza sólo acuden una parte de los aficionados «toristas» y ésta se queda medio vacía. Completa el silogismo el autor considerando que el derecho a la hora de exigir lo deben ostentar los aficionados «toreristas», que con su presencia mayoritaria en el tendido hacen que el espectáculo funcione y sea rentable. «La cosa es evidente —afirma Juan M. Rico—. Como es evidente que si con el cuatreño bien cuajado se atestasen los tendidos aún sabiendo que los toreros máximos iban a estar ausentes, los empresarios no se lo

---

<sup>117</sup> CABA, C. «Toristas y toreristas». *El Ruedo*, Madrid, año XXII, 5 de abril de 1966, nº 1.137, p. 24.



pensarían dos veces para soltárselos por toriles todas las tardes a tres valientes»<sup>118</sup>, y continúa con su argumentación: «Porque quien paga, manda. ¿Quieren los toristas toros? Entonces que los paguen; es decir, que con el solo anuncio de una respetable divisa se ponga el “no hay billetes”. Del mismo modo que se pone el citado cartel cuando se anuncian determinados toreros, a pesar de cuanto se escribe despectivamente sobre borregos, cabras, chivas, gatos, conejos y cucarachas que les van a soltar por los chiqueros», afirma.

Y en la misma línea que Juan M. Rico se expresa un año después Juan Cortés Salido, que firmara *Juan de Málaga*, al señalar esa contradicción de la Fiesta, que se vuelve multitudinaria al nombre de lidiadores famosos anunciados con toros impropios y queda abandonada cuando lo famoso en el cartel son los toros íntegros y los diestros son de segunda fila. Lo normal, por tanto, es que la gente acuda al coso al reclamo de los diestros, que con sólo su nombre atraen a ese público mayoritario que no tiene interés en profundizar sobre las condiciones mínimas que debe tener un toro. El aficionado «torista» no tiene fuerza social para imponer su criterio, viéndose superado por el talante festivo y poco exigente del conjunto de aficionados «toreristas». Estos, a su vez, se ven incrementados notablemente por la presencia cada vez mayor de aficionados extranjeros, que en los años sesenta y setenta acuden en gran número a los distintos cosos de la geografía española, particularmente a los situados en las zonas de la costa mediterránea:

En la época de los temibles palhas dimos más de una corrida con este ganado y tres matadores de segunda o tercera fila, cuyos nombres no hacen al caso porque harta desgracia fue la suya al no alcanzar en su escalafón el puesto que les permitiese pedir ganado cómodo. Pues bien, en ninguna tarde de toracos gordos, con edad y muchos pitones, se llenó la plaza y los espectadores salieron de ella aburridos.

En cambio se anunció una corrida de Coquilla —terciadísima y esto lo sabía la gente porque era costumbre exponer el ganado en los corrales las dos tardes anteriores a la del espectáculo—, pero se anunciaban Armillita Chico, Gitanillo de Triana y Vicente Barrera, que estaban en su apogeo y tenían el máximo cartel, y la plaza se llenó totalmente. Y, lo que es mejor todavía, el público pasó la gran tarde, se divirtió mucho y salió tan entusiasmado que se cita esta corrida —junto al mano a mano de Luis Miguel Dominguín y Antonio Ordóñez con toros de Juan Pedro Gómez, también muy terciados— como las mejores de todas las celebradas en nuestro circo de la Malagueta.

---

<sup>118</sup> RICO, J. M. «Segunda reflexión para toristas». *El Ruedo*, Madrid, año XXVI, 27 de mayo de 1969, nº 1301, p. 32.

Lo que es una verdad incontrovertible es que la afición está dividida y hay toristas y toreristas. Este siempre fue el partido mayoritario, y ahora más que antes, porque los turistas lo han engrosado al preferir, como prefieren, «toreadores elegantes».<sup>119</sup>

Para finalizar este breve repaso por la utilización de los términos en *El Ruedo* llegamos a un editorial del año 1972 en el que de nuevo se censura la actitud intransigente que normalmente suelen tener los «toristas» que, en opinión del editorialista, carecen de criterio claro sobre la condición de las reses. Estos aficionados, mantiene el editorial, únicamente quieren ver toros grandes, descomunales, sin importarles que el tamaño muchas veces condiciona la respuesta del toro en la lidia. Queda demostrado, señala el editorial, que toros de condición inferior, con menos trapío y menos peso, ofrecieron grandes triunfos a los diestros en las distintas etapas de la Tauromaquia, del mismo modo que aparatosas reses de ganaderías relevantes pasaron inadvertidas por su condición boyuna:

Por ejemplo, los toristas lo parecen todos, o al menos casi todos los que van a las plazas siquiera sea media docena de veces al año. El torista de hoy —repito que de hoy— clama por la escasa fuerza, el poco trapío y la rara casta que, según dicen, es común denominador del ganado que se corre hoy por esas plazas. El torista actual no tiene en cuenta nada, él sólo quiere ver toros grandes, sin pensar en las procedencias de las sangres y en los diferentes esqueletos que particularizan las ganaderías. Toro grande, ande o no ande, y siempre que no se caiga, naturalmente. ¿Pero es que puede pensarse que los males que afectan a la Fiesta pueden cortarse a raíz a fuerza de kilos? Está claro que no, y fue la autoridad la primera en darse cuenta de la cosa, parando mientes en la edad, que lo que vale, y no en el peso, que es lo que disfraza. Ganaderías de toros recortados, más bien pequeños, han dado días de gloria por esas plazas de nuestra geografía. Hierros en los lomos de toracos como bueyes, como auténticos bueyes, han nacido para morir después de pasar inadvertidos.<sup>120</sup>

En el diario *ABC* la primera referencia a alguno de estos términos que se encuentra data de mayo de 1948, y en ella el cronista Celestino Espinosa, *R. Capdevila*, se dirige a los aficionados «toristas» para señalarles, según su parecer, el orden de clasificación de las reses lidiadas en la corrida concurso celebrada en la Real Maestranza de Sevilla durante la feria de Abril de ese año. «Ya está en la arena el de Bohórquez. Sale bueno, pero soso, flojón (la clasificación de este concurso, señores “toristas”, puede ser: Antonio

---

<sup>119</sup> CORTÉS SALIDO, J. (*Juan de Málaga*). «Siempre hubo toristas y toreristas y siempre también atrajo más la combinación de toreros que el nombre del ganadero». *El Ruedo*, Madrid, año XXVII, 31 de marzo de 1970, n° 1345, p. 7.

<sup>120</sup> *El Ruedo*. «Toristas, puristas y turistas». Madrid, año XXIX, 28 de noviembre de 1972, n° 1484, p. 3.

Pérez, Villamarta, Miura, Sánchez Cobaleda, Bohórquez y Núñez), a la segunda vara hay que cambiarlo»<sup>121</sup>, escribe Espinosa.

En septiembre de 1950 Manuel Sánchez del Arco, *Giraldillo*, en la línea de Antonio Díaz Cañabate, refiere a la mayoría del público que asiste a los festejos taurinos como «torerista», un público que sólo acude a la plaza al reclamo de las grandes figuras, y que cuando en el cartel están anunciados toreros modestos, prefiere quedarse en casa. Se pregunta Giraldillo, «¿Y quiénes torearon? Pues tres modestos espadas: Cabré, “Vito” y Cayetano Ordóñez. Y el público ¿acudió como era de esperar? El público es torerista. El público no acudió y la entrada fue malísima»<sup>122</sup>.

En la edición andaluza del 10 de diciembre de ese mismo año 1950 otro de los cronistas relevantes, Antonio Olmedo Delgado, *Don Fabricio*, hace referencia a un festival taurino celebrado en diciembre en la Real Maestranza de Sevilla para los soldados del regimiento de Aviación. Al citar al organizador del evento, el coronel Guerrero, Don Fabricio indica que es «más torista que torerista»<sup>123</sup>, de ahí que las reses lidiadas tuvieran más presencia de la esperada para este tipo de acontecimientos.

De nuevo Don Fabricio utiliza el término «toristas» también en la edición andaluza del 24 abril del año 1951, en este caso para mostrar el rechazo que entre los aficionados está teniendo la presentación de las corridas en la feria de Abril de ese año. Plantea muy bien su concepto artístico de la Tauromaquia al referir en un párrafo previo que la presencia e importancia del toro establece el rango o categoría del torero, idea que completa a continuación con la siguiente cita: «Del problema planteado en esta Feria de Sevilla puede ser solución la corrida de la Cruz Roja; solución que rechazarán de plano los toristas, entre los cuales tenemos el honor de contarnos, y no nos importa que seamos minoría. Si se quiere toreo vistoso a todo trapo, toro de 270 a 290 kilos; si se desea devolver a la Fiesta su emoción, toro de 300 kilos en adelante: toro al que se pueda llamar con propiedad toro de lidia»<sup>124</sup>, dejará escrito. Las dos reflexiones interesantes de Don Fabricio en este párrafo son, por un lado, la ligazón del concepto de emoción al tamaño del toro, y por otro la confesión de su pertenencia al grupo de

---

<sup>121</sup> ESPINOSA, C. (*R. Capdevila*). «El madrileño Luis Miguel Dominguín en el trono del toreo». *ABC*, Madrid, 2 de mayo de 1948, p. 8.

<sup>122</sup> SÁNCHEZ DEL ARCO, M. (*Giraldillo*). «En la época de “Lagartijo” y “Frascuero” se sorteaban los toros para ver a quién tocaba el de más presencia». *ABC*, Madrid, 17 de septiembre de 1950, pp. 30-31.

<sup>123</sup> OLMEDO DELGADO, A. (*Don Fabricio*). «El magno festival de Aviación». *ABC*, Sevilla, 10 de diciembre de 1950, p. 18.

<sup>124</sup> OLMEDO DELGADO, A. (*Don Fabricio*). «En la séptima corrida de feria fueron los toros más chicos, y en la de la Cruz Roja cortaron orejas los tres espadas». *ABC*, Sevilla, 24 de abril de 1951, p. 15.

aficionados «toristas», a los que considera minoría entre el conjunto de espectadores y aficionados que acuden a presenciar los festejos taurinos.

Otra referencia significativa en este sentido es la crónica publicada durante la temporada de 1952 sobre una corrida celebrada en el mes de julio. Al igual que hacen la práctica totalidad de los escritores vistos hasta ahora, el cronista *G* considera en minoría a los aficionados «toristas»; sin embargo establece un matiz importante, ya que les atribuye la categoría de aficionados de «calidad docta». La mayoría del público que asiste a una plaza de toros es manifiestamente «torerista», y por tanto tan desconocedor como poco exigente, mientras que la minoría «torista» está en posesión del conocimiento real del espectáculo.

Para los aficionados de solera, para los “toristas”, el nombre de Pablo Romero es garantía máxima. Yo no sé si hoy por hoy, esos aficionados son muy numerosos. Creo que no. Porque a vuelta de hablar y hablar del toro como principal elemento de la fiesta —es así, desde luego—, a veces creemos en la existencia, si no de una mayoría, sí de una minoría tan respetable por el número como por la calidad. Quedémonos con la calidad solamente, y expresemos nuestro desencanto al ver que el público —el gran público— no acude en la medida que ciertas honradas y magníficas divisas merecen. El número es “torerista”; la calidad docta, “torista”. Y ello viene a cuento si hemos de consignar que el público dejó ayer claros, muy naturales en el sol, pero no tanto en la sombra. ¡Esos “toristas” que se quedan en casa! Cuando haya verdadera afición al toro, estaremos en vías de arreglar muchas cosas.<sup>125</sup>

Esta afirmación es muy interesante si tenemos en cuenta que en la revista *El Ruedo* es muy difícil encontrar tal reconocimiento a este tipo de aficionados. No obstante, el propio cronista reconoce unos años más adelante que esa minoría docta es incapaz de sustentar el espectáculo ya que particularmente con las modificaciones de gustos y modas su presencia cuantitativa será notablemente menor, cada vez menor, en las plazas de toros. «¿Toristas? ¿Toreristas? Creo que el negocio taurino, por mucho que prediquemos en desierto, tiene la expresión segunda. Y como el negocio es el negocio y quien manda en la taquilla...»<sup>126</sup>.

Por definición, los miembros de la Corriente Crítica Esencialista son «toristas», ya que de sus postulados se desprende la defensa de la integridad absoluta del toro. Sin

---

<sup>125</sup> *G*. «Joselito Álvarez resultó gravemente herido en la novillada celebrada ayer en Las Ventas». *ABC*, Madrid, 26 de julio de 1952, p. 27.

<sup>126</sup> *G*. «Novillada en la monumental de Madrid». *ABC*, Madrid, 15 marzo de 1955, p. 37.

embargo, como se afirmaba al principio de este apartado, la clasificación de «toristas» y «toreristas» es demasiado simple para acotar las dos perspectivas de entendimiento del espectáculo. Al hablar de estas perspectivas, se hace referencia a la manera de relacionarse con la Fiesta en conjunto, a la posición que el sujeto mantiene en relación al conjunto del espectáculo, no sólo a una postura concreta en esa relación. Esto es así porque el aficionado alejado del entramado taurino, el que mantiene su afición desde la perspectiva distante, no rehúye del protagonismo del diestro ni de su fulgor. Al contrario, celebra que éste alcance el éxito.

### **2.3.2. La doble perspectiva de entendimiento de los cronistas taurinos**

Los cronistas taurinos, como aficionados que son, quedan incluidos en alguno de los dos grupos señalados en los apartados anteriores y que en este estudio hemos diferenciado en «aficionados esencialistas» y «aficionados conformistas». La mirada que ejercen sobre la Fiesta determina su posición crítica ante el espectáculo así como la interpretación que de ella hacen, traducándose en una forma diferente de relacionarse con la misma si pertenecen a uno y otro grupo. Esta manera de relacionarse con la Fiesta, particularmente de los que pertenecen al grupo de aficionados esencialistas, es la que interesa al presente trabajo, ya que de ella se derivan la mayoría de aspectos relevantes del mismo.

Por lo tanto, esa diferente manera de relación con la Fiesta por parte de los cronistas taurinos partiendo de su posición como aficionados nos lleva a afirmar la existencia de una doble perspectiva de entendimiento de la misma que, si bien puede afirmarse que existe más o menos diferencia desde el origen de la Tauromaquia Moderna, se pone de manifiesto de una manera particular y concreta especialmente a partir del periodo de posguerra en la década de los años cuarenta del siglo XX. Un periodo en el que se produce la mayor metamorfosis sufrida por el espectáculo, sometido a los vaivenes sociales de la época, y del que la prensa no es ajena.

Así, la lectura de crónicas de festejos taurinos que abarca ese periodo desde la posguerra hasta la década de los años noventa de autores como Ricardo García, *Ka-Hito*, Gonzalo Ángel Luque del Pino, *Curro Fetén*, Gonzalo de Bethencour y Carvajal, Fernando Fernández Román, José Carlos Arévalo o Carlos Ruiz Villasuso, por un lado, y José María del Rey Caballero, *Selipe*, Antonio Díaz-Cañabate, Vicente Zabala, Alfonso Navalón, Carlos de Rojas, Carlos Ilián, Joaquín Vidal, Javier Villán y Paco

Apaolaza por otro, permite establecer esa doble perspectiva de la que se viene hablando, que, a rasgos generales, quedaría definida de la siguiente manera:

- La perspectiva integrada: Por un lado estaríamos hablando de una *perspectiva integrada* en el espectáculo, en la que el escritor mantiene una posición cercana y comparte los postulados que conforman el entramado taurino, incluso directamente forma parte de él.
  - Forma de trabajo: Desde esta perspectiva, el cronista se deja llevar por los afectos y plantea su trabajo desde una posición crítica relativa. La distancia técnico/afectiva en este caso normalmente no existe. Se mueve en el panorama taurino con soltura y su labor es reconocida por los profesionales del entramado taurino. Los juicios de valor casi nunca tienen tono de rígida censura y se opta más por expresiones comedidas y benevolentes. Se estima en grado sumo el hecho de ser torero y el valor inherente de la profesión, y por lo tanto prácticamente todo está justificado en las actuaciones de los diestros.
  - Tauromaquia y figuras del toreo: Desde esta posición, se acepta la evolución de la Tauromaquia y se admiten la mayor parte de las propuestas nuevas que puedan ir surgiendo por muy heterodoxos planteamientos que adquieran. Normalmente no importa las fórmulas de ejecución de las suertes siempre que exista una armonía de conjunto o una expresión lo suficientemente impactante, dejándose de lado muchas veces los aspectos básicos de la tauromaquia en cuanto a colocación, distancias, etc. Las figuras del toreo, por el hecho de serlo, merecen el reconocimiento y raramente se censura su trayectoria ni sus actuaciones puntuales, siendo la mayoría de las veces justificado el fracaso. Existe normalmente una relación más o menos estrecha con los diferentes diestros del escalafón, relación que en ocasiones es de pura amistad.
  - El toro: El toro, aunque importante, no deja de ser un colaborador necesario al servicio del Arte y debe tener unas condiciones de tamaño y bravura acordes a la necesidad de éste. La nobleza es la característica principal que deben tener las reses ya que ésta permite desarrollar el concepto artístico de cada lidiador, sin importar que

esta nobleza pueda acusar muchas veces signos borreguiles. La suerte de varas, en la que el toro mide su poder frente al picador, es un trámite tradicional con una importancia relativa, ya que sólo importa la faena de muleta y para que esta se desarrolle con plenitud el toro tiene que llegar con la suficiente energía para sostenerse en pie. En este sentido, al toro sólo hay que administrarle el castigo que pueda aguantar, aunque sea mínimo y la suerte de varas quede convertida en un mero trámite.

- La perspectiva distante: Del otro lado nos referiríamos a una *perspectiva distante* con el espectáculo: el crítico se sitúa en una posición de distanciamiento voluntario en la que simplemente observa, analiza y emite los juicios de valor sin apenas ataduras afectivas.
  - o Forma de trabajo: El crítico no se entremezcla con el entramado taurino más que lo suficiente, es decir, mantiene la distancia técnico/afectiva necesaria para que su trabajo conserve toda la independencia posible. El trabajo del crítico que ejerce desde esta perspectiva, normalmente, es cuestionado desde el entramado taurino porque se censuran aspectos tanto artísticos, como ganaderos, como organizativos del espectáculo que ellos promueven. Desde esta perspectiva, la crítica suele ser directa, dura y, dependiendo del cronista, hasta agria y mordiente.
  - o Tauromaquia y figuras del toreo: El arte de torear se fundamenta en un canon concreto, en un clasicismo depurado, del que no puede salir, ya que no se admiten las propuestas heterodoxas ni nada que pueda ir en contra de ese canon. La emoción, fruto de la acometividad de la res, debe estar presente en cada momento de la lidia. Las principales figuras del toreo pueden ser reconocidas como tales, pero se valoran actuación por actuación y se censura que la posición acomodada que han conseguido alcanzar les aleja de los que, desde esta perspectiva, se consideran como compromisos relevantes, compromisos que tienen que ver con el tipo de toro, ganadería a la que pertenece, y plaza en la que se lidia, ya que es normal que los toreros más importantes únicamente se enfrenten a reses de determinados hierros y determinadas procedencias dejando

de lado aquellas que desde el esencialismo se consideran como más interesantes por las dificultades que puedan presentar en la lidia. Normalmente no hay trato con los toreros del escalafón, aunque en ocasiones puede existir algún tipo de relación con determinados diestros, bien porque tienen una trayectoria asolerada de enfrentamiento a esas ganaderías llamadas «duras», bien porque en su juventud y modestia apuntan al ideal que desde esta posición se promulga.

- Toreros modestos: Los toreros modestos, los que luchan por abrirse paso en el escalafón, normalmente son tratados con cierta indulgencia, indulgencia que se ve acentuada si su trayectoria se basa en la lidia de reses de esas ganaderías mencionadas que aportan un plus de complejidad al toreo.
- El toro: El toro es la base de la Fiesta, es el protagonista principal, y como tal, merece todo el respeto y cuidado. Las condiciones del toro, tanto en presentación como en fuerza y bravura deben ser óptimas y se rechaza cualquier res o conjunto de reses que tenga mermadas alguna de ellas. La nobleza, la mansedumbre, la falta o exceso de casta, etc., son simplemente condiciones de las reses a la hora de embestir que el lidiador debe saber afrontar y resolver, al igual que los problemas que durante la lidia se puedan plantear. Se admiten todas las ganaderías, pero normalmente se tiene predilección por aquellas históricas que tienen un poso de casta contrastado y que normalmente son rechazadas por las grandes figuras del toreo.

Al igual que ocurría con la división entre aficionados, no debe soslayarse que ninguno de estos dos grupos son compartimentos absolutamente estancos ni perfectos, simplemente clasifican de forma sencilla las formas tradicionales de relacionarse con la Fiesta de los diferentes escritores, que en base a su manera de interpretación de la misma, basculan con más inercia hacia un lado o hacia otro. Las características descritas son generales y máximas dentro de un prototipo de modelo para cada grupo. Si se aplicara una escala dentro de cada uno de los dos grupos, al modo que se proponía en el apartado anterior para los aficionados, veríamos también que entre el extremo inferior de la perspectiva distante y el extremo superior de la perspectiva integrada podría



extraerse y conformarse un tercer grupo, que estaría formado por aquellos cronistas que no terminan de ubicarse con nitidez en uno u otro, ya que cumplen algunos preceptos pero otros los relativizan. Sin embargo, no se considera necesario llevar a cabo esa tercera clasificación en la medida que la aportación al estudio no incorporaría ninguna conclusión significativa, resultando algo meramente anecdótico.

En cualquier caso, lo relevante es que el trabajo desde la perspectiva integrada anula la distancia técnico/afectiva a la que hacía referencia el punto primero de este trabajo. Ésta no existe, se entremezclan los afectos con el propio trabajo del profesional y la línea de independencia queda diluida. En la perspectiva distante el cronista procura mantener esa distancia, la cercanía suele ser la justa para la realización de un trabajo sin ningún tipo de dependencia que pueda cercenar su labor crítica, pero no son pocos los casos en los que el escritor sucumbe en algún momento de su trayectoria a cierto tipo de afecto.

Cabe destacar, no obstante, que esta doble perspectiva de entendimiento afecta a todos los ámbitos del periodismo taurino, si bien es en el campo de la opinión donde manifiesta con más claridad su evidencia. El crítico de toros, si únicamente desempeña el papel de crítico, no necesita estrechar relaciones con el entramado taurino para efectuar su trabajo, algo que para el periodista taurino especializado resultaría inconcebible ya que limitaría demasiado su trabajo.

Si bien la doble perspectiva es prácticamente inherente al propio espectáculo porque desde su origen la Fiesta tuvo sus banderías y sus divisiones, en cada época tendrá sus características concretas. Así, como se apuntaba en un apartado previo, la división decimonónica y de principios de siglo XX estará marcada en gran medida por el partidismo beligerante de la mayoría de escritores, y con el paso de los años, desaparecido aquél, llegará la separación actual en la doble interpretación del mismo. El periodo de posguerra será, no obstante, el que marque la división definitiva que llega hasta la actualidad.

A modo de ejemplo entre los muchos que pueden contabilizarse en el campo de la información y la opinión taurina y sin intención de determinar qué modo de trabajo es mejor, podrían citarse dos nombres que pueden ser suficientemente ilustrativos de esto que se afirma. Si por un lado analizamos y comparamos las crónicas que escribía Joaquín Vidal, crítico de *El País*, con las que escribe Fernando Fernández Román en el

diario digital *República*, sin necesidad de que sean contemporáneas, veríamos los dos extremos del trabajo periodístico. En Vidal, la distancia técnico/afectiva era casi infinita, ya que nunca se relacionó con el mundo taurino ni con sus protagonistas más que lo estrictamente necesario para la realización de su trabajo. Su perspectiva de entendimiento de la Fiesta y su opinión estaban marcadas absolutamente por la independencia. Su papel era el de observador y analista, y su crítica era acerada, incisiva y en ocasiones se teñía de cierta crueldad. Fernando Fernández Román, sin embargo, estaría en el otro extremo. Su relación con el entramado taurino es amplia y sus relaciones de amistad con los distintos protagonistas también. No hay apenas distancia técnico/afectiva en su trabajo porque está integrado en ese mundo que tanto le apasiona. La crítica, cuando surge, lo hace de manera suave, dulce podría decirse, sin intención de molestar. Es rara, por no decir inexistente, en su discurso la censura radical a la labor de los toreros, que siempre gozan de su buen trato y su comprensión, comprensión que podría extenderse a ganaderos, apoderados, empresarios, etc.

En cualquier caso, la crítica taurina desde la perspectiva distante y esencialista tendrá dos vectores comunes en cada una de las épocas: la reivindicación del clasicismo como única fórmula aplicable al arte de torear y la defensa del toro íntegro elemento valedor de la categoría necesaria. Causas éstas sempiternas a lo largo de las décadas, reivindicadas por los escritores situados en esa posición de distanciamiento objetivo con el espectáculo, produciéndose una radicalización en la segunda mitad del siglo XX que dará lugar a la Corriente Crítica Esencialista objeto de estudio en esta investigación.

#### **2.4. El reflejo de la doble perspectiva en el discurso taurino**

Como se viene tratando hasta ahora, no puede discutirse que cada época de la tauromaquia moderna, a nivel general, ha tenido su doble mirada, su doble perspectiva de entendimiento, que se ha traducido en una doble forma de relacionarse con el espectáculo. La fiesta de los toros siempre fue objeto de división entre quienes de una u otra manera participan de los postulados que de ella emanan y aquellos que tienen un espíritu esencialmente crítico con el conjunto de estructuras que la conforman; entre quienes por distintas circunstancias la observan desde una posición de cercanía, aceptando lo que pueda derivarse del entramado que la organiza y quienes la perciben de manera distante y crítica, alejados de ese mismo entramado y evitando, en la medida de lo posible, mezclarse con él. Admiradores aquéllos de las diferentes fórmulas que el

propio arte va implementado por muy heterodoxas que pudieran parecer en cada momento histórico, anclados los otros a los procederes clásicos como arcanos inmutables e insustituibles. Artísticamente, la fiesta de los toros decimonónica muy poco tenía que ver con el espectáculo posterior a la Guerra Civil; y, no obstante, en aquella época, al igual que en ésta, siempre estuvo presente la división en los modos de relacionarse con el espectáculo, la diferente forma de visión sobre el mismo.

La crítica taurina, como elemento consustancial al propio espectáculo, no ha sido ajena a esa división relacional, y en sus diferentes etapas y con distintos matices ha participado de la doble visión. Señala el crítico taurino Javier Villán en su análisis histórico de la prensa taurina que «siempre ha habido dos corrientes en la crítica de toros; la calificada de negativa por los taurinos, es decir la pesimista que ve males por todas partes; y la que consideran positiva, o sea, aquella que sólo refleja virtudes, y los vicios, si los hubiera, hay que silenciarlos»<sup>127</sup>. Sin embargo, esa doble corriente está caracterizada no sólo por la manera de reflejar la realidad, a favor o en contra de determinados intereses, sino por la posición de partida, o posición de entendimiento, que ocupa el cronista desde su particularidad de aficionado.

La posición condicionará por tanto la característica y fundamento del discurso, poniéndose el foco de atención en unas u otras cuestiones y, sobre todo, viendo la realidad de una u otra manera. Y si bien es cierto que la crítica que según Villán llaman «pesimista» —«derrotista» la llamaban en los años sesenta y setenta del siglo XX— desde el entramado taurino centra su atención en los aspectos que considera restan autenticidad al espectáculo y lo alejan del canon clásico, la otra crítica, la «positiva» para los taurinos, para ese mismo entramado taurino, no es que silencie los posibles vicios, es que normalmente no los considera como tales porque su posición de entendimiento y relación es la misma que la de aquellos que pudieran promoverlos, y que a su vez estiman correcta cualquier actuación que pudiera redundar en beneficio de lo que para ellos es el funcionamiento normal del espectáculo, que como tal, debe admitir cualquier intervención, tanto en el plano artístico, estructural, organizativo, etc., para su mantenimiento y desarrollo.

No puede ni debe compararse en términos conceptuales el tipo y la naturaleza de ese histórico entendimiento dividido. Desde la segunda mitad del siglo XIX, la crítica

---

<sup>127</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. *La crítica taurina. Antología. Op. Cit.*, p. 13.

de la época de Salvador Sánchez, *Frascuero*, y Rafael Molina, *Lagartijo*, y la posterior de Rafael Guerra, *Guerrita*, junto con la de Ricardo Torres, *Bombita*, y Rafael González, *Machaquito*, por ejemplo, se manifestaba hacia un tipo de toro y hacia una forma de torear que apenas pueden tener parangón con lo observado por la crítica de los años cuarenta y cincuenta del siglo XX en las épocas de Manuel Rodríguez, *Manolete*, Julio Aparicio y Miguel Báez, *Litri*, o Antonio Ordóñez, incluso ésta con la inmediatamente posterior de los años sesenta y setenta con los Paco Camino, Manuel Benítez, *El Cordobés*, Santiago Martín, *El Viti*, Dámaso González, Pedro Gutiérrez Moya, *Niño de la Capea*, etc.

En sus diferentes periodos, los Sánchez de Neira, Pascual Millán, Peña y Goñi, Mariano de Cavia, o Félix Borrell Vidal, por citar a algunos de los cronistas más conocidos de finales del siglo XIX y principios del XX, fueron testigos de unas formas de tauromaquia muy diferentes a las que posteriormente vieron Joaquín López Barbadillo, Julio de Urrutia, José María del Rey Caballero, *Selipe*, Antonio Díaz-Cañabate, o Vicente Zabala. Y aunque estructuralmente el espectáculo mantiene gran similitud, la evolución natural y, particularmente, la transformación conceptual del mismo impiden ese paralelismo más allá de la mera concordancia en la forma de relación que pudieran tener unos y otros, amén de los argumentos que fundamentan los discursos.

Por lo tanto, la transformación natural y artística del espectáculo ha llevado consigo la transformación de la visión de su entendimiento, modificando la perspectiva y, del mismo modo que no puede establecerse una comparación artística entre *Guerrita* y *Manolete*, tampoco puede establecerse un paralelismo de entendimiento conceptual entre la visión de Félix Borrell Vidal y Antonio Díaz-Cañabate.

Haciendo un escueto resumen, entre los escritores o revisteros taurinos Sánchez de Neira, en la segunda mitad del siglo XIX, puede ser considerado como el referente o punto de partida donde la perspectiva distante adquiere carta de naturaleza sólida y donde se manifiesta de manera evidente una actitud neutral, pudiera afirmarse incluso que aséptica, con el espectáculo —actitud también cuestionada por algún otro escritor, como se verá más adelante—, un espectáculo que, como se viene afirmando, ha alcanzado un grado de desarrollo artístico que permite este tipo de posicionamiento analítico. En primer lugar por esa intención del escritor madrileño de mantener una

posición no contaminada o neutra —también cuestionada, como se comentaba— en un periodo complicado, y en segundo lugar, por la dureza que en ocasiones tienen sus textos.

Señala Javier Villán que «la verdadera aportación de Sánchez de Neira es la radicalidad crítica»<sup>128</sup> y la anteriormente mencionada neutralidad «que no participaba del guerracivilismo inherente a los toros como reflejo de la sociedad española». Pero también por su perpetua defensa del clasicismo, amenazado siempre por modas o invenciones heterodoxas, que le lleva, por ejemplo, a aconsejar a Rafael Guerra, *Guerrita*, el día de su alternativa «que estudie y estudie mucho las suertes fijas, inmutables y exactas del toreo, tal cual Montes las escribió»<sup>129</sup>. A pesar de que Guerrita, con su dominio, con su solvencia y con su arrogancia representa y marca toda una época, Sánchez de Neira será implacable con él, y no le admitirá que con esas cualidades se deje arrastrar por la comodidad derivada de lo que el escritor considera falta de compromiso con su profesión.

En enero 1898 fallece José Sánchez de Neira, y en el mes de noviembre de ese mismo año lo hace Eduardo de la Loma, *Don Éxito*, —padre del ilustre cronista taurino José de la Loma, *Don Modesto*— que escribiera en *El Imparcial* y en *El Liberal*. No llegó a alcanzar la importancia y reconocimiento que obtuviera Sánchez de Neira, pero comparte con él posición de independencia, siendo otro ejemplo singular de manifiesta neutralidad. Ni frascuelista ni lagartijista, sustenta su discurso en la defensa de los fundamentos clásicos y la recuperación del toro como cimiento de la tauromaquia verdadera. Como no podía ser de otra manera, es considerado por Don Ventura como «el vulgar “reventador” que siempre ha existido y existirá»<sup>130</sup>; sin embargo, para el propio Sánchez de Neira, si algo destaca en *Don Éxito* es su «conocimiento de las suertes del toreo y su imparcialidad al describirlas»<sup>131</sup>.

Junto a la figura de Sánchez de Neira y de Don Éxito pudieran colocarse algunos otros que siguieron esa forma de interpretación y análisis del espectáculo, como el caso de Pascual Millán, tratadista riguroso que publicó entre 1888 y 1899 importantes obras como *Los toros en Madrid*, *La Escuela de Tauromaquia de Sevilla*, *Los novillos*:

---

<sup>128</sup> VILLÁN ZAPATERO, Javier. *La crítica taurina. Antología. Op. Cit.*, p. 127

<sup>129</sup> SÁNCHEZ DE NEIRA, José. «La corrida del jueves». Madrid, en revista *La Lidia* de lunes 3 de octubre de 1887, p.4

<sup>130</sup> BAGÜES Y NASARRE DE LETONA, Ventura. *Escritores Taurinos Españoles del Siglo XIX. Op. Cit.*, p. 158

<sup>131</sup> SÁNCHEZ DE NEIRA, José. *El Toreo. Gran Diccionario Tauromáquico (1ª edición). Op. Cit.*, pp. 400-401

*Estudio histórico*, etc., y que ejerció de revistero en el diario *El País* y ya en el siglo XX en la revista taurina *Sol y Sombra*. Su carácter inflexible<sup>132</sup>, en la defensa de los mismos principios taurómicos que alumbraban la labor del mencionado Sánchez de Neira, le sitúa al amparo de esa forma de entendimiento de la Fiesta desde una posición de displicencia alejada del barullo estructural de la misma.

Anterior a Sánchez de Neira podría situarse también en ese punto de partida de la perspectiva distante la figura de Mariano Garisuaín Blanco, *Mariané*, quien, a partir de 1867 en la revista taurina *El Mengue*, por él dirigida, desarrolla una crítica acerba que no encaja en las fórmulas de la época. Bien es verdad que se erige en defensor del clasicismo contra las formas del nuevo y «falso toreo», como refiere Edmundo González Acebal<sup>133</sup>; pero sus dardos envenenados contra las artes de diferentes diestros, particularmente contra Antonio Carmona, *El Gordito*, —representante para el revistero de ese falso toreo—, pueden responder, como señala María Celia Forneas<sup>134</sup>, más a espurios intereses particulares que a una forma de entender la fiesta de los toros de ese momento histórico. Es más, José María Cossío es su colosal tratado señala sin titubeos de la figura de este escritor que «se trata de una de las principales y más ruidosas manifestaciones de la venalidad de la profesión»<sup>135</sup>.

Del mismo modo, merecería estar colocado junto a Sánchez de Neira, Don Éxito y Pascual Millán el notable Antonio Peña y Goñi, defensor incansable del canon clásico y del toro íntegro; pero, absorbido por el partidismo de la época, su obcecación con el torero cordobés Lagartijo así como su pleitesía hacia el granadino Frascuelo amancillan en parte su discurso para que éste sea situado de forma preeminente en la génesis de la perspectiva distante. No obstante debe reconocerse también en él una obstinación por la conservación de los principios que alumbran la perspectiva distante: clasicismo e integridad del toro.

---

<sup>132</sup> De Pascual Millán escribe Ventura Bagües y Nasarre de Letona que fue «en política y tauromaquia fue Millán un intransigente. Republicano y anticlerical, no vaciló nunca en arriesgarlo todo por defender tales principios, y ese jacobinismo presidió igualmente en su labor de crítico taurino, circunstancia que nos obliga a rechazar mucho de lo que en este aspecto dejó escrito». BAGÜES Y NASARRE DE LETONA, V. (*Don Ventura*). *Escritores taurinos españoles del siglo XIX*. Op. Cit., p. 241.

<sup>133</sup> GONZÁLEZ ACEBAL, E. *Grandeza y servidumbre de la crítica taurina*. Op. Cit., p. 16.

<sup>134</sup> FORNEAS FERNÁNDEZ, M. C. *Toros en Madrid*. Op. Cit., p. 171.

<sup>135</sup> DE COSSÍO, J. M. *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico e Histórico*. Tomo VIII, *Literatura y Periodismo*. Madrid, Espasa-Calpe, 2007, p. 531.

Es por tanto en este periodo de la segunda mitad del siglo XIX, periodo marcado, no obstante, como se verá en el siguiente apartado, por ese partidismo militante que alcanza gran apogeo, donde se encuentra la génesis de la división definitiva de perspectivas que llegará bien entrado el siglo XX. Particularmente, y gracias a la transformación, reglamentación y plasticidad adquiridas por las formas de la Tauromaquia y las posibilidades de análisis que ofrecen tales cambios, se empiezan a vislumbrar los cimientos de una nueva perspectiva distante en aquellos que observan el espectáculo desde una posición más aséptica y técnica con pretendida analítica conceptual y defensa de determinados principios frente a aquellos que, por un lado, se dejan llevar por su filiación, sin enredarse en análisis técnicos de profundidad, arrastrados por la pasión, tantas veces desmedida y cegadora, y aquellos otros que se acercan al rebufo del ambiente, ajenos de igual manera a los posibles exámenes técnicos o artísticos, receptores transigentes que aceptan y reconocen las propuestas del organigrama taurino sean cuales fueran. Y no quiere decirse que anteriormente no se vislumbrara esa división, que como decimos es inherente al propio espectáculo, sino que son las nuevas formas, en su evolución hacia una complejidad cada vez mayor y más artística, y las necesidades que éstas plantean para desarrollarse, las que favorecen esa aparición.

Esa radicalidad y esa intransigencia que apuntan algunos de estos escritores decimonónicos pueden ser, en cualquier caso y guardando las debidas distancias, comparable a la que emplearán el conjunto de los escritores de la *Corriente Crítica Esencialista* de la última parte del siglo XX. El aferramiento a un canon considerado como clásico, que en la segunda mitad del siglo XIX deriva de las aportaciones técnicas del tratado de tauromaquia de Francisco Montes, *Paquiro*, sumando en el siglo XX las contribuciones que en el mismo implementa el toreo de Juan Belmonte, así como la defensa de la fiereza e integridad del toro como elemento sustancial e inalterable, son esos dos vectores comunes que unen cada una de las épocas de la perspectiva distante en el entendimiento de la fiesta de los toros. Pero siempre manteniendo presente el espacio que separa ambos periodos y la radical diferencia que existe en la tauromaquia de una y otra época, tanto en la mera concepción artística como en la presencia y características conductuales de los toros.

Resulta interesante en este punto, certificar esa doble perspectiva de entendimiento y de relación con la Fiesta a partir del posicionamiento que los propios cronistas y

escritores taurinos realizan. Desde su cualidad de aficionados pertenecientes a uno u otro grupo, quedarán autoincluidos en una u otra perspectiva. Así, a modo de demostración, se seleccionan algunos ejemplos de posicionamiento claro por parte de varios escritores y cronistas taurinos de finales del siglo XIX y del siglo XX, que demuestran la existencia de esa doble interpretación.

Un primer ejemplo interesante es el del citado Sánchez de Neira, que veíamos cómo en su *Gran Diccionario Tauromáquico* publicado en 1879 en su primera edición, señalaba la existencia de tres grupos de aficionados perfectamente diferenciados. Después, a partir de esos tres grupos o tipos de aficionados, Sánchez de Neira establece las características del escritor —también aficionado, lógicamente, y por tanto incluido en alguno de los grupos— que elegirá cada uno en concordancia con su particular manera de entender el espectáculo, pero estableciendo como normas fundamentales del buen hacer tanto el conocimiento de la materia como la imparcialidad de criterio, una imparcialidad que, como bien indica, queda particularmente anulada en los escritores que se dedican a ensalzar a aquellos de quienes son partidarios más que a analizar como debieran los preceptos del arte.

Para escribir de toros es indispensable estudiar minuciosamente los preceptos del arte, conocer bien las condiciones de las reses y se de todo punto imparcial. Dadas esas condiciones peculiares al buen revistero, hay que examinar cuál sea la actitud de los lectores, para apreciar el mérito de las revistas.

Para el espectador alegre, de buen humor, que va a los toros a jalearse y gastar bromas, nadie cumplirá mejor su misión que el escritor de artículos humorísticos y graciosos, aunque prescindiera de especificar detalles relativos al arte (...). Al partidario de diestros determinados —que hay muchos, dedicados a la idolatría más que al toreo— ha de parecerle mejor revista aquella en que se alabe y ensalce a su ahijado, así esté escrita en chino o en hebreo, en serio o en guasa, con exactitud o con mentiras; y el aficionado que guste del arte en toda su pureza y quiera saber cómo se verificaron las suertes, preferirá siempre el relato de quien con formalidad y sin rodeos, le explique minuciosamente la manera con que aquellas se realizaron, de qué modo y si se cumplieron o no los preceptos del arte.<sup>136</sup>

Lógicamente, Sánchez de Neira menosprecia a los dos grupos que en su interpretación del espectáculo le resultan ajenos, situándose él mismo en esa pretendida posición de aficionado al arte puro, y por tanto escribiendo desde la necesaria

---

<sup>136</sup> SÁNCHEZ de NEIRA, J. *El Toreo. Gran diccionario Tauromáquico (2ª edición)*. Op. Cit., p. 947.



independencia y lejanía que, como se verá en un apartado posterior, también son cuestionadas.

Un segundo exponente demostrativo de principios de siglo de esa perspectiva distante, en 1913, es Félix Borrell Vidal, *F. Bleu*, el que apunta la desaparición del partidismo de rivalidad, tan presente hasta ese momento en la vida y la afición taurina españolas, y establece la división en estos términos, señalando, además, la imposible reconciliación entre los dos bandos: el de los aficionados a los toros y los aficionados a los toreros<sup>137</sup>. La utilización de dos términos también claves, «aficionado antiguo» y «aficionado moderno», como referencias exactas de la interpretación del espectáculo, aquellos como guardianes de la integridad de la Fiesta, éstos como pasionales espectadores ajenos a la trascendencia histórica de la misma:

A expensas de la transformación de todo lo que se relaciona con la fiesta taurina, quedan sus adeptos divididos en dos grandes e irreconciliables sectas, muy por encima de los partidarios de éste o del otro matador, y hasta de los afiliados a tal o cuál sistema. Lo de bandos, grupos o partidos cae por fuera e interesa poco. La división es más profunda y arranca de la entraña histórica del asunto; ya lo presentía Peña y Goñi cuando hace veinte años nos hablaba del *pastel de liebre sin liebre*, de la tauromaquia marrullera que entonces comenzaba a imperar. Se trata de dos únicas castas de aficionados: el aficionado antiguo y el aficionado moderno. O de un modo más claro: «el aficionado a toros» y «el aficionado a toreros».

Los primeros somos los menos, pero tenemos por nuestra la razón y acaso nos esté reservada la victoria. Si es así, lo sentiré por los fenómenos, y lo celebraré por la fiesta nacional otra vez triunfante. De todos modos, quedan deslindados los campos, y los ejércitos frente a frente.<sup>138</sup>

Lo interesante es la presentación que F. Bleu hace de la disyuntiva, con carácter pretérito y acentuada con el paso del tiempo, además de reconducida hacia la división que supera el partidismo. La progresiva modificación de las cualidades del toro, físicas y conductuales, denunciada ya en el último cuarto del XIX por Peña y Goñi, Sánchez de Neira, Pascual Millán, etc., se convierten, junto con las nuevas formas de tauromaquia, en los principales problemas del espectáculo por encima de la posible rivalidad. Pero este problema lo es sólo para algunos —y además minoría según apuntaba Borrell Vidal, minoría en la que él se sitúa y en la que queda también retratado—, pues quienes

---

<sup>137</sup> BORRELL VIDAL, F. (*F. Bleu*). *Antes y después del Guerra. Medio siglo de toreo*. Madrid, Espasa-Calpe, 1983, p. 374.

<sup>138</sup> *Ibidem*, p. 374.

participan de las propuestas artísticas y estéticas, dejándose llevar sólo por ese impulso sin más matizaciones conceptuales no lo observan así.

También a principios del siglo XX y en similares términos que F. Bleu pero desde la perspectiva contraria, se sitúa esa recusación de la rigidez del clasicismo que se advierte a lo largo del texto de Tomás Orts Ramos, *Uno al Sesgo*, publicado en 1929, *El arte de ver los toros*, citado anteriormente en el presente estudio. Una recusación que unida a la justificación permanente de las nuevas técnicas puestas en práctica por los diestros, constataría ya una postura cercana o participe a esa perspectiva integrada con el espectáculo por parte del escritor. De hecho, se alegra Uno al Sesgo<sup>139</sup> de que la mayoría de aficionados pertenezcan al segundo grupo que él establecía, es decir, al de aficionados a las emociones estéticas, más que al de las emociones surgidas del crudo riesgo, y si bien matiza que el riesgo y el peligro no deben desaparecer del todo, queda retratada su posición.

En el año 1943 el también crítico taurino Celestino Espinosa, *R. Capdevila*, publica un interesante artículo en el diario *Arriba* en el que establece de manera clara la existencia de la división entre los cronistas entre «verdaderos maestros», los menos, los que daban nobleza y rigor a la prensa taurina de la época —entre los que lógicamente se encontraría el propio R. Capdevila—, y el «estado llano de la crítica», de los que señala los muchos defectos por dejarse arrastrar por la cercanía y mezcolanza con el entramado organizativo del espectáculo, convirtiéndose más en publicistas que en verdaderos cronistas.

Con la absoluta pérdida de fe en la crítica, por parte de la vieja afición, coincidían dos cosas: la desorientación de aquellas masas nuevas que habían vuelto al público al estado de infancia de que antes hablábamos, y la evolución trascendental de la crónica de toros literalmente ennoblecida en manos de media docena de verdaderos maestros. Para luchar con éstos y asirse a la cola de la popularidad, el estado llano de la crítica periodística, por compadrazgo, por afinidades de toda índole y por ineptia para más, recurrió a dos extremos: el halago a «los gustos del público», con defensa de todos los vicios y derrumbaderos de la Fiestas, desde «el toro a propósito» hasta el ditirambo incondicional del «toreo moderno», o la riada torrencial de léxico nauseabundo empedrado de tópicos; casi siempre a ambas cosas a la vez.<sup>140</sup>

---

<sup>139</sup> ORTS RAMOS, T. (*Uno al Sesgo*). *El Arte de ver los Toros. Guía del espectador. Op. Cit.*, p. 13.

<sup>140</sup> ESPINOSA, C. (*R. Capdevila*). En ALTABELLA, J. *Crónicas taurinas. Antología*. Madrid, Taurus, 1965, p. 11.

Otro importante crítico taurino, José María del Rey Caballero, *Selipe*, antesala de lo que en este trabajo se denomina como *Corriente Crítica Esencialista*, deja también muy clara su posición en el diario *ABC*, diario en el que había empezado a ser cronista de toros en el año 1956. Para Selipe, el crítico taurino debe mantenerse al margen del entramado taurino, debe establecer un modo de vida alejado de ese mundo para poder conservar su independencia, y debe, también, mostrarse firme para no caer en el soborno y en la venalidad. Esta forma de trabajar no es cómoda, al contrario, está llena de sacrificios y de disgustos, pero es la única manera en la que el crítico instalado en la perspectiva distante puede ejercer su profesión con total integridad:

En más de una ocasión he dicho y escrito que yo entiendo el ejercicio de la crítica como un sacerdocio que requiere abnegación y sacrificio: el crítico, en mi concepto, para servir el interés de sus lectores, ha de aislarse del mundillo taurino, por lo menos con idéntico cuidado al que ha de aplicar su atención vigilante al mundo del toreo, o sea, que ha de apartarse de las oscuridades, de los espacios cerrados, donde se fraguan las maniobras de la picaresca para abrir los ojos al área abierta del redondel, al que pueden llegar las funestas salpicaduras de aquella.

El crítico debe ser, al par, competente e insobornable: por falta de competencia, tanto por estar incurso en venalidad, el crítico, ya ignorante o bien mediatizado, incumple, inconsciente o deliberadamente, la importante función que le incumbe, que es la forma de informar y orientar al público lector.

El ejercicio de una crítica rabiosamente independiente produce abundantes disgustos, que se ven compensados por la mínima satisfacción derivada del cumplimiento del deber; una satisfacción acrecida por las dificultades que se oponen con ritmo creciente a la consecución, aparentemente fácil, de una ardua verdad.<sup>141</sup>

Desde la perspectiva integrada, en el año 1961 el crítico taurino y comentarista taurino de televisión Juan Carlos Fernández y López-Valdemoro, *Pepe Alameda*, en su obra *Los arquitectos del toreo moderno*, carga con dureza contra aquellos críticos que tenazmente se agarran a un supuesto canon clásico y censuran los atrevimientos a escapar de él, haciendo un alegato para que se desenmascaren las falsedades que por su parte se difunden. Para Pepe Alameda, la Fiesta admite los cambios pertinentes que su propia evolución propicie, y negarlos o censurarlos redundaría en incompetencia y falta de rigor:

---

<sup>141</sup> DEL REY CABALLERO, J. M. (*Selipe*). «La independencia de los críticos de *ABC*». *ABC*, Madrid, 9 de enero de 1958, p. 37.

Por ese tenor, se ha predicado durante años el toreo basto. Y se ha rechazado y zaherido lo sutil, lo afinado, lo sucinto. Si los tales críticos lo hubieran sido de artes plásticas, hubieran abrumado a Zurbarán, como lo han hecho con Manolete, a cuenta de su arte despojado, en que la ascética sobriedad constituía precisamente su grandeza. Y no digamos si el torero tiene gracia, esa gracia de ángel callado que tuvo Chicuelo. Esto merece mayor castigo. Entonces, sencillamente, se le suprime.

Esta monumental superchería merece ser denunciada de continuo.<sup>142</sup>

Son estos planteamientos de algunos escritores ejemplos de cómo esa perspectiva diferenciada ha existido y existe en el panorama de la crítica taurina que si en alguno de sus periodos pudo estar marcada por condicionantes como el partidismo exacerbado, que se trata en el siguiente punto, en la segunda mitad del siglo XX, por otros motivos que se indican en el apartado correspondiente, adquiere la nitidez definitiva que alcanza hasta nuestros días.

#### **2.4.1. El partidismo de rivalidad en los cronistas taurinos**

Se citaba en varios apartados anteriores la existencia de una posición partidista de la mayoría de los escritores taurinos desde que la crónica taurina adquiere carta de naturaleza. Deben constatar, no obstante, esas semejanzas intrínsecas a la propia naturaleza de la posición que ocupa el cronista en cada época y la evolución argumental que en las mismas sustentaron el discurso. Con independencia de su posición más o menos próxima al espectáculo, una de las características fundamentales, y determinantes, de la crónica taurina del siglo XIX y primera parte del XX es el mencionado partidismo —manifestado en diferente grado dependiendo de cada escritor— de prácticamente la totalidad de los cronistas del que debe hacerse mención.

Un partidismo que, presente a lo largo de varios periodos en el margen de tiempo antes señalado, en muchos casos será militante, transformándose en partidismo de rivalidad, combativo, y que surge de la propia competencia entre los diestros, haciéndose extensible al conjunto de los aficionados, incluso a la propia sociedad entre las décadas de los sesenta y noventa del siglo XIX con la feroz competencia, primero entre Antonio Carmona, *El Gordito*, y Antonio Sánchez, *El Tato*, y entre Rafael Molina, *Lagartijo*, y Salvador Sánchez, *Frascuero*, después, periodos ambos en que la división

---

<sup>142</sup> FERNÁNDEZ Y LÓPEZ-VALDEMORO, J. C. (*Pepe Alameda*). *Los arquitectos del toreo moderno*. Barcelona, Bellaterra, Colección *Muletazos*, 2010, p. 66.

en banderías no se circunscribe en exclusiva al ámbito taurino, sino que alcanza la práctica totalidad de los aspectos sociales.

Este partidismo de rivalidad, ingrediente taxativo de las perspectivas de entendimiento del espectáculo de las épocas en que se manifiesta, anulará en muchas ocasiones la pretendida voluntad de independencia de los cronistas que, más allá de su condición de exégetas del arte, se transformarán en abanderados de la figura correspondiente ponderando sus valores como desafío y descrédito a los rivales. Si bien la posición de varios de estos cronistas pretendidamente independientes debiera situarse en la perspectiva distante con el espectáculo, esa filiación, que pudiera ser entendida como proximidad al entramado organizativo taurino ya que al final se traduce en defensa a ultranza de casi todo lo que realiza su ídolo, les aleja de esa necesaria distancia para la crítica que la pasión anula. Bien lo explica a finales del siglo XIX el cronista y escritor ya citado en otros apartados José Sánchez de Neira en la segunda edición de su *Gran Diccionario Taurómico*, en la que define el comportamiento de los partidistas, a quienes la pasión por su ídolo anula toda posible cordura y ecuanimidad en el entendimiento:

No puede ser más singular lo que ocurre con los partidarios de los lidiadores de toros, cuando no se amoldan a su modo de pensar los aficionados al arte de *Pepe-Hillo*.

Quieren convencer a todos de que su predilecto es el torero de más exigencia, de más saber, de más valor de cuantos practican el toreo, y con una intolerancia exclusivista, no admiten en diestro alguno el asomo siquiera de que en determinada corrida, en señalada suerte, haya podido estar, no por encima, sino al nivel por lo menos de su patrocinado. Siempre hay disculpa de que *al suyo* le han correspondido los huesos de la lidia, y al otro las babosas más sencillas, o de que el aire impedía al primero jugar bien la muleta, o de que necesitaba a su lado mucha gente, porque el toro se colaba, acostándose de un lado, u otra razón de pie de banco por el estilo. Para él todos son motivos de fundamento que le abonan; para los demás, nunca hay pretexto que consienta lo que todos suelen hacer en casos idénticos. Sácase partido de la mejor o peor figura del diestro, de su gallardía, de sus aficiones personales y hasta de la historia de sus progenitores para ensalzar a las nubes al uno y hundir en el polvo a los otros. Si media docena de hombres hábiles y aptos para ello, se encargan de levantar al ídolo, la reputación de éste queda formada en poco tiempo, ensalzada y elevada a los cuernos de la luna, a muy poco que el torero haga para cimentarla, porque tendrán cuidado de propagar las excelencias del ahijado, popularizando y haciendo y extender a las masas ignorantes, que en nadie hay más sal, ni más gracia, ni más facha que en su ahijado, aunque no haya el arte ni el valor que también suelen concederle. Confunden de intento, el arte con la maña, el valor con la

astucia, sin tener en cuenta que aquel tiene sus reglas fijas, y el que de ellas se separa ya le pierde, y el último se manifiesta acercándose siempre y estando a la cabeza de las reses: y claro es, cuidando mucho de señalar los defectos de los demás toreros, que forzosamente han de tenerlos, porque no puede haber nadie exento de ellos, y ocultando los suyos consiguen el objeto apetecido, y ya puede hacer horrores el mozo de su devoción, que se le admitirán como bondades. Difícil es luego hacer a los prosélitos conquistados que se vuelvan atrás de lo que, guiados por otro, dieron por bueno, que raro es el que tiene valor de arrepentirse de lo que sostuvo una vez en público: y si allí en el fondo de su conciencia siente alguna vez el peso de la verdad, recházala con pasión, o la ahoga con la tenacidad.<sup>143</sup>

Se pregunta el propio Sánchez de Neira qué es lo que lleva a las gentes a este extremo de arbitrariedad que impide el mínimo racionamiento coherente hacia el comportamiento o cualidades de los demás. «¿Por qué todo esto? ¿A tal punto llegan la ofuscación y el cariño, que la pasión ciega el conocimiento? ¿Qué razón hay, por mucho afecto que se sienta hacia el individuo, para negar y echar por el suelo todo lo bueno que otro pueda hacer?»<sup>144</sup>.

Son numerosos los ejemplos que podrían destacarse de escritores que de una u otra forma sucumbieron al apasionamiento partidario. En la primera mitad del siglo XIX el caso más significativo es el de Santos López Pelegrín y Zabala, *Abenámbar*, que lo fue de Francisco Montes, *Paquiro*, en rivalidad con Francisco Arjona, *Cúchares*. Algunos estudiosos del tema, como la profesora María Celia Forneas<sup>145</sup>, sostienen que el propio Abenámbar pudo participar en la redacción, en 1836, de la *Tauromaquia de Paquiro*<sup>146</sup>, tratado de referencia que estableció el orden y las pautas del toreo de la segunda mitad del XIX y principio del XX. Ya en la segunda mitad del siglo, el citado en el apartado anterior Mariano Guarisuain Blanco, *Mariané*, fundador en 1867 de la revista *El Mengue*, es señalado como «"tatista" irreductible» —partidario de Antonio Sánchez, *El Tato*, rival de Antonio Carmona, *El Gordito*— por Edmundo González Acebal<sup>147</sup>.

Unos años más adelante, el donostiarra Antonio Peña y Goñi, también citado en el apartado anterior, fue de manera feroz incondicional de Frascuelo, y el crítico y director de *La Lidia*, Juan Martos Jiménez, *Alegrías*, y el que fuera cronista de *El*

---

<sup>143</sup> SÁNCHEZ DE NEIRA, J. *El Torea. Gran Diccionario Taurómico (2ª edición). Op. Cit.*, pp. 964-965.

<sup>144</sup> *Ibidem*, p. 965.

<sup>145</sup> FORNEAS FERNÁNDEZ, M. C. *Periodistas Taurinos Españoles del Siglo XIX. Op. Cit.*, p. 225.

<sup>146</sup> La obra lleva por título *Tauromaquia completa, o sea el arte de torear en plaza tanto a pie como a caballo*, y fue publicada en 1836. En páginas interiores, debajo del título, puede leerse: «Escrita por el célebre lidiador Francisco Montes, y dispuesta y corregida escrupulosamente por el editor». Información obtenida de MONTES, F. *Tauromaquia Completa*. Madrid, Turner, 1994.

<sup>147</sup> GONZÁLEZ ACEBAL, E. *Grandeza y servidumbre de la crítica taurina. Op. Cit.*, p. 16.

*Liberal*, Mariano de Cavia, *Sobaquillo*, de Lagartijo, el gran rival de Frascuelo. Posiblemente el ejemplo más ilustrativo del significado de ese partidismo es su vertiente más radicalizada lo encontramos unido al nacimiento de la importante publicación que fue la revista *La Lidia*, nacida en 1882. Al poco de publicarse, entre Peña y Goñi, redactor, y Martos Jiménez, director, se estableció una pugna que terminó con la salida de Martos Jiménez de *La Lidia* quedándose con la dirección el escritor vasco. Lo sintetiza el profesor Pedro Gómez Aparicio en *Historia del Periodismo Español*:

Sin embargo —signo de aquellos tiempos—, en el seno de la Redacción surgió un pleito partidista que pudo tener muy graves consecuencias para la publicación. Desorbitadamente dividida la afición entre los seguidores de Frascuelo y Lagartijo, no fue ajena la Redacción de *La Lidia* a enfrentamiento entre las dos tendencias: contra el “lagartijismo” de su director, Martos Jiménez, se pronunció el “frascuelismo” de un grupo de redactores, acaudillados por Peña y Goñi. Triunfó éste último, y Martos Jiménez se separó de *La Lidia* para fundar, el 8 de mayo de 1884, otra publicación semejante en todo a aquélla, incluso en el título: *La Nueva Lidia*. Su éxito fue mediano, y dejó de aparecer el 2 de noviembre de 1886, después de publicar 86 números. En cuanto a la Dirección de *La Lidia*, recayó, como era de esperar, en Peña y Goñi, quien la ejerció prácticamente hasta su fallecimiento, en 1896.<sup>148</sup>

Martos Jiménez publicará por tanto a partir de 1884 *La Nueva Lidia*, pero no tendrá ni la vida ni el éxito de la original. Por su parte, Peña y Goñi permanecerá como director de la revista hasta mayo de 1898.

Profundizando un poco más sobre el donostiarra, de las características que por ejemplo podrían señalarse como preeminentes en Antonio Peña y Goñi —entre los más importantes y reconocidos cronistas de la segunda mitad del siglo XIX—, bien podrían destacarse las del rigor, capacidad de análisis y defensa del clasicismo, amén de ese pretendido sentido del humor que con mayor o menor acierto ponía en práctica en cada texto. Un rigor manifestado en la peculiar manera de la época que llevaba a los escritores a hacer las crónicas toro a toro, señalando los detalles más importantes de cada lidia, y unos análisis minuciosos —por los cuales destacaba, tal y como reconoce Luis Nieto Manjón<sup>149</sup>— de las suertes vigentes así como de los entresijos del organigrama taurino contemporáneo.

---

<sup>148</sup> GÓMEZ APARICIO, P. *Historia del Periodismo Español. De la Revolución de Septiembre al desastre colonial*. Madrid, Editorial Colonial, 1971, p. 594.

<sup>149</sup> NIETO MANJÓN, L. *La Lidia, modelo de periodismo*. Madrid, Espasa-Calpe, Colección *La Tauromaquia*, nº 49, 1992, p. 21.

Y si bien podría deducirse que Peña y Goñi intentó aplicarse con neutralidad en su cometido, como al menos así lo interpreta José María de Cossío en su gran enciclopedia taurina al afirmar que «aparte de la corrección literaria de sus escritos, estos supieron tener la dosis justas de pasión y aparente imparcialidad para que fueran discutidos enconadamente por frascuelistas y lagartijistas, pues tal fue la época que le tocó reseñar»<sup>150</sup>, no es menos cierto que sucumbió en infinidad de ocasiones a su tenaz «frascuelismo», por él mismo reconocido, que teñía muchas veces las crónicas de manera inmoderada. «Lagartijo —señala Ventura Bagües y Nasarre de Letona, *Don Ventura*, yendo un poco más lejos— no tuvo mayor enemigo que *La Lidia* desde que Peña y Goñi entró a sustituir a en la dirección de la misma al lagartijista señor Martos Jiménez [...] el escritor donostiarra tiraba a Rafael a degüello con sus finas ironías y su sátira despiadada»<sup>151</sup>.

El gran cronista Luis Carmena y Millán compartió época y páginas con Peña y Goñi en *La Lidia* desde 1884 mientras fue éste director, abandonando la publicación un año después de la sustitución del donostiarra, en 1899. Al contrario que Peña y Goñi, Carmena y Millán fue más partidario de las filigranas de Lagartijo, y sin embargo esto no le creó problemas con el escritor vasco. Por su parte, Francisco de Paula Miró, *Segundo Toque*, empezó como revistero en *El Toreo* en 1878, pasando por distintas publicaciones hasta llegar a colaborar en el irreverente y anticlerical periódico *El Diluvio*. Presidente de la peña Grupo Ojén desde su fundación y en la que compartía pareceres con cronistas como Gerónimo Serrano, *Azares*, también de *El Diluvio*, Enrique García, *Carrasclás*, de *El Noticiero Universal*, o José Angulo, de *Sol y Sombra*, siempre basculó hacia las aguerridas formas de Frascuelo.

Incluso un ejemplo atípico de neutralidad —«rígida neutralidad»<sup>152</sup> define Javier Villán la postura del cronista decimonónico— como es el anteriormente citado José Sánchez de Neira —al que situábamos en el anterior apartado como primer exponente claro de la perspectiva distante—, cronista también de *La Lidia* y escritor en 1879 de la importante obra anteriormente citada *El Toreo, Gran Diccionario Tauromáquico*, que vivió la apasionante época de Frascuelo y Lagartijo pero supo, o al menos lo intentó, mantenerse al margen del partidismo pasional que se respiraba en aquel momento

---

<sup>150</sup> DE COSSÍO, J. M. *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico e Histórico*. Tomo VIII, *Op. Cit.*, p. 541.

<sup>151</sup> BAGÜES Y NASARRE DE LETONA, V. (*Don Ventura*) *Escritores Taurinos Españoles del Siglo XIX*. *Op. Cit.*, p.79.

<sup>152</sup> VILLAN ZAPATERO, J. *La crítica taurina. Antología*. *Op. Cit.*, p. 127.



histórico y salpicaba al conjunto de aficionados de toda España, es acusado de dejarse llevar por un desatado apasionamiento, de ser «frascuelista a machacamartillo»<sup>153</sup> y de tratar con gran dureza a Lagartijo primero, y a Rafael Guerra, *Guerrita*, después, por el anteriormente mencionado revistero Ventura Bagués, *Don Ventura*, cronista que lo fuera de *Día Gráfico* de Barcelona y *La Hoja del Lunes*.

Sin embargo, estas acusaciones de Don Ventura es posible que deriven de la abundancia de críticas hacia ambos diestros que publicó Sánchez de Neira, lo que pudiera entenderse como ojeriza del escritor hacia ellos para defensa del torero granadino, cuando lo probable es que sus gustos particulares y su entendimiento de la Tauromaquia coincidieran más con las formas de Frascuelo y no con las de los otros toreros, sin que por ello participara del partidismo de rivalidad dominante. No puede olvidarse, como se comenta más adelante, que buena parte de los revisteros y escritores taurinos, y en esta caso Sánchez de Neira, estaban aferrados a las formas clásicas de la lidia, y defendían éstas de cualquier trasgresión que pudiera representar una distorsión de sus preceptos, y transgresores en diferente grado fueron tanto Lagartijo como el propio Guerrita. En este sentido, Sánchez de Neira lo deja claro en muchos de sus escritos, como por ejemplo en la segunda edición del ya citado Gran Diccionario Taurómico, publicada en 1896:

*El arte no es más que uno, y lo que hay que buscar en su ejecución, es lo que siendo más perfecto «en su parte fundamental» pueda llamarse clásico. Los antiguos y los modernos podrán variar en sus juicios y apreciaciones, el arte taurino siempre será el mismo, peor o mejor, observado y cumplido, pero con las reglas fijas e invariables que escribieron Illó y Montes. No es cuestión de época*<sup>154</sup>.

En cualquier caso, no deja de ser llamativo que de Don Ventura, en su repaso a los escritores taurinos del siglo XIX, dedique las mayores críticas y censuras a Sánchez de Neira, al que acusa inmovilista y de carecer de «amplitud de criterio para apreciar toda personalidad artístico-taurina que se saliera de los moldes en que, según las leyendas, vaciaban sus obras los viejos maestros del toreo», y a su *Diccionario Tauromáquico* de adolecer de numerosos «errores, involuciones y anacronismos»<sup>155</sup>. Sin duda, a Don Ventura le molestaba ese «extremismo» del revistero madrileño, algo

---

<sup>153</sup> BAGÜES Y NASARRE DE LETONA, V. (*Don Ventura*). *Escritores taurinos españoles del siglo XIX*. Op. Cit., pp. 65-66.

<sup>154</sup> SÁNCHEZ de NEIRA, J. *Gran Diccionario Taurómico* (2ª edición). Op. Cit., p. 969.

<sup>155</sup> BAGÜES Y NASARRE DE LETONA, V. (*Don Ventura*). *Escritores Taurinos Españoles del Siglo XIX*. Op. Cit., pp. 64-65.

que a su vez puede ser indicador de su posición ante el espectáculo como en un apartado anterior se indicaba.

El partidismo se prolongará en el tiempo, con ejemplos muy curiosos, como el de José de la Loma, *Don Modesto*, a caballo entre el siglo XIX y el XX, que desde las páginas de *El Liberal* cambiará de bando varias veces, siendo partidario primero de Rafael Guerra, *Guerrita*, después de Ricardo Torres, *Bombita*, a quien nombró «Sumo Pontífice»<sup>156</sup>, de Rafael González, *Machaquito*, de Vicente Pastor, José Gómez Ortega, *Joselito*, o Juan Belmonte, y de quien Javier Villán señala los reproches contra su persona por el cambio de gustos que De la Loma atribuía «al sentido común y a la obligación del periodista de seguir los vientos de la actualidad»<sup>157</sup>.

Por su parte, Alejandro Pérez Luján, *Don Pío*, desde las páginas de *La Tribuna* y posteriormente en *El Liberal* hará lo propio unos años después con los hermanos Rafael y José Gómez Ortega, *Los Gallos*, «... y yo, el más gallista de los gallistas»<sup>158</sup>, que rivalizaron —particularmente José— con Juan Belmonte. Es posiblemente uno de los ejemplos de mayor beligerancia en sus posturas de esa época llamada Edad de Oro del toreo. Así lo reconoce el cronista Juan Cortés, *Juan de Málaga*, en la revista *El Ruedo*, al señalar esa pasión que tenía primero por Rafael González, *Machaquito*, y después por los hermanos José y Rafael Gómez Ortega, los *Gallos*, que le impedía reconocer méritos en el resto de diestros:

«Don Pío», cuyo era el seudónimo con el que firmaba sus crónicas, formó la pareja de críticos más leída y discutida en la época de Ricardo Bomba y Gallo, y después en la de Joselito y Belmonte. Don José de la Loma era el ídolo de los partidarios de Ricardo y de Juan, a los que dedicó sus mejores elogios y sus más brillantes crónicas, y don Alejandro el de los gallistas, que lo consideraban como máxima figura del partido.

Yo fui mucho más amigo de Don Pío que de don Modesto, porque aquel pasó en Málaga algunas temporadas y nos reuníamos con frecuencia para hablar preferentemente de toros, porque los dos coincidíamos en la predilección por Rafael cuando su rivalidad con Ricardo, y luego en la de José frente a Juan. [...]

Declaraba antes mi mejor amistad con Don Pío que con don Modesto, para afirmar ahora que la pasión gallista de don Alejandro era mayor que la

---

<sup>156</sup> DE LA LOMA, J. (*Don Modesto*). «¡Bombita, Sumo Pontífice!!». *El Liberal*, Madrid, 25 de octubre de 1908, p. 2.

<sup>157</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. *La crítica taurina. Antología. Op. Cit.*, p.165.

<sup>158</sup> PÉREZ LUJÁN, A. «Aquí hace falta un hombre o el rival de Joselito». *El Liberal*, Madrid, 16 de mayo de 1917. En VILLÁN ZAPATERO, J. *La crítica taurina. Antología. Op. Cit.* p. 206.

de don José de la Loma por Belmonte, pues éste reconoció más de una vez los méritos de los hijos de la señora Gabriela.

Don Pío, en cambio, no aceptaba censuras para los Gallos, y ya referí a ustedes en mi crónica anterior el tirón de orejas que me dio cuando censuré en mis crónicas las actuaciones en Sevilla de los Gallos inferiores a las de los Bombas, y, sobre todo, el gesto de Gallito cuando se proclamó número uno, al ser paseado en hombros por el anillo de la Maestranza, después de la única faena maravillosa que vimos los gallistas a nuestros ídolos.<sup>159</sup>

Como bien apunta el cronista César Jalón, *Clarito*, en su libro de memorias, y al igual que ocurriera en la etapa de máxima rivalidad de Lagartijo y Frascuelo, en el periodo clave de la competencia entre el clasicismo de José Gómez, *Gallito*, y la revolución de Juan Belmonte —entre los años 1914 y 1920—, del partidismo no podía sustraerse nadie porque la división estaba presente en grado sumo entre el conjunto de la afición, y se respiraba en cada uno de los ámbitos del ambiente taurino. A pesar de que la inclinación hacia uno u otro diestro era inevitable, lo más inteligente para muchos era intentar mantenerse imparcial, cosa hartamente complicada en un periodo tan determinante, para evitar situaciones comprometidas que normalmente desembocaban en discusiones interminables y odios enconados cuando no perpetuos, como así hacía el director de la publicación taurina *The Kon Leche* Juan Álvarez, que escribía bajo el pseudónimo de *Kurro Kastañares*, intentando a cada momento como señala Clarito, sin éxito muchas veces, disimular su conocido «gallismo» para no perder lectores:

Estos dos años de su triunfal asiento en la cumbre del toreo, ápice de su historia, había consagrado la popular autoridad de la pareja *Joselito-Belmonte*, al par que el excitante signo banderizo de los aficionados nos dividía —por encima y al margen de los ponderables del *Gallo*, de Gaona, de Pastor...— en gallistas y belmontistas. Juan Álvarez, *Kurro Kastañares*, aunque rabiosamente gallista, entreveraba su *The* de gallismo y belmontismo. A renglón seguido de la portada con un Belmonte tragándose por su ancha boca a la torería entera, aparecía otra portada de *Joselito* ostentando un simbólico globo terráqueo en su puño.

Desde el punto de mira periodístico, hacía bien; declararse belmontista o gallista a ultranza provocaba situaciones incómodas. No lo cuco, sino lo práctico, dictaba no ser ninguna de ambas cosas o ser la dos. Porque sobre el pavés del triunfo sin precedentes de una epopeya de Belmonte, pasaba luego *Joselito* su apisonadora veinte tardes seguidas. Y una sola jornada belmontina, una tanda de lances sola, derrumbaba como un castillo de

---

<sup>159</sup> CORTÉS SALIDO, J. (*Juan de Málaga*). «En el centenario del natalicio de Pérez Lugín. La pasión gallista de don Don Pío». *El Ruedo*, Madrid, año XXVII, 10 de marzo de 1970, nº 1342, p. 7.

naipes, con el asombroso sobresalto de lo desconocido y nuevo, la soberbia edificación gallística de media temporada.<sup>160</sup>

Al margen de su filiación al bando joselitista y los pretendidos equilibrios por mostrarse imparcial, Juan Álvarez, *Kurro Kastañares*, hilvana perfectamente con la tendencia que marcaba años antes Sánchez de Neira en esa pretendida posición genética de distanciamiento de la perspectiva distante, con un rotundo: «Sinceridad, imparcialidad, y poca amistad CON LOS TOREROS» como eslogan que puede leerse debajo del nombre de la publicación *The Kon Leche*, que da fe de su postura en relación a la Fiesta y de una manifiesta voluntad de marcar una separación con el entramado taurino.

#### **2.4.2. La desaparición del partidismo de rivalidad y de la adjunción de los cronistas taurinos**

Ese partidismo de rivalidad que se describía en el apartado anterior marcará buena parte de la historia moderna de la Fiesta y de su relato. Será una de las características de ese controvertido espectáculo que apasiona a buena parte de los españoles, que si siempre tuvieron por costumbre estar fanáticamente divididos en banderías, en el tema de los toros no podía ser de otra manera. En el plano de la crónica taurina, a pesar de su imbricación y su lógica evolutiva a la vez que las figuras de la tauromaquia se iban sucediendo, llegará un momento que ese partidismo prácticamente desaparecerá, y con él la adjunción que con la estructura del espectáculo mantenían los escritores taurinos.

Félix Borrell Vidal, *F. Bleu*, cronista de *La Lidia* y escritor citado en los apartados anteriores por su obra *Antes y después del Guerra. Medio siglo de toreo*, publicada en 1914, vivió con especial interés la etapa de Lagartijo y Frascuelo. Dicho trabajo es un interesante repaso por la evolución de la tauromaquia del XIX entre el periodo fundamental que marca la competencia entre Frascuelo y Lagartijo y el inmediatamente posterior en el que Rafael Guerra, *Guerrita*, es la gran figura. La hipótesis fundamental de Borrell Vidal es que si los desmanes de la Fiesta empiezan a vislumbrarse en la última etapa *lagartijista*, con el dominio de Guerrita adquieren la consolidación absoluta, perdiendo el espectáculo de manera definitiva su grandeza pretérita: en aras de la comodidad del torero se habrá ido reduciendo el toro en presencia y en agresividad, y esta progresiva reducción impuesta habrá significado el inicio de la pérdida de

---

<sup>160</sup>JALÓN ARAGÓN, C. *Memorias de «Clarito»*. Madrid, Guadarrama, 1972, pp. 57-58.

autenticidad de que la Tauromaquia siempre gozó, con el añadido de la puesta en práctica de infinidad de suertes más vistosas que solemnes.

Como queda recogido en el apartado 2.4. *El reflejo de la doble perspectiva en el discurso taurino*, F. Bleu cierra la obra augurando la desaparición definitiva del partidismo y estableciendo una distinción sencilla, simplista podría decirse, entre esas dos banderías de los aficionados, considerándolos —y por ende a los escritores taurinos— divididos de manera definitiva en «aficionados a los toros» y «aficionados a los toreros». Para Borrell Vidal no es posible una reconciliación o acercamiento entre las dos facciones, y no lo es porque subyace la diferente manera de interpretación del espectáculo, del rumbo que debe llevar, y posición ante el mismo de unos y otros. Recordamos en este caso la cita también recogida en el citado apartado en la que aparece la explicación del escritor sobre el tema:

A expensas de la transformación de todo lo que se relaciona con la fiesta taurina, quedan sus adeptos divididos en dos grandes e irreconciliables sectas, muy por encima de los partidarios de éste o del otro matador, y hasta de los afiliados a tal o cuál sistema. Lo de bandos, grupos o partidos cae por fuera e interesa poco. La división es más profunda y arranca de la entraña histórica del asunto; ya lo presentía Peña y Goñi cuando hace veinte años nos hablaba del *pastel de liebre sin liebre*, de la tauromaquia marrullera que entonces comenzaba a imperar. Se trata de dos únicas castas de aficionados: el aficionado antiguo y el aficionado moderno. O de un modo más claro: «el aficionado a toros» y «el aficionado a toreros».

Los primeros somos los menos, pero tenemos por nuestra la razón y acaso nos esté reservada la victoria. Si es así, lo sentiré por los fenómenos, y lo celebraré por la fiesta nacional otra vez triunfante. De todos modos, quedan deslindados los campos, y los ejércitos frente a frente.<sup>161</sup>

El presentimiento de Borrell Vidal hacia la desaparición o pérdida de interés del partidismo de rivalidad tal y como se había conocido hasta ese momento se cumple, no estrictamente en los años siguientes, ya que todavía estaba por consolidarse en su totalidad la última gran rivalidad, la de José Gómez Ortega, *Joselito*, y Juan Belmonte que alcanza hasta 1920, pero sí inmediatamente después. Superada esta competencia entre los dos sevillanos, la división ya no será con sentido militante hacia uno y otro diestro como hasta la primera parte del siglo XX, sino en la manera de posicionarse ante el espectáculo. El partidismo no obstante seguirá existiendo, pero lo será de mera afinidad conceptual hacia determinadas formas o diestros, sin que se llegue a producir la

---

<sup>161</sup> BORRELL VIDAL, F. (*F. Bleu*). *Antes y después del Guerra. Medio siglo de toreo. Op. Cit.*, p. 374.

división casi total entre los sectores de aficionados como ocurrió hasta prácticamente ese año 1920 en el que muere José Gómez Ortega, *Gallito*, y con él la última gran rivalidad de la Tauromaquia, la que forjó la llamada Edad de Oro de la Fiesta.

El periodo que transcurre entre ese año 1920 y la Guerra Civil, la Edad de Plata, se llenará de grandes nombres de toreros, Ignacio Sánchez Mejías, Antonio Márquez, Manuel Jiménez Moreno, *Chicuelo*, Francisco Vega de los Reyes, *Gitanillo de Triana*, Joaquín Rodríguez, *Cagancho*, Cayetano Ordóñez, *Niño de la Palma*, Domingo Ortega, entre otros, que, herederos de las aportaciones tanto de Joselito como de Belmonte, harán evolucionar el toreo hacia cotas artísticas inimaginables, y la Fiesta, como nunca antes había ocurrido, quedará ligada al resto de las bellas artes y a la intelectualidad. No existirá una rivalidad absoluta entre dos o tres diestros, y los cronistas abrazarán cualquiera de los conceptos y propuestas taurinas que se desarrollen porque la sensación generalizada es de pureza en todos los sentidos. Es la nueva identificación con el espectáculo, la afinidad a un concepto, a una fórmula taurómaca, la defensa de lo relevante, puro y trascendente.

Un interesante y destacable ejemplo de esa nueva afinidad, desprendido de toda militancia y rivalidad, lo encontramos en el propio Vicente Zabala, cronista imprescindible de la *Corriente Crítica Esencialista* que se aborda en este trabajo, que siempre se declaró admirador y apasionado seguidor de Antonio Bienvenida, a quien unía una profunda amistad familiar, y difiere muchísimo más con el partidismo condescendiente y generalizado que surge después de la Guerra Civil, sustentado no sólo en motivos de relación afín sino de diferente índole, incluido el económico.

En cualquier caso, aquél partidismo decimonónico, fanatizado, convertido en bandera de identificación y defensa del diestro por encima de razonamientos para enfrentarle a los competidores y ponerle en un plano superior no sólo artístico, incluso moral, habrá pasado a la Historia definitivamente. Después de la Guerra Civil, la fiesta de los toros empieza a cambiar sus modos de organización hacia una cada vez mayor comercialidad, y la dispersión conceptual del arte de torear diluye las normas clásicas entre infinidad de formas y estilos que impiden de manera definitiva la analogía y comparación con los tiempos pretéritos. El partidismo, perdida la combatividad y rivalidad entre diestros, queda dispersado en el conjunto de los análisis en los que, como mucho, pueden apreciarse valoraciones más positivas hacia el torero, incluso defensas

enconadas y/o irracionales similares a las de épocas previas; pero las circunstancias, esa nueva orientación de la Fiesta, y la ausencia de una rivalidad real, o única, entre dos o más diestros punteros habrán supuesto su desaparición.

Las rivalidades, en el futuro, serán fundamentalmente entre los partidarios de algún diestro y los detractores de él, sin que estos últimos tengan necesariamente un ídolo con el que enfrentar al rival. Los incondicionales del torero en cuestión mantendrán ultranza la posición defensiva, mientras que los contrarios lo serán porque ven en la figura el reflejo de todos los males que han ido desprestigiando el espectáculo. Algo similar a lo que ocurrió a finales del siglo XIX con el periodo de domino de Rafael Guerra, *Guerrita*, que dominador absoluto del panorama taurino, sólo encontró enemigos entre los aficionados que le recriminaban la comodidad que iba imponiendo a la lidia, tal y como hemos visto en apartados anteriores denunciaban tanto Sánchez de Neira como el propio F. Bleu.

Bien es cierto que, como se analiza más adelante, habrá un atisbo de periodo partidista en los años cuarenta en primera instancia con Manuel Rodríguez, *Manolete*, y Pepe Luis Vázquez, su rival natural, heterodoxia frente a clasicismo, frustrado por la temprana caída del Sevillano que, si bien siguió toreando, no pudo seguir el ritmo que requería tal empresa, y posteriormente entre el propio Manolete y el torero mexicano Carlos Arruza, ensombrecida la lid por la implantación del fraude generalizado en el toro. Habrá partidarios de Manolete y partidarios de Arruza, pero también un tercer grupo, los contrarios a ambos y a las tropelías que normalmente se producen en el ruedo. Años después lo habrá con Manuel Benítez, *El Cordobés*, que no encontrará rival en su avance espectacular a partir de la forma de tauromaquia más irreverente jamás conocida, pero que provocará el movimiento de rechazo contra un torero como nunca antes se había visto. Quizá fue el mejor momento para que ese partidismo hubiera rebrotado con fuerza, porque a la extravagante propuesta taurómica de El Cordobés se oponía con fuerza el clasicismo de Antonio Ordóñez<sup>162</sup>, pero éste, irresponsablemente, cómodamente, decidió no competir con el torero de Córdoba y, de esta manera, dejarle reinar apaciblemente durante más de una década. Incluso en la década de los ochenta con Paco Ojeda; pero todos ellos, a pesar de traer al toreo nuevas formas y por las circunstancias anteriormente señaladas, no alcanzarán el nivel de división pasado.

---

<sup>162</sup> Manuel Benítez, *El Cordobés*, y Antonio Ordóñez no llegaron a torear nunca juntos en una corrida de toros. El único enfrentamiento del que se tiene constancia es un festival celebrado en la localidad toledana de Quismondo en abril de 1980, cuando ambos estaban ya retirados del toreo en activo.

Se abre, por tanto, un nuevo tiempo en el que las banderías comenzarán a mostrarse en otras direcciones, marcadas, ya sí, de manera concluyente, por la división de perspectivas definitiva derivada de la evolución a todos los niveles que se han producido en la Fiesta. Esa crónica taurina, que ya en el siglo XIX se pretendía imparcial y que criticaba con dureza los vicios que de manera regular aparecían e intentaban perpetuarse en la Fiesta, evoluciona con ella para instalarse en la perspectiva distante de la nueva época, auspiciada por la multiplicación de los problemas y corruptelas que asolan el espectáculo. Del mismo modo, la otra crónica, menos sensible con los posibles fraudes, más cercana y comprensiva con el entramado organizativo taurino, acatadora de las nuevas propuestas artísticas, desemboca en la nueva perspectiva integrada, estableciendo una relación mutualista con el entramado y haciéndose partícipe en grado supremo del juego y manejo de los dirigentes del espectáculo que con su subvención —léase publicidad y «sobre»— la convertirán en un mero instrumento blanqueador de sus miserias.

Siendo la Fiesta un ente con estructura omnímoda, el periodismo taurino pende de su andamiaje natural y la evolución de aquella marca el ritmo de éste. Pero acaso no debe perderse de vista que durante todo el siglo XIX y los primeros compases del XX los métodos de trabajo de los escritores taurinos difieren enormemente en relación a las épocas inmediatamente posteriores. Una distancia física y temporal que podía significarse como garante de una mayor independencia, ya que impedía en buena medida la contaminación del escritor al perder la posibilidad de contacto directo y permanente con el mundo taurino. La evolución posterior de la prensa en general, la demanda de información por parte del público y las nuevas posibilidades técnicas que la favorecen, estarán reflejadas también en el periodismo taurino. El informador taurino, por necesidad o por gusto, tendrá que acercarse al entramado y muchas veces, como se verá más adelante, se mezclará con él, añadiendo un condicionante evidente a su trabajo.



### **3. EVOLUCIÓN DE LA FIESTA Y DE LA CRÍTICA TAURINA EN EL PERIODO DE POSTGUERRA**



### **3.1. El caos de la posguerra como punto de partida de la división definitiva de perspectivas**

A lo largo de la historia de la Tauromaquia hay un momento condicionante claro situado por encima de cualquier otro que haya podido producirse como es la Guerra Civil española y su consecuente periodo de postguerra. Ni antes ni después se habrá producido un cambio tan trascendental para la evolución de la fiesta de los toros como ese periodo que comienza a partir de 1936 con el inicio del conflicto y su evolución natural después de 1939 en la llamada postguerra. Para bien y para mal, el proceso bélico afecta a todos los aspectos socio-culturales de la nación y también al espectáculo taurino. La sugestión natural, fruto de un periodo de enfrentamiento civil devastador, hace que, una vez superado el trance, se modifiquen las perspectivas de entendimiento de cada uno de los espacios vitales para la comunidad, incluidos los de ocio, y los toros, enraizados hasta la médula de un país eminentemente taurino, no son ajenos a esa modificación.

La fiesta de los toros abandona su carácter más dramático para convertirse en válvula de escape de buena parte de la sociedad; el lugar de esparcimiento que permite además la identificación grupal con los símbolos que serán santo y seña del nuevo Estado en los próximos años. Una nueva circunstancia que modifica esa forma hasta entonces tradicional de relación con el espectáculo basculando definitivamente hacia la parte más festiva, hacia el entretenimiento social en detrimento de los patrones racionales consustanciales hasta entonces dominantes. Y si la pasión siguió estando presente, la exigencia del público se fue diluyendo en una progresión imparable. En su completo estudio y análisis sobre la evolución que tuvo la fiesta de los toros durante los años que duró la Guerra Civil española y el periodo franquista el periodista Demetrio Gutiérrez Alarcón (Melilla, 1928) señala esa nueva disposición que adquiere el espectáculo durante los primeros años de la posguerra.

Pero el público no estaba para emociones, que bastantes había tenido ya en la guerra; ni para otros dramatismos que los que vivía diariamente al margen de las plazas de toros, cuando los escasos alimentos se atenían a un racionamiento de hambre y la miseria se cebaba en una población mal vestida, harapienta y sin servicios de aseos adecuados en sus hogares, viejos y ruinosos, herencia de las generaciones anteriores a la lucha. El público, en fin, quería divertirse cuanto buenamente pudiera, y nadie mejor para proporcionarle ese divertimento que “Manolete”, Pepe Luis Vázquez, Antonio Bienvenida, Juanito Belmonte y Paquito Casado, la joven guardia

de matadores, junto a los monstruos sagrados de la etapa anterior, Marcial Lalanda, Domingo Ortega, Vicente Barrera, “El Estudiante” y “Chicuelo”.  
163

Por tanto, finalizada la Guerra Civil, la fiesta de los toros se ve afectada por tres condicionantes claves que la transformarán en todos sus aspectos y darán lugar primero a la división definitiva de perspectivas de entendimiento del espectáculo, para después favorecer el surgimiento de un ideario esencialista que, en un imparable proceso de radicalización, favorecerá el surgimiento y consolidación en prensa de la *Corriente Crítica Esencialista*.

- Proporciones del toro y «afeitado»: El primero de los condicionantes, y debido a las dificultades de abastecimiento, es la disminución de la edad y las proporciones del toro que se lidia en las plazas. El daño que la guerra ha causado en la cabaña de bravo deriva en grandes dificultades para reunir reses aptas, algo que la Autoridad intenta corregir modificando los pesos reglamentarios de los astados para que puedan seguir dándose los festejos taurinos. Al problema del peso y la edad se sumará la expansión de la reducción artificial del tamaño de las astas de los toros, conocido popularmente como fraude del «afeitado».
- Dispersión conceptual definitiva: El segundo condicionante es la dispersión conceptual en el arte taurino a partir de la irrupción y consolidación como figura del cordobés Manuel Rodríguez, *Manolete*. Su llegada a los ruedos supone la gran transformación del toreo y su concepto taurómico será el punto de partida de nuevas fórmulas que avanzan hacia lo espectacular en detrimento del arte clásico. Primero el *encimismo* y después el *tremendismo* se abrirán paso en la Tauromaquia desfigurando por completo la concepción artística de la época posbelmontina.
- Publicidad como información y el «sobre»: El tercer, último y definitivo condicionante que determina la división de perspectivas es la consolidación de la publicidad y el llamado «sobre» en la información taurina. Buena parte de los medios de comunicación adoptan el método de vender los espacios informativos a los propios cronistas, siendo éstos los encargados de obtener su sueldo a partir de la venta de dichos espacios a los toreros de la época.

---

<sup>163</sup> GUTIÉRREZ ALARCÓN, D. *Los toros de la guerra y el franquismo. Op. Cit.*, p. 106.

Supondrá el periodo de mayor venalidad de la crítica y la información taurina.

Estos tres aspectos básicamente favorecerán la irrupción en el periodo de posguerra de un ideario esencialista que, en su evolución y progresiva radicalización, tendrá su reflejo en la prensa escrita con el surgimiento y consolidación en el último tercio del siglo XX de la que en este trabajo venimos llamando *Corriente Crítica Esencialista* de la crónica taurina

### **3.1.1. La reducción de las proporciones del toro: tamaño y defensas**

La afición del periodo de postguerra queda supeditada, por tanto, a la diversión porque no es época para exigir exquisiteces, sino para relajar en lo posible la tensión anímica de la sociedad. La fiesta de los toros más que nunca es, y tiene que ser, diversión; pero con el claro agravante del daño sufrido por la cabaña brava española durante el periodo bélico que limita la prestación de reses con condiciones óptimas para una lidia que pueda tener visos de la trascendencia pretérita. Porque el primer factor negativo que tuvo la contienda para la fiesta de los toros fue la aniquilación de buena parte de las ganaderías de bravo durante los años que duró el conflicto, convirtiéndose éstas en despensa de tropas necesitadas de alimento.

El desastre fue de tal magnitud que son varios autores los que consideran que el proceso bélico pudo haber acabado para siempre con las corridas y los festejos taurinos, como el anteriormente citado Gutiérrez Alarcón, que en su interesante estudio sobre el periodo señala que «si en la zona nacional no se hubiera respetado las ganadería brava, probablemente la fiesta de toros habría desaparecido»<sup>164</sup>. El daño sufrido por la ganadería de bravo española durante los años que dura el conflicto es por tanto enorme, y en enorme se convierte la dificultad de reunir corridas completas que puedan ser lidiadas en los festejos que se programan junto a otra dificultad, no menos importante, como la escasa disponibilidad de piensos y forrajes necesarios para el mantenimiento de las vacadas supervivientes.

Para satisfacer la demanda de reses, las autoridades tienen que relajar lo estipulado en el vigente *Reglamento Oficial para la celebración de espectáculos*

---

<sup>164</sup> *Ibidem*, p. 87.

*taurinos y de cuanto con ellos se relaciona*<sup>165</sup>, aprobado con fecha 12 de julio de 1930, publicado en la Gaceta de Madrid el 15 de julio, siendo ministro de la Gobernación y firmante del documento el teniente general Enrique Marzo, en el que se establecía en su artículo número 26 para los toros una edad de entre cuatro y siete años; en el número 27 un peso mínimo de 470 kilos para plazas de primera categoría, de 445 kilos para plazas de segunda categoría, y 420 kilos para plazas de tercera categoría; y en el número 28 la sanción económica al ganadero cuando las reses hubieran estado por debajo del peso establecido en el artículo anterior<sup>166</sup>. Así, la Orden de 24 de marzo de 1941 dictada por la Dirección General de Seguridad determina la suspensión de los artículos número 27 y número 28, entre otros varios, del mencionado reglamento «mientras duren las actuales circunstancias de dificultad para la adquisición de piensos con destino al ganado bravo». De esta manera, quedaba abierta la posibilidad a la lidia erales en las novilladas y de novillos o utrerros en corridas de toros. «No cabía más que el fraude —escribe Gutiérrez Alarcón—. Si no había toros de cuatro años, se lidiaban de tres; si no pesaban lo suficiente, habría que hacer la vista gorda. A fin de cuentas, el público de la postguerra ya no era tan exigente y mostraba una tendencia hacia el torero, sin importarle demasiado la presencia y peligrosidad del toro»<sup>167</sup>.

El entramado taurino asimila rápidamente las concesiones gubernamentales y queda instaurado el inicio de la época más determinante de la tauromaquia contemporánea. Varios son los autores que, habiendo vivido el periodo, lo reconocen como el más trascendente para el futuro de la fiesta brava. En su estudio crítico de la Fiesta publicado en 1974, Julio de Urrutia, redactor durante el periodo posbélico del diario *El Alcázar* y posteriormente crítico taurino del diario *Madrid*, analiza los acontecimientos que condujeron a la decadencia del espectáculo, concluyendo que las medidas correctoras aplicadas por la Autoridad para enmendar las deficiencias de oferta de la ganadería de bravo fueron oportunas, si bien no tuvo la misma Autoridad idéntica resolución para frenar las consecuencias que de tales medidas se derivaron:

Naturalmente que en la primera hora taurina de 1939 los rectores de la fiesta nacional tuvieron que usar una enorme tolerancia ante la tradicional presentación de las ganaderías bravas porque sin esa benevolencia hubiera

---

<sup>165</sup> BOE-A-1930-7642, de 12 de julio de 1930. Reglamento Oficial para la celebración de Espectáculos Taurinos y de cuanto con ellos se relaciona. B.O.E., *La Gaceta de Madrid*, nº 196, publicado el 15 de julio de 1930, p. 329.

<sup>166</sup> Debe tenerse en consideración que el pesaje de los astados se realizaba una vez muertos. Por eso el reglamento establecía la sanción posterior al ganadero, ya que al no poder comprobarse el peso hasta que el astado no hubiera sido arrastrado, no podía determinarse si había sido cometido fraude.

<sup>167</sup> GUTIÉRREZ ALARCÓN, D. *Los toros de la guerra y el franquismo. Op. Cit.*, p.106.

sido difícil el reenganche del espectáculo taurino a nuestras costumbres festivas. El arrasamiento y destrucción de docenas de ganaderías en tiempo de la guerra y la terrible escasez de pastos y piensos coincidentes con el estreno de la paz pusieron en un grave aprieto a las corridas desde el punto de vista –importantísimo e indeclinable– del factor toro.

Hizo bien la autoridad en abrir la mano. Pero en esa conducta necesaria y generosa y en el mal uso que de la licencia hicieron los mercaderes del espectáculo para su provecho propio radicó —¡ay!— la catástrofe ganaderil que aún padecemos con la caída vertical del ganado bravo y, en definitiva, con la decadencia del toro de lidia. Esa caída, en parte, sólo en muy pequeña parte vino impuesta por los imponderables de las temporadas del trienio trágico y de las inmediatas posteriores. Quienes estaban obligados a neutralizarla, la agudizaron aún más con sus tropelías comerciales. Y cuando el despropósito ya no tenía apenas remedio sino por el contrario, estaba al descubierto ante la vista escandalizada de todos, quisieron enmascararlo dos vejámenes todavía mayores: primero, el del engorde artificial de las reses desaprensivamente achicadas en su trapío para pasar el becerro por toro; segundo, el del limado de sus cuernos con el fin de evitar riesgos inevitables a la profesión de lidiador.<sup>168</sup>

La dejadez por parte de quienes debían haber puesto su atención en volver a reconducir las aguas a su cauce terminará por convertirse en mal permanente que, como señala el investigador Domingo Delgado de la Cámara, tardará varias décadas en resolverse. «Y es cierto que, después de una guerra devastadora, en el campo no había otra cosa. Lo malo fue que una situación que debía ser transitoria se hizo endémica, y el utrerismo no se atajó hasta ¡1973!: treinta y cuatro años después de la guerra»<sup>169</sup>, ya que no será hasta la segunda mitad de los años sesenta cuando se empiece a hablar de la posibilidad de la implantación de un libro de registro de ganaderías obligatorio en el que queden inscritos los becerros desde su nacimiento, lo que impediría su lidia con edades inferiores a la reglamentaria, tal y como se venía haciendo hasta ese momento. Dicho registro, que se aborda en un apartado posterior, es aprobado vía Orden Ministerial en abril de 1968, entrando en vigor en diciembre de ese mismo año. Por tanto, no será hasta 1973, como afirma Delgado de la Cámara, cuando empiecen a lidiarse los primeros toros inscritos en ese libro de registro, quedando atajado definitivamente el extendido fraude de la lidia de reses sin edad reglamentaria.

En mayo de 1948 en el diario *Informaciones* César Jalón, *Clarito*, contrariado con la presentación de las reses de la ganadería de Galache hace una reflexión nostálgica sobre

---

<sup>168</sup> DE URRUTIA ECHÁNIZ, J. *Los toros en la guerra española*. Madrid, Editora Nacional, 1974, p.100.

<sup>169</sup> DELGADO DE LA CÁMARA, D. *Revisión del toreo. Fuentes, caminos y estilos en el arte de torear*. Madrid, Alianza, 2002, p. 139.

la reducción de la sensación de peligro asociada a la reducción de las proporciones de las reses. «Ni sé su peso ni pienso leerlo. Los toros se “aforan” con la vista. La sensación de peligro —base del espectáculo— nace de su presencia en la plaza y no de su desuello en la carnicería. De su tamaño, de su cara, de sus cuernos, de su “bulto”. De su trapío, se decía cuando no se cifraban los pesos, porque el peso lo llevaban cifrado en sus morrillos y en sus culatas los toros...»<sup>170</sup>, afirma el cronista. El peligro existe, ese peligro que el toro con su sola presencia puede transmitir, pero la sensación de que existe está aminorada porque se ha aminorado también su proporción.

Como muestra del grado que alcanzó semejante proceso de reducción del tamaño del toro y a pesar de haber sido modificado y reducido el peso mínimo de las reses, deben destacarse las incontables multas que los gobernadores civiles a través de la Dirección General de Seguridad imponen a numerosas ganaderías por falta de peso y/o edad de algunas de las reses lidiadas. Es frecuente encontrar durante las década de los años cuarenta, cincuenta y sesenta en los diarios información detallada de dichas sanciones que, bajo el motivo «por insuficiencia en el peso» o «por no haber dado la edad reglamentaria», recogen lugar y cuantía de la multa. Así, por ejemplo, en 1945 las ganaderías del torero Juan Belmonte, por una corrida lidiada en Sevilla el día 1 de abril, y la de Ortega, por una corrida lidiada en Málaga en la misma fecha, son sancionadas con 1.000 y 4.000 pesetas respectivamente<sup>171</sup>. Ese mismo año, la ganadería de Concha y Sierra recibe una multa de 1.000 pesetas por la falta de peso que presentaron las reses en la corrida celebrada en la plaza de Murcia el día 15 de abril<sup>172</sup>.

En 1947 los ganaderos Leopoldo Clairac y Flores Tassara son multados con 4.300 pesetas y 1.000 pesetas, respectivamente, por las reses lidiadas el día 6 de abril también en la plaza de Murcia, y Antonio de la Cova con 2.000 pesetas por las del día 7 de abril en la misma plaza<sup>173</sup>. Ese mismo año serán multados entre otros muchos Salvador Guardiola en Sevilla<sup>174</sup> con 1.700 pesetas, Juliana Calvo en Madrid<sup>175</sup> con 1.000 pesetas, y Ricardo Calderón en Alicante<sup>176</sup> con 3.500 pesetas.

---

<sup>170</sup> JALÓN ARAGÓN, C. (*Clarito*). «El caso Rovira». *Informaciones*, Madrid, 24 de mayo de 1948. En VILLÁN ZAPATERO, J. *La crítica taurina. Antología. Op. Cit.*, pp.314-315.

<sup>171</sup> Véase *ABC*, Madrid, 4 de abril de 1945, p. 20.

<sup>172</sup> Véase *ABC*, Madrid, 19 de abril de 1945, p. 20.

<sup>173</sup> Véase *El Alcázar*. Madrid, 12 de abril de 1947, p. 8.

<sup>174</sup> Véase *El Alcázar*. Madrid, 23 de abril de 1947, p. 2.

<sup>175</sup> Véase *El Alcázar*. Madrid, 1 de mayo de 1947, p. 6.

<sup>176</sup> Véase *El Alcázar*. Madrid, 7 de mayo de 1947, p. 4.



De sanciones ejemplares pueden considerarse las impuestas en el año 1952 a las ganaderías de Moreno de la Cova por las reses lidiadas en octubre en Granada, multada con 11.300 pesetas, y Manuel González con 11.000 pesetas en el mismo mes pero en la plaza de Sevilla<sup>177</sup>. Ya en la década de los sesenta, por ejemplo, la res perteneciente a la ganadería de Torrestrella —ganadería perteneciente a Álvaro Domecq—, lidiada en primer lugar en el festejo celebrado el día 27 de marzo de 1967 en la plaza de toros Monumental de Barcelona, resulta multada con 15.000 pesetas «por no haber dado la edad reglamentaria»<sup>178</sup>. Y para demostrar que el problema abrazaba a todos los ganaderos, incluso la legendaria ganadería de Miura no se libró en algún caso de la pertinente sanción, como así queda recogido durante la feria de Sevilla de 1950, en la que fue sancionado con 5.500 pesetas por «insuficiencia en el peso» de las reses lidiadas el día 20 de abril<sup>179</sup>. La lista es interminable, y da muestra del alcance que se produjo, ya que reducido, vía decreto gubernativo, el peso mínimo de las reses, éstas todavía salían al ruedo con pesos muy inferiores al nuevo mínimo legal establecido.

Junto a la reducción del tamaño de las reses empieza a hacerse patente el segundo gran fraude al espectáculo: la reducción artificial del tamaño de los cuernos del toro, popularmente conocido como «afeitado». Como la mayoría de las tendencias y modas que se instauran en cada una de las artes, es difícil establecer con exactitud el punto de partida de esta trampa. Bien es cierto que hay referencias puntuales en el siglo XIX que atribuyen a Rafael Guerra, *Guerrita*, la práctica de cortar discretamente los cuernos a algunos de los astados. También hay una denuncia en la segunda década del siglo XX que parte del ínclito cronista de *ABC* Gregorio Corrochano<sup>180</sup> al observar en el encerradero de la estación o apeadero de Los Merinales —lugar cercano a la población sevillana de Dos Hermanas donde eran embarcadas las reses en los ferrocarriles que les trasladaban hasta sus destinos de lidia—, cómo existía un cajón de curas en el que a los toros con deficiencias de simetría en las astas éstas se les retocaban, y posiblemente, aprovechando el proceso, también se les reducían. Esta denuncia tuvo una gran resonancia, provocando el enfado de José Gómez Ortega, *Joselito*, porque según sugiere el texto, detrás de esa operación estaba el propio Joselito.

---

<sup>177</sup> Véase *El Alcázar*, Madrid, 16 de octubre de 1952, p. 7.

<sup>178</sup> Véase *El Alcázar*, Madrid, 11 de julio de 1967, p. 22.

<sup>179</sup> Véase *Ya*, Madrid, 25 de abril de 1950, p. 7.

<sup>180</sup> CORROCHANO ORTEGA, G. «El patio de la casa de Gallito». *ABC*. Madrid, 11 de octubre de 1919, p. 9.

En cualquier caso, no está documentado debidamente que estas prácticas estuvieran implementadas de forma general, y los abusos que pudieran existir en ese sentido es probable que se produjeran de manera puntual, sin que su posible relevancia trascendiera del mismo modo que lo hará con posterioridad. La extensión de la práctica y su consideración como fraude generalizado se produce en el periodo de posguerra coincidiendo con el reinado de Manuel Rodríguez, *Manolete*.

Julio de Urrutia, en su análisis sobre el proceso y consolidación de las argucias que tienen lugar en la fiesta de los toros establece tres periodos o épocas claves, siendo la primera la del citado torero cordobés, que Urrutia define como la época de «aparición del fraude»<sup>181</sup>. No obstante, en relación a lo publicado con perspectiva histórica por Urrutia en 1974 y para dar peso específico las afirmaciones que en esta obra se vierten, debe consignarse que el autor había sacado a la luz otras dos importantes obras que son referidas también en este trabajo en la década de los cuarenta: *Los sustitutos del toreo* en 1944 y *Toreo paralelo* en 1949, en las que el autor repasa concienzudamente la situación de la Fiesta, y ya presenta la denuncia, particularmente en *Toreo paralelo*, al afirmar que es imposible comparar el torero de antaño con el de hogaño sobre todo porque la diferencia de los toros es abismal, ya que en el momento actual —año 1949—, se lidian de hasta tres años, incluso menos, y «afeitados en algunas ocasiones»<sup>182</sup>, o al referirse al ganado lidiado en la temporada de 1948 en plazas de provincias que «por si faltara detalle para la indignación, dicho ganado salió del toril con la cabeza afeitada»<sup>183</sup>.

En 1944, unos años antes de la publicación de esas dos interesantes obras de Julio de Urrutia, otro crítico polifacético, Antonio Valencia (1912-1992), que firmara sus escritos taurinos como *El Cachetero*, hacía pública denuncia de la artimaña en la recientemente nacida revista taurina *El Ruedo*. En un artículo publicado en el mes de noviembre y en el que repasa algunos aspectos de la temporada recientemente terminada deja claro El Cachetero que nos encontramos en la etapa en que los rumores sobre ese posible abuso ya han dejado de serlo para transformarse en realidad palmaria que puede comprobar el espectador desde el tendido.

---

<sup>181</sup> DE URRUTIA ECHANIZ, J. *Los toros en la guerra española*. Op. Cit., p. 111.

<sup>182</sup> DE URRUTIA ECHANIZ, J. *Toreo paralelo*. Madrid, Gráficas Achende, 1949, p. 82.

<sup>183</sup> *Ibidem*, p. 132.

Si pasamos del peso a la edad, medrados vamos a estar. También el toro ha sufrido en ello una rebaja discreta y aquello de los cinco años, y aun los cuatro cumplidos, va camino de los museos de arqueología taurina. Por si fuera poco, por si no se estimase que con poco peso y sin edad cumplida podía salir un toro por equivocación, el rumor público, muy firme, muy acusado, habla ya sin asomos de rubor del «arreglado» que en la dehesa, cajones o corrales sufren las birrias astadas que superan con asomo de peligro la carrera de obstáculos del peso y la edad. Se habla ya en letras de molde de escándalos que antes no podían pasar del rumor de oído a oído, de que a tal corrida le han serrado los pitones, de que a tales toros les han purgado o les han deshecho los lomos a tablonazos antes de salir a la Plaza. Aquí ya sé que se intenta la menor alusión a las personas interesadas, se rasgarán las vestiduras y adoptarán su mejor aire de dignidad ofendida. Pues bien: yo ya llevo viendo toros algunos años, y aseguro que desde el tendido he visto unas astas cuya morfología en cono, su color y su apariencia entera me harían pensar que algún «suavizador» anduvo por medio con fortuna. En Madrid y en otras plazas.<sup>184</sup>

El fraude adquiere, por tanto, carta de naturaleza casi al mismo tiempo que la impuesta reducción del toro antes abordada. Si resulta casi del todo imposible, salvo en las plazas más relevantes como Madrid o Bilbao, lidiar corridas en las que las reses tengan la edad reglamentaria de los cuatro años, empieza a serlo que tengan íntegras las astas. Así lo describe el ya citado Gutiérrez Alarcón, explicando además lo pretendido principalmente con esa reducción, como era restar capacidad de herir a los toros, no porque el tamaño del asta provocara menos destrozo, sino porque de esta manera quedaba modificada la percepción natural del alcance del derrote en la res:

Es cierto que los matadores torear con un confort sin precedentes. No sólo está ausente el auténtico toro de los ruedos, por peso y trapío, sino que además no tiene la edad reglamentaria. Los críticos más recalcitrantes, los llamados “derrotistas”, parecen ignorar el secreto de la cuestión. No pueden tener cuatro años los toros por la sencilla razón de que son muy escasas las camadas con la edad suficiente; la demanda supera con creces la oferta. Son excepcionalmente privilegiadas las plazas —Madrid, Sevilla, Bilbao— donde la tradición torista se mantiene firme y exige el toro de respeto. En las demás se lidia lo que hay, y lo que hay son utreros para los corridas de toros y erales para las novilladas. Pero no basta, y en un afán de mejorar las facilidades ya empieza a practicarse lo que se conocerá como “afeitado”; el recorte de unos centímetros de los pitones para que el toro, al embestir, al cornear, habiendo perdido el sentido de la distancia, falle el golpe, y para que si acierta tenga una capacidad de penetración mucho más leve que si lo hiciera con las astas naturales<sup>185</sup>.

---

<sup>184</sup> VALENCIA, A. (*El Cachetero*). «¡Que salga el toro!». *El Ruedo*, Madrid, año I, 1 de noviembre de 1944, n° 21, p. 9.

<sup>185</sup> GUTIÉRREZ ALARCÓN, D. *Los toros de la guerra y el franquismo. Op. Cit.*, p.116.

El periodista Luis Carlos Fernández y López Valdemoro (1912-1990), que firmara como *José Alameda*, al igual que Urrutia vivió la época, y en su obra *El hilo del toreo* mantiene la hipótesis de la aparición de la práctica en periodos pretéritos y la consolidación y expansión a partir del liderazgo del torero cordobés. «No nació, sin duda, en la época de Manolete —señala Alameda—, pero es incuestionable que durante ella se sistematizó. Tengo por verosímil que esta práctica hubo de ser en principio cosa de ganaderos, para “igualar” algún “encierro” de cornamentas dispares. Pero de ahí se pasó al fraude tan cacareado y evidentemente cierto de aquel momento, y de otros posteriores»<sup>186</sup>. Estas palabras de José Alameda tienen gran importancia porque parten de un escritor y cronista taurino que siempre estuvo cómodo cerca del entramado taurino y que tapó las vergüenzas de aquél cuando lo consideró necesario.

Que el «afeitado» existía era un hecho, y es suficiente destacar dos sonadas actuaciones de la autoridad competente, entre las varias que se produjeron, para certificar su implantación. La primera actuación importante llega como consecuencia de la corrida celebrada el 31 de julio de 1942 en la plaza de toros de Valencia durante la feria de Julio. Algunos de los toros del conde de la Corte lidiados ese día habían sido manipulados y tras una investigación a partir de la denuncia pública de los aficionados, la autoridad certifica el fraude y el gobernador civil sanciona con distintas cantidades a quienes considera responsables del mismo. Así, la empresa es multada con 50.000 pesetas, el torero Marcial Lalanda y su apoderado Rafael Dutrús, conocido como *Llapisera* en su faceta de torero cómico, con multas de 10.000 pesetas cada uno, y el mayoral de la ganadería con 5.000 pesetas<sup>187</sup>. Es la primera de una interminable lista de denuncias e intervenciones —al igual que ocurriera con el tema del peso— que durante las siguientes décadas se multiplicarán con el objeto de atajar el delito; pero que sin embargo no alcanzarán el objetivo porque, a diferencia del peso y la edad fácilmente controlables con las medidas que se fueron desarrollando, el «afeitado», instaurado de manera definitiva en la fiesta de los toros, se amparará en los recursos y contra recursos de los implicados, que harán la mayoría de las veces que las sanciones queden sin efecto.

La segunda actuación destacable, por lo sonado del hecho, tuvo lugar en octubre de 1950, y por escenario la plaza de toros de Oviedo. Organizada con motivo de

---

<sup>186</sup> FERNÁNDEZ Y LÓPEZ-VALDEMORO, L. C. (*Pepe Alameda*). *El hilo del toreo*. Madrid, Espasa-Calpe, Colección *La Tauromaquia*, nº 23, 1989, p. 274.

<sup>187</sup> Véase *ABC*, «Varias sanciones». Madrid, 2 de agosto de 1942, p. 17.

celebración del Día de la Raza, la corrida que había de celebrarse el día 12 fue suspendida por el gobernador civil, José Macián Pérez, ante la evidencia de estar manipuladas las astas de los toros que debían lidiarse. La revista *El Ruedo* se hace eco de la suspensión, publicando la nota emitida a los periodistas por parte del gobernador:

Visto el informe elevado a mi autoridad con el resultado del examen facultativo de los toros que habían de ser lidiados este tarde, y teniendo en cuenta que, según se reconoce unánimemente por los firmantes del acta, «la totalidad de las reses tiene rebajadas intencionadamente sus defensas, restándoles tal circunstancia sus facultades normales de embestir, su condición de bravura que deben tener y las defensas propias naturales de toda lidia», reconociéndose además en el acta de referencia, en relación con el artículo 30 del vigente Reglamento, que las expresadas reses «no presentan la integridad debida de sus defensas naturales».

Y como, por otra parte, en el acto de reconocimiento previo al apartado verificado en el día de hoy ha sido desechado por «cojear en la extremidad posterior izquierda» uno de los toros, habiendo sido sustituido por el sobrero, no quedando, por tanto, ninguno de ese carácter para la corrida.

He acordado, vistos los artículos 13, 29 y 30 y demás concordantes del vigente Reglamento de Espectáculos Taurinos, suspender definitivamente la corrida anunciada para esta tarde, debiéndose dar las órdenes oportunas para el inmediato conocimiento del público, así como para la devolución por la Empresa del importe de las localidades que hubieran sido vendidas.<sup>188</sup>

El interés y la diligencia de la autoridad por controlar el fraude puede ser puesto en cuestión, sin embargo debe consignarse, también como dato significativo, que a lo largo de la temporada de 1951, el importe de las sanciones impuestas a los ganaderos, tanto por «afeitado» de las reses como por falta de peso de las mismas, asciende a la nada despreciable cifra para la época de 431.000 pesetas<sup>189</sup>.

No obstante, el asunto de la reducción del tamaño de las defensas del toro sirve también para apreciar la diferencia de criterios y perspectivas que son manifiestas ya en la Fiesta. De nuevo la popular revista *El Ruedo* publica dos artículos en el mes de junio del año 1945 en los que se cuestiona la oportunidad de censurar tal práctica. El primero de ellos lleva la firma de Francisco Ramos de Castro y en él argumenta que el toro, incluso aquellos que por causas naturales tienen su cornamenta disminuidas, casos de los toros mogones y hormigones, tiene gran capacidad de ocasionar heridas, lo que, en

---

<sup>188</sup> Véase revista *El Ruedo*. «Nota del excelentísimo señor gobernador civil de Oviedo sobre la suspensión de la corrida del día 12». Madrid, año VII, 19 de octubre de 1950, nº 330, p. 22.

<sup>189</sup> SÁNCHEZ DEL ARCO, M. (*Giraldillo*). «El año taurino». *ABC*, Madrid, 1 de enero de 1952, p. 43.

interpretación del texto del autor, restaría importancia al hecho en sí del «afeitado» ya que sería una práctica con poco sentido:

Yo no me aventuro a la negación terminante, pero voy a especular con mis razonamientos en contra, aportando, para ver de rebatirlos, aquellos otros que aducen los mantenedores de la existencia de tan turbios procedimientos.

Opino yo que el «afeitado» de los toros carecería de eficacia. Tal fuerza tienen los graciosos animalitos en el rizado testuz que, aun mogones u hormigones, perforan, no ya los blandos tejidos de la humana anatomía, sino los compactos tableros de las barreras, con lo cual ningún topetazo, en trance de encarnar, resultaría inocuo.

Contra esto, alegan los opinantes del «afeitado», que a tales maniobras son sometidas las reses por los habituales «figaros», tales son las torturas que sufren las testas de aquellas y tan dolidos y temerosos quedan después del «jabón», que los animalitos rehúyen o reprimen cuando menos el ímpetu de la cabezada, aunque les parezca propicia la presa, recelosos aún por el recuerdo del dolor sufrido durante el «aseo»<sup>190</sup>.

En la misma línea, una semana después, Juan León<sup>191</sup>, en su sección semanal «Pregón de Toros», a raíz de los percances ocurridos en el mes de junio de ese año 1945 en los que han resultado heridos de consideración diestros como Jesús Guerra, Agustín Parra, *Parrita*, o Luis Miguel Dominguín, censura a quienes se atreven a criticar a los diestros por torear becerros en vez de toros y supuestamente afeitados, con el argumento, repetido tantas y tantas veces, de que el peligro está presente en el ruedo desde que el toro hace acto de presencia, y que sólo por ese hecho debieran reprimirse las conjeturas y sospechas. Estas argumentaciones, tanto la de Juan León como la de Francisco Ramos de Castro, basadas en la capacidad de herir de los toros con independencia del estado de sus astas, serán esgrimidas de manera frecuente desde el sector más próximo al entramado organizativo taurino, sobre el cual caerán la mayor parte de acusaciones y denuncias.

En cualquier caso, la reducción de las proporciones naturales del toro tanto en tamaño y peso como en sus defensas se prolongará en el tiempo, convirtiéndose en los principales motivos de rechazo por esa parte de la afición que siente la Fiesta desde un distanciamiento objetivo, desde una perspectiva distante con el espectáculo. La lucha contra estos fraudes y su erradicación serán el punto de partida y sustentarán el eje del discurso esencialista en las próximas décadas.

---

<sup>190</sup> RAMOS DE CASTRO, F. «El afeitado y otras lindezas...». *El Ruedo*, Madrid, año II, junio de 1945, número especial, p. 33.

<sup>191</sup> LEÓN, J. «Pregón de toros». *El Ruedo*, Madrid, año II, 6 de junio de 1945, n° 52, p. 5.

### 3.1.2. Manolete y el segundo cataclismo conceptual

En ese periodo de posguerra se produce el segundo cataclismo conceptual después del de Juan Belmonte de la segunda década del siglo XX. La irrupción del diestro Manuel Rodríguez, *Manolete*, marcará la época y marcará el devenir del arte taurino. Sus formas, sustentadas en un toreo vertical al que acompaña un halo dramático por su rictus circunspecto y un gran valor, son pródigas en dos aspectos claves: la quietud y la ligazón, cualidades que hasta su aparición no habían sido desarrolladas en esa dimensión definitiva. Manolete habrá tomado la alternativa en julio de 1939, apenas unos meses después de finalizada la guerra, pero ya desde los años previos en que actúa como novillero adquiere un gran cartel y su nombre está en boca de todos los aficionados. Su paso por la Fiesta no deja a nadie indiferente, y César Jalón, *Clarito*, en su libro de memorias realiza una interesante semblanza de lo que significó su toreo, con sus virtudes y sus carencias:

*Manolete*, por el contrario, enhiesto como un astil, impávido, impasible, avanza digna y serenamente, con el empaque y tersura que entra un par en la Cámara de los Lores; clava sus largas y febles piernas en la más intrincado y, sin brazadas ni aspavientos, arranca al clavicordio de su muleta las tiradas más patéticas y los parlamentos más largos, con el mismo armonioso acento que se entona una melodía o se recita un madrigal. «No se produce más dulcemente la ablación de la nieve a los besos del sol —describo en Aranjuez, en donde otra vez se oye que “¡Así no se ha toreado nunca!”—: otra vez el toreo entra por los nuevos cauces de un genio, y otra vez un torero genial se apodera de la época y hace época de él.»

Reparos justos y nada nimios motean la obra maestra: los toros disminuidos frecuentemente; el emplazamiento de perfil —«la guarida del toro es su propia sombra y los costados son inaccesibles a su acometida», sentenció Belmonte—; la espada de pega; el toreo encaracolado de que nacerá la noria... Reparos y atenuantes irrefutables saldrán al paso de su historia. Mas con ellos y todo, el toreo adquiere bajo la imponente personalidad y mano señera del *monstruo cordobés* en su ciclo del cuarenta al cuarenta y cinco caracteres colosales. De la envergadura de su prodigiosa izquierda manan, como el agua del venero, los pases naturales —piedra angular de su muleta— más limpios y desmesurados de que haya fe hasta el día.<sup>192</sup>

Apenas un mes antes de la muerte del diestro cordobés, el periodista radiofónico Carlos de Larra y Gullón (1889-1962), que utilizaba el pseudónimo de *Curro Meloja*, en su programa *Tauromaquia-Revista Radiofónico-Taurina* de la emisora *Radio Madrid*,

---

<sup>192</sup> JALÓN ARAGÓN, C. *Memorias de «Clarito»*. Op. Cit., pp. 280-281.

criticaba con dureza los males que Manolete había traído a la Fiesta, entre ellos dos fundamentales: el toro sin edad y «afeitado», amén de otras imposiciones de carácter estructural y económico que apartaban definitivamente al espectáculo de su tradicional línea popular y trascendente:

Pero —¡qué dolor!— cuando Manolete sale de la plaza, cuando deja de torear al toro, y torea al Toreo —véase la segunda foto— hay que sentirse antimanoletista ciento por ciento. Porque Manolete, desde su casa —donde ya no está solo, como en el ruedo— parece un enemigo de la Fiesta, a la que viene haciendo un daño constante y progresivo. Ya se la ha robado al pueblo; ya los españoles de condición económica modesta y hasta mediana, han tenido que renunciar a su afición a los toros, por incompatibilidad con sus bolsillos. Y Manolete es el culpable, aunque lo sea al alimón. Pero eso no disculpa; Manolete le ha quitado su espectáculo al aficionado modesto. Ya es pecado. Manolete le ha quitado a la Fiesta nada menos que el toro. Ya es delito. Manolete ha implantado desde su casa, el «torito» cómodo: tres años y un serrucho, para mayor comodidad. Manolete ha quitado a las empresas toda libertad de contratación, haciendo coto cerrado de los carteles. Eso, tal vez, no sería pecado, sino solo tejemaneje feo; pero resta a la fiesta el interés de las competencias, que fueron siempre la base de su esplendor y de su mayor auge. Y cierra el camino a muchos toreros buenos, jóvenes o no jóvenes, para abrírselo, en cambio, aunque no sepan andar, a otros toreros más o menos jóvenes también, que —salvo alguna excepción gitana— a nadie pueden interesar en un cartel de altura, porque frustran toda esperanza de competencia entre su mediocridad y la grandeza manoletística; toreros, en fin, que descabalan y achican un programa de categoría, aunque redondeen y engorden la cartera de quien de sus corridas cobre comisión...

Pero, señores, nada de todo esto que justifica el antimanoletismo, es nuevo. Todos estos males los viene causando Manolete al Toreo, desde fuera de la plaza, hace años, aunque cada año vayan en aumento, al compás del aumento de su poder, su fama y sus millones.<sup>193</sup>

Sobre Manolete, al igual que ocurriera unos años antes con Juan Belmonte, se escribirán infinidad de obras y textos, tanto favorables como detractores, y sobre su legado, incluidas las posibles tropelías que desde su entorno director se pudieran hacer y extender, queda establecida de manera definitiva la nueva época de la Tauromaquia.

Lo que sí debe destacarse, en cualquier caso, es que los cuestionamientos más importantes al toreo de Manolete llegaron de manera generalizada después de su fallecimiento, como crítica histórica al efecto de su paso por el toreo. Dos ejemplos en este sentido pueden ser los cronistas que se citan en varios momentos a lo largo de este

---

<sup>193</sup> DE LARRA Y GULLÓN, C. (*Curro Meloja*). *Portadas de la Tauromaquia de Curro Meloja*. Madrid, Burladero, 1968, pp. 145-146.



estudio y que por sus planteamientos están ubicados en la perspectiva distante, y sin embargo, a pesar de su rigidez frente al fraude y frente a las nuevas formas taurómacas que iban sumándose como el *encimismo* y el *tremendismo*, admiraron las maneras del cordobés. El primero, el ya citado Clarito, que como se leía en la cita anterior, aplaudía las maneras del diestro cordobés a pesar de que censuraba esas ciertas distorsiones de su toreo. La admiración de Clarito hacia Manolete fue grande, tanto que el escritor y crítico Javier Villán en su obra de repaso a la crítica taurina le señala como «casi su crítico de cámara»<sup>194</sup>.

En la misma línea de aprobación del cronista riojano se expresa otro importante crítico ya citado en este trabajo, Julio de Urrutia, que se mostró implacable contra los abusos del periodo de posguerra y que sin embargo justificaba el toreo de Manolete al entenderlo como una evolución natural del toreo de Juan Belmonte. En su primer trabajo *Los sustitutos del toreo*, publicado en 1943, reconoce Urrutia<sup>195</sup> que el toreo del Manolete de la primera época, a pesar de la emoción que provocaba su contemplación, estaba demasiado orientado hacia lo espectacular para conseguir la respuesta del público y tenía importantes carencias conceptuales si se le aplicaba la medida del canon clásico. Sin embargo, para Urrutia, a partir de la temporada de 1942 esto cambia radicalmente y Manolete demuestra que es capaz de torear conforme a ese canon, cada día «más de verdad y sin concesiones a la galería ni a los públicos bobalicones».

Unos años después, en su segunda obra importante, *Toreo paralelo*, publicada en 1948, deja escrito que Manolete es «por privilegio de sangre, de cuna, de solera y hasta de abolengo histórico, torero de época [...] quien por sí solo y ante sí orienta todo un ciclo taurino, lo define íntegramente, y aún después, y a pesar incluso de su muerte, lo llena con su vitalidad portentosa, influyendo más tarde en los ciclos taurinos que le suceden»<sup>196</sup>. Más adelante, apunta Urrutia el por qué de esa justificación frente a otros toreros a los que tuvo que medirse el cordobés. Así, excluye al diestro de esa ubicación «paralela» —ubicación paralela que otros escritores sí le otorgaron—, al concluir que el toreo de perfil de Manolete no era ese censurado toreo de líneas paralelas que sitúa la figura del matador fuera de la trayectoria del toro, ya que Urrutia salvaguarda al diestro

---

<sup>194</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. *La crítica taurina. Antología. Op. Cit.*, p. 299.

<sup>195</sup> DE URRUTIA ECHANIZ, Julio. *Los sustitutos en el toreo. De Joselito-Belmonte a Manolete-Pepe Luis Vázquez* Madrid, Ediciones Rialto, 1943. pp. 126-127.

<sup>196</sup> DE URRUTIA ECHANIZ, J. *Toreo paralelo*. Madrid, Gráficas Hachende, 1949, pp. 34-35.

al considerar que la distancia que empleaba él en el cite era superior, obligaba a un cite oblicuo, y por tanto eliminaba el perjuicio que la distancia de, por ejemplo, Carlos Arruza, que al citar en la proximidad del toro, se colocaba en paralelo a él, fuera de su línea de acometida. «En el toreo paralelo —espectacular e impresionante en un principio— el pase natural se achica hasta términos inverosímiles. Diríase que se reduce a un lance efectista que nada tiene que ver con el verdadero pase natural. El de Arruza, tan distinto del de Manolete, es un pase natural capitidismuido, a cabeza de toros pasada»<sup>197</sup>.

Es evidente que el clasicismo, entendido como la fórmula artística que representa o da forma al canon y, por tanto, modificable en cuanto que el arte se transforma con el paso del tiempo, había iniciado una lenta y definitiva evolución a partir de la irrupción de Juan Belmonte, teniendo como pilares indiscutibles hasta ese momento la solvencia y destreza clásicas heredadas de la línea torera de José Gómez Ortega, *Gallito*, junto con el dramatismo que imponía el toreo de proximidad y quietud de Juan Belmonte. El toreo de muleta, hasta el inicio del siglo XX breve trámite que facilitara la disposición del toro para la estocada, necesitaba y adquiría cada vez más tiempo para desarrollarse. La progresiva y lenta unión de uno y otro concepto junto con la incipiente ligazón, que ya destapara como posible Manuel Jiménez, *Chicuelo*, en 1928 en su faena al toro «Corchaito» en la plaza de Madrid, conformaban ese nuevo canon clásico.

Sin embargo, Manolete, en esa línea de perfeccionamiento, añade el condimento definitivo y origen de la dispersión conceptual: el cite de perfil y con la muleta retrasada. Esa posición física durante las series de muletazos será la mácula, la ventaja, que en el plano artístico el clasicismo recriminará a la vez que nunca perdonará al diestro de Córdoba. Y sin embargo, esa misma disposición será reconocida como gran mérito por muchos que entendieron la fórmula como el gran y necesario adelanto que necesitaba la Tauromaquia para desarrollarse en plenitud.

En este sentido, un gran defensor de este método aplicado por el torero cordobés es el periodista, anteriormente mencionado, Juan Carlos Fernández y López-Valdemoro, *José Alameda*. En su otra obra importante, *Los arquitectos del toreo moderno*, que publicara en 1961, justifica la colocación de Manolete delante de la cara del toro

---

<sup>197</sup> DE URRUTIA ECHANIZ, J. *Toreo paralelo*. Op. Cit., p. 100.

rechazando que el recurso fuera una ventaja o «trampa» para ejecutar con mayor facilidad las series de muletazos, sino como el medio necesario para acortar el terreno con el toro y a su vez permitir que éste mantuviera un cierto recorrido:

Manolete no se situó de perfil por gusto o por ventaja, sino como un medio para poder llegar más cerca, para aproximarse a un tipo de toros quedados, que requieren un cite sumamente corto. Y así era la mayoría de los que salieron al ruedo en su época, en su momento.

Bueno es zanjar el paso a una posible objeción, la de que Manolete también se situaba así para torear desde largo. Naturalmente. Porque su toreo tenía unidad de sistema.

No se ve por qué había de utilizar un modo para torear de largo y otro para torear en corto. Lo técnico es un sistema que, sin salirse de él, sirva para resolver todas las posibilidades.

La prueba de que Manolete estaba en lo justo es que su colocación primitiva le servía para torear desde cualquier distancia, incluso la mínima, sin que para ello tuviera que corregir ni su postura ni su línea de relación con el toro. A un palmo, o a diez metros, su sistema era igualmente valedero<sup>198</sup>.

En la misma línea y en el mismo año 1961, el periodista Rafael Campos de España ensalza con vehemencia la vida y obra de Manolete, considerando al diestro como el verdadero revolucionario; el torero que fue capaz de fundir formas y estilos en la más perfecta armonía y elevó así el ejercicio del toreo hasta una categoría superior. «Fue un torero portentoso —escribe Campos de España—, dominador como el que más, conocedor del toro (aunque alguien lo haya discutido) cual el que más haya sabido de la res y sublime intérprete de una arte, al que llevó a tales cumbres, que en él se fundieron todas las bellezas, desde la elegancia de Lagartijo hasta la enciclopedia de José pasando por la pureza clásica del toreo de Juan —se entiende Belmonte—. Manolete elevó el Toreo al más alto peldaño de las Bellas Artes»<sup>199</sup>.

Sin embargo, unos años antes, el reconocido periodista taurino Gregorio Corrochano en su obra *¿Qué es torear?*, publicada en 1953, se muestra rotundo al cuestionar esa forma de practicar el toreo porque se aleja del canon clásico. Un canon que entiende que la posición delante de la cara del toro siempre debe ser frontal, permitiendo la ubicación perfilada un alivio en el trance al apartarse el diestro de la trayectoria natural del toro y, por tanto, evitando la necesaria técnica para la desviación de la embestida, pilar del toreo puro.

---

<sup>198</sup> FERNÁNDEZ Y LÓPEZ VALDEMORO, L. C. (*Pepe Alameda*). *Los arquitectos del toreo moderno*. Op. Cit., p. 49.

<sup>199</sup> CAMPOS DE ESPAÑA, R. *Qué es torear. Historia-Crítica de la Filosofía del Toreo*. Madrid, Gregorio Bahon editor, 1961, pp. 104-105.

«¿Es que pertenece —se pregunta Corrochano— a alguna escuela el toreo de perfil? Pertenece a la misma época —que no escuela— del toro de pitiminí y de la espada de madera, dos símbolos añados de la fiesta, porque con esa espada de madera han jugado al toro muchos niños. Torear de perfil es ponerse al margen del toro y por tanto del toreo. El matador que avanza con muleta y estoque de perfil al toro, ya va mal. Para torear hace falta postura —además de apostura—, ponerse en posición de torear»<sup>200</sup>, concluye el cronista.

Como se verá en el apartado siguiente, si algo queda demostrado es que el paso de Manolete por la fiesta de los toros significa un cambio, el cambio que a la postre será definitivo en la concepción artística del toreo. Y no porque su toreo sea imitado y proyectado en el futuro, algo que no llegará a ocurrir con la fuerza que cabría esperarse, sino porque de sus formas se desprenderán nuevas concepciones taurómacas que dispersarán de manera definitiva el canon clásico del arte taurino. Lo anticipa muy bien José María del Rey Caballero, *Selipe*, en la revista *Semana* a los pocos días de la muerte del diestro. Selipe, como se verá más adelante, precursor también del esencialismo, reconoce la importancia del diestro y admite también la nueva revolución que suponía el toreo de cercanía y firme valor que ejecutaba el cordobés.

En el momento en que Manolete llegó, a paso lento, firme, —escribimos una vez— a dar con la flámula en los pitones del toro, y esperó a pie quieto y cuerpo erguido la acometida del cornúpeto, pudo afirmarse que se había operado una nueva revolución en el arte del toreo. Entonces quedó abierta una época de la tauromaquia: la época que la historia señalará en la posteridad con el nombre de Manuel Rodríguez “Manolete”. El diestro muerto clavó en los ruedos hispanos, y enarboló allende los mares, el pabellón de su estilo privativo y genuino, que influyó un tiempo de la fiesta de toros, y mientras realizó su juego frente a la embestida de la fiera, cargó sobre sí no sólo el riesgo constante arrostrado, más la responsabilidad onerosa de encarnar los rasgos de toda una etapa viva, de un espectáculo recio y dramático.<sup>201</sup>

En 1972, año del XXV aniversario de la muerte de Manolete, Vicente Zabala le dedica dos espacios al torero cordobés, un pequeño recuerdo en *Nuevo Diario* y un amplio reportaje en la revista *Blanco y Negro*. En ambos reconoce la trayectoria del diestro, la importancia que alcanzó en ese momento histórico y la dimensión posterior que tuvo su legado. «Su personalidad, majestuosa y solemne —escribe en *Nuevo*

<sup>200</sup> CORROCHANO ORTEGA, G. *¿Qué es torear?* Barcelona, Bellaterra, Colección *Muletazos*, 2009. p. 132.

<sup>201</sup> DEL REY CABALLERO, J. M. (*Selipe*). «Laurel y sangre en la gloria de Manolete». *Semana*, Madrid, año VIII, 2 de septiembre de 1947, nº 393, p. 13.

*Diario*—, se ha agigantado con el tiempo. Otros toreros surgidos después de su muerte le han ido engrandeciendo. Su toreo, con todos sus defectos y todos sus vicios, fue siempre eso, toreo. Conviene no olvidarlo»<sup>202</sup>.

Y sobre esos vicios que señala en el periódico madrileño se extiende un poco más en el reportaje, a diez páginas, que repasa la trayectoria del diestro, destacando cuáles fueron las claves negativas de su paso por el toreo como la lidia de toros sin condiciones óptimas y los trucos aplicados en concepción taurómaca. «En los años cuarenta se redujo el toro al máximo —apunta Zabala—, se manipularon las astas en unas proporciones sólo superadas en la década de los sesenta. “Manolete” impuso el toreo de perfil, encareció el espectáculo, y trajo la espada de madera y la manoletina»<sup>203</sup>.

Esas claves que se irán implementando, también evolucionando, a lo largo de las siguientes décadas y que conformarán la estructura principal de las denuncias sobre las que sustentará su discurso el esencialismo: el toro capitidismuido y el toreo desfigurado. Porque la figura de Manolete nunca se podrá desligar, particularmente después de muerto, de las acusaciones de fraude y de argucias que sobre su paso por la Fiesta serán vertidas. Su forma de torear será imitada repetidamente por diferentes diestros —ninguno alcanzará su reconocimiento y eso provocará ese engrandecimiento que afirmaba Zabala—, y abrirá el camino a nuevas formas, cada vez menos ortodoxas, cada vez más espectaculares, favoreciendo la dispersión conceptual definitiva del arte de torear. Serán, por tanto, esta dispersión conceptual junto a la escasa entidad de los toros en que quedaban amparadas cada una de las múltiples trayectorias heterodoxas, el germen del nuevo esencialismo.

Pero, realmente, ¿qué significa el toreo de Manolete para que cree tal controversia? La clave es que la fórmula de Manolete por un lado permite avanzar de manera espectacular hacia un toreo más estético en detrimento del clasicismo arrogante; y por otro permite poner en práctica suertes que se alejan de ese concepto profundo y respetuoso que significa la lidia. El toreo, que hasta ese momento se había mantenido contenido por las gruesas paredes de un clasicismo que apenas permitía exudar

---

<sup>202</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «XXV aniversario de la muerte de “Manolete”». *Nuevo Diario*, Madrid, 29 de agosto de 1972, p.15.

<sup>203</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «“Manolete”, 25 años después». *Blanco y Negro*, Madrid, año LXXXII, Prensa Española, 26 de agosto de 1972, nº 3147, pp.12-24.

impurezas notorias, se desparrama sin control hacia lo desconocido, hacia la heterodoxia absoluta.

Manolete otorga al toreo una estética reposada, hierática en el sentido que el matador permanece firme, solemne, en su posición, con los movimientos justos y necesarios para engarzar unos lances con otros o unas suertes con otras. Esa disposición regula el movimiento del diestro, da una gran continuidad a la faena, pero le resta profundidad en la medida que su colocación delante del toro ya no está enfrentada a la testuz del animal —pecho del torero frente a cornamenta del toro como al parecer hacía Belmonte en su caminar despacioso, con el compas abierto (piernas separadas), arrastrando prácticamente los pies hasta situarse frente por frente del toro antes de provocar el cite adelantado la muleta—, sino en posición de perfil —hombro del torero frente a cornamenta del toro—, que muchas veces le sitúa fuera de la trayectoria, al lateral exterior del pitón correspondiente. En esa posición, la muleta del diestro ya no está tampoco por delante, como hasta ese momento exigía el canon clásico, sino que en una posición retrasada, en línea con la pierna del diestro, incluso por detrás.

Pero también la carga de valor implícito pone el cariz dramático necesario, como lo hiciera Belmonte en su momento, que se transmite rápidamente al espectador y cala en su percepción de peligro produciéndole una gran emoción. Su concepción, técnica y ligada, le permite sacar partido exitoso a la práctica totalidad de los astados a los que se enfrenta como nunca antes había ocurrido: una misma estructura aplicada a todas las reses y que ofrece el mismo buen resultado. Casi una fórmula de alquimia con los ingredientes que ya existían.

Quizá la explicación que ofrece el que fuera cronista de *El País*, Joaquín Vidal en la introducción de su obra *40 años después. Temporada taurina 1987*, sirva para clarificar la trascendencia del toreo de Manolete —particularmente para aquellos que cuestionaron y dudaron de sus formas—, un ejercicio taurómico del que finalmente trascendió no la estética —que también, pero en menor grado—, sino la concepción, desprovista ya del que será el pilar indiscutible de la reivindicación artística de los escritores esencialistas: dotar al toreo, al lance taurómico, de la profundidad conceptual necesaria e irrenunciable, algo que tradicionalmente se ha llamado «cargar la suerte», aspecto clave donde se esconde la verdad. El toreo puede ser de muchas maneras, pero sólo una es pura, genuina y verdadera, cuando en la disposición de conjunto, colocación

ante el cite, provocación del pase y ejecución del lance, se conjuga, si lo previo está bien realizado, de lo contrario es imposible, la acción de cargar la suerte:

Muchas evocaciones, muchas metáforas, muchas hipérboles, muchas lágrimas —y demagogia, a pozales— han vertido firmas en periódicos y revistas, canoros ilustrados en radios y televisiones, para conmemorar este año 1987 al que ciertamente fue ídolo para muchos, fenómeno para todos en la posguerra taurina, y revivirlo, cada cual según su recuerdo, su emoción, su fantasía y sus intereses le dieron a entender. Y a lo mejor a todos nos hubiera bastado con decir —par de líneas— que si el *Manolete*-hombre murió en la noche triste de aquel 28 de septiembre (sic) de 1947 — ¡cuatro décadas, ya!—, el *Manolete*-torero continúa vigente, pues el toreo que hoy se practica de común es resultante lógica del extraño toreo que «the monster» trajo al mundo peculiar que el maestro Cañabate llamó Planeta de los Toros.

No es exactamente el toreo «amanoletado», que definen quienes saben distinguirlo: de perfil, con la muleta retrasada, pase corto, planta erguida. De ese toreo hicieron imitación muchos toreros de la era *Manolete*, normalmente con escasa fortuna, y en el transcurso de pocos años se devaluó y cayó en el olvido. Es la contrarrevolución que supuso su heterodoxa y personal norma: eliminar totalmente del toreo el tiempo fundamental de cargar la suerte. Si Belmonte revolucionó el toreo con una nueva concepción interpretativa, en cuya arquitectura cargar la suerte era la piedra angular, *Manolete* lo contrarrevolucionó con otra de sentido radicalmente contrario. Lo que aportó Belmonte a la tauromaquia lo quitó *Manolete*. Y seguramente con más éxito, pues la escuela belmontina (no confundir con el término con «estilo abelmontado») tuvo vigencia plena, indiscutible y exclusiva desde poco antes de los años veinte hasta poco después de los cuarenta y, a partir de aquí, hubo de ceder espacio a la norma manoletista (no confundir el término con «estilo amanoletado»). Desde entonces, la escuela belmontista estuvo sufriendo una progresiva pérdida hegemónica y una merma paulatina de influencia, hasta hoy. En el civilizadísimo año 1987, el manoletismo esencial impone su canon (quizá sea, en realidad, anticanon) mientras el belmontismo cae en desuso y está en trance de desaparición.<sup>204</sup>

A partir de *Manolete* hay, por tanto, una nueva estética que separa el camino. Por un lado hacia el estilismo, dotar al toreo de una estética cada vez más depurada en detrimento de la hondura o profundidad conceptual; por otro, hacia lo temerario, superando límites insospechados en el aspecto espectacular y/o esperpéntico. Sujetarse al canon clásico de la época previa, al camino que tendría que ir por el centro, va a ser muy difícil porque la evolución quedará marcada por las dos nuevas tendencias. Las faenas, y las series que las conforman, habrán ganado en largura, durarán cada vez más,

---

<sup>204</sup> VIDAL VIZCARRO, J. *40 años después. Temporada taurina 1987*. Madrid, Espasa-Calpe, Colección Libros de Oro de la Tauromaquia, 1988, p. 10.

y será esa la nueva orientación del espectáculo. La nueva concepción clásica tendrá que adaptar sus formas a esos tiempos y para ello tendrá que modificarse definitivamente, es por eso que ese concepto de «cargar la suerte»<sup>205</sup> adquirirá un peso tan relevante para el esencialismo.

### **3.1.2.1. Dispersión conceptual definitiva en la fiesta de los toros. La llegada del «encimismo» de la mano de Carlos Arruza**

En el apartado anterior se situaba a Manuel Rodríguez, *Manolete*, como punto de partida de la dispersión conceptual definitiva de la fiesta de los toros. Su toreo de muleta, vertical y en posición de perfil frente al toro, muchas veces fuera de la trayectoria natural de éste, y su gran capacidad de ligar unos pases con otros, aspectos que le permitirán sacar partido a la mayoría de las reses, supondrán un nuevo paso en la evolución de la Tauromaquia. Manolete ha dado con la tecla que otros no han sabido o no han sido capaces de encontrar: la faena técnica y ligada aplicable a la práctica totalidad de los toros.

Para algunos será un genio, el gran genio del siglo XX; para otros, el gran defraudador y mistificador de la pureza. Su arte supondrá una liberación del corsé clásico y la presunción de que delante, o a un lado, de la cara del toro, todo puede hacerse y todo es admitido por el público, ese público de la posguerra ávido de estímulos positivos que contribuyan a dejar atrás el recuerdo del desastre de la terrible contienda. Para bien o para mal, el torero cordobés apasiona, llena las plazas y enciende el debate entre los aficionados; pero también, para bien o para mal, queda abierta la espita de las nuevas formas de tauromaquia.

Cualquier aficionado estudioso del tema sabe que, al igual que ocurriera con Juan Belmonte, esos nuevos conceptos en el arte de torear que vienen de la mano de Manolete tarde o temprano iban a hacer su aparición, porque la Tauromaquia no ha dejado nunca de ser un campo de experimentación artística en el que se han ido explorando todas las posibilidades, consolidándose aquellas que, redundando en la prolongación de lo establecido, son admitidas por los públicos, al margen de la discusión que sobre su pertinencia se establece en cada época, y al margen de su

---

<sup>205</sup> La expresión «cargar la suerte» hace referencia al momento en el que el diestro, bien en el preciso momento del cite, bien en el desarrollo de la misma, está «llevando» o «conduciendo» al toro fiado a su capacidad, ya que está expuesta en todo momento su integridad física, dándole de esta manera al lance el empaque necesario para que quede amparado por el concepto de pureza.



perduración o desaparición definitiva. Que aparecieran en el momento más crítico en la presentación de los toros contribuyó de manera concluyente a que su cuestionamiento fuera ya imparable. A Belmonte, a su nueva propuesta artística, en cierto modo la amparó el toro; a Manolete el toro disminuido no hizo sino contribuir a su perpetuo cuestionamiento.

El revolucionario concepto taurómico de Manolete, como se afirmaba, competirá con el evolucionado clasicismo de diestros que nutrieron su conocimiento en el periodo postbelmontino, representados después de la guerra principalmente en la figura de Pepe Luis Vázquez Garcés (Sevilla, 1921-2013), rival natural, por sus grandes cualidades, del diestro de Córdoba, que perderá el tren de la competencia a partir de la durísima cornada sufrida el 25 de julio de 1943 en la plaza de Santander, percance tras el cual ya no recuperará nunca el sitio, seguridad, autoridad y sobre todo regularidad exhibidas hasta ese momento. Desde su alternativa en 1940 hasta la fatídica fecha de la terrible cogida, se habrá establecido una interesante competencia entre ambos con visos de perdurabilidad y progresivo incremento de intensidad. En 1943, antes de la grave cornada de Santander, el citado Julio de Urrutia<sup>206</sup> daba por hecho que con la competencia Manolete-Pepe Luis quedaba establecida la nueva época del toreo.

El torero del sevillano barrio de San Bernardo era el contrapunto perfecto a la hábil y valerosa técnica de Manolete, y a pesar de su prolongada y exitosa carrera después del percance, su abandono de la liza, a la que ya nunca accederá, deja al cordobés sólo en la cúspide. Pepe Luis encarna a la perfección el concepto taurómico posbelmontino, con el componente característico de la improvisación, al que además suma su marcada personalidad de torero artista. En la biografía que publicara en 1988 sobre su figura, Santiago Arauz de Robles lo define perfectamente:

Pepe Luis no sólo es un torero, es decir el artífice o protagonista de un arte volátil por su propia naturaleza, sino que es, además, justamente el torero de la improvisación. Lo cual no quiere decir que sea un torero sin reglas, sino un torero que «adecúa» su técnica a la materia básicamente movediza que es el toro. Pepe Luis es impredecible: no se sabe —no lo sabe él mismo— cuándo va a hacer su faena, ni cómo va a ser ésta. La faena, es decir, la lidia artística, se inventa en el momento mismo de ejecutarla, *hic et nunc*.<sup>207</sup>

---

<sup>206</sup> DE URRUTIA ECHÁNIZ, J. *Los sustitutos en el toreo*. Op. Cit., p.39.

<sup>207</sup> ARAUZ DE ROBLES, S. *Pepe Luis. Meditaciones sobre una biografía*. Madrid, Espasa-Calpe, Colección *La Tauromaquia*, nº 14, 1988, p. 42.

Como ejemplo interesante del cauce por el que todavía, aunque ya de manera casi esporádica, circulaba el arte de los toros cabe destacarse la crónica de su actuación en la plaza de Madrid del domingo 18 de mayo de 1947. De esa corrida, y ante toros de Miura, señala en *ABC* Manuel Sánchez del Arco, *Giraldillo*, con precisión lo que fue la faena de Pepe Luis Vázquez en su primer toro: «Faena de presentación para el maestro. Unos pases para fijar por bajo, tres naturales, uno de pecho, y media estocada. Todo exacto, medido, ni un pase menos, para que el toro se ajustase a los tres naturales de lujo, ni uno más después del de pecho. Ni una concesión de manolete, ni florear lo conseguido. Maravilla desacostumbrada de los escueto, clásico y perfecto»<sup>208</sup>. Pero ese tipo de faena clásica, corta, precisa, concreta, tiene ya los días contados. El toreo, en lo que a duración se refiere, se ha ido alargando en el tiempo y con Manolete se estira todavía mucho más; tendencia ineluctable de los nuevos tiempos taurómacos.

Además de Pepe Luis Vázquez, un nutrido grupo de diestros han conseguido mantenerse en los carteles como referentes del toreo que se practicaba en la llamada *Edad de Plata*, periodo que va desde la muerte de José Gómez Vega, *Joselito el Gallo*, hasta la Guerra Civil, tales como Marcial Lalanda (1903-1990), que permanecerá en activo hasta 1942; Manuel Jiménez Moreno, *Chicuelo*, (1902-1967), padrino de alternativa de *Manolete*, creador en 1928 de la famosa faena al toro *Corchaito* en la plaza de Madrid y que para muchos, como ya se referenció en el apartado correspondiente, es el precursor del toreo ligado, del nuevo concepto taurómaco que *Manolete*, en su personalísima versión, impondrá definitivamente. Su última temporada completa habrá sido la de 1935, pero actúa en diversos festejos hasta que en 1951 se retira definitivamente; el gitano Joaquín Rodríguez, *Cagancho*, (1903-1984), desconcertante como todos los diestros de la estirpe calé, que ante una de sus actuaciones inspiró a Gregorio Corrochano aquella sentencia de «nada más valiente que un gitano valiente, pero nada más cobarde que un gitano cobarde»; el dominador Domingo Ortega (1906-1988) que sopesó su retirada pero que volvió en el año 1953; José Mejías Jiménez, *Pepe Bienvenida*, (1914-1968) torero de la famosa dinastía a la que diera nombre su padre, Manuel Mejías Rapela, conocido como el *Papa Negro*; Rafael Vega de los Reyes *Gitanillo de Triana* (1915-1969) en activo hasta 1952, si bien los últimos años apenas toreó, siendo su última temporada relevante la de 1948, año en el que toreó en al menos una veintena de tardes; Juanito Belmonte Campoy (1918-

---

<sup>208</sup> SÁNCHEZ DEL ARCO, M. (*Giraldillo*). «En Madrid. El poder de la gracia y la gracia del poder». *ABC*, Madrid, 20 de mayo de 1947, p. 27.

1975), hijo de Juan Belmonte, que debutara como novillero en 1935, tomando la alternativa en plena guerra, y que arranca el periodo posbélico con gran cartel.

A estos diestros que ya estaban en activo antes o durante el periodo bélico, se suman los que comienzan su andadura como matadores de toros después de la guerra, destacando Antonio Mejías Jiménez, *Antonio Bienvenida* (1922-1975), precursor en 1952 de la denuncia en contra del «afeitado» de los toros y referente ético y artístico para el esencialismo; el portugués Manuel Dos Santos (1925-1973); Luis Miguel González Lucas, *Luis Miguel Dominguín* (1926-1996), controvertido diestro que el 17 de mayo de 1949 y ante la afición de Madrid se declaró número uno de la torería andante.

Todos ellos, y bastantes más, con sus capacidades y con sus limitaciones representan la, hasta ese momento, y con sus diferentes maneras, evolución de la escuela clásica. Cada uno con su estilo, que van desde la inspiración efímera de Cagancho hasta el dominio implacable de Ortega, pasando por la estética de Gitanillo de Triana, el *joselitismo* de Marcial Lalanda, o la arrogancia de Luis Miguel Dominguín, ninguno ha sacado los pies del tiesto del arte posbelmontino. Pero el toreo está situado en este momento en un periodo de inconcreción, difuso, en el que se van asentando las bases definitivas del nuevo arte. Ninguno ha marcado ni marcará época como lo hizo el trianero porque ninguno será capaz de imponer su personalidad como guía definitiva de ese nuevo arte. Es más, en esa evolución de la tauromaquia de ese periodo, para Julio de Urrutia todos ellos conforman la época de los «sustitutivos en el toreo»<sup>209</sup>, porque ni uno solo de ellos, pese a las grandes cualidades reconocidas, alcanza la excelencia pretérita de Juan Belmonte.

Pero con Manolete se abre una nueva época en la Tauromaquia que, como se afirmaba, divide el camino del toreo hacia un perfeccionamiento estético que derivaba en estilismo, pero carente de parte de la profundidad conceptual, como si el toreo se volviera fácil o vacío de contenido, y por otro hacia la representación temeraria; en el medio todavía la esencia clásica, la considerada evolución natural del arte posbelmontino. Pero en esa vía temeraria Manolete sólo será el punto de partida, el, como apunta Domingo Delgado de la Cámara<sup>210</sup>, «santo y seña» de todos los toreros

---

<sup>209</sup> DE URRUTIA ECHÁNIZ, J. *Los sustitutivos en el toreo. Op. Cit.*, p. 33.

<sup>210</sup> DELGADO DE LA CÁMARA, D. *Revisión del toreo. Fuentes, caminos y estilos en el arte de torear. Op. Cit.*, pp. 259-260.

que a los que años después se les llamará *tremendistas*, una desviación del toreo, de parte del toreo, hacia lo espectacular.

En el apogeo manoletista llega desde México Carlos Ruiz Camino Arruza (1920-1966), conocido en el ámbito taurino como Carlos Arruza, torero imprescindible al lado de Manolete para entender la evolución del arte de torear. Su estilo en su tierra mexicana no pasa de ser alegre y vistoso, cargado de valor, más efectista que ortodoxo, muy en la línea de los toreros de allí. Habrá tomado la alternativa en su país en 1940, y deseoso de torear en España se instala en Portugal en 1944, sabiendo que el convenio regulador de las relaciones taurinas entre España y México, roto desde 1936, tiene visos de arreglarse, lo que le va a permitir actuar junto a las grandes figuras españolas de la época y, particularmente, junto a Manolete.

Sobre sus primeras actuaciones en Portugal llegan noticias de un toreo valiente, cargado de recursos, aparente y colorista, tanto con capote como con muleta, aderezado con unos espectaculares tercios de banderillas que en conjunto entusiasman a los aficionados; pero no se intuye aún el Arruza que está por surgir porque todavía no se le ha visto en ningún compromiso importante. De hecho, en un primer momento, ya en España, si por algo destaca es por ese buen concepto que presenta en sus maneras — muy alejado todavía del efectismo dramático que le harán famoso—, a las que suma todos los adornos del toreo mexicano y la espectacular forma en que ejecuta la suerte de banderillas, aspectos que favorecen la progresión imparable de un runrún sobre su figura y el creciente deseo entre los públicos y aficionados de verle en competición con Manolete, instalada ya la idea de la necesaria rivalidad contra el cordobés al que nadie, desde el percance de Pepe Luis Vázquez, consigue hacer la más mínima sombra.

De la presentación de Carlos Arruza en España el día 18 de julio de 1944 en la plaza de toros de Madrid poco puede destacarse, salvo los ocho pares de banderillas que colocó en la lidia de sus dos toros —la faceta de banderillero, como se decía, contribuirá notablemente a su fama—, y, a pesar de tener momentos de cierta brillantez en el toreo de muleta, apenas nada que permita vislumbrar el tipo de torero que se avecina. Sin embargo, de la actuación del 20 de septiembre de 1944 en la misma plaza —actuación clave en su carrera española— escribirá César Jalón, *Clarito*, en su libro de memorias que «esta tarde torea y mata a sus toros cuidando del estilo, del que vivirá descuidado casi toda su carrera. A cual mejor sus dos de don Alipio, los torea él a cual mejor.

Centrado, y cruzado si es preciso, despacio y con la holgura conveniente —que el encimismo y otros excesos no son de esta diáfana tarde—, bien cargada la suerte, la mano bien corrida, dos series de toreo al natural clasifican por su clase la doble y maciza labor»<sup>211</sup>.

Algo que confirma Manuel Sánchez del Arco, *Giraldillo*, en las páginas de *ABC*, al reconocer su buena labor y su buen concepto del toreo, constatando además la idea de competencia necesaria que se había instalado en los ambientes taurinos para contrarrestar el dominio absoluto que en ese momento ejerce el torero de Córdoba. Sus series de naturales, puras en puridad, despiertan la esperanza de que haya podido llegar un torero, «el Otro», del que ya hacía meses se venía hablando, que desde esa concepción clásica rivalice y arrincone a Manolete:

#### **En busca de “el Otro”**

Y surgió el que la gente está buscando desde hace tres temporadas. Y surgió en algo más que en banderillas: surgió Arruza en la maravilla de un toreo al natural de insuperada —yo no digo que insuperable— manera, ejecutando en cuatro y cuatro, pases que allí quedaron. Faena de muleta de valientes adornos, de variedad en los pases, se le habían visto Arruza, pero se dudaba de su mano izquierda —¡qué mano izquierda la de Arruza!—. Fundió todos los reparos y recelos en un clamor. Se volcó la Plaza. ¿Estábamos ante “el Otro”, “el Otro” que hace falta a la fiesta para restablecer el equilibrio que “Manolete” rompió, arrollándolo todo? Para muchos, “el Otro” es Arruza. Que por unánime voto cortara cuatro orejas dice mucho —lo dice todo— en cuanto al fervor que el mejicano supo despertar. El crítico le saluda complacido. Ha irrumpido en nuestras aguas la “gulf stream” —¡perdóneseme, en gracia a lo gráfico de la expresión!—, calentando el ambiente, con el sí y el no irreductibles de las competencias. No vemos otro, pues es “el Otro”. ¿Qué duda cabe? La reseña refiere y califica; a ella nos remitimos. Muy decidido y eficaz matando, esperamos verle aun mejor, más en corto, con más recreo en el embroque. Su revelación, lo que ayer puso a Arruza nada menos que en categoría de ser el anhelado “Otro”, fue su toreo al natural.<sup>212</sup>

Carlos Arruza sabía torear sin salirse del canon clásico, pero como se afirmaba, rivalizar con Manolete requería de algún ingrediente más, y el diestro mexicano, en imitación a su compatriota Alberto Balderas, como se afirma más abajo, exploró y explotó al máximo los cauces de la heterodoxia más grande conocida hasta ese momento. De hecho, en la actuación de la feria de Valladolid justo el día antes del

---

<sup>211</sup> JALÓN ARAGÓN, C. *Memorias de Clarito*. Op. Cit., pp. 304-305.

<sup>212</sup> SÁNCHEZ DEL ARCO, M. (*Giraldillo*). «En busca de “el Otro”». *ABC*, Madrid, 21 de septiembre de 1944, p. 17.

aldabonazo madrileño ya deja constancia de hasta dónde puede llegar. «Arruza — escribe Emilio García Rojo en el diario *Ya*— persiste y se afianza temerariamente en su valor. Cada pase del mexicano es una zozobra y cada movimiento del torero un alarido del espectador. En valiente siempre, se para estoicamente y su muleta, mientras tanto, va y viene de la cabeza al rabo del toro. Y en el adorno acumula ya procedimientos insospechados, como aquel de apoyar su cabeza en el codo y éste a su vez en el testuz del bicho. Temple y coraje constantes y temeridad exagerada al servicio de una serenidad extraordinaria»<sup>213</sup>.

Es muy probable que, como se afirmaba en un párrafo anterior, si Pepe Luis Vázquez se hubiera mantenido codo con codo en la rivalidad con Manolete el toreo de Arruza no hubiera alcanzado tanta repercusión inicial; pero enfrentarse al torero cordobés, único rival a batir, le conduce progresivamente a potenciar sus formas menos ortodoxas porque para superar al ídolo español hace falta algo más que técnica y valor, y como señala Carlos Abella en su obra *De Manolete a José Tomás*, el diestro azteca enseguida «se dio cuenta de que para competir con aquel león había que ser otra fiera»<sup>214</sup>.

El mexicano elimina las distancias entre el toro y matador —ya reducidas de por sí por *Manolete*— que hasta ese momento se consideraban como necesarias para efectuar los pases, colocándose literalmente pegado al toro; frenando y parando las suertes con el objeto de transmitir sensación de peligro permanente y adornado éstas con alardes temerarios como colocar el codo en la testuz de la res, algo que se denominó «el teléfono».

La buena acogida que esta gestualidad tenía en los públicos, que no salen de su asombro ante semejantes expresiones de temeridad y ante la novedad de un quehacer que les mantiene en vilo permanentemente, contribuyen a que Arruza las potencie al grado extremo. Si el público hubiera mostrado indiferencia o rechazo ante tales formas, es posible que Arruza hubiera continuado por el lado más clásico de su toreo, pero el conjunto de su labor es recibida con entusiasmo, siendo consciente de la respuesta positiva que recibe desde el tendido y entendiéndolo, evidentemente, que ése es el camino que debe seguir.

---

<sup>213</sup> GARCÍA ROJO, E. «Pablorromeros en Valladolid». *Ya*, Madrid, 20 de septiembre de 1944, p. 2.

<sup>214</sup> ABELLA MARTÍN, C. *De Manolete a José Tomás. Historia del toreo en España y México desde 1939 hasta nuestros días*. Madrid, Alianza, 2007, p. 63.

Por tanto son tres factores los que determinarán la aparición de un nuevo concepto en el arte taurómico al que en un primer momento se bautiza con el nombre de *encimismo*. El primero es que, conscientemente, Arruza se diera cuenta de que su toreo en su versión más reposada y clásica no tenía posibilidades de alcanzar un alto porvenir —no al menos para superar al ídolo español— y que si Manolete quitaba la respiración a los públicos por su estoicismo y cercanía de la cara del toro y era capaz de realizar sus faenas a la casi totalidad de los reses que lidiaba, no quedaba más remedio que superar esa disposición buscando otras fórmulas. El segundo, sin duda, es la receptividad del público que, como se afirmaba anteriormente, se mostraba menos dogmático y exigente que antes de la guerra: la gente quería olvidar y un buen pretexto eran los festejos taurinos, y deseaba además que surgiera un torero capaz de rivalizar con el diestro cordobés. La lidia había cambiado, particularmente el tercio de muleta, y las novedades, como siempre ocurrió, son recibidas con expectación. En tercer lugar, las condiciones de los toros, disminuidos en edad, tamaño y defensas que permitían muchas veces más que torear «jugar» con ellos, y se prestaban con más facilidad a esas demostraciones temerarias y por tanto, a que ese tipo de toreo tuviera continuidad.

### 3.1.2.2. Del «encimismo» al «tremendismo»

#### a) Primero el «encimismo»

Siguiendo la hipótesis de Domingo Delgado de la Cámara<sup>215</sup> en su *Revisión del toreo*, el *encimismo* tiene su punto de partida en la figura de Alberto Balderas, otro discreto torero mexicano de la segunda mitad de la década de los treinta que, sabiendo ejecutar las suertes con la ortodoxia de la época, decide cambiar su estilo para subir peldaños de popularidad, y lo hace a base de demostraciones de valor, arrimándose a los astados lo indecible, demostraciones intuitas años antes en las figuras de los valerosos diestros Victoriano Róger Serrano, *Valencia II*, (Madrid, 1898-1936), y Juan Anlló y Orrío, *Nacional II*, (Alhama de Aragón, Zaragoza, 1897-Soria, 1925)<sup>216</sup> que llevaron su belmontismo, como bien señala Delgado de la Cámara, al punto de desfigurarlo casi por completo, pero no conocidas hasta ese momento en los términos en que el mexicano las pone en práctica. Su paso por la Fiesta en España es discreto, y es por eso que su nombre no figura como relevante en la nueva época de la Tauromaquia, algo que sí

---

<sup>215</sup> DELGADO DE LA CÁMARA, D. *Revisión del Toreo. Fuentes, caminos y estilos en el arte de torear. Op. Cit.*, pp. 256-257.

<sup>216</sup> *Ibidem*, p. 252.

conseguirá Carlos Arruza, si no precursor, embajador supremo de la nueva concepción taurómaca.

Cuando Carlos Arruza, consciente de la necesidad de hacer algo diferente para superar a Manolete, decide imitar los haceres de su compatriota Balderas y eliminar la distancia física entre toro y torero —ya reducida de por sí por el torero cordobés— que genera del mismo modo un halo dramático por la proximidad, pero particularmente por la novedad, se le aplicará el epíteto de *encimista*. Aunque como hemos visto anteriormente en el fragmento de la crónica de Emilio García Rojo sobre un festejo de la feria de Valladolid en septiembre de 1944 el Arruza temerario ya había comenzado su andadura, César Jalón, *Clarito*, sitúa el momento clave del surgimiento del nuevo Arruza en la feria de Sevilla de 1945, precisamente en una corrida que enfrenta a los dos diestros, definiendo muy bien cuál es su actitud delante de los toros, actitud que mantendrá, salvo contadas excepciones, el resto de su carrera:

Bien; más el Arruza de esta tarde se olvida un tanto del Arruza del septiembre madrileño —quizá ya irreproducido enteramente hasta las corridas gemelas de 1951 en Barcelona— para apuntar el Arruza del porvenir; el primer jalón del venidero *tremendismo*; complejo torero en que los toros *destremendizados* consentirán la fusión del toreo con el deporte o con el circo. O sea, el Arruza que sabiendo hacer el buen toreo —algunos ratos o en algunas corridas lo hace—, deriva a la descoyuntación y el efectismo, continuado por su epígono *Miguelín* y elevado a la cúspide por *El Cordobés*, también conocedores del buen arte, en el que deliberadamente inciden rara vez.

[...] Y cuanto al fondo, al sistema, mientras *Manolete*, una aguja catedralicia, gradúa para su toreo rectilíneo la corta distancia y aquilata la norma de sus ayudas solemnes; sus redondos redondeados y sus naturales perfectamente rematados al girar de su muñeca —que él entiende clave del arco y meollo del toreo—, Arruza para su toreo ondulado invade el terreno; se cruza y entrecruza; recarga la suerte; se dobla y redobla como una anguila; se friega en la refriega; se vuelca en el toro; multiplica los pases, los adornos (el codo apoyado en el testuz simulando el teléfono, la *arrucina*, con el brazo sosteniendo la muleta por la espalda), los desplantes...<sup>217</sup>

Por tanto, el *encimismo* estará caracterizado por lo dramático, por la ejecución de lances y adornos tan cerca del toro que el diestro pareciera que se echa encima de él, manteniendo incluso contacto físico real en algunos lances y provocando una angustia permanente en los espectadores que explotan en ovaciones y delirio cuando se produce el desenlace de cada suerte o serie.

---

<sup>217</sup> JALÓN ARAGÓN, C. (*Clarito*). *Memorias de Clarito*. Op. Cit., pp. 308-309.



Su aparición y desarrollo permite ver, algo mejor que con Manolete, la latente división de perspectivas entre los cronistas taurinos, si bien entre la mayoría de los consultados para este estudio, en líneas generales el estilo es aceptado y aplaudido. Así, la crónica<sup>218</sup> que *ABC* publica Antonio Olmedo, *Don Fabricio*, ese mismo día de la feria de Sevilla en que el nuevo concepto adquiere el pasaporte definitivo, se deshace en elogios hacia la figura del diestro mexicano para el que incluso pide «la consideración de benemérito de la fiesta nacional», calificando las dos faenas como «inenarrables». En esa línea se expresa Emilio García Rojo<sup>219</sup> en *Ya*, señalando que lo realizado por el mexicano ha sido en un «terreno inverosímil y emocionante» y ofrecido con «tesón y arrojo».

En *Informaciones* el mismo Clarito tampoco se muestra contrariado por lo realizado por el diestro azteca, del que dibuja una serie de muletazos con la mano izquierda que sirve de descripción a lo que supone el concepto taurómico de *encimismo*. «Cerca, como antes —habrá dejado escrito Clarito—, al citar de frente; temerario... El toro va a poco. Se ha quedado. Entra a este pase. Y al otro. Hasta que se mete en un natural en la muleta, tan al rape del hombre, que parece que se la ha metido por el cuerpo. Se oye un ¡ay! Desgarrador. Está en peligro el torero. Mas de repente dobla la muñeca, y sacando desde abajo el engaño desahoga el peligro sacándolo por delante»<sup>220</sup>. Sirviendo la faena al segundo toro para completar la descripción que junto a la primera inspirará lo apuntado en el libro de memorias. Así, dice *Clarito* que Arruza en ese segundo toro «enseguida se lía a torear de muleta. Se lía. Este es el verbo. Liados el toro y él, abrazados en una doble borrachera de valor. Pases buenos, medianos y superiores. Por alto, por bajo, con ambas rodillas»<sup>221</sup>.

También Carlos Revenga, *Chabito*, en *El Alcázar* ensalza el toreo de Arruza de ese día, y repite elogios el mes siguiente en su actuación en Talavera de la Reina, de la que escribirá que «la valentía no le falta; pero su toreo es también artístico y con un gran sello de dominio, porque dominio y mucho se necesita para dar esos espeluznantes molinetes de rodillas y esas “arrucinas” prodigio de temeridad y de buen torear y asombro y espanto de los espectadores», para completar el elogio afirmando que

---

<sup>218</sup> OLMEDO, A. «Dos taleguillas rotas». *ABC*, Sevilla, 19 de abril de 1945, p. 15.

<sup>219</sup> GARCÍA ROJO, E. «Manolete y Arruza triunfan en la primera de feria de Sevilla». *Ya*, Madrid, 19 de abril de 1945, p. 7

<sup>220</sup> JALÓN ARAGÓN, C. (*Clarito*). «La primera corrida de la feria sevillana». *Informaciones*, Madrid, 19 de abril de 1945

<sup>221</sup> *Ibidem*

«Arruza en todas partes da la nota, pero la nota en tono agudo, en tono inconfundible, en tono brillante»<sup>222</sup>.

De esta actuación, entre los cronistas consultados, sólo la crítica de Celestino Espinosa, que firmara como *R. Capdevila*, en el diario *Arriba* atisba un cierto rechazo con mimbres claros de distanciamiento hacia lo contemplado en el ruedo. Primero porque cuestiona las condiciones físicas de los toros —ni edad, ni pitones, ni fuerza, denuncia sempiterna del esencialismo— y segundo porque interpreta que lo efectuado por Arruza no tenía gran mérito al ser llevado a cabo además únicamente con una mano, seguramente la derecha, cuando el toreo debe efectuarse de manera irrenunciable, si las condiciones del toro lo permiten, con ambas:

#### **Manolete y Arruza cortan oreja en la primera de Feria de Sevilla**

Y cuando salió el tercero —primero de Arruza—, un novillote sin cabeza, más flojo que el otro y casi tan quedado como el otro, a Arruza le pasó casi lo mismo. Pero la gente estuvo más con él por un óptimo tercio de banderillas que había hecho, y como el mejicano, además, pareció que se cruzaba algo más con el bicho, y no sólo pareció que aguantaba, sino que aguantó también un poco más —a mano viuda siempre, sin recurrir jamás a la eficacia de las dos, que convienen a estos toros tardones—, el gentío le hizo que diera la vuelta a la redonda.

El cordobés se calentó, y, como le pasa muchas veces, se encontró acto seguido con un toro muy fácil. Pundonorosamente echó mano de todo su bagaje —que ahí era aplicable— y sacó a relucir aquél toreo suyo que los aficionados de esa cuerda llaman de «calidad», «verdad», «pureza», etc.; calificaciones con las que ya nos entendemos todos, aun cuando discrepemos en la traducción y aplicación de los tales vocablos. Al escueto recurso en cuestión le quiso echar Manuel más cercanía, aun que de costumbre, y el toro le echó a él mano, lo zarandó, y... nada: afortunadamente la taleguilla destrozada nada más.<sup>223</sup>

Destaca además Celestino Espinosa la importancia que el tercio de banderillas tuvo en el conjunto de la actuación de Arruza, algo que predisponía ya a los públicos de cara a la faena de muleta y que era la tónica general en sus recitales de toreo encimista. De esta crónica se ha dejado también el fragmento en el que valora la actuación de *Manolete*, como referencia por su parte de ese cuestionamiento del torero cordobés, y sobre todo para mostrar que la doble visión del espectáculo está presente en la prensa diaria escrita.

---

<sup>222</sup>REVENGA, C. (*Chavito*). «Arruza corta orejas y un rabo, Ortega es Ortega y la desgracia de Morenito». *El Alcázar*, Madrid, 18 de mayo de 1945, p. 5.

<sup>223</sup>ESPINOSA ECHEVARRÍA, C. (*R. Capdevila*). «Manolete y Arruza cortan oreja en la primera de feria en Sevilla». *Arriba*, Madrid, 19 de abril de 1945, p. 4.

En este sentido dos aspectos claves. Primero, que la concepción de Espinosa tiene de conceptos como «calidad», «verdad» y/o «pureza» difiere notablemente con la de aquellos que los ponderan en el diestro de Córdoba; y segundo, que cuando R. Capdevila habla de «los aficionados de esa cuerda» en relación a los que gustan del toreo de Manolete, está ratificando que existen facciones diferenciadas en el entendimiento del espectáculo y por tanto la doble perspectiva del mismo. No habla Espinosa de «público de esa cuerda» como espectadores impresionables que llegan con escaso conocimiento atraídos por la novedad, sino de «aficionados de esa cuerda», aficionados como él, pero con una interpretación distinta del arte de torear.

Confirma por tanto Espinosa la división de perspectivas, hipótesis que queda confirmada en la actitud que parte del público, particularmente el de la plaza de toros de Madrid, muestra ante las actuaciones de estos diestros que se alejan del cauce clásico, como por ejemplo recoge en *El Alcázar* el anteriormente citado Carlos Revenga en la crónica de la corrida celebrada el jueves 1 de junio de 1944. «Se comenta mucho y mucho se critica —escribe *Chavito*— que Manolete se muestre reacio a venir a Madrid, y cuando en Madrid torea, una parte del público, la que no quiere estar contenta con nada y se cree la más facultada para dar o quitar patentes de toreros, se ensaña con el cordobés, precisamente cuando el cordobés torea más y mejor»<sup>224</sup>.

Los clamorosos triunfos de estos diestros como Manolete y Arruza están ahí, y el rechazo que su toreo podía producir era proporcionalmente minoritario en relación a las aclamaciones con que saldaban sus actuaciones; pero el dato es que hay un sector de la afición que interpreta que el toreo tiene un cauce natural y no debe salirse de él. Evidentemente esta parte del público mostraba su descontento también con aquellos otros diestros que pese a tener concepciones taurómacas clásicas —aficionados exigentes siempre existieron— no estaban a la altura de las circunstancias; pero en cualquier caso Arruza, que, si por una parte, se granjeó la aceptación mayoritaria de los públicos y de buena parte de los cronistas taurinos, también consiguió abrir más la distancia entre las perspectivas de entendimiento, y en el *encimismo* y sus derivados, que se habrá hecho hueco en la Fiesta y ya como parte de ésta circulará sin gran oposición junto al clasismo, está otro de los gérmenes que darán sentido al esencialismo.

---

<sup>224</sup> REVENGA, C. (*Chavito*). «La gran corrida de la Diputación. El Estudiante y Manolete cortaron orejas». *El Alcázar*, Madrid, 2 de junio de 1944, p. 5.

Para cerrar este apartado una muestra más de aprobación al toreo de Arruza, que la encontramos días después en su actuación en Talavera de la Reina, de la que escribirá Carlos Revenga, *Chavito*<sup>225</sup>, en *El Alcázar* que «la valentía no le falta; pero su toreo es también artístico y con un gran sello de dominio, porque dominio y mucho se necesita para dar esos espeluznantes molinetes de rodillas y esas “arrucinas” prodigio de temeridad y de buen torear y asombro y espanto de los espectadores», para completar el elogio afirmando que «Arruza en todas partes da la nota, pero la nota en tono agudo, en tono inconfundible, en tono brillante».

Lo que si debe reconocerse y destacarse es que del mismo modo que tampoco lo hubo contra Manolete, no hay, al menos en la prensa diaria escrita a nivel nacional, un movimiento de rechazo claro y mayoritario hacia el diestro azteca —puede que en determinados medios más localistas o regionales los cronistas se mostraran escépticos, pero en líneas generales las representaciones de Arruza son aplaudidas—, y salvo en algunas crónicas de R. Capdevila, en líneas generales se acoge la novedad y se pondera el valor temerario. Esta subyugación sobrevenida de la prensa a las nuevas formas taurómicas y esa falta de oposición clara es pensable que estén sujetas al condicionante de la publicidad y el «sobre» que, como se podrá ver en el apartado siguiente, limitan la independencia de la crítica. En cualquier caso, el *encimismo* se ha hecho hueco en la Fiesta, y ya como parte de ésta, circula si gran oposición junto al clasicismo.

Bien es cierto, y también debe destacarse, que empieza mostrarse un cierto rechazo por parte de los aficionados, que se manifiesta en la actitud que algunos públicos muestran ante éste y otros diestros. Un rechazo, no obstante, que normalmente viene derivado del tipo de toro al que se enfrentan más que al concepto taurómico en sí. Esta oposición de algunos públicos, particularmente en la plaza de Las Ventas de Madrid, no está suficientemente referenciada, sin embargo, como se podrá ver más adelante, algunos cronistas se quejan de la incomodidad que, para el desarrollo del espectáculo, supone su presencia y su protesta. Esta actitud de rechazo también está presente en algunos escritores e intelectuales de la época, que a través de sus obras y artículos expresan su malestar con el desarrollo de la Fiesta.

#### b) *Del «encimismo» al «tremendismo»*

---

<sup>225</sup> REVENGA, C. (*Chavito*). «Arruza corta orejas y un rabo, Ortega es Ortega y la desgracia de Morenito». *El Alcázar*, Madrid, 18 de mayo de 1945, p. 5.

El *encimismo* tendrá sus epígonos, como bien decía Clarito, en numerosos toreros que se aplicarán —y multiplicarán— en lo ya magnificado por Arruza. Asimismo contarán con el beneplácito de las masas que asistirán atónitas ante esas demostraciones que rozan la temeridad, a pesar de alejarse de los conceptos clásicos de la Tauromaquia. El *encimismo* o, mejor dicho, el toreo-dramatismo fuera del cauce clásico, mostrará una rápida evolución añadiendo cada vez suertes más espectaculares y derivando en uno nuevo concepto al que, para darle un mayor sentido de trascendencia artística y a medida que evoluciona en espectacularidad, pasará a llamarse *tremendismo*, en línea con otras corrientes artísticas que marcan los años centrales del siglo XX.

En su *Historia del Arte en España* señala Valeriano Bozal<sup>226</sup> que el *tremendismo* en España como tendencia artística surge en el siglo XIX de la mano del pintor impresionista barcelonés Ramón Martí Alsina (Barcelona 1826-1894). Una culminación —señala Bozal— de su pintura social que refleja esa sordidez que envuelve numerosos ambientes de la época, particularmente en los sectores desfavorecidos, en los que Martí Alsina ponía su atención. El lado menos idílico, más dramático, más crudo, exagerado a veces, de la sociedad aparece reflejado en las obras que sirven a la vez de crítica social. El *tremendismo* —corriente ineludible «dada la evolución de la situación sociopolítica»<sup>227</sup>—, alcanza apogeo con autores que siguieron la estela de Martí Alsina, como los también barceloneses Josep Armet Portaneli (Barcelona, 1843-1911), Jaume Pahissa i Laporta (Barcelona, 1846-1928), Tomás Padró y Pedret (Barcelona, 1840-1877), José Luis Pellicer y Fenyé (Barcelona, 1842-1901) y Simón Gómez Polo (1845-1880), entre otros, pero considera Bozal<sup>228</sup> que llega a su cumbre y máximo esplendor con el riosellano Darío de Regoyos y Valdés (Ribadesella, Asturias, 1857- Barcelona, 1913) y sus xilografías para *La España negra*, del poeta belga Emile Verhaeren, que ilustran la obra, cargadas de crudo simbolismo alejándolas de manera diametral del folclorismo tradicional.

Como concepto artístico se extenderá a otras disciplinas, y en periodo de la posguerra se aplica por ejemplo a un género de novela cargado de dramatismo y crudeza en el que las tramas alcanzaban situaciones extremas en esa dureza sórdida; un género literario que se abre en 1942 con *La familia de Pascual Duarte*, de Camilo José Cela (Iria Flavia, Galicia, 1916-Madrid, 2002), y alcanza gran predicamento en la España de

---

<sup>226</sup> BOZAL, V. *Historia del Arte en España II. Desde Goya hasta nuestro días*. Madrid, Istmo, 1994. p. 53.

<sup>227</sup> *Ibidem*, p. 55.

<sup>228</sup> *Ibidem*, p. 55.

mitad de siglo con autores que en algún momento lo abordaron como Miguel Delibes Setién (Valladolid, 1920-2010), Carmen Laforet Díaz (Barcelona, 1921-Majadahonda, Madrid, 2004), o Ana María Matute Ausejo (Barcelona, 1926-2014) entre los más importantes. Las escenas están cargadas de realismo, pero siempre, como ocurría con la pintura, en la versión más dramática, cruel o macabra, aspectos que caracterizan las obras, transmitiendo ese desasosiego o incomodidad particular que genera su lectura.

La aplicación del término a esa forma de tauromaquia que producía también desasosiego e incluso incomodidad en el espectador contribuía sin duda a proporcionar esa comentada trascendencia que el toro disminuido restaba. En los toros el *tremendismo* es, por tanto, la evolución, podría decirse, natural del *encimismo*, la exageración teatralizada de aquél. La definición que del término hace Marceliano Ortiz Blasco en su *Diccionario de la Tauromaquia*, «toreo basado en actitudes arriesgadas y sorprendentes del diestro carente de arte»<sup>229</sup>, sin ser incorrecta, no recoge del todo el sentido que se quiso dar al término cuando se empezó a utilizar, ya que la voluntad de su implantación no era sino asimilar el dramatismo trágico de las suertes al resto de las corrientes artísticas que habían adoptado esa denominación. Un proceso creativo en el que la tragedia, siempre presente en los toros, se exageraba de principio a fin, más aún en un arte en el que el final nunca es conocido porque hasta que el toro no ha rodado por la arena después de la estocada todas las posibilidades están abiertas. No es menos cierto que los toreros tremendistas afianzaban su fama por ese camino, dejando a un lado los preceptos más clásicos, pero la mayoría conocían perfectamente las técnicas artísticas fundamentales para ejecutar el toreo conforme al canon clásico, vía por la cual bien es cierto que resultaba más difícil destacar en un periodo en el que el entusiasmo de los públicos pivotaba hacia esas nuevas manifestaciones temerarias.

El gran problema es que esa exageración del peligro, de la exposición a la «muerte», en buena parte de las ocasiones, y sobre todo en algunos diestros, se convertía en algo casi cómico que hacía perder todo el sentido trágico al proceso creativo. Y bien es cierto que si el toro de ese periodo de postguerra hubiera tenido la seriedad de los primeros años treinta, es más que probable que la corriente no hubiera alcanzado tanto relieve; pero el toro anovillado, abecerrado muchas veces, facilitaba ese tipo de representaciones y a su vez les restaba trascendencia.

---

<sup>229</sup> ORTIZ BLASCO, M. *Diccionario de la Tauromaquia*. Madrid, Espasa-Calpe, 2001, p. 745.

En cualquier caso, la inicial desviación de Manolete del pretendido cauce clásico y el triunfal *encimismo* de Arruza y sus émulos habían conducido a la mayor dispersión conceptual del toreo hasta entonces conocida: nunca antes se había producido tal evolución en tan poco tiempo. El abanico artístico del toreo se ampliaba a modo de panoplia de estilos que si bien mantenían una base conceptual común, abarcaban desde el refinado concepto clásico hasta la representación más temeraria e histriónica. Con el añadido de que en esa vertiente más heterodoxa aquello era imparabile en su desarrollo, y que prácticamente cada temporada era proclive a que surgiera, como así fue, un nuevo matador que incorporara alguna novedad espectacular al ya de por sí toreo-espectáculo que navega por esa línea del desasosiego.

Si bien las formas cada vez más depuradas del llamado clasicismo se mantuvieron, potenciaron y siguieron evolucionando, son infinidad los matadores de toros que siguieron la estela encimista-tremendista en las décadas de los cincuenta y sesenta. Entre todos ellos podrían destacarse principalmente cinco diestros representativos, como son Miguel Báez Espuny, *Litri*, (Gandía, Valencia, 1930-) que toma la alternativa en 1949, Pedro Martínez González, *Pedrés*, (Hoyas de las Vacas, Albacete, 1932-) en 1952, Manuel Jiménez Díaz, *Chicuelo II*, (Iniesta, Cuenca, 1929-Bahía de Montego, Jamaica, 1960) que se doctora en 1954, y Antonio Borrero Morano, *Chamaco*, (Huelva, 1935-2009) en 1956. Pero por encima de cuantos pudieron abrazar la heterodoxa fórmula sobresale la figura de Manuel Benítez, *El Cordobés*, (Palma del Río, Córdoba, 1936-) que la toma en la feria de Córdoba 1963. Su caso fue, sin duda, el que más trascendió a la opinión pública y el que más repercusión mediática tuvo, no solo en España, sino a nivel internacional.

La fama de El Cordobés superó las fronteras nacionales para hacerse hueco también en los medios de comunicación de buena parte de Europa en un periodo en que la llegada de turistas de distintos puntos del continente se multiplicada cada año. Sobre su persona se construyó un relato de vida fantástico que contribuyó a agrandar su figura taurina. Su presencia continuada en la prensa amarilla le convirtió en héroe y, a modo de contrasentido, en la primera figura de la tauromaquia de la segunda mitad del siglo XX. Las plazas se llenaban temporada tras temporada para contemplar el show de un hombre que, armado de valor y destreza, hacía las delicias del público con sus extravagancias, una distorsión del arte de torear que poco tenía que ver con las formas depuradas y sobrias del clasicismo.

Sin duda estos son algunos de los nombres más importantes de los muchos que surgieron en esa nueva forma de tauromaquia que abandonaba la estética acendrada para subirse al carro de lo pretendidamente dramático, convirtiendo la lidia en un espectáculo casi circense con el «más difícil todavía». Pero el *tremendismo* no convence a todo el mundo. Antonio Díaz Cañabate, que fuera cronista taurino del diario *ABC* entre los años 1958 y 1972, considera que esta fórmula taurómaca tuvo su soporte fundamental en la propaganda, sin la cual, es imposible que hubiera alcanzado tal apogeo. «Obviamente la propaganda, la publicidad, era en los toros uno de los últimos ámbitos donde podría entra. Pero entró. Y aprovechó sobre todo, lógicamente, unos momentos en que la ausencia casi total de valores reales en la fiesta significaba una oportunidad privilegiada para dar acceso a los ficticios»<sup>230</sup>, afirma Díaz Cañabate.

Pero además de servirse de la propaganda, el *tremendismo* se apoyó en la lidia continuada de reses sin las condiciones mínimas para que aquello tuviera algo de trascendencia real. El toro de la época del *tremendismo* sea quizá el toro más capitidismuido de la historia de la Tauromaquia y, en este sentido, el propio Díaz Cañabate señala la imposibilidad de que aquello alcanzara grandeza cuando a un nombre tan rimbombante como el de «tremendista» no le acompañaba el condimento complementario que le otorgara tal:

En puridad lingüística, que es la que menos importa, la palabra manejada por la publicidad es falsa, por inflada, cuando lo único que quiere decir es un *divertimento* frívolo de *enfant terrible*, a ver si de esta forma se anima la cosa que está bastante aburrida. Pero, atendiendo sobre todo a la auténtica tradición del arte taurino, la palabra y el concepto resultan todavía más mentirosos. ¿Pues qué podía haber de *tremendismo*, cuando a los toros se les había quitado lo tremendo?

Los toros que saltan al ruedo del «tremendismo» —que tiene su plenitud en El Cordobés— señalan por regla general el punto más bajo y triste de esta última época del toreo en cuanto a ganado. Toro pequeño, con los pitones cortados, incluso muchas veces sangrantes. ¿Cuántas cornadas graves han recibido de hecho los «tremendistas»?

Y, en cuanto al auténtico arte de torear, siguiendo la definición que hemos dado más arriba, diremos que el mal llamado «tremendismo» ha resultado más bien un culto al *feísmo*.<sup>231</sup>

---

<sup>230</sup> DÍAZ-CAÑABATE Y GÓMEZ TREVIJANO, A. «Panorama del toreo hasta 1979». En DE COSSÍO, José María. *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico e Histórico*. Tomo V, *La Historia*. Madrid, Espasa-Calpe, 2007, pp. 455-456.

<sup>231</sup> *Ibidem*, pp. 468-469.



Desde ese periodo hasta nuestros días, en la fiesta cabrán todos los estilos y conceptos imaginables: desde la pureza del canon clásico, que en la década de los cincuenta estará amparada por varios toreros de gran trascendencia como Antonio Ordóñez Araujo (Ronda, 1932-Sevilla, 1998), Antonio Mejías Jiménez, *Antonio Bienvenida* (Caracas, Venezuela, 1922-Madrid, 1975) o Antonio Chenel, *Antoñete*, (Madrid, 1932-2011) hasta de El Cordobés dando, literalmente, puñetazos a la cara del toro, todo estará incluido y todo valdrá en el complicado mundo taurino.

c) *El caso de El Litri como torero tremendista*

Como ya ocurriera con Juan Belmonte, como ejemplo más significativo, cada vez que se implementan las formas de algo que en su día fue novedad, se remueven los cimientos del periodismo taurino. La novedad se valora como tal hasta el momento en que, si su evolución ha sido optima y no desaparece, adquiere categoría de norma, permitiendo y requiriendo un análisis más concienzudo y técnico. Del mismo modo, la consagración de Manuel Rodríguez, *Manolete*, y la del propio Carlos Arruza, favorecidos sin duda por la cada vez peor presentación de las reses lidiadas, desata un terremoto periodístico y pudiera afirmarse que, también, por primera vez en su historia moderna, la Fiesta atraviesa un periodo de cierto descontrol.

Como se verá más adelante, uno de los pilares del discurso de la *Corriente Crítica Esencialista* en los años sesenta y setenta es el rechazo a toda forma de tauromaquia que se salga del canon clásico o que, en su desarrollo, desvirtúe en esencia el mismo, considerándose como aberración. Sin embargo, este rechazo no es igual en los primeros lustros de la posguerra. Como hemos podido comprobar, tanto la labor de Manolete como de Arruza despiertan admiración entre los cronistas, que lejos de acusar a los diestro de rupturistas, abrazan sus fórmulas de manera unánime. Esta situación se repetirá en años sucesivos con diferentes diestros hasta que se produzca el rechazo definitivo.

En este sentido, un caso interesante para comprobar la posición en que queda la prensa taurina y el tratamiento que otorga a las nuevas formas de tauromaquia es el de Miguel Báez Espuny, conocido como *Litri*. Epígono, como se apuntaba, de Carlos Arruza, su época de esplendor coincide con la llegada de los años cincuenta, periodo en el que están instalados en la fiesta los tres condicionantes que a la postre determinan el surgimiento de la división definitiva de perspectivas: reses sin condiciones óptimas para

una lidia relevante, dispersión conceptual del arte taurino, y el sistema de la crítica publicitaria.

Litri había nacido en Gandía, Valencia, en 1930, algo que pudiera ser considerado un accidente —o, como apunta Clarito en sus memorias, pura voluntad de su madre<sup>232</sup>—, ya que sus progenitores eran de Huelva y es allí donde pasó su infancia y creció. Es por eso que a Litri siempre se le ha considerado un toreo onubense. Con su llegada a los ruedos se pone de manifiesto que la heterodoxia tiene largo recorrido. Lo más interesante de este periodo de finales de los cuarenta y principio de los cincuenta, años en que Litri está en pleno apogeo, es que nos permite ver con menos nebulosa que años anteriores la división de perspectivas, al margen de que la perspectiva integrada a la que nos referimos en los ejemplos que se tratan a continuación estuviera incorporada —cosa muy probable— en el sistema de la crítica-publicitaria que se refiere en otro apartado.

De novillero, a Litri, al igual que ocurriera anteriormente con Arruza o con el propio Manolete, le precede una gran expectación. Sus actuaciones se cuentan por éxitos clamorosos. Durante los años 1948, 1949 y 1950 las plazas se llenan para ver a la pareja que conforma con la otra figura de la novillería, Julio Aparicio, torero más clásico y que pone con su depurado estilo el contrapunto perfecto al onubense. Tal es el interés que desatan que en 1949 se reducen considerablemente las corridas de toros —se celebran 109 menos que en 1948— a la par que aumenta exponencialmente la celebración de novilladas. Los empresarios, aprovechando el tirón, se lanzan a la organización de estos festejos menores sabiendo de antemano la respuesta que van a tener en las taquillas.

En cualquier caso, en un periodo en el que las reses salen capitidisminuidas, no hay una diferencia sustancial entre las que se lidian en corridas ordinarias y las que se lidian en novilladas, no existiendo para el público un gran contraste. La feria de marzo de Valencia de ese 1950 se forma únicamente con novilladas. Pero Litri desde el minuto uno de su carrera es un tremendista, y como tal, especialista en poner a los públicos al borde del delirio con sus demostraciones de temeridad. «Su principal aportación taurina —reconoce Carlos Abella— consistía en citar a los toros de punta a punta de la plaza, provocando con su quietud y estoicismo en los embroques la angustia y la admiración

---

<sup>232</sup> JALÓN ARAGÓN, C. *Memorias de «Clarito»*. Op. Cit., p. 346.

de unos públicos ávidos de sobresaltos y de ingenua admiración por todo lo novedoso»<sup>233</sup>.

Ese lance descrito por Abella y conocido como «litrazo» era la representación máxima del tremendismo de la época. El torero, con su escasa corpulencia, enhiesto, colocado de frente al toro pero a una grandísima distancia de él, provoca su embestida con la voz y con pequeños saltos; la muleta está recogida, plegada, escondida tras su pequeño cuerpo. Se produce un runrún en la plaza, todo el mundo está en vilo ante la inminente arrancada de la res, que en respuesta a la llamada del diestro parte en un galope creciente. Se masca la tragedia porque la velocidad y fiereza del toro así lo pronostican. Y sin embargo, en el momento en que entra en la jurisdicción del torero, cuando ya casi lo tiene al alcance de sus pitones, éste saca la pañosa por un lado y desvía aquel torrente de furia que pasa tan cerca de su cuerpo que en ocasiones lo roza. El tendido pasa de la conmoción al delirio, la tensión vivida se transforma en paroxismo. No hay nada que pueda superar esa temeridad, esa demostración de valor sereno y firme. El lance en la mayoría de las ocasiones sale atropellado, enganchado y sin temple, pero nada importa ya porque el alarde de arrogancia serena aparta cualquier disquisición sobre cánones y ortodoxias.

Cuando se presenta en Madrid como novillero el día 18 de mayo de 1950 obtiene un éxito clamoroso. Despliega todo su arsenal y las valoraciones de los diarios son todas, en mayor o menor grado, positivas, sin que pueda determinarse una clara división entre las dos perspectivas. Emilio García Rojo<sup>234</sup> en diario *Ya*, al igual que José Alarcón, *Alardi*<sup>235</sup>, en el diario *El Alcázar* se deshacen en elogios hacia su actuación que consideran de época o histórica. Desde una posición algo más distante, por su parte, Manuel Sánchez del Arco<sup>236</sup>, *Giraldillo*, en *ABC* opta por una de sus fórmulas características de contar lo ocurrido, señalar bien cada una de las suertes y lances efectuados por el diestro, y no entrar en valoraciones de profundidad aunque remarcando la rotundidad del triunfo. Benjamín Bentura Sariñena, *Barico*, en la revista *El Ruedo* plantea ya una interesante reflexión sobre la dificultad de analizar

---

<sup>233</sup> ABELLA, C. *De Manoleta a José Tomás. Historia del toreo en España y México desde 1939 hasta nuestros días. Op. Cit.*, p. 143.

<sup>234</sup> GARCÍA ROJO, E. «El famoso Litri se presenta en Madrid y triunfa clamorosamente». *Ya*, Madrid, 19 de mayo de 1950, p. 5.

<sup>235</sup> ALARCÓN, J. (*Alardi*). «Litri, en su presentación de novillero en Madrid, triunfa definitivamente. Éxito que hace época». *El Alcázar*, Madrid, 19 de mayo de 1950, p. 5.

<sup>236</sup> SÁNCHEZ DEL ARCO, M. (*Giraldillo*). «La primera novillada de San Isidro respondió a la expectación que había despertado». *ABC*, Madrid, 19 de mayo de 1950, p. 29.

objetivamente su fórmula taurina porque ésta excede a lo convencional, pero también reconoce, sin traba alguna, el triunfo del torero. «El toreo de Miguel Báez —escribirá *Barico*— no se presta al análisis objetivo, porque apasiona profundamente. “Litri” es torero de multitudes enfervorizadas. Después de verle tiene explicación muchas cosas que parecían anómalas. Miguel Báez “Litri” ha entrado en Madrid. Rotundamente»<sup>237</sup>.

A los pocos días repite el diestro en la misma plaza, y en esta ocasión Giraldillo en *ABC* sucumbe a la sugestión al señalar que «hay muy buenos muleteros, pero con esa personalidad, ninguno. Es lo imposible hecho posible por obra de un enorme corazón, si es en esa víscera donde el valor se alberga»<sup>238</sup>. Y Barico en *El Ruedo* vuelve a señalar lo que significan las actuaciones de Litri a las que considera como una riada que lo arrasa todo. Se atreve censurar uno de los alardes temerarios, el de torear mirando al tendido. Sin embargo, esto no es óbice para que la emoción que experimenta el cronista haga de catalizador pasando por alto, incluso aceptando, tal alarde de heterodoxia:

Puestos a rebuscar defectos en su toreo, yo apuntaría su manía de ejecutar muletaos mirando al público. Me parece mal que toree así: pero la verdad es que viendo hacer tal cosa a Miguel Báez me emociono. Yo quisiera protestar contra esa manera de hacer el toreo, pero mi estado emocional me lo impide. La riada da al traste con mi credo artístico. Litri nos hace sospechar, en ocasiones, que lo que teníamos por verdades fundamentales en el arte de torear, no eran otra cosa que espejismos. Uno quisiera razonar cumplidamente sus puntos de vista, pero llega la riada y no quedan en pie ni puntos de vista ni verdades antiguas. La emoción se apodera de todos y lo destruye todo. Y sucede que, por si la emoción no fuera bastante para llevar a cabo su obra demoledora, en Litri hay también arte y solera. Esto explica lo que parecía fuera de razón.<sup>239</sup>

¿Y cómo toreaba Litri?, se pregunta Domingo Delgado de la Cámara en su *Revisión del Toreo*, y él mismo se da la respuesta desde la perspectiva actual: «Pues horrorosamente, para que vamos a decir otra cosa. Codilleaba constantemente y no tenía el menor mando en las embestidas. Todo era una sucesión de pases enganchados. Eso sí: más quieto que un poste de la luz. Aguantaba lo indecible»<sup>240</sup>. Esas formas en las que predominaba el valor por encima del control real de las faenas causaban una verdadera

---

<sup>237</sup> BENTURA SARIÑENA, B. (*Barico*). «Presentación de Miguel Baez “Litri” en Madrid». *El Ruedo*, Madrid, año VII, 25 de mayo de 1950, n° 309, p. 6-7.

<sup>238</sup> SÁNCHEZ DEL ARCO, M. (*Giraldillo*). «El público no otorga porque sí a los toreros el homenaje de su entusiasmo». *ABC*, Madrid, 21 de mayo de 1950, pp. 31-32.

<sup>239</sup> BENTURA SARIÑENA, B. (*Barico*). «El “mano a mano” Aparicio “Litri”, con Chaves Flores de primer espada y novillos de Galache». *El Ruedo*, Madrid, año VII, 25 de mayo de 1950, n° 309, p.10.

<sup>240</sup> DELGADO DE LA CÁMARA, D. *Revisión del toreo. Fuentes, caminos y estilos en el arte de torear. Op. Cit.*, p. 261.

conmoción: la sensación de que el diestro estaba a merced del toro en todo momento estaba presente durante cada faena, transmitiendo al tendido angustia con indudables dosis de paternalismo, porque, no hay que olvidarlo, Litri no era un torero corpulento, más bien pequeño y flaco, y estas circunstancias agrandaban su tragedia.

La confirmación de la alternativa un año después, el 17 de mayo de 1951 y en el mismo ruedo junto a Pepe Luis Vázquez y Antonio Bienvenida, es más elocuente. La novedad ha dejado de serlo y, por tanto, ya hay datos objetivos para una valoración técnica más profunda. García Rojo vuelve a mostrarse entusiasta con el torero de Huelva: «Este Litri es Litri, se le mire por donde se le mire. Su estoicismo y su valor le delatan y le conservan como torero de multitudes. Y ahí queda en posición de verdadero arrebató. El Litri en Madrid no podía ser excepción. Le sobra casta para ganar muchas batallas»<sup>241</sup>.

En *El Alcázar*, Alardi, siguiendo en la misma estela, vuelve a ser pródigo en elogios. «Y de pronto —escribe Alardi—, la luz. ¡Pero la luz cegadora del rayo que fulmina! Y Litri que está entre los pitones [...] pero allí estaba Miguel. ¡Y toreando al natural! ¿Cómo? Nadie podría definirlo. Pero el pase natural corto, subyugante, se encabezaba con otro y con otro. Y los redondos, y los de pecho... ¡Y la plaza ardiendo de angustias!»<sup>242</sup>.

Desde esa misma posición, la crónica de Antonio Bellón, en *Pueblo*, va todavía más allá, porque a modo de epopeya sitúa al diestro como el héroe triunfador ante la turba, ante la muchedumbre que unos minutos antes le rechazaba. Es éste uno de los aspectos más interesantes, el reflejo de que en la plaza hay voces contrarias a esa tauromaquia —«reventadores» les llama también Bellón—; voces que son acalladas por la multitud enardecida ante la evidencia del buen hacer de Litri. Del fracaso ante su primer toro a la gloria reservada y revelada a los héroes. Por eso Bellón se recrea en reproducir la sugestión ambiental que es motivo suficiente para certificar esta, como cualquier otra, fórmula de tauromaquia: ni un pero, ni una mácula que pueda restar entero alguno al concepto tremendista que como tal es perfectamente válido y perpetuo. Los que protestan, esos «reventadores», están equivocados:

---

<sup>241</sup> GARCÍA ROJO, E. «Por la puerta grande salieron en hombros Pepe Luis, Antonio Bienvenida y Litri». *Ya*, Madrid, 18 de mayo de 1951, p. 6.

<sup>242</sup> ALARCÓN, J. (*Alardi*). «Pepe Luis Vázquez, Antonio Bienvenida y Litri salen a hombros por la puerta grande la plaza de Madrid». *El Alcázar*, Madrid, diario, 18 de mayo de 1951, p. 2.

## **Clamoroso triunfo de Pepe Luis, Antonio Bienvenida y Litri en Madrid**

Son las ocho menos ocho minutos. Va a terminar la corrida. Está hosca y entoldada la tarde. Sale el último toro. Bronca fenomenal. Es un toro reglamentario. Bronca fenomenal, que trae a la memoria del crítico su primera corrida vista. Aquel interminable rosario de toros para Juan Belmonte el día que el Machaco estoqueaba el último de su vida. El pañuelo verde trae nuevo burel, con arrobas, recogido de cabeza, aún suenan protestas, que rebotan en las treinta arrobas del toro. Se va la luz, llegan las sombras, se dibujan, grotescos, los monstruos del fracaso de la hora negra, para este alfeñique blanco y oro que no empalidece, que en el toro de su confirmación tiene tanta ansia de triunfar que pide el cambio del toro con un puyazo para no quebrantarlo. La falta de castigo la acusa la res cuando la muleta de Miguel Báez, ceñida y porfiante, torea cerca, tan cerca, que los gritos se guardan y las palmas parecen adueñarse de los ecos. El toro no para. No le pararon las puyas, que son el freno insustituible. Y no cuadra, y Litri repite sus entradas con la espada, y los fieles titubean y los reventadores se crecen. En los quites, a lo largo de la tarde, brillan los veteranos y se agrisa el novel, el ídolo, el que tiene que realizar lo irrealizable, este torerillo que al mastodonte sexto, apenas lo fija, apenas lo sujeta con la capa y cuando han redoblado a muerte, la tela grana trata, deslavazada, de humillar la engallada cabeza. El borroso trasteo arranca abucheo iracundo, y el altanero desprecio de querer irse del tendido. Son las ocho menos ocho minutos, es la hora gris, y aletea lo negro.

¿Es posible?

Sólo unos milímetros ha recorrido la manecilla del reloj. ¿Qué es esto? Ha pasado un minuto. Son las ocho menos siete. La plaza en pie. Nadie osa irse. El que más gritaba, despreciativo, más entusiasta lanza el olé. ¿Qué es esto? ¿Cómo ha vuelto la luz? ¿Cómo el clamor tritura las malas sombras? ¿Cómo esa cabeza de toro que parecía inofensiva se agranda pavorosa? ¿Cómo puede, contra toda técnica, descender de las nubes a hundirse en el cuajarón grana? Sólo es un minuto —ocho menos ocho— el que pasó —ocho menos siete— y todo cambió volcándose patas arriba, cálido aún el justísimo clamor por las lecciones asombrosas de toreo del padrino y el testigo.

Litri se encierra en la mole, se funde con ella. Saltan, acongojados, los flemáticos y se horrorizan los currutacos. Litri empapa su seda blanca en sangre, y el toro no lo tritura teniéndolo encima, seda con pitón. Ya, en el imposible torero, un arponcillo de rehilete puede rasgar la carne del diestro. Cuando cesan los naturales, y las gentes toman aliento en su clamor apretando manos y dientes, inquietos, balanceándose como bergantín desarbolado en temporal, lo que antes llevaba rechifla, las manoleínas con la vista a los tendidos, arranca nuevos clamores y únicamente sigue sonrosado el rostro del ídolo, del que volcó la plaza, del que de la sima negra, se hizo aureola de sol. La faena es emoción pura. ¿Cómo sale de cada pase? ¿Cómo no lo triturar? Los seres de carne y hueso parecen hacer milagros porque tienen un modo, una técnica de

hacer lo imposible. Por lo que más quieran los litristas, hoy radiantes, como en Sevilla, Antonio García Ramos, Romi Tibeaut..., y las legiones de los que llegan en aluvión, los que ahora creen, hagan como cura, sobrina y barbero, en la soñadora biblioteca del buen Alonso Quijano, con la posible de Miguel Báez. Si entre lo que él lea, aventuras, viajes, amoríos, alguien deja el más leve tratado de tauromaquia, arrójenlo al fuego, no vaya Litri a querer explicar o explicarse ese su asombroso primitivo toreo. Dejad al Litri. Ya le averiguarán su técnica, que estos toreros, aparentemente sin ella, la traen clara para ellos, ciega para los demás, tan intensa, tan verdad, que con un minuto, en un aliento, hacen lo negro blanco, y lo blanco, llama.

El Litri redondeó su proeza a volapié. Aun deben estar sentados algunos espectadores en la plaza. Aun debe estar parado el reloj. Con Litri salieron por la puerta grande, en hombros, Pepe Luis —a estrecho aupado la mano de su ahijado— y Antonio. La tarde grandiosa quedaba caligrafiada, miniada, en la memoria y al admiración de los que la vieron y se emborracharon de todo cuanto es posible admirar en el toreo.

—¡Alto, señor crítico! Explique esto en resumen y búsqueme una entrada para mañana.

—Vimos arte, ciencia, y ¡a Litri!

Vivimos, vivimos, angustiados, entusiasmados ese minuto, ese tremendo, ese apabullante, ese cataclísmico minuto de Litri, horas, años y siglos para el toreo.<sup>243</sup>

Párrafos y párrafos para describir la hazaña de un torero que pasará a la historia no por su depurado estilo clásico —que años después tratará de potenciar cuando el valor se haya reducido de manera lógica y sustancial—, sino por su heterodoxia basada en el valor extremo.

Sin embargo, a Giraldillo en *ABC*, al igual que le ocurriera Barico, el toreo de Litri no le permite un análisis puramente objetivo porque no admite comparación con modelo alguno, e intenta situar al lector ante la disyuntiva: ¿Litri es bueno porque enardece a las masas y eso es suficiente para determinar su valía, o Litri es sólo un temerario que sacado del ambiente de sugestión que provoca no tiene valor taurómico? Como casi siempre, intenta mantener una distancia prudente porque a él mismo le desconcierta la reacción unánime del público ante el torero de Huelva y porque es posible que los valerosos arrebatos del diestro también produzcan en él cierta fascinación como ocurriera la temporada anterior. ¿Puede ser que el público, la inmensa mayoría del público, esté equivocado?, es la segunda cuestión que surge en su pensamiento, pregunta que seguramente se hicieron todos los cronistas de cada época con la aparición

---

<sup>243</sup> BELLÓN, A. «Clamoroso triunfo de Pepe Luis, Antonio Bienvenida y Litri en Madrid». *Pueblo*, Madrid, 18 de mayo de 1951, p. 9.

de cada fenómeno. Y es por eso que a él mismo se le reproducen las dudas y plantea en la misma línea un interrogante más: ¿Qué habrían opinado los más insignes críticos de épocas pasadas ante semejante ejercicio de la tauromaquia; alguno de aquellos se habría atrevido a levantar la voz? En cualquier caso, guarda la ropa Giraldillo, «no quiero recibir tres o cuatro mil anónimos insultantes» veremos que afirma, porque el fenómeno es de tal calado en ese momento que criticar con más dureza puede resultar caro, incluso peligroso para la propia integridad física.

### **CON TARDE ESPLÉNDIDA Y UN RESULTADO BRILLANTÍSIMO, SE CELEBRÓ LA QUINTA CORRIDA DE SAN ISIDRO**

Y aquí estoy, ante Litri. Litri se me escapa de todo análisis taurino. Aquí querría ver yo a Peña y Goñi, a Carmena y a Pascual Millán, por no citar más que a los maestros antiguos. Miguel había confirmado la alternativa con el toro “Desagradecido”, número 182. Había estado sin relieve. Nada con el capote, vulgar con la muleta. Lo que se dice nada. Palmas y pitos sonaban alternativamente. No surgía el menor detalle, y, cuando empleaba sus habituales recursos efectistas, el público se revolvió airado. Sencillamente deslucido. Muy breve todo, con prisa. Dos pinchazos y una estocada, y palmas y pitos. Lo que se dice una confirmación sin relieve. Retirado el sexto, por su cara abecerrada, salió uno de Terrones, cornicorto. Fueron movidos los primeros pases, pero, de pronto... ¿Qué pasó? De pronto, todo cambió para el de Huelva. ¿Es un torero o un faquir que sugestiona? Mucho me temo que sea esto. Lo cierto fue que comenzó a torear por naturales de forma trágica, angustiada, dolorosa casi... Y el público gozaba esa sensación agria, y paladeaba el amargor de la tragedia. Aquello era espeluznante, sobrecogedor. Ya el público no se acordaba que hay toros andaluces, ni ponía reparo en el tamaño de los cuernos. ¡Litri, Litri! Nadie estaba quieto. Nadie en pie. ¿Estaban en los cabales? ¿Cómo y por qué aquella reacción? Ya he dicho que Litri se me escapa del área taurina. Se sale de lo objetivo. Yo miraba los tendidos. Los que unos momentos antes sabían pesar y medir, habían roto pesos y medidas. Ya era el diluvio colectivo, y un repetir ¡Litri, Litri!

Y, ¡vaya usted a poner reparos! Vaya usted a analizar lo de mirar al tendido o lo de tirar la espada y muleta quedando arrodillado de espaldas al toro. Era la masa bajo el influjo del faquir. Otro día, acaso toree Litri más a fondo, y acaso sugestione menos. Dio un estoconazo volcándose sobre el morrillo, y acertó al tercer golpe. Entre un delirio de aclamaciones, cortó una oreja y paseó triunfalmente por el ruedo.

El público hizo que también pasearan a hombros a Pepe Luis y a Antonio Bienvenida.

—Y, usted, señor crítico, ¿qué dice?

—¡Que no quiero recibir tres o cuatro mil anónimos insultantes!



Así, pues, refiero y firmo.<sup>244</sup>

Estas reflexiones que diferentes cronistas efectúan sobre la figura de Miguel Báez, *Litri*, nos sirven para comprobar el estado de la prensa taurina en los primeros años de la década de los cincuenta. Puede que haya un grupo de cronistas que no estén muy de acuerdo con las nuevas fórmulas taurinas; pero bien pudiera afirmarse que son minoría. Y, sin embargo, hemos visto en la crónica de Bellón en *El Ruedo* que una parte de aficionados que asiste a la plaza de toros de Madrid está molesta y muestra su rechazo a lo que consideran tanto despropósito taurómico. Si esta parte del público recibe mención por parte de alguno de los cronistas es porque realmente tiene fuerza para hacerse notar, no es algo circunstancial, sino el reflejo de la diferente interpretación del espectáculo que se está produciendo. Y si este sentir no tiene un mayor reflejo en la prensa escrita, pudiera ser porque la prensa taurina de esa época está sujeta de manera mayoritaria al condicionante de la información publicitaria que se aborda en el siguiente apartado como tercer gran problema del espectáculo de la época.

### **3.1.3 El condicionante de la publicidad y el «sobre» en la comunicación taurina**

A lo largo de este estudio se afirma que después de la Guerra Civil en la prensa taurina se produce lo que llamamos división definitiva de perspectivas. La división, manifiesta en cada uno de los periodos de la tauromaquia moderna como reflejo del sentir y parecer de los escritores que fueron testigos de cada época y que se situaron, según su entender, en la proximidad del entramado taurino y sus protagonistas, o prefirieron mantener una distancia prudente con todo aquello, en el periodo posbélico adquiere su dimensión final. Aun así, con todos los condicionantes de cada época previa, marcadas principalmente por los partidismos beligerantes que arrastraban al conjunto de aficionados e influían en las valoraciones y análisis, existían puntos o nexos que unían posiciones de uno u otro lado. Sin embargo, después del periodo bélico, la aparición del sistema de información y crítica publicitaria generará esa división definitiva, porque los cronistas e informadores, independientemente de su interpretación del espectáculo, no jugarán con las mismas cartas.

---

<sup>244</sup> SÁNCHEZ DEL ARCO, M. (*Giraldillo*). «Con tarde espléndida y un resultado brillantísimo, se celebró la quinta corrida de San Isidro». *ABC*, Madrid, 18 de mayo de 1951, pp. 19-20.

La Fiesta, importantemente transfigurada, sin precedentes similares por las condiciones de los toros y por la implosión de la heterodoxia más grande conocida, ofrece disparidad de análisis y reflexiones; pero la apreciación de lo sucedido por parte de una de las perspectivas de entendimiento, aquella que valora desde la proximidad afectiva y se identifica con el proceder del entramado organizativo taurino, quedará, como nunca hasta entonces había ocurrido, mediatizada y condicionada.

En este periodo que se abre después de la Guerra Civil y que alcanzará la década de los sesenta, la fiesta de los toros habrá sufrido tantas transformaciones que en apenas unos lustros para muchos es ya un espectáculo desconocido. Por un lado la lidia de reses disminuidas en edad y manipuladas en sus defensas, y por otro, la dispersión conceptual del arte, particularmente hacia formas que rozan más lo circense que lo realmente artístico. La Prensa, en su caminar paralelo al espectáculo, sufre también el mayor metabolismo que hasta ese momento se ha podido conocer al verse invadida por el condicionante de la publicidad y el llamado «sobre», elementos determinantes en el desarrollo de ese tipo de información taurina que subvencionarán la práctica del periodismo, subordinando los discursos y sus funciones de manera inmoderada. Es por tanto su aparición, su influencia y propagación, como se afirmaba, el peldaño final que establezca de manera definitiva la división de perspectivas.

El «sobre», sinécdoque referida a la remuneración que algunos diestros facilitan a los periodistas para que estos hablen bien de su quehacer, normalmente facilitada materialmente en dicho elemento, de ahí su nombre, se convierte en práctica generalizada de una parte de los cronistas durante los años cincuenta y sesenta.

Mucho se ha escrito y hablado de este hábito que ejemplifica un posible modelo de corrupción periodística, y es muy difícil saber el momento exacto en que la costumbre de admitir retribuciones económicas llegadas de los protagonistas del espectáculo se instaura y se convierte en costumbre. Lo que es evidente es que su ejercicio, con diferente intensidad, se prolonga hasta prácticamente la década de los ochenta, incluso pudiera ser que llegara a nuestros días, y su objetivo no es otro que mantener en los medios de comunicación la opinión favorable, publicitar las cualidades de los diestros, con independencia de que las tuvieran, así como acallar las posibles tropelías que se desarrollan en este convulso periodo de la Tauromaquia. Su perversión

absoluta es alcanzar el grado de chantaje en que llegó a situarse en algunos casos en los que los periodistas, sabedores de su posición de privilegio, sometían a los protagonistas.

El profesor Alejandro Pizarroso Quintero resume lo que para él es el por qué de esta forma de trabajar de los medios de comunicación, a la que ubica ya en el siglo XIX, que obtenían ingresos al modo de las diferentes páginas de publicidad que ofertaban:

Desde mediados del siglo XIX hasta los años sesenta del XX la información taurina tenía en muchos periódicos diarios un carácter más publicitario que informativo. Es decir, el periódico recibía del cronista o revistero una cantidad de dinero por el uso de su espacio. Naturalmente este último sólo podía sufragar estos gastos si encontraba ingresos en otra parte y éstos le podían venir sólo de los toreros. Cuando el mozo de espadas, que siempre ha ejercido de pagador en esa pequeña empresa que constituyen el torero y su cuadrilla, preparaba los pagos, preparaba también un sobre o varios para el o los críticos de la ciudad donde se celebraba la corrida. En el mundillo taurino se ha hablado pues durante muchos años de críticos “sobrecogedores”, es decir, “sobre-cogedores”. Esta corruptela se ha mantenido incluso, según algunos, cuando ya los periódicos pagaban al cronista taurino como a cualquier otro colaborador. Y aún hoy se acusa a algunos críticos de ello, lo que es muy difícil de demostrar.<sup>245</sup>

Para el crítico taurino anteriormente citado, miembro de la Corriente Crítica Esencalista, Javier Villán, el asunto de la perversión de la prensa nace a la vez que el espectáculo se convierte en un importante negocio, adquiriendo preeminencia en las décadas de los cincuenta y sesenta del siglo XX con la práctica del mencionado «sobre». «Desde que la corrida adquirió la forma aproximada que tiene hoy —señala Villán—, es decir, desde que empezó a convertirse en un fenómeno económico a la vez que artístico, siempre han caído sobre los críticos sombras de sospecha. Nunca, sin embargo, como en los años cincuenta y sesenta del siglo XX el fraude y la connivencia entre periodistas y taurinos fue tan clamorosa. Pero en ningún momento se han podido documentar prácticas de soborno y corrupción tan claras como la del “sobre”, curiosa expresión que toma el continente por el contenido y se refiere al dinero que percibían de los toreros los periodistas»<sup>246</sup>.

El insigne César Jalón, *Clarito*, en su libro de memorias señala que en los primeros años del siglo XX adquirió auge, convirtiéndose en costumbre, aceptar por parte de los cronistas taurinos entradas para los festejos ofrecidas por los propios

---

<sup>245</sup> PIZARROSO QUINTERO, A. «75 años de Las Ventas. Tres cuartos de siglos de periodismo taurino». *Op. Cit.*, pp. 222-223.

<sup>246</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. *La crítica taurina. Antología. Op. Cit.*, p. 38.

diestros, sabedores del poder de persuasión que los periódicos tenían en épocas en que una de las pocas maneras de conocer las cualidades o debilidades de los diestros era a través de ellos. Clarito da cuenta de cómo le tocó vivir en primera persona, primeramente en el *El Liberal* y posteriormente en *Informaciones*, los quebraderos de cabeza que estas situaciones procuraban al establecerse un clientelismo particular que cargaba de compromisos, personales y profesionales, ineludibles no ya a los diestros, sino a los propios cronistas. «No obstante —señala Clarito la anécdota que fecha en 1912—, mi relación a distancia ganó en la consideración de *Bombita*. Tanto que para una corrida en Madrid recibí dos entradas suyas. Se iniciaba entonces ese reparto de localidades destinado a costarles a los toreros cantidades fabulosas y crearles a ellos, a sus admiradores y a los críticos, compromisos y pesadumbres sin cuento»<sup>247</sup>. Este tipo de prebenda sería el primer peldaño del proceso condicionante de la información taurina al ser evidente que la invitación del diestro al escritor tenía ese trasfondo interesado por su parte. A partir de ahí, dependía de la actitud del escritor tomar en consideración o no tales regalos.

Esta práctica de la dádiva de entradas, progresiva ya de manera imparable durante los siguientes años, sufrirá una, más si cabe, perniciosa y determinante evolución en la década de los treinta con especial agravamiento en el periodo de posguerra como es la venta de espacios publicitarios a los toreros en los diferentes diarios, segundo peldaño en la escalada venal de la profesión periodística taurina. Importada, según el propio Clarito, desde México por Domingo González Mateos, *Dominguín*, padre de la dinastía torera del mismo nombre, y que aquí en España pone en marcha el diario madrileño *La Voz*, rápidamente se convierte en una fuente de ingresos extra para los diarios que, olvidándose de éticas periodistas y otras disquisiciones profesionales, abrazan sin miramientos la práctica, quedando en pocos años instaurada y bendecida por la mayoría de ellos:

Mala situación, agravada por la ingrata postura que al crítico de toros le va creando la pedigüería administrativa en casi todos los diarios madrileños. No todavía tan apremiante cual habrá de serlo y la analizaremos en su oportunidad; sumamente molesta, sin embargo, desde que *La Voz* inaugura un sistema «crítico publicitario», importado de México por *Dominguín*, como pudo importarlo cualquier otro negociante o agente.

---

<sup>247</sup> JALÓN ARAGÓN, C. *Memorias de «Clarito»*. Op. Cit., p. 34.

Conmina el sistema a que, si el crítico quiere permanecer en su cargo, ha de llevar un *mínimum* de dinero a la administración, arrancado a los toreros para publicidad.

De momento, a los otros diarios que recolectaban pacíficamente planas taurinas publicitarias se les avivó el apetito, sin llegar a la exigencia conminatoria. Al mío, quiero decir a *El Liberal*, su modesta tirada se lo vedaba más que a ninguno, aunque no desdeñó del todo el ejemplo y pió a menudo por la contribución.<sup>248</sup>

Lo que en un primer momento es simplemente publicidad, al estilo de la época, que algunos diestros colocan en las páginas de los diarios promocionando sus virtudes y buen hacer, evoluciona y se pervierte hasta tal punto que en muchos periódicos el sueldo del cronista taurino pasará a depender directamente no ya de la dirección de la publicación, sino de sus ingresos por la gestión de páginas de publicidad, lo que contribuye a la escalada del sistema y a la dedicación concienzuda de los periodistas para conseguir montantes que paguen las planas y su sueldo. La relación entre críticos —normalmente los responsables de las secciones taurinas de los diarios, encargados de gestionar las planas— y entramado taurino se estrecha como nunca antes, derivando en un clientelismo parasitario que convierte la información taurina de esos medios en un escaparate de elogios y ditirambos hasta entonces desconocido, amén de subyugar la pretendida independencia de los escritores. Los diarios que se prestan al juego ganan páginas en los que la fiesta de los toros aparece reflejada al mismo tiempo que desaparece la visión crítica independiente.

El crítico gestiona esos ingresos y en base a su prestigio o del periódico en el que escribe éstos son más o menos importantes, pudiendo llegar a sumas fabulosas a lo largo de toda la temporada. «El sistema permaneció hasta los años sesenta —señala el profesor Alejandro Pizarroso—, y se dio con menor intensidad en las revistas especializadas. Que existieran críticos “sobrecogedores” es una realidad indemostrable, que ningún periodista confiesa y admite, pero que cualquier mozo de espadas de la época puede confirmar, porque ellos eran los encargados de entregar el sobre con el dinero»<sup>249</sup>.

Como apunta el profesor, y como es lógico, el asunto nunca, o casi nunca, ha sido reconocido por los periodistas taurinos que lo ejercían, sin embargo, son

---

<sup>248</sup> *Ibidem*, p. 234.

<sup>249</sup> PIZARROSO QUINTERO, A. «Los periodistas taurinos: el cuarto protagonista de la fiesta». En BERNAL RODRÍGUEZ, M. y ESPEJO CALA, C. (Editores). *Actas del II Seminario sobre Periodismo Taurino*. Sevilla, Padilla Libros Editores & Libreros, 2000, p. 129.

numerosísimos los testimonios que lo afirman y certifican, adquiriendo especial importancia los que salen de los propios toreros, y entre ellos hay tres que son suficientemente clarificadores y que evidencian la práctica como son los Paco Camino, Jaime Ostos y Curro Romero que se abordan en los siguientes párrafos.

Como ocurre con la mayor parte de las cosas que redundan en beneficios importantes para quien participa de ellas, el sistema se implanta con cierta rapidez, y a comienzo de la década de los cincuenta su alcance es notable. O al menos eso se desprende de la denuncia que ejerce el director de *La Gaceta del Norte*, Antonio González, que firmara como *Jinetillo* cuando escribía de toros, en un texto publicado en el diario y del que se hacen eco varios periódicos nacionales como *ABC*, que en un artículo sin firma publicado en agosto de 1953 recoge las interesantes declaraciones que el escritor efectuara al periodista de *El Correo de Andalucía* José Montoto:

### **EL PLEITO TAURINO**

#### **Publicidad y honestidad profesional**

[...] Y “Jinetillo”, con la responsabilidad de su firma, asegura haber visto en Pamplona los “sobres” que para repartir tenía un mozo de espadas. Importaban los “sobres” 75.000 pesetas. Y añade “Jinetillo” que no eran estos sobres del “as deoros” de la tauromaquia, lo que quiere decir que hay sobres de mucha más enjundia.

Esto no nos parece bien. Y hasta creemos que es un de las causas que encarecen la fiesta. Nadie regala nada. Cuando se sube el coste de algo, la subida repercute en el público. Y es lógico que el diestro suba sus honorarios cuando, además de tener que atender a gastos de cuadrilla y de transportes ha de atender a rellenar los sobres de rigor.

Nada menos que 34 periodistas forasteros afirma “Jinetillo” que han ido a las corridas de Pamplona. No he de negar que alguno sea lo suficientemente aficionado y lo suficientemente rico para pasarse el año de la Ceca a la Meca, de feria en feria. Pero creo exagerado pensar que haya 34 Cresos escribiendo de toros y atravesando la Península Ibérica en todas direcciones, varias veces al año y costeando hoteles de primera en los días en los que cobran hasta con sobreprecio.

Resultado de este coincidir y de este convivir de diestros y revisteros es que se crean afectos y amistades en menoscabo de la fiesta misma. [...]

La fiesta anda a la deriva; ¿no va a andar? Y acabará naufragando si el remedio no llega. Y el remedio es sencillo: lo dice un cartelito que hay en las oficinas: “Cada cosa en su sitio, y un sitio para cada cosa”. Así debe ser: cada cosa en su sitio. Los anuncios, con cara de anuncios, en el sitio de los anuncios, y pasando por la Administración de los periódicos. Los toreros, toreando en el ruedo y tan solo en el ruedo. Y los sobres,

llenando el oficio para el que fueron creados: para envoltura de cartas nada más.<sup>250</sup>

Si lo que afirmaba Antonio González al redactor José Montoto era totalmente cierto, queda claro el alcance del entramado era inmenso y seguramente muy pocos los medios de comunicación que estaban al margen de tal tejemaneje. En cualquier caso, la denuncia estaba hecha, con el añadido destacable de la consideración del perjuicio que para la verdad de la propia fiesta suponía la creación de afectos —impuestos muchas veces— entre toreros y periodistas, y la necesidad de separar los campos de la publicidad y la información, aspecto que, como se ha visto en el apartado correspondiente, puede incidir de manera muy negativa en la honestidad del trabajo profesional.

Sobre la época de los años sesenta se atreve Alfonso Navalón<sup>251</sup> a nombrar a varios de quienes, entre los más importantes, llevaban a cabo tales prácticas, como Alejandro Villamayor, en *Informaciones*, encargado de la sección taurina de dicho diario en el periodo que estuvo allí Navalón, al que define como «un avisgado gallego que pagaba un millón y le sacaba tres a los toreros». Destaca también el curioso caso del diario deportivo *Marca*, en el que escribía de toros —y ganaba un «fortunón», según el propio Navalón— Ernesto Acebal, con una de las secciones taurinas que más ingresos proporcionaba, «porque como tenía una gran tirada los toreros en su estupidez consideraban que les salía muy rentable, cuando la verdad es que los taurinos de entonces no eran nada aficionados al fútbol».

Pero uno de los casos más conocidos y que generó mayor polémica fue sin duda el del cronista Gonzalo de Bethencour y Carvajal, que firmaba Gonzalo Carvajal, y que escribió en el diario *Pueblo* hasta que en enero de 1972 fue sustituido por el propio Alfonso Navalón. «El que más se llevaba era Gonzalo Carvajal en *Pueblo* —afirma Navalón— que pagaba cuatro millones por sus páginas y luego sacaba seis para él solito». Durante la entrega de los conocidos Trofeos «Mayte» correspondientes a la feria de San Isidro de 1966, Paco Camino, ganador en esa ocasión del premio al mejor quite, denunció ante el ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, la práctica de Carvajal, lo que llevó a que el director del diario, Emilio Romero, tomara la decisión de cesarle.

---

<sup>250</sup> Véase ABC. «El pleito taurino. Publicidad y honestidad profesional». Madrid, 2 de agosto de 1953, p. 33.

<sup>251</sup> NAVALÓN GRANDE, A., en SÁNCHEZ CAÑAMERO, F. J. *Alfonso Navalón. Escribir y Torear*. Madrid, Sombras Chinescas, 2010, pp. 86-87.

No era la primera vez que a Alfonso Navalón le tocaba sustituir a un cronista «sobrecogedor», ya que unos años antes, en abril de 1967, cuando entró como titular de la sección taurina de *Informaciones*, diario en el que era normal la publicidad ditirámica de los toreros, el periodista Gonzalo Ángel Luque del Pino, *Curro Fetén*, particularmente conocido por su programa en *Radio Intercontinental* y según Navalón también partícipe del «sobre», se había hecho cargo de la sección taurina el día 1 de marzo de ese mismo año. Su paso por el diario puede decirse que fue anecdótico, y una vez salido, las páginas de publicidad, aunque no del todo, casi desaparecieron del diario. Por tanto, a Navalón le tocó sustituir en los dos diarios, *Informaciones* y *Pueblo*, a dos periodistas sobre los que se cernía la sospecha de la corrupción.

Pero el sistema implicaba no sólo a la prensa escrita, la radio y la televisión también fueron partícipes de tales prácticas. «De toda esta tropa de trincones, el más descarado era Lozano Sevilla —afirma de nuevo Navalón—, que no pagaba nada a televisión, pero reventaba a los toreros con sus elevadísimas exigencias». Manuel Lozano Sevilla, además trabajar en radio y encargarse de las retransmisiones taurinas de Televisión Española en los años cincuenta y sesenta, era taquígrafo de Franco. Durante un festejo celebrado en la plaza de toros de Marbella, el 22 de noviembre de 1968, y retransmitido en directo por la cadena de televisión con un cartel compuesto por Jaime Ostos, Andrés Hernando, Andrés Vázquez y el rejoneador Rafael Peralta, ante toros de Manuel Santos Galache, Ostos tuvo la osadía de brindar la muerte de uno de sus astados a Lozano Sevilla, en un particular brindis en el que le acusaba de robar a los toreros. Es decir, Ostos se atrevía a denunciar públicamente, nada menos que antes las cámaras de televisión, el chantaje a que estaban siendo sometidos él y varios de sus compañeros. Un chantaje tan burdo en algunos casos que implicaba el desprecio, cuando no la desaparición, de los posibles éxitos de los protagonistas si no se pagaba al periodista responsable.

El festejo en cuestión había sido organizado para homenajear a los participantes en la XXIX reunión que el Skál Club —organización creada en París en 1932 y que promueve el turismo global— celebraba esos días en la localidad, y el torero de Écija, dolido por el trato que estaba sufriendo por el presentador al que meses antes había decidido no pagar ni un duro más, aprovechó el trance para hacer pública denuncia de la actitud que mantenía el citado periodista con los toreros. El sonido no fue bueno y apenas se entendió por la televisión el mensaje de Ostos —el propio Lozano Sevilla no



se enteró bien tampoco de las palabras del torero—, pero el escándalo alcanzó gran magnitud y Lozano Sevilla fue destituido de sus funciones.

Lozano Sevilla se apresuró a desmentir la acusación, y en *Hoja del Lunes* del día 25 de noviembre salió publicada una entrevista en la que reclamaba la restauración de su dignidad y la posible puesta en marcha de medidas judiciales para que así fuera. Ante la pregunta del periodista sobre el motivo de la acusación de Jaime Ostos, Lozano Sevilla responde:

- ¿A qué viene entonces todo ese lío?
- No lo sé. Ostos jamás has sido amigo mío. He hablado con él tres o cuatro veces. Recuerdo que una de ellas, precisamente ante las cámaras de televisión, Ostos, que se encontraba allí con algunas personas más, se levantó al final de la emisión, vino hacia mí y me dio un abrazo. Ahora, para vengarse de un breve comentario mío sobre la temporada taurina ya terminada, en cuyo comentario no se hacía otra cosa que glosar la actuación de los diestros, Ostos me ofende públicamente con palabras que no estoy dispuesto a tolerarle.
- ¿Y qué va usted a hacer?
- Tomaré las medidas oportunas. Y de igual manera realizaré las gestiones necesarias para restaurar mi dignidad ofendida contra algún periódico que ha desorbitado el suceso para darle un sentido sensacionalista, impropio de un diario serio y con indudables matices ofensivos que podrían ser motivo de querrela.<sup>252</sup>

Se desconoce si Lozano Sevilla puso en marcha querrela alguna, pero en cualquier caso, este escándalo junto con el anteriormente mencionado de Gonzalo Carvajal fueron los más sonados y los que mayor repercusión alcanzaron en esos años sesenta.

Un tercer diestro que recientemente ha reconocido la práctica, en este caso sin afán de denuncia, sino como manera de explicar cómo era el funcionamiento y las relaciones entre los matadores de toros y los periodistas, ha sido Curro Romero<sup>253</sup>. En la entrevista que le realizaba el presentador Federico Arnás en el programa de Televisión Española *Tendido Cero* emitido el sábado día 13 de diciembre de 2014, Curro Romero justifica que los diestros tuvieran que pagar a los periodistas por el tema de las páginas que éstos tenían que comprar a sus respectivos diarios, y certifica cómo durante una feria de San Fermín —curiosamente misma feria en la que fuera testigo el director de *La Gaceta del Norte* Antonio González—tuvo que reunir en su habitación de

---

<sup>252</sup> Véase *Hoja del Lunes*. «Lozano Sevilla contesta al brindis del escándalo». Madrid, 25 de noviembre de 1968, p. 23.

<sup>253</sup> Véase *Tendido Cero*. Federico Arnás (respons.), Televisión Española, Madrid, sábado 13 de diciembre de 2014, 14:00 horas, minuto localización 56:02 a 61:10.

hotel a varios de los informadores y/o «críticos» a los que habitualmente pagaba para comunicarles que ante las dificultades que para él suponía esa retribución decidía interrumpirla. Gonzalo Sánchez Conde, *Gonzalito*, su mozo de espadas, era el encargado de repartir los sobres, y reconoce Curro Romero que incluso hasta alguna agencia de noticias —pudiera ser CIFRA, MENCHETA, LOGOS o EFE— solicitaba y recibía el «sobre».

Destaca sobre todo en la declaración de Curro Romero la naturalidad con la que refiere el tema. Sus afirmaciones constatan de qué manera estaban establecidos los funcionamientos del entramado taurino, del que esa parte de la prensa era ya facción importante. Y, como se afirma en varios apartados de este trabajo, la visión del espectáculo que ofrecían tanto en las páginas de los diarios como en las cadenas de radio y televisión era compartida no únicamente desde los sectores más próximos a ese entramado, sino también por una importante parte de la afición que entendía que la dimensión de la Fiesta en todas sus variantes era ésa. La perspectiva integrada, a pesar del «afeitado», del «tremendismo», y del «sobre» estaba instalada entre la afición del mismo modo que la perspectiva distante se alejaba cada vez más del entramado y todo lo que de él brotaba.

Sin embargo, y a pesar de que la práctica es muy posible que estuviera generalizada y extendida —de la época que el toco vivir en la prensa nacional Alfonso Navalón únicamente reconoce como ajenos al tejemaneje a Antonio Díaz-Cañabate, de *ABC*, José María del Rey Caballero, *Selipe*, de *Hoja del Lunes* y después de diario *Ya*, y él mismo, excluyendo incluso a Vicente Zabala, sobre quien nunca se cernió, al menos en aquella época, sospecha alguna—, la dificultad de certificar su magnitud, tanto en el pasado como en el presente, hace que existan voces que entienden que no puede generalizarse su extensión, y que el hecho de haberse producido responde más a excepciones que verdaderos sistemas de funcionamiento grupal.

En este sentido, el que fuera catedrático de Historia del Periodismo, José Altabella, en su interesante obra *Crónicas Taurinas. Antología* rompe una lanza a favor del gremio, defendiendo que el fraude ha sido y es algo excepcional y, curiosamente, entendiendo la existencia de gratificaciones que en ningún caso deben ser entendidas como soborno, algo parecido a lo que pudiera inferirse de los regalos de entradas por

parte de los diestros a los cronistas taurinos que en los primeros años del siglo XX apuntaba César Jalón, *Clarito*.

Tal vez desde los tiempos de Garisuaín quedara forjada la verdadera leyenda negra en torno a la ética profesional del crítico taurino. Nosotros creemos que las excepciones desgraciadas que puedan existir en este orden no deber servir jamás para dar tónica a una versión deformada de la conducta y la misión de algunos cronistas de la llamada fiesta nacional. El concepto peyorativo de la venalidad de la Prensa se ha cebado, con encono, muchas veces, en algunos revisteros taurómacos que, excepcionalmente, han actuado de espaldas a la ética profesional. Se ha hablado, en ocasiones, de regalos en metálico ofrecidos por los diestros a algunos de sus panegiristas, y también se ha censurado el desenfado de ciertos revisteros para hacer cotizar ilegalmente su prosa, no con el vaso de *bon vino* que demandaba Berceo para la suya, sino con la esperanza del *sobre* de billetes de banco; de aquí que haya surgido justamente esa expresión, *sobre*, como eufemismo calificador y peyorativo aplicado a la actitud sobornable de la crítica taurina. En muchas ocasiones, la mala fe ha hecho que se confunda el soborno con el agradecimiento, y el chantaje, con una muestra de atención.<sup>254</sup>

Convendría puntualizar en este tema que, como ocurre en la mayoría de los aspectos sociales en que las personas son expuestas a tentaciones lucrativas, en buena lógica habría escritores que caminaron con prudencia y otros que viendo las grandes posibilidades económicas que ofrecían su prestigio y reconocimiento, aprovechando en toda la dimensión el sistema que se había establecido.

Si durante los primeros años de la posguerra se institucionalizaban los dos grandes fraudes en el espectáculo, edad de los toros y «afeitado», y progresaba la mayor dispersión conceptual hasta entonces conocida, el «sobre» y su crítica-publicitaria venían a completar el círculo de factores que, ya de manera definitiva, dividía el entendimiento de la fiesta de los toros, siendo este tercer ingrediente el que marcará de manera definitiva esa división de perspectivas. Si el «sobre» no hubiera llegado a existir en los términos que lo hizo, a pesar de los fraudes antes mencionados sobre el toro y a pesar de la proliferación de formas taurómacas heterodoxas, la prensa habría mantenido su línea tradicional de entendimiento dividido, mostrándose crítica y beligerante desde todos los ámbitos —como por otra parte siempre lo hizo en las épocas pretéritas a pesar de los condicionantes que pudo tener como el citado partidismo—, y frenando en la medida de su influencia cada una de las posibles corruptelas y artimañas que incesantemente estuvieron presentes en la Fiesta.

---

<sup>254</sup> ALTABELLA, J. *Crónicas taurinas. Antología*. Madrid, Taurus, 1965, p. 22.

Sin embargo, el sistema de crítica-publicitaria anulaba definitivamente la mezcla de espacios y anulaba la posición crítica de una de las partes, quedando el fraude cometido por el entramado taurino amparado desde la venalidad de parte de los medios de comunicación. La disyuntiva era muy sencilla: o se estaba en un lado, o se estaba en otro. Si se aceptaba recibir comisiones, se reducía la actitud combativa; si no se aceptaban, era muy difícil taparse la nariz y mirar para otro lado. Esa falta de beligerancia, ese sometimiento, permitió en buena medida que los fraudes se prolongaran en el tiempo y que la heterodoxia pudiera campar a sus anchas, hacer frente al clasicismo y, en muchos momentos, superarle.

## **4. EL ESENCIALISMO COMO RESPUESTA A LA DECADENCIA DEL ESPECTÁCULO**



Ante la transformación que por las causas apuntadas comienza a producirse en el mismo arranque de la posguerra, progresivamente se empiezan a escuchar voces que rechazan ese camino que la Fiesta ha tomado. La perspectiva distante, aquella que vive el espectáculo desde una posición más crítica, sin estrechar lazos con los protagonistas del entramado taurino, empieza un intenso periodo reivindicativo. Sin duda, había ingredientes para una respuesta desde ese emplazamiento. El toro disminuido en edad y «afeitado», el toreo —parte de él— alejado del concepto clásico, más próximo en muchos casos a ejercicios circenses, y la crítica-publicitaria y el «sobre», que, perdida la independencia, ofrece una visión condicionada de lo que acontece, suman peldaños en la decadencia del sistema y dan argumentos para esa contestación. Una respuesta desde una posición que en este estudio denominamos *esencialismo* que, si bien empieza a manifestarse tenuemente ya en los años cuarenta, en un progresivo e imparable proceso de radicalización adquiere notoriedad definitiva al desembocar, en la mitad de los años sesenta, en la que en este trabajo hemos llamado *Corriente Crítica Esencialista* de la crítica taurina.

Es por tanto el esencialismo que nace en el seno de la perspectiva distante una demanda en sí mismo; pero es también la rebelión contra el sistema dominante con el objeto de subvertir todo el proceso, asentando de este modo y de manera permanente la estructura de la pretendida —idealizada— fiesta de verdad. Y es sobre todo, la constatación de un sentir hacia esa maltratada Fiesta que supera los convencionales modos de relación con ella. Con el esencialismo radicalizado se instalará un credo taurino que funciona, además, como dogma, y desde el dogma se hacen visibles, e intentan imponer, las demandas de voces que en otras circunstancias no se habrían manifestado. La participación en un primer momento de personalidades del ámbito sociocultural contribuirá, por un lado, a crear un estado de opinión que será fundamental para que en los años sesenta irrumpen con mucha fuerza desde esa posición esencialista nuevos, además de jóvenes, críticos taurinos que habrán basado su entendimiento en ese dogma promulgado, y por otro servirá para calibrar y reforzar la importancia que en la sociedad tiene la Fiesta.

El esencialismo como forma de entender la Fiesta irá ganando presencia social y fuerza con el paso de los años, estando presente en la opinión pública a través de las campañas de denuncia que se orquestrarán en las diferentes etapas y de las que se harán eco distintos medios de comunicación. Su carácter transversal, como por otra parte

siempre ha sido la afición a la Fiesta, abarcando desde intelectuales, periodistas taurinos y aficionados, contribuirá a su expansión y consolidación.

#### 4.1. El público esencialista

Puede que las primeras manifestaciones del esencialismo partan de determinados sectores del público que empiezan a dejarse sentir en algunos tendidos de las plazas de toros, particularmente en la de Madrid, paradigma de las reivindicaciones, en los primeros años de la posguerra. Ya se vio en el apartado referido al *encimismo* y *tremendismo* cómo en 1944 y en el diario *El Alcázar* el cronista Carlos Revenga, *Chavito*, reprobaba la actitud de algunos aficionados que pitaban las actuaciones de Manolete o mostraban su disconformidad con el tipo de toro que saltaba al ruedo en la época. O cómo el cronista Antonio Bellón, desde el diario *Pueblo*, tildaba de «reventadores» a los aficionados que en 1951 censuraban a Litri. La postura de estos aficionados, a los que Emilio García Rojo en *Ya* denomina ese mismo año de 1951 como «exigentes»<sup>255</sup>, y que su «molesta» presencia sea recogida en los periódicos, es el indicador más claro de que entre la parte del público hay un sector no conforme con lo que está aconteciendo.

Evidentemente, este tipo de público protestatario siempre ha existido en cada una de las épocas de la Fiesta. Baste recordar los incidentes que se produjeron en la plaza de toros de Madrid el día que tomó la alternativa Juan Belmonte. Ese jueves 16 de octubre de 1913 estaban anunciados toros de la ganadería de Guadalest, sin embargo, estas reses fueron sustituidas por otras de la ganadería de Prudencia Bañuelos, que a la postre, además de ser indecorosas por la falta de trapío, resultaron mansísimas. A esto se sumaba el descontento previo de los aficionados por el exagerado aumento del precio de las localidades para dicho acontecimiento. Todo derivó en un escándalo mayúsculo, con lanzamiento continuado de objetos e invasión incluida del ruedo durante la lidia del tercer toro. O también la última tarde que torea Joselito en Madrid, el día 15 de mayo de 1920, que transcurrió entre una continuada pitada desde el mismo momento del paseíllo. En este caso, los toros debían haber sido de Albaserrada, y por algún motivo fueron cambiados por otros de Carmen de Federico, siendo devueltos a los corrales y sustituidos por otros, además, los lidiados en cuarto y quinto lugar. La corrida, al

---

<sup>255</sup> GARCÍA ROJO, E. «Por la puerta grande salieron en hombros Pepe Luis, Antonio Bienvenida y Litri». *Art. Cit.*, p. 6.



parecer, acusó glosopeda, enfermedad muy presente en la cabaña de bovino española de la época, y éste debió ser el motivo para que no se empleara con la bravura y fuerza deseadas. Todo esto creo una tensión generalizada en el ambiente tenso de antemano debido a que tanto a Joselito como a Juan Belmonte, máximas figuras de la época, ya se les culpaba de todos los males que en ese momento podía tener el espectáculo. «Soy menos injusto y menos cruel que el público, que en el delirio de la protesta os achaca todo, hasta las culpas ajenas, hasta las epidemias»<sup>256</sup>, terminaba Gregorio Corrochano su crónica de ese día en el diario *ABC*.

Pero el público de la postguerra ya no es ese público exigente y entendido, al menos no lo es tanto, como lo era en esa Edad de Oro. La Fiesta se está adaptando al nuevo tiempo al igual que lo hace el conjunto de la sociedad española. Sin embargo, quedan reductos de aficionados estrictos que no comulgan con los nuevos tiempos, mostrando su rechazo a la nueva tauromaquia, particularmente al nuevo toro, un rechazo que en ocasiones se transforma en incidentes de orden público<sup>257</sup> en algunas plazas de toros, lo que hace que la autoridad empiece a ser consciente del problema y tome cartas en el asunto, decidiendo en abril de 1943 revisar el Reglamento de Espectáculos Taurinos para volver a instaurar el polémico artículo 27, suprimido en el año 1941, referido al peso mínimo de los toros a lidiar, estableciendo para las plazas de primera categoría un peso de 423 kilos, 401 kilos en las de segunda, y 378 kilos en las de tercera categoría.

Que se instauraran estos pesos mínimos, tan alejados todavía de los que recogía el reglamento de 1930 —470 kilos en plazas de primera, 445 kilos en las de segunda y 420 kilos en las de tercera—, era una respuesta limitada, un parche al abuso generalizado, que fue bien acogida, pero sin duda era una clara indicación del alcance que estaba experimentando ese fraude, tan extendido y normalizado que hizo de detonante del descontento que, como se afirma, empieza a hacerse sentir entre distintos sectores del público de las plazas de toros.

En el apartado 2.3. *Un mismo espectáculo con dos miradas diferentes* del presente trabajo se indicaba que los espectadores que asisten a los festejos taurinos tradicionalmente se dividen en dos grupos: público ocasional o de aluvión, y público aficionado. Históricamente, como se vio en dicho apartado, entre el público aficionado

---

<sup>256</sup> CORROCHANO, G. «Habéis estao fatales». *ABC*, Madrid, diario *ABC*, 16 de mayo de 1920, p.7.

<sup>257</sup> GUTIÉRREZ ALARCÓN, D. *Los toros de la guerra y del franquismo*. *Op. Cit.*, p. 119.

siempre existió esa doble visión de entendimiento. Por un lado los «aficionados esencialistas», aquellos que mantienen una posición más o menos distante, cautelosa, sin mezclarse en exceso con el entramado taurino, al que se le achacan todos los males de la Fiesta, siempre con una postura más crítica y más técnica. Por otro, desde una posición más cercana, los «aficionados conformistas», quienes admiran y comulgan con casi todo lo que rodea y emana de dicho entramado, subyugados por su afición a la fiesta taurina y, por tanto, menos críticos y más complaciente con las formas, sin profundizar en análisis y disquisiciones de calado conceptual, asimiladores de cualquier evolución creativa por muy estrambótica o disparatada que pueda llegar a ser. A estos, además, se les suma normalmente el público de aluvión, que carece de un conocimiento técnico suficiente y plantea su asistencia con la intención de divertirse.

Los «aficionados esencialistas», aquellos que procuran mantener la distancia con el organigrama taurino —los que, como se afirma en este trabajo, participan del espectáculo desde una perspectiva distante— siempre han censurado cualquier acción que tuviera por objeto escamotear la grandeza del espectáculo. Y si bien en épocas previas su fuerza era relativa porque su número tanto de la Edad de Oro como de la Edad de Plata era ostensiblemente mayor, en el periodo posbélico, marcado por la llegada a los cosos de ese público de aluvión entre el que se mezclan infinidad de extranjeros ávidos de conocer el espectáculo más identificativo de España, su disposición y reivindicaciones adquieren también un matiz característico y diferenciado acorde al nuevo periodo llegado a las representaciones de la Tauromaquia.

En su obra *Adiós Madrid*, Andrés de Miguel y José Ramón Márquez diferencian también a los aficionados a los toros capitalinos de la diferente perspectiva —en su caso usan los términos «modernistas» o «integristas» para distinguirlos—, siendo los primeros menos exigentes, más aficionados a la estética, y los segundos más rigurosos con las condiciones que deben producirse en la lidia y particularmente con las que deben tener los toros para que el espectáculo tenga la emoción necesaria.

Podemos definir a los aficionados modernistas como los partidarios de la elegancia en las formas. Seguidores de algún torero, les importa menos el toro que la plástica del matador. Desde Mariano de Cavia, Sobaquillo, hasta los actuales seguidores de José María Manzanares, cuenta con una larga tradición.

Los aficionados integristas recorren la historia de la fiesta pidiendo fuerza, trapío, edad y bravura a los toros y toreros que sean capaces de poderlos.

Encuentran la belleza, más allá de la pura plástica, en la resolución del enfrentamiento entre toro y torero con riesgo y majeza.<sup>258</sup>

En relación a esos aficionados más exigentes que se manifiestan en el periodo posbélico, la primera particularidad es que, evidentemente, son minoría frente a ese nuevo público que se ha aproximado a las plazas atraído por el fulgor de las figuras de la nueva época, particularmente de Manolete, y muestran su disconformidad no sólo por la presencia o comportamiento de una corrida o por la mala ejecución del canon artístico pertinente, aspectos tradicionales de la censura de los aficionados desde la perspectiva distante, sino por el funcionamiento estructural del espectáculo. Su reclamación es la de la vuelta de la fiesta esencial, la que conocían, en la que el toro es fiero y con trapío y el torero es dominador a la vez que artista. La segunda particularidad es que, como ocurre en la plaza de toros de Madrid, parte de ellos poco a poco se van reagrupando en un mismo sector de la plaza, con lo que conseguirán, de esta manera, hacer mayor presión al comportarse como grupo coral en el que se lanzan al unísono las consignas y las protestas.

En su progresión con el paso de los años, su mayor exponente por tanto lo encontramos en la madrileña plaza de toros de Las Ventas del Espíritu Santo, en la que desde principios de los años sesenta se aglutinan en la llamada andanada del tendido 8 un grupo de aficionados, cada vez más numeroso, que hacen ostensibles sus reivindicaciones, protestando sonoramente ante lo que consideran fraudes del espectáculo. Este grupo de manera progresiva irá creciendo y subiendo el nivel de su protesta. Organizados o no, actuarán como conciencia colectiva. Serán la cara visible del ideario esencialista en una plaza de toros, y como partícipes de ese ideario, se apoyarán en los cronistas de la Corriente Crítica Esencialista y dichos cronistas defenderán sus actuaciones en el tendido.

El grado de virulencia alcanza cierta magnitud, molestando de tal forma al acomodado entramado taurino que se producirán varios intentos por acallar sus voces. Así, justo antes del comienzo de la temporada de 1981, el empresario Martín Berrocal trata de disolverlos destinando la mencionada andanada para abonados de la tercera edad. Sin embargo, el remedio no fue bueno. Esa afición constituida como grupo y como hecho diferencial de la plaza de Las Ventas no desaparecerá, ya que muchos de

---

<sup>258</sup> DE MIGUEL, A. y MÁRQUEZ, J. R. *Adiós Madrid. Paseos por el Madrid taurino*. Madrid, Ediciones La Librería, 1998, p.130.

ellos pasarán al tendido de sol número 7, lugar en el que también se escuchaban voces de descontento, en el que la presencia de estos aficionados se multiplicará exponencialmente, aumentando del mismo modo el nivel de la reivindicación. Significará la mayor representación del dogma esencialista en una plaza de toros, sin parangón en ningún otro coso, hasta el punto de que su actitud condicionará el desarrollo del espectáculo y obligará a modificar su organización en muchos aspectos.

Entre las protestas más recordadas de estos aficionados esencialistas debe referirse la llevada a cabo el martes día 23 de mayo de 1972, día siguiente a la faena por la que fue concedido al matador Sebastián Palomo Martínez, *Palomo Linares*, el rabo del toro «Cigarrón», de la ganadería de Atanasio Fernández, último rabo que se ha concedido en Las Ventas, y que consistió en colgar de manera visible crespones negros<sup>259</sup> en la barandilla de la andanada como denuncia. Una denuncia que, como afirma el periodista Rubén Amón, era «contra Palomo, contra el presidente Pangua, contra el afeitado, contra el *star-system*, contra el orden establecido, contra todo»<sup>260</sup>.

En cualquier caso, estos sonoros aficionados son, como se afirmaba, la parte visible del esencialismo dentro de una plaza de toros, y cuando empiezan a asomar sus protestas en contra del funcionamiento de la Fiesta en los primeros años de la posguerra es cuando puede afirmarse que el ideario esencialista empieza a adquirir su beligerante forma. Su caminar va paralelo al de otras manifestaciones y movimientos, intelectuales, periodísticos, conformando entre todos la estructura del repertorio del concepto esencialista. Apoyados, como se verá, desde distintos ámbitos culturales y sociales, sobrevivirán hasta nuestros días.

## 4.2. El esencialismo desde el plano intelectual

Desde el plano intelectual también existe una respuesta contra el proceso de decadencia en el que ha entrado la Fiesta. Así, en las décadas de los años cuarenta y cincuenta de ese siglo XX, en plena postguerra, las reivindicaciones y protestas del público que ya son notorias en algunas plazas de toros tienen su reflejo en varias publicaciones que verán la luz a lo largo de ese periodo. Algunos intelectuales y profesionales de distintos campos, grandes aficionados a los toros, no son ajenos a la

---

<sup>259</sup> Véase GARCÍA, J. M. «Desde la oposición, con amor». *Pueblo*, Madrid, diario *Pueblo*, 24 de mayo de 1972, p. 32.

<sup>260</sup> AMÓN, R. «Toreros de Madrid». En ABELLA MARTÍN, C. (Coord.). *Las Ventas, 75 años de historia*. Madrid, Centro de Asuntos Taurinos de la Comunidad de Madrid, 2006, p. 262.

dinámica que consideran destructiva en la que entrado el espectáculo y se lanzan a publicar textos de denuncia, combativos, contra todo ese proceso decadente. Los temas que centran sus reivindicaciones, como no podía ser de otra manera, siguen la línea esencialista que clama por el regreso de la tauromaquia íntegra: la recuperación del toro, la defensa del toreo clásico y el ejercicio de la crítica independiente son los tres mismos pilares sobre los que se asientan sus discursos de denuncia. Estas publicaciones serán incesantes en lustros posteriores, sin embargo es en ese periodo posbélico cuando tienen particular interés, porque ellas forman parte del nacimiento de ese nuevo esencialismo que reclama una Fiesta distinta a la que se ha establecido.

Entre las varias obras publicadas, base fundamental de este punto 4. *El esencialismo como respuesta a la decadencia del espectáculo*, tienen especial interés los de varios títulos y autores que centraron sus esfuerzos en esa denuncia, corpus de esta parte del estudio y que son citados a lo largo de los puntos siguientes de este trabajo.

**Adolfo Bollaín Rozalem** (Colmenar Viejo, Madrid, 1895-Madrid, 1968). El primer texto de referencia que nos muestra el surgimiento del nuevo esencialismo sería la transcripción y publicación de dos conferencias ofrecidas por el insigne aficionado Adolfo Bollaín Rozalem, registrador de la propiedad de profesión, en el Club Taurino Madrileño entre 1947 y 1948. Adolfo Bollaín es, para muchos, la referencia ética de la Fiesta de ese periodo —como «polémico y agresivo campeón de la ortodoxia»<sup>261</sup> le define Néstor Lujan en la obra *El Cossío*—: la rabiosa voz de esa parte de la afición que quiere un espectáculo con otros valores, los valores esenciales que la dieron grandeza a lo largo de todo el siglo XIX y primera parte del XX. Bajo el título *Hoy se torea peor que nunca*, el autor desmenuza las causas que le llevan a tal aseveración como respuesta contundente y vehemente a la afirmación que en sentido contrario había efectuado el camaleónico crítico Ricardo García, *K-Hito*, —«Hoy se torea mejor que nunca», señalaba convencido el cronista—, director del semanario *Dígame*, poco tiempo antes.

En realidad se trata de una serie de artículos que Bollaín había publicado a lo largo de 1945 en el periódico *El Español*, y que debido al éxito que tuvieron y a las propuestas recibidas decidió convertir en discurso para las mencionadas conferencias y

---

<sup>261</sup> LUJÁN FERNÁNDEZ, N. «Toros y periodismo», en DE COSSÍO, José María. *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico e Histórico*. Tomo VIII, *Literatura y Periodismo*. Op. Cit., p. 625.

después la publicación del librito. El texto hace un repaso crítico de las carencias sustanciales que tiene la fiesta de los toros en ese momento histórico en lo referentes a las condiciones de los toros, el ejercicio en sí del toreo actual, el papel que juega el impresionable público moderno que asiste a los festejos y la desorientación de la crítica.

La importancia del trabajo, más allá de las personales aseveraciones e interpretaciones que ofrece, es que se trata de la primera obra relevante de la posguerra en la que queda de manifiesto que hay un sector que rechaza el funcionamiento de la Fiesta tal y como está concebida en ese momento; una obra que pone voz a los aficionados de la perspectiva distante. No se trata de una arenga —y esto es lo verdaderamente importante— en contra de algún aspecto concreto del espectáculo, o de una crítica cargada de nostálgica al conjunto del mismo, como en periodos previos podían haber sido publicados, sino de un ataque directo y rabioso al núcleo de un sistema que en su evolución sólo ha sabido incorporar vicios.

En el año 1955 Adolfo Bollaín publica una segunda obra interesante, el opúsculo *Los detractores*, que, en la línea del anterior, en un tono más vehemente, si cabe, trata de desmontar todas las artimañas de las que se sirve el entramado taurino para mantener un espectáculo a su medida, alejado de los valores recios que lo debieran caracterizar. Analiza y critica Bollaín a cada uno de los protagonistas de la Fiesta, desde el toro hasta el presidente del festejo, pasando por toreros, apoderados, público y críticos taurinos:

Estos, todos estos, de los que os he hablado, son los verdaderos detractores de la fiesta; los que la están hundiendo poco a poco; porque en vez de corregir sus vicios, los fomentan. Y desorientan al público de tal modo, que cada día sabe menos de y tiene reacciones más absurdas. Basta observar lo ocurrido ayer mismo en la plaza de las Ventas. Ayer el público protestó en el primer novillo, el puyazo mejor que se ha puesto en Madrid desde hace muchos años. Ayer el público pidió que echasen al corral un novillo porque era mogón, sin saber que, por ser novillo, podía ser mogón; y que, precisamente, por ser mogón era novillo. Pero ¿qué sabe el público lo que es desecho de cerrado? Ayer el público pidió y obtuvo la concesión de tres orejas..., como si la plaza de las Ventas estuviese cerrada con carros..., o como si fuese la Monumental de Barcelona.

Con un público así; con esas reacciones de los públicos, la fiesta se va. Yo, que no quiero que se vaya, lo aviso; señalo sus dolencias y sus defectos, para que, curadas aquellas, sane y viva; y, corregidos éstos, viva con la grandeza que merece y que siempre tuvo, hasta... que dejó de tenerla.<sup>262</sup>

---

<sup>262</sup> BOLLAÍN ROZALEM, A. *Los detractores*. Madrid, publicaciones «Los de José y Juan», 1955, p. 14.

**Julio de Urrutia y Echániz** (Bilbao1910-Madrid, 1998). Tratado en distintos puntos de este trabajo, este escritor bilbaíno, incluido en el grupo de cronistas esencialistas, que fuera periodista de economía y crítico de toros en publicaciones como *Diario de Navarra*, *El Alcázar*, *Madrid* o *Actualidad Española*, amén de director del diario *Región* de Oviedo entre los años 1947 y 1949<sup>263</sup>, empleó parte de su tiempo en publicar obras de denuncia contra los grandes problemas que asolaban a la Fiesta. Socio fundador en mayo de 1951 de la Peña Taurina los de José y Juan, en honor a los diestros José Gómez Ortega, *Gallito*, y Juan Belmonte, fundada en mayo de 1951 y que aglutinaba a aficionados, particularmente intelectuales, que habían conocido en primera persona la llamada Edad de Oro del Toreo. Una primera obra suya que debiera ser mencionada es *Los sustitutos en el toreo*, publicado en 1943. Este trabajo, que ya ha sido citado en apartados anteriores, sirve, a través del análisis que hace el autor de los diestros que están en liza en esa temporada, para tener una visión de conjunto de cómo ha avanzado la fiesta de los toros desde el final de la guerra, y particularmente, cómo es percibida la evolución artística de la misma desde la perspectiva distante en la que está instalado el escritor. Con la ensoñación del autor de que la competencia entre Manolete y Pepe Luis Vázquez —debe recordarse aquí que en julio de ese año 1943 recibe Pepe Luis Vázquez la grave cornada que condicionará el resto de su trayectoria y por tanto, cuando Urrutia publica la obra todavía el torero sevillano está en plenitud y no cabe esperar ese cambio que se produce en su prometedor carrera— va a convertirse de manera definitiva en la cabeza tractora del espectáculo, señala Urrutia las carencias de buena parte de los toreros que están en los principales carteles de la Fiesta. Lo hace bajo la premisa de que el toreo, por definición y como ha sido tradicionalmente, es un arte puro en el que muy pocos pueden alcanzar la cota de artista geniales; y como buen aficionado que observa desde la perspectiva distante, lo hace también bajo la premisa de que el tiempo pasado fue más auténtico y mejor.

Para situar al lector en ese punto de vista analítico, Urrutia utiliza una comparación suficientemente ilustradora del tema. «¿Puede ante una escultura admirable —se pregunta Urrutia— confundirse el artista que la creó y esbozó con el artesano que vino después a desbrozar la piedra primitiva configurándola con el proyecto del escultor? Pues de la misma manera, en la tauromaquia es de necios mezclar al “torero-artista” (el verdadero torero) con el torero-artesano que ejerce acertadamente

---

<sup>263</sup> Información obtenida en VILLÁN ZAPATERO, J. *La crítica taurina. Antología. Op. Cit.*, p. 326.

la profesión en vía ordinaria de oficio, sin el detalle divino del genio»<sup>264</sup>. Y desde esa premisa de que en el toreo más que artistas hay artesanos —idea que entre otros utilizará Vicente Zabala haciendo en este caso distinción entre torear y trabajar—, con buen oficio y virtudes, pero artesanos al fin y al cabo, analiza —aunque sería más apropiado decir, desmonta— a varios diestros como Marcial Lalanda, Manolo Bienvenida, Victoriano de la Serna, Domingo Ortega, entre otros, todos ellos en la cúspide, de los que señala sus virtudes y principales carencias, de ahí el título de la obra; pero a pesar de esas buenas cualidades, son aplicados profesionales, no son artistas puros y, por tanto, sustitutivos en el arte puro del toreo. Interesa entre otros apartados de este trabajo unas páginas —que serán tratadas en el apartado correspondiente— que Julio de Urrutia dedica a la propaganda de los toreros, que sin la fuerza y presencia que tendrá en lustros posteriores, está ya instalada definitivamente en los medios de comunicación.

Su segundo trabajo interesante de este periodo es *Toreo paralelo*, publicado en 1949, y que, en cierta medida, es un continuación del anterior trabajo. Como se afirmaba en el apartado relativo a la dispersión conceptual del arte taurino, el toreo se ha salido del pretendido cauce clásico y empieza a circular por derroteros menos ortodoxos. Los aficionados puristas, anclados al canon que promulgara Francisco Montes, *Paquiro*, entienden que la ejecución ortodoxa del toreo de muleta debe hacerse en la rectitud de la embestida del toro: torero enfrentado a testuz del toro. Sin embargo, se multiplican los diestros que ejecutan las suertes apartándose, situándose a un lado, de forma paralela a dicha embestida, y por tanto escamoteando la «verdad» del arte taurino. El libro de Urrutia trata de desmontar lo que considera el mayor escamoteo que se produce en la tauromaquia de ese tiempo, y lo hace explicando las técnicas fraudulentas que han dado gloria y triunfos a diestros como Luis Miguel Dominguín o Carlos Arruza. Según Urrutia, el toreo paralelo está pensado «para que el torero ocupe su sitio junto a la pala del pitón o pegado a la oreja, lugares en los que el peligro —siempre presente, por otra parte—, redúcese a la mínima expresión. Y éste es —¡fantoques embobados de la torería al uso!— el toreo paralelo que hoy nos sirven en bandeja de plata por esas plazas de Dios»<sup>265</sup>.

---

<sup>264</sup> DE URRUTIA ECHÁNIZ, J. *Los sustitutivos en el toreo. De Joselito-Belmonte a Manolete-Pepe Luis Vázquez*. *Op. Cit.*, p. 41.

<sup>265</sup> DE URRUTIA ECHÁNIZ, J. *Toreo paralelo*. *Op. Cit.*, p. 94.



Aborda también Urrutia el tema de la reducción de las proporciones del toro de lidia como clave en el proceso decadente: el toro sin trapío favorece el toreo espectáculo que se pone de manifiesto cada tarde, criticando duramente a quienes se dejan engañar por semejantes artificios, contrario a la lógica que debe imperar en la Fiesta:

Finalmente, aquí tienes, lector, la explicación del título de mi libro: TOREO PARALELO, es decir, toreo achicado, sin riesgo, en el que es preciso, a fuerza de «arrimarse» y hasta «retorcerse», acrecer la sensación de peligro para cubrir el bache en el tamaño del enemigo. «Toreo paralelo», de engañabobos, que sacrifica buena parte de la antigua virilidad y gallardía de los matadores clásicos. «Toreo paralelo», para cándidos y, mejor aún, PARA «LELOS», es decir, simples y necios, que tienen la ignorancia por sabiduría y la achicoria por café. ¡Toreo paralelo, toreo moderno!...

Concluyo, pues, como empecé. No es que ahora se toree mejor o peor que antes, no. Es que se torea de distinta forma: mucho más cerca de los toros y con menor exposición. Todo lo cual ha producido una expectación mayor de públicos horros de conocimientos taurinos, que van buscando el espectáculo más vistoso y plástico si se quiere, pero menos viril y emotivo que aquel —¡ay!—, tan lejano ya, que formó las generaciones pretéritas en una entrega total a la fiesta españolísima de los toros.<sup>266</sup>

En el año 1974, Julio de Urrutia publicará la que puede ser considerada su obra más importante en materia taurina, *Los toros de la guerra española*, que, siguiendo la estela de las anteriormente citadas, ofrece un análisis crítico de la evolución de la Fiesta desde el periodo bélico hasta esa fecha, analizando pormenorizadamente la progresión de los diferentes fraudes que se han ido instalando en el espectáculo.

**Luis Bollaín Rozalem** (Madrid, 1909-Sevilla, 1989). Notario de profesión en la ciudad de Sevilla y hermano del anteriormente referido Adolfo Bollaín. Menos agresivo que aquél, publicó, entre otros, tres interesantes trabajos *Los dos solos* en 1948, *Litri, no; Aparicio, sí* en 1951, y *El decálogo de la buena fiesta* en 1953. Seguidor, admirador incondicional y exégeta del torero Juan Belmonte, todas sus obras tienen como eje la defensa del legado del toreo trianero y la comparación que, a partir de su revolución, se produce en la Fiesta, así como la denuncia de la mala praxis que progresivamente se ha ido incorporando el espectáculo.

A finales de los años cuarenta se establece la competencia novilleril entre Julio Aparicio y Miguel Báez, *Litri*. Una competencia de gran interés para el público que abarrota las plazas cada tarde que la pareja hace el paseíllo, convirtiéndose los dos

---

<sup>266</sup> *Ibidem*, pp. 103-104.

novilleros en el eje de las sucesivas temporadas taurinas. En *Litri, no; Aparicio, sí*, el autor se decanta por la tauromaquia de Julio Aparicio —al que, no obstante, también censura cierto efectismo adquirido<sup>267</sup>—, porque de su oficio se desprende una autenticidad que supera notablemente los artificios espectaculares de Litri. En la última parte del trabajo, Bollaín critica las nuevas técnicas taurinas, en las que el torero, a la hora de citar, se sitúa en la parte lateral de la cabeza del toro, es decir, prácticamente en el cuello, lugar muy próximo a la res, pero en el que el peligro queda proporcionalmente reducido a la vez que la largura del muletazo:

Podrá tener más gallardía caminar de frente hacia el toro que avanzar hasta él —hasta *después* de él— de perfil. Pero como el fraude del toreo está en colocarse allí, a cabecita pasada, en el refugio de la tabla del cuello, en el asilo del trascuerno..., a mí —desde el punto de vista del riesgo y de la verdad— me importa muy poco que el torero cite de perfil o de cara. El mal es más hondo. Con el cite sin distancia —de costado o de frente— y porque se hace fuera de pitón, ocurren todas estas cosas: se anula prácticamente el peligro, se provoca un inocente gazapeo del toro, sucedáneo feminoide de la fiera arrancada; se reduce el pase entero a un cuarto de pase y, con el aditamento del pechugazo, se sustituye la pulcritud del toreo por la suciedad de la suerte... y del vestido de torear.<sup>268</sup>

*El decálogo de la buena fiesta* es una propuesta regenerativa para dignificar de nuevo el toreo; una obra en la que explica lo que para él son los mandamientos de la fiesta de verdad, sin mistificaciones ni artificios. Partiendo de la base que el toreo debe estar asentado en el legado belmontino, en diez puntos o «mandamientos» —el primero, que lleva por título «Amar a Juan Belmonte sobre todas las cosas taurinas»<sup>269</sup>, es indicativo de la importancia que para el autor tiene ese legado— se establecen todas las claves y todas las denuncias que envuelven el toreo de esa incipiente década de los años cincuenta. Al igual que su hermano Adolfo, Luis Bollaín pasa por cada uno de los elementos que conforman la estructura del espectáculo aplicando su criterio particular sobre cómo debe desarrollarse el mismo.

Además de los libros referenciados, Luis Bollaín publicó *La tauromaquia de Miguel Báez* en 1951, *Breves notas sobre el toro de lidia y la fiesta nacional española* en 1953, *Los genios de cerca. Belmonte visto por un belmontista* en 1957, *La tauromaquia de Juan Belmonte* en 1963 y *El toreo* en 1968.

---

<sup>267</sup> BOLLAÍN ROZALEM, L. *Litri, no; Aparicio, sí*. Madrid, Librería Editorial Beltrán, 1951, p. 144.

<sup>268</sup> *Ibidem*, p. 167.

<sup>269</sup> BOLLAÍN ROZALEM, L. *El decálogo de la buena fiesta*. Madrid, Librería Editorial Beltrán, 1953, p. 41.

**Manuel Benítez Salvatierra** (*César del Arco*) (Sevilla, 1918-1977). El periodista sevillano Manuel Benítez Salvatierra (1919-1977), que firmara como César del Arco, y que trabajó durante varios años en diferentes medios como *Radio Sevilla*, en la que ingresó en 1939, el diario *F.E.*, en 1942, y después en el diario *Sevilla* del que fuera nombrado director en 1975, terminando su carrera como director del diario *Suroeste*, cargo que ejercía en su fallecimiento a los 58 años, publica en el año 1953, bajo el título de *Lidia sin cuernos*, su primera obra de denuncia al fraude del «afeitado». Un interesante trabajo —trabajo tratado también en el siguiente apartado de este estudio—, en el que, de manera vehemente, denuncia la estafa que supone la instaurada lidia de reses a las que se les ha reducido el tamaño de las defensas de manera fraudulenta. Es un trabajo de denuncia duro, intransigente, y llamativo por el tono empleado para la época. La tesis de Benítez Salvatierra es que el espectáculo ha superado el punto clave de equilibrio que debe producirse a partir de la relación entre dos vectores: bravura, potencialmente superior por la fuerza del toro, e inteligencia del hombre. Cuando uno de los dos vectores, en este caso el primero, se manipula artificialmente para favorecer la imposición del segundo se produce ese desequilibrio que da al traste con el sentido trágico de la Fiesta:

[...] La tensión trágica de la Fiesta no se produce por la desmesurada magnitud del toro, por su bravura, por su potencia, sino que radica precisamente en la desarmonía, en la desproporción entre la criatura humana y su obra. Y henos aquí que la desarmonía existente entre la fiera y el hombre se ha procurado nivelar, no por el valor, por la inteligencia, por el arte, del hombre frente a la fiera, sino buscando la depauperación, la falta de dimensión, la pequeñez, el cansancio de ésta frente al hombre.

[...] Lo lamentable de todo cuanto ha venido ocurriendo hasta llegar a este momento, es que mientras más cotizada ha sido la figura taurina, más mentira hubo en torno a ella, más falsa era su actuación en el ruedo. No han faltado, claro, aficionados que vieran la verdad de la lidia, que vieran lo que venía ocurriendo y se levantaran contra ello. Pero han sido focos aislados de resistencia, de rebeldía, contra la ignominia realizada y la pendiente de la falsedad ha ido marcando día a día, corrida tras corrida, el hundimiento de la Fiesta Nacional. [...]<sup>270</sup>

El trabajo desmitifica las supuestas hazañas de toreros como Arruza, Litri o Luis Miguel Dominguín. La frase «mientras más cotizada ha sido la figura taurina, más mentira hubo en torno a ella», que se recogía en la cita anterior, es suficientemente explicativa de la perspectiva manejada por Benítez Salvatierra. A lo largo de la obra,

---

<sup>270</sup> BENÍTEZ SALVATIERRA, M. (*César del Arco*). *Lidia sin cuernos. Cómo, por qué y quiénes, «afeitan» los toros bravos*. Sevilla, Editorial Católica Española, 1953, pp. 32-33.

explica el autor sobremanera las técnicas que se utilizan para llevar a cabo el proceso de «afeitado», amén de atreverse a dar los nombres de los supuestos «afeitadores» más importantes que trabajan en la temporada taurina española.

Como periodista, aprovecha también el autor para lanzar una dura crítica a aquellos que ejercen la supuesta crítica taurina, a los que acusa de no decir la verdad sobre lo que ocurre en el ruedo cada tarde. «Lo que es de lamentar —apunta Benítez Salvatierra— es que exista tanta distancia, tanta diferencia, entre lo que el público ve y el amigo íntimo le cuenta a uno, y lo que uno lee y escucha por la radio firmado por los críticos taurinos. Esta distancia es algo que no he llegado a comprender nunca, porque uno no es capaz de pensar que, o el público sea tan lerdo o los críticos tan preparados, que no logren ponerse de acuerdo».<sup>271</sup>

En el año 1975 Benítez Salvatierra publicará una nueva obra de la misma temática bajo el título *Los cuernos*.

**Edmundo González Acebal** (Gijón, 1898- Madrid, 1988). Este gijonés, que realizó la carrera de Aeronáutica, empleó gran parte de su tiempo a estudiar, escribir y conferenciar sobre las cuestiones que él consideraba importantes de la tauromaquia que le tocó conocer. También fue uno de los socios fundadores y primer presidente de la Peña Taurina los de José y Juan. Gran orador, publicó en el año 1956 el trabajo *Grandeza y servidumbre de la crítica taurina*. Esta obra, referenciada en varias ocasiones a lo largo del presente estudio, es uno de los trabajos claves de la época para conocer el estado de la crítica y de los cronistas taurinos de ese periodo decadente.

Sabedor de la venalidad adquirida por una gran parte de los periodistas taurinos de la postguerra, González Acebal analiza el importante papel que siempre tuvo la crónica taurina como vía para conocer el estado real de la Fiesta y trata de desenmascarar las actitudes nefastas que se han instalado en el sector. Como se viene afirmando, el periodismo taurino es uno de los tres males fundamentales que asolan al espectáculo en ese periodo postbélico y González Acebal, a través de un breve repaso histórico del tema, de las diferentes publicaciones de prensa taurina histórica y de los nombres más relevantes que en ellas firmaron, trata de colocar cada cosa en su sitio, remarcando las características fundamentales que deben primar en cualquier crítico taurino y denunciando aquellas que van en contra del buen nombre de la profesión:

---

<sup>271</sup> *Ibidem*, p.71.

Nunca como ahora se han ocultado tanto las verdades taurinas. Nunca como ahora se han tergiversado, por manera tan absoluta, la realidad y los hechos del taurino acontecer. Coged una crónica al azar, y si habéis estado en la corrida que se comenta echaréis de ver, inmediatamente, que el revistero lo defiende todo y a todos, menos los derechos del público y los intereses de la Afición. [...]

Y en lugar de enjuiciar con imparcialidad, con honestidad y con justicia los hechos que en la Fiesta nacional acontecen, se han convertido en apologistas serviles de los principales protagonistas, con daño para la verdad, para los públicos y para la propia Fiesta. Porque el daño que el revisterismo publicitario ocasiona, alcanza por igual a toda la colectividad taurina, ya que nadie cree en los altares que pueda levantar una prensa que ha perdido su crédito informativo<sup>272</sup>.

Además de este trabajo, González Acebal publicó a lo largo de su vida numerosas obras de temática taurina, como *El pase natural* en 1956, *Gloria y desventura de Valencia en el toreo* en 1958, «Bombita» y «Machaquito». *Una época del toreo* en 1958, «Joselito» y Belmonte. *La época de oro del toreo* en 1961, «Illo» y Romero. *Reflexiones sobre los estilos del toreo* en 1962 y *Reglamento Taurino comentado* en 1967. Además, participó en la obra enciclopédica de Carlos Orellana *Los toros en España* publicada en 1969.

**Rosario Abarquero Durango** (1905-1996) Junto a la obra anteriormente citada *Lidia sin cuernos* de Manuel Benítez Salvatierra, *César del Arco*, otra obra que debe consignarse es *El toro inválido. Afeitado y caída de los toros*, publicada en 1956 por el doctor y aficionado Rosario Abarquero Durango. Dentro de ese clima de rechazo a los abusos, la publicación intenta ir un paso más allá que las de sus predecesores y profundiza en las afectaciones no sólo físicas sino psicológicas que se manifiestan en los toros una vez han sido sometidos al corte de pitones o a otras actuaciones igualmente aberrantes como las inyecciones, las purgas o el lanzamiento de sacos terreros sobre sus lomos.

El opúsculo, que arranca con un «decálogo del buen aficionado» cuyo primer punto es el contundente: «El toro de lidia es un ejemplar único en la escala zoológica que vive en el suelo español, y es el principal intérprete de la Fiesta Nacional»<sup>273</sup>, que se complementa con el quinto: «No se podrá hablar de *Fiesta de Toros* mientras no haya toro íntegro, torero valiente y que sepa el oficio, y público que, como Árbitro, lleve su

---

<sup>272</sup> GONZÁLEZ ACEBAL, E. *Grandeza y servidumbre de la crítica taurina*. Op. Cit., pp. 26-28.

<sup>273</sup> ABARQUERO DURANGO, R. *El toro inválido. Afeitado y caída de los toros*. Madrid, Gráfica Anju, 1956. p. 7.

control con arreglo a los usos y costumbres de bien lidiar, para defenderla de sus enemigos»<sup>274</sup>. Pudiera afirmarse que es un tratado de medicina veterinaria sobre los efectos que determinadas sustancias y determinadas acciones pueden llegar a producir en el desarrollo tanto motriz como emocional de los astados. La aplicación de drogas como la morfina propician lo que Abarquero Durango denomina «afeitado terapéutico»<sup>275</sup> o la reducción de las capacidades de respuesta naturales y propias de la bravura, y junto a éstas, técnicas orientadas a la disminución de la fortaleza física afectando la movilidad. Denuncia entre otras la forma en que el lanzamiento de sacos pesados cargados de tierra o arena sobre los lomos de los toros afecta al sistema motor del animal, una fórmula muy efectiva y que a simple vista, cuando el toro ha salido al ruedo, nadie puede apreciar.

[...] Para esto, en vez de usar objetos traumáticos duros, que pudieran dejar huellas superficiales y fáciles de descubrir, usa la caricia traidora, blanda y pesada del saco de arena por sorpresa, evitando con ello la contracción muscular, que pudiera defender la columna vertebral. Con esta hábil maniobra tratará de forzar las *zonas de seguridad* de las articulaciones de la columna vertebral, produciendo con ello una subluxación ligera, que puede oscilar desde un simple estiramiento de ligamentos, nervios y vasos, con sus microtraumas, hasta la rotura de ellos, que no suelen producirse porque no les interesa forzar el agente traumático. Con las primeras, que no suelen dejar ni lesiones histológicas, tienen logrado el *esguince*, que limitará funcionalmente los movimientos, manifestándose en forma de *lumbago traumático*. [...] <sup>276</sup>

Además de este trabajo, el doctor Abarquero Durango publicará en sucesivos años hasta cinco obras todas ellas con vocación de denuncia a los fraudes del espectáculo, como *Tauromaquia o Taurología* en 1959, *Lo que fue y lo que queda de la tauromaquia de Pedro Romero* en 1960, *Parataurismo, papanatismo y paramanoletismo. Garrochista estilográfico para modelar la afición taurina. Fraudes en la Fiesta Nacional sin cortar los pitones y sus víctimas reglamentarias* en 1961, *El toro no es una fiera, ni la fiesta nacional una barbarie* en 1963 y, muchos años después, *El toro, el caballo y el hombre como intérpretes de la fiesta nacional* en 1988.

**Luis de Armiñán Odriozola** (Málaga, 1899-Madrid, 1987). Licenciado en Derecho y gran vocación periodística, antes de la Guerra Civil había sido nombrado Gobernador Civil de Lugo, Córdoba y Cádiz. Vinculado al régimen franquista, también

---

<sup>274</sup> *Ibidem*, p.7.

<sup>275</sup> *Ibidem*, pp. 13-16.

<sup>276</sup> *Ibidem*, p. 25.

ejerció como profesor en la Escuela Superior de Comercio de Madrid. En su faceta de escritor y periodista, trabajó para diarios como *Liberal*, *El Imparcial*, *Informaciones*, *Heraldo de Madrid* o *ABC*, incluso fue corresponsal de guerra durante la II Guerra Mundial para este último. La relación de Armiñán con los toros es la de mero aficionado, ya que su papel periodístico estaba principalmente centrado en el análisis político. Cuando en 1953 estalla el escándalo del «afeitado» —aspecto tratado en el siguiente apartado—, publica una serie de reportajes en *ABC* en los que se hace eco del fraude y la denuncia. A partir de entrevistas a varios de los protagonistas, se muestra firme en la defensa de la integridad del toro y, por tanto, de la propia Fiesta, lo que le conduce a un reconocimiento a su papel, junto al del crítico de toros José María del Rey Caballero, *Selipe*, y al torero Antonio Bienvenida, por parte de la afición madrileña. Armiñán encarna una de esas figuras relevantes de la intelectualidad de la época que adopta la postura de aficionado esencialista.

### **4.3. La prensa esencialista**

Se viene afirmando que la prensa taurina de la postguerra está marcada por el sistema de la crítica publicitaria, opción muy extendida entre los periódicos como fórmula de garantizarse ingresos. Lógicamente, como también se apuntaba, este sistema condiciona absolutamente, hasta eclipsarla, la independencia del cronista que se ve obligado a cumplir la parte correspondiente del acuerdo. Desaparecida una buena parte de los cronistas de principios del siglo XX, la información taurina de posguerra en los periódicos, salvo algunas excepciones, circula mayoritariamente por el lado de los intereses del entramado taurino. A causa de este sistema de financiación, tan rentable para algunos, el esencialismo más radical tardará varios años en adquirir relevancia en los diarios de tirada nacional, no así en otros soportes, como hemos visto ocurría en la radio o en algunas revistas semanales, menos condicionados por el tema de la publicidad, ya que estos ingresos estaban más garantizados.

Evidentemente, en este periodo que abarca las décadas de los años cuarenta a sesenta encontramos excepciones importantes a esa forma de funcionamiento profesional, y si bien es del todo imposible cuantificar y clasificar a todos los que están ya instalados en la perspectiva distante, son varios los cronistas y críticos que consiguieron pasar el periodo, si no incólumes, al menos bastante alejados de la

sospecha. Su independencia y su posicionamiento claro, contrario a los tejemanejes que están asolando la Fiesta, son reconocidos por numerosos estudiosos del tema.

Por su importancia, para este estudio hay dos nombres que sobresalen por encima de los demás y que merecen un apartado específico: José María del Rey Caballero, *Selipe*, y Antonio Díaz Cañabate, ya que ambos son la antesala más relevante de lo que denominamos la *Corriente Crítica Esencialista* en la crónica taurina.

#### **4.3.1. Dos autores previos a la corriente crítica esencialista: José María del Rey Caballero, *Selipe*, y Antonio Díaz-Cañabate**

Estas voces citadas en el apartado anterior —y junto a ellas algunas más— de personas con cierta relevancia intelectual en el panorama taurino, representan la mirada a la Fiesta que hemos llamado esencialismo, un ideario que, surgido desde la perspectiva distante, habría conseguido hacerse hueco en el contexto de fiesta de los toros, alcanzando además a otros ámbitos de la sociedad al haber trascendido el asunto de los problemas de la Tauromaquia a la opinión pública. Sin duda representan el sentir de una parte de la afición dolida e ignorada desde los intereses del entramado taurino; pero con ganas de luchar para que la Fiesta recupere los valores que siempre le fueron propios y que por las distintas circunstancias ya citadas, como la reducción del tamaño del toro, su manipulación o la implantación de fórmulas taurómicas irreverentes, se habían ido perdiendo.

La progresiva expansión del ideario esencialista, cada vez más presente, indica que en el panorama taurino algo se está moviendo. Aquella ya citada declaración de guerra que efectuara a principios de siglo Félix Borrell Vidal *F. Bleu*, —«quedan deslindados los campos, y los ejércitos frente a frente»<sup>277</sup>, apuntaba el escritor— parecía en este periodo de postguerra que se hacía efectiva. Las dos perspectivas de entendimiento del espectáculo, integrada y distante, estaban perfectamente definidas y no había posibilidad de entente cordial.

Este estado de opinión será propicio y determinante para que en la segunda mitad de los años sesenta surja en la prensa diaria escrita la que en este trabajo hemos dado en llamar la *Corriente Crítica Esencialista*, un proceso de radicalización del ideario esencialista con la llegada a la crítica taurina de diarios de tirada nacional de

---

<sup>277</sup> BORRELL VIDAL, F. (*F. Bleu*). *Antes y después del Guerra. Medio siglo de toreo. Op. Cit.*, p. 374.



jóvenes cronistas entusiastas que canalizan esa opinión de la que han sido receptores antes de situarse en el plano profesional, arrojados, además, por veteranos periodistas todavía en activo que observan como la arrogancia, la vehemencia y la juventud de la nueva ola suponen la reconsideración de su trabajo.

Pero antes de llegar al surgimiento de dicha corriente crítica en esa segunda mitad de los sesenta, deben consignarse algunos nombres importantes de cronistas que fueron la antesala del proceso que está por venir. Entre estos veteranos críticos deben destacarse sin duda dos nombres claves: José María del Rey Caballero, *Selipe*, y Antonio Díaz-Cañabate.

#### **4.3.1.1. José María del Rey Caballero, Selipe**

El primer movimiento importante en la prensa escrita nacional, previo a esa radicalización definitiva que se producirá en el esencialismo, es sin duda la llegada en 1956 del sevillano José María del Rey Caballero, *Selipe*, (Sevilla, 1902-Madrid, 1987) al diario *ABC*. Su nombre debe destacarse porque Selipe, además de reconocida honestidad e independencia profesional, modelo perfecto, pudiera decirse, de escritor instalado en la perspectiva distante, tiene, como se verá en un apartado posterior, un gran protagonismo en el proceso de denuncia del fraude del «afeitado» que se produce a finales del año 1952.

Seguramente, muy pocos cronistas en la historia de la crítica taurina tuvieron tanta formación académica y tal bagaje profesional como Selipe. Como bien glosa el diario *ABC*<sup>278</sup> en la presentación del nuevo cronista, el escritor, nacido en 1902, se licenció en su Sevilla natal de tres carreras: Derecho, Filosofía y Letras, y Ciencias. Su relación con los medios de comunicación empezó en 1929, incorporándose al diario *El Noticiero Sevillano*, periódico éste que había sido fundado en 1892 y que desaparecerá en 1933. Tras su paso por el diario hispalense y durante algunos años, tuvo a su cargo la Cátedra de Economía Política y Hacienda Pública de la Universidad de Sevilla, ejerciendo también como profesor de Economía Política en la Escuela Social de Sevilla. Posteriormente en *El Correo de Andalucía*, además de escribir crítica taurina, también ejerció labores de subdirector. En el año 1938 pasó a hacerse cargo de la dirección del

---

<sup>278</sup> Véase *ABC*. «La crítica de toros en *ABC*. “Selipe” sustituye en ella a “Giraldillo”», Madrid, 1 de abril de 1956, p. 80.

falangista diario *F.E.* y entre 1945 y 1960 escribió de toros para la popular revista *Semana*.

Unos años después de su salida de *ABC* en mayo de 1958, se incorporará de nuevo a la prensa nacional como uno de los cronistas de *La Hoja del Lunes*, periódico en el que permanecerá entre 1962 y 1969. Su actividad como crítico taurino se termina con su posterior paso por el diario *Ya*, al que se incorpora en mayo de 1970 y en el que permanecerá hasta el principio de la década de los ochenta. Para completar su actividad profesional habría que destacar también que fue elegido en 1936 académico de número de la Real Academia Sevillana de Bellas Artes, que tenía la graduación de marino mercante, y que en el momento de ser nombrado nuevo cronista taurino de *ABC* estaba trabajando como letrado. Además de todo ello, Selipe publicó numerosos trabajos, destacando en el ámbito taurino el opúsculo *Dos artistas frente a frente*, en marzo de 1950, en el que establece un paralelismo conceptual entre el diestro Manuel Rodríguez, *Manolete*, y el pintor Daniel Vázquez Díaz, y *Sevilla y Pepe Hillo*, publicado en 1955.

Como se verá en un apartado posterior, Selipe —junto al locutor Carlos de Larra y Gullón, *Curro Meloja*, y el torero Antonio Bienvenida— será uno de los integrantes destacados de ese grupo que en 1952 lance la sonora campaña contra el «afeitado», actuación ésta que le portará notoriedad y renombre entre los aficionados. Su formación académica, su conocimiento de la Fiesta, su trayectoria profesional, y su discurso, sobrio y ponderado, le hacen acreedor del puesto que por motivos de salud tiene que dejar en *ABC* en el año 1956 Manuel Sánchez del Arco, *Giraldillo*.

Pero a pesar de todas las cualidades descritas y de su ética profesional, es difícil explicar el porqué de su corta trayectoria en el importante diario. Bien puede ser cierto lo que apunta Javier Villán<sup>279</sup> acerca de la irritación que en el director de *ABC*, Luis Calvo, provocaban las adversas críticas que Selipe formulaba contra Manuel Jiménez, *Chiculeo II*, y otros diestros a la sazón admirados del mandatario, y que éste se dejara llevar por las presiones que los apoderados de los mismos volcaban sobre él. De hecho, en la contraportada del libro *Toros en San Isidro*, que el cronista publicara en el año de su despido y que aglutina las crónicas de la feria de San Isidro que pudieran haber visto la luz en *ABC* con su firma, se recoge un artículo<sup>280</sup> en su defensa y en contra de las

---

<sup>279</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. *La crítica taurina. Antología. Op. Cit.*, p. 316.

<sup>280</sup> DEL REY CABALLERO, J. M. (*Selipe*). *Toros en San Isidro*. Madrid, Selecciones gráficas, 1958, p. 162, contraportada.

artimañas del entramado taurino. Este artículo, como así aparece señalado en el libro, fue publicado en la revista *Gaceta Ilustrada* de fecha 3 de mayo de 1958 y en él a su vez aparece la denuncia realizada y publicada por el propio Selipe en *Semana* contra los apoderados y su voluntad de «afeitar» no sólo a los toros, sino también la pluma de aquellos que como Selipe amparan su trabajo en la verdad y en la independencia.

En el primer capítulo del citado libro, con el título de «Explicación debida», Selipe da a conocer cómo ha sido su proceso de expulsión de *ABC*, y para ello saca a la luz la correspondencia mantenida las semanas previas a su despido con el director del diario. Una serie de epístolas en las que dentro de un educado y correcto lenguaje se deja ver la voluntad inamovible del director y la frustración del cronista.

El motivo real de la exclusión de Selipe de las páginas del diario no queda nada claro. Pudiera ser, como se afirmaba anteriormente, que la presión del entramado taurino sobre el director tuviera efecto; de hecho, Luis Calvo era un buen aficionado a los toros y estaba bien relacionado con el mundo taurino. Pero también pudiera ser que el estilo de Selipe no encajara en el gusto del director y tampoco de los lectores. Así al menos se lo deja ver en una de las misivas cuando le dice que «ha llegado un momento en que el público de *ABC*, que es, al fin de cuentas, el que manda, no se encuentra satisfecho con la Sección Taurina»<sup>281</sup> y que por tanto el Consejo de Administración del periódico se ha visto obligado a tomar la drástica decisión. Sobre este aspecto, que no resulta del todo descabellado, cabe afirmar que dentro de su magnánima sobriedad y su grandísimo conocimiento, Selipe escribía de toros sin pasión. Qué duda cabe que la defensa de la ortodoxia y los valores esenciales de la Fiesta eran su bandera; pero no es menos cierto que sus crónicas adolecían de un grado superior de empatía necesario como el que pudiera tener el sustituido Giraldillo. Para muchos, leer una crónica de Selipe era como leer un auto judicial, y en ese sentido se manifiesta Alfonso Navalón, cuando señala que «Selipe escribía con una retórica jurídica que hacía imposible pasar de las primeras líneas. Selipe fue un gran aficionado, bastante andalucista, pero escribiendo era un coñazo»<sup>282</sup>.

En cualquier caso José María del Rey Caballero, *Selipe*, llega a *ABC* en abril de 1956 arropado por su labor previa en *Semana*, con esa postura inmarcesible ante las

---

<sup>281</sup> *Ibidem*, p.12.

<sup>282</sup> SÁNCHEZ CAÑAMERO, F. J. (*Paco Cañamero*). *Alfonso Navalón: Escribir y Torear*. Madrid, Sombras Chinescas, 2010, p. 86.

corruptelas y su rectitud de criterio, para, durante dos años, ejercer la crítica con su particular estilo, sin ambages innecesarios, y cargar contra aquello que para él significa el descrédito de la Fiesta. Para Selipe, partícipe en puridad del esencialismo, la autenticidad de la Fiesta pasaba por la recuperación del toro de verdad, sin olvidar que en el ejercicio artístico se debe prescindir de determinadas realizaciones heterodoxas que alejan el espectáculo de la esencia conceptual.

Sobre su lucha contra la heterodoxia incontrolable deben destacarse varios aspectos que identifican el discurso del cronista situándolo en esa línea esencialista. Rescatamos en primer lugar una crónica de esa feria de San Isidro de 1958 en la que critica la labor del diestro onubense Antonio Borrero, *Chamaco*, (Huelva, 1935-2009). Como se afirmaba en un apartado anterior, Chamaco era un torero de línea tremendista. Apostado en un inconmensurable valor, su línea torera era posiblemente la más, hasta ese momento, antagonista al clasicismo. Su fama, consolidada en la plaza Monumental de Barcelona con incontables triunfos desde que tomara allí la alternativa en octubre de 1956, le hizo acreedor de cierto cartel entre los públicos, si bien no consiguió ratificar en Madrid esa popularidad que le acompañaba.

Lo importante de la crónica de Selipe es que en primer lugar habla de las delimitaciones que el toreo debe tener. El arte de torear puede estar marcado por las cualidades personales de cada lidiador y por las interpretaciones que del mismo se hagan; pero esas improntas características deben permanecer dentro de unos cánones inamovibles o, como afirma Selipe, «imprescriptibles». Todo lo que se haga fuera de ellos no es toreo, es otra cosa que el cronista sitúa «extramuros» del arte y que, como se verá más adelante, referirá como «extratoreo» o «seudotoreo». Por tanto, la idea fundamental de un canon artístico que no debe, en ningún caso, soslayarse. En segundo lugar, debe destacarse el estilo personalísimo de Selipe a la hora de analizar las faenas del diestro, y es aquí donde se ve al jurista desapasionado. La censura y el rechazo a la labor de Chamaco aparecen perfectamente reflejados, pero siempre en ese tono correcto y casi indiferente. A Selipe, sin duda, le faltó vehemencia y le sobró frialdad en sus juicios, y esos aspectos de los que su discurso adolecía se traducían en una falta clara de empatía con el lector medio.

### **EL TOREO Y SUS EXTRAMUROS**

[...] No hay razones nuevas para rectificar, con motivo de la tardía aparición madrileña de Chamaco, lo que escribimos en diversas

ocasiones, en que nos fue dable ver al taciturno torero de Huelva. Antonio Borrero, en su primera actuación en las Ventas, nos reafirmó en nuestros anteriores juicios: aunque más recortado en excentricidades, y en teatrales efectos, el onubense persiste, sin embargo, en su trayectoria personal, que tiene escasos puntos tangenciales con la verdadera línea torera. A nuestro entender, el Toreo, aunque rico y ancho y profundo, está delimitado por unos cánones que estimamos —y ya lo repetimos mucho— imprescriptibles; dentro de este vasto campo, precisamente marcado, caben diversos modos, distintas maneras, numerosas interpretaciones, varios estilos y, si se quiere, escuelas desiguales, pero unos y otras han de partir de la base genuina, han de observar unas normas precisas. Estas trazan unas fronteras, y lo que fuera de ellas nazca o de ellas trascienda, quedará extramuros del toreo; así, el quehacer chamaquista, que, en lo que se refiere a la primera tarde en Madrid, será comentado más abajo.

Continúa más adelante Selipe:

... un muletazo más y sobrevino el alejamiento del muletero que, tras el primer corte, efectuó redondos, de remate alto y un pase de pecho, como todos los que sobrevendrían, de embarque retrasado y prematuro final, de donde se infiere la mínima dimensión de la suerte, por lo que acaso para compensarla en su antitorera brevedad, la repite en cadena; nuevo alejamiento y, al conseguir la embestida desde distancia, Chamaco presenta, de súbito, el trapo, que esconde veloz; redondos rápidos y pérdida de la franela; otros redondos y tercera interrupción con inmediatos naturales retorcidos y segundo desarme, más naturales desprovistos de temple y la cadena de los pecho; cuarto corte y, tras él, un natural con achuchón y un pase de pecho aislado con desarme subsiguiente, tercero en número; arrucinas, que gustan a la galería, cuyas palmas se unen a los pitos de otros espectadores; toreo de espaldas...

Y completa la crítica a Chamaco resumiendo la actuación en el quinto toro:

... por lo demás, desarrolló con espectacular denuedo y acogida contradictoria, la gama de pases, ayudados sin cargar la suerte, redondos con quiebro de cintura y mínimo juego de brazos, la cadena de los súbitos pases de pecho y afarolados, arrucinas y manoleínas, a las que siguió un desplante de dudosa oportunidad... [..]<sup>283</sup>

Al día siguiente, 22 de mayo de 1958, repite actuación Chamaco volviendo a cargar contra él Selipe. En este caso debe resaltarse la utilización del término «extratoreo» antes mencionado, que utiliza para identificar esas suertes alejadas de la ortodoxia, santo y seña de la labor del torero onubense y de todos los diestros que caminan por la línea tremendista. «El extratoreo, practicado con pundonor, había conseguido su

---

<sup>283</sup> DEL REY CABALLERO, J.M. (*Selipe*). *Toros en San Isidro. Op. Cit.*, pp. 110-111.

efecto»<sup>284</sup>, señala Selipe para referir el éxito que la sucesión de lances con «déficit de trayectoria» y colocación de Chamaco le había propiciado.

Los términos «extatoreo» y «seudotoreo» son fundamentales para entender el pensamiento taurino de Selipe. Sirven, como decíamos, para definir en un solo vocablo las habilidades que determinados diestros ponen en práctica delante de los astados pero que quedan fuera, en la doctrina esencialista de Selipe, de la ortodoxia conceptual. Así, por ejemplo, el 19 de mayo de 1957, durante la feria de San Isidro, apunta que Manuel Jiménez, *Chicuelo II*, dio algunas series de muletazos en redondo «que excedieron del seudotoreo»<sup>285</sup> característico del diestro y en el que había basado toda su faena. Debe subrayarse también de esta crónica la mención que hace Selipe a las protestas mostradas por un sector del público contra la labor del diestro albaceteño y contra la salida en hombros por la puerta grande. Una parte del público que, partícipe de ese ideario esencialista, empieza a tener en el tendido de la plaza de toros de Madrid un particular protagonismo.

Sobre este diestro, nacido en Albacete y que por llevar el mismo nombre y apellidos que el insigne torero sevillano Manuel Jiménez había adquirido su mismo apodo, *Chicuelo*, es verdad que Selipe no se mostraba muy partidario. Se apuntaba anteriormente que la dureza del cronista en su contra hubiera sido detonante, si no determinante, sí importante en su cese, y más allá de la certeza de esta posibilidad debe consignarse que Selipe trataba con la misma sobriedad a todos los toreros, pero que aun alabando sus méritos, si estos hacían acto de presencia, gustaba de criticar a aquellos que se salían del cauce clásico por él defendido.

Si Selipe no comulgaba con Chamaco era normal que tampoco lo hiciera con Chicuelo, como así queda referido en la crónica del día 17 de mayo de 1957 en la feria de San Isidro en la que sin gran pasión y con su particular estilo critica su fórmula taurina y el efecto que ésta produce en el impresionable público. Sirve este fragmento para comprobar esa manera peculiar de escribir de Selipe con toda la densidad léxica y sintáctica que en su formulación restaba espontaneidad y alegría al discurso.

#### LA GALERIA PREPONDERANTE

[...] Debemos consignar, al referirnos a “Chicuelo II”, que éste incurre en el seudotoreo, para no ingresar sino raramente en el algo que

---

<sup>284</sup> *Ibidem*, p. 116.

<sup>285</sup> DEL REY CABALLERO, J. M. (*Selipe*). «Contrasentido aparente». *ABC*, Madrid, 19 de mayo de 1957, p. 84.

puede, en rigor y ortodoxia, estimarse toreo genuino. Aplaudimos el impulso voluntarioso que lleva la diminuto torero a la ejecución de actos a los que el público prodiga con mucho más calor sus ovaciones, pero ello no empece para reparar, no en matices, sino en radicales características de un modo de comportarse ante las reses con desviación patente de los cánones y las normas que regulan las suertes de la tauromaquia. “Chicuelo II”, al que correspondieron dos enemigos nobles y dóciles, perdió en ambos terreno al veroniquear, y se comportó en la lidia —para qué hablar de dirección— con ignorancia o quebranto de los principios de debida observancia; las dos faenas de muleta se identificaron por las mismas notas: barullo, movimientos, saltos, retrocesos, golpes teatrales, hábil temeridad, nula eficacia, y en contadas ocasiones, extraña proximidad al toreo; muchos pases de espalda, mucho ahogo espectacular, ausencia absoluta de temple y momentáneos aciertos a los que ambos enemigos colaboraron por la claridad de sus embestidas: con ganas inequívocas, sin liar la muleta y, desde largo, entró a matar, lo que consiguió en el tercero y en el sexto al segundo viaje y primer descabello. Y así corto “Chicuelo II” dos orejas, mientras que los aficionados disconformes emitían contrarios juicios; pero la galería alcanzó preponderancia. [...] <sup>286</sup>

Un tercer diestro que se hizo acreedor de la censura, con matices, en estos términos de Selipe fue Miguel Báez, *Litri*. No debe perderse de vista que las actuaciones de Litri, tanto en su gloriosa etapa de novillero como en sus primeros años de matador de toros, habían sido reconocidas por la práctica totalidad de los cronistas de la época, alabando su valor estoico y su capacidad ante las reses. En este sentido, cuando el cronista llega a *ABC* trata de poner las cosas en su sitio adecuado, y si bien reconoce los méritos que dentro del canon clásico el torero onubense atesora, establece rápidamente su ubicación dentro del toreo. Así, decreta y reconoce que Miguel Báez ejecuta con «temple», además de «pundonor» y «gallardía» ciertas suertes, si bien no puede omitirse que su general estilo queda englobado en lo que para Selipe es el «extratoreo», es decir, aquel que se realiza fuera del cauce clásico:

#### FACILIDAD, EMOCIÓN Y ARTE

[...] El “Litri”, inserto en el área del que llamaríamos extratoreo, trascendió en ocasiones a lo que debemos denominar toreo extra: aquellas temerarias llamadas suyas desde lejos y con la muleta abatida para aguardar impávido la embestida, mantener inmóvil el cuerpo aunque en las astas se fuese la flámula, los desplantes teatrales y las miradas al tendido tenemos que encuadrarlas en el extratoreo, pero los pases de ajuste y aún de temple los catalogamos con rigor en la zona del toreo que excede de lo ordinario. La faena primera de Miguel, pletórica de

---

<sup>286</sup> DEL REY CABALLERO, J. M. (*Selipe*). «La galería, preponderante». *ABC*, Madrid, 17 de mayo de 1957, pp. 53-54.

pundonor ardiente, y la última que no le cedió en decisión y que añadió además tesonera gallardía por las condiciones por las condiciones menos gratas del enemigo, estuvieron influidas de una emoción que llegó al tendido sin pérdida de su caliente vibración. [...]»<sup>287</sup>

Con Selipe, escritor desde el esencialismo, nos encontramos por tanto en la antesala de la Corriente Crítica Esencialista. Es el primer autor importante de la nueva época que para la prensa taurina se avecina, y lo es porque se aúnan en él los principios básicos que le otorgan tal condición: la defensa de los valores esenciales de la Fiesta, publicar en un diario importante a nivel nacional, y porque está reconocido como uno de los escritores de su época que no participó del llamado «sobre». Después de su paso por *ABC* volverá a estar alejado de la primera fila periodística hasta que el 2 de abril de 1962 se incorpora a *Hoja del Lunes*. Y sin embargo, tras siete años de trabajo en el periódico, su salida se produce casi de la misma manera que de *ABC*: una destitución con tintes oscuros y menos explicaciones que en la anterior ocasión.

De idéntica forma, es posible que Selipe tuviera problemas con el director o con alguien importante del medio, así se puede entrever en la entrevista<sup>288</sup> que concede a Vicente Zabala en *Nuevo Diario* en la que el joven periodista, seguramente bien informado, trata de sacar de labios del veterano las causas del abandono. Sin embargo en esta ocasión, y con el respeto del que siempre hizo gala, no trasciende nada de lo ocurrido y todo queda bajo la sombra de las fabulaciones y las hipótesis. Interesantes no obstante los elogios que Zabala dedica al crítico al que se refiere como «veraz, honesto e independiente», y del reafirma que esa independencia se ha basado también en que nunca «ha sido temido por sus esperas en los hoteles para dar un “sablazo” o para solicitar una página o toda una fila de páginas de publicidad que a lo largo de la temporada importan muchos miles de duros», al estilo de los cronistas y periodistas taurinos que practicaban en esa época del llamado «sobre».

De nuevo tras un periodo de inactividad, José María del Rey Caballero, *Selipe*, volverá a escribir de toros, y en esta última ocasión será en el diario *Ya*, periódico en el que permanecerá hasta 1981.

---

<sup>287</sup> DEL REY CABALLERO, J. M. (*Selipe*). «Facilidad, emoción y arte». *ABC*, Madrid, 15 de mayo de 1957, pp. 59-60.

<sup>288</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. Entrevista: «Selipe deja la crítica taurina de *Hoja del Lunes*». *Nuevo Diario*, Madrid, 3 de agosto de 1969, p. 33.



### 4.3.1.2. Antonio Díaz-Cañabate

Otro escritor después de José María del Rey Caballero situado en la órbita del esencialismo y previo a esa radicalización que se avecina es Antonio Díaz-Cañabate (Madrid, 1898-1980), sustituto de Selipe en *ABC*. En la figura de Díaz-Cañabate como cronista taurino deben ser citadas también las razones que le sitúan como el segundo autor importante en ese periodo anterior: un conocimiento exhaustivo del mundo taurino, su independencia de criterio reconocida por todos aquellos que se han acercado a analizar su figura —Díaz-Cañabate, al igual que Selipe está reconocido como autor que nunca se dejó sobornar ni optó por participar en el juego del «sobre»—, su defensa de los valores esenciales de la Fiesta en la misma línea que su predecesor, y como aquél, por la importancia del diario en el que escribirá hasta 1972.

Licenciado en Derecho en Madrid en 1919, opositó a Secretaría Judicial, y aunque obtuvo plaza, fue una ocupación que no le duró mucho tiempo, apenas unos meses<sup>289</sup>. Prolífico escritor, Antonio Díaz-Cañabate publicó varios libros de temática taurina, o ésta es el eje del relato, entre los que se pueden destacar *Historia de una taberna* (1945), *La fábula de Domingo Ortega*, en (1950); *Historia de una tertulia* (1952), *Historia de tres temporadas. 1958, 1959 y 1960* (1961), *Paseillo por el planeta de los toros* (1970), y *El mundo de los toros* (1971). Fue íntimo amigo del diestro Domingo Ortega, sobre todo una vez éste se había retirado, por el que sentía una gran admiración y con el que compartió incontables tertulias y jornadas de campo en las fincas que el diestro de Borox tenía en la provincia de Toledo.

Colaborador en diferentes etapas en periódicos como *La Gaceta del Norte*, *Heraldo de Aragón*, *El Norte de Castilla*, *Arriba*, etc. en su faceta de escritor taurino pasó por varios trances destacando tres hitos importantes. El último, en mayo de 1958, hacerse cargo de la sección taurina de *ABC*. El día 6 de ese mes publica su primera crónica, referida a una novillada celebrada en la madrileña plaza de toros de Las Ventas. Se mantiene como crítico de cabecera del diario hasta noviembre de 1972, año en el que es sustituido por Vicente Zabala.

Pero sin duda, el trabajo que catapultó su prestigio fue su paso por la revista semanal *El Ruedo*. Esta publicación, la más relevante de la posguerra en la materia,

---

<sup>289</sup> GIL GONZÁLEZ, J. C. *La crónica periodística de Antonio Díaz-Cañabate*. Tesis doctoral, Universidad de Sevilla, 2006, pp. 147-148.

nació como suplemento taurino del diario deportivo *Marca*, que llevaba editándose desde 1938 y que desde su inicio incluía una sección taurina. *El Ruedo* como revista taurina en formato independiente, aunque todavía como suplemento taurino de *Marca*, nace el día 2 de mayo de 1944 con un número especial de 98 páginas en el que se incluyen infinidad de artículos y reportajes así como incontables espacios dedicados a publicidad. En este primer ejemplar aparece ya un texto con la firma de Díaz-Cañabate que lleva por título «Competencias en el toreo»<sup>290</sup>. Después de este especial, habrá que esperar hasta el 13 de junio de ese año 1944 para ver la publicación del número uno y por tanto del inicio de la serie que concluirá ya sin solución de continuidad en el año 1977.

Antonio Díaz-Cañabate escribirá en *El Ruedo* hasta 1962 con cierta continuidad. Durante los primeros meses de la publicación, entre junio y noviembre, colabora con frecuencia pero su firma no aparece en todos los números. En este primer periodo inserta artículos de temática variada sobre diferentes aspectos de la Fiesta, ofreciendo su particular punto de vista y dejando ver su personal estilo cargado de amenidad y un correcto lenguaje. Hay que esperar hasta el 8 de noviembre de 1944 para ver por primera vez el epígrafe «El planeta de los toros» presidiendo uno de sus artículos, peculiar ocurrencia del escritor para denominar el complejo mundo taurino y convertido después en aforismo de uso frecuente para referir el enrevesado y excepcional entramado que conforma la Tauromaquia en todos sus aspectos.

La colaboración de Díaz-Cañabate en *El Ruedo* alcanzará hasta 1965, en el que deja definitivamente la publicación, si bien en los últimos años la aparición de sus textos se irá espaciando hasta convertirse en algo ocasional. Sobre el tema y el sentido de estos trabajos señala Juan Carlos Gil González que «no se trataba de hacer crónicas, ni reportajes taurinos de actualidad, sino de hacer literatura taurina en el más estricto sentido del término»<sup>291</sup>. «Su colaboración —continúa Gil González— consistía en un artículo de opinión en el que se trataban los temas más diversos y pintorescos, pero tratados desde una pose costumbrista y bohemia a la vez». Una pose que será la tónica de sus crónicas taurinas durante los años en que permanezca en *ABC*.

---

<sup>290</sup> DÍAZ-CAÑABATE Y GÓMEZ TREVILJANO, A. «Competencias en el toreo». *El Ruedo*, Madrid, año I, 2 de mayo de 1944, n° 0, p. 20.

<sup>291</sup> GIL GONZÁLEZ, J. C. *La crónica periodística de Antonio Díaz-Cañabate*. *Op. Cit.*, pp. 184-185.

Su otra gran aportación, el tercer hito como escritor de toros, es la colaboración en *El Cossío*, la monumental obra que pusiera en marcha el insigne José María de Cossío allá por el año 1935. El citado Juan Carlos Gil González<sup>292</sup> señala que la incorporación de Díaz-Cañabate a la magna obra se produce en 1937 tras el abandono por causa de la Guerra del poeta Miguel Hernández. En esta dedicación estuvo casi hasta el momento de su fallecimiento, y de su trabajo son fruto directo los tomos V y VI, tras la retirada de la monumental empresa de José María Cossío en 1958.

De su trabajo y su estilo como cronista taurino de *ABC* deben destacarse también varios aspectos importantes. En primer lugar, y como se comentaba al principio, su absoluta independencia, por todo el mundo reconocida, en una época en que las comisiones de los toreros a los periodistas taurinos estaban en primera línea y salpicaban a una importantísima parte de la profesión. Cabe señalar en este sentido las afirmaciones que el viejo cronista, dos años antes de su fallecimiento, realiza a Vicente Zabala para la revista *Blanco y Negro*, en las que señala las limitaciones para aquellos que deciden escribir de toros cobrando de los toreros así como la amargura de ese tipo de remuneración:

[...] He escrito lo que he querido siempre. Nadie me ha mediatizado. Quien pretenda sacar el dinero a los toreros tiene que tratarlos. Y eso es muy grave. Son, por regla general, unos adocenados. Quien tome su dinero lo sudará siempre con creces. No tiene precio el hecho, que tú conoces bien, de escribir con absoluta tranquilidad de ánimo. Para ellos sus millones. Yo no los quiero ni los quise nunca. Mis necesidades siempre fueron mínimas. Aviado está quien pretenda vivir de lo que le den los toreros. Es un dinero muy amargo. [...]<sup>293</sup>

De esa entrevista se extrae la afirmación que acompañó para los restos a Díaz-Cañabate, al señalarle al sorprendido Vicente Zabala que a él nunca le habían gustado los toros y considerar su trabajo de crítico taurino como una pérdida de tiempo:

[...] Te voy a hacer, querido Vicente, una confesión. Tú y yo hemos hablado horas y horas de toros por esas fiestas. Te decía que me aburría la fiesta de hoy. Bueno, pues la verdad es que no me han gustado nunca los toros. Han sido contadas las ocasiones en que me he escapado del tedio.

Eso no lo pongo —exclama un atónito Zabala—

Te lo digo para que lo pongas —continúa Díaz-Cañabate—. No me importa. Y lo que siento es el tiempo que he perdido escribiendo de toros.

---

<sup>292</sup> *Ibidem*, pp.175-176.

<sup>293</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Mano a mano con el maestro Cañabate», entrevista. *Blanco y Negro*, Madrid, año LXXXVIII, Prensa Española, 29 de marzo de 1978, nº 3439, pp. 4-8.

Antes te decía que nunca tuve obligaciones, trabajos fijos, por ser amante de la independencia, pues lo que ocurre es que no me acordé de la cantidad de años que he ido a los toros por obligación sin interesarme el cartel lo más mínimo. [...]»<sup>294</sup>

Al margen de esta declaración que puede que diera sentido a su indolencia en determinados textos, pero que también puede que fuera una ocurrencia del momento, Díaz-Cañabate había sido sin duda el maestro de Vicente Zabala, el espejo en el que siempre se había mirado. Numerosos son los artículos en los que el nuevo cronista de *ABC* menciona al viejo crítico. «Hoy he comprendido mejor que nunca —le dice Zabala a Díaz-Cañabate durante la feria valenciana de Fallas de 1975—, entrañable maestro, lo socorrido que le resultaba a usted “tirar de repertorio”, de ese repertorio variado y amenísimo de formidable escritor costumbrista, para mi gusto el mejor y más auténtico de su generación»<sup>295</sup>. Y grande la amistad que mantenían, como así se deja entrever en la entrevista antes mencionada y como queda de manifiesto en el artículo de despedida que le dedica tras su fallecimiento. «Tantas y tantas ferias. Tantas y tantas tertulias. Tantos y tantos consejos. “No te mezcles nunca con el taurinismo si quieres un día sucederme en el *ABC*”. Y caminábamos por las angostas calles sevillanas después de cenar en cualquier taberna...»<sup>296</sup>, recuerda desde la tristeza Zabala. En esa amistad entre cronistas con el mismo criterio, el joven y el veterano, se fraguó la sucesión de Díaz-Cañabate por Zabala en el citado diario. Cañabate fue preparando el camino para que el vehemente y ya conocido Zabala fuera su sustituto.

Pero por encima de todo, Antonio Díaz-Cañabate fue un gran escritor costumbrista, como así lo recogen la mayoría de los autores analizados que ha referido su figura. Explica este aspecto el escritor, periodista y gran aficionado Néstor Luján Fernández (Mataró, Barcelona, 1922-Barcelona, 1995) en *El Cossío*. «Díaz-Cañabate —señala Luján— era heredero pleno y legítimo, con una prosa sabrosa y una erudición lúcida y precisa, de un género de claro prestigio: el costumbrismo madrileño»<sup>297</sup>, y continúa un poco más adelante, «Antonio Díaz-Cañabate ha sido un escritor que se deleitó con el color local de su Madrid y lo escribió con un lenguaje deliberada y jugosamente madrileño». Y supo trasladar ese costumbrismo literario a la crónica taurina, sin que por ello pudiera ser acusado de cierta pasividad ante los retos del espectáculo. «Las crónicas

---

<sup>294</sup> *Ibidem*, pp. 4-8.

<sup>295</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Carta abierta al maestro Cañabate». *ABC*, Madrid, 18 de marzo de 1975, p. 115.

<sup>296</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Adiós, maestro». *ABC*, Madrid, 17 de septiembre de 1980, p. 27.

<sup>297</sup> LUJÁN FERNÁNDEZ, N. «Toros y periodismo». En DE COSSÍO, J. M. *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico Histórico*. Tomo VIII. *Literatura y Periodismo*. *Op. Cit.*, pp. 635-636.

de Cañabate —defiende Javier Villán—han sido calificadas, con evidente ligereza, de divertimento costumbrista y literario, en el cual lo de menos era la corrida. No es verdad. La acusación de escapismo es insidiosa: Cañabate fue un crítico que defendió los valores esenciales de la Fiesta, que tenía una idea clara sobre la verdad del toro y la verdad del toreo»<sup>298</sup>.

Bien es cierto que defendió los valores esenciales de la Fiesta, lo mismo que siempre se mantuvo en esa perspectiva distante que le mantenía alejado del taurinismo<sup>299</sup>, como hemos visto que también le aconsejaba que lo hiciera a Vicente Zabala; pero no es menos cierto que en ocasiones distraía sus discursos con ese estilo indolente característico del costumbrismo y parecía que se «olvidada» de su misión de cronista y crítico taurino. «Sus crónicas —sostiene en este sentido el profesor Alejandro Pizarroso— muchas veces no respondían a la realidad de lo que había sucedido en la arena. Se detenía en detalles colaterales. No dejaba de ser un escritor costumbrista. Él afirmaba que cuando hacía esto era precisamente porque no había nada que decir de lo que había sucedido en el ruedo»<sup>300</sup>.

Un ejemplo de los incontables que pueden encontrarse entre sus crónicas de cómo distraía su labor es esta larga introducción —prácticamente la mitad de la crónica— que ofrece para comentar una novillada canicular en la plaza de toros de Las Ventas de Madrid celebrada en agosto de 1958, primer año como crítico taurino en *ABC*. Como tantas veces, un personaje ficticio, en este caso el aficionado Ulpiano, nos sitúa en una circunstancia que empieza a ser habitual en el Madrid de los años cincuenta, la de acudir el domingo con la familia al campo. Bien pudiera parecer que es un asunto banal, pero en el fondo deja ver Díaz-Cañabate una problemática de la fiesta de los toros que empieza a acentuarse en ese periodo como la multiplicación de actividades de ocio paralelas al espectáculo, así como la modificación de los usos y costumbres sociales, aspectos que restan asistencia al mismo. En cualquier caso, el festejo pasa casi a un segundo plano ya que lo ocurrido en el albero apenas tuvo interés para el cronista, aprovechando Díaz-Cañabate la circunstancia para hacer gala de su particular estilo de escritor costumbrista:

---

<sup>298</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. *La crítica taurina. Antología. Op. Cit.*, pp. 340-341.

<sup>299</sup> Su única relación con este mundo era su gran amistad con el diestro Domingo Ortega, si bien ésta fue particularmente intensa con el diestro toledano ya retirado de los ruedos.

<sup>300</sup> PIZARROSO QUINTERO, A. «Cronistas y críticos taurinos: Escritores, aficionados, “sobrecogedores” y periodistas profesionales». *Op. Cit.*, p. 231.

### **¡QUÉ BIEN SE VERANEA EN LAS VENTAS!**

[...] El señor Ulpiano, industrial acomodado del barrio de Pardiñas, es, según él, un madrileño consciente. El señor Ulpiano es, además, monologuista. Habla solo que se las pela. Habla muy bajito. El fluir de sus palabras se parece al levísimo susurro de un manantial. El señor Ulpiano no necesita de nadie para ser feliz. Ni si quiera de la familia. Su familia, estos domingos caniculares, se traslada al puerto de Navacerrada. El señor Ulpiano no se pierde una novillada. El domingo pasado llegó radiante a su grada del 3. Se sentó en su primera fila. Encendió un “farias”. Y empezó a monologar:

“¡Ajajá, qué a gusto se está aquí! ¡Qué airecito corre! Ya van llegando los extranjeros. ¿Por qué estarán tan delgadas las inglesas? ¡Donde esté una morenaza metida en carnes, que se quiten todas las espingardas del mundo! Menos cinco. Se va a cuajar la sombra. Hay mieditis en el sol. Y eso que esta tarde no aprieta como estos días de atrás, que tuvimos fiebre de cuarenta y tres décimas. Ya se están persignando los matadores. Eso en capilla, que para eso está. Pero bueno, nunca viene mal encomendarse a Dios en cualquier momento. Veremos lo que da de sí el debutante, Luis Alviz, natural de Cáceres. Vamos a ver en el “programa” el pelo de los novillos de D. José Tomás Frías. ¡”Na”, lo de siempre! Negro meano, negro bragao, negro zaíno. No salimos de los negrales. ¡Con lo que me gusta a mí el pelo “variao”, como el pescado frito! Nos resignaremos. La fiesta está de una negrura que ya ya. Pero todo es preferible a pasarte el día del domingo debajo de un pino viendo jugar a las cuatro esquinas a los niños y retozar a los grandullones. Donde se veranea bien es aquí, en las Ventas. Y mi parienta empeñada en que yo soy un imbécil. La imbécil lo es ella, que se ha “levantao” a las seis de la mañana, ha “cargao” con la merienda y con la prole y ha tenido que tomar el metro y dos trenes “pa” llegar a la Navacerrada esa, donde no se encuentran más que unos árboles que presumen de bosque... [...]”<sup>301</sup>

Esta indolencia que con relativa frecuencia se manifestaba junto a un discurso escasamente vehemente mostraban muchas veces a Díaz-Cañabate como un escritor pusilánime en materia taurina, sin embargo alumbraban un interesante estilo personal que a la postre le dio fama y prestigio. Fue en este sentido Díaz-Cañabate uno de esos raros ejemplos de cronista taurino que era leído por un amplio público entre los que había tanto aficionados a los toros como no aficionados, caso similar al posterior de Joaquín Vidal en *El País*. Esa falta de contundencia discursiva, que se intuía necesaria a raíz de la fuerza con que se expresaba el pensamiento esencialista, hizo que ante el surgimiento con fuerza de los jóvenes cronistas su discurso quedara un tanto relegado a un segundo plano. Díaz-Cañabate fue un crítico independiente y serio; pero le faltó

---

<sup>301</sup> DÍAZ-CAÑABATE Y GÓMEZ TREVIJANO, A. «¡Qué bien se veranea en las Ventas!». *ABC*, Madrid, 5 de agosto de 1958, p. 31.

fuerza para convertirse en el crítico de cabecera de la nueva doctrina taurina. En cualquier caso, no debe obviarse que Díaz-Cañabate se sumará con rotundidad a las campañas que en contra de los males de la Fiesta el esencialismo ponga en marcha y seguirá reivindicando en las páginas de *ABC* hasta su retirada a finales de 1972 la regeneración del espectáculo.

Además de su participación en la prensa escrita, el prolífico escritor publicó varios libros de temática taurina, o ésta es el eje del relato, entre los que se pueden destacar *Historia de una taberna* (1945), *La fábula de Domingo Ortega*, en (1950); *Historia de una tertulia* (1952), *Historia de tres temporadas. 1958, 1959 y 1960* (1961), *Paseillo por el planeta de los toros* (1970), y *El mundo de los toros* (1971).

#### **4.3.2. Otras voces en prensa desde el esencialismo**

Como afirmada al principio de este apartado, en ese periodo que abarca desde la postguerra hasta la década de los años sesenta son varios los cronistas e informadores taurinos que pueden ser incluidos dentro de la perspectiva distante de entendimiento del espectáculo. A los citados José María del Rey Caballero, *Selipe*, y Antonio Díaz Cañabate se suman sin duda varios nombres que, a lo largo de los años, tuvieron reconocimiento por su lucha contra los abusos que la Fiesta estaba padeciendo. Su trabajo profesional adquiere gran sentido por la dificultad que entrañaba mantener una posición alejada del entramado taurino y porque todos ellos fueron conocedores de la fiesta de los toros previa a la Guerra Civil, esa fiesta que todavía conserva los pilares de autenticidad y ortodoxia que el esencialismo reclamará persistentemente. Evidentemente, ni están todos los que fueron ni todos los citados tuvieron la misma implicación ni la misma beligerancia; pero en conjunto hicieron gala de su independencia, de su defensa del toro íntegro y de su rechazo a esos fraudes del espectáculo, y entre todos ellos conforman el núcleo principal del esencialismo de postguerra.

Entre los nombres interesantes a los que se les reconoce independencia además de estar situados en esa perspectiva distante del periodo de posguerra, figura el veterano **Juan Álvarez Martínez, *Curro Castañares***<sup>302</sup>, (Málaga, 1883-1973), abogado de profesión, que desde las páginas de *Ya*, diario al que había llegado en 1939 y en el que

---

<sup>302</sup> PÉREZ JIMÉNEZ, S. C. *Periodismo Taurino. La crónica taurina en El Debate de 1910 a 1936*. Tesis doctoral, Universidad CEU Cardenal Herrera de Valencia, 2013, p. 91.

estuvo hasta su fallecimiento, se había mostrado implacable contra el «afeitado». Curro Castañares es otro de los cronistas que conocía la fiesta de antes de la guerra y vivió las intensas etapas de la Edad de Oro y la Edad de Plata de la Tauromaquia. Hasta el año 1936 escribió crónicas para el periódico *El Debate* en el que compartió espacio taurino junto al célebre Alejandro Pérez Lugín, *Don Pío*. En el año 1912 había fundado la revista *The Kon Leche*, publicación que mezclaba humor satírico con información de actualidad taurina, y que tuvo cierto predicamento en la época. Debajo del título de la publicación ya aparecía una muestra del criterio de independencia del director: «Sinceridad, imparcialidad y poca amistad con los toreros», criterios estos que mantuvo a lo largo de toda su carrera.

Por su relevancia y por el importante papel que jugó en la denuncia del fraude del «afeitado» que se aborda más adelante, debe destacarse el ya citado **Carlos de Larra y Gullón, Curro Meloja**, (Madrid, 1889-1962) que, a través de los micrófonos de *Radio Madrid*, dirigió y presentó el programa *Tauromaquia-Revista Radiofónico-Taurina*, que se emitía los lunes entre los años 1942 y 1962. Su defensa de la integridad y pureza de la Fiesta queda constatada en cada uno de los programas que puso en antena y en sus «portadas radiofónicas» que abrían cada edición. Para el profesor Alejandro Pizarroso, Curro Meloja es, sin duda, «el primer gran cronista de radio»<sup>303</sup> que existe en España. Su defensa de la integridad del toro fue una constante a lo largo de su carrera, y muchos son los ejemplos que se encuentran recogidos en la recopilación de varias de sus editoriales:

[...] Lo más interesante de la fiesta nacional, quieran o no los «istas» apasionados por los toreros, es el toro. [...]

Por eso, por dignidad de la fiesta misma de los hombres que en el ruedo, superiores en número y en inteligencia, luchan con el toro, éste debe ser fuerte, poderoso y duro. Por eso es indignante que a las plazas salgan toritos febles, débiles, raquíticos, que muy a duras penas pueden sobre las patas sostenerse. No. Para que haya nobleza en la pelea, para que la lucha sea de altura, el toro ha de tener un periodo por lo menos equivalente al que van a enfrentarse tantos hombres poderosos reunidos contra él. Ya que son tantos contra uno, lo menos que hay que exigirles a esos tantos es que el uno sea enemigo de consideración, para que no resulte la lucha miserable por lo desigual, y para que no sea posible que un pobre torito, débil y renqueante, al verse dominado y vencido por tantos hombrotres, pueda rumiar, en su lenguaje, como cualquier chiquillo diría a voces si al salir de la escuela se

---

<sup>303</sup> PIZARROSO QUINTERO, A. «Cronistas y críticos taurinos: Escritores, aficionados, “sobrecogedores” y periodistas profesionales». *Op. Cit.*, p. 232.



viera acometido por siete grandullones: «Bien podréis conmigo, porque soy pequeño; pero atreveros a darme lo que me lleváis de alto...». [...]»<sup>304</sup>

Apuntado a la crítica taurina desde los años veinte del pasado siglo, **Luis Uriarte Rodríguez**, *Don Luis*, (Valladolid, 1893-Madrid, 1970) es otro de los cronistas que alcanzan el periodo de postguerra desde la perspectiva esencialista. Incorporado a *La Hoja del Lunes* una vez terminado el conflicto bélico, alcanza a escribir crónicas en dicho diario hasta el año de su fallecimiento utilizando los pseudónimos de *Don Luis* y *El de Tanda*. En el periodo previo a la guerra, Luis Uriarte había escrito primero en *El Liberal* y posteriormente en *La Tribuna*. Entre sus aportaciones más relevantes destacan la coordinación de los llamados anuarios taurinos que bajo el título *Toros y Toreros* publicaba *El Liberal*. También debe señalarse que fue autor de varios trabajos de temática taurina, como *Figurones taurómacos*<sup>305</sup>, publicado en 1917, gran trabajo en el que analiza, desde su perspectiva, a los toreros más importantes de la época previa a la Edad de Oro.

En la historia de Uriarte hay un episodio oscuro difícil de verificar. La revista taurina *The Times*, creada en el año 1917 por el cronista taurino Isidro Amorós-Manso Guerra<sup>306</sup>, *Don Justo*, le acusa en el año 1924 de chantaje a determinados toreros. Al parecer, según figura en la acusación, Don Luis tenía intención de poner en marcha una imprenta, y para sufragar la empresa habría optado por pedir dinero a ciertos diestros importantes de la época, léase Marcial Lalanda, Victoriano Roger, *Valencia II*, Nicanor Villalta, Francisco Vega de los Reyes, *Gitanillo de Triana*, Domingo González Mateos, *Dominguín*, etc., a cambio de ser benevolente en sus juicios a las actuaciones de todos ellos. Algunos de los chantajeados habrían llegado a aportar el montante solicitado, sin embargo, la negativa de Lalanda a contribuir destapa el fraude y coloca en un brete al cronista taurino<sup>307</sup>. El episodio, de ser cierto, podría suponer el origen del famoso «sobre» que tanto daño hizo a la prensa taurina de la postguerra.

En los años cuarenta **Celestino Espinosa Echevarria**, **R. Capdevila**, (Granada, 1900- Madrid, 1956) en *Arriba*, diario en el que escribió entre los años 1939 y 1956, ya se mostraba contrariado tanto con la presencia de los toros como con las habilidades del

---

<sup>304</sup> DE LARRA Y GULLÓN, C. (*Curro Meloja*). *Portadas de la Tauromaquia de Curro Meloja*. Op. Cit., pp.71-74.

<sup>305</sup> URIARTE RODRÍGUEZ, L. *Figurones Taurómacos*. Madrid, Imprenta Española, 1917.

<sup>306</sup> Isidro Amorós-Manso Guerra dirigió la revista entre 1917 y 1922, año en el que la abandona, pasando a ser el nuevo director Francisco de Ramos Castro, *Rodaballito*.

<sup>307</sup> Véase *Taurologia.com*. «Luis Uriarte, “Don Luis”». Consultado el 27 de abril de 2019. Disponibilidad en <https://taurologia.com/luis-uriarte-don-luis/>

nuevo toreo. No puede decirse que R. Capdevila fuera un crítico exigente al uso, pero, como vimos en el apartado correspondiente, era de los pocos que en alguna ocasión se atrevió a censurar las «genialidades» tanto de Manolete como de Arruza ante toros impropios. El escritor Néstor Luján, en el apartado dedicado al periodismo taurino dentro de *El Cossío*, define a R. Capdevila como un paladín de la pureza clásica del espectáculo, como «el más claro defensor de la intangibilidad de la fiesta de los toros», alguien que, desde su tribuna en el mencionado *Arriba*, «defendió con violenta energía la integridad del elemento esencial de la fiesta, el toro»<sup>308</sup>.

Interesante y prolífica es la trayectoria de **Antonio García-Ramos Vázquez** (Huelva 1906-Madrid 1991) periodista y abogado, que fuera nombrado en la segunda mitad de los años cuarenta presidente de la Diputación Provincial de Huelva. Cronista taurino en *Radio Juventud de España*, en la década de los sesenta se hará cargo de la dirección de la sección taurina tanto de *Radio Nacional de España* como de *Televisión Española*, y suya será la voz de las primeras retransmisiones de festejos desde la plaza de toros de Las Ventas en 1958 por la pequeña pantalla. En la segunda mitad de la década de los setenta, al igual que Antonio Díaz-Cañabate, colaborará con José María Cossío en la enciclopedia *EL COSSÍO*, escribiendo el capítulo «Historia de los reglamentos de España y otros países»<sup>309</sup> en el tomo dedicado a los reglamentos taurinos y plazas de toros. De hecho, Cossío no llegará a ver publicados esos capítulos ya que su fallecimiento en noviembre de 1977 se producirá antes de que aquellos vean la luz. También colaborará con Carlos Orellana en la realización de la enciclopedia *Los toros en España* publicada en 1969.

Notable escritor y disertador, algunas de sus conferencias serán llevadas al papel, como *Los reglamentos taurinos*, conferencia ofrecida en la madrileña peña El 7, en marzo de 1957, *Veinte temas taurinos*, disertación llevada a cabo en Madrid en marzo de 1960 en el Círculo Catalán, o *El espectáculo más nacional es el menos estatal*, conferencia ofrecida en Ciudad Real, dentro del ciclo organizado por la Federación Taurina de Manchega en abril de 1977. También llevan su firma varios libros, como *De Litri II a Manolete* (1948), *Historia taurina en 40 décimos de la Lotería Nacional* (1972) y *La quiniela Taurina* (1975). En relación al tema de este último título, cabe

---

<sup>308</sup> LUJÁN FERNÁNDEZ, N. «Toros y periodismo». En DE COSSÍO, J. M. *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico e Histórico*. Tomo VIII. *Op. Cit.*, p. 633.

<sup>309</sup> GARCÍA-RAMOS Y VÁZQUEZ, A.. «Historia de los reglamentos de España y otros países», en DE COSSÍO, José María. *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico e Histórico*. Tomo VI, Madrid, Espasa-Calpe, 2007, pp. 89-264.

apuntarse que fue uno de los promotores de la idea de creación de una quiniela taurina, a modo de la futbolística, con el objeto de recaudar fondos para la promoción y desarrollo del espectáculo, idea que no llegó a materializarse. En 1977 colaborará junto a Vicente Zabala y José Luis Suárez-Guanes en la obra coleccionable *75 años de toros a través de ABC*, que el diario distribuirá a partir del 5 de junio de 1977. También colaboró como redactor y corresponsal de la revista *El Ruedo* y en *La Hoja del Lunes*, diario en el que acompañaba la labor de José María del Rey Caballero, *Selipe*. En 1988 publica, junto a Francisco Narbona, *Ignacio Sánchez Mejías, dentro y fuera del ruedo*, biografía del torero sevillano por el que sentía una gran admiración.

A pesar de no ser un esencialista a ultranza, García-Ramos Vázquez siempre se mostró como defensor de la integridad del toro en todos sus aspectos. Su opúsculo *20 Temas taurinos*, publicado en 1960, sirve de referencia para tener una visión nítida de su pensamiento taurino en ese sentido. Una idea calcada milimétricamente a la del resto de escritores esencialistas en la que se destaca la necesidad de que el toro tenga entidad para que la Fiesta tenga grandeza:

[...] El toro es uno de los dos pilares sobre los que se asienta nuestro espectáculo más nacional. Si se disminuye al toro en su edad, en su casta y en su fuerza, se empequeñece un festejo eminentemente viril. La clásica grandiosidad de nuestra fiesta de toros ronda ya los límites del «ballet».

Devolvamos a las corridas su auténtica raíz, que está en el toro, en el toro con trapío, con casta, con fuerza. No aplaudamos la parodia de toreo, la lucha con astados ridículos. Prestemos, en primer lugar, atención al toro, para valorar lo que con él hace el torero. Porque la medida del torero nos la debe dar siempre el enemigo con que se enfrenta [...] <sup>310</sup>.

Como curiosidad, también debe señalarse que en la segunda mitad de los años setenta García-Ramos Vázquez proponía la creación en el coto de Doñana de una ganadería de toros bravos de titularidad estatal para preservar las características genéticas y biológicas de una especie única. Esta idea <sup>311</sup>, que parte en origen de otros autores, como bien apunta el mismo García-Ramos, será expuesta y defendida en la conferencia ofrecida en abril de 1977 en los locales de la Federación Taurina Manchega, y así aparece recogida en el opúsculo *El espectáculo más nacional es el menos estatal*, que recoge sus palabras de ese día.

---

<sup>310</sup> GARCÍA-RAMOS Y VÁZQUEZ, A. *20 Temas taurinos*. Madrid, Publicaciones Club Fiesta Nacional, 1960, p. 35.

<sup>311</sup> GARCÍA-RAMOS Y VÁZQUEZ, A. *El espectáculo más nacional es el menos estatal*. Ciudad Real, Calatrava, 1977, p. 10-19.

Merece ser nombrado de manera especial en este grupo **Julio de Urrutia Echániz** (Bilbao 1910-Madrid 1998), citado en apartados anteriores de este trabajo. Después de la guerra, y antes de dedicarse a la crítica taurina, Urrutia escribirá en el diario *El Alcázar* hasta el año 1952, con el paréntesis comprendido entre 1947 y 1949, periodo en el que será director del diario *Región* de Oviedo<sup>312</sup>, fundado en 1923. Durante algunos años ejercerá funciones de director del semanario *Hermandad* de los labradores españoles, publicación del periodo posbélico que se imprimía en los talleres del diario *Pueblo*.

En ese año 1952 aparece en los kioscos el semanario *La Actualidad Española*, que lleva, desde su inicio, la firma de Julio de Urrutia como cronista taurino titular. Sin alcanzar gran predicamento, su mayor reconocimiento le llega en el momento en el que la Corriente Crítica Esencialista está cogiendo impulso, al acceder a la titularidad de la crítica taurina del diario *Madrid* en febrero de 1968, periódico en el que sustituye al veterano Manuel Álvarez Díaz, *Manolo Castañeta*. En su presentación, el diario ensalza sus cualidades: «Como escritor de toros es conocido por su rotunda independencia de criterio, por su hondura de juicio y por su pluma valiente, fina y rigurosa»<sup>313</sup>. Sin embargo, es cierto que su tono en la crítica siempre fue más moderado, como lo confirma Javier Villán. «Aunque sin la contundencia sistematizada que muestra en *Los toros en la guerra española* —apunta Javier Villán—, la posición de Julio de Urrutia frente a la manipulación del toro y la corrupción, es inequívoca»<sup>314</sup>. Urrutia permanecerá en *Madrid* hasta el cierre del diario en 1971.

Entre las primeras voces del esencialismo surgido en la posguerra, de Urrutia deben consignarse sus varios libros publicados y citados a lo largo de este trabajo, *Los sustitutos en el toreo* (1943), *La despedida de Manolete* (1947) y *Toreo paralelo* (1949). Pero como se afirma, siendo todos ellos reflejo del aire que se respira entre los aficionados de la época, el también citado por Javier Villán, *Los toros en la guerra española* —nombre un tanto confuso, ya que la obra aborda la evolución de la Fiesta desde antes del inicio del conflicto bélico, para centrarse con especial atención en las consecuencias que en los toros tuvo la guerra, es decir el periodo posterior o de posguerra— publicado en 1974 es su obra taurina más relevante. Texto clarividente y demoledor sobre la historia de decadencia de la Fiesta a lo largo del siglo XX, en él se

<sup>312</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. *La crítica taurina. Antología. Op. Cit.*, p. 326.

<sup>313</sup> Véase *Madrid*. «Julio de Urrutia, crítico taurino de *Madrid*». Madrid, 24 de febrero de 1968, p. 1.

<sup>314</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. *La crítica taurina. Antología. Op. Cit.*, p. 327.

muestran las miserias del mundillo taurino en su afán de dominar y controlar un negocio del que poco les importa su magnitud histórica.

En 1981 colabora en la edición del trabajo *Las Ventas. 50 años de corridas*, en la que escribe del periodo comprendido entre los años 1931 y 1950. Además de obras de materia puramente taurina, Julio de Urrutia publicó textos de diferente temática, destacando entre ellos dos fundamentalmente: *Mi buena estrella* (1938), sobre su cautiverio durante la Guerra Civil, y *El Cerro de los héroes*, (1965), donde narra la heroica resistencia que en 1936 mantuvieron un grupo de guardias civiles durante el asedio que sufrieron en el Santuario de la Virgen de la Cabeza, en la provincia de Jaén.

Para cerrar este punto, otro de los cronistas que llegan desde el periodo anterior a la guerra y que debe citarse es el polifacético **Antonio Valencia Remón**, *El Cachetero*, (Zaragoza, 1912-Madrid, 1992) que desde la revista *El Ruedo*, en la que escribió desde su aparición en 1944 hasta octubre de 1946<sup>315</sup>, mostró su independencia de criterio y su censura a determinadas actuaciones tanto de Manolete como del entorno que le dirigía. En ese sentido, fue de los pocos que en algún momento criticó abiertamente al torero cordobés por sus formas, como por ejemplo en octubre de 1945, tras la feria del Pilar de Zaragoza, en la que señala que Manolete «está perdido en sus modos y no se ha encontrado. Hace mejores cosas aisladas, ha perdido el aguante, torea con un engreimiento insoportable, deja su toreo al descubierto con el paso atrás y trasparenta mejor lo que veló uno años con el pasmo que causaba su sitio»<sup>316</sup>.

Antonio Valencia había empezado su trabajo como crítico taurino en *El Noticiero* de Zaragoza, allá por los años treinta del siglo XX. En la semblanza que de él hace el diario *ABC* tras su fallecimiento, queda claramente definida cuál era su actitud ante el trabajo de crítico, en el que procuraba mantener la distancia con el campo de trabajo para evitar contaminaciones condicionantes: «Para ser un buen crítico conviene aislarse lo más posible, dentro de la sociabilidad, de la vida normal de relación. Antonio Valencia era un independiente y se retraía lo más posible, para no “contaminarse”, según su criterio de salud»<sup>317</sup>.

---

<sup>315</sup> La presencia de la firma de *El Cachetero* en la revista *El Ruedo* es habitual desde el número 1 de la publicación, el martes 2 de mayo de 1944, hasta el número 119, con fecha de viernes 4 de octubre de 1946. A partir de ahí, desaparece.

<sup>316</sup> VALENCIA REMÓN, A. (*El Cachetero*). «Jota del Pilar, taleguillas a guardar» *El Ruedo*, Madrid, año II, 25 de octubre de 1945, nº 70, p. 9.

<sup>317</sup> Véase *ABC*. «Valencia, un crítico». Madrid, 20 de marzo de 1992, p. 66.

El Cachetero, además de toros, a lo largo de su dilatada carrera profesional escribió de deporte —durante varios años ostentó la subdirección del diario deportivo *Marca*—, teatro y cine, llegando a recibir el Premio Nacional de Literatura Emilia Pardo Bazán en 1965, otorgado por sus críticas teatrales en el diario *Arriba*. En su haber también figura la dirección durante algunos años de la revista *7 Fechas* y la jefatura del Servicio de Divulgación Técnica Deportiva del COE (Comité Olímpico Español)<sup>318</sup>.

Como anécdota de su personalidad, cabe destacar la afirmación por él mismo señalada de su abandono de la crítica taurina y de la asistencia a festejos taurinos. «Fue una tarde. Me parece que de otoño. De pronto me entró un sopor. Y me quedé dormido. Profundamente dormido. Cuando me desperté, salí despacio de la plaza. Me dije, y no lo he olvidado, que no valía la pena volver a un espectáculo que me hacía dormir sobre la piedra de un tendido, que no es la comodidad misma, ni mucho menos...»<sup>319</sup>. Como se puede apreciar, gran similitud con lo relatado por Antonio Díaz-Cañabate

Al hilo de estos dos escritores citados, R. Capdevila, El Cachetero, junto al de José Antonio Medrano Rivera, crítico de *Arriba* desde 1970, el que fuera crítico de *El Mundo*, Javier Villán, les concede especial relevancia, considerándolos claves en la defensa de la integridad de la Fiesta en esos difíciles años. «Tanto Capdevila como Cachetero y Medrano fueron representantes de una honrada línea de defensa del toro y de la autenticidad de la Fiesta»<sup>320</sup>, afirma Villán.

En Asturias había nacido otro escritor esencialista, **Álvaro Arias García, Don Justo**, (Asturias-Madrid 1989) y en Asturias, en el diario *El Carbayón*, diario de Oviedo surgido en 1879 y que desapareció una vez comenzada la Guerra Civil, había comenzado su trabajo como crítico taurino. Después pasó por otros dos diarios asturianos, *Región* —diario en el que incorpora el pseudónimo de Don Justo— y *La Nueva España* desde su fundación en 1936, para trasladarse definitivamente a Madrid. En la capital trabajará como crítico taurino en la revista *El Ruedo*, en el diario *El Alcázar* y, en la década de los sesenta, en el periódico *La Hoja del Lunes*, en este último colaborando estrechamente con José María del Rey Caballero, *Selipe*. Como anécdota de su personalidad, cabe señalar que en 1968 le fue concedido el prestigioso premio «Curro Meloja», otorgado anualmente por el Círculo Taurino Nicanor Villalta,

<sup>318</sup> Véase ABC. «Antonio Valencia». Madrid, 19 de marzo de 1992. p. 42.

<sup>319</sup> TUDELA, M. «Mano a mano con Antonio Valencia “El Cachetero”». *El Ruedo*, Madrid, año XXXII, 7 de enero de 1975, nº 1594, p. 15.

<sup>320</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. *La crítica taurina. Antología. Op. Cit.*, p. 29.

por su labor como crítico taurino en *La Hoja del Lunes* —en 1966 este prestigioso galardón había caído en manos de Vicente Zabala y en 1967 fue Alfonso Navalón el que se hizo acreedor del mismo—, sin embargo, por motivos que no fueron aclarados, Don Justo rechazó<sup>321</sup> tan honorable galardón. Debe consignarse también que Don Justo organizará y conducirá durante varios años, a partir del año 1958 y hasta bien entrada la década de los sesenta, las tertulias en el salón de Gremios del Círculo de la Unión Mercantil en Madrid, tertulias que se celebraban después de cada corrida de la feria de San Isidro.

Otro nombre destacable es el del periodista y psiquiatra **Mariano de la Cruz Tovar** (Barcelona, 1922-1999), quien alcanzará cierto prestigio como cronista y crítico taurino en la revista barcelonesa *Destino*, escribiendo crónicas de lo acontecido en la plaza monumental de la Ciudad Condal en la sección taurina del medio, que llevaba el epígrafe de «VUELTA AL RUEDO», publicación en la que escribirá de toros entre octubre de 1958 y mayo de 1975 con absoluta independencia, como bien señala quien fuera su compañero, amigo y director Néstor Lujan Fernández<sup>322</sup>, que usaba el pseudónimo de *Puntillero* cuando escribía de toros, y al que Cruz sustituirá en la labor taurina. El cambio de dirección en la revista en mayo de 1975 —hasta el número 1.964, de 22 de mayo, la dirección está en manos de Xavier Montsalvage y Néstor Luján, una semana después ésta pasa a Josep Carles Clemente— hace que la información taurina prácticamente desaparezca del medio y con ella la figura de Mariano Cruz. Sobre su criterio, baste un breve fragmento de una crónica publicada en marzo de 1969 en la que Cruz se queja de la monotonía adquirida por la Fiesta por culpa de la ausencia aparente del necesario peligro:

[...] En Barcelona, desde hace unos cinco años, los novillos salen del mismo tamaño —mínimo tamaño— y con las mismas escasas fuerzas que los falsamente llamados toros que se juegan en la mayoría de los festejos mayores. Años atrás los novillos no se caían y a finales de temporada veíamos reses mastodónticas lidiadas por inexpertos toreros. Aquello era una tremenda injusticia. Pero de esta injusticia se ha pasado a una fiesta tan poco exponente del peligro, que más que un espectáculo centrado sobre la emoción resulta un aburrido y mimoso juego basado en el maternal cuidado

---

<sup>321</sup> Véase *El Ruedo*. «Don Justo» no acepta el premio “Curro Meloja”. Madrid, año XXIV, 9 de enero de 1968, nº 1229, p. 9.

<sup>322</sup> LUJÁN FERNÁNDEZ, N. «Toros y periodismo». En DE COSSÍO, J. M. *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico Histórico*. Tomo VIII. *Literatura y Periodismo. Op. Cit.*, p. 638.

de la imberberes que pasea su derrengada y triste anatomía por el ruedo.  
[...]<sup>323</sup>

Paralelamente, y desde el año 1962, M. Cruz o simplemente Cruz, que así era como firmaba sus artículos, ejercerá de corresponsal taurino en Barcelona para *Hoja del Lunes*, colaborando con el insigne José María del Rey Caballero, *Selipe*, que era el encargado de la sección. Entre 1973 y 1977 también ejerció como corresponsal taurino para *Informaciones*. Su última, y larga, etapa como crítico taurino tendrá lugar en *La Vanguardia*, diario en el que sustituirá al pamplonés Julio Ichaso Oñate<sup>324</sup>, permaneciendo en él desde 1981 —su primera crónica en este diario tiene fecha de 1 septiembre de 1981— hasta su fallecimiento en 1999. Además de en estas publicaciones, Mariano de la Cruz colaborará durante los años sesenta en la revista *El Burladero*, y ya en la década de los noventa en la efímera *TOROS 92*. Su biografía como cronista y crítico taurino la completan sus colaboraciones puntuales en *Radio Nacional de España* y *Radio Televisión Española*.

#### 4.4. El hito de la denuncia del fraude del «afeitado»

En esa obra de referencia antes citada, *Hoy se torea peor que nunca*, significativo reflejo del clima de desagrado que ya existe, Adolfo Bollaín señala los que para él son los motivos que han conducido a un concepto de toreo equivocado, amén de desnaturalizado, y uno de ellos es la utilización de reses disminuidas —«de aspecto afeminado, que más parece vaquilla de tienta que macho de lidia»<sup>325</sup>, señala el autor— que facilitan el ejercicio —«fácil», afirma— de la tauromaquia actual<sup>326</sup>, frente a las dificultades que antaño ofrecían las reses serias y poderosas. La tesis de Bollaín es que el toro anterior a la Guerra Civil, el toro que se lidia en dos etapas tan significativas como son la Edad de Oro y la Edad de Plata de la fiesta de los toros, poco, o nada, tiene que ver con el toro actual. Aquél toro, con su peso, con su fortaleza y con su trapío indiscutibles habría impedido, de lidiarse en este momento, la evolución artística que ha experimentado el arte de torear.

Ese clima de descontento, esa reclamación de una fiesta sustentada en los valores esenciales que le deben ser inherentes que ya nos muestra Bollaín, explota a

---

<sup>323</sup> DE LA CRUZ TOVAR, M. «La constante monotonía». *Destino*, Barcelona, año XXXII, Publicaciones y Revistas S.A., 22 de marzo de 1969, nº 1642, p. 50.

<sup>324</sup> LUJÁN FERNÁNDEZ, N. «Toros y periodismo». En DE COSSÍO, J. M. *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico Histórico*. Tomo VIII. *Literatura y Periodismo*. *Op. Cit.*, p. 646.

<sup>325</sup> BOLLAÍN ROZALEM, A. *Hoy se torea peor que nunca*. *Op. Cit.*, p. 25.

<sup>326</sup> *Ibidem*, p. 26.



finales de noviembre de 1952 con la denuncia pública del diestro Antonio Mejías Jiménez (Caracas, 1922-Madrid, 1975), conocido en el ámbito taurino y en la sociedad española como Antonio Bienvenida, a través de los micrófonos de *Radio Madrid* y con el «afeitado» como punto de partida. Durante meses, el periodista Carlos de Larra y Gullón, *Curro Meloja*, anteriormente tratado, en su programa *Tauromaquia Revista Taurofónico-taurina*, denuncia en la mencionada emisora de radio la escalada que está teniendo la manipulación fraudulenta de las astas de los toros. Las declaraciones del diestro en compañía del ganadero salmantino Antonio Pérez-Tabernero, conocido como Antonio Pérez de San Fernando —extraño compañero de viaje, pues la sospecha de fraude recaerá sobre sus toros en años posteriores como en el conjunto de ganaderías comerciales— se producen en pleno apogeo del desiderátum heterodoxo taurino. A modo de resumen contextualizado explica muy bien Vicente Zabala en uno de sus artículos de sus primeros años en *ABC* lo que para él fue un gesto sin precedentes:

[...] La fiesta a partir de Manolete y, más todavía, desde la muerte del último califa cordobés, se había precipitado por un terraplén de fraudes y corruptelas. No es que se afeitaran las corridas de toros, es que se desmochaban escandalosamente.

El prestigioso crítico taurino de Radio Madrid, Carlos de Larra, que popularizó el seudónimo de «*Curro Meloja*», denunciaba constantemente desde sus famosas portadas radiofónicas el bochornoso despuntado de las astas de los toros.

La corrida del 12 de octubre de 1952 a beneficio del Montepío de Toreros, en la que se lidian seis toros cinqueños y astifinos del conde de la Corte supone un éxito de clamor para Antonio Bienvenida, el mejicano Juan Silveti y el sevillano —hoy banderillero— Manolo Carmona. Los tres salen en hombros por la puerta grande. Se demuestra que al toro de verdad, cuando embiste con casta y nobleza, se le puede hacer un buen toreo. Antonio Bienvenida, desde los micrófonos de Radio Madrid, entrevistado por «*Curro Meloja*», denuncia el afeitado. El escándalo es grande en todo el país. *ABC* respalda la campaña. Luis de Armiñán se lanza a tumba abierta rescatar la pureza de la fiesta. El mismo Corrochano, retirado de la crítica, vuelve a empuñar la pluma y escribe en *ABC* tres artículos magistrales. «*Al que le dé miedo de los toros —dice— que no sea torero*». Antonio Bienvenida se lleva tras de sí a toda la afición, mientras se gana la antipatía y el veto de las figuras del momento.

En este año muere el gran rejoneador don Antonio Cañero, que se enfrentaba a los toros en puntas como hoy lo hace Moreno Pidal. El polémico Luis Miguel había picado un toro en Carabanchel por aquello del más difícil todavía, aunque al llegar el momento de volver a salir el toro en punta decide abandonar la profesión..., provisionalmente. Arruza y Manolo González también optan por quedarse en casa. La autoridad se ha puesto

muy seria. Domingo Ortega, cabello blanco y serena maestría, retorna a los ruedos.

Apasionante 1953. Victoria para l verdad de la fiesta. Agradecimiento de los aficionados a «*Curro Meloja*», Luis de Armiñán y Antonio Bienvenida. Claro que después el tiempo volvería a dar el triunfo a una picaresca tan tesonera como demoleadora... [...]»<sup>327</sup>

Esa denuncia de la artimaña del «afeitado», que desde la década anterior era ostensible y generaba rechazo entre amplios sectores de aficionados, se convierte en el caballo de batalla, pero sobre todo se convierte en la válvula de escape que hace visible y amplifica el descontento de quienes entienden que la Fiesta camina en dirección incorrecta. Multiplicada en diferentes medios, tanto radiofónicos como escritos, y el consiguiente revuelo generado —tuvo resonancia incluso en medios extranjeros como *Times*, *Life*, *Le Monde*, *France-Soir*, o *Le Journal de Genève*<sup>328</sup>—, sirvió para que se modificara el punto de vista de buena parte de esa opinión pública.

Que la denuncia saliera de boca de un matador de toros había proporcionado el aliciente necesario para alcanzar la relevancia y consideración que el tema nunca antes había tenido. Y sirvió sobre todo para que los periodistas y escritores taurinos quedaran retratados. Era evidente que ante el escándalo, aquellos que participaban del «sobre» tuvieron que «taparse»<sup>329</sup> o sumarse a la protesta con la boca pequeña, cuestionando en muchos casos la pertinencia de la actitud de Bienvenida, y puede que ese fuera el motivo por el que la respuesta, a nivel de prensa diaria escrita —salvo las honrosas excepciones de *ABC*, *Ya* y algún otro—, no tuviera la contundencia que un escándalo de tales características merecía.

Como bien señalaba Zabala, en los meses siguientes a la denuncia de Bienvenida, el periodista y aficionado Luis de Armiñán, al que ha citado en un apartado anterior —debe recordarse que Armiñán no era cronista taurino y si por algo destacó cuando llegó a *ABC* fue por su faceta de periodista de guerra y analista político— escribe también en *ABC* una serie de artículos y entrevistas para profundizar en el tema, consiguiendo de esta manera que siga estando presente en la opinión pública. El día 2 de

---

<sup>327</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Antonio Bienvenida denuncia el fraude del afeitado de los toros». *ABC*, Madrid, 28 de marzo de 1976, p. 151.

<sup>328</sup> Véase DE COSSÍO, J. M. *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico e Histórico*. Tomo VIII, *Literatura y Periodismo*. Madrid, Espasa-Calpe, 2007, p. 628.

<sup>329</sup> Taparse: expresión taurina. Cuando en el ruedo las circunstancias de la lidia obligan a alguno de los protagonistas a ocultarse en un burladero. También en imperativo «tápate» como orden que da el matador a alguno de sus subalternos para que oculte su presencia para no entorpecer lo que el diestro está realizando o pretende realizar.

enero de 1953 publica una entrevista<sup>330</sup> con el citado torero en la que se hace eco de determinadas actitudes hostiles que empiezan a hacerse patentes contra su persona. De hecho, el propio Bienvenida reconocerá años más tarde que esa presión del establishment taurino le llevará a claudicar, integrándose de nuevo en el organigrama y, seguramente, a torear corridas «afeitadas». «Esa lucha y esa campaña que yo realicé me produjo grandes sinsabores, perdí amigos, fui vetado y las críticas de ciertos sectores llovieron sobre mí. Es triste, pero cierto, que al final tuve que claudicar»<sup>331</sup>, señala el torero a Diego Bardón en la entrevista publicada por *Informaciones* en junio de 1970.

El domingo 25 de enero de ese año 1953, una información<sup>332</sup> en la que Armiñán se congratula de la impresionante respuesta que está teniendo el asunto tanto a nivel nacional como en buena de la prensa de parte de los países que celebran festejos taurinos y en muchos otros de la vieja Europa, y anuncia la puesta en marcha de medidas por parte de la autoridad competente. Sobre esa resonancia que se está obteniendo en todos los países, tanto de Europa como de Iberoamérica, y sobre el alcance y el daño que hace a la Fiesta el fraude el «afeitado», Armiñán vuelve a publicar un reportaje<sup>333</sup> el día 6 de febrero de 1953.

Como adelantara Armiñán, la reacción administrativa a la denuncia —que de no haber sido efectuada por un matador de toros famoso y a través de una emisora de radio no hubiera alcanzado tanta resonancia en tan poco tiempo—, no se hizo esperar. El BOE<sup>334</sup> publicado el 11 de febrero de 1953 recoge una Orden Ministerial que establece una serie de medidas destinadas a atajar el abuso. Firmada por el director general de Seguridad, señor Pérez González, propugna la integridad del toro bravo, anulando en primer lugar las medidas que hubieron de adoptarse en 1943 y que permitían la modificación del peso de los toros, estableciendo como obligatoria la declaración firmada del ganadero de que las astas de sus toros no han sido manipuladas, el precinto de las astas de los toros lidiados y su posterior análisis por parte de los veterinarios competentes, y el establecimiento de sanciones económicas de 10.000 pesetas por cada res manipulada si la actuación quedara demostrada que procede de su entorno, y 10.000

---

<sup>330</sup> DE ARMIÑÁN, L. «Si los toros dan más cornadas con los cuernos afeitados, no comprendo por qué defienden la manipulación», entrevista a Antonio Bienvenida. *ABC*, Madrid, 2 de enero de 1953, p. 29.

<sup>331</sup> Véase diario *Informaciones* de sábado 13 de junio de 1970. Entrevista a Antonio Bienvenida, p. 26.

<sup>332</sup> DE ARMIÑÁN, L. «Los toros no serán desmochados en la temporada taurina de 1953». *ABC*, Madrid, 25 de enero de 1953, pp. 33-34.

<sup>333</sup> DE ARMIÑÁN, L. «Los periódicos de Europa y América y algunos de España comentan el desmochado de los toros». *ABC*, Madrid, 6 de febrero de 1953, pp. 9-11.

<sup>334</sup> BOE-A-1953-1789, de 10 de febrero de 1953. Orden sobre la edad, el peso y las defensas de los toros de lidia. B.O.E., n° 42, publicado el 11 de febrero de 1953, pp. 873-874.

pesetas por cada res más prohibición de actuar u organizar espectáculos tanto a toreros como a empresas organizadoras si el fraude hubiera sido cometidos por éstos o por su entorno.

Aparte de la medidas dictadas, llama la atención el párrafo previo que las justifica y que determina la existencia de un proceder generalizado en lo referido a las manipulaciones y que éstas se derivan de tres aspectos claves como el «amaneramiento» o falta de naturalidad por parte de quienes practican el toreo, «ambición desmedida» del entramado taurino, amén del «fraude» cometido por parte del mismo entramado, remarcando asimismo cómo la legislación vigente, es decir, el Reglamento de 1930, es incapaz de atajar dichos abusos:

[...] Sin embargo, la lidia de reses bravas pasa por una crisis de amaneramiento, ambición desmedida y fraude, que debe el Poder Público atajar. Desde hace años, un buen número de toros de los que se lidian en las plazas de España son sometidos a manipulaciones que quebrantan su fuerza y modifican sus naturales defensas, empleándose para ello, incluso, procedimientos de innegable crueldad. Está en juego el prestigio y porvenir de la fiesta de los toros. Por ello, y en atención a que las Autoridades gubernativas no consiguen con los resortes que pone en sus manos el vigente Reglamento de 12 de junio de 1930 restablecer la fiel observancia de sus preceptos, protegiendo así los derechos del público [...]<sup>335</sup>.

Esta actitud para muchos displicente de la autoridad, que reconoce en una orden ministerial, caso insólito, la crisis y el fraude que asola el espectáculo, sirve para calibrar los extremos a los que había llegado la situación.

A las actuaciones que están llevando a cabo Curro Meloja y Luis de Armiñán, desde un primer momento se habrían de sumar varios periodistas más, entre ellos el insigne Gregorio Corrochano (Talavera de la Reina, Toledo, 1882-Madrid, 1961), quien fuera crítico taurino de *ABC* en las primeras décadas del siglo XX y que en ese momento permanece retirado. Invitado por el diario —hay que reconocer que *ABC*, desde el primer momento, se pone a la cabeza de la denuncia como también lo hará en otras campañas posteriores del mismo tipo—, publica entre febrero y abril de ese año varios artículos interesantes sobre la cuestión. «El toro de pitiminí»<sup>336</sup>, con fecha de 8 de febrero de 1953, es el primero de la serie de tres que llevará el título genérico de «Climas taurinos», y en vista de la importancia y repercusión que está adquiriendo el

---

<sup>335</sup> *Ibidem*, p. 874.

<sup>336</sup> CORROCHANO ORTEGA, G. «El toro de pitiminí». *ABC*, Madrid, 8 de febrero de 1953, p. 3.

problema y el posicionamiento que el diario ha tomado desde el primer momento, *ABC* decide colocarlo en la primera página de contenidos. En este artículo denuncia Corrochano la evolución de la Fiesta desde la Guerra Civil que ha conducido a la lidia, no de toros, sino de «medios toros» o toros de «pitiminí» por sus carencias físicas y conductuales.

Pocos días después, el día 8 de febrero, publica un segundo artículo —el más flojo de la serie— en este caso bajo el título «Los apoderados son los que tienen más personalidad en el torero actual»<sup>337</sup>, y en el que da cuenta de la distorsión que se produce en el espectáculo al estar el papel del apoderado muy por encima de la responsabilidad que tradicionalmente le habría de corresponder. En cualquier caso, la frase que abre el texto es suficientemente ilustradora de la línea de opinión del famoso periodista, que se expresa en términos similares que por ejemplo lo hiciera Bollaín al considerar que las corridas de toros se han convertido en una gran pantomima: «Las corridas de toros —señala Corrochano— pecan de insinceridad. La insinceridad es el morbo de las corridas de toros. Se ha vuelto la cara a la verdad. Todo es disimulo, ficción y bien lograda farsa, con tan vivas apariencias de realidad, que la insinceridad parece sincera».

El tercer artículo de esta serie llega el día 12 de febrero y es sin duda el más importante de los tres porque apela al escritor a la responsabilidad ética y al compromiso con la Fiesta que deben tener quienes han decidido vivir por y para ella. Menciona Corrochano las actitudes que tenían tanto ganaderos y toreros pretéritos como Frascuelo, Lagartijo y Belmonte como ejemplos de ese compromiso, y en la parte final lanza una interesante reflexión, que además sirve para extraer el título del artículo, con un contundente: «El que no tenga toros, que no lidie corridas de toros. Al que le dé miedo de los toros, que no sea torero»:

[...] Para que el toro vuelva, basta con cumplir el reglamento, que es el código del toreo. No hay por qué buscarse quebraderos de cabeza. Todo está escrito y previsto. Toros limpios, con edad, libras y trapío: corrida de toros. Toros desechos de cerrado, mogones por accidente en el campo, hormiguillo o arreglo malicioso: novillada. Y que se anuncie novillada, desecho de cerrado, puesto que son novillos los que se van a correr, aunque los corran matadores de alternativa. Con el reglamento como código fundamental, y el cartel claro y concreto, que diga la clase de espectáculo que se anuncia, todo

---

<sup>337</sup> CORROCHANO ORTEGA, G. «Los apoderados son los que tienen más personalidad en el toreo actual». *ABC*, Madrid, 10 de febrero de 1953, pp. 9-11.

está en regla. Al público se le debe esta garantía formal de la fiesta. El que no tenga toros, que no lidie corridas de toros. Al que le dé miedo de los toros, que no sea torero.

Tenemos la obligación de conservar y proteger a ese maravilloso animal, único en su especie, que es el toro de lidia. Sin toros, ¿para qué queremos toreros? Si perdemos el toro, perdemos el torero, que es un hombre también maravilloso a su modo. Y con ellos perderemos las corridas de toros, que son una gran fiesta de luz, de emoción, de valor y de generosidad. El quite, más que un lance de capa, es una exaltación de la generosidad del torero. Llamar al peligroso toro, para salvar al compañero, en ocasiones enemigo, es un acto noble, sublime, abnegado. Esto sólo justifica y enaltece una profesión, y da un gran valor humano al espectáculo. Judas no hubiera podido ser torero. [...]<sup>338</sup>

Cuando Gregorio Corrochano escribe estos tres artículos y un cuarto publicado en el mes de abril, se encuentra inmerso en la elaboración del libro *Qué es torear. Introducción a la tauromaquia de Joselito*, que verá la luz en mayo de ese mismo año 1953. Sin duda que para el autor la publicación de estos textos suponían la presencia de su nombre entre los aficionados y por tanto un enorme respaldo publicitario para su trabajo. El libro, que es considerado como un tratado de tauromaquia por muchos — particularmente por aquellos que están instalados en la misma perspectiva de entendimiento—, incluye el tercero de los artículos de la serie «Climas taurinos», y el publicado en abril con el título de «¿Cómo ha de ser el toro de lidia?»<sup>339</sup>.

Otro de los principales protagonistas en este proceso de denuncia es el ya citado en otros apartados de este trabajo José María del Rey Caballero, que firmara como *Selipe* —posteriormente, Selipe será el crítico del diario *ABC* desde abril de 1956 hasta la temporada de 1958 y uno de los predecesores de la *Corriente Crítica Esencialista*—, y que escribía de toros en la revista *Semana*. La sección taurina de la revista llevaba el epígrafe de «Dentro y Fuera del Anillo», y en ella, amén de las crónicas habituales, Selipe tenía una sección de opinión fija en la que ya se había ocupado del problema del «afeitado» en distintas ocasiones. Como muestra de ello, en el arranque del conflicto, publica en noviembre de 1952 un curioso artículo bajo el título de «Ahora, las astas más largas...; pero en las fotografías», en el que denuncia la manipulación que se lleva a cabo también en los laboratorios fotográficos para ofrecer a los lectores de diferentes medios imágenes en las que la cornamenta de las reses, con el objeto de disimular el

---

<sup>338</sup> CORROCHANO ORTEGA, G. «Al que le dé miedo los toros, que no sea torero». *ABC*, Madrid, 12 de febrero de 1953, pp. 9-11.

<sup>339</sup> CORROCHANO ORTEGA, G. «¿Cómo ha de ser el toro de lidia?». *ABC*, Madrid, 16 de abril de 1953, p. 3.

fraude, aparece más desarrollada que lo que era en la realidad. El texto, que es una denuncia hacia el periodismo taurino reinante y al que acompañan dos fotografías con el antes y el después del tratamiento, es revelador:

[...] La picaresca del mundillo inconfesable de lo taurino, que tantos golpes viene asestando a la pureza de la viril fiesta nacional, se ha “enriquecido” con una nueva práctica que denunciamos a la multitud de aficionados ingenuos para que extremen una cautela que, cada día, ha de estar más alerta. Se trata de los nuevos trabajos de laboratorio que se realizan para compensar “post-mortem” la faena que, en el argot de la viciada tauromaquia, se conoce con el nombre de “afeitado”. [...]El juego, fácil, no deja de ser ameno; pero nosotros dejamos formulada la advertencia para que los espectadores de los espectáculos taurinos comprueben por sí mismos, y con ayuda de las ilustraciones, esta nueva muestra de la picaresca inagotable que ataca por todos los frentes a la fiesta de los toros. [...] <sup>340</sup>

Selipe junto a Curro Meloja y Luis de Armiñán conformarán el trío visible que pone las bases del nuevo tiempo, la respuesta desde la perspectiva distante y esencialista a la decadencia del espectáculo. La afición que comparte principios con los señalados se muestra satisfecha con el rumbo que está tomando la situación, y el día 7 de marzo de ese mismo 1953 se celebra una comida homenaje <sup>341</sup> a los tres periodistas junto a Antonio Bienvenida. El evento tuvo lugar en el hotel Biarritz de la capital española, y contó con la asistencia de cerca de quinientos aficionados.

En esta circunstancia, se produce un curioso hecho, y es el desencanto de Juan Álvarez Martínez (Málaga, 1883-Las Palmas, 1973), que firmara como *Curro Castañares*, en el diario *Ya* con el propio Antonio Bienvenida al sentirse ninguneado por el diestro. Álvarez, como él mismo reconoce, llevaba subido al carro de la denuncia del fraude desde su incorporación a la prensa escrita, y más en esta etapa en la sección taurina del diario madrileño. Numerosos habían sido sus artículos en ese sentido, y bien es cierto que en varios de ellos alababa sin sonrojo la labor de Bienvenida, colocándole en el pedestal de los héroes. Entendía por tanto el escritor que su labor en apoyo del diestro y de la firme campaña en contra del afeitado merecía algo más que el silencio del que se había hecho acreedor. Así, en el artículo publicado el día 8 febrero de ese año 1953, se congratula del avance, de la rápida intervención de la autoridad, ensalza al

---

<sup>340</sup> DEL REY CABALLERO, J. M. (*Selipe*). «Ahora, las astas más largas...; pero en las fotografías». *Semana*, Madrid, año XII, 11 de noviembre de 1952, p. 27.

<sup>341</sup> Véase *ABC*. «Homenaje de gratitud a unos defensores de la Fiesta». Madrid, 8 de marzo de 1953, p. 47.

torero, pero cierra el texto con un significativo lamento que no es sino el reflejo de su desencanto por sentirse excluido:

[...] Al abonar de modo tan entusiástico al espada Bienvenida, tengo que hacer una declaración que no es del todo ociosa.

En mis múltiples trabajos en contra del afeitado con ostentosos retratos del diestro y ditirámicos elogios a su viril postura contra el fraude en este diario y en la prensa provinciana no he recibido la más leve expresión, oral o escrita, de agradecimiento del matador de toros exaltado. Claro es que yo no he buscado jamás el agradecimiento de un torero al trazar mis artículos taurómacos. Sólo he perseguido hacer llegar a la masa “multimilenaria” de mis lectores un aliento de verdad y justicia.

Pero el caso que acabo de referir, como muestra y detalle, es prueba evidentísima de que mi labor crítica se desarrolla en un opaco sector de lejanía, donde no llegan jamás ni el calor ni la luz que suele despedir el brillo rutilante de los caireles. [...] <sup>342</sup>

Dentro de este ambiente reivindicativo y de denuncia, en marzo de 1953 se produce la publicación, citada en el apartado anterior, del trabajo firmado por el periodista Manuel Benítez Salvatierra, *César del Arco*, *Lidia sin cuernos*, el interesante libro de denuncia sobre la manipulación de las astas de los toros, su importancia y, sobre todo, el demérito que tiene ésta actuación para el conjunto del desarrollo del espectáculo. Benítez Salvatierra, a pesar de tener espacio en los medios en los que trabajaba, no era crítico taurino, era un simple aficionado que se decide a hacer público lo que a ojos vista era por todos reconocido. En el prólogo del libro deja la idea, sempiterna —particularmente para aquellos que interpretan la Fiesta de esa posición más distante—, de que en la Fiesta, el único protagonista, el único que da autenticidad a un espectáculo que de por sí tiene que ser auténtico, es el toro:

[...] Y lo único verdadero, auténtico, dentro de la autenticidad posible de nuestros días, es el toro, sin olvidad al caballo, que va, como el toro, porque lo llevan al ruedo. Lo demás es la más grande mentira vestida de luces que imaginarse pueda.

Desde la propaganda hasta el acto serio, terrible, de la hora de la verdad, todo se ha tergiversado, todo se ha falseado hasta el extremo ignominioso de cortar al toro la única razón de su presencia en el ruedo: los cuernos. [...]

Torear reses bravas, siempre ha sido una cosa muy seria y se ha transformado en una charlotada, en un deporte de salón, en un juego de la envergadura del «ping-pong». Porque no se olvide que el toro, sin cuernos,

---

<sup>342</sup> ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J. (*Curro Castañares*). «Vuelve el toro en puntas. ¿Quién se apunta el éxito?». *Ya*, Madrid, 8 de febrero de 1953, p. 14.



no es un toro; es una caricatura del toro. Y el torero, sin toro, es un fanteche. [...]<sup>343</sup>

Rotundas son las palabras del periodista sevillano al considerar —igual que Adolfo Bollaín; igual que Gregorio Corrochano; e igual que todos los escritores situados ya en esa perspectiva distante— el ejercicio de la tauromaquia contemporánea como una gran mentira. Si el toro está manipulado de tal manera, nada de lo que se haga delante de él tiene el menor mérito, por muy espectacular o llamativo que pueda parecer. Así, unas páginas más adelante, desmitifica a los tres diestros que para él mejor se han aprovechado de la circunstancia de la lidia de reses capitidismuidas como fueron primero Carlos Arruza, Luis Miguel Dominguín, y Miguel Báez, *Litri*, toreros a los que tal circunstancia permitía poner en práctica sus alardes pseudo-temerarios:

[...] No doy mérito alguno a esas faenas espectaculares de Arruza, sabiendo que el toro estaba “afeitado”, aunque en Barcelona electrizará este diestro al público, ya que conozco a la persona que le “afeita” los toros, y cuyo nombre aparecerá en su momento en estas páginas. Ni estimo tampoco esos pases de pitón a rabo de Luis Miguel; ni la quietud de estatua de “Litri”, porque todos, sin quitar una de esas grandes figuras, tienen su toro preparado de antemano. Son ilusionistas del toreo, ilusionistas de los ruidos, que, como los del teatro, se han cuidado muy mucho en preparar el “truco” para impresionar al público del graderío. [...]<sup>344</sup>

Benítez Salvatierra<sup>345</sup> señala que cada apoderado de torero tiene en su cartera a un «barbero» de confianza, y es aquí donde reside lo verdaderamente interesante de este librito, ya que ofrece los nombres de los apoderados más importantes, de los toreros que cada uno de ellos llevan y de los «afeitadores», a los que denomina «figaros», estableciendo de esta manera un listado completo de los promotores del fraude. Así, entre los más importantes, señala que Domingo González, padre de los llamados «dominguines», apodera a sus dos hijos, Luis Miguel Dominguín y Pepe Dominguín, además de a Antonio Ordóñez y Rafael Ortega, y que un tal Juanito Martínez es el que se encarga de las labores de «afeitado». Por su parte, José Flores *Camará*, quien fuera apoderado de Manolete, lleva las carreras de Miguel Báez, *Litri*, y Pedro Martínez, *Pedrés*, siendo el «figaro» Miguel Criado, *El Potra*. Otro nombre relevante que recoge la denuncia es el de Andrés Gago, apoderado de Carlos Arruza, Manuel dos Santos y

---

<sup>343</sup> BENÍTEZ SALVATIERRA, M. (*César del Arco*). *Lidia sin cuernos. Cómo, porqué y quiénes, “afeitan” los toros bravos. Op. Cit.*, pp. 7-9.

<sup>344</sup> *Ibidem*, p. 28.

<sup>345</sup> *Ibidem*, pp. 62-64.

Julio Aparicio, que cuenta con la colaboración para el tema de José Martínez de Anta, *Rojito*.

El día 10 de mayo de 1953 se celebra la primera corrida de toros de feria de San Isidro en la plaza de Las Ventas del Espíritu Santo. En ella se lidian reses de Antonio Pérez-Tabernero y en el cartel figura Antonio Bienvenida: ganadero y torero protagonistas del revuelo organizado. La plaza recibe con una gran ovación al diestro hispano-venezolano. Desde el tendido número 7 se hondea una pancarta —como queda reflejado en la foto que publica *La Hoja del Lunes*<sup>346</sup>— que reclama el toro con edad reglamentaria y defensas intactas. Parece que el movimiento en pro de la regeneración de la Fiesta ha cogido ritmo y el proceso se muestra imparable.

Como complemento a la publicación de Benítez Salvatierra, en 1956 verá la luz la del doctor Rosario Abarquero Durango, *El toro inválido. Afeitado y caída de los toros*, tratada también en el apartado anterior y que va un paso más allá en la denuncia del afeitado al poner sobre la mesa factores que influyen en el comportamiento de las reses, como la utilización de las purgas o el lanzamiento de sacos terreros sobre el lomo de los toros, actuaciones que tienen como fin el debilitamiento de los animales.

El esencialismo había contribuido a sacar a la luz la corruptela para que la opinión pública fuera consciente del problema y del abuso que se estaba cometiendo en los festejos taurinos. Esta primera campaña contra el «afeitado» será, por tanto, el primer gran movimiento con tinte corporativo que se produce desde el plano esencialista y tendrá su reflejo en la fiesta de los años 1953 y 1954. Sin embargo, ese alcance inicial será efímero, y las artimañas del entramado taurino y su buena relación con quienes debían controlar el fraude dejarán todo en un bonito recuerdo, volviendo el «afeitado» a campar a sus anchas por todo el territorio nacional, incluso con más fuerza que antes de la denuncia de Antonio Bienvenida, lo que provocará que en la década de los sesenta la Corriente Crítica Esencialista retome de nuevo la denuncia con nuevas actuaciones corporativas más intensas, si cabe, que la iniciada en 1952.

#### **4.5. La reclamación de la vuelta al clasicismo**

El fraude del «afeitado» se convertía en el eje de la denuncia de esa parte de la afición que renegaba del rumbo de la Fiesta; pero era sólo el punto de partida de las

---

<sup>346</sup> Véase *La Hoja del Lunes*, Madrid, 11 de mayo de 1953, p. 7.

reclamaciones que desde esa perspectiva distante y crítica con el espectáculo empezaban a hacerse presentes de forma notable. El otro aspecto que se hace visible es el rechazo a las fórmulas taurinas implementadas desde la irrupción de Manuel Rodríguez, *Manolete*, y la evolución que experimenta en conjunto el arte de los toros hacia una estética más depurada por un lado y más heterodoxa por otro. Y de nuevo en este caso la referencia es Adolfo Bollaín, primero en la obra anteriormente citada *Hoy se torea peor que nunca*, en la que cuestiona la evolución que hasta ese año de publicación —recordemos que los artículos en los que se basan las conferencias están escritos en 1945, antes del fallecimiento de Manolete—, ha experimentado el toreo.

La fórmula «manoletista», que permite prolongar las faenas de forma inverosímil, ha modificado el concepto taurómico hacia un perfeccionamiento estético pero con acusada falta de profundidad artística. «Pero estamos en la época de la estética —concluye Bollaín—. Y llaman estética a la rigidez en contra de la flexibilidad; al poste, en contra del hombre; al afeminamiento amanerado, en contra de la arrogancia varonil; al agarrotamiento, contra el ritmo; al parón, contra la decadencia...»<sup>347</sup>. Unos párrafos antes, el autor criticaba con dureza algunas de las espectaculares suertes que se habían puesto de moda en este periodo, recordando, a modo de detracción, que todas ellas proceden del toreo cómico, un terreno donde, lógicamente, realmente cuenta lo llamativo y lo serio deja de serlo para convertirse en una charlotada:

[...] Y no se olvide que el estatuario lo inventó *Llapisera*; y la manoletina la inventó *Charlot*; y el derechazo mirando al tendido y con la mano izquierda sobre el lomo del becerro, fue invención del *Bombero*. Si los pases de las faenas serias son los mismos que inventaron los toreros cómicos, y los becerros que hoy se lidian son poco mayores que los que se torea en los festivales jocosos, convengamos en que las corridas que ahora presenciamos no son corridas: son charlotadas. Y en que aplaudimos muy serios por las tardes, lo mismo que nos hace reír mucho por la noche. [...]<sup>348</sup>

El también citado hermano menor de Adolfo Bollaín, Luis Bollaín Rozalem, había publicado en 1948 el interesante trabajo que con el título de *Los dos solos* apologizaba sobre los dos diestros más admirados por el autor: Belmonte y Manolete. Luis Bollaín, al igual que el periodista y escritor citado en otro apartado Juan Carlos Fernández y López-Valdemoro, *Pepe Alameda*, y el también periodista citado Julio de Urrutia, entendía que el concepto taurómico de Manolete era la evolución lógica y

---

<sup>347</sup> BOLLAÍN ROZALEM, A. *Hoy se torea peor que nunca*. Op. Cit., p. 45.

<sup>348</sup> *Ibidem*, p. 44.

perfeccionada, aunque sin superar a aquel, del toreo belmontino. Sin embargo, Luis Bollaín entendía también que ese concepto moría a la vez que lo hacía el diestro cordobés, ya que nadie, y pese a las múltiples imitaciones que surgieron, había alcanzado siquiera el nivel de Manolete y, como mucho, en ese afán de imitación, habían deformado su personalísimo estilo. Su inamovible postura en ese plantamiento —contraria a la de su hermano Adolfo, también partidario de Belmonte pero como hemos visto opuesto a Manolete— nos sitúa de nuevo en esa controversia infinita nacida a partir del surgimiento del torero cordobés.

Sin embargo, el menor de los Bollaín en 1950 publica *Litri, no; Aparicio, sí*, otro interesante texto que debe ser destacado dentro de este clima de denuncia origen del esencialismo. En su defensa de Manolete, lógicamente Luis Bollaín no puede hacer crítica del concepto taurino del diestro —sí de las artimañas que rodearon su carrera, pero no de su personalidad taurina—; pero sí de la secuela negativa que se generó a partir de él, las puertas que dejó abiertas a otros conceptos, mostrándose implacable no sólo con Litri, sino con otro diestro que está a la cabeza del escalafón como es el arrogante Luis Miguel Dominguín. Dominguín, como se pudo ver en uno de los apartados anteriores, no puede ser incluido dentro del grupo de toreros encimistas-tremendistas ya que su estilo navega por ese difuso espacio que surge en el posbelmontismo; pero sí dentro de esa nueva estética que pretendidamente clásica ha perdido profundidad conceptual, transformándose en un perfeccionamiento de formas alejadas ya de la necesaria e insustituible emocionalidad. Como lo hiciera Benítez Salvatierra o como lo harán los escritores de la Corriente Crítica Esencialista, denuncia Bollaín la superficialidad del toreo de Luis Miguel que, aunque arrogante y poderoso, no aplica el concepto clave e insustituible para el esencialismo de «cargar la suerte»:

[...] Es curioso. Luis Miguel, que tiene la sana y plausible preocupación de hacer un toreo largo —su mismo «invento» del pase circular lo revela—; que da pases extensos y de gran duración, aunque sin cargar la suerte; que, para conseguir con creces ver realizado ese anhelo de toreo aún más largo, podía —él, tan clásico, al decir de sus panegiristas— haber echado mano del sugestivo e imperecedero recurso de lanzar el cuerpo hacia delante, llevando así todavía más lejos el engaño, desdeña el cargar la suerte y fabrica el pase circular.

No es eso. La «largura» del pase quedaría bien cumplida si un torero, con el mando de Luis Miguel, con las piernas de Luis Miguel y con el brazo de Luis Miguel, diese a ese brazo todo su juego y cargara la suerte. [...] Pero del arco a la circunferencia... va mucho; y es que, en el «toreo circular» —

aquí está ya la estética haciéndonos oír su potente voz y emitiendo con energía su voto— la postura del artista es violenta y forzada en el principio y en el fin de cada pase. Quiérase o no, el torero, en ejecución del «pase circunferencial», empieza y acaba con los pies antiestéticamente cruzados. Y en esta posición, ni la figura del diestro puede tener estabilidad, ni ese toreo puede ser bello, ni es posible ligazón sin enmienda. [...] <sup>349</sup>

Con una postura ecléctica, intenta el menor de los Bollaín dirimir la cuestión, tan presente en ese momento crucial, sobre si el toreo debe hacerse en posición de frente o en posición de perfil. Sin embargo, este tema que tanta controversia genera entre los aficionados con ese debate interminable, para el autor queda en un segundo plano ante la avasalladora presencia de las nuevas formas de la tauromaquia encimista-tremendista, censurando esa colocación que, alejada de una u otra, sitúa al diestro al margen — literalmente pegado a la oreja del toro— de la suerte, reduciendo en consecuencia el peligro que todo ejercicio en el toreo debe preservar para tener un viso mínimo de autenticidad:

[...] Podrá tener más gallardía caminar de frente hacia el toro que avanzar hasta él —hasta *después* de él— de perfil. Pero como el fraude torero está en colocarse allí, a cabecita pasada, en el refugio de la tabla del cuello, en el asilo del trascuerno..., a mí —desde mi punto de vista del riesgo y de la verdad— me importa muy poco que el torero cite de perfil o de cara. El mal es más hondo. Con el cite sin distancia —de costado o de frente— y porque se hace fuera de pitón, ocurren todas estas cosas: se anula prácticamente el peligro, se provoca un inocente gazepeo del toro, sucedáneo feminoide de la fiera arrancada: se reduce el pase entero a un cuarto de pase y, con el aditamento del pechugazo, se sustituye la pulcritud del toreo por la suciedad de la suerte... y del vestido de torear. [...] <sup>350</sup>

Junto a esa fórmula de torear situado el diestro «pegado a la oreja del toro», es decir, por detrás del pitón, otra de las propuestas más identificables tanto del *encimismo* como del *tremendismo* es citar al toro ofreciendo el diestro su espalda al astado. Desde Arruza se han multiplicado las suertes que se fundamentan en esta posición; pretendidos alardes de valor que poco tienen que ver con el toreo fundamental y clásico. En 1952 en la revista *Semana* el citado José María del Rey Caballero, *Selipe*, ya argumentaba en contra de esta fórmula que significa despreciar al toro; una vuelta de tuerca más en un toreo que empezó, como señala el autor, con los pases mirando al tendido y tiene su culminación con esta extravagante propuesta:

---

<sup>349</sup> BOLLAÍN ROZALEM, L. *Litri, no; Aparicio; sí*. Madrid, Librería Editorial Beltrán, 1951, pp. 84-85.

<sup>350</sup> *Ibidem*, p. 167.

[...] Y ahora vamos a otra vuelta de espaldas que sospechamos pueda ser más duradera y, por tanto, presenta mayor motivo de alarma: la de los toreros a sus enemigos. Ante todo y al abordar este tema nos preguntamos: ¿Qué es lo que se pretende por el torero al volver la espalda a las reses? Como la actitud ha sido siempre tomada por despreciativa, habrá que admitir que es el desprecio por parte del torero o, en otro caso, fuerza será trastocar el sentido comúnmente dado a la postura. Si el torero desprecia a su enemigo; si comenzó por poner la mirada en el tendido al torear y ahora no considera necesario dar el pecho en la pelea, es porque ésta va cediendo y es el torero mismo el que da pábulo para que se piense que la lucha de la arena pierde emoción y reciedumbre. Siempre hubo adornos que eran precisamente eso: lo decorativo, lo ornamental y también lo superfluo y superpuesto; desplantes y adornos venían a añadirse a lo central y básico, a lo sobrio y fundamental, y así se completaban las faenas y se ofrecía, con las filigranas, el alivio a la tensión del espectador. Al lado de la verónica se ejecutó la gaonera y luego vino la chicuelina; pero estas suertes no entraban en los repertorios de los diestros para sustituir y desplazar a la primera, sino para acompañarla y dar más vistosidad a la liza; junto al natural y al de pecho y a otros pases se intercalaron molinetes, amén de suertes diversas de menos exposición, pero de indudable estética. Todo esto además se hacía, y no deja de ser un dato interesante, con toros de verdad.

De algún tiempo a esta parte los pases extra catálogo se multiplican y en los últimos meses, raro es el diestro que no aporta suertes de su invención que se caracterizan por ese desprecio al toro... ¿al toro?... Lo malo no es que los tales pases sobrevengan, sino que ellos constituyan la fundamental y casi lo único de la labor de los espadas, y ante este subterfugio no hemos de quedar silenciosos, pues frente al ardid levantaremos nuestra bandera de disconformidad. Repare el espectador que los diestros que no logran en el pase natural o en el de pecho, o en otros en que el toro ha de pasar por entero, ni lucimiento ni eficacia consiguen en los medios o falsos pases una embestida que es engañosa, porque no plantea al torero los problemas de las que discurren en la trayectoria ante el pecho del lidiador. Recuerde, para ganar moderación al tiempo de solicitar apéndices, que las manoletinas las dio muy bien un futbolista, y esté seguro de acertar si concluye afirmando que todo este tipo de pases no representa sino circunloquios para no hacer cara a la única e inmovible verdad del toreo. Y a los diestros digámosles que no les conviene demasiado abrir los ojos al espectador, pues hasta el más cándido y propicio al entusiasmo terminará por reconocer que la lidia en tales condiciones apenas alcanza la categoría de fácil y pálido remedo de lo que nunca debió de dejar de ser. [...]<sup>351</sup>

En el mes de mayo del combativo año de 1953 y de nuevo en *ABC* ve la luz otro interesante texto, en este caso con la firma de Francisco de Cossío (Sepúlveda, Segovia, 1887-Segovia, 1973), hermano del insigne José María de Cossío autor de la gran

---

<sup>351</sup> DEL REY CABALLERO, J. M. (*Selipe*). «De espaldas al toreo y al toro». *Semana*, Madrid, año XII, 12 de agosto de 1952, nº 651, pp. 28-29.

enciclopedia taurina que lleva su nombre, y bajo el título de «Hacer y estar»<sup>352</sup>. El artículo es una nueva reivindicación de las reglas que, tanto nivel personal como artístico, sustentan el clasicismo. Señala el escritor la evidencia de que ante toros sin entidad, el toreo se había convertido en un ejercicio frívolo que podía ser ejecutado casi por cualquiera, pero que ante la nueva etapa de intento de recuperación o regeneración del espectáculo que se está llevando a cabo, es necesario un conocimiento del arte preciso y claro.

Transmite Cossío esa idea regenerativa en base a la innecesaria dramatización que se está produciendo, porque el toreo, aquél que se lleva a cabo ante toros de verdad, requiere actitudes que no están al alcance de cualquier advenedizo con valor. «Y es ahora —afirma Francisco de Cossío—, cuando se trata de restaurar la tradición taurina, con toros limpios y de edad, restauración que está causando no pocos percances cruentos, es cuando advertimos la importancia que tiene la palabra estar, con relación a un oficio». Y remarca las cualidades que un artista —considera Cossío el toreo como un arte y como tal su pleno desarrollo igual que el de otras artes, idea que enlaza con el pensamiento que vimos unos párrafos más arriba por ejemplo en Julio de Urrutia cuando diferenciaba entre toreros artistas y toreros artesanos—, aparte de las innatas, debe desarrollar en el ejercicio de su profesión, con el hándicap de que en el toreo, la realización de la obra puede terminar con la vida del propio artista. «La obra maestra —continúa el escritor— requiere que quien la realiza tenga un concepto claro del terreno que pisa, de lo que se puede hacer y de lo que no es posible hacer; en suma, un conocimiento del arte que ejercita, que en cualquier actividad humana es lo mismo, pero que, en el toreo, representa un riesgo evidente, ya que quien no sabe estar se juega la vida a cara o cruz».

Termina Francisco de Cossío con una interesante reflexión sobre el futuro del arte taurino: «solamente luchando podemos llegar a la maestría. Esta tradición en el toreo está casi perdida, pero aún queda algún maestro que pueda dar la pauta para que quienes aprenden lleguen a convencerse de que lo más difícil en el arte es saber estar». Una reflexión que de nuevo nos viene a situar en la percepción que muchos aficionados tienen en ese momento del espectáculo como algo absolutamente alejado de su esencia tradicional, de su concepción clásica, que le daba sentido y, por tanto, en vías de extinción.

---

<sup>352</sup> DE COSSÍO, F. «Hacer y estar». *ABC*, Madrid, 26 de mayo de 1953, p. 3.

Como se vio en un apartado anterior, en 1955, varios años después de la publicación de esa importante obra referida *Hoy se torea peor que nunca*, publica Adolfo Bollaín Rozalem su segundo trabajo relevante: *Los detractores*. El vocablo «detractores» está siendo utilizado desde años atrás por la perspectiva integrada con el espectáculo, y particularmente desde los círculos del entramado taurino, para referirse a aquellos aficionados de la perspectiva esencialista, como lo es el señor Bollaín, que han emprendido una «guerra» abierta para regenerar el espectáculo. Con el paso de los años, ya en la década de los sesenta, la palabra detractores será sustituida en los mismos términos y con la misma intención por la de «derrotistas», epíteto que será aplicado a los miembros de la Corriente Crítica Esencialista. Este nuevo trabajo de Adolfo Bollaín sigue la estela y formato del primero, es decir, se trata de un librito que condensa la conferencia ofrecida por el autor en el Club Taurino Madrileño, y es editado por la importante peña taurina Los de José y Juan, de la que el autor es relevante socio.

Retoma el mayor de los Bollaín de nuevo la denuncia, con más ímpetu si cabe, para señalar que los fraudes y trampas que propiciaron aquel primer trabajo siguen vigentes. En el apartado relativo al arte de torear se lamenta Bollaín de lo previsible que se ha vuelto el toreo con faenas perfectamente ajustadas a un patrón predeterminado, y se queja particularmente de los añadidos espectaculares que rodean su ejecución. En la línea de argumentación de José María del Rey Caballero, *Selipe*, y al igual que hiciera aquél, critica con dureza el toreo espectáculo que tiene como argumento el cite efectuado dando la espalda al astado:

[...] ¡Ay, el torero! Vuelvo a referirme a mis manifestaciones de 1945. Entonces dije: «hoy se torea peor que nunca». Ahora..., ahora tengo que decir: «hoy se torea peor aún».

En 1945 describí la única faena que entonces se realizaba. Un faena de estatuarios con los pies juntos, de naturales cortos y ayudados con el estoque, de derechazos rígidos y de manoletinas mirando al tendido. Siempre por ese orden, en series de cuatro o cinco cada clase de pase, y cada serie en un tercio de la plaza. La misma faena a todos los toros y por todos los toreros.

Hoy se ha impuesto otra faena. En ésta, ya no se empieza por los estatuarios. Ahora se dan siempre unos doblones por bajo con la derecha, vengan o no a cuento. Unos doblones feroces, para quitar poder a un pobre becerro sin poder, como si tratara de un terrible toro, grande y poderoso. Después de esos doblones, el matador vuelve la espalda al becerro y sale corriendo hacia el lado opuesto de la plaza, como si se le hubiese olvidado. Ya cerca de la barrera, se para, se pone de frente al becerro, que quedó allá lejos, y empieza a andar lentamente hacia él, con la muleta, ayudada con el



estoque de madera, en la mano derecha. A los pocos pasos, da una carrerita que interrumpe con un saltito muy mono. Otros pasos lentos, otra carrerita y otro saltito. A la tercera o cuarta vez, el becerro se arranca; y, entonces, el diestro da una sacudida corta y rápida —que él cree que es un pase con la derecha y no es ni siquiera un derechazo— mientras se mete en el cuello del bicho, para estar en lugar seguro y para mancharse la tripita de sangre que brotó de los puyazos. Y así, metido en el cuello, da cinco o seis latigazos más... (p.7)

Y, por último, el toreo francamente nuevo: el toreo de espaldas, con todas sus variaciones. Aquí, cada torero tiene su inventiva. Todas las suertes son de espaldas... De espaldas al toreo bueno. Y esto es lo que hoy priva.

Si el toreo de perfil de 1945 fue una desdicha para la fiesta, el de ahora, de espaldas, es la culminación de la decadencia. El toreo actual, citando desde muy lejos o citando desde muy cerca, es todo lo contrario al buen toreo —del toreo— que tiene una distancia; la precisa para que el pase sea limpio, largo y lento, como debe ser. [...]<sup>353</sup>

Esta pequeña selección de autores y obras sirve para certificar ese malestar ya incontenible en el esencialismo. La casi absoluta pérdida de la autenticidad frente a la supremacía del «tremendismo» desata la rabia contenida que toma forma a través de la crítica intelectual. Es, por tanto, la reclamación de la vuelta al clasicismo el segundo pilar insoslayable después de la vuelta de la integridad del toro, al que se sumará, como se verá en el apartado siguiente, la denuncia de la prensa subvencionada.

#### **4.6. La denuncia de la publicidad y la crítica taurina subvencionada**

Al igual que la denuncia se hacía presente ante las condiciones de los astados, disminuidos en todos sus atributos, y las fórmulas nuevas de la Tauromaquia, en el periodo de posguerra también surgía frente a ese nuevo modelo de periodismo taurino que se había convertido en propaganda pura y dura. En la mayoría de autores y obras referenciadas en este punto 4 hay alusiones al tema. Ya en 1943 Julio de Urrutia, por ejemplo, dedica un capítulo de su obra *Los sustitutos en el toreo* a hablar de la excesiva propaganda que se está imponiendo. «¿A qué vienen esos artículos ultraelogiosos —se pregunta Urrutia— llamando a un torero sin cartel fenómeno como Belmonte, banderillero cual Antonio Fuentes y matador como “Frascuero”? ¿Es que, en fin de cuentas, engaña a alguien una desproporcionada propaganda que no marche pareja a la actuación, seria y eficaz, de un diestro en la candente arena?»<sup>354</sup>. En su siguiente trabajo referenciado, *Toreo paralelo* de 1948, vuelve a denunciar tal sistema

<sup>353</sup> BOLLAÍN ROZALEM, A. *Los detractores*. Op. Cit., pp. 7-8.

<sup>354</sup> DE URRUTIA ECHÁNIZ, J. *Los sustitutos en el toreo*. De *Joselito-Belmonte a Manolete-Pepe Luis Vázquez*. Op. Cit., p. 44.

de información que ha encontrado un campo abonado en el mundo de los toros. «Un matador de los de ahora no necesita más que la fortuna del corte de tres o cuatro orejas en la plaza de Madrid para que, bien secundado por una campaña periodística y radiofónica a tanto la línea o la palabra, consagrarse automáticamente “figura del toreo”»<sup>355</sup>, remarca el autor.

También Adolfo Bollaín se ocupa del asunto en sus dos opúsculos tratados, y si bien es cierto que no da una gran relevancia al tema en los términos que se están investigando, incluye en *Hoy se torea peor que nunca*, de 1948, la transcripción de una conferencia —recordemos que la obra se compone de la transcripción de dos conferencias y un breve discurso pronunciados entre 1947 y 1948— ofrecida el día 13 de marzo de 1948 ante el mismo auditorio del Club Taurino Madrileño y que versa en exclusiva sobre el papel que está ejerciendo la crítica de toros. No censura en este caso Bollaín el sistema de la publicidad como pauta de información, principalmente porque en ese año, si bien avanzado, no está en los abrumadores niveles de la década posterior, sino la benevolencia de una parte de la crítica que se ha amalgamado perfectamente con el entramado taurino.

En realidad, Bollaín lo que está haciendo es denunciar la información y crítica que se hace desde la perspectiva integrada con el espectáculo, que conduce a los periodistas a contar una fiesta distinta a la que él, como aficionado desde la otra perspectiva, entiende. Y como tal tipo de aficionado, advierte que la crítica debe mantener siempre una postura de distanciamiento con aquello que analiza. Debe destacarse el papel fundamental y prioritario que otorga al periodismo taurino como tabla de salvamento del espectáculo, porque el crítico, la crítica, con su misión de «encauzar, enseñar, guiar por el buen camino a este público de hoy, tan descarriado»<sup>356</sup>, y añade más, «tiene en sus manos —o en sus plumas— el porvenir de la fiesta. La crítica —ya lo dije antes— tiene algo, o mucho, de magisterio. Por eso, su misión debe ser la de enseñar y corregir. La crítica debe ir, no detrás del público, sino delante de él, guiándole por el buen camino»<sup>357</sup>. Bien pudiera esperarse que transcurrido el tiempo, cuando publica *Los detractores* en 1955, apareciera una postura más clara sobre el tema del «sobre», sin embargo no hay apenas sitio para ello en el librito, aunque se infiera

---

<sup>355</sup> DE URRUTIA ECHÁNIZ, J. *Toreo paralelo*. Op. Cit., p. 34.

<sup>356</sup> BOLLAÍN ROZALEM, A. *Hoy se torea peor que nunca*. Op. Cit., p. 70.

<sup>357</sup> *Ibidem*, p. 88.

que al señalar en la parte final del trabajo que «los críticos —los críticos que son así— hacen muchísimo daño a la fiesta y también son unos detractores de ella»<sup>358</sup>, se está refiriendo a esa crítica que vive subvencionada por el mundo del toro.

Su hermano Luis Bollaín, en *Los dos solos*, publicada en 1948, otorga a la información taurina, al igual que su hermano Adolfo, un gran poder y de tener en sus manos la recuperación de la Fiesta, y acusa a la crítica de ser la culpable de todos los males que asolan al espectáculo, «de que los toros sean chicos; de que los toreros eludan el buen toreo, tengan exigencias desconsideradas, sean insolentes en la plaza y tiranicen con su política dictatorial, y de que la afición incipiente sea víctima de la confusión y del despiste»<sup>359</sup>, en definitiva, de hacer una labor contraria a la verdadera esencia del espectáculo. En esta obra tampoco alude directamente al tema del «sobre»; pero deja ver que el funcionamiento que está teniendo el prensa taurina en este periodo no es correcto, primero por la excesiva actitud elogiosa ante las nuevas formas de tauromaquia y las artimañas que las acompañan, y segundo porque están consiguiendo desorientar al público nuevo, a los aficionados jóvenes que llegan a las plazas.

Sin embargo, en *El decálogo de la buena fiesta*, publicado en 1953, el menor de los Bollaín entra de manera directa en el tema con una dura denuncia hacia los cronistas que perciben dinero de los matadores de toros, a los que llega a acusar de delinquir contra las corridas y ser los culpables de los males que asolan al espectáculo:

[...] Pues esto es lo que viene a suceder hoy día en las relaciones entre toreros y revisteros taurinos. Aquellos «compran» unos elogios ditirámicos; los cronistas, se agarran al incensario y... ¡allá va humo!; los diestros leen... lo que sus buenos dineritos les costó. ¡Y se ponen tan contentos creyendo que, lo que de su arte dicen «los papeles», es verdad!

Total: el torero mediocre se considera un súper fenómeno porque así lo proclama la prensa que él pagó; y el espectador, alegre y confiado, recibe como artículo de fe lo que dijo en el periódico la pluma del cronista. Este, pues, ha engañado: al torero y al público; y así, diciendo lo que no debía y ocultando lo que precisaba denuncia, ha dirigido a la fiesta por caminos de bancarrota. ¡Que Dios le premie sus servicios!

Y todo porque el que escribe de toros ha hecho de esta actividad su fundamental —cuando no único— medio de vida. En este detalle, al parecer intrascendente, está la causa de las anteriores desventuras. [...]

Pues eso. El revistero que cobra de los propios toreros las crónicas taurinas, no es libre para decir lo que siente; está forzado a falsear la verdad;

---

<sup>358</sup> BOLLAÍN ROZALEM, A. *Los detractores. Op. Cit.*, pp. 11-12.

<sup>359</sup> BOLLAÍN ROZALEM, L. *Los dos solos*. Madrid, Arba, 1948, p. 342.

y, como este falseamiento es causa sensible de la impureza del espectáculo, la crítica de toros delinque gravemente contra las corridas, con este proceder suyo —en esencia limpio— de poner precio a un trabajo y de pasar factura a quienes el trabajo favorece. [...] <sup>360</sup>

Entiende Luis Bollaín la dificultad que tienen los revisteros taurinos de ganar un sueldo decente que les permita vivir. Sin embargo, ese asunto no debe ser óbice para que su labor sea independiente y honesta:

[...] Mientras el cronista de toros no rompa estas sucias amarras que le ligan a los toreros; mientras venga obligado a seguirles a todas partes en misión de cantor de unas virtudes prefabricadas; mientras, para servir a sus «clientes», no pueda decir la verdad y tenga que decir la mentira; mientras, en acto de ese mismo «servicio», diga lo que hay que callar y calle lo que hay que decir... el revistero taurino, ejecutor material de una tarea desorientadora y nefasta, será «primer contribuyente» en esta «contribución»... al hundimiento de las corridas de toros.

Clamemos por los críticos... profesionales de algo que no sea la literatura taurina periodística —¡que los hay!— y encendamos la guerra sin cuartel contra los vagos y «maleantes»... de nuestro espectáculo favorito. [...] <sup>361</sup>

Pero sin duda el trabajo más interesante en este sentido es el que en 1956 publica Edmundo González Acebal con el título de *Grandeza y servidumbre de la crítica taurina*, transcripción de la conferencia ofrecida en el Club Taurino Madrileño. González Acebal, como se afirmaba en el apartado 4.2. *El esencialismo desde el plano intelectual*, tampoco era cronista taurino, era otro de esos ilustres aficionados, amén de escritor y primer presidente de la Peña Taurina los de José y Juan cuando ésta se fundara en 1951, preocupado por el devenir del espectáculo. Al igual que los hermanos Adolfo y Luis Bollaín, entiende que el papel de la crítica taurina es determinante para el sostén de una fiesta íntegra, y la primera parte del librito es un reducido tratado de qué es y cómo debe hacerse la crítica taurina. «La crítica es, a la vez, arte y ciencia» <sup>362</sup>, señala González Acebal al principio del capítulo, y el crítico tiene como misión «antes que ninguna otra, comprender, reflexionar y discernir». Desde la perspectiva distante de la que hace gala, marca con claridad cuál debe ser la posición del crítico en relación al espectáculo: un distanciamiento objetivo que permita un trabajo independiente y no contaminado por los intereses del entramado taurino:

[...] Y el crítico ha de ser incorruptible si pretende el respeto de su prójimo. Su alma debe permanecer incontaminada, inviolada su conducta y

---

<sup>360</sup> BOLLAÍN ROZALEM, L. *Decálogo de la buena fiesta*. Madrid, Librería Editorial Beltrán, 1953, pp.182-184.

<sup>361</sup> *Ibidem*, p.185.

<sup>362</sup> GONZÁLEZ ACEBAL, E. *Grandeza y servidumbre de la crítica taurina*. *Op. Cit.*, p. 10.

pura y sin mancha su ejecutoria. Y a ser posible, ha de vivir alejado físicamente de cuantos debe juzgar, para que su actitud crítica pueda conservarse irreductible e incontaminable a la maledicencia que busca siempre el más simple pretexto para ensuciar con sus babas la blancura de la inocencia. [...]<sup>363</sup>

Después de hacer un repaso a la evolución histórica de la crítica taurina, a la grandeza que adquirió con el paso de los años, dedica la segunda parte de la obra, la más interesante sin duda, al tema de la publicidad y el sobre. Con el sugerente título de «La crítica corrompida», se queja del proceso de relativización que está padeciendo el espectáculo a causa de un sistema informativo que no dice la verdad, o transforma ésta de manera indecorosa para dar una imagen falsa de un pretendida grandeza que no lo es. «Porque el daño que el revisterismo publicitario ocasiona —se lamenta González Acebal—, alcanza por igual a toda la colectividad taurina, ya que nadie cree en los altares que pueda levantar una prensa que ha perdido su crédito informativo»<sup>364</sup>.

---

<sup>363</sup> GONZÁLEZ ACEBAL, E. *Grandeza y servidumbre de la crítica taurina. Op. Cit.*, p. 24

<sup>364</sup> *Ibidem*, p. 28.



**PARTE II: LA CORRIENTE CRÍTICA ESENCIALISTA  
DE  
LA CRÓNICA TAURINA**





**5. DESARROLLO, RADICALIZACIÓN Y APOGEO DEL  
ESENCIALISMO EN LA PRENSA ESCRITA: LA  
CORRIENTE CRÍTICA ESENCIALISTA EN LA  
CRÓNICA TAURINA: 1965-2002**



## 5.1. Radicalización del discurso esencialista: la Corriente Crítica

### Esencialista

Veámos cómo en las décadas de los años cuarenta y cincuenta el siglo XX el imparable proceso de decadencia de la Fiesta había propiciado el surgimiento del «esencialismo»: la voz crítica contra ese proceso que lucha por revertirlo de manera íntegra para que el espectáculo recupere sus valores esenciales e históricos. Este «esencialismo» que progresivamente se va expandiendo, comienza en la década de los sesenta un periodo de radicalización que llegará casi al final del siglo. Distintos cronistas, jóvenes en sus inicios, se irán incorporando a la prensa diaria escrita y con su hacer beligerante marcarán una de las etapas más significativas de la crítica taurina.

Durante la década de los años sesenta, por tanto, son ya varios los cronistas que sin ambages han emprendido la cruzada contra el fraude y la decadencia. «A partir de finales de los 60 —escribirá Paco Apaolaza, miembro también de la corriente—, el género, estratificado, ciertamente anquilosado y obsoleto en sus concepciones, se revela y cambia un poco empujado por ese microsistema de los tendidos, surgiendo una generación de críticos que no atendían sólo al colorido y la plasticidad, ni al juego con la muerte, ni al “más cornás da el hambre” definitivamente enterrado, ni al riquísimo léxico»<sup>365</sup>. Es el origen de la que algunos han llamado crítica regeneracionista<sup>366</sup>.

El nacimiento de la Corriente Crítica Esencialista lo podemos situar en el año 1965 con la incorporación de Vicente Zabala Portolés al diario *El Alcázar*. A él se sumará la voz de Alfonso Navalón Grande, que llega a *Informaciones* en 1967. Ambos forman el tándem principal de la primera etapa, que se completa con la llegada de Joaquín Vidal al diario *El País* en 1976, y que avanza hasta la década de los años noventa con Paco Apaolaza en la agencia COLPISA y Javier Villán en el diario *El Mundo*. Estos nombres son los más relevantes de un nutrido grupo de cronistas que dará forma al fenómeno.

---

<sup>365</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Crítica taurina: castillos en el aire». *El Campo: boletín de información agraria*, (ejemplar dedicado al toro de lidia), Bilbao, Banco Bilbao Vizcaya Argentaria Servicios de Estudios, 1992, nº 125, p. 74.

<sup>366</sup> El director de la revista de información taurina *6 Toros 6*, José Carlos Arévalo, en numerosos de sus editoriales tratará de desmitificar a estos informadores de los años sesenta y setenta. Así, en el número 195 de la publicación, de marzo de 1998, les denominará como «crítica supuestamente regeneracionista», e intentará echar por tierra sus posibles logros. ARÉVALO DÍAZ DE QUIJANO, J. C. «Una grave tergiversación». *6TOROS6*, Madrid, año Genet, S.L., marzo de 1998, nº 195, p. 3.

Los escritores de la Corriente Crítica Esencialista son, por tanto, herederos del discurso esencialista que desde el periodo de posguerra se ha venido articulando en distintos ámbitos. Un discurso que sustentaba su argumentación fundamental, una vez finalizada la guerra, en la denuncia del fraude que se estaba cometiendo con el toro bravo; pero también contra el conjunto de vicios y corruptelas que asolaban la Fiesta: la utilización de reses sin edad ni trapío óptimos y la expansión del fraude del «afeitado» como ejes de la denuncia, y junto a éstos, la implantación de formas de tauromaquia en extremo heterodoxas, o el problema de una información taurina, en líneas generales y salvo contadas excepciones, sometida al sistema de la crítica publicitaria, sin capacidad de articular un discurso razonablemente crítico e independiente similar al de otras épocas.

A partir de esa herencia recibida desde el esencialismo, para entender el discurso de la Corriente Crítica Esencialista debe considerarse que su referente está, por tanto, en la fiesta que se desarrolla antes de la guerra civil española, curiosamente una etapa que los nuevos escritores —al menos los más relevantes— no han conocido, pero que en su ideario ha quedado inscrita como el periodo clave de la tauromaquia contemporánea, primero porque en las plazas importantes presuntamente sale un toro íntegro y fiero, sin manipular, que contribuye a ofrecer un espectáculo puro y emocionante; segundo, porque el arte de torear ha tenido un importante desarrollo artístico a partir del belmontismo, alcanzando una profundidad conceptual inimaginable tan sólo unos años atrás, con una cada vez más refinada estética sin perder, además, los componentes emocionantes que le caracterizaron; y tercero, porque el entramado taurino que dirige el espectáculo no está contaminado por los vicios mercantilistas posteriores, pudiendo los protagonistas moverse con relativa independencia, destacando aquellos que en cualquiera de los planos, artístico, ganadero, empresarial, etc., reúnen los méritos necesarios para ello, sin la influencia tan devastadora posterior de los intereses particulares que sujetan un mercado cada vez más apetecible en lo económico. Son estos tres aspectos principalmente los que hacen que el espectáculo de los años treinta esté idealizado en ellos como referente de fiesta auténtica.

En este sentido se expresa el crítico Vicente Zabala, como se verá el primer escritor de la nueva corriente, al afirmar la separación de periodos clave que se produce como consecuencia del enfrentamiento bélico. «Es indiscutible —escribe Zabala— que nuestra guerra civil marca la frontera entre una fiesta nacional seria, firmemente

sustentada sobre los pilares del toro sin manipulaciones y el toreo imperecedero y esa otra fiesta completamente distinta, donde se prescindía del toro y hasta del toreo, para ofrecer una caricatura del espectáculo al extranjero»<sup>367</sup>. También Alfonso Navalón participa de esa idealizada autenticidad, en lo artístico y en lo ganadero, del periodo posterior a la muerte de José Gómez Ortega, *Gallito*, en 1920. «Pero la muerte de Joselito —afirma en este caso Navalón— sirvió para dejar paso a la más brillante época conocida. Esa etapa en que salieron los toros más bravos que se recuerdan y el plantel de toreros más completos y más variados»<sup>368</sup>. Y en la misma línea lo hace Joaquín Vidal, el cronista más importante de la Corriente Crítica Esencialista, que desde su tribuna de *El País* señala la relevancia que en el plano conceptual tuvo esa época como periodo de máximo desarrollo del clasicismo. «La meta, a nuestro entender, debe ser ésta: en lo técnico-artístico, recuperar la tauromaquia que se desarrolló en plenitud durante la década de los años treinta»<sup>369</sup>, afirma el cronista.

Lógicamente, el objetivo del discurso esencialista siempre fue la erradicación de todos estos males que de manera abrupta hicieron acto de presencia en la fiesta posbélica, y la mejor manera de empezar a finarlos era haciéndolos presentes en la opinión pública de un país, no lo olvidemos, profundamente taurino, para que así, desde los órganos o instancias competentes, se tomaran las medidas oportunas que permitieran reconducir la situación. De hecho, el discurso esencialista original era el reflejo del sentir de buena parte de la afición ante los reiterados abusos —recordemos aquí la cita de Paco Apaolaza del segundo párrafo de este punto cuando afirma que este movimiento de críticos nace en parte «empujado por ese microsistema de los tendidos»—, y la autoridad, consciente de que la apertura legal, que por imperativo tuvo que aplicar para facilitar el desarrollo del espectáculo, estaba siendo aprovechada ya de una manera exagerada y sin decoro alguno por quienes estaban al cargo de las directrices y organización del espectáculo, decide, entre varias de las medidas que fueron tomándose, en abril de 1943, como se vio en un apartado anterior, revisar el Reglamento de Espectáculos Taurinos para volver a establecer un peso mínimo de las reses y evitar, en la medida de lo posible, por una lado las extralimitaciones que se estaban produciendo, y por otro los desórdenes públicos que comenzaban a aflorar en algunos cosos.

---

<sup>367</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «El público está dejando de ir a los toros». *Nuevo Diario*, Madrid, 11 de mayo de 1968, p. 33.

<sup>368</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «El burro de lidia». *Informaciones*, Madrid, 26 de octubre de 1970, p. 17.

<sup>369</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Urge una reestructuración total». *El País*, Madrid, 31 de diciembre de 1978, p. 34.

Primero la protesta de los aficionados y después las sucesivas campañas pro regeneración de la Fiesta consiguieron poner en el punto de mira de las autoridades las corruptelas más importantes y que éstas, ante la presión, tomaran en varias ocasiones y a distintos niveles cartas en el asunto. Sin embargo, el alcance fue limitado por dos razones fundamentales. La primera de ellas es que contra un vicio generalizado la presión para suprimirlo debe ser constante y prolongada en el tiempo, a la vez que el sistema de sanciones pertinentes, rápido y lo suficientemente disuasorio. Pero la autoridad no disponía —o no tenía intención de destinar a tal fin parte de su infraestructura— recursos suficientes para mantener una vigilancia y una presión continuada que resultara a la larga eficaz. La segunda, que el endogámico entramado taurino había creado ya demasiados intereses —se incrementaba progresivamente el público foráneo y con él los ingresos— y tenía sobrados recursos para eludir cualquier imponderable o envite sin que aquello hiciera temblar en exceso sus sólidos cimientos.

La fiesta vigente en los años sesenta mantiene por tanto muchas de las corruptelas previas que las medidas coercitivas no han podido controlar, y la Corriente Crítica Esencialista, heredera como decíamos de ese ideario esencialista que se ha ido fraguando desde los primeros años de la posguerra, hace suyas las reclamaciones tradicionales sobre esos problemas estructurales del espectáculo y los pone en valor. Así, ese discurso vehemente que veíamos brotaba de autores venidos de diversos ámbitos para denunciar los fraudes y corruptelas, alcanzaba ahora su espacio —con la misma vehemencia, característica fundamental— en la prensa escrita y de esta manera una mayor presencia en la opinión pública al reproducirse, de manera constante y no ya sólo puntualmente, como ocurría previamente, ese discurso de denuncia.

No puede soslayarse que el discurso esencialista tuvo gran acogida en buena parte de las direcciones de los principales diarios nacionales, y que la mayoría de ellos optaron por colocar como jefes de las distintas secciones taurinas a alguno de estos escritores. En un primer momento *El Alcázar* y *Nuevo Diario* —ambos pertenecientes al mismo grupo editorial—, y junto a ellos *Informaciones*. Después *Pueblo*, *ABC* y *El País*, a los que se sumará *Diario 16*. Un poco más adelante, *Ya* y junto a él todos los diarios regionales del grupo Comecosa y posteriormente del grupo Correo.

La mayoría de los diarios relevantes del país, al incluir a alguno de estos críticos esencialistas, optaron por esta línea de interpretación de la Fiesta. De esta manera, el

discurso radicalizado se extendía por la práctica totalidad de la opinión pública española, quedando constatada la existencia de un ciclo de crítica taurina independiente, crítica esencialista, que utiliza la denuncia de la corrupción como bandera de sus propuestas y que contribuirá a la transformación y evolución del espectáculo. La información desde la otra perspectiva, la integrada, quedará prácticamente relegada a los medios de comunicación especializados, revistas, programas de televisión y de radio, como contraste de la propia Fiesta, emprendiendo una feroz cruzada en contra del esencialismo que se prolongará en el tiempo y que obtendrá sus frutos cuando la Corriente Crítica Esencialista haya desaparecido, volviendo ese tipo de información y análisis a retomar posiciones en la prensa diaria escrita.

No obstante, es difícil establecer la medida real del alcance e influencia que la corriente ha tenido en el desarrollo de la Fiesta. Lo que sí es evidente es que durante su existencia, en el espectáculo se producen diversas transformaciones o hitos, algunos de los cuales se abordan en puntos posteriores, hitos que pusieron literalmente el espectáculo patas arriba y que no es descabellado atribuírselos en buena medida al trabajo constante de estos críticos. Primero, la implantación del Libro de Registro de ganaderías, en el año 1969, que terminaba de una vez con el fraude de la edad de las reses. Después, las campañas en contra del «afeitado», que hicieron que la autoridad tuviera que emplearse con más diligencia en ese tema. Más tarde, el aumento de las proporciones del toro, que llegará a alcanzar una dimensión nunca jamás vista en las plazas españolas, y no sólo en las de mayor categoría. Sin olvidar que la consagración, o no, de un diestro, dependió, durante el periodo, de la aprobación de alguno de estos críticos, que en su pontificar, concedían y quitaban el estatus de figura a cada uno de los toreros más relevantes, y que, si bien es cierto, en general los matadores de toros y novilleros —puede incluirse aquí también a la práctica totalidad del entramado taurino: empresarios, apoderados, ganaderos, etc.— rechazaban el trabajo de estos cronistas, también suspiraban porque en sus crónicas su labor, especialmente el triunfo, hubiera sido merecedora de reconocimiento u aprobación por parte de ellos.

El crítico taurino Carlos Ilián, componente de la corriente desde la primera etapa, no duda en señalar que la nueva crítica tuvo un papel determinante en el desarrollo de los acontecimientos, particularmente en la plaza de toros de Madrid, ya que a partir de su discurso se creó un estado de opinión que a la larga fue clave. Así, afirma Ilián, «esa nueva crítica de Madrid lideró el movimiento para recuperar la

integridad del toro, el sentido más puro del toreo, la calidad, la seriedad y el prestigio. Para reflotar la fiesta desde el paradigma de Madrid, la prensa fue un elemento clave y en un porcentaje muy alto su labor consiguió crear un estado de opinión fundamental para que la capital recuperara su sitio como baluarte y como santuario del toreo»<sup>370</sup>.

Son todos estos aspectos que, en buena medida, transformaron la fiesta de los toros, apartándola del carácter festivo e intrascendente que había adquirido en ese periodo posbélico. La Fiesta atravesó su propia «transición» hacia algo un poco más serio, un poco más relevante, menos triunfalista, que lo conocido en los últimos años, y, como se afirmaba, no es descabellado atribuir ese cambio, al menos en parte, a la labor de la Corriente Crítica Esencialista.

### **5.1.1. Vectores del discurso esencialista radical**

El análisis de los textos de los cronistas más relevantes de la Corriente Crítica Esencialista conduce a la extracción de lo que llamaríamos vectores claves de su discurso, y que pueden articularse en tres grupos fundamentales. En primer lugar se situaría la reclamación y defensa del toro íntegro como fundamento de la lidia verdadera, y dentro de este apartado tanto la defensa de la integridad física de las reses, la denuncia de las manipulaciones a las que está sometido, pero también el tratamiento abusivo e inadecuado al que es sometido una vez está en la plaza. En segundo lugar la promulgación del considerado por el esencialismo como el canon artístico único e inamovible que debe plantearse en el ruedo ante las reses, y en este sentido, el pase de muleta con la mano izquierda, pase natural, sujeto a ese canon, como paradigma del toreo puro, relevante, trascendente e insoslayable. En tercer y último lugar, la fórmula de ejercer la crítica taurina a partir de la consideración de la excelencia como punto de partida de la creación artística del torero, considerando que la ecuación surgida durante la lidia sólo puede restar puntos a su trabajo, de manera que esa excelencia es prácticamente inalcanzable y la consideración de la obra como obra de arte superior es casi imposible.

#### **5.1.1.1. El toro íntegro como fundamento de la emoción necesaria**

La recuperación del toro, morfológica y conductualmente, como objetivo principal está presente en todas las etapas de la corriente crítica esencialista. En cada

---

<sup>370</sup> ILIÁN, C. «La importancia de Madrid». En ABELLA MARTÍN, C. (Coord.). *Las Ventas, 75 años de historia*. Madrid, Centro de Asuntos Taurinos de la Comunidad de Madrid, 2006, p. 270.



una de ellas el punto de mira estará dirigido a unos u otros aspectos; pero sobre la importancia que su integridad representa para la Fiesta se construye el discurso. Primero el toro, después todo lo demás.

Cuando en 1965 da sus primeros pasos la Corriente Crítica Esencialista sigue manteniéndose la gran desigualdad en la presentación de los toros. En 1963 había entrado en vigor el nuevo Reglamento de Espectáculo Taurinos<sup>371</sup>, aprobado en marzo de un año antes, teniendo como uno de los principales objetivos reconducir la situación en cuanto al peso, edad y defensas de los toros. El país está en un periodo de importante desarrollo y por tanto han desaparecido los motivos que motivaron la implantación de las medidas extraordinarias que permitían la lidia de toros sin edad ni peso reglamentarios. Sin embargo, la rémora que en este sentido ha significado el periodo de la década de los cincuenta es un lastre difícil de corregir. El negocio acomodado en la picaresca se ha extendido en la Fiesta y reconducirlo al cauce legal se presenta como tarea complicada.

La nueva norma establece que el peso mínimo de los toros en las plazas de primera categoría ha de ser de 460 kilos, en las plazas de segunda categoría 435 kilos, y de 410 kilos en las de tercera categoría, todos ellos superiores a los dispuestos en 1943; pero inferiores en diez kilos a los estipulados en el Reglamento de 1930. Pero sin duda, una de las más importantes aportaciones del texto es la referida al control del fraude. Así, el artículo 134, primero del capítulo XIII «Operaciones finales», establece el sistema de sanciones pertinente para cada uno de las posibles adulteraciones: defensas, edad y peso. La norma es ley, y como tal será exigido su acatamiento por parte de los escritores esencialistas, que apelarán al cumplimiento estricto del reglamento como punto de partida de la nueva Fiesta.

Así, la recuperación de la integridad del toro bravo sigue estando en el centro de las reclamaciones y sobre él se articula el resto del discurso. El toro bravo y serio es el que da la justa medida de lo que con él se realiza; es el que sitúa la Tauromaquia en uno u otro nivel de trascendencia histórica. Por tanto, la emotividad en la creación artística está directamente ligada al comportamiento del toro y ésta es la base de la

---

<sup>371</sup> BOE-A-1962-5264, de 15 de marzo de 1962. Reglamento de Espectáculos Taurinos. B.O.E., N° 68, publicado el 20 de marzo de 1968

fiesta; si el toro no tiene entidad, se pierde esa parte esencial del espectáculo que es la emoción. Pero no es suficiente que el toro embista, que se mueva, que tenga fuerza. Tiene que tener, tal y como estipula el reglamento, su edad y peso correspondientes y sus defensas íntegras. Si el toro viene del campo o sale al ruedo sin las condiciones óptimas tanto físicas como conductuales deja de ser el toro de la fiesta de verdad y alguien es culpable de que eso sea así, y por tanto su labor sancionable.

Como se afirmaba, las reclamaciones sobre el toro estarán presentes en todas las etapas de la Corriente Crítica Esencialista, si bien éstas se irán modificando con el paso de los años. Si en un primer momento la lucha está en conseguir un toro acorde a lo reglamentado y que además no esté «afeitado» a partir de los años ochenta, una vez aumentado el trapío, la exigencia estará más dirigida hacia el componente conductual, con la exigencia de fuerza y bravura para los astados; y en este sentido se articulará un discurso de rechazo hacia ciertas ganaderías. La evolución artística del espectáculo hacia lo puramente estético requerirá de un toro cada vez más dócil, menos complicado. Por pura demanda del mercado, los ganaderos se lanzarán a criar astados que ofrezcan fundamentalmente nobleza en detrimento de otras cualidades más agresivas y consustanciales a la especie. Así, se producirá un imparable auge de vacadas con procedencia del llamado encaste Domecq<sup>372</sup>, paradigma de esa nobleza sin complicaciones que reclaman la mayoría de los diestros. La selección por esa vía supondrá una progresiva pérdida de fiereza en las reses: nobles, casi dóciles, sin fuerza ni apenas bravura. Pero supondrá también el arrinconamiento y desaparición de ganaderías que proceden de otras líneas ganaderas que siempre tuvieron gran predicamento en la Fiesta. En este sentido, el esencialismo rechazará esa monopolización del espectáculo, defendiendo la diversidad de encastes y la necesidad de esos componentes agresivos originarios en la bravura y que dan sentido al espectáculo.

El toreo en su grandeza completa se presenta como algo excepcional. La representación en su conjunto configurada como obra artística será analizada por el conocimiento del cronista que tratará de desvelar los matices categóricos que permitan situar la creación en su peldaño correspondiente en la escala del arte. Un arte que está condicionado por los dos protagonistas: torero y toro. Del primero se referirán los

---

<sup>372</sup> En 1930, Juan Pedro Domecq y Núñez de Villavencio adquirió la ganadería del duque de Veragua. A lo largo de esa década llevó a cabo varias incorporaciones de otras procedencias con origen en la ganadería de Parladé, particularmente de Mora Figueroa que juntaba sangres de Conde de la Corte y García Pedrajas.

preceptos aplicables al toreo y que conforman el canon clásico. Sin embargo, estos preceptos, teóricamente bien delimitados, se enfrentan no sólo a la capacidad o inspiración de quien los interpreta, sino que quedan determinados por la condición del toro.

Situado como pilar indiscutible del espectáculo, con la Corriente Crítica Esencialista alcanzará una nueva dimensión porque dejará de estar relegado —como ocurría frecuentemente en el periodo de posguerra— a un segundo plano. Si para la crónica que se hace desde la perspectiva integrada con el espectáculo en muchas ocasiones se superpone el componente artístico, soslayándose la aportación que al conjunto haya ofrecido el comportamiento del toro, para el esencialismo esto cambiará de forma radical, y nada de lo que se haga podrá tener valor si el toro ha carecido de entidad. Podrá el diestro actuar con solvencia incluso alcanzar su labor grandes cuotas de sugestión emocional, y así lo apuntará el crítico, mas si la condición del toro no es adecuada —y eso también lo señalará el crítico— por pequeño, manso, flojo, poco serio, por falta de nobleza, por falta de codicia, etc., el conjunto de la labor artística habrá perdido enteros en esa escala artística. Pero al contrario, podrá el toro presentar grandes complicaciones como mansedumbre, genio, marcadas querencias, etc., y ser el torero capaz de resolver los problemas y situar la obra a una gran altura emotiva por la vía del pundonor y el valor, y habiendo tenido las condiciones necesarias de edad, peso y seriedad, elevará la categoría de la obra.

### **5.1.1.2. El canon artístico como fundamento para la crítica**

En la temporada de 1993 el cronista Paco Apaolaza hace una interesante reflexión que sirve de introducción a este punto. «Pedir lo imposible, es la única manera de salir del marasmo del muermo como el de ayer. El arte de torear quizá sea el único donde el academicismo es vanguardia, inconformismo y no sintonía de anquilosamiento, y el academicismo sigue siendo torear cruzado y despacio, largo y ligado, al compás... pedir lo imposible»<sup>373</sup>. Nos sitúa en la tesitura de la realidad, en la que la práctica totalidad de los toreros son incapaces de enfrentarse a su propio coraje para intentar alcanzar la perfección conceptual, esa perfección conceptual encuadrada por un canon estético perfectamente definido, clásico, y que, sin embargo, se convierte

---

<sup>373</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Una de resaca». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 14 de mayo de 1993, p. 80.

en revolucionario, transformador, conceptualismo vigente y perpetuo, porque casi nadie se atreve, o sabe, desarrollarlo en su plenitud.

Una de las grandes aportaciones de la Corriente Crítica Esencialista será, sin duda, la promulgación y defensa de un canon artístico categórico que, en su evolución, será determinante para el entendimiento de la tauromaquia del siglo XX desde esa posición esencial. Para este grupo de escritores, el toreo debe ser clásico y ajustado al canon clásico. Y si bien esta afirmación puede calificarse como evidente, encierra la gran diferencia histórica entre las perspectivas de entendimiento del espectáculo, porque el esencialismo encorseta, o al menos lo pretende, el toreo entre unos parámetros determinados, rechazando cualquier manifestación que aleje conceptualmente la interpretación de esos argumentos. Este canon sobre la representación artística de la Tauromaquia es consecuencia de la evolución de la propia Fiesta, con sus avances e incorporaciones técnicas, pero también de la interpretación que de él hace la crónica de toros desde Gregorio Corrochano, asentando su base evolutiva en ese espacio ya señalado entre las dos perspectivas de entendimiento: el mundo o entramado taurino y la afición desde la perspectiva distante y esencial, de la que nace el esencialismo que se va consolidando después de la Guerra Civil.

En su progresiva evolución, el toreo se modifica estéticamente; pero conceptualmente se sostiene sobre el soporte de esas reglas «sagradas», siendo su trasgresión sinónimo de herejía para los puristas. De manera progresiva, en la Edad de Plata de la tauromaquia que, como se veía en un apartado previo, empieza a desarrollarse a partir de la muerte de José Gómez Ortega, *Joselito*, en 1920, la parte de la faena realizada con la muleta va adquiriendo cada vez un mayor protagonismo hasta convertirse en la pieza fundamental de la representación. La revolución de Juan Belmonte, clave, como se vio, para entender la nueva era del toreo, profundizó en esas reglas taurinas existentes, añadiendo mayor peso conceptual a la representación artística a partir del dramatismo que suponía su posición de partida ante la cara del toro en el toreo de muleta: más cerca y más enfrentado a la testuz del animal al avanzar su cuerpo, ofreciendo el pecho o medio pecho, hacía el pitón contrario por el que pretendía el lance, lo que obligaba con mayor disposición a conducir la embestida para evitar ser arrollado. Sobre su obra se construyó la nueva estética; pero también la estructura de la nueva tauromaquia, asentada en su concepción sobre los pilares del clasicismo.

A diferencia de otras épocas, será principalmente lo que se efectúe con dicha muleta en el llamado tercio de muerte lo que determine el éxito o no del diestro, y la parte a la que, a la postre y junto a la estocada, se le otorga más trascendencia. Las valoraciones sobre las suertes previas con el capote, tan importantes desde el origen del toreo y hasta la primera parte del XX, seguirán figurando en las crónicas y textos, siendo analizadas también conforme al canon, pero esa importancia determinante que ostentaban en las tauromaquias pretéritas pasará en la nueva era a las suertes efectuadas con la muleta. Si antes la muleta era el instrumento que servía de ayuda para colocar al toro y prepararlo para la estocada, fin legítimo de la lidia, en la nueva época se convierte en la herramienta del arte, el elemento que permite desarrollar el potencial artístico al torero. Por eso, todos los cronistas, esencialistas o no, centrarán la mayor parte de sus análisis en esa fase de la lidia.

El crítico esencialista del arte taurino asienta su discurso en la proposición clave de que la Tauromaquia, como expresión artística, responde a unos preceptos básicos, cánones<sup>374</sup>, cambiantes en su forma exterior, empírica, estética, pero inmutables en su fondo, y que determinan el grado de profundidad artística o conceptual de la obra a partir de la conjunción creativa toro-torero. La Fiesta evoluciona estéticamente en cada etapa de la historia de la Tauromaquia, pero conceptualmente está sujeta a los preceptos que desde su desarrollo reglamentado, principalmente a partir de Francisco Montes, *Paquiro*<sup>375</sup>, en 1836, son asumidos como reglas inmutables, variables en forma, pero no en fondo. Más tarde, otros tratados, como el de Amós Salvador, *Teoría del toreo*, de 1908, de Federico Manjavacas Alcázar, *Tauromaquia Moderna*, de 1936, o el José María de Cossío de 1943, incluso el de Gregorio Corrochano *¿Qué es torear?*, de 1953, como ejemplos importantes, inciden y completan en lo tratado por Paquiro, actualizando y desarrollando en cada una de esas etapas la evolución natural del toreo.

En este sentido, por ejemplo, se manifiesta Federico M. Alcázar, al admitir la evolución estética del toreo, que no debe estar cerrado a lo nuevo, siempre que esto mantenga belleza y compatibilice su expresión con el canon clásico. «Creo sinceramente —concreta el escritor— que todo lo que se intente o haga en el toreo, si es bello, eficaz y emocionante, debe admitirse. El arte de torear no es, no debe ser, un

---

<sup>374</sup> Si hay un precepto que es esgrimido y aplicado por la crítica taurina independiente es el aforismo «torear como mandan los cánones», dando a entender que hay unas normas básicas inmutables dentro del arte de torear.

<sup>375</sup> Podría hablarse aquí también de la Tauromaquia de José Delgado, conocido como *Pepe-Hillo*, publicada en 1796 y por tanto previa a la de Montes, pero debido a la trascendencia que supusieron las normas impuestas por *Paquiro* para el posterior desarrollo de la Fiesta, se toma como punto de partida su tratado.

dogma intangible y cerrado. En él acaban los avances, pero, ¡cuidado!, los avances compatibles con los preceptos clásicos»<sup>376</sup>.

Todas las suertes fundamentales —en el caso de la muleta estaríamos hablando del natural o lance efectuado con la mano izquierda y el rechazazo o lance que se da con la mano derecha ayudándose el diestro con la espada— ajustadas al canon están delimitadas por una estructura conceptual dividida en tres partes esenciales: inicio-desarrollo-remate.

- *Inicio*: El *inicio* o momento del *cite* indica la posición del torero al comenzar la suerte, cuál debe ser su colocación delante del toro y cómo debe proceder en esa primera parte del muletazo. La evolución en esta parte se produce principalmente en la postura, pies y tronco, que adopta el diestro delante de la cara del toro y la posición en la que debe situar el engaño.
- *Desarrollo*: periodo intermedio de la suerte, el cuerpo de la misma. Esta parte es definida por los tratadistas como el momento de «cargar la suerte», pilar indiscutible del toreo, base y soporte de la Tauromaquia porque en su correcta ejecución reside la mayor parte del peso artístico y conceptual. La progresión técnica del toreo incidirá en el perfeccionamiento del embroque, lo que supondrá una mejora sustancial, conceptual, del mismo. A medida que se alarga el toreo, con lances cada vez más largos y profundos, se alarga también la acción de cargar la suerte. Si en un primer momento se produce en el instante en el que el torero recoge la embestida antes de despedirla, con el paso del tiempo la acción llega casi hasta el final del remate.
- *Remate*: tercera de las proposiciones del silogismo que conforma el lance. Al igual que las dos partes previas, existe una diferencia de forma importante entre las tauromaquias y concepciones antiguas y el toreo posbelmontino. Con el paso de los años pasará de ser un desenlace inevitable a una prolongación del *desarrollo* de la suerte. Del componente defensivo, a través de chispazos de mayor o menor genialidad que buscan siempre librar la figura del diestro de la embestida de la res, al reposo que marcará la diferencia al descubrirse que la embestida de la res, bien tratada, puede ser llevada con toda la largura que su propio impulso y fuerza permitan.

---

<sup>376</sup> ALCÁZAR MANJAVACAS, F. *Tauromaquia Moderna. Op. Cit.*, p. 233.

La evolución del toreo permite añadir a esas tres premisas esenciales tres derivadas circunstanciales complementarias interesantes: *quietud*, *temple* y *ligazón*, que progresivamente, y en su evolución, han dado cuerpo al armazón fundamental del toreo, ya que su participación en la ejecución de las suertes ha incidido notablemente en la progresiva calidad de éstas:

- *Quietud*: La firmeza de piernas ha sido desde el origen del toreo una de las cualidades más valoradas. La quietud, indudablemente, deriva del valor y, en muchos casos, del control de la situación. Quietud no significa únicamente inmovilidad, sino también ajuste del toreo a los movimientos precisos. La evolución estética de la tauromaquia ha convertido esta cualidad en determinante porque, independientemente de la forma de torear, la estructura de los lances y las suertes lleva impresa la necesidad de esa economía de movimientos. Para el esencialismo la *quietud* tiene su vertiente perversa cuando se utiliza de manera histriónica en el toreo «tremendista» y «encimista».
- *Temple*: Desarrollado en plenitud a partir de Juan Belmonte, el *temple* puede definirse como la armonía conceptual de la obra. Su fundamento reside, en primer lugar, en el mando que el diestro adquiere sobre la embestida, y en segundo lugar, en la capacidad de conducirla ajustando ritmos, del toro y de la tela, con la mayor limpieza posible.
- *Ligazón*: La posibilidad de unir varios lances en series dotó al torero de una mayor vistosidad, adquiriendo su gran desarrollo a finales de los años veinte. A partir de ahí, las faenas se construyen en series e, inevitablemente, se alargan. El toreo ya siempre será ligado. La técnica pretérita de pase natural y pase de pecho habrá pasado a la historia. También para el esencialismo la ligazón tiene su lado negativo, cuando ésta es utilizada para hacer girar y girar al toro alrededor del cuerpo del torero sin mayor fundamento conceptual y olvidando las premisas de colocación y compromiso que sustentan el canon clásico.

- *El inicio del lance*:

El *inicio* o momento del *cite* indica la posición del torero al comenzar la suerte, cuál debe ser su colocación delante del toro. En este sentido el tratado de Paquiro es

muy claro, y cuando habla de la suerte fundamental de la verónica ya señala que «en toda suerte es necesario situarse en frente del toro [...] de tal modo que sus pies estén mirando a las manos de éste»<sup>377</sup>, algo que confirma también más adelante al referirse al toreo de muleta. «Para pasar al toro con la muleta —reafirma Paquiro— se situará el diestro como para la suerte de capa, esto es, en la rectitud de él»<sup>378</sup>. Cien años más tarde, por ejemplo, de que Montes escribiera sus normas, Federico M. Alcázar se reafirma en lo escrito por el diestro de Chiclana de la Frontera al señalar que «el pase natural o regular es el que se ejecuta colocado el diestro en la rectitud del toro»<sup>379</sup>. Por tanto, el diestro siempre debe estar en posición de ofrecer al toro su pecho o su cuerpo, pero no su perfil.

Esta posición, sencilla en su planteamiento, se modifica interesantemente para el canon esencialista. No se busca sólo estar enfrentado al toro, algo que es correcto, sino que el esencialismo entiende que es más meritorio buscar una posición más «cruzada» con el toro, lo que aventuraba Belmonte. El torero debe avanzar más hasta situarse enfrentado, no ya al testuz, sino casi o hasta el pitón contrario. De esta manera, la trayectoria curvilínea que se le obliga a recorrer al toro es mayor, porque debe circundar la figura del torero desde una posición más comprometida. Esta exigencia, que en origen era un recurso para obligar a embestir a aquellos toros que se habían quedado aplomados o que eran reacios a embestir, irá en aumento progresivamente hasta convertirse a partir de la década de los ochenta en precepto ineludible del buen hacer con independencia de las características del toro: para la Corriente Crítica Esencialista de la segunda etapa el cite debe hacerse siempre cruzado el torero al pitón contrario. Cuando el diestro no efectúe el cite así, desde esa posición, estará escamoteando una parte de la verdad del toreo.

Sobre cómo va adquiriendo importancia tal disposición, la de torear cruzado, vemos en julio de 1954 un interesante artículo de Gregorio Corrochano en *ABC*, artículo que, como los publicados un año antes, el año de la denuncia pública del fraude del «afeitado» por parte de Antonio Bienvenida en *Radio Madrid* ante el micrófono de Carlos de Larra y Gullón, *Curro Meloja*, forma parte de su obra aquí citada en varias ocasiones *¿Qué es torear?*, publicada en 1953. Para Corrochano, esta posición aumenta el riesgo para el torero, pero sin duda confirma su valentía:

---

<sup>377</sup> MONTES, F. (*Paquiro*). *Tauromaquia Completa*. *Op. Cit.*, p. 71.

<sup>378</sup> *Ibidem*, p. 98.

<sup>379</sup> ALCÁZAR MANJAVACAS, F. *Tauromaquia Moderna*. *Op. Cit.*, p. 243.



[...] Más de una vez hemos visto a un torero muy cruzado con el toro, en el pitón contrario. Todo lo que se hace cruzado, cada paso que se avanza hacia el pitón contrario es obligar al toro aplomado o tardo a embestir. Obligar al toro es mandar, dominar, tener la iniciativa, torear.

Cuando el que tiene la iniciativa es el toro, el toreado es el torero. Si el torero tiene la muleta en la mano derecha y se sitúa en el pitón izquierdo, está cruzado. Ese pase que va a dar es magnífico en su iniciación, aunque no sepamos cómo la va a rematar. Es un gran pase por lo que castiga y domina. A este valor técnico hay que sumar el valor hombre, porque un descuido, un extraño del toro, un golpe de viento, un error de precisión, trae una cogida inevitable. Si en este momento le llega la inspiración, gira la cintura hacia la derecha, se queda el cuerpo en el pitón izquierdo como estaba, le pone la muleta en el pitón derecho, se descruza del toro, deshace la posición y lo que antes era muy torero y peligroso ahora es un adorno fuera de cacho. Antes estaba “dentro del toro”; ahora se queda “al margen del toro”. La diferencia es de aúpa. Pues a esto se llama inspiración. Hemos cambiado oro por oralina.<sup>380</sup>

Aparece aquí el concepto «fuera de cacho», como aforismo que define la ubicación —mala— del torero cuando está delante del toro, otra expresión que adquirirá una nueva dimensión en la crónica esencialista. Pero aparece también un aspecto importante en esa evolución constante hacia el preciosismo como es la desvirtuación de la tauromaquia esencial a favor de lo bello en detrimento de lo trascendente. Denuncia Corrochano que esa nueva estética, a la que atribuyen proceder de la inspiración personal del artista, es falsa o sustitutiva como lo es del oro la «oralina». Lo que antes, un momento antes, era «muy torero y peligroso» porque el diestro estaba cruzado con el toro, se convierte, con un solo movimiento, o sin él, en algo intrascendente, bello, pero intrascendente. Por tanto, en toda construcción de un mulatazo o lance que sea inicio de una serie, la posición al efectuar el cite es clave. Un mal cite nunca puede producir un buen mulatazo.

- *Desarrollo del lance:*

Una vez efectuado el cite, la siguiente fase de la suerte es el *desarrollo*: periodo intermedio de la suerte, el cuerpo de la misma. Esta parte es definida por los tratadistas como el momento de «cargar la suerte», pilar indiscutible del toreo, base y soporte de la Tauromaquia porque en su correcta ejecución reside el peso artístico y estético. «Cuando la res va a llegar al centro de la suerte —escribe José María de Cossío sobre el pase natural en su importante tratado—, el diestro ha de procurar desviarla de su viaje

---

<sup>380</sup> CORROCHANO ORTEGA, G. «La suerte de matar empieza en el primer capotazo». *ABC*, Madrid, 3 de julio de 1954, p. 3.

para no ser atropellado, si, como es clásico, cita de frente, y esta acción de *cargar la suerte* es la más fundamental»<sup>381</sup>. Se extiende Cossío un poco más adelante en el concepto, señalando que la evolución del toreo ha conducido una mayor exigencia técnica del momento, y su correcta ejecución es lo que provoca en el espectador la emoción que le lleva al entusiasmo:

[...] Pero hoy, en la realización de las suertes, este esencial *cargar la suerte*, por verificarse en el mismo centro de ella, y ser, por así decirlo, su momento culminante, tiene mayores exigencias técnicas y estéticas que nunca. En ese momento del embroque, en que es preciso desviar al toro de su dirección para que no se consume, no sólo juegan los brazos indicando al justo correr del engaño el quiebro de su viaje, sino que todo el cuerpo parece armonizar el movimiento y ajustar su ritmo a la acción que los brazos practican, y la acompañan como insinuando la salida de la res con una intención de orden plástico en que tanta parte, y aun más, tiene la estética que la técnica. El público capta esta insinuación de movimiento, si se hace con arte, inevitablemente, y ella arranca a los aficionados, que parecen sentir, pese a su papel pasivo, la necesidad de vanamente reproducirla, los gritos de entusiasmo que encajan con exactitud matemática en el momento crítico de este *tiempo*, segundo de los convenidos para toda suerte. [...] <sup>382</sup>

El entusiasmo del que habla Cossío es el mismo que se produce ante la contemplación gozosa de cualquier representación artística, más aún en el toreo porque subyace la sensación angustiosa de tragedia que sólo el ensimismamiento ante la belleza la puede aplacar. Gregorio Corrochano insiste en una cuestión crucial, que incide en el aspecto conceptual de la suerte, como es la posición o movimiento que deben efectuar las piernas del torero en momento tan determinante. En este sentido, Corrochano, que escribe este texto en el periodo posmanoletista, se apresura a señalar que la posición de «perfil», característica clave del toreo del diestro cordobés, sólo debe producirse en el centro del pase, es decir en la mitad del tiempo de desarrollo, sólo ahí y como resultado natural del acompañamiento que con la figura hace el diestro al viaje del toro, pero nunca al inicio o momento de citar al toro como hacía Manolete. Por tanto, como se explicaba en un apartado anterior, Manolete está alejado del concepto clásico y su toreo rechazado por parte del esencialismo porque su posición de partida rechaza el compromiso de situarse enfrentado al toro en el momento del cite, ofreciendo su perfil, no su pecho o medio pecho, y por tanto escamoteando uno de los preceptos claves de la Tauromaquia:

---

<sup>381</sup> DE COSSÍO, J. M. *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico e Histórico*. Tomo IV, *El Toreo*. Madrid, Espasa-Calpe, 2007, p. 262.

<sup>382</sup> *Ibidem*, pp. 263-264.

[...] ¿Cómo es el pase natural? El torero se coloca frente al toro, midiendo la distancia por la bravura, el poder y los pies —ligereza— del toro. Así se hace el cite, y si el toro está muy aplomado, si fuera preciso, le adelanta la pierna contraria, o sea, la derecha. Con esto se ha centrado el torero más aun con el toro, que se ha fijado un momento en la pierna al avanzarla, y entonces el torero, adelantando un poco la mano izquierda, como si hiciese el quite a la pierna derecha, embarca al toro en la muleta [...], se lo trae, se lo pasa por delante, mientras va girando la cintura al compás del toro y del pase, acompañando al toro en el viaje. Y en el momento de la reunión, en el centro del pase, es cuando el torero se pone de perfil, y cuando las líneas del toreo son paralelas, pero antes no.

Una vez que el toro ha llegado al centro del pase, se carga la suerte sobre la pierna izquierda, y se va levantando el pie derecho, que al remate avanza en una paso y se queda en posición, colocado para ligar el pase natural siguiente, si no prefiere echárselo por delante en un ligado pase de pecho, como remate natural... [...]<sup>383</sup>

La posición de las piernas adquiere en la nueva tauromaquia una importancia determinante. Si para Amós Salvador<sup>384</sup> en su teoría la correcta disposición y movimiento de las piernas en el pase natural sirve para acompañar la trayectoria y permite alargar el lance dándole mayor vistosidad, en Manjavacas Alcázar<sup>385</sup> ya se destaca que la pierna contraria —si la muleta está en la mano izquierda para un pase natural la pierna contraria es la izquierda, ya que el toro, al estar enfrentado el diestro a él, en su trayectoria debe desviarse hacia esa pierna— debe estar un poco adelantada en el momento del cite, y una vez producido éste, «se corre templadamente la mano, se carga la suerte con suavidad, y se remata por bajo o por alto».

También en Corrochano vemos cómo el concepto de «cargar la suerte» se efectúa sobre la propia pierna, es decir, la posición de la llamada pierna contraria al lugar por donde ha iniciado la embestida el toro. Por tanto, el efecto de la pierna contraria es el de un obstáculo que el toro debe rodear, y lo hace siguiendo la muleta que le traza el correcto recorrido. Ahí reside el valor, en mantener la pierna en posición correcta —a veces más adelanta, otras más vertical, dependiendo del toro, del estilo del toreo o de otras circunstancias— sabiendo que está en disposición constante de ser cogida, y la perfección conceptual en llevar al toro con firmeza, sin estirar el brazo o doblar en exceso el cuerpo para alejar su embestida del cuerpo y por tanto limitar el

---

<sup>383</sup> CORROCHANO ORTEGA, G. *¿Qué es torear? Introducción a las tauromaquias de Joselito y Domingo Ortega*. *Op. Cit.*, p. 154.

<sup>384</sup> SALVADOR Y RODRÍGUEZ, A. *Teoría del Toreo*. Madrid, Biblioteca Nueva, colección *La Piel de Toro*, nº 8, 2000, pp. 73-74.

<sup>385</sup> MANJAVACAS ALCÁZAR, F. *Tauromaquia Moderna*. *Op. Cit.*, p. 243.

peligro. De esta manera, como reafirma después, el toreo puro se efectúa en disposición de avance, porque tanto en el lance, en el que el peso del cuerpo recae sobre esa pierna adelantada, como el siguiente, en el que hay que volverla a adelantar al adquirir la nueva posición, el torero siempre gana terreno o avanza. Sin embargo, si la pierna se esconde o se deja retrasada, se retrocede, porque hay que ir apartándose del camino del toro. De una manera se torea; de la otra se simula el toreo:

[...] Para llevarle a donde él quiere que vaya tiene que mandarle, y para mandarle tiene que cargar la suerte. ¿Cómo? Adelantándole la pierna por donde ha de pasar y salir el toro, sin mover la otra. ¿Cuánto? Lo que haga falta, según las condiciones y estado del toro. Pero siempre hacia adelante, nunca hacia atrás. Con el paso hacia adelante el torero se acerca más y carga la suerte; con el paso hacia atrás se quita un paso al toreo y se descarga la suerte; hacia adelante se acentúa el toreo; hacia atrás se destorea; hacia adelante se manda en el toro; hacia atrás se pierde el mando si hasta entonces lo hubo; ya no va el toro a donde quiere el torero; ya el toro, libre del dominio del torero, va donde quiere, y el torero, perdido el mando, tiene que enmendarse y no puede ligar el toreo. Esto que aparentemente es torear no es exactamente torear, es simular o disimular el toreo. [...]<sup>386</sup>

- *El remate del lance:*

La última parte de la suerte es el «remate» o parte final del lance. Y en este sentido debe matizarse un aspecto clave también de la evolución de la crítica taurina. Corrochano, como se veía en una anterior cita, habla del remate de la suerte una vez se ha cargado la suerte sobre la pierna llamada contraria, que es la pierna junto a la que pasa el toro, sólo como parte que dispone, si está bien efectuado el lance, al diestro para la realización de un nuevo muletazo. Es decir, si se ha efectuado el lance conforme al canon clásico, el diestro, una vez terminado, quedará de nuevo enfrentado al toro y por tanto, con un leve movimiento, normalmente avanzando un paso, en disposición de iniciar un nuevo lance. Cossío se extiende un poco más en esta parte de la suerte que considera tiene que reunir dos condiciones: «lo airoso y lo eficaz»<sup>387</sup>. Airoso porque el diestro tiene que aguantar hasta el final el recorrido del toro, algo que debe efectuarse «gallardamente, con seguridad y dominio de la situación, y en su caso, con adorno y gentileza»; eficaz en la medida que el diestro quede correctamente colocado para continuar con la serie de lances y poder mantener el lucimiento. M. Alcázar por su parte hemos visto que nos decía que se podía rematar la suerte por arriba o por abajo, es decir

<sup>386</sup> CORROCHANO ORTEGA, G. *¿Qué es torear? Introducción a las tauromaquias de Joselito y Domingo Ortega*. *Op. Cit.*, p. 204.

<sup>387</sup> DE COSSÍO, J. M. *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico e Histórico*. Tomo IV. *Op. Cit.*, Madrid, p. 264.

dotaba al remate de una doble posibilidad, ofreciendo la misma categoría a una y a la otra.

Sin embargo, en esa evolución de la tauromaquia, la parte final o remate del lance adquiere una nueva dimensión que agranda su importancia, superior a la que tenía atribuida. La explicación es sencilla. El toreo progresivamente y gracias a las aportaciones técnicas y a las condiciones de los toros, cada vez más seleccionados para que ofrezcan una embestida larga y noble, se alarga longitudinalmente: los pases cada vez son más largos y más «profundos». Si en época de Francisco Montes el pase natural, a pesar de la correcta posición del diestro, resultaba como un trallazo en el que el toro salía normalmente descompuesto y con la cara arriba, y en época de Belmonte ese remate resultaba muchas veces impreciso porque, al no bajarse la mano tanto como se hará con posterioridad, el toro no terminaba de ir sujeto hasta el final y acababa muchas veces su recorrido suelto y también con la cara arriba, teniendo en cuenta además que la interpretación clásica en ese momento era enlazar el pase natural con el de pecho, por lo que el trayecto no alcanzaba la largura posterior, en la época moderna se pretende conducir la embestida del toro de una manera más profunda, llevándolo más sometido, humillado y pegado a la muleta pero, muy importante, sin tocarla, de manera que el lance, para ser correcto, debe terminar, no ya en la cadera, casi en la espalda del diestro, con la embestida del toro siempre por abajo y sin enganchones al trapo.

Se modifica en su largura la suerte, debiendo ser la parte final de la misma no sólo un recurso que facilite la colocación para engarzar el siguiente pase, sino una parte fundamental, porque el torero debe alargar el giro del toro sobre el eje que conforma su pierna hasta donde le dé la largura del brazo y el giro de la cintura, pero sin forzar la figura, como algo natural. La acción de «cargar la suerte» ya no se produce exclusivamente en el centro del muletazo, sino que se alarga hasta el último tercio del mismo. Si el lance no se remata de la forma señalada, bien porque el torero ha aliviado la embestida despidiéndola de su cuerpo o bien porque el toro no tiene condiciones para completar el recorrido, o no lo hace lo suficientemente humillado, no se habrá efectuado la acción de cargar la suerte conforme al canon. El lance podrá haber tenido rigor y emoción, porque no debe perderse nunca de vista que el toreo es una conjunción entre dos elementos semovientes e independientes, pero no habrá sido perfecto.

Por tanto, en la interpretación del arte de torear que realizan los escritores esencialistas, la parte final del muletazo adquiere una relevancia igual o mayor que la parte intermedia del mismo porque en el final es donde se aprecia si el torero ha mantenido el trayecto curvilíneo del toro o lo ha interrumpido para aliviarse del compromiso que supone conducir todo el recorrido de la embestida.

La conjunción de las tres partes, *cite-desarrollo-remate*, determina, en su mayor o menor perfección, el alcance de la representación artística, a la que da valor definitivo la condición del toro. Un toro de los llamados «nobles» permitirá una realización más perfecta técnicamente hablando; un toro encastado, una realización más emotiva aunque pueda ser más imperfecta; un toro flojo, con poca fuerza, una realización más estética, más perfecta, pero menos comprometida.

Cuando con Belmonte quedó demostrado que con la muleta se podía torear de otra manera, es decir, en una escala de compromiso mayor pero cumpliendo los preceptos tradicionales, el canon clásico —a pesar de ser considerado en un primer momento como herejía— asumió rápidamente tal disposición, ya que implicaba una mayor profundidad conceptual: mayor dificultad, mayor riesgo, mayor dramatismo y por supuesto también mayor fuerza estética. El toreo refuerza desde entonces sus dos premisas invariables: desviar primero, porque el toreo está absolutamente interpuesto en el camino natural del toro, y conducir después, para que la trayectoria sea la que quiere el torero. Años más tarde, ese mismo canon sumará, como también se vio, otro de los componentes definitivos al toreo de muleta, la ligazón o unión de unos lances con otros sin solución de continuidad, conformándose en bloques de series de varios lances, no en pases aislados. A partir de ahí se fueron añadiendo o modificando otros aspectos, que redundaron principalmente en la parte estética, como la transformación del llamado «temple» o armonía conceptual, el aire con que el viaje del toro es conducido o acompañado por el engaño, implantándose como correcto que los pitones del astado no tocaran la muleta o el capote. O la certificación de que el toreo es más meritorio cuando se baja la mano en cada lance, obligando al toro —si éste lo permite— a ir más humillado en el *desarrollo* y *remate* del lance.

Por eso, para la Corriente Crítica Esencialista, la interpretación del toreo ajustado al canon clásico con todos esos ingredientes que lo componen implica además de una gran complejidad un gran riesgo —como hemos visto que afirmaba

Corrochano—, de ahí la grandeza del toreo, ya que supone una exposición física permanente del artista mientras crea su obra. Y es por eso también que cualquier manifestación de la tauromaquia alejada de ese canon es rechazada frontalmente, de ahí el cuestionamiento histórico que tales escritores hacen de la importante figura de Manuel Rodríguez, *Manolete*, al haber asentado su toreo de muleta fuera del límite establecido, situado en una posición de perfil, o en línea, con el pitón del toro, no enfrentado o cruzado a la testuz, perdiéndose una de las premisas, la de desviar, ya que si el torero no está dentro de la línea natural del recorrido del toro una vez éste arranque, simplemente tiene que conducir la embestida, no desviarla primero, perdiéndose uno de los aspectos que otorgan mayor profundidad conceptual:

[...] Si partimos de la posición cero, podemos diferenciar claramente el toreo. Un torero está delante de un toro; tiene en sus manos una muleta; tiene los brazos caídos; se arranca el toro, no los mueve, y le coge; no torea. Un torero está delante de un toro; tiene la muleta despegada del cuerpo y retrasada; el toro embiste a la muleta y se la quita al torero. No torea. Un torero está de perfil delante de un toro; tiene la muleta con las dos manos, ayudado por el estoque delante del cuerpo; el toro se arranca a la muleta; el torero levanta la muleta y le deja pasar por debajo; no torea; el toro pasa, pero el torero no le hace pasar, como la guardabarrera levante el banderín al paso a nivel, y el tren pasa, pero no le hacen pasar. Si cuando el toro arranca el torero le adelanta la muleta y la pierna y carga la suerte, torea. En el primer caso hace de guardabarrera; en el segundo hace de torero. Un torero está delante del toro; le cita adelantándole la muleta, le recoge, le carga la suerte hacia adelante, se lo pasa y le lleva a donde quiere, y le remata la suerte sin que el toro le tropiece la muleta; este torero torea. Todos esos enganchones de muleta son defectos de torero que no lleva al toro toreado. (No quiero considerar, porque en el toreo todo debe ser de buen gusto, la ordinariez de dar patadas en vez de dar con la muleta a los toros quedados, valentía que encubre el miedo que da adelantar a un toro agotado, que si no se lleva muy bien toreado se va a quedar debajo.)

Y así podríamos estar poniendo ejemplos hasta que se nos cansara la mano, como esos toreros que alargan las faenas hasta que se les cansa la mano.

Conclusión: torear sin cargar la suerte no es torear. [...] <sup>388</sup>

De la interpretación de que el toreo es algo tan importante, trascendente y serio que hace el esencialismo, también surge la dureza con que tratan a los diestros que, en otra escala diferente a la de Manolete, se salen del concepto clásico, siendo el primer ejemplo y más representativo el de Manuel Benítez, *El Cordobés*, al que no perdonan su

---

<sup>388</sup> CORROCHANO ORTEGA, G. *¿Qué es torear? Introducción a las tauromaquias de Joselito y Domingo Ortega*. *Op. Cit.*, p. 205.

toreo espectáculo, porque para el esencialismo la grandeza de la Fiesta queda reducida a la mínima expresión cuando aparecen toreros que, alejados de disquisiciones conceptuales, efectúan ejercicios taurómacos irreverentes, fuera de toda norma, y que poco o nada tienen que ver con ese canon clásico.

Para denunciar las diferentes deficiencias que surgen en la ejecución del torero, emplearán valoraciones negativas tipo la ya mencionada «estar fuera de cacho», referida a que la posición del diestro está fuera del radio admitido para efectuar el cite y los lances; «al hilo del pitón», como referencia a la posición de partida, en la que el torero se coloca normalmente de perfil y citando en la línea no del pitón contrario, que sería lo preceptivo, sino del pitón por que el pretende efectuar la serie; o, la más usada, «con el pico de la muleta», expresión que denuncia que el torero coloca la muleta en posición diagonal, no cuadrada o paralela, a la línea que quedaría marcada por los pitones del toro, de manera que el extremo exterior de ésta o pico cita el pitón contrario del toro aliviando la situación del diestro al obligar al toro a describir una trayectoria hacia afuera de la línea correcta y por tanto alejada de la natural y comprometida.

#### **5.1.1.2.a. El pase natural como paradigma del canon artístico para los escritores esencialistas**

A través de un breve análisis se pueden comprobar las premisas teóricas en las que está fundamentado el «pase natural» —como se afirmaba lance por excelencia en la tauromaquia del siglo XX—, así como el desarrollo de las mismas hasta quedar conformado el canon para la Corriente Crítica Esencialista. La disección en las partes que comprende un lance, *inicio*, *desarrollo* y *remate*, partiendo de la premisa de la interpretación perfecta —pase natural teórico perfecto sin los condicionantes que puedan interferir durante la lidia—, nos permite comprobar esa importante evolución. Una evolución, no obstante, y como se podrá comprobar, muy lenta que sólo adquiere su matiz definitivo en la segunda mitad del siglo XX a partir de las interpretaciones que se realizan desde el esencialismo.

Para llevar a cabo el análisis evolutivo se prestará atención a las proposiciones de varios autores de cada una de las épocas señaladas, la anterior a Juan Belmonte, la inmediatamente posterior a él, y la posterior a Manuel Rodríguez, *Manolete*. El punto



de partida<sup>389</sup> será la citada *Tauromaquia completa*, de Paquiro, que, como se viene afirmando, vio la luz en 1836. También dentro del siglo XIX, las aportaciones del crítico taurino José Sánchez de Neira en su *Gran diccionario tauromáquico*, publicada su primera edición en 1879. De la primera parte del siglo XX, es decir, del periodo previo a Juan Belmonte, se tomará nota de lo expuesto en el *Doctrinal Taurómaco* de Antonio Fernández de Heredia, *Hache*, en 1904, que si bien no es en sí una tauromaquia sino una propuesta de reglamento regulador de festejos taurinos, ofrece algunas reflexiones interesantes sobre las formas de la lidia, y de la *Teoría del toreo* de Amós Salvador y Rodrigáñez, de 1908. Ya en el periodo postbelmontista, las referencias serán *El arte de ver los toros*, del crítico Tomás Orts-Ramos, *Uno al Sesgo*, publicado en 1929, *Tauromaquia moderna*, del también crítico taurino Federico Manjavacas Alcázar, de 1936, y la monumental obra de José María de Cossío, *El Cossío*, publicada a partir de 1943. Del periodo postmanoletista las referencias serán *El arte del toreo*, conferencia ofrecida por el diestro Domingo Ortega en el Ateneo de Madrid en 1950, y *¿Qué es torear?*, del crítico Gregorio Corrochano, en 1953, citada también en apartados anteriores. Para completar el breve análisis, se incorporarán las observaciones de los principales escritores de la corriente crítica esencialista, Vicente Zabala, Alfonso Navalón, Joaquín Vidal y Javier Villán. También, como contrapartida, para poder establecer y comparar la diferencia de criterio entre la corriente crítica esencialista y la perspectiva integrada con el espectáculo, se recogerán las observaciones del escritor Luis Carlos Fernández López-Valdemoro (*Pepe Alameda*) en su trabajo *Los arquitectos del toreo moderno*, publicada su primera edición en 1961, y de los periodistas Fernando Fernández Román en su obra *Los toros contados con sencillez*, publicada en 2001, y José Carlos Arévalo, en su trabajo *Las tauromaquias y el misterio taurino*, de 2003.

Antes de empezar este breve análisis conviene, en este sentido, recordar la primera proposición fundamental que, por descontada, no debe perderse de vista, como es que el toro o res debe estar parado. Así, como apunta José María Cossío, «la condición primera para la realización académica de una suerte es que el toro esté parado y fijo en quien va a realizarla»<sup>390</sup>.

#### *-El pase natural en el periodo prebelmontino*

---

<sup>389</sup> Si bien la tauromaquia de José Delgado, *Pepe Hillo*, publicada en 1796, es anterior a la de Paquiro, consideramos más acertado empezar el análisis con ésta, ya que no hay una diferencia sustancial importante entre ambas y las explicaciones de la segunda ofrecen una mayor claridad. Además, la tauromaquia de Paquiro significó la ordenación definitiva del espectáculo quedando estructuralmente organizado en las partes que hoy conocemos

<sup>390</sup> DE COSSÍO, J. M. *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico e Histórico*. Tomo IV, *Op. Cit.*, p. 261.

Desde que Francisco Montes, *Paquiro*, escribiera su tratado de tauromaquia en 1836 hasta el primer cuarto del siglo XX, el toreo mantiene su carácter defensivo. La faena de muleta no deja de ser un breve conjunto de suertes que tienen como finalidad restar facultades y ahorrar la embestida para que el toro pueda ser estoqueado. Se producen innovaciones importantes; pero la gran transformación tardará todavía en llegar. Los lances normalmente se dan de manera individual y por un único lado o pitón de la res. Así, la ortodoxia dice que a los toros con embestida clara se les dará el lance hacia fuera (hacia el centro del ruedo) y a los de embestida incierta hacia adentro (hacia la barrera). También la ortodoxia del periodo indica que al pase natural debe seguirle el de pecho. La opción del toreo ligado en series todavía no está implantada, y su uso no es más que un recurso técnico, si bien se reconoce la posibilidad de dar varios lances por el mismo pitón, lo que se llamará «toreo en redondo», a aquellos toros que por su ímpetu se revuelvan tan rápido que casi sea obligado volverlos a pasar de la misma manera, o a aquéllos otros que necesiten un plus de castigo que reduzca facultades. No obstante, ligar los muletazos sin enmienda, salvo esta circunstancia ocasional que tiene como fin exclusivo ese castigo a la res impetuosa, no es algo buscado por el diestro, ya que, como se verá, es considerado como falta de valor o destreza si se hace por otros motivos y ante toros que no lo requieran. Este «toreo en redondo», por tanto, tiene muy poco que ver con el toreo ligado que será santo y seña de la tauromaquia del siglo XX.

FRANCISCO MONTES, *PAQUIRO*  
*Tauromaquia completa* - 1836

Francisco Montes, *Paquiro*, (Chiclana, Cádiz, 1805-1851) nos da una primera aproximación al pase natural, lance en el que destaca el cite en rectitud del toro, con el torero enfrentado a su testuz, de manera que los pies de toro y torero se están mirando, y la muleta en posición «cuadrada». En esta época la faena de muleta tiene como objeto castigar al toro, restarle ímpetu, para prepararlo para la suerte de la estocada. El toreo tiene ese componente defensivo mencionado cuyo mérito reside en la firmeza del lidiador, que en su acción procurará desviar la embestida de su cuerpo. Gallardía y gracia se conjugan en el lance para darle categoría.

Advertida la quietud y fijeza de la res en el torero, sobre la posición de éste el tratado de Paquiro es muy claro, y cuando habla de la suerte fundamental de la verónica ya señala que «en toda suerte es necesario situarse en frente del toro [...] de tal modo

que sus pies estén mirando a las manos de éste»<sup>391</sup>, algo que confirma también más adelante al referirse al toreo de muleta. «Para pasar al toro con la muleta —reafirma Paquiro— se situará el diestro como para la suerte de capa, esto es, en la rectitud de él»<sup>392</sup>. La posición de los pies que señala Paquiro es la disposición clave de este momento de la suerte. Que ambos pies estén mirando al toro indica esa posición de rectitud, de enfrentamiento, que el diestro adquiere ante la res. Para añadir un poco más adelante que si el toro es boyante, es decir, claro en su embestida, «se puede tener la muleta enteramente cuadrada», desplegada en su totalidad de manera natural, que es como queda al sujetarse con la mano, con la muñeca totalmente girada, como si se quisiera enseñar la palma de la mano al toro, y el brazo se despega del cuerpo lo justo para tenerla en el aire. «Cuadrada» se opone a «perfilada», como si la mano que la ofrece se hubiera girado un poco hacia adentro, ofreciendo al toro no ya la palma, sino el dedo pulgar, posición que se utiliza cuando se pretende alejar más del cuerpo la embestida porque las condiciones de la res así lo requieren.

En el breve diccionario que hace de prólogo a su tratado, Paquiro, que, como él bien dice, es necesario conocer para entender bien el conjunto de la obra, la acción de «cargar la suerte» es el movimiento «que hace el diestro en el centro de ella de bajar los brazos y meter el engaño en el terreno de afuera para echar del suyo al toro»<sup>393</sup>. A partir de esta descripción, nos situamos en el toreo de muleta para descifrar qué significa la acción aplicada al lance. En época de Paquiro, y hasta bien entrado el siglo XX, el pase natural, llamado «pase regular», se ejecuta normalmente de manera individual, de uno en uno, y generalmente unido al pase de pecho: primero uno e inmediatamente después el otro. «A este modo de jugar la muleta —confirma Paquiro— se le llama *pase regular*, para distinguirlo del de *pecho*, que es aquel es preciso dar enseguida del *pase regular*»<sup>394</sup>.

Delante del toro, una vez producido el cite, el diestro «lo dejará que llegue a jurisdicción y que tome el engaño, en cuyo momento le cargará la suerte y le dará el remate por alto o por bajo [...] advirtiéndole que si es el toro boyante se puede tener la muleta enteramente cuadrada, y siempre la tomará cumplidamente [...] rematan muy a placer, y tanto que ni aun precisan al diestro a mudar de terreno, pues sólo es necesario

---

<sup>391</sup> MONTES, F. (*Paquiro*). *Tauromaquia Completa*. Op. Cit., p. 71.

<sup>392</sup> *Ibidem*, p. 98.

<sup>393</sup> *Ibidem*, p. 15.

<sup>394</sup> *Ibidem*, p. 98.

perfilarse al cargarles la suerte»<sup>395</sup>. La acción de cargar la suerte, entendida en este caso como el mayor momento de exposición del diestro pero también el más artístico, incide en el aspecto de desviar, echar, al toro de su trayectoria natural, barajando la posibilidad de que si el toro es boyante, el torero apenas deberá moverse de su posición, que será de perfil al acompañar el viaje. Habrá, por tanto, un momento en el embroque en el que el diestro, que había citado de frente, se estire verticalmente, componga una figura estilosa, y se mueva, gire, ligeramente hacia la izquierda a la vez que avanza el toro, quedando su cuerpo apuntando en este caso al costado de la res que se encuentra en su jurisdicción.

De la explicación de Paquiro debe entenderse también que lo normal es que ante una embestida incierta, poco clara, el torero se mueva, cambie su posición en el embroque para protegerse; pero esto no deja de ser lo habitual en la tauromaquia de la época, fundamentada en ese componente defensivo. Asimismo, debe constatarse la acción del diestro de «bajar los brazos» —en este caso el brazo izquierdo, que es el que sujeta la muleta—, con idea de buscar que el toro humille, baje su cabeza hacia la tela, para poder conducir mejor su embestida, que al estar «metida» en la muleta será mejor dominada, pero sobre todo para que esa acción funcione como castigo que reste facultades al bruto de cara a que quede preparado para la estocada.

Al hablar del remate de la suerte la explicación que hace Paquiro es sencilla, como si esta parte fuera simplemente un trámite inevitable que desenlaza la acción de cargar la suerte, tras la cual, «le dará el remate por alto o por bajo [...] y al rematar dar otro cuarto de vuelta, con lo que se completa la media necesaria para volver a quedar de cara a él»<sup>396</sup>. Las dos variantes del remate, por alto o por bajo, son permitidas, señalándose únicamente la necesidad de girar el diestro para quedar colocado de nuevo en suerte. Sin embargo, un poco más adelante explica mejor la función del remate del pase natural, que no es otra que dejar al diestro colocado para dar el «pase de pecho», lance que se une normalmente al pase natural, ya que, como afirma el diestro, «es preciso dar entonces el *pase de pecho*, porque al salirse de la suerte y buscar otra vez proporción para el *pase regular* es *deslucido*, pues da idea o de miedo o de poca destreza»<sup>397</sup>. Esta afirmación indica tres cosas fundamentales. En primer lugar, que el

---

<sup>395</sup> *Ibidem*, p. 98.

<sup>396</sup> *Ibidem*, p. 98.

<sup>397</sup> *Ibidem*, p. 98.

torero no busca ligar muletazos de igual factura. En segundo lugar, que la salida del toro del embroque es normal que tenga ese componente violento que lo sitúa en un lugar impreciso, de ahí el señalar que buscar de nuevo la posición para dar un nuevo pase natural sea una acción *deslucida*, ya que el diestro debe recomponer su posición inicial a veces desde una distancia grande, lo que sí puede ser entendido como cierta falta de valor o inseguridad. En tercer lugar, que lo «clásico», lo comprometido y aceptado como ortodoxo, es ligar el pase natural con el pase de pecho, ya que en esta acción el torero debe mostrar gran destreza —y firmeza— al verse obligado a recoger una acometida muchas veces incierta, y ejecutarlo sin apenas enmienda desde la posición en que quedó rematado el muletazo anterior.

JOSÉ SÁNCHEZ DE NEIRA  
*Gran diccionario tauromáquico - 1879*

El crítico taurino y periodista José Sánchez de Neira (Madrid, 1823-1898) incorpora dos elementos relevantes al concepto del pase natural. La embestida de la res no va a ser recta salvo en los toros huidizos. Al seguir la muleta, el toro va a marcar una porción de círculo que será clave en la evolución del toreo, ya que esa parábola va a permitir, u obligar, unir unos lances con otros, acción todavía idealizada y que tardará años en desarrollarse con plenitud. Por otro lado, nos acerca al concepto de «temple» que será santo y seña de la tauromaquia postbelmontina. El toreo progresivamente se ha ido estilizando, y en el momento de «cargar la suerte» la técnica y la estética juegan un papel muy importante.

Como se verá un poco más adelante, el gran crítico taurino —posiblemente el gran crítico de su época— establece, mejor que nadie —mejor no quiere decir que de manera más clara— la idea de un canon perfecto. Un canon que, como tal, describe esa perfección absoluta y por tanto inalcanzable que subyace a su propia concepción. En la línea de Paquiro, Sánchez de Neira es taxativo en la disposición del diestro ante la cara del toro en el momento del cite. «El pase natural o regular es el que con la mano izquierda, y colocado frente por frente de la cuna del toro, da el diestro sin mover los pies»<sup>398</sup>, afirma. Sus palabras significan sin duda que toro y torero se están mirando en posición enfrentada, debiendo estar la figura del diestro centrada entre los pitones. Aparece aquí la primera derivada circunstancial, la «quietud»: la ortodoxia de la época

---

<sup>398</sup> SÁNCHEZ de NEIRA, J. *El Toreo. Gran Diccionario Tauromáquico. Op. Cit.*, p. 437.

señala como meritorio la firmeza de pies del diestro, tanto en el cite como en el desarrollo del lance.

Con esta disposición, el diestro cita a la res, y «sin mover los pies — recordamos—, apartando de sí la muleta que, extendida en el aire, toma la forma de un abanico con inclinación atrás; de modo que la res, o marca en su carrera un medio círculo por ir empapada en el engaño (...) o sigue su carrera, por ser huída...»<sup>399</sup>. El diestro aparta la embestida, al modo que había señalado Paquiro, pero Sánchez de Neira, gran observador, sabe que el toro boyante, que con gran celo persigue la muleta, describirá esa porción de círculo que, inevitablemente, va a dibujar el diestro con su movimiento de brazo. El toro manso, con tendencia a la huida, seguirá una línea recta a pesar de la curva que describa el engaño.

Sobre la acción de cargar la suerte hay otro aspecto reseñable en la interpretación del escritor madrileño. Al igual que los demás escritores, para Sánchez de Neira esta acción se produce en el centro de la suerte; pero con el matiz, importante matiz, de que el diestro debe «marcarla», debe ser él el que controle la trayectoria del toro hasta el punto de que pueda intuirse una pausa, un paro, en el viaje, que no llega a producirse pero que transmite semejante sensación. El torero, en el centro de lance, se estira hacia arriba, compone la figura en ese gesto tan retratado en el que aparece firme llevando la embestida. Cargar la suerte es, por tanto, «consentir al toro en el bulto o engaño y marcarla mucho en el centro de la misma y muy en corto, ó sea antes de que salga de jurisdicción. Para marcarla bien, como va dicho, es indispensable hacer, sin parar, una pausa que, aunque sea brevísima, se vea señalarla»<sup>400</sup>. Consentir al toro, que éste llegue muy cerca del engaño, junto a esa sensación de pausa, nos acerca a una estética depurada, pero sobre todo al «temple» y al «mando» del, todavía lejano, Juan Belmonte. Si el torero consigue parar la suerte es porque tiene dominio de la embestida. Como se aprecia, es un ideal de perfección de la época, no obstante casi imposible. Como se pregunta —y responde— Nicolás San Pedro, «¿Esto podría ir de la mano con “parar el tiempo” si está bien cargada y ejecutada la suerte? Sin duda que sí»<sup>401</sup>. La sensación de que el tiempo se para como expresión suprema del arte será fruto de la

---

<sup>399</sup> *Ibidem*, p. 437.

<sup>400</sup> *Ibidem*, p. 300.

<sup>401</sup> SAMPERDRO ARRUBLA, N. *Cargar la suerte. Interpretación de un misterio taurómico*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2014, p. 68.

evolución artística del toreo; pero para llegar a esa aproximación alegórica todavía faltan bastantes años.

Si bien en ese último cuarto del siglo XIX la técnica taurómaca no ha experimentado avances determinantes, Sánchez de Neira nos anticipa la tauromaquia que se avecina. Para el crítico taurino el remate de la suerte tiene gran importancia, particularmente en los toros boyantes y nobles. La res, tras marcar ese medio círculo referido, «queda en disposición de admitir otro u otros pases, que el diestro debe darle enseguida, o sigue su carrera, por ser huida, o por haber dado la salida larga». Nos dice Sánchez de Neira que el toro boyante, que sigue con celo el engaño, nos va a dar opciones diferentes a las del toro menos entregado. Conocedor preclaro de los resortes de la lida, entiende que unir unos pases con otros, lejos de ser muestra de inseguridad y poca destreza, como afirmaba Paquiro, puede estructurar algo más complejo. Así, señala que aquéllos pases «que siendo regulares son, como hemos dicho, a una mano y continuados, se llaman *en redondo*; pero entiéndase que no puede decirse “en redondo” a un solo pase, porque éste sólo describe, cuando más, medio círculo, y ha de formarlo entero con dos o más pases». Es decir, no señala como algo negativo la repetición de lances de igual factura; sino una posibilidad real que se produce a partir de la correcta ejecución de los mismos porque la condición del toro así lo ha permitido o requerido. Sánchez de Neira, sin querer, anticipa el fundamento del toreo que está por venir. En una época en la que todavía está lejos su implantación, él conoce la posibilidad del toreo en «redondo», unir unos lances con otros en series, la «ligazón» que será tan importante en el futuro, sin circunscribirla al objeto exclusivo de castigar para restar facultades a las reses. Sin embargo, también debe afirmarse que no le ofrece gran mérito a tal posibilidad, sino que es una acción circunstancial que se produce y se busca más por condición natural del toro que por voluntad manifiesta del diestro.

ANTONIO FERNÁNDEZ DE HEREDIA, *HACHE*  
*Doctrinal taurómaco de Hache - 1904*

Antonio Fernández de Heredia, *Hache*, (Madrid, 1857-1921) incorpora dos aspectos relevantes. El primero la importancia de la distancia en el cite; el segundo, las maneras de conducir las embestidas según sean las condiciones del toro. Se mantiene en esta época la brevedad de las faenas; pero también se asume la posibilidad del toreo en redondo como recurso. El toreo, no obstante, mantiene su componente defensivo y su vocación castigadora de la res para que ésta pierda facultades de cara a la suerte de la

estocada. Entre sus muchas denuncias, la de un interesante vicio que ya existe en la época, como es el hecho de que el diestro, tanto en el momento de cargar la suerte como en el remate, adopte una posición forzada, casi inclinada hacia adelante, al utilizar el pico exterior de la tela de la muleta, perdiendo la verticalidad arrogante que caracteriza el momento.

Para empezar a hablar de la teoría del polifacético —y más esencialista de la época— escritor en su *Doctrinal Taurómico*, empezaremos con una frase que define a la perfección su interpretación del concepto clásico de la lidia, una lidia que tiene que ser concisa y sin adornos superfluos. Así, de manera asertiva señala que «el matador de toros, si tiene conciencia de su misión, no ha de prodigar los pases de muleta y mucho menos los que utiliza para adornarse»<sup>402</sup>. Hache da total credibilidad a los preceptos establecidos por Paquiro, al cual hace referencia constante, sumando por su parte consideraciones de gran interés. Entendido el uso de la muleta como herramienta de castigo para ahormar la embestida hasta que el toro esté listo para la estocada, y no de adorno para lucimiento del diestro, recuerda Hache que el cite debe hacerse en la rectitud de la res, como señalaba Paquiro, y con la muleta cuadrada<sup>403</sup>, añadiendo como meritorio una cierta distancia entre contendientes y la firmeza para aguantar la acometida sin enmendar la posición. La distancia corta en el cite resta méritos al lance porque el diestro está más tapado y el ímpetu del toro en esa distancia es menor: el espacio entre el toro y el torero como medida del valor y muestra de dominio:

[...] Para castigar con la muleta desahogadamente hay que guardar las distancias al citar, colocándose, no encima de los pitones, sino en el terreno que da más miedo, porque el toro llega al engaño con más poder y es preciso mayor tranquilidad para sujetarlo con la muleta y habilidad para que, sin irse del terreno en que se engendró el pase, despedirlo extendiendo bien el brazo, para recogerlo después de que la res pase rozando la cadera del lidiador, recobrando éste la posición indispensable para el siguiente pase, debiendo mediar unos segundos, á fin de dejar refrescar un poco al toro. [...]<sup>404</sup>

Nos habla por tanto Fernández de Heredia de esas cualidades que deben ser inherentes al buen lidiador, que recoge la embestida y sin enmendarse la despide para volver a estar en disposición de empezar de nuevo.

---

<sup>402</sup> FERNÁNDEZ DE HEREDIA, A. (*Hache*). *Doctrinal Taurómico de «Hache»*. Madrid, Establecimiento tipográfico de Antonio Marzo, 1904, p. 318.

<sup>403</sup> En una cita a pie de página Antonio Fernández de Heredia, *Hache*, señala que «tener la “muleta cuadrada” se dice, cuando desplegada al costado del torero, sin adelantar el brazo el diestro, presenta aquella de modo que le dé todo el frente de la misma al toro». *Ibidem*, p. 322.

<sup>404</sup> *Ibidem*, p. 330.



Sobre el tercio de banderillas establece a pie de página, como nota aclaratoria, la siguiente descripción de cargar la suerte: «Acción que hace el diestro cuando, sin mover los pies, extiende los brazos cuanto puede, y tuerce el cuerpo de perfil hacia afuera para desviar a la res»<sup>405</sup>. Se entiende que la descripción es aplicable a cualquiera de los lances del toreo, ya que la acción de «cargar la suerte» está comprendida en cada uno de ellos. Llevada al pase natural, entenderíamos que la descripción camina por lo señalado en el tratado de Paquiro, reafirmando el aspecto de la firmeza de pies, y remarcando la derivada complementaria de la «quietud». Asimismo, debe confirmarse esa posición de perfil que defendía Paquiro y que adquiere el diestro al acompañar la embestida hacia afuera con el objeto de desviar su trayectoria del cuerpo.

Recordando también que el muletazo que debe darse siempre que se pueda es el pase «natural», y que el pase con la mano derecha debe reservarse para los toros que no ofrecen posibilidades por el otro pitón, en contra de la ya habitual práctica de la época actual de emplear la mano derecha incluso para aquellos toros que se desplazan bien por el izquierdo, señala lo relevante del remate de la suerte para conseguir el fin perseguido de restar facultades a la res y lo importante del mantenimiento de la postura natural del diestro, a pesar de que tenga que bajar mucho la mano para conducir el viaje. Queda, en su descripción, perfectamente clara también la utilidad de torear en redondo por bajo como técnica necesaria para castigar y restar fortaleza a las reses, ya que la embestida conducida en esa circunstancia las obliga tanto que afecta a su aparato locomotor:

[...]... que de los pases reconocidos como tales, ha de emplearse siempre que se pueda el «natural», teniendo cuidado de rematarlos sin perder terreno y bajando lo más posible, pero sin encorvarse, el pico de la muleta; ó «por alto» en los toros que tienen tendencia á humillar. Que los «redondos», ó sea el «natural» por bajo continuado, están indicados para los toros que se tapan, y hay que dejar vayan hocicando en la muleta para quebrantarles facultades en las piernas, porque en esos lances padecen el destronque en las mismas y en la médula espinal. [...]»<sup>406</sup>

Uno de los aspectos más notables en Hache es su constante remarcación de las cosas que no se deben hacer por ser consideradas como vicios innecesarios que han ido adquiriendo los toreros. Recuerda en este sentido la importancia de mantener los pies cuadrados o paralelos, sin necesidad de adoptar la posición más forzada que adopta el cuerpo al separarlos, en el gesto que se denomina «abrir el compas». «¡Y qué decir de

---

<sup>405</sup> *Ibidem*, p. 314.

<sup>406</sup> *Ibidem*, p. 337.

los diestros que conociendo la buena escuela del toreo de cintura y de brazos, se valen, sin embargo, del más solemne mentís que puede darse dentro del arte que disfrazan con trampas colocándose despatarrados ante la cara del enemigo, tan abierto de compás que casi tienen un pie en cada uno de los cuadrantes del ruedo; cuando no ¡torean á gatas ó poco menos! Bonita figura y necesaria para escardar cebollinos, pero nada estética ni favorable para marcar el pase, cargar la suerte, despegar al toro recogéndolo para el siguiente, como ocurre y puede sujetarse con elegancia no teniendo un pie más adelantado que otro, ni el más ligero encorvamiento ni la más leve demostración de miedo que ostenta el que en conciencia sabe lo que hace»<sup>407</sup>, denuncia el polémico escritor. Y sin embargo, a pesar de la denuncia clara de Hache y por ende del esencialismo de la época, esa acción de separar las piernas junto con la de inclinar el tronco del cuerpo hacia delante al citar a la res irá adquiriendo cada vez más relevancia en el toreo, hasta llegar a extremos inverosímiles.

AMÓS SALVADOR Y RODRIGÁÑEZ  
*Teoría del toreo - 1908*

Cuando Amós Salvador y Rodrigáñez (Logroño, 1845-1922) escribe su teoría, evidentemente, no ha habido tiempo suficiente para que el toreo haya experimentado grandes transformaciones, a pesar de que ha empezado a perder su carácter defensivo para situarse en el ofensivo y que, sin embargo, el autor todavía no recoge. Su obra es un gran tratado y sirve para poner en orden toda la evolución que ha sufrido la tauromaquia desde Paquiro hasta él, un compendio de todo lo escrito en unión de esa evolución natural que ha surgido en el toreo.

Al igual que la mayoría de los tratadistas, en su trabajo trata de marcar la distinción entre la ejecución del toreo ajustado al principio de «verdad» del que discurre por otro camino menos comprometido. Distingue por tanto dos tipos de toreo o formas de torear, la de movimiento y alegría, en que el torero está, aun de manera vistosa, a merced de la condición del toro, que se torea a sí mismo, y la de seriedad y de quietud, que se ajusta al canon clásico<sup>408</sup>. En este sentido, Amós Salvador no habla de partes en las suertes, sino de «tiempos». La disección no debe hacerse en base a un esquema rígido que delimita perfectamente cada una de esas partes, sino conceptualmente en base a la voluntad del lidiador que, conscientemente, quiere establecer cada uno de esos

---

<sup>407</sup> *Ibidem*, p. 327.

<sup>408</sup> SALVADOR Y RODRIGÁÑEZ, A. *Teoría del toreo. Op. Cit.*, p. 27.

tiempos: *citar, cargar la suerte y rematarla*. Sobre la posibilidad de torear repitiendo muletazos de la misma factura, el toreo ligado, mantiene la propuesta de que este recurso debe utilizarse para aquellos toros que tras el trasteo todavía no han bajado la cabeza o no han mostrado fijeza en los engaños, con el objeto de que así lo hagan, pero no como objetivo conceptual primordial.

Si bien los autores previos ya han apuntado cosas semejantes, Amós Salvador remarca la parte artística del mismo, que debe estar basada en la firmeza de piernas y el juego de brazos. «La primera condición —señala el escritor— para lidiar reses bravas es la de tener *los pies parados y cuanto más parados mejor*»<sup>409</sup>, no en posición de estatua, sino en el sentido de que los movimientos del diestro deben ser ajustados a la condición de la res y propósito del lance, para después añadir que «no se tienen los pies parados sin saber manejar muy bien los brazos, que son los que realmente lidian»<sup>410</sup>. Si el torero realmente torea, con control absoluto de pies y brazos, tendrá consciencia de cada uno de los tiempos de las suertes, algo que no ocurrirá si es incapaz de dominar la situación, pese a que las suertes, como se apuntaba antes, salgan vistosas, alegres y comprometidas

En este sentido señala la gran diferencia que puede existir entre el toreo defensivo, que busca alejar de sí la embestida a través de movimientos bruscos e inconscientes, y el reposado, que transmite esa sensación de dominio y dota de mayor arte a las suertes además de permitir jugar con la trayectoria del toro. Los pies, por eso, deben moverse al compás que marquen los brazos, y estos adecuarse a las condiciones de nobleza y velocidad de las reses<sup>411</sup>. La técnica debe ir, por tanto, siempre en beneficio del arte.

Sobre la posición de iniciar cualquier suerte, incide en el aspecto clave de la Tauromaquia, como es estar situado enfrente del toro, de manera que si el diestro se quedara quieto, sería indudablemente arrollado por la res. Así establece que «para realizar toda suerte debe colocarse el torero en el embroque, que es como se igualan las condiciones, y que desde ese momento el toro queda interpuesto en el terreno del torero y éste en el de aquél, de modo que si el toro va por el suyo y en su dirección, debe coger, a menos que para impedirlo se interponga *una suerte* destinada a desviarlo y

---

<sup>409</sup> *Ibidem*, p. 28.

<sup>410</sup> *Ibidem*, p. 29.

<sup>411</sup> *Ibidem*, p. 30.

echarlo fuera»<sup>412</sup>. El objetivo de la suerte es —y donde reside toda su grandeza—, por tanto, desviar la embestida en un primer momento, para después conducirla. Sobre la singularidad del pase natural explica el escritor que el cite se hace «casi siempre con la muleta cuadrada, y cuando hace falta perfilada<sup>413</sup>, así como cuadrados los pies»<sup>414</sup>. Situados en esa época prebelmontina, es interesante comprobar cómo en este momento, lo clásico es, todavía, citar mirando al toro y con los pies cuadrados, que significa juntos —que no pegados, sino uno cerca de otro— y paralelos —recordamos aquí que en los autores previos los pies del torero apuntaban a los del toro—, porque, como explica un poco más adelante y al igual que hiciera Hache, es mejor torear «sin *despatarrarse*, que es lo más feo que pueda hacerse en esta suerte». Esa concepción se modifica radicalmente con el paso de los años, hasta convertirse el hecho de «despatarrarse» —torear con las piernas abiertas en lugar de juntas— en algo casi fundamental, siempre que no se dote de histrionismo al gesto. En cualquier caso, la posición y postura del diestro es natural, no forzada: mirando al toro, como se afirmaba, con los dos pies asentados en el suelo, ninguno de ellos en posición adelantada, y la muleta cuadrada, sujeta con la mano izquierda junto al cuerpo del torero.

Ante el ímpetu de la embestida del bruto, entiende el escritor que «se hace forzoso quitarlo del cuerpo, echarlo fuera y señalarle un terreno y una salida, todo lo cual depende de la frase *cargar la suerte*»<sup>415</sup>. Aplicado al pase natural, y «una vez que el toro arranca —apunta Salvador Amós—, viene el segundo tiempo, que es el más interesante, como dije al tratar esto en la primera parte, o sea el cargar la suerte, dándole el terreno que conviene y echándolo fuera del cuerpo no sólo en el sentido lateral, sino longitudinal, tanto para despegarlo cuanto haga falta como para dejarlo a la distancia que permita el diestro reponerse»<sup>416</sup>. La voluntad del diestro, por tanto, debe ser la de expulsar la acometida de la res hacia afuera, es decir, desviarlo del cuerpo lo necesario para que permita después al diestro reponerse para el siguiente lance. Sobre posición y movimiento de los pies en este momento del lance, apunta la necesidad de acompañar el movimiento del toro, cuando este se ciñe —cuando se acerca al cuerpo del torero—, con

---

<sup>412</sup> *Ibidem*, p.28

<sup>413</sup> Colocar la muleta perfilada significa darle una posición más o menos diagonal en relación a la cara del toro, de manera que éste no embista hacia el cuerpo del torero, sino alejándose de él. Esta opción es aceptada por todos los tratadistas vistos hasta esta época, ya que la consideran adecuada para aquellos toros que demuestran gran sentido o peligro. El propio Amós Salvador señala que no entiende «la manía de no perfilar nunca la muleta, aunque los toros sean de sentido y del mayor cuidado: ¡como si no estuvieran bien demostradas las ventajas de hacerlo así!». Véase *Ibidem*, p. 87.

<sup>414</sup> *Ibidem*, p. 73.

<sup>415</sup> *Ibidem*, p. 31.

<sup>416</sup> *Ibidem*, p. 73.

el del cuerpo para alejar lo necesario su embestida. El pie que se mueve, pero sin llegar el diestro a «despatarrarse», como veíamos antes, es el izquierdo, de esta manera, interpreta Salvador Amós, se consigue más eficacia en el movimiento de brazos, que se alarga con el objeto de llevar más lejos el toro, y resulta, a la vez, más elegante. El diestro, en ese momento culmen en el que se estira para cargar la suerte, es como si empujara con su figura a la del toro para conseguir ese despegue necesario. En cualquier caso, los avances expuestos no dejan de ser mejoras estéticas del toreo a la defensiva que todavía impera en el panorama taurino de la época.

Incide también el escritor en la importancia del remate de las suertes, para que el toro quede a la distancia necesaria y el torero pueda quedarse en disposición de otro lance. El objetivo principal de remate es éste: distancia y posición. Para él, por tanto, la suerte hay que «rematarla, que consiste en dejarlo a la distancia que conviene, retirando el engaño y volviendo a la posición más apropiada para cubrir el bulto y prepararse a otro lance»<sup>417</sup>.

Se explaya Salvador y Rodrigáñez un poco más adelante en su explicación del pase natural, dando la idea exacta de cómo se ejecuta el lance en esa época y cuál es el verdadero objetivo de éste, el castigo para restar facultades ofensivas al toro. «La suerte —escribe Amós Salvador— se remata sacando la muleta por encima de la cabeza y trayéndola a cubrir otra vez el bulto en disposición de volver a citar. Este pase, cuando se saca la muleta por la cola, recibe el nombre *de cabeza a rabo* y es el más eficaz y de mayor castigo para acabar con los pies del toro, el cual sufre un destronque muy pronunciado»<sup>418</sup>. Sacar la muleta por encima de la cabeza del toro, o por la cola, habla de un gesto violento, rápido, de un frenazo en el lance, en el que el diestro tiene que recuperar con presteza la tela para protegerse ante la nueva embestida. Todavía queda algo lejos la acción de conducir la embestida hasta donde indique el trazo, de evitar ese «frenazo» defensivo.

Como el objetivo del pase natural y del conjunto de lances efectuados con la muleta es preparar a la res para la estocada, nunca el lucimiento en sí mismo, algo que resulta accesorio, salvo si se hace mal, destaca el escritor la importancia del lance ejecutado ortodoxamente para restar ímpetu a la res, recordándonos aquí el fundamento real del «toreo en redondo», como recurso técnico para ahormar definitivamente la

---

<sup>417</sup> *Ibidem*, p. 31.

<sup>418</sup> *Ibidem*, p. 73.

embestida en aquellos toros que lo requieran. «Si todavía el toro no se empapa o es preciso bajarle la cabeza —advierte el escritor—, se recurre al *pase en redondo*, que se realiza en los primeros tiempos como el pase natural, pero que, al rematar, se le deja la muleta al toro en la cara y se le vuelve ésta arrastrando aquélla y describiendo una curva, como el nombre indica, *en redondo*»<sup>419</sup>.

En definitiva, la obra de Amos Salvador es un gran tratado de tauromaquia, el último gran tratado de tauromaquia del toreo previo a Juan Belmonte, que recoge con bastante exactitud el fundamento de las suertes de la época, marcadas todas ellas por ese carácter defensivo, en el que todavía no se vislumbra el toreo ligado como fundamento artístico y en el si quiera se atisba la posibilidad de que el remate de los lances sea conducido por abajo, para alargar la trayectoria de la res.

#### *-El pase natural en el periodo postbelmontino*

Evidentemente, las proposiciones de Francisco Montes, *Paquiro*, José Sánchez de Neira, Antonio Fernández de Heredia, *Hache*, y Amós Salvador Rodríguez recogen muy bien el fundamento del toreo de finales del siglo XIX y principios del XX. A pesar de que se intuyen nuevas posibilidades, el toreo tiene un componente defensivo que se manifiesta, por un lado, en esa forma de separar el toro del cuerpo del diestro y por otro, en la de intentar por todos los medios restarle facultades. Hay un eje ortodoxo que guía cada una de las propuestas, y los avances o incorporaciones técnicas apenas se salen del mismo. El lance, como bien ha quedado señalado, es muchas veces un trallazo que busca conjugar el peligro que un instante antes se cernía sobre la figura del torero, más aún si la embestida de la res no es franca y boyante. La firmeza de piernas, la mencionada quietud, es un componente meritorio en el lance, seguramente el mayor, que, pese a estar anticipado por autores como Sánchez de Neira o Hache, no busca todavía estar unido a otro de su misma naturaleza, sino que se engarza la mayor parte de las veces con el llamado pase de pecho —lo correcto para la ortodoxia— o simplemente queda aislado en espera de un nuevo lance.

A finales de los años treinta del siglo XX, el toreo ha empezado a incorporar las innovaciones conceptuales que surgen a partir de Juan Belmonte: el componente dramático que otorga el toreo belmontino tiene su reflejo en la nueva tauromaquia. Recordemos también aquí que Manuel Jiménez, *Chicuelo*, en 1928, abría

---

<sup>419</sup> *Ibidem*, p. 74.

definitivamente esa nueva vía en la que era posible unir unos muletazos con otros sin solución de continuidad y, lo que es más importante, sin enmendar apenas la posición del cuerpo, que se limitará a recolocarse levemente entre uno y otro pase, lo que, ya desde finales del siglo XIX, se llamara toreo en redondo, factor que artísticamente desarrollado en plenitud, será determinante en la nueva fisionomía del toreo, porque a partir de la década de los treinta, el objetivo del toreo, siempre que las condiciones del toro lo permitan, es de enlazar unos muletazos con otros, «ligar» el toreo. Ya no se busca emplearlo para restar facultades a la res o para terminar de ahorrar su embestida de cara a la estocada. La función es puramente creativa, artística. La entrada de esta nueva derivada complementaria, la de «ligar el toreo» determina que el canon artístico se modifique sustancialmente.

En esa evolución de la Tauromaquia, la parte inicial o cite adquiere su desarrollo definitivo. La posición del diestro en este instante se modifica, adquiriendo un carácter más desafiante si cabe. Progresivamente irá adquiriendo categoría la acción de citar al toro con la muleta ya no colocada en el terreno de fuera, es decir, como prolongación del brazo del diestro, sino como obstáculo, pantalla, interpuesto entre la rectitud de la embestida y el cuerpo del torero. Pero será la parte final o remate del lance la que adquiera una nueva y mayor dimensión que agranda su importancia, superior a la que tenía atribuida. La explicación es sencilla. El toreo progresivamente, y gracias a las aportaciones técnicas y a las condiciones de los toros, cada vez más seleccionados para que ofrezcan una embestida larga y noble, se alarga longitudinalmente: los pases cada vez son más largos y más «profundos».

Si en época de Montes el pase natural, a pesar de la correcta posición del diestro, resultaba como una ráfaga en el que el toro salía normalmente descompuesto y con la cara arriba, y en época de Belmonte ese remate resultaba muchas veces impreciso porque, al no bajarse la mano tanto como se hará con posterioridad, el toro no terminaba de ir sujeto hasta el final y acababa muchas veces su recorrido suelto y también con la cara arriba, teniendo en cuenta además que la interpretación clásica en ese momento seguía siendo enlazar el pase natural con el de pecho, por lo que el trayecto no alcanzaba la largura posterior, en la época moderna, y de manera progresiva, se pretende conducir la embestida del toro de una manera más profunda, llevándolo más sometido, humillado y pegado a la muleta, de manera que el lance, para ser correcto, debe terminar

en la cadera, casi en la espalda del diestro, con la embestida del toro siempre por abajo y sin enganrones al trapo.

Se modifica en su largura la suerte, debiendo ser esa parte final no sólo un recurso que facilite la colocación para engarzar el siguiente pase, sino una parte fundamental. El torero debe alargar el giro del toro sobre el eje que conforma su pierna hasta donde le dé la largura del brazo y el giro de la cintura, pero, además, sin forzar la figura, como algo natural. Se podría afirmar que la acción de «cargar la suerte» ya no se produce sólo en el centro del muletazo —de hecho, si en el centro del muletazo el diestro decide dar salida al toro en línea recta en lugar de conducir curvilíneamente es evidente que no habrá cargado la suerte, o, mejor dicho, la habrá «descargado»—, sino que aumenta su protagonismo en el último tercio del mismo. Si el lance no se remata de la forma señalada, bien porque el torero ha aliviado la embestida despidiéndola de su cuerpo, bien porque el toro no tiene condiciones para completar el recorrido, o no lo hace lo suficientemente humillado, no se habrá efectuado la acción de cargar la suerte conforme al canon. El lance podrá haber tenido rigor y emoción, porque no debe perderse nunca de vista que el toreo es una conjunción entre dos elementos semovientes e independientes, pero no habrá sido perfecto.

No obstante, el estudio de la evolución de la Tauromaquia en este periodo postbelmontino nos muestra dos partes claras. Una primera en la que la concepción de los tratadistas continúa en la línea de los autores vistos hasta ahora con incorporaciones técnicas que redundan en la creación artística pero sin salirse del cauce establecido, y otra en la que la evolución del toreo ha sido casi definitiva y componentes como la posición de la muleta en el cite o la ligazón están adquiriendo su dimensión definitiva. Así, autores como Tomás Orts-Ramos y Federico Manjavacas Alcázar redundarán en lo anterior, para dejar paso a escritores como José María de Cossío o Gregorio Corrochano que, ya con todos los argumentos sobre la mesa de la progresión del toreo, podrán establecer, y denunciar, la diferencia entre la verdad y la mentira, entre lo auténtico y lo mistificado de un arte que evoluciona pero que mantiene los pilares que le sustentan inamovibles desde tiempos de Paquiro.

TOMÁS ORTS-RAMOS, *UNO AL SESGO*  
*El arte de ver los toros. Guía del espectador - 1929*



Todos estos avances antes señalados tendrán una paulatina incorporación y hasta bien entrada la década de los años treinta no empezarán a ser definitivos. Recordamos aquí las palabras de Tomás Orts-Ramos, *Uno al sesgo*, (Benidorm, 1886-Barcelona, 1939) en las que señalaba la notable importancia que había adquirido la parte realizada con la muleta, de manera que quien no sea diestro en su manejo tiene pocas posibilidades de alcanzar notoriedad. Al igual que los predecesores, no sólo trata de instruir, también de criticar todos los «trucos» que se han ido incorporando en paralelo a los desarrollos técnicos. En la imperecedera cuestión sobre la posición de las piernas, señala una novedad, como es la exigencia de que el cite se realice con el «compas abierto», es decir, con las piernas abiertas, no ya juntas, sino en esa propuesta más desafiante. La muleta, no obstante, sigue siendo ese instrumento de castigo necesario para ahormar a las reses, y es por eso que para él, muy en la línea de Amós Salvador, sólo hay dos clases de toreros, los que saben usarla para conseguir tal fin, y los que no, «los que *saben torear y torear de muleta*, y los que únicamente *saben dar pases*»<sup>420</sup>. Sorprende que el texto no dé excesiva relevancia a la impronta belmontina, como si todavía, en esta época las aportaciones del trianero fueran consideradas como algo particular, fruto de la personalidad del mismo, y no como el avance más interesante de la tauromaquia desde su origen.

Al igual que la mayoría de tratadista, el escritor benidormense se fija mucho en lo descrito por Paquiro en 1836, al señalar la posición de la muleta, que debe estar colocada hacia el lado por el que se va a efectuar el lance. Esto se desprende de esa posición natural que veíamos en Amós Salvador, posición que adquiere el engaño al ser sujetado por la mano izquierda del diestro para efectuar el cite, ni atrasado ni adelantado con respecto al cuerpo del torero. «Para ejecutarlo se sitúa el lidiador en la rectitud del cornúpeto, teniendo el engaño en la mano izquierda, hacia el terreno de fuera: en esa posición lo citará, guardando la distancia que le indiquen las piernas del toro, lo dejará que llegue a jurisdicción y tome el engaño...»<sup>421</sup>.

Como nota significativa, debemos consignar que Orts-Ramos marca esa primera diferencia citada al principio con sus predecesores, al señalar que la correcta ejecución de las suertes «exige la “apertura del compas”; pero no me parece mal que “se cierre” en determinadas circunstancias, si con ello se aumenta la vistosidad y gallardía de una

---

<sup>420</sup> ORTS-RAMOS, T. (*Uno al sesgo*). *El arte de ver los toros (Guía del espectador)*. Op. Cit., p. 97.

<sup>421</sup> *Ibidem*, p. 98.

faena de capa o muleta»<sup>422</sup>. Abrir el compás, separar las piernas una porción más allá de su posición natural o relajada, es un primer indicador de la arrogancia que va a ir adquiriendo el torero delante de la cara del toro, pero sobre todo de la evolución que está experimentando el canon artístico. De ser una postura rechazada a entenderse como la posición lógica en el inicio del lance.

Sin embargo, a partir de ahí no hay grandes cambios en sus interpretaciones, que hace casi una traslación del texto de Paquiro, «advirtiendo que, si el toro es boyante, se puede tener la muleta completamente cuadrada, porque como estos bichos van siempre por su terreno, toman el trapo cumplidamente y rematan bien, siendo sólo preciso perfilarse al cargar la suerte»<sup>423</sup>. De nuevo la posición de perfil en el mismo centro de la suerte, en el momento que el diestro debe acompañar el viaje de la res; pero también la posibilidad de que la muleta, si el toro no es de embestida clara, se coloque en una posición más oblicua, perdiendo esa cuadratura que marcaría la ortodoxia ante las reses boyantes, y ampliando, por tanto, la acción defensiva del diestro.

La ligazón de unos lances de muleta con otros, el llamado toreo en redondo, ha empezado a hacerse presente en las plazas. Es una nueva posibilidad de la lidia que, bien ejecutada, resulta vistosa y comprometida, pasando en poco tiempo a hacerse fundamental. Sin embargo, Orts-Ramos no lo recoge en su tratado como parte de la nueva estética. Se limita a remarcar el aspecto crucial de la correcta colocación del diestro al rematar el lance, y así quede perfectamente colocado para poder volver a citar sin enmendar excesivamente la posición. Para ello, el remate de la suerte debe ser proporcionado a la longitud del lance, permitiéndole, con un cuarto de giro de su cuerpo, recuperar la posición del cite en línea con lo apuntado por Sánchez de Neira. Cargar la suerte, «y al rematar —señala Orts-Ramos— dar otro cuarto de vuelta, con lo que se completa la media necesaria para quedar nuevamente frente al toro. Los pases continuados al *natural*, en que se describe un círculo completo con la muleta, se apellidan *en redondo*; y los que al ejecutarlos se saca el trapo por encima de la res, teniéndolo sobre las astas, se denominan *por alto*»<sup>424</sup>. Sin embargo, vemos cómo en esta época todavía no se busca que el toreo al natural sea sólo por «bajo», con la embestida de la res humillada, arrastrando casi el hocico por el suelo. Es por eso que el escritor no

---

<sup>422</sup> *Ibidem*, p. 65.

<sup>423</sup> *Ibidem*, p. 98-99.

<sup>424</sup> *Ibidem*, p. 99.

incide en el tema, y acepta que en el remate el toro pueda salir con la cabeza alta, terminando su viaje con un derrote hacia arriba.

FEDERICO MANJAVACAS ALCÁZAR  
*Tauromaquia moderna - 1936*

Cuando Federico M. Alcázar, que así firmaba, (Albacete, 1890-Madrid, 1948) publica su obra, el toreo ha cambiado totalmente. El crítico, con la misma intención que tuvieran Amós Salvador y Tomás Orts-Ramos, trata de poner orden en todo lo que ha ido ocurriendo desde principio de siglo pero particularmente desde Juan Belmonte. La acción de torear es ya totalmente ofensiva, provocativa, no defensiva como hasta hace pocos años. El torero provoca, manda, domina, y además con una portentosa técnica que se acompaña de un, cada vez más, depurado arte. El torero, pese a que todavía lo ortodoxo y considerado como meritorio es unir el pase natural con el de pecho, intenta cada vez más ligar los mulletazos en series porque ya es capaz de mantener ese control necesario sobre la embestida sin que ésta se descomponga; ya no es el ejercicio de desviar artísticamente la embestida, sino la voluntad de crear con esa misma embestida una forma artística depurada. La evolución ha dejado obsoleta la definición de Amós Salvador de «citar, cargar la suerte y rematarla». La triada es otra mucho más compleja, «parar, templar y mandar», parar la embestida, templar la embestida y mandar la embestida: dominio absoluto en fondo y en forma.

El temple belmontino como armonía conceptual, ese acompasamiento gradual, permite el barroquismo característico de la época, adquiriendo una fuerza dramática insospechada. El toro ha dejado de ser el enemigo al que hay que castigar y restar facultades para ser el colaborador necesario de la creación artística. La posición de las piernas a la hora de ejecutar las suertes incide de manera notable en el resultado final, adquiriendo un mayor desarrollo que en las etapas previas. Sin embargo, el canon conserva su estructura fundamental histórica, añadiendo todos los matices que las nuevas formas del clasicismo progresivamente se han ido sumando, pero manteniendo el hilo conductor del pasado.

De esa estructura histórica del canon, se mantiene insoslayable la manera de citar a las reses. Así, cien años más tarde, en 1936, de que Montes, *Paquiro*, escribiera sus normas, Federico M. Alcázar se reafirma en lo escrito por el diestro de Chiclana de la Frontera, al señalar que «el pase natural o regular es el que se ejecuta colocado el

diestro en la rectitud del toro — «enteramente de frente, que es la posición natural, y con la muleta cuadrada»<sup>425</sup>, habrá escrito previamente—, guardando convenientemente las distancias, según las condiciones de la res y las facultades del torero, “teniendo la muleta cuadrada o perfilada en la mano izquierda, hacia el terreno de afuera, y la espada en la derecha”, y adelantando un poco la pierna contraria. En esta posición se cita...»<sup>426</sup>. La descripción del escritor albaceteño incide en tres aspectos fundamentales: el cite debe producirse cara a cara con el toro, si bien, un poco más adelante matiza esta afirmación; por otro lado, la posición de la muleta, al igual que hacían sus predecesores, cuadrada y hacia afuera. El torero mantiene esa interposición en el camino del toro con la voluntad, una vez se produzca la embestida, de desviar ésta hacia afuera. En tercer lugar, aparece aquí una primera mención a la posición de la pierna contraria —la pierna derecha, en este caso, ya que para M. Alcázar, a diferencia de otros tratadistas, la pierna contraria no puede ser nunca la del lado por el que se torea<sup>427</sup>— que debe adelantarse hacia el toro, avanzar levemente hacia el toro. Conviene en este sentido no confundir el gesto de avanzar la pierna con el de atravesar la pierna. Si el diestro está enfrentado al toro, avanza ligeramente el pie derecho hacia el testuz del toro, con el objeto de provocar la embestida intentado que la posición sea lo más natural posible en el cite y sirviéndose de esa acción para un mejor acompañamiento del posterior viaje de la res.

La postura del torero, y particularmente la de sus piernas, adquiere por tanto, una importancia capital. En el capítulo dedicado a cómo deben tomarse los toros, M. Alcázar señala varios matices no recogidos por las tauromaquias pretéritas en relación a esa postura inicial tanto del cuerpo como de las piernas, estableciendo que para ejecutar el pase natural, también «debe admitirse el perfilar un poco el cuerpo, pero sin dejar de dar el pecho»<sup>428</sup>. Es decir, para el escritor, en algunos casos, la posición deja de ser literalmente enfrentada a la res —pies del torero mirando a los pies del toro—, admitiendo cierta inclinación o semi-giro en la cintura, que produciría esa colocación de las piernas, más adelantada la derecha, con la cintura del torero girada parcialmente en la parte superior del tronco hacia el toro mientras la parte inferior permanece en la posición descrita anteriormente. Esta posición se denominará «dar el medio pecho», y será definitiva poco años más tarde como norma fundamental del canon esencialista.

---

<sup>425</sup> MANJAVACAS ALCÁZAR, F. *Tauromaquia Moderna. Op. Cit.*, p. 43.

<sup>426</sup> *Ibidem*, p. 243.

<sup>427</sup> *Ibidem*, p. 46.

<sup>428</sup> *Ibidem*, p. 43.

M. Alcázar, que, como se viene afirmando, se molesta en interpretar y mostrar las lagunas que tienen los principales tratados antiguos, que pasan por alto o sin grandes explicaciones aspectos cruciales para el arte como la citada posición de los pies y las piernas, juntos o separados, ante el toro, la forma de coger capote y muleta, etc., se apresura a explicar cuál es la posición que él considera correcta para torear, teniendo en cuenta que uno de las opciones del diestro es de ligar los lances unos con otros. «Sin embargo —afirma el escritor—, debo hacer constar que yo no soy partidario del toreo con los pies juntos. Creo que así no se puede torear, es decir, no se puede cargar la suerte, mandar y, sobre todo, ligar»<sup>429</sup>, ya que entiende con buen criterio que esa disposición original de pies juntos provoca un encorsetamiento en los movimientos que impide el desarrollo artístico pleno de la suerte.

Previa aportación de esos fundamentos posturales tan importantes, para él, cargar la suerte «es el movimiento que hace el diestro en el centro de la misma de bajar los brazos y meter engaño en el terreno de afuera para echar del suyo al toro»<sup>430</sup>. Hasta ahí, apenas nada nuevo si comparamos con los tratados vistos. Sin embargo, al abordar en exclusividad el pase natural, establece que «cuando llega el toro a jurisdicción, se le engancha en la muleta, se corre templadamente la mano, se carga la suerte con suavidad...», para, a continuación, describir el movimiento que debe efectuarse con el cuerpo en ese momento de la suerte: «El movimiento natural consiste en seguir el de la muleta con el pie izquierdo, meciendo la parte superior del cuerpo al compás de la muleta y el pie»<sup>431</sup>. Temple, suavidad, acompañamiento, mecida..., conceptos que ahora tienen un nuevo valor ya que inciden en la parte artística que progresivamente ha ido perdiendo la violencia característica. El torero «engancha» la embestida, se hace con ella, porque con ella debe construir el lance: que el toro siga el engaño pero que no lo tropiece, que el muletazo sea, o parezca, suave porque está acompasado a la embestida, una embestida que parece «mecida» por los brazos y el cuerpo del torero.

En la segunda mitad de la década de los treinta el toreo ligado no ha alcanzado su perfección estilística definitiva y, si bien empieza a ser frecuente, lo clásico, lo meritorio, la «cumbre del toreo», como señala el propio M. Alcázar, sigue siendo unir el pase natural con el de pecho. Ese toreo en redondo, cuya función ya no es exclusivamente el restar facultades a la res, es todavía un recurso, más depurado,

---

<sup>429</sup> *Ibidem*, p. 44.

<sup>430</sup> *Ibidem*, p. 52.

<sup>431</sup> *Ibidem*, pp. 243- 245.

aplicable a los toros con mucho celo e ímpetu en la acometida. El escritor, en la mención del remate de la suerte, sin perder la intención de dar a continuación el pase de pecho, incide en el cuarto de vuelta que debe efectuarse para recuperar la posición del nuevo cite, recordando la denominación «de cabeza a rabo», que emplearan los autores previos, para referir los pases que se rematan pasando la tela de la muleta por toda la fisionomía del toro, desde los pitones hasta la cola. No obstante, esta forma de rematar nos indica que hay un momento de parón en el acompañamiento que el torero hace de la embestida, y es el toro el que termina el lance pasando todo su cuerpo por debajo de la muleta. Así, el pase natural «se remata por bajo o por alto, describiendo en el viaje un tercio o cuarto de círculo, según la longitud del pase. Cuando el natural se remata por alto y se saca la muleta por la cola, se llama también *de cabeza a rabo*»<sup>432</sup>, afirma. Para que no quede duda alguna sobre la grandeza que alberga unir el natural con el de pecho, se apresura a poner la acción por encima de cualquier otra, particularmente el toreo en redondo que ya se manifiesta en los ruedos:

[...] Si el toro, por exceso de celo, se revuelve rápido al terminar el pase natural y busca el bulto, el diestro debe vaciarlo echándoselo por delante con el llamado pase de pecho, suerte arrogante y valerosa, que ligada con la anterior, son la expresión más bella y emocionante del toreo de muleta. Si, por el contrario, el toro continúa siguiendo la muleta, se vuelve a girar, describiendo otro semicírculo por los terrenos de adentro, hasta quedar la res en el primitivo punto de partida. A la suerte así ligada se llama en redondo o toreo en redondo, que significa lo mismo. Tengo que hacer la advertencia de que lo más difícil y por ende lo más peligroso y cumbre del toreo de muleta es el toreo al natural ligado con el de pecho, no el toreo en redondo. [...]<sup>433</sup>

### JOSÉ MARÍA DE COSSÍO El Cossío-1943

En la década de los cuarenta la principal evolución experimentada por el toreo sigue incidiendo en el plano artístico. La llamada Edad de Plata, troncada por la Guerra Civil, ha visto cortado su prometedor desarrollo. El toro ha cambiado y el público también. La Fiesta tiene que ser eso, fiesta, y no se retrae en admitir cualquier variante sensacional. José María de Cossío intenta explicar la evolución de la línea clásica del toreo desde sus primeros tratadistas, describiendo esa perfección artística y plasticismo que ha alcanzado el pase natural gracias a la magia del temple, pero sin hacer

---

<sup>432</sup> *Ibidem*, p. 244.

<sup>433</sup> *Ibidem*, p. 244.

aportaciones específicas sobre cuestiones técnicas, ya que para él, la perfección depende de cada intérprete, que con su personalidad dará la categoría justa al lance.

Se fija Cossío en las descripciones de Amós Salvador, que establecía los tiempos de la suerte, citar, cargar la suerte y rematarla, y en este sentido, al considerar su tratado el primero que los establece con precisión, certifica esa colocación imperativa del clasicismo, en la que, ante la embestida de la res, «el diestro ha de procurar desviarla de su viaje para no ser atropellado, si, como es clásico, cita de frente»<sup>434</sup>. Un poco más adelante, en esa voluntad de explicar la evolución clásica, interpreta el insigne escritor las indicaciones de la llamada *Cartilla de Osuna*, primer tratado en el que se recogen algunas normas del torear de la época, manuscrito fechado entre los siglos XII y XIII, en demostración de los fundamentos básicos del arte de torear. Advirtiendo de la regla primera necesaria que al principio del apartado se apuntaba, la de la quietud del toro, señala Cossío: «Así el toro, tiene lugar el cite, en el que el diestro llama la atención a la res y procura fijarla en el engaño, y en su caso, en su cuerpo»<sup>435</sup>. No ahonda en más explicaciones de posición y postura del diestro, ya que, como se afirmaba, para el escritor, los lances deben analizarse a partir de la subjetividad propia de cada lidiador.

En ese análisis de los diversos tratados, José María de Cossío reafirma la acción de desviar la embestida para que ésta no tope con el cuerpo del diestro. «Cuando la res va a llegar al centro de la suerte —escribe Cossío sobre el pase natural—, el diestro ha de procurar desviarla de su viaje para no ser atropellado, si, como es clásico, cita de frente, y esta acción de *cargar la suerte* es la más fundamental»<sup>436</sup>. La breve explicación del momento incide en la capacidad que debe tener el diestro para alejar la acometida del bruto que, de lo contrario, sería alcanzado por él.

Se extiende Cossío un poco más adelante en el concepto, señalando que la evolución del toreo ha conducido una mayor exigencia técnica del momento, y su correcta ejecución es lo que provoca en el espectador la emoción que le lleva al entusiasmo. La suerte ha entrado de lleno en el Arte; no hay sólo que desviar una acometida violenta con una solvente técnica, sino que hay que dotar a la misma de toda la plasticidad posible, algo que depende exclusivamente del hombre que la ejecuta:

---

<sup>434</sup> DE COSSÍO, J. M. *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico e Histórico*. Tomo IV. *Op. Cit.*, p. 262.

<sup>435</sup> *Ibidem*, p. 262.

<sup>436</sup> *Ibidem*, p. 262.

[...] Pero hoy, en la realización de las suertes, este esencial *cargar la suerte*, por verificarse en el mismo centro de ella, y ser, por así decirlo, su momento culminante, tiene mayores exigencias técnicas y estéticas que nunca. En ese momento del embroque, en que es preciso desviar al toro de su dirección para que no se consume, no sólo juegan los brazos indicando al justo correr del engaño el quiebro de su viaje, sino que todo el cuerpo parece armonizar el movimiento y ajustar su ritmo a la acción que los brazos practican, y la acompañan como insinuando la salida de la res con una intención de orden plástico en que tanta parte, y aun más, tiene la estética que la técnica. El público capta esta insinuación de movimiento, si se hace con arte, inevitablemente, y ella arranca a los aficionados, que parecen sentir, pese a su papel pasivo, la necesidad de vanamente reproducirla, los gritos de entusiasmo que encajan con exactitud matemática en el momento crítico de este *tiempo*, segundo de los convenidos para toda suerte. [...]<sup>437</sup>

El cuerpo, por tanto, armoniza su movimiento al de la res, creando un conjunto artístico que llega al espectador por la doble vía, la emotiva del peligro y la emotiva del arte. Cargar la suerte es ya la conjunción de ambas variables: plasticidad y riesgo; su perfeccionamiento, la meta a conseguir por cada intérprete.

De los tratadistas vistos hasta ahora, Cossío es el que ofrece más importancia al remate del pase. Para él, esta parte es la que demuestra las capacidades artística y valerosa del diestro. El lance mal rematado pierde lo que de grandioso hubiera adquirido en el momento de cargar la suerte. Con el remate el diestro trasmite su aplomo, su capacidad de aguante, y a la vez le obliga a estar presto ante una posible nueva embestida. El remate, asimismo, debe dejar colocado al toro a la distancia pertinente para iniciar, si fuera preciso, un nuevo lance:

[...] El último de ellos es el de *rematar* o finalizar la suerte. Desviado el toro de su camino para evitar el embroque, y marcado con el engaño y hasta con el cuerpo el viaje que debe seguir, llega el final de la suerte, o remate que ha de reunir dos condiciones: lo airoso y lo eficaz. El quedarse el diestro en el terreno en que inició la suerte o salirse de él, según lo exija la naturaleza de ésta, debe hacerse gallardamente, con seguridad y dominio de la situación, y en su caso, con adorno y gentileza. Pero, además, ha de procurar el diestro conjugar esta gallardía con la precaución de la defensa ante una posible nueva acometida de la res, y en los lances que se dan en serie, como los de capa y muleta, quedar dispuesto para su repetición, y convenientemente preparado para la nueva embestida, y el toro dejarle colocado en la distancia conveniente para el caso. [...]<sup>438</sup>

*-El pase natural en el periodo postmanoletista*

---

<sup>437</sup> *Ibidem*, pp. 263-264.

<sup>438</sup> *Ibidem*, p. 264.



Si hasta Belmonte y a partir de él el canon había evolucionado prácticamente de manera unidireccional; a partir de Manuel Rodríguez, *Manolete*, el mundo del toreo se pone, literalmente, patas arriba. Con gran rapidez se suman propuestas novedosas que poco, o nada, tienen que ver con aquellos preceptos que hasta el momento habían sido insoslayables. El *encimismo* y el *tremendismo*, tratados en el apartado 3.1.2.2. *Del encimismo al tremendismo*, surgirán y se expandirán con gran fuerza. De repente, todo, o casi todo, vale y es acogido con entusiasmo por el público de la época. El cite de perfil, sin estar enfrentado al toro, y la resultante posterior, como hasta ahora había sido preceptivo, es admitido por la masa y por buena parte de la crítica. El toreo de muleta ligado en series ya es lo habitual en prácticamente todos los diestros. La división de perspectivas en el plano artístico es definitiva entre aquellos que intentan recuperar esa unidireccionalidad y entre los que admiten entusiasmados todo lo nuevo. Efectivamente, nunca habrá reconciliación, manteniéndose las posturas enconadas hasta nuestros días.

El clasicismo marcará su línea y desde esa línea apenas se producirán variaciones. Su objetivo será desmontar la «mentira» de la nueva época y defender a capa y espada los conceptos de la «verdad» taurina. Se buscará la fórmula de que ese toreo ligado que ya se prodiga tenga encaje en el canon clásico, y para ello se establecerá un criterio de perfección nunca visto antes. La perspectiva integrada, por su parte, admitirá cada una de las variantes, depositando la importancia de lo realizado en el valor que produce la interacción entre intérprete y público.

DOMINGO ORTEGA  
*EL arte del toreo – 1950*

El torero Domingo López Ortega, Domingo Ortega en los carteles (Borox, Toledo, 1906-Madrid, 1988), representa a la perfección el concepto clásico de la tauromaquia postbelmontina. A caballo entre la Edad de Plata y la posguerra, es definido como gran dominador de los toros, con un toreo que se basa en el poder y en el mando de las embestidas. Cita de frente, se cruza con los toros, los somete y castiga como nadie. Su concepto es puramente clásico, lo que contribuirá a que se convierta en el referente de la perspectiva distante del espectáculo en contraposición a la figura de Manuel Rodríguez, *Manolete*, con el cual compartirá época. En su ideario, el toreo debe ser hacia adelante, nunca hacia atrás ni de costado, y para ello, el diestro debe avanzar

siempre hacia el toro, desde el mismo momento que éste inicia la embestida: la acción desafiante del torero frente a la ofensiva del toro.

Su ya referida famosa conferencia en el Ateneo de Madrid, en marzo de 1950, que con gran acierto fue publicada por la *Revista de Occidente*, es una defensa de los valores puros de ese clasicismo que se ha empezado a desvirtuar con los nuevos conceptos taurómacos. En relación a cómo deben sustentarse las suertes, ofrece, por ejemplo, su particular visión del cite, corrigiendo las ya habituales «triquiñuelas» del periodo postmanoletista. En este sentido, antes de entrar de lleno en su explicación de los conceptos clásicos, se apresura a desmontar varias de esas «artimañas» que tanta fama dieron a Manolete, pero que estaban tan alejadas del clasicismo y que, además, tenían un origen en el divertido toreo cómico e irreverente que practicaban cuadrillas como la de Rafael Dutrús Zamora, *Llapisera*<sup>439</sup>, que con sus mojjingangas divertían a los públicos españoles. Para él, «mirar al tendido, llegar al toro de costado, quedarse rígido dejándole pasar, fueron invenciones del toreo cómico»<sup>440</sup>, en ningún caso adaptaciones de las normas clásicas del arte de torear. El diestro debe ofrecer al toro el pecho, debe estar, al menos, centrado con él para que la muleta se coloque como una pantalla entre la testuz y el cuerpo del torero, y en el momento en el que la res arranca, debe avanzar ligeramente la pierna izquierda, algo que contribuirá, como se verá después, de manera determinante en el momento de cargar la suerte. «Despéguese por lo menos un paso y dele el pecho, que es lo más noble que tiene el hombre, y ahí, donde iba a poner usted la cadera, póngale la muleta, y después, cuando le traiga en ella, no se quede usted rígido, porque eso tampoco es natural, avance un poco la pierna»<sup>441</sup>, indica el torero. Como se puede apreciar, la muleta ya no es un instrumento que está colocado al lado del torero, sino delante de él. El torero, además, al ofrecer el pecho al toro adquiere un gesto arrogante, de desafío, lejos de la posición relajada a la que invitaban las tauromaquias pretéritas. Adelantar la pierna significa ofrecer el cuerpo al riesgo, ya que ésta se va a interponer todavía más en la trayectoria del bruto una vez que ésta ha iniciado su embestida.

---

<sup>439</sup> Rafael Dutrús Zamora, *Llapisera*, (Cheste, Valencia, 1892-Valencia 1960) adquirió gran popularidad en la primera mitad del siglo XX a partir de ofrecer en los cosos españoles un espectáculo cómico taurino que, si bien sustentaba su representación en el toreo clásico, trasgredía todas las normas conocidas llevándolas al terreno de lo irreverente y sensacional. Cada suerte clásica tenía su versión cómica, y a éstas se añadían un montón de innovaciones divertidas que en algunos casos y de manera increíble eran después asimiladas por el toreo serio, como por ejemplo el lance con el capote denominado chicuelina.

<sup>440</sup> LÓPEZ ORTEGA, D. *El Arte del Toreo y la bravura del toro* (segunda edición). Madrid, Revista de Occidente, 1961, p. 34.

<sup>441</sup> *Ibidem*, p. 35.

Sobre el desarrollo de la parte central del lance, la acción de «cargar la suerte», Domingo Ortega, que se encuentra en el ocaso de su carrera como matador de toros, incide en la importancia de la posición de la pierna izquierda, que para él, en su interpretación característica, debe avanzar hacia el toro, añadiendo mayor compromiso a lo promulgado por Belmonte. «Bien entendido que cargar la suerte no es abrir el compás —señala el diestro—, porque con el compás abierto el torero alarga, pero no profundiza: la profundidad la toma el torero cuando la pierna avanza hacia el frente, no hacia el costado»<sup>442</sup>. Y en esa posición, natural, no «despatarrada», se produce el fundamento de la profundidad conceptual del lance. «Yo creo —continúa Domingo Ortega— que la grandiosidad del arte de torear radica en la cargazón de la suerte: grande es el lance a la verónica cargando lentamente sobre la pierna contraria; bella es la suerte de banderillas cargando sobre la pierna; bellos son los pases de muleta cargando sobre la pierna».<sup>443</sup> Esta afirmación del diestro de Borox remarca el protagonismo de la pierna de salida —si Federico M. Alcázar remarcaba que la pierna contraria en el pase natural era la pierna derecha, Domingo Ortega incide en lo que será el pensamiento esencialista: la pierna contraria en el pase natural siempre será la pierna izquierda, que es la que se interpone en el camino del toro— sobre la que recae el peso de la creación. La pierna soporta, con su quietud, el momento, hasta ese instante, culminante. El torero se mantiene firme y desvía la trayectoria, pivotando el lance sobre esa pierna. No habla Domingo Ortega de girarse al son de la embestida, habla de descargar el peso de la misma con estoicismo sobre la pierna izquierda: el torero, con el solo giro de su cintura y el mando de su mano, habrá hecho pasar desviado al toro en el momento en el que éste debía tropezarse con su pierna.

#### GREGORIO CORROCHANO

¿Qué es torear? – 1953

El crítico Gregorio Corrochano (Talavera de la Reina, Toledo, 1882- Madrid, 1961)) se convierte en el gran teórico de la perspectiva distante de la época. Su obra es la que mejor explica el canon clásico adjuntando la derivada complementaria del toreo ligado como algo necesario. Citado en varias ocasiones a lo largo de este trabajo, su obra *¿Qué es torear?* Intenta sobre todo desmontar las premisas sobre las que se asienta el toreo ofrecido por Manolete y todas las secuelas que de él se derivan, contraponiendo los pilares fundamentales del clasicismo, en una denuncia constante a la mistificación

---

<sup>442</sup>*Ibidem*, pp. 20-21.

<sup>443</sup>*Ibidem*, p. 38.

del toreo que trajo el diestro de Córdoba y un alegato de defensa de un toreo más puro, sin trucos. Su concepto del pase natural se aproxima a la bizarría en la que desembocará unos años más tarde. Señala particularmente posición y movimiento de pies y piernas, que, como se ha visto a lo largo de los años, es la cuestión fundamental. La propuesta de Corrochano, a partir de una descripción mucho más segmentada, incide también en la parte puramente plástica, al entender que el toreo debe tener ese principio esencial de acompañamiento armonizado en el viaje, en la línea de lo afirmado por Federico M. Alcázar, para que la obra adquiriera rango artístico.

En su explicación del inicio del lance o cite señala el mismo planteamiento que sus predecesores, desarrollando un poco más el tema, y añadiendo también el recurso del movimiento de la pierna derecha del torero, al modo que hacía también Federico M. Alcázar, para llamar la atención de aquellos toros que se muestran más remisos a la embestida. «¿Cómo es el pase natural? —se pregunta el escritor— El torero se coloca frente al toro, midiendo la distancia por la bravura, el poder y los pies —ligereza— del toro. Así se hace el cite, y si el toro está muy aplomado, si fuera preciso, le adelanta la pierna contraria, o sea, la derecha. Con esto se ha centrado el torero más aun con el toro, que se ha fijado un momento en la pierna al avanzarla, y entonces el torero, adelantando un poco la mano izquierda, como si hiciese el quite a la pierna derecha, embarca al toro en la muleta»<sup>444</sup>.

Esta última explicación sobre la acción de la pierna derecha no deja de ser una variante diferente a lo que será fundamento posterior para el esencialismo —la que debe adelantarse siempre en el pase natural para provocar el cite es la pierna izquierda, a modo de lo señalado por Domingo Ortega—, tanto en el caso de M. Alcázar como de Corrochano, se desprende del concepto del lance que tienen ambos, orientado fundamentalmente al acompañamiento armonizado de la embestida. Pero concretamente, para Corrochano, como se verá más abajo, hay un momento del lance en el que diestro queda situado en posición de perfil en relación a la embestida. A esto contribuye, sin duda, la posición de la pierna derecha más adelantada, ya que favorece la inercia del movimiento al acompañar el viaje de la res. Corrochano, para que no dejar dudas sobre su planteamiento, incide de manera reiterativa en que la posición de perfil exclusivamente debe adquirirla el torero en el segundo tiempo de la suerte, nunca en el

---

<sup>444</sup> CORROCHANO ORTEGA, G. *¿Qué es torear? Introducción a las tauromaquias de Joselito y Domingo Ortega*. *Op. Cit.*, p. 154.

momento del cite. El diestro nunca debe eludir el compromiso de situarse enfrentado al toro, de lo contrario, como hacía Manolete, está escamoteando uno de los preceptos claves de la tauromaquia como es estar interpuesto en la trayectoria de la res.

Corrochano entiende que, objetivamente natural, la suerte adquiere mayor profundidad conceptual en su voluntad de acompañar la embestida, algo que sólo puede lograrse desde esa posición menos forzada en el cite, contrariamente a lo que ocurre cuando los pies están «cuadrados» y fuerzan esa interrupción del lance una vez que el diestro ha girado sobre su cintura todo lo que su anatomía le permite. El torero debe citar centrado con el toro, de ahí que señale la importancia de que la muleta quede colocada delante del diestro para recoger la atención del toro que mira la pierna derecha. Se desprende de este gesto, por tanto, que el torero en el cite tiende a cruzarse en la embestida de la res hacia el pitón contrario, en el caso del pase natural, el pitón derecho, más aún si la res es tarda o remisa. Al igual que Domingo Ortega, la muleta ya no está al lado del cuerpo, sino que se adelanta, a modo de pantalla tras la que se oculta el torero, provocando la embestida para fijar a la res con el objeto de conducirla después. Olvida, no obstante, advertir que, en el momento en el que el toro inicia la acometida, el diestro debe avanzar —o atravesar— un paso la pierna izquierda, algo que, como se ve más abajo, resulta determinante en el momento de cargar la suerte.

Sobre la parte central o desarrollo de la suerte, reitera el escritor ese aspecto para él crucial, que en su interpretación incide en la profundidad conceptual de la suerte, como es la posición o movimiento que deben efectuar las piernas del torero en momento tan trascendente. En este sentido, recordamos que se apresura a señalar que la controvertida posición de «perfil», posición en que la mayoría de las veces Manolete citaba y toreaba, sólo debe producirse en el centro del pase, es decir, en la mitad del tiempo de desarrollo, sólo ahí y como resultado natural del acompañamiento que con la figura hace el diestro al viaje del toro, pero nunca al inicio o momento de citar al toro como hacía el torero de Córdoba:

[...] ¿Cómo es el pase natural? El torero se coloca frente al toro, midiendo la distancia por la bravura, el poder y los pies —ligereza— del toro. Así se hace el cite, y si el toro está muy aplomado, si fuera preciso, le adelanta la pierna contraria, o sea, la derecha. Con esto se ha centrado el torero más aun con el toro, que se ha fijado un momento en la pierna al avanzarla, y entonces el torero, adelantando un poco la mano izquierda, como si hiciese el quite a la pierna derecha, embarca al toro en la muleta

[...], se lo trae, se lo pasa por delante, mientras va girando la cintura al compás del toro y del pase, acompañando al toro en el viaje. Y en el momento de la reunión, en el centro del pase, es cuando el torero se pone de perfil, y cuando las líneas del toreo son paralelas, pero antes no.

Una vez que el toro ha llegado al centro del pase, se carga la suerte sobre la pierna izquierda, y se va levantando el pie derecho... [...]<sup>445</sup>

Corrochano interpreta por tanto que la acción natural del diestro es la de pivotar sobre su propio eje, girando todo el cuerpo a la vez que el toro se desplaza. De esta manera, al girarse, llega un momento en el que el diestro está viendo pasar el costado del toro por delante de él, instante en el que se encuentra totalmente de perfil en relación a la posición de la res. A esto contribuye el hecho de haber adelantado ligeramente la pierna derecha en el momento del cite, que favorece, lógicamente, el acompañamiento, al disminuir lo forzado de la postura en el caso de que la pierna se hubiera quedado más atrás. Inevitablemente, este movimiento giratorio en el que el torero acompaña el viaje del toro, hace que el pie derecho adquiera una posición elevada, tocando únicamente con su punta el suelo, y haciendo de eje de sí mismo para solventar la violenta y rígida posición que supondría estar pegado al suelo totalmente. Al igual que hiciera Cossío, Corrochano nos está hablando de una estética depurada, dinámica, que se basa en una serie de movimientos precisos y calculados. Ya no hay improvisación, ni violencia, sino un procedimiento calculado a la vez que complicado para lograr su perfección.

La acción de «cargar la suerte» se efectúa sobre la pierna izquierda, que para el escritor, al contrario que ocurría con Domingo Ortega, no es la pierna contraria. Por tanto, el efecto de la pierna izquierda es el de un obstáculo que el toro debe rodear, y lo hace siguiendo la muleta que le traza el correcto recorrido. Ahí reside el valor, en mantener la pierna en posición correcta —a veces más adelante, otras más vertical, dependiendo del toro, del estilo del toreo o de otras circunstancias— sabiendo que está en disposición constante de ser cogida, y la perfección conceptual en llevar al toro con firmeza, sin estirar el brazo o doblar en exceso el cuerpo para alejar su embestida del cuerpo y por tanto limitar el peligro. De esta manera, como reafirma después, el toreo puro se efectúa en disposición de avance, desafiando al toro, porque tanto en el lance, en el que el peso del cuerpo recae sobre esa pierna izquierda, como el siguiente, en el que hay que volverla a atravesar en la trayectoria al adquirir la nueva posición, el torero siempre gana terreno o avanza, se mete en el del toro. Sin embargo, si la pierna se

---

<sup>445</sup> *Ibidem*, p. 154.

esconde o se deja retrasada, se retrocede, porque hay que ir apartándose del camino del toro. De una manera se torea; de la otra se simula el toreo:

[...] Para llevarle a donde él quiere que vaya tiene que mandarle, y para mandarle tiene que cargar la suerte. ¿Cómo? Adelantándole la pierna por donde ha de pasar y salir el toro, sin mover la otra. ¿Cuánto? Lo que haga falta, según las condiciones y estado del toro. Pero siempre hacia adelante, nunca hacia atrás. Con el paso hacia adelante el torero se acerca más y carga la suerte; con el paso hacia atrás se quita un paso al toreo y se descarga la suerte; hacia adelante se acentúa el toreo; hacia atrás se destorea; hacia adelante se manda en el toro; hacia atrás se pierde el mando si hasta entonces lo hubo; ya no va el toro a donde quiere el torero; ya el toro, libre del dominio del torero, va donde quiere, y el torero, perdido el mando, tiene que enmendarse y no puede ligar el toreo. Esto que aparentemente es torear no es exactamente torear, es simular o disimular el toreo. [...]<sup>446</sup>

Si minuciosa es la descripción del momento central de la suerte, también lo es la del remate de la misma. «Lo difícil en el toreo —afirma el escritor— son los remates, rematar un pase y más rematar una faena»<sup>447</sup>. Para Corrochano el remate se convierte en pieza fundamental, primero porque de su correcta ejecución depende que el muletazo haya sido perfecto, y segundo, porque, bien realizado, permite al diestro estar en disposición de ejecutar el siguiente lance. El remate no es una salida airosa de la suerte —salvo cuando pone fin a una tanda completa o se trata de un pase suelto—, es una prolongación del desarrollo de la misma, y como tal, tiene que guardar la armonía que aquél traía.

Esa acción de cargar la suerte que se efectúa sobre la pierna izquierda, mientras de manera armónica se va levantando y girando el pie derecho, hace que el cuerpo del torero acompañe la geometría de la embestida hasta que la posición empieza a ser forzada, viéndose obligado a terminar el muletazo a la vez que avanza un paso con la pierna derecha con el objeto de recuperar la posición inicial para dar un nuevo lance, para ligar un muletazo con otro o, si está en una posición más comprometida, para empalmar el pase natural con el de pecho como se hacía tradicionalmente. Por tanto, se va levantado el pie derecho, poniéndose de puntillas según se desarrolla la suerte, hasta que «al rematarse el pase avanza un paso y se queda en posición, colocado para ligar el pase natural siguiente, si no prefiere echárselo por delante en un ligado pase de pecho, como remate natural, que si es obligado es lo más emocionante y completo, porque

---

<sup>446</sup> *Ibidem*, p. 204.

<sup>447</sup> *Ibidem*, p. 142.

empalma los dos pases fundamentales, hasta hacer de los dos uno, para lo que hay que tener mucha tranquilidad para ver llegar a los toros»<sup>448</sup>, apunta el escritor.

Pero no sólo eso. Corrochano entiende que el toreo ya no es, no puede ser, un cúmulo de chispazos más o menos brillantes; el toreo tiene que ser una composición, un conjunto enlazado; el toreo tiene que tener una estructura armónica. Por eso, se apresura a afirmar un poco más adelante que el objetivo es, o debe ser, «ligar, unir, empalmar, no cortar, no romper el toreo en pases sueltos, torear»<sup>449</sup>. Torear es eso, crear una obra que no esté rota ni interrumpida, un conjunto armónico de partes que tienen su inicio y su final concreto. La excelencia en el toreo, la perfección conceptual, como se verá en el apartado posterior, es casi imposible porque la realización del lance o de la serie de lances en los términos previstos resulta realmente complicada, requiriendo de gran aplomo, disposición y capacidad artística. Ahí reside la grandeza del toreo, en la dificultad intrínseca que lleva su realización en términos puros. El mismo Corrochano así lo reconoce, al afirmar que esos pases «verdaderamente naturales y ligados en redondo, no resisten muchos ni los toros ni los toreros»<sup>450</sup>.

#### *-El pase natural en los escritores esencialistas*

El pensamiento esencialista en este punto sería una mezcla entre lo avanzado por Domingo Ortega y Gregorio Corrochano, particularmente de este último. Apenas hay elementos diferenciadores entre las disposiciones del cronista talaverano y este grupo de escritores. Matices de forma pero no de fondo caracterizan las propuestas, que se reafirman en esa evolución considerada natural del clasicismo. Ante la propagación imparable de las formas menos ortodoxas, el esencialismo remarca con insistencia la parte inicial de los lances, el cite como prueba irrefutable que lo pretendido, o que se pretende realizar, transita por el camino de lo auténtico. Pero también, se produce la revelación definitiva del momento cumbre de «cargar la suerte», y ésta pasa de tener una consideración circunstancial como parte central del pase a ser la demostración final de que el trabajo está bien hecho, ya que esa acción alarga su dimensión desde el momento en el que el diestro adelanta la pierna para meterla más en la trayectoria del toro hasta que el lance finaliza en su cadera. El cite de frente, la pierna izquierda avanzada o en posición de avanzar, y el remate en la cadera definen el concepto

---

<sup>448</sup> *Ibidem*, p. 154.

<sup>449</sup> *Ibidem*, p. 154.

<sup>450</sup> *Ibidem*, p. 155.



definitivo. El canon perfecto, medida casi imposible del arte, dicta que la trayectoria del toro una vez ha emprendido la embestida debe dibujar un signo de interrogación, en cuyo centro está situado el diestro.

VICENTE ZABALA

*La entraña del toreo – 1968*

En 1968 Vicente Zabala publica su obra *La entraña del toreo*. Al igual que ocurre con Corrochano —al igual también que ocurría con el de Amós Salvador y Tomás Orts-Ramos respecto a los «artificios» de la época—, el texto de Zabala es, en muchos apartados, una reiterativa denuncia a las secuelas del toreo de Manolete. Su obcecación, como la del conjunto del esencialismo, es recordar que el toreo puro sólo puede hacerse de una forma; lo demás son artimañas más o menos elaboradas que inciden en el escamoteo de la verdad. El toreo es una estructura perfecta, un bloque macizo, en el que el principio no sólo debe estar armonizado con el final, sino que marca la condición de aquél: si no hay buen inicio nunca, nunca, puede haber un correcto final. Para que esto sea así, remarca por un lado que en el momento del cite se debe estar interpuesto en el camino del toro, a la vez que recuerda que las posiciones alejadas de esa premisa son ventajas que el buen aficionado no debe aceptar. La clave del toreo ortodoxo parte de la buena colocación en la primera parte de la suerte. Para Zabala, por tanto, «el quid del buen toreo está en colocarse en la rectitud de las embestidas. La posición del diestro es fundamental a la hora de valorar las suertes. El torero siempre debe citar como interponiéndose en el camino del toro, y han de ser los brazos los que aparten, con el movimiento de los engaños, lo que parece a simple vista inevitable cogida. El citar de costado, como el encimismo, es una ventaja inapreciable para el que desconozca las reglas de la tauromaquia, pero inadmisibles para el aficionado competente»<sup>451</sup>.

Manteniendo ese discurso en contra del toreo mistificado, Zabala asevera la importancia capital de «cargar la suerte», acción que únicamente se puede hacer de una forma: estando enfrentado al toro en el cite y colocando el obstáculo de la pierna izquierda en su trayectoria. «Precisamente toda la verdad del toreo está en cargar la suerte, en poner al toro el obstáculo de pierna en su camino, que sólo se puede salvar si el maestro lleva muy toreado al animal y consigue desviarlo de este muslo que sustenta

---

<sup>451</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. *La entraña del toreo*. Madrid, Editorial Prensa Española, 1968, pp.165-166.

todo el peso del cuerpo. No, no se puede torear bien en línea. Lo más que se puede conseguir es que el torero se convierta en un poste, en torno al cual da vueltas el toro»<sup>452</sup>, afirma el crítico, recordando la técnica del diestro cordobés, que hacía pasar así a las reses, y la importancia capital de llevar al toro «muy toreado» para poder ejercer el mando sobre él.

Para Zabala, el toro debe estar «empapado», perfectamente atraído, por la muleta desde el momento en el que se le cita, lo que permitirá traerlo embebido en el trapo, con el objeto de aplicar el mando en el muletazo de principio a fin, y con él encauzar el lance con temple. Tal disposición sólo se consigue a partir de la correcta colocación en el inicio, y es por eso que el escritor se apresura, de nuevo, un poco más adelante en recordar la «trampa» del cite de perfil y con la muleta retrasada. «Si al toro no se le trae “enganchado” en la muleta desde antes que llegue al cuerpo del torero —escribe Zabala—, se puede afirmar que no hay toreo, sino engaño. Citar con la muleta detrás del cuerpo, por mucho efecto óptico que suponga la quietud del hombre y el remate de la suerte, este casi siempre no bien logrado, supone el divorcio con el temple. Y sin temple no puede haber toreo».<sup>453</sup>

Explica un poco más adelante Zabala por qué existe esa disociación entre las maneras de citar a la res y de torearla. Si históricamente el cite se ha realizado en la rectitud del toro, interponiéndose el diestro en el trayecto de éste, la muleta debe estar adelantada al cuerpo del torero, ya que, de no ser así, dejándola detrás de la pierna, éste será atropellado. Lógicamente, el truco reside en no situarse en la rectitud de la embestida, sino a un lado, de manera que no sea necesario desviar la trayectoria, sino acompañarla, algo que hará con cierta facilidad ya que la res, una vez vea el trapo, centrará su atención en él y seguirá la línea recta que se le está marcando al margen del cuerpo del torero. En la explicación se aprecia también cómo repite Zabala parte del esquema de Corrochano en relación al juego de piernas, olvidándose del tema de citar moviendo la pierna derecha en el caso de que el toro sea remiso, nos indica que lo puro es adelantar la pierna izquierda una vez que el toro ha iniciado la embestida, fase previa fundamental para que la suerte sea cargada. Es decir, una vez el toro ha iniciado su ataque, justo en ese momento, el torero, que estaba colocado enfrente de él, avanza un paso la pierna izquierda, se cruza todavía más con la investida del toro:

---

<sup>452</sup> *Ibidem*, p. 227.

<sup>453</sup> *Ibidem*, p. 228.

[...] El pase natural no debe ser en modo alguno un simple juego de muñeca. Es bastante más exhaustivo que todo eso. Y, por tanto, más complicado. Por ello a nadie que haya toreado al natural con sentimiento, sin hacer la estatua, cargando la suerte, “clavando” el mentón en el pecho y trayendo al toro “enganchado” desde muy largo, para despedirle a la distancia justa, haciéndole describir un semicírculo detrás de la cadera, le ha sido imposible fijar la vista en el tendido.

Sin el toreo de perfil, pues, no se puede torear citando con muleta retrasada. Si el torero se coloca en la rectitud de la embestida, semi de frente, adelantando la pierna contraria al tiempo que se arranca el enemigo, no se puede mantener esa posición. La cogida es segura. [...] <sup>454</sup>

#### ALFONSO NAVALÓN

Artículo: «En la forma de citar está la verdad o la mentira», *Tribuna de Salamanca*, 2007

Durante sus años en activo, Alfonso Navalón predica en la misma línea de Zabala. Su beligerante discurso está encaminado también a remarcar lo auténtico a través de la denuncia de lo apócrifo. En su última etapa en el diario salmantino *La Tribuna de Salamanca* dedica un artículo completo a explicar su concepto de cómo debe efectuarse el pase natural conforme a esa ortodoxia. El texto es la explicación del canon perfecto, esa medida casi imposible del arte que se viene citando, siendo lo más relevante del texto la importancia que para el escritor tiene la primera parte del lance, el *cite*, ya que, en la línea de Corrochano, Zabala y Vidal, Navalón entiende que no puede haber autenticidad a partir de un cite en el que el diestro está mal colocado delante de la cara del toro. El título en este sentido es suficientemente significativo al respecto, estableciendo la dicotomía entre lo verdadero y lo falso: «En la forma de citar está la verdad o la mentira». En el primer párrafo ya nos refiere las tres posibles formas de citar: en el sitio correcto; colocado en la línea del pitón por el que se va a efectuar el lance, lo que se llama citar «al hilo del pitón»; y situado totalmente fuera de las líneas que marcan los pitones del toro, o «fuera de cacho». Sólo cuando el diestro está situado «en el sitio» podrá efectuarse un lance ortodoxo; fuera de ahí, nada podrá tener el menor viso de autenticidad. Para el escritor, la «verdad» reside en que el diestro debe cambiar bruscamente la trayectoria recta del toro, primero para salvar su pierna, interpuesta en el camino de la res, para luego obligarla a volver hacia el cuerpo:

[...] Varios lectores piden aclaraciones sobre la importancia que tiene y la diferencia que hay entre las distintas formas de iniciar el muletazo, porque

---

<sup>454</sup> *Ibidem*, p. 228.

con el tiempo se han convertido en tópicos lo de 'ponerse en el sitio', 'citar al hilo del pitón' o 'fuera de cacho'.

En lo de empezar el pase con la muleta retrasada todos los buenos aficionados están de acuerdo que es la trampa de robarle al buen torero el primer tiempo y, a veces, casi todo el segundo, limitándose al muñecazo para vaciar la embestida. Y eso, por muchas vueltas que le den los partidarios del falso tremendismo, es una gran mentira. Queda claro que con la muleta retrasada no se puede torear a un toro normal. Sólo los toros descastados y machacados en varas permiten el toreo encimista y el tercio de pase.

No se puede hablar seriamente de toreros sin dejar sentado que citar en corto y con la muleta retrasada es una trampa porque lo difícil es dejarse ver del toro, darle sitio en la arrancada y luego templarlo y someterlo hasta vaciar el pase. Eso es lo arriesgado y lo importante.

Cuando el toro viene arrancado desde lejos tiene mucho más peligro que citándolo dándole con los muslos en los pitones. Algo que sólo puede impresionar a los ignorantes. Pero volvamos al motivo de esta crónica. Estoy harto de escuchar a los viejos toreros que lo más importante es la colocación antes de empezar el muletazo. Con el capote pasa lo mismo, pero como ahora se centra todo en la muleta, vayamos al grano.

Antes de convencerme con la práctica hablamos largo y tendido con dos maestros tan distintos en su estilo como Domingo Ortega y con Pepe Luis Vázquez. Años después con Manolo Escudero en las muchas veces que vino a torear a 'El Berrocal' Todos decían lo mismo: "Si te colocas bien mandas en el toro y rematas bien el pase para quedarte otra vez colocado. Si te colocas mal, el que manda es el toro y al terminar el pase quedas descolocado". La forma correcta de citar es colocarte enfrente de la mitad del testuz y de la penca de rabo, de forma que haya una línea recta entre la cadera del torero (o el medio pecho) y el espinazo del toro. Una vez afirmado en ese terreno se adelanta la muleta y se espera que el toro llegue a la muleta... [...] <sup>455</sup>

Repitiendo la fórmula idénticamente a Zabala, para Navalón el torero debe mandar sobre la embestida del toro en todo momento, lo que le permite completar con autenticidad el muletazo, algo que, por otra parte, es imposible si el inicio del lance tiene origen en una posición incorrecta. Por eso, Navalón también denuncia esas «artimañas» tan extendidas de citar al toro desde una posición de perfil, fuera de la trayectoria del toro, en una distancia corta y con la muleta detrás de los muslos o, como se denomina, «retrasada». En contrapartida, resalta un aspecto que hasta ahora únicamente había sido tratado por Antonio Fernández de Heredia, *Hache*, como es el de citar al toro dándole mayor distancia, algo que, además de emotivo, resulta mucho más arriesgado, ya que esa separación física entre ambos determina también la velocidad e

---

<sup>455</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «En la forma de citar está la verdad o la mentira». *La Tribuna de Salamanca*, Salamanca, de 18 de junio de 2007, p. s/n

ímpetu del bruto, circunstancia que el temple personal del diestro deberá soportar. Citar en corto y mal deshace la primera parte del muletazo y es imposible que aquello cobre en las siguientes partes visos de autenticidad.

En este sentido, la descripción literal del cronista es muy aclaratoria, bastante más que la de los escritores vistos hasta ahora, determinando que la posición del torero en ese primer momento debe estar centrada entre la línea imaginaria que marca el centro de la testuz y la del nacimiento, o penca, del rabo, línea en la que debe situarse la cadera derecha del diestro. Es decir, el torero, totalmente centrado con el toro, mantiene sus pies, ambos, en posición casi perpendicular con esa línea imaginaria que señala el centro del rabo y la testuz, siendo, por tanto, la cadera derecha la que más cerca está de los pitones del toro, y a su vez girando levemente el tronco hacia la res, es decir, el hombro izquierdo, quedando remarcada esa postura de ofrecer al toro el «medio pecho», que también señalaban Federico M. Alcázar y Vicente Zabala. Esta posición podría decirse que es novedosa, al menos en su explicación, ya que la división de las partes del cuerpo realizada por el escritor aclara perfectamente la postura del torero en el cite: ubicación entre los pitones, línea de pies creando una perpendicular con la línea rabo-testuz de la res, pecho o medio pecho del torero girado hacia la testuz y muleta adelantada.

La descripción de la parte central o desarrollo del muletazo recoge con gran claridad el precepto del movimiento de piernas: el torero debe adelantar su pierna —en el caso del pase natural la izquierda— nunca antes de que el toro haya comenzado su arrancada, con el objeto de desviarle la trayectoria recta de la embestida para hacerle girar después alrededor de su figura. Como se afirmaba, la trayectoria descrita por el toro, si se cumple a rajatabla la teoría, es un signo de interrogación, que termina con ambos protagonistas en la posición primigenia para dar comienzo a un nuevo lance. Importante es entender la firmeza que debe mantener el torero debido a la gran exposición que supone el cambio brusco de dirección de la acometida:

[...] ...sólo entonces, ni antes ni después, se adelanta la pierna para torear en curva. Digo que ni antes ni después porque un torero tan inteligente como Paco Camino adelantaba la pierna en el momento mismo de citar, antes de arrancarse el toro. Así resulta que cuando el toro llegaba a la muleta, Camino no tenía que correr el riesgo de cambiarle la trayectoria del viaje y la foto salía impecablemente, la pierna contraria adelantada. Camino era tan listo que muy poca gente se dio cuenta de esta ventajilla. Por lo menos cumplía

con el importante requisito de ver venir al toro y aguantarlo desde lejos. Al terminar el pase hay que ganar otro paso para quedar otra vez colocado enfrente del testuz. Así de sencillo y así de fácil. Antes lo hacían todos los toreros porque no se conocía otra forma de hacer el toreo. Ahora no lo vemos casi nunca. [...]»<sup>456</sup>

No deja de ser curioso en este caso cómo Navalón censura la actitud del diestro Paco Camino, quien, al parecer, adelantaba la pierna antes de que el toro empezara su viaje, restando, a su entender, peligro a ese momento culminante de cambiar el viaje de la res. Este, llamémosle, recurso, si bien para Navalón, incluso Joaquín Vidal, pudiera restar mérito a la interpretación, con el tiempo será aceptado paralelamente a la concepción perfecta, admitiéndose, y generalizándose, el cite con el diestro ya colocado, cruzado con el toro, en esa posición de pierna adelantada.

En este sentido, como confirmación de que lo expuesto por Navalón es la teoría que mantuvo siempre a lo largo de su trayectoria profesional, recogemos aquí la parte de una crónica publicada en 1967 en la que el crítico aconseja al joven diestro Víctor Manuel Martín, torero zamorano que despertó grandes esperanzas entre la crítica y afición de la época, que evite adelantar la pierna en el momento del cite, al modo que en el artículo anterior censuraba a Paco Camino que lo hiciera, sino que debe hacerlo cuando el toro haya llegado a la jurisdicción del diestro. «No debe dar Víctor Manuel los rechazos de frente con la pierna adelantada ya para asegurar el pase. La pierna ha de ir acompañando el muletazo. Debe adelantarla cuando ya el toro ha metido la cabeza en la muleta»<sup>457</sup>, afirma el escritor.

#### JOAQUÍN VIDAL

*El toreo es grandeza* – 1994

En mayo de 1998 escribe Joaquín Vidal en *El País*, «El natural es la suerte esencial del toreo. Un natural ejecutado a modo —con sus tiempos de parar, templar, mandar y cargar la suerte— compendia la emoción y la belleza supremas del arte de torear»<sup>458</sup>, y lo dice después de haber contemplado una faena cargada de pureza interpretativa al diestro José Tomás Román Martín.

El concepto de Joaquín Vidal es prácticamente similar a los vistos hasta ahora de Corrochano, Navalón y Zabala pero con matices respecto, sobre todo, al primero. Su

---

<sup>456</sup> *Ibidem*.

<sup>457</sup> NAVALÓN GRANDE, Alfonso. «Tranquilidad». *Informaciones*, Madrid, 8 de julio de 1967, p. 13.

<sup>458</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Por naturales» *El País*, Madrid, 29 de mayo de 1998, p. 51.

propuesta de perfección incide en cada uno de los aspectos ya tratados tanto de postura, posición y desarrollo, pero deja clara, a diferencia de los antecesores, que en esta etapa de la Tauromaquia la quietud o la firmeza en el desarrollo del lance predominan sobre el movimiento que explicaba Corrochano. Vidal es el que explica que la trayectoria del toro durante el pase natural debe dibujar en el ruedo un signo de interrogación y que el remate o parte final del mismo se produce en la cadera del diestro. La diferencia con respecto a Corrochano es que éste hablaba de un acompañamiento de la embestida que se producía girando con todo su cuerpo, mientras que Vidal no habla de ese acompañamiento, sino de llevar el toro hasta la cadera adquiriendo una postura más barroca, sin ser histriónica, en el remate.

En un momento de su obra, se recrea en la descripción de cómo debe efectuarse el cite. En la línea del conjunto de sus predecesores, su voluntad es la de remarcar lo auténtico, lo puro, y deslegitimar lo falseado. Indica Vidal ese aspecto importante, ya señalado por Federico M. Alcázar, Domingo Ortega o por Alfonso Navalón, de la postura, no la posición, del diestro en el momento del cite. Éste debe estar enfrentado al toro, ofreciendo la mitad de su cuerpo, lo que en la jerga veíamos que se llama «el medio pecho», que es esa colocación en la que el diestro está semi-girado hacia la cara del toro, como si el hombro izquierdo quisiera avanzar hacia la res, ofreciendo la cadera derecha como parte más adelantada: una posición intermedia entre el cara a cara y la posición de perfil. «El torero se sitúa frente al toro. Literalmente, frente al toro. No vencido hacia atrás, orillando su rectitud: lo que en la jerga llaman “fuera de cacho”. Situado de frente, se colocará “dando el medio pecho”. Es decir, no necesariamente encarado de frente pero nunca de perfil: terciado. El toro estará a la distancia que dicten su bravura, su codicia y sus pies. Así colocado, el torero presenta el engaño. Si es el capote, levantara más la mano próxima al toro que la contraria. Siempre estará algo más adelantada la pierna del lado del toro que la otra. Y la actitud del diestro habrá de ser natural, relajada»<sup>459</sup>, escribe Vidal. La posición de la pierna derecha, la pierna del lado del toro, está un poco más adelantada, lo que permite esa postura semi perfilada del diestro.

«Bien; adelantando el engaño —continúa Vidal en su explicación del momento—, el toro se fija en él. El toro seguramente está cuadrado, en reposo sobre sus cuatro pezuñas [...] A la presentación del señuelo [...] la casta le revuelve la sangre al

---

<sup>459</sup> VIDAL VIZCARRO, J. *El toreo es grandeza*. Madrid, Turner, 1994, pp. 36-38.

toro bravo e incita su instinto de ataque...»<sup>460</sup>. En su recreación del pase perfecto, ante un toro que con las características necesarias de fuerza y nobleza, nos recuerda en este caso el cronista la necesaria quietud de la res, al modo que hacía Cossío, para que el inicio del lance y su posterior desarrollo sea ajustado a la fórmula ortodoxa, porque todo, en la perfección, debe estar sujeto a la medida del Arte.

En la explicación de la parte central o desarrollo de la suerte comparte el criterio de Gregorio Corrochano, Alfonso Navalón y Vicente Zabala de adelantar la pierna izquierda en el momento en el que el toro va a entrar en la jurisdicción del torero. Para Vidal, la acción de cargar la suerte se produce en ese mismo momento en el que el diestro ha adelantado la pierna izquierda a la vez que ha modificado la trayectoria del toro, deteniéndose en explicar la importancia de esta parte y el doble efecto que produce, siendo por un lado el de ganar terreno hacia adelante, y por otro el de aumentar el riesgo para el diestro, que debe obligar a la res a desviar su trayectoria:

[...] Cuando cree que está a su alcance, humilla para tirar el derrote y destruirla, pero no lo tira, porque el diestro mueve el señuelo, imprimiéndole el ritmo que demanda la embestida. En el preciso instante en que el toro iba a entrar en jurisdicción, el torero, dejando en su sitio el pie que le ha dado, adelanta suavemente el otro, y esta es la acción de cargar la suerte. ¿Qué efectos produce? Pues que el torero ha ganado terreno al toro, desde luego acentuando el peligro. Pero, a su vez, como mudó la posición del capote o la muleta, el toro, al perseguir la presa, hubo de cambiar también su recorrido. [...]<sup>461</sup>

Para terminar la explicación del pase natural perfecto, da las claves del remate, que debe producirse detrás de la cadera, acción que indica que el diestro no ha acompañado la embestida con todo su cuerpo, como señalaba Corrochano, sino con la cintura hasta donde le ha alcanzado el giro, quedando colocado, al reponerse, al girarse del todo, en la posición inicial para iniciar un nuevo lance. Cada lance significa ganar terreno, ir hacia adelante —principio elemental e ineludible de Domingo Ortega—, obligando al toro a describir ese imaginario signo de interrogación en su trayectoria, y por tanto mandando absolutamente en su embestida, y, si todo es perfecto, toro y torero estarán en disposición de iniciar un nuevo lance en las posiciones originales:

[...] A partir de aquí, el lance o el pase tienen una trayectoria en círculo, hasta el remate de la suerte, que será detrás de la cadera. El torero habrá

---

<sup>460</sup> *Ibidem*, pp. 36-37.

<sup>461</sup> *Ibidem*, pp. 36-38.



“mandado” de tal guisa, que dejará colocado al toro allá donde vaya a embestir de nuevo, sin que se vea obligado a rectificar su posición. Que vuelve a ser la del principio, sólo que ahora los pases se suceden apenas sin solución de continuidad —es lo que llaman “ligar”— y el torero continuará ejercitando la cargazón de la suerte en cada uno de ellos, con lo cual siempre habrá estado ganándole terreno al toro a lo largo de toda la tanda; siempre lo habrá estado obligando a seguir un recorrido primero recto, luego curvo, a manera de signo de interrogación, y el encastado animal acabará sometiéndose a su dominio. [...] <sup>462</sup>

Si con Gregorio Corrochano el torero, al haber girado con el toro en su acompañamiento del viaje de éste, apenas tiene que reponer su posición porque habrá quedado prácticamente colocado para iniciar un nuevo pase —recordemos aquí el efecto de pivotar sobre el pie izquierdo y como el derecho permanecía de puntillas girando también— para Vidal el ejercicio de girar la cintura y alargar el viaje con el brazo hasta el final de la embestida, detrás de la cadera, obliga, una vez finalizado el lance, a girar al torero para situarse, ganando un paso como señalaba Alfonso Navalón, nuevamente enfrentando al toro. Por tanto, firmeza, largura en el viaje y quietud para crear el pase natural ortodoxo.

JAVIER VILLÁN  
*Tauromaquias* - 2012

Javier Villán, el último escritor relevante de la Corriente Crítica Esencialista que estuvo en activo, dedicó, en 2012, una de sus obras a dar a conocer sus experiencias, concepciones y preferencias del panorama taurino a través de la evolución experimentada. La primera parte de la obra es un diccionario en el que explica las acepciones que para él tienen el conjunto de términos relevantes que forman parte de la jerga taurina, los tradicionales y los de nuevo cuño. Al describir la acción de cargar la suerte, la sitúa como el momento culmen del lance, el que otorga el grado de perfección buscada. No habla Villán de la ubicación del diestro ante la cara del toro, sin embargo sí señala el cite con la muleta adelantada como contraposición al recurso de citar con la muleta detrás de la pierna. Sin ser una explicación muy extensa, incide en lo señalado por Vicente Zabala, Alfonso Navalón y Joaquín Vidal sobre el momento en el que el diestro debe adelantar la pierna, justo cuando el toro llega a su jurisdicción, para después darle salida con el objeto de que su posición sea la que permita dar un nuevo lance:

---

<sup>462</sup> *Ibidem*, pp. 36-38.

[...] Cargar la suerte: cuarto tiempo preceptivo de un canon de torear que resume los tiempos básicos del muletazo: parar, templar, mandar y cargar la suerte, que es el culmen, la perfección de la lidia. A esto Rafael Ortega añadía, como primero, el tiempo de citar adelantando la muleta, que es una forma de distinguirlo del cite con la muleta retrasada. Por cargar la suerte se entiende adelantar la pierna de dentro cuando el toro llega a jurisdicción y darle salida dejándolo preparado para el siguiente lance. Algunos lo identifican con ganar pasos, pero no es lo mismo. Cargar la suerte supone echar la pierna hacia delante, mientras ganar pasos o ganar terreno es una acción entre lance y lance hacia los medios invadiendo el terreno del toro. [...]<sup>463</sup>

Pero sin duda, en las palabras de Javier Villán lo más interesante es certificar cómo la acción de cargar la suerte se produce en la última parte del lance, cosa que hasta ahora veíamos se producía en la parte central del mismo. En los tiempos por él señalados: parar, templar, mandar y cargar la suerte, vemos que el término «mandar» es el que está ahora situado en ese centro del muletazo, donde antes se señalaba la acción de cagar la suerte, pasando ésta, como comentábamos en el apartado anterior, a la parte final del mismo porque es ahí, cuando el torero ha conseguido «mandar» en la embestida, es decir, que ésta desarrolle la trayectoria por él deseada, donde el muletazo adquiere toda su dimensión. De esta manera, la suerte realizada en perfección adquiere el matiz definitivo porque el torero ha conseguido llevarla a su fin, a esa parte detrás de la cadera que demuestra que el toro ha descrito ese signo de interrogación que señalaba Joaquín Vidal. Si el torero, en esa última parte del muletazo, en lugar de conducir al toro hasta el final interrumpe su trayectoria circular haciendo que el bruto continúe por una línea recta, habrá descargado la suerte y el lance no habrá alcanzado su grandeza y hondura.

Por lo tanto, el canon esencialista definitivo entiende el tiempo o fase de cargar la suerte como la resultante definitiva del ejercicio bien realizado de principio a fin. Para este nuevo canon, cuando Vicente Zabala, Alfonso Navalón o Joaquín Vidal en sus descripciones hablan del momento de cargar la suerte, se están refiriendo al momento o instante en que la acción de cargar la suerte comienza, y ésta sólo se habrá cargado de verdad si el lance adquiere todo su recorrido.

*- El pase natural en la perspectiva integrada con el espectáculo*

---

<sup>463</sup> VILLÁN ZAPATERIO, J. *Tauromaquias. Lenguaje, liturgias y toreros*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2012, p. 55.

Hasta aquí hemos visto la evolución experimentada por la teoría taurina sobre la concepción del pase natural en la línea marcada por la perspectiva distante con el espectáculo hasta llegar a la Corriente Crítica Esencialista. Del mismo modo, la perspectiva integrada mantiene su visión que, como se podrá apreciar, es mucho más abierta, menos encorsetada que lo visto hasta ahora. No hay un límite real a lo realizable siempre que esto se haga dentro del orden y estructura de la lidia. La Tauromaquia incorpora innovaciones y sobre ellas se asientan las nuevas propuestas; no se trata de seguir una pauta rígida, se trata de torear armónicamente, transmitiendo la sensación de conjunto bien hecho sin que importen demasiado aspectos como la colocación. Tampoco hay una referencia clara al concepto de cargar la suerte, dándose por hecho que esta acción se produce en cualquier lance independientemente de su factura. Para observar estas diferencias de criterio, se seleccionan las propuestas de tres escritores que a lo largo de su carrera han mantenido una posición de cercanía con el entramado taurino, Luis Carlos Fernández López-Valdemoro, conocido como José Alameda, Fernando Fernández Román y José Carlos Arévalo.

LUIS CARLOS FERNÁNDEZ LÓPEZ-VALDEMORO (*JOSÉ ALAMEDA*)

*El hilo del toreo* – 1989

*Los arquitectos del toreo moderno* - 1961

El escritor y comentarista taurino Luis Carlos Fernández López-Valdemoro, *José Alameda*, (Madrid, 1912-México, 1968) en su obra *El hilo del toreo*, establece una distinción entre las, para él, dos posibles formas de torear históricas: línea natural y línea cambiada o contraria. Resumiendo su planteamiento primigenio, dentro de la «línea natural» se sitúan los diestros que «propenden a quedarse en su terreno, como eje, haciendo que el toro gire en torno suyo»; por su parte, los de «línea cambiada» son aquellos que «tienden a avanzar con el toro, mandándolo hacia adelante»<sup>464</sup>. Si, como veíamos, los textos de Corrochano, Zabala, Navalón, Vidal Y Villán pretendían desmontar las «argucias» del toreo devenido de Manolete, Pepe Alameda, por su parte, intenta justificar esa evolución. Curiosamente su trabajo *Los arquitectos del toreo moderno*, en buen número de apartados, relativiza y cuestiona las afirmaciones de Gregorio Corrochano, cuestionando los principios defendidos por el escritor talaverano.

No es cuestión de entrar en matices sobre esos planteamientos de Pepe Alameda que le llevan a esa censura constante de Corrochano. Sin embargo, si se aprecia en sus

---

<sup>464</sup> FERNÁNDEZ Y LÓPEZ-VALDEMORO, J. C. (*Pepe Alameda*). *El hilo del toreo*. *Op. Cit.*, p. 83.

palabras cierta superficialidad argumental, que partiría de la poca profundidad aplicada a la lectura del texto. Posiblemente, Alameda ni si quiera se hubiera molestado en poner en práctica, físicamente, en el salón de su casa, lo escrito por Corrochano.

En cualquier caso, considera el escritor que debe evitarse dar importancia al tema de la ubicación del torero delante de la cara del toro, ya que, «el problema del toreo paralelo, que tiene todas las trazas de un seudoproblema, de una elucubración mental sin correspondencia con la realidad, algo así como un traje bien cortado, pero que no le viene al sujeto, pues cuando tratamos de acomodar la teoría con los hechos, no casan nunca»<sup>465</sup>, afirma.

A pesar de ser reconocido como un riguroso aficionado, sus planteamientos mantienen la línea de la perspectiva integrada, entendiendo que cualquiera de las fórmulas aplicables al toreo es aceptada porque ninguna es excluyente en sí misma, y cada una deriva de la interpretación particular del diestro que la pone en práctica. Es más, entiende como más meritoria la derivada de Manolete, ya que es la receta definitiva para poder conducir la embestida regularmente a lo largo de todo el desplazamiento además de ser la fórmula que mejor se adapta a las condiciones de casi todos los toros:

[...] Cruzado o de frente, o en las dos formas a la vez, es posible llegar tan cerca como llegó Manolete, pero entiéndase bien, al situarse así, hay que sacar al toro en el arco hacia fuera del toreo por delante. En cambio, citar en corto para torear pasándose al enemigo, manteniéndolo equidistante a todo lo largo del frente del torero, no puede hacerse más que situándose de perfil y enhilado con el toro. Sólo así es posible y aún así siempre es muy difícil, pues en tal situación no se puede recibir y mandar al toro más que a base de aguante y de medida, pero nunca con toque hacia el pitón contrario para desplazar al astado, según la modalidad de algunos que la dejaron ver por su tosquedad de estilo y de otros que la disimularon por su mejor ritmo y más armonioso movimiento. [...]<sup>466</sup>

Esas argumentaciones serán santo y seña de la perspectiva integrada con el espectáculo y de todo el entramado taurino porque el toreo, en su desarrollo y evolución, debe consistir en hacer girar al toro en rededor del torero tantas veces como sea necesario, procurando templar la embestida, y para ello el torero no puede estar

---

<sup>465</sup> FERNÁNDEZ Y LÓPEZ –VALDEMORO, J. C. (*Pepe Alameda*). *Los arquitectos del toreo moderno*, *Op. Cit.*, p. 43.

<sup>466</sup> *Ibidem*, p. 54.

interpuesto en el camino que debe describir la res, sino que debe dejarlo libre para que el avance del bruto sea franco y todo lo largo que su capacidad de embestida permita.

FERNANDO FERNÁNDEZ ROMAN

*Los toros contados con sencillez – 2001*

El periodista Fernando Fernández Román (Valladolid) da una brevísima explicación de los pases naturales, definiéndolos como «aquellos en los que el torero, la muleta con esta mano, cita al toro de frente, de costado o de perfil y describe la suerte por abajo, encadenando las secuencias hasta consolidar una tanda o serie. También puede darse el natural por alto, pero tiene menos mérito y es poco frecuente»<sup>467</sup>. Como se puede apreciar, el pase natural puede realizarse desde cualquiera de las posiciones que el diestro considere oportuna: de frente, de costado o de perfil, de modo que ninguna de ellas influirá negativamente en el desarrollo del resto de lance. No hay, por tanto, obligatoriedad en situarse en la rectitud de la embestida ni de desviar la trayectoria del toro para evitar la cogida, es el diestro el que determina la fórmula que aplica en base a las condiciones del toro. El mayor mérito recae, como se puede apreciar, en que la conducción del toro se haga por bajo, es decir, que el engaño obligue a la res a llevar la cara lo más cerca de la arena posible, y el objetivo final debe ser construir una secuencia de pases, lo que en el vocabulario taurino se llama «tanda».

JOSÉ CARLOS ARÉVALO

*Las tauromaquias y el misterio taurino – 2003*

El también periodista José Carlos Arévalo Díaz de Quijano (Madrid, 1941) representa a la perfección el pensamiento de la perspectiva integrada con el espectáculo. Convertido en furibundo enemigo de Joaquín Vidal —en realidad de todos los miembros de la Corriente Crítica Esencialista y de todos los aficionados de esa perspectiva— durante los años en que dirigió la revista *6 TOROS 6* y el escritor cántabro estaba al cargo de la sección taurina de *El País*, Arévalo, una vez fallecido Vidal, pudo descansar al ver logrado su deseo de que el cronista dejara de escribir en tan prestigioso medio. Las provocaciones y descréditos desde la tribuna del semanario taurino fueron constantes por su parte, sin embargo, Vidal, que se conozca, nunca contestó a ninguna de sus provocaciones.

---

<sup>467</sup> FERNÁNDEZ ROMÁN, F. *Los toros contados con sencillez*. Madrid, Maeva, 2001, p. 174.

En la línea de José Alameda y Fernando Fernández Román, su concepción del toreo es amplia, admitiendo cualquiera de las variantes que puedan ejercerse delante de la cara del toro. Si la perspectiva distante otorga un grado de dificultad supremo al ejercicio correcto, ajustado al canon, de las suertes, convirtiendo su ejecución en algo casi imposible, Arévalo, representante, como se decía, de la perspectiva integrada, entiende que el ejercicio taurino no puede ajustarse únicamente a un patrón, sino que debe moverse en el amplio espectro de variables que posibiliten la conjunción armonizada. Entiende, por tanto, que el objetivo debe ser ése, y no otro, dependiendo la fórmula de las características del toro y de la personalidad de cada torero.

Si cada uno de los autores tratados promulgaban aspectos ineludibles como el cite enfrentado al toro o el avance hacia adelante del diestro en cada muletazo, Arévalo interpreta que dependiendo de la condición del toro, más si es bravo, el diestro es libre de citar enfrentado o la «hilo del pitón», porque el objetivo debe ser siempre ligar la faena, armonizarla, y para ello, no importa que el torero, en vez de adelante, se eche hacia atrás. «Pero se torea al hilo al toro que se viene. Y se le liga, rematando el pase hacia atrás: para quedar al hilo, y fajado, en el segundo y siguientes muletazos»<sup>468</sup>, afirma el escritor.

En ese sentido, su planteamiento es tal, que entiende que al toro realmente bravo lo normal sea torearle desde esa posición lateral, al hilo del pitón, con la obligatoriedad de perderle pasos en cada lance, es decir, andar hacia atrás uno o dos pasos al término de cada uno de ellos, porque el ímpetu de la embestida sólo permite esta disposición para reponerse y torear ligado. El toreo consiste, como se afirmaba más arriba, en que el toro gire en rededor del toreo cuantas veces sea posible, y para ello no puede tener obstáculos en su camino, únicamente el trapo que encele su embestida para conducirla hasta el final. El cite cruzándose al pitón contrario, enfrentándose al testuz del animal, sólo debe aplicarse a los toros más parados, aplomados, o remisos a embestir, o a aquellos a los que se pretenda castigar más para atemperar su embestida. «Podríamos aseverar —continúa el periodista— que al toro bravo se le torea ligado, siempre al hilo, perdiéndole uno o dos pasos. Sólo al toro más remiso se le torear cruzado en el segundo muletazo y siguientes, ganándole un paso, atacándole»<sup>469</sup>. «Pero no —corrige un poco

---

<sup>468</sup> ARÉVALO, J. C. y RYAN, R. *Las tauromaquias y el misterio taurino*. Madrid, El Cruce, 2003, p. 86.

<sup>469</sup> *Ibidem*, p. 86.

más adelante—. También cita cruzado el torero al toro con mucha codicia. Para bajarle los humos y que el temple le pare los pies».

Esta forma de torear, totalmente contraria, como se puede apreciar, a lo defendido por los escritores esencialistas, tiene para Arévalo una justificación ineluctable. Entiende el escritor que cuando en los años cuarenta y cincuenta se empezaron a instaurar las formas de Manolete, el toro que se lidiaba era más ágil debido a su falta de edad y trapío. Esta agilidad, o movilidad aumentada, que tenían las reses hacía innecesario torear cruzándose al pitón contrario, sin que esto, como él afirma, fuera en detrimento de la pureza clásica. Torear colocado de perfil, al hilo o fuera de cacho, ofrece al toro, según Arévalo, una mayor opción de coger al diestro, que no se encuentra tapado por la muleta a modo de pantalla, como sí ocurre en el cite de frente, sino dejando su cuerpo al descubierto:

[...] La verticalidad, como clave técnica del toreo ligado en redondo, caracterizó el toreo de Manolete. Y le sirvió para estructurar la faena de muleta en series, por naturales y derechazos. El toro de aquella década, años cuarenta, era más joven —utrero— y soportaba mucho menos peso, por lo que se adecuaba mejor a la verticalidad del torero, y como, obviamente, era más pronto y más noble, y tenía mayor movilidad, apenas necesitaba el cite cruzado. Pero esta observación no debe interpretarse como una devaluación de la pureza del toreo de entonces. Recordemos que el cite al hilo permite al toro ver más, darle más la opción de elegir entre el torero o el engaño. Todo los diestros de ese tiempo, incluso los Bienvenida, o Martín Vázquez, o los gitanos, que se sentían dentro de la estética belmontina, practicaban el toreo natural, al hilo, con el compás más cerrado que abierto. [...] <sup>470</sup>

Si desde el esencialismo se entiende que esas nuevas condiciones de los toros, con esa embestida más larga, sirven para agrandar, todavía más, el concepto clásico, porque el toreo pasa de series cortas, dos a tres pases como mucho, a otra más largas, aumentándose así el tiempo de exposición —y con él el riesgo— del diestro ante el ímpetu de la embestida, la perspectiva integrada con el espectáculo, al contrario, considera que esa mayor acometividad debe utilizarse para que el torero dibuje series interminables, en las que el toro gire una y otra vez sobre el eje que supone la figura del torero, que se limita a conducir las embestidas, pero siempre fuera del terreno del toro, que en este caso no tiene que quebrar su recorrido desplazado por la muleta, sino realizar una trayectoria circular casi continua. A esto último el esencialismo lo

---

<sup>470</sup> *Ibidem*, p. 203.

denominará hacer el «tiovivo», y le restará todo el mérito en base a esa posición totalmente fuera de la trayectoria del toro en la que se ubica el torero.

### **5.1.1.3. La excelencia como referencia de la crónica esencialista**

Como se apuntaba anteriormente, el crítico lo es de la utópica excelencia que pueda alcanzar la creación artística. Esta excelencia viene definida por dos componentes fundamentales que la determinan: el canon artístico —el canon nos habla del modelo perfecto— y la condición del toro. En base a esa excelencia, que sería el resultado perfecto de la unión de los componentes, criterios aceptados en el canon más respuesta del toro, llevará a cabo su enjuiciamiento.

El cronista no se fija únicamente en la armonía estética de la representación, sino que tratará de elucidar cada matiz de la obra para situarla en su justa medida de perfección conceptual, para enjuiciar si esa creación está ajustada al modelo o canon de perfección. La Tauromaquia, fundamentada en preceptos definidos, esenciales, inamovibles en cada época, que abarcan aspectos como colocación, distancias, etc., se complementa con otros cambiantes como quietud, ligazón, temple o recorrido, a los que es inherente y determinante la condición del toro: presencia, agresividad, mayor o menor nobleza, mansedumbre, mayor o menor fuerza, etc. El torero no deja de ser un intérprete, siendo su cualidad y personalidad al aplicar y conjugar esos preceptos la que establezca la diferencia de estilos dentro de una misma concepción esencial de la Fiesta, y la que determine la grandeza de cada obra artística.

La verdad en los toros, como afirmó Corrochano, como afirma Javier Villán<sup>471</sup>, no es única, sino que puede tener muchas caras. Pero hay una verdad absoluta y necesaria para la crítica esencialista que es «la verdad del dato, el hecho: citar al hilo no es citar de frente, un bajonazo no es una estocada en todo lo alto, un toro afeitado no es un toro íntegro. Esas son verdades incuestionables por encima de gustos y opiniones y representan conceptos de distinta jerarquía; unos expresan la verdad del toreo y otros sus falseamiento». El toreo que se ajusta al canon es toreo de verdad; el que no alcanza sus proposiciones, por muy estético y armónico que se muestre, falso o adulterado.

Sin embargo, la evolución natural del toreo hasta nuestros días, por simple hecho de supervivencia del intérprete, es hacia un perfeccionamiento estético y técnico en

---

<sup>471</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. *La crítica taurina. Antología. Op. Cit.*, p. 44.



detrimento de la citada profundidad conceptual, alcanzando una armonía estética casi absoluta, pero vacía la mayoría de las veces de contenido trascendente. Para el esencialismo el toreo se hace muy bello, casi perfecto, pero intrascendente por aliviado, porque tanto la estética como la técnica depurada inciden, muchas veces, en ese falseamiento del concepto clásico al reducir o escamotear la porción necesaria de riesgo que le otorga significación. Para otros, sin embargo, particularmente aquellos que viven e interpretan el espectáculo desde una perspectiva cercana, incluso integrada, esto no es mayor problema: la armonía estética es suficiente para otorgar importancia y reconocimiento a la obra. Suman sus valoraciones a las del público circunstancial o poco entendido que normalmente se muestra impresionable ante cualquier exhibición, sin entrar en valoraciones más técnicas que, por supuesto, desconoce.

Pero, como se afirmaba, para los escritores esencialistas esto no es así. Una representación bella, muy bella, no sustenta por sí sola la categoría de obra de arte, debe ir acompañada de otros valores que son inherentes a la excelencia, siendo el primero de ellos la emoción. Y ésta no puede existir sólo en el plano de lo estético —del mismo modo que tampoco puede hacerlo sólo en el plano de lo aguerrido—, debe brotar del plano conceptual, que a su vez queda delimitado por la condición del toro. Por eso nos dice Javier Villán que «el toro es la única razón de ser de la fiesta; y de que el torero lo es en función de las reses que le pongan delante. Lo que hagan los toreros ha de tener siempre ese único punto de referencia: el toro. [...] Lo demás, decía, son memeces estéticas, perversión esteticista»<sup>472</sup>.

Es decir, la emoción estética de contemplar algo hermoso y armónico, pero sólo hermoso y armónico, sin percepción tangible de riesgo, aunque éste siempre exista estando delante el toro, no puede nunca colocarse al mismo nivel de la emoción que provoca la presencia del peligro, palpable, que puede restar grados al preciosismo, pero que otorga un mayor sentido de relevancia. Por eso, también nos dice Villán que la toro no le puede nunca faltar «ese punto de vibración o genio por el cual el sentimiento llega más nítidamente a los tendidos»<sup>473</sup>.

La excelencia en la creación taurina viene determinada por tanto por la conjunción equilibrada de los actores principales: torero y toro. Sin la interpretación correcta del primero no puede haber arte mayor; pero sin la condición adecuada del

---

<sup>472</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «Toros y toreros». *El Mundo*, Madrid, 13 de julio de 1990, p. 42.

<sup>473</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «Orejas y bochorno». *El Mundo*, Madrid, 9 de julio de 1991, p. 24.

segundo, tampoco. El toreo tiene, o debe tener, una forma exterior armónica a la vez que emotiva, pero sujeta a un fundamento conceptual que determina su calidad. Un natural o una serie de naturales pueden ser ejecutados de innumerables maneras, pero únicamente alcanzará grandeza si la colocación del diestro, unida a la condición del toro, es adecuada. Todo lo que no se produzca en esos términos carecerá de la suficiente relevancia y restará grados a la excelencia pretendida.

La excelencia, la perfección absoluta en la obra de arte, como tal, sea algo posiblemente inalcanzable porque el Arte, por definición, como fruto de la actividad humana que es, es imperfecto. Lógicamente, y así lo han entendido durante décadas una parte de los críticos taurinos, en la fiesta de los toros la excelencia también es casi imposible, más si tenemos en cuenta que en la labor de los diestros se multiplican factores que dificultan el alcance de grandes cotas de perfección como puede ser el escenario, las condiciones climatológicas, las condiciones del toro, los estados de ánimo del artista, la actitud del público, etc., que sin ser óbices para la creación sugestiva o emotiva, condicionan ese camino hacia la pretendida perfección. «El toreo —afirma Federico Manjavacas Alcázar en su citada *Tauromaquia Moderna*, publicada en 1936— es un arte que lleva en su misma excelencia su limitación. Para dejar algo permanente, como es un estilo, hace falta alcanzar la categoría de genio, y esto es sólo dable a los elegidos. Los demás, dejan el recuerdo de sus obras, recuerdo que andando el tiempo se desvanece si no contienen un elemento de eternidad»<sup>474</sup>.

En la misma línea que M. Alcázar se manifiesta el insigne Gregorio Corrochano que, al describir el toreo al natural, como veíamos en el apartado anterior, señala lo difícil que resulta, por su gran complejidad tanto para el toro como para el torero, contemplar el toreo ligado perfecto, ajustado al canon. «¿Cuántos pases pueden ligarse?», se pregunta de nuevo Corrochano. Y él mismo da la respuesta objetiva en virtud de ese canon que describe la excelencia: «Si el pase está perfectamente dado, si ha sido completo desde el cite al remate, pocas veces. Si se trata de esos pases naturales simulados, sin el toro amarrado y sujeto y como atado a la muleta, en el que el toro pasa sin que el torero le mande, puede pasar muchas veces. Pases verdaderamente naturales ligados en redondo o con el de pecho, que es el natural remate del pase natural no

---

<sup>474</sup> MANJAVACAS ALCÁZAR, F. *Tauromaquia moderna*. Op. Cit., p. 11.

resisten muchos ni los toros ni los toreros».<sup>475</sup> Explica por tanto el cronista las posibilidades de ejecución del toreo, que puede ser mecánico pero sin la profundidad conceptual necesaria, o como algo realmente puro, que en su pureza lleva impresa su propia limitación al ser tan compleja su ejecución y reiteración que ni el torero, por el gran compromiso que conlleva, ni el toro, por el gran castigo que supone para él, pueden aguantarlo de manera prolongada.

La conjunción de todos los aspectos necesarios que puedan dar lugar a la excelencia de la obra es casi imposible. Cualquier imponderable, condición del toro o cambio en la condición del toro, disposición del torero, condiciones climatológicas, plaza, público, etc., por pequeño que sea, puede restar —y de hecho resta— grados a la pretendida excelencia; pero a su vez otorga grandeza al arte porque lo convierte en algo casi inalcanzable. De esto son muy conscientes los escritores esencialista, como así afirma por ejemplo Vicente Zabala en la temporada de 1973, que saben de la dificultad que encierra realizar una obra completa:

[...] A fuerza de ver corridas y más corridas, temporada tras temporada, cada vez se impresiona uno por menos cosas. La verdad es que son contadas las ocasiones en que presenciamos algo excepcional. Hay campañas en que después de ser testigos de ciento y pico festejos, no encontramos tan siquiera una labor completa fuera de serie. Nos tenemos que conformar con un abanico de detalles espigados entre las setecientas faenas que, más o menos, contemplamos por obligación. [...] <sup>476</sup>

El crítico Joaquín Vidal también recuerda la complejidad, dificultad y riesgo que lleva aparejada la realización de las suertes conforme al canon clásico. La colocación del diestro en el comprometido terreno que marca la trayectoria del toro hace de su ejecución un arriesgado y emocionante ejercicio que, normalmente, obliga a la brevedad, ya que, como bien afirma, al igual que hacía Gregorio Corrochano, para los toros supone un gran quebranto —recordemos que la anatomía del toro tiene que desplazarse describiendo una interrogación—, restándoles facultades y acometividad en cada serie, y para el diestro un riesgo continuado, que sólo los más preparados física y mentalmente pueden soportar. «Esta ejecución de las suertes es muy arriesgada y difícil —arriesgado y difícil es el toreo— y los toros no suelen soportarlas en gran número. Por tal razón las faenas del toreo antiguo, aquellas de corte clásico, tenían que ser

---

<sup>475</sup> CORROCHANO ORTEGA, G. *¿Qué es torear? Introducción a las tauromaquias de Joselito y Domingo Ortega*. *Op. Cit.*, pp. 154-155.

<sup>476</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «¿Estamos ante el torero que esperaba la afición?». *ABC*, Madrid, diario *ABC*, 24 de julio de 1973, p. 63.

forzosamente cortas. Por tal razón las cornadas eran más numerosas, fuertes y en peor sitio tiempo atrás. Por tal razón el toreo tenía siempre una emoción máxima»<sup>477</sup>, afirma el cronista.

Con Vidal encontramos, además, ejemplos suficientemente ilustrativos en el apartado 6.2.3.2. *La solemnidad trágica de Antoñete en la conexión de la sociedad con la Tauromaquia*, en el que al repasar las gestas del torero madrileño, al que el propio Vidal encumbra, comprobamos cómo en la mayoría de las ocasiones aparece el matiz clave que separa la grandiosidad del momento de la excelencia absoluta. Un matiz que surge bien porque el toro no tenía todas las condiciones de bravura mínimas o bien porque, a pesar de la emotividad del momento, algunos de los lances del diestro no se producían con toda la limpieza requerida.

Y con Paco Apaolaza ocurre exactamente lo mismo, y como ejemplo, una faena importante del torero José Ortega Cano en la plaza de toros de Sevilla en la temporada de 1991, una faena importante, grande, en la que el cronista nos dice que el torero de Cartagena «estuvo, casi, insuperable en una faena redonda, maciza, que hay que analizar en su conjunto como una obra rematada, sin flecos, ávida y solícita y, en absoluto, efímera. Perfección en el cite, con verdad en su temple, con donosura y pureza en los remates y con mando en la cintura, dándole una naturalidad que sólo tiene el toreo grande, profundo y espeso»<sup>478</sup>. Perfección en una obra rematada y con pureza, y sin embargo ese adverbio «casi» es la demostración de esa excelencia referencial, de la imposibilidad real de alcanzarla porque lo más probable es que haya una mácula, por pequeña que sea, que obligue a bajar un peldaño de esa categoría.

Son, sin duda, ejemplos clarificadores de esa fórmula de interpretación del arte, en la que se halla una de las grandes diferencias entre las dos vías tradicionales de la crítica taurina. El esencialismo siempre ha situado a cada figura de la Tauromaquia en un lugar que muchas de las veces no ha coincidido con la crítica que se hace desde la otra perspectiva. Aquellos toreros que alcanzaron gran reconocimiento social basando su toreo en concepciones alejadas de ese pretendido canon clásico, siempre tuvieron sobre su figura la espada de Damocles de la crítica esencialista. Así, y como ejemplos significativos que sirven para certificar esta afirmación, sabemos que el toreo de Miguel

---

<sup>477</sup> VIDAL VIZCARRO, J. *El toreo es grandeza*. Op. Cit., pp. 38-39.

<sup>478</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «"Chapó", Ortega Cano, "chapó"». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 19 de abril de 1991, p. 76.

Báez, *Litri*, glorificado otrora desde la perspectiva integrada, como puede comprobarse en el libro del periodista Enrique Vila<sup>479</sup>, en el que recoge las crónicas laudatorias por él mismo escritas relativas a la temporada de 1950, sabemos que para el esencialismo no pasaba de valeroso y espectacular, y superado ese espacio emotivo marcado por el arrojo, su tauromaquia esencial se diluía en lo vulgar. De él escribía Julio de Urrutia: «Ya que no podemos catalogar a Miguel Báez como torero de arte mayor, le clasificaremos como diestro de arte menor y de valentía colosal»<sup>480</sup>.

De igual manera sabemos que el tremendismo del toreo de Antonio Borrero, *Chamaco*, ídolo de los públicos en los años cincuenta y sesenta del siglo XX, lo era porque estaba favorecido por la falta de tremendismo del toro, como bien lo señalara Antonio Díaz-Cañabate<sup>481</sup> en su obra *Paseillo por el planeta de los toros*. Más cercano en el tiempo, la figura de Jesús Janeiro Bazán, *Jesulín de Ubrique*, en los años noventa, endiosado desde la perspectiva integrada de la época, nos llega, ya desde la Corriente Crítica Esencialista, como un remedo del «ojedismo»<sup>482</sup> que le precedió, en conjunto carente de profundidad y con un toreo tan efectista como vacuo en la mayoría de las ocasiones, que además se dejó llevar muchas por el camino de lo espectacular y grotesco —al igual que en su día hiciera Manuel Benítez, *El Cordobés*—, despreciando la seriedad que para el esencialismo merece el espectáculo.

Como ejemplo significativo, de los muchos que se encuentran en cada una de las temporadas en que la corriente crítica esencialista estuvo activa, de la gran diferencia de criterio entre las dos perspectivas sirven estos fragmentos de crónica sobre la actuación del diestro Francisco Rivera Ordóñez en la plaza de toros de Madrid en el mes de mayo de 1996. En primer lugar la referencia de José Luis Ramón en la revista de actualidad taurina *6 Toros 6*. Una crónica laudatoria en la que cabe destacar el término «profundidad», que para el cronista define cuál fue la cualidad que tuvo su quehacer. Es decir, una gran obra con todos los componentes necesarios: «sin ligereza, sin ventajas, sin superficialidad, con hondura y con ritmo, todo cadencia y regusto»:

---

<sup>479</sup> VILA, E. *Crónicas taurinas*. Sevilla, Editorial Católica Española, 1951.

<sup>480</sup> DE URRUTIA ECHÁNIZ, J. *Los toros en la guerra española*. Op. Cit., p. 149.

<sup>481</sup> DÍAZ-CANABATE Y GÓMEZ TREVIJANO, A. *Paseillo por el planeta de los toros*. Madrid, Salvat, 1970, p. 47.

<sup>482</sup> «Ojedismo» es el apelativo que se aplica al fenómeno que en la Tauromaquia y durante los años ochenta tuvo lugar como consecuencia de la irrupción en el toreo del diestro de Sanlúcar de Barrameda Francisco Manuel Ojeda González, Paco Ojeda. Su personalísima ejecución de las suertes, acortando mucho las distancias con gran quietud y temple, dio lugar a una forma de torear que, superada su época, se bautizó como «ojedismo», y que se aplica a aquellos diestros que ejecutan un toreo similar al del diestro gaditano.

### Madrid tiene memoria

[...] Rivera Ordóñez se relajó con sus toros, y los toreó a placer y con cadencia. A su primero, un buen toro que duró poco, le pegó exactamente todos los pases que tenía el animal. Ni uno menos. Cuando el de Mari Carmen Camacho se paró, entonces en momento se fue a por la espada. Hasta entonces realizó un suave, de ánimo templado y tranquilo, pero de trazo largo. Profundidad es, sin duda, la palabra que mejor define el toreo de Rivera Ordóñez en ese momento: sin ligereza, sin ventajas, sin superficialidad, con hondura y ritmo, todo tuvo cadencia y regusto. [...] Rivera Ordóñez salió en el otro todavía más tranquilo y relajado. [...] Esta faena tuvo, a diferencia de la del primer toro, mayor largura. [...] Sobre la misma base del temple y del gusto, Rivera edificó un toreo largo y bueno... [...] Al final, un circular y uno de pecho por el otro pitón pusieron a la plaza en pie. [...]<sup>483</sup>

Sin embargo, Joaquín Vidal en *El País* no había visto nada de lo que alababa su colega, ni la hondura, ni la cadencia, ni el ritmo, y las faenas del famoso diestro, salvo algunos detalles, no había pasado de vulgares, con el agravante, además, de que los toros con los que las había realizado no habían tenido entidad, algo que José Luis Ramón no comparte o simplemente pasa por alto:

### Valía todo

[...] El colmo del sarcasmo habría sido esa salida a hombros por la puerta grande —si bien se mira— pues el toreo de Rivera Ordóñez no fue como para tirar cohetes; ni siquiera para un jacarandoso redoble de Don Nicanor Tocando el Tambor. [...] El toreo de Rivera Ordóñez, entonado al lancear de capa, en la muleta no estuvo mal; ni bien. Va uno a las novilladas y ve docena y media de faenas similares a las de Rivera Ordóñez, cuando menos. Y con más toro. [...] El toro que sacaron para Rivera Ordóñez y sus compañeros de terna tenía cara de novillo, hechuras a tono, invalidez supina, temperamento cándido y santo conformar. Y a los isidros les valía... [...] La faena orejeable al sexto toro tuvo menos ajuste y reunión; redondos y naturales le salían vulgares a Rivera Ordóñez, y sólo ciñó, hondos y largos, los pases de pecho —varios de ellos empalmados, siguiendo la moda— que provocaron en los tendidos gran algarabía. Y eso fue todo en el Parnaso. [...]<sup>484</sup>

Esa disparidad de criterios, multiplicada durante cada una de las temporadas, sólo puede explicarse desde la diferencia de perspectivas que existe en la Fiesta. A lo largo de una temporada serán muy pocas las faenas y los diestros que para la Corriente Crítica Esencialista hayan logrado situarse en la cumbre del arte. El balance normalmente se reduce —como bien apuntaba Vicente Zabala— a momentos puntuales

<sup>483</sup> RAMÓN, J. L. «Madrid tiene memoria». *6TOROS6*, Madrid, Genet S.L., semana del 4 al 11 de junio de 1996, nº 101, p. 26.

<sup>484</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Valía todo». *El País*, Madrid, 30 de mayo de 1996, p. 40.

y estelares. Se deduce por tanto que estos críticos consideran el toreo como algo tremendamente difícil, como un arte supremo casi inalcanzable en el que unos pocos elegidos pueden llegar a la perfección. Señala García-Posada en relación a la crítica literaria un fundamento aplicable en este caso a esta forma de ejercer la crítica taurina: «al crítico al que le cueste mucho trabajo escribir que una obra es “excepcional”, “mágica”, “inolvidable”, “memorable”, “magnífica”, “deslumbrante”, etc., acabará adquiriendo fama de persona difícil, cuando lo único que hace es ejercer el sentido común»<sup>485</sup>, ese sentido común del que hacen gala los escritores esencialistas para tratar de colocar cada cosa en su sitio, evitando la relativización del arte, rechazando la mistificación del mismo, para que nunca deje de ser algo tan absolutamente grande que sea casi, casi, imposible realizarlo de forma perfecta.

Y para cerrar este apartado, de nuevo una reflexión de Paco Apaolaza en el año 1992 acerca de la excelencia, de lo «maravilloso», tras observar una faena de Curro Romero en la Feria de Abril de ese año y que explica esa diferente manera desde la que se contemplan los toros desde el esencialismo, una forma en la que el observador es capaz de analizar y dar la medida exacta, gracias a su conocimiento, de lo realizado en un ruedo. La aceptación de cualquier planteamiento por el simple hecho de producirse rebaja lo realmente importante al nivel de lo que no lo es, y esto ocurre con frecuencia en el toreo, lo que conduce a proclamar como bueno todo, y si todo es bueno y grande, no hay un espacio para el Arte con mayúsculas, porque nadie va luchar por lo imposible, por lo más difícil, si vale lo mismo que lo acomodaticio, «porque en el toreo, en ese toreo, como en casi todo, la medida de lo maravilloso somos nosotros mismos, a quienes va dirigido el mensaje y si las cosas tuvieran una medida universal, el término maravilloso dejaría de existir y todo sería igual de grande. La rutilante sencillez, la pureza, la gracia, el dominio, la despaciosidad, el señorío, el temple, la verdad y la magia, todo junto, nos enseñó otro mundo al que, lamentablemente, no estamos acostumbrados y que se nos olvida poquito a poco...»<sup>486</sup>.

---

<sup>485</sup> GARCIA-POSADA HUELVA, M. *El vicio crítico*. Madrid, Espasa-Calpe, 2001, p. 115.

<sup>486</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «... Que lo hizo tan torero». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 27 de abril de 1992, p. 92.

## 6. Etapas y cronistas más relevantes de la Corriente Crítica Esencialista

Para llevar a cabo el estudio de la que, en este trabajo, denominamos Corriente Crítica Esencialista en la información taurina, se divide su periodo de vigencia en cuatro etapas. Una primera etapa, o etapa de surgimiento, marcada por la fuerte irrupción de estos jóvenes cronistas y su progresivo afianzamiento. En esta primera etapa el discurso esencialista estará apuntalado en un eje fundamental: la recuperación del toro en todos los aspectos y la denuncia de los abusos a los que está sometido. Esta primera etapa alcanza hasta la llegada de la democracia a la sociedad española.

En esta primera etapa, los miembros más importantes del grupo son el citado Vicente Zabala, primero en *El Alcázar*, desde el año 1965, y Alfonso Navalón Grande que habrá accedido a *Informaciones* en 1967. Zabala pasará a *Nuevo Diario* en 1968, periódico donde alcanzará la mayor relevancia su discurso esencialista, y en 1972 a *ABC*, en el que permanecerá hasta su fallecimiento en 1995. Por su parte Navalón se incorporará a *Pueblo* en 1972, etapa que alcanza hasta 1983, año en el que se incorpora a *Diario 16* de la mano de su director Pedro J. Ramírez.

Una segunda etapa, intermedia o de incertidumbre, paralela a esa incipiente y precaria democracia española, en la que la corriente se ve afectada por varios aspectos como la desaparición de medios de comunicación provenientes del franquismo y la incorporación asimismo de nuevos medios y cabeceras surgidos ya en el periodo democrático. Las demandas igualmente se mantienen, pero se van matizando las fórmulas de denuncia. El discurso esencialista se refresca al igual que lo hace la sociedad. Esta etapa está marcada, sin duda, por el nacimiento del diario *El País*.

En esta etapa se produce un progresivo abandono de la radicalidad en el discurso de Vicente Zabala, que se aparta sensiblemente de sus posiciones originales; pero se produce también la incorporación en 1976 de Joaquín Vidal desde las páginas de *El País*. Sin duda, Vidal, hasta su fallecimiento en 2002, se convertirá en el miembro más importante de la corriente. Con él quedará marcada una época del periodismo taurino crítico. Esta segunda etapa está marcada por la abrupta salida de Alfonso Navalón en el año 1984 de *Diario 16* y porque los siguientes años el peso del discurso esencialista recae casi exclusivamente en Joaquín Vidal. Serán unos años de soledad hasta que en 1990 se produzca la aparición del diario *El Mundo*.



Una tercera etapa que comienza de manera incierta, pero que con el paso de los años, la que la corriente alcanza su mayor plenitud. Las cabeceras de los diarios más importantes tienen en sus filas a cronistas esencialistas. El esencialismo taurino está presente en la prensa diaria y la información taurina adquiere gran espacio en todos los medios de comunicación. Es la etapa más fructífera de la corriente, ya que en la mayoría de diarios de tirada nacional más importantes se aglutina el mayor número de cronistas esencialistas. En el año 1990 el diario *El Mundo* coloca como cronista taurino de cabecera a Javier Villán, en 1991 será el guipuzcoano Paco Apaolaza, hasta ese momento en la agencia Colpisa, el que fiche por *Ya*.

Y una cuarta etapa en la que la corriente, principalmente por el fallecimiento de varios de los miembros más relevantes, entra en un periodo de decadencia y finalmente el discurso esencialista en los términos de radicalidad conocidos desaparece de los diarios. Apaolaza fallecerá en 1998 y Joaquín Vidal en 2002. Vicente Zabala habrá fallecido en 1995, y el combativo Alfonso Navalón, que desde su retirada forzada habrá escrito en diarios regionales de Salamanca, fallecerá en 2005.

Son éstas las cuatro etapas en las que se puede dividirse la vigencia y oportunidad de la Corriente Crítica Esencialista, el periodo de mayor radicalidad de la crónica taurina española en el siglo XX y seguramente en el conjunto de la historia del periodismo taurino.

El presente estudio no pretende llevar a cabo un análisis cuantitativo por comparación de datos entre unos y otros autores para determinar correspondencias discursivas o niveles de fiabilidad entre los planteamientos particulares, sino que pretende, al tratar de manera individual a los protagonistas de cada etapa, centrarse en la particularidad de cada uno de ellos, con el objeto de descubrir qué cuestiones son a las que prestan una atención de manera más concreta y diferenciada con respecto a sus compañeros. Así, en Vicente Zabala el trabajo se centra en su fórmula de defensa y reclamación del toro; en Alfonso Navalón en su denuncia del fraude del «afeitado»; en Joaquín Vidal en su lucha contra la abusiva Suerte de Varas; y en Paco Apaolaza su defensa de los toreros más modestos y del canon esencial.

## **6.1. Primera etapa: surgimiento (1965-1976). De la censura absoluta a la Ley Fraga**

En 1965 se produce la incorporación de Vicente Zabala Portolés (Madrid, 1937-Valle del Cauca, Colombia, 1995) al diario *El Alcázar*, incorporación que supone el inicio de la que en este trabajo venimos llamando Corriente Crítica Esencialista en la fiesta de los toros. Dos años más tarde, en 1967, Alfonso Navalón Grande (Huelva, 1933-Fuentes de Oñoro, Salamanca, 2005) llega a *Informaciones*, quedando formado junto a Zabala el tándem clave de la corriente de esta primera etapa. Ellos dos capitanean un incipiente movimiento reivindicativo en pro de la regeneración de la Fiesta que marcará un antes y un después en la historia de la crónica taurina. Esta primera etapa abarcaría el periodo comprendido entre 1965 y 1976, año en el que la democracia española, tímidamente, ha empezado a caminar.

En este periodo, el franquismo está dando sus últimos pasos como régimen establecido, algo que se deja notar no sólo en el desarrollo económico y social de España, sino también en la información y comunicación. La Ley de Prensa de 1966, conocida popularmente como Ley Fraga, con sus luces y sombras —muchas más sombras que luces—, significa el principio de la progresiva entrada de oxígeno en ese terreno. La sociedad española, todavía sin creérselo del todo, más aún, sin saberlo, camina hacia la democracia, y esa nueva sensación de principio de libertad se trasmite por todos los ámbitos sociales.

Parte de la afición taurina, y con ella determinada crítica, parece que se contagia de la inercia que supone esa sensación de ruptura con el pasado, estableciéndose un movimiento reivindicativo que busca la dignificación de la Fiesta en todos sus niveles. El hartazgo, presente en determinados sectores de aficionados, encuentra su altavoz definitivo en estos cronistas, que con un discurso fresco, directo y duro, romperán los moldes tradicionales de la crítica taurina. La fiesta de los toros, también sin saberlo, ha empezado su particular «transición».

En el aspecto informativo general, durante la primera etapa del franquismo la prensa española está sujeta a las directrices del Régimen, que apenas permite que la información exude opiniones mínimamente contrarias al orden establecido. El progresivo avance franquista desde el inicio de la guerra supone la continua incorporación al Movimiento de todos los medios de comunicación contrarios al

levantamiento que se van incautando, periódicos y emisoras de radio, creándose ya en 1937, para su mejor control, la Administración Central de la Prensa del Movimiento. Terminada la guerra, en pocos meses estará confeccionada y a pleno rendimiento la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda del Movimiento, aglutinadora y controladora de la mayor parte de la información que pudiera salir a la luz pública española, pasando a denominarse con posterioridad como la Subsecretaría de Prensa y Propaganda, dependiente del Ministerio de la Gobernación. Esta subsecretaría, amén de controlar toda la información que pudiera publicarse, en su ser aglutinaba a más del cuarenta por ciento de los diarios españoles que se editaban, la mayoría de ellos, como se afirmaba, incautados durante la contienda. Toda la prensa que directamente dependía de ella es conocida históricamente como Prensa del Movimiento.

Si bien existen algunas empresas periodísticas que mantienen su independencia de gestión, el control férreo, prácticamente absoluto, de los primeros años de la dictadura obliga al pensamiento y opinión únicos. En este sentido, como bien señala Justino Sinova, «sólo cabría diferenciar entre la prensa perteneciente al partido y a la organización sindical, por una parte, y el resto de los periódicos que, aunque editados por particulares, debían someterse a un procedimiento de estricto control político que no entendía de distinciones. [...] La prensa privada no es más independiente del poder político que la pública. Simplemente, “no podía” serlo»<sup>487</sup>.

Se impone la censura previa, y nada, prácticamente nada, puede salir a la luz pública si antes no ha pasado el filtro del Régimen. Puede afirmarse, por tanto, que la censura es total. Sin embargo, en el tardo franquismo, en los años de mayor desarrollo económico que conoce el periodo dictatorial, va a producirse un hecho importante amén que curioso, como es la aprobación en el año 1966 de la Ley de Prensa, la llamada y conocida como Ley Fraga.

Invitado por ese aire de prosperidad que otorga al país la rapidez e inmensidad de ese desarrollo económico de los años sesenta, el Régimen decide adaptar el discurso: España está preparada para tener una prensa «más libre» que permita difundir mejor las bondades de la nueva situación. La Ley de Prensa supone para España un importante giro en la comunicación, un giro, discreto, pero que servirá para ir desbrozando el camino hacia los nuevos tiempos que se avecinan.

---

<sup>487</sup> SINOVA GARRIDO, J. «La difícil evolución de la prensa no estatal». En TIMOTEO ÁLVAREZ, J. (Coord.) *Historia de los medios de comunicación en España*. Barcelona, Ariel, 1989, p. 262.

Evidentemente, no puede perderse la perspectiva de que la ley nació dentro de una dictadura, y por tanto, a pesar del cambio que supuso para la prensa escrita, — la radio como la televisión siguieron sujetas al férreo control del Régimen—, tanto en materia de información y sobre todo de opinión, las limitaciones normalmente superaban a las cesiones que el nuevo escenario otorgaba. «La aplicación de la Ley de Prensa de 1966 tenía una alta dosis de discrecionalidad, lo que llevaba a momentos de mayor libertad y a momentos de mayores restricciones. El criterio también variaba según el tipo de publicación de que se tratase; así la prensa diaria estaba más controlada que la publicaciones semanales o de otra periodicidad»<sup>488</sup>, señala el profesor Alejandro Pizarroso.

Una de las mayores novedades que incorporaba la Ley Fraga era la desaparición, al menos en parte, de la censura previa reinante hasta el momento. Evidentemente, el control y las sanciones eran posteriores, lo que obligaba a las direcciones de los medios a medir con precisión lo que se imprimía en las rotativas. Caso paradigmático e icónico en este sentido es lo acontecido con el diario *Madrid*, osado en sus planteamientos democráticos para la época, fue numerosas veces sancionado, cerrado en distintas ocasiones, y asfixiado por innumerables multas hasta que en el año 1971 el Ministerio de Información y Turismo decidiera cancelar la inscripción de FACES, empresa propietaria, en el llamado Registro de Empresas Periodísticas, y el cierre definitivo del diario. El edificio que albergaba la redacción de *Madrid*, en un gesto sin precedentes, fue reducido a escombros en el año 1973, actuación que se convertía en la metáfora perfecta de la actitud del Régimen frente a esos deseos de libertad que empezaban a percibirse.

En cualquier caso, la opinión publicada, lentamente, va rompiendo los corsés que ataban su languideciente, hasta ese momento, caminar, y en este sentido, debe reconocerse el relevante papel que algunos medios de comunicación impresos desempeñaron tanto en ese periodo previo a la Transición como en los primeros años de democracia. Ante la ausencia de una representación política social, algunos medios impresos asumieron, como indican Juan F. Fuentes y Javier Fernández, la función de

---

<sup>488</sup> PIZARROSO QUINTERO, A. «Evolución histórica de la prensa en España». En PIZARROSO QUINTERO, A. (Coord.). *Historia de la Prensa*. Madrid, Centro de Estudios Ramón Areces, Colección de *Información y Comunicación*, 1994, pp. 316-317.

«Parlamento de papel»<sup>489</sup>. En los más importantes diarios y revistas de orientación aperturista se cocinó, entre piruetas que buscaban burlar el control y sanciones que trataban mantener el orden, la proyección de la necesidad de cambio en el modelo político. La gran labor de estos medios fue, como señalan los autores antes citados, la creación «de una opinión pública plural e independiente»<sup>490</sup>, que sirviera de soporte ético amén que moral para esa nueva época política que se aventuraba.

Diarios como *Informaciones*, el citado *Madrid*, incluso *Ya*, algunas publicaciones periódicas, como la mensual *Cuadernos para el Diálogo*, nacida en 1963, y la semanal *Triunfo*, desde 1946, a las que se sumaría a partir de 1971 *Cambio 16*, con taciturna línea editorial debido a esa censura impuesta hasta el momento, incrementarán progresivamente sus contenidos en materia política e incluirán entre sus colaboradores a relevantes voces del panorama intelectual que apostaban por la necesaria transformación, convirtiéndose en los más importantes altavoces de la esperanza del cambio. Su todavía tenue voz chocará contra la opinión de las revistas y periódicos continuistas, que empezarán a cuestionar esa supuesta libertad de opinión que favorece la Ley Fraga. «Asistimos, pues, a un debate público entre, por una parte, los partidarios del aperturismo político, de la reforma del régimen e incluso del cambio (aunque por temor a las represalias no pudieran siempre expresarlo con esta crudeza), y por otra los continuistas que veían en el régimen y en sus instituciones la única solución de futuro para el país»<sup>491</sup>, escribe el profesor Carlos Barrera del Barrio. El camino hacia la libertad y la democracia, en cualquier caso, todavía será largo y lleno de dificultades; pero no tendrá vuelta atrás.

Este nuevo proceso de evolución hacia el aperturismo no influirá excesivamente en la información y opinión taurinas, y la explicación sea, seguramente, que la fiesta de los toros siempre fue capaz de avanzar por su propio camino, ajena, en cierta medida, a los vaivenes políticos. Puede buscarse un cierto paralelismo, como el que se establece en el apartado 6.2.3.1. *La Fiesta es progresista. La «transición» taurina*, entre el cambio definitivo hacia la democracia y el impulso social y cultural del espectáculo, entre ese aire aperturista de la comunicación y la irrupción de ese periodismo taurino crítico. No obstante, queda constatado que cuando la corriente crítica toma impulso en

---

<sup>489</sup> FUENTES ARAGONÉS, J. F., y FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J. *Historia del periodismo español*. Madrid, Síntesis, 1998, p. 322.

<sup>490</sup> *Ibidem*, p. 30.

<sup>491</sup> BARRERA DEL BARRIO, C. *Sin mordaza*. Madrid, Temas de Hoy, colección *Grandes Temas*, 1955, p. 27.

la segunda mitad de los años sesenta del siglo XX es imposible vislumbrar con nitidez la transformación que en lo político y social va a sufrir España.

No es menos cierto que la brisa, tenue, pero brisa, de cambio que llega con los primeros signos de agotamiento del régimen coincide en el tiempo con la irrupción de esos críticos irreductibles e iconoclastas, sin embargo, su trabajo independiente y honesto desde varios años antes de su incorporación a la prensa diaria nacional confirma que la opinión en los toros apenas contaba con censura, o ésta quedaba circunscrita a cuestiones que se salieran del cauce natural de la información taurina. En cualquier caso, el surgimiento de la Corriente Crítica Esencialista se produce en el momento en que el franquismo empieza a abrir la puerta hacia otra realidad, la ley Fraga es un primer síntoma, y con ella en vigor la corriente empezará su desarrollo y confirmación.

### **6.1.1. La lucha por la dignificación del espectáculo**

Históricamente, la fiesta de los toros, de una u otra manera inmersa hasta la médula en la sociedad española, ha mantenido un importante paralelismo con los diferentes periodos políticos y sociales vividos en España. Ejemplos significativos en este sentido los encontramos en muchos de los momentos históricos trascendentes del país. Así, sin necesidad de irse demasiado lejos, en la España de la Restauración, en la España de la segunda mitad del siglo XIX, dividida entre conservadores y liberales, entre Cánovas y Sagasta, surge la división y la rivalidad taurina entre Salvador Sánchez, *Frascuelo*, y Rafael Molina, *Lagartijo*. Como bien apunta Fernando Claramunt en su obra *Historia Ilustrada de la Tauromaquia*, «España era una arena politizada día y noche, todo tenía que pertenecer a un bando o al contrario y siempre con fanatismo»<sup>492</sup>. Si fanatismo había en el panorama político, no menos lo había en los tendidos de las plazas de toros. Ese fanatismo tan característico español que se retroalimenta con el fracaso del rival, nubla cualquier atisbo de cordura, e impide concederle el menor reconocimiento.

El imperfecto funcionamiento del bipartidismo desembocó en numerosas irregularidades, siendo una de las más sangrantes la degeneración del sistema hasta convertirse en un proceso cargado de caciquismo. Y cacique a modo dentro del panorama taurino fue el diestro cordobés Rafael Guerra, *Guerrita*, que superó

---

<sup>492</sup> CLARAMUNT LÓPEZ, F. *Historia ilustrada de la Tauromaquia. Tomo I. Colección La Tauromaquia*, nº 16, Madrid, Espasa-Calpe, 1988, p. 376.

definitivamente a Frascuelo y Lagartijo, alcanzando su reinado taurino hasta los últimos años del XIX. Sus imposiciones dentro y fuera del ruedo marcaron toda una etapa de la historia de la Tauromaquia y todavía hoy son objeto estudio por el calado que en algunos aspectos llegaron a tener:

[...] Rafael Guerra no fue solamente un torero excepcional; era además todo un doctor, todo un catedrático y todo un académico en filosofía y gramática parda, y conocía a su público como jamás artista alguno conoció al suyo. La gente de gradas y tendidos, como la de butacas y paraíso, pedía en las plazas de toros lo mismo que pedía en el teatro, en el concierto, en la librería, o en las sesiones del Congreso: *diversión* a toda costa y a todo pasto. Y como en cualquier modalidad del arte y en cualquier manifestación de la vida, es más fácil *divertir* que *conmover*, figurémonos con qué fruición iría *Guerrita* donde le llamaban. El *toreo alegre* lo tenía por naturaleza en la médula y en la sangre, y no necesitó violentarse en la más mínima parte de su temperamento y de sus gustos para adoptarlo como norma y para erigirlo como bandera.

Faltaba, sin embargo, una condición *sine qua non* para poder desarrollar cómodamente todo el sistema: que cierta clase de toros no viniese a entorpecer el programa, a *entristecer* el espectáculo y a turbar la diversión y la alegría general. [...] No era mucho exigir que a cambio de la alegría que repartía a manos llenas, pidiese toros especiales que le permitiesen realizar su plan, alegrar a las muchedumbres y hacerse rico. Petición justificadísima y aceptada desde luego; todo, todo menos ir a la plaza a sufrir y a correr el riesgo de que el almuerzo se indigestara. [...] <sup>493</sup>

Ya en el siglo XX, España quiere despertar, quiere quitarse la congoja de los sucesivos desastres decimonónicos, quiere progresar, evolucionar... En lo taurino surge la, posiblemente, competencia más bonita que nunca ha existido en los ruedos: Joselito y Belmonte. La de Frascuelo y Lagartijo fue sin duda la más intensa; pero la de José Gómez Ortega, *Gallito*, y Juan Belmonte es la más atractiva y determinante. Gallito, también conocido como *Joselito el Gallo*, es heredero directo de Rafael Guerra, de la ortodoxia pura, del dominio sin tapujos. Valor y destreza unidos a unas facultades físicas y mentales portentosas. El toreo de la época en su cénit: no se puede torear ni mejor ni con más estilo. Y sin embargo, Juan Belmonte es casi lo contrario, la debilidad, la incertidumbre y, por supuesto, el drama permanente. Belmonte físicamente es casi un guiñapo, pero inesperadamente aporta ese plus trágico que terminará por estructurar el nuevo canon. Su forma de acercarse a los toros, de avanzar hacia el pitón contrario, para desde ahí crear los pases da al arte un toque dramático que antes no tenía y le añade un plus de hondura conceptual.

---

<sup>493</sup> BORRELL VIDAL, F. (*F. Bleu*). *Antes y después del Guerra. Medio siglo de toreo. Op. Cit.*, p. 319.

Llega la República con todos esos argumentos esperanzadores. El toreo, que con Belmonte había empezado su proceso de transformación, gana en dramatismo, en trascendencia, en hondura... Los años treinta son el periodo en que el toreo camina con mayor firmeza. Las bases que marca Belmonte poco a poco se van afianzando. En teoría no puede haber mayor compromiso ni verdad: el toro es serio y el toreo más profundo.

La Guerra Civil y el periodo de posguerra significan decadencia en todos los sentidos, y en el toreo también. España literalmente se desangra y la Fiesta entra en una fase de degeneración nunca antes conocida. Las proporciones del toro se reducen tanto que da lo mismo celebrar novilladas que corridas de toros porque apenas hay diferencia entre las reses de uno u otro formato. El «afeitado» se instaura como práctica habitual y para añadir más leña a la hoguera de la decadencia, se apoderan del espectáculo formas de torear que rozan lo circense. Es el «no va más» en una ya irreconocible Fiesta que llega así hasta la década de los setenta. Pero la transición hacia la democracia se contagia también en los toros, y la «transición taurina» significa de nuevo poner el rumbo hacia la seriedad. El toro empieza a recuperar el protagonismo perdido y el toreo intenta conciliarse con la trascendencia pretérita.

Por tanto, esa dosis de esperanzadora —tenue, pero esperanzadora— libertad que supuso la Ley Fraga es posible que también influyera en el panorama de la información taurina, y los medios menos adscritos al Régimen, más aperturistas, abrazaran cualquier discurso reivindicativo, favoreciendo la inclusión de estos críticos con posicionamientos más radicales en la defensa de la integridad del espectáculo. Los casos, por ejemplo, de *Informaciones*, *Nuevo Diario* o *Madrid*, son reveladores en este sentido, ya que el primero contará con la figura de Alfonso Navalón a partir de 1967, *Nuevo Diario* desde su nacimiento en 1968 incorporará a Vicente Zabala y el diario *Madrid* hará lo propio con Julio de Urrutia en el mismo año.

Se establece, como nunca antes había ocurrido, un movimiento reivindicativo que, desde una posición esencialista radical, reclamará y luchará por la dignificación de un espectáculo al que consideran absolutamente decadente. Este movimiento, heredero del discurso esencialista que viene desarrollándose desde el periodo de posguerra, desembocará en la llamada en este trabajo Corriente Crítica Esencialista.

Evidentemente, ese discurso esencialista estará centrado en la crítica hacia los males que la Fiesta arrastra de manera endémica desde el final de la guerra. El toro



capitidismuido en todos los aspectos (edad, trapío y defensas) y el toreo heterodoxo, hasta casi circense, que en su progresión encuentra su mayor expresión en esa década de los sesenta, serán los pilares a derribar de esa decadente tauromaquia con el objeto de recuperar para el espectáculo dignidades pasadas.

Así, en esta primera etapa esos ejes reivindicativos fundamentales del discurso esencialista alcanzan, como se verá con más profundidad en un apartado posterior, algunos hitos importantes. En relación a la recuperación del toro bravo hay dos acontecimientos destacables: por un lado, la implantación y entrada en vigor del Libro de Registro de reses bravas, que servirá para el control de nacimiento de las reses, evitando de esta manera la lidia de reses sin la edad reglamentaria como era habitual que estuviera sucediendo desde el final de la Guerra Civil. En segundo lugar, las campañas en contra del «afeitado» que de manera conjunta llevan a cabo los escritores de la corriente, como la realizada a principios de 1969, o la que tiene lugar entre julio de 1971 y febrero de 1972.

Sobre la recuperación del clasicismo así como el rechazo y desprestigio de las formas heterodoxas de tauromaquia, representadas en ese momento en su mayor nivel por la incontestable figura de Manuel Benítez, *El Cordobés*, se establecerá un discurso reivindicativo y de rechazo que alcanzará grandes cotas de trascendencia. Sin embargo, ese discurso de descrédito se topará con escoyos que a la larga se mostrarán como determinantes. El primero es el volumen de público ocasional que arrastran —en este caso principalmente *El Cordobés*, instalado como primera figura— los diestros de corte encimista o tremendista, que anula la fuerza del discurso y les instala en la cúspide a pesar de los esfuerzos y censuras por parte del esencialismo. El segundo, la fuerza que estos diestros tienen también en los medios de comunicación, que les hacen protagonistas de la nueva etapa de recuperación que vive España, contribuyendo de esta manera a engrandecer su figura y a contrarrestar el mensaje negativo. Aún así, el esencialismo también alcanzará algunos hitos importantes en esta materia, como la destitución de uno de los presidentes de la plaza de toros de Las Ventas, el comisario de policía señor Pangua, a raíz de la concesión de un rabo al diestro Sebastián Palomo Linares en el año 1972, o la comunión y el amparo absoluto por parte de los aficionados que ven defendida su interpretación esencial de la Fiesta.

Junto a Vicente Zabala y Alfonso Navalón, varios cronistas más, como los veteranos y ya citados en un apartado previo Antonio Díaz-Cañabate desde *ABC* y José María del Rey Caballero, *Selipe*, desde *Hoja del Lunes*, además de las progresivas incorporaciones de cronistas menos relevantes pero que contribuyeron a que el esencialismo tuviera una presencia determinante en la prensa taurina de la época, darán forma inicial a la Corriente Crítica Esencialista. Nombres de cronistas también veteranos, como el citado Julio de Urrutia en el diario *Madrid* desde 1968, Mariano de la Cruz en *Hoja del Lunes*, o José Antonio Medrano, en *Arriba* desde 1970 entre otros, junto a los más jóvenes, como Carlos de Rojas o Carlos Ilián, dieron forma a ese grupo que luchará de forma pertinaz por imponer su manera de entender la Fiesta y de dignificar el espectáculo.

### 6.1.2. Vicente Zabala Portolés

Vicente Zabala Portolés (Madrid 1937- Valle del Cauca (Colombia) 1995) es el primero de este nuevo grupo. Su figura es clave para entender el surgimiento y desarrollo de la Corriente Crítica Esencialista. A pesar de su relevancia en estos primeros años, su importancia no ha sido lo suficientemente reconocida, ya que su nombre normalmente siempre ha aparecido detrás del de Alfonso Navalón, como si éste llevara la iniciativa y Zabala se limitara a seguir la estela del impulsivo escritor salmantino, cuando lo cierto es que numerosas de las iniciativas y reivindicaciones que surgen en esta primera etapa parten del cronista madrileño. Como ejemplos relevantes basta mirar el apartado que en la magna obra *El Cossío* escriben sobre el periodismo taurino, por un lado, el periodista Néstor Luján<sup>494</sup> y por otro el profesor Alejandro Pizarroso<sup>495</sup>, y en el que ambos, al referir los nombres de los autores más relevantes de la etapa, citan a Zabala por detrás de Navalón. Algo que también hace Javier Villán<sup>496</sup> en su obra sobre la crítica taurina, que sitúa al cronista salmantino delante del madrileño, cuando, si bien es verdad que Zabala es algo más joven, accede en primer lugar a la prensa diaria española.

Zabala es el primero en transmitir que la crítica esencialista, como canalizadora de ese discurso que brota del ideario esencialista instalado en una parte de la afición,

---

<sup>494</sup> LUJÁN FERNÁNDEZ, N. «Toros y Periodismo». En DE COSSÍO, J. M. *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico e Histórico*. Tomo VIII. *Literatura y Periodismo*. Op. Cit., pp. 644-645.

<sup>495</sup> PIZARROSO QUINTERO, A. «Los toros y el periodismo». En DE COSSÍO, J. M. *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico e Histórico*. Tomo VIII. *Literatura y Periodismo*. Madrid, Espasa-Calpe, 2007, p. 660.

<sup>496</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. *La crítica taurina. Antología*. Op. Cit., pp. 354-361.

tiene un importante papel que jugar en el desarrollo de la Fiesta. Un papel que debe llevarse a cabo a través de la unión de fuerzas en la reivindicación de los aspectos más importantes. De él parten varias de las iniciativas que serán claves, como las campañas conjuntas de denuncia del «afeitado» o el apremio para la instauración del control de nacimientos de reses bravas para impedir el fraude de la edad de los toros. En su convencimiento de que esa unión de fuerzas es necesaria, no duda en invocarla, nombrar y reconocer —algo que le honra— a aquellos otros cronistas que desde medios distintos al suyo le acompañan y se van sumando a la dura tarea emprendida en pos de la recuperación de la autenticidad del espectáculo.

Un ejemplo de esa actitud aglutinadora de esfuerzos lo encontramos ya en su primer año en *El Alcázar*, cuando en diciembre de 1965 hace un llamamiento a la unión de periodistas taurinos para llevar a cabo una campaña pro recuperación del toro. En dicho artículo, cita a cuatro de los que, en ese momento y con más o menos relevancia, mantienen el pulso esencialista, como Antonio Díaz-Cañabate, Mariano Cruz, José María del Rey Caballero, *Selipe*, y Álvaro Arias, *Don Justo*.

#### «La unión hace la fuerza»

[...] Estamos dispuestos a seguir luchando porque el reglamento se cumpla. Y para conseguir el ¡Toro! bregaremos sin descanso.

[...] Insisto en que sería ideal que se emprendiese una campaña conjunta de Prensa para salvar la fiesta de los toros y tratar de recuperar su perdida autenticidad. [...] Se hace cada vez más necesaria la unión periodística para salvar la fiesta. Estamos de acuerdo todos en nuestro deseo de servir al espectáculo para que vuelva a él su elemento principal, pero no sé qué pasa que a la hora de dar la salida son muy pocos los que comparecen para la difícil prueba. Entonces nos solemos referir a los que se “rajan” —jamás señalaremos directamente—; pero ellos acusan de úlcera de píloro, de intransigencia, ¡hasta de juventud! (¿juventud M. Cruz, Selipe, Cañabate, Don Justo, etc.?) a los participantes de la difícil pero lúcida y escasamente fructífera experiencia.

[...] Basta con que todos nos embarquemos de verdad, que no haya bandos dentro de la profesión ni “árbitros” mediadores... Todos, absolutamente todos, vamos a llegar a las autoridades respaldados por una afición que no dudéis que nos secundará. El día que salga el toro de verdad, podéis estar seguros que harán falta las campañas contra el anti-toreo. El astado, por sí solo, habrá puesto las cosas en su sitio.<sup>497</sup>

Si bien es cierto que su discurso se distanciará con el paso de los años el cariz radical que le caracterizó en esta primera etapa, abandonando casi del todo las

---

<sup>497</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «La unión hace la fuerza». *El Alcázar*, Madrid, 31 de diciembre de 1965, p. 30.

posiciones intransigentes que le dieron fama, su papel es determinante porque su estilo, cargado de fuerza y vehemencia, pero siempre ameno y didáctico, pocas veces descontrolado, supondrá el escalón definitivo en lo emprendido por sus predecesores, Antonio Díaz-Cañabate y José María del Rey Caballero, *Selipe*, que no llegaron a alcanzar ese grado de identificación o resonancia que sí tuvo Zabala entre los sectores más radicales de la afición taurina.

Vicente Zabala Portolés nació en Madrid el 27 de enero de 1937. Falleció el día 21 de diciembre de 1995 en Colombia, en accidente de aviación cuando se desplazaba desde Miami a Cali para cubrir informativamente la feria taurina de la ciudad colombiana. Casado desde abril de 1966 con María de la Peña De la Serna Ernst (Madrid, 1936-2014) —conocida como Peñuca—, hija del que fuera matador de toros de los años treinta y cuarenta del siglo XX, el segoviano Victoriano de la Serna. Tuvieron tres hijos: Vicente, Víctor y Verónica.

Cursó estudios de periodismo en la Escuela Oficial de Periodismo, del Ministerio de Información y Turismo, inaugurada en el año 1942, y en la Escuela de Periodismo de la Iglesia que posteriormente fundara el cardenal Ángel Herrera Oria en el año 1960<sup>498</sup>. Se graduó en ambas con sendas tesis sobre la historia de la crítica taurina. A partir de ahí, se incorporará a las labores periodísticas en una carrera profesional que debe considerarse extraordinaria por la cantidad y categoría de los medios de comunicación en los que desarrollará su trabajo.

Su incorporación a la información taurina se produce en el año 1960 a través de la veterana agencia de noticias *Logos*, perteneciente a Editorial Católica, surgida en el año 1929 en el seno del periódico *El Debate*. En el año 1962 es nombrado redactor jefe del semanario taurino *Fiesta Española*. Además de en la agencia *Logos*, Vicente Zabala colaborará de forma ocasional en los primeros años de la década de los sesenta en la agencia mexicana *Agencia Amex* y a partir de octubre de 1963 en el diario *El Universal*<sup>499</sup> de México, a los que abastece de artículos y noticias taurinas sobre la fiesta de los

---

<sup>498</sup> TAPIA LÓPEZ, A. «Las primeras enseñanzas en documentación en periodismo», en *Documentación de las Ciencias de la Información*, vol.24, Madrid, Universidad Complutense, 2001, p. 245.

<sup>499</sup> Sobre su trabajo como corresponsal en el diario *El Universal* de México encontramos la noticia de su incorporación en la revista *El Ruedo*. Véase *El Ruedo*. «Vicente Zabala, corresponsal para México». Madrid, año XX, 31 de octubre de 1963, nº 1010, p. 24. Sin embargo, sobre su colaboración con la agencia de noticias *Amex* no se han podido encontrar más referencias que lo afirmado en la revista *Blanco y Negro* en 1972 el día que anuncia su salida de Televisión Española Véase *Blanco y Negro*. «Vicente Zabala dimite como comentarista taurino de televisión». Madrid, Prensa Española, año LXXXII, 27 de mayo de 1972, nº 3134, p. 64.

toros en España. Posteriormente, en distintas etapas comprendidas entre los años 1977 y 1985, colaborará con la agencia *Efe*.

Pero teniendo relevancia todos estos trabajos, sin duda su principio de autoridad en el mundo del periodismo taurino viene, por un lado, de su incorporación como colaborador de la revista de información taurina *El Ruedo*, en octubre de 1962<sup>500</sup>, y por otro, de sus esporádicas apariciones en la sección cultural del diario *ABC*, a partir de 1963. En este sentido, debe destacarse que el director de *El Ruedo* en ese momento, Alberto Polo, como bien señala José Luis Ramón<sup>501</sup> en su importante trabajo de investigación de la revista, intentaba dar un aire nuevo a la publicación, que entraba en un periodo de cierta radicalización aupada por el ambiente de rebeldía promovido desde el esencialismo, incorporando a jóvenes y beligerantes escritores como Alfonso Navalón o el propio Vicente Zabala entre otros.

Adquirido un cierto prestigio profesional, en febrero de 1965 Zabala se incorpora al modesto *El Alcázar*, periódico vespertino de la editorial Prensa y Ediciones, S.A. (PESA), permaneciendo en él hasta la suspensión del diario en septiembre de 1968. En septiembre de 1967, PESA había puesto también en circulación *Nuevo Diario*, sumando también a Zabala, periódico en el que permanecerá hasta octubre de 1972.

A partir de marzo de 1969 simultaneará su labor en *Nuevo Diario* con la crítica taurina en el semanal *Blanco y Negro*<sup>502</sup>, revista de la editorial Prensa Española, S.A., propietaria del diario *ABC*. Su incursión en esta publicación le hace mucho más visible, otorgándole el prestigio que las otras cabeceras, por su modestia, seguramente no le ofrecían. En noviembre de 1972 Vicente Zabala es nombrado jefe de la sección taurina de *ABC* en sustitución de Antonio Díaz-Cañabate, con el que mantenía una gran amistad<sup>503</sup>, como se desprende de las numerosas referencias que hacia su persona

---

<sup>500</sup> No se han encontrado artículos de Vicente Zabala en la revista *El Ruedo* anteriores al número 954 de 4 de octubre de 1962.

<sup>501</sup> RAMÓN CARRIÓN, J. L. *La revista EL RUEDO. Treinta y tres años de información taurina en España (1944-1977)*. *Op. Cit.*, p. 102.

<sup>502</sup> El primer artículo de Vicente Zabala en la revista *Blanco y Negro* aparece publicado el día 15 de marzo de 1969. Se trata de un repaso a la recientemente terminada feria de Castellón. Véase ZABALA PORTOLÉS, V. «La feria de Castellón, aperitivo de la temporada taurina». *Blanco y Negro*, Madrid, Prensa Española, año LXXIX, 15 de marzo de 1969, nº 2967, pp. 64-67.

<sup>503</sup> La relación de amistad entre Vicente Zabala y Antonio Díaz-Cañabate era muy estrecha, como se desprende de las numerosas citas encontradas en las que Zabala hace referencia al que considera maestro. Uno de los muchos ejemplos lo encontramos durante la feria valenciana de Fallas del año 1970, en la que Zabala informa de que ha ido a comer, y después a pasear, con Díaz-Cañabate antes del festejo de la tarde. Se tenían gran consideración y es posible

efectúa en los diferentes medios en los que había escrito previamente. En *ABC* escribirá hasta su fallecimiento en 1995.

Además de estas participaciones, durante tres años y hasta 1972 habrá ejercido labores periodísticas, junto a Antonio Díaz-Cañabate, como colaborador y crítico taurino en Televisión Española. En 1970, uno de los directivos de la cadena, Francisco Bernesolo, les propuso a Zabala y a Joaquín Jesús Gordillo (Málaga, 1936-2011) la realización de un programa taurino. De esta propuesta nacerá a finales de ese año *Revista de Toros*<sup>504</sup>, un programa que primeramente se emitirá como sección taurina en la sobremesa de los martes, incluido dentro del espacio diario *Sobre la marcha*, pasando después, desde el mes de julio de 1971, a emitirse los lunes en formato exclusivo y en horario nocturno.

Sin embargo, los numerosos condicionantes que plantea la cadena al ejercicio de la crítica sobre determinados toreros le llevan a presentar su dimisión<sup>505</sup> en mayo de 1972, no volviendo ya a trabajar en el ente público, si bien sí tomará parte de manera ocasional cuando sea requerida su presencia para hablar o debatir de toros en programas de diferente índole. En este sentido, debe destacarse que en el periodo que Zabala participa en algunas de las retransmisiones taurinas o colabora con el espacio *Revista de Toros* se encuentra en la cúspide Manuel Benítez, *El Cordobés*, y es muy probable que desde su entorno se ejerciera la presión que a la postre resultara definitiva para el abandono de Zabala. Así, en diciembre de 1970 la revista de información taurina *El Ruedo*<sup>506</sup> se hace eco del veto planteado por los empresarios taurinos hacia las figuras de Zabala y Díaz-Cañabate, amenazando con la suspensión de las retransmisiones de festejos si los dos periodistas continúan en el medio. Unos meses más tarde, durante la

---

que la influencia de Díaz-Cañabate fuera determinante para que Zabala fuera su sustituto en *ABC*. Véase, ZABALA PORTOLÉS, Vicente. «Cinco verónicas de ensueño». *Nuevo Diario*, Madrid, 17 de marzo de 1970, p. 29.

<sup>504</sup> Sobre la creación del programa *Revista de Toros* debe resaltarse una curiosidad. Así, la referencia utilizada para este trabajo, la palabra de Vicente Zabala, nos dice lo aquí afirmado, que el programa nace de la mano de Vicente Zabala y Joaquín Jesús Gordillo, y no menciona para nada a la que fuera su presentadora más insigne, Mariví Romero. Sin embargo, Mariví Romero afirma que el programa nació de su mano, sin mencionar tampoco a Gordillo y a Zabala. «Llegó a tener la sección taurina tanto interés —afirma Romero— que los directivos de TVE pensaban que debería ser un espacio independiente —confiesa Mariví Romero—. Así nació “Revista de Toros” bajo mi dirección, en 1970, y duró 12 años en pantalla. El programa causó mucho impacto y tuvo mucha audiencia, precisamente porque era distinto a todo», en FORNEAS FERNÁNDEZ, M. C. *Mariví Romero, periodista taurina*. Madrid, Universidad Complutense, *Estudios sobre el mensaje periodístico*, vol. 8, 2002, p. 182.

La afirmación de Mariví Romero en cualquier caso resulta más imprecisa, ya que consultando las programaciones de Televisión Española de esos años, no se encuentran referencias a la emisión en solitario del programa de toros hasta julio de 1971, ya que al menos hasta marzo de ese año está incluido dentro del mencionado espacio «Sobre la marcha».

<sup>505</sup> Véase Blanco y Negro. «Vicente Zabala dimite como comentarista taurino de televisión», *Art. Cit.*, p. 64.

<sup>506</sup> Véase *El Ruedo*. «Cañabate y Zabala, vetados por las empresas». Madrid, año XXVII, 22 de diciembre de 1970, n° 1386, p. 11.

feria de Valencia celebrada en marzo de 1971, Zabala hace referencia del malestar y el enfado que ha provocado en el diestro de Córdoba las palabras vertidas sobre él en la corrida televisada el día 17 de marzo. De manera irónica se excusa Zabala en *Blanco y Negro*, al señalar que «lamento que el haber dicho por televisión que el espadazo atravesado hacía “guardia”, haya producido la indignación del torero»<sup>507</sup>.

A partir de la participación de *ABC-Prensa Española* junto a otras sociedades en la creación de *Antena 3 Radio*, nacida como emisora de radio el día 4 de mayo de 1982, Zabala tendrá oportunidad de volver a los medios radiofónicos y audiovisuales, conduciendo en la emisora de radio el programa *Una crítica de toros bien hecha*<sup>508</sup>, y ejerciendo posteriormente por la pequeña pantalla tareas informativas en materia taurina a partir de 1990 en el programa informativo *Veinticuatro Horas de Antena 3 Televisión*, llegando incluso a ser el comentarista del festival taurino en homenaje al cantaor Camarón de la Isla que tuvo lugar en la plaza de toros de San Fernando, provincia de Cádiz, el sábado 12 de septiembre de 1992 y que la cadena retransmitió en directo.

Desde 1976, año de su fundación, y hasta 1995 publicó semanalmente un artículo de opinión —el primero con que abría cada semana la publicación— en la revista de información taurina *Aplausos*, que fundara en Valencia y dirigiera hasta el año 2004 Salvador Pascual Benet.

Fueron numerosos los reconocimientos y galardones que Vicente Zabala obtuvo a lo largo de su trayectoria profesional. Entre los más importantes caben destacarse el obtenido en el año 1966, premio «Curro Meloja» a la honestidad en la crítica taurina, instituido en 1958 y que patrocinaba el Circulo Nicanor Villalta de Madrid. Relevante galardón al que otorgaba prestigio ser entregado por el ministro de Información y Turismo. Un año después, la peña taurina *El 7*, de Madrid, concede a Vicente Zabala y al diario *El Alcázar* el galardón a la impecable labor profesional que se está llevando a cabo en el medio de comunicación. En el año 1985 le fue concedido el premio de la tertulia Antonio Díaz-Cañabate por su labor informativa en la feria taurina de San Isidro de ese mismo año.

---

<sup>507</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Fallas 1971: El dolor de la pluma». *Blanco y Negro*, Madrid, Prensa Española, año LXXXI, 27 de marzo de 1971, nº 3073, p. 57.

<sup>508</sup> «Una crítica de toros bien hecha» era el eslogan con el que *Antena 3 Radio* publicitaba el programa taurino del que era director y presentador Vicente Zabala. Dicho eslogan se derivaba del principal de la cadena: «La radio bien hecha». Véase diario *ABC*, Madrid, 2 de junio de 1982, p. 53.

Pero sin duda, el reconocimiento más importante de su vida periodística llegará en 1990, al serle otorgado el Premio Luca de Tena, galardón instituido en 1929 por el diario *ABC*, que fue concedido a Zabala por el editorial que el 29 de diciembre de 1989 tituló «La sangre de los toreros»<sup>509</sup>. Un texto de reflexión sobre el respeto que deben merecer quienes ponen todo su empeño en una profesión que en ocasiones les lleva a derramar su sangre y hasta dar su vida por el objetivo de ser figuras del toreo.

Aneecdótico resulta uno de sus primeros reconocimientos, cuando en agosto 1969 el subsecretario del Ministerio de Gobernación, Luis Rodríguez Miguel, poco antes de ser destituido del cargo, envía una carta personal a la redacción de *Nuevo Diario*<sup>510</sup> alabando el trabajo que Zabala venía realizando en defensa de la fiesta de los toros. Tal agradecimiento significó sin duda un importante espaldarazo a la labor del cronista, que veía avalado desde las instancias superiores de la autoridad su esfuerzo por la regeneración del espectáculo.

Durante su trayectoria profesional, Vicente Zabala publicó varias obras, todas ellas de temática taurina, siendo la primera *La entraña del toreo* (Prensa Española 1967), al que seguirán *La Ley de la fiesta* (Prensa Española 1971), *Restauramos nuestra fiesta nacional* (Prensa Española 1976), *Hablan los viejos colosos del toreo* (Sedmay 1976), y *Tiempo de esperanza. Ante la temporada taurina de 1987* (Espasa Calpe 1987). Ese mismo año de 1987 publicó también la enciclopedia *Grandes maestros del toreo* —comercializada en fascículos por el semanario *Panorama*, siendo el director de la publicación Carlos Carnicero, perteneciente al *Grupo Z*, que a su vez estaba integrado en el grupo *Antena 3 S.A.*—, en la que tuvo como colaboradores entre otros a José María Sotomayor, en tareas documentales, y a Luis Nieto Manjón, de quien se publica al final de la obra un extracto de su *Diccionario de términos taurinos*, que también habrá sido publicado ese mismo año. Una década antes, en 1977, Vicente Zabala habrá participado en otra obra coleccionable, en este caso distribuida por el diario *ABC*, que con el título *75 años de toros a través de ABC* (ABC 1977), repasa la historia de la tauromaquia contemporánea a través de las páginas del diario. En este trabajo tendrá como colaboradores a José Luis Suárez-Guanes (1941-2017), compañero de Zabala en *ABC* desde 1975 y el periodista taurino Antonio García-Ramos. En 1993 recibió el

---

<sup>509</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «La sangre de los toreros». *ABC*, Madrid, 29 de diciembre de 1989, p. 15.

<sup>510</sup> Véase *Nuevo Diario*, Madrid, 22 de agosto de 1969, p. 1.



encargo de escribir y leer el Pregón Taurino de Sevilla, previo a la feria de Abril de la capital hispalense.

Es raro encontrar al Vicente Zabala periodista fuera del ámbito estrictamente taurino, sin embargo, hay algunos ejemplos interesantes. Durante su primera etapa en *ABC* como colaborador de la sección cultural del diario, Zabala publica en diciembre de 1964 un emotivo artículo a la memoria del ventrílocuo Eugenio Balder<sup>511</sup>, recientemente fallecido y del que se consideraba amigo. En 1965, dentro de esa primera etapa en el diario madrileño, firmará otros cinco textos ajenos al mundo taurino: tres informaciones sobre conferencias ofrecidas en el Ateneo de Madrid por los escritores Miguel Delibes<sup>512</sup> en agosto, y Pedro de Lorenzo<sup>513</sup> y Francisco García Pavón<sup>514</sup> en el mes de diciembre, a los que se debe añadir el artículo «El “palo” y la crítica»<sup>515</sup>, también en diciembre de ese mismo año, reflexionando sobre las consecuencias que conlleva la labor del crítico en cualquier ámbito.

Esta faceta orientada hacia el ámbito intelectual es poco conocida en Vicente Zabala, pero tiene su prolongación dos años después al incorporarse en 1967 a *Nuevo Diario*. Entre los meses de diciembre de 1967 y febrero de 1968, Zabala participa en la sección «Actualidad cultural» del periódico, dedicándose a cubrir conferencias de personajes ilustres de diferentes ámbitos culturales de la época. Así, en ese mes de diciembre de 1967 se han encontrado hasta nueve textos de este tipo, siendo el primero la conferencia que el doctor Vallejo Nájera<sup>516</sup> ofreció en el salón Carlos Erba, al que le siguen la ofrecida por el novelista Juan María Gironella<sup>517</sup> en el salón de actos de la Real Sociedad Matritense, la de Bernardo de Salazar<sup>518</sup> en la Hermandad de Ex Combatientes de Requetés, las del profesor Millán Puelles<sup>519</sup> <sup>520</sup> en el Instituto Tajamar,

---

<sup>511</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Balder». *ABC*, Madrid, 2 de diciembre de 1964, p. 21.

<sup>512</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Miguel Delibes se confiesa». *ABC*, Madrid, 13 de mayo de 1965, p. 45.

<sup>513</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Pedro Lorenzo se confiesa». *ABC*, Madrid, 23 de diciembre de 1965, p. 53.

<sup>514</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Liberales». *ABC*, Madrid, 30 de diciembre de 1965, p. 57.

<sup>515</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «El “palo” y la crítica». *ABC*, Madrid, 16 de diciembre de 1965, p. 33.

<sup>516</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Los “pacíficos hippies” derivan hacia el crimen». *Nuevo Diario*, Madrid, 13 de diciembre de 1967, p. 2.

<sup>517</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Gironella censura el inmovilismo de las religiones asiáticas». *Nuevo Diario*, Madrid, 14 de diciembre de 1967, p. 2.

<sup>518</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Legitimad dinástica en España». *Nuevo Diario*, Madrid, 15 de diciembre de 1967, p. 2.

<sup>519</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «El anhelo de progreso está inscrito en el corazón del hombre». *Nuevo Diario*, Madrid, 19 de diciembre de 1967, p. 2.

<sup>520</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Existen ciertos clericalismos inadmisibles». *Nuevo Diario*, Madrid, 20 de diciembre de 1967, p. 2.

la entrevista al compositor Ramón Barce<sup>521</sup>, la conferencia del profesor Juan M. Moreno<sup>522</sup> en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la del escritor Manuel Alcántara<sup>523</sup> en sede de la Editora Nacional, y el X Congreso de la Federación Española de Religiosos de Enseñanza<sup>524</sup> en el colegio de Jesús y María.

En enero de 1968 mantiene la tónica con al menos otra decena de artículos de estas características que empiezan con la conferencia ofrecida por el profesor Lafuente Ferrari<sup>525</sup> en la sala cultural REPESA, a la que siguen las de los dramaturgos Alfonso Paso<sup>526</sup> en la Casa Regional de Madrid y Antonio Buero Vallejo<sup>527</sup> en la sala Abril de la calle Arenal, la del académico Eugenio Montes<sup>528</sup> también en la sala REPESA, la ceremonia de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes del pintor Daniel Vázquez Díaz<sup>529</sup>, las conferencias del escritor Gerardo Diego<sup>530</sup> y el actor y director de teatro hispanoamericano Julio Castronuevo<sup>531</sup> en el Instituto de Cultura Hispalense, la del crítico musical Antonio Fernández Cid<sup>532</sup> en el Instituto Municipal de Educación, la del escritor José María Pemán<sup>533</sup> en el Centro Cubano de España, y la del periodista Luis María Ansón<sup>534</sup> en el salón de actos de la Hermandad de Cristo Rey.

Este tipo de trabajos informativos de índole cultural se cierran en el mes de febrero de 1968 con al menos tres artículos, siendo el primero de ellos la conferencia ofrecida por José María Codón Fernández<sup>535</sup>, director del Instituto Histórico-Jurídico

---

<sup>521</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Ramón Barce: “Vivimos un momento de auténtica afición musical»». *Nuevo Diario*, Madrid, 21 de diciembre de 1967, p. 2.

<sup>522</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Brillante disertación del profesor Moreno». *Nuevo Diario*, Madrid, 24 de diciembre de 1967, p. 2.

<sup>523</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «La poesía del heroísmo y la esperanza». *Nuevo Diario*, Madrid, 27 de diciembre de 1967, p. 2.

<sup>524</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «La democratización de la enseñanza». *Nuevo Diario*, Madrid, 28 de diciembre de 1967, p. 2.

<sup>525</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Lafuente Ferrari: “Cada vez se da menos el coleccionista puro”». *Nuevo Diario*, Madrid, 9 de enero de 1968, p. 2.

<sup>526</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «“Amo a Cataluña en su entraña”». Madrid, diario *Nuevo Diario*, 11 de enero de 1968, p. 2.

<sup>527</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Exploraciones teatrales». Madrid, diario *Nuevo Diario*, 12 de enero de 1968, p. 2.

<sup>528</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Eugenio Montes habla del Renacimiento italiano». *Nuevo Diario*, Madrid, 13 de enero de 1968, p. 2.

<sup>529</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Vázquez Díaz ingresa en la Academia de Bellas Artes». *Nuevo Diario*, Madrid, 16 de enero de 1968, p. 2.

<sup>530</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Gerardo Diego habla de Molinari». *Nuevo Diario*, Madrid, 17 de enero de 1968, p. 2.

<sup>531</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «“La mímica es el arte del silencio”». *Nuevo Diario*, Madrid, 19 de enero de 1968, p. 2.

<sup>532</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «El festival de Salzburgo visto por Fernández Cid». *Nuevo Diario*, Madrid, 23 de enero de 1968, p. 2.

<sup>533</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «“La Generación del 98 es el auténtico Siglo de Oro español»». *Nuevo Diario*, Madrid, 25 de enero de 1968, p. 2.

<sup>534</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «La monarquía griega, vista por Ansón». *Nuevo Diario*, Madrid, 30 de enero de 1968, p. 2.

<sup>535</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Los melencidos y la vagancia, vistos por José María Codón». *Nuevo Diario*, Madrid, 2 de febrero de 1968, p. 2.

Internacional Francisco Suárez, en el salón de actos de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, la del filósofo Julián Marías<sup>536</sup> en el salón Borja, y la del catedrático Florentino Pérez Embid<sup>537</sup> en el salón de actos del Ateneo. Ante el inminente comienzo de la temporada, comienzan las informaciones y las críticas taurinas. Es posible que esas informaciones de carácter socio cultural tuvieran una continuación o fueran más numerosas, si bien no se han localizado más textos de ese tipo con la firma de Zabala.

A partir de ahí, será difícil encontrar su firma en textos que no sean estrictamente de carácter taurino. Como curiosidad, en agosto de 1974, la vemos en una entrevista publicada en *Blanco y Negro*, en la que habla y se fotografía con Lola García<sup>538</sup>, deportista que practica la lucha libre.

Zabala, como se afirmaba al principio, significó el inicio de la Corriente Crítica Esencialista: el arranque de un periodo determinante en el periodismo taurino. De su valor e importancia en el periodo hace referencia Javier Villán en su citada obra.

[...] ... lo que más carácter dio a su dilatada carrera de crítico taurino: la cruzada de sus primeros tiempos contra la corrupción y el «sobre» y su gallardía frente a la impostura de *El Cordobés*. *El Alcázar*, de Pesa, *Nuevo Diario* y *ABC*, donde reemplazó a Díaz-Cañabate, fueron sus principales tribunas. La autoridad que alcanzó está ligada a esa actitud insumisa de los años sesenta y primeros setenta y, posteriormente, a la solera histórica de las páginas taurinas de *ABC*. En un ambiente viciado de la crítica taurina, en una alarmante depresión de sus supuestos éticos y orientadores, Vicente Zabala alzó una voz que, entonces, muchos consideraron excesiva y que fue parte importante de un movimiento liberador. El mérito de Zabala fue elegir la oportunidad y el tono; aprovechó la necesidad histórica y fue un revulsivo contra el conformismo [...] Zabala puso el foco en los vicios de la Fiesta y, de resultas, los focos se centraron de nuevo en la importancia de la crítica taurina como contrapoder. Aunque más tarde rebajara su tono [...], y fueran, Navalón primero y Vidal después, los más justicieros. [...]<sup>539</sup>

Como último ejemplo sobre su papel beligerante en defensa de sus posiciones esenciales, quede constancia que, como el propio Zabala<sup>540</sup> reconoce, en mayo de 1971 tuvo que ir a declarar a la Brigada de Retén en la Dirección General de Seguridad a raíz

---

<sup>536</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Marías, en el salón Borja». *Nuevo Diario*, Madrid, 3 de febrero de 1968, p. 2.

<sup>537</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Brillante conferencia de Pérez Embid». *Nuevo Diario*, Madrid, 14 de febrero de 1968, p. 2.

<sup>538</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Lola García, el huracán del ring». *Blanco y Negro*, Madrid, Prensa Española, año LXXXV, 2 de agosto de 1975, nº 3300, pp. 68-69.

<sup>539</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. *La crítica taurina. Antología*. Op. Cit., p. 361.

<sup>540</sup> Véase ZABALA PORTOLÉS, V. «Toros: el año de la esperanza». *ABC*, Madrid, 25 de marzo de 1973, p. 158.

de una crónica publicada en *Nuevo Diario*<sup>541</sup> y en la que el cronista ponía en tela de juicio la labor del presidente del festejo durante la celebración del mismo.

Para terminar esta semblanza de Vicente Zabala de sus primeros y combativos años, tres reflexiones por él mismo escritas que nos acercan un poco más a su talante como cronista taurino. En primer lugar su pertinaz e incansable apelar a la autoridad para que la ley que rige en los toros, el Reglamento Taurino, se cumpla milimétricamente cada tarde, su posicionamiento a favor de los sectores más desfavorecidos del espectáculo, como son los toreros modestos y el conjunto de aficionados, su crítica feroz contra el entramado taurino, y su voluntad de reorientar al público taurino que, en su opinión, es engañado cada tarde. Y así aparecen en numerosos de sus escritos, como el publicado en mayo de 1968 durante la feria de San Isidro, que hace un perfecto resumen de esas reclamaciones. «En esta sección de toros invitamos frecuentemente a la autoridad a que, inflexiblemente, haga cumplir el reglamento. Defendemos al más débil (al aficionado y al torero modesto) y procuramos ser implacables con figurones, empresas y ganaderos de postín, que “a pachas”, torear tarde tras tarde, un público sin criterio, ingenuo, hábilmente dirigido desde años atrás por quienes estaban interesados en que todo permaneciera arropado bajo la amplia manta de la falacia y el engaño»<sup>542</sup>, escribirá el cronista.

Sobre su manera de escribir las crónicas debe constatarse también su particularidad, quizá un tanto sorprendente, ya que no tomaba notas durante el festejo y escribía las reseñas de memoria, un ejercicio muy complicado ya que cada festejo taurino, por muy aburrido que pueda parecer, ofrece un sinfín de información susceptible de perderse. Sin embargo, Zabala, como el mismo afirmaba, prefería escribir desde la reflexión posterior al festejo, considerando que lo realmente importante era lo que prevalecía en la memoria. «Yo, que no tomo nunca notas, porque apunto en el archivo de la memoria (y lo olvidado seguro que bien olvidado está»<sup>543</sup>, afirmaba el cronista.

---

<sup>541</sup> Vicente Zabala no hace referencia en *ABC* de qué crónica fue la que motivo su llamada a comparecer en la Dirección General de Seguridad, aunque es muy posible que se tratara de la publicada en *Nuevo Diario* del día 11 de mayo de 1971, en la que censuraba la actuación del usía. Véase ZABALA PORTOLÉS, V. «El presidente, negativo protagonista de la corrida». *Nuevo Diario*, Madrid, 11 de mayo de 1971, pp. 20-21.

<sup>542</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Carta abierta al director de *El Alcázar*». *El Alcázar*, Madrid, 13 de mayo de 1968, p.

16.

<sup>543</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «El valor de los toreros». *Nuevo Diario*, 11 de julio de 1970, p. 23.

El Vicente Zabala de los primeros años es un ejemplo claro de realización del trabajo de cronista desde la perspectiva distante, ya que en esa época nunca se relacionó de manera directa con el entramado taurino, manteniendo una distancia prudente que le permitió conservar su independencia. En numerosas ocasiones así lo manifestó, como en 1967, al señalar que el no frecuenta los ambientes del entramado taurino, «y me interesa aclararlo por acabar con ese comadreo de intrigas a las que son tan dados en esos ambientes que uno no frecuenta, pero cuyos ecos no suelen llegar a través de cualquier correveidile»<sup>544</sup>, afirma el cronista. O como en la temporada de 1971, en la que denuncia la presión de ese entramado taurino que les acusa de estar cargándose la fiesta: «Me duelen los oídos de oír a estos tenderos que la culpa la tienen cuatro críticos que nos estamos cargando su negocio por decir las verdades del barquero y por no querer entrar en el juego repugnante de sus enjuagues»<sup>545</sup>.

Si bien esa posición radical, esencial, que mantuvo durante los años en *El Alcázar* y *Nuevo Diario* se va suavizando una vez pasa a formar parte de *ABC*, debe reconocerse a Vicente Zabala su gran labor en pro de la regeneración del espectáculo. Abre una era de la crónica taurina en un momento clave y da los primeros pasos de la Corriente Crítica Esencialista, y en este sentido debe ser considerado como un referente porque siempre creyó y defendió la homogeneidad del esencialismo como herramienta insustituible para la defensa y recuperación del espectáculo. Las crónicas y artículos de esa primera etapa, amén de tener una cuidada redacción y un léxico envidiable, son una demostración continua de su pasión por la Fiesta, de su dolor por la humillación a la que está sometida, pero también de su esperanza en el cambio. Es el ejemplo más claro del periodismo taurino esencialista, capaz de mantener la distancia técnico/afectiva precisa con el entramado taurino, denunciando sin ambages las corruptelas, con firmeza, sin miedo, sin descalificaciones gratuitas, y con el sosiego necesario que otorga el saberse independiente de todo y de todos.

### **6.1.2.1. Primero, ¡el toro!**

El discurso de Vicente Zabala Portolés de su primera etapa destaca por lo reiterativo en la defensa del toro íntegro. La negativa evolución del espectáculo en las décadas previas en este aspecto hace que la recuperación del toro se convierta en una obsesión para el esencialismo, y particularmente para Zabala. Una etapa marcada también por su

---

<sup>544</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «El arte no se aprende». *El Alcázar*, Madrid, 23 de mayo de 1967, p. s/n

<sup>545</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «La cartera de los aficionados». *Nuevo Diario*, Madrid, 22 de abril de 1971, p. 29.

voluntad de educar a los nuevos aficionados, de enseñarles la grandeza de una fiesta que lo fue, y que sólo puede recuperar su verdad si hay toro de verdad. Éste, y no otro, es el objetivo, pero también la exigencia, que debe transmitirse a los aficionados. Todos los escritores de la corriente en sus distintas etapas plantearán esta cuestión, pero resulta especialmente interesante en el discurso de Zabala de este periodo, ya que es un punto de partida, una ventana abierta a nueva época de la Tauromaquia que tendrá uno de sus soportes en el incremento de la seriedad de las reses que se lidien.

En relación a este punto de partida del ideario esencialista que sitúa al toro como elemento principal del espectáculo, el análisis de textos de Vicente Zabala llevado a cabo entre los años 1965 y 1972 permite establecer una segmentación evidente y sostenida que divide el discurso en siete ideas fundamentales al respecto. En primer lugar, la ubicación del toro íntegro como base indiscutible del espectáculo; en segundo lugar, la defensa del toro como único elemento que otorga grandeza a la Fiesta; en tercer lugar, la exigencia de que el toro tenga unas condiciones morfológicas mínimas; en cuarto lugar, la definición del concepto de trapío; en quinto lugar las reflexiones acerca de las características conductuales que debe tener ese toro; en sexto lugar, la importancia del toro como único elemento autenticador de la espectáculo y que, además, coloca a cada cual en el sitio que le corresponde; y, finalmente, el reconocimiento a los ganaderos que son capaces de ofrecer ese toro, incluyendo el tratamiento discursivo específico del autor en relación a las ganaderías preferidas.

El toro, como elemento principal, debe ser capaz, por sí sólo, de transmitir emoción al espectador. Su presencia, su fuerza, su bravura, la sensación de peligro que todo ello transmite, proporciona al observador esa percepción emotiva. Cuando esto no ocurre, se está produciendo un desequilibrio, un desajuste que cuestiona el sentido de la propia Fiesta. Pero esa emoción necesita, para ser completa, el componente artístico que dé equilibrio a la grandeza del espectáculo. Esa emoción del toro íntegro debe conjugarse por tanto de manera proporcionada con la que ofrece la contemplación del arte de torear, dando como resultado la representación artística más imponente que pueda contemplarse. Si el toro no es capaz de transmitir esas sensaciones, de nada vale la belleza o inspiración creativa; la fiesta se convierte en algo bonito a la vez que intrascendente. Es por eso que el grito de guerra de la Corriente Crítica Esencialista de esta primera etapa —y particularmente de Vicente Zabala— es: primero, ¡el toro!

### 6.1.2.1.a. El toro integro como base insustituible de la nueva fiesta

En una de las primeras crónicas de Vicente Zabala como jefe de la sección taurina de *El Alcázar* durante la temporada de 1965 encontramos la siguiente afirmación: «El toro lo es todo, o casi todo, porque el torero —como se comprobó en ruedo de las Ventas— no es más que un estupendo e interesante complemento»<sup>546</sup>, afirmación que sin duda es el punto de partida para entender el pensamiento taurino del crítico al respecto y que sitúa perfectamente la posición jerárquica que otorga a los dos protagonistas principales del espectáculo. Como ocurre con el resto de cronistas de la corriente esencialista, en Vicente Zabala no hay duda posible ni ambigüedad en relación a este tema. La fiesta de los toros únicamente tiene sentido si al ruedo sale el toro de «verdad», el toro «auténtico».

Un toro que, como se verá en un apartado posterior, tiene que tener determinadas condiciones físicas y conductuales, imprescindibles e insustituibles; sin ellas, el espectáculo pierde su crédito quedando convertido en una parodia. «Sólo pretendemos que, para bien de la fiesta, salga el toro de verdad —escribe Vicente Zabala en la crónica de la corrida de la Prensa celebrada el 2 de julio de 1965 en la plaza de Las Ventas—. Nuestro espectáculo sin él no es nada, sólo una parodia o pantomima que no vale los sesenta duros de un tendido de sombra»<sup>547</sup>.

Si incontables son las referencias en este sentido reclamando en primer lugar y por encima de otras cuestiones la presencia del toro de verdad, es interesante el siguiente fragmento, que a modo de resumen, definitorio del pensamiento taurino del autor, sirve para colocar la perspectiva a su percepción sobre la evolución experimentada por la fiesta de los toros durante la década de los sesenta y, aunque en él se abordan aspectos que serán tratados con posterioridad en este estudio, es suficientemente clarificador al respecto: primero, y por encima de todo, el toro.

#### **¿CIEN CORRIDAS MENOS ESTE AÑO?**

[...] Hemos echado el toro de la plaza, tras él se nos va el arte, sustituido por dos tipos de toreo: uno, vulgar y anodino; el otro, procaz y chocarrero. Ambos no le valen a la fiesta. El espectáculo necesita del cuatroño encastado y fuerte de patas. Con él vendrá el sentido de la lidia, porque sin saber lidiar nadie se puede poner delante de un toro de verdad. Y tras la lidia, se abrirán paso aquellos muchachos que tengan el siempre

<sup>546</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Sólo para valientes». *El Alcázar*, Madrid, 12 de abril de 1965, p. 35.

<sup>547</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «¿Dónde están los nuevos aficionados?». *El Alcázar*, Madrid, 2 de julio de 1965, p. 34.

cotizado privilegio del arte. Se da por implícito que para lidiar o para torear es indispensable el valor.

Pero, insisto, primero el toro, porque sin toro no hay corridas, ni puede haber fiesta, ni a la larga los empresarios se pueden llevar una gorda, aunque muchos de estos vetustos caballeros tengan ya el riñón cubierto, cuya importante víscera podía haber estado igual de resguardada sin haber dejado la fiesta torpemente tuberculosa. [...]<sup>548</sup>

El espectáculo que en líneas generales contempla Vicente Zabala necesita de una regeneración que tiene que llegar por imperativo a partir del regreso del toro íntegro. Por tanto, por el bien de la Fiesta, esa fiesta desvirtuada y decadente que el esencialismo pretende dignificar, el toro, ese toro que para el escritor es el de verdad, se manifiesta como el único elemento imprescindible. Queda delimitada una de la principales diferencias entre el esencialismo y aquellos —Zabala los denomina en el siguiente ejemplo «toreristas»— que sitúan su afición al espectáculo desde la identificación y proximidad con los postulados e intereses del entramado taurino, y para los cuales la condición del toro debe quedar supeditada al rédito del ejercicio artístico por encima de otras cuestiones. En esa gran diferencia entre las dos visiones de la Fiesta, para el cronista sólo puede haber un tipo de toro: con él, hay fiesta nacional; sin él, el espectáculo queda reducido a la condición de parodia; no existe punto intermedio:

#### EL IMPRESCINDIBLE

Hace unos días le preguntaban a un famoso matador de toros, a punto de retirarse, que si se consideraba imprescindible. La respuesta salió rápida, sin titubeos: “En la fiesta, el único que es imprescindible es el toro”. La frase se puede considerar como definidora de lo que es nuestro espectáculo y podría servir de estupenda lección a los que se hacen llamar “toreristas”. Sin toros, no hay corridas. Sólo pantomimas. Y con el toro, se produce esa maravilla que llamamos fiesta nacional. [...]<sup>549</sup>

Esa inalterable idea de que el toro íntegro, ese toro que temporada a temporada buscan y defienden los escritores esencialistas, es el único elemento imprescindible e indispensable en el espectáculo taurino es recurrente en Vicente Zabala durante esta primera etapa. Tanto en artículos o crónicas en los que centra sus reflexiones expresamente en el aspecto, como muchos otros en los que la importancia del toro aparece de forma esporádica al hilo de otras ideas, la referencia a ese pilar insustituible de la fiesta se repite año a año, feria a feria, quedando ratificado, por tanto, el pensamiento infinidad de veces, como en uno de los festejos del abono de San Isidro de

---

<sup>548</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «¿Cien corridas menos este año?». *El Alcázar*, Madrid, 27 de junio de 1968, p. 14.

<sup>549</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «El imprescindible». *El Alcázar*, Madrid, 1 de agosto de 1966, pp. 18-19.



1969 en el que señala que «una vez más hay que decir que en estos momentos no hay nadie indispensable. Única y exclusivamente es el toro el que no puede ni debe faltar»<sup>550</sup>.

Para Zabala, al hilo de esa idea abordada más delante de que el toro de verdad coloca a cada cual en su sitio, una auténtica corrida de toros «sirve para calibrar el coraje de los toreros, el oficio y la afición de los encargados de enfrentarse y lucirse con ella. El toro, fuerte o flojo, soso o bravo, agresivo o cobarde, ha de ser antes que todo eso toro»<sup>551</sup>. Esta afirmación la hace Zabala después de haber presenciado una seria corrida de Pablo Romero lidiada en la plaza de Pamplona durante la feria de San Fermín de 1970, una corrida que en comportamiento resultó deslucida por la flojera general de las reses, pero que ofreció la seriedad necesaria para dotar de autenticidad al espectáculo.

Del mismo modo, escapando de esa continua denuncia que desde el taurinismo les señala como insensibles por pretender la lidia de reses terribles, de desear sólo el fracaso de los toreros importantes, Zabala marca la diferencia ideológica fundamental: el toro íntegro otorga respeto a quien se enfrenta a él; la lidia del toro capitidismuido es más farsa que lidia, «pero cuando un hombre se juega la vida con el toro íntegro merece todo el respeto y me parece bien ganado el dinero que se lleve»<sup>552</sup>. Lo contrario que ocurre la mayoría de las tardes, como en una crónica de agosto de 1971 en la plaza de toros de San Sebastián de los Reyes, plaza de categoría inferior, en la que también se muestra tajante al respecto, dejando escrito, después de criticar con dureza el tipo de ganado que se ha lidiado ese día, perteneciente a la ganadería portuguesa se Cunhal Patricio, llegando a tildar los toros de «conejos», que la «fiesta de los toros, sin el elemento base, no es nada»<sup>553</sup>.

Debe resaltarse, en este sentido, la conversión necesaria y habitual del sustantivo en sinécdoque, respuesta lógica para quien entiende, como Zabala, que cualquier ejemplar que no cumpla con el requisito mínimo exigido deja de tener categoría como tal. Así, al afirmar que «cuando el toro está en la arena, el aficionado permanece atento a sus evoluciones, a sus cambios durante el desarrollo de la lidia. La fiesta de los toros ¡de los toros!, es esto. Con calor lo elogiamos, hartos de tanta censura que tenemos que

<sup>550</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Ángel Teruel, en el candelero». *Nuevo Diario*, Madrid, 22 de mayo de 1969, p. 13.

<sup>551</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «El toro, el torero y la sangre». *Nuevo Diario*, Madrid, 8 de julio de 1970, p. 23.

<sup>552</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «El gesto de Palomo Linares». *Nuevo Diario*, Madrid, 24 de abril de 1971, p. 29.

<sup>553</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Respuesta a un cordobesista». *Nuevo Diario*, Madrid, 29 de agosto de 1971, p. s/n.

prodigar...»<sup>554</sup>, el cronista se aleja de la perspectiva de aquellos festejos en los que no hay elemento base significativo, rebajando su importancia y situándolos en la esfera de lo intrascendente.

Surge en este terreno también, como en el conjunto de planteamientos que se desprenden de su pensamiento taurino, la vocación regeneracionista propia de la corriente que pretende una reconstrucción absoluta del espectáculo, una rehabilitación que tiene que serlo a partir de ese elemento clave que supone el toro íntegro, el que decíamos que Zabala denomina «de verdad», cuyas características mínima reconoce el citado Reglamento Taurino de 1962<sup>555</sup>, cuando señala que los toros a lidiar deberán haber pasado el previo reconocimiento veterinario que garantice su buen estado de salud, la integridad de sus defensas, así como la corrección en el resto de aspectos que indican el tipo zootécnico de los animales, precisando, además, que «las reses que se destinen a la lidia para las corridas de toros habrán de tener cuatro a seis años», un peso mínimo de 460 kilogramos en plazas de primera categoría. Algo que, por circunstancias e intereses de los sectores que participan de la organización y desarrollo de los festejos taurinos, no se llega a producir de esa manera reglamentada.

Los años que para Zabala han sido de la más absoluta decadencia para el espectáculo, la época de posguerra que marca el punto de partida de las reclamaciones esencialistas, han significado la aniquilación de los cimientos de autenticidad de la Fiesta, una fiesta que hay que empezar a reconstruir desde la base del toro, y en esa ardua tarea deben empeñarse también, pues son en buena medida responsables del desastre, quienes se encargan de la organización de los festejos, a los que pide una reflexión profunda sobre su, hasta ahora, equivocado trabajo:

#### **VAMOS A RECAPACITAR, SEÑORES TAURINOS**

[...] Veníamos anunciando que tras el pasado “auge” inflacionista de los pasados años había que apretarse el cinturón. Es necesario construir una nueva fiesta sobre los pilares del toro reglamentario. Lo que queda en el solar después del “huracán” no es válido, aunque le pese a la empresa de Madrid y a los taurinos que pierden los papeles por la falta de raciocinio y comprensión. [...]»<sup>556</sup>

---

<sup>554</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «¡Leña! ¡Leña! ¡Leña!». *Nuevo Diario*, Madrid, 8 de julio de 1971, p. 24.

<sup>555</sup> BOE-A-1962-5264, de 15 de marzo de 1962. Reglamento de Espectáculos Taurinos. B.O.E., N<sup>o</sup> 68, publicado el 20 de marzo de 1968, art. 74 y 75, p. 3816.

<sup>556</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Vamos a recapacitar, señores taurinos». *Nuevo Diario*, Madrid, 27 de mayo de 1972, Suplemento taurino Feria de San Isidro, p. s/n.

A modo de reafirmación de lo expuesto por Zabala, de unificación de criterios de un ideario esencialista que camina en la misma dirección, sobre la idea del toro como base y soporte del espectáculo, se manifiesta también Alfonso Navalón en las sucesivas temporadas. Baste como ejemplo un texto de 1967, año de su incorporación a *Informaciones*, en el que expresa la importancia del toro auténtico como elemento que garantiza la emoción. Una emoción real, la que une peligro y arte de manera equilibrada, la que otorga importancia al hecho de ser torero, y que se traduce en la «única verdad» de la Fiesta. Así lo manifiesta en el arranque de la feria de Otoño de Madrid ante la bravura desarrollada por las reses de la ganadería salmantina de Castillejos:

[...] Y hecho desusado fue la presencia de la casta en el ruedo, el imperio de la bravura y la nobleza pregonando la única verdad de la fiesta. Cuando hay toros, hay emoción, hay equilibrio entre el arte del toreo y la calidad del enemigo. Hay, en definitiva, una importancia real en el serio acto de vestirse de luces y salir a la plaza para ejercer una profesión de valientes en vez de la pantomima a la que nos quieren acostumbrar.

Madrid ha dado un mentís rotundo a esas falsas teorías de la faena mecánica ante el torete también mecánico. El público, afortunadamente, no es tonto. Sabe todavía distinguir y emocionarse. Hacía ya cuatro años (con la famosa corrida portuguesa de Coimbra) que no veíamos la apoteosis del toro. Después, otra del conde de la Corte en el Corpus de 1965; luego las salidas espectaculares, echándose los burladeros a los lomos de los Infante de la Cámara este verano. Y ahora, una novillada hermosa con vitola de corrida de toros. [...] <sup>557</sup>

#### **6.1.2.1.b. El toro auténtico da grandeza, emoción y seriedad al espectáculo**

Yendo un paso más allá en ese planteamiento principal que veíamos en el apartado anterior sobre la integridad del toro como base de la nueva Fiesta, debemos adentrarnos en las variables que ofrece el discurso de Zabala sobre tal perspectiva. Así, la primera extracción del ideario esencialista sería que sólo el toro auténtico, íntegro, puede otorgar la grandeza que debe ser inherente al espectáculo. Nada que se realice sin el componente principal de la presencia del toro de «verdad» es digno de transcendencia.

La necesaria vuelta a la autenticidad que, como se viene afirmando, se impone para Vicente Zabala a partir de la participación del toro de verdad, significaría también

---

<sup>557</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Casta de Salamanca y filigrana de Sevilla». *Informaciones*, Madrid, 29 de septiembre de 1967, p. 33.

la estabilización de la Fiesta en el estrato superior de lo genuino y, por definición, esencial: la lucha limpia, sin trampa, entre el hombre y el toro. Una autenticidad que sencillamente se traduce en que salga el toro auténtico para todos, no sólo en aquellos festejos fuera del pernicioso circuito comercial. En este sentido, la bravura y buen juego de los toros de Fermín Bohórquez, lidiados en mayo de 1965 durante la feria de San Isidro, sirven al cronista para proclamar la reivindicación de ese tipo de toro. Al igual que veremos que ocurre con Alfonso Navalón, Zabala establece muy bien el límite que debe tener ese toro idealizado, que en ningún caso, pese a las acusaciones que reciben desde el entramado taurino de pretender una fiesta decimonónica, debe exceder sus atributos físicos por encima de lo establecido reglamentariamente; pero que sí debe aportar las condiciones de fiereza suficientes para que el combate adquiriera categoría y permita medir las capacidades lidiadoras de los diestros.

#### **CALOR Y COLOR DE LA FIESTA**

[...] En conjunto, una auténtica corrida de toros para aficionados que, además, sirvió de excelente piedra de toque para calibrar la capacidad de destreza, arte, recursos y valor de los toreros. El toro debe ser así; pero así para todos. No pretendemos que salga el toro de la época de Guerrita; pero sí que el toro, con la edad y peso reglamentarios, tenga la casta suficiente y las condiciones óptimas para la lidia, aunque sea con las dificultades que ayer presentaron los toros de Fermín Bohórquez. Ya era hora que nos saliéramos del toro pajuno, bobalicón, absurdo. El toro no debe ser jamás un colaborador, un amigo que facilita el triunfo, sino un enemigo al que hay que vencer a golpe de recursos y poderío. [...]<sup>558</sup>

En este sentido alerta Zabala de que la Fiesta es un espectáculo que, por su grandeza, no admite mistificaciones. O es auténtico o no es. Pero no puede haber camino intermedio. Si no están juego todos los alicientes que ofrece la lucha con el toro íntegro, el espectáculo cae enteros, porque, como afirma el cronista, todos los sentidos y manifestaciones sensitivas del torero se ponen a prueba delante de la fiereza real de toro, en el espectáculo «más bellamente emotivo» en el que pueda participar el ser humano.

[...] La fiesta nacional es un espectáculo que no resiste a la mistificación. La corrupción y degeneración del toro puede acabar dando al traste con uno de los espectáculos más bellamente emotivos que al hombre se le haya podido ocurrir en el planeta. Todas las manifestaciones sensitivas de los humanos se ponen a prueba delante de los toros: el valor, el miedo, la angustia, la satisfacción, el coraje, la vanidad, la virilidad, y la destreza,

---

<sup>558</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Calor y color de la Fiesta». *El Alcázar*, Madrid, 27 de mayo de 1965, p. 35.

todo, absolutamente todo, lo mide el toro a través de su ferocidad y de la constante amenaza de sus pitones.[...] <sup>559</sup>

Ante el toro comercial, la mediocridad adquiere un rango inmerecido, algo que evidentemente es imposible con el toro íntegro. Como parte de su ideario esencialista lo defiende Zabala continuamente, y se comprueba también en este fragmento extraído de la crónica de una corrida celebrada en la plaza de El Chofre de San Sebastián durante la feria de agosto de 1965. El autor evoca los festejos que cada domingo se celebran en la plaza de toros de Madrid y que suelen ser paradigma de lo auténtico o, al menos, una aproximación a ello. «La fiesta, con todo esto —señala Zabala—, volvería a la normalidad, y volvería también el toro auténtico, que, como siempre, y sin que pase nada, como estamos viendo estos domingos en la plaza de Madrid, sería vencido por los toreros. Y la fiesta ganaría en emoción y en su imprescindible atractivo: el dominio del toro» <sup>560</sup>. Porque la emoción es la médula espinal del espectáculo taurino y sólo el toro íntegro en la arena puede provocarla.

Esa emoción anhelada por los escritores esencialistas es una emoción por encima de la mera contemplación de lo estético, de la emoción de lo artístico; una emoción que necesariamente tiene que estar supeditada al peligro —«no falta la emoción cuando los bureles transmiten a los tendidos la sensación de peligro» <sup>561</sup>, afirma Zabala durante la feria de Abril de Sevilla de 1965— que, aunque siempre presente, tiene que manifestarse como evidente o tangible. Es esa emoción que conjuga —y no ocurre en ninguna otra representación artística— belleza y riesgo —«De nuevo la emoción llegó a los tendidos el domingo. Vino colgada de los pitones del toro. La auténtica emoción de la fiesta, la única que puede resistir los vendavales caprichosos de las siempre antojadizas masas» <sup>562</sup>—, no necesariamente de manera proporcional, para ser real, y que parte de la inapelable presencia o participación del toro auténtico.

El componente del peligro da sentido al espectáculo, por eso, cuando al ruedo salen astados que no transmiten tal sensación, el escritor lo denuncia porque su concepto taurino interpreta que se está escamoteando la parte esencial de la Fiesta, como ocurre en la corrida celebrada en mayo de 1967 en la plaza de toros de Aranjuez.

---

<sup>559</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «¿Quién engaña al público?». *El Alcázar*, Madrid, 14 de julio de 1965, p. 34.

<sup>560</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Tinín volvió a “noquear” a El Cordobés». *El Alcázar*, Madrid, 18 de agosto de 1966, Suplemento Gigante, p. III.

<sup>561</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «También hubo pelea en la Maestranza, pero con los miuras». *El Alcázar*, Madrid, 3 de mayo de 1965, p. 33.

<sup>562</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «¡Qué pena que fueran mansos!». *El Alcázar*, Madrid, 19 de julio de 1965, p. 33.

«En la fiesta nacional, mientras no se demuestre oficialmente lo contrario, —apunta el cronista— la sensación de peligro la tiene que poner el toro: primero con el trapío, después con la fiereza»<sup>563</sup>.

Reiteración de la idea de que sólo el toro otorga la necesaria emoción, al ver la lamentable corrida que Samuel Flores envía a la corrida de Beneficencia del año 1967 en la plaza de toros de Las Ventas. «Sólo el toro, así, sin admiraciones (no hacen falta elefantes), devolvería la perdida emoción a este espectáculo impar, que se encuentra estultamente mistificado en aras de la “humanización”... de los bolsillos de quienes dicho sea de paso vivirían igual de bien al amparo de una fiesta más real»<sup>564</sup>, escribe Zabala, denunciando esa pretendida «humanización» del espectáculo que intenta desviarlo hacia lo meramente estético, limitando el peligro, y debilitando, por tanto, la esencia de la Fiesta.

En este sentido, de nuevo un festejo veraniego en la plaza de Las Ventas, dentro de la temporada madrileña después de la feria de San Isidro, da la medida de lo que reclama Zabala. La presencia del toro íntegro en todos los sentidos, trapío y comportamiento, como al parecer fueron los lidiados del ganadero portugués Infante da Cámara, genera, como afirma Zabala, esa emoción antes señalada, «compañera inseparable de la verdadera fiesta de toros». El título de la crónica es suficientemente significativo, «Ésta es la Fiesta», la que engrandece su pasado y su presente, la seria, que se nutre del valor real ante toros reales; lo demás es un simulacro que, en muchas ocasiones, se auto-desprestigia con su aproximación a lo circense, lo ridículo, que poco o nada tiene que ver con lo digno, culto y extraordinario de la fiesta de verdad.

#### ESTA ES LA FIESTA EMOCIÓN

[...] Ayer el público lo pasó en grande en las Ventas. Por los chiqueros salió el toro, pero el toro bravo. Astados como los de las ganaderías españolas postineras..., sí se les dejará a éstos que cumplieran sus cuatro años reglamentarios. Ni un solo borrego. Toros con pitones, empleándose, a excepción del cuarto, con pujanza y agallas en la suerte de varas, arrancado los burladeros de cuajo de una forma espectacular y embistiendo a los engaños con alegría y nobleza. Toros portugueses de Infante da Cámara (otro baño a ciertos ganaderos españoles), presentados con escrúpulo de auténtico ganadero dispuesto a demostrar que verdaderamente cría toros por lujo, por señorío y no por negocio.

---

<sup>563</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Una tarde apacible». *El Alcázar*, Madrid, 31 de mayo de 1967, p. 16.

<sup>564</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «"Bicicletas" en la arena». *El Alcázar*, Madrid, 16 de junio de 1967, p.13.

Estamos hartos de oír a todos los ganaderos españoles que lidiar reses bravas es una verdadera ruina. “Sólo lo tenemos —dicen— por afición y por tradición”. Y luego en lugar de disfrutar criando cuatreños que peleen con poder y agallas en la arena, venden borreguitos blandengues, “por afición”, a ochenta y a noventa mil duros por sexteto. La emoción, compañera inseparable de la verdadera fiesta de toros, se apoderó ayer de la multitud madrileña, que pasó una tarde estupenda sin acordarse para nada de los becerristas y de la emoción falaz, circense, que tanto hemos combatido y cuyas consecuencias y frutos recogerán los propios taurinos en estas próximas temporadas, hasta que las aguas vuelvan al cauce.[...] <sup>565</sup>

El día 27 de agosto de 1967, el modesto torero Manuel Álvarez, *El Bala*, recibe una tremenda cornada, en la plaza de San Sebastián de los Reyes, que le lleva a perder la pierna. El percance desata por enésima vez la polémica entre quienes pretende una evolución de la tauromaquia hacia un concepto más humano, los llamados «humanizadores», para que la Fiesta de manera progresiva se desprenda del carácter cruel que muchas veces tiene con el propio ser humano, y quienes, como Vicente Zabala, entienden que el peligro y los percances tienen que estar presentes para que la emoción que debe transmitir el espectáculo sea real, ajustada al valor y al arte, pero siempre sujeta al peligro del toro auténtico, que es el que le da la verdadera categoría. Para defender esto, utiliza el cronista en esta ocasión un curioso símil, en el que compara el ejercicio de la tauromaquia con las carreras automovilísticas.

#### **La cornada de El Bala y sus consecuencias**

[...] El accidente en la fiesta —la cogida— esa que solo se debe burlar con el arte y la destreza, no debe servir en modo alguno de pantalla para tapar las maniobras fraudulentas de los grandes magnates del toreo. Es cierto que la corrida existe peligro, precisamente en la burla de ese riesgo escriba toda su grandeza. Si en una carrera automóviles o motocicletas ponemos de velocidad máxima cuarenta kilómetros por hora, no cabe la menor duda que este deporte sería más “humano”, pero sin peligro. ¿Me quieren ustedes decir donde tendría su emoción? ¿Qué es una carrera sin velocidad? Exactamente lo mismo que un toro sin pitones.

Exijamos, pues, el toro. Eso del toro-toro, palabra que nunca uso, pero que demuestra al camelo cotidiano, recuerda aquello del café-café de la época en que no se bebía otra cosa que malta o achicoria. Y lamentemos la cogida de El Bala, cuya vida vale tanto como cualquiera de los que forman parte de un trust o clan de moda. [...] <sup>566</sup>

---

<sup>565</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Esta es la Fiesta». *El Alcázar*, Madrid, 7 de agosto de 1967, p. 12.

<sup>566</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «La cornada de El Bala y sus consecuencias». *El Alcázar*, Madrid, 31 de agosto de 1967, p. 19.

Uno de los festejos postreros de la temporada de 1967 en la plaza de Las Ventas es una novillada del marqués de Villagodio. Las reses, inapropiadas para tal escenario, tres de las cuales lucen aspecto de «chotas insignificantes», le llevan a reafirmarse en la idea de esa necesaria emoción que sólo puede dar el toro. «La fiesta es emoción —como repetirá incansable Zabala durante esta primera etapa—. Y la emoción la pone el toro. Nada nuevo. Pero conviene recordarlo, aunque de nada valga»<sup>567</sup>. Una semana después, en la plaza de toros de Carabanchel, los toros lidiados de la ganadería de Gavira le llevan a reafirmar esa importancia, congratulándose de la presencia en el ruedo de astados de verdad, los que dan transcendencia real al espectáculo. «El toro paseaba por la arena la verdad de la fiesta. Los cornúpetas por sí solos eran un espectáculo, digno de lo que podría ser único en el mundo si no se tolerasen tantas anomalías y mixtificaciones»<sup>568</sup>, afirma el cronista.

Los sectores del entramado taurino acusan al esencialismo de querer un toro descomunal, gigante, destartalado, similar al de la fiesta decimonónica, con el que, argumentan, es imposible el lucimiento o la mínima creación artística. Sin embargo, Vicente Zabala niega rotundamente en varias ocasiones esta acusación, defendiendo la proporcionalidad del toro auténtico, que para serlo no necesita salirse de los parámetros que marca el buen trapío. Así, en el antepenúltimo festejo de la feria de San Isidro de 1970 los toros de Alonso Moreno de la Cova ofrecen esa proporcionalidad, a la que suman un comportamiento muy interesante que satisface tanto al cronista como al conjunto del público que asiste al festejo. Y sirven, además, para establecer la comparación razonable con otras ganaderías lidiadas en días previos y que tuvieron una presencia indecorosa, alejada de la seriedad que, como mínimo, debe ofrecerse en un espectáculo digno, el espectáculo digno que reclama el esencialismo.

#### **LA CORRIDA DE ALONSO MORENO, “LA NIÑA BONITA”**

La corrida ayer ha resultado de las más interesantes de la feria de San Isidro. ¿Y saben ustedes por qué? Porque el toro estaba en la arena. Un toro de apariencia reglamentaria, fuerte, serio, que peleaba con variopintas reacciones. Toro que deleitó al público, escribo público, y esta vez incluyo, naturalmente, a los aficionados. ¿Lo ven ustedes como no se trata de resucitar una fiesta imposible para nuestro tiempo? Esta es la corrida de toros de lujo. Corrida bonita, cómoda en general de cabeza, sobrada de kilos pero que exhibió en líneas generales la fortaleza

---

<sup>567</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «La presidencia brilló por su ausencia». *El Alcázar*, Madrid, 9 de octubre de 1967, p. 22.

<sup>568</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Gregorio Sánchez en plenitud». *El Alcázar*, Madrid, 16 de octubre de 1967, p. 17.



suficiente como para pelear sin aburrir al público. Ello quiere decir que no fueron borregos. Presentaron un trapío digno. Ni una sola protesta. Hubo toros bravos; alguno realmente manso, como el que le tocó a Andrés Vázquez, y tuvo que ser fogueado; pero fue eso, una corrida de toros. ¡Cómo estará la fiesta para que todo el mundo saliera de la plaza felicitándose por haber presenciado una corrida de toros! Fíjense ustedes que llevamos quince tardes sentados en el tendido y hasta hoy no se ha salido plenamente satisfecho, porque en esta ocasión todo ha transcurrido de una forma absolutamente normal, hasta el punto de que el público, encantado por no ser estafado, se le haya ido algo la mano en la petición de los trofeos. [...]

De lo visto hasta este momento —y ya llevamos quince festejos—, la corrida de Alonso Moreno es la triunfadora rotunda de la isidrada; ni los perros de Atanasio; ni los de Juan Mari Pérez Montalvo, con haberse dejado cortar muchas orejas, pueden compararse con los de Alonso Moreno. Alonso se la ha ganado a todos en buena lid. Sólo con presentar una corrida normal, que además ha investido. [...] <sup>569</sup>

En los mismos términos cierra la crónica de uno de los festejos postreros de la temporada madrileña de 1970. Los toros de Victorino Martín, que en esta ocasión no ofrecieron tan buen resultado como en sus apariciones previas, ofrecen un espectáculo interesante en el que la emoción está presente desde el inicio de la corrida. No hubo grandes opciones para el lucimiento, pero el peligro fue latente; todo lo realizado tuvo la condición de auténtico, la autenticidad que sólo puede aportar el toro. «La corrida tuvo emoción. No nos aburrimos. Hubo interés, ese interés que se desprende del riesgo, elemento principal para que la fiesta sea fiesta y no una parodia» <sup>570</sup>.

Y no de manera inapelable el toro tiene que responder a un patrón de comportamiento, a un estándar conductual predeterminado o asimilado que justifique y favorezca esa emoción. El toro, obligatoriamente, tiene que ser incierto, pero su integridad permite promover, y conservar, la autenticidad e importancia del espectáculo tanto como la de los diestros que en él participan, como bien señala Zabala en agosto de 1971 sobre un festejo celebrado en la plaza de toros de Bilbao con serios y correosos toros de la ganadería de José Luis Osborne: «La fiesta de los toros es esto. Unas veces tienen que salir toros malos, otros buenos, pero siempre toros. Ellos curten a los toreros y mantienen la grandeza de nuestra fiesta» <sup>571</sup>.

---

<sup>569</sup> ZABALA PORTELÉS, V. «La corrida de Alonso Moreno, “la niña bonita”». *Nuevo Diario*, Madrid, 29 de mayo de 1970, p. 26.

<sup>570</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «La Fiesta no fue una parodia». *Nuevo Diario*, Madrid, 29 de septiembre de 1970, p. 22.

<sup>571</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Emoción a raudales». *Nuevo Diario*, Madrid, 21 de agosto de 1971, p. 21.

En cualquier caso, para el cronista no tiene esa emoción defendida visos de sadismo o de crueldad hacia la figura del diestro, como en algunas ocasiones le acusan desde las posiciones más próximas al entramado taurino. Para Zabala, esa emoción tiene que ser, por definición, proporcionada a la condición de un toro también proporcionado en sus características, y que no es otro, como queda señalado más arriba, que el que puede evolucionar en el ruedo a partir del mínimo marcado en el Reglamento taurino. Esa proporción del toro íntegro en presencia y comportamiento, que transmite la emoción que se desprende de la contemplación del equilibrio casi imposible, pero a la vez necesariamente indisoluble, de lo bello y lo peligroso, no puede nunca derivar, por contradictorio con su propia esencia, a lo mecánico o reiterativo y previsible, algo que, por otra parte, sí permite el toro que está fuera de la perspectiva esencialista, más proclive al lucimiento estético, más dócil y menos arriesgado. Como afirma, nunca puede haber una relación creíble entre la emoción real (el peligro y la belleza artística) y lo mecánico y anormalmente trascendente, porque es el toro auténtico el que marca el límite, ya que nunca admite, por su bravura, casta y fuerza, el toreo mecánico desustanciado, desapasionado, tan frecuente de la época.

### **EL TORO, EL TORERO... Y EL FÚTBOL**

[...] Cuando los toros no son buenos para el aficionado, no pueden serlo para nadie, porque el aficionado lo que quiere ver es el toro reglamentario, nada de ese cinqueño que abre la boca y se traga a los toreros como el lobo a Caperucita. Esa es una leyenda desacreditada, difundida por los apoderados y sus aduladores. El aficionado quiere ver el cuatreño con su peso justo, bravo, con fuerzas para pelear sin desmayo durante los tres tercios, un tipo de toro que no tiene que ser el elefante del zoológico. La gente quiere emoción, pero una emoción sana, que se desprende del toro auténtico. La emoción no puede tener nunca el esqueleto de cientos de rechazos, de ese aluvión de rechazos que terminan con la paciencia del mismísimo Job, que creo que fue una auténtica figura en el arte de la calma y la resignación. [...]<sup>572</sup>

Sus planteamientos en este sentido marcan con claridad su posicionamiento respecto de la realidad taurina del momento, situando sus postulados siempre del lado de los aficionados que participen de la visión o perspectiva distante del espectáculo, sobre la que asienta sus bases la corriente esencialista, y de los que los cronistas se sienten portavoces. Como aficionado que es, Zabala se manifiesta en su derecho de reclamar un toro reglamentario (base del espectáculo), que en su condición de bravo sea

---

<sup>572</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «El toro, el torero... y el fútbol». *Nuevo Diario*, Madrid, 21 de abril de 1972, p. 27.

transmisor de la emoción inherente (médula espinal) a la fiesta de los toros, en contra de la comodidad pretendida por el entramado taurino a partir de la lidia de toros sin identidad. «No deben olvidar los toreros —escribirá Zabala durante la feria de Sevilla de 1973— que los aficionados también tienen derecho a inclinarse por un toro más agresivo y poderoso, tal vez menos cómodo, pero que sea capaz de transmitir la emoción imprescindible que requiere el arte del toreo»<sup>573</sup>.

#### **6.1.2.1.c. La exigencia en la presentación, el comportamiento ético del ganadero**

En relación a la exigencia que desde el esencialismo se pide en la presentación de las reses que deben lidiarse, la opinión de Vicente Zabala es meridiana, en algunos casos extremista, y si se hiciera una comparativa, veríamos que mantiene un razonable paralelismo con el resto compañeros de la corriente, con las diferencias lógicas de cada época. En este sentido, Zabala sitúa la exigencia de la presentación física, morfológica, del toro de lidia por encima de los factores conductuales como bravura, nobleza, agresividad, fuerza, etc. «La bravura, las minuciosidades, ya se las pediremos a lo largo de la lidia —escribe por ejemplo en abril de 1971—, pero de primera, ya llevan ganado el tirón del escrúpulo, de la buena crianza del animal y del prestigio del ganadero con anterioridad a la bravura, la ineludible presentación de los toros»<sup>574</sup>.

Es evidente que de la presentación de los toros se desprende el concepto de trapío, concepto que se aborda en un apartado posterior, pero en Vicente Zabala cabe establecer una separación entre los dos, presentación y trapío, en base a los términos en que ambos son tratados. Cuando Vicente Zabala reitera que lo primero es la presentación, no está describiendo normalmente las características físicas del toro —algo que por supuesto sí hace el concepto de trapío—, está exigiendo un modo de actuar, un punto de partida ético para con la Fiesta.

En esta primera etapa, Zabala busca, defiende y exige, por tanto y en primer lugar, que el toro esté bien presentado; que se presente en el ruedo con las condiciones morfológicas imprescindibles en un toro de lidia; que cumpla, en definitiva, como se afirmaba, con los requisitos mínimos que marca el Reglamento taurino. Recuperar —o alcanzar— esa presencia que el toro no ha tenido en los últimos lustros es la primera

---

<sup>573</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Otro lleno hasta la bandera a pesar de las cámaras de televisión». *ABC*, Madrid, 5 de mayo de 1973, p. 96.

<sup>574</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Una corrida para hombres». *Nuevo Diario*, Madrid, 17 de abril de 1971, p. 29.

meta que se propone el esencialismo; es el cimiento de la nueva época para superar el penoso presente. Por tanto, si, como veíamos, el toro tiene que ser de verdad, la primera condición es que esté bien presentado; ahí empieza la verdad del toro. De poco le sirve desarrollar todas las características positivas que le permitan su condición de bravo si su morfología no responde al ideario esencialista del autor.

La presentación es el punto de partida de la autenticidad perseguida. «Ayer vimos una auténtica corrida de toros —escribirá Zabala en un festejo canicular en la plaza de Las Ventas en 1965—. Seis ejemplares de preciosa lámina, enormes pitones, edad en la boca y todos aquellos requisitos que debe tener un toro para ser presentado como tal en la plaza de Madrid. Pero ya sabemos que los toros son como los melones: hasta que no se calan, nadie sabe cómo van a salir»<sup>575</sup>. El cronista apunta cuáles son los requisitos —requisitos que serán analizados más adelante— que dan forma a esa presentación idónea, que responde a ese comportamiento ético que debe tener el ganadero con el espectáculo, y así los alaba, para luego reconocer que los aspectos conductuales pueden no ser acordes, como de hecho así fue, pero que en cualquier caso no restan autenticidad.

En una línea idéntica se manifiesta justo un año después, en julio de 1966, y en el mismo escenario, la plaza de toros de Las Ventas, en tres crónicas separadas por apenas dos semanas, dentro del ciclo de festejos veraniegos que tienen por característica principal su dureza, porque en ellos, normalmente, sale el toro serio, el toro cuajado, que tan poco se prodiga por las plazas y ferias de España. En la primera, los toros pertenecen a la ganadería portuguesa de Murteira Grave, y el texto ofrece algunas connotaciones que no deben pasarse por alto, como la utilización del concepto «emoción», consustancial al espectáculo en los términos que en el apartado anterior, *6.1.2.1.a. El toro auténtico da grandeza, emoción y seriedad al espectáculo*, refieren la emoción del riesgo, no sólo la emoción que brota de la contemplación de lo estético, la emoción que surge de la intranquilidad, del miedo, del suspense que genera el toro de verdad. También la intencionada comparación de las dos caras de la Fiesta: «Festejo, serio, en épocas de toreo de broma», pseudotoreo que permite realizar el pseudotoreo que se lidia habitualmente, rebajado en su presencia y su ímpetu, frente al toro auténtico que no admite bromas ni juegos. Y la comparación para afrentar, para desacreditar, a aquellos ganaderos que circulan con el camino de lo comercial y que durante esta

---

<sup>575</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «¡Qué pena que fueran mansos!». *Art. Cit.*, p. 33.

temporada de 1966 han dado muestra de su poco compromiso con el espectáculo que reclama el esencialismo. Y finalmente, volviendo al núcleo del presente apartado, la presentación de los toros por encima de otras cuestiones, en esa idea reiterativa de Zabala en que lo primero que debe rescatarse es el toro con trapío, exigir a los ganaderos que presenten los toros de manera escrupulosa, cumpliendo no sólo con el reglamento, sino con el compromiso ético que se les supone tienen con su afición; las características conductuales ya habrá tiempo de exigir las.

### SERIEDAD

Ayer hubo emoción en las Ventas. Hacía tiempo que no se sentía en la plaza una intranquilidad parecida. El toro estaba en la arena. Todos con trapío. Seis astados fuertes, bonitos de lámina, bien armados y con un peso proporcionado a su tipo. Corrida, seria. Festejo, serio en épocas de toreo de broma.

El ganadero portugués Murteira Grave volvió a dar una lección a los Atanasio, Alipio, Oliveira, Galache, Carlos Núñez y compañía de cómo hay que presentar una corrida en Madrid. En estos momentos no hablo de bravura —eso es otro cantar—, me refiero a lo primordial, a escrúpulo de presentación, perfectamente de acuerdo con lo que dice el reglamento vigente. En ese aspecto, Murteira Grave se ha apuntado un buen tanto. Lástima que en lo que afecta a bravura, los toros no han hecho una gran pelea ni con los toreros ni con los caballos, a pesar de haberse dejado pegar de firme, pero siempre con la tendencia a tirar cornadas al estribo del piquero o apuntando muchas veces más alto, con vivos deseos de quererse quitar el palo. [...] <sup>576</sup>

La segunda crónica, como se afirmaba justo una semana después, reitera la idea principal de que lo primero que debe exigirse es la presentación —los astados de la ganadería de Tulio e Isaías Vázquez tuvieron sobrado cuajo y trapío—; pero también sirve para extender la responsabilidad, que no sólo recae en los ganaderos, acusando a aquellos que son encargados de aprobar o rechazar las reses de su falta de criterio a la hora de cumplir su trabajo, porque son ellos los que deben mantener el prestigio de cada plaza aplicando un mismo patrón selectivo a todas y cada una de las corridas, y no dejarse llevar por oscuros intereses o presiones externas. «He visto esta temporada muchas corridas de toros; pero ¿cuántos con la fachada, con el trapío de los ayer? ¿Por qué los veterinarios y los encargados de hacer cumplir el reglamento han perdido la capacidad de distinguir entre el toro y el utrero engordado? Lo primero que se impone exigir es presentación, autenticidad, nada de ficticios “golpes de vista”, de gordura

---

<sup>576</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Seriedad». *El Alcázar*, Madrid, 18 de julio de 1966, p. 27.

artificial»<sup>577</sup>, señala Zabala. Esto lo dice el cronista después de comprobar la gran diferencia entre estas corridas caniculares y las celebradas durante la feria de San Isidro, en la que se dan cita todos los nombres importantes de la Fiesta.

La tercera crónica, también una semana después de la anterior y citada en el apartado 6.1.2.1.a. *El toro íntegro como base insustituible de la nueva fiesta*, sirve para ensalzar de nuevo comportamiento ético de un ganadero, en este caso el señor Félix Cameno, que «envió a Madrid seis astados dignos de la primera plaza del mundo. El señor Cameno partió de lo primero que se le debe pedir a un ganadero: escrúpulo. Los cornúpetas eran de bella lámina, largos, musculados. Una señora corrida de toros»<sup>578</sup>. En este caso debe señalarse que los toros tampoco ofrecieron después el espectáculo esperado, mostrándose con poca pujanza en la suerte de varas y abantos en los trasteos de muleta, pero su buena presencia sirve al cronista para remarcar cuál debe ser la actitud de los ganaderos, cuál es el primer paso, el del comportamiento ético del ganadero, que debe darse en el camino de la autenticidad de la Fiesta.

En la temporada de 1967, durante la feria de Fallas valenciana, Zabala se asombra del trapío que luce la novillada de Nuncio, ganadería portuguesa perteneciente al famoso rejoneador Branco Nuncio, reconociéndole al importante caballero tanto su honradez como su escrúpulo a la hora de llevar a cabo su tarea como criador de reses bravas. «El mejor rejoneador portugués de todos los tiempos —apunta Zabala—, que como ganadero está dando en España a más de uno una auténtica lección de honradez profesional y escrúpulo»<sup>579</sup>.

La corrida lidiada por Fermín Bohórquez en la feria de Abril de Sevilla resulta mansa y descastada, «para tirar de tres carretas», en palabras del propio Zabala. Tras haber alcanzado el cenit del éxito en la década de los años cuarenta, esta actitud de las reses jerezanas de Bohórquez es ya una tónica en el proceso de decadencia que mantiene la ganadería en los últimos lustros. Sin embargo, la buena presencia de los astados, «con indiscutible trapío», unida a esa época que fue gloriosa para la ganadería y que permanece en el recuerdo del cronista, le sirven para mitigar la censura hacia el propietario por el negativo comportamiento de las reses, reconociendo su escrúpulo y dignidad profesionales. Por eso, afirma Vicente Zabala que «de esta tercera corrida sólo

---

<sup>577</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «El futuro de la Fiesta». *El Alcázar*, Madrid, 25 de julio de 1966, p. 26.

<sup>578</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «El imprescindible». *Art. Cit.*, pp. 18-19.

<sup>579</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «La fuerza de la sangre». *El Alcázar*, Madrid, 15 de marzo de 1967, p. 24.

salvamos la presentación, que pone a salvo su escrúpulo y su dignidad como ganadero»<sup>580</sup>.

Unos días después, el sábado 22 de abril, se lidian en la misma feria sevillana reses de la ganadería de Urquijo, que para Vicente Zabala suponen todo un acontecimiento, ya que, aparte de su buena presencia y comportamiento, contribuyen al éxito rotundo de Antonio Ordóñez. Esta ganadería de los hermanos Carlos y Antonio Urquijo está entre las favoritas del cronista, ya que para él, en su casta poseen la esencia de la bravura y la nobleza más puras. «Después de la tarde redonda de Antonio Ordóñez —escribe con entusiasmo Zabala— lo más importante ha sido el escrúpulo de don Antonio Urquijo, que ha mandado a La Maestranza una corrida magníficamente presentada, digna de una ganadero cuyas reses llevan la aristocracia de la sangre brava por sus venas»<sup>581</sup>.

En la primera corrida de la feria de San Isidro de ese año 1967, y a pesar de que las reses no ofrecieron un juego completo, Zabala se refiere al propietario de la ganadería del conde de la Corte como «ejemplo de ganadero escrupuloso»<sup>582</sup> por el buen trapío que, tanto en este festejo como en otros, suelen lucir los astados de esta divisa. Al día siguiente, algo parecido con el ganadero Clemente Tassara, al que el cronista reconoce su esmero en presentar las corridas con el trapío correcto, pero que «pese al escrúpulo del que hace gala, no acierta en eso tan importante para el toro de lidia: la bravura»<sup>583</sup>. En los mismos términos se refiere al propietario de la famosa ganadería de Miura, que lidia el último festejo de la feria, y al que también reconoce la espectacular presentación, en una corrida que a simple vista resultó aterradora, pero que en conjunto adoleció de casta para ser completa. «Quede, pues —escribe Vicente Zabala—, destacado como merece el escrúpulo en la presentación de sus toros por parte del señor Miura, los de más cuajo de toda la feria, pero también vaya nuestra repulsa a la falta de casta, de buena casta, se entiende, de los pavorosos bovinos»<sup>584</sup>. Son tres ejemplos claros de esa exigencia previa, de ese punto de partida que debe exigirse a cualquier criador de toros bravos para que la Fiesta tenga esa verdad que empieza a cimentarse desde que el toro sale a la arena.

---

<sup>580</sup> ZABALA PORTOLÉS, Vicente. «Fuentes tuvo la oportunidad de su vida». *El Alcázar*, Madrid, 18 de abril de 1967, p. 27.

<sup>581</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «La reacción de Antonio Ordóñez». *El Alcázar*, Madrid, 24 de abril de 1967, p. 20.

<sup>582</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Se encontraron los valientes». *El Alcázar*, Madrid, 15 de mayo de 1967, pp. 16-17.

<sup>583</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Cuando manda el bostezo». *El Alcázar*, Madrid, 15 de mayo de 1967, p. 19.

<sup>584</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «¿Dónde están los fenómenos?». *El Alcázar*, Madrid, 29 de mayo de 1967, p. s/n.

Terminada la feria de San Isidro de esa temporada de 1967, Zabala asiste a uno de los festejos de la tradicional feria de San Fernando en la plaza de toros de Aranjuez. Los toros de la ganadería de Benítez Cubero presentan innumerables deficiencias a la vista del cronista —deficiencias que aparecen recogidas también en el apartado correspondiente a la denuncia sobre trapío y/o edad—, sin embargo, antes de entrar en los detalles de las mismas, Zabala deja expresada su idea fundamental sobre la importancia de la buena presentación de las reses y las derivadas que de ella se desprenden, colocando de nuevo el concepto de trapío por encima de los aspectos conductuales. «En la fiesta nacional, mientras no se demuestre oficialmente lo contrario, la sensación de peligro la tiene que poner el toro; primero con el trapío, después con la fiereza»<sup>585</sup>, habrá escrito Vicente Zabala. El toro transmite sensación de peligro, pero el primer elemento que incide en esa comunicación visual es su conformación morfológica, su agresividad física, que luego debe verse complementada con su fiereza conductual.

En el quinto festejo de la feria de San Fermín de esta temporada de 1967, de nuevo el propietario de la afamada ganadería del conde de la Corte recibe el reconocimiento de Zabala —triumfo legítimo, en palabras del crítico— por la seriedad de las reses enviadas a tan importante ciclo que, si como hemos visto ocurría en ejemplos anteriores, no colaboraron excesivamente en el lucimiento de los toreros, salieron de los chiqueros con los atributos mínimos exigibles. «El conde de la Corte ha tenido un éxito en Pamplona, más por su escrúpulo, por su dignidad y por su alto sentido de la honradez profesional, que por el resultado que han dado sus pupilos. La clave del triunfo legítimo ha estado a la hora de embarcar la corrida, porque no ha enviado seis chotas gordas y afeitadas, sino seis cornúpetas astifinos, serios, sin excesivas carnes, pero con cuajo y hechuras de toros auténticos»<sup>586</sup>, ensalza el cronista.

La feria de San Isidro de 1968 empieza con la sospecha de que las corridas no van a tener el trapío mínimo indispensable. Ya en el tercer festejo, y después del descontento provocado por la presentación y comportamiento de las reses de Carlos Núñez y María Pallarés, Vicente Zabala retoma la reclamación sobre la necesidad de que los toros, al menos, tengan, para todos, presencia de eso, de toros. La Fiesta es algo muy serio, y esa seriedad debe trascender el ámbito circunstancial del circuito de los

---

<sup>585</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Una tarde apacible». *Art. Cit.*, pp. 16-17.

<sup>586</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «De El Espartero a Diego Puerta». *El Alcázar*, Madrid, 12 de julio de 1967, p. 24.



toreros modestos, ésos que, sin poder en los despachos que dirigen el tinglado, se enfrentan a lo largo de la temporada a las corridas de verdad. Que, al menos, reclama Zabala, el toro salga con el trapío que le corresponde cada tarde, y que después sea cada diestro, en base a su poder, dominio o capacidad, el que elija la ganadería que más le interese:

#### LA MAGIA DE PACO CAMINO

[...] Para la burla de la fiesta es imprescindible el trucaje. Sin embargo, el toro, ése que el aficionado ve los domingos, sin que le haga falta hojear las viejas estampas de “La Lidia”, no admite bromas. Hay que ser un cretino para pretender resucitar el toro de la época de Frascuelo, pero es absolutamente necesario que los cornúpetas de hoy tengan el trapío y el poder de los que salen en las corridas modestas. Que luego el torero prefiera que sean de Angoso o de Galache, me parece perfecto, pero nunca que se llegue a esta estafa que solo pueden alentar a quienes ven la fiesta a través del dinero que los espectadores se dejan en la taquilla, cuyas mendigadas migajas pasan a los apologistas a través de los toreros.[...] <sup>587</sup>

Es cierto que en esos festejos de la temporada madrileña el paisaje cambia por completo. La modestia de los carteles, tanto en lo que se refiere a diestros como a ganaderías, provoca esa transformación que, en el aspecto ganadero, se ve reflejada en corridas muy serias, mucho más que las habituales de ferias, en las que se solicitan y lidian las ganaderías postineras que exigen los diestros más importantes. Los ganaderos más modestos, cuando llegan a Madrid, llevan lo que, tanto en presentación como en comportamiento, interpretan que es lo mejor que tienen. Esto provoca la seriedad —y muchas veces la dureza— que adquieren tales festejos de temporada. Pero esta circunstancia es agradecida por el aficionado habitual, que se reencuentra con la fiesta íntegra, la del toro auténtico, sin manipulaciones de ningún tipo. Así, Vicente Zabala muestra su plena satisfacción ante las reses lidiadas de la ganadería portuguesa de Infante Da Cámara durante el mes de junio de 1968, y lanza su agradecimiento al ganadero portugués por haber ofrecido al público de Madrid el toro auténtico. «Gracias también al ganadero portugués que se ha portado como un caballero y como un auténtico criador de reses bravas en época de tratantes...» <sup>588</sup>, señala Zabala.

Las Corridas Generales bilbaínas siempre se han caracterizado por la cuidada presencia de las reses, que normalmente presentan un trapío superior al de resto de

---

<sup>587</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «La magia de Paco Camino». *El Alcázar*, Madrid, 14 de mayo de 1968, p. 23.

<sup>588</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Emoción a raudales». *El Alcázar*, Madrid, 14 de junio de 1968, p. 13.

plazas relevantes. En la feria del año 1968 la corrida de Lisardo Sánchez entusiasma al cronista, proponiendo al conjunto de ganaderos a que hagan una reflexión profunda sobre el trabajo que vienen efectuando —«Vamos a meditar, señores ganaderos», titula la crónica—, e invitándoles a seguir el recto camino por el que transita el ganadero salmantino:

### VAMOS A MEDITAR, SEÑORES GANADEROS

[...] Legítimo triunfo el alcanzado por don Lisardo Sánchez. El anciano ganadero está dando una lección de escrúpulo y esmero en la cría del toro bravo. Ahí le tienen ustedes criando toros con aparatosas cabezas, preciosos de lámina, sin atiforrarlos de carne, pero que a la hora de la verdad salen embistiendo por derecho, con ejemplar bravura, permitiendo el éxito de los toreros y admirando a los buenos aficionados por su estupendo trapío.

En este mismo año he visto tres corridas de ganadero. Las tres han promovido tres notables éxitos>: el de Ángel Teruel en la feria de Sevilla, el de El Viti en la feria chica de Vista Alegre, de Madrid, y éste de ayer de Paquirri. No ha habido ni un solo percance. La emoción ha estado presente en la plaza, y no se ha estafado al público, como viene ocurriendo casi a diario. Fíjense de una vez en esta feria de Bilbao los señores taurinos. Los de Benítez Cubero, que están saliendo malísimos en toda España, no se han prestado al lucimiento, ni con más, ni con menos cuajo.

Pero aquí se han salvado por la presentación. Sin embargo, los auténticamente bravos, como estos de Lisardo Sánchez, han salido en porcentaje mayoritario con las orejas virtualmente colgando, facilitando el éxito de los toreros. Si la cosa no es cuestión de kilos, sino de casta. Cuestión de presentar las corridas como es debido. Es la mejor forma de no engañar ni engañarse. Vamos a ver si volvemos a traer al público a las plazas de la mano de la verdad: el toro con edad y pitones. [...] <sup>589</sup>

De nuevo uno de los duros festejos de la parte final de la temporada de 1968 en la capital le sirve a Zabala para interpelar a los ganaderos que están al servicio del entramado taurino, los llamados, como vimos en un apartado anterior, «ganaduros». En este caso la ganadería pertenece al hierro de don Celestino Cuadri Vides, que lleva a Las Ventas una seria corrida. Como en otras ocasiones, el cronista celebra con júbilo la buena presencia de los astados y felicita al propietario de la vacada, a pesar de que en conjunto anduvieron algo justos de fuerza, por el ganado servido, que debiera servir de ejemplo a los que pretenden ignorar la necesidad de la seriedad del toro desde que aparece por la puerta de chiqueros. «La corrida tuvo como aliciente la magnífica

---

<sup>589</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Vamos a meditar, señores ganaderos». *El Alcázar*, Madrid, 21 de agosto de 1968, p. 29.

presentación de los toros de Cuadri —señala Vicente Zabala— que si bien es cierto no sacaron demasiada fuerza, tuvieron empero amplia nobleza y el trapío que se debería exigir siempre en la plaza de Madrid. Así se viene a las Ventas, señor Cuadri. Aprendan los “ganaduros”»<sup>590</sup>.

Una novillada de la incipiente temporada de 1969, de nuevo en la plaza de toros de Las Ventas, sirve para que Zabala reivindique y celebre la presencia de los astados de la ganadería de Mari Cruz Gomendio lidiados. Del festejo, celebrado el domingo 23 de marzo, sorprende la seriedad que lucen las reses, con pitones astifinos, sin atisbos de haber sido manipulados, algo poco frecuente, y menos en un festejo inferior. Por eso, Zabala, con entusiasmo, felicita a la propietaria de la divisa. «Vaya desde aquí nuestro aplauso a la ganadera castellana. Así se viene a Madrid»<sup>591</sup>, escribe el cronista.

De nuevo la prestigiosa ganadería de Carlos Urquijo, sin duda entre las predilectas de Vicente Zabala, lidia una corrida con apenas posibilidades para el lucimiento durante la feria de San Isidro de 1969. No obstante, el cronista refiere el rigor del propietario de los famosos «murubes»<sup>592</sup>, que, a pesar del poco juego ofrecido por sus reses, las ha llevado a la primera plaza del mundo con la presencia digna que corresponde a tal escenario. Los toros no permitieron el lucimiento, sin embargo para Vicente Zabala nadie puede poner un pero a la presentación de los astados, «porque los toros de Urquijo —apunta el escritor—, justamente ovacionados al salir a la plaza, apuntándose el indiscutible éxito del escrúpulo y la dignidad profesional, no respondieron luego a sus fachadas»<sup>593</sup>.

Reiterada la necesidad de cambio, de patrón de conducta, entre quienes son los primeros que deben responder al reto, se queja Zabala de su falta de compromiso al señalar, como por ejemplo lo hace durante la feria de San Fermín de 1971, que «es en esto (presentación) donde fallan casi todos, tarde tras tarde, porque buscan el toro aparente de una forma servil. Del torete sin pitones, afeitado y sin presencia que estamos presenciando un día sí y otro también por esas ferias, al que ha enviado Domecq hay un abismo. La misma distancia entre la verdad y la mentira, que entre el

---

<sup>590</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Triunfo del peón Sánchez Jiménez». *El Alcázar*, Madrid, 2 de septiembre de 1968, p. 28.

<sup>591</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Seis novillos con las defensas intactas». *Nuevo Diario*, Madrid, 25 de marzo de 1969, p. 14.

<sup>592</sup> La ganadería de Urquijo estaba formada íntegramente por reses de procedencia del encaste Murube, de raíz Vistahermosa, y es por eso que se les llamaba los «murubes» de Urquijo.

<sup>593</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «La empresa hizo su agosto». *Nuevo Diario*, Madrid, 15 de mayo de 1969, p. 13.

día y la noche»<sup>594</sup>. Del mismo modo que el «casi todos» nos dice que quedan ganaderos que no se dejan llevar por las imposiciones de la época, nos señala de nuevo la suma importancia que tiene el toro bien presentado frente al que no lo está, tanto como la separación que va de la verdad a la mentira, es decir, de la fiesta auténtica a la falseada.

Este dato, el de la exigencia de la buena presentación por encima de otras cuestiones, es muy significativo en la primera etapa de la corriente crítica esencialista, porque nos está informando del estado en que, a ojos de los cronistas, está la fiesta de los toros. Si lo primero es el toro, y para que sea de verdad tiene que estar bien presentado, supeditando esta característica otros aspectos que puedan favorecer de mejor forma la lidia o la propia creación artística, es evidente que los años de esta primera etapa están marcados, como se podrá comprobar, por la ausencia de un toro con entidad, al menos con la entidad necesaria para el ideario esencialista. Esto queda confirmado en el caso de Vicente Zabala tanto por las incontables denuncias, como por el júbilo que demuestra el escritor en numerosas ocasiones —júbilo que, como se verá en otro de los apartados de este punto, se traduce en el reconocimiento sincero a determinados ganaderos—, congratulándose y dándose por satisfecho cada vez que a la arena salen los toros bien presentados, como por ejemplo ocurre en la feria de Bilbao del año 1969, primero con la ganadería del marqués de Domecq y un día después con la de Fermín Bohórquez, aunque en ambos casos los astados no hayan desarrollado cualidades conductuales óptimas para la lidia:

#### **Una lección del marqués de Domecq**

Así se viene a Bilbao, marqués. Al salir de la plaza, cuando a toda velocidad me dirigía al “Correo Español”, el veterano periódico bilbaíno, en compañía del crítico Carlos Barrera, le felicitaba por la feria que nos ofrecen sus paisanos en el coso de Vista Alegre vasco.

Toros de verdad, toros con la edad, toros con pitones y cuajo de cuatroños, astados con respeto, con presencia, con un trapío muy serio. El marqués cumplió como deben cumplir los ganaderos, enviando en primer término una corrida de toros, luego viene el capítulo de la bravura, eso ya es más difícil y problemático, pero hubo un primer toro, que le tocó a Miguelín, realmente excepcional. Un toro noble, arrancándose con alegría al caballo y empleándose con suavidad y nobleza en el último tercio. Se le dio la vuelta al ruedo.

Los otros cinco acusaron la glosopeda. Flojearon de manos, pero así y todo tomaron dieciocho puyazos. Esta cifra no es la habitual en estos tiempos de puyazo único. (...)

---

<sup>594</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «¡Leña! ¡Leña! ¡Leña!». *Art. Cit.*, p. 24.

La corrida del marqués de Domecq pudo haber sido de bandera. Lo fue de presentación. Fue una pena que fallaran las manos de los toros, que les hizo defenderse con la cara arriba. El cuatreño, con su inconfundible presencia, podría arreglar muchas cosas. [...] <sup>595</sup>

### **Leña, mucha leña en la arena**

[...] Hoy ha vuelto a salir el toro. Bohórquez ha enviado una corrida preciosa, aparatosa de pitones, generosa en todos los sentidos menos – ¡ay!– en el de bravura.

Hacía tiempo que no veíamos toros tan serios de divisas de postín. La feria bilbaína se está distinguiendo por una ejemplar presentación de los toros. Corridas con mucho aparato, perfectamente musculadas, sin carnes superfluas, toros de lujo para toreros de cartel. Si luego no embisten, de eso ya no tiene culpa nadie. Esta vez tomaron diecisiete varas en toda regla y un montón de picotazos. Había que estar muy avisado para no verse por las alturas. La emoción presidió en todo momento lo que en la arena acontecía. (...)

Bohórquez demostró ayer en el coso bilbaíno de Vista Alegre que sabe criar toros de verdad. Este ganadero, que no creo que sea un pobre precisamente, puede permitirse el lujo de soltar el toro, no le hace falta criar “burras”. El toro como el de ayer constituye un espectáculo por sí solo. Llevo dos corridas en Bilbao y he visto los seis toros más impresionantes de los trescientos y pico que me ha tocado presenciar en lo que va de temporada. (...)

Aplaudo alborozado, aunque haya tenido que conformarme con la presentación, con el trapío, porque luego la bravura ha fallado, pero ya saldrán toros que embistan. [...] <sup>596</sup>

La exigencia de que la buena presentación es lo primero en el toro de lidia será una constante en su discurso. Una presentación, por tanto, que tiene su punto de partida en lo que señala el reglamento taurino de 1962 que rige el espectáculo —omnipresente en el discurso de Zabala— y a partir de ahí en la ganadería de la que procedan los toros. Por eso Zabala recurre al concepto «escrúpulo» como elemento diferenciador entre los ganaderos que crían toros de manera acorde a la responsabilidad y deber que les corresponde en el papel que juegan en la Fiesta, frente a los que se mantienen alejados de ese compromiso.

Ante otra corrida de la ganadera María Cruz Gomendio, celebrada en abril de 1970 en la plaza de toros de Las Ventas, y que a la postre resultó deslucida en su comportamiento, remarca de nuevo Zabala que «lo esencial es el escrúpulo, cumplir con

---

<sup>595</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Una lección del marqués de Domecq». *Nuevo Diario*, Madrid, 19 de agosto de 1969, p. 11.

<sup>596</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Leña, mucha leña en la arena». *Nuevo Diario*, Madrid, 20 de agosto de 1969, p. 12.

el reglamento, venir a Madrid con señorío»<sup>597</sup>. Y ese mismo año, ya durante la feria de San Isidro, feria que, como se apuntaba más arriba, en esos años y pese a su gran importancia no se destaca por la presentación de las reses, normalmente impuestas por las figuras del escalafón, felicita y reconoce a la ganadería de Moreno Yagüe que, pese a no ser habitual entre las demandadas para las grandes ferias de la temporada, suele ofrecer interesantes lotes tanto en presentación como en comportamiento. Ya en el titular Vicente Zabala reconoce ese buen hacer del propietario de la divida, José María Moreno Yagüe, destacando con letras capitulares su actitud con un sonoro «UN GANADERO CON ESCRÚPULO», para luego recoger en cuerpo del relato la descripción de ese elogio. Destaca sin duda de este artículo el segundo párrafo, en el que indica la hombría de quienes tienen valor para enfrentarse a toros con verdadero cuajo, así como la pleitesía que por su parte les concede por ese auténtico esfuerzo que dignifica a quien lo lleva a cabo y a la propia Fiesta:

#### UN GANADERO CON ESCRÚPULO

[...] Cuando por la puerta del chiquero, por la misma puerta de los días de lujo, iban apareciendo los toros de Moreno Yagüe, los aplausos que empezaron por las alturas de la andanada octava, el único reducto de exigencia, de gentes con conocimiento del reglamento, la ovación se fue convirtiendo en unánime, porque, ¡por fin!, veíamos seis toros con trapío.

Yo no puedo exigir, ni torcer el gesto ante hombres tan hombres como Antoñete, José Fuentes y Juan Carlos Beca Belmonte. Por las circunstancias que fueron han hecho el paseo en la primera plaza del mundo para vérselas con una auténtica corrida de toros. Los tres han hecho honor a su profesión, porque la han estoqueado con el mayor decoro. [...]

La corrida de Moreno Yagüe barrió a los ganaderos postineros. Los tres primeros mansurronearon, aunque sin peligro, pero los otros tres, especialmente cuarto y quinto, se emplearon con bravura y nobleza; si a esto le añadimos el escrúpulo del ganadero, éxito bien merecido en la feria del choto. Así, con seis toros de verdad hay que venir a Madrid. [...]<sup>598</sup>

Este fragmento de crónica es un ejemplo más de ese reconocimiento tan necesario para el esencialismo a los profesionales de la cría del toro que se esfuerzan por mantener un prestigio acorde a la seriedad que corresponde al espectáculo y, por ende, de los diestros que tienen arrestos para ser partícipes de él.

---

<sup>597</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «¿Saldrán así en san isidro?». *Nuevo Diario*, Madrid, 28 de abril de 1970, pp. 14-15.

<sup>598</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Un ganadero con escrúpulo». *Nuevo Diario*, Madrid, 26 de mayo de 1970, p. 26.

En uno de los festejos de la feria de abril de Sevilla del año 1971 se lidian toros de la ganadería de Cuadri, muy bien presentados y que sin embargo, en líneas generales, acusaron falta de fuerza. Los toros del ganadero onubense tienen ganado prestigio, pues desde la formación de la ganadería en la década de los cincuenta del pasado siglo, han ido acrecentando su fama y son requeridos para la mayoría de las ferias relevantes. Así, Vicente Zabala en su crónica no duda en señalar la categoría de la divisa y reconocer al propietario, Celestino Cuadri, como «uno de los pocos ganaderos con escrúpulo y señorío»<sup>599</sup>.

O en similares términos, en otro festejo celebrado también en la madrileña plaza durante la feria de San Isidro de 1973, en el que el ganado no permitió ningún tipo de lucimiento a los diestros, pero en el que el cronista afirma que «el escrúpulo de un ganadero queda a salvo con la impecable presentación. Vino a Madrid como deben venir los ganaderos, con amor a su divisa»<sup>600</sup>.

El escrúpulo ganadero en la presentación, el compromiso de quien, en primera instancia, lleva sobre sus espaldas la responsabilidad de la autenticidad por encima de otros conceptos tan importantes como la bravura, y el escrúpulo ganadero como referente del prestigio, un prestigio que queda a salvo a pesar de otras deficiencias notorias en el comportamiento. No dejan de resultar cuando menos sorprendentes los numerosos ejemplos en los que Vicente Zabala alaba determinadas corridas —y a sus criadores— que simplemente tuvieron buena presencia pero un comportamiento muy deficiente. Esta actitud del crítico nos da una perspectiva, como se afirma anteriormente, de las deficiencias que en este terreno, el de la presentación, tiene la fiesta de los toros de ese periodo en el que las reses, a ojos del esencialismo, salen al ruedo muy disminuidas.

En este sentido, como hacíamos al principio del apartado, hay que recuperar de nuevo el concepto de emoción, tan importante en el espectáculo, que se mencionaba en la defensa del toro íntegro y que para Zabala va tan íntimamente ligado al de presentación, ya que muchas veces se convierten para los cronistas en conceptos dependientes. Y sin ser esto del todo cierto, porque Vicente Zabala así lo confirma en numerosas crónicas en las que denuncia la falta de emoción en festejos con astados que

---

<sup>599</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Sevilla, cuna del toreo...». *Nuevo Diario*, Madrid, 16 de abril de 1971, p. 29.

<sup>600</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «El increíble vestido de Antonio Bienvenida». *ABC*, Madrid, 17 de mayo de 1973, p. 93.

tuvieron buena presencia, sirve para remarcar que le toro tiene que estar necesariamente bien presentado para que esa emoción completa se produzca, que es imposible un atisbo de esa emoción pura si el toro no tiene la condición morfológica exigida, como deja apuntado en la feria de San Sebastián de 1969 en la que señala que «seguimos la racha de corridas deficientemente presentadas. Al margen de lo que hagan los toros en la arena, se sabe de antemano que aquello no puede tener emoción»<sup>601</sup>.

O como puede también comprobarse en las incontables veces en que Zabala ensalza los toros lidiados en una feria tan importante como la de Bilbao, de la que escribe su favoritismo en numerosas ocasiones, deduciéndose que el toro que allí se lidia, por ser reglamentario, es emocionante, y estableciendo ese paralelismo dependiente entre uno y otro concepto. «Cuando nos preguntan cuál es el toro que nos gusta, por considerarnos muy exigentes —escribe Zabala durante la feria de 1972—, siempre decimos lo mismo, el de Bilbao, que es el más parecido con el que exige el reglamento. Luego podrán salir más bravos o más mansos, más nobles o más difíciles, pero en cualquier caso ese es el toro que produce emoción, el que da prestigio y categoría, no sólo al ganadero, sino a la fiesta misma y a los propios toreros»<sup>602</sup>.

En la misma línea de pensamiento, y como colofón a este apartado, rescatemos un fragmento de crónica de su compañero en la crítica Alfonso Navalón en la que se expresa de manera similar a lo visto en algunos de los ejemplos referidos a Zabala. Así, durante la Semana Grande de San Sebastián de 1969, Navalón hace referencia también al significado del término «escrúpulo» al referirse a la obligación primordial de cualquier criador de toros, y que no es otra que presentar las corridas con dignidad como muestra de respeto al público aficionado. «El escrúpulo de un ganadero es intocable cuando presenta la corrida dignamente; si luego no embisten, ya no es culpa suya. Pero si en lugar de seis toros salen seis animalitos convalecientes que apenas se tienen en pie está claro que al ganadero le importa un pimiento del público y de la crítica»<sup>603</sup>, escribe Navalón confirmando, una vez más, esa perspectiva de entendimiento del espectáculo similar a la de Vicente Zabala.

---

<sup>601</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Por fin se destapó el mexicano Manolo Martínez». *Nuevo Diario*, Madrid, 15 de agosto de 1969, p. 12.

<sup>602</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Miguel Márquez impuso su voluntad». *Nuevo Diario*, Madrid, 23 de agosto de 1972, p. 15.

<sup>603</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «La tercera mansada consecutiva». *Informaciones*, Madrid, 15 de agosto de 1969, p. 16.



#### 6.1.2.1.d. El concepto de trapío: edad, peso y pitones

De la ética que debe conducir a la buena presentación, al trapío que debe ser inherente a esa ética. El conjunto de características morfológicas que defiende y reclaman para el toro los cronistas esencialistas hacen referencia al subjetivo concepto taurómico de «trapío». Un concepto no del todo preciso, y sujeto, por tanto, y como tantos otros, a la interpretación de cada persona conforme a sus gustos y preferencias. En este sentido es importante destacar el discurso de Vicente Zabala, porque en su expresión, el «trapío» adquiere un cariz particularmente significativo.

Los gustos y preferencias de Zabala, lógicamente desde su posición regeneracionista, le llevan a entender el trapío como una revelación de la proporcionalidad necesaria en el toro de lidia. El trapío —también referido en algunos momentos con el sinónimo «cuajo»—, que para Vicente Zabala es necesario en la presencia de los toros, queda resumido en numerosas ocasiones, y aquí está la particularidad, en tres vocablos aunados, «edad, peso y pitones»: edad reglamentaria, peso reglamentario, y pitones en proporción a esas condiciones. «Sólo hay un toro que puede llamarse como tal —sentenciará en mayo de 1968—: el que tiene edad, peso y pitones»<sup>604</sup>.

Para Zabala, estos tres conceptos, siempre unidos, serían suficientes para dar forma y reflejar ese trapío, y en la proposición que conforman en la unidad manifestada de sustantivos «edad, peso y pitones», se convierten en aforismo recurrente del cronista prácticamente durante toda la primera etapa que se analiza en el presente estudio. En la crónica de un festejo celebrado en la madrileña plaza de Vista Alegre, en septiembre de 1965, deja escrita Zabala las siguientes líneas que dan forma al silogismo que relaciona trapío, emoción y admiración: primero el trapío, éste como elemento partícipe de la emoción, y ambos como generadores de la admiración y respeto del público.

#### MOMENTOS DE EMOCIÓN INDESCRIPCIÓN

[...] Nos duele la mano de escribir que la emoción en la fiesta, el único que la puede poner es el toro. Una vez que está en la plaza el de la cara seria (edad, peso y pitones) todo lo que se le haga tiene mucho mérito. Del utrero gordo, al cincoño con el peso justo, existe la misma diferencia que entre un niño y Luis Folledo, pongamos por ejemplo de hombre en plenitud de fortaleza.

---

<sup>604</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Hoy sí, Antonio Ordóñez». *El Alcázar*, Madrid, 18 de mayo de 1968, pp. 16-17.

Los toros de don Antonio Moreno de la Cova salieron con una presencia tan espectacular, con una sensación de poderío tan fabulosa, que los que estábamos sentados en el tendido nos sentimos felices de estar lejos del ruedo, sin que dejáramos un solo instante de compadecer y de admirar a aquellos que tuvieron que ponerse delante de astados de tan excelente trapío.

Las cabezas de los seis pupilos de Moreno de la Cova eran tan pavorosas y corniveletas, que cada toro que hacía su aparición en el redondel era secundado por un ¡Ah!, de los boquiabiertos aficionados, que, llegado el quinto toro, no pudieron por menos que prorrumper en una clamorosa ovación cuando el animal apareció por la puerta del chiquero. [...]<sup>605</sup>

La expresión «edad, peso y pitones» no deja de ser una definición sencilla, muy sencilla, ya que la complejidad del concepto admite tantos matices en su descripción como diferencias pueda tener cada encaste ganadero o cada ganadería particular, incluso la categoría de cada plaza, pero en el discurso de Vicente Zabala, en ese periodo que para el cronista es de decadencia, la búsqueda de la recuperación necesaria del toro de lidia con condiciones óptimas le lleva a exigir de partida, como estamos comprobando, el toro que, como mínimo, exige el reglamento taurino de 1962, y en esta sencilla definición queda comprendido, al menos, ese toro.

Ante la utópica posibilidad de que el toro auténtico, con todos los problemas que conlleva su lidia, volviera a hacer acto de presencia de manera permanente en los ruedos de las plazas de toros tras tantos años de reses capitidismuidas, y la disyunción lógica que se plantea ante tal acontecimiento en base a la capacidad o incapacidad de los nuevos y jóvenes valores, acostumbrados desde sus inicios a enfrentarse a reses sin la fiereza requerida, se muestra, al igual que el escultor Sebastián Miranda, convencido en la conclusión de que, al igual que ocurrió en otras épocas, acabarían saliendo muchachos capaces de enfrentarse a ese toro «con edad, peso y pitones»<sup>606</sup>.

Como venimos remarcando desde el apartado anterior, Zabala antepone la presentación del toro de lidia a sus características conductuales, quedando asociada esa presentación, con plena lógica, al concepto de trapío. Así ocurre en septiembre de 1968, en un artículo en el que rememora las campañas en defensa de la fiesta que en Radio Madrid llevaba a cabo el locutor y crítico Carlos de Larra y Gullón, *Curro Meloja*, y en el que señala que «se debería exigir con anterioridad a la bravura, la ineludible

---

<sup>605</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Momentos de emoción indescriptible». *El Alcázar*, Madrid, 13 de septiembre de 1965, p. 32.

<sup>606</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «¿Quién engaña al público?». *Art. Cit.*, p. 34.

presentación de los toros. El trapío es la base del toro de lidia. El toro debe tener edad, peso y pitones. Y no vale ese argumento pueril, de tebeo, que emplean algunos elementos serviles de los toreros, de que los becerros también proporcionan sustos y hasta cornadas»<sup>607</sup>.

De la misma manera, en muchas ocasiones, la referencia a la presencia de los toros es escueta, sin florituras accesorias, pero suficiente para saber que al ruedo habrá salido el toro reglamentario que exige el cronista. «Tenían el cuajo imprescindible para la primera plaza del mundo: edad, peso y pitones»<sup>608</sup>, escribirá en el primero de los festejos de la feria de San Isidro de 1967 en el que se lidian toros de la ganadería del conde de la Corte. También ese mismo año, la corrida de José Luis Osborne lidiada en el último festejo de la feria Pamplona recibe elogios del cronista por su presentación, «una auténtica corrida con edad, peso y pitones»<sup>609</sup>, señala Zabala, destacando esos tres atributos consustanciales al toro y que definen su aspecto esencial. O como en la agosteña feria bilbaína, en la que en el último festejo se lidian toros de la ganadería de Miura, si bien modifica algo el orden de los calificativos. «Seis toros de Miura — escribe Vicente Zabala—, nada de seis toros-toros. Basta con decir seis toros. Es suficiente. Trapío, el indispensable en el toro de lidia. Edad, pitones, peso, y por si fuera poco, el sentido, terrorífico sentido, de los toros miureños»<sup>610</sup>.

La expresión literal, si bien concreta el pensamiento del cronista, no es exclusiva para la definición del concepto trapío y en numerosas ocasiones adquiere formas diversas que modifican o complementan alguno de los términos, como por ejemplo durante el festejo inaugural de la feria de Sevilla de 1968, en la que el cronista, ante la buena presencia de los toros de la ganadería de Lisardo Sánchez, remarca esas condiciones indispensables, «Seis astados con edad, peso sin exuberancias y largos y astifinos pitones»<sup>611</sup>, dejará escrito.

También en la feria de Semana Grande de San Sebastián de 1968 utiliza la expresión, al hacer referencia a las reses del conde de la Corte lidiadas en la sexta corrida de feria de ese año. Una corrida que en conjunto satisface la exigencia del cronista en todos los sentidos ya que, además de buena presentación, buen trapío,

---

<sup>607</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «La fiesta volverá a la normalidad». *El Alcázar*, Madrid, 19 de septiembre de 1968, p. 29.

<sup>608</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Se encontraron los valientes». *Art. Cit.*, pp. 16-17.

<sup>609</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Notable progreso de José Fuentes». *El Alcázar*, Madrid, 17 de julio de 1967, p. 15.

<sup>610</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Toros para hombres». *El Alcázar*, Madrid, 28 de agosto de 1967, p. 15.

<sup>611</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Ángel Teruel sorprendió en Sevilla». *El Alcázar*, Madrid, 20 de abril de 1968, p. 23.

también aporta bravura y emoción a la tarde. Así escribe Zabala que «hemos vuelto a ver, después de los gatos de ayer de don Atanasio Fernández, toros con edad, peso y pitones. Una corrida seria, bien armada y muy brava»<sup>612</sup>.

En su etapa en *Nuevo Diario* mantiene la referencia en alguna de las crónicas, como durante uno de los festejos de la feria de Sevilla del año 1969 en la que se lidian toros de la ganadería de Lisardo Sánchez y Zabala explica el buen trapío de las reses refiriendo las tres cualidades indispensables, si bien en este caso la oración se convierte en pleonástica al agregar el cronista vocablos que redundan en esas cualidades. «El público asistió a la corrida de ayer consciente de que en los chiqueros había esta vez seis buenos mozos, seis toros con la edad reglamentaria, con su peso justo y con dos pitones por delante intactos»<sup>613</sup>.

También durante la temporada de 1969 encontramos una pequeña variante en la expresión. Ante la nefasta corrida presentada por Antonio Pérez-Tabernero en la Semana Grande donostiarra, Zabala invita al ganadero a evitarse problemas con la crítica llevando a las plazas de toros importantes reses con los atributos mínimos indispensables. En este sentido, cabe indicar que Zabala se hace eco de la continua polémica entre Alfonso Navalón y la familia Pérez-Tabernero, que, a través de artículos y cartas aparece frecuentemente en el diario *Informaciones*. «De todas esas polémicas, más o menos soterradas, que a veces salen a la luz pública y que se forman entre determinados compañeros de la crítica y algunos ganaderos, creo sinceramente que la mejor solución para terminar de una vez con ellas sería dar metafóricamente en las narices al crítico presentando toros con edad, casta y pitones»<sup>614</sup>, escribe Zabala.

En la corrida de aire goyesco que se celebra en Las Ventas en el mes de junio de 1970 Zabala recupera la expresión tradicional. Los toros de la ganadería de Dionisio Rodríguez lidiados para la ocasión tienen cierto predicamento entre los aficionados: toros regularmente bravos, de procedencia Santa Coloma, que despiertan el entusiasmo de determinados sectores que incluso viajan por las plazas de distintas localidades para contemplar su lidia. Ante el requerimiento de un veterano amigo, Fidel Perlado, que además forma parte de ese grupo de seguidores de la ganadería, que le reclama buen

---

<sup>612</sup> ZABALA PORTOLÉS, Vicente. «Antonio Ordóñez, en un gesto de torero». *El Alcázar*, Madrid, 16 de agosto de 1968, p. 13.

<sup>613</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «El Viti acabó con la rivalidad Palomo Linares-Ángel Teruel». *Nuevo Diario*, Madrid, 18 de abril de 1969, p. 14.

<sup>614</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Por fin se destapó el mexicano Manolo Martínez». *Art. Cit.*, p. 12.

trato en la crónica para las reses, Zabala se congratula de poder satisfacer sus deseos porque el juego de los astados cumple con las expectativas creadas: los toros, además de trapío, sacan a relucir su bravura durante la lidia. «Y si además de edad, peso y pitones, lucen casta de la buena, lógico que la gente salga contenta»<sup>615</sup>, dejará escrito Zabala.

«Cuando sale una corrida como la de ayer, con edad, peso y pitones, uno se siente feliz de encontrarse sentado en el tendido»<sup>616</sup>, afirmará durante la feria de San Fermín de ese año 1970 al presenciar las reses de su admirado amigo Carlos Urquijo, pese a que, como en tantas ocasiones, el juego de las reses resultara desclasado, acusando una gran falta de temperamento y el defecto de gazapear delante de los toreros.

Hasta la temporada de 1971, por tanto, ese enunciado, «edad, peso y pitones», será utilizado con cierta frecuencia, siendo muy numerosos las crónicas y artículos en los que aparece. A partir de la temporada de 1972 la expresión como tal prácticamente desaparece, evolucionada definitivamente hacia otras formas definitorias más abiertas, menos concretadas pero más expresivas. No obstante, un último ejemplo elocuente que conviene destacar de la misma se extrae de un festejo celebrado en la plaza de toros de San Sebastián durante el mes de agosto de 1970. Primero porque ya en el titular remarca cómo han sido los toros y les concede la categoría de reglamentarios, y segundo porque es otro de los interesantes casos en los que convierte la expresión «edad, peso y pitones» en definición directa del concepto de trapío:

#### **SEIS TOROS DE LOS QUE MANDA EL REGLAMENTO**

[...] Lo más importante del festejo hay que atribuírselo a los toros de Moreno Yagüe. El escrupuloso ganadero esculariense vino a la Semana Grande con una señora corrida de toros. Me gusta más la expresión de “señora corrida de toros” que ese nuevo nombre que aplican los taurinos para distinguir al conjunto de una corrida con trapío bajo la definición de “es una tía”. Moreno Yagüe envió seis toros con edad, peso y pitones. Esto es el trapío. Lo demás son zarandajas.[...]<sup>617</sup>

La feria de Sevilla de 1971, en tónica habitual a la de otras temporadas, está sometida a los vaivenes y tensiones generados por la presentación de reses con escaso trapío. En el festejo celebrado el jueves 14 de abril debieran haberse lidiados reses de la

---

<sup>615</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Morenito de Talavera tiene dos hijos toreros». *Nuevo Diario*, Madrid, 30 de junio de 1970, p. 22.

<sup>616</sup> ZABALA POTOLÉS, V. «El valor de los toreros». *Art. Cit.*, p. 23.

<sup>617</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Seis toros de los que manda el reglamento». *Nuevo Diario*, Madrid, 11 de agosto de 1970, p. 31.

ganadería del marqués de Ruchena. Sin embargo, en el reconocimiento previo a la corrida, los veterinarios rechazan la totalidad de las reses por su escasa presencia y la empresa se ve obligada a sustituirlos, trayendo en este caso toros de la ganadería de Guardiola Domínguez. «Los seis astados —escribe Vicente Zabala sobre los toros de Ruchena rechazados— no reunían el trapío que merece la cátedra sevillana y hubo que traer seis toros de Guardiola Domínguez, magníficos de armamento y regulares de bravura. Nadie sabe lo que los toros llevan dentro, pero por lo menos han de tener eso que es imprescindible en el toro de lidia: edad, peso, y pitones. En este aspecto, los toros de Guardiola-Domínguez cumplieron superiorísimamente»<sup>618</sup>. Tal y como se desarrolla en el apartado relativo a la importancia de la presentación de las reses, de nuevo la idea de que lo primero, lo primero, debe ser el trapío de las reses, las intenciones y las posibilidades de lucimiento las lleva dentro cada toro, y será la lidia la que determine ese grado, pero primeramente el toro debe salir a la arena con el trapío que da dignidad a su especie.

Durante 1972 se observa por tanto esa evolución hacia otro tipo de expresiones que, si bien algunas de ellas pueden guardar similitud con la original «edad, peso y pitones», añaden diferentes matices que la sacan de la concreción de partida. Como la publicada durante la feria valenciana de Fallas de 1972, en la que Zabala escribe, «Álvaro Domecq envió una corrida seria, una corrida de estupendo trapío. Ese es el toro por el que claman los aficionados. No se trataba de catedrales con cuernos, sino del toro reglamentario, con su peso justo, con sus pitones limpios, astifinos, con cara de pocos amigos, respondiendo a esa condición, imprescindible del toro de lidia, de ser fiera»<sup>619</sup>, bastante similar al hacer referencia a los mismos conceptos relativos a la edad, al peso y la formación de las astas pero con matices complementarios en cada uno de ellos y sin perder en ningún momento la perspectiva del reglamento taurino. O como la utilizada durante un festejo de la Feria de abril de Sevilla de 1973, de la que afirma fue «una preciosa corrida, espléndida de trapío, muy bonita de pelo y pinta. Ocho toros con la edad reglamentaria, defensas limpias y naturales y el peso suficiente»<sup>620</sup>, en la que refiere los mismo elementos pero abstraídos nuevamente de la proposición aforística que veníamos observando.

---

<sup>618</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Vimos toros gracias a la autoridad». *Nuevo Diario*, Madrid, 15 de abril de 1971, p. 23.

<sup>619</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Álvaro Domecq presentó una auténtica corrida de toros». *Nuevo Diario*, Madrid, 17 de marzo de 1972, p. 27.

<sup>620</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Tres lances para el recuerdo». *ABC*, Madrid, 24 de abril de 1973, p. 81.

Como dato curioso e interesante, sobre esa fórmula sencilla, casi exclusiva, que aplica el escritor para hacer entender cuáles deben ser las condiciones de los astados para tener esa presencia mínima necesaria, encontramos que su compañero Alfonso Navalón también la utiliza en al menos una ocasión. El concepto, impreciso, por cuanto depende de la interpretación particular de cada sujeto conforme a sus gustos, preferencias o entender, adquiere por tanto en Zabala un cariz significativo al ser explicado reiterativamente, con esa intención pedagógica de hacerlo visual al lector. Navalón no recurre a fórmulas similares, si bien en una ocasión —durante la temporada de 1968— al menos utiliza los mismos términos que su compañero, cuando en uno de sus artículos en los que recoge las sanciones impuestas a varios ganaderos por falta de pesos de sus toros, señala que estas cosas no ocurrirían si los toros tuvieran esa habitual falta de «edad, peso... y de pitones»<sup>621</sup>.

#### **6.1.2.1.e. La conducta del toro: la bravura, la casta, la nobleza y la fuerza**

Allá por el año 1953, Gregorio Corrochano, el que fuera insigne cronista de *ABC* en la primera parte del siglo XX, publicaba su obra —citada también anteriormente en este trabajo— *¿Qué es torear? Introducción a las tauromaquias de Joselito y de Domingo Ortega*. En el capítulo destinado al toro ya pone de manifiesto su preocupación por esa tendencia del entramado taurino hacia la búsqueda de un toro cómodo. Un toro que, físicamente lo parezca, pero que conductualmente sea un ser semoviente, previsible en sus reacciones, que ha sido seleccionado genéticamente partiendo de conductas menos ofensivas que las tradicionales de su estirpe, con el objeto de ofrecer una respuesta acorde a la supuesta necesidad de la nueva tauromaquia, más estética, menos aguerrida:

[...] Por todo esto, es peligroso el hacer con la bravura del toro comercio de comodidad para el torero: que sea bravo, pero hasta cierto límite, para que no acose y moleste al torero; que sea muy pastueño, pero que no se extreme hasta la mansedumbre que le ronda; que vaya a los picadores para salvar la divisa, pero que se deje pegar, quedándose sin tirar cornadas en el caballo; que tenga fuerza para entrar y salir, ir y venir en lances y pases, pero no tanto que apriete en la acometida y ponga en cierto aprieto al torero. Que no puntee en capotes y muletas. Puntear es querer y no poder cornear; iniciar sin lograr la cornada; marcarla sin propósito de darla; todo lo más, quedarse con las ganas. Ni ese resto, del instinto bravo de su raza. Que sea un toro

---

<sup>621</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Las verídicas historias». *Informaciones*, Madrid, 25 de octubre de 1968, p. 27.

cómodo, que es un nuevo matiz que complica y falsea la bravura y aumenta la confusión. Que sea bueno, en fin, para el torero. Esta es la receta mágica que se busca: que parezca toro, que parezca bravo y que no lo sea. [...] <sup>622</sup>

Esta interpretación de Corrochano es la misma que se hace desde la Corriente Crítica Esencialista. Lógicamente, el esencialismo defiende que los toros deben ser bravos, y de la bravura, matizada por conceptos como casta, nobleza, fiereza, etc., deben brotar, en mayor o menor medida, los problemas propios a tal condición, que el espada debe ser capaz, con su destreza y arrojo, de solventar. Sin embargo, la acomodación a un sistema que busca esa «dulzura» redundante en la perversión de que el torero no tiene porqué saber resolver ese tipo de aprietos, que lo raro en una lidia comprometida y complicada es el toro que la provoca, no el espada incapaz de guiarla, cuando lo racional debería ser lo contrario.

Una vez determinada la importancia del toro como base del espectáculo, de su presencia morfológica como primera y principal característica de conjunto que supedita, además, a los aspectos conductuales, entran en juego esas cualidades del toro tales como bravura, casta, nobleza o fuerza. En este sentido no se puede hablar de un discurso particularizado de Vicente Zabala. Más allá de la manifestación de la necesidad de la presencia de esas actitudes del toro, lógica por otra parte, y de su personal estilo a la hora tratar los temas, sus planteamientos no difieren en exceso de los encontrados en el resto de cronistas analizados. En cualquier caso, deben resaltarse algunas referencias que destacan la importancia que para el crítico tienen cada uno de ellos, y especialmente las relaciones que establece ocasionalmente con las cualidades morfológicas anteriormente expuestas.

En relación al concepto de bravura, el punto de partida es el paralelismo que muchas veces realiza Vicente Zabala con el concepto de casta, utilizando uno u otro indistintamente sin aplicar ningún matiz de identificación claro, algo que es más evidente en el resto de cronistas ya que tanto la bravura como la casta, a pesar de tener un evidente nexo de unión genético y por tanto una dependencia relacional, pueden ser perfectamente diferenciables y matizables. Se puede comprobar en alguna de las citas utilizadas más adelante, y sirva de muestra la afirmación realizada en el mes de septiembre de 1969 sobre un festejo celebrado en la plaza de toros de Madrid, en la que

---

<sup>622</sup> CORROCHANO ORTEGA, G. *Tauromaquia*. Madrid, Espasa-Calpe, Colección *La Tauromaquia*, nº 9, 1999, p.72.



señala que «lo esencial en el toro de lidia: la bravura. La casta y el trapío deben ir unidos siempre, para que este arte se manifieste en toda su grandeza»<sup>623</sup>, estableciendo esa similitud entre uno y otro concepto.

En términos genéticos, la casta no deja de ser la característica propia del linaje, de pertenencia a una línea ganadera concreta, y la bravura la condición natural ofensiva/defensiva del toro bravo transmitida exclusivamente a partir de los procesos seculares de selección. Por tanto, un toro bravo de una ganadería conocida es, o debería ser, un toro de casta. En términos de comportamiento en el ruedo la bravura es, en palabras del prestigioso y reconocido ganadero don Álvaro Domecq<sup>624</sup>, «el primer instinto de defensa sublimada», y después de ella o derivados de ella otros aspectos como casta, raza o fiereza que conforman y matizan la bravura pero que sobre todo, definen la forma de embestir del animal. En la misma línea, los críticos taurinos cuando hablan de casta lo hacen refiriendo ésta más como una cualidad de la embestida o del comportamiento que de la bravura, utilizando normalmente términos similares a «encastado» o «embestir con casta» para aquellos toros que en su embestida, aparte de otras condiciones, mostraron temperamento, o el antagónico «descastado», para aquellos toros que rehuyeron la pelea o no se mostraron especialmente ofensivos.

La casta por tanto se traduce en la forma de expresión matizada de la bravura. De esta manera, puede haber toros mansos, que muestran poca condición de bravos en su comportamiento, pero que tengan una embestida encastada, temperamental, o toros que sin rehuir la pelea sean descastados por su falta de entrega. De hecho, Vicente Zabala, a pesar de que en ocasiones no establece esa diferencia clara entre casta y bravura, también se pronuncia en estos mismos términos en varias ocasiones como en octubre de 1971, cuando señala que los toros lidiados de la ganadería de Sotillo Gutiérrez «para la muleta fueron sosos, distraídos, deslucidos, embistiendo con las caras a media altura, sin casta»<sup>625</sup>, en clara relación a la falta de temperamento o ímpetu en las embestidas o en su manifestación de la bravura. Dentro de estos parámetros, el toro ideal para la corriente esencialista sería el toro bravo y a la vez de embestida encastada.

Sobre la bravura, esa condición innata y exclusiva en el toro de lidia que debe ser mostrada en la arena, encontramos tres interesantes reflexiones a modo de definición

---

<sup>623</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «La lucha contra el reloj». *Nuevo Diario*, Madrid, 30 de septiembre de 1969, p. 29.

<sup>624</sup> DOMEQ Y DíEZ, A. *El toro bravo*. Madrid, Espasa-Calpe, Colección *La Tauromaquia*, nº 3, pp. 225-226.

<sup>625</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «La madurez de un torero catalán». *Nuevo Diario*, Madrid, 5 de octubre de 1971, p. s.n.

del concepto que realiza Zabala en años diferentes. Consideraciones distintas pero complementarias de otro de los conceptos abstractos —el de la casta— y en continua evolución en su tratamiento que son parte principal del sentido que pueda tener la Tauromaquia. En febrero de 1969, previamente al inicio de la temporada, dedica un artículo completo al tema bajo el título de «La bravura, al borde del precipicio». Además de llevar a cabo uno de sus frecuentes análisis del estado deplorable en que se encuentra la fiesta de los toros en relación a las condiciones de los astados que se lidian por culpa de las exigencias de los sectores del entramado taurino, explica Zabala brevemente cuáles deben ser las características del comportamiento del toro bravo, de su bravura, en contraposición a las actitudes que normalmente se ven en una plaza. «El auténtico toro bravo debe luchar, ir y venir, revolverse, atacar, acometer siempre con fiereza, de lo contrario el toro ya no es bravo, es un mulo con cuernos»<sup>626</sup>, señala Zabala.

Luchar, atacar, acometer con fiereza, actitudes que, por definición, hablan de combate, de pelea, de esa pelea que necesariamente tiene que existir en el ruedo para que lo que allí ocurra tenga emoción, la omnipresente idea de la emoción del ideario esencialista que inapelablemente tiene que llegar a los tendidos para que lo que se realiza en el ruedo tenga importancia. Si el toro no muestra estas capacidades de pelea que, según el crítico, debe tener innatamente, pierde la condición de bravo y se convierte en otra cosa, metafóricamente y despectivamente en un «mulo», en un animal no apropiado para lidia, y que por lógica, no transmite emoción alguna.

Esta definición centrada en los aspectos genuinamente belicosos que debe tener el toro es complementada por la que realiza la feria de Fallas del año 1972 tras presenciar una corrida con toros de la ganadería de Joaquín Buendía de procedencia Santa Coloma. Los toros lidiados, señala Zabala, «han respondido plenamente a su fama, a su buena fama, de toros bravos, entendiendo por bravura la arrancada peligrosa, la repetición de la embestida, el coraje para entregarse en el primer tercio, las arrancadas de salida hasta estrellarse alegremente en los burladeros, sin reparar en nada»<sup>627</sup>. Deben destacarse como partes más importantes de esta nueva definición la utilización de dos términos por encima de los demás: una vez más el concepto de «peligro» que, como se

---

<sup>626</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «La bravura al borde del precipicio». *Nuevo Diario*, Madrid, 9 de febrero de 1969, p. 29.

<sup>627</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Los toreros no pudieron con los bravísimos toros de Santa Coloma». *Nuevo Diario*, Madrid, 19 de marzo de 1972, p. 25.

veía en un apartado anterior, es imprescindible también para que exista la emoción y ésta llegue al espectador; y la «entrega», como cualidad sustancial del toro auténticamente bravo.

Repetir, entregarse, estrellarse, son aspectos que quedan comprendidos en esa cualidad, y que se traduce en la actitud que el toro auténticamente bravo, el toro idealizado por los escritores esencialistas, lleva hasta el instante final de su vida. Una vez que saltan al ruedo «nada puede, entonces, detenerlos y constituyen una fuerza de la naturaleza que sólo puede compararse con el viento, el río o el relámpago<sup>628</sup>», señalará de nuevo Álvaro Domecq en su interesante obra. Una tercera definición complementaria la encontraríamos cronológicamente situada entre las dos anteriores en el mes de octubre de 1971 tras presenciar una interesante novillada en la plaza de toros de Las Ventas. Debe subrayarse en este caso también la analogía casta-bravura a la que se hacía referencia en un párrafo anterior:

#### **Empresarios, ¡adelante con las novilladas!**

[...] Se lidió una bonita novillada de Romero Hermanos. Seis novillos jerezanos preciosos de tipo, terriblemente bravos, con una bravura atosigante (la bravura, la casta, es siempre atosigante, sobre todo para quienes carecen de recursos), pero ese es el toro bravo. El toro bravo no es la oveja que camina detrás de una muleta como el perro al que se le ofrece un pañuelo para jugar con él. El toro debe mover sus kilos, su volumen, su anatomía con decisión, con temperamento, con genio para revolverse, indignado de no haber podido alcanzar el engaño que se le ofrece. Ese y no otro es el toro bravo. [...]<sup>629</sup>

De nuevo la metáfora, la comparación deslustradora del toro con otros animales sin cualidad de bravos a los que Zabala se refiere en infinidad de crónicas para denunciar la continuada lidia de toros sin entidad. Lo que debe ser el toro bravo y lo que no debe ser; la línea divisoria entre la bravura y la mansedumbre. Pero en este caso los novillos fueron bravos, y esa bravura en su integridad se manifiesta como un problema que requiere la capacidad de resolución de quien se enfrenta a ella. Reside ahí parte de la grandeza de la fiesta brava, en la suficiencia del lidiador para solventar y conducir debidamente el torrente de embestidas atosigadoras que debe proporcionar el toro que es bravo. La bravura, para ser completa, debe ir unida además a otras condiciones como pueden serlo las físicas, y en este caso el cronista nos habla de la necesidad de fortaleza

---

<sup>628</sup> DOMEQC, Álvaro. *El toro bravo. Op. Cit.*, p. 223.

<sup>629</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Empresarios, ¡adelante con las novilladas!». *Nuevo Diario*, Madrid, 12 de octubre de 1971, p. s/n.

para que la res pueda llevar a cabo su cometido, su papel dentro del espectáculo: que la fortaleza sea el sostén que permita al toro pelear con el ímpetu, porque la falta de fuerza reduce considerablemente las actitudes luchadoras.

Si la fortaleza física es también condición indispensable en el toro para que la bravura pueda desarrollarse en su plenitud, lo son también otras características que deben ir unidas a ella de manera indisoluble. Establece Vicente Zabala asociaciones y paralelismos entre conceptos relacionales —físicos y conductuales— que permiten una jerarquización objetiva de las condiciones necesarias del toro de lidia. Por ejemplo bravura y trapío. A partir de la exigencia que veíamos del toro bien presentado, con cuajo, con «edad, peso y pitones», con todas esas características que quedaban englobadas dentro del concepto de trapío, se desprende la necesidad de que éste sea bravo para cumplir con el ideal esencialista de Vicente Zabala. Y si bien es verdad que no son muchas las ocasiones en que ambos conceptos son relacionados, si se han encontrado algunos ejemplos interesantes al respecto que nos dan la idea del pensamiento del autor, siendo entre los más destacables dos publicados durante 1967 en el diario *El Alcázar*. Así, en la crónica de la corrida goyesca celebrada en la plaza de toros de Las Ventas en el mes de junio de 1967 elogia Zabala la buena presencia de los toros de Tomás García Castaño, su «cuajo», su «seriedad», su «respeto», aspectos morfológicos que no fueron acompañados con la necesaria bravura. «Pero no olvidemos —señala Zabala— que si el trapío es importante, la bravura le debe ir a la zaga al toro de lidia»<sup>630</sup>.

En términos similares se expresa durante el festejo celebrado también en la plaza de toros de Madrid en el mes de septiembre de ese mismo año, en el que se lidiaron toros del marqués de Comillas y curiosamente también toros de Tomás García Castaño, que a la postre tuvieron un comportamiento similar en lo negativo a pesar de ser de ganaderías diferentes. En este caso, sobre la idea de la necesaria unión de trapío y bravura, señala el cronista que «en el toro de lidia, tan importante es el trapío (ayer tuvieron cuajo sobrado) como la bravura. Un toro, por mucho tipo que tenga, si no es bravo, queda reducido a la mínima expresión»<sup>631</sup>. Por tanto, la bravura como propiedad conductual insustituible del toro como lo es el trapío como propiedad física.

---

<sup>630</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «El secreto de la amenidad». *El Alcázar*, Madrid, 26 de junio de 1967, p. 16.

<sup>631</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Sobre las espaldas humildes». *El Alcázar*, Madrid, 4 de septiembre de 1967, p. 14.

Pero la bravura traducida en mecanismo de respuesta, como condición belicosa que debe tener el toro de lidia y que le lleva a entregarse en la pelea, es matizable y a su vez propia de jerarquización. La bravura tiene que estar sustentada en el concepto de nobleza como «condición elemental del toro bravo»<sup>632</sup>. Una condición que en su descripción es asimilable al comportamiento humano que así se define. Al menos así lo explica José María de Cossío<sup>633</sup> en su extensa obra, en la que recalca como aspectos relevantes de esa nobleza la boyantía, la claridad y la franqueza, referidos todos ellos al modo de embestir del animal. Es por tanto un toro noble aquél que no demuestra malas intenciones, que no mira al diestro, que no se lo piensa cada vez que se le ofrece el engaño permaneciendo siempre atento a él. Se convierte por tanto la nobleza en una condición necesaria, como así reconoce Zabala durante la sevillana feria de Abril de 1968, señalándola como elemento más importante para la creación artística. «Lo importante en este arte —escribe Zabala— es la bravura del animal. Si (además) el toro es noble, poco afecta el trapío. Todo luce más. La emoción, imprescindible en este juego, no desaparece en ningún instante. Cuanto se realiza tiene importancia y seriedad»<sup>634</sup>.

También en la feria de Abril de 1970 consigna ese ideal de la nobleza, especialmente en este caso en que las reses de Álvaro Domecq, ganadero de prestigio y autor de uno de los libros citados anteriormente, ofrecen dificultades insalvables para los diestros. «La nobleza es esencial en el toro de lidia. [...] Los toros de Domecq cumplieron sobradamente en cuanto a presentación y fracasaron en nobleza, eso que es imprescindible en el toro de lidia»<sup>635</sup>, apunta Vicente Zabala.

La nobleza ejerce por tanto de bálsamo en relación al trapío, a la seriedad del toro, porque si éste es bravo y noble, el cuajo del toro, el miedo, la inseguridad que pueda provocar en el diestro, quedan atenuados por esa condición, y la combinación de los tres elementos: trapío, bravura y nobleza dan importancia al toreo, permiten la elevación de la obra artística y mantienen la imprescindible emoción. Reafirma esta idea Vicente Zabala durante la feria valenciana de Fallas del año 1971 en la que perfila las cualidades del toro ideal, recordando que el toro en cualquier caso debe mantener la

---

<sup>632</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Los toros asesinos de El Pizarral». *Nuevo Diario*, Madrid, 23 de junio de 1970, p. 28.

<sup>633</sup> DE COSSÍO, J. M. *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico e Histórico*. Tomo I, *Vocabulario y Anecdótico*. Madrid, Espasa-Calpe, 2007, p. 285.

<sup>634</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Ángel Teruel sorprendió en Sevilla». *Art. Cit.*, p. 23.

<sup>635</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Terroríficos toros de Álvaro Domecq». *Nuevo Diario*, Madrid, 11 de abril de 1970, p. 31.

condición de bravo, traducida la bravura en este caso en fiereza y agresividad, pero amparadas ambas bajo la necesaria cualidad de noble. «Para jugar al toreo —apunta Zabala— es imprescindible la ausencia del toro, pero para torear es insustituible la emoción que transmite a los tendidos el toro fiero y agresivo, pero con la nobleza por bandera»<sup>636</sup>.

En la última etapa de este periodo de Vicente Zabala analizado aparece un nuevo término definitorio de la actitud positiva para la lidia del toro como es «bondad». Es contradictorio pensar que un animal fiero, que embiste con intención de hacer presa, pueda tener esa condición —condición que por otra parte y de manera lógica restaría méritos a sus atributos de bravura—, sin embargo el cronista utiliza el término en varias ocasiones y no de manera despectiva o crítica hacia el comportamiento, sino más bien como la nobleza definida en grado superlativo. Sólo así puede entenderse el término, ya que choca frontalmente con la crítica que frecuentemente realiza Vicente Zabala contra los toros de embestidas dóciles y bobaliconas, que podrían ser más asimilables al término bondad. «El tiempo viene a dar la razón que el cuatreño, si lleva bondad dentro, es tan torearable como el utrero»<sup>637</sup>, escribe en mayo de 1972 después de describir el buen comportamiento que tuvieron los toros de la ganadería de Ruiseñada que, si bien en los primeros tercios mansearon, llegaron a las faenas de muleta con entrega. Sería éste un ejemplo bastante claro de esa similitud entre nobleza y bondad.

Un tanto más desconcertante puede resultar el referido en agosto de 1973 ante los toros de Antonio Pérez, ganadería muy criticada por el autor en los primeros años de esta primera etapa, en el que relaciona bondad con trapío y fiereza. «Los toros de “A P” —apunta Zabala— llevaban dentro mucha bondad, y ésta es, sin duda, una de las mejores características del toro de lidia, siempre que vaya acompañada del trapío y la fiereza»<sup>638</sup>. En esa extraña utilización de un término tan antagónico a otros considerados positivos tales como agresividad, fiereza, terrible bravura, etc., pudiera apreciarse alguno de los primeros síntomas del cambio de actitud de un Vicente Zabala, ya instalado en el periódico *ABC*, en el progresivo abandono que realiza de las posiciones más beligerantes.

---

<sup>636</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Éxito de la ganadería de Pinohermoso». *Nuevo Diario*, Madrid, 20 de marzo de 1971, p. 27.

<sup>637</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Las sorpresas que trae el toro». *Nuevo Diario*, Madrid, 9 de mayo de 1972. p. s/n.

<sup>638</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Por ser la Virgen de la Paloma». *ABC*, Madrid, 16 de agosto de 1973, p. 47.

Para cerrar este apartado relativo a la importancia y relación de las cualidades conductuales y físicas del toro de lidia en el pensamiento de Vicente Zabala, debe destacarse un planteamiento que, sin salirse de lo expuesto anteriormente, tiene trascendencia por su repercusión posterior. En relación a la forma de embestir del toro, quedaba señalado que esta embestida podía ser encastada o no con independencia de la bravura o mansedumbre. Establece el cronista una diferenciación que resulta interesante porque la encontramos en los mismo términos en la pluma de José Carlos Arévalo, director desde su fundación en 1991 hasta 2013 de la revista *6TOROS6*. «En lo que se refiere a bravura, no conviene confundirla con genio»<sup>639</sup>, escrito en febrero de 1966 ante una novillada presencia en Alcalá de Henares, es una de las primeras aproximaciones al concepto genio identificado como definitorio de la conducta de las reses y de las respuestas que éstas dan ante la lidia. «Una cosa es la casta y otra el mal genio —analiza durante la feria bilbaína de 1970—. Lo peor de la feria bilbaína es que han predominado los toros a la defensiva. Y el toro es eminentemente ofensivo, pero con una agresividad noble. Esa es la característica del toro de lidia, precisamente todo lo contrario de lo que hicieron los toros lusitanos»<sup>640</sup>.

La diferencia entre casta y mal genio (embestida encastada noble o embestida encastada con mal genio) resulta cuanto menos controvertida y expuesta, como tantas otras, a la interpretación personal. No obstante, queda resaltada esa matización que señala que para el autor hay una casta buena (una embestida encastada buena) que se acompaña del carácter eminentemente ofensivo del toro y de su agresividad noble, frente al mal genio que, como señala Arévalo, muchos confunden con la casta buena. Por lo tanto, la diferencia entre el toro que se defiende y el toro que ataca; una manera de embestir encastada amparada en la bravura ofensiva y en la nobleza, y hay una forma de embestir con mal genio que se desprende del carácter defensivo del toro. Para Zabala los aspectos positivos del toro quedan contemplados por tanto en la bravura ofensiva que, como señala en Bilbao en agosto de 1971, «es la buena»<sup>641</sup>.

---

<sup>639</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «La moda de este año». *El Alcázar*, Madrid, 7 de febrero de 1966, p. 22.

<sup>640</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Emoción y sustos de postre». *Nuevo Diario*, Madrid, 25 de agosto de 1970, p. 21.

<sup>641</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Entre Pacos anduvo el juego». *Nuevo Diario*, Madrid, 22 de agosto de 1971, p. 21.

### **6.1.2.1.f. El toro íntegro como elemento autenticador del espectáculo que coloca a cada cual en el verdadero sitio que le corresponde**

En este penúltimo apartado del punto en el que se refleja la importancia insustituible que para Vicente Zabala tiene el toro bravo como elemento base y soporte del espectáculo, deben destacarse las convicciones del autor en relación a los resultados que se producirán una vez el toro íntegro estuviera instalado de manera permanente en el discurrir de cada temporada. En primer lugar porque para el cronista sólo la salida al ruedo del toro íntegro puede salvar el espectáculo. Las contadas veces que ese toro está en la arena, normalmente en corridas para toreros modestos, sin apenas fama, sirven para demostrar que lo realizado tiene mayor relieve; que no sólo se puede torear igual que al toro habitual sin presencia ni bravura, sino que además el lucimiento es mayor por la importancia que otorga su sola presencia. «Repito que los toros bravos miden a los bravos toreros»<sup>642</sup>, afirma rotundo en este sentido durante la feria de San Isidro de 1967 tras haber observado la valerosa actuación del diestro Diego Puerta.

Frente al «torete» resulta complicado establecer una diferenciación clara, real, de cualidades y calidades de los diestros. Sin embargo, «el toro podría poner a cada uno en su sitio»<sup>643</sup>, clasificando en una posición jerárquica superior a aquellos que están dotados para realizar el toreo clásico, puro, de valor real, frente a los diestros que basan su tauromaquia en una pretendida y cuestionada temeridad. Por eso, Zabala les recrimina a los diestros dotados de capacidades artísticas el haberse dejado llevar por la corriente de la comodidad. «Ese fue el fallo de los diestros que saben torear —añade Zabala en el mismo párrafo un poco más adelante—. Ellos debieron exigir el cuatroño a su debido tiempo, porque el utrero gordito y descastado mezcla a los toreros, compensa el temple del artista con los golpes de muslo en la pala del pitón del tremendista y otros alardes que el toro auténtico no consiente». El toro cómodo favorece ese tremendismo que tanto gusta a los públicos advenedizos; pero por el contrario, no permite marcar la diferencia entre lo puro con lo accesorio e insustancial, algo que, en el ideario del cronista, sí permite el toro íntegro, ya que ese falso tremendismo se diluye ante el trapío real y ante la bravura real del toro íntegro. «La comodidad —sentencia Zabala— ha convertido el arte del toreo en un gazpacho», un gazpacho en el que por desgracia está

---

<sup>642</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Se encontraron los valientes». *Art. Cit.*, p. 17.

<sup>643</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Ordóñez se retira esta temporada definitivamente». *El Alcázar*, Madrid, 6 de julio de 1967, p. 25.



todo mezclado, lo puro y lo falso, por ausencia de un toro con más entidad de los que se lidian habitualmente.

En su lucha por la recuperación de la dignidad perdida, trata de desmontar Zabala los posicionamientos que parten desde los sectores del taurinismo, o entramado taurino, a quienes atribuye la idea de que al toro íntegro no se le pueden dar los pases ni torear de la misma manera que al toro «comercial» imperante. Una idea que califica de «camelo», uno de tantos que ofrecen dichos sectores para justificar y mantener el estado de la situación:

### **TRIUNFARON LOS TOREROS DE CAMARÁ CON LOS TOROS DE MÉNDEZ**

[...]Y en los carteles había una bonita corrida de Antonio Méndez, hermosa, respetable, que saldría boyante, tirando por tierra todas esas tonterías que dicen los taurinos en sus conversaciones de bar o de hall de hotel de que al toro no se le puede hacer “el toreo que hoy gusta”.

Todos esos camelos se derrumban en cuanto salen toros auténticamente bravos, por muy serios que parezcan. Permiten los pases que se les quiera ejecutar y dejan “estar ahí”, otra expresión cómica y absurda, que quiere decir, traducida al castellano, que permiten ponerse muy cerca... [...] <sup>644</sup>

Ese toro al que, como se ha visto, Zabala colocaba necesariamente a la cabeza de la jerarquía taurina, bien presentado, con un trapío digno, y que preferiblemente debe ser en su comportamiento bravo y noble, es el único elemento que puede revertir la situación de caos y decadencia en la que se encuentra sumido el espectáculo, como así lo hace público durante la feria sevillana de 1966, en la que señala que «sólo el toro con edad y casta puede salvar la fiesta. Estamos al borde del abismo» <sup>645</sup>. Escapar del «abismo», traducido en ese abuso, fraude y mistificación del espectáculo que observan los cronistas esencialistas, es deseo incontenible del autor, que frecuentemente se lamenta y muestra su impotencia ante el desbarajuste estructural del que reconoce es complicado salir. Al menos así lo manifiesta durante los primeros años en que ejerce la crítica en *El Alcázar*, en los que, como se ve a continuación, reconoce que haría falta un milagro para dar la vuelta al estado de la situación, sin dejar de reforzarse en su idea de los efectos reestructuradores y beneficiosos que significaría la participación del toro con entidad, con «edad, peso y pitones»:

---

<sup>644</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Triunfaron los toreros de Camará con los toros de Méndez». *Nuevo Diario*, Madrid, 21 de marzo de 1972, p. 24.

<sup>645</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Chamaco, voluntarioso ante los pabloromeros». *El Alcázar*, Madrid, 25 de abril de 1966, p. 10.

### DÁMASO GÓMEZ, LA VERDAD DEL PODERÍO

[...] Si en los momentos actuales, por una disposición, que casi se podría calificar de milagrosa, se obligase a que el toro con edad, peso y pitones estuviera a diario en el ruedo se iba a originar una desbandada de la que sólo los contadísimos toreros que conocen el oficio, como Dámaso Gómez, podrían quedar con decoro hasta que fueran surgiendo nuevos muchachos que se hicieran a la ardua pelea con lo que sin cuento proporciona emoción a la fiesta. [...]<sup>646</sup>

Su pensamiento acerca de ese toro que genera emoción desde que sale al ruedo, que da grandeza a la Fiesta, que se convierte en el auténtico y único elemento autentificador y clasificador del espectáculo, se contempla en cada una de las temporadas de esta primera etapa. «Aquí, señores, —a uno le duele la mano de escribirlo— el único que puede prestar emoción al espectáculo es el toro. Es el elemento principal de la fiesta. El seleccionador que para sí lo quisiera la Real Federación Nacional de Fútbol. El toro coloca rápidamente a cada cual en su sitio»<sup>647</sup>, habrá escrito también durante la feria de San Isidro de 1968 con esa curiosa comparación, por otro lado también frecuente, de la fiesta de los toros con el fútbol.

En la corrida de formato goyesco que se celebra en la plaza de toros de Las Ventas en el mes de julio de 1969 se lidian toros de la ganadería de Santos Galache. Vicente Zabala no duda en señalar ese plus de virilidad que requiere la lidia del toro íntegro, y en este caso, primero califica lo que sus ojos vieron salir al ruedo como «seis buenos mozos, astifinos, muy serios, toros de verdad de los que no ruedan por los suelos, toros para hombres, para auténticos matadores», para después reafirmar su planteamiento primigenio de que ése es el toro de la fiesta honesta, el toro que coloca a cada cual en su sitio. «Con toros como los de ayer —pero para todos— cada cual se ponía en su sitio. Pero ellos solitos. El toro es un clasificador excepcional»<sup>648</sup>, escribe el cronista.

En las Corridas Generales de la feria bilbaína de 1969, que tradicionalmente se celebran en la segunda mitad del mes de agosto, se suceden las ganaderías con una presentación sobresaliente que desata en algunos momentos la euforia del cronista. La lidia frente a estas reses, que si bien en su conjunto no resulta del todo lucida porque presentan otros problemas típicos de la raza, sí obliga a los diestros a prescindir de la

---

<sup>646</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Dámaso Gómez, la verdad del poderío». *El Alcázar*, Madrid, 26 de agosto de 1968, p. 29.

<sup>647</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «El arte de lidiar un manso». *El Alcázar*, Madrid, 15 de mayo de 1968, pp. 24-25.

<sup>648</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Tres legionarios en la arena». *Nuevo Diario*, Madrid, 1 de julio de 1969, p. 14.

desidia con que se enfrentan a las corridas cómodas y comerciales del grueso de la temporada. Esta circunstancia, a estas alturas de la temporada, pone de manifiesto la capacidad real de los matadores, y sirve a Vicente Zabala para reafirmarse en la idea de que el toro de verdad, con sus problemas de verdad, es la clave para determinar la valía de cada uno. «La corrida de ayer en la plaza bilbaína de Vista Alegre ha venido a demostrar lo que tantas veces hemos venido escribiendo: el toro es capaz de poner a cada uno en su sitio»<sup>649</sup>, opinará Zabala ante los toros de Osborne lidiados el miércoles 20 de agosto.

O en los mismos términos durante la feria de San Fermín de 1971, en la que, tras contemplar las reses murubeñas de la ganadería de Carlos Urquijo lidiadas el lunes 12 de julio, señala que «Con toros como los de hoy, con la presentación de los toros lidiados esta tarde en la plaza de Pamplona, la fiesta recobra su prestigio y los toreros su reputación»<sup>650</sup>. Porque ese toro idealizado requeriría unos conocimientos y una predisposición por parte de los lidiadores muy superior a la que manifiestan en su transitar por la Fiesta la mayoría de ellos, adaptados al toro menos fiero, más dócil y con menos presencia que se lidia habitualmente en las ferias y plazas de España:

#### «El Viti» entre «El Cordobés» y Julián García

[...] ¿Qué pasaría si un día saliese de nuevo el toro fiero, agresivo, el toro con cuajo, poder y respeto? No quiero ni imaginármelo, porque estos muchachos están acostumbrados a dejar pasar junto a ellos un sinfín de toros mecánicos, a toros de larga cuerda, de mucho carril.

El día que tuvieran que volver a torear obligando, amarrando a los toros a la flámula para que los pases tuvieran temple y no resultaran destemplados; el día que se revolvieran en las zapatillas y hubiera que estar prestos a recuperar el sitio, mejorar las distancias, ligar y rematar con largura y suavidad los muletazos, serían muy pocos los que quedarían en pie, porque los actuales ases de la baraja —sálvense los pocos que conocen el oficio— no saben ni sostener la muleta en las manos. [...]<sup>651</sup>

Llevándole a asumir en numerosas ocasiones un papel profético augurando grandes transformaciones una vez que esté instaurada su lidia. Porque en el ideario de Vicente Zabala se instala el convencimiento de que ese toro que sólo se ve de manera ocasional en ferias como la de Pamplona o Bilbao, y sobre todo en festejos sin

---

<sup>649</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Cogida grave de Manolo Martínez». *Nuevo Diario*, Madrid, 21 de agosto de 1969, p. 11.

<sup>650</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Cuando la fiesta recobra su prestigio». *Nuevo Diario*, Madrid, 13 de julio de 1971, p. s/n.

<sup>651</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. ««El Viti», entre «El Cordobés» y Julián García». *Nuevo Diario*, Madrid, 18 de marzo de 1971, p. 27.

relumbrón de la temporada canicular madrileña, va a llegar, más pronto que tarde, a partir de la entrada en vigor del Libro Registro de Ganaderías<sup>652</sup>, tratado en un apartado posterior, y supondrá la anhelada y necesaria reordenación del espectáculo. Lo vaticina a partir del año 1965, año en el que se dan los primeros pasos para la instauración del mencionado libro, y supone un progresivo cambio en los planteamientos del autor, que desde ese momento proyecta todo el peso de la recuperación del espectáculo en ese Libro Registro. «El espectáculo necesita del cuatroño encastado y fuerte de patas — escribe en junio de 1968—. Con él vendrá el sentido de la lidia, porque sin saber lidiar nadie se puede poner delante de un toro de verdad. Y tras la lidia se abrirán paso aquellos muchachos que tengan el siempre cotizado privilegio del arte»<sup>653</sup>.

La Fiesta necesita y va a tener, vía decreto por tanto, un toro con entidad, y con él sólo podrán funcionar aquellos toreros que tengan capacidades plenas para la confrontación. Ese toro obligará, por un lado, a retirarse a buena parte de los toreros que en la actualidad están en el circuito, y por otro significará el fin de numerosas ganaderías nacidas y desarrolladas al albur de la decadente época:

#### **UNA MORUCHADA DE PLAZA DE CARROS**

[...] El día que salga el cuatroño —el próximo año— con el número grabado, no sólo veremos una gran cantidad de toreros pegando la “espantá”, recogiendo los bártulos y marchándose a su casa, sino que presenciaremos cómo se desploman ganaderías de morucheros, cuyas reses sólo embisten de erales o de utreritos con el peso justito porque les falta casta y bravura para pasar la “barrera del sonido” que supone la edad. [...] <sup>654</sup>

No deja de ser llamativo en un cronista con tanta responsabilidad, comprometido con su profesión, con tanto conocimiento de los entresijos del mundo taurino, la instauración en ese sentido de la candidez de un pensamiento uniforme, sin resquicios, de semejante categoría. Escribe Zabala cegado por el importante avance que supondrá el registro ganadero; y es de tal magnitud el logro, que le lleva a expresarse más en términos de revanchismo, como a sabiendas de quien se va a cobrar una deuda acumulada durante años, sin querer caer en la cuenta que la nueva reglamentación es

---

<sup>652</sup> La implantación del Libro Registro, que se puso en funcionamiento en el año 1969, significaba principalmente la solución a los problemas de identificación de la edad que presentaban muchas veces las reses lidiadas. A partir de su entrada en vigor, las reses reciben a fuego el número del año en el que han nacido, siendo ya imposible la lidia de animales que no tuvieran la edad reglamentaria.

<sup>653</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «¿Cien corridas menos este año?». *Art. Cit.*, p. 14.

<sup>654</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Una moruchada de plaza de carros». *Nuevo Diario*, Madrid, 19 de mayo de 1972. Suplemento especial San Isidro, p. 2.

únicamente un paso para evitar el fraude de la edad, pero que no incide en los aspectos conductuales del animal como él vaticina. De hecho, en 1973, año en el que ya se empiezan a lidiar en las corridas los toros marcados con el guarismo del «9», se va instalando progresivamente en el autor el pesimismo previo ante la evidencia de lo limitado del avance, que corrige la edad, pero no otros factores ni otros posibles fraudes.

En cualquier caso, este pensamiento original del toro como elemento autenticador del espectáculo que coloca a cada cual en su sitio, pilar del ideario esencialista, es compartido por sus compañeros en las distintas etapas de la corriente. Sin ir más lejos, el propio Joaquín Vidal, en línea con lo afirmado por Vicente Zabala, lo expresa en numerosas ocasiones a lo largo de su trayectoria, y basten como ejemplo tres breves referencias al respecto, como la afirmación «El toro, medida única de la valía de los toreros»<sup>655</sup>, escrita en la crónica de un festejo de la feria de San Isidro de 1993 en el que se lidian toros de la ganadería portuguesa de Murteira Grave. Es decir, se puede ser torero, pero la categoría real, no la que otorga el triunfo ante el toro sin entidad, sólo la concede el enfrentamiento con el toro de verdad. Esa soñada lidia de toros de verdad cada tarde a lo largo de la temporada tendría una consecuencia lógica, como sería la reubicación en el escalafón de los toreros, ya que la exigencia de este tipo de reses haría que muchos de los diestros que circulan por el mismo como figuras relevantes, perdieran de facto su categoría. «No es de extrañar y se ha dicho muchas veces: si saliera el toro, pondría boca abajo el escalafón»<sup>656</sup>, señala el cronista en la feria de Bilbao de 1995, que se reafirma en la idea durante la temporada de 1997 en la crónica de un festejo celebrado en la plaza de toros de la Maestranza de Sevilla durante su feria de Abril y en la que se lidian toros de la ganadería de Victorino Martín. «Llegan a salir cada tardes toros así y revolucionan el escalafón. Con los toros serios de casta y presencia en el redondel, muchos de los que hoy son figuras acabarían en los gaches»<sup>657</sup>,<sup>658</sup>, sentencia Vidal.

#### **6.1.2.1.g. El toro íntegro: reconocimiento a los ganaderos íntegros**

En un punto previo de este apartado dedicado a la importancia del toro se hacía referencia a la importancia que para Vicente Zabala tiene la forma de presentar los toros

---

<sup>655</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Salió el toro». *El País*, Madrid, 17 de mayo de 1993, p. 48.

<sup>656</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Al fin, toros». *El País*, Madrid, 25 de agosto de 1995, p. 26.

<sup>657</sup> El término «gache» en tauromaquia hace referencia a aquellos festejos de menor entidad, normalmente en poblaciones pequeñas, que se desarrollan también en plazas de categoría inferior, tipo las portátiles o aquellas que se organizan en espacios acotados por carretas y talanqueras.

<sup>658</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «De antología». *El País*, Madrid, 12 de abril de 1997, p. 33.

por parte de los ganaderos, destacándose el alborozo que suponía para el cronista la sola contemplación de corridas con el lustre y cuajo idóneos a su ideario taurino. Esa manifestación de júbilo adquiere, no en muchas ocasiones a lo largo de cada temporada, un matiz singular que se traduce en el reconocimiento y felicitación literal del cronista a determinados ganaderos cuando los toros han lucido trapío digno y/o además han desarrollado cualidades conductuales interesantes tales como la bravura, la fuerza, la casta, etc. Si se afirmaba que la buena presencia de los toros puntuaba al alza en la evaluación del conjunto, en las ocasiones en que la apariencia enlaza con la conducta, la valoración alcanza un peldaño más que se troca en felicitación pública del cronista hacia el ganadero. Como se verá en algunos de los ejemplos, Vicente Zabala empleará en numerosas ocasiones el elogio directo al cumplidor de expectativas como censura indirecta a quienes circulan por el camino contrario. Así, las crónicas, a través de la comparación, se convierten dardos contra los que están alejados de ese supuesto ideal de verdad que el cronista ha podido observar.

Un primer ejemplo destacable de esta interesante expresión, de este reconocimiento personal y público del cronista, se encuentra en la crónica del primero de los festejos de la feria de San Isidro de 1965. Tradicionalmente, algunas ganaderías portuguesas suministran reses a diferentes ferias y festejos que se celebran en España. Durante varios lustros, algunas de estas vacadas ofrecen en la plaza comportamientos muy interesantes para el aficionado esencialista. El esencialismo, por tanto, se congratula de la presencia de estos hierros que, en líneas generales, ofrecen matices de casta y bravura poco frecuentes entre los hierros españoles. En el caso que nos ocupa, Zabala se descubre y felicita al ganadero Manuel D'Asunção, propietario de la ganadería de Coimbra, vacada portuguesa de procedencia Tamarón —encaste que mezcla reses de Parladé y Urcola, ambas con origen en el encaste fundacional de Vistahermosa— con escaso predicamento en las plazas y ferias españolas, y a través de un recurso retórico frecuente en él como es la anáfora, ensalza las diferentes cualidades físicas y de comportamiento de las reses lidiadas.

#### **PORTUGAL YA CUENTA EN TAUROMAQUIA**

[...] Pero después de lo visto en la primera corrida de la feria de San Isidro, no tenemos más remedio que descubrirnos ante don Manuel D'Asunção, que lidia sus reses con el nombre de Coimbra. El cronista felicita al ganadero como en la plaza lo hicieron los aficionados con sus ovaciones ante la pelea que realizaron en la suerte de varas. (...) En

conjunto, seis toros. Sin estridencias. Seis toros. Seis toros bravos. Seis toros conafiladísimas puntas. Seis toros con el peso justo: con su peso, sin engorde de artificio. Y sangre brava. Eso que siempre se llamó casta; eso que ya se nos empezaba a olvidar a fuerza de no verlo. [...] <sup>659</sup>

En marzo de 1966, durante la valenciana feria de Fallas, elogia tanto la presentación como el comportamiento de los astados del ganadero onubense Celestino Cuadri por reunir todos los requisitos que, para el cronista, deben tener los toros bravos, cerrando el párrafo con un elocuente reconocimiento al criador por la línea que está llevando. «Los toros de Cuadri Vides —remarca Zabala— tuvieron casta, temperamento, nervio y fiereza. Fueron toros bravos. Toros con poder. Toros que el pasado año se llevaron el premio de Sevilla, y este año, de segur así, se llevarán los que quieran. ¡Ole los ganaderos buenos!» <sup>660</sup>.

En buena lógica, en un periodo taurino tan marcado en el ideario de Zabala por la decadencia y el fraude, este tipo de felicitaciones adquiere en muchas ocasiones esa doble vertiente crítica mencionada al principio: por un lado reconocer y colocar en una categoría superior al ganadero que circula de manera independiente, a contra corriente del sistema establecido y del conjunto de los intereses de los sectores más próximos al llamado taurinismo o entramado taurino, y, por otro, censurar con dureza para desacreditar a aquéllos que no se aplican con el escrúpulo que debieran y que, por ende, pertenecen a ese círculo de intereses.

Un primer ejemplo destacable de elogio/censura lo encontramos en septiembre de ese mismo año 1966 en una corrida de temporada en la madrileña plaza de toros de Vista Alegre, en el barrio de Carabanchel. Los astados lidiados en este caso pertenecen a la ganadería salmantina de los herederos de D. Graciliano Pérez-Tabernerero. El apellido Pérez-Tabernerero, como se verá un poco más abajo en otro de los ejemplos, da nombre a numerosas ganaderías salmantinas a partir de la vacada que, a finales del siglo XIX, formó Fernando Pérez. Cuatro de sus hijos, Argimiro, Antonio, Alipio y Graciliano, desde principios del siglo XX siguieron la tradición marcada por su padre, pero por caminos separados, llevando cada uno la línea de casta que más les interesó y haciendo, a partir de ahí, los cruces y combinaciones que creyeron oportunos.

---

<sup>659</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Portugal ya cuenta en tauromaquia». *El Alcázar*, Madrid, 17 de mayo de 1965, p. 35.

<sup>660</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Diego Puerta hacia el trono del toreo». *El Alcázar*, Madrid, 19 de marzo de 1966, p. 28

Ésta de Graciliano Pérez-Tabernero, con predominio de sangre Santa Coloma, más en la línea Ibarra que Saltillo, y un pasado realmente importante, está, sin duda, entre las preferidas del cronista, como se puede leer en el texto —como también lo está entre las predilectas de Alfonso Navalón—. Para Zabala, estos toros representan la pureza esencial del toro bravo, porque del punto de partida marcado por Graciliano, que en 1920 compró vacas y sementales al conde de Santa Coloma, eliminando lo que había heredado de su padre, la línea ganadera apenas se ha desviado, cosechando importantísimos triunfos y alcanzando gran prestigio, manteniendo ahora los hijos la integridad de la sangre, sin dejarse llevar por las modas comerciales ni por las imposiciones del entramado taurino y las primeras figuras del toreo<sup>661</sup>.

#### EL PRESTIGIO TAURINO DE SALAMANCA, A SALVO

[...] Los herederos del mejor ganadero del campo charro, del más escrupuloso criador de reses bravas de Salamanca, han traído a Vista Alegre una corrida de toros de verdad. Animales de carnes apretadas, musculados, bonitos, encastados y, por tanto, bravos. Así se prestigia una desprestigiada región en la cría del animal más bello de la naturaleza. Toros con trapío... ¡de toros!; con cabezas de toros; nada de bureles con aspecto de cochinos. Han salido tres auténticos astados de excepción, los tres primeros, y bueno también el quinto. Al cuarto no lo vimos porque fue pésimamente lidiado. El sexto, de Salas, fue un buey.

Mi felicitación, pues, sincera a los hijos de don Graciliano Pérez Tabernero, que se han apuntado un buen tanto, felicitación que hago extensiva a sus colegas salmantinos, tan solicitados ellos y tan mal vistos ante los ojos de los buenos aficionados. Hoy me he explicado el afán de mantener en exclusiva el apellido de Pérez Tabernero por los hijos de don Graciliano, que tantos jaleos nos han traído a los periódicos. De verdad que pueden dejárselo. Estos señores, que no llevan patillas, saben respetar el recuerdo de las que llevó el inolvidable ganadero. Muy bien, sí, señores. [...] <sup>662</sup>

La felicitación a los «buenos» y el señalamiento a los «malos», esos ganaderos salmantinos «tan solicitados ellos y tan mal vistos ante los ojos de los aficionados», que han optado por la vía comercial desprestigiando la importante región ganadera.

Prácticamente al final de la temporada de 1967 se celebra en la plaza de Las Ventas una novillada dentro de la llamada Feria de Otoño. En ella se lidian reses de la

---

<sup>661</sup> La ganadería de Sres. hijos de D. Graciliano Pérez-Tabernero, que así era como lidiaban las reses desde el año 1949, se dividió en partes tras la muerte, en el año 1957, del padre, don Graciliano Pérez-Tabernero. Divida, por tanto, en varios lotes, estos fueron sucesivamente vendidos, quedando una parte en la finca matriz, Matilla. De esta parte, dirigida por el primogénito, también llamado Graciliano y apodado *El Chato*, son los toros lidiados en el festejo que se cita en el texto. A la muerte de *El Chato*, en 1968, la ganadería se vende totalmente.

<sup>662</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «El prestigio de Salamanca, a salvo». *El Alcázar*, Madrid, 23 de septiembre de 1966, pp. 16-17.



ganadería salmantina de Castillejo, propiedad de José Luis Cobaleda. Tanto la presentación como el juego ofrecido por los novillos es extraordinario, lo que lleva a Zabala a felicitar efusivamente a los propietarios de la vacada y a poner su trabajo como ejemplo. «Nuestro aplauso, sincero y fervoroso, a la ganadería de Castillejo por haber venido a Madrid como hay que presentarse en las Ventas: como un legítimo criador de reses bravas y no como un vulgar “ganaduros”»<sup>663</sup>, habrá escrito Zabala. Pero le lleva también a criticar de nuevo, dando incluso nombres, al conjunto de ganaderos que optan por otro tipo de espectáculo, a esos «ganaduros» que crían el toro comercial, y a los periodistas que participan de esa perspectiva. «Dirán —continúa Zabala refiriéndose a los cronistas afines al entramado taurino— que el trapío y la bravura lo tienen los de Atanasio, Tabernero de Vilvis y Antonio Pérez. Y no digamos nada de esas nuevas divisas que llenan de esplendor a la ganadería brava de nuestro tiempo. Ni que decir tiene que me refiero a Eusebia Galache, Higuero y Sorando...».

En la misma línea de comparar para desacreditar, suficientemente ilustrativa es también la crónica publicada en abril de 1968 que el cronista resuelve a modo de carta abierta a los propietarios de la ganadería García Romero Hermanos. En tono epistolar, sostenido de principio a fin de la crónica, Zabala expresa la admiración experimentada durante todo el festejo, contándoles a los propietarios de la vacada la buena presencia y el buen juego desarrollado por sus reses, sin apenas dejar espacio para consideraciones artísticas de la propia lidia, apareciendo al final, de nuevo, la censura comparativa a quienes participan de una forma de entender la cría del toro bravo más como un comercio que como un propósito romántico y por tanto esencial. Esa crítica de la parte final, como en tantas ocasiones, debe entenderse también a modo de exhortación a los ganaderos García Romero para que no desvíen su, de momento, buen hacer, como por desgracia han hecho tantos otros, que canalizaron su éxito hacia la variante más comercial del espectáculo.

#### **Carta abierta a los señores García Romero**

Señores García Romero Hermanos, Jerez de la Frontera (Cádiz).

Muy señores míos: Reciban estas modestas líneas de admiración, de sincera y honesta admiración, por haber presentado en Madrid una novillada digna de la siempre considerada como primera plaza del mundo. [...] Toda una señora novillada, que además de tener trapío ha sido brava, muy brava. Ustedes, señores García Romero, independientemente de lo que digan los taurinos o los profesionales de la

---

<sup>663</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Volvió la bravura». *El Alcázar*, Madrid, 29 de septiembre de 1967, pp. 16-17.

adulación y el politiquero, han triunfado rotundamente en Madrid [...] Sus bravos ejemplares fueron aplaudidos en el arrastre como se merecían, aunque quizá menos que esos cornúpetas tontones, aborregados, para los que se premia con la vuelta al ruedo en cuanto un fenómeno le da con el muslo en la pala del pitón. [...]

Termino la carta como empecé, felicitándoles por esa solera que guardan en la reserva de lo que en tiempos fue la auténtica casta brava. Sigán por ese camino. No les pesará. Algún día tendrán que ir a sus fincas los morucheros preferidos por las figuras para comprarles sementales que purifiquen la corrompida sangre brava que sacrificaron en aras del comercio y de la falta de romanticismo. [...]<sup>664</sup>

Sin duda, una de las ganaderías con más prestigio de los años cincuenta y sesenta fue la del conde de la Corte. Sus reses, tanto en trapío como en bravura, rayaban a gran altura cada temporada. Agustín Mendoza Montero, conde de la Corte, fue propietario y dirigió la ganadería hasta el año 1964, año de su fallecimiento. A partir de ahí, la vacada pasó a ser gestionada por su sobrino, Luis López Ovando, cambiando el nombre original por el de Herederos del Excmo. Conde de la Corte, manteniendo durante algunos años la categoría alcanzada por su predecesor. En la Semana Grande donostiarra de 1968 Vicente Zabala reconoce el prestigio del ganadero extremeño, señalando los intensos momentos vividos en el festejo. «Fuerte emoción en la arena. Los toros del conde de la Corte han respondido al prestigio y escrúpulo de su ganadero, que ha enviado una corrida ejemplar tanto por su trapío como por su bravura»<sup>665</sup>, escribirá Zabala.

En esa línea de utilizar el elogio al afín para afrentar al no afín, durante algunos años Vicente Zabala en su crítica de desprestigio hacia determinados criadores de reses bravas utilizará el término «ganaduros» —de uso frecuente entre los aficionados de la época con una perspectiva distante, esencialista, hacia el espectáculo<sup>666</sup>— para designar despectivamente a aquellos ganaderos cuyo único interés es el económico, sin otro objetivo que el de situarlos en el lado diametralmente opuesto al de los valores esenciales defendidos. «Nuestro aplauso, sincero, fervoroso —escribe Zabala en un festejo septembrino en la plaza madrileña—, a la ganadería de Castillejo por haber venido a Madrid como hay que presentarse en las Ventas: como un legítimo criador de

---

<sup>664</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Carta abierta a los señores García Romero». *El Alcázar*, Madrid, 1 de abril de 1968, p. 44.

<sup>665</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Antonio Ordóñez, en un gesto de torero». *Art. Cit.*, p. 13.

<sup>666</sup> Como ejemplo, el diario *ABC* del martes 5 de agosto de 1969, en su sección «Mentidero de la illa», habla del conocido aficionado a los toros Luis Pelayo Bruna, al que popularmente se llamaba *Ronquillo*. Este aficionado utilizaba frecuentemente el vocablo «ganaduros» como crítica a los ganaderos que, entendía, veían la fiesta desde la perspectiva del negocio, dejando de lado la parte romántica y fundamental que se les supone. Véase CABEZAS. «Mentidero de la villa» *ABC*, Madrid, 5 de agosto de 1969, p. 33.

reses bravas y no como un vulgar “ganaduros”»<sup>667</sup>. La comparación de lo bueno y lo malo, la alabanza y la crítica, lo que está bien y lo que está mal, sin término medio, tan frecuente en la primera etapa de Vicente Zabala queda comprobado, por tanto, también en su valoración de las ganaderías de bravo.

Este tipo de reconocimientos adquieren especial notoriedad cuando el criador forma parte del elenco ganadero preferido por el cronista o, como en el ejemplo que se verá a continuación, tiene visos de pasar a formar parte. En más de una ocasión Zabala, en su implicación y voluntad de reconducir el espectáculo, asume como propias las preocupaciones de los responsables de dichas ganaderías porque, en buena lógica, su deseo hacia esas vacadas —igual que ocurre con los diestros por él preferidos— es por un lado el de triunfo, de destacar por encima de aquellas otras que están más sometidas al entramado taurino, y por otro el retorno a los principios esenciales de aquellas que en los últimos lustros han optado por una línea más comercial, alejándose así de la pureza e independencia necesarias para el ideario esencialista.

Los toros de Torrestrella, lidiados en la feria sevillana de 1969, dan al traste con la expectación creada en el esperado cartel de la reaparición de Paco Camino. Su deslucido comportamiento no impide una vez más que el crítico reconozca al propietario de tales reses, don Álvaro Domecq, su buen hacer en la cría y selección del ganado, considerando la dificultad que existe para acertar en los manejos y selección de las reses. «Señalado queda su escrúpulo de criador»<sup>668</sup>, afirma Zabala para reconocer a uno de los ganaderos que se encuentra entre el elenco de sus preferencias por esta época.

Durante la feria de San Isidro de ese 1969, año del regreso de los toros de la ganadería de Montalvo a la plaza de toros de Las Ventas, habiendo pasado la vacada en 1966 a manos de Juan Mari Pérez-Taberner Montalvo, uno de los hijos de la anterior propietaria, Mercedes Montalvo, esposa de Antonio Pérez-Taberner Sanchón — conocido como Antonio Pérez de San Fernando en alusión a la finca ganadera familiar; hermano, a su vez, del citado anteriormente Graciliano Pérez-Taberner—, encontramos un significativo ejemplo. A los toros de Antonio Pérez-Taberner Sanchón, la otra línea ganadera de la familia, no les guarda Vicente Zabala especial simpatía al tratarse de una

---

<sup>667</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Volvió la bravura». *Art. Cit.*, pp. 16-17.

<sup>668</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Paco Camino reapareció con hombría en La Maestranza». *Nuevo Diario*, Madrid, 13 de abril de 1969, p. 35.

ganadería que ha optado por instalarse en el circuito comercial, lidiando un gran número de corridas al año y siendo demandada por las figuras del toreo contemporáneas, prestándose, por tanto, al juego de los sectores más próximos al entramado taurino. Sin embargo, se trata, como se afirmaba más arriba, de una asentada familia ganadera — como se afirmaba más arriba los cuatro hermanos, Antonio, Graciliano, Argimiro y Alipio, se dedicaron a la cría de reses bravas desde principios de siglo XX a partir de la herencia de su padre, Fernando Pérez, que formó ganadería a finales del XIX—, con un importante, y glorioso, pasado que para Vicente Zabala y para el conjunto del esencialismo merece un gran respeto y admiración.

Ese recordatorio constante del pasado está preñado siempre de la esperanza en el retorno a los principios, a la esencia pura, que pueda dar como resultado el toro bravo y encastado que fue objetivo del progenitor y después punto de partida de la saga. Por eso, Vicente Zabala, defensor a ultranza del clasicismo en todos los ámbitos, incluida por supuesto la cría y selección del toro, reconoce la importancia, el prestigio y buen hacer que durante muchos años tuvo el famoso ganadero Antonio Pérez-Tabernerero, y en ese deseo de que las aguas vuelvan al cauce de la seriedad y de que la estirpe ganadera recobre la importancia, el prestigio y «el honor» que con mucho esfuerzo atesoró el fundador de la vacada, Zabala se muestra esperanzado ante el debut de Juan Mari Pérez-Tabernerero.

Por eso, cuando Zabala escribe en la crónica que Juan Mari puede estar «tranquilo y satisfecho», puede interpretarse que está escribiendo «estoy tranquilo y satisfecho», porque los toros han cumplido con lo que el cronista esperaba de ellos, han respondido a su ideario esencialista, han tenido trapío y bravura, han emprendido el camino correcto: «Juan Mari Pérez Tabernerero vino a Madrid con una corrida de toros con trapío, temperamento y defensas. A estas horas puede estar tranquilo y satisfecho de haber cumplido como ganadero de verdad, haciendo honor a su estirpe de escrupuloso criador de toros de lidia. Cuando se viene así a Madrid no cabe ningún comentario agrio, sino el elogio más sincero. [...] Enhorabuena, Juan María Pérez Montalvo»<sup>669</sup>.

La crónica se convierte en agradecimiento; pero también en petición de conservación de esa línea de selección que tan exitoso debut ha marcado. Sin embargo, esa importante presentación —que habrá ratificado también Antonio Díaz-Cañabate en

---

<sup>669</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Una corrida muy televisiva...». *Nuevo Diario*, Madrid, 23 de mayo de 1969, p. 13.

*ABC* con un «Mis plácemes a don Juan Mari, criador de estos toros auténticos que han hecho posible una muy lograda tarde»<sup>670</sup>— no será mantenida a lo largo de las sucesivas temporadas, y el elogio y esperanza de Zabala se tornará en dura crítica y desencanto al comprobar cómo el nuevo ganadero opta por la línea comercial imperante en la que ya se posicionó su progenitor.

Queda explicado a lo largo de este estudio que el autor normalmente trata de abordar cada tarde desde un objetivismo puro que se desprende de su pretendida posición de independencia, algo que no es óbice para que la valoración, sobre todo si es favorable, sea más parca en los casos en que la ganadería en cuestión, a pesar de haber respondido tanto en presencia como en actitud, no está en la lista de predilecciones del autor por tener una marcada trayectoria negativa debida al sometimiento a los intereses del entramado taurino. Puede afirmarse por tanto que, en alguno de estos casos, el cronista aplica un filtro que no impide el elogio, pero que actúa como atenuante del mismo.

Ante una bien presentada corrida de Carlos Núñez, ganadería demandada por la mayoría de los toreros más famosos de la época y censurada en infinidad de ocasiones por el cronista, Zabala resuelve brevemente reconociendo la belleza y seriedad de los astados pero sin un ápice de literatura como hemos visto en otras ocasiones. «Los herederos de Carlos Núñez —escribe durante la sevillana feria de Abril de 1969—, a los que censurado otras veces por deficientes presentaciones en sus corridas, han traído a la Maestranza seis hermosos ejemplares, muy bellos de lámina y bien puestos de pitones»<sup>671</sup>. No obstante, el interés de esta crónica recae en que el juego de los toros no fue bueno, sino que en conjunto se comportaron con escasa codicia y bravura resultando difíciles para los diestros, pudiendo haber centrado Zabala su discurso en censurar esas actitudes negativas —como por ejemplo hace Antonio Díaz-Cañabate<sup>672</sup> en *ABC*—, obviando la buena presencia, y sin embargo el cronista prefiere remarcar el trapío y la nobleza de dos de los astados por encima de otras consideraciones, porque para él es de justicia —y es aquí donde aflora ese pretendido objetivismo puro— el reconocimiento de lo importante que resulta que una ganadería netamente comercial ofrezca reses con una presencia óptima.

---

<sup>670</sup> DÍAZ-CAÑABATE Y GÓMEZ TREVIJANO, A. «Chiribitas del toro y del torero». *ABC*, Madrid, 23 de mayo de 1969, p. 77.

<sup>671</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Crespones negros en la Maestranza». *Nuevo Diario*, Madrid, 17 de abril de 1969, p. 14.

<sup>672</sup> DÍAZ-CAÑABATE Y GÓMEZ TREVIJANO, A. «La falta de pasión». *ABC*, Madrid, 17 de abril de 1969, p. 81.

Del mismo modo, en la Semana Grande donostiarra de ese año 1969 Vicente Zabala se encuentra con una circunstancia realmente excepcional en esa época, como es la lidia de toros con una edad superior a los cuatro años. El comportamiento de los toros de Baltasar Ibán lidiados resulta, en conjunto, desastroso. Los adjetivos negativos se suceden en el texto porque la complicada lidia que ofrecen las reses no permite atisbo alguno al elogio. Sin embargo, el ganadero escurialense suele tener por costumbre lidiar las camadas de toros con cinco años cumplidos, algo realmente inusual en una época en la que, como se viene viendo en otros apartados, todavía está bastante normalizada la lidia de reses con edades muy inferiores a los cuatro años reglamentarios. Por este motivo, Zabala disculpa el comportamiento deslucido del conjunto de la corrida, y elogia esa actitud del ganadero que, pudiendo someterse a los dictados del entramado taurino y lidiar las reses con edades inferiores, mantiene ese criterio de lidiar toros cinqueños, a sabiendas, no obstante, de que con la edad, los toros desarrollan un mayor sentido que se traduce en serias complicaciones para la lidia.

#### **LOS BUEYES <CINQUEÑOS> DE IBAN**

[...] Baltasar Ibán no ha tenido suerte. Ha empezado por enviar una corrida de desigual presentación. Sólo se han lidiado cinco toros de Ibán. El balance ha sido desastroso, pues le han fogueado un par de ellos. Han salido mansos, mansísimos, avinagrando el buen sabor de boca que dejaron en San Isidro. Pero ya se sabe que criar toros no es lo mismo que fabricar churros o vender neumáticos, pongo por ejemplo, de regularidad comercial más o menos próspera. Lidiar toros tiene sus pros y sus contras. En mayo recibió los beneplácitos; ahora no es de extrañar que el señor Ibán, famoso también por sus inefables tertulias taurinas, escuche los pésames de sus amigos por esos dos toros enlutados. No dudamos que el señor Ibán, uno de los pocos que hoy se dedica a la cría del cinqueño (como gentilmente me demostró un día con un certificado firmado por los muy honorables veterinarios de Valencia), imagino que sus amigos le hablarán clarito, muy clarito... del juego de sus toros en San Sebastián. Pronto podrá sacarse la espina. Ya se sabe que los cinqueños suelen hacer jugarretas como las de hoy. Si el escrupuloso ganadero y famoso hostelero probase a echarlos con un par de años menos, a lo mejor no le ocurrirían cosas tan desagradables como las de esta tarde. El luto siempre es triste. Y ver un par de toros con las “viudas” sobre las costillas siempre resulta deprimente. Pero todo sea por el escrúpulo, por ese encomiable afán de lidiar los toros con más edad que los cuatro años reglamentarios. (...) Por eso quiero justificar hoy a Baltasar Ibán. La mansada de carreta, boyada de plaza de talanqueras, “galápagos” de capea, no buscaban las barrigas de los toreros por falta de nobleza, ni se salían sueltos de los caballos porque fueran tan poco bravos como parecían, sino como eran toros con el sentido propio de la edad... CASI NADA EN ESTOS

TIEMPOS: encontrar un ganadero entendido en tauromaquia, dedicado toda la vida a la cría del toro bravo y encima manteniendo la solera de su divisa. (...) Perdonados quedan los bueyes serranos, en nombre de la edad y de presencia de tan magníficos toros. [...]»<sup>673</sup>

Veíamos al principio de este apartado la importancia que para el esencialismo habían adquirido algunas ganaderías portuguesas. Uno de los hierros más importantes de Portugal es el de Murteira Grave, fundado en 1944 con reses de procedencia Gamero Cívico. Estas reses, normalmente muy serias de presencia, aportan a la lidia un gran interés porque desarrollan esos citados matices de bravura que consignan la emoción pretendida por el esencialismo. Por eso Vicente Zabala se alegra de la presencia de estas reses en España, porque sirven, o debieran servir, de ejemplo a los ganaderos españoles. Así, durante una novillada celebrada en la plaza de toros de Las Ventas en el mes de abril de 1970 ofrece su reconocimiento al ganadero portugués. «Por el chiquero salieron seis hermosos ejemplares, seis novillos de verdad, alguno con trapío de toro, del ganadero portugués Murteira Grave. [...] Murteira Grave ha vuelto a dar otra lección a los ganaderos españoles»<sup>674</sup>, deja escrito Zabala.

En la sevillana feria de Abril de 1970 se lidia una corrida de Álvaro Domecq, que, como se afirmaba más arriba, lidia las reses con el nombre de Torrestrella. Como tantas veces, las reses presentan demasiadas complicaciones en su comportamiento durante la lidia. Sin embargo, la seriedad con que salen a la plaza hace que Vicente Zabala una vez más reconozca el escrúpulo del propietario de tan afamada divisa. «Don Álvaro Domecq —escribe Zabala— se apretó fuerte las espuelas y envió una señora corrida de toros. Seis cornúpetas con el respeto que merece la plaza de Sevilla. En este aspecto, nada se le puede decir al entusiasta ganadero jerezano, que cumplió como los buenos, con escrúpulo. Toros fuertes y musculosos. Testas astifinas y bien puestas. Una corrida muy bonita, con cuajo, capaz de acreditar, por fachada, a un buen ganadero»<sup>675</sup>. Toros que, en palabras del escritor, en conjunto no fueron bravos, que «sacaron genio del malo», que «se defendieron», que «fracasaron en nobleza»; pero que sin embargo, otorgaron a la lidia una gran emoción a través del primoroso trapío con que fueron llevados a la plaza.

---

<sup>673</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Los bueyes «cinqueños» de Ibán». *Nuevo Diario*, Madrid, 13 de agosto de 1969, p. 12.

<sup>674</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Atención, ganaderos, los portugueses mandan». *Nuevo Diario*, Madrid, 7 de abril de 1970, p. 26.

<sup>675</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Terroríficos toros de Álvaro Domecq». *Art. Cit.*, p. 31.

En la misma feria de Abril de ese año 1970 se lidian reses de la ganadería de Carlos Urquijo —sin duda ganadería predilecta de Vicente Zabala— con una presentación impecable. Vicente Zabala reconoce el mérito de su amigo, entre las pocas personas del mundo taurino con las que mantiene algún tipo de relación o amistad. «Para empezar, mi más sincera felicitación a Carlos Urquijo. Así hay que venir a Sevilla. Presentó una corrida para hombres. Seis toros de bonitas cabezas, con el respeto inconfundible del toro de lidia»<sup>676</sup>, elogia y aplaude Zabala.

Desde los años cincuenta, la ganadería del duque de Pinohermoso es otra de las vacadas habituales de las ferias más relevantes de la temporada. Su fundador, Carlos Pérez-Seoane y Cullén, duque de Pinohermoso, compró en el año 1940 reses de dos líneas bien diferenciadas, Clairac y Albaserrada. Con ese ganado creó una ganadería con sello propio a la que consiguió poner a un gran nivel dentro del panorama taurino. Para el esencialismo, no obstante, las reses del aristócrata no siempre ofrecen, bien por presentación, bien por comportamiento, el resultado óptimo mínimo exigible al toro de lidia. Sin embargo, Vicente Zabala tiene en consideración la evolución experimentada por el ganadero, que trata de desmarcarse de los dictados del entramado taurino, con el objeto de criar y ofrecer el toro íntegro que necesita la Fiesta. Así, durante la feria valenciana de Fallas de 1971, Zabala elogia la buena presencia y el buen comportamiento de los astados, y reconoce públicamente la labor que está desarrollando el duque, al que tantas veces ha criticado:

#### **Éxito de la ganadería de Pinohermoso**

[...] Los ocho cornúpetas con cuajo, trapío, respeto y la edad reglamentaria pertenecían a la bancada del duque de Pinohermoso. Nadie se aburrió con ellos, al cuerno de una vez el cuento de que para divertirse es imprescindible el choto sin fuerza y sin pitones.

El público salió del festejo encantado. La emoción presidió la corrida. No vimos a nuestro alrededor ni un solo bostezo de los de “buzón de correos”, que tanto se prodigaron en las corridas anteriores. El público ovacionó la salida de los toros y pidió la vuelta al ruedo para tres de ellos en el momento del arrastre.

Contento puede estar el duque con la corrida enviada a Valencia. Corrida de ganadero escrupuloso, de auténtico señor. Puede dormir tranquilo, porque esta vez su prestigio ha escalado alturas cimeras. Si todos los días viésemos corridas con este cuajo, lo mismo que se presencian en la feria de Bilbao, la fiesta se remontaría de la languidez que la aqueja. Para ello hacían falta criadores de reses bravas con afición

---

<sup>676</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Un torero para derrotistas...». *Nuevo Diario*, Madrid, 16 de abril de 1970, p. 35.



y señorío. Muchas de las figuras que hoy no estaban en la arena habrían triunfado rotundamente, aprovechando la nobleza de las embestidas de los bien encastados toros, pero en el pecado llevan la penitencia. Pueden seguir aburriendo con la borrega indefensa. [...] Para jugar al toreo es imprescindible la ausencia del toro, pero para torear es insustituible la emoción que trasmite a los tendidos el toro fiero y agresivo, pero con la nobleza por bandera. [...]

Éxito, pues, rotundo, definitivo, del duque de Pinohermoso. Si en otras ocasiones la crítica dura ha caído sobre sus espaldas, reciba hoy el más encendido elogio. Esta es una lección que deben aprender todos los ganaderos que le dejaron solo cuando la temporada pasada quiso luchar abiertamente contra las presiones de los llamados “supervisores” y también para el propio duque, que nunca debe caer en la tentación de lidiar toros de inferior trapío, hay algo que no se puede ocultar: la edad del toro de lidia. Los de ayer tienen la aprobación de los aficionados sin necesidad de que acuda ningún veterinario a mirarles la boca. [...]<sup>677</sup>

Como nota curiosa a raíz de esta crónica de Zabala en la que califica de «escrupuloso» al ganadero, debe destacarse la opinión de Alfonso Navalón, que pocos días después critica, sin nombrarlo, a su compañero de profesión, «No comparto esos adjetivos desusados calificándole como prototipo de ganadero escrupuloso, etc. Quienes esto escriben se han olvidado de las innumerables becerradas que le hemos visto lidiar estos últimos años»<sup>678</sup>, deja escrito Navalón en clara alusión a los elogios formulados por Vicente Zabala hacia la figura del duque. Conste que Zabala, en la última parte de la crónica, se refiere a las incontables ocasiones en las que se ha mostrado implacable con el ganadero, al que ha censurado sin reparo. En esta ocasión, sin embargo, se congratula que sus toros hayan salido como deben, y hace un reconocimiento público a tal hecho puntual.

Curiosamente, el duque de Pinohermoso venderá su ganadería poco tiempo después, en 1972, cansado, como le reconocerá Zabala tras su fallecimiento en enero de 1985, de tener que soportar la presión y humillaciones del entramado taurino. Denuncia el crítico que el duque era propietario de una «ganadería fenomenal, que un mal día tuvo que vender aburrido y desengañado por el sucio enjuague de algunos taurinos desaprensivos, que aprovechándose de su vejez, mutilaron las defensas de algunas reses en la carretera»<sup>679</sup>.

---

<sup>677</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Éxito de la ganadería de Pinohermoso». *Art. Cit.*, p. 27.

<sup>678</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «En Valencia convencieron el Viti y Andrés Vázquez». *Informaciones*, Madrid, 24 de marzo de 1971, p. 25.

<sup>679</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Adiós a un torero señor». *ABC*, Madrid, 4 de enero de 1985, p. 46.

Por lo tanto, el filtro, ese filtro que responde al ideario esencialista, no anula el elogio o la valoración positiva que puedan merecer las ganaderías más comerciales, pero sí que puede ponderar el tratamiento en unos casos, como en el ejemplo visto, y como puede ocurrir ante lo consolidado, particularmente si esto forma parte de la cuerda del entramado taurino; pero también puede desatar la pasión desmedida incluso ante lo nuevo y casi desconocido, como sucede, por ejemplo, ante la ganadería de Diego Romero, que en 1973 apenas lleva dos lustros de funcionamiento sin estar asentada del todo en el circuito taurino, a pesar de haber lidiado varias novilladas interesantes en años previos en plazas como Madrid o Valencia, En este último ejemplo, Vicente Zabala se muestra satisfecho y felicita al ganadero con respeto y admiración, y lo hace ya desde el titular que es suficientemente significativo:

### **¡ASÍ HAY QUE VENIR A MADRID!**

[...] No tengo el gusto de conocer a este criador de toros bravos, pero desde estas páginas sumo gustoso mi aplauso a las incesantes ovaciones que el domingo escuchó el señor Romero, representado en su afición y escrúpulo por el conjunto de sus seis magníficos pupilos. (...) El público salió muy satisfecho de la presentación y pelea de los novillos de Diego Romero, que se ha apuntado uno de los éxitos más resonantes que haya obtenido un ganadero en los últimos años en la plaza de Madrid.<sup>680</sup>

### **6.1.3. Alfonso Navalón Grande**

Alfonso Navalón Grande (Huelva, 1933-Salamanca, 2005) será el segundo miembro destacado de este nuevo periodo de la crítica taurina y, a la postre, el que más relevancia adquirió, consiguiendo dejar en un segundo plano a su colega Vicente Zabala, que si bien llegó antes a la prensa diaria nacional, con el tiempo se vio superado por la personalidad y el carisma del cronista salmantino.

Su biografía periodística, sin ser tan extensa como la de su compañero, lleva un camino paralelo a la de Vicente Zabala. Navalón, nacido por circunstancias familiares en Huelva en 1933<sup>681</sup>, siempre fue considerado natural del pueblo de su familia, Fuentes de Oñoro, en la provincia de Salamanca. Incapaz de acabar sus estudios de Derecho en la Universidad de la capital charra, en la segunda mitad de la década de los cincuenta, todavía matriculado en la Facultad, comienzan sus escauceos como cronista taurino en

<sup>680</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «¡Así hay que venir a Madrid!». *ABC*, Madrid, 3 de abril de 1973, p. 71.

<sup>681</sup> Alfonso Navalón Grande nació en Huelva en abril de 1936 al encontrarse por motivos laborales su familia instalada allí. Su padre, Alfonso Navalón Peral, era un inspector de policía que había sido destinado a la capital onubense unos años antes. En julio de 1936 toda la familia se traslada al pueblo de origen Fuentes de Oñoro. Véase SÁNCHEZ CAÑAMERO, F. (*Paco Cañamero*). *Alfonso Navalón. Escribir y torear. Op. Cit.*, pp. 9-10.

los periódicos *El Adelanto* de Salamanca y en *La Voz de Miróbriga* de Ciudad Rodrigo. A primeros de los años sesenta se traslada a Madrid donde, también incapaz de sacar adelante unas oposiciones para trabajar en Campsa, colabora<sup>682</sup> ocasionalmente en *Fiesta Española*, revista en la que no mucho tiempo después será redactor jefe Vicente Zabala.

Como recoge su biógrafo Francisco José Sánchez Cañamero<sup>683</sup>, *Paco Cañamero*, este tipo de trabajos le permiten adquirir algún prestigio, que junto a sus buenas relaciones con gente influyente —su amigo, el empresario y apoderado Higinio Luis Severino, salmantino como él, le presenta al director de *Radio Juventud*—, contribuyen a que sea invitado para trabajar en la emisora de radio *Radio Juventud*, punto de inflexión definitivo en su incipiente carrera como crítico taurino, ya que su personalidad como locutor —su personalidad pero también su amigo el torero Pedro Martínez Pedrés<sup>684</sup>— facilita su incorporación a la revista semanal *El Ruedo* en noviembre de 1963, y lo hace a través de la publicación de reportajes camperos sobre la ganadería brava de Salamanca. Alberto Polo, director de la publicación en esa etapa, continúa el camino emprendido con la contratación de Vicente Zabala en esa voluntad de dar un aire más combativo a la revista. Durante cuatro años colaborará con *El Ruedo*, en el que, además de los mencionados reportajes, pasará a ejercer la crítica taurina de diversos festejos a lo largo de cada temporada.

El 14 de abril de 1967 aparece publicado su primer artículo en el diario *Informaciones*, siendo director del medio Luis Fernando Bandín Ramos, diario donde permanecerá hasta finales de 1971 y adquirirá su definitiva consideración profesional y su fama de «duro». Su contratación por este periódico —también a través de la influencia de otro gran amigo de Navalón, el salmantino Eduardo de Rojas Ordóñez, conde de Montarco<sup>685</sup>, a su vez padre de Carlos de Rojas, crítico taurino compañero de Navalón en el diario y que se hará cargo de la sección taurina una vez este sea fichado por *Pueblo*— es el claro reflejo del nuevo aire que está adquiriendo la información de toros en la prensa diaria.

Como se apuntaba en el apartado relativo al surgimiento y proliferación de la crítica subvencionada, Navalón sustituye en *Informaciones* a Gonzalo Ángel Luque del

---

<sup>682</sup> *Ibidem*, pp. 60-61.

<sup>683</sup> *Ibidem*, pp. 62-63.

<sup>684</sup> *Ibidem*, p. 65.

<sup>685</sup> *Ibidem*, p. 83.

Pino (Madrid, 1930-Valencia, 2000), que firmara como *Curro Fetén*, cronista benévolo conocido por su estrecha relación con el entramado taurino, por su tratamiento de la información y la crítica taurina desde la perspectiva integrada, y porque sobre su persona recaía la sospecha de participar del llamado «sobre», como así vimos que lo denunciaba el propio Navalón.

Curro Fetén llevaba en *Informaciones* poco más de un mes, ya que se había incorporado el día 1 de marzo de ese mismo año. Pero el cambio de dirección del periódico, que había pasado a manos de «un poderoso grupo de políticos y financieros estrechamente vinculados al régimen»<sup>686</sup>, entre los que se encontraban al frente, por un lado, el ministro de Obras Públicas, Federico Silva Muñoz, y el presidente del Banco de Santander, Emilio Botín, por otro, pretendió relanzar el diario dándole un nuevo aire en todos los aspectos. La información taurina da un giro de 180° en un periódico en el que, hasta la llegada de Navalón, la publicidad rimbombante de los toreros es habitual y las cuestiones de la Fiesta son tratadas desde la perspectiva integrada con el entramado taurino.

Es posible que la fuerza con la que había irrumpido Zabala en *El Alcázar* invitara a la nueva dirección a modificar la sección taurina situándola en una dimensión totalmente distinta que, junto a la influencia de Ignacio Acha Sánchez-Arjona<sup>687</sup>, conocido de Navalón y entre el grupo de personas que habían pasado a controlar el periódico, fueran las claves para que la información taurina cambiara de manera radical, y la interpretación del espectáculo como la drástica reducción de los espacios publicitarios situaran al periódico en una nueva época.

Y como no podía ser de otra manera, su arranque en *Informaciones* empezó con polémica, al acusar públicamente<sup>688</sup>, cuando apenas llevaba dos semanas en plantilla, al cronista taurino de Televisión Española, Manuel Lozano Sevilla, de ser el causante del corte de señal que hizo que los espectadores de toda España se quedaran sin ver la actuación de Manuel Benítez, *El Cordobés*, en un festejo que la cadena estaba ofreciendo en diferido el lunes 1 de mayo, festejo en el que, al parecer, en el quinto toro —toro en el que se suspendió la emisión para después recuperarse en el sexto—, El Cordobés cosechó un fracaso sin paliativos. Recriminaba Navalón a Lozano Sevilla que

---

<sup>686</sup> FUENTES ARAGONÉS, J. F. y FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J. *Op. Cit.*, p. 305.

<sup>687</sup> SÁNCHEZ CAÑAMERO, F. *Op. Cit.*, p. 83.

<sup>688</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Qué casualidad». *Informaciones*, Madrid, 2 de mayo de 1967, p. 16.

la no emisión de las imágenes era intencionada para que no se pudiera ver el malogro del torero. La respuesta de Lozano Sevilla<sup>689</sup> no se hizo esperar, y a los pocos días el diario tuvo que publicar la carta con la que el comentarista criticaba las palabras de Navalón y exigía una rectificación.

Junto a este incidente, hay otro asunto que a modo de curiosidad debe señalarse en los primeros días de su paso por *Informaciones*, como son las declaraciones que el propio Navalón publica el día 25 de abril a manera de introducción de la crónica del último festejo de la feria de Sevilla que había venido cubriendo. En ellas, el cronista, sabedor de su fama de intransigente, se muestra temeroso de haber defraudado a los lectores, a quienes pide disculpas por la falta de dureza que han tenido sus crónicas:

#### EL JUSTO MEDIO

[...] Quizá a los lectores que me conocen por la labor en «El Ruedo» les haya extrañado un poco esta aparente blandura de las diez crónicas sevillanas. Pero no hay tal. He procurado, sencillamente, no cargar la suerte en la censura, cuando todos esperaban ver en mis reseñas el garrotazo y tente tieso. A lo largo de estas diez corridas busqué un equilibrio justo para darle al lector medio la versión real de la corrida, recogiendo antes de escribirla opiniones dispares, y dándole a la crónica una versión aproximada de estado de ánimo general. [...] <sup>690</sup>

Constituyen unas, cuando menos, extrañas declaraciones y un insólito caso en el que un cronista se justifica ante sus lectores por la falta de dureza en las valoraciones y críticas efectuadas. Más aún cuando afirma que su intención era ofrecer la «versión real» del festejo, infiriéndose entonces que, aplicando el criterio particular fruto de su interpretación intransigente, la versión hubiera resultado falsa. Aparte de lo anecdótico, que Navalón escribiera esta introducción puede deberse a una triple hipótesis. Por un lado la posible llamada de atención por parte de la dirección del diario al ver que el estilo empleado en la primera feria relevante no había cubierto las expectativas para las que había sido contratado. Por otro, que los propios aficionados le reprocharan su «blandura», aspecto desconocido hasta ese momento en Navalón. Y una tercera, que mezclado en el ambiente festivo, algo que particularmente le gustaba, y rodeado de personas relevantes del panorama taurino sevillano y nacional, se dejara llevar, y con el objeto de no ofender y crearse enemistades todavía innecesarias, escribiera con deliberada condescendencia.

---

<sup>689</sup> Véase *Informaciones*. «Lozano Sevilla replica a Navalón». Madrid, 4 de mayo de 1967, p. 11.

<sup>690</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «El justo medio». *Informaciones*, Madrid, 25 de abril de 1967, p. 15.

Dolido consigo mismo, entona este particular mea culpa, y a partir de ahí se va forjando el Navalón intransigente e iconoclasta, el «látigo de los toreros y el azote de los afeitadores»<sup>691</sup>, como le define Javier Villán. Una actitud ya conocida en él, como en la famosa crónica<sup>692</sup> publicada en *El Ruedo* en agosto de 1966 sobre un festejo celebrado en la plaza de toros de Alcalá de Henares<sup>693</sup>, y en la que el cronista carga duramente contra la figura del diestro Antonio Ordóñez, al que invita a irse del panorama taurino. Pero esa declaración en *Informaciones* será el punto de partida definitivo del Alfonso Navalón inclemente y en ocasiones despiadado.

De su paso por *Informaciones* deben destacarse unos reportajes sobre el campo bravo publicados a lo largo de los primeros meses de 1969. Estos reportajes conformarán la estructura de su único y reconocido libro publicado, *Viaje a los toros del sol*, que verá la luz en 1971. Una obra que nos muestra varias facetas del crítico taurino. Por un lado, el Alfonso Navalón torero, que tienta vacas en casi todas las ganaderías a las que acude a retratar para hablar con conocimiento de causa del tipo de animal que cría cada vacada. De hecho, el hilo conductor de la obra es un interesante e inédito experimento consistente en viajar a lo largo de un invierno a distintas ganaderías relevantes, primero de la zona de Salamanca y luego a la zona de Andalucía, con el propósito de asistir a un tentadero y que el propietario le dejara torear, «tentar», algunas de sus vacas, para, a partir de ahí, de compartir esas jornadas camperas con los protagonistas —no todos se mostraron conformes— en el plano personal y en el plano práctico, establecer el relato. En enero de 1969, justo antes de empezar el periplo, seguramente sin la idea clara de plasmar en un libro el conjunto de reportajes, Navalón hablaba de sus intenciones periodísticas en ese sentido:

[...] No tengo itinerario fijo. Traigo sólo el capote, la muleta y el bolígrafo. Me voy a sentar en el café Moderno de Ciudad Rodrigo a esperar el «soplo» de los tentaderos entre los maletillas del «Bolsín» y los tratantes y labradores que juegan al mus por no jugar con los hielos que ponen a la tierra cáscara de corcho. [...]

No vengo a que me cuenten nada del otro jueves. Ya sé que algunos ganaderos se han puesto en guardia cuando barruntaron mi presencia por estos campos. Pero que no se alarmen. No voy a contar que en cada de

---

<sup>691</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. *La crítica taurina. Antología. Op. Cit.*, p. 354.

<sup>692</sup> En la biografía escrita por Paco Sánchez Cañamero sobre la figura de Alfonso Navalón, se destaca también esta crónica de Alcalá de Henares de agosto de 1966 como el inicio de su fama de cronista duro. Véase SÁNCHEZ CAÑAMERO, F. (*Paco Cañamero*). *Alfonso Navalón. Escribir y torear. Op. Cit.*, p.79.

<sup>693</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Querer y no poder». *El Ruedo*, Madrid, año XXI, 30 de agosto de 1966, nº 1.158, pp. 18-19.

Fulano he visto más «bellotas» junto al muevo que debajo de las encinas. No lo diré porque me figuro que ya las habrán quitado de allí cuando llegue.

Este viaje por las ganaderías salmantinas está cargado de buena voluntad. Vengo a contar cómo viven y como piensan los hombres de campo. Desde el amo hasta el cabestrero. Vengo a escuchar esos mil secretos del toro que no conocen todavía los aficionados del tendido. Del toro que se deja acariciar en el prado, de la vaca que pare todos los machos buenos y todas las hembras malas. [...] <sup>694</sup>

La obra también nos deja ver al Navalón docto en materia taurina y en los manejos del campo, un ambiente para él familiar en el que se desenvuelve con soltura. Amante de su tierra salmantina y de ese campo bravo que la caracteriza, el cronista indaga en los entresijos de ese particular mundo —de sobra por él conocido— para transmitir de primera mano al lector las peculiaridades y grandezas que lo conforman. También el Navalón escritor de altura, que ofrece unos textos sobrios pero agradables, destacando sin duda el carácter costumbrista que adquieren muchos de los reportajes con pormenorizadas y bien trabadas descripciones de los ambientes. De hecho, certifica el que fuera cronista taurino de *El País*, José Luis Merino <sup>695</sup>, que *Viaje a los toros del sol* fue declarado texto oficial del idioma español en la Universidad de La Sorbona en París. Y, finalmente, el Navalón descarado e irreverente, que come y departe con toreros, apoderados, ganaderos y personalidades diversas del entramado taurino, que se atreve acudir a algunas de las ganaderías de las más censuradas por él mismo, como el caso de la vacada de Francisco Galache, pero que sin embargo, en este trance se muestra comedido, desapareciendo todo rastro del cronista suspicaz, duro e intransigente que todo el mundo conocía.

De su etapa en *Informaciones* también deben apuntarse los reconocimientos obtenidos, como el premio «Curro Meloja» de 1967 —en 1966 este galardón había recaído en Vicente Zabala—, a la honestidad en la crítica taurina, instituido en 1958 y que patrocinaba el Circulo Taurino Nicanor Villalta de Madrid, concedido y entregado el mes mayo, cuando Navalón apenas llevaba en el diario un par de meses —en este sentido debe decirse que el premio reconocía básicamente la labor de Navalón en su paso por *El Ruedo*, pero su entrega, perteneciendo ya a la redacción del diario, contribuyó a una mayor repercusión—. En 1968, el premio recae en el cronista Álvaro

---

<sup>694</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Los toros del invierno». *Informaciones*, Madrid, 3 de enero de 1969, p. 25.

<sup>695</sup> MERINO, J. L. «Alfonso Navalón: el hombre que sabía demasiado». En *Ladrones de fuego*, 27 de agosto de 2012, consultado el 12 de julio de 2015. Disponible en: [url: http://blogs.elpais.com/ladrones-de-fuego/2012/08/](http://blogs.elpais.com/ladrones-de-fuego/2012/08/)

Arias<sup>696</sup>, *Don Justo*, sin embargo el jurado decide otorgar también un premio extraordinario a Alfonso Navalón.

En 1970, y a modo de acto premonitorio, el diario *Pueblo* le concede uno de los premios «Populares 70» de periodismo que, como cada año, el medio concedía a diferentes personalidades, tanto de la prensa como de otras facetas socio-culturales. El propio Navalón afirmó que era como si el premio se lo hubieran dado los de la «trinchera de enfrente»<sup>697</sup>. En marzo de 1972, aunque ya en *Pueblo*, le es entregado el premio «Wellington», galardón compartido en esta edición con el crítico de *Arriba*, José Antonio Medrano, en reconocimiento a su labor en el diario *Informaciones*.

Y si por un lado estaban los reconocimientos oficiales, por otro, los de la afición que comulgaba con su forma de ejercer la crítica taurina. Su implacable lucha contra el «afeitado», contra la lidia de toros sin edad ni condiciones mínimas para la lidia, contra las múltiples corruptelas instaladas en la Fiesta, y sobre todo su lucha contra las figuras clave del momento, el todopoderoso Manuel Benítez, *El Cordobés*, y el emergente Sebastián Palomo Martínez, *Palomo Linares*, le identifican con esa afición esencialista que ve en su persona a un justiciero necesario. Así, el día 19 de mayo de 1970, al finalizar la sexta corrida de la feria de San Isidro, corrida que suponía la presentación en Madrid del citado Palomo Linares, es sacado a hombros por la puerta de cuadrillas por un nutrido grupo de aficionados. Un hecho insólito en la historia de la plaza de toros de Madrid y en la de la propia crítica taurina. Este acto se volverá a repetir, como se verá más adelante, dos años más tarde, marcando el hito definitivo. El hecho en sí desató innumerables pronunciamientos, a favor y en contra, y entre los primeros, las líneas que el polifacético periodista Luis Carandell (Barcelona 1929- Madrid 2002) le dedica en el semanario *Triunfo*, llegando a considerar a Navalón como el verdadero triunfador de la feria:

[...] En las últimas temporadas, además, ha surgido una prensa independiente que, según los más cualificados portavoces de la cuernocracia, «está haciendo mucho daño a la Fiesta» por el sólo hecho de que se ha propuesto decir la verdad de lo que pasa en los ruedos. Tal vez el representante más genuino de esta prensa será Alfonso Navalón, el crítico taurino del diario «Informaciones». Navalón denuncia los abusos de las

---

<sup>696</sup> Como veíamos en el apartado 4.3.2. *Otras voces en prensa desde el esencialismo*, el premiado Don Justo, por motivos que se desconocen, rechazó el premio, como así lo recoge la revista *El Ruedo* de 9 de enero de 1968. Véase, *El Ruedo*. «"Don Justo" no acepta el premio "Curro Meloja"». *Art. Cit.*, p. 8.

<sup>697</sup> Véase *El Ruedo*. «Populares 1970». Madrid, año XXVII, 15 de diciembre de 1970, nº1384, p. 14.



ganaderías, las chapuzas de los veterinarios, la cara dura de los toreros. Su certificado de honradez profesional es una cosecha nada desdeñable de bofetadas y puñetazos que los chulos del mundillo de los toros asestan de cuando en cuando a su entera humanidad salmantina. Modelo de críticos, ha sido ampliamente comprendido por la afición, por sus arriesgados servicios en pro de la pureza de la Fiesta. La otra tarde, a la salida de la fracasada corrida de Palomo Linares, vi con mis propios ojos cómo un centenar de seguidores sacaban a Navalón en hombros por la puerta grande. Él y la prensa independiente son los verdaderos triunfadores de la Feria. [...] <sup>698</sup>

El domingo 30 de mayo de 1971, día en el que se celebra la última corrida de la feria de San Isidro de este año, Navalón resulta brutalmente agredido dentro de la plaza de toros de Las Ventas mientras adquiría la almohadilla correspondiente para sentarse en el tendido. Una de las muchas agresiones físicas que sufrió durante su carrera profesional, como bien comentaba el anteriormente citado Luis Carandell, de hecho, en esta misma feria de San Isidro de 1971 sufrirá otros dos ataques, así lo recoge el periodista Heras Lobato en el diario *Madrid*, el primero <sup>699</sup> el miércoles 20 de mayo, después de una trifulca con varios de los monosabios que actúan en la plaza a las órdenes de Eduardo Vallejo, *El Pimpi*, —personaje éste no exento de polémica como se verá en el apartado dedicado a Joaquín Vidal y la suerte de varas—, que le provoca una pequeña brecha y la necesidad de varios puntos de sutura, y la de una espectadora <sup>700</sup> que se acerca al cronista y tras saludarle le estampa un bofetón delante de la concurrencia, pero ninguna con la gravedad de la primeramente citada. El agresor, que resultó denunciado, detenido y condenado <sup>701</sup>, era Alberto Ortiz Mendoza, banderillero mexicano de la cuadrilla del torero, también mexicano, Eloy Cabazos, y representante de El Cordobés en el país azteca. Navalón escribe la crónica de ese día muy afectado y dolorido, y deja entrever un deseo de abandono a pesar del gran apoyo que, como afirma, ha recibido de buena parte del público:

[...] Con esta crónica se cierra la feria de San Isidro y para mis adentros cierro también un ciclo dramático de satisfacciones y sobresaltos. Es difícil escribir con el alma dolorida de tanta bestialidad como se ha centrado sobre mi persona. Es difícil salir a la calle con la conciencia tranquila de haber cumplido ya un deber, sin saber desde qué esquina va a salir el golpe por la espalda. Es difícil saber ya en qué lugar de la almohada voy a colocar esta noche la cabeza para que brote el dolor del último moratón. Yo sé que esta

---

<sup>698</sup> CARANDELL, L. «Fiesta de toros en Madrid». *Triunfo*, Madrid, año XXV, 30 de mayo de 1970, nº 417, pp. 21-22.

<sup>699</sup> Véase *Madrid*, 21 de mayo de 1971, suplemento taurino San Isidro 71, p. 3

<sup>700</sup> Véase *Madrid*, 31 de mayo de 1971, suplemento taurino San Isidro 71, p. 10.

<sup>701</sup> Véase *Informaciones*. «Condenado el mexicano agresor de Alfonso Navalón». Madrid, 23 de julio de 1971, p. 24.

tarde, cuando a las seis en punto ya no sea preciso ir a ocupar el tendido 1 de las Ventas y salga a jugar con mis niños, me van a dar ganas de dejarlo todo y volver otra vez a la vieja orilla de la ribera del Berrocal, donde escribí mis primeros versos sin sospechar que acabaría firmando crónicas en un periódico... [...]

... cualquier día porque el toro es más grande o más chico, o porque el natural es más largo o más corto. Pero ayer tarde, cuando salía de la plaza, había allí una muchedumbre para decirme que siguiera y había un muchacho pequeño, con el pelo fosco y la cara renegra que me siguió sin saberlo hasta la Comisaría, donde iba a presentar la última denuncia por agresión traidora. Después, ya de noche, cuando salía otra vez a la calle, allí estaba Julián Torcuato, con apenas quince años y unos paquetes de caramelos muy grandes. Julián tenía el jersey roto y me dijo que vive en el kilómetro 14 de la carretera de Valencia. Julián alargó la mano con una mirada muy fija, ofreciéndome sus tres paquetes de caramelos, casi sin atreverse a decir más que «para usted, que es muy macho»... Julián Torcuato llegaría anoche muy tarde a su casa por darme tres paquetes de caramelos, estaba allí para decirme que no me fuera, que vuelva mañana al periódico. Y que vuelva a decir si el toro es grande o chico, mientras alguien que vive de la sangre de los toreros se reúne, Dios sabe dónde, para dar instrucciones al que debe agredirme mañana.

Es difícil escribir esta crónica en plena madrugada del último día de feria. Yo quiero, desde esta crónica, hacer un llamamiento a la autoridad para que al menos se respete la vida privada de unas personas que nada tienen que ver con el mundo podrido de los intereses taurinos. Los poderes públicos deben disponer de algún arma legal para que un pobre crítico siga defendiendo los intereses del pueblo soberano a quien representa en la plaza frente a las maniobras de unos cuantos que viven de engañar al público y burlar las leyes establecidas.<sup>702</sup>

Este ataque le genera una serie de lesiones físicas que le obligan a estar retirado de la actividad periodística varios días. A su regreso, y tras cubrir un par de festejos en la misma plaza de Las Ventas, Navalón toma una de esas decisiones que dan la característica de su vida y su personalidad inconsistente: abandona la crítica taurina porque se siente cansado y asqueado de contar siempre lo mismo y decide, con la conformidad de *Informaciones*, hacer una gira por las fiestas populares españolas para relatar cómo se celebra y como se vive la fiesta del toro en la calle, la esencia de la fiesta brava que tanto predicamento tiene por España y Portugal. Y como no puede ser de otra manera, ofrece una larga explicación de las causas que le llevan a tomar esa decisión que dejaba entrever en la última crónica de la feria de San Isidro:

[...] Dejo la cómoda delantera del tendido de sombra por el sol, las moscas y el vinazo de las plazas de talanqueras. Me voy al Toro

---

<sup>702</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Antonio: un canto a la tauromaquia del suspiro». *Informaciones*, Madrid, 31 de mayo de 1971, Suplemento taurino Feria, pp. 2-3.

Enmaromado de Benavente, al Toro de la Vega de Tordesillas, a las fiestas de San Juan en Soria, a los encierros de Fuentesauco y de Cuéllar, a las capeas de Coria, de la Puebla de Montalbán, de Peñafiel, Simancas, Fuenteguinaldo. Me voy, porque todos los años cuando llegaba el 15 de agosto y abría el balcón del hotel Continental Palace, de San Sebastián, de cara a la Concha, sentía ese dolor indefinido de saber que ese día era la fiesta de mi pueblo. Y sentía en el alma que mientras siga en este oficio no podría volver ni a la misa mayor ni a la plaza que hacíamos con trillos y carros junto a la ermita del Cristo y el frontón de pelota. Y todo este sacrificio para nada que mereciera la pena. Por eso dejo este año las grandes ferias, porque empieza a resultarme inhumano tener que escribir sobre los mismos toreros de hace diez años, con las mismas ganaderías y con el mismo montaje comercial. Y de paso pienso que el lector no se merece el mal trato de volver a contarle la misma película, que ya se sabe de memoria. Ya sabemos el lector y yo qué va a pasar cuando hagan el paseo El Viti, El Cordobés y un tercero con los becerros de Atanasio, o de Juan Mari, o de Carlos Núñez. Ya sabemos a estas alturas qué pueden dar de sí Ordóñez, Camino, Puerta... Ya sabemos que es la misma corrida de hace tres años con el mismo presidente, el mismo conde en la barrera y la misma señora guapa que lleva un ramo de flores. En cambio, no sabemos cómo es esa tauromaquia rural y sincera de las plazas mayores con soportales y farola en medio. No sabemos cómo serán los toros que salgan en Garrovillas, donde hay una fuente en la plaza a modo de burladero. No cómo se llaman esos toreros anónimos que pueden ser dentro de cinco años cabecera de cartel en la Semana Grande.

Y a eso vamos. A descubrir la aventura inquietante de las capeas. A vivirla y a contarla. A buscar, en definitiva, el toro del vino, ese vino que es como la droga del pueblo metido en fiestas. Que tantas raicillas borra.

A las grandes ferias le sobran cronistas. A esa otra España de Eugenio Noël, de Zuloaga, y de Sorolla no la conoce casi nadie. Las capeas pueblerinas es un espectáculo perseguido por el actual Reglamento. No sabemos por qué milagro han logrado sobrevivir unas cuantas. Por eso, antes que desaparezcan definitivamente, es preciso estar allí para dar fe de su historia. Y por eso también voy más como jugador que como crítico. Ojalá sea capaz de olvidar el lastre de estos años escrutando los pies del torero, el trapío de los toros, y el pico o la panza de la muleta. Ojalá pese más lo que pueda haberse salvado de aquel estudiante de Salamanca que anduvo de trotamundos vistiendo el paño veintidoseno de Segovia, como los capijorrones del XVIII.[...] <sup>703</sup>

Es evidente que este nuevo trabajo le apetecía llevarlo a cabo. La fiesta del toro en la calle y en la plaza de talanqueras es subyugante para muchos aficionados, de hecho, en más de una ocasión Navalón había suspirado por no poder estar en la capea de su pueblo, Fuentes de Oñoro, el día de la Virgen de agosto —«Hay días, como hoy, en que uno desearía renunciar a este oficio peregrino de contar lo que pasa en las plazas de

---

<sup>703</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Viaje a los toros del vino». *Informaciones*, Madrid, 14 de junio de 1971, p. 16.

toros, para quedarme en aquel redondel pequeño, cercado de carros, donde maté mi primer novillo [...] La Virgen de Agosto es día de capeas pueblerinas y hoy siento nostalgia de los burladeros hechos con trillos empinados y los tablados con las puertas del pajar atravesadas en los tableros del carro de labranza»<sup>704</sup>, habrá escrito en 1967—, pero la función de cronista de las grandes ferias es incompatible con una empresa de estas características.

Entre los meses de junio a octubre de 1971 realiza un periplo por numerosas localidades del país para participar y conocer en primera persona la particularidad de cada una de ellas en sus fiestas patronales. Desde Benavente, en Zamora, hasta Lucena del Cid, en Castellón, pasando por Soria, Pasajes de San Juan, en Guipúzcoa, Fuentesauro, en Zamora, Sepúlveda y Cuellar, en Segovia, Estella, en Navarra, Peñafiel y La Nava del Rey, en Valladolid, Coria, en Cáceres, Fuenteguinaldo, en Salamanca, y Candas, en Asturias. La serie la conforman un total de treinta artículos que verán la luz bajo el título «VIAJE A LOS TOROS DEL VINO», como remedo de su obra recién publicada *Viaje a los toros del sol*, y el objetivo, como en aquel caso, es la recopilación y posterior publicación de las vivencias en otro libro. Sin embargo, por motivos que se desconocen, éste no llega a ver la luz, y los textos se quedan en meros reportajes periodísticos con el estilo y lenguaje personal de Navalón. En cualquier caso, se trata de una serie de reportajes de gran interés, ya que, además de la buena prosa del escritor, ofrece curiosidades de cada una de las fiestas que visita que hasta ese momento resultan desconocidas para la mayoría de los españoles.

Como bien anuncia, en lo que queda de esa temporada taurina de 1971 su intención es cubrir únicamente las ferias de Pamplona y Bilbao, las dos únicas que le ofrecen algo de credibilidad, «lo demás carece de interés para mí, porque entiendo que empieza a resultar baldío ir por esas plazas de Dios denunciando todo los abusos que se cometen sin que nadie ponga coto y meta en vereda a toda esa cuadrilla que está convirtiendo la seriedad del toreo en una burda caricatura para provecho de un grupito sobradamente conocido»<sup>705</sup>; el resto del tiempo lo dedicará a ese tipo de reportajes populares. Sin embargo, según van pasando los meses, progresivamente va retomando su actividad normal como crítico, participando activamente en la campaña contra el

---

<sup>704</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «UNA CAPEA DISTINGUIDA». *Informaciones*, Madrid, 16 de agosto de 1967, p. 17.

<sup>705</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Navalón no está retirado ni postergado». *Informaciones*, Madrid, 2 de julio de 1971, p. 23.

«afeitado» que se produce entre los meses de julio y agosto de ese año y que es tratada en un apartado posterior, y asistiendo a las ferias de Salamanca y Zaragoza, amén de a varios festejos, como el celebrado en San Lorenzo de El Escorial el martes 10 de agosto.

Tras su paso por *Informaciones*, Navalón comienza las negociaciones con el diario *Pueblo* a finales de 1971, empezando a publicar textos a partir de enero del siguiente año. Su estilo excéntrico y llamativo, amén de su ego, le lleva a escribir un artículo de presentación —cosa poco frecuente entre los cronistas taurinos y otros colaboradores— en el que reclama le sea permitido llevar a cabo su labor crítica. «Quiero únicamente —escribe Navalón— que se me permita ejercer la crítica con honestidad e independencia y servicio al lector, y para ello es imprescindible que los ruedos desaparezca el fraude»<sup>706</sup>. Teniendo en cuenta que el «fraude», o la lucha contra él, era una de las tareas que tenía autoencomendada el cronista, sólo cabe afirmar que se trata de una frase poco afortunada esbozada en un momento de prisas; porque el «fraude» en sí se mostraba como acicate para la labor de los escritores esencialistas, nunca como traba para ejercer la profesión. En cualquier caso, el artículo no es sino una demostración de ese estilo estrambótico que marcó siempre su carrera.

Sobre su acceso a este periódico, el propio Navalón establece un relato contradictorio que es difícil certificar como cierto<sup>707</sup>, si bien hay otras fuentes, como el propio Javier Villán en su obra *La crítica taurina*, citada en varios apartados de este trabajo, que ratifican lo ocurrido. Señala Navalón que fue contratado para sustituir a Gonzalo Carvajal a raíz de la denuncia que, en la entrega de los Premio Mayte a los triunfadores de la feria de San Isidro de Madrid, habría efectuado el diestro Paco Camino en presencia del ministro de Información y Turismo Manuel Fraga Iribarne. Indica en su relato que Camino, al dirigirse a recoger su galardón, se atrevió a recriminar delante del ministro que Gonzalo Carvajal, a la sazón cronista de *Pueblo*, se quedaba con el dinero de los toreros, y que fue el propio ministro el que ordenó al director del diario, Emilio Romero, que cesara del cargo a Carvajal.

Este relato podría no ser descabellado, sin embargo, deben tenerse en cuenta varios aspectos que no corroboran lo afirmado por Navalón. El primero de ellos es que

---

<sup>706</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Una llamada al sentido común». *Pueblo*, Madrid, 30 de enero de 1972, p. s/n.

<sup>707</sup> SÁNCHEZ CAÑAMERO, F. (*Paco Cañamero*) *Alfonso Navalón. Escribir y torear. Op. Cit.*, pp. 114-115.

en la entrega de los Premios Mayte de 1971<sup>708</sup> —los premios los concedía un jurado y se entregaban en una gala que se celebraba al año siguiente— Paco Camino no estaba entre los galardonados, por tanto no subió a recoger ningún premio, y en 1972, sí lo estaba, como premio a la mejor estocada, pero no asistió a recoger el galardón. Es más, Manuel Fraga Iribarne había cesado como ministro de Información y Turismo en 1969, y en el año 1971 era Alfredo Sánchez Belilla quien desempeñaba el cargo. El tercer aspecto a tener en cuenta es que si el cese de Carvajal fue tan fulminante como se afirma, teniendo en cuenta que Navalón se incorpora a *Pueblo* a finales de enero de 1972, la polémica gala en cuestión debiera haberse celebrado en diciembre de 1971 o en el mismo enero de ese año 1972. Sin embargo, tradicionalmente los Premios Mayte se entregaban en el mes de mayo, al inicio de la feria de San Isidro, como así fue en el año 1971.

El único acontecimiento constatable que contara con la presencia de algunos de estos protagonistas es la entrega del galardón «Garbanzo de Plata», tradicional premio concedido por el madrileño club de prensa del mismo nombre para reconocer los méritos que en cualquiera de los ámbitos, cultural, social, deportivo o profesional de los galardonados, y que en diciembre de 1971 fue concedido a la popular hostelera Mayte<sup>709</sup>, que a su vez daba nombre a los otros premios antes referidos. En dicha entrega se encontraban, entre otros, Paco Camino y el director de *Pueblo*, Emilio Romero, además de la citada Mayte. Sin embargo, no hay constancia de la asistencia de Fraga Iribarne ni de ese incidente referido y es poco probable que en esta desenfadada cita se produjera tal conflicto.

Si bien él reconoce que su etapa en *Informaciones* fue la más estable y feliz de su trayectoria profesional, el paso por *Pueblo* precipita el encumbramiento definitivo de su figura, superando a un Zabala cada vez más acomodado y menos intransigente, convirtiéndose en el referente de la crítica para los aficionados esencialistas. Su comunión con el ideario y la fuerza que en ese momento ha adquirido se consuma en la segunda salida a hombros de los aficionados de la plaza de Las Ventas<sup>710</sup> en mayo de 1972, tras la polémica generada a raíz de la concesión del rabo del toro «Cigarrón», de la ganadería de Atanasio Fernández, a Sebastián Palomo Linares el lunes día 22 de ese

---

<sup>708</sup> Véase *Blanco y Negro*. «Premios Mayte 1970». Madrid, Prensa Española, año LXXXI, 15 de mayo de 1971, nº 3080, p. 72.

<sup>709</sup> Véase *El Ruedo*. «Mayte, garbanzo de plata». Madrid, año XXVIII, 21 de diciembre de 1971, nº 1435, p. 16.

<sup>710</sup> Véase *Pueblo*. «Navalón a hombros». Madrid, 27 de mayo de 1972, p. 26.

mismo mes. Ese rabo concedido al diestro jienense era el triunfo del entramado taurino ante el esencialismo, una afrenta de un calibre insospechado ya que no se otorgaba dicho trofeo desde el año 1939, cuando Pepe Bienvenida lo obtuvo tras la faena al quinto toro de la tarde, de la ganadería del marqués de Villamarta, y la salida a hombros de Navalón era la respuesta radical ofrecida desde ese sector.

En *Pueblo*, un Navalón endiosado permanecerá en hasta finales de 1982. El diario, todopoderoso en su tiempos de esplendor, desde 1978 habrá pasado al Organismo Autónomo Medios de Comunicación Social del Estado<sup>711</sup>, entre creado ad hoc para reordenar y reestructurar los medios de comunicación que habían pertenecido durante el franquismo a la llamada Prensa del Movimiento —el diario *Pueblo* no perteneció nunca a la Prensa del Movimiento, pero sí fue incluido en el nuevo organismo—, muchos de los cuales arrastraban deudas insostenibles, entrando en un periodo de decadencia sin retorno<sup>712</sup>.

Pero Navalón, siempre bien encomendado, recibirá la oferta de *Diario 16*, que se hace con sus servicios a primeros de mayo de 1983. En ese momento, su director, Pedro J. Ramírez, que ocupaba el cargo desde mayo de 1981, hace una apuesta arriesgada, consciente de la aceptación que entre los aficionados tenía el polémico escritor, pero también lanzándose de esta manera al vacío a sabiendas de la fama que precedía al cronista y lo complicada que resultaba su contradictoria personalidad en las relaciones profesionales.

El fichaje supone para el escritor un nuevo impulso, un triunfo sobre los que le creían amortizado cuando, a estas alturas de su carrera, los enemigos se hacían ya incontables. De nuevo un artículo de presentación del propio Navalón —a modo del que publicó en *Pueblo*— en el que pone de manifiesto sus beligerantes intenciones y su proyecto de futuro en el periódico. Con ese estilo característico revanchista y agresivo de sus últimos años, carga, amenaza y desafía a quienes pretendan desestabilizar su puesto. Un primer texto en el que se aprecian varias cuestiones fundamentales para entender cuál es la posición en la que se encuentra el cronista y el talante con el que accede de nuevo a la prensa diaria. Por un lado, Navalón se sabe en el punto de mira del entramado taurino y del conjunto de sectores que entienden el espectáculo desde la

---

<sup>711</sup> FUENTES ARAGONÉS, F. y FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J. *Historia del periodismo español. Op. Cit.*, p. 326.

<sup>712</sup> El diario *Pueblo*, que llegó a superar los 200.000 ejemplares en sus mejores tiempos, languidecía en 1982 con apenas 40.000 y una crisis financiera ya insostenible de 1.400 millones de pesetas que le llevó a desaparecer en mayo de 1974. *Ibidem*, p. 327.

perspectiva integrada, porque, como decíamos, las antipatías que ha ido sumando en sus años gloriosos en *Pueblo* han favorecido la creación de una opinión generalizada y desfavorable hacia su persona por parte de quienes no comparten su ideario ni su forma de expresarse. Ante esa situación, de la que es perfectamente consciente, surge la necesidad incontrolable del desafío, del reto, que lo expresa con el tajante: «No venimos a buscar escándalos ni crear sensacionalismo. Pero si otros lo buscan, no espere nadie que voy a dar el paso atrás».

Por otro, la polémica y complicada situación personal en la que se encuentra desde que en la segunda mitad de los años setenta pone en marcha su ganadería, algo que, por puro interés empresarial, le obliga necesariamente a relacionarse de otra manera con parte de ese entramado taurino que tanto ha criticado. En este sentido, el regalo de algunas vacas por parte de su amigo, el ganadero salmantino Ramón Sánchez, había servido para que sobre el cronista cayeran infinidad de críticas de quienes — «castrados mentales», les denomina Navalón— veían el asunto con un trasfondo turbio, acentuándose la posición incómoda en la que estaba instalado. Y finalmente, el tema que se convertirá en determinante para el devenir de su trayectoria como es su particular guerra abierta contra el torero Paco Ojeda, sus amparadores y sus seguidores, tanto entre la prensa taurina —«nueva ola de críticos oportunistas», les llama— como entre los aficionados —«afición perdida por la ceguera hacia un ídolo» define a los aficionados sevillanos que siente predilección por Ojeda—, a los que considera como el principal problema para la Fiesta.

Navalón necesitaba vengarse, volver a ser el Navalón justiciero, repartidor de credenciales éticos y censor de estafadores, y las páginas de *Diario 16* eran el mejor medio para conseguirlo. No había, por tanto, mejor manera de empezar que mandando un aviso a sus «enemigos», a ese conjunto que no veía con simpatía su papel y que, como se afirmaba anteriormente, iba progresivamente en aumento, a los que al final del artículo les dice, «sois los más tontos de España»:

#### **Nuevo en esta plaza**

[...] También nos tendrán enfrente esa nueva ola de críticos oportunistas sembradores de la confusión, los que quieren colar en Madrid el torito de Sevilla (pongo por caso de afición perdida por la ceguera hacia un ídolo). Los que tratan de cercenar la soberanía de los verdaderos aficionados, la autoridad de los presidentes, la independencia



de los veterinarios o el prestigio de una plaza, al servicio de intereses pasajeros o glorias de relumbrón.

Ya sé que este periódico es la ilusión y la meta de muchos. Ya sé que el anuncio de mi fichaje ha desatado ataques de nervios. Ya sé que las comadres del chisme están aguzando el cuchillo de la infamia tratando de ensuciar una honradez a toda prueba. Que seguirán escandalizando con esas 16 vacas que me regaló Ramón Sánchez olvidando que fui el primero en proclamarlo, porque una vieja amistad, totalmente ajena al mundo de los toros, está por encima de lo que puedan pensar cuatro castrados mentales. Da lo mismo, ni me voy a asustar ni voy a perder los papeles.

Vengo simplemente a ejercer la libertad de expresión a que tenemos derecho en un país civilizado.

Y si alguien se siente perjudicado por lo que escribo, estas páginas quedan abiertas al derecho de réplica sin necesidad de invocarlo. Pero que nadie las busque para hacerse un publicidad que no son capaces de lograr en el ruedo y ante el toro.

Y por hoy ya basta. Aquí está el Navalón que todos conocen para escribir como lo hizo siempre. Vaya de aquí mi brindis emocionado para los amigos y seguidores que durante tantos años me honraron con su fidelidad.

Y vaya también un recuerdo especial para mis enemigos. ¡No vayáis a fallarme ahora! Espero seguir contando con vosotros, porque está demostrado que sois los más tontos de España.<sup>713</sup>

Pero la etapa de Navalón en *Diario 16* es la del inicio también de su declive sin retorno. Esa soberbia, que muchas veces se traducía en un mal estilo, se volverá en su contra hasta ser literalmente expulsado del periódico un año después de su sonado fichaje, en abril de 1984. Para justificar el rechazo a su trabajo, de nuevo Navalón establece una trama de persecución y acoso hacia su persona difícil de contrastar. Siendo cierto que el diestro Paco Ojeda se encontraba en la cúspide en el momento en que Navalón llega a *Diario 16*, y que el cronista siempre se mostró contrario a las formas taurinas del torero —sin restar, desde aquí, un ápice de credibilidad a las denuncias que lanzaba contra los fraudes cometidos por el entorno del torero—, es deducible que desde ese mismo entorno se ejerciera cierta presión sobre la dirección del medio pidiendo al cabeza del cronista —seguramente siempre fue así cada vez que una gran figura se sintió maltratada por determinada prensa—.

Sin embargo, es difícilmente aceptable que esa presión sobre la dirección del periódico fueran determinantes en su expulsión, y ésta se debiera más bien a los propios

---

<sup>713</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Nuevo en esta plaza». *Diario 16*, Madrid, 3 de mayo de 1983. Suplemento taurino, p. 3.

méritos del cronista, a un mal estilo difícil de encajar en las páginas de un diario importante. De hecho, una polémica de tal calibre entre una figura emergente de la tauromaquia y un reconocido cronista hubieran servido para avivar el interés en un diario que no hacía ascos al sensacionalismo. Pero Navalón, ya en esa decadencia apuntada, engreído de autoridad, se apunta al combate de baja estofa, un estilo que ya no abandonará nunca. Siendo incapaz de llevar a cabo su trabajo profesional de la manera más honesta posible, manteniéndose al margen de las presiones que sobre su persona pudieran ejercerse —cosa bastante frecuente contra los críticos esencialistas—, opta por la provocación, la descalificación y el insulto gratuito, sumando enteros cada día para su expulsión.

En el citado libro biográfico, Paco Cañamero<sup>714</sup> reproduce la versión del escritor sobre el procedimiento, en la que el cronista denuncia que se estuviera urdiendo a sus espaldas una impresionante trama para conseguir su cese. Una trama que, naciendo en la figura de Paco Ojeda, salpicaba desde el director del diario, Pedro J. Ramírez, al diplomático Ignacio Aguirre, pasando por parlamentario socialista Enrique Múgica, el director del semanario *Aplausos*, Salvador Pascual Benet, y los periodistas José Castro y María José Martínez Tejada, colaboradores de Navalón en la sección taurina de *Diario 16* y que, según el cronista, cercenaban deliberadamente sus crónicas cuando éstas censuraban a Ojeda. «Cuando llegó el cuento de Paco Ojeda —afirma Navalón— se apuntaron a sus filas. Huelga decir lo que yo escribía del falso fenómeno. La figura de Paco Ojeda, lanzamiento publicitario con poderoso respaldo político, fue uno de los casos más vergonzosos del toreo».

Efectivamente Salvador Pascual Benet, como se apuntaba en un apartado anterior, partidario sin fisuras, como tantos otros en ese momento, de Paco Ojeda, emprendió una feroz campaña de descrédito desde la revista *Aplausos* de la que era director contra Navalón y contra el resto de cronistas que no valoraban los supuestos méritos del torero gaditano. De ahí a considerar que su influjo fuera fundamental en la destitución del cronista, sabiendo el limitado alcance que la publicación taurina tenía, puede resultar fabuloso, a sabiendas, como se afirmaba, de lo interesantes que resultaban las polémicas sensacionalistas para *Diario 16*.

---

<sup>714</sup> SÁNCHEZ CAÑAMERO, F. (*Paco Cañamero*). *Alfonso Navalón. Escribir y Torear. Op. Cit.*, pp. 162-163.

Pero, como decíamos, Navalón, haciendo gala de un sectarismo implacable, y seguramente con la voluntad de mantener su prestigio y reputación de crítico intratable, se había subido al tren del enfrentamiento, y más allá de denunciar el fraude o criticar la labor artística de los diestros, se dejaba llevar por su soberbia y ese mal estilo cada vez más recurrente, devolviendo el mandoble a Pascual cada vez que éste publicaba algo en su contra, y llegando a decir de Paco Ojeda, por ejemplo, que vestido de torero parecía un «saco de patatas»<sup>715</sup>, y situando a su apoderado, José Luis Marca, a la cabeza de las artes mafiosas que habían urdido su proyección. La polémica alcanzó tal grado de magnitud que salpicó al entonces diputado socialista Enrique Mújica, gran aficionado a los toros y a las formas de Paco Ojeda.

El día 3 abril de 1984 *Diario 16* publica el que seguramente es el último artículo de Alfonso Navalón en el diario. En él sale a relucir esa predilección de Enrique Mújica por el diestro sanluqueño, al que seguía por distintas partes de la geografía. Navalón, en su intención de desmontar lo que para él es una trama corrupta de intereses creados, establece un paralelismo entre el proceso parasitario que se estableció en el franquismo con el torero Manuel Benítez, *El Cordobés*, y el jefe del Estado —según Navalón, El Cordobés utilizaba su buena relación con Francisco Franco para presionar en su beneficio a determinadas empresas y autoridades, impidiendo con su influencia, por ejemplo, que en algunas plazas se rechazaran toros faltos de trapío, «cómodos» para el torero, bajo la amenaza de dar parte al Caudillo—, y la que interpreta se está haciendo con Ojeda y el socialista Mújica.

Navalón acusa a José Luis Marca —al que en el artículo llama «El Bocas»—, apoderado del torero, amén de ganadero y empresario, de usar la figura del político para beneficio del diestro con artimañas similares a las que, al parecer, utilizaba el apoderado de El Cordobés. De hecho, es verdad que la revista *Aplausos* en el mes de septiembre publicaba una caricatura del diestro saliendo a hombros del político —Navalón no duda en llevar la caricatura a su artículo—, como si conformaran un tándem inseparable e infalible. A Navalón sin duda le irritaba esa camaradería y la posible connivencia entre el poder político y el entramado taurino, y a la vista que el torero mantenía el pulso —Ojeda era entonces el torero más cotizado y llenaba las plazas de toros—, el cronista eleva el tono en el descrédito:

---

<sup>715</sup> *Ibidem*, p. 162.

[...] En cambio, está muy claro que el apoderado de Ojeda utiliza el fervor del parlamentario Enrique Múgica, con notorio beneficio para la administración del torero. Está fuera de duda la voluntad del político vasco. El va detrás de Ojeda como simple seguidor. Pero su presencia en las plazas donde actúa el sanluqueño es hábilmente manipulada a favor de sus explotadores. El avisado apoderado José Luis Marca, más conocido por «El Bocas», va divulgando por todas partes que Ojeda es cosa de Enrique Múgica, para impresionar a los cuidadores del orden a fin de que no tomen medidas que «perjudiquen» al torero.

### **Miedo**

Algunos veterinarios y policías no se atrevieron a rechazar algunas corridas impresentables por miedo que Múgica se molestara. Es lógico que un presidente se sienta impresionado para dar orejas cuando el primero que las pide es Múgica. Y cosas por el estilo. Está claro que Ojeda ha sido el protagonista de los grandes escándalos por afeitado en casi todas las plazas donde actuó. Y en muchos casos se hizo la vista gorda porque Marca dice que Múgica quiere a Ojeda como a un hijo.

El colmo de la manipulación fue cuando el pasado mes de septiembre una revista donde Ojeda se monta sus campañas de publicidad publicó, como suceso de la semana, una caricatura donde Enrique Múgica llevaba en hombros a Paco Ojeda como si fuera un costalero de pago. La osadía de los publicitarios del torero abusando de este modo de la imagen del político es sonrojante. Sin duda Marca y sus secuaces quieren sacarle el mismo provecho que le sacó *El Cordobés* a la famosa foto de la cacería donde Franco reía sus chistes paternalmente.

Aquella foto el valió a *El Cordobés* circular impunemente con sus abusos por todos los ruedos de España. Cuando se inauguró la plaza de Ávila los veterinarios rechazaron íntegra la becerrada mocha de Atanasio Fernández. Al saberlo *El Cordobés* mandó recado desde el parados de Villacastín, a través de su cuñado Insua. «O pasa la corrida entera o llamo ahora mismo a El Pardo y se les cae el pelo a todos». Y la corrida se dio.

Sospecho que ahora pretenden algo parecido, aunque en menor escala. Confío que Múgica, después de demostrar tanto años su entusiasmo por la fiesta, no deje manipular su imagen en beneficio de los que engañan al público.

### **Vetos**

También Marca ha empezado a hacer de las suyas, tratando de abusar de la supuesta fuerza de su torero. Así, por ejemplo, como el año pasado sus más sonados fracasos (Valencia y Albacete) fueron frente a toros de Ramón Sánchez, Marca ha decidido que no compren toros a este ganadero en determinadas ferias. Albacete ha sido la primera plaza vetada: si van toros de Ramón Sánchez no torea Ojeda.

Sería más lógico que los exigiera para demostrar que es tan buen torero como dice. También se comenta que *El Yiyo* tenía dos corridas firmadas en la feria de Sevilla. Una, alternando con Ojeda. Y como el año pasado *El Yiyo* le dio algunos «repasos» sonoros, Marca se ha negado a que Ojeda actúe con el madrileño en Sevilla.

A propósito de Marca hay que reconocer que donde toca sale oro. Lo que menos podía esperar es que una importante cadena de publicaciones me haya ofrecido una millonada por escribir la vida del apoderado de Ojeda. Por lo visto es una novela picaresca, donde hay pasajes para todos los gustos.

Yo creía que Marca era sólo un multimillonario burgués con muchas fincas y varias ganaderías. Pero al saber lo de la historia estoy recibiendo llamadas de todas partes contando episodios apasionantes. Ahora resulta que me voy a hacer rico escribiendo gracias a mi amigo Marca. [...] <sup>716</sup>

La feria de San Isidro de ese año 1984 ya no será cubierta por Alfonso Navalón. *Diario 16* no da explicaciones sobre la destitución, pero, de manera sorprendente —y pudiera decirse que estamos ante un caso único en la prensa nacional—, crea un consejo asesor <sup>717</sup> para la información taurina, con el objeto de «salvaguardar la línea informativa e ideológica a seguir en sus páginas especializadas de los martes». Es decir, el diario se protege de cara al futuro creando un ente ex profeso para controlar la opinión taurina que pueda verse en las páginas del diario, tratando de evitar que se repita una situación similar como la ocurrida con el cronista salmantino. Dicho consejo estará compuesto por el político Ignacio Aguirre como presidente; el director del diario Pedro J. Ramírez; el periodista Carlos Abella; el abogado y editor Manuel Arrollo-Stephens; el catedrático de Literatura y escritor Andrés Amorós; el también abogado y miembro del consejo de administración del periódico Fernando Escardó; el director general del Banco de Bilbao y miembro del consejo de administración del Grupo 16 José María Echevarría Arteche; el nuevo jefe de la sección taurina del periódico José Castro; la coordinadora de las páginas taurinas de *Diario 16* María José Martínez de Tejada; y el jefe de la sección de Opinión Federico Jiménez Losantos.

Tras su salida de *Diario 16* pasará un largo tiempo sin apenas escribir de toros, salvo un breve periodo en la revista *Novedades*, y contadas colaboraciones en el diario *El Adelanto*, hasta que el nuevo diario *Tribuna de Salamanca* se hace con sus servicios en enero de 1995, periódico en el que permanecerá hasta su cese, también de manera polémica, en el año 2004. Su etapa profesional se cierra en el periódico regional *El Adelanto*, al que regresa de nuevo en el año 2005 y en el que permanece apenas unos meses, ya que su fallecimiento se produjo en agosto de 2005.

La fama que acuñó Navalón a lo largo de su trayectoria vino de la mano de su controvertida personalidad y su radical estilo. Navalón escapaba a cualquier clasificación posible, ya que, tratándose de un defensor a ultranza de la esencia taurina, y por tanto estando su visión en la perspectiva distante, gustaba de mezclarse con el

---

<sup>716</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «El indulto de Miura». *Diario 16*, Madrid, 3 de abril de 1984, suplemento taurino TOROS 16, p. III.

<sup>717</sup> Véase *Diario 16*. «Creado un consejo asesor de las páginas taurinas de *Diario 16*». Madrid, 15 de mayo de 1984, suplemento TOROS 16, p. I.

entramado taurino al modo de los cronistas de la publicidad y el «sobre». Como ejemplo de esa inconsistente personalidad, una curiosa anécdota por él mismo destacada en una de la crónicas de la temporada de 1969, en la que relata una comida con el empresario taurino mexicano Ángel Vázquez, y su enfado porque, a los postres, el mozo de espadas de un torero se había acercado a ofrecerles entradas para la corrida de la tarde, siendo las destinadas al empresario de barrera, y las de Navalón de tendido, algo que le genera una pataleta por ese tratamiento inferior, cuando hacía apenas unos días, según explica, había ensalzado la labor del diestro del que procedían dichas entradas:

[...] Y no quiero cerrar esta crónica sin dejar constancia de una muestra más de la ingratitud de los toreros hacia quien les apoya lealmente cuando se lo merecen. Resulta deprimente que sólo te respeten cuando das «leña». Y nadie se acuerda de dar las gracias, si quiera por corrección. Naturalmente, todo esto lo esperaba ya cuando comencé a escribir. Es curioso que durante la comida llegara un mozo de espadas con cuatro entradas para los cuatro comensales: dos barreras para el empresario mejicano y dos tendidos de la fila 9 para quien hace unos días había cantado al torero por todo lo alto. Uno hace siempre curiosas deducciones de estas entradas que a veces mandan los toreros sin que nadie se las pida. Cuando la crónica no les gusta, «te castigan» sin entradas, ¿pensaban sobornarme con las cochinas 400 pesetas de un tendido?<sup>718</sup>

Habla Navalón de la ingratitud de los toreros, del trato inferior recibido, demostrando que su labor de crítico independiente se diluía por esa necesidad constante de estar sumergido y mezclado con el entramado taurino al que tanto criticaba y censuraba. El silencio debería haber sido su actitud con el tema, ya que esa dádiva habitual de entradas para los festejos estuvo y estará siempre presente en el mundo de los toros, y a buen seguro así habría sido si las a él facilitadas hubieran sido de la misma categoría que las del empresario mexicano; sin embargo hace público su malestar por ese tratamiento inferior que hiere lo más profundo de su orgullo personal y profesional.

Su procedencia rural y su estrecha relación con el campo bravo le generaban una constante necesidad de acercamiento al mundo que tanto criticaba, ganándose la enemistad radical de muchos de los taurinos con los que había compartido tentaderos y jornadas camperas. Sobre su estilo y personalidad el periodista Néstor Luján le define como «defensor del toro en su integridad y bravura, de estilo brillante, sus juicios

---

<sup>718</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Cuando las figuras dejan la tarjeta y se van». *Informaciones*, Madrid, 29 de septiembre de 1969, p. 16.

cortantes y categóricos, le han colocado en una batalladora, a veces estrepitosa, primera línea entre la nueva crítica [...] es un escritor bien templado, que sabe infundir brío insospechado a su prosa, que tiene momentos de una atrabiliaria riqueza, de una pendenciara esplendidez»<sup>719</sup>. También Javier Villán le reconoce méritos, del que destaca, además, su «excelente prosa, sobre todo en *Viaje a los toros del sol*. Navalón escribía un castellano limpio y preciso, mamado en el campo de Salamanca, que, al contacto con la gran urbe, se consolida y enriquece»<sup>720</sup>. Y sobre su trascendencia en el panorama del tardo franquismo escribe también Juan Luis Cebrián en el prólogo del libro recuerdo al cronista de *El País* Joaquín Vidal:

[...] La llegada de Navalón a la crítica taurina de la prensa madrileña fue muy bien acogida por quienes empezaban ya a constituir verdaderos círculos contestatarios en la plaza de Madrid, que inundaban de broncas y almohadillazos cada isidrada, reclamando mayor casta en las reses y más arte y valentía en los matadores, y obligando no pocas veces a los presidentes de las corridas a solicitar la intervención de las fuerzas del orden. Aunque el público taurino es, de natural, castizo con deriva a lo reaccionario, las protestas de la andanada del 9 —cuyos aficionados se moverían después a la del tendido del 7— fueron no pocas veces interpretadas como sustitutos inevitables de las prohibidas huelgas y manifestaciones contra los abusos del gobierno franquista, y la presencia en *Informaciones* de un crítico que no se dejaba sobornar por apoderados y empresarios convirtió al periódico en la bandera anticorrupción de la fiesta y, por extensión, en la de la anticorrupción en otras muchas cosas. [...] <sup>721</sup>

Sin embargo, el profesor Alejandro Pizarroso lleva la valoración a un extremo diametralmente opuesto, al señalar a Navalón como un «crítico muy duro con los toreros y un hombre que en realidad nunca ha sido muy apreciado en el mundo taurino»<sup>722</sup>.

Con respecto a sus compañeros de la Corriente Crítica Esencialista, la gran diferencia de Alfonso Navalón está en esa proximidad que siempre mantuvo con ese mundo taurino. Si en otro apartado se hablaba de la distancia aséptica como característica fundamental de los escritores, en Navalón esto queda en un relativo segundo plano. Su relación con el campo bravo, tan íntima en el campo salmantino, bien

---

<sup>719</sup> LUJÁN FERNÁNDEZ, N. «Toros y periodismo», en DE COSSÍO, J. M. *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico e Histórico*. Tomo VIII. *Literatura y Periodismo*. *Op. Cit.*, pp. 644-655.

<sup>720</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. *Tauromaquias. Lenguaje, liturgias y toreros*. *Op. Cit.*, Madrid, p. 348.

<sup>721</sup> CEBRIÁN, J. L. Prólogo a VIDAL VIZCARRO, J. *Crónicas taurinas*. Madrid, Santillana, 2002, p. 16.

<sup>722</sup> PIZARROSO QUINTERO, AL. «Cronistas y críticos taurinos: Escritores, aficionados, “sobrecogedores” y periodistas profesionales». *Op. Cit.*, p. 235.

por su posición acomodada en la sociedad de la época, bien por su etapa como aficionado práctico, bien por la creación de su ganadería de reses bravas, hace que Alfonso Navalón mantenga un trato estrecho y de amistad con buena parte del entramado taurino a todos los niveles: ganaderos, empresarios, toreros... Un trato del que él disfruta; pero que en su particular forma de ser remueve su conciencia porque sabe el condicionante que tal relación significa para su trabajo.

La biografía que Paco Cañamero está salpicada de referencias a diestros y personalidades del mundillo taurino con los que Navalón en algún momento tuvo estrecha relación afectiva. En un primer momento toreros como Domingo Dominguín, Victoriano Cuevas Roger, conocido como Victoriano Valencia, Miguel Báez, *Litri*, Pedro Martínez, *Pedrés*, Antonio Ordóñez, Joaquín Bernardó, Andrés Vázquez, Dámaso Gómez o Julio Aparicio entre otros muchos, son reconocidos como amigos. Después, cuando en la segunda mitad de los años setenta pone en marcha la ganadería de bravo en su finca El Berrocal, celebra numerosos tentaderos a los que invita a diferentes personajes del entramado. Por allí pasarán los ganaderos Ramón Sánchez y Moisés Fraile, a los que también considera buenos amigos; y diestros como Antonio Chenel, *Antoñete*, Curro Girón, Santiago Martín, *El Viti*, Curro Vázquez, Roberto Domínguez, Pedro Gutiérrez Moya, *Niño de la Capea*, José María Manzanares, Julio Robles, entre otros, figuran en la larga lista de taurinos con los que se codeó Navalón, si bien es cierto que con varios de ellos, particularmente con Victoriano Valencia, Antonio Ordóñez y, especialmente, José María Manzanares<sup>723</sup>, la amistad terminó de manera tumultuosa, incluso con agresiones y procesos judiciales de por medio.

Este hecho, el de las relaciones con el entramado taurino, resta cierto crédito a su labor profesional al quedar marcada por el condicionante de la amistad. Estar entre los amigos de Navalón podía suponer cierto grado de indulgencia en lo publicado; del mismo modo que no estarlo —si además se era su enemigo declarado— suponía un mayor ensañamiento. De esta forma de actuar voluble hay un ejemplo suficientemente

---

<sup>723</sup> La relación con el torero José María Dols Abellán, conocido como José María Manzanares, fue seguramente la más tormentosa que mantuvo el cronista con los miembros del entramado taurino. Supuestamente amigos —Manzanares había sido uno de los habituales en los tentaderos y fiestas que el cronista organizaba en su finca— en febrero de 1983, en una fiesta nocturna durante la Feria del Sol que se celebra en la ciudad venezolana de Mérida, ambos mantuvieron una pelea —Manzanares ayudado por su hermano Pedro, como así recoge el diario *El País* del sábado 12 de febrero de ese año—, en la que el cronista resulto conmocionado. Ese encontronazo, que será definitivo en la relación entre ambos —si bien es cierto que la relaciones entre ambos ya estaban bastante deterioradas—, trascendió a la opinión pública, y sirvió para calentar el ambiente, más aún cuando el periodista José María Íñigo consigue llevar el conflicto a su programa, Estudio Abierto, y allí, uno presente y otro al teléfono, protagonizan un nuevo rifirrafe delante de toda España. Véase VIDAL VIZCARRO, J. «El crítico Navalón, agredido por Manzanares en Venezuela». *El País*, Madrid, 12 de febrero de 1983, p. 28.



significativo. Durante años, Alfonso Navalón se mostró implacable con el diestro Dámaso González, un torero valiente pero con formas toscas, poco ortodoxas, que sin embargo provocaba en el cronista cierta compasión por su origen humilde, mostrándose siempre respetuoso con el cronista a pesar de esa dureza en la letra impresa. Así, en julio de 1969 le dedica un artículo en el que indica el dolor que le produce censurar la labor del torero. «Lo veo en la plaza y siento una pena infinita cuando cita con esa vocecilla frágil, adelgazada por el miedo»<sup>724</sup>, escribe el cronista, que añade un poco más adelante, «Jamás me ha temblado la mano para decir la que siento. No siento el menor remordimiento sobre lo que llevo escrito de El Cordobés y de Ordóñez, y de los ganaderos del utrero afeitado. [...] Pero cuando me toca hacer la crónica del muchacho de Albacete siento el resquemor de estar apaleando las costillas de un inocente».

Estas palabras de Navalón generan dudas razonables sobre su trabajo, ¿es Navalón un crítico del arte de torear con independencia del ejecutor o esa independencia de criterio queda diluida por cuestiones ajenas al sentido estricto de la lidia? ¿Qué grado de influencia tienen en el criterio del cronista aspectos como la posible amistad o compasión? ¿Una enemistad profunda conduce a una censura más fuerte y ácida? Son cuestiones que surgen según se van conociendo estos aspectos de su atrabiliaria personalidad a la vez que restan grados en su credibilidad.

Poco tiempo más adelante, la petición de indulgencia que le hace su amigo, el ganadero Ramón Sánchez<sup>725</sup> —cabe recordar que es el que le facilitó las vacas para formar la ganadería—, cierra el círculo, y el cronista se mostrará comedido y hasta benévolo con el torero, sus críticas se suavizan, pasan por alto las cuestiones técnicas que antes eran el objeto de la censura, ahora sólo cuentan el pundonor y el amor propio de un torero humilde, y con el que, además, también establece amistad. Este hecho, al igual que muchos otros, demuestra que la forma de hacer crítica de Alfonso Navalón no fue siempre de la manera más honesta que se le debe suponer a un crítico que escribe desde las posiciones en las que él estaba instalado.

Y sobre este mismo hecho referido a la figura de Dámaso González hay unas palabras de Navalón que sirven para situar el grado de consideración de sí mismo que tenía el crítico, al afirmar que las crónicas negativas que dirigió hacia el diestro fueron la causa de que el torero dejara de ganar muchos millones de pesetas. Es decir, Navalón

---

<sup>724</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «El oro falso del traje de luces». *Informaciones*, Madrid, 30 de julio de 1969, p. 26.

<sup>725</sup> SÁNCHEZ CAÑAMERO, F. (*Paco Cañamero*). *Alfonso Navalón. Escribir y torear. Op. Cit.*, p. 195.

se tenía a sí mismo como un pope, como el referente del sistema, en el que sus opiniones y valoraciones resultaban determinantes en el funcionamiento y desarrollo del espectáculo.

Si estas arbitrariedades son indicativas de su pulsión en la manera de ejercer la profesión de crítico, también lo es otro hecho que debe ser destacado por lo relevante del asunto. Durante los años que ejerció la crítica taurina, Navalón se mostró implacable contra aquellos ganaderos que practicaban, bien por presión, bien por omisión, o bien por voluntad propia, el fraude del «afeitado» de las reses. A partir de la puesta en marcha de su vacada en el año 1975, Navalón, como el resto de ganaderos, tiene la necesidad de vender sus productos para que estos sean lidiados y no llevados al matadero. Se produce en este momento la paradoja, y la contradicción, más grande que pudiera imaginarse, al reconocer públicamente en un programa de televisión que él, como ganadero, se veía en la obligación de «afeitar» sus reses para poder darles salida, ya que si no lo hacía —por petición del entramado taurino—, no vendía sus toros. Es decir, del Navalón periodista, ariete del fraude, a ser el Navalón ganadero, partícipe del mismo.

Si bien su popularidad alcanzó cotas inimaginables para un crítico de toros —las conferencias que ofrecía después de las corridas de toros durante las ferias de San Isidro de Madrid, de la Aste Nagusia de Bilbao, o de la feria de Logroño<sup>726</sup>, se celebraban a rebosar de público y ante continuas ovaciones— no supo gestionar tal notoriedad —o ésta le superó— debido a esa controvertida personalidad antes citada, su pasión por los excesos de la vida nocturna y su necesidad permanente de estar en la cúspide de la polémica, que le condujo a un cada vez mayor descrédito, terminando su vida relegado a un segundo plano profesional.

Su paso por la crónica taurina no dejó indiferente a nadie. Su estilo, como se vio en un apartado anterior, le hizo estar sumergido siempre en la porfía permanente. Y su carácter y soberbia desbordante, características en él, aparte de crearle innumerables problemas y conflictos, desembocarán también en un problema con Vicente Zabala que acabará en los tribunales a finales de los años setenta. Si en su haber debe consignarse la fuerza de un discurso radical que hacía temblar los cimientos del entramado taurino, en

---

<sup>726</sup> En la presentación como nuevo cronista del medio, señala *Diario 16* que en alguna de esas conferencias ofrecidas en Logroño se llegaron a contabilizar 1.114 aficionados. Véase *Diario 16*, Madrid, 3 mayo de 1983, suplemento taurino TOROS 16, p. III.

su debe está su falta de humildad y honradez para con su compañero Zabala, al que, con los años, le negará el reconocimiento, situándole de manera injusta a la altura de los cronistas venales de la época.

Sobre el mal estilo que fue adquiriendo su prosa hace una valoración Ignacio de Cossío, que considera al cronista como un personaje acorralado que a la desesperada intenta sobrevivir en un mundo hostil, más instalado en la revancha que en la objetividad, incapaz de volver a articular el discurso coherente que le dio fama. Un Navalón resentido con el mundo del que tan bien había vivido, y que negado para bajar al suelo de la humildad, se deja llevar por los efluvios de la soberbia que, lejos de reubicar su figura, la sitúan cada vez más en una profunda sima.

[...] Pero también no es menos cierto que con muchos se equivocó al entrar en el campo de lo personal, de la acusación particular y el insulto inexcusable, propios de una fiera acorralada y cegada a coces. Aquel nuevo hombre no era el Alfonso Navalón que yo conocí en Salamanca, el amigo, el magnífico aficionado y el mejor escritor...era alguien al que todavía hoy no reconozco. Al margen de su última etapa cargada de violentos zarpazos alejados del ruedo y más propios de un púgil noqueado, siempre le recordaremos toreando en Carreros con aquella muletilla de Paula a lo Pepe Luis y escribiendo al compás lento y pausado del cencerro del viejo Graciliano. Ése fue el único Navalón que busqué sin desmayo anclado en un poso de pureza y de verdad. Desgraciadamente un hombre que pudo reinar y que no supo o no quiso hacerlo, quizás por sus formas y modos plasmados en aquella sombría y última etapa grajeada de enemistades con casi toda la profesión, desapareció en silencio. De él deberíamos heredar tan sólo aquellos primeros y desinteresados años, cuando vestido de cronista taurino y sin tomar ventajas de palabras burdas y soeces, ejerció como pocos el sano ejercicio de la denuncia de aquellos males que desde siempre han ensombrecido a la fiesta situándola al borde del abismo y de la desaparición.<sup>727</sup>

En definitiva, coincidiendo con la opinión de Ignacio de Cossío, Navalón fue el crítico de la Corriente Crítica Esencialista más importante de la primera etapa, y es posible que de no haberse dejado llevar por su sectarismo y su soberbia hubiera mantenido su posición preeminente en el tiempo, habiendo podido fichar por cualquiera de los diarios importantes de la España democrática. Al final, se le podría aplicar la frase de «hizo más ruido que el que sus propios oídos podían soportar». Su incontinencia verbal, su dureza y, por qué no decirlo, su falta de honestidad en el trato personal —Navalón traicionó a casi todo el mundo que trató con él, fue un auténtico

---

<sup>727</sup> DE COSSÍO, I. (6 de septiembre de 2005). «Navalón: una fiera acorralada». Consultado en EL COSSÍO.COM, el día 7 de enero de 2016. Recuperado de <http://ww.elcossio.com/articulos.php?id=48>  
Dirección: <http://ww.elcossio.com/articulos.php?id=48>

escorpión—, hicieron de él una persona poco fiable en lo humano y en lo periodístico, convirtiéndole en un apestado del mundo del toro y perdiendo casi toda la credibilidad que había adquirido durante años de lucha contra las corruptelas de la Fiesta. El repaso a los conflictos que mantuvo a lo largo de su carrera son suficientemente concluyentes sobre este aspecto, ya que Navalón se enemistó con una cantidad de personas casi incalculable. Personas que en un determinado momento le abrieron las puertas, confiaron en él, y a las que luego, bien por uno u otro motivo, terminó enfrentado, desde el director de *El Ruedo*, Carlos Briones, el director de *Diario 16*, Pedro J. Ramírez, el editor de *Tribuna de Salamanca*, Mariano Rodríguez, y uno de sus directores, José Luis Pastor, hasta su propio compañero de profesión Vicente Zabala —el enfrentamiento entre Navalón y Zabala, como se afirmaba anteriormente, terminó en los tribunales—, pasando por los toreros antes citados, como José María Manzanares o Victoriano Valencia, forman parte de ese curioso elenco de personalidades que acabaron por rechazar, y hasta odiar, al cronista.

Y a pesar de todo, no debe olvidarse esa valentía y esa firmeza de criterio de los primeros lustros como crítico taurino, que le llevaron a ser objeto de innumerables agresiones<sup>728</sup> a lo largo de su carrera —como afirma Paco Cañamero, su biógrafo, hubo un momento en que «nació cierta moda de agredir a Navalón»<sup>729</sup>— y que no consiguieron silenciarle a pesar de hacerle pasar por el hospital en más de una ocasión. Alfonso Navalón consiguió poner el panorama taurino literalmente patas arriba, y su opinión se convirtió en referente no sólo de los aficionados esencialistas, sino de toda la sociedad de la época. Junto a Vicente Zabala consiguió varias transformaciones en la Fiesta que permitieron la evolución de la misma hacia un estatus de seriedad casi desconocido en aspectos como la edad de las reses, el «afeitado», o la valoración artística de los toreros. Era molesto para el entramado taurino, y lo era por un doble motivo, porque destapaba sus vergüenzas desde la importante tribuna que suponía primero *Informaciones* y luego *Pueblo*, y en segundo lugar porque, en cierto modo, a diferencia del resto de escritores de la corriente, estaba mezclado con dicho entramado. Sus buenas relaciones con parte del mundillo taurino desesperaban a unos y desconcertaban a otros, y de todos puede decirse que supo sacar provecho, hasta que,

---

<sup>728</sup> En distintos momentos de su vida profesional Alfonso Navalón fue objeto de numerosas agresiones por parte de personajes del entramado taurino, destacando entre ellas las protagonizadas por los toreros Manuel Benítez, *El Cordobés*, Antonio Ordóñez o la referida de José María Manzanares, del ganadero Sancho Dávila, o la también referida del banderillero Alberto Ortiz Mendoza destacan entre las más relevantes de un sinfín de ataques sobre su persona.

<sup>729</sup> SÁNCHEZ CAÑAMERO, F. (*Paco Cañamero*). *Alfonso Navalón. Escribir y torear. Op. Cit.*, p. 110.

claro está, su insoportable falta de consideración le hizo ser odiado por casi todo el mundo.

### 6.1.3.1. La guerra contra el fraude del «afeitado»

Si en Vicente Zabala destacábamos la defensa de la integridad del toro como elemento autenticador del espectáculo, como único capaz de dar la categoría real a los diestros, en Alfonso Navalón, absolutamente mantenedor de esa línea de pensamiento, es obligatorio destacar su incansable lucha contra el otro fraude generalizado en la Fiesta: el «afeitado». Debe recordarse que todos, absolutamente todos los escritores esencialistas denunciaron de manera reiterada esta lacra instaurada en el espectáculo; pero es el particular estilo de Alfonso Navalón el que nos conduce a resaltar esta cuestión en su pluma.

En su primera etapa en *Informaciones* se descubre curiosamente una doble forma de actuar del cronista, con un lado discreto, medido, en las crónicas de los festejos, en las que le cuesta denunciar el fraude de forma directa; por otro en sus mordientes artículos, en los que carga de manera inmisericorde contra el entramado taurino. Hay, por tanto, un cierto contraste entre esas dos facetas del cronista, y el Navalón duro, inmisericorde, implacable, de los artículos y reportajes no se atisba de igual modo en las crónicas de los festejos, y cuando hace referencia a la falta o escasez de pitones en las reses utiliza cierta prudencia a través de términos como «cornicorto», «romo», «cornirromo», «cornigordo», «cómodo de cabeza», «con escasos pitones», «pobres de cara» o similares. Cualquiera de estas expresiones no implica necesariamente que una res está afeitada, como, por ejemplo, cuando el cronista señala que los toros eran «pobres de cara, aunque todos fueron astifinos»<sup>730</sup>, ya que el ganado bovino, y el bravo en particular, posee infinidad de formas en su cornamenta que son fruto, bien del origen o procedencia —hay encastes que son propensos a tener la cornamenta más desarrollada que otros—, bien de la selección del ganadero —a través de la selección, el ganadero establece unos criterios morfológicos, y si la selección que hace en su ganadería camina por una escasa ofensividad, las reses desarrollarán pocos pitones—, o bien por causas naturales —la alimentación y el contacto con el medio contribuyen también de manera importante a que las reses desarrollen más o menos cornamenta o ésta se vea alterada en su naturaleza—. En cualquier caso, cuando el cronista define las defensas de los toros

---

<sup>730</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «La corrida de Pablo Romero, sin pena ni gloria». *Informaciones*, Madrid, 31 de mayo de 1970, Suplemento taurino Feria, p. 2.

con alguna de estas expresiones quiere decir que no existe una proporción real entre el tamaño de la res y el tamaño de sus astas, y por tanto, si no hay una aclaración como la antes mencionada, intuye, o sospecha, que se ha producido una manipulación. No obstante, debe señalarse esa precaución que mantiene con este asunto, ya que, como él mismo afirma en junio de 1967, a pesar de las evidencias, y ante la falta de multas administrativas que las ratifiquen, prefiere dar por «buena» la palabra de los ganaderos:

[...] Dicen por ahí algunos «detractores» que siguen afeitándose las corridas, sobre todo cuando van destinadas a determinados «fenómenos». No sabremos qué habrá de cierto. Lo innegable es que los toros de estos toreros salen invariablemente cornigordos y algunos hasta romos; como si fueran para un prólogo de rejoneo en vez de para lo que deben ser.

Como hasta la fecha no se ha comprobado «oficialmente» ni se ha hecho pública ninguna multa, Dios me libre de poner en entredicho el honor de los señores ganaderos, después de la declaración jurada que hacen de ofrecer intactas las astas de sus reses. [...] <sup>731</sup>

Actitud que reafirma en el mes de agosto de ese mismo año en contestación a la carta de una lectora que pone en cuestión la honradez profesional del escritor, ya que, como reconoce Navalón, una acusación falsa contra una ganadería puede terminar en los tribunales y costarle una importante sanción económica como así le ocurrió al cronista Mariano de la Cruz Tovar:

[...] Sin duda, nuestra amable lectora pretende verme sentado en un banquillo. De nada me serviría haber visto afeitado una corrida si no tengo título de veterinario para probarlo oficialmente. Cuando el insobornable crítico catalán Mariano Cruz escribió que ciertos toros «estaban afeitados», don Antonio Pérez Tabernero lo llevó a los tribunales y salió condenado. Pero si —hipotéticamente hablando— Mariano Cruz en vez de hablar de los pitones, hubiera podido decir verazmente que el ganadero no estaba en sus cabales nada le hubiera ocurrido, porque Cruz es psiquiatra y tiene capacidad legal de para certificar sobre el estado mental de las personas. La ley, distinguida lectora, no le concede al crítico taurino autoridad ni atribuciones para denunciar el afeitado. Para eso están los veterinarios.

Yo podría decir que muchas corridas lidiadas por El Cordobés, Ordóñez y Palomo Linares no tienen la edad reglamentaria ni los pitones intactos. Pero aunque tuviera la certeza absoluta me libraré muy bien de afirmarlo, porque con todo derecho los toreros y los ganaderos podrían acusarme de difamación si mis palabras no van acompañadas de un certificado veterinario. Por eso no lo digo

No es misión del crítico ser fiscal de los hechos que no puede probar ante la ley, pero sí puede dejar constancia en sus crónicas de las «anomalías»

---

<sup>731</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «De pitón a pitón». *Informaciones*, Madrid, 29 de junio de 1967, p. 14.

observadas en la plaza o en el campo, siempre a título de controvertible opinión personal. [...] <sup>732</sup>

Y por tanto, cabe entender que la cautela dirige su pluma y que la utilización de alguno de los términos antes apuntados es indicador de sospecha de manipulación fraudulenta de las astas. No obstante, en este periodo antes de su incorporación a *Pueblo*, cada una de las temporadas está salpicada por un importante número de referencias que mantienen el pulso sobre el tema.

El análisis entre la totalidad de crónicas encontradas <sup>733</sup> entre los años 1967 y 1971, en las que aparecen las referencias al «afeitado» antes citadas y que se ofrecen en los siguientes apartados, ofrece el resultado que se ve reflejando en la siguiente tabla.

#### GANADERÍAS Y DENUNCIAS AFEITADO/TEMPORADAS 1967 A 1971

GANADERÍA	1967	1968	1969	1970	1971	TOTAL
Benítez Cubero/María Pallarés	2	3		3	1	9
Antonio Pérez-Tabernero	1	5	1	1		8
Carlos Núñez/Núñez Hermanos	1	2	2	1	1	7
Atanasio Fernández/Fernández Cobaleda	1	1	1	2	2	7
Fermín Bohórquez	2	1	1	2	1	7
Juan Pedro Domecq	2	2	1			5
Baltasar Ibán	2	1	1			4
Eduardo Miura		1		1	2	4
Pérez-Angoso		2		1		3
Pío Tabernero de Vilvis	2		1			3
Martínez Elizondo	1	1			1	3
Samuel Flores		2	1			3
Duque de Pinohermoso		1	1		1	3
Juan Mari Pérez-Tabernero Montalvo		1		1	2	3
Alonso Moreno de la Cova			1		2	3
Marqués de Albaida	2					2
Aleas	1	1				2
Lisardo Sánchez	1		1			2
El Pizarral		2				2
Marqués de Domecq		1			1	2
Clemente Tassara			1		1	2
Joaquín Buendía			1	1		2
Alipio Pérez-Tabernero	1					1
Miguel Herrero	1					1
Conde de la Maza	1					1
Asunção Coimbra	1					1
Conde de la Corte	1					1
Felipe Bartolomé	1					1
Pasanha	1					1
Churriana		1				1
Pablo Romero		1				1
María Teresa Oliveira		1				1
Emilio Arroyo		1				1
Cunhal Patricio			1			1
Bernaldo de Quirós			1			1
Celestino Cuadri			1			1
Marqués de Ruchena			1			1
Diego Puerta				1		1

<sup>732</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «¡Pues sí que se afeitan los toros!». *Informaciones*, Madrid, 3 de agosto de 1967, p. 11.

<sup>733</sup> Si bien es cierto que en cada temporada hay un número de crónicas a las que no se ha podido acceder, bien por no encontrarse archivadas en las hemerotecas consultadas, tanto en la Biblioteca Nacional de España como en la Biblioteca de la Universidad de Navarra, bien porque resultaban ilegibles, esa cantidad no implicaría cambios notables en el resultado final de la observación.

Sorando				1		1
Murteira Grave				1		1
Mercedes Pérez				1		1
Francisco Galache				1		1
Sánchez Fabrés				1		1
Carlos Urquijo					1	1
<b>TOTAL</b>	25	31	18	19	16	<b>108</b>

Para realizar este análisis, se han extraído los nombres de las ganaderías que aparecen citadas en las crónicas de los festejos a los que asiste Alfonso Navalón. En este sentido, debe señalarse que se si en un festejo han sido lidiadas reses de más de una ganadería y todas ellas presentan síntomas de «afeitado», se incluyen los nombres del total de ganaderías cuyos toros, a ojos del cronista, han sido susceptibles de ser manipulados, con independencia del número total de reses que puedan presentar estos síntomas. Por lo tanto, basta que uno de los toros sea sospechoso para que el nombre de la ganadería sea incluido en el listado. También se incluye en cada tabla el plantel de toreros integrantes de cada cartel, para poder determinada la relación existente entre la presencia de figuras destacadas de la tauromaquia contemporánea y el fraude, ya que esta es la hipótesis que maneja el esencialismo, estableciendo una relación directa entre el peso/poder de los diestros y la salida al ruedo de toros «afeitados».

De entre los 108 textos que hacen referencia a las irregularidades en las cornamentas encontrados entre los años que Navalón estuvo en *Informaciones*, cabe destacar los 31 de la temporada de 1968, el año más combativo en ese sentido, frente a los 16 de 1971. Un paulatino descenso que puede deberse a la influencia de las campañas en contra de ese fraude que a partir de 1968 son puestas en marcha desde la Corriente Crítica Esencialista. Como se puede ver, en el conjunto del análisis son seis ganaderías las que destacan por encima de las demás, José Benítez Cubero/María Pallarés<sup>734</sup>, Antonio Pérez-Tabernero, Carlos Núñez/Núñez Hermanos<sup>735</sup>, Atanasio Fernández/María Pilar Fernández Cobaleda<sup>736</sup>, Antonio Pérez-Tabernero, sumando

<sup>734</sup> Como ya se ha explicado en otros apartados, las ganaderías de José Benítez Cubero y María Pallarés pertenecen al matrimonio formado por ambos. Las dos vacadas se encuentran en las mismas fincas y tienen la misma procedencia y el mismo sistema de gestión, y si bien es verdad que se lidian en festejos diferentes, esto no es óbice para contabilizarlas como una única ganadería a la hora de llevar el análisis de los datos.

<sup>735</sup> Del mismo modo, las ganaderías de Carlos Núñez y Núñez Hermanos pertenecen al mismo núcleo ganadero. A pesar de aparecer en los carteles con uno u otro nombre puede afirmarse que se trata de la misma ganadería, ya que son herencia del fundador de la vacada original, Carlos Núñez Manso, que la dejó a sus descendientes tras su fallecimiento en 1964.

<sup>736</sup> Si en el caso de Benítez Cubero y Pallarés se trataba de un matrimonio, en las ganaderías de Atanasio Fernández y María Pilar Fernández Cobaleda hablamos de padre e hija y ganaderías también con las mismas procedencia y misma ubicación.



entre todas ellas un total de 43 denuncias, que se traduce en el cuarenta por ciento del total.

En el año 1967 se localizan hasta 38 textos que refieren el posible fraude, de los cuales 13 son artículos, reportajes o informes, y 25 crónicas en las que se atisba la denuncia a través de esos términos referidos, tales como «cornicorto», «cornigordo», «cornirromo», «cómodo de cabeza» o similares, términos que pueden referirse a uno, varios o la totalidad de las reses. Siendo la relación de ganaderías que reciben su reprobación y las fórmulas utilizadas para uno o varios toros las siguientes:

#### Referencias «afeitado» temporada de 1967 en crónicas de festejos

RES O RESES SOSPECHOSAS	CARTEL	FECHA CRÓNICA	PLAZA DE TOROS	REFERENCIA
Marqués de Albaida	-Litri -Antoñete -Diego Puerta	Lunes 15 de mayo	Las Ventas/Madrid	Regordío y cornicorto
Pérez-Angoso	-Julio Aparicio -Litri -Paco Camino	Miércoles 17 de mayo	Las Ventas/Madrid	Cornicortos, gorditos y terciaditos
Atanasio Fernández	-V. Valencia -Paco Camino -El Cordobés	Jueves 18 de mayo	Las Ventas/Madrid	Cornigordo/cornicorto/cornigordo/ cornicorto/ cornigordo y romo
Juan Pedro Domecq	-Paco Camino -José Fuentes -Paquirri	Viernes 19 de mayo	Las Ventas/Madrid	Cornicorto
Baltasar Ibán	-Julio Aparicio -El Viti -P. Benjumea	Sábado 20 de mayo	Las Ventas/Madrid	Pobre de cabeza
Alipio Pérez-Tabernero	-Diego Puerta -El Viti -P. Benjumea	Martes 23 de mayo	Las Ventas/Madrid	Cornicorto
Antonio Pérez-Tabernero	-Litri -A. Hernando -El Cordobés	Jueves 25 de mayo	Las Ventas/Madrid	Cornicorto
Miguel Higuero Vidarte	-Rafael Ortega -Curro Romero -S. Bejarano	Viernes 26 de mayo	Las Ventas/Madrid	Alarmante falta de pitones/chicos y cornicortos
Benítez Cubero	-Diego Puerta -Curro Romero -Paco Camino	Sábado 27 de mayo	Las Ventas/Madrid	Los seis toros lucían los pitones romos/algunos parecían de rejones
Lisardo Sánchez	-El Viti -Chacarte -P. Benjumea	Martes 20 de junio	Bilbao	Cornicorto
Conde de la Maza	-G. Sánchez -Serranito -Zurito	Viernes 30 de junio	Madrid/Las Ventas	Cómodos de cabeza
Asunção Coimbra	-Curro Girón -Andrés Vázquez -A. Hernando	Lunes 10 de julio	Pamplona	Cornicorto
Conde de la Corte	-Mondeño -Litri -Diego Puerta	Miércoles 12 de julio	Pamplona	Cornicorto
Martínez Elizondo	-Paco Camino - Paquirri -P. Benjumea	Jueves 13 de julio	Pamplona	Comodísima de cabeza
Juan Pedro Domecq	-Mondeño -A. Ordóñez -Paco Camino	Viernes 14 de julio	Pamplona	Comodísima
Fermín Bohórquez	-A. Hernando -José Fuentes -Tinín	Lunes 24 de julio	Valencia	Cómodos de cabeza

Pío Tabernero de Vilvis	-Litri -Diego Puerta -El Cordobés	Viernes 28 de julio	Valencia	Cómodos de cabeza
Fermín Bohórquez	-Antoñete -El Cordobés -Tinín	Viernes 4 de agosto	La Coruña	Comodísimos pitones
Marqués de Albayda	-Rafael Ortega -Curro Romero -G. de la Casa	Lunes 14 de agosto	San Sebastián	Cuernicortísimos hasta la exageración
Baltasar Ibán	-Diego Puerta -Paco Camino -José Fuentes	Martes 15 de agosto	San Sebastián	Comodidad de cabeza. Debo aplaudir la actitud de los veterinarios al enviar tres juegos de pitones a reconocimiento por sospecha de afeitado
Felipe Bartolomé	-Antoñete -Paco Camino -El Cordobés	Jueves 24 de agosto	Bilbao	Cómodos de cabeza
Benítez Cubero	-Julio Aparicio -Paquirri -Palomo Linares	Lunes 28 de agosto	Bilbao	Cornicortísimos/pitoncitos que daban risa
Pío Tabernero de Vilvis	-Paco Camino -El Cordobés -V. M. Martín	Miércoles 6 septiembre	Aranjuez	Cornicortos, exageradamente romos
Manuel García Aleas	-Luguillano -El Puri	Sábado 30 septiembre	Madrid/Las Ventas	Cornicortos
Pasanha	-A. Hernando -Flores Blázquez -Paco Ceballos	Lunes 2 de octubre	Madrid/Las Ventas	Cornigordos

De los datos extraídos de la tabla se puede apreciar que en la mayoría de los casos son breves anotaciones sobre las proporciones córneas de las reses utilizando la terminología referida, algo que, como se viene afirmando, pueden ser indicativo de que a los ojos del cronista han sido manipuladas, destacando entre todas ellas las correspondientes a los días 26 y 27 de mayo, 14, 15 y 28 de agosto de agosto, y 6 de septiembre.

Así, en el análisis del comportamiento de las reses de Miguel Higuero Vidarte que hace en uno de los festejos celebrados durante la feria de San Isidro de ese año señala que los toros eran «chicos y cornicortos»<sup>737</sup>, concretando más la denuncia con la afirmación de que el primer toro lidiado era «tan indigno de figurar en esta feria como sus hermanos, por su abecerrado aspecto y alarmante falta de pitones». Al día siguiente, son las reses de José Benítez Cubero las que tienen los pitones demasiado redondeados, lo que lleva al cronista a escribir que «salía de ojo que los seis toros lucían los pitones romos, ni por casualidad salió uno astifino», para completar la sospecha un poco más adelante, indicando que «todos los toros sacaron los pitones romos. Algunos parecían de rejones<sup>738</sup>»<sup>739</sup>.

<sup>737</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «CHICOS Y CORNICORTOS». *Informaciones*, Madrid, 26 de mayo de 1967, p. 13.

<sup>738</sup> Las reses lidiadas en las llamadas corridas de rejones, en las que la lidia se efectúa a lomos de un caballo, salen al ruedo «despuntadas», tal y como recoge el reglamento taurino. Quiere decirse que esas reses han sido previamente

Ya en el mes de agosto, dos de los festejos celebrados en la plaza de toros de San Sebastián durante la Semana Grande reciben críticas similares. La ganadería del marqués de Albayda lidia el domingo día 13 de agosto y ofrece unos toros que son «pitados y protestados unánimemente sus cinco borreguitos gordos», además de presentar unos pitones «cuernicortísimos hasta la exageración»<sup>740</sup>. Al día siguiente son las reses del ganadero madrileño Baltasar Ibán las que saltan al ruedo demasiado cómodas de cabeza, y a pesar de su bravura y buen juego en líneas generales, Navalón aplaude que los veterinarios hayan decidido mandar a analizar los pitones de tres de las reses por sospechas de posible manipulación y se congratula de que realicen su trabajo con independencia. Sin embargo, como se puede ver en la parte final del párrafo, el cronista cree en este caso que dicha manipulación no se ha producido. Navalón conoce bien la ganadería de Ibán, y sabe que las reses del encaste Contreras, a diferencia de otros encastes, puede presentar esa comodidad en la cabeza sin necesidad de haber sido recortadas, y es aquí donde juega un papel relevante el tema de la proporcionalidad entre el cuerpo de la res y su desarrollo córneo que anteriormente se citaba.

#### LOS BRAVOS DE IBAN

[...] Aunque fueron ovacionados en el arrastre, consigno su terciada presencia, su comodidad de cabeza. Debo aplaudir la actitud de los veterinarios al enviar tres juegos de pitones a reconocimiento por sospecha de afeitado. Todo esto ocasiona mucho trastorno al ganadero, pero si los pitones están intactos, puede dormir tranquilo. Por otra parte, sólo felicitaciones merecen los veterinarios, que ante la duda, cumplen con su deber. Espero que en el resto de las corridas prevalezca este escrupuloso criterio. Si en los pueblos se afeita impunemente, es vergonzoso que en las plazas de primera categoría pasen sin castigo estos fraudes. Aunque en el caso concreto de Ibán no creo que haya funcionado el serrucho. [...]<sup>741</sup>

En las Corridas Generales de Bilbao las reses suelen salir con mucha seriedad, sin embargo, la corrida lidiada el domingo 27 de agosto de José Benítez Cubero presenta unos «animalitos cornicortísimos, fofos, gorditos e inocentes», y por si esta descripción no fuera suficiente, también fueron «novilletos acebonados, cándidos, aborregados y con unos pitoncitos que daban risa»<sup>742</sup>. La última referencia destacable de

---

«afeitadas» para eliminar una parte del pitón y particularmente la punta del mismo. Véase BOE-A-1962-5264, de 15 de marzo de 1962. Reglamento de Espectáculos Taurinos. B.O.E., N° 68, publicado el 20 de marzo de 1968, capítulo XII, De la suerte de rejonos, p. 3821.

<sup>739</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Apoteosis sevillana». *Informaciones*, Madrid, 27 de mayo de 1967, p. 14.

<sup>740</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «¡Ese toro no me gusta!». *Informaciones*, Madrid, 14 de agosto de 1967, p. 16.

<sup>741</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Los bravos de Ibán». *Informaciones*, Madrid, 15 de agosto de 1967, p. 15.

<sup>742</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Toros y orejas de mentira». *Informaciones*, Madrid, 28 de agosto de 1967, p. 16.

esta temporada tiene como origen una plaza de segunda categoría, como es la de Aranjuez. En estas plazas de categoría inferior al parecer el fraude está muy extendido, más aún si los toreros actuantes pertenecen al grupo de las llamadas figuras, como en este caso lo era la presencia de Manuel Benítez, *El Cordobés*. Así, los toros de Pío Tabernero de Vilvis lidiados el martes 5 de septiembre, además de ser terciadísimos, presentan unos pitones «cornicortos, exageradamente romos»<sup>743</sup>, y por tanto, bajo la sospecha de haber sido adulterados.

Aparte de las crónicas, entre los 13 textos localizados en los que de una u otra forma aborda el tema deben destacarse cuatro referencias, además de las dos citadas al principio de este punto, en las que señala los porqués de la ausencia de la denuncia directa y clara en las crónicas, todas ellas una vez ha finalizado la temporada. Así, en uno de los apartados del artículo publicado el día 8 de noviembre en el que trata diferentes temas de la actualidad taurina señala la existencia de una lista que contiene los nombres de los ganaderos que oficialmente han sido reconocidos como culpables de afeitado, atreviéndose a dar el nombre de uno de ellos.

[...] Queda una lista de doce toros afeitados, todavía sin publicar. Doce toros certificados ya oficialmente como «modificados» por los veterinarios antes del 7 de agosto, y entre esos toros están dos de Atanasio Fernández, muertos por El Cordobés en San Isidro el día 17 de mayo [...] <sup>744</sup>

Como se puede ver en la tabla anteriormente expuesta, la ganadería de Atanasio Fernández, a la vista del cronista, presentó la mayoría de los toros cornicortos, cornigordos o cornirromos, y este pequeño apunte le sirve para confirmar la relación entre el fraude y las llamadas figuras del toreo —en este caso Manuel Benítez, *El Cordobés*— que, según su opinión como la del resto de escritores esencialistas, influyen y exigen para que las reses salgan al ruedo «afeitadas». Una información en la que se recrea tres días después —con ese aire característico suyo de estar en posesión de la verdad—, al señalar que es poseedor de esa lista secreta con los nombres de los ganaderos propuestos para sanción. «Tengo, por ejemplo, la lista secreta de 12 toros

---

<sup>743</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «El Cordobés, entre la almohada y la almohadilla». *Informaciones*, Madrid, 6 de septiembre de 1967, p. 13.

<sup>744</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «El escándalo de los “trusts”». *Informaciones*, Madrid, 8 de noviembre de 1967, p. 37.

reconocidos pericialmente como “modificados” en sus astas artificialmente»<sup>745</sup>, afirma tajantemente y sin dar más detalles.

Y sin embargo, apenas una semana después, pide que se haga público el trabajo de los veterinarios en relación a los análisis efectuados durante la temporada para que se conozcan cuáles son las ganaderías que han cometido fraude:

[...] El mal de los males está en ese toro que no sale más que para cuatro modestos. El mal son los pitones cortados y los años escasos. No hay nada, ni la invocada disculpa del turismo, que justifique la tolerancia de estos últimos años. Esta temporada los veterinarios trabajaron de firme descubriendo parte de los muchos casos de afeitado que se han dado en casi todos los carteles “de figuras”. Todos tenemos curiosidad por conocer el trabajo de los facultativos. ¿O es que hay miedo a confesar que hasta en San Isidro salen los toros desmochados? [...] <sup>746</sup>

Este primer año en *Informaciones* lo cierra con dos referencias importantes sobre el tema, ya que en ambas aparece la solicitud de sanción no solo a los ganaderos, la mayoría de ellos víctimas propiciatorias sin posibilidad de escape, sino también a los toreros que piden que las reses que les son asignadas salgan al ruedo «arregladas». Ellos, los diestros, son también partícipes —normalmente inductores y principales beneficiarios— del terrible fraude, y por tanto deben tener la cuota de responsabilidad correspondiente que, en opinión de Navalón, debe ser mayor que la de los criadores de reses:

[...] No acaba de publicarse la lista “completa” de las sanciones con la interesante aclaración de los toreros que intervinieron en festejos fraudulentos. La lista es tan larga que se van publicando las multas espaciadamente, procurando quizá no alarmar al aficionado ante las dimensiones brutales de las infracciones por falta de edad, peso y arreglo de pitones.

Esta decisión nos parece una sabia medida política, pero sería más recomendable poner juntos en la picota a todos los responsables. Y sobre todo no castigar exclusivamente a los ganaderos, simples proveedores, sino a los toreros, exclusivistas y apoderados, verdaderos responsables de tanto desmán. [...] <sup>747</sup>

Como curiosidad, debe apuntarse que a esta petición de castigo a los toreros, amén que al resto de miembros del entramado taurino que puedan estar implicados, se

---

<sup>745</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Ya no se habla del mercado común taurino». *Informaciones*, Madrid, 11 de noviembre de 1967, p. 30.

<sup>746</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Se cumplirá la sentencia». *Informaciones*, Madrid, 17 de noviembre de 1967, p. 31.

<sup>747</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Vuelven “los furtivos”». *Informaciones*, Madrid, 1 de diciembre de 1967, p. 31.

sumará el otro miembro más importante de esta primera etapa de la Corriente Crítica Esencialista, Vicente Zabala, unas semanas más tardes, en enero de 1968, reclamando también que el peso de la ley caiga sobre los que considera verdaderos responsables de tamaño fraude. Para Zabala, sería una solución viable y razonable, que cortaría casi de raíz el problema, e invita a la autoridad a que lo haga, ya que «si se afeitan los toros es por la exigencia de los diestros o de sus representantes o exclusivitas», y la sanción debiera ser «de prohibición de actuar en determinado espacio de tiempo»<sup>748</sup>.

En la temporada de 1968 hay un cambio significativo en la forma de la denuncia por parte de Navalón y la sospecha de fraude es más evidente en su discurso. Si bien mantiene la terminología usada la temporada anterior, son varias las crónicas entre las 30 localizadas en las que hace algún tipo de referencia, en las que esa duda queda patente de manera más clara, añadiendo las expresiones «sospechosamente romos», «descaradamente cornirromos», «exageradamente romos», «alarmantes signos de haber visitado la barbería», etc., que demuestra ese cambio de actitud. Es ésta sin duda la temporada más combativa del cronista con respecto al fraude, ya que en ninguna otra de esta etapa en *Informaciones* adquiere semejante nivel en la rotundidad de la denuncia.

#### Referencias «afeitado» temporada de 1968 en crónicas de festejos

RES O RESES SOSPECHOSAS	CARTEL	FECHA CRÓNICA	PLAZA DE TOROS	REFERENCIA
El Pizarral	-Chanito -Macareno -Sánchez Álvaro	Lunes 5 de febrero	Alcalá de Henares	Descaradamente mogón el quinto, aparente para rejones por su ostensible despuntamiento
Antonio Pérez-Tabernero	-Mondeño -Palomo Linares -Paquirri	Lunes 18 de marzo	Valencia	Cornigordo/pitones romos
Baltasar Ibán	-César Girón -Miguelín -Palomo Linares	Miércoles 20 de marzo	Valencia	Cornicortos
Agustina López Flores y Samuel Flores	-El Viti -Ángel Teruel -Carnicerito	Lunes 25 de marzo	Guadalajara	Cornirromos
Antonio Pérez-Tabernero	-Mondeño -Fuentes -Palomo Linares	Lunes 22 de abril	Sevilla	Sospechosamente romos/Y no digo que algunos estaban afeitados porque para eso están los señores veterinarios. Aunque no está de más pensarlo ante la presencia de las astas romas
Juan Pedro Domecq	-Curro Romero -El Viti -Ángel Teruel	Martes 23 de abril	Sevilla	El tercero, con dos platanitos por pitones
José Benítez Cubero	-Diego Puerta -Curro Romero -Palomo Linares	Viernes 26 de abril	Sevilla	Cornicortos
Churriana	-J. Bernardó -Higares -Adolfo Rojas	Lunes 6 de mayo	Madrid/Las Ventas	Cómodos de cabeza/sacaron pocos pitones

<sup>748</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «La sanción por afeitado debe recaer sobre los toreros». *El Alcázar*, Madrid, 13 de enero de 1968. p. 15.

Pérez Angoso/Antonio Pérez-Tabernero	-Julio Aparicio -Paco Camino -José Fuentes	Martes 14 de mayo	Madrid/Las Ventas	Sospechosamente romos/Apariencia clara de desmoche/
Fermín Bohórquez	-Julio Aparicio -Diego Puerta -El Cordobés	Lunes 20 de mayo	Madrid/Las Ventas	Cornicorto y brocho/muy cornicorto y brocho
El Pizarral (lidiado como sobrero)	-Paco Camino -El Cordobés -Paquirri	Martes 21 de mayo	Madrid/Las Ventas	Pitones exageradamente romos, como si estuviera destinado a rejones
Pablo Romero	-Curro Girón -V. Valencia -Serranito	Viernes 24 de mayo	Madrid/Las Ventas	Cómodos de pitones
Eduardo Miura	-D. Gómez -J. Bernardó -Adolfo Rojas	Lunes 27 de mayo	Madrid/Las Ventas	Cómodos de cabeza
Atanasio Fernández	-El Vito -Palomo Linares -G. de la Casa	Viernes 31 de mayo	Aranjuez	Lo casualmente mogones que salieron del pitón izquierdo
Juan Pedro Domecq	-Miguelín -Paco Camino -Ángel Teruel	Lunes 24 de junio	Alicante	Sospechosamente romos o escobillados
María Teresa Oliveira	-Diego Puerta -El Cordobés -Paquirri	Martes 25 de junio	Alicante	Cornicortos y muy romos/dos imperceptibles protuberancias cuidadosamente redondeadas en los extremos, esa parte que habitualmente termina en punta
Aleas	-Chanito -Calatraveño -Bormujano	Lunes 1 de julio	Madrid/Las Ventas	Cómodos de pitones
Emilio Arroyo	-J. Bernardó -Luis Segura -J.L. Capillé	Viernes 19 de julio	Madrid/Las Ventas	Cómodos de cabeza
Benítez Cubero/María Pallarés	-Diego Puerta -El Cordobés -R. de Fabra	Martes 23 de julio	Valencia	Cornicortos/Veterinarios tiene la plaza para aclarar semejantes pequeñeces
Carlos Núñez	-Paco Camino -El Cordobés -Paquirri	Jueves 25 de julio	Valencia	Comodísimos de cabeza/determinados animalitos sacaron las puntas sospechosamente romas
Marqués de Domecq	-A. Ordóñez -Miguelín -Mondeño	Viernes 26 de julio	Valencia	Escasos de pitones
Antonio Pérez-Tabernero	-A. Ordóñez -Miguelín -M. Márquez	Martes 13 de agosto	San Sebastián	Cómodos de cabeza
Duque de Pinohermoso	-Diego Puerta -El Cordobés -José Fuentes	Miércoles 14 de agosto	San Sebastián	A los animalitos les hicieron servicio completo de peluquería para que los pitones aparentaran mayor longitud a costa de quitársela en el testuz. Sería ingenuo pensar que estos torillos sólo les cortaron el pelo.
José Benítez Cubero	-Diego Puerta -M. Márquez -M. Cortés	Martes 20 de agosto	Bilbao	Escasísimos de pitones
Samuel Flores	-Antoñete -El Viti -El Cordobés	Jueves 22 de agosto	Bilbao	Algunos presentaban alarmantes síntomas de haber visitado la barbería. Así el tercero y el quinto parecían destinados a un festejo de rejones/Animales muy cornalones pero que, con algo más de esmero se podía haber hecho un fino trabajo de barbería. Dios me libre de decir que estaban afeitados. Pero el público preguntaba por el rejoneador
Juan Mari Pérez Montalvo	-Curro Romero -Palomo Linares -P. Benjumea	Lunes 2 de septiembre	San Sebastián de los Reyes	El público comentaba lo burdamente que habían sido "trabajados" los pitoncitos del segundo, dejando desigualadas las terminaciones/lo cierto es que al público tampoco se le fue el escandaloso detalle de los pitones

Martínez Elizondo	-Antoñete -El Cordobés -José Falcón	Lunes 16 septiembre	Salamanca	Descaradamente cornirromos/cuatro pitones cómodamente rematados
Carlos Núñez y Núñez Hermanos	-Diego Puerta -El Viti -El Cordobés	Viernes 27 septiembre	Guadalajara	No tenían pitones
Pérez Angoso/Antonio Pérez-Tabernero	-A. Ordóñez -Miguelín -Palomo Linares	Sábado 28 septiembre	Guadalajara	Cornirromos/El novillote que abrió plaza tenía los pitones con las características propias del rejoneo. Y los demás poco más o menos

Por tanto, son hasta 11 las referencias en las que esa denuncia adquiere un matiz más significativo. La primera de ellas en el primer festejo de la temporada al que asiste el cronista y que se celebra en la plaza de toros de Alcalá de Henares durante el mes de febrero. En él, los novillos de la ganadería de El Pizarral salen al ruedo con aspecto abecerrado, y concretamente el lidiado en quinto lugar parece más unas res «para rejones por su ostensible despuntamiento»<sup>749</sup>. Ya en el mes de abril, durante la feria de Abril de Sevilla, son los toros de la ganadería salmantina de Antonio Pérez-Tabernero los que generan una razonable duda en el cronista, ya que son «jóvenes y gordezuelos», además de «sospechosamente romos», si bien el cronista, a pesar de la evidencia, se cuida muy mucho de lanzar la denuncia de manera directa, como vimos que hacía en la temporada anterior para evitar problemas con la justicia, pero completa su denuncia dejando claro que aquellos pitones no tenían la ofensividad que pudiera esperarse de ellos. «Y no digo que algunos estaban afeitados, porque para eso están los señores veterinarios. Aunque no está de más pensarlo ante la presencia de las astas romas»<sup>750</sup>, confirma.

Sobre las cuatro reses de Antonio Pérez-Tabernero que se lidian en 1º, 3º, 5º y 6º lugar el día 13 de mayo en la plaza de Las Ventas de Madrid durante la tercera corrida de la feria de San Isidro, escribe Navalón que fueron «chicos y sospechosamente romos», valoración que completa sobre el lidiado en tercer lugar a partir de la conversación mantenida con uno de los veterinarios de la plaza que participó en el reconocimiento previo, y que entendía que el toro estaba manipulado, pero que ese no era motivo para rechazarlo. «Por lo visto, la apariencia clara de desmoche no es causa ya para rechazar un toro ni en Madrid»<sup>751</sup>, sentencia Navalón.

<sup>749</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Novilladita en Alcalá». *Informaciones*, Madrid, 5 de febrero de 1968, p. 30.

<sup>750</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «"Ezo e una cabra"». *Informaciones*, Madrid, 22 de abril de 1968, p. 29.

<sup>751</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Camino cortó tres orejas». *Informaciones*, Madrid, 14 de mayo de 1968, Suplemento Taurino, p. 3.



En la plaza de toros de Alicante, durante la Feria de Hogueras, el sábado 22 de junio se lidia una corrida de Juan Pedro Domecq, «una corridita —según afirma el cronista— de cuatro toros chicos, sospechosamente romos o escobillados»<sup>752</sup>. Y el lunes 24 de junio las reses son de la ganadera María Teresa Oliveira que presenta unos toros «acusadamente juveniles, cornicortos y muy romos», siendo el lidiado en segundo lugar el que más síntomas de haber sido afeitado presenta, ya que sus cuernos son, en palabras de Navalón, «dos imperceptibles protuberancias cuidadosamente redondeadas en los extremos, esa parte que habitualmente termina en punta»<sup>753</sup>.

La sospecha de fraude sigue extendiéndose, y a continuación es la plaza de toros de Valencia en la feria de julio la que adquiere protagonismo, ya que el día 22 de julio, lunes, se lidian reses de José Benítez Cubero que, si bien en conjunto son «jóvenes, gordos y cornicortos», el lidiado en quinto lugar presenta claros indicios de manipulación en sus astas, ya que después del paso por el tercio de varas, sangra por uno de los pitones, lo que lleva a Navalón a solicitar a los veterinarios que actúen. «Fue una lástima que saliera sin pitones. Pero a nadie puede extrañarle que el animal —que correspondía a Benítez— se dedicara a partirse las puntas en los chiqueros hasta quedarlas destrozadas. Tanto, que al salir del primer puyazo sangraba por el derecho. Son “casualidades” de las que Dios nos libre pensar mal. Veterinarios tiene la plaza para aclarar semejantes pequeñeces, porque también fue otra pequeñez que saliera el primero con el pitón izquierdo hecho astillas y teñido de sangre»<sup>754</sup>. Como se puede apreciar, el cronista se apresura a dar el nombre del diestro al que ha correspondido la lidia de la res —de nuevo Manuel Benítez, *El Cordobés*—, extendiendo la denuncia de esta manera a su figura, es decir, situándolo como promotor y culpable del fraude.

Dos días después, en la misma plaza, son los toros de Carlos Núñez los que presentan unos pitones poco ofensivos, lo que invita a Navalón a despacharse a gusto contra una de las ganaderías que considera entre las más comerciales —si no la más— del panorama taurino, y por tanto que cumple con la imposición de las figuras de «afeitar» las reses cuando así se lo pidan. «Usted sabe que la popular divisa gaditana es muy solicitada por las figuras. Ya no hace falta preguntar si eran terciados, comodísimos de cabeza y que determinados animalitos sacaron las puntas

---

<sup>752</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «La “burra” de Miguelín». *Informaciones*, Madrid, 24 de junio de 1968, p. 33.

<sup>753</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «¡El Cordobés, ra, ra, ra!». *Informaciones*, Madrid, 25 de junio de 1968, p. 28.

<sup>754</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «El Cordobés fracasó». *Informaciones*, Madrid, 23 de julio de 1968, p. 26.

sospechosamente romas. Y usted está en lo cierto, porque así salieron»<sup>755</sup>, afirma Navalón.

Ya en el mes de agosto tenemos las dos referencias más relevantes de la temporada en dos las ferias más importantes del calendario. Durante la Semana Grande donostiarra, son los toros del duque de Pinohermoso —y de nuevo con El Cordobés anunciado en el cartel— los que presentan una curiosa anomalía en la cabeza. Según el cronista, alguien, después de, supuestamente, haberlos «afeitado», les cortó el pelo en la parte en la que nace el cuerno, esa parte unida al cráneo que normalmente está cubierta por la largura del pelo del propio testuz, para que, al quedar descubierto ese tramo normalmente oculto, las astas parecieran más largas con el objeto de disimular el fraude, algo que no escapa a la suspicacia de Navalón:

#### **Toros con servicio completo de peluquería**

[...] Seis torillos mansos del duque de Pinohermoso, gordos, chicos y jóvenes. Únicamente el quinto tuvo cierta presencia. Mansos para el caballo, llegaron ahogados a la muleta y únicamente el segundo y tercero fueron bondadosos. La nota predominante de esta corrida ha sido el esmerado trabajo de los “peluqueros”, porque tenían el pelo del testuz recortado alrededor de la mazorca, sin duda para aparentar mayor longitud de pitones.

[...] Ahora que casi toda la gente joven de la por dejarse crecer el pelo llegan estos jovencitos toretes del señor duque de Pinohermoso y se cortan el pelo como los soldados. Porque esta fue la nota curiosa que cabe escribir sobre ellos. Lo demás ya se lo figuran viendo a Benítez en el cartel y conociendo el juego que están dando últimamente. Tampoco habrá que añadir lo de su cansina mansedumbre, que en este caso deslució mucho el juegucito para el que fue creada. Lo curioso no es que el cuarto, por ejemplo, tuviera más saliente el hocico que los pitones “gachísimos”. Lo curioso eran verlos tan seriecitos, con su pelo recién cortado alrededor de la mazorca, donde quedaba un cerco claro, evidenciando que esa parte estuvo antes cubierta de los rigores atmosféricos y climatológicos. Eran como esos señores mayores que al quitarse el sombrero dejan ver media frente blanquecina y la otra media tostada. A los animalitos les hicieron un servicio completo de peluquería para que los pitones aparentaran mayor longitud a costa de quitársela en el testuz. Sería ingenuo pensar que a estos torillos sólo les cortaron el pelo. [...]<sup>756</sup>

---

<sup>755</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Una corrida industrial». *Informaciones*, Madrid, 25 de julio de 1968, p. 21.

<sup>756</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Toros con servicio completo de peluquería». *Informaciones*, Madrid, 14 de agosto de 1968, p. 27.

Y ni siquiera la seria feria de Bilbao se escapa de la sospecha de fraude. Algunos de los toros de la ganadería de Samuel Flores corridos el miércoles 21 de agosto presentan también evidentes signos de haber sido manipulados, ya que, al parecer, en los toros que de por sí tienen bastante desarrollados los cuernos por su procedencia —caso de esta ganadería, de procedencia Gamero Cívico, a su vez con origen en Parladé—, resulta más palpable cualquier alteración. Esta disformidad aparente conduce a Navalón a llevar la sospecha al titular, cosa poco frecuente hasta ahora en su pluma:

#### **ANTOÑETE, UN OASIS DE TORERÍA**

##### **MANSA Y «SOSPECHOSA» CORRIDA DE SAMUEL FLORES**

Tarde bochornosa y lleno. Seis toros de Samuel Flores, terciados, pero sin descaro. [...] Algunos presentaban alarmantes síntomas de haber visitado la barbería. Así el tercero y quinto parecían destinados a un festejo de rejones. [...]

Bilbao acababa de ver torear en una tarde en que fallaron los toros y los toreros. Una tarde en que se comentaba lo “pronto” que acababa la punta negra de los pitones del tercero y débil cuarto. Animales muy cornalones en los que, con algo más de esmero, se podía haber hecho un fino trabajo de barbería. Dios me libre de decir que estaban afeitados. Pero el público preguntaba por el rejoneador. Rara pregunta, porque en este festejo no estaba anunciado ningún rejoneador.<sup>757</sup>

A finales del mes de agosto, Navalón acude a la plaza de toros de San Sebastián de los Reyes durante sus ferias de y fiestas en honor al Cristo de los Remedios. El sábado 31 de septiembre, con Sebastián Palomo Linares en el cartel, se celebra una de las corridas más escandalosas de la temporada en cuanto a presentación y juego del ganado, llevándose las reses de Juan Mari Pérez Montalvo el calificativo de «Los “toros” más pequeños de la temporada» en el titular de la crónica. Unas reses que presentan todas las deficiencias que pueden encontrarse: ni aparentan la edad reglamentaria, los pitones presentan signos de haber sido manipulados, no tienen el mínimo trapío que pueda exigirse y, además, manifiestan una gran debilidad. Todo esto lleva a Navalón a solicitar la intervención de la autoridad para que investigue cada una de las carencias que los ojos de los aficionados han podido comprobar durante la lidia. «Ya sé que la labor del crítico es juzgar la corrida, pero ya dijimos al principio que no hubo tal corrida, que seis becerrotos desfallecidos, incapaces de tomar un puyazo en regla, no pueden ser juzgados seriamente, como no sea para decir que el público

---

<sup>757</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Antoñete, un oasis de torería». *Informaciones*, Madrid, 22 de agosto de 1968, p. 22.

comentaba lo burdamente que habían sido “trabajados” los pitoncitos del segundo, dejando desigualadas las terminaciones»<sup>758</sup>, señala el cronista.

Las últimas referencias que se rescatan de este conjunto localizado a lo largo de este año 1968 corresponden, en primer lugar, a los toros de Martínez Elizondo corridos en Salamanca durante su feria septembrina y de nuevo con El Cordobés anunciado en el cartel. En este caso se produce una paradoja, al señalar el cronista que entre los toros de la citada ganadería, «terciados y descaradamente cornirromos»<sup>759</sup>, algunos salieron «casualmente astifinos», curiosamente los dos que correspondieron al torero más modesto de la terna, el portugués José Falcón. Vendría a confirmarse que la fuerza de las figuras en los despachos hace que se cumplan sus exigencias y sus toros salgan al ruedo debidamente «preparados». En esta corrida, además, se lidio un ejemplar particularmente bravo, el corrido en quinto lugar, a manos del citado Manuel Benítez. Un toro que merecería los honores de ser recordado y su cabeza disecada para la posteridad, como así solicitó el diestro. Ahora bien, «un toro al que sólo le faltó para ser completísimo algo más de respeto, de presencia y de pitones. Le han mandado cortar la cabeza. Si fuera mío, la pondría en marco de plata. Pero me daría vergüenza que alguien viera el final de los pitones. Me imagino que le sacarán punta y brillo para que “Barrilero” pueda adornar, sin sonrojo, la pared de cualquier oficina» sentencia Navalón.

En segundo lugar, la localizada en la crónica de un festejo celebrado en a finales de septiembre en la plaza de toros de Guadalajara durante su feria. De nuevo las figuras anunciadas en el cartel, en este caso Antonio Ordóñez, Miguel Mateo, *Miguelín*, y Palomo Linares, y de nuevo las reses de dos de las ganaderías más comerciales y más polémicas de Salamanca, Antonio Pérez-Tabernero y Pérez Angoso, que salieron en conjunto «flojos, chicos y cornirromos», destacando el lidiado en primer lugar, con unos «pitones con las características propias del rejoneo. Y los demás, poco más o menos»<sup>760</sup>, señala Navalón ante la sospecha.

En lo que se refiere a tribunas y artículos de opinión este año de 1968 es también particularmente combativo por parte del cronista, destacando tres referencias relevantes

---

<sup>758</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Los “toros” más pequeños de la temporada». *Informaciones*, Madrid, 2 de septiembre de 1968, p. 22.

<sup>759</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «“Barrilero”, el toro de la feria». *Informaciones*, Madrid, 16 de septiembre de 1968, p. 29.

<sup>760</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Muchas orejas para tres figuras». *Informaciones*, Madrid, 28 de septiembre de 1968, p. 15.

ubicadas en los meses de noviembre y diciembre en los que Navalón realiza el análisis del conjunto del fraude comprobado a lo largo de la temporada. Así, el lunes 25 de noviembre publica un reportaje<sup>761</sup> en el que recoge la sospecha que él mismo lanzó sobre los toros de Samuel Flores lidiados en Bilbao el día 21 de agosto —referencia anteriormente analizada—, y la posterior sanción formal de 300.000 pesetas al ganadero por parte de la Dirección General de Seguridad, al confirmarse que al menos las astas de tres de los toros lidiados habían sido manipuladas. Destaca asimismo que dicho organismo oficial tiene todavía pendiente de analizar más de doscientos cajones precintados con sus correspondientes parejas de cuernos, lo que se convierte en un hito, ya que vendría a indicar la proporción del fraude.

Pero sobre ellas, un interesante artículo en el que el cronista explica cómo el fraude del afeitado es un auténtico entramado de intereses, perfectamente jerarquizado y sometido al poder económico, al que nadie puede escapar, y recupera la idea que ya expresó en diciembre de 1967, solicitando de nuevo una sanción corporativa que alcance no sólo a los ganaderos, a los cuales normalmente justifica —y hasta defiende— porque la mayoría de ellos no tienen fuerza suficiente y saben que si no se someten a las imposiciones no venden sus productos, sino también a los empresarios y a los propios toreros, que, a la postre, son los verdaderos culpables de que el afeitado esté tan extendido y arraigado en la Fiesta.

[...] En esta temporada, donde me consta que se han impuesto más sanciones que ninguna de las anteriores, sentimos la enorme satisfacción de haber colaborado con la autoridad a la hora de denunciar los fraudes. La afición y la crítica empezamos a tener conciencia de que no somos burlados impunemente. Los veterinarios han puesto singular celo en enviar pitones sospechosos a Madrid, fallando raras veces sus fundamentadas dudas. [...] Pero están también demostrado que los ganaderos no afeitan espontáneamente, sino obligados por los verdaderos favorecidos. Léase toreros, apoderados y empresarios. Los ganaderos a veces son simples sujetos pasivos, porque está demostrado que la mayoría de las figuras tienen su afeitador particular que llega a la finca con plenos poderes, eligen los toros que le apetece, ordena que entren en el hueco los que juzga oportunos. Las circunstancias aconsejan que el ganadero distinguido por tan importante visitante se comporte como si los toros no fueran suyos, porque sin intentar hacer la menor objeción al enviado del fenómeno, este suspenderá la operación y se marchará amenazando con que su jefe no matará ni un toro

---

<sup>761</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Mas de 200 propuestas para sanciones por afeitado». *Informaciones*, Madrid, 25 de noviembre de 1968, pp. 20-21.

más de esa casa. Media hora después estará manejando el serrucho en l finca del vecino que le recibe con los brazos abiertos.

El afeitado se ha convertido en una condición más de la compra de la corrida. El que no afeita no vende o vende en peores condiciones.

Al mismo tiempo, empresarios y apoderados se ven favorecidos por la falta de riesgo del fenómeno, que asegura la culminación de la temporada planteada por el financiero sin los contratiempos de las sustituciones y el cobro de las comisiones previstas por el apoderado, quien si el torero no actúa por cogida, no percibe su tanto por ciento.

Tengo entendido que la autoridad piensa repartir las responsabilidades tal como reiteradas veces se ha propuesto en la Prensa interpretando el sentir del público.

El ganadero es un culpable a la fuerza. Los verdaderos responsables del fraude son los toreros y las empresas que en la actualidad permanecen ajenos a las sanciones o se limitan a pagar 100.000 pesetas más al ganadero en previsión de la multa. Ya es sabido y fue publicado en su día que la corrida de Antonio Pérez lidiada en la Feria de Sevilla, pese a su desastroso juego, valió 500.000 pesetas, y las demás se pagaron a 400.000. Cuando don Lisardo Sánchez, triunfador de la feria, fue pidiendo explicaciones a Canorea de esta desigualdad de precio, el empresario contestó que él había pagado a todos los ganaderos lo mismo. «Si A. P. ha cobrado 500.000 pesetas es porque esas 100.000 pesetas las ha pagado Palomo Linares de su bolsillo».

Esta sería la próxima ley que espera la afición. Castigo para los ganaderos que afeitan, pero castigo también para la figura estelar del cartel, porque las estadísticas demuestran que las figuras estelares figuran en la mayoría de las corridas multadas por desmoche.

Este castigo a los toreros debería ser la inhabilitación por un determinado espacio de tiempo dentro de la temporada, para que necesariamente pierdan corridas. Porque si la inhabilitación es por número de corridas es muy probable que firmen hasta tres festejos en un mismo día para justificar el arresto. Recuérdese la eficacia de aquella sanción impuesta por el gobernador de Albacete, cuando cierta figura quiso ignorar el principio de autoridad y el impacto popular que tuvo en toda España su firme decisión.

Pero no procede inhabilitar a la empresa porque la clausura de las plazas perjudica al público al verse privado del espectáculo y al resto de toreros y ganaderos, inocentes de esta limitación de sus mercados. Al empresario debe imponérsele una multa puesto que su meta es el dinero.

Por lógica, al inhabilitar al torero se cierran las ganancias del apoderado o del afeitador del diestro sancionado.

Ofrecemos respetuosamente la idea a las autoridades.

Esta sería la culminación de una magnífica campaña de represiones mantenida con singular celo y ejemplaridad, sin reparar en la categoría de los sancionados. La gran mayoría de españoles que claman por la autenticidad de las corridas recibirán así un gran estímulo para no abandonar las plazas desengañados, como está ocurriendo.

Brindamos la incondicional colaboración de la crítica, cuya labor se vería notablemente dulcificada al no tener que reflejar con tanta frecuencia el lastimoso resultado de los festejos.<sup>762</sup>

Como se ha podido comprobar en esta cita, dentro de su característica forma de escribir, destaca sobremanera ese papel justiciero que se auto asigna el cronista, ofreciendo su idea así como su colaboración a la autoridad para descubrir el fraude allá donde se produzca.

La temporada de 1969 sin embargo tiene un signo bien diferente. Si en 1968 el número de referencias encontradas en crónicas de festejos alcanzaba la treintena, siendo varias de ellas suficientemente explícitas, en esta de 1969 apenas se localizan diecisiete y únicamente siete se sitúan en ese grado de denuncia relevante. Cabría atribuir sin duda este descenso a la campaña en contra del «afeitado» puesta en marcha en enero por Vicente Zabala desde las páginas de *Nuevo Diario* y secundada por toda la plana del esencialismo escrito de la época, entre otros José María del Rey, *Selipe*, y Antonio García Ramos en *Hoja del Lunes*, Antonio Díaz-Cañabate en *Abc*, José Antonio Medrano en *Arriba*, Julio de Urrutia en *Madrid*, y el propio Alfonso Navalón desde *Informaciones*. De esta manera, la denuncia disminuye hasta casi desaparecer en la mayoría de ferias importantes, siendo la plaza de San Sebastián entre las de primera categoría la que ofrece un mayor número de referencias. Del mismo modo, se reduce de forma importante el número de artículos e informes en los que el cronista aborda el tema, localizándose tan solo tres textos de estas características.

### Referencias «afeitado» temporada de 1969 en crónicas de festejos

RES O RESES SOSPECHOSAS	CARTEL	FECHA CRÓNICA	PLAZA DE TOROS	REFERENCIA
Carlos Núñez y Núñez Hermanos	-A. Ordóñez -El Viti -M. Márquez	Lunes 10 de marzo	Castellón	Hago notar la curiosa transformación del pitón derecho del tercero, porque conviene poner alerta a las autoridades para que no queden los chiqueros sin vigilancia
Núñez Hermanos	-El Cordobés -Palomo Linares	Viernes 2 de mayo	Santa Cruz de Tenerife	Pitones como el culo de un vaso/ Pitones convenientemente preparados para estas eventualidades
Alonso Moreno de la Cova	-D. Gómez -José Fuentes -Sancho Álvaro	Lunes 12 de mayo	Madrid/Las Ventas	Pobre cabeza/Con dos plátanos en lugar de pitones
Cunhal Patricio	-A. Ordóñez -Paco Camino -M. Martínez	Viernes 6 de junio	Toledo	Los pitones de los dos primeros sospechosamente romos; escobillados tercero y cuarto y en general astigordos/Aseadamente cornirromos

<sup>762</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Empresarios y toreros son los auténticos culpables». *Informaciones*, Madrid, 20 de diciembre de 1968, p. 25.

Juan Pedro Domecq	-Diego Puerta -Paco Camino -El Viti	Martes 15 de julio	Pamplona	El tercero, chico y cornicorto
Pío Tabernero de Vilvis	-Paco Camino - M. Martínez -D. González	Martes 22 de julio	Valencia	Comodísimos de cabeza/flojos y cornicortos/perritorios
Duque de Pinohermoso	-A. Ordóñez -Miguelín -Diego Puerta	Martes 12 de agosto	San Sebastián	Cómodos, anovillados
Baltasar Ibán	-Paco Camino -Ángel Teruel -M. Márquez	Miércoles 13 de agosto	San Sebastián	Escasos de pitones/pobres de cabeza
Atanasio Fernández	-A. Ordóñez -A. Teruel -M. Márquez	Jueves 14 de agosto	San Sebastián	Chico, gacho y sospechosamente romo
Antonio Pérez-Tabernero	-Diego Puerta -Paco Camino -M. Martínez	Viernes 15 de agosto	San Sebastián	Con los pitones excesivamente cortos y romos/salieron tan escasos de pitones que algunos hasta parecieron haber pasado por el infamante mueco
Clemente Tassara	-Jaime Ostos -Paquirri -Juan José	Sábado 16 de agosto	San Sebastián	Ni esa caricatura de pitones que apenas sobresalían del testuz para distinguir a qué especie bovina pertenecía el animal/Sabemos que todas las tardes se mandan a Madrid varios juegos de pitones por sospecha de afeitado
Joaquín Buendía	-A. Ordóñez -Paco Camino -Juan José	Martes 16 de septiembre	Salamanca	Muy pobres de cabeza/Y cinco juegos de pitones con las dimensiones mínimas
Lisardo Sánchez	-Miguelín -Paquirri -A. Teruel	Miércoles 17 de septiembre	Salamanca	Había demasiados toros gachos y cómodos de cabeza
Bernaldo de Quirós (lidiado en 2º lugar) y Fermín Bohórquez (lidiado en quinto lugar)	-César Girón -G. Sánchez -G. de la Casa	Lunes 6 de octubre	Salamanca	Pobre de cabeza/Pobre y basto de cuerna
Samuel Flores	-D. Gómez -José Fuentes -Vicente Linares	Lunes 13 de octubre	Zaragoza	El sexto, con los pitones alarmantemente romos/Aquí no cabe decir «sospechosamente romos», porque el animal parecía estar destinado a cualquiera de los hermanos Peralta
Celestino Cuadri	-Miguelín -Paquirri -Ángel Teruel	Lunes 13 de octubre	Zaragoza	Cómodos de cabeza
Marqués de Ruchena	-Diego Puerta -Manolo Cortés -Marismeño	Martes 14 de octubre	Zaragoza	Era un novillo sin tipo y con dos caricaturas de pitones junto a las orejas

Atribuible o no a dicha campaña, los datos está ahí, con esa reducción considerable en el número de denuncias y esa menor beligerancia en comparación con el combativo año previo. Un descenso que se hace más evidente aún si observamos que una cuarta parte de esas denuncias, cinco concretamente, están localizadas en una única feria como es la Semana Grande de San Sebastián, tres en Salamanca, y otras tres en Zaragoza. Es decir, el sesenta y cinco por ciento del total se contabilizan en tres ferias y el treinta y cinco por ciento restante lo es para todo el resto de plazas a las que acude el cronista.



La primera referencia interesante de esta temporada de 1969 la encontramos durante la feria de Castellón. En ella, un dato que ya ha sido puesto sobre la mesa por el cronista en otras ocasiones, como es la necesidad de que en los corrales y dependencias de las plazas de toros se establezca un sistema de vigilancia permanente que impida que alguien pueda acceder y manipular allí mismo las reses, como al parecer ocurre en algunos cosos de categoría inferior. Si los toros llegan del campo con sus astas intactas porque el ganadero se ha negado a que sean afeitados en su propia casa o porque no ha dado tiempo a llevar a cabo la maniobra, existe un equipo de «afeitadores» que son capaces de realizar el trabajo en los mismos corrales de la plaza unas pocas horas antes del inicio del festejo. Esto es lo que intuye Navalón que había ocurrido en la citada plaza de Castellón, ya que en su observación de las reses en la operación de apartado llevada a cabo por la mañana pudo comprobar cómo el tercer toro se rompía la punta del pitón derecho al rematar contra una pared, quedando ésta además escobillada. Sin embargo, cuando la res sale a la plaza, el pitón estaba en perfecto estado —con menos longitud, claro está—, lo que invita al cronista a pensar que ha sido «trabajado» en los corrales, y si esto ha pasado con esta res, puede suceder con todas las que se aposenten en las mismas dependencias:

[...] Sin embargo, hago notar la curiosa transformación del pitón derecho del tercero, porque conviene poner alerta a las autoridades para que no queden los chiqueros sin vigilancia desde que acaba el sorteo, al mediodía, hasta que se abre para empezar la corrida.

Contemplé el apartado con el abogado de Barcelona don José Ballester y a los dos nos salió de ojo el «talento» de este toro, tan vivo en los corrales, que se hizo el fuerte a la hora de enchiqerarlo, encelándose con un corralero, al que no perdía de vista. [...]

El caso es que hubo necesidad de echarle los cabestros, y al entrar en un estrecho callejón se partió la punta del pitón derecho. Apenas tres centímetros, lo que llamamos «el veneno». Después tiró un gañafón al cabestro berrendo y quedaron las astillas borladas de pelo blanco.

Bueno, pues el toro salió a la plaza con el pitón derecho perfectamente rematado, pulido y afilado, sin el menor síntoma de escobillamiento. ¿Qué había pasado en los corrales desde las dos de la tarde hasta las cuatro y media? [...] <sup>763</sup>

En una de sus típicas extravagancias, a principios de mayo Alfonso Navalón viaja hasta Santa Cruz de Tenerife para ver un festejo en el que actúa Manuel Benítez, *El Cordobés*. Un festejo sin ninguna relevancia particular, que hace pensar que el viaje del

---

<sup>763</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Márquez, como las palmeras, estuvo por todo lo alto». *Informaciones*, Madrid, 10 de marzo de 1969, p. 17.

cronista responda más a un deseo festivo, aprovechando la coyuntura laboral, que al posible interés informativo que pueda tener esa tarde de toros. Como cabría esperar, los toros saltan al ruedo con claros síntomas de haber sido manipulados, y así lo refleja el crítico, al señalar que los «perritorios de Núñez Hermanos tenían los pitones como el culo de un vaso», para comentar después el buen trabajo que realizan los mentores del diestro Sebastián Palomo Linares, encargados de que las reses que le corresponden a su protegido allá donde toree tengan el menor peligro posible. «Hacen bien los cuidadores de Palomo en buscarle perritorios con unos pitones especialmente configurados. Porque con la facilidad que se deja coger este chico, no quiero ni pensar el daño que pudiera hacerle unos pitones que no estén especialmente preparados para este tipo de eventos»<sup>764</sup>, escribe el cronista.

Si bien es cierto que no ha sido posible localizar las dieciséis crónicas de los festejos de la feria de San Isidro de 1969, entre las doce analizadas sólo hay una referencia al afeitado en los términos que se viene tratando, concretamente en la crónica del segundo festejo de la feria, en la que Navalón apunta la comodidad de dos de los toros de Alonso Moreno de la Cova, uno, el tercero, con una «pobre cabeza que no le permite asustar a nadie», y el quinto, «con dos plátanos en lugar de pitones»<sup>765</sup>.

Hay que esperar hasta el 6 de junio para encontrar una nueva denuncia por parte del cronista. De nuevo una plaza de categoría inferior, como es la de Toledo, que celebra su tradicional corrida del Corpus y en ella se lidian reses de la ganadería portuguesa de Cunhal Patricio, algunas de las cuales salen excesivamente cómodas de cabeza además de con varias irregularidades, lo que provoca desconfianza en el cronista que afirma que los toros están «justitos, con más kilos que trapío y los pitones de los dos primeros sospechosamente romos; escobillados tercero y cuarto y en general astigordos»<sup>766</sup>, descripción que completa más adelante señalando esa falta aparente de peligro de las reses, sin «agresividad y también aseadamente cornirromos».

Pero como se afirmaba al principio del análisis de esta temporada, es la plaza de San Sebastián la que se sitúa a la cabeza de la sospecha con hasta cinco referencias, en una feria que en la que se lidian siete corridas de toros. Plaza bastante cómoda en relación a

---

<sup>764</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Perritorios en Tenerife». *Informaciones*, Madrid, 2 de mayo de 1969, p. 20.

<sup>765</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «La sensatez se impone». *Informaciones*, Madrid, 12 de mayo de 1969, Suplemento Taurino, p. 2.

<sup>766</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Todo resultó conforme al programa». *Informaciones*, Madrid, 6 de junio de 1969, p. 16.

la presencia de las reses, un año tras otro recaen sobre las corridas allí lidiadas las sospechas del fraude. De entre las cinco denuncias, son dos ganaderías las más señaladas, primero, la de Antonio Pérez-Taberner, que lidia sus «borreguitos abecerrados» y con «los pitones excesivamente cortos y romos»<sup>767</sup> el jueves 14 de agosto en la sexta corrida de la feria, unas reses que tienen tan escasa cuerna que le llevan a afirmar al cronista «los seis “apes” salieron tan escasos de pitones que algunos parecieron haber pasado por el infamante mueco<sup>768</sup>».

Un día después, las reses de Clemente Tassara colman la paciencia de Navalón, ya que sabe que estos mismos toros fueron rechazados por los veterinarios en la feria de San Isidro por su falta de trapío, y ahora, apenas tres meses después, son colados en esta conformista plaza de San Sebastián. «No vayamos a detenernos en la falta de presencia de una corrida que había sido rechazada de plano por los tolerantes veterinarios de Madrid hace tres meses escasos. Ni en esa caricatura de pitones que apenas sobresalían del testuz para distinguir a qué especie bovina pertenecía el animal»<sup>769</sup>. La corrida, sin presencia, sin fuerza, sin casta, desata su enfado porque considera que se ha producido una defraudación general al público y a la propia Fiesta, y su único consuelo es saber que con toda probabilidad las astas de las reses van a ser enviadas a analizar por su sospechosa apariencia. «Queda claro que se ha defraudado al público en la calidad y en la cantidad. Y aquí no ha pasado nada. Sabemos que todas las tardes se mandan a Madrid varios juegos de pitones por sospecha de afeitado», apunta el cronista.

La última denuncia relevante de esta temporada de 1969 corresponde a un festejo de la postrera feria de El Pilar en Zaragoza. En la primera corrida de la feria, lidiada el día 12 de octubre, el protagonismo es para uno de los toros de Samuel Flores, concretamente el lidiado en sexto lugar que, a ojos del cronista, se lidia «con los pitones alarmantemente romos»<sup>770</sup>, y que completa con la explicación oportuna un poco más adelante, en la que queda claro que este toro, como hemos visto que ocurría con muchos otros, parecía más destinado a ser lidiado en una corrida de rejones que en lidia ordinaria. «Huelga decir que al público le salió de ojo el aspecto que ofrecían los

---

<sup>767</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «La tercera mansada consecutiva». *Art. Cit.*, p. 16.

<sup>768</sup> El llamado mueco es un cajón reforzado que existe en las ganaderías –y en algunas plazas de toros– en el que se introduce a las reses y se las inmoviliza para efectuarles las distintas labores de saneamiento así como curas y atenciones que pudieran ser necesarias; y, como es evidente, se utiliza también para llevar a cabo las labores de «afeitado».

<sup>769</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Una novillada sin picadores». *Informaciones*, Madrid, 16 de agosto de 1969, p. 12.

<sup>770</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «La sangre de un valiente». *Informaciones*, Madrid, 12 de octubre de 1969, p. 20.

pitones del sexto. Aquí no cabe decir «sospechosamente romos», porque el animal parecía estar destinado a cualquiera de los hermanos Peralta», sentencia Navalón.

Y si en esta temporada de 1969 Alfonso Navalón se mostraba menos combativo desde las crónicas, del mismo modo se reducen, hasta casi desaparecer, los artículos e informes en los que el tema del afeitado está presente, encontrándose tan solo dos referencias destacables, siendo la primera y más relevante de los meses previos al inicio del grueso de la temporada un informe sobre las distintas problemáticas que están asolando la Fiesta publicado en el mes de febrero. En él, el cronista hace repaso de las distintas violaciones que sufre el Reglamento, utilización de toros sin cualidades mínimas para la lidia, abuso de los petos con peso superior al reglamentado, el dominio de los trust en el funcionamiento empresarial, y también, claro está, el «afeitado», que ofrece unos datos realmente alarmantes en el año 1968 —hasta 76 ganaderos propuestos para sanción y más de 200 juegos de pitones enviados a análisis por sospecha de manipulación— sólo en plazas importantes, lo que le lleva a considerar que si el abuso tiene tal magnitud en aquellos cosos donde el control es mayor, en los de categoría inferior tiene que ser habitual y generalizado.

[...] Afortunadamente la autoridad ha reaccionado con verdadero rigor y ahí está la colección de multas impuestas en la pasada temporada que sobrepasa en mucho las publicadas. Se sabe que han sido multados 26 ganaderos cuyos nombres aparecieron en letras de molde como «afeitadores», pero en realidad han sido 76, incluyendo como escenarios de la trampa plazas tan «respetables» como Madrid, Pamplona y Bilbao.

Se sabe también que los juegos de astas envidados por los veterinarios a la Escuela de Sanidad Veterinaria de Madrid con la calificación de «sospechosos» alcanza la cifra insultante de 200 cajones debidamente lacrados. Y esto sólo en las ferias de postín. ¿Qué no habrá pasado en esas plazas de tercera categoría donde el alcalde suele ser poco amigo de meterse en peleas?<sup>771</sup>[...]

En medio de la feria de Sevilla, también se hace eco de los seis toros rechazados por la autoridad de la ganadería de Antonio Pérez-Taberner en el reconocimiento previo y lo señala con grandes titulares. Toros que iban a ser lidiados por una de las figuras del momento, Sebastián Palomo Linares, pero sobre los que se cernía la sospecha por su escasa ofensividad y alarmantes signos de haber sido «afeitados». «Pero la corrida de Antonio Pérez Taberner destinada a Palomo para el sábado 19 ha

---

<sup>771</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Informe sobre la crisis taurina». *Informaciones*, Madrid, 18 de febrero de 1969, pp. 18-19.

sido rechaza íntegramente por ofrecer los pitones escasa longitud y aparecer todos ellos con las puntas sospechosamente romas»<sup>772</sup>, escribe Navalón, alegrándose de la diligente actuación de la autoridad.

En la temporada de 1970 el número de referencias encontradas es similar al de la temporada anterior, con dieciséis textos en los que, de una u otra manera, aparece la denuncia.

### Referencias «afeitado» temporada de 1970 en crónicas de festejos

RES O RESES SOSPECHOSAS	CARTEL	FECHA CRÓNICA	PLAZA DE TOROS	REFERENCIA
Diego Puerta	-Diego Puerta -El Viti -Manolo Cortés	Lunes 2 de marzo	Castellón	Bajando algo el cuarto, más escurrió y pobre de cabeza
Sorando	-Antonio Arroyo -Raúl Aranda -Roberto Piles	Lunes 16 de marzo	Valencia	Cómodos de pitones
Fermín Bohórquez	-Curro Girón -Miguelín -Santiago López	Lunes 16 de marzo	Valencia	El primero, muy pobre de pitones
Atanasio Fernández/Juan Mari Pérez-Tabernero/Pilar Fernández Cobaleda	-El Viti -El Cordobés -J. L. Parada	Martes 17 de marzo	Valencia	Todos chicos, todos sin peligro y sin pitones
María Pallarés	-Palomo Linares -Ángel Teruel -Manolo Cortés	Viernes 20 de marzo	Valencia	Seis indecorosas reses de María Pallarés, sin presencia, respeto ni pitones
Murteira Grave (primer toro)	-El Includero -Antonio Barea -El Hencho	Martes 31 de marzo	Madrid/Las Ventas	Terciado y excesivamente cornirromo el primero
		Jueves 16 de abril	Sevilla	Antes se supo que los hombres de El Cordobés lo tenían todo organizado para hacer una tentativa de afeitar la corrida en la noche del martes
Benítez Cubero	-V. Valencia -Diego Puerta -Palomo Linares	Sábado 18 de abril	Sevilla	Escasos de presencia y pobres de cabeza, excepto el cuarto, muy astifino. El tercero, insospechadamente romo. Segundo y quinto escobillados de ambas astas. Al terminar la corrida, los pitones fueron precintados y enviados a Madrid para su reconocimiento
Herederos de Carlos Núñez	-Diego Puerta -El Viti -Palomo Linares	Viernes 8 de mayo	Aranjuez	El tercero lucía unas protuberancias junto a las orejas
Mercedes Pérez	-El Viti -El Cordobés -Julián García	Miércoles 29 de julio	Valencia	El segundo sospechosa cornamenta. La mayoría presentaba los pitones sospechosamente romos/la sombra del serrucho fue un fantasma durante toda la tarde
Francisco Galache	-El Viti -Palomo Linares -M. Márquez	Jueves 30 de julio	Valencia	El primero, demasiado chico y pobretón de cabeza
María Pallarés	-Diego Puerta -El Cordobés -El Puno	Viernes 31 de julio	Valencia	Pobres de cabeza

<sup>772</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «La autoridad rechaza los seis toros de Antonio Pérez destinados a Palomo». *Informaciones*, Madrid, 17 de abril de 1969, p. 33.

Eduardo Miura	-César Girón -Palomo Linares -Julián García	Sábado 1 de agosto	Valencia	Pobres de cabeza/El segundo salió con los dos pitones destrozados/seis miuras con dos pitoncitos dignos de un perritorio comercial
Antonio Pérez-Tabernero	-Diego Puerta -El Cordobés -J.L. Parada	Miércoles 12 de agosto	San Sebastián	Segundo y cuarto fueron dos becerrotos cornicortísimos
Fermín Bohórquez	-Diego Puerta -El Viti -Ángel Teruel	Viernes 21 de agosto	Bilbao	Gordos y cómodos de cabeza
Joaquín Buendía	-Diego Puerta -Paco Camino -D. González	Sábado 22 de agosto	Bilbao	Muy terciados, cómodos de cabeza y excesivamente gordos
Pérez Angoso (lidiado en 3º lugar) Sánchez Fabrés (lidiado en 5º Lugar)	-El Viti -M. Márquez -D. González	Martes 22 septiembre	Salamanca	Brocho y muy pobre de pitones/muy pobre de cabeza

Navalón constata que el fraude vuelve a estar presente casi desde el principio de la temporada después de asistir a las ferias de Castellón y Valencia, y pocos días antes del inicio de la feria de Sevilla se apresura a hacer una llamada a la autoridad para que esté realmente atenta a lo que está por venir. Los intereses económicos de las figuras van a jugar la baza del afeitado durante toda el año, a pesar del, tal y como apunta el cronista que ocurrió a lo largo del invierno, compromiso de los empresarios de velar por la integridad del toro. Pero el negocio manda, y allá donde un torero taquillero reclame el arreglo de las reses, el organizador no va a poner mayores trabas.

#### **HA VUELTO EL AFEITADO**

Nos pidieron un invierno en paz y se lo dimos. A cambio nos ofrecieron una temporada seria, en la que se iba a cuidar el toro, en la que se iba a poner coto a los abusos de dos conocidas figuras de la taquilla. Las grandes empresas garantizaban la presencia del toro y el destierro de los «reconocedores». Dijeron que sería la propia empresa quien velaría por la dignidad del ganado, que nadie más que la empresa iría al campo para reseñar las corridas en evitación de posibles escándalos como los de temporadas pasadas.

Se dijeron en diciembre cosas hermosas. Y se prometió un mayor respeto hacia el público. Pero apenas han firmado con El Cordobés y Palomo ya están los «reconocedores» haciendo de las suyas por las dehesas y ya están dándole trabajo a los veterinarios en los reconocimientos. Acaba de empezar la temporada y ya han sido desechadas varias corridas. Ahí están las fallas de Valencia con la presencia descarada del novillo. Ahí está ya la procesión de camiones para reponer los toros que no le admiten los veterinarios a El Cordobés y a Palomo. Al primero le rechazaron cuatro de los seis. A Palomo, los seis. Ya hemos vuelto a las andadas. Ya estamos otra vez viendo como se pisotea el Reglamento, viendo cómo en una corrida de abono se sueltan

una misma tarde toros de tres ganaderías. ¡Ya nos están tomando el pelo otra vez!

Pero nuestro pacto termina aquí. Hemos cumplido la promesa de un invierno sin campañas. Y ellos, los empresarios, no han sabido poner coto a los abusos de siempre. Nuestro silencio ya no puede prolongarse más, porque entonces traicionamos al público para convertirnos en encubridores. Es doloroso que tengamos que estar siempre con la denuncia en el teclado de la máquina. Es doloroso que los taurinos no sepan vivir más que burlando la ley y no entiendan otro lenguaje que el de las multas y la leña. Ya son historia los testimonios de Valencia, Marbella, Zaragoza y Barcelona. Novillos y remiendos. Protestas del público por la pequeñez del ganado. En Zaragoza volvió uno al corral después de estar en la plaza. En alguna reseña hemos leído que «por bizco». A Pamplona va un toro bizco de Urquijo que no hay veterinario que lo rechace.

Estos años hemos logrado detener la magnitud del fraude gracias a una apretada postura de la crítica independiente. El año pasado se denunció el afeitado y tuvimos un temporada 69 donde en las grandes ferias salieron los pitones intactos. Durante este invierno no hemos hablado del serrucho porque parecía que todo estaba muy normal y nadie se iba a atrever a tocar un pitón.

Y el lunes pasado ya me han llamado por teléfono desde una plaza del Sur, desde una plaza de la Costa del Sol, para ser más exactos: «Oiga usted, ¡de vergüenza! Algunos hasta echaban sangre. No era un afeitado discreto. Era una cosa descarada. Y ha sido el comentario general.»

No voy a citar el nombre de la plaza y del ganadero. Seguramente a estas horas ya están los pitones examinados por los técnicos de la Escuela Nacional de Sanidad Veterinaria. Y multados.

«Oiga usted: si le mandan a Madrid los seis juegos de pitones, no paga ni con todo lo que vale la corrida.» Esta fue otra frase de mi comunicante, al tiempo que me pedía «hacer algo para cortar este abuso».

Y acabo de hacerlo. Traslado la llamada a la Dirección General de Seguridad para que redoble la vigilancia. La Dirección General de Seguridad ya sabe lo que es la «libertad vigilada» y en tal situación deben estar todos los que tengan antecedentes en la ficha de afeitadores. El ganadero que sirvió el producto para esta corrida tiene amplio historial como «virtuoso del serrucho», y su nombre ha salido en letras de molde y en la lista oficial de multas. El torero vedette de esa tarde también va estrechamente vinculado a la historia de los escándalos por afeitado. Hay que seguirle los pasos. Es preciso volver a precintar todos los pitones donde lidien determinadas ganaderías, cuando, además, actúan determinados toreros. Es muy sencillo de cortar este nuevo brote de afeitado.

Ahora, tras el silencio invernal, se sienten seguros y tratan de sorprender, creyendo que nos van a pillar desprevenidos. Además, este año no se ha publicado la lista de multas por afeitado y falta de edad. Rogamos a la Dirección General de Seguridad que nos las facilite como todos los años. Yo sé de dos o tres ganaderos que han sido sancionados.

Me lo han dicho ellos mismos. Sé que el año pasado los técnicos de la Escuela Nacional de Sanidad tuvieron mucho trabajo, que llegaron al laboratorio muchísimos cajones con cuernos sospechosos procedentes de las plazas rurales donde actuaban los llamados «guerrilleros». Rogamos respetuosamente que se nos comunique el resultado de estos trabajos de reconocimiento de pitones. Y que se sigan haciendo públicos, para general escarmiento.

Estamos empezando una temporada artística. La fiesta se encuentra en un momento tan delicado que no son aconsejables nuevos atentados contra su integridad. Es preciso obrar con mano dura. El que no sea capaz de ponerse delante del toro, que se retire, y el que no sepa vender las corridas más que mermándole las defensas y la edad, ¡que se le inhabilite! No podemos permanecer impasibles mientras el egoísmo de unos cuantos convierte una fiesta gallarda en el hazmerreir de los turistas y el despecho de los aficionados.<sup>773</sup>

Hasta la llamada de atención, Navalón ha asistido a las dos primeras ferias relevantes, particularmente la de Valencia, donde ha constatado la lidia de reses con poca cara en al menos cuatro de los festejos del serial, destacando, primero, la corrida lidiada el lunes 17 de marzo, en la que actúa Manuel Benítez, *El Cordobés*, y en la que se lidian reses de las ganaderías de Atanasio Fernández, Juan Mari Pérez Tabernero y María Pilar Fernández Cobaleda, resultando a ojos del cronista «todos chicos, todos sin peligro y sin pitones»<sup>774</sup>; y dos días después, con Sebastián Palomo Linares en el cartel, salen al ruedo los toros de María Pallarés «sin presencia, respeto ni pitones»<sup>775</sup>

Ya en la Feria de Abril de Sevilla, días después del artículo citado anteriormente, en la crónica del jueves 16 de abril, Navalón se hace eco de que los pitones de los seis toros de la ganadería de Carlos Núñez lidiados el domingo día 12 de abril han sido mandados a analizar. La crónica de ese festejo es una continua censura a la mala presencia y pequeñez de las reses y los tejemanejes de Manuel Benítez, *El Cordobés*, y, si bien no hace referencia alguna al estado de los pitones en la parte legible —hay una parte del texto a la que no se ha podido acceder debido al pliegue del propio encuadernado del tomo—, pudiera intuirse que en esa denuncia continuada queda incluida la sospecha de manipulación de los mismos, ya que recuerda la temporada anterior donde *El Cordobés* se paseó por plazas de categoría inferior en las que las reses lidiadas ofrecían claros signos de afeitado cada tarde. «Todos de indecorosa presencia, borregos, mansos y berreones. [...] Ayer, *El Cordobés* se permitió la lindeza de

<sup>773</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Ha vuelto el afeitado». *Informaciones*, Madrid, 6 de abril de 1970, p. 17.

<sup>774</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «El festival fallero». *Informaciones*, Madrid, 17 de marzo de 1970, p. 23.

<sup>775</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Tremenda cogida de Bojilla». *Informaciones*, Madrid, 20 de marzo de 1970, p. 26.



convertir la Real Maestranza en una plaza portátil del pasado verano. Y para empezar trajo un lote bovino procedente del señor Núñez, para que si alguien había sospechado que iba a cumplir su promesa invernal de ponerse ante el toro serio, se lo fuera quitando de la cabeza»<sup>776</sup>.

El viernes 18 de abril los toros lidiados pertenecen a la ganadería de José Benítez Cubero y en este caso es Sebastián Palomo Linares el que está anunciado. De nuevo se alegra el cronista del precintado y posterior envío de la totalidad de las astas al correspondiente análisis veterinario. «Seis toros de José Benítez Cubero, escasos de presencia y pobres de cabeza, excepto el cuarto, muy astifino. El tercero, insospechadamente romo. Segundo y quinto, escobillados de ambas astas. Al terminar la corrida los pitones fueron precintados y enviados a Madrid para su reconocimiento, al estimar los veterinarios y la autoridad que posiblemente habían sido objeto de manipulaciones fraudulentas»<sup>777</sup>, escribe Navalón, que más adelante continua su descripción señalando la sospecha de afeitado que se iba instalando entre los aficionados del tendido a la par que los toros iban saliendo al ruedo. «Con torillos tan escurridos como el primero, tercero y sexto, o tan exageradamente romos como el tercero. Pero la corrida se ha lidiado entera, sin más contratiempo que ese tufillo de desagrado que dominaba el ambiente y los comentarios en torno a las dimensiones de algunos corticortitos», describe.

De nuevo el protagonismo es para Palomo Linares, esta vez en la plaza de toros de Aranjuez, ante reses de la ganadería de María Pallarés. Se apresura el cronista a señalar al torero, indicando la «casualidad» de que el toro más cómodo de cabeza del festejo le hubiera tocado al torero emergente, salpicado tantas tardes por la sospecha de inducir el fraude. «El tercero, que casualmente correspondió a Palomo, lucía unas protuberancias junto a las orejas, que haciendo un esfuerzo imaginativo podían relacionarse con algo parecido a unos cuernecitos»<sup>778</sup>, escribe Navalón.

Pero sin duda, la denuncia más importante de esta temporada de 1970 es la publicada en el mes de julio durante la celebración de la feria de San Jaime en Valencia. En este caso, las reses de Mercedes Pérez lidiadas el martes 28 de julio saltan al ruedo

---

<sup>776</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Fábula del famoso vestido de colorines y el torito». *Informaciones*, Madrid, 13 de abril de 1970, p. 16.

<sup>777</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Palomo cumplió la penitencia». *Informaciones*, Madrid, 18 de abril de 1970, p. 19.

<sup>778</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «La nueva tauromaquia de los bóvidos». *Informaciones*, Madrid, 8 de mayo de 1970, pp. 16-17.

con tan evidentes indicios de haber sido afeitadas que Navalón se atreve a llevar la sospecha al titular de la crónica. Repitiéndose el patrón visto hasta ahora, en el cartel está el diestro más polémico y más veces implicado en la lidia de reses supuestamente manipuladas, Manuel Benítez, *El Cordobés*, que una tarde más se enfrenta a toros con escasa entidad. Atendiendo a lo expuesto por el cronista en tantas ocasiones, sin en las plazas de toros de cierta relevancia las reses salen de esta guisa, cabe preguntarse qué tipo de ganado y en qué condiciones saldrá cuando torear en aquellas plazas de menor categoría en las que los controles son infinitamente menores.

### LA SOMBRA DEL SERRUCHO

[...] La lidia del segundo transcurrió entre una formidable bronca por inválido y sospechosa cornamenta. El público gritó repetidas veces la palabra «¡Afeitado!» y la mayoría presentaba los pitones sospechosamente romos [...]

### SOSPECHOSAMENTE ROMOS

En efecto, habíamos visto dos corridas serias y otra no tanto, pero astifinas donde las haya. Llegó El Cordobés y la autoridad no tuvo más remedio que rechazar íntegramente el ganado anunciado. En su lugar trajeron de los beatíficos campos salmantinos otra caricatura de corrida, esta vez con el hierro de doña Mercedes Pérez, viuda de don Guillermo Marín. No es lo malo que los seis animales, jóvenes y casi todos inválidos, salieran sin casta y con una desesperante sosería. Pero lo peor es que la sombra del serrucho fue un fantasma durante toda la tarde. Por ejemplo, a El Cordobés le gritaron desde un tendido de capotes «¡Chico, inútil y encima afeitado!» Dios me libre afirmar que los perritorios estaban afeitados. Lo decía el público. A mí me parecieron escandalosamente romos, sobre todo el segundo, que casualmente correspondió a El Cordobés. Tenía los cuernecitos con un final digno de un rejoneador.

Hacemos una llamada de alerta a la autoridad, el año pasado sólo se afeitaron los perritorios de la guerrilla pueblerina. Este año, la sombra del serrucho se proyecta ya sobre las ferias de importancia. Los valencianos son testigos. Ayer tarde se hablaba tanto del afeitado como de las broncas de El Cordobés. [...]<sup>779</sup>

Como nota curiosa de esta temporada aparece la sospecha sobre la ganadería más legendaria de España, la de Eduardo Miura, que en la última corrida de esta feria valenciana ofrece seis toros «terciados y pobres de cabeza y de fuerza. El segundo salió con los dos pitones destrozados...»<sup>780</sup>. Esta ganadería, fuera del circuito comercial de las ganaderías predilectas de las figuras, no alberga la sospecha del sometimiento a los intereses económicos del entramado taurino; sin embargo, ¡oh, casualidad!, en este

<sup>779</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «La sombra del serrucho». *Informaciones*, Madrid, 29 de julio de 1970, pp. 21.

<sup>780</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Unos miuras... de Galache». *Informaciones*, Madrid, 1 de agosto de 1970, p. 19.

festejo está presente el otro diestro polémico y más implicado en los tejemanajes del fraude, Sebastián Palomo Linares. Aquí, por lo tanto, surge la duda respecto a la consideración del cronista —que él mismo no se atreve a aclarar—, que determina que los toros son pobres de cabeza, circunstancia ésta que, como se ha apuntado más arriba, puede deberse a una condición natural de las reses —la conformación de las astas depende de varios factores y el escaso desarrollo córneo no tiene porqué estar siempre ligado a la manipulación—, o a su manipulación en la misma plaza de toros. En cualquier caso, la comodidad de las reses está ahí, lo que le lleva a comparar las del histórico ganadero con las de uno de los criadores de toros predilectos de todos los toreros, Francisco Galache. «Lo que no podía sospechar el bonachón de Paco Galache es que en Valencia iban a salir toros de Miura tan cómodos de cabeza como los que cría en “Hernandinos” [...] seis miuras con dos pitoncitos dignos de un perritorio comercial», apunta Navalón.

Tampoco podía faltar esta temporada de 1970 la Semana Grande donostiarra, plaza en la que, como se ha podido comprobar en temporadas anteriores, la sospecha es habitual. Sin embargo, en esta ocasión se reducen considerablemente las alusiones al tema, y únicamente son algunos de los toros de Antonio Pérez-Taberner lidiados el martes 11 de agosto los que muestran unas cornamentas inapropiadas. «Seis reses desiguales de Antonio Pérez. Segundo y cuarto fueron dos becerrotes cornicortísimos. Todos sin presencia, sin casta y con acusados signos juveniles»<sup>781</sup>, señala el cronista.

Y para finalizar el año, en uno de sus habituales reportajes analíticos sobre el conjunto de la temporada, Navalón repasa los hitos más relevantes de los que ha sido testigo en las distintas plazas que ha visitado así como de aquellos de los que ha tenido noticia directa, para concluir que el problema del afeitado, lejos de haberse contenido después de las campañas de denuncia emprendidas y después del compromiso de los empresarios de luchar contra el fraude, sigue estando en la palestra, con un alto porcentaje de corridas sospechosas de manipulación y sin que se haga pública la lista de ganaderos descubiertos y denunciados. «Resucita el fantasma del serrucho y los pitones precintados con destino a Madrid para ser analizados, es un trabajo habitual entre los delegados de la autoridad. Sabemos que se han afeitado muchas reses y que se han

---

<sup>781</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Un gato de diferente color». *Informaciones*, Madrid, 12 de agosto de 1970, p. 23.

multado bastantes. Pero la lista de infractores no se ha hecho pública»<sup>782</sup>, escribe Navalón.

La temporada de 1971 está marcada por la agresión que sufre Alfonso Navalón al finalizar la feria de San Isidro y que le lleva a tomar la decisión de abandonar temporalmente la crítica taurina, dejando sin cubrir ferias tan relevantes como la de San Jaime en Valencia o la Semana Grande donostiarra entre otras. Aun así, son dieciséis las referencias que se localizan entre las crónicas analizadas, además de cinco artículos relacionados con el tema, alguno de los cuales está incluido en la campaña contra el afeitado que lleva a cabo el esencialismo durante el mes de julio de este año y que se aborda en el apartado correspondiente.

### Referencias «afeitado» temporada de 1971 en crónicas de festejos

RES O RESES SOSPECHOSAS	CARTEL	FECHA CRÓNICA	PLAZA DE TOROS	REFERENCIA
Atanasio Fernández/Pilar Fernández Cobaleda	-El Viti -El Cordobés -Julián García	Jueves 18 de marzo	Valencia	Discretamente cornirromos/ Creo que si en esta ocasión hubo fraude, se hizo con paciencia y buena técnica
Clemente Tassara	-Miguelín -Curro Rivera -J.L. Parada	Viernes 19 de marzo	Valencia	Desiguales de tipo dentro de su falta de pitones/Es decir, casi sin pitones
Benítez Cubero	-Diego Puerta -Palomo Linares -Curro Rivera	Miércoles 21 de abril	Sevilla	Cómodos de cabeza/El tercer perritoro tiene una cabeza de novillada sin caballos/"casualmente los dos pitones escobillados/
Conde de la Maza	-Diego Puerta -El Cordobés -Rafael Torres	Jueves 22 de abril	Sevilla	Pitones sospechosamente romos
Eduardo Miura	-Limeño -A. Vázquez -El Paquiro	Lunes 3 de mayo	Toledo	Muy terciados y cornicortos los tres primeros
Alonso Moreno	-A. Lomelín -José Falcón -Curro Vázquez	Domingo 16 de mayo	Madrid/Las Ventas	Dos toros pobres de pitones
Fermín Bohórquez	-Curro Giró -Manolo Cortés -S. López	Lunes 17 de mayo	Madrid/Las Ventas	Muy pobres de cabeza
Atanasio Fernández	-G. Sánchez -El Viti -El Cordobés	Martes 18 de mayo	Madrid/Las Ventas	El último toro de insignificante cornamenta y aspecto abecerrado
Juan Mari Pérez Tabernero Montalvo	-Diego Puerta -El Cordobés -Rafael Torres	Sábado 22 de mayo	Madrid/Las Ventas	Síntomas de haber pasado por la peluquería/ Todos estaban cuidadosamente romos, saliendo de ojo el quinto, que parecía de rejones
Duque de Pinohermoso	-A. Ordóñez -Paco Camino -Curro Rivera	Miércoles 26 de mayo	Madrid/Las Ventas	El primero, pobre de cabeza/El tercero, pobre de cabeza/El cuarto tenía los pitones muy romos
Juan Mari Pérez-Tabernero (lidiado en 2º lugar)/Alonso Moreno (lidiado en 4º lugar)	-A. Bienvenida -A. Vázquez	Lunes 31 de mayo	Madrid/Las Ventas	Con dos platanitos deformes delante de las orejas/Que venía además sin pitones

<sup>782</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Tres ferias que lo definen todo: Castellón, Valencia y Sevilla». *Informaciones*, Madrid, 24 de noviembre de 1970, p. 34.

Marqués de Domecq	-J.L. Galloso -Manzanares	Viernes 11 de junio	Madrid/Las Ventas	Presuntamente romos/por muy cómodas que aparecieran las puntas de los pitones/ ¿Por qué no se mandan a analizar determinados pitones?
Martínez Elizondo	-Paquirri -M. Márquez - Marcelino	Viernes 9 de julio	Pamplona	El primero, escurrido y cómodo de pitones
Eduardo Miura	-El Viti -A. Vázquez -José Falcón	Lunes 12 de julio	Pamplona	El cuarto y el sexto muy pobres de pitones
Núñez Hermanos	-A. Bienvenida -Dominguín -A. Vázquez	Miércoles 11 de agosto	San Lorenzo del Escorial	Discretamente presentados y con los pitones discretamente romos/El segundo sobrero, con los pitones escandalosamente romos
Carlos Urquijo	-El Viti -Paquirri -Curro Rivera	Viernes 20 de agosto	Bilbao	Cómodos de cabeza/"agradables" cornamentas

La alteración de la morfología córnea de las reses tiene como primer mecanismo de control la propia imagen que ofrece al experto en la materia. En buena parte de las ocasiones, la manipulación humana deja claros signos de haberse producido, lo que provoca la inmediata sospecha. Sin embargo, hay bastantes casos en que este trabajo resulta muy meticuloso y preciso, realizado por auténticos técnicos, que dejan la forma del reducido pitón tan impecable como imperceptible la trampa para el profano en la materia. El posible fraude es más difícil de ser comprobado visualmente —particularmente en los toros que tenían originalmente las defensas muy desarrolladas—, generándose una duda razonable. Esto es lo ocurrido en el festejo celebrado el día 17 de marzo en la plaza de toros de Valencia en que los toros de Atanasio Fernández, «discretamente cornirromos» según afirma Navalón en la ficha de la corrida, y con El Cordobés anunciado, le producen esa duda. «Creo que si en esta ocasión hubo fraude, se hizo con paciencia y buena técnica»<sup>783</sup>, señala el cronista.

Una temporada más, la feria de Abril sevillana no se escapa de la sospecha. Por enésima vez son los toros de la ganadería de Benítez Cubero lidiados el martes 20 de abril los protagonistas y junto a ellos la figura de Palomo Linares. Navalón en este caso va ingresando en el texto de la crónica sus diferentes denuncias, y si en la ficha del festejo señala que se lidian seis toros «de Benítez Cubero, terciaditos, cómodos de cabeza, deslucidos para los toreros y escasísimos de fuerza»<sup>784</sup>, va añadiendo progresivamente las mencionadas explicaciones. Así, el segundo era un toro que «además de pobre de cabeza tenía “casualmente” los dos pitones escobillados», signo

<sup>783</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Las curiosas coincidencias entre *El Cordobés* y Julián García». *Informaciones*, Madrid, 18 de marzo de 1971, p. 21.

<sup>784</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Solo hubo seriedad en la presidencia». *Informaciones*, Madrid, 21 de abril de 1971, p. 21.

éste indicativo del posible «arreglo», ya que los pitones afeitados tienden a escobillarse cuando chocan contra algo mientras que la tendencia de los íntegros es a partirse; el tercero merece el calificativo de «perritoro» —término creado por Navalón para definir las reses que por su apariencia y comportamiento están más cerca del perrito de compañía que del toro de lidia—, con «una cabeza de novillada sin caballos, bizco y gacho»; y finalmente el quinto, que tiene «los pitones muy cortitos, pero increíblemente afilados», completa la explicaciones del cronista con respecto a esta sospechosa corrida.

Los toros de Juan María Pérez-Tabernero Montalvo lidiados en la parte central de la feria de San Isidro ofrecen, además de las puntas de los pitones redondeadas, esa apariencia curiosa —y sospechosa—, que se vio en las reses del duque de Pinohermoso lidiadas en San Sebastián durante la Semana Grande de 1968, con el pelo que cubre la mazorca del pitón en su unión con el cráneo cortado para dar sensación de mayor largura. Los toros elegidos para la ocasión salpican de nuevo a El Cordobés; y como en cada oportunidad, Navalón aprovecha la circunstancia para desacreditar al torero de Córdoba, titulando la crónica con un rotundo «EL GRAN ENGAÑO DE EL CORDOBÉS». «Salieron al ruedo indecorosas reses de Juan María Pérez T. Montalvo, que provocaron el más formidable escándalo de la feria. Todos fueron mansos, sin presencia, excepto el quinto, que aparentaba más; correataron sin fuerzas por el ruedo. Se cayeron, escavaron, cocieron el peto. Y para colmo, presentaron síntomas de haber pasado por la peluquería, puesto que todos tenían cuidadosamente recortadas las mazorcas para aparentar mayor longitud de pitones. Todos estaban cuidadosamente romos, saliendo de ojo el quinto, que parecía destinado a rejones»<sup>785</sup>, escribe el cronista, que completa la explicación de ese quinto toro en un pie de foto que ahonda en la sospecha, «Pese a lo sospechosamente romos pitones del quinto, El Cordobés anduvo des... desde el primer lance hasta esta estocada volviendo la cara y cerrando los ojos...».

Hasta en las novilladas en las que participan aspirantes con cierto cartel —dos de los novilleros con más proyección del momento, José Luis Galloso y José María Manzanares— se atisba el fraude, como es el caso de la lidiada en Las Ventas pocos días después de finalizada la feria de San Isidro y pocos días antes de que Alfonso Navalón anuncie su retirada momentánea de la crítica taurina. Al igual que ocurre en el

---

<sup>785</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «El gran engaño de *El Cordobés*». *Informaciones*, Madrid, 22 de mayo de 1971, Suplemento taurino Feria, p. 2.

escalafón superior, aquellos miembros entre la novillería que tienen más fuerza gozan de los «cuidados» del entramado taurino, y los nombres citados habían logrado despertar la atención del panorama taurino, convirtiéndose en aspirantes a figuras —y por tanto a proporcionar importantes ingresos— merecedoras de toda atención para no malograr esa magnífica proyección. Así, en su segunda actuación en la madrileña plaza, «se lidiaron seis novillos del marqués de Domecq, presuntamente romos, deslucidos, gazapones y faltos de clase y de casta. [...] A nadie le ha extrañado que dos novilleros triunfantes el domingo devolvieran ayer parte de sus apoteosis. Sencillamente porque no podían estar a gusto delante de un ganado inadecuado para sus posibilidades, por muy cómodas que aparecieran las puntas de los pitones»<sup>786</sup>, según pudo observar Navalón. La presencia de estas reses sospechosas le lleva al cronista a preguntarse qué está pasando con el «afeitado» esta temporada y porqué hay tanto oscurantismo con este tema a pesar de la evidencias y de las demandas de los aficionados. «Aprovechando esta circunstancia apuntada, debo manifestar mi extrañeza ante lo que, según fuentes bien informadas, está ocurriendo en el desolladero. ¿Por qué no se mandan a analizar determinados pitones? ¿Por qué no ha vuelto a publicarse la suponemos amplísima lista de multas por afeitado? », se interroga Navalón.

A principio del mes de julio, en pleno retiro por esas fiestas populares que tanto le cautivan, Navalón, animado por la dirección del periódico, se ve en la obligación de responder a un lector que reclama una explicación para la ausencia del cronista. Las cartas que preguntan por su paradero y el porqué de su ausencia de las plazas de toros llegan en grandes cantidades al diario. El cronista, con ese aire de adalid de la verdad, de héroe incomprendido, contesta con su natural competencia para poner de manifiesto el grave problema que existe para el control del fraude del afeitado y la renuente autoridad, incapaz, seguramente por omisión, de establecer un mecanismo de control eficaz que acabe de una vez por todas con la burla diaria. Porque, de qué sirve enviar varios juegos de pitones a analizar si en el trayecto las cajas precintadas van a ser ultrajadas y los pitones sustituidos por otros de reses que poco o nada tienen que ver con las sospechosas, sin que nadie, además, se moleste en investigar qué ha ocurrido realmente. Este texto y concretamente este mismo párrafo, al que nos referiremos en el apartado relativo a los hitos de la Corriente Crítica Esencialista, supondrá la antesala de

---

<sup>786</sup> NAVALÓN GRANDE, Alfonso. «Nunca segundas partes fueron buenas». Madrid, diario *Informaciones*, de viernes 11 de junio de 1971, p. 25

la segunda campaña corporativa por parte de los escritores esencialistas en su lucha contra la manipulación de las astas de las reses:

[...] Ya se ha denunciado desde estas páginas todo lo denunciabile. El resto es un problema de autoridad. Si yo tuviera atribuciones para poner las cosas en su sitio, le garantizo que en un mes acababa con esta cadena de trampas y atropellos. Por si no lo sabe, se está afeitando con más intensidad que nunca, se están lidiando animales indecorosos. Lo sé de primerísima fuente. Conozco a los más acreditados serrucheros. Sin necesidad de ir a Alicante, ni a Soria, ni a Burgos, ni a cualquiera de las ferias que se están celebrando, podría presentarme en cualquier desolladero y mandar precintar ante notario los pitones que están afeitados, con la seguridad que se romperían los precintos por el camino o llegarían otros pitones que nada tenían que ver con los «inculpados».<sup>787</sup>

Y también durante ese retiro voluntario el cronista publica un interesante reportaje en el que refleja la dura realidad de la mayoría de ganaderos con respecto al fraude. Una realidad que se vuelve dramática para aquellos que intentan mantenerse firmes en el cumplimiento de la ley y que sus reses salgan íntegras pero que sin embargo son objeto del ostracismo de la mayoría del entramado taurino. El silogismo es claro, si el ganadero afeita puede vender y lidiar las corridas, si lidia las corridas, sobrevive. Pasar por el aro del fraude o morir, más aún cuando en el ambiente taurino existe un aire de inmunidad, bien porque la cuantía de las posibles multas es aceptable bien porque el proceso sancionador, si se produce, es tan lento que difícilmente llegan a pagarse las cantidades impuestas:

#### **CHANTAJE A LOS GANADEROS SI NO HAY «AFEITADO» NO HAY COMPRA**

[...] Palabra, lector, que me disgusta volver a escribir sobre esto. Ando muy a gusto por los pueblos. Ando así porque mi periódico ha tenido el buen criterio de considerar poco serio malgastar el tiempo y la prosa de su crítico dedicando espacio a las «hazañas de los actuales fenómenos del toreo». Mira, lector, en Pamplona se ha demostrado bien claro que no son tales fenómenos. Que no son siquiera unos medianos toreros. Los de mayor fama han fracasado estrepitosamente al enfrentarse con el cuatroño. No han podido con él. Otros ni se han atrevido a comparecer. Pero tampoco es cosa de dejarlos por ahí haciendo tropelías a sus anchas. Tampoco es cosa de permanecer al margen de algo intolerable. Según el ambiente general, se está afeitando a mansalva. Incluso de alardea de tal práctica. [...]

Los ganaderos necesitan vender como sea. Los que van a comprar conocen esta situación, saben que la demanda está muy por encima del consumo normal, saben, en definitiva, que es la ocasión de abusar del

---

<sup>787</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Navalón no está ni retirado ni postergado». *Art. Cit.*, p. 23.



ganadero, ya sea pagándole a bajo precio sus productos o imponiéndole condiciones que difícilmente se resistirá a aceptar.

Por supuesto que a muchos ganaderos no les hace falta ninguna situación extrema para prestarse a este tipo de fraudes. Estos están sobradamente identificados ya por el público, sobradamente denunciados por la Prensa y debidamente fichados en los archivos de sanciones de la Dirección General de Seguridad. Pero otros que han mantenido durante muchos años una conducta íntegra, están a punto de sucumbir ante la imposibilidad de dar salida a sus toros. Conozco a muchos ganaderos que a estas alturas de la temporada no han vendido ni un solo toro. Conozco a otros que tienen hasta seis corridas. Cada vez que se acerca uno de los posibles compradores por la dehesa, la condición de compra es siempre la misma: «Antes de hablar de precio hay que dejar sentado que se le tienen que cortar los pitones». Si no hay serrucho no hay compra.

Conozco a un admirable ganadero de Andalucía, triunfador en Sevilla y en una de las últimas ferias de San Isidro. Tiene seis corridas. Se ha cansado de esperar, de que le den largas, de que lo toreen. Tiene varios hijos. Tiene que vivir y comer. Si los afeita le compra las seis la misma empresa. Tiene de plazo hasta primeros de agosto. «Lo siento, pero voy a correr el riesgo —me decía angustiado desde el otro lado del teléfono—. Por otra parte, creo que no voy a arriesgar nada, porque veo que como los afeitan los demás y no les pasa nada». [...] <sup>788</sup>

Hacia referencia Navalón en ese reportaje a un ganadero andaluz triunfador de la pasada feria de Sevilla. No da el nombre, pero es muy probable que se trate de Carlos Urquijo, ganadero hasta la fecha íntegro, pero sometido como el que más a las presiones del lado más turbio del entramado taurino. A pesar de haber lidiado en las plazas y en las ferias más importantes su nombre nunca ha estado salpicado por la sospecha, pero el conflicto generado en la temporada pasada haciendo pública su negativa <sup>789</sup> a «arreglar» sus reses, destinadas a ser lidiadas por Manuel Benítez, *El Cordobés*, le ha situado en el borde del precipicio. La maquinaria del taurinismo se ha confabulado para hacer el vacío a uno de los mejores y más importantes ganaderos del momento y el trabajo ha dado sus frutos. Así, por primera vez en estos años, los toros lidiados por Urquijo en la feria de Bilbao son «cómodos de cabeza», ya que presentan unas cornamentas cuanto menos «agradables», lo que conduce a la sospecha de que sea el ganadero mencionado por el cronista en el artículo anteriormente citado. Navalón, amigo personal del ganadero, tira de eufemismo para señalar la evidencia. «Puestos a matizar, diremos que

---

<sup>788</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Si no hay “afeitado” no hay compra». Madrid, *Informaciones*, Madrid, 23 de julio de 1971, p. 17.

<sup>789</sup> Según publicó el diario *Informaciones* del 29 de octubre de 1970, al ganadero Carlos Urquijo le empezaban a sobrar corridas en el campo por su actitud firme durante la feria de Abril de ese año. En aquel momento, Urquijo saltó a la palestra por su negativa a afeitar las reses destinadas a ser lidiadas por Manuel Benítez, *El Cordobés*, a pesar de las presiones que, al parecer, tuvo que soportar los días previos. Véase *Informaciones*, Madrid, 29 de octubre de 1970, p. 21., e *Informaciones*, Madrid, 16 de abril de 1970, p. 23.

quizá estos toros tan bonitos de cabeza por sus “agradables” cornamentas no respondieron en tipo al respeto que debe tener el toro en esta plaza»<sup>790</sup>, deja escrito el cronista.

Pero a pesar del pomposo y melodramático anuncio de retirada con la afirmación de no volver más que a cubrir las ferias de Pamplona y Bilbao —únicas plazas en las que, para él, sale el toro íntegro y por tanto las únicas a las que merece asistir—, Navalón acude en agosto a una de las corridas programadas para Luis Miguel Dominguín en la temporada de su reaparición, y lo hace nada menos que una plaza de tercera categoría como es la de San Lorenzo del Escorial, en las que las posibilidades de que los toros salgan con cierta seriedad estando una figura en el cartel son nulas. Su imposibilidad innata de no entremezclarse, de no ser parte del tejemaneje de la temporada, de no estar continuamente en el centro del palenque, le hacen caer en estas tentaciones y pasar por alto todos esos lamentos acerca de la falta de interés de los festejos en los que no sale el toro de verdad. Como era de esperar, las reses de Núñez Hermanos preparadas para el evento presentan todas las deficiencias posibles, «discretamente presentadas y con los pitones discretamente romos» dice eufemísticamente el cronista en la ficha del festejo, para después seguir con la descripción en el cuerpo de la crónica con un evidente «Por fin asomó el “tercer quinto”, con dos platanitos delante de las orejas, tan escandalosamente romos que en el tendido 6 se desataron gritos cerrados de “¡Afeitado, afeitado!”»<sup>791</sup>, que da idea de lo que pudo verse ese día.

Y si en el reportaje anterior Navalón reflejaba la dura realidad de los ganaderos honestos, a finales de agosto publica uno nuevo en el que refiere otro de los grandes dramas del toreo: la terribles situaciones por las que tienen que pasar los toreros modestos, obligados, estos sí, a matar las corridas de verdad, las que no pasan por el infamante muelco, cobrando en ocasiones verdaderas miserias. En este caso, el cronista se hace eco de las palabras del diestro Pedrín Benjumea desde el Sanatorio de toreros emitidas por la televisión pública, con las que denuncia la realidad por todos conocida: las figuras sólo matan becerros con los pitones cortados. Navalón aprovecha que la entrevista fue seguida por todo el país para lanzar una nueva andanada contra el sistema

---

<sup>790</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Triunfo de Currito Rivera, con todo a su favor». *Informaciones*, Madrid, 20 de agosto de 1971, p. 21.

<sup>791</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Luis Miguel puso cerco a Madrid». *Informaciones*, Madrid, 11 de agosto de 1971, p. 14.

que impera en taurinismo dominante. «Pero ha tenido que decirlo un torero, desde una cama del Sanatorio, para que España entera se conmueva y se escandalice. Confiemos que este gesto rebelde de un torero modesto sirva para algo. Para que por lo menos se corte de raíz el abuso del afeitado»<sup>792</sup>, exclama el escritor.

### 6.1.3.2. Los «perritorios»

En la denuncia y descrédito de Alfonso Navalón hacia los fraudes que están instaurados en el espectáculo, adquiere especial categoría el término «perritorio». Esta curiosa expresión, acuñada por el propio cronista según él mismo reconoce en la temporada de 1969, quedará rápidamente instaurada entre el vocabulario de los aficionados esencialistas. Como se viene abordando en los puntos anteriores, el abuso cotidiano ejercido por las figuras del toreo —particularmente por Manuel Benítez, *El Cordobés*— y por la parte del entramado taurino que les dirigía superaba cualquier cota imaginable de desfachatez, y la lidia de toros sin condiciones mínimas de edad o trapío se había convertido en la normalidad de la Fiesta. Navalón, ingenioso, se atreve a comparar los toros que lidia y mata El Cordobés con perritos de compañía, y acuña el término «perritorio» como la manera más gráfica de descripción. Al igual que ocurría con el tema del «afeitado», el impropio recae siempre sobre aquellas ganaderías que están consideradas como las más comerciales y, normalmente, cuando se encuentran en el cartel algunas de las figuras de la torería contemporánea.

La primera vez que el término aparece recogido, así lo confirmará el propio Navalón, es durante el mes de mayo en la plaza de toros de Santa Cruz de Tenerife. Se trata de la primera ocasión en que comparten cartel El Cordobés y Palomo Linares, y para el cronista el evento debía tener importancia suficiente como para desplazarse hasta allí, si bien, conocida su personalidad y particular forma de moverse por la vida, es fácil pensar que aprovechara una inmejorable ocasión para pasar unos días en el archipiélago canario —debe afirmarse que la crónica de este festejo es tratada también en el apartado 6.1.5.3. *La destitución del comisario Pangua*—. Era evidente que los toros escogidos iban a tener todas las deficiencias imaginables, y que el enfrentamiento entre dos toreros, sin el mínimo interés artístico, nada relevante podía ofrecer a un aficionado

---

<sup>792</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «"Las figuras solo matan becerros con los pitones cortados"». *Informaciones*, Madrid, 25 de agosto de 1971, p. 16.

esencialista. Sin embargo, Navalón se presenta en la isla y asiste al festejo en su calidad de crítico taurino, llevando al titular de la crónica de ese día el término «perritoro»:

### PERRITOROS EN TENERIFE

[...] Los perritoros de Núñez Hermanos tenían los pitones como el culo de un vaso. Y los bajaron del barco como se saca a unos borrachos de un baile de disfraces. Por culpa suya, la función se convirtió en un forcejeo entre los monterazos de los toreadores pidiendo el cambio de tercio y la decisión presidencial de consumarse el segundo puyazo. [...]

Hacen bien los cuidadores de Palomo en buscarle perritoros con unos pitones especialmente configurados. Porque con la facilidad que se deja coger este chico, no quiero ni pensar el daño que pudiera hacerle unos pitones que no estén especialmente preparados para este tipo de ejercicios. Luego, recordando el mal rato que paso en los aviones, he decidido ofrecerme a los hermanos Lozano para perritoros en la feria que gusten indicarme. Esto tiene mucho menor riesgo que un vuelo y que un tentadero. [...] <sup>793</sup>

Curiosamente, al hilo de este término, pocos días después Navalón ensaya otro término similar, «burritoro» <sup>794</sup>, para referirse a las bien presentadas reses de Pablo Romero lidiadas en la feria de San Isidro. Él mismo lo define como «animal con rasgos de toro y hechos de burro». Sin embargo, al contrario que «perritoro», es un término que no tiene mayor recorrido ya que no se han encontrado más referencias en su paso por *Informaciones*.

El término «perritoro» es, por tanto, un compendio de todas las deficiencias posibles que puede ofrecer una res destinada a la lidia: ni trapío, ni edad, ni peso, ni, por supuesto, pitones, incluida la sospecha de manipulación de los mismos, ni fiereza, pero es sobre todo una fórmula de desprestigio hacia el entramado taurino que adquiere un tinte insultante: criar y lidiar perritoros carece de categoría alguna dentro de la grandeza de la Fiesta. A partir de esta crónica de 1969, el término será algo recurrente en la denuncia del cronista y estará presente en cada una de las temporadas —se ha podido comprobar en el apartado anterior dedicado al «afeitado» como aparecía el término en varias de las denuncias—, si bien es cierto que no hay un uso abusivo o saturación. Salpica numerosas crónicas y hace de complemento en el descrédito que el cronista practica hacia el entramado taurino y sus supuestas figuras.

---

<sup>793</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Perritoros en Tenerife». *Art. Cit.*, pp. 20-21.

<sup>794</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Los burritoros de Pablo Romero». *Informaciones*, Madrid, 12 de mayo de 1969, Suplemento Taurino, p. 3.

Vuelve a llevarlo a la crítica el martes 22 de julio de ese año 1969 en la feria de San Jaime de Valencia. Para Alfonso Navalón, los toros salmantinos de Pío Tabernero de Vilvis lidiados por Paco Camino, Manolo Martínez y Dámaso González, han sido «dulces, flojos y cornicortos»<sup>795</sup>, y lo resume de esta manera en un subtítulo, «Seis puyacitos para seis perritorios». En esta ocasión, la lidia de reses sin condiciones óptimas hace que la suerte de varas sea ejecutada acorde a esas carencias físicas que presentan, porque un «perritorio» no está capacitado para soportar los puyazos que marca el Reglamento.

En la feria de San Isidro de 1970 se han localizado hasta tres referencias del término. La primera de ellas recae sobre un toro de la ganadería de Pérez Angoso devuelto el corral el martes 19 de mayo durante la celebración de la sexta corrida de la feria, corrida en la que está anunciado Sebastián Palomo Linares. En la crónica, Navalón coloca un sonoro subtítulo «UN PERRITORO DE PÉREZ-ANGOSO, DEVUELTO AL CORRAL»<sup>796</sup> para evidenciar la poca relevancia de lo ocurrido en una tarde en la que, además, el diestro jienense tiene una actuación excasamente lucida.

En la décima corrida de feria, con Manuel Benítez, *El Cordobés*, en el cartel, se lidian toros de la ganadería de Atanasio Fernández, y Navalón hace una reflexión sobre el papel de este ganadero y el conjunto de ganaderos comerciales. «De la misma forma que los demás ganaderos comerciales han ofrecido unos perritorios que dan la medida de escandalosa falta de casta que padecen sus vacadas, el señor Fernández puede, si quiere, poner la ganadería en una cota de mayor bravura, porque su productos evidenciaron algunas reacciones de bravos»<sup>797</sup>, apunta el cronista. No excluye Navalón al señor Atanasio Fernández del grupo de ganaderos comerciales que lidian «perritorios», sin embargo, entiende que está en su mano salir de ese pernicioso círculo en que los toros adquieren una condición de docilidad que nada tiene que ver con el verdadero toro bravo.

En la decimocuarta corrida de la feria, con toros de Salvador Domecq, Navalón lleva a las páginas de la crónica otro sonoro subtítular en letras mayúsculas

---

<sup>795</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Revoltijo de orejas y avisos». *Informaciones*, Madrid, 22 de julio de 1969, p. 21.

<sup>796</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Palomo hizo el ridículo». *Informaciones*, Madrid, 20 de mayo de 1970, Suplemento taurino Feria, p. 2.

<sup>797</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «... una remota semejanza de toreo». *Informaciones*, Madrid, 25 de mayo de 1970, Suplemento taurino Feria, p. 2.

«PERRITOROS AL JEREZ»<sup>798</sup>. En este caso, la manifiesta endeblez y pequeñez de tres de los toros de la ganadería jerezana lidiados hace que el cronista utilice un juego de palabras entre la condición del ganado y el negocio de vinos ajerezados del propietario de la vacada. Como curiosidad de esta crónica, cabe destacar que Navalón se da cuenta de que las cinco reses lidiadas a nombre de don Salvador Domecq no corresponden en su totalidad a esa vacada, si no que hay dos que, a pesar de anunciarse con el mismo hierro, pertenecen a la ganadería de su hermano Juan Pedro Domecq. De hecho, ni Antonio Díaz-Cañabate, en *ABC*, ni Vicente Zabala en *Nuevo Diario*, ni Julio de Urrutia en *Madrid*, ni siquiera José María Sotomayor en su impecable trabajo publicado en la obra *Las Ventas, 75 años de historia*, se hace eco de esta posible anomalía. La cuestión no tendría mayor trascendencia si no fuera porque la lidia de tres ganaderías distintas en un mismo festejo —el cuarto toro pertenecía a la ganadería El Jaral de la Mira— estaba taxativamente prohibida por el reglamento taurino y hubiera sido motivo, primero de suspensión del acto y después de sanción al organizador.

Otra de esas extrañas piruetas de su vida le lleva a finales del mes de junio de ese año 1970 a la plaza de toros de Badajoz. A pesar de que el cartel es un mano a mano entre Antonio Ordóñez y Paco Camino, la categoría inferior de la plaza y la presencia de dos de los toreros más importantes invitan a pensar que las reses que van a salir por la puerta de chiqueros van a tener todas las deficiencias posibles, como, efectivamente, pudo comprobar el cronista. Navalón es consciente de esa realidad, pero aún así decide, en esa voluntad incontrolable de estar en medio de la vorágine taurina, acudir, y expresar en un llamativo subtítulo lo presenciado en el ruedo en relación a las reses lidiadas de Cunhal Patricio, Luis Albarrán y Joaquín Buendía, «PERRITOROS DE TRES GANADERÍAS DISTINTAS» —recordemos lo indicado en la referencia anterior sobre la prohibición de lidia de reses de más de dos ganaderías en un mismo festejo—, completando lo expuesto en el cuerpo de la crónica, «Así, pues, se lidiaron, con esmero (...) cinco “perritorios” y un “bóvido errante”»<sup>799</sup>.

Después, ya en el mes de julio de ese año 1970, será en la plaza de toros de Valencia en la que, por partida doble, el cronista vea salir al ruedo esas reses insignificantes, y en ambos carteles anunciado El Cordobés. Así, el martes 28 de julio se

---

<sup>798</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Pagaron justos por pecadores». *Informaciones*, Madrid, 28 de mayo de 1970, Suplemento taurino FERIA, p. 3.

<sup>799</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Ordóñez hizo el toreo y Camino cortó los rabos». *Informaciones*, Madrid, 30 de junio de 1970, pp. 17-18.

lidian reses de Mercedes Pérez y comparten cartel con el diestro cordobés Santiago Martín, *El Viti*, y el torero local Julián García. Reses que, según escribe Navalón en la crónica publicada al día siguiente, saltan a la arena del coso de la calle de Játiva «sin presencia, sin casta ni fuerza», para añadir después —como se pudo comprobar en el punto anterior sobre el afeitado en el que se aborda el tema del «afeitado»— «Dios me libre de afirmar que los perritorios estaban afeitados»<sup>800</sup>.

El jueves 30 de julio los toros de María Pallarés son tan insignificantes que le lleva a compararlos con las reses que se lidian en el espectáculo taurino musical del Bombero Torero que por las noches se ofrece para el público infantil y en el que normalmente se lidian reses eralas<sup>801</sup>, «ambos espectáculos son bien semejantes —afirma Navalón—. El ganado de por la tarde no difiere en gran cosa del de por la noche». Los compañeros de terna de El Cordobés en esta ocasión son Diego Puerta y el colombiano Jaime González, *El Puno*, que tomaba la alternativa esa tarde, y que, según coloca Navalón de nuevo en un subtítulo, lidiaron un «SALDO DE BÓVIDOS Y PERRITOROS». En esta crónica, al comparar a El Cordobés con los divertidos enanitos toreros, le ubica en un plano cómico dentro de la Tauromaquia, sin ninguna relevancia artística ni técnica que pueda situarse dentro de la ortodoxia taurina. «Con el cuarto perritorio nadie lo tomó en cuenta»<sup>802</sup>, concluye Navalón su valoración sobre el diestro de Córdoba.

En la temporada de 1971 la primera referencia cae de nuevo en la misma plaza de toros de Valencia, en esta ocasión durante la Feria de Fallas del mes de marzo. Miguel Mateo, *Miguelín*, Curro Rivera y José Luis Parada despachan toros de la ganadería de Clemente Tassara. «Los “perritorios” del señor Tassara salieron haciendo honor a su brillante historial. Es decir, casi sin pitones, sin fuerza y sin casta»<sup>803</sup>, señala Navalón en la crónica del festejo publicada el día 19 de marzo.

De nuevo un subtítulo define lo observado por el cronista «Con las “figuras” llegaron los “perritorios”». En esta ocasión se trata de la Feria de Abril de Sevilla en una tarde en la que se le han lidiado toros de Benítez Cubero y en el que junto a Palomo Linares han actuado Diego Puerta y Curro Rivera. «El tercero es para Currito Rivera,

---

<sup>800</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «La sombra del serrucho». *Informaciones*, Madrid, 29 de julio de 1970, p. 21.

<sup>801</sup> «Eral» es el término que se utiliza para designar a las reses cuya edad se sitúa entre uno y dos años.

<sup>802</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Los enanitos del bombero torero». *Informaciones*, Madrid, 31 de julio de 1970, p. 20.

<sup>803</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Los altibajos de Miguelín y la apatía de Parada». *Informaciones*, Madrid, 19 de marzo de 1971, p. 19.

que está aseadito con el capote. El “perritorio” tiene una cabeza de novillada sin caballos, bizco y gacho»<sup>804</sup>, apunta el cronista. Al día siguiente, estando anunciado El Cordobés, se produce un bochornoso baile de corrales que obliga a traer de manera incesante toros desde la finca hasta la plaza para conseguir que los veterinarios aprueben seis que, al menos, tengan algo de entidad para ser lidiados. La ganadería contratada para el evento era de la Núñez Hermanos, predilecta entre las figuras del momento por su suavidad, y por ello siempre Navalón la consideró una torifactoría en la que se criaban reses carentes de los atributos mínimos para la lidia más que una verdadera ganadería de reses bravas. «Catorce toros trajeron los hermanos Núñez de su industria de “perritorios”. Ya habían sido rechazados los seis anunciados. Y se rechazaron todos los demás porque los “perritorios” no cuelan en esta plaza aunque cuelen en Las Ventas»<sup>805</sup>, escribe Navalón.

El último ejemplo destacable de esta temporada de 1971 lo encontramos durante la feria de San Isidro de este 1971. De nuevo la ganadería de Atanasio Fernández, a quien Navalón justo un año antes animaba a no dejarse llevar por la comercialidad impuesta por las figuras, presenta un saldo ganadero que, si en aquella ocasión, a pesar de no tener trapío ofrecieron un comportamiento esperanzador, ahora no han tenido ni lo uno ni lo otro, lo que conduce al cronista a un pronunciamiento tajante, «Los “perritorios” lucieron una exhaustiva mansedumbre»<sup>806</sup>, sentencia.

El término «perritorio» seguirá siendo usado por Alfonso Navalón en toda su trayectoria profesional y será también asimilado por el vocabulario taurino popular. Como ejemplo de esta proyección adquirida por la expresión se han encontrado algunas referencias de su uso más cercanas en el tiempo. Así, el periodista Francisco Mora Martínez, Paco Mora, aficionado situado en la perspectiva integrada con el entramado taurino y, por tanto, alejado de los postulados defendidos desde el esencialismo, en su colaboración habitual en la revista taurina semanal *Aplausos*, utilizaba el término en su comentario sobre un festejo celebrado durante la feria de San Isidro de 2016:

«Durante años los más conspicuos críticos taurinos nos han aburrido clamando por el toro con volumen y envergadura. Ahora que ya tenemos entronizado al mastodonte de seiscientos kilos, se dan cuenta de que es peor

---

<sup>804</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Sólo hubo seriedad en la presidencia». *Art. Cit.*, p. 21.

<sup>805</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Un desfile de veinte toros para no cortar ni una oreja». *Informaciones*, Madrid, 22 de abril de 1971, p. 25.

<sup>806</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «De la maestría del Viti a la astucia de Benítez». *Informaciones*, Madrid, 18 de mayo de 1971, Suplemento taurino Feria, pp. 2-3.



el “toro grande, ande o no ande” que eso que algunos llamaban “torito” cuando no “perritoro”»<sup>807</sup>

En el año 2017 el portal taurino *Pureza y Emoción* publica un artículo de su colaborador habitual en Sudamérica Pocho Paccini Bustos, en el que aboga por defender la presencia de toros con más entidad en la limeña plaza de toros de Acho para recuperar un cierto prestigio perdido con el paso de los tiempos en ese importante coso peruano:

«Si queremos recuperar la solera de Acho, pensemos primero en el TORO, lo contrario supone un continuismo en la línea de la fiesta circo que últimamente ha sido el común denominador, dado que se ha asimilado a los perritorios con TOROS DE LIDIA»<sup>808</sup>

El lunes 31 de agosto de 2020 es el portal taurino *Asociación Toreo en Red Hondo* el que utiliza hasta dos veces el término en un artículo con la firma de Rafa en el que se repasa un festejo celebrado en la plaza de toros de Linares. El autor define como «perritorios» los astados justitos de presencia y colaboradores en grado sumo —«amiguetes», los llega a calificar— que fueron lidiados ese día:

«Cuando salen perritorios, la única esperanza que te queda es que por lo menos se vea toreo bien dibujado y no el fuera de cacho habitual de nuestras figuras retorciéndose además de manera grotesca. Afortunadamente en Linares estaba Juan Ortega dispuesto a hacer un trabajo de delineante ante unos enemigos que fueron auténticos amiguetes.

Hubo tres de Algarra, otros tres de Parladé incluido un sobrero y uno de Juan Pedro. Todos tuvieron su trapío y sus caras “bonitas” (o sea, corniapretados de los que sí caben en la muleta según los trileros taurinos). Colaboraron hasta decir basta pero la condición que mostraron fue la de perritorios sin poder y recibiendo un puyazo o incluso menos»<sup>809</sup>

Incluso Marceliano Ortiz Blasco, en su *Diccionario de la Tauromaquia*, recoge el término si bien en su descripción sólo refiere la condición de suavidad de las reses así catalogadas:

- perritoro. Dic. Del toro extremadamente suave<sup>810</sup>

---

<sup>807</sup> MORA MARTÍNEZ, F. «Corrida Aristocrática». *Aplausos*, Madrid, 27 de mayo de 2016, consultado en <https://www.aplausos.es/corrida-aristocratica/>, el 17 de septiembre de 2021.

<sup>808</sup> PACCINI BUSTOS, P. «La decadencia de Acho». *Pureza y Emoción*, 11 de diciembre de 2017, consultado en <https://www.purezayemocion.com/noticia/5289/opinion/la-decadencia-de-acho.html>, el 21 de septiembre de 2021.

<sup>809</sup> Véase *Asociación Toreo en Red Hondo*. «El ingeniero toreó de salón en Linares». Tarragona, 31 de agosto de 2020, consultado en <http://toreoenredhondo.blogspot.com/2020/08/>, el miércoles 22 de septiembre de 2021.

<sup>810</sup> ORTIZ BLASCO, M. *Diccionario de la Tauromaquia*. *Op. Cit.*, p. 578.

#### 6.1.4. Otros escritores esencialistas importantes de la primera etapa

Zabala y Navalón conforman el núcleo principal de la Corriente Crítica Esencialista en este primer periodo. Deben citarse, no obstante, a los reconocidos y tratados en el apartado anterior **José María del Rey Caballero**, *Selipe*, que hasta 1969 permanecerá en *Hoja del Lunes* y después, desde mayo de 1970, en el diario *Ya* hasta principios de los ochenta, y **Antonio Díaz-Cañabate** que escribirá en *ABC* hasta finales de 1972. Junto a ellos, llegan en activo a la parte final de la década de los sesenta nombres como **Julio de Urrutia Echaniz**, que pasará en 1968 a ser cronista del diario *Madrid*, **Juan Álvarez**, **Curro Castañares**, que permanecerá hasta 1973 en el diario *Ya*, **Mariano de la Cruz Tovar** y **Álvaro Arias García**, *Don Justo*, desde *Hoja del Lunes*. A ellos hay que sumar a otros importantes y jóvenes periodistas taurinos que se irán progresivamente incorporando a la corriente, aunque no alcanzaron tanto predicamento como los citados Zabala y Navalón. Bien porque ejercían como de segundos en los diarios donde estos trabajan, como titulares de periódicos con menos relevancia, porque no tuvieron la brillantez de sus colegas, o bien porque su posicionamiento careció del componente de radicalidad característico, su discurso no tuvo nunca el reconocimiento que alcanzó el de los anteriormente nombrados.

Entre la batería de críticos, la mayoría de ellos jóvenes, que directamente pasaron a formar parte de la corriente deben ser señalados varios periodistas:

**José Antonio Medrano Rivera** (Santo Domingo de la Calzada (Logroño))  
Cierta relevancia en la crítica taurina alcanzó también el poeta, guionista y adaptador teatral José Antonio Medrano. Medrano, premio Día de la Provincia, de Madrid, en 1953<sup>811</sup>, y premio de poesía de Madrid en 1963<sup>812</sup>, había escrito de toros en el semanario *Juventud*, revista nacida en 1942 y propiedad de la Delegación Nacional de Prensa, que a su vez dependía de la Vicesecretaría de Educación Popular, en la que utilizó el pseudónimo de *Don Tancredo*. Junto a Francisco José María García Quintana, publicará, en 1955, la obra *Andrés de Urdaneta*, poema dramático en verso para ser representado teatralmente y que alcanzó cierta notoriedad en la época.

---

<sup>811</sup> Véase Cisneros. *Crónica provincial*. Madrid, 31 de diciembre de 1953, Diputación de Madrid, p. 80.

<sup>812</sup> Sobre este galardón no se ha podido encontrar más información salvo la apuntada en el prólogo que, para el libro *Toreros*, escribe su amigo José María Gutiérrez Ballesteros, conde de Colombí.

A pesar de figurar entre los más veteranos, su papel destacable como crítico esencialista comienza en los años sesenta. Tras su paso por la agencia de noticias Pyresa en esa década, en la que ejerció durante tres años, en mayo de 1970 se incorpora al diario *Arriba*, en sustitución de Julio Fuentes, *Juan León*, permaneciendo en él hasta su cierre en 1979. Esta incorporación genera gran alegría en Alfonso Navalón, al entender que poco a poco la crítica taurina independiente va ganando terreno a los publicistas. «En este país no abundan los hombres capacitados para lidiar una sección taurina con honradez y capacidad; José Antonio Medrano es uno de esos pocos hombres. [...] Con Medrano se refuerzan las ya numerosas filas de la crítica limpia»<sup>813</sup>.

Su trabajo en pro de la defensa de la Fiesta, particularmente en los primeros años de la década de los setenta, le hace acreedor de diversos reconocimientos. Así, en marzo de 1972 recibe el premio Wellintong —galardón compartido ex aequo con Alfonso Navalón— y en 1974 le es otorgado el trofeo taurino Pedro Romero como reconocimiento a su labor durante la temporada anterior. En la década de los ochenta, colaborará como cronista del diario onubense *Odiel*, hasta su cierre en abril de 1984.

Al igual que le ocurrirá a Vicente Zabala, Medrano sufrirá una transformación en su pensamiento taurino hacia posiciones menos intransigentes, algo que se puede apreciar en durante la feria taurina de San Isidro de 1982, cuando en la crónica publicada el viernes 28 de mayo, afirma que el sector de público contestatario de la plaza de de toros de Las Ventas, otrora defendido y apoyado desde el esencialismo del que Medrano era partícipe, le molesta:

#### **Los que van a sufrir, nos molestan**

[...] Hay una parte del público, si se quiere, de la afición de Madrid, parte ruidosa e influyente, que hace buena la anécdota de aquel viejo abonado, quien, al oír que uno nuevo se quejaba de no divertirse, le amonestó diciéndoles: «¿Divertirse? Me parece que usted se ha equivocado de lugar. Aquí, a los toros, se viene a sufrir». Pues, esto, a sufrir van, no muchos espectadores, pero sí los suficientes para hacerse notar, y es de ver y de oír lo bien que se lo pasan, no sólo cuando descubren cojeras u otros invalideces, o un torero —si es figura, más y mejor— anda aperreado, o se retrasa un aviso, sino también cuando alguien triunfa —si es figura, más y mejor—, que entonces se encrespan, gritan e insultan, como si alguien les hubiera mentado a sus mamás, ¡y

---

<sup>813</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «En El Batán hay trabajo para los veterinarios». *Informaciones*, Madrid, 11 de mayo de 1970, p. 25.

qué mal se sienten cuando las cosas ruedan de manera que no les den motivos para exteriorizarse! [...]»<sup>814</sup>

En cualquier caso, su trabajo siempre fue reconocido como independiente y honesto, en la línea de los escritores «representantes de una honrada línea de defensa del toro y de la autenticidad de la fiesta»<sup>815</sup>, como así señala Javier Villán. Su buen amigo Manuel Alcántara le consideraba como un caso raro —raro por esa honestidad tan poco frecuente en el periodo en el que le toco escribir de toros— dentro de la crónica taurina, «tan raro, que después de veinte años de crítico no tenía un duro y era época de “sobrecogedores”»<sup>816</sup>.

En 1965 habrá publicado el libro *Toreros*, un ímprobo trabajo en el que, bajo la batuta del editor Antonio Carrascal Rodríguez, recoge las biografías de todos los diestros de los que pudo haber conseguido información entre 1726 y 1965. Participa también en la obra *Las Ventas. 50 años de corridas*, que, con motivo del cincuentenario de la plaza, publica la Diputación Provincial de Madrid en 1981, encargándose del periodo comprendido entre 1961 y 1970<sup>817</sup>.

**Carlos Ilián** (Pereira, Colombia, 1943). La labor de Vicente Zabala en *Nuevo Diario* estará apoyada por el trabajo del colombiano Carlos Ilián. Al igual que lo hiciera Zabala, obtuvo la titulación en la Escuela Oficial de Periodismo y se sumó a la información taurina de *Nuevo Diario* en febrero del año 1969, accediendo a la titularidad de la sección tras la salida de Zabala en 1972. Ilián permanecerá en *Nuevo Diario* hasta su cierre en el año 1977, y tras unos años colaborando en el diario *Arriba* en labores alejadas del ámbito taurino, a partir de 1984 se hará cargo de la información taurina en el diario deportivo *Marca* —el diario *Marca* ofrecía información taurina a sus lectores desde su fundación el año 1938—, tarea que desempeña hasta el día de hoy.

**Carlos de Rojas y Pardo Manuel de Villena** (Ciudad Rodrigo 1939-Madrid 1980). Por su parte, Navalón tendrá como segundo a Carlos de Rojas, importante cronista que en 1972 alcanzará la titularidad de la tribuna taurina de *Informaciones* una vez confirmada la salida de Navalón. Carlos de Rojas tenía una gran proyección como

---

<sup>814</sup> MEDRANO, J. A. «Los que van a sufrir, nos molestan». *Odiel*, Huelva, 28 de mayo de 1982, p. 22.

<sup>815</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. *La crítica taurina. Antología. Op. Cit.*, p. 29.

<sup>816</sup> ALCÁNTARA, M. *Cantigas de amigo*. Málaga, sin fecha de publicación, consultado en [http://wp.fundacionmanuelalcantara.org/?page\\_id=6042](http://wp.fundacionmanuelalcantara.org/?page_id=6042), el 19 de diciembre de 2015.

<sup>817</sup> MEDRANO, J. A. «El desarrollo taurino: toros, toreros, taurinos y más público que nunca». En KRAMER, M. (directora editorial). *Las Ventas. 50 años de corridas de toros*. Madrid, Diputación Provincial de Madrid, 1981, pp. 188-209.

crítico taurino, y su figura, una vez asentada la democracia, es muy probable que hubiera encontrado acomodo en cualquiera de los diarios que superaron el periodo de Transición, sin embargo, su prematuro fallecimiento en septiembre de 1980, como consecuencia de un infarto mientras se dirigía en automóvil a la plaza de Las Ventas, truncó su carrera periodística. Durante las frecuentes ausencias de Navalón, De Rojas cubría toda la información taurina de *Informaciones* con gran solvencia, y suyos eran la mayoría de reportajes y noticias que llenaban las páginas del diario.

**Mariví Romero Montalvo** (Madrid 1939-Benidor 2020) y **Manuel Molés Usó** (Alquerías del Niño Perdido (Castellón) 1940-). Esta pareja de periodistas taurinos debe ir, inevitablemente, de la mano. En *Pueblo* Navalón contaba con las colaboraciones de Joaquín Vidal, antes de que éste accediera a *El País*, así como la de Mariví Romero, hija del director, Emilio Romero, y Manuel Molés, que ya estaba en el diario antes de la llegada de Navalón como colaborador de Gonzalo Carvajal. La pareja formada por Mariví Romero y Manuel Molés adquirirá gran fama y predicamento a partir de 1974 y a lo largo de la década de los años setenta como directores y presentadores del programa *Revista de Toros*, que Televisión Española había puesto en marcha en 1970 bajo la batuta de Vicente Zabala y Joaquín Jesús Gordillo, manteniéndose en antena hasta 1983. Mariví Romero habrá accedido al programa como comentarista un año antes, en 1973, pero el tándem formado con Molés, un año después, será determinante para el despegue definitivo del formato. Desde la perspectiva distante, ofrecerán una visión bastante acorde al esencialismo, algo que les creará numerosas enemistades y no poca presión sobre el ente. A partir de 1983, Mariví Romero pasará por el diario *Ya* y terminará su carrera profesional en la radio, participando en programas taurinos primero de Cadena Cope y después de Onda Cero. Debe destacarse que mantuvo siempre la misma firmeza de criterio y esa posición aséptica para con el entramado taurino. Por su parte, Manuel Molés dirigirá y presentará desde 1982 el programa radiofónico *Los Toros*, que la madrugada del domingo al lunes emitía la cadena *SER*, hasta 2018, año de su retirada de la parrilla. Con la llegada de la televisión privada, desde 1991 se hará cargo de las retransmisiones taurinas de *Canal Plus*. Al contrario que su compañera Mariví Romero, Molés irá alejándose progresivamente de esa rigidez analítica para terminar abrazado a la perspectiva integrada, compartiendo puntos de vista y pareceres con el entramado taurino.

Además de ellos, otros autores más veteranos, que, aunque es posible que no compartieran el ideario de manera absoluta, se sumarán desde sus respectivas tribunas a las campañas en pro de la regeneración del espectáculo que partirán, en esta primera etapa, desde las posiciones más radicales. Su adhesión no significa, como se afirma, que todos ellos fueran en puridad esencialistas; pero sí una independencia y una voluntad de subvertir el sistema establecido. Deben destacarse en este sentido nombres como el de

**Ricardo Díaz-Manresa Ros** (Cartagena 1944-). Desde una posición mucho más discreta, Díaz-Manresa en su etapa por la revista *El Ruedo*, a finales de los sesenta, pondrá de manifiesto su comunión con el ideario esencialista. En la década de los setenta alcanzó a ser responsable de informativos Radio Nacional de España, llevando la dirección del informativo *Diario Hablado de las 14 horas*. Entre abril y octubre de 1977 dirigirá un nuevo programa de información taurina en la segunda cadena de Televisión Española, que, si bien en un primer momento se llamó *Revista de Toros*, al igual que el de la primera cadena, pasará a llamarse *Toros-2*, siendo la única vez en la historia en que se emitían dos espacios de información taurina diferentes en la cadena pública. A primeros de los noventa accederá a la dirección del programa *Clarín* en Radio Nacional de España, sucediendo a José Luis Carabias, que se había hecho con el cargo en 1982.

### **6.1.5. Hitos de la primera etapa: el libro de registro de ganaderías, las campañas contra el «afeitado» y la destitución del presidente Pangua**

El profesor Alejandro Pizarroso<sup>818</sup> se pregunta si realmente a lo largo de la historia de la Tauromaquia el periodismo taurino, alguna vez, ha tenido tanta fuerza como para influir en la evolución de la Fiesta. Resulta difícil determinar con precisión qué valor, qué grado de responsabilidad, se puede otorgar a los medios de comunicación en las grandes transformaciones que se han producido en las sociedades contemporáneas. La creación, o expansión, de un estado de opinión generalizado a partir de las informaciones vertidas puede convertirse en factor decisivo para la modificación de la percepción social sobre determinados aspectos ya sean de índole político, social y/o cultural. Desde la premisa de que lo que se publica o difunde existe y lo que no se publica, no, el elemento amplificador que supone la difusión del mensaje

---

<sup>818</sup> PIZARROSO QUINTERO, A. *La liturgia taurina. Op. Cit.*, p. 103.

por los medios de comunicación contribuye a dar dimensión —sobredimensión, en algunos casos— a los asuntos dentro de cada ámbito.

El medio, o conjunto de medios, difunden un hecho, lo ponen en la palestra de la opinión pública —habría que decir de la opinión de su público—, insisten sobre él, y en base a su posicionamiento ideológico lo hiñen, moldean y dan relevancia, quedando instalado por un tiempo indefinido —la importancia del hecho, y sobre todo su repercusión, determinará su recorrido— entre esa comunidad. En este sentido, afirma con acierto Natividad Abril que «aquellos hechos que los medios “cuentan”, provocan que sean los hechos de los que más se “habla” o “comenta” en la sociedad. De esta manera, son las propias personas integrantes de la comunidad social las que, de manera inconsciente y sin que aparentemente nadie se lo pida, prosiguen y culminan el proceso comunicativo, multiplicando su alcance. La sociedad, esa supuesta masiva opinión pública no manipulada, termina así hablando de lo que interesa que se hable al sistema de los medios de comunicación»<sup>819</sup>.

En los temas, llamémosles, de interés general, si se trata de la denuncia de algo que el medio considera relevante y beneficioso para sus intereses, se llegan a orquestar verdaderas campañas, sostenidas en el tiempo, y que alcanzan cotas inimaginables cuando son compartidas por otros medios con similar posicionamiento ideológico. En este sentido, la política es el ejemplo más claro, ya que favorece ese tipo de acciones compartidas. Las opiniones, decisiones, y no digamos ya las supuestas corruptelas, de los líderes políticos son el escenario perfecto para esa fórmula de manejos, que, si bien es cierto que en infinidad de ocasiones han servido para destapar turbios asuntos que sin el trabajo periodístico habrían permanecido en la sombra, en otras han sido meros arietes ideológicos para socavar los cimientos del adversario. Pero, en cualquier caso, todos los temas y ámbitos socioculturales son susceptibles de adquirir relevancia cuando son mostrados con insistencia en el escaparate de los medios de comunicación.

En el ámbito particular de las distintas materias específicas, como es el caso de la Tauromaquia, no debe perderse de vista que lo publicado particularmente por cada autor es la manifestación que, como partícipe de la pulsión social, refleja un sentir compartido por la parte del grupo al que pertenece. El autor, partícipe de un estado de opinión, se hace eco de la cuestión relevante —siempre bajo el prisma de su perspectiva

---

<sup>819</sup> ABRIL VARGAS, N. *Periodismo de opinión. Op. Cit.*, p. 36.

de la Fiesta— y con su habilidad profesional la difunde, moldea, contribuyendo a que pueda generalizarse o expandirse. Esa manifestación unidireccional reproducida milimétricamente en distintos medios y por diferentes autores otorga la categoría mencionada al asunto —cuanto mayor sea el número de medios y cuanto mayor sea la relevancia de estos, mayor categoría—, y lo sitúa en su plano correspondiente de relevancia dentro del estado de opinión generalizado que, como se verá en alguno de los ejemplos, trasciende el ámbito puramente taurino.

Esto es básicamente lo que ha ocurrido en algunos casos con la *Corriente Crítica Esencialista*. La denuncia sistemática y generalizada por parte de un importante número de medios y autores de asuntos como el «afeitado» de las reses y su falta de edad, contribuyó a que estos temas se instalaran por un tiempo en la opinión pública y adquirieran una notoriedad hasta ese momento desconocida, trascendiendo incluso el ámbito puramente taurino, y contribuyendo a que se produjeran diferentes actuaciones que a la postre fueron determinantes, algo que, posiblemente, no habría ocurrido si un único medio hubiera sido el altavoz. La pregunta, en línea a la formulada por el profesor Pizarroso, es si han sido esas campañas desde el corazón de la prensa taurina las causantes de los cambios posteriores o simplemente la propia evolución del espectáculo reclamaba esas transformaciones que se vieron precipitadas por la denuncia generalizada.

Carlos Ilián, partícipe de la corriente, no duda en señalar la transcendencia y repercusión que tuvo todo el movimiento. «Esa nueva crítica de Madrid —afirma Ilián— lideró el movimiento para recuperar la integridad del toro, el sentido más puro del toreo, la calidad, la seriedad y el prestigio. Para reflotar la fiesta desde el paradigma de Madrid la prensa fue un elemento clave y en un porcentaje muy alto su labor consiguió crear un estado de opinión fundamental para que la capital recuperara su sitio como baluarte y como santuario del toreo»<sup>820</sup>.

Sin embargo, bien es cierto que a pesar de la repercusión alcanzada y los logros obtenidos, la transformación pretendida de la Fiesta nunca alcanzó la expectativa proyectada. Es decir, se alcanzaron grandes logros en temas como la edad o el «afeitado» de los toros, pero, la pretensión de crear una Fiesta más o menos uniforme en todos los aspectos, desde el ganadero hasta el artístico, pasando por el organizativo, y,

---

<sup>820</sup> ILIÁN, C. «La importancia de Madrid». En ABELLA MARTÍN, C. (Coord.) *Las Ventas, 75 años de historia*. Op. Cit., p. 270.



por supuesto, ubicada en esa perspectiva distante y esencial en la que estaban instalados los escritores esencialistas, chocó con obstáculos insalvables, entre ellos, y básicamente, la diversidad del público que tradicionalmente asiste a los festejos taurinos, mayoritariamente público ocasional, y que a la postre, con su falta de compromiso con el espectáculo, determina, en términos de mercado, la dirección del mismo. Si la masa amorfa asiste a los toros, llena los tendidos —y las arcas del empresario—, y se conforma con lo que se le ofrece, de nada, o muy poco, sirve que desde las tribunas taurinas de los medios de comunicación más importantes se reclame un cambio en el rumbo del sistema.

En cualquier caso, son varios los hitos que se alcanzaron en las distintas etapas de la corriente esencialista, principalmente en esta primera, destacando sobremanera tres: la puesta en marcha del Libro de Registro de Ganaderías, que ponía fin al fraude de la lidia de reses sin la edad reglamentaria; las campañas de prensa en contra del fraude del «afeitado», que provocaron una rápida actuación por parte de la autoridad competente, y, en tercer lugar, la destitución de uno de los presidentes de la plaza de toros de Madrid, el comisario de policía don José Antonio Pangua, como consecuencia de la concesión de un rabo al diestro Sebastián Palomo Linares.

Estos tres procesos citados, especialmente los dos primeros, contribuyeron de manera significativa a la transformación de la Fiesta, y fueron tratados como verdaderos triunfos del esencialismo en su pugna con el entramado taurino. Son algunos ejemplos relevantes de que, por un lado, la amplificación de un estado de opinión, hasta ese momento en estado pseudo latente, así como la puesta en circulación de temas concretos dirigidos en la misma línea y por distintos medios, pueden conducir a la transformación de determinados marcos de funcionamiento.

#### **6.1.5.1. El Libro de Registro de Ganaderías**

Vector indiscutible sobre el que se asienta el discurso esencialista, la recuperación de la integridad del toro está presente como reclamación principal y fundamental del ideario. La reiterativa denuncia a la lidia de reses sin la edad reglamentaria, que desde todo el periodo de la posguerra se viene escuchando, da como resultado una acertada intervención de la autoridad competente. Esas presiones que sobre el asunto se vienen realizando obtienen, por lo tanto, una definitiva solución —al menos en lo relativo al tema de la edad— como es la implantación de un libro ganadero

obligatorio para el control y registro de los nacimientos de las reses. Un éxito sin precedentes para el esencialismo, ya que su funcionamiento, como se verá, corta de raíz el fraude de la edad de las reses.

Puede ser excesivo atribuirle el mérito de su implantación a la Corriente Crítica Esencialista, y en su caso a Vicente Zabala, primero que llega a la prensa diaria nacional, primero que se ocupa del tema, y cronista que pone mayor entusiasmo en el asunto, pero bien es cierto que la reglamentación y puesta en funcionamiento del registro se produce en esta primera etapa de la corriente. El eco que obtuvo la idea gracias a su difusión por los medios de comunicación, junto a las continuas y reiterativas denuncias que se venían efectuando sobre la edad de los astados, contribuyeron sin duda a su puesta en marcha y posterior entrada en vigor.

No debe olvidarse que el reglamento que rige la Fiesta en este periodo establece que la edad mínima de los toros debe ser de cuatro años; pero la única manera de certificar dicha edad no es otra que el análisis dental de las reses por parte de los veterinarios una vez éstas hayan sido estoqueadas en el ruedo, estableciendo el criterio científico que la posesión por parte de las reses de seis piezas dentales definitivas, ya cambiadas por las de leche, determina que la edad está por encima de los cuatro años. Hasta finales de los años sesenta del siglo XX es éste el sistema de control de la edad, control post mortem, que permitirá que se sancione al ganadero en el caso de que ese cambio de piezas dentales no se haya llegado a producir.

Para el esencialismo este sistema es erróneo, ya que los nuevos piensos compuestos que se están utilizando en la alimentación de los toros —«lo mismo engordan un pollo de un mes, que ponen a un novillo con apariencia de toro»<sup>821</sup>, señala Zabala— contribuyen al adelanto de la dentición —las reses se desarrollan más rápido y adelantan el proceso de cambio dental—, favoreciendo el error de análisis y permitiendo el fraude al lidiarse toros con edades inferiores a la establecida reglamentariamente, a pesar de que esos exámenes dentales post mortem ofrezcan un resultado correcto.

La lidia de reses sin la edad reglamentaria está, por tanto, instalada en la Fiesta. Ese cambio de dentición prematuro es el salvoconducto del entramado taurino para que a lo largo y ancho de cada temporada se lidien novillos en lugar de toros —¡incluso

---

<sup>821</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «El aficionado, víctima de los empresarios y del clan». *Nuevo Diario*, Madrid, 9 de mayo de 1969, p. 14.

utrerros en ciertas plazas!— en muchos de los festejos, algo que es del agrado de los diestros ya que les concede mayor comodidad en su circular por los ruedos. Esta artimaña, si bien puede ser ignorada por el grueso del público, no lo es para el esencialismo, que es consciente de la trampa, convirtiéndose, como se afirmaba, en una de las reclamaciones principales de la primera etapa. En cada festejo que las reses no aparenten tener los años y la presencia que les corresponde a su edad de toros, surgirá la denuncia y esa reclamación terminará con la implantación a partir del año 1969 del llamado Libro de Registro de Ganaderías.

Como se afirmaba en su biografía, Vicente Zabala se incorpora a *El Alcázar* en febrero de 1965, pero no es hasta finales de esa temporada cuando comienza hacerse eco de manera continuada de estos posibles fallos analíticos, y lo hace a partir de la controversia<sup>822</sup> que se establece entre los veterinarios de la plaza de toros de Aranjuez, los facultativos E. Goenaga y M. Gómez Esteban, y el entonces cronista de *ABC*, Antonio Díaz-Cañabate, sobre la hipotética edad de las reses lidiadas en una corrida celebrada en el mes de septiembre. Las declaraciones de los veterinarios sobre los análisis efectuados no dejan lugar a la duda de la reglamentaria edad, pero para Zabala, despertado por los comentarios de Díaz-Cañabate, existe un problema de fondo, una falta de control real que enmascara el fraude, ya que, como comentaba el cronista de *ABC* en la crónica de la mencionada corrida<sup>823</sup>, los toros lidiados tenían hechuras de novillos, incluso becerros adelantados. En este artículo extenderá Zabala su discurso hacia otros déficits del toro de lidia, pero bajo la premisa de la falta de edad como base del conjunto de carencias de las que adolecen las reses que normalmente salen al ruedo para los toreros importantes:

#### **Toros gordos, pero sin trapío**

[...] El admirado maestro hablaba de novillitos y becerrotes adelantados, repitiendo frecuentemente estos términos a lo largo de su crónica. Al parecer, esto les ha ofendido mucho a los señores profesores veterinarios, que, después de ver la dentadura de las reses, certificaron la “mayoría de edad”, o sea los cuatro años reglamentarios, para la lidia de astados en corridas de toros.

Ante estos argumentos tan rotundos e incontrovertibles, no queda más que creer en la fuerza de la ciencia; aunque nosotros, que estamos al margen de este determinado asunto, pero que nos podía haber ocurrido algo parecido por calibrar a los toros por su trapío (no es posible abrirles

---

<sup>822</sup> Véase *ABC*. «Las reses lidiadas en Aranjuez y su edad», Madrid, 5 de octubre de 1965, p. 72.

<sup>823</sup> DÍAZ-CAÑABATE Y GÓMEZ-TREVIJANO, A. «La tristeza de no salir a hombros». *ABC*, Madrid, 7 de septiembre de 1965, p. 47.

la boca desde el tendido), tengamos nuestro criterio sobre la forma de ver los toros de unos y de otros, porque la experiencia de muchas corridas seguidas nos demuestra que estos toros con pinta de novillos no suelen pelear como toros, aunque en la boca tengan más años que la cuesta de la Vega. Una y mil veces hemos preguntado a los señores veterinarios por los motivos del “mono-puyazo”, de las frecuentes caídas y demás “cuadros” que predominan en las corridas de postín, con ganaderías de postín y toreros de postín en los carteles. Sin embargo, los toros con trapío, los toros para matadores modestos, toman los puyazos reglamentarios, no se suelen caer y pelean en proporción a su presencia de toros hechos y derechos.

No hemos sido los críticos los que nos hemos sacado de la manga todas esas zarandajas de los adelantos en la dentición de los animales. Tampoco hemos sido nosotros los que nos hemos inventado que se ponen unos kilos de a los toros que no corresponden a su esqueleto. Y no somos nosotros solos los que vemos animales jadeantes, con caras juveniles, sin la seriedad inconfundible del toro de verdad, que pierden al primer encuentro con esos “pencos” con peto –que humorísticamente llaman caballos– toda su capacidad ofensiva, quedando a merced de los cien trapazos que les esperan a renglón seguido.<sup>824</sup>

Hasta la publicación de este artículo, el tema de la falta de edad como carencia notable de las reses escasamente habrá sido denunciado por el cronista en su primer año en *El Alcázar*. Apenas se han encontrado referencias a lo largo de la temporada de 1965, salvo dos menciones durante la feria de San Isidro en el mes de mayo, otra en un festejo celebrado en la plaza de San Sebastián de los Reyes a finales de agosto, y una más en un festejo en Toledo en septiembre, y en ninguna de ellas hace referencia al posteriormente cuestionado sistema de análisis dental.

A partir del artículo y en las sucesivas temporadas, esa falta de relación entre la presencia y la supuesta edad llevará a Vicente Zabala a cuestionar el sistema de análisis por observación de la boca de las reses, y descartarlo como justificación del cumplimiento reglamentario, en muchas ocasiones, no en todas, poniendo por delante su respeto hacia la labor que realizan los equipos veterinarios, pero dejando clara su razonable duda, como por ejemplo en el festejo celebrado en Toledo el Domingo de Ramos en abril de 1966, en el que escribe: «Yo no dudo de los señores veterinarios. Ellos habrán visto la boca de los pupilos de la otrora prestigiosa ganadería de la viuda;

---

<sup>824</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Toros gordos, pero sin trapío». *El Alcázar*, Madrid, 7 de octubre de 1965, p. 26.

ellos afirmarán que eran cuatreños, que eran toros hechos y derechos. Pero un servidor de ustedes, modestamente, discrepa del trapío de las reses»<sup>825</sup>.

En otras ocasiones, no obstante, siembra el cronista también la duda sobre el trabajo de los facultativos, como ante una corrida con escasa presencia lidiada en San Isidro de ese mismo año 1966 en el que señala lo poco fiable que resulta ese análisis post mortem, al calificar que «de escándalo es la pizarra que sale con el peso del bovino y de escándalo es la dentición prematura que “equivoca” a algunos señores veterinarios hasta convertir el recién cumplido utrero en cuatreño reglamentario»<sup>826</sup>. O como en la valenciana feria de Fallas de 1967 en la que señala como inadmisibles las reses salmantinas de Antonio Pérez lidiadas, «aunque nos juren que han dado en la boca ciento y pico de años»<sup>827</sup>.

En la mayoría de los casos el conjunto de la crítica refiere varios aspectos a la vez, de manera que se aúnan las denuncias de más de uno de los fraudes o varias de las anomalías que presentan los toros. Un ejemplo ilustrativo en este sentido que enlaza y relaciona distintos aspectos de la sostenida denuncia contra el trapío y la edad lo encontramos durante la feria de San Fermín de 1967. En este caso Vicente Zabala achaca la poca presencia los toros a la prematura lidia de los mismos «jóvenes», y de ella deduce su aspecto inapropiado, que resume en el término «utrerros», para terminar cuestionando el mencionado sistema de análisis de dentición con que se abría este apartado. «Toros pequeños —escribirá Zabala—, pero no de constitución, como aquéllos, sino de “fabricación”, jóvenes, sin aparentar la edad reglamentaria. Caras y tipos inconfundibles, utrerros, aunque por los adelantos en la dentición hayan dado los cuatro años más de uno en el reconocimiento post-mortem»<sup>828</sup>.

Durante la Feria de Fallas de 1970 —debe recordarse que la aprobación del libro de registro se produce en 1969, y que en esta temporada de 1970 todavía las reses pueden presentar la deficiencia ya que no será hasta ese año 1973 cuando los toros aparezcan en el ruedo con el hierro del año de nacimiento marcado—, ante una corrida de Juan Mari Pérez-Tabernero y Atanasio Fernández, reitera la falta de relación entre edad real y edad aparente en la boca, al afirmar que «lo del cuatreño es algo que nos

---

<sup>825</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «¡375 pesetas!». *El Alcázar*, Madrid, 4 de abril de 1966, pp. 12-13.

<sup>826</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Bravura». *El Alcázar*, Madrid, 19 de mayo de 1966, p. 20.

<sup>827</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Triunfaron los ye-yes». *El Alcázar*, Madrid, 17 de marzo de 1967, p. 13.

<sup>828</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Un toro navarro y un toro andaluz». *El Alcázar*, Madrid, 11 de julio de 1967, p. 22.

suenan lejano hasta que llegue el año 1973. Y conste que doy por descontado que habrán dado los años precisos en la boca»<sup>829</sup>.

Además del sospechoso y poco fiable sistema de observación dental para determinar la edad, otra de las fórmulas de denuncia de Zabala son las expresiones que hacen referencia a la falta de desarrollo corporal de las reses en base a su supuesta juventud como ya hemos visto en algún ejemplo anterior. Principalmente son las temporadas de 1965 a 1970 las que están también jalonadas de esta forma de delación que adquiere diferentes configuraciones tales como «juvenil presencia», «aspecto juvenil o joven», «caras infantiles o juveniles», «juventud», para convertirse en algo testimonial en las temporadas de 1971 y 1972.

Un par de referencias aparecen ya en 1965, siendo la más destacable la publicada en septiembre referida a una corrida de toros celebrada en Toledo en la que Zabala cuestiona la edad al señalar que los toros eran de «aspecto joven»<sup>830</sup>. No deja de ser una curiosa descripción gráfica para denunciar la falta de entidad del ganado, ya que las referencias a la juventud o infancia de las reses engloban todos los aspectos relativos a la carencia de edad reglamentaria, no así a otros aspectos tales como el peso o la integridad de las astas. Pero también Vicente Zabala hace alusión a la juventud para señalar las carencias que ésta genera en otros atributos conductuales, especialmente la fortaleza que ejerce de motor de la casta y la bravura. Para el cronista, una res joven acusa más las exigencias de la dura lidia, impidiéndole responder como corresponde, por ejemplo, ante el castigo en varas y llegando al último tercio, el de muerte, absolutamente agotada.

Del mismo modo, la supuesta juventud de las reses tampoco tiene por qué incidir en otro aspecto destacable como es la conformación de las astas. En muchos casos hace referencia el cronista, como se puede ver en los siguientes ejemplos, a la «cara juvenil» que tienen los toros, y podría interpretarse que esta alusión está directamente relacionada con la escasa profusión de los cuernos: a menos edad, menos desarrollo córneo, estando por tanto el toro joven peor armado que el adulto. O bien, traducir el término en manipulación fraudulenta de las astas: un toro de cara juvenil es un toro al que se ha «afeitado», y por tanto se le ha hecho retroceder en el tiempo porque sus astas no corresponden con la edad actual sino con una edad anterior. No obstante, queda

---

<sup>829</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Cinco verónicas de ensueño». *Nuevo Diario*, Madrid, 17 de marzo de 1970, p. 29.

<sup>830</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Con la mejor voluntad». *El Alcázar*, Madrid, 1 de septiembre de 1965, p. 35.

demostrado que no tiene porqué ser siempre esto así, y que no hay una relación directa entre la denunciada supuesta juventud de las reses y su integridad o desarrollo córneo, salvo en aquellos casos, como se verá en una cita posterior, en el que el crítico lo indique expresamente.

Un ejemplo evidente de esa ausencia de relación entre la juventud y la conformación las astas lo encontramos en la feria de Pamplona de 1966, en la que los toros del conde de la Corte mostraron «caras jóvenes, aunque tuvieran leña en la cabeza, como es clásico de la casa»<sup>831</sup>, es decir, el desarrollo córneo era importante, en la línea de esa ganadería que ofrece toros con grandes defensas, pero su «expresión» de la cara indicaba la posibilidad de la falta de edad reglamentaria.

Otros dos buenos ejemplos que demuestran que la juventud de las reses no influye en otros aspectos morfológicos, como pueden ser el peso, los encontramos en la temporada de 1967. Durante la Semana Grande de San Sebastián Zabala señala que los toros de Antonio Pérez eran «muy simpáticos de cara, con aspecto de juventud, pero bien de peso»<sup>832</sup>. La utilización en este caso del término «aspecto de juventud» únicamente incide sobre la apariencia de edad. En términos similares escribe durante la feria de Bilbao de ese mismo año en la que Zabala entiende que la corrida lidiada de Benítez Cubero ha sido «terciada, gordita y con aspecto juvenil»<sup>833</sup>. En esta ocasión el calificativo «aspecto juvenil» hace más referencia al trapío, a pesar que la corrida ha tenido carnes, pero no presencia suficiente.

De la misma manera, durante la feria valenciana de Fallas de 1969, ante los toros lidiados de Juan Mari Pérez-Taberner, Zabala se presta a señalar todas las carencias notables que tuvieron los toros en lo que se refiere a presencia y comportamiento, pero remarca la integridad y seriedad de las astas a pesar de haber lucido «caras juveniles»:

#### **LA SOMBRA DE URTAIN EN LA PLAZA**

El segundo festejo taurino de este serial fallero era una corrida de toros de Juan Mari Pérez Taberner Montalvo. Los seis cornúpetas, en cuyas defensas no cabían las dudas, porque los seis salieron astifinos, sin trampa ni cartón. La verdad ante todo, señores. Como es verdad también que en el resto de los atributos naturales del toro de lidia reglamentario estaban escasísimos, principalmente de algo que no se puede medir a la vista: el cuajo de toro hecho.

---

<sup>831</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Increíble “fin de fiesta”». *El Alcázar*, Madrid, 13 de julio de 1966, p. 27.

<sup>832</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «El ídolo y sus espinas». *El Alcázar*, Madrid, 18 de agosto de 1967, p. 19.

<sup>833</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Las buenas maneras de Teruel». *El Alcázar*, Madrid, 28 de agosto de 1967, p. 15.

Si los toros de Juan Mari se hubieran lidiado bajo el nombre de novillada, no me saturaría ahora de echarle piropos al popular ganadero charro, ex matador de toros y buen aficionado cuando conversa de tema favorito; pero si hay que juzgar lo ocurrido ayer en el coso de la calle Ruzafa, como toros, no hay más remedio que decir que ninguno de los seis tuvo el aspecto serio, inconfundible, del astado en condiciones para ser lidiado en festejos de categoría. Caras juveniles, pocas fuerzas, muy floja pelea en varas y todo eso que suelen sacar los animales precipitadamente engordados con los piensos compuestos, para cumplir con la báscula en una feria de postín. [...] <sup>834</sup>

Estas fórmulas, tanto la de señalar el error del análisis dental así como la supuesta juventud de las reses, serán constantes en la pluma de Zabala hasta ese año 1973, año en el que por primera vez en la historia las reses saltarán a los ruedos con el guarismo del «9» marcado en la piel, señal indiscutible de que su nacimiento se produjo en 1969 y que por lo tanto su edad, ahora sí, es de cuatro años cumplidos.

Alfonso Navalón, por su parte, si bien en 1967, su primer año en *Informaciones*, no se muestra especialmente beligerante con el tema, con apenas nueve referencias destacables al respecto, las denuncias en este sentido se van multiplicando año tras año, yendo muchas veces de la mano, al igual que ocurría con Zabala, de las referidas al trapío, ya que en la mayoría de los casos son aspectos consustanciales. En los mismos términos que su compañero de *El Alcázar*, por un lado la acusación a través de la sospecha, utilizando términos que hacen referencia a la posible «juventud» de las reses, siendo los toros con aspecto de «jóvenes» aquellos que aparentan, a ojo del conocedor, no alcanzar la edad de mínima de cuatro años porque su conformación anatómica así lo delata. No obstante, esta denuncia de la posible «juventud» de las reses se convierte en cantinela recurrente del cronista que, como se afirmaba, progresivamente aumenta temporada a temporada, y para demostración se recogen algunas de las referencias más relevantes en varias de las temporadas que el cronista permaneció en *Informaciones*.

Así, para Navalón, los toros de la ganadería salmantina de Lisardo Sánchez lidiados en junio de 1967 en la plaza de toros de Bilbao, además de «cómodos de cabeza», expresión que es utilizada para lanzar la sospecha sobre posible manipulación fraudulenta de las astas, eran «jovencitos»<sup>835</sup>. Curiosamente, establece Navalón en esta crónica la fecha en que esta ganadería, para él entre las que dieron prestigio y categoría

---

<sup>834</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «La sombra de Urtain en la plaza». *Nuevo Diario*, Madrid, 16 de marzo de 1969, p. 35.

<sup>835</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Cuando el toro se muere de vergüenza». *Informaciones*, Madrid, 20 de junio de 1967, p. 13.



al campo charro, —Lisardo Sánchez, fundador de la vacada, para Navalón fue «un ganadero escrupuloso, al que le gustaba presentar las corridas lucidas, cornalonas y valientes», como bien afirma en otra parte de la crónica— empezó a degenerar hacia las posiciones más comerciales. «Pero desde la pasada feria del Pilar (por tanto, desde octubre de 1966) —escribe Navalón— los toreros comenzaron a fijarse en estos nobles toros salmantinos, y desde entonces van a todas la ferias postineras. Van, dicho sea de paso, más cómodos de cabeza, menos fieros y al parecer más jovencitos».

Ante la acusación tradicional del entramado taurino, que acusa al esencialismo de desear la lidia de toros enormes e imposibles para el lucimiento, se defiende el cronista, estableciendo los criterios que desde su perspectiva debe tener un toro de lidia auténtico, y que no es más que el toro que crían las ganaderías de prestigio, aquellas que demandan los toreros importantes, pero con su edad reglamentaria. Este toro serviría — en la misma línea de pensamiento de Zabala cuando nos habla de que el toro de verdad coloca a cada cual en el sitio que realmente le corresponde— para depurar el escalafón de diestros que viven absolutamente acomodados en el intrascendente toro disminuido de la época. «Y el toro que pedimos para acabar con los falsos “divos” —sentencia Navalón— no es el morucho de los 640 kilos. Es, sencillamente, el cuatroño de las ganaderías postineras, lidiado ahora de utrerillo y hasta de eral adelantado»<sup>836</sup>.

Durante la feria de Abril de 1968 se encuentra un ejemplo de crítica muy dura hacia la ganadería salmantina de Antonio Pérez-Taberner. En una parte del texto, en el que también aparecen recogidas la totalidad de denuncias hacia el conjunto de carencias habituales del ganado bravo, hace referencia precisamente a la falta de edad y al posiblemente erróneo dato que pueden proporcionar las piezas dentales de los astados en su posterior reconocimiento. El Navalón más crítico, más duro, aparece aquí, enfrentado además a un ganadero de su tierra al que recrimina su actitud nefasta para con la Fiesta y para con la importante tradición ganadera de su provincia, y al que, además, acusa de reconocer que sistemáticamente lidia las reses sin la edad reglamentaria. «Basta decir que los novillotes inspiraban a los diestros más ternura que temor. Cuidándolos se pasaron la tarde en vez de toreándolos. Y digo novillotes porque tal era su aspecto, aunque en la boca mientan edad de adultos. Los llamo novillos

---

<sup>836</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «El pasodoble de Domingo Ortega». *Informaciones*, Madrid, 26 de junio de 1967, p. 15.

porque su dueño ha dicho muchas veces que si algún cuatreño lidia «es de pura casualidad», por haberle sobrado del año anterior»<sup>837</sup>, denuncia Navalón.

En la feria de San Fermín de este año 1968 hay cuatro referencias —de las cuales se rescatan dos—, siendo todas ellas destacables por su contexto, al encontrarse la denuncia a la posible falta de edad envuelta en un profuso conjunto de irregularidades, como los cambios de ganaderías o el engorde artificial de las reses, o por dar paso a la explicación pertinaz del cronista que, haciendo gala de su conocimiento, ilustra razonadamente la posible carencia, como en el caso de la primera de ellas, en la crónica de la cuarta corrida de la feria, celebrada el jueves 11 de julio, y en la que se lidian toros de la ganadería de Juan Pedro Domecq. En este caso, Navalón hace referencia a la poca edad de alguna de las reses lidiadas a partir de la pérdida de la punta del pitón por parte de alguna de ellas durante la lidia, signo evidente para el cronista de la juventud manifiesta del astado. De manera irónica, aprovecha además para cuestionar el controvertido y poco fiable sistema utilizado por los veterinarios de comprobación de la edad a partir de los datos que ofrecen las piezas dentales del animal:

#### **BRILLANTE PRESENTACIÓN DE TERUEL**

UN ERAL EN LA «FERIA DEL TORO»

[...]Y el llamado primer toro, al salir del primer puyazo soltó limpiamente la bellota del pitón derecho. La bellota es una especie de funda que cambia este tipo de animalitos después de cumplir los dos años y antes de llegar a tres.

Estoy seguro de que los veterinarios habrán certificado una edad superior a los cuatro años o cinco años basándose en el mentiroso dato de los dientes. Pero por si les sirve de orientación, ahí tienen el detalle de esa bellota que les cae de los pitones a los erales antes de llegar a uteros.

[...] <sup>838</sup>

En la sexta corrida se lidian toros de Benítez Cubero y su esposa María Pallarés. En esta ocasión Navalón se despacha sin reparo contra estos ganaderos y contra la habitual práctica del entramado taurino de anunciar en los carteles una ganadería diferente, aunque pertenezca a la misma familia, a la que, sin previo aviso, posteriormente se lidia. Junto a estas denuncias, de nuevo el cuestionamiento del procedimiento para certificar la edad de las reses y la necesidad perentoria de establecer las modificaciones reglamentarias necesarias que permitan solucionar tal problema, así

---

<sup>837</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «"Ezo e una cabra"». *Art. Cit.*, p. 29.

<sup>838</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Brillante presentación de Teruel». *Informaciones*, Madrid, 12 de julio de 1968, p. 26.

como la crítica al engorde artificial de los astados, que les aporta un volumen que su anatomía juvenil no puede soportar durante la lidia:

### ESCÁNDALO DE PALOMO

#### LA MENTIRA DE LOS TOROS

[...] En la plaza de Pamplona existe la buena costumbre de colocar un cartelón con el hierro, divisa y nombre de los toros que van a lidiarse.

Esta tarde ocupaban tal lugar los distintivos de Benítez Cubero. Y al ruedo solamente salió el segundo cumpliendo ese requisito. Los demás, aunque llevaban la misma divisa, pertenecían a otra ganadería. ¿Cómo ocurren estas cosas en un ferial donde se pone por cebo la exaltación del toro?

El caso entraba así de lleno en una legalidad dudosísima. Se anunciaba un producto y se vendía otro.

Tampoco es honesto servir seis animalitos estrepitosamente gordos que no se prestaban a la finalidad prevista. Los toros deben ser «de lidia». Y no pobres animalitos de engorde acelerado, incapaces de soportar veinte minutos de brega más o menos cuidadosa. [...]

#### LA MENTIRA DEL REGLAMENTO

Evidentemente, los toros que trajo Palomo eran reglamentarios. Tenían los kilos precisos, y para desesperación de los veterinarios, tenían también los dientes permanentes que acreditaban sus cuatro años de edad. Aunque todos sabían que el dato es falso. Mientras no se reformen estas lagunas de la legislación taurina, el público no tendrá otro medio de expresión que el censurable botellazo, como aquel que alcanzó a Palomo cuando abandonó la plaza creyendo que el triunfo de Teruel le cubría la retirada. [...] <sup>839</sup>

Como se ha visto, la denuncia de los ambos cronistas va de la mano y muestra la evidencia de la irregularidad y el fraude que están instalados en la Fiesta. Como en tantos aspectos, apelar a la ética de los ganaderos no tiene ningún efecto práctico —ocurrirá exactamente lo mismo con el tema del «afeitado»— ya que los intereses económicos siempre se sobreponen al sentido del deber, y por tanto es perentoria una solución efectiva que limite ese fraude. Por lo tanto, la implantación de este registro tendría como principal objetivo el control de los nacimientos de las reses, que deberían ser marcadas a fuego, bajo supervisión de la autoridad, con el guarismo del año en que nacieron, para evitar, de esta manera, y gracias al número delator impreso en el costado del animal, la lidia de novillos y toros sin la edad reglamentaria, algo que, como se viene afirmando, se había convertido en habitual desde años atrás.

---

<sup>839</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Escándalo de palomo». *Informaciones*, Madrid, 13 de julio de 1968, p. 25.

Del libro de registro se empieza a hacer eco Vicente Zabala en las páginas del diario *El Alcázar* en noviembre de 1965. La primera referencia encontrada al respecto surge en la entrevista que realiza a José Rodríguez de Moya, presidente del club taurino de Sevilla, con motivo de la celebración del primer Congreso Internacional de Tauromaquia. En un fragmento de la entrevista, Zabala plantea al entrevistado las deficiencias y errores que ofrece el sistema de control de la edad de las reses por el procedimiento de comprobación de la dentición, siendo el señor Rodríguez de Moya quien señala<sup>840</sup> la necesaria implantación de un libro de registro en todas las ganaderías a partir del herradero como única solución posible.

Casi un año después, y también con motivo de la celebración del II Congreso Internacional de Tauromaquia, Zabala publica un resumen de las conclusiones del evento destacando la necesaria implantación de libros-registro oficiales que impidan falsear la edad de las reses<sup>841</sup>. Retoma el tema en abril de 1967 en un artículo de análisis al discurrir de la temporada en el que pide abiertamente varias soluciones a los problemas de la Fiesta, como son el «Colegio Oficial de Presidentes de Corridas, el registro de los toros en la fecha de su nacimiento, la persecución del “afeitado”»<sup>842</sup>.

Como se verá más adelante, Vicente Zabala descargará sobre el libro la regeneración absoluta del espectáculo. En un tono que en ocasiones roza la candidez, pensará Zabala que el registro será la solución integral al principal problema de la Fiesta, el toro, ya que no sólo contribuirá a que las reses tengan la edad reglamentaria, sino que las dotará del resto de atributos necesarios para colocar al espectáculo en el plano superior que le corresponde. Agarrado a él como a la única tabla de salvación posible, de la euforia pasará Zabala al desencanto, al comprobar cómo el libro, si bien corrige de manera definitiva el fraude de la edad, no es garantía de que los toros desarrollen otras cualidades que, en el pensamiento taurino del cronista, debieran desprenderse de aquella.

Alfonso Navalón, por su parte, tardará más tiempo en tratar el tema con profundidad y aceptar y defender el nuevo método como el mejor de los posibles. En un primer momento, a finales del año 1967, el cronista salmantino propone como única

---

<sup>840</sup> Véase ZABALA PORTOLÉS, V. «Devolver al toro su perdida grandeza». *El Alcázar*, Madrid, 2 de noviembre de 1965, p. 27.

<sup>841</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Los aficionados tienen toda la razón». *El Alcázar*, Madrid, 5 de octubre de 1966, p. 20.

<sup>842</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Cuando existe la oposición...». *El Alcázar*, Madrid, 5 de abril de 1967, p. 21.

solución la implantación de un sistema de vigilancia en las dehesas<sup>843</sup>, por medio de inspectores o agentes de la Guardia Civil, de manera que se controle físicamente el número machos de cada edad, ya que a su entender campero, ingenuo en este caso, la obligatoriedad de la existencia de los cuatro cercados preceptivos en las fincas —uno para cada edad de las reses: añojos, erales, utrerros y toros— permitiría comprobar visualmente la separación de unos y otros amén de la existencia física de cada grupo. Su propuesta, bastante poco viable —incluso ingenua, como se afirmaba— puede considerarse más como una muestra de su orgullosa personalidad, como un establecimiento de distancia con la idea del libro de la que él no había sido partícipe:

[...] La multa es por tanto un castigo inadecuado porque no remedia en absoluto la desairada situación de quien sostiene el negocio. Hay una fórmula mucho más razonable: evitar que se lidien utrerros, como se evita la entrada en los mercados de carne en malas condiciones al rechazarlas los sanitarios en su examen previo. Para ello, considero oportuno colocar el asunto en manos de la Guardia Civil del término en que radique la ganadería, y tras una minuciosa inspección de las diferentes camadas, quedarían incapacitados para lidiar en la futura temporada quienes no pudieran acreditar la existencia real de los cuatroños. [...]

Desde estas páginas hemos clamado en numerosas ocasiones contra el sistema de identificación de la edad en los dientes porque está probado que casi todos los toros dan los cuatro años a partid de mayo, cuando todavía les faltan muchos meses para alcanzar la edad. Lo cual no impide que algunas ganaderías, como Miura y Villamarta, se retrasen, quedando así demostrado que con el actual sistema de alimentación el dato de la boca carece de garantía y en modo alguno puede servir como base para multar o dar por lícita una corrida.

Es mucho más sencillo llegar a las fincas y comprobar si realmente existen cuatro cercados destinados respectivamente a los añojos, erales, utrerros y cuatroños. Después de mi constante peregrinaje por todas las ganaderías de España, puedo contar con los dedos de una mano las dehesas donde encontrar los cuatro cercados.

Si las leyes han de tener un sentido realista y actual, no debemos consentir que el infractor aproveche esta “actualización” para implantar el fraude con carácter permanente. Es bien fácil evitar que se produzcan las multas, abriendo únicamente las puertas de ese cuarto cercado donde están, o deberían estar, los verdaderos toros. [...] <sup>844</sup>

Es evidente que en la fecha de publicación de este artículo Navalón conocía la propuesta del libro de registro, y su planteamiento puede entenderse más como una

---

<sup>843</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Única solución: inspectores en las dehesas». *Informaciones*, Madrid, 27 de diciembre de 1967, p. 32.

<sup>844</sup> NAVALÓN GRANDE, Alfonso. «El cuatroño ha muerto. ¡Viva el utrero!». *Informaciones*, Madrid, 27 de diciembre de 1967, p. 32.

manera de tomar cierto protagonismo, de buscar las vueltas a un asunto que requería una solución tan eficaz como drástica y de la que él, hasta el momento, no había resultado partícipe.

Volviendo al libro-registro, la reiterada reclamación ejercida desde el esencialismo de la lidia de un toro con la edad y trapío reglamentarios, que pueda ejercer de verdadero autentificador de un espectáculo en prolongada decadencia, adquiere visos de convertirse en realidad con la entrada en vigor de este fiable mecanismo de control de nacimiento de las reses. Es patente, por un lado, que hay voluntad por parte de la autoridad para controlar los posibles fraudes —la magnitud y descaro de los mismos son tan evidentes a lo largo de toda la temporada y en todas las plazas que la autoridad ya no podía mirar más para otro lado— que se cometen en éste y otros aspectos. La entrada en vigor, tanto del nuevo Reglamento de Espectáculos Taurinos<sup>845</sup>, aprobado en marzo de 1962, como las disposiciones previas<sup>846</sup> — particularmente de los años 1953 y 1960 en las que ya se contemplaba el incremento del peso de las reses y un mayor control veterinario de las mismas—, que tenían como objeto revertir las que hubieron de tomarse tras la Guerra Civil ante la escasez de toros y piensos compuestos, así como las sanciones impuestas a lo largo y ancho de la geografía, apuntan en esa dirección. También que el sistema es la mejor medida posible para tal control, siendo aprobado por todos aquellos, como Zabala o Navalón, que exigen que se cumpla lo establecido reglamentariamente en relación a la edad de los astados.

Por eso, es comprensible el optimismo que produce en los sectores esencialistas su aprobación para su posterior implantación a partir de 1969. El BOE<sup>847</sup> de 5 de abril de 1968 publica la entrada en vigor del Registro de Nacimientos de Reses de Lidia, y la noticia es llevada a las páginas de *El Alcázar* —medio más entusiasta con el asunto gracias a Zabala— no sin cierta euforia bajo el titular «¡Por fin el libro de registro del toro de lidia!»<sup>848</sup>, en un artículo de la agencia de noticias CIFRA, en el que se explican los pormenores de la nueva norma. No obstante, habrá que esperar hasta el 16 de

---

<sup>845</sup> El nuevo Reglamento de Espectáculos Taurinos, publicado en el BOE de 20 de marzo de 1962, establece su artículo número 75 un peso mínimo para lidia de toros de 460 kilogramos en plazas de primera, 435 kilogramos en las de segunda, y 410 kilogramos en las de tercera.

Véase BOE-A-1962-5264, de 15 de marzo de 1962. Reglamento de Espectáculos Taurinos. B.O.E., N° 68, publicado el 20 de marzo de 1968, p. 3816.

<sup>846</sup> *Ibidem*.

<sup>847</sup> BOE-A-1968-429, de 4 de abril de 1968. Orden para la entrada en vigor del Registro de Nacimientos de Reses de Lidia. B.O.E., n° 83, publicado el 5 de abril de 1968, p. 5076.

<sup>848</sup> Véase *El Alcázar*. «¡Por fin el libro de registro del toro de lidia!». Madrid, 6 de abril de 1968, p. 21.

diciembre de ese mismo año, fecha en la que el Ministerio de Gobernación publica una nueva Orden<sup>849</sup>, para el desarrollo de las normas comprendidas dentro de la anteriormente publicada en el mes de abril.

Sin embargo, pocos días después de la publicación oficial, el diario *ABC*<sup>850</sup> se descuelga con un editorial contradictorio, en el que considera la norma más un obstáculo administrativo que una solución definitiva, razonando la idea de que la edad de las reses no va a suponer un mejor comportamiento en el ruedo de las mismas, problema crucial del toro para el editorialista. Por su parte, la revista *El Ruedo*<sup>851</sup> también editorializa sobre el tema, alegrándose de la noticia; pero mostrando ciertas reservas a que pueda ser llevada a rajatabla la disposición, argumentando la falta de cumplimiento real que existe para otras normas como el propio reglamento de espectáculos taurinos vigente.

En cualquier caso, la entrada en vigor definitiva del Registro de Nacimientos de Reses de Lidia, la esperanza que produce su implantación y las consecuencias que de ella se van a derivar, se convierte en uno de los temas recurrentes del esencialismo tanto en la presente como en las sucesivas temporadas. Vicente Zabala, por ejemplo, no sin cierta incertidumbre, se refiere al libro en septiembre de 1968 con el deseo de que su funcionamiento sea llevado de manera escrupulosa e inflexible, literalmente «a rajatabla»<sup>852</sup>.

Como se afirmaba, el 16 de diciembre de ese mismo año se publica la nueva orden ministerial para la entrada en vigor definitiva del libro de registro, y el primero en hacerse eco del asunto es el diario *Informaciones* con la publicación de una pequeña noticia, sin firma, al final de la página dedicada a la información taurina. «Hoy sale la esperada ley de control de la edad»<sup>853</sup>, reza el titular, para dar paso a un pequeño comentario sobre la pertinencia de la norma y el error que suponía el sistema de cálculo mediante la observación de la dentición de las reses. Pocos días después, Alfonso Navalón aborda el tema con más profundidad, congratulándose por la entrada en vigor de la ley, pero sacando a relucir su conocimiento sobre los asuntos de campo, haciendo

---

<sup>849</sup> BOE-A-1968-1485, de 11 de diciembre de 1968. Orden por la que se dictan normas para el desarrollo de la de de 4 de abril sobre Registro de Nacimiento de Reses de Lidia. B.O.E. n.º 301, publicado el 16 de diciembre de 1968, p. 18073.

<sup>850</sup> Véase *ABC*. «Toros de papel». Madrid, 11 de abril de 1968, p. 24.

<sup>851</sup> Véase *El Ruedo*. «Entra en vigor el reglamento de nacimientos de reses de lidia». Madrid, año XXV, 9 de abril de 1968, n.º 1.242, p. 11.

<sup>852</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «La fiesta volverá a la normalidad». *Art. Cit.*, p. 29.

<sup>853</sup> Véase *Informaciones*. «Hoy sale la esperada ley de control de la edad». Madrid, 16 de diciembre de 1969, p. 22.

hincapié en un aspecto quizá menos relevante de cara al gran público, pero fundamental para entender el valor real de la norma, como es la acotación del llamado «año ganadero»<sup>854</sup>, que determina de manera precisa entre qué meses de uno y otro año queda incluido el año de nacimiento para marcar con uno u otro guarismo a los becerros. Así, ese año ganadero quedará establecido entre el 30 de junio y el 1 julio del año siguiente, ya que la mayoría de los partos se producen entre los meses de marzo y mayo, evitándose de esta manera la gran diferencia que puede llegar a existir entre una res nacida en enero y otra nacida en diciembre de un mismo año:

[...] La ley sobre control oficial y registro de nacimientos en las ganaderías es una gran batalla que acaban de ganar de los aficionados frente a los fraudes actuales. Vaya por delante nuestra cerrada ovación a la autoridad por este paso decisivo a favor de la fiesta, entre otras razones por el sentido previsor y realista con que se han dictado estas disposiciones para anticiparse a las posibles trampas de la incansable picaresca taurina. De momento, contra lo que esperaban los andaluces, el año ganadero no acaba el 31 de diciembre, sino que abarcará toda la época de parición, de tal forma que los terneros nacidos en otoño no se inscriben dentro de ese año, sino en el próximo. Así se evita que animales de tres meses queden inscritos como si tuvieran un año, cortando así la pretensión de los andaluces, cuyo clima adelanta los nacimientos y prácticamente a finales de año tienen ya toda la camada nacida, mientras en otras regiones la paridera no llega hasta el mes de junio, algunas veces, siendo lo normal que el golpe fuerte sea en los primeros meses del año.

Ha sido un gran acierto este de fijar el periodo de inscripción y registro desde el 30 de junio, que comienzan a nacer los excepcionalmente tempranos, hasta el 1 de julio del año siguiente en el que nacen los más tardíos. La amplitud del plazo cubre eficazmente el espíritu de la ley, cuya finalidad es evitar que se lidien utereros. Quedan ligeramente perjudicados los nacimientos tempranos y un poco beneficiados los tardíos. Pero en líneas generales las medidas son justas.

Tampoco es fácil burlar el marcaje con el cambiazo de terneros bravos por otros mansos, como habían pensado algunos. La argucia consistía en guardar la camada y presentar en su lugar otro número igual de becerros mansos que, naturalmente, serían después sacrificados y después se marcarían clandestinamente los bravos, ganando un años con el hierro falso. Pero, naturalmente, no va a ser fácil hacerle creer a los veterinarios y delegados de la autoridad que es bravo un becerro manso, porque se distinguen fácilmente, y mucho más si se muestran con las madres. La trampa prevista es costosa y difícil. Puede darse por descartado que al

---

<sup>854</sup> Se denomina como «año ganadero» el periodo de tiempo de un año en que se clasifican los nacimientos de las reses. Este periodo de tiempo está establecido entre el 1 de julio de un año y el 30 de junio del año siguiente. De esta manera, las reses que hayan nacido, por ejemplo, en octubre de 2016 llevarán marcado a fuego en su anatomía el guarismo del 7, correspondiente a 2017.



publicarse los pormenores del marcaje no habrá ningún ganadero capaz de intentarla porque sería fácilmente descubierto.

Lo que ya resulta más fácil es reemplazar los terneros muertos por otro de la camada siguiente, un año más joven. Pero esto siempre será un porcentaje mínimo, de cada 100 animales pueden morir como máximo diez en un año malo. Y tampoco sería difícil descubrirlo si se toman la molestia de observar la madre, que al tener la cría extraoficialmente un añito, también extraoficialmente deberá estar amamantando otro ternero diferente. Pero repito que esto es una minucia.

En definitiva, acaba de darse un paso gigantesco para sanear la emoción de las corridas.<sup>855</sup>

Dos días después que Navalón, Vicente Zabala, ya de manera exclusiva en *Nuevo Diario* tras la clausura de *El Alcázar* en el mes de octubre, publica un artículo a página completa —entre un tono entre la esperanza y la euforia— en el que muestra su satisfacción, recoge los principales artículos de la orden, y analiza los efectos que va a tener su implantación:

### **¡Por fin, el Libro-Registro!**

Acaba de salir la esperada disposición de la Presidencia del Gobierno que establece el Registro Nacional de Reses de Lidia.

La noticia es por demás esperanzadora. En los medios taurinos no se habla de otra cosa. El Libro-Registro de nacimientos de reses de lidia parece que va a terminar con uno de los fraudes más importantes que se han llevado a cabo en las últimas temporadas.

El utrero y el eral (tres y dos años, respectivamente) se han lidiado con bastante frecuencia en nuestras plazas. Los taurinos jugaban con ventaja. Los piensos compuestos adelantan la dentición. El toro con sus cuatro años reglamentarios ha brillado por su ausencia, principalmente en las corridas de postín. Ya se sabe que los ganaderos modestos han enviado a los festejos de segunda fila no sólo cuatreños, sino reses que han pasado de los cinco años, todo aquello que se les iba quedando atrasado..., pudiendo dar gracias si sus reses no daban con sus huesos en el matadero o en las pueblerinas capeas de la provincia de Guadalajara.

#### ***Los abusos***

El abuso trae consigo la medida tajante, que, de no haberse producido, bien triste se presentaba el porvenir de nuestra fiesta. Hemos visto como auténticos becerros eran estoqueados a exorbitantes precios, sin que nadie pudiera frenar esa vertiginosa carrera de fraude y engaño por la que se había despeñado el espectáculo. [...]

1969 debe ser el año en que comience a regir esta disposición. Es, pues, el número nueve el primero que deben llevar los chotos marcados a fuego. Nada de nuevas demoras, ni de preconcebidos retrasos. La fiesta necesita cuanto antes de esta aplaudida medida. Los aficionados comienzan a reconciliarse con la autoridad, ella es su único punto de defensa, su clavo

---

<sup>855</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Empresarios y toreros son los auténticos culpables». *Art. Cit.*, p. 25.

ardiendo. De los taurinos no puede esperar nada, absolutamente nada. Ellos miran sólo por sus intereses, casi siempre en contra de los del público. [...]

Parece que las cosas se encarrilan. Vamos a ver si entre todos, con un poquito de buena voluntad, volvemos a poner la fiesta en su sitio. [...]<sup>856</sup>

Pero, ¿sería esta medida la solución definitiva para atajar el fraude de la edad? El año 1969 es el primero en el que, durante las labores de herradero de reses, acción que se lleva a cabo en el primer año de vida de las mismas, éstas deben ser marcadas a fuego con el guarismo del año de nacimiento, con la particularidad que en tales manejos, tal y como recoge la norma en su artículo 5, debe estar presente «un técnico delegado del Servicio de Ganadería [...] el Veterinario titular y un representante de la Autoridad gubernativa», que se harán cargo de la certificación de que todo el proceso ha sido conforme a lo dispuesto en la nueva normativa, reduciendo o anulando la posibilidad de fraude posterior. De esta manera, los novillos que sean lidiados en la temporada de 1972 y los toros de la de 1973 saldrán a la plaza con ese número 9 —guarismo correspondiente al año 1969— que acreditará su edad real.

Para el esencialismo, la implantación del Registro Nacional de Reses de Lidia es, sin duda, el gran acontecimiento taurino desde la Guerra Civil. Un solo número que terminará de un plumazo con un fraude enquistado que ofrecía tarde tras tarde el lamentable espectáculo de ver lidiarse auténticos becerros en corridas de toros. No obstante, un fraude tan implantado dentro del funcionamiento de la Fiesta requerirá de tiempo para desaparecer del todo, y el entramado taurino seguirá apoyándose en el mismo hasta que no quede más remido. Así, durante la feria de Castellón celebrada en 1970, con un año de vigencia de la nueva norma, Alfonso Navalón denuncia que los toros lidiados por Álvaro Domecq no tienen la edad reglamentada, a pesar de que la dentición diga lo contrario. «Aunque me figuro que los novillos habrán dado la edad de toros en la boca cuando los reconocieron en el desolladero, asunto éste de ningún valor jurídico cuando ha entrado ya en vigor una nueva ley para precisar la edad de los toros»<sup>857</sup>, denuncia el cronista. Es evidente que si las reses se habían empezado a marcar a fuego justo un año antes, en 1969, las lidiadas como toros en Castellón no tenían por qué estarlo; sin embargo queda demostrada la desfachatez de ese taurinismo dirigente que hasta el último minuto aprovechará para seguir con su tropelía.

---

<sup>856</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «¡Por fin, el Libro-Registro!». *Nuevo Diario*, Madrid, 22 de diciembre de 1968, p. 25.

<sup>857</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «La novillada de don Alvaro». *Informaciones*, Madrid, 3 de marzo de 1970, p. 29.

La medida, no obstante, desata en Zabala un optimismo desmedido, descargando, como se afirmaba anteriormente, sobre el registro la recuperación integral del espectáculo, adquiriendo en ocasiones sus palabras un tono revanchista, como así queda ratificado durante la feria de San Isidro de 1969 en la que afirma al final de una de las crónicas que «comprende que se pongan nerviosos cuando oyen hablar del número del año marcado a fuego... ¡Se van a descubrir tantas cosas!»<sup>858</sup>. O unos meses después, en julio, durante la feria de San Jaime de Valencia, en la que, con el mismo tono, señala estar «estar deseando que se ponga el hierro a los becerros. Dentro de cuatro años vamos a ver caer a más de un mito de la ganadería brava española»<sup>859</sup>.

En diciembre de ese mismo año, Zabala asiste a un herradero de reses en la ganadería de Alonso Moreno de la Cova, situada en el término conquense de Horcajo de Santiago, para comprobar in situ cómo se lleva a cabo la labor de marcado del guarismo «9». El reportaje que publica en *Blanco y Negro* sobre su visita desprende optimismo desde la primera hasta la última línea; pero también cierta incredulidad, como así lo certifica la frase que cierra el artículo: «Habrá sonado la hora del toro. La hora de la fiesta. La hora de la verdad. ¿Será posible tanta belleza?»<sup>860</sup>.

Finalmente, Alfonso Navalón cierra el tema en enero de 1970 explicando a los lectores de *Informaciones* el por qué de la pertinencia del registro y cuáles son los errores que se producen en el, hasta ahora, único método validado del reconocimiento post-mortem de las reses. Un artículo que, como tantos otros del cronista, es una respuesta a una polémica generada con los encargados de la Casa de Misericordia de Pamplona en ese momento, los señores Usechi, Irujo y Lostao, organizadora de la feria taurina de la localidad, a partir de la acusación de Navalón sobre la lidia de reses con edades inferiores a las reglamentarias en dicha plaza. Dejando a un lado su faceta polemista, que también sale a relucir en el artículo, es destacable la meridiana explicación sobre el proceso de dentición de los bovinos y su modificación a partir de la introducción en la industria ganadera de los llamados piensos compuestos así como la manera que tienen los veterinarios para llevar a cabo ese control; ese trabajo divulgativo que en tantas ocasiones pone sobre la mesa el escritor y que le otorga categoría profesional:

---

<sup>858</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «La triste despedida de Aparicio». *Nuevo Diario*, Madrid, 20 de mayo de 1969, p. 11.

<sup>859</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Paco Camino, por los aires». *Nuevo Diario*, Madrid, 24 de julio de 1969, p. 12.

<sup>860</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «El Libro Registro del toro de lidia es ya una realidad». *Blanco y Negro*, Madrid, Prensa Española, año LXXIX, 27 de diciembre de 1969, nº 3008, pp. 76-79.

[...] Cuando los veterinarios examinan los dientes para certificar la edad no los cuentan todos, sino únicamente los dos centrales y los de un solo lado de la mandíbula. Así, cuando un veterinario dice que el toro tiene cuatro dientes, es que teóricamente representa cuatro años. Pero, en realidad, tiene una dentadura completa de seis dientes. De los cuales dos no hacen al caso porque no se cuenta la dentadura completa.

Cuando escribí cuatro dientes se supone que son seis en total, y cuando mencioné los cinco, huelga decir que la dentadura completa tiene ocho. Tantos más como hay de diferencia entre los dos centrales que se cuentan siempre y la cifra de años que presenta. Si son cinco, restamos los dos centrales y quedan tres. Añadan ustedes esos tres a los cinco certificados y está ese total de ocho dientes que tiene un toro cerrado de boca.

Si todavía queda alguna duda, aconsejo la visita a un matadero.

A pesar de estar así reglamentado durante bastante tiempo, el número de dientes no corresponde a la edad real que tiene el toro. De ahí que el certificado «post-mórtem» no merezca ninguna garantía científica y esté tan desacreditado que ha sido ya recusado de manera oficial.

Los piensos compuestos, el régimen de semiestabulación, la precocidad, el clima y otras circunstancias, han logrado que se adelante la dentición. Y salvo en algunos casos como Miura, Galache, Villamarta y Garzón, puede considerarse como norma general que el toro refleja en la boca un año más de los que en realidad ha cumplido. Así, se ha comprobado que los novillos de tres años, en cuanto pasan los finales de junio, presentan en la boca la edad de cuatrefios. Pueden contarse los cuatro dientes que señala el Reglamento tienen en total seis dientes, pero sólo tienen tres años «de verdad».

Está archidemostrado que los toros, como muchas personas, mienten con la boca. Esto se ha publicado infinidad de veces, y hasta los propios veterinarios así lo han reconocido en incontables trabajos de divulgación, que, sin duda, han escapado a la observación de los señores Irujo, Usechi y Lostao.

Pero existe algo mucho más terminante: la Presidencia del Gobierno dictó una orden que entró en vigor el pasado otoño, y en dicha ley se invalida el procedimiento de calcular la edad de los toros por el examen «post-mórtem» de los dientes. Porque este procedimiento ha sido encubridor de muchos fraudes.

Por esta razón la edad de los toros se comprobará en lo sucesivo con una ficha de nacimiento, dos tatuajes, un número marcado a fuego en la paletilla y un acta del herradero firmada por dos representantes de la Dirección General de Ganadería y de la autoridad gubernativa. [...] <sup>861</sup>

A pesar de las dudas que en un principio planteó la norma, particularmente su sistema de aplicación y desarrollo, su entrada en vigor definitiva supuso el fin del fraude de la edad de las reses. Es lógico pensar que en los primeros años de aplicación todavía hubiera ganaderos que consiguieran burlarla y que la connivencia del organismo de

---

<sup>861</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Los toros mienten con la boca». *Informaciones*, Madrid, 14 de enero de 1970, p. 25.

control competente con el entramado taurino permitiera de alguna manera camuflar el delito. Sin embargo, el riguroso control que establece el texto y la buena disposición de la autoridad para llevarlo a cabo sirvieron para erradicar de manera puede decirse que absoluta las graves infracciones que desde la postguerra se venían cometiendo en la materia. Las marcas a fuego en la piel de los becerros con el año de nacimiento en presencia de veterinarios y guardia civil, junto con el correspondiente documento certificado, validado asimismo por la autoridad en el momento de llevarse a cabo el herradero, daban la puntilla a la habitual lidia de reses sin la edad reglamentaria. La batalla al fraude de la edad de las reses había sido ganada por el esencialismo, convirtiéndose en una de las más importantes victorias en su historia.

#### **6.1.5.2. Las campañas en contra del fraude del «afeitado»**

Si el fraude de la edad de las reses requería una solución rápida y eficaz, no menos lo era necesaria para el otro gran fraude de la Fiesta, el «afeitado». Las campañas en contra de este abuso —tratadas en un apartado previo— llevadas a cabo en la década de los cincuenta tuvieron gran eco social y obligaron a la autoridad a tomar medidas para atajar el fraude. Sin embargo, la imposibilidad —o falta de voluntad— de mantener una presión sostenida sobre el delito propició que la picaresca del entramado taurino, incansable, siguiera escabullendo la responsabilidad y utilizando el serrucho allá donde lo consideró oportuno. El «afeitado», lejos de reducirse, llegó a la segunda mitad de los años sesenta perfectamente instaurado y, según dejan entrever los discursos de los cronistas esencialistas, como práctica habitual y con absoluto descaro. Baste para certificarlo las incontables denuncias así como las numerosas fotografías que en distintos medios aparecen publicadas en cada una de las temporadas.

La denuncia del «afeitado» es, por tanto, otro de los temas recurrentes de la Corriente Crítica Esencialista en esta primera etapa. Tanto Vicente Zabala como Alfonso Navalón y el resto de escritores que defienden ese planteamiento esencial de la Fiesta publicarán continuamente textos acusatorios y de rechazo hacia este abuso. Y lo harán siempre que hayan sido testigos o tengan noticias de la impunidad con que se comete.

En el corto periodo de tiempo que transcurre entre primeros de 1969 y la segunda mitad de 1971 tendrán lugar por parte del esencialismo dos nuevas campañas, similares a las de los años cincuenta antes referidas, de signo distinto, en contra de esta

lacra. Campañas cuyo objetivo es la regeneración integral del espectáculo a través de la denuncia de ese mal endémico. La primera de ellas es, sin duda, la más interesante para el presente estudio porque supone una labor corporativa de todos los escritores esencialistas nunca antes vista, teniendo además un punto de partida determinado, acordado entre ellos, para su lanzamiento. La segunda, menos concreta, se extenderá durante varios meses, y servirá para mantener en el ideario general y en la opinión pública que el «afeitado» sigue estando presente como una de las grandes estafas del siglo XX. Esta segunda campaña tendrá como soporte y acicate las declaraciones deladoras de varios personajes relevantes en el mundo del toro que favorecerán su expansión, pero sobre todo, contará con el altavoz de la televisión, a través del programa *Revista de Toros*, determinante para que la difusión y percepción del fraude alcancen una dimensión nunca antes conocida.

En cualquier caso, el estudio de este proceso de denuncia contra semejante abuso pone de manifiesto dos cuestiones claras. En primer lugar, la propia existencia del «afeitado» y su alcance. Que tanta gente de tan diversa procedencia y con distinto grado de cercanía al mundo de los toros opinara del tema, lo diera por real y reclamara su control en pos de la autenticidad de la Fiesta, es signo inequívoco tanto de su evidencia como de la desfachatez —amen de la impunidad— de quienes lo practicaban. En segundo lugar, que la autoridad competente no estaba por la labor de poner un control real al mismo y que esto pudiera deberse en gran medida a la presión que sobre los responsables se ejercía desde el entramado taurino —bien relacionado a su vez, todo sea dicho, con el entramado franquista—, algo que quedaba demostrado por la poca o nula transparencia en los procesos de control, traduciéndose en la negativa casi absoluta de delatar a los culpables del fraude una vez estos habían resultado cazados.

#### **6.1.5.2.a. Primera campaña, 1969**

Por tanto, en los primeros meses de 1969 se produce otro de los hitos relevantes en la Corriente Crítica Esencialista como es la campaña corporativa —a imagen y semejanza de las promovidas en los años cincuenta vistas anteriormente— que cronistas de diferentes medios lanzan al unísono para denunciar esta lacra que está asolando la Fiesta. José María del Rey, *Selipe*, Luis Uriarte, *Don Luis*, y Antonio García Ramos en *Hoja del Lunes*, Antonio Díaz-Cañabate en *ABC*, José Antonio Medrano en *Arriba*, Mariano Cruz en la revista *Destino*, Julio de Urrutia en el diario *Madrid*, Joaquín Vidal

en la revista *Gaceta Ilustrada*, Alfonso Navalón en *Informaciones* y Vicente Zabala en *Nuevo Diario*, entre otros, son los protagonistas de esta empresa que significa la mayor labor gremial conocida hasta el momento en el ámbito de la prensa taurina y además con una gran repercusión a varios niveles.

Pero, ¿por qué se produce la campaña en este momento preciso? Es prácticamente imposible descubrir el alcance que tenía el fraude en las temporadas de la década de los sesenta. El escaso control y, en muchas ocasiones, la nula voluntad por parte de la autoridad para llevarlo a cabo, así como la falta de medios eficaces para su delación convertían en harto difícil la tarea. Desde el esencialismo se mantendrá que se «afeita» de manera sistemática en cualquier plaza y que son las figuras de la tauromaquia contemporánea los principales inductores del delito. Sin embargo, desde el entramado taurino se esgrimirá el argumento contrario, y se aferrarán a los datos oficiales que ofrecen unos resultados paupérrimos. En este sentido, la gota que seguramente colmó el vaso y desató finalmente la campaña fue el informe ofrecido por la Dirección General de Seguridad —tratado en profundidad por Antonio García-Ramos en *Hoja del Lunes*<sup>862</sup>—, sobre las sanciones aplicadas para los casos de manipulación fraudulenta de astas en la temporada de 1968. Un informe que apuntaba que, como se verá más adelante, tan solo fueron veintisiete las corridas en las que se pudo constatar el fraude y que únicamente confirmaba cuarenta y cinco toros, pertenecientes a un total de veinticuatro ganaderías, con alteraciones de algún tipo en sus defensas.

Realmente se trataba de unos números muy bajos, casi insignificantes, dentro de la dimensión completa de una temporada en la que se habían lidiado más de seis mil reses en los distintos festejos celebrados. Como no podía ser de otra manera, el esencialismo considerará estos números irrisorios como una tomadura de pelo y una ofensa, unos datos que no alcanzan a establecer una visión de conjunto del delito, particularmente porque el número de análisis realizados carecía de relación alguna con el posible número de reses afeitadas, ya que éstas procedían en su mayoría de plazas de categoría superior —primera y segunda categoría— y en menor número del resto de plazas donde el fraude se produce de manera habitual.

---

<sup>862</sup> Véase GARCÍA-RAMOS, A. «Más de dos millones y medio de multas por “afeitado” en 1968». *Hoja del Lunes*, Madrid, 3 de febrero de 1969, p. 23.

Fuera de esos números oficiales, los únicos datos relevantes que sirven para poder interpretar la realidad del problema son las denuncias de sospecha de manipulación que aparecen en las crónicas y textos de los cronistas taurinos esencialistas. Como bien señala Julio de Urrutia en un artículo que se cita más abajo, «Naturalmente que ningún cronista taurino puede demostrar con rigor matemático tales afirmaciones, aunque tenga plena conciencia del fraude»<sup>863</sup>. Así, durante la temporada de 1968 se produce un notable aumento de referencias, tanto en la pluma de Vicente Zabala como de Alfonso Navalón, en comparación con temporadas pasadas —y posteriores— que podrían indicar que el «afeitado» está descontrolado a nivel general, más si tenemos en cuenta que estos escritores asisten mayoritariamente a festejos celebrados en plazas de categorías superiores, primera y segunda categoría principalmente, donde existe algo más de control que en aquellas de tercera y cuarta. Si se observa la evolución de la denuncia experimentada en los textos de Alfonso Navalón en el apartado específico, se puede comprobar que la temporada de 1968 es la más combativa en este sentido, con un total de 31 referencias frente a las 25 de 1967 y las 18 de 1969. Y algo parecido ocurre con Vicente Zabala, menos beligerante en este tema, pero que en 1968 experimenta un importante aumento de denuncias entre crónicas y artículos, con hasta 10 referencias frente a la media docena de 1967 y las apenas cuatro de 1969.

Además del polémico informe oficial, los cronistas taurinos mantienen continuo contacto con el desarrollo de la temporada, y las informaciones que barajan con respecto al conjunto de los festejos que se celebran circulan todas en la dirección de que el delito está totalmente descontrolado. Será por tanto esa percepción del progresivo aumento del fraude frente a los insignificantes datos oficiales la que desate la campaña.

Al igual que en el apartado previo en el que se repasaba el hito de la denuncia de la edad de los toros, en éste es la firma de Vicente Zabala la que nos sirve de guía para estructurar lo acontecido, ya que desde su incorporación a *El Alcázar* manifiesta un anhelo de unidad entre cronistas taurinos para la defensa de la autenticidad de la Fiesta, como así lo refleja el artículo que cierra el año 1965:

### **La unión hace la fuerza**

---

<sup>863</sup> DE URRUTIA ECHANIZ, J. «Nunca se lidiaron más toros afeitados ni con menos edad». *Madrid*, Madrid, 15 de octubre de 1971, p. 33.



[...] Insisto en que sería ideal que se emprendiese una campaña conjunta de Prensa para salvar la fiesta de los toros y tratar de recuperar su pérdida autenticidad. No pedimos el elefante con cuernos, pero sí el cuatreño con casta y con las fuerzas características del toro de lidia. [...] Dejémonos, pues, de tiquismiquis y vayamos al grano, al toro. Se hace cada vez más necesaria la unión periodística para salvar la fiesta. Estamos de acuerdo todos en nuestro deseo de servir al espectáculo para que vuelva su elemento principal, pero no sé qué pasa que a la hora de dar la salida son muy pocos los que comparecen para la difícil prueba. [...] El día que salga el toro de verdad, podéis estar seguros que no harán falta campañas contra el anti-toreo. El astado, por sí solo, habrá puesto las cosas en su sitio.<sup>864</sup>

Y de nuevo, en septiembre de 1968, manifiesta la idea de una campaña conjunta de los cronistas independientes a modo de las promovidas por Carlos de Larra y Gullón, *Curro Meloja*, en los años cincuenta para que la Fiesta vuelva a esa pretendida normalidad que para el esencialismo no es otra que aquella en la que el toro es íntegro en todos los aspectos, edad, ofensividad y peso. «Se hace imprescindible la campaña para recuperar el auténtico toro de lidia. Es preciso sustituir el torete por el toro»<sup>865</sup>, reclama Zabala

Puede por tanto considerarse a Zabala como promotor de esta manifestación conjunta que llega apenas unos meses después de este texto que reclama esa actuación corporativa. Así, durante el mes febrero de 1969, después de la publicación del citado informe por parte de la Dirección General de Seguridad, se suceden los artículos de denuncia de diferentes periodistas que tienen un doble argumento. En primer lugar, rechazar esos datos oficiales ofrecidos por falta de rigor y su utilización torticera, y en segundo lugar reclamar la extensión de las sanciones, agraviantes exclusivamente a los ganaderos, a empresarios y toreros como promotores y principales beneficiarios del fraude.

En el propio Vicente Zabala, el más combativo, la empresa tiene cuatro fechas significativas. Con tono de arenga, a modo de antesala, el día 2 de febrero publica un primer texto que con el título de «Ha sonado la hora de los aficionados. Alarma en el planeta taurino»<sup>866</sup>, es un primer aviso para el entramado taurino (empresarios, ganaderos, toreros...) del que da cuenta de todas sus artimañas y fraudes. De este primer

---

<sup>864</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «La unión hace la fuerza». *Art. Cit.*, p. 30.

<sup>865</sup> ZABALA PORTOLÉS V. «La Fiesta volverá a la normalidad». *Art. Cit.*, p. 29.

<sup>866</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Ha sonado la hora de los aficionados». *Nuevo Diario*, Madrid, 2 de febrero de 1969, p. 24.

artículo debe rescatarse una frase del final del texto que es premonitoria de la campaña que se aproxima, al señalar a modo de advertencia que «este año lo del afeitado se va a poner un poquitín peor que en años anteriores. El público ya está harto de toritos. Quiere el toro, pero el toro con pitones». En esa advertencia puede inferirse que el procedimiento de denuncia colectiva está en marcha y la confianza que el propio cronista tiene en que vaya a tener un resultado positivo para sus reclamaciones a partir, claro está, del apoyo incondicional que obtendrán del público.

El hito de la denuncia en Zabala —a modo de arranque oficial de la campaña— lo marca pocos días después el artículo publicado el sábado 15 de febrero. Se trata de un texto en defensa de la autenticidad del espectáculo partiendo, como se viene afirmando, de la base de la autenticidad del toro, un toro que no puede ser auténtico si sus defensas han sido manipuladas. El texto, de nuevo en tono arengador, está dividido en tres partes perfectamente diferenciadas. En la primera de ellas apelará una vez más a la necesaria emoción que vertebra el espectáculo real con el toro de verdad en la arena, algo que ya se vio cuando se abordó la importancia del toro bravo en el pensamiento del autor. Una segunda que argumenta el por qué está justificado la reclamación de que no se manipulen las astas de los toros y quiénes son los responsables de que esto ocurra. Y una tercera parte como propuesta de modificación del sistema de sanciones como solución definitiva al problema<sup>867</sup>:

#### **SE AFEITAN MÁS TOROS QUE NUNCA**

Hemos llegado al límite de un complejo estado de cosas que amenaza con la supervivencia de la fiesta de los toros. Cuando decimos “supervivencia” nos referimos a su autenticidad. Hay que frenar de una vez esa alocada marcha que, en realidad, no sabemos cuál va a ser su fin.

No hemos escrito ni una sola vez que el espectáculo más español vaya a desaparecer. Pero hemos venido señalando como con su visible transformación, basada en la mistificación y en el fraude, vamos camino de algo parecido a esas fiestas camperas que ofrecen las agencias de viajes en falsas escuelas taurinas, en la Costa Brava o en lugares similares.

Hace tiempo que el toro de las corridas postineras ha perdido su respeto. La emoción es imprescindible en la arena. Pero la emoción no se inventa. Se transmite al público. Y el “transmisor” no es otro que el toro.

#### **Inquietud**

[...] Un señor o varios señores se permiten el lujo de exigir millones, como si de verdad la actuación fuera a pecho descubierto, cara a cara con

---

<sup>867</sup> Se omite la parte central artículo por el escaso interés que tiene para el estudio, al hacer Zabala comparaciones de la fiesta de los toros con el circo.

el riesgo. Se me puede decir que cabe la posibilidad que un toro desmochado pueda quitar la vida a un torero de gran cartel. Es verdad y lo admito. Peto también cabe el azar de que un funcionario, camino de la oficina, sea atropellado por un automóvil, le caiga una teja o le apuñale un borracho.

De Manolete (1947) a nuestros días, gracias a Dios y al desmoche de los pitones, no ha fallecido ni una sola figura del toreo. Esto nos congratula y nos satisface; pero no quiere decir que los toreros sean tan diestros que hayan evitado únicamente por sus propios méritos el terrible accidente. Pregunto, ¿cuántos albañiles han perdido su vida en el trabajo desde 1947 a hoy? Bastaría con darse una vuelta por la clínica de La Paz, recientemente inaugurada como quien dice, para comprobar la cantidad de hombres que han perdido la vida en accidentes de trabajo.

Y no es que tenga más mérito un albañil que un torero. Lo que encuentro desproporcionado es lo que cobra el torero cuando no se enfrenta al auténtico toro. Exigir cantidades exorbitantes por matar un par de borregos es lo injusto. Lo justo es que se coticen muy altos en sus honorarios, pero siempre y cuando el astado con cuatro años, íntegro de defensas, aparezca en la arena. Es entonces cuando uno se queda anonadado del temple y sangre fría de los toreros.

#### **Invasión de las ganaderías**

Las ganaderías se han visto invadidas por unos caballeros que se hacen llamar los “supervisores”. Estos individuos vuelven locos a algunos ganaderos, que, atemorizados por la posible repulsa del fenómeno, aceptan el chantaje y admiten que se lleven a cabo, en su finca, o fuera de su dehesa (hay lugares para el “acto”), las perrerías que se hacen en las cabezas de los uteros.

Me consta que los propios ganaderos, avasallados por los representantes de algunas figuras son enemigos de que se toque a sus toros. Ellos están deseando la mano dura definitiva. Pero ésta tiene que llegar de verdad. Las multas no valen absolutamente para nada. Es cierto que no agradan, pero dinero con dinero se arregla. Dicen que hay toreros que compran una corrida adelantando el dinero de las multas...

#### **Soluciones**

La solución no es difícil. Basta con cambiar el sistema de sanciones. En lo sucesivo se deben cambiar las multas por las inhabilitaciones. El torero debe entrar en el “ajo”. Es un culpable, todavía mayor, que el ganadero. Sus mentores son los que presionan a los criadores de reses bravas. La sanción debe ser parecida a la futbolística, ejemplo de buena organización.

El día que se haga perder una temporada completa a un torero al tiempo que al ganadero, todo habrá cambiado. El quid del asunto no está en que afeiten o no afeiten los toros, sino en que se atrevan a llevar a cabo esa barbaridad. Me parece muy humano que el hombre sienta miedo del toro astifino. Pero quien experimente esa sensación y no sepa dominarla que se dedique a esta profesión. (...)

El problema actual es de autoridad. Hay que estudiar lo más rápidamente posible la reforma de las sanciones. Esa es la clave. No basta

con la justificación de unas multas, pues comprobado está que esas multas (recurríbles) no solucionan nada. La represión no es problemática. Los intereses de los toreros, tampoco. Lo único que aumenta es el riesgo, precisamente la base del espectáculo. Drásticas medidas. Fáciles medidas. ¡Y a poner en marcha de verdad la Fiesta, sin afeites ni componendas! Entonces desfrunciremos todos el ceño. ¡Ah!, y la publicidad no saldrá perjudicada un ápice. Tranquilidad, amigos...<sup>868</sup>

Por su parte, Alfonso Navalón, más a su aire, como es costumbre en su particular forma de comportarse y actuar, publicará varios artículos, pero no se centrará exclusivamente en la cuestión del «afeitado», sino que optará por llevar a cabo un análisis del conjunto de deficiencias que deterioran la Tauromaquia. El más importante es un informe sobre esa crisis taurina que, por entregas, será publicado entre los días 17 y 19 de febrero. Un espacio en el que duramente pone sobre la mesa todos los aspectos del ámbito empresarial que perpetúan el descrédito de la Fiesta e impiden el desarrollo pleno de la autenticidad del espectáculo. Así, temas como la búsqueda de ganancias por cualquier vía, el apoyo en los ingresos que genera el turismo del mismo modo que se desprecia al verdadero aficionado, la violación sistemática de lo establecido en el Reglamento, el establecimiento de un sistema de monopolios tanto en la gestión como en la contratación, o la puesta en marcha de nefastas campañas triunfalistas, entre otros, estructuran las denuncias de este interesante texto que ofrece el diario *Informaciones*. En la segunda parte del informe, publicada el martes 18 de febrero, dedica ya más atención al tema del «afeitado», alegrándose de las multas que a lo largo de la temporada se han ido imponiendo y denunciando la, todavía, poco efectiva labor de la autoridad en el control de un fraude que tiene dimensiones incalculables:

[...] cómo una fiesta definida por la emoción y los gestos viriles ha pasado a ser una industria planificada donde los artistas han pasado a ser funcionarios de los intereses empresariales y los ganaderos simples proveedores de una materia prima, el toro, condicionada a los mandatos de las figuras. Y toda esta carrera decadente y falsa se ha visto encubierta por desorbitadas campañas de publicidad cuya única misión era pregonar la excelencia del último «producto» lanzado a las taquillas, importando bien poco la calidad, si es que tenía alguna.

Para colmo, quienes cogían los hilos de las finanzas han actuado con escasa cautela y el público ha terminado por darse cuenta de sus más extraños e inesperados manejos. Todo ha sido un juego poco limpio que desgraciadamente ha quedado al descubierto. Y ya no queda más camino de rectificación que la postura honrada de volver sobre los pasos y que los artífices de esta degeneración de la fiesta hagan examen de conciencia y se

---

<sup>868</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Se afeitan más toros que nunca». *Nuevo Diario*, Madrid, 15 de febrero de 1969, p. 16.

dispongan a romper con la engañosa trampa del interés económico, dando el valor que tiene al que, en definitiva, levanta o hunde nuestra fiesta: el público.<sup>869</sup>

[...] Este clima de falsedad lógicamente tenía que llegar al ánimo del público. Y la burla del reglamento trajo como consecuencia la convicción de que el aficionado estaba también siendo burlado.

Afortunadamente la autoridad ha reaccionado con verdadero rigor y ahí está la colección de multas impuestas en la pasada temporada que sobrepasan en mucho las publicadas. Se saben que han sido multados 26 ganaderos cuyos nombres aparecieron en letras de molde como «afeitadores», pero en realidad han sido 76, incluyendo como escenarios de la trampa plazas tan «respetables» como Madrid, Pamplona y Bilbao.

Se sabe también que los juegos de astas enviados por los veterinarios a la Escuela de Sanidad Veterinaria de Madrid con la calificación de «sospechosos» alcanza la cifra insultante de 200 cajones debidamente lacrados. Y esto sólo en las ferias de postín. ¿Qué no habrá pasado en esas plazas de tercera categoría donde el alcalde suele ser poco amigo de meterse en peleas? [...]»<sup>870</sup>

Como se afirmaba, junto a Vicente Zabala y Alfonso Navalón son varios los cronistas y medios de la esfera esencialista los que se suman a la campaña. El mismo sábado día 15 de febrero, día en que como se podía comprobar Zabala publica su primer artículo, lo hace también Julio de Urrutia en el diario *Madrid*. En la línea de Navalón, Urrutia cree que las sanciones impuestas a lo largo de 1968 a un total de 45 toros de 24 ganaderías distintas son solamente la punta del iceberg de un fraude de dimensiones descomunales. Comparte la idea —planteamiento defendido también por Zabala, Navalón y el conjunto de escritores esencialistas— que las sanciones no deben recaer exclusivamente sobre el ganadero, sino que deben ser compartidas tanto con empresarios y toreros, que a la larga son los verdaderos beneficiarios del delito:

[...] Desde luego que tales cifras, con ser importantes, no convencieron a la mayoría de los aficionados. En el ánimo de toso está el que las sanciones podían haber alcanzado una mayor proporción. En noviembre pasado las propuestas de sanción se acercaban a los dos centenares. Es muy posible —afirman los enterados— que de haberse examinado todas con el rigor necesario, el registro microscópico de las astas hubiera arrojado un saldo todavía más desfavorable. Hoy —dice la afición— se “afeitan” más toros que los que se multan.

Hasta la fecha la responsabilidad de tales manipulaciones viene recayendo a efectos penales casi en exclusiva sobre los criadores, a pesar de

---

<sup>869</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Informe sobre la crisis taurina». *Informaciones*, Madrid, 17 de febrero de 1969, p. 23.

<sup>870</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Informe sobre la crisis taurina. El “trust” empresarial tiraniza el destino de los toreros». *Art. Cit.*, p. 18.

que el último párrafo del artículo 134 del Reglamento castigue también a la Empresa o diestros caso de burlar éstos la vigilancia del ganadero y verificar el fraude por su cuenta. Ello no obstante, la verdad es que los criadores cargan con las multas, cuando todas ellas en realidad deberían ser soportadas por toreros y empresarios, que son en definitiva quienes se benefician en directo de las manipulaciones que exigen e imponen la mayoría de las veces. De ahí que, de acuerdo a lo que en repetidas ocasiones han pedido los criadores de reses bravas, las sanciones que hoy sufren éstos deberían extenderse a diestros y empresarios, con la inhabilitación incluso de ejercer la profesión durante un tiempo determinado. [...] <sup>871</sup>

Pero en este sentido, el más relevante es sin duda el papel del diario *ABC* y de su crítico Antonio Díaz-Cañabate, que el domingo 16 de febrero entra de lleno en la campaña dedicando un amplio reportaje al asunto en su suplemento «LOS DOMINGOS DE ABC». Hasta siete páginas, con fotografías ilustrativas, dan cuenta de la denuncia. De nuevo el diario madrileño marca la diferencia tal y como ocurrió en las campañas de primeros de los años cincuenta anteriormente analizadas, demostrando su independencia y su compromiso con la Fiesta.

Así, Díaz-Cañabate, con su particular estilo costumbrista y un cargado acento dramático, hace una introducción y un relato contextual, novelado, para explicar todo el humillante proceso del afeitado, desde que se ven en el campo los toros seleccionados hasta su conducción al muelco <sup>872</sup>, pasando por la «invasión» de la ganadería por parte de personas ajenas al manejo diario pero que son las encargadas de llevar la reducción de los pitones, algo que, en conjunto da forma a un «bochornoso espectáculo» como es el sometimiento del toro bravo, al deterioro imparable de la Fiesta. Destaca Díaz-Cañabate ese abuso generalizado que, al parecer, no puede controlarse, ya que las sanciones que se aplican no dan el resultado esperado. Y como realmente esto es así, las multas no sirven para nada, considera que debería aplicarse la manipulación a todas las reses que se lidien, incluyéndose las que caen en suerte de los más modestos y que normalmente siempre están en puntas, ya que de esta manera se conseguiría el factor desenmascarante de aquellos que circulan como toreros tremendistas frente a toros que apenas ofrecen peligro. Los toreros modestos, los que realmente ponen sobre el albero su vida enfrentándose a toros de verdad, demostrarían que ese supuesto tremendismo del que

---

<sup>871</sup> DE URRUTIA ECHANIZ, J. «1969, temporada clave en la historia de la Fiesta». *Madrid*, Madrid, 15 de febrero de 1969, p.12.

<sup>872</sup> Cajón de curas donde son introducidas e inmovilizadas las reses para llevar a cabo labores sanitarias, de reconocimiento y control.

alardean determinados toreros famosos se puede aplicar a cualquier res que tenga su ofensividad disminuida:

### **BOCHORNOSO ESPECTÁCULO**

He presenciado varias veces tan dramático como impotente forcejeo. Pocos espectáculos he visto tan deprimentes. Se puede objetar —y es uno de los puntos de vista utilizados por los enemigos de la fiesta taurina— la crueldad que se ejerce con los toros durante su lidia, los sufrimientos que indudablemente padece, pero no puede olvidarse de que dispone de un considerable poder del que se sirve, bien para atacar, bien para defenderse, arma radicada en sus cuernos y en la enorme fuerza de sus músculos, arma que en bastantes ocasiones deja fuera de combate y aun fuera de la vida al torero. Es indudable que en muchos momentos de la lidia el torero y el toro luchan noblemente. Si el torero resulta casi siempre vencedor se debe a que la inteligencia humana es superior al instinto del animal. Precisamente en esta pugna —no tan desequilibrada como aseguran su detractores— se encuentra la singularidad de la fiesta y con la singularidad su belleza. La singularidad que un hombre se aventure consciente aun peligro para convertirlo en una fiesta apasionante y emocionante. La belleza de que el peligro sea vencido, no por medios arteros, sino cara a cara, buscando dentro de la gallardía arrequives artísticos. Y esto sí que es extraordinario. Crear arte en desafío con un riesgo. Domeñar garbosamente una contingencia. En este juego del arte con el albur es donde se halla el ser y naturaleza de la fiesta de los toros.

### **LA IMPOTENCIA DE LA BRAVURA**

Esto bien sentado, volvamos al potros del tormento. El toro ha sido reducido traicioneramente. Está inerte. No puede valerse ni de sus cuernos ni de sus músculos. No se resigna. Bambolea la que puede su corpachón. Se estremece la barbería, pero es sólida, no la desbaratan los empujones de la furia enmaromada. Los ojos es lo único que tiene libre. La última vez que vi un afeitado me situé frente a los ojos del infeliz torturado. Estaban sanguinolentos. Terrible su mirada. Patética también. Mezcla de ira y tristeza. De pronto los cerró. En aquel momento el barbero mutilaba su pitón derecho. Cuando nuevamente se abrieron parecía que una neblina los velaba. ¿En los ojos de los toros pueden nacer lágrimas? No. Creo que no. Sin embargo, aquél lloraba. Estoy seguro. Se quedó quieto. Se oía un chirrido desagradable. Era la lima que actuaba para disimular la mutilación. [...]

### **LO MÁS TRISTE DEL FRAUDE**

El toro, desesperado por el esfuerzo, se aquieta. El barbero remata su trabajo. Se libera a la víctima. El confitero chilla. “¡Listo el bote!! ¡Que pase otro cliente!”. Me aparto de aquella farsa. Salgo al campo. Me alejo hacia un cercado donde se distinguen toros... [...]

### **EL AUTÉNTICO «TREMENDISMO»**

Lo tremendo de la actual fiesta de los toros no está en el ruedo. Lo tremendo está en la escena campera que hemos relatado, en la engañifa de unos cuernos cortados. Cuando sus puntas caen por tierra se derrumba el toro entero, se despeña la razón de ser de la fiesta basada en el peligro, en ese peligro remotamente existente en los cuernos de merengue. A todo lo largo

de esta última temporada —al igual que las anteriores— los periódicos han insertado noticias de la multas impuestas a ganaderos por el arreglo de los pitones. El pundonor de los tremendistas que los torearon no se ha tambaleado. A los ganaderos faltos de escrúpulos no les hacen mella las sanciones. Al público tampoco. La fiesta sigue como si tal cosa. Como si el toro fuera una fiera y el tremendista un grande y valeroso torero. Sigue la fiesta de los toros de merengue y de los toreros amerengados.

¿Cómo es posible que se mantenga con trampas? Quizá por dos razones. Por la fuerza de la tradición y porque en las corridas que intervienen los toreros modestos el fraude del arreglo no se produce. Y esto es lo intolerable. O arreglo para todos, o ningún arreglo. Entonces, cuando la mojiganga del engaño fuera general, ¿qué pasaría? Eso está por ver. Mi opinión es que entonces lentamente desaparecería la fiesta, o en todo caso perduraría lánguida y claudicante, convertida en un espectáculo de infantil condición, y opino así porque no creo posible que convencido el ánimo del espectador de que el toro ofrece un peligro remoto conceda importancia a lo que haga el torero.

¿Qué ya está sucediendo algo y aun algos de esto y, sin embargo, la genta acude a las plazas? Insisto en que ello ocurre porque en algunas corridas aún se ven toros de verdad y la verdad del toro mantiene la mentira del torito con apariencia de fiera. Y como estos toritos anda la fiesta, como una apariencia de lo que fue.

#### **TOREROS QUE FINGEN VALENTÍA Y DERRAMAN MAL GUSTO**

[...] Veía al toro enmaromado, reducido a la impotencia, veía caer las puntas de los pitones como si el hacha del leñador derribara la arrogancia de un árbol, como si un jugador fullero prepara el truco de los naipes que le proporcionará la ganancia sin el riesgo del azar. Veía al torero como jugador de ventaja alzarse con un triunfo tan mentiroso como injustificado. Y en plena primavera, en el rigor del estío, la fiesta es una fiesta otoñal: la fiesta de los pitones caídos. Y para que esta farsa prosiga, buen número de toreros, desasistidos de influencias, la alimentan con la sangre de las heridas que les infieren los toros astifinos. Y esto es lo intolerable.

Por lo visto la trampa es inevitable. Las multas no la contienen. Ensáyese en ampliar los castigos, y si nada se logra, entonces que se corten todos los pitones, que caigan los privilegios como las puntas. Y entonces muchos toreros modestos de podrán codear con los que hoy se aprovechan de un desafuero irritante.<sup>873</sup>

En la misma línea que *ABC*, el domingo 16 de febrero el semanario *Gaceta Ilustrada* ofrece en un amplísimo reportaje la denuncia, que ya anuncia en la portada con un sonoro «CRISIS EN LA FIESTA. OTRO TORO, QUE ESTE NO VALE». En este caso, un joven Joaquín Vidal Vizcarro —que se convertirá en el miembro más relevante de la Corriente Crítica Esencialista a partir de su incorporación en 1976 al diario *El País*— establece una amplia radiografía de la situación, llevando a cabo un

---

<sup>873</sup> DIÁZ-CAÑABATE Y GÓMEZ-TREVIJANO, A. «Continúa el “afeitado” de los toros». *ABC*, Madrid, 16 de febrero de 1969, Suplemento Los Domingos de *ABC*, pp. 27-33.



pormenorizado análisis de la evolución de la Fiesta desde el final de la Guerra Civil, con los actores más importantes y las circunstancias que han propiciado la situación actual, en la que el toreo por un lado, y el toro por otro, han quedado totalmente desfigurados. Aquél por su sumisión a las fórmulas menos ortodoxas y más irreverentes, y éste por su progresiva pérdida de atributos, tanto físicos como conductuales. «Desde entonces hasta nuestros días el desequilibrio se ha hecho mayor y ha llegado a tal extremo que las reglas de torear ya no son preceptivas; ya no es necesaria una tauromaquia; ya no tiene importancia alguna el juego de piernas ni el temple para dominar al toro, porque al toro se le puede burlar y se le puede dar muerte sin necesidad alguna de dominarle»<sup>874</sup>, apunta Vidal.

El periódico semanal *Hoja del Lunes* tendrá también un papel importante en esta campaña los días 17 y 24 de febrero. En el primero de ellos, Antonio García-Ramos ofrece una interesante entrevista con el veterinario Luis León López, veterinario titular y responsable de las plazas de toros de Madrid desde el año 1947, que describe pormenorizadamente el proceso de minucioso análisis que se lleva a cabo cuando los pitones bajo sospecha de haber sido manipulados llegan a la Escuela Nacional de Sanidad. Un análisis que, en palabras de León López, no deja lugar a la duda, ya que se realiza primeramente a través de un examen macroscópico que determina posibles alteraciones físicas en el pitón así como presencia de productos enmascaradores, tipo grasa o pintura —aplicados para que, una vez realizada la reducción, el cuerno adquiera apariencia de normalidad—, para después proceder con un análisis biométrico, seccionando por la mitad el cuerno, con el objeto de comprobar si las partes que lo componen mantienen la proporción adecuada, y finalmente, si quedan dudas, un examen microscópico que determine con mayor precisión las posibles variaciones efectuadas. En la línea de sus compañeros, García-Ramos considera necesaria la aplicación del mayor rigor posible en las sanciones administrativas así como la extensión de éstas a toreros y empresarios como grandes beneficiados además de encubridores del fraude:

[...] Confiemos en que la autoridad competente prosiga hasta su extermio la persecución de este fraude contra la esencia del espectáculo tauromáquico, con multas e inhabilitaciones no sólo contra sus principales responsables —los ganaderos—, sino contra sus cómplices y encubridores

---

<sup>874</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Crisis en la fiesta. otro toro, que estos no valen». *Gaceta Ilustrada*, Barcelona, edita Gaceta Ilustrada, año XIV, 16 de febrero de 1969, n° 645, p. 61.

—toreros y empresarios—, sanciones ya establecidas en el artículo 134 de la vigente reglamentación taurina.<sup>875</sup>

El martes 18 de febrero es el diario *Arriba* el que entra de lleno en liza, dedicando uno de sus editoriales del día al asunto. Bajo el título «Pongamos final al fraude»<sup>876</sup>, ofrece el posicionamiento claro y meridiano del diario en contra del «afeitado» y confirmando su postura esencialista en todo lo que tiene que ver con la fiesta de los toros. Su planteamiento, sin embargo, adquiere un matiz diferenciado a lo que es y será la tónica general del resto de medios y cronistas al exigir que la sanción por manipulación fraudulenta de las astas recaiga, con todo el peso y poder de la ley, única y exclusivamente en el ganadero, ya que, como propietario, es suya, y solamente suya, la responsabilidad de que los toros lleguen a la plaza intactos y con esa cualidad salgan al ruedo. Sólo la ejemplaridad del castigo puede corregir el abuso, una ejemplaridad que se traduciría en la prohibición de volver a ser ganadero a quien sea declarado culpable del delito, al modo que se aplica a otras profesiones:

[...] En lo del “afeitado” no cabe más solución que centrar todo el rigor del castigo sobre el ganadero, pues él es el único propietario del toro desde que nace hasta que es soltado a la arena para su lidia. La obligación del ganadero es llevar a los ruedos toros con las defensas intactas, como así lo hace constar en una declaración jurada. Y su responsabilidad es intransferible. ¿Castigar también al torero que haya exigido el “afeitado”? Quizá en corrida en la que sólo actuara un diestro fuera relativamente fácil encontrar el cómplice, pero sabido es que, generalmente, en el ruedo hay una terna. ¿Castigar a los tres, aunque paguen justos por pecadores?

Nos parece incuestionable que hay que evitar el que se diluya la responsabilidad. Para ello recurramos a una frase bien taurina: “Coger al toro por los cuernos”. Esto es, que el castigo sea tan ejemplar que el ganadero pierda todas las ganas de volver a manipular en las defensas de las reses. O, mejor, que por dejar de ser ganadero (como lo dejaron de pertenecer a su profesión los médicos, notarios e ingenieros fraudulentos), no puedan volver a tener oportunidad para ejercer sus malas prácticas. Y esta medida ha de ser adoptada con urgencia, porque queda demostrado que las actuales sanciones pecuniarias no dan resultado (y nada digamos de las muchas dudas que existen sobre si son sancionados todos los toros “afeitados” o si la mayor parte de ellos salen con alitas hacia el olvido). Debe de ser quemado el “mueco” y no dejarnos pescar en el “cepo” de la duplicidad de responsabilidades. Si el ganadero se juega la ganadería, de seguro que serán inútiles los halagos y ofrecimientos de toreros, apoderados y exclusivistas. Existen muchos ganaderos con alto concepto de la moral, pero a los que

---

<sup>875</sup> GARCÍA-RAMOS, A. «El ignominioso despuntado de pitones». *Hoja del Lunes*, Madrid, 17 de febrero de 1969, p. 23.

<sup>876</sup> Véase *Arriba*. «Pongamos final al fraude». Madrid, 18 de febrero de 1969, p. 2.

carezcan de ese sentido la amenaza de la dura sanción les llevará a adquirirlo. Sabido es que los veterinarios disponen de medios infalibles para atestiguar si el pitón ha sido “afeitado”. Por esta parte, no hay temor a injusticias. Vayamos a medidas serias, que son precisas, pues seguir las cosas tal como ahora están preferible es pedir la desaparición de una Fiesta, que mal puede vivir arrastrada entre indignidades hasta el extremo de que se convierta —se ha convertido ya— en tema para comentarios por parte de técnicos y especialistas, que sinceramente velan por su supervivencia. [...]

Ante el cariz que ha alcanzado la campaña de denuncia, el jefe del Sindicato Nacional del Espectáculo —organización en la que estaban incluidos también los empresarios y los matadores de toros—, el señor Jorge Jordana de Pozas, presidente de dicha entidad desde junio de 1968 —Jordana de Pozas durará muy poco tiempo en ese cargo, siendo sustituido en mayo de 1970 por Juan José Rosón Pérez—, convoca en una reunión ese mismo martes 18 de febrero a los cronistas taurinos de los más importantes medios de comunicación nacional para tratar el tema, reunión a la que también asistirán, a modo de órgano asesor y consultivo, los empresarios taurinos más relevantes. Pero esta reunión, lejos de calmar las aguas, sirve para que el esencialismo se reafirme en su postura. En realidad, la reunión planteada por Jordana de Pozas, presionado por el círculo de empresarios taurinos más importante, no trataba sino de demostrar la inconsistencia de dicha campaña mediática, basándose para ello en los datos oficiales de reses manipuladas publicadas desde la Dirección General de Seguridad.

Evidentemente, los datos ofrecían un porcentaje irrisorio de reses manipuladas, y en su interpretación por parte del entramado taurino, apenas el uno por ciento de los toros lidiados a lo largo y ancho de la geografía española habían dado un resultado positivo en los análisis de las astas. Sin embargo, este dato resultaba tan llamativo como engañoso porque en realidad extendía el porcentaje de casos positivos obtenidos en el conjunto de los análisis —48 casos positivos entre 101 analizados— a la totalidad de las más de seis mil reses lidiadas en la temporada de 1968, como si únicamente esos 48 toros «arreglados» configuraran el total de reses que habían saltado al ruedo de esa forma, sin hacer referencia en ningún momento al conjunto de irregularidades que se habían producido durante la temporada, como la falta de control eficaz en los cajones de transporte —muchos de ellos llegaban a la Escuela Nacional de Sanidad sin precintos o con estos alterados—, el escaso porcentaje de toros analizados, o la casi nula presencia de cuernos procedentes de plazas de categorías inferiores donde el fraude campaba a sus anchas.

Para la Corriente Crítica Esencialista la reunión con Jordana de Pozas sólo había tenido el objetivo de maquillar la imagen del empresariado taurino —y por ende de todo el entramado taurino— y de la propia autoridad, justificando a unos por su trabajo en pro del correcto y limpio desarrollo de la Fiesta y avalando a los otros el buen trabajo que, en unión con los veterinarios, se venía realizando. La respuesta desde el esencialismo no se hace esperar, y así, el jueves 20 de febrero, en el mismo tono de sus anteriores textos, Vicente Zabala se hace eco del encuentro, y de nuevo intratable, visiblemente irritado, cuestiona una vez más por un lado el procedimiento sancionador y por otro la escasez de toros reconocidos como afeitados por los análisis la pasada temporada. «"La Película" de los pocos toros afeitados»<sup>877</sup>, titulará el texto a modo de resumen de lo escuchado en la reunión, en clara alusión a esa falta de rigor a la hora de determinar la manipulación de las astas sospechosas y cuestionando la información ofrecida y defendida por Jordana de Pozas. Zabala, trasmitiendo un tono corporativista absoluto, se hace eco de la labor de conjunto que se ha llevado a cabo dejando escrito que «Lo que han hecho "Hoja del Lunes", "ABC", "Informaciones", el editorial de "Arriba", "Gaceta Ilustrada", NUEVO DIARIO, y alguna otra tribuna es reclamar la aplicación del vigente reglamento, pero no sólo por esas insignificantes sanciones que aparecen, sino por el estado general del espectáculo más español».

El sábado 22 de febrero es Alfonso Navalón el que da respuesta a la reunión. De nuevo con su particular interpretación del aspecto, prefiere hablar del conjunto de la crisis de la Fiesta y no sólo del afeitado, reconociendo la buena disposición de Jordana de Pozas y su propósito de enmienda para perseguir con más ahínco a los culpables del corte de pitones, pero mostrándose en cualquier caso decepcionado con el conjunto del encuentro al quedar demostrado desde el mismo inicio del mismo que aquello sólo pretendía justificar lo injustificable y lavar la cara del entramado taurino.

Al igual que hace Vicente Zabala y el resto de escritores esencialistas, Navalón no deja de mostrar su desacuerdo y señalar la falta de rigor de los datos ofrecidos en la reunión, ya que no es de recibo aplicar el número de toros manipulados al conjunto de reses lidiadas en toda la temporada, porque ese porcentaje resultante carece de cualquier verosimilitud, al extender el resultado de una muestra mínima sobre un total de reses a las que nadie denunció, no porque no tuvieran síntomas de haber sido «afeitadas», sino

---

<sup>877</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «"La película" de los pocos toros afeitados». *Nuevo Diario*, Madrid, 20 de febrero de 1969, p. 14.

por la falta de medios e interés que existe en la mayor parte de plazas de categorías inferiores. Basándose en estas irregularidades por todos conocidas, inteligentemente señala el cronista otra interpretación a los datos diferente a la oficial, al advertir que esos 48 toros multados de entre los 101 analizados significan casi el cincuenta por ciento, que extendido al total de reses lidiadas en España, supondría que alrededor de tres mil reses fueron mermadas en su ofensividad:

Es evidente la buena fe del señor Jordana de Pozas como jefe del Sindicato Nacional del Espectáculo. Se está hablando demasiado de la crisis del negocio taurino, demasiado del «afeitado» y del utrero. Por otra parte, existe un sector de la Prensa afirmando que ni existe el «afeitado» ni se conoce el utrero. Y el señor Jordana, con la mejor voluntad, convocó a los cronistas taurinos para poner las cosas en claro.

El señor Jordana convocó, junto a los cronistas, a lo que considera fuerzas vivas de la fiesta, es decir, a los empresarios. Iban con carácter de órgano asesor y consultivo. Eran los técnicos encargados de aclarar las dudas que se planteaban.

Estaba claro que la reunión tenía por objeto responder a la «campana» de Prensa sobre la actual situación de la fiesta. Pero esperábamos mayor contundencia de argumentos y un planteamiento más valeroso de la situación. El «todo está bien» y la interpretación de unas cifras sobre toros «afeitados» no creo que convenciera ni a los propios interesados. Allí estaba el único hombre que tenía en su carpeta los datos oficiales del «afeitado» y se levantó de la reunión sin abrirla.

El clima triunfalista de la reunión eludía toda posibilidad de diálogo. Así lo entendieron de antemano algunos compañeros que no comparecieron y así se explica que los pocos que podían hablar guardaran un irónico silencio ante el rumbo que tomaba la reunión cuando la voz cantante pasó al empresario señor Barceló y cuando unánimemente se reconoce como únicos culpables del «afeitado» a los ganaderos, sin que hubiera allí ni uno solo para responder a tales afirmaciones.

Estaba claro que la reunión había sido convocada para desacreditar las campañas «derrotistas» de siete publicaciones madrileñas. [...]

#### LA OTRA VERSIÓN DEL «AFEITADO»

Según nos dijeron en el Sindicato, si entre 6.000 toros lidiados la pasada temporada solamente se sancionaron por «afeitado» a 48, resulta que el tanto por 100 es de 0,78 y no hay razón alguna para desplegar una campaña contra un fraude que sólo existe en mínimas proporciones.

La verdad es que solamente se instruyeron 101 expedientes de examen en la Escuela de Sanidad Veterinaria, de donde salieron 48 juegos de pitones con la calificación de haber sufrido «manipulaciones fraudulentas». ¿Qué habría pasado si se hubieran examinado los pitones de esos 6.000 toros lidiados?

Ni nos parece justo repartir esos 48 toros multados entre los 6.000 lidiados para alcanzar ese 0,78 por 100, ni sería razonable aplicar el porcentaje de esos 101 expedientes examinados con el resultado de 48

sanciones, porque entonces podríamos afirmar que se han «afeitado» más de 3.000 toros. [...]»<sup>878</sup>

Y también da su respuesta *Hoja del Lunes*, que el lunes 24 de febrero dedica la casi totalidad de su espacio de información taurina, con las firmas de José María del Rey Caballero, *Selipe*, Luis Uriarte Rodríguez, *Don Luis*, y Antonio García-Ramos, a dar respuesta a la citada reunión y a cuestionar los datos esgrimidos, unos datos que nadie que estuviera mínimamente en contacto con la Fiesta podría dar por válidos. La opinión generaliza de los tres escritores mantiene el planteamiento esencial sobre el alcance de las sanciones, injustas si únicamente se aplican a los ganaderos, simples actores de todo el entramado fraudulento.

Con su particular y característico estilo académico, *Selipe* entiende que la resolución del problema tiene que pasar primero por un enfoque adecuado, no siendo éste el correcto si se pasa por alto que ganaderos y toreros están englobados en diferentes grupos sindicales. Para el crítico, las sanciones expuestas en dicha reunión como justificación de la vigilancia que se ejerce sobre el afeitado no reflejan la dimensión del problema, ya existen suficientes evidencias sobre lo extendido que está el fraude así como la falta de control del mismo en las plazas con más proyección turística, en las que, según su opinión, es difícil que salte al ruedo alguna res que no haya sido manipulada. En este sentido, da por bueno la llamada de atención de la Dirección General de Seguridad tanto a ganaderos como a toreros, pero cree que la mejor opción para cortar el fraude es la presión sostenida de la autoridad competente frente a quienes únicamente contemplan el beneficio económico sin reparar en las demandas del público aficionado:

[...] Las manifestaciones del señor Jordana de Pozas, que rige el Sindicato donde los toreros están encuadrados, sí se refieren a la médula de las cuestiones planteadas, pero también obedecen a un lógico objetivo de justificación de desempeño de un concreto cometido. Por la estructura sindical encontramos separados a los toreros, que forman parte del mencionado Sindicato del Espectáculo, a los ganaderos, que pertenecen al de Ganadería. Por esta separación acaso no se haya aludido siquiera al problema de la falta de edad de gran parte de las reses que salen a los redondeles en las corridas de fuste, y la mención a las maniobras fraudulentas que acortan las astas se ha mirado como algo que, aunque incide en la jurisdicción del Espectáculo, se origina en la Ganadería. Es lástima, por esta razón de la dualidad de jurisdicciones, que el enfoque de la situación haya de ser incompleto.

No dudamos de la buena fe de los declarantes, que, antes al contrario, se nos antoja excesiva; pero el “afeitado” de los toros o aprendices de toros es “vox populi”. Se sabe que determinados toreros poderosos disponen de

---

<sup>878</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Según los empresarios, casi no existe el afeitado (0,78 por 100) ni los “trusts”». *Informaciones*, Madrid, 22 de febrero de 1969, p. 27.

equipos que, luego de seleccionar con criterio muy restringido los animales de menor trapío entre los que les son presentados, imponen la práctica de la reducción de las astas, a la que hay criadores que se resignan. Por parte de los declarantes no se niega la manipulación fraudulenta, aunque se opone una alegación de orden cuantitativo. Existe el “afeitado”, vienen a reconocer, pero la proporción de las sanciones es muy corta si se relaciona con el número de reses lidiadas. Los que están en el mundo del toro saben que lo que ocurre es que se multan muchísimas menos reses que las que se corren despuntadas. Especialmente en las plazas de concurrencia turística, los cosos del litoral principalmente, apenas sale un astado con sus defensas intactas. Por otra parte, el censo de reses dolosamente disminuidas en sus astas puede, si no completarse, al menos ampliarse con sólo aplicar una despierta vigilancia a las corridas en que participen los diestros de exigencias muy superiores a la responsabilidad a que hacen frente.

Hemos sabido —por las noticias difundidas en la última semana también— que tanto los ganaderos como los toreros han sido convocados por la Dirección General de Seguridad para encarecerles el cumplimiento de los preceptos reglamentarios en lo que a uno y a otros incumbe. Esta intervención gubernativa es la que a fin de cuentas puede dar al traste con las maniobras engañosas. Bien, muy bien está la actuación de las autoridades sindicales, pero, como decisiva, se impondrá la de quienes han de velar por el orden público, amenazado, pese a las desproporciones cuantitativas que se nos hacen notar, por los que miran a su provecho directo y desconocen las legítimas demandas del público escandalosamente defraudado.<sup>879</sup>

Junto a la columna de Selipe, Luis Uriarte Rodríguez, *Don Luis*, volverá a la carga blandiendo la tesis esencialista de la necesaria aplicación de las sanciones no sólo a los ganaderos, a los que ve como simples marionetas del sistema utilizadas al antojo de las necesidades comerciales, sino también a los toreros y organizadores. Sólo la autoridad puede poner coto al desmán y una de las medidas que más efectividad puede alcanzar es la inhabilitación para aquellos que caigan en la reincidencia:

[...] Al ganadero se le pone en el dilema de “afeitar” a sus toros o no vender un pitón, y es lógico que prefieran pagar alguna multa que otra —si se supiera de todos los “arreglados” ya sería otra cosa...— que perder lo que valen todos sus toros de saca y conformarse con lo que valga su carne en el matadero.

A los verdaderos culpables del “afeitado”, a los que imponen su ley a su antojo y comodidad, les tiene sin cuidado lo que no afecta a sus conveniencias, y el que venga atrás que arree... ¿Qué tal estaría, pues, que pagasen su correspondiente multa por cada toro “afeitado” que toreen y su inhabilitación por reincidencias, en las mismas condiciones que los ganaderos?

---

<sup>879</sup> DEL REY CABALLERO, J. M. (*Selipe*). «Agitación en el mundillo taurino». *Hoja del Lunes*, Madrid, 24 de febrero de 1969, p. 21.

El caso es que ha vuelto el “afeitado” —diríase mejor que ni siquiera hizo mutis—, y ahí continúa, según se ve, y continuará, salvo que las autoridades tomen muy en serio por su cuenta la defensa de la fiesta “per secula seculorum”. [...] <sup>880</sup>

Y en la misma línea, Antonio García-Ramos aboga por la investigación en profundidad y la extensión de la sanción a todo aquél que sea descubierto como partícipe del delito:

[...] Sería muy interesante que en la presente temporada la Dirección General de Seguridad —cuya labor es loabilísima— no castigase rutinariamente a los ganaderos, sino que, mediante el oportuno atestado policiaco, se averiguara quién ha sido realmente el verdadero responsable del criminal fraude.

Aunque algunos opinan que la campaña de prensa sobre este tema básico de la llamada fiesta nacional la perjudica, somos muchos los que estimamos que es preciso velar por su autenticidad y por su auge. De magnífica salud disfruta el fútbol y todas las semanas se publican las sanciones a jugadores, árbitros y sociedades balonpédicas, por lo que entendemos que divulgando, siquiera una vez al año, los datos oficiales sobre mutilaciones de cuernos se realiza una noble función depuradora y constructiva. <sup>881</sup>

Sobre la misma reunión, el jueves 27 de febrero el diario *Arriba* llevará un similar titular, en la línea del ofrecido por Vicente Zabala una semana antes, a modo de resumen del encuentro con Jordana de Pozas «”La parrala” en versión taurina» <sup>882</sup>, para poner en cuestión todo el procedimiento investigador y sancionador a partir de esa torticera interpretación del resultado de los análisis efectuados al total de reses lidiadas en la temporada.

Como se ha visto, el encuentro con Jordana de Pozas sirvió para encender un poco más los ánimos, permitiendo que la campaña se prolongara algo más de lo que, seguramente, estaba previsto. Así, el tercer artículo que cierra la serie de los publicados por Vicente Zabala ve la luz ese mismo jueves día 27 de febrero y es la manifestación de la sensación del triunfo obtenido a través de ese trabajo corporativo, la seguridad de que esa labor ha despertado la conciencia de la autoridad, y es un nuevo aviso al entramado taurino sobre nuevas actuaciones que afecten al conjunto de fraudes que amparan. En ese tono optimista, a veces cándido, que muchas veces expresa su pluma,

---

<sup>880</sup> URIARTE RODRÍGUEZ, L. (*Don Luis*). «En el pleito del “afeitado”». *Hoja del Lunes*, Madrid, 24 de febrero de 1969, p. 21.

<sup>881</sup> GARCÍA-RAMOS, A. «Las sanciones por “afeitado” de pitones». *Hoja del Lunes*, Madrid, 24 de febrero de 1969, p. 21.

<sup>882</sup> Véase *Arriba*. «La parrala en versión taurina». Madrid, 27 de febrero de 1969, p. 2.



Zabala da por hecho que el cambio radical de rumbo del espectáculo está en marcha de manera ya imparable:

### **Reaccionarán empresas y apoderados**

Tras la tempestad suele venir la calma. Pero esta año taurino de 1969 empezó revuelto y terminará tormentoso. Mucho antes del “¡Basta ya del afeitado!”, la inquietud se había apoderado de los gobernantes del espectáculo. No nos engañemos. El globo de la fantasía del folklórico auge, del impar triunfalismo, había iniciado su pérdida de aire la pasada temporada.

Estamos ante situaciones que con el tiempo se harán insostenibles. Y no por culpa de Cañabate, Selipe, Navalón, García-Ramos, M. Cruz, Urrutia, Díaz-Manresa, don Luis y demás colegas que han orquestado, porque les salía del hondón de su alma de aficionados una limpia campaña para poner sobre el tapete el problema del afeitado por si “alguien” se lo tomaba lo suficientemente en serio como para tomar medidas decisivas que terminen de una vez para siempre con la mayor de sus lacras.

Lo del “afeitado”, con ser muy importante y haber supuesto una toma de conciencia de una realidad de hechos que ya no se podía ocultar, no es más que el principio. Los flancos de los taurinos, de los grandes magnates de la fiesta, están desguarnecidos por otros lados de mayor magnitud e importancia que el escandaloso problema de la “barbería”.

[...] Estoy seguro que vamos a vivir el fin de lago artificial, para dar paso —más pronto que tarde— pero, al cabo, impuesto por los propios taurinos, a una situación más real. Se tienen que desmontar muchos decorados de papel. Torres más altas más sólidas se derrumbaron. Al final, lo sincero, lo auténtico, supervive por encima de toda tramoya. [...]

De verdad que no vale la pena hacer el juego a cuatro vivos. La Fiesta de siempre (no la de ayer con el buey de San Marcos, ni la de hoy con la chota desmochada) es la que tiene que sobrevivir. El cuatroño encastado, astifino, con su peso justo, es el que debe salir para todos. Si esto es ir contra las corridas de toros lo lamentamos de todo corazón, al tiempo que uno siente profunda lástima de los que se engañan a sí mismos. Los cuarenta y cinco toros afeitados “oficialmente”, esos “poquitos casos” que diría mi querido amigo Campos de España, caben todos ellos, ¡acompañados de cien más!, en un solo “palomar”...<sup>883</sup>

Ya en el mes de marzo, el sábado día 8, Mariano de la Cruz Tovar se suma a la campaña desde la revista *Destino*. Su planteamiento también es tajante y meridiano en la línea de lo apuntados por sus compañeros, al señalar que los máximos culpables y los que deber recibir el mayor peso de la sanción son los empresarios taurinos, ya que son ellos, con su hacer carente de escrúpulos, a impulso de la búsqueda del beneficio

---

<sup>883</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Reaccionarán empresas y apoderados». *Nuevo Diario*, Madrid, 27 de febrero de 1969, p. 14.

pasando por encima de cualquier otra cuestión, los que propician, alientan y se lucran con el fraude, ayudados, además, por el periodismo servil, «sobrecogedor», de un buen número de medios de comunicación que encubre las tropelías amén de beneficiarse del entramado organizado alrededor de una fiesta que ve languidecer su prestigio y categoría por culpa de todas estas artimañas como lo es la del afeitado:

[...] Las sanciones nos parecen bien, pero no han alcanzado todavía a los que en realidad creemos son los máximos culpables. Es indudable que los ganaderos han hecho muchas falsas declaraciones juradas; lo es también que los apoderados, con el beneplácito o la exigencia de sus poderdantes, han pedido que se afeitasen en corridas y más corridas y que las reses tuvieran sólo la edad en la boca —engañoso edad—. Pero, así y todo, los verdaderos responsables de cara al público y a la autoridad, como organizadores del espectáculo, son los empresarios. Desde quince años a esta parte —época de los trusts y de las exclusivas— los grandes empresarios han adquirido tal fuerza que son ellos los más responsables de los fraudes. Por sus conveniencias no han querido nunca evitarlos. Por sus enfermizas ansias de atesorar dinero, han protegido y permitido todo, con tal de dar más y más corridas y explotar más y más la gallina de los huevos de oro, léase público extranjero y nacional. Desde la crítica sobrecogedora, pasando por los falsos valores que ésta se ha inventado, hasta la explotación de los toreros a través de las exclusivas empresariales o no, todo ha sido hecho con su aquiescencia. Nadie ha ganado más que ellos. Nadie. De ahí que los responsables frente a la autoridad y frente al público sean los grandes empresarios. Las grandes empresas son más poderosas que ningún torero, más fuertes que ningún apoderado. [...]<sup>884</sup>

Podría decirse que esta primera campaña se cierra en el mes de mayo de este año 1969 con un nuevo reportaje de *ABC*<sup>885</sup>. En este caso, un coloquio a cinco bandas entre varios profesionales de diferentes ámbitos relacionados con el mundo del toro. El titular de la sección taurina del diario, Antonio Díaz-Cañabate; el exmatador de toros Marcial Lalanda; un catedrático de la Escuela de Ingenieros Industriales y aficionado de la plaza de toros de Madrid, José Montes, apodado *El ingeniero del 9*; el ganadero propietario de la divisa de Carreros, Juan Martín, y el propio Vicente Zabala componen el elenco de debatientes. La clave del encuentro es un análisis de la situación de la Fiesta en ese momento, sus problemas y sus posibles soluciones, y llegaba después de las acciones de presión que desde la prensa se han efectuado en contra del «afeitado» y después de la

---

<sup>884</sup> DE LA CRUZ TOVAR, M. «Los grandes culpables». *Destino*, Barcelona, Publicaciones y Revistas S.A., año XXXII, 8 de marzo de 1969, n° 1640, p. 49.

<sup>885</sup> Véase *ABC*. «Los toros a debate». Madrid, 11 de mayo de 1969, Suplemento Los Domingos de *ABC*, pp. 17-23.

importante actuación que el gobernador civil en Sevilla, el señor José Utrera Molina<sup>886</sup> (Málaga 1926-Nerja 2017), llevara a cabo en el mes de abril durante la feria hispalense.

En este sentido, Utrera Molina se había mostrado firme y tajante como nadie hasta ese momento por parte de la autoridad se había atrevido, llegando a suspender una corrida de toros, la que debía haberse celebrado el día 13 de abril, por la falta de presencia, de edad y de cornamenta de las reses de la ganadería de Benítez Cubero previstas, y había rechazado íntegramente la corrida de Antonio Pérez-Taberner del sábado 19 de abril, teniendo que ser sustituidas dichas reses por otras, en este caso de la ganadería de Camacho. Se trataba de un hecho sin parangón en este periodo, efectuado, además, por parte de tan relevante miembro de la autoridad, consiguiendo que se desatara cierta euforia entre el esencialismo, que veía atendidas sus reivindicaciones de firmeza ante el abuso, e interpretaba en su actuación el cambio de actitud necesario para que la Fiesta recuperara su integridad.

#### **6.1.5.2.b. Segunda campaña, 1971**

Pero ni la exposición pública del fraude, ni la presión, ni la buena disposición mostrada por Jordana de Pozas, ni la firme actuación de Utrera Molina consiguen atajar el «afeitado» en los términos que se esperaba. En julio de 1971 serán las firmas de Alfonso Navalón y Vicente Zabala las que ponga otra vez la voz de alarma, dando lugar a la segunda campaña corporativa contra el «afeitado» en apenas dos años. Una campaña que, como se afirmaba al principio de este punto, será diferente a la anterior por distintos motivos y el más llamativo será la falta de implicación en un primer momento de Vicente Zabala en presa escrita —no así en televisión— que, si bien lanza una de las primeras acusaciones, no tomará parte activa hasta el mes de noviembre<sup>887</sup>.

---

<sup>886</sup> Durante la celebración de la feria de Abril de Sevilla del año 1969, el nombre del gobernador civil de la ciudad, José Utrera Molina, saltó a la opinión pública por tomar varias decisiones tajantes que tenían por objeto cortar el abuso que desde el entramado taurino se estaba cometiendo con total impunidad. Así, de sus órdenes salió la suspensión de la corrida que, con toros de la ganadería de José Benítez Cubero, debía celebrarse el domingo día 13 de abril y en la que estaba anunciado Sebastián Palomo Linares junto a Curro Romero y Victoriano Valencia. El motivo argumentado fue la escasa presencia que presentaba el conjunto de reses enviadas por Benítez Cubero. Pocos días después, rechazó la corrida de Antonio Pérez-Taberner que debía lidiarse el sábado 19 de abril también por no tener trapío además de escasos pitones. Este festejo finalmente sí se celebró porque dichas reses fueron sustituidas por otras de la misma ganadería y de la de Camacho. Estas actuaciones fueron muy aplaudidas desde el esencialismo, que veía en el gobernador civil la figura de autoridad que tanto tiempo se llevaba reclamando para cortar los abusos. Sin embargo, Utrera Molina dejó el cargo ese mismo año al ser nombrado subsecretario del Ministerio de Trabajo. Su marcha dejó mal sabor de boca entre los aficionados porque se frenaba el proceso de recuperación que con su firmeza se había puesto en marcha en la capital hispalense.

<sup>887</sup> Revisados todos los ejemplares que se han podido localizar tanto de *Nuevo Diario* como de la revista semanal *Blanco y Negro* de los meses de julio, agosto, septiembre y octubre de este año 1971 no se ha encontrado ningún artículo con la firma de Vicente Zabala que contemplase la implicación del escritor en esta segunda campaña. Su

También debe destacarse esa irrupción de la televisión como medio definitivo de expansión de la denuncia, así como el cambio de actitud de algunos de los cronistas en relación al trato dado hasta ahora a los ganaderos —a los que en buena medida se les exculpaba por estar sometidos a la presión de los toreros—, que pasarán de víctimas colaterales a cómplices propiciatorios.

El viernes 2 de julio de 1971 Navalón, todavía retirado temporalmente de la crítica por voluntad propia, responde a las preguntas de los lectores sobre su retiro y sobre la cuestión del «afeitado» con un texto —recordemos que este mismo párrafo era referido en el apartado en el que se analiza su lucha particular contra el «afeitado»— que se resume en una frase determinante, «se está afeitando con más intensidad que nunca»:

[...] Ya se ha denunciado desde estas páginas todo lo denunciable. El resto es un problema de autoridad. Si yo tuviera atribuciones para poner las cosas en su sitio, le garantizo que en un mes acababa con esta cadena de trampas y atropellos. Por si no lo sabe, se está afeitando con más intensidad que nunca, se están lidiando animales indecorosos. Lo sé de primerísima fuente. Conozco a los más acreditados serrucheros. Sin necesidad de ir a Alicante, ni a Soria, ni a Burgos, ni a cualquiera de las ferias que se están celebrando, podría presentarme en cualquier desolladero y mandar precintar ante notario los pitones que están afeitados, con la seguridad que se romperían los precintos por el camino o llegarían otros pitones que nada tenían que ver con los «inculpados». [...] <sup>888</sup>

Dos semanas después, Vicente Zabala en la revista *Blanco y Negro* —debe recordarse que Zabala participaba en *Blanco y Negro* desde marzo de 1969 y que anteriormente había escrito en *ABC* desde marzo de 1963—, al término de la feria de San Fermín, de la que se felicita el cronista porque los toros lidiados tuvieron trapío e integridad en las astas, se expresa en los mismos términos que Navalón y lanza la siguiente denuncia, «señores, es hora de decirlo claramente, este año se están cortando las puntas de los pitones más que nunca. El fraudulento “afeitado” está otra vez en su máximo apogeo sin que se tomen las medidas para cortar lo único que se debe cortar... en la fiesta: el abuso, el engaño a los aficionados» <sup>889</sup>.

---

participación puede decirse que comienza en noviembre de 1971, extendiéndose después durante los primeros meses de 1972.

<sup>888</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Navalón no está ni retirado ni postergado». *Art. Cit.*, p. 23.

<sup>889</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «En busca de la afición perdida». *Blanco y Negro*, Madrid, Prensa Española, año LXXXI, 17 de julio de 1971, nº 3089, p. 62.

Como se afirmaba, esta campaña, tendrá algunas diferencias notables con la de 1969. Esa primera ausencia en el papel impreso de Vicente Zabala antes apuntada, pero también porque tanto José María del Rey Caballero, *Selipe*, y Luis Uriarte Rodríguez, *Don Luis*, ya no estarán en *Hoja del Lunes*, el primero por despido y el segundo por fallecimiento, perdiendo la Corriente Crítica Esencialista a dos miembros que se mostraron muy activos y combativos en la primera campaña. Pero por otro lado contará con la participación de voces relevantes en el mundo del toro que motivarán un mayor alcance la misma. Así, el ganadero Victorino Martín en primer lugar, y después el diestro retirado Domingo Ortega, el ganadero Duque de Pinohermoso y el modesto torero Pedrín Benjumea, con sus declaraciones contribuirán a extender la denuncia y que esta quede instalada en la opinión pública por un tiempo prolongado. Será, sin duda, la campaña en contra del «afeitado» más larga e intensa de las llevadas a cabo desde aquellas primeras de los años cincuenta.

A partir de estos dos artículos de Alfonso Navalón y Vicente Zabala que suponían la antesala de la campaña, en pocos días se empiezan a producir declaraciones y opiniones desde el esencialismo. De nuevo será Navalón el que, a pesar de estar inmerso en su retiro voluntario como cronista de ferias, publica hasta cuatro textos sobre el tema en apenas tres semanas, destacando los dos primeros, el publicado el viernes 23 de julio en el que denuncia el chantaje a que se somete a los ganaderos de bravo para que «afeiten» las corridas, a sabiendas de que si no lo hacen se tendrán que quedar con los toros. Un artículo muy interesante, tratado también en el apartado de análisis del «afeitado» por parte del cronista, que pone sobre la mesa el que, seguramente, sea el gran problema —y drama— en la lucha contra el fraude y el gran dilema para los criadores de bravo, o «afeitado» o ruina:

[...] Sobran muchos toros en el campo. El año ganadero ha sido desastroso para la mayoría de las economías. A pesar de la espléndida primavera de hierbas, el balance de los que viven del campo es absolutamente negativo. Por si faltaba algo, han llegado las tormentas de pedrisco asolando extensas zonas. Los ganaderos necesitan vender como sea. Los que van a comprar conocen esta situación, saben que la demanda está muy por encima del consumo normal, saben, en definitiva, que es la ocasión de abusar del ganadero, ya sea pagándole a bajo precio sus productos o imponiéndole condiciones que difícilmente se resistiría a aceptar. [...]<sup>890</sup>

---

<sup>890</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Si no hay “afeitado” no hay compra». *Art. Cit.*, p. 17.

Como se vio en el citado apartado, en este mismo artículo Navalón refiere por un lado a un importante ganadero andaluz, del que no da nombre, obligado por la necesidad a «afeitar» sus reses para poder sobrevivir; y por otro a un ganadero de la llamada zona Centro<sup>891</sup>, al que tampoco nombra, que se niega a tocar sus reses y que está dispuesto a presentarse ante la autoridad para que de una vez por todas tome cartas en el asunto y aplique, de una vez por todas, medidas que resuelvan el problema:

[...] El prestigioso y popular ganadero de la zona Centro está en denunciar el caso ante el presidente del Sindicato Nacional del Espectáculo. El prestigioso y popular ganadero de la zona Centro ha recibido sustanciosas proposiciones económicas, y además han halagado su vanidad prometiendo incluirlo en ferias de primerísima categoría, con carteles de toreros figuras. Pero el ganadero no se resigna a entrar por el aro y quiere antes agotar todas las posibilidades para seguir siendo decente. Por eso ha ido a los despachos oficiales a plantear seriamente la situación actual. Y a pedir soluciones: «O se prohíbe el afeitado de raíz o que nos den permiso para afeitar a todos». El ganadero en cuestión dice que esto es un mercado desleal. Porque no vende el que mejor cartel o mejores corridas tenga, sino el que más prisa se da a cortarle los pitones según indicación del supervisor del torero o de los toreros encargados de despachar el lote bovino.

El ganadero está dispuesto a asomarse a la Prensa para denunciar públicamente lo que está pasando si en un futuro inmediato no se cortan radicalmente los abusos.<sup>892</sup>

Ese ganadero, del que Navalón no da nombre, es Victorino Martín Andrés, y su paso al frente supondrá la explosión definitiva de la campaña pocos días después. Totalmente marginado por el estamento de ganaderos y el conjunto del entramado taurino—debe recordarse aquí que a finales de los años sesenta Victorino Martín había empezado a lidiar con éxito sus reses, bravas y encastadas, y que sus productos estaban obteniendo el reconocimiento absoluto por parte de la afición de Madrid, convirtiéndose cada corrida en dicha plaza en un nuevo aldabonazo, lo que provocaba el rechazo mayoritario de sus compañeros de profesión—, defensor del toro íntegro, de motu proprio se dirige a la secretaria del Sindicato Nacional del Espectáculo a denunciar ante el nuevo presidente, Juan José Rosón Pérez, el «afeitado» que de manera indiscriminada está extendiéndose, ya sin decoro, por la Fiesta.

En cualquier caso, este llamativo gesto de Victorino Martín para muchos no resultaba tan sorprendente, ya que formaba parte de su impetuosa forma de ser como

---

<sup>891</sup> Las ganaderías de reses bravas en la Península Ibérica se divide en cuatro zonas fundamentales: zona de Centro, zona de Mediodía, zona de Salamanca y zona de Portugal

<sup>892</sup> *Ibidem*, p. 17.

también de su manera de llamar la atención y reivindicarse. Recordemos que en abril del año 1968 saltó a los titulares de los medios de comunicación, taurinos y no taurinos, más importantes por mediar en la polémica generada entre Manuel Benítez, *El Cordobés*, y Sebastián Palomo Linares a cuenta del deseo de ambos de estoquear la corrida de Francisco Galache<sup>893</sup> en la feria de San Isidro de ese año. Viendo la absurda guerra que se había desatado entre ambos por enfrentarse a esas reses, decide llamar a Vicente Zabala para contarle su original propuesta, que no era otra que ofrecer gratuitamente una corrida completa de su ganadería para que ambos diestros dirimieran sus problemas ante toros de verdad. Zabala aprovecha la exclusiva y *El Alcázar* la lanza a doble página bajo un grandilocuente titular que recogía las intenciones del ganadero, «¡RETO A PALOMO Y A EL CORDOBÉS»:

Esta mañana he recibido una llamada del ganadero don Victorino Martín, propietario de la histórica divisa de Albaserrada. El hombre me hablaba con tono grave, con absoluta seriedad, como un ganadero..., con el concepto —quede bien entendido— que yo siempre he tenido de los criadores de reses bravas escrupulosos y con romanticismo».

—Mire usted —me dice— yo quiero ayudar a deshacer ese conflicto que se ha formado con El Cordobés y con Palomo Linares. Sé que disputan por torear una misma corrida.

—Y a usted, ¿qué vela se le ha perdido en este asunto?

—Me enterado por EL ALCÁZAR que Palomo desafía a El Cordobés a torear mano a mano una corrida de quien sea. También he leído que don Livinio ha dicho que el vis a vis no puede ser porque se pondría muy caro por el presupuesto de toros y toreros. Pues bien: yo regalo los toros. La carne la ofrezco para el Hospital de la Cruz Roja.

—Oiga, amigo, ¿usted no estará de acuerdo con alguno de los dos toreros y esto es una broma de la que yo estoy siendo objeto...?

—Yo siempre juego limpio. Soy un ganadero que acaba de denunciar públicamente —bien reciente está— la lacra del afeitado de los toros, de la que son víctimas los propios criadores, ante las exigencias de determinados magnates de la torería.

Desafío

—Esto se puede interpretar como un reto...

—Que lo interpreten como quieran. Yo me limito a regalar una corrida de toros digna de dos toreros que cobran millones por sus actuaciones. Son matadores de toros, luego no tendrán inconveniente en medirse con una corrida que corresponda a la cuantía de sus honorarios. Ambos quieren servir a la afición, los dos tienen fama de caritativos, pues la oportunidad es ideal para hacer caridad. Los toros serán para la Cruz Roja y al final, delante de

---

<sup>893</sup> Los toros de la ganadería de Francisco Galache tuvieron gran predicamento en las décadas de los años cincuenta y sesenta, siendo solicitados por todas la figuras de la época. Normalmente poco ofensivos, su temperamento suave y su nobleza condujo a que se les conociera como «girlaches».

toros, y no de toritos, se dilucidará quién es mejor torero. El toro es el mejor árbitro. [...]»<sup>894</sup>.

Esa polémica y esa exclusiva de 1968 pusieron a Victorino Martín definitivamente en el escaparate mediático de la época, reforzándose su posición de ganadero íntegro en este 1971 con sus declaraciones y su visita al presidente del Sindicato Nacional del Espectáculo. Es evidente que Alfonso Navalón estaba muy bien informado de las intenciones de Victorino Martín, y el martes 27 de julio de 1971 publica un artículo de lo sucedido en su viaje a la sede del sindicato. «Guerra al “afeitado”. La declara el ganadero Victorino Martín», es el título de un texto que mantiene la línea de denuncia de los anteriormente citados, pero que en este caso se apoya, y ve plausible, en la acción de un ganadero valiente que no ha tenido reparo en dar un paso al frente y reclamar una vez más autenticidad y justicia.

El texto de Navalón es interesante porque aborda la polémica desde puntos de vista diferentes a los vistos hasta ahora, como la necesidad de una asociación de aficionados que tenga voz y voto dentro del propio Sindicato Nacional del Espectáculo, o el control de los cajones que deben llevar los pitones y su custodia por parte de la Guardia Civil para que no sean desprecintados por el camino, práctica que, como bien explica el cronista, es habitual:

### **Guerra al “afeitado”**

#### **La declara el ganadero Victorino Martín**

Para un lector medianamente perspicaz no era ningún milagro adivinar quién era el ganadero de la zona centro que días pasados visitó los despachos oficiales para poner en conocimientos de la autoridad competente la magnitud del problema del afeitado en estos momentos. Se trata, como es natural, del esforzado Victorino Martín, tan querido de la afición de Madrid como odiado y difamado por unos cuantos compañeros suyos dedicados a la industria del perritorio.

Pues bien, Victorino se fue a ver al presidente del Sindicato Nacional del Espectáculo, señor Rosón, y le expuso la situación clara y minuciosamente. Le dio nombres, fechas, cantidades, circunstancias, lugar «de autos», etc. Y como era de esperar, la reacción de la autoridad ante las insospechadas dimensiones del fraude, parece que va a ser actuar con presteza y eficacia para cortarlo.

Ignoramos la reacción de los monopolios empresariales y de las figuras en contra del valiente ganadero. Pero es natural que le declaren una guerra implacable parecida a la sorda política de la empresa de Madrid que no compra ni un toro de Victorino como represalia al ridículo

---

<sup>894</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «¡Reto a Palomo y a *El Cordobés!*». *El Alcázar*, Madrid, 2 de abril de 1968, pp. 17-18.



en quedó toda la feria de San Isidro del 70 por lidiarse unos días antes aquella gran corrida de Victorino que sirviera de magnífico contrapunto a los novilleros que trajeron los expertos de la empresa. Es de espera que ahora le pase igual. O pudiera darse el caso de que como hay muchas corridas afeitadas ya con anterioridad, cuando se declare el pánico de las multas los ganaderos comprometidos se abstengan de lidiar. Y entonces tengan salida los que tienen las corridas «sin tocar».

De todas formas, en estos casos es cuando se echa de menos la existencia de una asociación de aficionados para imponer el peso de su derecho defendiendo a hombres como este Victorino Martín, que a la hora del negocio se ha puesto de parte del aficionado y enfrente de los que iban a comprar las corridas. Desgraciadamente los aficionados no estamos agrupados en ninguna entidad oficial, aunque se diga por ahí que de nombre existe una organización de este tipo para repartir medalla, abrazos, y montar homenajes y cenas. Hacía falta que dentro del Sindicato del Espectáculo por encima de las agrupaciones de apoderados, matadores, subalternos y ganaderos estuviera el peso del público que paga, soporta y alienta todo lo demás. Hacía falta que media docena de personas responsables, sin vanidad, estuvieran en el seno de todas las reuniones sindicales para decir la última palabra. La palabra del público a quien no se puede seguir ignorando oficialmente.

El caso es que la guerra del afeitado está ya declarada. Quizá lo más práctico hubiera sido callarnos para facilitar las denuncias. Quizá hubiera sido más fructífero pillarlos a todos por sorpresa. Pero consideramos más noble avisar. Aunque este aviso sirva para poner en marcha un desesperado movimiento de «echarle tierra al asunto». Se van a mover todos los resortes que tienen al alcance los prebostes del negocio taurino. Se va a argumentar la manida baza del turismo y las «corridas divertidas». Se va a decir que si sale el toro en puntas esto va a suponer una hecatombe artística y económicamente. No importa. De todas formas, si no se echa «tierra al asunto» de la denuncia formal de Victorino Martín, el cambalache de la actual industria va a sufrir un serio contratiempo y la decencia de la fiesta de toros una valiosa inyección de autenticidad. [...]

Victorino Martín no solamente se ha limitado a denunciar lo que está pasando, sino a proponer las soluciones adecuadas para cortar las actividades del «serrucho». Ya decía en muchas de mis crónicas cómo se habían empleado diversos procedimientos para burlar las vigentes disposiciones. Ya decía que cuando excepcionalmente se levantase una acta de «pitones sospechosos» era muy difícil que estos pitones llegaran al control central de Madrid, porque casi siempre desaparecían misteriosamente por el camino o se rompían los precintos. Pero hay más. Por lo visto una de las técnicas empleadas para quedar bien era la de sustituir los auténticos pitones sospechosos por otros «sin tocar» que viajan constantemente en el coche de determinados apoderados. Se ponía en práctica el procedimiento del cambiazo y a los microscopios de la Escuela Nacional de Sanidad Veterinaria llegaban unos pitones intactos y sin posible prueba de afeitado.

Para evitar todo se ha pedido la colaboración de la Guardia Civil. Desde ahora, cada vez que haya sospecha de que una corrida está afeitada se desplazará al lugar un oficial de la Benemérita que precintará los pitones y los acompañará hasta Madrid. Si esto se lleva a efecto bastará con que el referido oficial de la Guardia Civil haga media docena de desplazamientos oportunamente señalados para que cunda el pánico y se corte el afeitado en seco. [...] <sup>895</sup>

Esta nueva guerra ya declarada al afeitado presenta un importante inconveniente para Navalón, y es que pondrá en alerta a los ganaderos, de manera que llevarán las labores de recortes de pitones en las edades tempranas de las reses. Así, según intuye el cronista, cuando llega la edad de la lidia, apenas queda rastro de la manipulación. Esta especulación quizá sea un tanto descabellada, porque es muy difícil modificar las astas de un eral —res que tiene o se acerca a los dos años—, por ejemplo, y que su desarrollo posterior sea tan perfecto que presente una apariencia casi normal. Lo más lógico, sin duda, es que la interrupción del desarrollo córneo haga que este evolucione con alguna deformidad, y requiera, por tanto, de un nuevo «retoque». En cualquier caso, estas suposiciones de Navalón no son sino la demostración de la desconfianza absoluta hacia ese gremio que conforma el entramado taurino, inasequible al cansancio en su lucha por saltarse las leyes y burlar el Reglamento.

Las declaraciones de Victorino Martín generan gran revuelo, propiciando que en el mes de agosto se multipliquen las informaciones en distintos medios de comunicación, pero también la actuación de la autoridad competente. El miércoles 11 de agosto de 1971 es el diario *ABC* el que retoma el tema Victorino con una nueva entrevista al protagonista. Entrevista en la que, de nuevo, el ganadero de Galapagar no deja títere con cabeza, denunciando las artimañas —antes apuntadas por Navalón— que es capaz de llevar el entramado taurino para escabullir el fraude, apuntando a la culpabilidad de los toreros como principales beneficiados, y descargando de parte de la culpa a los ganaderos, que en la mayoría de las ocasiones se ven obligados. Ante la pregunta de Miguel Ángel Flores sobre si nadie se preocupa de vigilar, el ganadero se muestra tajante:

—No sé, pero no se puede permitir que se afeiten tantos y se multen tan pocos. La Autoridad pide los pitones de la corrida. Con mucha vista, lo toreros, o los apoderados, llevan pitones en la maleta, precintando los que

---

<sup>895</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Guerra al “afeitado”». *Informaciones*, Madrid, 27 de julio de 1971, p. 16.

están sin tocar. También se ha dado el caso de perderse una caja de pitones que venía a Madrid para su reconocimiento; nunca más se supo de ella.

—*Y el veterinario que los reconoce...*

—No puede hacer nada. Creo y afirmo que los veterinarios que reconocen los pitones son hombres serios y sensatos, y no sancionan por sancionar. Pero a ellos se les entregan unos pitones que están sin tocar y claro, no pueden multar.

—*Entonces, ¿quién es el culpable?*

—La culpa en principio... Mire, el que lo pide es el torero. Él es el que sale beneficiado, burlando a la Autoridad y estafando al público.

—*Pero el que accede es el ganadero*

—Claro, es que la gente se está adaptando a hacer esto para poder vender. Si no afeita, no le compran. Muchos se ven obligados hacerlo en contra de su voluntad. [...]<sup>896</sup>

Justo el día que el diario *ABC* publica esta entrevista se produce un hecho llamativo, como es la cancelación de sus compromisos por parte de Manuel Benítez, *El Cordobés*, en las plazas de San Sebastián y de Gijón. El famoso torero había toreado el día 10 de agosto en la plaza de toros de Huesca, el día 11 tenía que comparecer en el ruedo donostiarra y al día siguiente en el gijonés. Sin embargo, aduciendo molestias lumbares, no acude a ninguna de las dos citas. El jueves día 12 de agosto Alfonso Navalón se recrea, no sin cierta euforia, en un nuevo artículo en el que afirma, como así recoge el antetítulo, que está cundiendo el miedo entre los que se dedican a manipular los pitones de las reses porque la autoridad, por fin, se ha puesto seria con el tema, siendo ésta la verdadera causa por la que *El Cordobés* habría decidido apartarse de los ruedos:

Desde hace unos días está cundiendo el malestar entre los habituales perrifactoreros que surten de materia prima a los fenómenos taquilleros, cuyas actuaciones están condicionadas a la previa mutilación de los pitones de los toros.

Ante el despliegue de la autoridad, algo tardío pero eficaz, para poner coto a tan continuados abusos, los ganaderos comprometidos se han negado a cortarles los pitones a sus reses por tener fundados temores de que iban a ser sancionados.

La elocuente actitud de *El Cordobés* ante esta atemorizada postura de sus proveedores no deja lugar a dudas. Ha cancelado sus actuaciones para no afrontar el riesgo de enfrentarse a ganado en puntas. [...]

Sabemos asimismo que por todas las ferias del Norte se están tomando medidas para llevara a examen con todas las garantías legales cualquier pitón sospechoso de afeitado. Entre estas plazas se encuentra la de Bilbao, donde

---

<sup>896</sup> FLORES, M. A. «La estafa del afeitado», entrevista con el ganadero Victorino Martín. *ABC*, Madrid, 11 de agosto de 1971, p. 85.

el celo ejemplar del comisario señor Carbajo atemoriza todavía más a los presuntos afeitadores, y es casi seguro que ninguno se atreva a presentar una corrida roma. Como consecuencia de este clima, se especula ya que El Cordobés y algún otro conocido veterano no comparezcan en la capital vizcaína.<sup>897</sup>

La predicción de Navalón no se cumplirá del todo, y El Cordobés comparecerá en Bilbao y en varias de las plazas con las que tenía firmado contrato. No obstante, este artículo vuelve a poner sobre la mesa uno de los principales, y típicos, problemas para el control del fraude como es la falta de las preceptivas cajas precintables para el traslado de los pitones, algo que, como se ha comentado anteriormente, lleva sucediendo temporada tras temporada.

Pero si esa ausencia repentina del diestro cordobés produce cierto revuelo y confusión, más aún el anuncio, un día después, de retirada definitiva de los ruedos que efectúa Antonio Ordóñez. Y de nuevo Alfonso Navalón, con aire victorioso, lo encuadra dentro de la «guerra contra el afeitado», al entender que también Ordóñez le ha visto las orejas al lobo y no quiere enfrentarse al toro que tenga apariencia o la certeza de no estar manipulado:

[...] Ayer, en nuestra crónica, al denunciar los estragos que había hecho la guerra desatada contra el afeitado en el lumbago de El Cordobés, ya apuntaba que como “consecuencia de este clima de severidad se especula ya que algún toro conocido veterano no comparezca en la plaza de Bilbao”.

En cuanto el panorama taurino toma ciertos visos de seriedad y la autoridad se preocupa de cortar los escandalosos abusos, empiezan a irse los que ya sólo desean ponerse delante del becerro. Ya he dicho muchas veces que, en cuanto salga el toro con respeto y con edad, sobramos todos los críticos, porque el toro se encarga de colocar a cada uno donde le corresponde. Pero no ha sido preciso que salga el toro. Basta con que al animal de cada tarde no se le puedan cortar los pitones para que El Cordobés le entre una temporal dolencia definitiva, que le hace decidir el retiro y entregarse a la paz del hogar. [...] <sup>898</sup>

Durante los diez siguientes días se produce un impasse en que la campaña parece dormida, incluso haberse extinguido. Pero el lunes 23 de vuelve con toda la virulencia. Por un lado *Hoja del Lunes*<sup>899</sup>, con un artículo relativo al obligatorio precintado de los cajones de curas que existen en las plazas de toros con el objeto de evitar que sean

---

<sup>897</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «El Cordobés cancela sus actuaciones». *Informaciones*, Madrid, 12 de agosto de 1971, p. 23.

<sup>898</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Ordóñez se retira del toreo». *Informaciones*, Madrid, 13 de agosto de 1971, p. 16.

<sup>899</sup> Véase *Hoja del Lunes*. «El cajón de curas, su precintado y el despunte de las reses». Madrid, 23 de agosto de 1971, p. 35.

usados para cometer el fraude. Este dispositivo se debe usar exclusivamente para apuntillar las reses que son devueltas a los corrales, para retocar los pitones de aquellas destinadas a festejos de rejones, así como para efectuar las curas necesarias a las reses que hayan sido indultadas tras su lidia o a aquellas otras que en su estancia en las dependencias hayan sufrido algún tipo de lesión que deba ser atendida. Sin embargo, se sabe que en muchas de las plazas este artilugio sirve para llevar a cabo el «afeitado», dándose el caso de que algunos ganaderos mandas sus reses intactas y éstas aparecen en el ruedo debidamente «arregladas», habiéndose ejecutado las labores de afeitado en los propios corrales y corraletas del coso sirviéndose de él<sup>900</sup>.

Y ese mismo día un torero modesto, Pedro Benjumea, *Pedrin Benjumea* en los carteles, que había resultado gravemente herido por un toro de la ganadería de Guardiola Soto en la corrida celebrada un día antes, el domingo 22 de agosto, en la plaza de toros de Las Ventas, denuncia en el programa *Revista de Toros* de Televisión Española, emitido a las 21:55 horas, desde su convalecencia en el Sanatorio de Toreros, la gran injusticia que se produce con el fraude del «afeitado» y acusa a todas las figuras del toreo contemporáneas de no matar toros, sino becerros afeitados. Con esta entrevista, la televisión entraba también en la liza del asunto dándole un nuevo y definitivo impulso, y lo hacía además de la mano de Vicente Zabala que junto a Joaquín Jesús Gordillo se encargaban del programa. *Revista de Toros* había nacido en 1970 emitiéndose en la sobremesa de los martes, y desde julio de 1971 se pasaba la noche de los lunes.

Evidentemente, esas declaraciones llenas de dramatismo tienen gran proyección porque se emiten en horario de máxima audiencia y son escuchadas por millones de personas, causando gran revuelo entre los aficionados a los toros, no porque fueran desconocedores del fraude, sino por el valor mostrado por un torero para hacer público lo que, por otro lado, era de sobra conocido. Alfonso Navalón —todavía inmerso en su gira por las fiestas populares españolas— no tarda en hacerse eco de las acusaciones del modesto torero, dedicando una página completa en su sección al asunto, en la que resume lo más importante dicho por Benjumea:

---

<sup>900</sup> Esta operación de «afeitado» en los corrales de las plazas no es nada raro. Sin ir más lejos, las astas del toro Tiznaolla, número 85, de la ganadería de Miura, lidiado en la feria de San Isidro de 2018, fueron enviadas a análisis, dando un resultado positivo. El recurso presentado ante los tribunales sentenció que la res había llegado intacta a la plaza y que su cornamenta había sido «arreglada» en las dependencias de la misma, quedando de este modo anulada la sanción a los propietarios de la famosa vacada.

[...] Primero: «Estoy aquí porque soy matador de toros. Las figuras no matan más que becerros con los pitones afeitados»

Segundo: «No he toreado más porque El Cordobés me cerró el paso. El Cordobés sólo quiere a su lado toreros cómodos que no le hagan sombra. A mí me quitó como ha quitado a otros».

Tercero: «Las cornadas las recibimos siempre los modestos. Los toros que manta El Viti y Camino no dan cornadas. Esos toros no pueden dar cornadas, lo más que hacen son caricias» [...] <sup>901</sup>

El esencialismo necesitaba de gestos que, como éste, confirmaran sus hipótesis. Lo realmente relevante del tema era que, con su valiente actitud, Benjumea ponía una losa sobre su carrera, y con toda probabilidad multiplicaba las posibilidades de una notable reducción de sus contratos, y más aún las opciones de verse anunciado en algún cartel de los llamados de postín al lado de las figuras a las que había acusado de becerristas. Sin embargo, lejos de amilanarse, el modesto torero de la sevillana localidad de Herrera ratifica sus declaraciones pocos días después, el viernes 27 de agosto, en el diario *Ya*, de nuevo con el mismo argumento, «las figuras siempre torear becerros afeitados» <sup>902</sup>.

En medio de la vorágine, el día 31 de agosto la revista de información taurina *El Ruedo*, que en la campaña anterior había mantenido una cierta equidistancia, retoma el tema y lleva a su portada un rotundo «FRAUDE EN LA FIESTA». En páginas interiores el director, Carlos Briones González, publica un editorial suficientemente significativo, «VUELVE EL AFEITADO», en el que recuerda la importante campaña que en 1952 emprendió Antonio Bienvenida y manifiesta su deseo que, como en aquella ocasión, sea un torero relevante el que lidere la lucha contra el fraude para que ésta alcance sus objetivos:

[...]En la presente temporada son muchas las ocasiones en que los espectadores han tenido vehemente sospecha de que los toros de tal o cual corrida —siempre lidiada por diestros famosos— no tienen intactas sus defensas. Por otro parte, no faltan quienes, en privado —en público procuran mantener en torno al asunto el más riguroso secreto—, aluden a las fraudulentas manipulaciones de que son objeto buen número de reses. Incluso hay un torero, recientemente herido en la plaza de Madrid —por un toro que evidentemente no había visto mermada su impresionante cornamenta—, que asegura en tono categórico que los fenómenos de 1971 no torear toros, sino novillos despuntados.

Recordando lo sucedido hace diecinueve años, no estaría de más que un torero prestigioso —¿por qué no el mismo Bienvenida, como en 1952?— velase por la pureza de la Fiesta poniendo al descubierto los engaños y

<sup>901</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Las figuras solo matan becerros con los pitones cortados». *Art. Cit.*, p. 16.

<sup>902</sup> Véase *Ya*, Madrid, 27 de agosto de 1971, p. s/n.

fraudes de que hace víctima al público pagano la picaresca taurina. Pero, por si pedir este es demasiada gollería, EL RUEDO se dispone en cumplimiento de un deber que considera inexcusable, a poner las cosas en su punto, desenmascarando a cuanto están hundiendo nuestra Fiesta con sus fraudulentas manipulaciones.<sup>903</sup>

Estaba claro que el modesto Pedrín Benjumea no servía para capitanear tal cometido, no obstante, *El Ruedo* apuntaba un cambio importante en su postura ante este tema, marcado seguramente por la nueva dirección del medio, que recaía en el citado Briones desde diciembre de 1970, sustituto de Antonio Abad Ojuel a su vez sustituto de José María Buguella —director durante la campaña de 1969 en la que *El Ruedo* se limitó apenas a informar de la reunión con Jordana de Pozas pero en ningún caso se situó del lado de los que denunciaban el fraude—, y que de esta manera le daba un aire más combativo a un medio normalmente comedido y hasta cordial con el funcionamiento del entramado taurino. Briones defendía planteamientos esenciales y, según explica José Luis Ramón<sup>904</sup> en su relevante estudio sobre la publicación, tenía muy buena relación con Alfonso Navalón, dejándose notar su influencia en la línea informativa del medio.

Así, en ese citado último número del mes de agosto, la publicación recoge en su interior un amplio reportaje a cuatro páginas —similar al publicado por *ABC* en 1969— con la firma de Eduardo Guzmán<sup>905</sup>, en el que explica con todo tipo de detalles y fotografías cómo se lleva a cabo el «afeitado», y con exposición detallada de los mecanismos que tiene la Ley a través del artículo 134 del Reglamento de Espectáculos Taurinos para controlar, perseguir y sancionar este fraude. El reportaje se cierra con una nueva entrevista al ganadero Victorino Martín que una vez más se expulsa con el tema, llegando a afirmar que el número de toros que se manipulan en cada temporada supera el cincuenta por ciento de los lidiados. «¡Claro que se siguen afeitando toros en 1971! Más, muchos más de los que el público imagina. Se quedan cortos quienes hablan de un 50 por 100 de las reses lidiadas, ya que el fraude alcanza todavía mayores proporciones. Es un abuso vergonzoso, un engaño que debe cortarse de raíz, porque amenaza los pilares que sustentan la Fiesta», declara el ganadero.

---

<sup>903</sup> BRIONES GONZÁLEZ, C. «Vuelve el afeitado». *El Ruedo*, Madrid, año XXVIII, 31 de agosto de 1971, nº 1419, p. 3.

<sup>904</sup> RAMÓN CARRIÓN, J. L. *La revista El Ruedo, treinta y tres años de información taurina en España (1944-1977)*. *Op. Cit.*, p. 105.

<sup>905</sup> GUZMÁN, E. «Fraude en la fiesta». *El Ruedo*, Madrid, año XXVIII, 31 de agosto de 1971, nº 1.419, pp. 23-26.

Y como colofón al esmerado trabajo informativo, entrevista y nuevas declaraciones de un Pedrín Benjumea todavía postrado en el Sanatorio de Toreros, que intensifica sus acusaciones en contra de los toreros y del sistema establecido. «Un toro afeitado puede herir, desde luego. Pero al perder el sentido de la distancia son mucho menos los riesgos para el torero. Si además la res no tiene años ni casta, se la puede torear con mucha mayor seguridad, aunque la lidia de un animal en tales condiciones constituya un engaño para el público», afirma Benjumea.

Tras un nuevo adormecimiento, es de nuevo *Revista de Toros* en Televisión Española la que toma el testigo y lleva otra vez la denuncia del fraude a millones de telespectadores, en este caso con una entrevista grabada al matador de toros retirado y ganadero de reses bravas Domingo Ortega el lunes 27 de septiembre rechazando el fraude. En 1971 Ortega lleva apartado de los ruedos más de quince años —se retiró de los ruedos en el año 1954—, sin embargo mantiene vigente su prestigio, adquirido como uno de los grandes toreros de los años treinta y cuarenta del siglo XX, en la llamada Edad de Plata de la Tauromaquia. En su denuncia, Ortega sabe de lo que habla porque desde su retirada de los ruedos ejerce labores de ganadero de bravo y, al igual que muchos de sus compañeros, sufre la presión y conoce de primera mano cómo es el funcionamiento del mercado taurino. En el diario *Madrid* Julio de Urrutia<sup>906</sup> aplaude la valentía de veterano diestro y se hace eco de sus duras declaraciones, que califica el «afeitado» como una monstruosidad amén de informar sobre la diferencia que puede llegar a existir en el precio de una res «afeitada» frente a una que no haya pasado por ese trance, cantidad que en muchos casos dobla el precio original de la res intacta.

Entiende Urrutia que el interés crematístico del negocio hace lógico que la mayoría de los ganaderos se guarden sus escrúpulos y no hagan ascos a estas proposiciones, lo que considera un acto deplorable para un gremio que hasta ahora había salvado la cara por la presión a la que estaban sometidos. «Y si la desaprensión de los mercachifles del espectáculo continúa con la misma desvergüenza que en la temporada que está a punto de terminar, no habrá más remedio que responsabilizar a los ganaderos hasta el instante que encajonan sus toros en la dehesa, para encargar a la Guardia Civil la vigilancia posterior del viaje hasta el momento de la lidia en las plazas», afirma el cronista.

---

<sup>906</sup> DE URRUTIA ECHANIZ, J. «Domingo Ortega: “El afeitado es una monstruosidad”». *Madrid*, Madrid, 28 de septiembre de 1971, p. 34.



La denuncia de Domingo Ortega hace que Antonio García-Ramos vuelva a llevar el tema a *Hoja del Lunes* una semana después con una gran titular: «DOMINGO ORTEGA DENUNCIA EL DESPUNTADO DE PITONES». Una denuncia que para el escritor tiene gran importancia —mayor que otras efectuadas hasta ahora— y seguramente mayor repercusión por el prestigio personal de Ortega, pero también por haber sido lanzada a través de Televisión Española, medio que en la España de ese periodo, a pesar de las limitaciones técnicas inherentes a la época, se había convertido ya en el altavoz nacional. Para el cronista, la profesión de matador de toros requiere de cualidades que no están al alcance de cualquiera, entre ellas el valor, y emulando a Gregorio Corrochano en su artículo publicado en febrero de 1953 «Al que le dé miedo los toros, que no sea torero», dentro de la campaña contra el afeitado emprendida por Antonio Bienvenida y citado en el apartado correspondiente, García-Ramos ofrece una misma reflexión, «el que no tenga madera de héroe que no se vista de luces»:

[...] A mi juicio, la denuncia de Domingo Ortega tiene mucha más importancia por estas dos razones: por ser torero —los toreros lo son mientras viven—, además de ganadero, y por el medio informativo en que se ha divulgado. La categoría personal de Domingo Ortega, auténtica figura histórica de la tauromaquia, con bien ganada popularidad dentro y fuera del mundillo taurino, cuya opinión es en extremo valiosa porque conoce perfectamente la materia sobre la que ha hecho tan valientes manifestaciones. Sus claras y concretas palabras han sido escuchadas por millones de españoles, pues cuanto se dice por televisión tiene una resonancia formidable, y ahora lo saben ya todos: autoridades y pueblo.

Los rumores de los espectadores de los cosos, los juicios de los aficionados en los patios de los desolladeros, los comentarios de competentes cronistas taurinos, la creencia general de que la mayor parte de las corridas que torear los ases de la torería —unos doscientos encierros— pueden estar, por así parecerlo, disminuidas de cuerna, ha sido confirmada ahora nada más y nada menos que por Domingo Ortega en Televisión Española.

Este escandaloso fraude, de que se aprovechan las figuras del toreo que pueden permitirse el lujo de financiar el afeitado de pitones, debe ser cortado a rajatabla. Porque no es justo ni moral que los espadas modestos se jueguen más la vida al tener que enfrentarse con toros de puntiagudos pitones. Y al público pagano no se le debe estafar dándole toros afeitados cuando en los carteles se le anuncia lo contrario.

Creo que la solución mejor no es que, en virtud de la igualdad de oportunidades, se afeiten todas las corridas, sino que se lidien siempre los toros con la cuerna intacta. Como la profesión torera es arriesgada y difícil, el que no tenga madera de héroe que no se vista de luces. Su inefable grandeza está asentada precisamente en su esencial dramatismo, y así es tradicionalmente nuestra Patria. [...]

En fin, esperemos que la autoridad competente facilite seguidamente a los medios informativos una extensa relación de las sanciones impuestas en esta temporada por afeitado de pitones. Y, sobre todo, anunciar la adopción de medidas totalmente eficaces para en el futuro poner fin este delictivo asunto, que tanto desprestigia al más español de los espectáculos.<sup>907</sup>

Ese mismo día, el diario *Madrid* lleva a sus páginas la noticia de la multa de cincuenta mil pesetas impuesta a la ganadería de María Teresa Osborne por «tener las astas manipuladas»<sup>908</sup> el toro lidiado en tercer lugar en la corrida celebrada en la plaza Monumental de Barcelona el martes día 29 de junio. Ese día estaba anunciado en el cartel Manuel Benítez, *El Cordobés*, junto a Fermín Murillo y Diego Puerta, y, casualmente, el toro manipulado le había correspondido al diestro de Córdoba. Se desconoce si en este caso los veterinarios de la plaza mandaron a la Escuela Nacional de Sanidad Veterinaria los juegos de pitones de todas las reses lidiadas ese día o únicamente fueron los de ese tercer toro los que pasaron por el análisis. En cualquier caso, este tipo de noticias, que para el esencialismo deberían ser lo más habitual en un contexto de fraude tan extendido, no deja de ser una anécdota dentro de la temporada, ya que se producen de manera casual, con cuenta gotas y, como se puede comprobar, casi cuatro meses después de que se produjera el hecho delictivo, contribuyendo así a una escasa transcendencia y a una dificultad añadida —no sin sospecha de premeditación— para atajar el fraude.

Languideciendo ya el año taurino, será de nuevo el diario *Madrid* en la firma de su cronista de cabecera, Julio de Urrutia, particularmente combativo en esta campaña, el que retome el asunto con un artículo a modo de resumen de lo que ha sido el conjunto de la temporada. El titular del documento es suficientemente descriptivo, «Nunca se lidiaron más toros afeitados ni con menos edad», y para glosar tal afirmación, las fotografías de dos toros lidiados en la plaza de toros de San Lorenzo del Escorial en el mes de agosto, cuyas astas presentan evidentes signos de haber sido «retocadas».

Denuncia Urrutia el descaro con el que el afeitado se ha revelado a lo largo y ancho de la temporada, sentenciando —intuyendo, habría que decir— que el ochenta por ciento de los toros, si no más, que han estoqueado las figuras del toreo habrían sufrido el abuso del corte de pitones. Pero, como se señalaba al principio de este

---

<sup>907</sup> GARCÍA RAMOS, A. «Domingo Ortega denuncia el despuntado de pitones». *Hoja del Lunes*, Madrid, 4 de octubre de 1971, p. 42.

<sup>908</sup> Véase *Madrid*. «Multa a la ganadería de María Teresa de Osborne». Madrid, 4 de octubre de 1971, Suplemento de información deportiva y cultural, p. 11.

apartado, reconoce que estas afirmaciones carecen de rigor analítico científico, quedándose en meras especulaciones nacidas del propio conocimiento del observador. En este sentido, se queja de la poca información que existe sobre el tema —las informaciones como la antes citada sobre la sanción a la ganadería de María Teresa Osborne resultan realmente escasas, por no decir casi inexistentes, a lo largo de la temporada—, y considera necesario un ejercicio de transparencia por parte de la Escuela Nacional de Sanidad Veterinaria para confirmar el alcance del fraude, ya que la información sobre las sanciones impuestas está sumida en un revelador oscurantismo que contribuye a cubrir el delito, y si no hay evidencia del mismo a través de la publicidad, éste queda tapado y por tanto inexistente a los ojos de la opinión pública:

[...] De todas formas, el escándalo del año ha radicado en el afeitado de las reses. El fraude adquirió durante él un volumen tal que lo que antes se hacía de tapadillo, en 1971 se realizó poco menos que a la luz del sol y ante las propias barbas de la autoridad. No puede pedirse mayor desaprensión. Innumerables toros y novillos lidiados este año en las plazas españolas estaban arreglados en sus defensas; y en los toreados por las figuras en activo o en reaparición, el porcentaje debió acercarse al 80 por cien, si no lo sobrepasa. ¿A dónde vamos a llegar?

Naturalmente que ningún cronista taurino puede demostrar con rigor matemático tales afirmaciones, aunque tenga perfecta conciencia del fraude. Son precisamente los profesores veterinarios, que cuentan con laboratorios para luchar ventajosamente contra aquél, quienes podrían facilitar la estadística exacta a través de la Escuela Nacional de Sanidad Veterinaria, encargada oficialmente de la comprobación. Pero tampoco ellos tienen la culpa. Curse la autoridad órdenes rigurosas para que cumplan a este respecto con lo reglamentado, lo mismo a escala local que provincial y nacional, y aplíquese desde la altura las sanciones previstas y veremos cómo los periódicos publican a diario notas con multas a los ganaderos complacientes —que son numerosos—, y no esas esporádicas y contadas, que parecen no tener otro fin que el de calmar la justa impaciencia de los aficionados toristas. [...] <sup>909</sup>

El 19 de octubre sucede otro hecho tan sorprendente como relevante. El aristócrata y ganadero duque de Pinohermoso salta a la palestra con una entrevista en el diario *ABC* en la que se encarga de echar más gasolina, más si cabe, al fuego, al declarar que el setenta por ciento de las corridas que se lidian a lo largo y ancho de la temporada están «afeitadas». Carlos Pérez Seoane y Cullén (Roma, 1.896-Madridi, 1984) era propietario desde 1940 de la importante vacada que con reses de procedencia Clairac y Albaserrada se lidiaba bajo el nombre de Pinohermoso, ducado del que era titular. La ganadería

---

<sup>909</sup> DE URRUTIA ECHANIZ, J. «Nunca se lidiaron más toros afeitados ni con menos edad». *Art. Cit.*, p. 33.

había adquirido cierto prestigio, y normalmente las corridas en las que participaban sus reses eran estoqueadas por toreros de los denominados figuras. Igualmente, la sospecha de fraude, tanto en el tema de la edad como en el del recorte de pitones, había rodeado su trayectoria, y son varias las críticas de Alfonso Navalón como de Vicente Zabala que cuestionan su integridad. Se trataba, por tanto, de un ganadero bien instalado en el entramado taurino, asentado en el circuito de las grandes ferias, y estos aspectos hacían más sorpresiva su denuncia.

Para contextualizar el tema de su denuncia pública habría que retrotraerse hasta el domingo 8 de agosto, fecha de la primera corrida de la feria de Semana Grande de San Sebastián de este año 1971, en la que las astas de tres de las reses lidiadas bajo su nombre habían sido mandadas a analizar bajo sospecha de haber sido manipuladas<sup>910</sup>. El duque, como es lógico, siempre defendió su inocencia, pero puede ser que este trance fuera la gota que colmaba el vaso de su paciencia y le animara a desenmascarar la triste realidad en la que se encontraba sumergida la Fiesta. De hecho, en 1972, cansado de esas presiones que condicionan tanto su negocio —como se podrá comprobar, en la entrevista muestra su desencanto con el funcionamiento del sistema—, se deshace de la ganadería, que pasa a manos de Eugenio Marín Marcos, anunciándose a partir de esa fecha y hasta 1986 bajo el nombre de Camaligera. Como bien reconoce en la entrevista que le hace Juan Antonio Pérez Mateos, el «afeitado» no es que sea algo circunstancial, sino que es habitual, como si formara parte del normal funcionamiento de la Fiesta, el control del mismo tan escaso como poco eficaz, y la responsabilidad de que exista, tanto de ganaderos como de la autoridad competente, incapaces unos y otros de poner la barrera necesaria para que el fraude cese:

— *¿Usted cree que se han arreglado muchas corridas que esta temporada?*

—Mire, más que el año pasado. Puede calcularse, como mínimo, que un setenta por ciento de las corridas se lidian «afeitadas»- En cambio se envían a Madrid muchos menos pitones para el reconocimiento veterinario que otras temporadas.

— *La solución dependería...*

—De los ganaderos y de la autoridad gubernamental. Si ambos se inhiben, imposible. La ideal sería que, tanto unos como toros, se pusieran de acuerdo y obraran en consecuencia.

El duque habla alto, agitando las manos

---

<sup>910</sup> Según recoge el diario *Madrid* de miércoles 17 de noviembre de 1971, la Dirección General de Seguridad impuso una multa de 50.000 pesetas al ganadero por manipulación de las astas del sexto toro. Véase *Madrid*. «Multa de 50.000 pesetas por “afeitado” de un toro al duque de Pínohermoso». Madrid, 17 de noviembre de 1971, p. 16.

—Quizá —añado— el reconocimiento de los pitones podría ser otro, ¿no cree?

—Los veterinarios obran de buena fe y conocimiento cuando reconocen los pitones, pero aquí se trata de un problema mucho más amplio. Ya le digo que aunque puedan ser castigados ganaderos y empresarios por manipular defensas, no es posible que dejen de serlo los propios matadores. [...]

— ¿Tanto interés tienen los toreros en que se arreglen las corridas?

— Cuando un diestro ha lidiado unas cuantas «afeitadas» le es difícil y penoso torear una limpia. No creo que haya tanta diferencia por lo que atañe al peligro entre un toro intacto y otro manipulado; tanto es así que muchas de las cornadas graves de las figuras se las han inferido toros arreglados.

*En «Monasterio» hay doscientas vacas, ochenta toros, cinco sementales. El duque es ganadero desde hace treinta años. Últimamente estaba disgustado con su afición.*

—Ya puede imaginarse los motivos... Todo lo que he dicho anteriormente. Por otra parte, con las dificultades tan grandes surgidas de la situación comprenderá que es imposible seguir con un negocio que de por sí es malo y proporciona un disgusto diario.

—¿Tanto? Quiero decir...

—Que he tenido muchas proposiciones de soborno.

—De figuras.

—Claro, los modestos no las hacen. [...]<sup>911</sup>

La denuncia del duque ya no era la de un ganadero fuera del circuito comercial, como el caso de Victorino Martín, ni de un torero retirado, como Domingo Ortega, ni de un torero modesto, como Pedrín Benjumea, ni de ciertos críticos de los llamados «derrotistas», se trataba de la acusación de una persona inmersa en el propio funcionamiento del entramado taurino, pasando a convertirse en la más relevante de las lanzadas hasta ese momento. Cansado de esas presiones continuas, el duque tira parcialmente —parcialmente, porque tampoco se atreve a dar nombres concretos— de la manta para destapar el abuso y las presiones. Con la decisión tomada de vender su ganadería, es evidente que las posibles represalias no le generaban mayor desasosiego, y sus declaraciones tenían cierto aire vengativo hacia quienes se ríen del público y de la propia Fiesta.

Seis días después, de nuevo Antonio García-Ramos en *Hoja del Lunes* vuelve a ser incisivo con el tema, señalando lo pernicioso e inmoral que resulta en términos generales, pero particularmente porque su ejecución actúa como un estimulante, una especie de dopaje, para el torero, que interioriza un menor riesgo. Como afirmaba el duque de Pinohermoso, incluso muchos diestros se muestran incapaces de enfrentarse a

---

<sup>911</sup> PÉREZ MATEOS, A. «El duque de Pinohermoso denuncia el “afeitado” de los toros», entrevista al duque de Pinohermoso. *ABC*, Madrid, 19 de octubre de 1971, p. 123.

corridas íntegras después de haber generalizado en su funcionamiento profesional la lidia de reses despuntadas. Ese plus de confianza personal depende directamente del quebranto, del terrible abuso, al que se somete a la res en la operación del afeitado, y la relevancia de ésta queda supeditada a las opciones del triunfo. Trastocada la integridad del principal protagonista, qué es el toreo sino una representación de tintes tragicómicos. Pero además, el «afeitado» ofrece otra dramática realidad, su elitismo. Sólo las figuras acomodadas y los diestros prometedores bien apadrinados pueden permitírselo, es decir, pueden pagarlo, estableciendo una diferencia todavía mayor entre ellos y quienes aspiran a la fama desde posiciones más humildes. La competencia en estos términos es desigual, y por tanto desfavorable para alcanzar prestigio y categoría en el difícil mundo de los toros. El fraude adquiere y añade a su ignominioso caminar el plus de la injusticia:

Es indudable que el «afeitado» de pitones, por la merma de riesgos durante su lidia en el ruedo, supone para los toreros una enorme ventaja. No sólo por la menor peligrosidad material en caso de cogida, sino también porque moralmente inyecta a los lidiadores una mayor confianza en su lucha artística con astados despuntados. Sin olvidar, en los casos en que la operación se ha realizado recientemente, el formidable quebranto que sufre la res mientras está en la “barbería”, forcejeando agotadoramente, con lo que su poderío queda muy disminuido.

Con tal fraude se convierte el drama en sainete, pero no para todos los matadores, sino para los pudientes, que pueden financiarlo, lo que significa una tremenda injusticia social de los ases del toreo con la mayoría de sus compañeros. Pero si los espadas de clase especial, los millonarios del escalafón, se benefician de este hecho delictivo —pues está prohibido por la ley taurina—, ello se debe, en la mayor parte de los casos, a la complicidad de algunos ganaderos de reses bravas. [...] <sup>912</sup>

Retoma correctamente García-Ramos la responsabilidad de los ganaderos anteriormente tratada por Julio de Urrutia. El sindicato Grupo de Criadores de Toros de Lidia se rige por unos estatutos que son tan claros como precisos respecto al tema de la manipulación de las reses, y en su artículo 4º dentro del Título I establece la prohibición de manipular o mermar las defensas de toros y novillos —salvo los destinados a festivales o festejos de rejones—, al que se añade el artículo 64 del Título V, en el que se considera como muy grave el uso de cualquier procedimiento, físico o químico, destinado a reducir la defensa y/o pujanza de las reses. Si fuera comprobado alguno de

---

<sup>912</sup> GARCIA-RAMOS, A. «La mutilación de cuerna en los estatutos que rigen a los criadores de toros de lidia». *Hoja del Lunes*, Madrid, 25 de octubre de 1971, p. 41.

dichos actos, el artículo 66 de ese mismo título determina la inhabilitación temporal para poder vender reses así como la expulsión definitiva del grupo. Evidentemente, García-Ramos se cuestiona la vigencia y cumplimiento de dicho articulado, porque la realidad demuestra que los ganaderos incursores en procedimientos sancionadores y aquellos que han recibido efectiva sanción, no han recibido la mínima amonestación por parte de la dirección de su colectivo ni mucho menos la expulsión preceptiva. Aparece el pernicioso silogismo que rodea el fraude, si el ganadero manipula sus reses, si, a pesar de ser sancionado por ello no recibe el escarmiento de su estamento al que ha engañado al no cumplir con su ley, el perjudicado por encima de todo es, como casi siempre, el público que paga por ver el espectáculo, al que se le ha asegurado que las reses que ve, o va ver, lidiar están intactas. Deja por tanto el ganadero —algunos ganaderos— de ser esa víctima indefensa, acorralada, sin otra salida que la sumisión al dictamen del solicitante, para convertirse en colaborador necesario del mismo, y no porque sea la única manera de vender sus productos, sino porque además de contribuir al delito obtiene un mayor beneficio:

[...] Todo este se traduce, entiendo yo, en que los ganaderos que son castigados por la autoridad competente con multas por haberse comprobado científicamente que alguna res lidiada y perteneciente a su vacada tenía sus astas modificadas por la mano del hombre, si no recurren legalmente o si luego pierden su apelación, deben ser entonces considerados por sus compañeros incursores en una falta muy grave y castigados con inhabilitación temporal.

¿Se ha aplicado esto en todos los casos en que han sido sancionados afiliados al Grupo Sindical de Criadores de Toros de Lidia? Según mis informes, ni siquiera en los casos de reincidencia, en los que lógicamente debía sentenciarse con la expulsión. Se puede explicar este encubrimiento por un mal entendido compañerismo, pero es que este fraude atenta no sólo contra los derechos del público (al que se le garantizó expresamente en el cartel anunciador de las corridas: “El ganadero ha hecho constar su declaración jurada de que las reses no han sido toreadas ni sus defensas mermadas”), sino contra el fundamento de un sublime espectáculo donde el español lleva siglos jugándose bellamente la vida frente a astados íntegros. [...]

Conformes en que ciertos toreros poderosos piden el desmoche de pitones, pero lo consiguen porque hay algunos ganaderos que no se oponen a que realice tal práctica delictiva e indigna por todos conceptos, y que debe ser totalmente extirpada para que todas las corridas de toros vuelvan a su secular pureza e integridad.<sup>913</sup>

---

<sup>913</sup> *Ibidem*, p. 41.

Aunque la temporada ya ha tocado a su fin, la campaña sigue alargando su sombra por el calendario. El sábado 6 de noviembre aparece por fin la pluma de Vicente Zabala, pero no lo hace en *Nuevo Diario*, sino en la revista *Blanco y Negro*, en la que, como se señalaba más arriba, participa desde marzo de 1969. Zabala, en la línea de lo afirmado en octubre por Julio de Urrutia en el diario *Madrid*, cree que esta temporada se ha dado un salto cualitativo con respecto a la anterior y en ella, exceptuando las plazas de Pamplona y Bilbao, se han lidiado reses todavía más indecorosas, por trapío y edad, y más «afeitadas» que la pasada.

No deja de ser un contraste insoportable la diferencia entre los toros que estoquean los toreros famosos y los correspondientes a aquellos que intentan abrirse paso en la profesión desde las posiciones más humildes, lo que le lleva al controvertido planteamiento establecido en otros momentos para la corrección de la injusticia a través de la aplicación del «afeitado» para todos. Esta idea, inconsistente, es planteada como desafío hacia el entramado taurino, y su aplicación, como bien señala, requeriría la preceptiva anunciación en los carteles de los festejos para que el público supiera a qué atenerse. En este sentido, quién puede atreverse a ofrecer un espectáculo de semejante calado confirmando de antemano que está adulterado, porque si el público sabe que lo que va a contemplar es un sucedáneo es probable que renuncie a su participación. Es decir, la consideración hacia la Fiesta cambiaría totalmente si se acepta que no puede celebrarse con el patrón de autenticidad que se le supone. Zabala no quiere esto, pero entiende que es la única manera de destapar el negocio de los estafadores que se lucran a través del engaño sistemático a las gentes que inocentemente llenan las plazas:

Poca huella dejará la recientemente fallecida temporada de 1971 en la mente de los aficionados. La situación confusa que veníamos denunciando estos años atrás ha entrado en una situación altamente alarmante.

Ya no somos en exclusiva los críticos no comprometidos los que vemos “fantasmas” por todas partes. Las autorizadas voces de Domingo Ortega, éste en Televisión Española, y el duque de Pinohermoso y Victorino Martín, ambos en “ABC”, han proclamado a los cuatro vientos que se despuntan las corridas de toros, que el “afeitado” se ha vuelto a enseñorear de la fiesta, que camina perezosa y anárquicamente en sus estructuras hacia un futuro incierto y temible.

Tres ganaderos de solera, tres nombres ilustres del espectáculo, tres hombres de bien, de reconocido prestigio, admirados y respetados por los aficionados, han puesto el dedo en la llaga. Recuerdo perfectamente las críticas adversas y las numerosas cartas que recibí cuando desde estas mismas columnas alenté la reaparición de Bienvenida y Dominguín. Afirmé



que, con el toro actual —con el medio toro, flojo y desmochado— podían volver no sólo los cincuentones, sino el propio Ortega, Marcial, Antonio Márquez y todo aquél que tenga fuerzas para mantener la vertical. Había que caricaturizar las cosas para que los encargados de hacer cumplir el reglamento, la ley de la fiesta, cortaran de raíz el abuso. No ha sido así. Se han lidiado corridas más chicas que en años anteriores, quiero decir, ¡todavía más chicas y más afeitadas! Y conste que lo escribe quien ha presenciado cerca de 120 festejos. He recorrido nuestra geografía de norte a sur, de esta a oeste. No me lo ha contado nadie. Y a excepción de Bilbao y Pamplona, y tal o cual corrida suelta, casi siempre para los modestos, el becerro es el que ha mandado ante la pasividad de quienes estaban obligados a suspender corridas si era preciso antes de engañar a la afición.

La tragedia de Pepe Mata en un pueblo manchego ha sido magnífico escudo para los mandamás del toreo, empeñados en demostrar que todavía existe el riesgo; cuando en realidad el peligro, la cornada, los cuatro cuartos y aun la muerte está reservada solamente para unos pocos. Si se han de despuntar las corridas, que sea para todos, que se anuncie en los carteles y que el que quiera acudir a una plaza que lo haga a sabiendas de lo que va a ver. La monstruosa desigualdad es lo que resulta inadmisibile. [...] <sup>914</sup>

Cuando parecía que las aguas alcanzaban un cierto remanso, de nuevo la revista taurina *El Ruedo* retoma el asunto, y lo hace una vez más a través del ganadero Victorino Martín. Lo más destacable en este caso de las declaraciones del entrevistado al periodista y director del medio Carlos Briones González <sup>915</sup> es su defensa del libre mercado taurino, ya que se produce una situación de competencia desleal entre quienes «afeitan» y quienes no lo hacen, siendo aquéllos los que tienen más facilidad para vender sus productos. «El ganadero que se presta a estos manejos fraudulentos está lógicamente en mejores condiciones de vender sus reses en ciertos casos», apunta Victorino. Como no puede ser de otra manera, exige la intervención de la autoridad como única solución viable, pero en este punto se pregunta si realmente existe interés por establecer un control efectivo que ponga límite al abuso. «En esto del afeitado, no me cansaré de repetirlo, solamente la autoridad correspondiente puede ser capaz de terminar de una vez con el fraude. ¿O es que no quiere acabar con el afeitado», se pregunta el ganadero.

Casi finalizado el año 1971, la campaña parece que llega a su fin en la segunda mitad del mes de diciembre, y lo hace con una nota curiosa. El domingo 19 de diciembre el diario *ABC* dedica toda su portada al tema, con una fotografía de un diestro

---

<sup>914</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «La Fiesta en uno de los momentos más difíciles». *Blanco y Negro*, Madrid, Prensa Española, año LXXXI, 6 de noviembre de 1971, nº 3105, p. 70.

<sup>915</sup> BRIONES GONZÁLEZ, C. «Victorino Martín, al ataque», entrevista a Victorino Martín. *El Ruedo*, Madrid, año XXVIII, 16 de noviembre de 1971, nº 1430, pp. 4-6.

ejecutando un lance a la verónica por el pitón derecho del toro y con el titular, «EL GRAN ESCÁNDALO DEL AFEITADO», y el siguiente texto debajo:

El Comité Ejecutivo de la Federación Nacional de Asociaciones Taurinas ha visitado al director general de Seguridad para elevar, en nombre de los innumerables aficionados a los que representa, una respetuosa y enérgica protesta contra el «afeitado» de los toros. Durante la temporada pasada continuó, y se acrecentó incluso, el «arreglo» de pitones de las reses, lo que significa un gran perjuicio para la Fiesta y también un fraude para los espectadores, que pagan por ver algo muy distinto de lo que luego sale a la plaza. La verdad de la Fiesta reside en la armónica conjunción del arte y el valor. Si el toro sale sin la edad reglamentaria o mermado de pitones, disminuye el peligro, y el noble y bello espectáculo se convierte entonces en una triste y lamentable farsa.<sup>916</sup>

Para sorpresa de los lectores, este gran despliegue a toda portada se queda en eso, y dentro de las páginas del diario no vuelve a encontrarse la más mínima referencia al tema, como si *ABC* hubiera tenido preparado un gran dossier sobre el asunto y en última instancia hubiera decidido no publicarlo o posponerlo para mejor ocasión. La Federación Nacional de Asociaciones Taurinas, ente que aglutinaba a buena parte de peñas y clubes taurinos, se había dirigido a la Dirección General de Seguridad a mostrar su protesta y desacuerdo con el poco interés que desde las instituciones se estaba aplicando para el definitivo control del fraude. Al diario madrileño le debió parecer suficiente con otorgar toda la portada —¡nada menos que un domingo!— al episodio, dejando huérfano de contenido sobre el mismo al resto de páginas.

Inopinadamente, pocos días después y cuando parecía que ya había concluido, la campaña se vuelve a reactivar, y a partir de este momento son tanto *ABC* como *Nuevo Diario* los que mantienen el pulso de tema. El motivo vuelve a ser el mismo que en 1969 desató la primera campaña, un nuevo informe de la Dirección General de Seguridad sobre las sanciones por «afeitado» de la temporada de 1971. Como no podía ser de otra manera, dicho informe vuelve mostrar unas cifras irrisorias, anunciando sanciones para 23 reses con un importe total de conjunto de 1.200.000 pesetas. Sin dar un solo nombre, sin facilitar ningún dato explicativo sobre qué ganaderos se han visto inmersos en el proceso sancionador, el texto vuelve a convertirse en una ofensa para los aficionados esencialistas. Una vez más, Vicente Zabala se siente engañado por la autoridad, mostrando su malestar y casi su desesperación:

---

<sup>916</sup> Véase *ABC*. «El gran escándalo del afeitado». Madrid, 19 de diciembre de 1971, p. 1.

### LA LISTA DE MULTAS, ¿UNA BROMA?...

Nos parecen pocas las multas, muy pocas, en relación a la cantidad de toros afeitados que nos parecía ver por esas plazas. Desde el tendido se podía apreciar en muchos casos (infinitamente más de los multados) el servicio de barbería que habían sufrido los astados.

Si juzgamos por el número de pesetas, la cifra es alarmante, pero si tenemos en cuenta la irrisoria cifra de ganaderos sancionados por despuntado de los pitones de los toros —23 en total—, con una cifra global de 1.200.000 pesetas en una temporada en la que se han celebrado la friolera de mil y pico festejos, es algo que decepciona al aficionado sensato, le mata la ilusión para el resto de sus días, pensando que en lo sucesivo deben ir a los toros los «primos», y eso haciendo de comparsas de los turistas, auténtico vivero de la Fiesta que un día fue llamada nacional y que hoy, por negligencia o por lo que fuere, está en manos de cuatro negociantes sin escrúpulo que la han mixtificado, ridiculizado y prostituido.

Veintitrés toros no son ni tan siquiera cuatro corridas completas. ¿Se nos va a decir que sólo se han afeitado esta año tres corridas y tres cuartos...? Si así fuera, la Fiesta gozaría de una salud que no tiene.

Creemos en la buena voluntad, en la sana intención de los que dictan estas notas, pero nos parece, desde nuestro puesto de observadores, que a ellos no les llega la verdad con la claridad deseada. Las cifras, pese a lo alarmante de esos tres millones de pesetas, constituyen una verdadera broma.<sup>917</sup>

A partir de ese momento y hasta febrero de 1972 el diario *Nuevo Diario* pone en marcha una encuesta con el objeto de recabar las opiniones de los distintos colectivos de aficionados de España. Esta encuesta, dirigida por el propio Vicente Zabala, se publicará cada domingo y constará de tres preguntas básicas, 1. Opine sobre el «afeitado», 2. Indique las soluciones más idóneas para acabar con el «afeitado», y 3. Qué porvenir le aguardaría a la fiesta en el caso de implantarse oficialmente el «afeitado», y serán efectuadas a los presidentes y/o representantes de diferentes asociaciones, colectivos o peñas taurinas de toda la geografía.

Entre tanto, el miércoles 12 de enero de 1972 el diario *ABC* vuelve a dedicar parte de la portada y, ahora sí, gran espacio en el interior al problema, como si ahora el medio se atreviera a publicar lo que en su día dejó en el aire. De hecho, hasta el título es casi idéntico —«EL GRAN ESCÁNDALO DEL AFEITADO», tituló en diciembre de 1971, y «EL ESCÁNDALO DEL AFEITADO», titula ahora—, y buena parte del contenido se basa en la reproducción íntegra de la nota emitida por la Federación de

---

<sup>917</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «La lista de multas, ¿una broma?...». *Nuevo Diario*, Madrid, 28 de diciembre de 1971, p. s/n.

Asociaciones Taurinas y que en aquella ocasión era resumida en la portada. El reportaje, firmado por Alfonso de Castro, se completa con una nueva comunicación de dicha federación a partir del informe de la Dirección General de Seguridad —cuando *ABC* publicó la primera parte, este informe de la DGS todavía no se había hecho público—, en la que se interpreta que de haberse llevado un control más riguroso las sanciones tendrían que haber superado los noventa millones de pesetas. En el reportaje, ilustrado con fotografías de cómo se realiza el afeitado similares a las ilustraban el publicado por Antonio Díaz-Cañabate en 1969, la opinión de De Castro coincide con los análisis vistos hasta ahora en que la única solución pasa por el papel que decida tomar la autoridad en el tema, ya que en puridad, la ley está para cumplirse y hacerla cumplir, y cuando no se hacen ninguna de las dos cosas el espectáculo, desamparado, pierde su lógica histórica:

La cuestión ha quedado, pues, planteada con suficiente claridad. La Autoridad tiene ahora la palabra. Si se continúa permitiendo el fraude que supone el afeitado de los toros, con violación de las leyes y reglamentos vigentes, la fiesta se irá convirtiendo poco a poco en una farsa que dejará de interesar. Se habrá conseguido sólo atraer a algunos turistas durante unos años más para después, desencantados todos, que el espectáculo se muera vacío de contenido.

Por el contrario, si la Autoridad toma las medidas enérgicas que reclama la afición, la fiesta recobrará su atractivo, que nace del arte que pone el genio del torero y del valor que pone el hombre y que sólo existe cuando el toro que se encuentra enfrente significa un peligro real. Con la autentificación de la fiesta nacional, ésta recobraría su interés para todos, españoles y extranjeros, y volvería para ella una nueva época de esplendor.<sup>918</sup>

Casi sin respiro, absolutamente comprometido con la denuncia, de nuevo *ABC* vuelve a tratar el tema y de nuevo lo hace en domingo. Si las palabras de Victorino Martín, Domingo Ortega, Pedrín Benjumea y duque de Pinohermoso estaban todavía martilleando en las cabezas de los miembros de ese controvertido ente llamado entramado taurino y en las de toda la afición española, ahora eran las de otro torero de cierta relevancia las que se sumaban al coro de acusadores. El domingo 23 de enero de 1972 el astigitano Jaime Ostos (Écija, 1931- Bogotá, 2022) se lanza a tumba abierta a denunciar, también sin pelos en la lengua, el fraude. La entrevista que le realiza Alfonso de Castro<sup>919</sup> no tiene desperdicio en ningún sentido y Ostos, sorpresivamente, teniendo

---

<sup>918</sup> DE CASTRO, A. «El escándalo del afeitado». *ABC*, Madrid, 12 de enero de 1972, pp. 101-105.

<sup>919</sup> DE CASTRO, A. «Jaime Ostos y el afeitado de los toros». *ABC*, Madrid, 23 de enero de 1972, Suplemento Los Domingos de *ABC*, pp. 20-23.

en cuenta su profesión de torero, se atreve a cuestionar, al igual que lo hace el conjunto del esencialismo, el informe de la Dirección General de Seguridad:

—¿Se afeitan los toros en la proporción que dicen los aficionados?

—Toda la vida se han «retocado» algunas cabezas de toros para igualar desproporciones. Esto ocurría en contadísimos casos, y era una función encaminada a presenta con decoro algún toro suelto, que se hubiera escobillado en demasía algún pitón en el campo.

—Pero ahora...

—Ahora se ha caído en el abuso. Lo de modificar las defensas se ha convertido en una auténtica manía. Es una preparación psicológica de alejar el riesgo a al que muy pocos se saben sustraer.

—Pero la autoridad ha multado a veintitrés ganaderos por haber manipulado, o permitir que manipulen otros tanto toros.

—Con todos los respetos, esa cifra no parece exacta. Son muy pocos toro para lo que en realidad ha ocurrido la pasada temporada...

Sin bajar el tono, pide el torero una modificación de todo el sistema sancionador como única solución, ya que ha quedado suficientemente comprobado que con las multas no se consigue nada, y únicamente sería la sanción a nivel profesional —no torear para los toreros y no lidiar para los ganaderos— el posible antídoto contra el fraude:

—¿Cómo acabaría con los fraudes?

—Modificando el sistema de multas, que está visto que no es útil. Las sanciones profesionales son más eficaces que las económicas. Un año sin lidiar; dos o tres años, según las reincidencias, sería más positivo.

El veterano Jaime Ostos reaparecía este año 1972 tras haber pasado un año en blanco, y es posible que sus declaraciones tuvieran la intención de llamar la atención sobre su persona de cara al inicio de la temporada. Al ser preguntado por las posibles consecuencias y repercusión a nivel profesional de sus declaraciones, se muestra confiado, porque bajo su punto de vista, él siempre ha demostrado su firmeza y compañerismo en otras cuestiones, como lo fue con el tema del «sobre», sirviendo su actitud determinante para poner coto a semejante descontrol. «Estábamos sometidos a un “chantaje” intolerable, que gracias a Dios ha desaparecido. En el fondo los toreros que sienten su profesión estarán satisfechos también si lo del afeitado se arregla de una vez», afirma.

Torero muy castigado por las cornadas durante su trayectoria profesional, la parte final de la entrevista recoge las palabras más lacerantes para aquellos que viven

inmersos en la vorágine de la fiesta adulterada y se benefician sin escrúpulos de ella. El ecijano defiende la verdad de la Fiesta desde el punto de vista casi metafísico al entender que el ejercicio del toreo en ningún caso debe parecer algo al alcance del común de los mortales, y esto último ocurre en demasiadas ocasiones porque las reses adolecen de una entidad mínima que pueda disipar la sensación de capacidad por parte de un público que necesita saber que sólo los elegidos son capaces de torear con valor y aplomo:

—¿Qué siente un matador de toros cuando está frente a un novillo gordo y despuntado?

—Vergüenza, mucha vergüenza. Lo ideal es que al aficionado no se le pueda pasar por la imaginación ni un solo instante que él es capaz de hacer lo que está realizando el torero. Por eso creo que a mis compañeros les alegrará que se le devuelva su profesión la categoría, el prestigio y el respeto que siempre produjo en las gentes. Yo sé que ellos, en su inmensa mayoría, son los suficientemente hombres como para sentirse orgullosos de ejercer su profesión sin trampa. Tenemos que demostrar que somos capaces de satisfacer a los aficionados; y no sólo por ellos, sino por la grandeza de la propia fiesta.

*Hoja del Lunes*, periódico más comedido en esta segunda campaña —principalmente por la salida de la plantilla de José María del Rey Caballero, *Selipe*— vuelve a retomar el tema el lunes 31 de enero de 1972 por medio de Antonio García-Ramos. Su artículo no aporta nada nuevo a lo expresado por su autor en otras ocasiones vistas con anterioridad, pero resulta interesante su concienzuda insistencia. Lugares comunes, ya tratados, pero esa necesidad de que el lamentable fraude esté presente en la opinión pública para que no se produzca un relajamiento que lo vuelva a potenciar, como había ocurrido en las ocasiones pretéritas. García-Ramos mantiene la idea de la sanción ejemplar, incrementada, ya que las actuales son perfectamente sorteables tanto en lo económico como en lo profesional por quienes comenten el delito. Se queja, como en su momento lo hicieron otros miembros de la Corriente Crítica Esencialista, del ocultismo por parte de la autoridad en la publicación de los nombres de los infractores, algo que necesariamente se convierte en complicidad. Cabe preguntarse, por tanto, qué presiones o intereses existen para que esos nombres nunca aparezcan publicados. En este sentido, reclama como inapelable la implantación de la rigurosa inhabilitación, extensiva tanto a ganaderos como toreros y empresarios, siempre que haya sido demostrada, como único mecanismo disuasorio:

[...] El artículo 134 del reglamento establece multas e inhabilitaciones para el ganadero, la empresa de la corrida o el diestro, pero rutinariamente se castiga al ganadero, primer responsable, aunque el principal beneficiario es el torero. La realidad es que, en el peor de los casos, a toro afeitado, diez mil duros de multa al ganadero y asunto liquidado, lo que no evita la burla ni el engaño para los espectadores. Esta burocrática sanción, que se aplica además, al parecer, con benevolencia, sería mucho más justa si se sentenciara tras un atestado policiaco en el que se buscara el autor de la felonía se le castigase con el mayor rigor, certeza medida que debería implantarse.

No se debe sancionar a ciegas, sino que responda el verdadero autor, el ganadero, o la empresa o, sobre todo, el espada. Aparte, claro está, de que se castiguen las reincidencias, porque hay que poner en vigor las inhabilitaciones establecidas legalmente para profesionales taurinos, pues está ya probado que sólo con multas no se ataja tan grave y sustancial infracción reglamentaria.

Hasta la fecha es secreta la lista nominal de los ganaderos castigados, pues no se ha publicado nada más que el nombre del señor duque de Pinohermoso, de tal práctica barberil tauromáquica de—ciador ante la autoridad competente, ambas cosas inexplicables para los aficionados.

Aparte de mayor rigor y de poner en vigor las inhabilitaciones luego de averiguar el verdadero autor, convendría disponer que en las capitales de provincia se efectuase el examen facultativo de los pitones, sin tener que enviarse, como ahora, a la capital de España y, además, que se efectuase no de algunas corridas, sino de todas lo mismo que siempre se comprueba necesariamente el peso o la edad de los toros. [...]<sup>920</sup>

Justo un día después, es de nuevo el diario *ABC* el que ofrece un interesante reportaje de nuevo de la mano de Alfonso de Castro<sup>921</sup>. Si *Nuevo Diario* se había lanzado a recabar la opinión de los representantes de las distintas asociaciones taurinas del país, *ABC* lo hace a personajes relevantes de la sociedad española. Son en total nueve los entrevistados pertenecientes a diferentes ámbitos socio-político-culturales: José Utrera Molina, del que se ha hablado anteriormente, subsecretario del Ministerio de Trabajo y Gobernador civil de Sevilla hasta el año 1969; Ezequiel Puig y Maestro Amado, procurador en Cortes; Gerardo Diego, poeta y escritor; Eduardo de Rojas y Ordóñez<sup>922</sup>, conde de Montarco, uno de los fundadores de la Falange Española, teniente de alcalde del Ayuntamiento de Madrid además de ganadero; Carlos Pérez-Seoane y Cullén, duque de Pinohermoso, como habíamos visto anteriormente ganadero de reses

---

<sup>920</sup> GARCIA-RAMOS, A. «El despuntado de pitones». *Hoja del Lunes*, Madrid, 31 de enero de 1972, p. 39.

<sup>921</sup> DE CASTRO, Alfonso. «El “afeitado” de los toros», reportaje en el que el escritor entrevista a varias personalidades de la vida social y política española. *ABC*, Madrid, 1 de febrero de 1972, pp. 109-111.

<sup>922</sup> Como nota curiosa debe consignarse que el conde Montarco era el padre de Carlos de Rojas, joven crítico taurino que trabajaba codo con codo con Alfonso Navalón en el diario *Informaciones* y que se quedó con la titularidad de la sección en 1972 una vez que Navalón pasó a *Pueblo*.

bravas protagonista de una las polémicas de la temporada por la denuncia y sanción recibida en relación a una corrida lidiada en plaza de toros de San Sebastián; Gregorio Marañón Moya, abogado y director del Instituto de Cultura Hispánica; Domingo Ortega, exmatador de toros y protagonista, como también se pudo ver anteriormente, de esta campaña en contra del afeitado a partir de unas declaraciones efectuadas en Televisión Española; Sebastián Miranda, escultor, y Serafín Adame<sup>923</sup>, escritor y periodista.

La pregunta que De Castro les efectúa a cada uno de ellos es «¿Considera usted perjudicial que se mantenga el “afeitado” de los toros en contra de los reglamentos vigentes y de los intereses reales de la fiesta?». Sin duda el enunciado resulta cuando menos tendencioso y poco neutral si de conocer la opinión sobre el tema de los entrevistados se trataba. Evidentemente, ante semejante planteamiento ninguna de las respuestas podía ser negativa, y, como era de esperar, todos ellos se manifiestan en contra del fraude y de que a los toros se les manipulen las astas. Aún así, resultaba una magnífica manera de conocer la opinión que estas diferentes personalidades tenían sobre un asunto tan espinoso, destacando también por parte de la mayoría de ellos la exigencia de la intervención permanente y eficaz por parte de la autoridad. Como nota curiosa, la anécdota relatada por Sebastián Miranda al comentar cómo el poeta y escritor Ramón del Valle-Inclán «se quejaba de que no se pudiera encontrar un medio de simular la muerte de un torero todas la corridas, para que el público se percatase del riesgo que corrían los lidiadores y contemplase la Fiesta con la debida emoción».

El sábado 5 de febrero de 1972 Zabala da por terminada la investigación, congratulándose de la casi unánime opinión de todos los entrevistados y haciendo gala de un optimismo pueril que le lleva a preguntarse si éste será realmente el final del fraude:

#### **¿Punto final al <afeitado>?**

Hoy damos por terminada la encuesta que a lo largo de mes y medio hemos venido manteniendo con la afición taurina agrupada en asociaciones.

Quedan fuera numerosas opiniones de aficionados de las más diversas regiones españolas. Todos ellos —podemos demostrarlo— se han manifestado igual que el resto de peñas y clubs taurinos: en posición claramente abierta, contraria al despuntado de pitones.

---

<sup>923</sup> Serafín Adame también fue cronista taurino en décadas pasadas bajo el seudónimo de *Don Inocente*.



De esta campaña se puede sacar la rotunda conclusión de la negativa total de los aficionados al despuntado de los pitones. Todos están de acuerdo en que se manipulan actualmente un gran número de defensas de los toros de lidia. Y todos piden la protección y la ayuda de las autoridades para acabar con este fraude.

Queremos hacer consta que esta batalla que en su día iniciaron Armiñán y Carlos de Larra “Curro Meloja”, batalla que ganaron ampliamente en los primeros años de la década de los cincuenta, se volvió a perder a partir de la aparición de un esperpento taurómico, que arrasado los cimientos de la tauromaquia hasta dejarla prácticamente como un solar. No olvidemos que el edificio había constado casi tres siglos levantarlos, para que ahora, como muy bien decía ayer un aficionado, apenas sea una triste máquina “tragaperras” dirigida hacia el turismo.

Durante diez años hemos venido luchando contra corriente, al principio casi en solitario y desde hace unos años secundados, en una guerra de guerrillas, entre la potencia de los intereses bastardos y las estulteces de unos taurinos (estulteces que hemos dado en llamar picaresca) que lo único que servían era para tirar piedras contra su propio tejado a fuerza de ofrecer un espectáculo desvirtuado, carente a todas luces del menor interés. De ahí el nulo entusiasmo de la gente joven por la fiesta de los toros.

La campaña contra el “afeitado” se ha recrudecido este invierno, cuando Gregorio Marañón se dirigió a nuestro colega “A B C” haciéndose eco de la gran cantidad de denuncias que le habían llegado de los aficionados de toda España contra el bochornoso espectáculo presenciado la pasada temporada, situación que se incrementó en la opinión pública cuando apareció el irrisorio número de sanciones (recurribles), que provocaron la carcajada del país.

Codo con codo con el veterano colega de la mañana hemos mantenido una campaña que confiamos se reflejará en las drásticas medidas que toda la afición espera de la autoridad, para hacer cumplir el vigente reglamento taurino. Confiamos en la buena voluntad de quienes dirigen los destinos de la fiesta nacional, para buscar las soluciones, algunas de las cuales podrían sacarse del interesante coloquio que otro día se mantuvo en el diario “Pueblo”. Nadie ha pedido el toro cornalón, destartalado, con siete años y pegando bocados. Nos damos por satisfechos con el toro sin manipular, cuatreño y en el tipo de los individuos de su casta. Esto es construir. Lo contrario, la mona desmochada, es el derrotismo, el auténtico derrotismo de esos detractores que ocupan localidad de burladero en los callejones de las plazas de toros.

Complacemos a quienes parecía que tenían interés en que termináramos esta campaña antes de que la autoridad se pronunciara de una manera taxativa, sin perder por ello la esperanza de una actuación severa a lo largo de la temporada que está a punto de comenzar. De lo

contrario, volveremos a la carga. La fiesta merece la postura del baturro de la burra, aunque cueste desvelos, amarguras e ingratitudes.<sup>924</sup>

Como se ha podido comprobar, Zabala entiende que la lucha contra el «afeitado» es una sucesión de batallas sin solución de continuidad que se iniciaron en los años cincuenta a través de las plumas de Luis de Armiñán y Carlos de Larra y Gullón, *Curro Meloja*, aspectos tratados en otra parte de este estudio, y que, pese a los relevantes triunfos obtenidos en algunos momentos, particularmente en la segunda mitad de los años cincuenta, todavía se mantienen porque los defraudadores no cejan en su empeño de burlarse de la integridad y pureza del espectáculo. Si, como se vio, en aquellos años la responsabilidad recaía en el desolador panorama que había dejado el paso de Manuel Rodríguez, *Manolete*, por la Fiesta, en esta segunda mitad de los años sesenta y primeros setenta es la figura de Manuel Benítez, *El Cordobés*, la responsable del volumen del fraude, al que Zabala no nombra, pero que califica como «esperpento taurómico».

Tras casi siete meses después, se podía afirmar que esta segunda campaña en contra del «afeitado» se daba por concluida. Todavía se publicará algún artículo más y algún otro periodista volverá con el tema. Sin embargo, el inminente inicio de la temporada hará que la atención sobre el asunto decaiga y que la Fiesta vuelva a fluir con la normalidad habitual. Evidentemente, la presión ejercida sobre la autoridad competente y sobre los que tradicionalmente ejercían el abuso había dado algún fruto y en primera instancia se interpreta una contención del fraude, una inhibición que, como se verá, durará realmente poco.

A modo de epílogo de este punto, centrándonos exclusivamente en la pluma de Vicente Zabala, comprobamos algún signo de todo esto. Así, durante la feria de San Isidro de este año 1972 el cronista muestra las dos caras de la misma moneda. En primer lugar, el viernes 12 de mayo, día que se inicia el ciclo isidril, con su habitual laconismo califica a la corrida de la ganadería de Sánchez Fabrés de «muy gorda, pero de cómodas cabezas»<sup>925</sup>, sin ninguna valoración más. Y pocos días después se congratula que las reses estén saliendo con más seriedad que en la temporada pasada, reconociendo que el problema ha mejorado notablemente y de esta manera lo informa haciendo alusión a los pseudo-aficionados que apenas asisten a un festejo al año y que habrán observado con

---

<sup>924</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «¿Punto final al «afeitado»?». *Nuevo Diario*, Madrid, 5 de febrero de 1972, p. 28.

<sup>925</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Es imprescindible la lidia por parte de los toreros». *Nuevo Diario*, Madrid, 12 de mayo de 1972, Especial San Isidro 72, p. 2.

sorprende cómo los pitones de las reses son más ofensivos que lo que habitualmente en sus esporádicas apariciones por las plazas vienen viendo. «Los que debutaban en esta primera corrida por los nombres postineros de los carteles, se daban por satisfechos con la cornamenta astifina de los astados. Los “aficionados” de una corrida al año —ironiza Zabala— habrán observado que las defensas de los toros, en sus puntas, terminan de distinta forma a la inmensa mayoría de las que veían lidiar en estas corridas de lujo de temporadas anteriores»<sup>926</sup>.

Pero todo esto empieza a convertirse en un pequeño espejismo y apenas va avanzando la temporada la denuncia vuelve a aflorar siendo a partir de junio más precisa con al menos tres referencias destacables en el cronista. La primera de ellas en la feria de Alicante ante ganado de Amelia Pérez-Tabernerero con un titular significativo «¿Reapertura de la “barbería”?»<sup>927</sup>, para después afirmar de los toros que «por si fuera poco, los pitones estaban sospechosamente romos. Yo no digo que estuvieran afeitados. Imagino que los señores veterinarios habrán enviado los pitones del quinto y del sexto por menos a Madrid para su debido reconocimiento. El sexto parecía de rejones», remarcando unas líneas después que «estaban excesivamente cornigordos y muy sospechosos de intervención de infamante serrucho».

En el mes de agosto y durante la celebración de la Semana Grande donostiarra instala la sospecha sobre los toros de Samuel Flores lidiados el martes día 15, «corrida grande y basta la de Samuel, aunque muy roma en sus defensas»<sup>928</sup>, indica, comentando una anécdota curiosa acerca del posible proceso de «afeitado» a toda la ganadería que habría llevado el ganadero un año antes para contar con el beneplácito de alguno de los toreros de relumbrón que después se habría negado a torear esas reses. «¿Será verdad eso que dicen que el año pasado hubo sus más y sus menos a petición de un determinado torero y que después de torear una corrida en Canarias se arrepintió de seguir toreando esas reses, dejando toda la camada debidamente perfumada y aseada? A mí me cuesta trabajo creerlo, pero una vez vistas las corridas de Valencia y San Sebastián va haber que pensar mal. Es demasiada casualidad que todos los toros le

---

<sup>926</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Lo que va de ayer a hoy». *Nuevo Diario*, Madrid, 18 de mayo de 1972, Especial San Isidro 72, p. 2.

<sup>927</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «¿Reapertura de la “barbería”?». *Nuevo Diario*, Madrid, 30 de junio de 1972, p. 27.

<sup>928</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Gran actuación de la presidencia». *Nuevo Diario*, Madrid, 16 de agosto de 1972, p. 29.

vayan a salir hormigones<sup>929</sup>. Hubo un “colorao”, que le tocó a Galoso, que parecía de rejones».

Y termina en septiembre con otra acusación directa en este caso a los toros portugueses de Passana lidiados en Madrid, de los que denuncia su poca presencia concluyendo que el tercer toro «lucía unos pitones de corrida de rejones. Si alguna cabeza de toro puede ser sospechosa, ninguna más que ésta. Me gustaría saber si los señores veterinarios han enviado los pitones de este toro al laboratorio para su oportuno análisis»<sup>930</sup>.

Con estas acusaciones de sospecha en cierto modo se volvía al punto de partida. Bien es cierto que las ferias importantes de San Isidro, Valencia, Pamplona y Bilbao pasaban prácticamente indemnes la temporada, sin embargo la mecha del fraude había vuelto a encenderse y todo apuntaba que en la temporada de 1973 el «afeitado» podía volver a campar por lo largo y ancho de la geografía. Y, como cabía esperar, la displicencia de la autoridad que, como se apuntaba, empezaba a ser más que evidente que de nuevo prefería mirar para otro lado, favoreció un nuevo repunte de los abusos.

Así, un Vicente Zabala ya instalado en el diario *ABC* se ve en la obligación de publicar un nuevo llamamiento porque de manera progresiva las denuncias se han ido acumulando y la feria de Granada, de la que está siendo testigo, es el más claro ejemplo de que el fraude ha tomado un nuevo impulso. Ésta sería la última referencia, la que cierra el círculo de esta parte del estudio, de un proceso interminable y, como se ha podido comprobar, prácticamente imposible de controlar en esa etapa del tardofranquismo y en etapas posteriores<sup>931932</sup>:

---

<sup>929</sup> Los toros «hormigones» son aquellos que presentan sus cornamentas despuntadas, una deficiencia producida por la enfermedad del hormiguillo, que produce la degeneración de pitón además de un intenso picor que obliga a los toros a un continuo rascado que acrecienta el proceso de destrucción del asta

<sup>930</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Los paletos y los toreros de Madrid». *Nuevo Diario*, Madrid, 5 de septiembre de 1972, p. 12.

<sup>931</sup> Como ejemplo, en el año 1994 el crítico taurino de *El País* vuelve a lanzar la sospecha sobre el informe oficial presentado por el ministerio del Interior referido al año 1992, en el que aparecen sancionadas 11 reses de un total de 7.300 lidiadas, y vuelve a quejarse de la nula transparencia de unos datos en los que no se hace público el nombre de los expedientados. «Los periodistas asistentes a la reunión convocada por Interior hicieron saber al Subsecretario que el Ministerio ha venido silenciando sistemáticamente todo cuando concierne a la manipulación de astas y a la identidad de los ganaderos responsables, lo que atenta contra el derecho a la información y constituye un injustificado privilegio a favor de los afeitadores», apunta Vidal. Véase VIDAL VIZCARRO, J. «El afeitado no existen, a juzgar por los datos que facilita Interior». *El País*, Madrid, 18 de febrero de 1994, p. 36.

<sup>932</sup> En la misma línea, Javier Villán, cronista de *El Mundo*, junto a Manuel Sanz, Juan Antonio Gómez Angulo, Mariví Romero y Raimundo Vázquez Villalobos lanzan una denuncia general a partir de los festejos presenciado en directo y de las imágenes que se han podido ver por la televisión en los innumerables festejos televisados tanto por Antena3 como por Telecinco a lo largo del año 1993 y en los que, según la percepción de los autores, se ha podido comprobar que el fraude está presente en prácticamente todas las plazas de categorías inferiores y en muchas de

## TOQUE DE ATENCIÓN A LA AUTORIDAD

Existen claras sospechas del retorno del serrucho y la escofina

El artículo 134 del vigente Reglamento taurino dice, entre otras cosas, que al finalizar la corrida se realizará el reconocimiento de las astas por los veterinarios en presencia del delegado de la autoridad, un representante de la empresa y otro del ganadero. También aclara que si una vez efectuado el reconocimiento alguno de los toros ofreciese duda de haber sido manipulado, fraudulentamente, se separarán y guardarán las astas en cajas precintadas, para su envío en unión de un ejemplar del acta a la Escuela Nacional de Sanidad Veterinaria para su examen.

Así de claro y tajante es el Reglamento, y a él me acojo sin afirmar nada, porque nada se puede asegurar desde una localidad de delantera de tendido bajo, pero la experiencia de ver morir todos los años alrededor de setecientos toros le hace a uno distinguir con bastantes probabilidades de acierto cuándo una res tiene las defensas intactas y cuándo han sido «retocadas» artificialmente. Me gustaría que la afición granadina, hoy convertida en un mar de dudas, pudiera leer un informe en la Prensa, de los especialistas de la Escuela Nacional de Sanidad Veterinaria, aclarando cuál era en realidad el estado de los pitones de las tres primeras corridas de la feria granadina.

Sabía muy bien, por eso me apresuré a salir al paso de determinadas posturas interesadas, que determinadas gentes iban a aprovechar un desgraciado accidente para desenterrar el serrucho. Si lo que se pretende es «humanizar» la fiesta, que se diga por derecho, y que se anuncie en letras de molde. Vamos a ver cuántos pagan mil pesetas por una barrera a sabiendas de que el toro de lidia ha perdido la única arma que tiene para defenderse en la pelea.

No podemos andarnos con paños calientes ni con posturas intermedias. O se autoriza de una vez, con todas las consecuencias, el afeitado de los toros, o se suprime de raíz. Todo menos jugar con el público. Es mucha casualidad que salgan dieciocho toros en una misma feria con abrumadora mayoría de defensas romas. Si no es artificialmente, ¿dónde pierden los toros las puntas de los pitones?

No hay nada más injusto que contemplar esa mayoría de toreros modestos jugándose la vida sin cuento, con corridas desesperadas, por muy poco dinero, mientras cuatro privilegiados, que además son incapaces de llenar las plazas, tienen la fortuna de que sus enemigos se auto moldeen sus defensas tan ingenuamente...

Una corrida puede ser cornigorda, otra puede dar la casualidad que tenga los pitones romos por hormiguillo o por restregarse contra las piedras, pero es del todo imposible que dieciocho toros puedan presentar un aspecto tan lamentable.

Y me vuelvo a dirigir respetuosamente a la autoridad competente. Si no es posible terminar con este abuso, que reaparecido de una forma espectacular de una par de meses a esta parte, vamos entonces a dar el

paso definitivo hacia la parodia, pero que lo sepa todo el mundo, que nadie pueda llamarse a engaño. Si el público acepta el toro arreglado o embolado, previo anuncio en los carteles, pagando el mismo precio por su localidad, habrán ganado la batalla los que pretenden terminar con nuestra fiesta nacional, tal y como se concebido a lo largo de los siglos.

De momento creo que sería un rotundo acierto informar a través de la Prensa de las decisiones de la Comisaría General de Orden Público, de cuyo departamento depende la fiesta de los toros. Semanalmente podrían conocerse, lo mismo que ocurre con el fútbol, las sanciones impuestas. Que el público supiera quiénes son los que están contraviniendo lo dispuesto por la Dirección General de Seguridad. El espectador, y muy especialmente el aficionado, merece el máximo respeto por parte de empresas, toreros, ganaderos y apoderados. [...] <sup>933</sup>

### 6.1.5.3. La destitución del comisario Pangua

El lunes 22 de mayo de 1972, en la plaza de toros de Las Ventas de Madrid, le son concedidos los máximos trofeos del toro «Cigarrón» —las dos orejas y el rabo—, de la ganadería de Atanasio Fernández, al torero Sebastián Palomo Linares. El acontecimiento en sí podría entenderse exclusivamente como un gran triunfo del diestro jienense en la feria y en la plaza más importantes del mundo. Sin embargo, por distintos motivos, el hecho tuvo una repercusión sensacional a todos los niveles convirtiéndose en el gran enfrentamiento entre las dos perspectivas de entendimiento del espectáculo.

Cabe recordar que el anterior rabo cortado en dicha plaza databa del año 1939, año en el que el torero Pepe Bienvenida <sup>934</sup> fue acreedor de dicho galardón. Desde entonces absolutamente nadie, ni novillero, ni torero, ni rejoneador, había alcanzado tal triunfo. La hipótesis que se baraja para que tal cosa ocurriera en 1972 es la concatenación de una serie de circunstancias favorables al diestro que al final dieron como resultado semejante triunfo. En primer lugar no puede perderse de vista que Palomo Linares estaba en un buen momento de su trayectoria profesional. Su carrera, bien llevada publicitariamente por su apoderado, Pablo Lozano, le había convertido en un fenómeno mediático de la época. Era un torero de referencia para el gran público, ese público que acude a los cosos al reclamo de los diestros más insignes de cada época, al

---

<sup>933</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Toque de atención a la autoridad». *ABC*, Madrid, 24 de junio de 1973, p. 75.

<sup>934</sup> En la tarde del 24 de mayo de 1939 se celebró en la plaza de toros de Las Ventas la que fue bautizada como corrida de la Victoria. En dicho festejo, y ante toros de distintas ganaderías, actuaron los diestros Marcial Lalanda, Vicente Barrera, El Estudiante, Pepe Amorós, Domingo Ortega y Pepe Bienvenida. Ese día, además del mencionado Pepe Bienvenida, también cortaron un rabo cada uno Vicente Barrera y Domingo Ortega. La actuación en último lugar de Bienvenida hacía que fuera considerado él el último en cortar un rabo en esta plaza hasta el obtenido por Sebastián Palomo Linares

estilo de Manuel Benítez, *El Cordobés*, con el que compartía cartel y estrategia en numerosas ocasiones. A esto se sumaba que el presidente del festejo de ese día, el comisario de policía José Antonio Pangua era, por un lado, proclive a la generosidad en la concesión de trofeos —hasta nueve orejas concedió ese tarde a los toreros actuantes—, y por otro, admirador del diestro<sup>935</sup>, pudiéndose éste beneficiar de la magnífica coyuntura que rodeaba ese día. Pero lo realmente importante fue la controversia que desató el hecho y ver cómo se transformó en la gran batalla entre el esencialismo y el entramado taurino.

Palomo Linares, su fórmula taurina, su trayectoria profesional ribeteada de un heroísmo apócrifo, era acreedor del rechazo del esencialismo, que le veía como un fenómeno artificial que había alcanzado fama y gloria envuelto en un relato fabuloso de superación personal pero a base de enfrentarse a toros capitidismuinidos. Pasado un primer momento desde que tomó la alternativa en 1966, periodo que podría considerarse de gracia a la espera de la evolución del diestro una vez instalado en el circuito de las grandes ferias, las críticas tanto de Vicente Zabala como de Alfonso Navalón, particularmente este último, eran duras, cuando no feroces, hacia la mayoría de sus actuaciones. El entramado taurino había conseguido colocar a un nuevo torero —otro más, al estilo de El Cordobés— en lo más alto vendiendo su valor, su arrojo y su buen hacer, pero sobre todo creando la historia fantástica de superación de un chico, precoz en lo taurino, que desde el estrato más humilde de la sociedad alcanza la gloria con la que todos sueñan, llegando incluso a participar en varias películas cinematográficas<sup>936</sup> de la época, en las que aparecía reflejada esa, supuestamente, dura trayectoria en el tránsito hacia la fama.

Evidentemente, para el esencialismo todo esto resultaba cuando menos insoportable, por la sencilla razón que el reconocimiento mediático alcanzado por Palomo Linares no se correspondía con su valía como torero, ya que su calidad en lo artístico no tenía especial relevancia, sus triunfos estaban cimentados sobre la base del toro de la época, en la mayoría de las ocasiones sin la edad reglamentaria cuando no

---

<sup>935</sup> Se puede hacer esta afirmación en base a que en la temporada de 1971, el sábado día 19 de junio, Sebastián Palomo Linares había actuado en solitario, en sesión doble, en la plaza de toros de Vista Alegre, estoqueando un total de trece toros en sesión de tarde y noche. El presidente de ese día era también el comisario Pangua, y la suma de trofeos concedidos por su persona asciende a doce orejas y cinco rabos, a pesar de la poca entidad de muchos de los toros y de las discrepancias que también se produjeron en algunos momentos de las actuaciones.

<sup>936</sup> En el año 1966 y a las órdenes del director Pedro Lazaga, Palomo Linares protagonizó la película *Nuevo en esta plaza*, en la que se relata la vida de un chaval perteneciente a una familia humilde que quiere ser torero. En 1968, en este caso dirigido por Luis Lucia, y junto a la actriz Pepa Flores, trabajará en la película *Solos los dos*.

«afeitado», las comodidades con las que circulaba por la Fiesta, siempre protegido y toreando carteles sin apenas compromiso de responsabilidad en plazas importantes, y esas campañas publicitarias que, emulando lo vivido por El Cordobés, le habían convertido en un ejemplo de lucha constante, sacrificio y superación. La carrera del torero era considerada cuando menos una farsa, y los escritores esencialistas lo situaron, una vez pasado ese periodo de gracia antes mencionado, en la diana de sus censuras.

Si las campañas publicitarias para lanzar y relanzar al torero eran frecuentes y pomposas, más todavía lo eran las críticas que le llovían desde el esencialismo. En este sentido, cabe destacar que Vicente Zabala plasmó siempre su crítica de manera seria pero firme, censuró esos montajes que se había promovido para colocar en lo más alto al diestro, y si en alguna ocasión tuvo que elogiar al torero lo hizo con la profesionalidad que le caracterizaba. Así, durante la feria valenciana de Fallas de 1968 critica esa fórmula que se ha utilizado para intentar colocar al torero en la cima, facilitándole sin sonrojo todo el trayecto, evitándole los compromisos más duros por los que debería pasar todo torero, pero reconoce también sus capacidades para imponerse a las dificultades de los toros porque posee dotes técnicas más que suficientes en la materia:

#### **AL FIN CONVENCIO PALOMO LINARES**

[...] Lo único que la afición puede tener en contra suya es la enorme prisa de su lanzamiento, que le lleva a sortear de antemano las dificultades por las que debe pasar todo buen torero a lo largo de su carrera. A Palomo le faltó la etapa de novillero dando la cara en plazas de responsabilidad. Ahora, sus mentores quieren subsanar aquel error haciéndolo estoquear novillos cuando ya se pone en las tarjetas de visita matador de toros. Por lo demás, hay en él buena madera de torero que quiere ser, sin concesiones facilonas a lo falaz. Cortó dos merecidas orejas y salió en hombros en unión de Miguelín.<sup>937</sup>

Por contra, una vez instalado en el circuito profesional al más alto nivel, las valoraciones de Zabala van cambiando al aumentar, como es lógico, la exigencia hacia un diestro al que desde su entorno tildan de máxima figura. A su presentación como torero en la plaza de toros de Las Ventas, el martes 19 de mayo de 1970, el cronista le dedica casi toda la crónica de ese día, tratando de desenmascarar su verdadera personalidad taurina y rebajando su vitola de figura, adquirida exclusivamente con la publicidad, ya que a la hora de la verdad, se muestra como un torero vulgar:

#### **DECEPCIONANTE DEBUT DE PALOMO LINARES**

---

<sup>937</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Al fin convenció Palomo Linares». *El Alcázar*, Madrid, 20 de marzo de 1968, p. 26.



[...] Palomo debió exigir tres corridas de toros de las que no tienen nombre y renombre de facilonas. Tres corridas de espectacular trapío, que rompiera en mil pedazos su pasado, que no es leyenda, sino una realidad que cuantos le hemos visto en provincias podemos atestiguar. Pero no, prefirieron elegir el camino de lo dudoso, cuando al chico, que no tiene empaque de gran figura, le sobra, sin embargo, casta para resolver papeletas más arduas. [...]

Resumen: una mala tarde. Lo peor es que cuando está bien, su estilo, retorcido y rabiosillo, no pasa de la más absoluta vulgaridad. Confiemos en que la próxima tarde se saque la espina, aunque sea a su manera... [...]<sup>938</sup>

Y de su primer triunfo en esa misma plaza, el martes 26 de mayo de 1970, día en el que le fueron concedidas las dos orejas del segundo toro de la tarde, de la ganadería de Juan Pedro Domecq, Vicente Zabala<sup>939</sup>, con la seriedad y firmeza antes señaladas, deja constancia de esa falta de arte, pero le reconoce su dignidad como torero. «Palomo sale de la feria sin el revuelo que le precedía. Artísticamente no ha respondido, porque se habían desorbitado las cosas con una excesiva propaganda, pero a última hora ha salvado el tipo con dignidad de torero normal», escribe el cronista, que le rebaja una vez más la categoría, situándole al nivel de diestros como Paquirri, Dámaso González o Miguel Márquez, batalladores, del gusto del público de aluvión, pero sin la calidad necesaria para ser considerados como figuras del toreo. «Nada excepcional —continúa Zabala—, pero que puede caminar con paso seguro por las ferias al nivel de los Paquirri, Márquez, Dámaso González, etc. [...] Creo que este es su justo valor, ni dispararlo como algo fuera de serie ni hundirlo como un fracasado, porque no sería justo», concluye.

En este sentido, debe destacarse el acierto de Vicente Zabala en las predicciones, ya que Palomo Linares, en su dilatada carrera, fue un torero de grana fama, pero en ningún caso llegó a lograr el predicamento de otros diestros coetáneos que sí alcanzaron la gloria saliendo a hombros por la Puerta Grande de la plaza de toros de Las Ventas del Espíritu Santo en infinidad de ocasiones, como fueron Santiago Martín, *El Viti*, (14 salidas a hombros), Paco Camino (12 salidas a hombros), Diego Puerta (8 salidas a hombros), o el propio Manuel Benítez, *El Cordobés*, (8 salidas a hombros), obteniendo esa vitola de máximas figuras, mientras que Palomo Linares únicamente obtuvo dicho honor en dos ocasiones.

---

<sup>938</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Decepcionante debut de Palomo Linares». *Nuevo Diario*, Madrid, 20 de mayo de 1970, p. 26.

<sup>939</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Un cartucho bien aprovechado». *Nuevo Diario*, Madrid, 27 de mayo de 1970, p. 24.

Si con Vicente Zabala el diestro casi siempre se encontró con la crítica firme y sobria, con Alfonso Navalón se creó una rivalidad que excedía lo puramente taurino. El detonante de esa pugna es difícil de establecer, y pudiera ser que simplemente se tratara del trato que el cronista entendía que merecía el torero, pero tampoco es descartable que en esa relación continua de Navalón con el entramado taurino, que tanto le gustaba, se produjera algún tipo de fricción que convirtiera a Palomo en el blanco de sus iras más feroces.

Durante la feria de San Fermín de 1968, Alfonso Navalón se congratula del fracaso del torero, al que denomina «Niño Palomo», al considerar que ha quedado demostrado que la leyenda que se ha establecido sobre su figura no se sustenta en las plazas que requieren un plus de compromiso como es esta de Pamplona. «Pamplona va resultando un estupendo frontón de verdades, donde se estrellan muchos mitos toreros. Aquí no cuajó la leyenda de El Cordobés. Y aquí ha quedado en ridículo esa otra leyenda del “Niño Palomo”, al que sus mentores se empeñan en seguir presentando como un prodigio de precocidad, sin reparar que el «niño» tiene ya veintiún años y que al parecer está cumpliendo la “mili”»<sup>940</sup>, escribe Navalón.

Sin embargo, pocos días después, durante la celebración del a Feria de Julio de Valencia, no duda en reconocer la labor desarrollada por el diestro en la última corrida del serial, elogiando unas faenas que, en palabras del cronista, estuvieron llenas de exposición y hombría a pesar de la insignificancia del ganado, convirtiéndose en una de las pocas ocasiones en las que Navalón aplaude al torero:

#### **El coraje de PALOMO**

[...] Palomo ha demostrado que tiene lo fundamental para ser torero: coraje y pundonor. Su torillo no daba facilidades. Se entablero defendiéndose con la arrancada descompuesta, y el muchacho estuvo allí, rabioso, exponiéndolo todo... [...] Palomo puso toda la casta y temperamento que le faltaba al borreguito. Se encelo con él. Se le paro en mitad del pase y reculo. Pero Palomo no se movio y le obligo a pasar. Allí empezó a vencer. Luego atropello la razon. Se peleó desesperadamente con el torillo y una de las veces le tiro un hachazo y cayo desvanecido, sangrando abundantemente. Palomo se levanto sangrando, con la cara partida, y después de unos muletazos, metio el piton agresivo en la boca herida (casta se llama eso) y después la estocada con agallas. Las dos orejas pudieron ir acompañadas del rabo que pedía el

---

<sup>940</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Escándalo de Palomo». *Art. Cit.*, p. 25.

público. Es igual. Palomo había estado hecho un hombre. Y ahí queda escrito. [...]»<sup>941</sup>

Existe no obstante un hecho curioso, a modo de anécdota, pero que puede tener una relevancia importante en este asunto como es la asistencia de Alfonso Navalón a la corrida que tuvo lugar en Santa Cruz de Tenerife el día 1 de mayo de 1969. Este festejo era el primero en el que Manuel Benítez, *El Cordobés*, y Sebastián Palomo Linares compartían cartel en una plaza de toros. Un festejo que, como se afirma en el apartado 6.1.3.1. *La guerra contra el afeitado* sobre la denuncia de la manipulación fraudulenta de las astas de los toros del cronista salmantino, no tenía ningún interés para el esencialismo porque, al margen de la categoría de la plaza, de antemano se sabía que las reses no iban a tener la mínima presencia exigible para que aquello adquiriera cierto tinte de seriedad y porque las propuestas taurinas de uno y otro diestro no interesaban lo más mínimo a este tipo de aficionados —de hecho, el propio cronista lo define como «función de títeres»—. Sin embargo, Navalón decide presentarse allí y escribe un relato cargado de ironía que introduce además con una trama de intriga sobre la manera de conseguir entradas para el festejo y habitación de hotel, ya que, según su versión, llena de ese también característico aire de solvencia con que describía habitualmente las situaciones comprometidas —tranquilos que todo está bajo control—, el «clan Palomo-El Cordobés» se había confabulado para impedir que pudiera alojarse en la isla, que asistiera al festejo y que además obtuviera fotografías del mismo:

#### **Perritorios en Tenerife**

[...] He buscado habitaciones en un hotel modesto y apartado, pero a los diez minutos de llegar ya sabían los del «clan Palomo-Cordobés» todos mis pasos. Eduardo Lozano dijo: «En medio de todo, hemos tenido suerte, porque viene sin fotógrafo». Lo demás fue un alucinante espionaje por ambas partes, una guerra divertida que acabó al arrancar el primer perritorio de la tarde. Una guerra que valía por todo el susto del avión y la sordera posterior.

En el aeropuerto me estaba esperando Ángel Risueño, amigo de aquella infancia salmantina y funcionario gubernativo de esta isla. «Me extraña verte aquí —dijo—, porque todo el mundo habla de los periodistas que han venido invitados por El Cordobés. Dicen que les paga todo y que son una nube».

A todo esto, lo primero que hice fue dejar de lado el asunto de la entrada y Mirian Fletcher, la admirable periodista venezolana, me solucionó el problema de la fotografía. Luego me divertí comprobando la conjura organizada para que no consiguiera ni la entrada ni las fotos.

---

<sup>941</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «El coraje de Palomo». *Informaciones*, Madrid, 29 de julio de 1968, p. 23.

Fingí nerviosismo. Todos prometieron traerme una entrada pero los veía dando largas. Al fin llegaron las cinco y todos sonrieron radiantes. Cuando entré en el callejón hicieron la última tentativa: «¡Ese señor, qué hace ahí. Ese señor no puede hacer fotografías!». Pero el delegado gubernativo contestó secamente: «Ese señor está debidamente autorizado». Y aquí se acabó la guerra. Uno tenía fotógrafo y entrada. Y además una máquina al hombro. Lo demás era lógico que pasara: cada vez que me echaba la máquina a la cara, se cruzaba alguien del «clan» para impedir la foto. Pero todo se arregló jugando al desmarque. El inteligente Bojilla era uno de los «defensas». Cuando salió el primer perritoro y un monosabio se permitió abrazarle por las ancas displicentemente y tener el rabo cogido en la mano mientras el animalito hocicaba en el peto, Bojilla, adivinando la foto, se cruzó y le dijo al monosabio que no estaba en el programa. [...]

Palomo ha vencido por tres a uno. Tres orejas, en colaboración con Bojilla y media docena de volteretas. Las tres faenas de Palomito han transcurrido entre trompicones, desarmes y teatrales gesticulaciones. Era el quiero y no puedo. El aquí me coge allí me deja. El doy un pase aquí y el otro a los cinco metros y otro a los veinte. Al primero lo mató de una estocada en los costillares. Estocada que se apresuró a sacar Bojilla. Bojilla y los mulilleros organizaron seguidamente una concesión de oreja por su cuenta, pero el presidente se levantó del palco sacó la mano y dijo rotundamente «no».

Después Bojilla y los mulilleros prescindieron del presidente. Si aparece por ahí una fotografía de Palomo con un rabo en la mano, es mentira. El presidente se desgañitaba diciendo que no por el dictáfono, que no conectaba con el callejón. Pero Palomo se hizo la fotografía con el rabo y luego lo tiró al suelo. Si ven por ahí otra con las dos orejas del sexto, también es mentira. El presidente dijo que sólo una y el delegado contestó: «¿Qué quiere usted que yo le haga, si ya le advertí al banderillero alto que sólo cortara una?». Y el presidente montó en cólera: «¡Qué sancionen a Palomo y al banderillero alto por un corte indebido de orejas!» El delegado del callejón tomó nota de la sanción.

Palomito estaba pendiente de complacer a Benítez. Quiso sacarlo a saludar al rematar el cuarto y los pitaron a los dos. Después, tres costaleros, sólo eran tres costaleros, lo sacaron en hombros, él, los mandó parar al llegar a la puerta y allí estuvo más de cinco minutos en el aire, sin atreverse a salir hasta que Manolo abandonó lentamente la arena.<sup>942</sup>

Como se ha podido apreciar, la parte de la crónica extraída —el resto del texto también— no tiene otra intención que la desacreditar el montaje taurino organizado en la isla. Un festejo que había sido vendido a bombo y platillo como el primer gran enfrentamiento de los dos grandes toreros, pero que, como se afirmaba, carecía del menor interés para los aficionados esencialistas. Evidentemente, con esta crónica

---

<sup>942</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Perritoros en Tenerife». *Art. Cit.*, p. 20.

Navalón había aireado para toda España las vergüenzas del montaje, y lo había hecho poniendo especial atención en aquellos aspectos más demoledores para el prestigio de ambos toreros, particularmente de Palomo Linares, señalando esa de sobra conocida falta de presencia y pitones de las reses y esas artimañas de su equipo a la hora de cortar los trofeos de las reses, hubieran sido concedidos o no por el presidente.

Pero vuelven a surgir las preguntas, ¿qué motivo se esconde realmente en la presencia de Alfonso Navalón en Tenerife? ¿Había tenido algún desaire con el entorno de Palomo Linares del que quería cobrarse debida venganza? Puede que Navalón no tuviera otra intención que la de desmontar ese supuestamente fabuloso encuentro esperado por la afición, y de hacerlo, además, con su particular e hiriente estilo, pero, conociendo al escritor, podría interpretarse también como una provocación en toda regla. En cualquier caso, estos acontecimientos desencadenan la guerra definitiva e insalvable entre las dos partes y no es descartable que influyeran de manera determinante en la concesión del rabo a Palomo Linares en mayo de 1972.

La ya declarada «guerra» Palomo-Navalón alcanza un nuevo cénit el día 20 de mayo de 1970 —recordemos que la crónica de ese día es de la corrida de presentación de Palomo Linares en Madrid— por dos motivos relevantes. En primer lugar, la crónica que publica Alfonso Navalón sobre la actuación del torero jienense es demoledora desde el titular hasta el final. Inmisericorde en grado sumo, ataca y mancilla al torero en cada uno de los párrafos que le dedica. No se libra Palomo Linares, ni se libra su entramado particular, ni el ganadero que sirvió los toros, convirtiéndose el texto en un desmedido y humillante acto de descrédito que plantea, una vez más, la duda sobre si la argumentación de Navalón respondía objetivamente al abuso que desde el entramado taurino se estaba realizando con la campaña promocional del torero o, si bien, era una muestra más de ese tono revanchista del cronista contra aquellos a los que por algún motivo personal, totalmente al margen de lo taurino, les tenía ojeriza:

#### CONFIRMACIÓN CON ESCÁNDALO Y RECHIFLA

##### **PALOMO hizo el ridículo**

Palomo, en colaboración con uno de los ganaderos que habitualmente le sirve género para sus «charlotadas» rurales, ha querido burlarse del público de Madrid y su pretendida burla se ha convertido en el más rotundo de los fracasos. Porque un torero puede estar mal, pero un torero no puede hacer el ridículo y convertirse en el hazmerreír de una plaza, como le ha ocurrido a Palomo en esta confirmación de alternativa tan astutamente retrasada por sus mentores. Ahora se explicará el público por

qué los inteligentes directores publicitarios de este «novillero» han retardado tanto su presentación en Madrid. Ahora se explica el público por qué estoy harto de repetir que Palomo es sólo un montaje comercial sin ninguna virtud que le acredite como torero de mediano prestigio. Es vulgar, embarullado, gesticulante; está más pendiente del público que del torete, y su carrera artística es la más gigantesca cadena de fraudes que se conoce en la historia del toreo. Por eso no ha venido antes a Madrid, mientras amasaba una fortuna por las plazas rurales, fracasando en las importantes, al tiempo que una hábil dirección proyectaba más su figura hacia las revistas sentimentales, tratando de crear un mito al estilo de El Cordobés y buscando resortes publicitarios para esconder su inconsistencia como torero.

Ahora, en su tardía presentación en Madrid, se ha venido abajo todo el tinglado, dejando al desnudo la verdad de un torero mediocre, atropellado, vulgar y falto de los más elementales recursos para salir airoso en una prueba responsable.

El grave fallo de la organización Palomo ha sido plantear la presentación en Madrid con los mismos ingredientes que organizan una corrida rural. Es decir: tratando de sorprender con una corrida de sello borrego y sin el mínimo trapío. Y rodear a su torero de hombres cómodos que no pueden hacerle sombra. Todo se ha venido abajo. El público ha sabido a tiempo que el saldo de «perritorios» era impresentable y fueron rechazados cinco de los seis expuestos en El Batán (aunque el programa oficial reseñara que sólo eran dos). Después, en la plaza, ha estallado el escándalo por la pequeñez del quinto y se llega a la media docena redonda de toros rechazados. La organización falló esta vez con el truco del novillito para el fenómeno. Porque el novillito que se tragan en las plazas rurales no podía colar en Madrid y no ha colado, pese a las campañas «de apoyo» desatadas estos días por quienes tienen el deber de hacerle el caldo gordo a Palomo o a cualquiera que pague bien. Ya me entienden.

Luego, el torero tampoco se ha hecho a la idea de que estaba en una plaza seria y creyó que la totalidad del público era como esa «claque» hábilmente distribuida por los tendidos con la obligación de aplaudir. Ha querido torear para la «claque» como si en toda la plaza no hubiera más voluntad que la suya, y se atrevió a pedir el cambio y a pedir también que sólo pusieran un par de banderillas a su primer novillote. Después, todo se ha desbordado y dos broncas con más desaire irónico que contundencia crítica han cerrado... [...].

De todas las corridas que han desfilado por las Ventas ésta ha sido la peor presentada, la más chica y la más mansa. Todo lo que pueda hacer un toro manso, desde salir escapándose de los capotes y plantarse a dos pasos del chiquero para escarbar y berrear, lo ha hecho el saldo bovino de ayer. Todo lo que no debe hacer un toro bravo lo vimos ayer: berrear, no ir al caballo, tenerlos que meter dentro de las rayas para picarlos, dolerse y salir huyendo, rebrincar y berrear en banderillas, llegar a la muleta topando cansinamente. Todo eso lo hicieron los productos de Pérez Angoso, y para que no faltara de nada, como los veterinarios levantaron

la mano, el público devolvió a los corrales al tercero. Y se devolvió por ser un becerro intolerable. Que no vengan ahora los presidentes y los veterinarios diciendo que se devuelven por «cojos». El «Estudiante», número 55, único superviviente de la becerrada expuesta en El Batán, no tenía nada de cojo, y no hubo ni una sola protesta en este sentido. Se devolvió por chico. Que quede bien claro. [...] <sup>943</sup>

En segundo lugar, y como guinda en esta batalla de la guerra abierta entre Navalón y Palomo, ese mismo día se produce el otro hecho trascendente, amén de doloroso e insoportable para el torero y su entorno, como es que parte de la afición esencialista saque a hombros al cronista como muestra de su triunfo ante el fraude. Navalón salía victorioso y con él buena parte de los postulados del esencialismo que, a su manera, defendía.

Pero, ni mucho menos, esa guerra estaba cerrada, y una semana después, el martes 26 de mayo de 1970, como hemos visto en la crónica de Vicente Zabala, Palomo Linares se saca la espina cortando dos orejas a su primer toro, de la ganadería de Juan Pedro Domecq, consiguiendo de esta manera su primera salida en hombros de la plaza de Madrid. Evidentemente, y como así fue, lo que menos se podía esperar es que Alfonso Navalón hiciera una crítica objetiva de lo ocurrido en el ruedo, y dejándose llevar por su descomunal orgullo, da paso a una serie de elucubraciones sobre la presencia en el coso de un nuevo público debidamente organizado —y pagado—, estratégicamente distribuido por los tendidos, que con su participación a favor del diestro promovió, y consiguió, un triunfo que en esa coyuntura perdía toda legitimidad:

### **EL DE AYER ERA «OTRO» PÚBLICO**

No se puede luchar contra miles de entradas regaladas que hacen funciones de «claque». Los hermanos Lozano son unos hombres inteligentes que sabían cuanto se jugaban esta tarde. España entera había visto fracasar a su torero ante las pantallas de televisión con media plaza vacía. Lo del fracaso es lo de menos. Lo que preocupaba a los hermanos Lozano era esa media plaza vacía y en llenarla estaba su victoria, y han sabido jugar su carta con oportunidad y precisión. Completar las entradas que faltan en una plaza cuando el cartel tiene interés no es ninguna empresa imposible. Basta con sentar a las personas necesarias en los que huecos que quedan libres. A nuestro alrededor había tres «maletillas», candidatos a costaleros, cómodamente instalados en el tendido bajo del 2 fila 8. En la misma andanada del 8 había dos filas completas de «caras nuevas», que comenzaron a aplaudir en cuanto salió Palomo. El clásico vacío de sol en las localidades altas del 4 al 7 estaba cuajado de una masa

---

<sup>943</sup> NAVALÓN GRANDE, Alfonso. «Palomo hizo el ridículo». *Art. Cit.*, p. 2.

fervorosamente adicta a Palomo. En nuestro mismo tendido del 1 estábamos rodeados de vecinos que no habíamos visto nunca.

La cosa está clara. Y como el juego es el juego, reconozcamos que los Lozano han sabido jugar su baza con espléndida oportunidad. Se ha llenado la plaza de cara a las reseñas, y esto es lo más importante para la carrera del muchacho promocionado hacia un cartel taquillero que les interesa mucho más que el artístico. Porque el artístico tiene unos límites bien conocidos. Y como los apoderados no resuelvan la papeleta fuera del ruedo, ya está claro que el chico no es capaz de resolverla dentro de él. Porque darle rechazos a la tonta del bote y fracasar en toda la ----- con el que saca alguna dificultad no creo que convenza a nadie.

La mejor prueba de lo que escribo queda en que después de cortar las dos orejas ante un cónclave incondicional, no dejó calor alguno para que lo sacaran a hombros. [...] <sup>944</sup>

Después de lo ocurrido el día 19 de mayo con su particular «salida a hombros», Navalón creía que la mayor parte de la afición de Madrid estaba de su parte. Con esta crónica quedaba demostrado por un lado, su falta de humildad amén que el triunfo de Palomo Linares le había dolido en lo más profundo. Por lo tanto, había que buscar una argumentación que rebajara ese mérito que no se correspondía con las cualidades del torero, llevando su paranoia a pensar que el entorno del diestro había sido capaz de repartir en pocos días miles y miles de entradas a sus partidarios para que, llenando la plaza de hinchas, lo lograra. Ésta, y no otra, era la esgrimida razón por la que Palomo Linares había salido triunfante del festejo, porque la plaza se había llenado misteriosamente de un fervoroso público cuya misión consistía en aplaudir y jalearse al torero.

En la temporada de 1971 Palomo Linares no alcanza un acuerdo con la empresa de la plaza de toros de Madrid para torear en la feria de San Isidro. Sin embargo, justo antes de empezar dicha feria, hay otro hecho relevante que merece ser destacado. El lunes 10 de mayo, a pocos días de empezar el serial isidril, Alfonso Navalón publica un artículo dedicado íntegramente a uno de los presidentes de la plaza madrileña, el señor José Antonio Pangua —este presidente será el que le conceda el rabo a Palomo un año después— señalando su arbitrariedad en la aplicación del reglamento pero también su benevolencia a la hora de conceder trofeos. En este sentido, insinúa Navalón que se trata de un presidente poco aficionado que escucha los partidos de fútbol mientras está en el palco, y se malicia de que el comisario de policía, vista su generosidad, pueda en

---

<sup>944</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «El de ayer era “otro” público». *Informaciones*, Madrid, 27 de mayo de 1970, suplemento taurino Feria, p. 2



cualquier momento conceder un rabo a alguna de las figuras que pasen por la feria. La cuestión parte de la corrida celebrada el domingo día 9 de mayo en la que Panguas — Panguas le llama Navalón en el artículo—, además de ir en contra del criterio del público a la hora de cambiar los tercios de varas, concede dos orejas a Beca Belmonte y otras tres a Florencio Casado, *El Hencho*, trofeos estos excesivos al parecer del cronista:

Pocas veces hemos visto en una plaza tan marcada discrepancia entre el público y el encargado de hacer cumplir el Reglamento. El señor Panguas se dio una maña increíble para llevarle la contraria al público interpretando el Reglamento de una manera tan personal que lógicamente habría de chocar con el criterio general de quienes no se hallaban identificados con el personalísimo concepto del Reglamento del «usía» de turno.

Comprendo que el señor Panguas, aficionado al fútbol, se pase un rato incómodo en el palco si además este domingo no jugaba el Atlético. Y para divertirse conceda orejas a su aire o cambien los tercios cuando el extremo derecha del Santiponce echó fuera un balón que era ya un gol cantado, según diría el locutor de turno a través del oportuno transistor. Si a mí me mandaran arbitrar un partido de fútbol, es posible que también lograra hacer lo contrario de lo que querían los aficionados. Por eso no me extraña nada que el señor Panguas cosechara tan prolongadas broncas como fueron las ovaciones a los «guerrilleros» de la andanada del ocho, que no se explicaban por qué se cambiaban los toros con sólo dos pares de banderillas cuando el Reglamento ordena tres. Fue aquí donde el presidente decidió llevarle la contraria abiertamente al público y además de seguir cambiando con dos pares se dedicó a regalarle orejas a El Hencho y Beca Belmonte, como si las Ventas fuera una plaza de pueblo. [...]

Pero barrunto que detrás de esta generosidad en la concesión, hay toda una tarea de preparar un San Isidro «triumfalista» como vacuna contra las broncas del pasado año. Si al final de la corrida se ha cortado una espuerta de orejas, es posible que algunos espectadores poco exigentes salgan convencidos de haber visto un festejo brillante. Después de haberle regalado ayer tres orejas a El Hencho y dos a Beca Belmonte, a nadie va a extrañar que cualquiera de los fenómenos de la feria corten un rabo en cuanto lo pidan cuatro turistas. Repito que lo malo no está en la labor del presidente Panguas, lo peor es que las orejas se han puesto muy baratas, y puestas así las cosas, habrá que hacer quinielas para saber quién corta el primer rabo de San Isidro. En nuestra tertulia ya hemos hecho apuestas. Unos han dado a Camino, otros a Julián García. Yo me apunto a El Cordobés. Porque después de lo de ayer, nada más lógico que se le conceda graciosamente un rabo a Benítez. De alguna manera habrá que colaborar al esplendor de nuestra fiesta para forasteros y turistas. En este sentido, el señor Panguas ha dado un paso decisivo. Pese a la dura andadura del ocho, a la que dedicamos desde aquí nuestra admiración y nuestra condolencia.<sup>945</sup>

---

<sup>945</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «¿El presidente estaba en el fútbol...?». *Informaciones*, Madrid, 10 de mayo de 1971, p. 23.

Navalón no iba desencaminado en su predicción sobre la venidera concesión de un rabo a cualquiera de los toreros más importantes, hecho que todavía tardará un año en producirse, pero que es intuido de manera preclara por el cronista. El entramado taurino tenía que contrarrestar de algún modo la guerra abierta que el esencialismo le había declarado, y sin duda una de las mejores fórmulas era aplicar un plus de triunfalismo para que el público masivo pudiera reivindicar ese espectáculo más festivo y menos dramático, contando para tal fin con la ayuda imprescindible, ahora conseguida, de un presidente de su cuerda que no vacilara a la hora de conceder trofeos al estilo de las plazas de toros menos relevantes. Tampoco puede obviarse las menciones y guiños que hace el cronista en este artículo a los miembros de la andanada número ocho de la plaza de toros de Las Ventas, sector contestatario donde se agrupaban los aficionados más esencialistas y que también tendrán su parte de protagonismo en la polémica concesión de los máximos trofeos a Palomo Linares.

Por su parte, Vicente Zabala certifica también en su crónica de ese día la mala actuación del presidente, al que critica su arbitrariedad en la dirección de la lidia, pero sobre todo su benevolencia a la hora de conceder unos trofeos que, a la postre, no tendrán un peso específico en la carrera de los diestros agraciados. Para Zabala, lo importante a la hora de sentarse en un palco es tener conocimiento y criterio, y por eso, una de sus reclamaciones históricas es que los presidentes, independientemente de que sean o no comisarios de policía, estén colegiados, algo que evitaría estas demostraciones de incompetencia que tantas tardes se ponen de manifiesto:

Otra vez

### **El presidente, negativo protagonista de la corrida**

No sé cuántas veces he escrito que los presidentes de las corridas de toros deberían ser colegiados, lo mismo que los árbitros del fútbol. Pero en esto del toreo, con la organización y el sentido común siempre por montera, es suficiente con ser comisario de Policía. ¿Imaginan ustedes el próximo partido del Real Madrid en la Recopa dirigido por un comisario de distrito griego?

Es difícil recordar un «arbitraje» más desafortunado que el que llevó a cabo el presidente del domingo. En lo del balón se habría armado la marimorena, recusaciones, escándalos, portadas de periódico, ¡la caraba! Bueno, pues aquí nunca ocurre nada. Verán ustedes al confundido caballero, al hombre que provocó las iras de los aficionados tan resentado

en su palco dispuesto a sacar el pañuelo a destiempo las veces que haga falta. [...] <sup>946</sup>

Con estos mimbres se llega a la feria de San Isidro de la temporada de 1972 y en la corrida del día 22 de mayo, 12<sup>a</sup> de feria, ante reses de la ganadería de Atanasio Fernández, coinciden Sebastián Palomo Linares, que comparte cartel con Andrés Vázquez y Curro Rivera, y el dadivoso presidente José Antonio Pangua que, tras la faena del torero de Linares al toro «Cigarrón», lidiado en quinto lugar, le otorga las dos orejas y el rabo. Como se afirmaba al principio de este punto, este trofeo del rabo, máxima expresión del triunfo absoluto, no se concedía en Las Ventas desde el año 1939, en un festejo celebrado el miércoles 24 de mayo de ese año en el que obtuvieron dicho galardón los diestros Vicente Barrera, Domingo Ortega y Pepe Bienvenida. Por lo tanto, habían pasado treinta y tres años sin que en esa plaza algún torero hubiera alcanzado los máximos trofeos de un toro.

Al margen de que la faena fuera una creación artística de alto nivel —que seguramente lo fue por lo que afirman las crónicas de ese día— distaba de ser esa obra redonda, perfecta, en la que los actuantes, toro y torero, están a una altura superior, y en este caso, el comportamiento del astado, soso y falto de la emoción necesaria, restaba méritos al conjunto. La acción de Pangua se convertía en una especie de venganza contra el esencialismo, ya que horadaba los cimientos de seriedad que poco a poco se habían ido construyendo en la plaza de Las Ventas. Palomo Linares, tan eufórico como incrédulo, avanzó por el ruedo con los máximos trofeos hasta ponerse delante de la localidad de Alfonso Navalón para mostrárselos con tanta rabia como satisfacción y decirle en voz muy alta «conmigo no puedes acabar ni tú ni nadie» <sup>947</sup>. Era la venganza perfecta, la que nunca hubiera soñado, contra el esencialismo pero sobre todo contra Navalón. Con un ambiente en contra al principio de la corrida —Palomo Linares se encaró varias veces con los aficionados esencialistas de la andanada del ocho que le protestaron sus defectos y protestaron los defectos de su primer toro—, el jienense terminó saliendo no como triunfador, sino como el gran vencedor del pugilato planteado entre él, en ese momento representante máximo del entramado taurino, y el esencialismo.

---

<sup>946</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «El presidente, negativo protagonista de la corrida». *Art. Cit.*, p. 20.

<sup>947</sup> Según versión del propio Alfonso Navalón, como así quedó recogido en la crónica que publicó ese día y que se transcribe íntegra más abajo, el torero se dirigió a él más o menos en esos términos, si bien el cronista no pudo escuchar con precisión lo que el diestro le decía y estas expresiones le fueron transmitidas por un vecino de localidad en el tendido.

Para Zabala se trata de esa especie de venganza del señor Pangua, en representación del entramado taurino, contra esos pilares de seriedad antes citados, como si todo estuviera preparado de antemano. Si el rabo era un error, una concesión absurda que superaba los límites permitidos en una plaza como la de Madrid, pero justificable en cualquier caso por un momento de euforia del que tiene potestad de concederlo —y allá él con su conciencia, viene a decir Zabala—, más aún lo eran el total de nueve orejas que se otorgaron en conjunto y que situaban a la seria plaza de toros de Las Ventas al nivel de cualquier coso de tercera o cuarta categoría. Zabala no discute en ningún caso la calidad de la faena de Palomo a ese toro «Cigarrón» lidiado en quinto lugar, «estupenda faena, merecedora de las dos orejas» veremos que escribe, pero entiende que la concesión del rabo es una decisión «absurda y delirante» que seguramente le sirva poco al torero y contribuya al descrédito tanto de la plaza de Madrid como de la propia Fiesta:

**DELIRANTE ACTUACIÓN DEL PRESIDENTE PANGUA  
EL USIA PARECIA PADECER UN ATAQUE DE EUFORIA**

Vamos a imaginar por un momento que el señor que se sienta en el palco de la presidencia de la plaza de toros de Madrid, cuyo nombre no figura en los carteles, es un aficionado a los toros. Vamos a suponer que el presidente es un aficionado competente, de los que sienten la fiesta de verdad, que se trata de un señor al que no le han sacado nunca una fotografía en un periódico presidiendo una corrida (como le ocurrió en nuestro colega «Informaciones») y escuchando al mismo tiempo por un transistor ¿los partidos de fútbol?

Vamos a suponer que el señor presidente sintiera en su alma el pellizco del buen torear; vamos a creernos con la mejor de las voluntades que se identifican con la buena faena de Palomo Linares a su segundo toro, porque Palomo lo había toreado con limpieza, ajuste y temple, porque Palomo, que había cometido la equivocación de citar a recibir después de haberle instrumentado cien pases de muleta, había rectificado con sensatez y había atacado con derechura hasta dejar media estocada sin cruzar, saliendo rebotado de la reunión. Vamos a suponer que todo esto le emocionó al señor Pangua, que en su fibra de veterano aficionado (¡si levantara la cabeza el presidente don Félix Carranza!) se dejara llevar del lógico entusiasmo que había despertado la faena de muleta y se decidiera a romper con vehemencia la tradición de no conceder rabos en la plaza de toros de Madrid desde hace un sinfín de años y acercar de esta manera geográficamente la capital de España a Fuengirola. Vamos a creernos todo esto, porque ningún hombre, por muchas canas que peine, por muy de vuelta que esté de todo, se puede ver libre de un momento de apasionamiento (aunque no olvidemos que este presidente le concedió

¡doce orejas y cuatro rabos! en un mismo día a este mismo torero en la plaza de Vista Alegre).

Vamos a suponer todo ese sentimiento de aficionado de pro del señor Pangua, que le hiciera hasta olvidarse de la pelea del toro en varas y de su empeño en cambiar a todos los toros con dos pares de banderillas. Pero, ¿cómo justifica las otras siete orejas?

El señor Pangua produjo la impresión de que venía dispuesto (mucho más que otras veces) a ridiculizar a la plaza de Madrid, a quitarle lo poquito de seriedad que le quedaba. Empezó...

### **Desde el principio**

Empezó el señor Pangua por conceder una oreja de verbena a Andrés Vázquez. El zamorano estuvo muy por debajo del borrego bonachón que le cupo en primer lugar. El de Villalpando, que luce en la guerra, cuando las corridas son grandes y cornalonas, naufragó. No se puede torear más desangelado y más soso. Toreo vulgar el suyo, porque una cosa es la sobriedad y otra muy distinta la vulgaridad. La faena no había tenido enjundia ni sabor. Trapazos cortando el viaje del toro al hilo del pitón, sin cruzarse ni embraguetarse. Faena de trámite, de convaleciente. El público no tiene la culpa de que un torero no esté repuesto de un percance. Le regaló la oreja el señor Pangua a petición de cuatro pañuelos.

En el cuarto anduvo asustado. Si exceptuamos unos ayudados por bajo, lo demás no tuvo el menor interés. Y si con esta corrida no es capaz de obtener un éxito legítimo, habrá que volver a empezar y a hacer el número del «pobrecito» de nuevo.

### **Y seguimos con los obsequios**

No voy a restar ni un ápice de los indiscutibles méritos de la actuación de Palomo «Linares», ayer, en Madrid. Cuando un torero sale decididamente a arrimarse de verdad le sobran los gestos de ...tono encarándose con el público, le sobra el señor Pangua y le sobran sus réplicas a un compañero de la crítica. Palomo estuvo muy decidido durante toda la tarde.

En primer lugar tuvo un inválido que debió retirar el presidente a petición del público, pero el público sólo tiene razón cuando le conviene a la empresa o a los toreros... Palomo muleteó al inválido con aplomo. El torillo, como no tenía fuerza, embestía con la cara alta, defendiéndose con incómodo calamocheo. Palomo lo muleteó sosegadamente, evitando que se le cayera lo menos posible, luchando con la incomodidad del torete, que no eran la pujanza y fiereza del animal, que no podía tenerlas por su visible invalidez. El de Linares no tenía la culpa de que el susodicho señor Pangua, árbitro de la corrida, permitiera que se jugara con el balón desinflado. ¿Qué dirían los aficionados al fútbol si invitaran jugarles un partido con la pelota fofa, sin sus condiciones reglamentarias? ¿Qué dirían de paso los del deporte del fútbol cuando vieran que uno de los jugadores se encaraba con el público como les ocurre a los ciudadanos de la andanada del ocho? Allí sí que se arman broncas y escándalos sin que ocurra nada. Los de la andanada del ocho son unas «monjas», joven Pangua, comparados con una hinchada del Madrid o del Atleti. Qué saben los taurinos, muy «modositos» ellos, de lo que son capaces las masas. Lo

que les ocurre es que están acostumbrados a ir a favor de obra, como les ocurría estos años atrás, y les cuesta mucho trabajo encajar la «oposición».

Pero, ¿verdad Palomo «Linares», que los éxitos así, conseguidos en un clima de pasión, saben mucho mejor? Es entonces cuando uno puede acercarse a lo que siempre fue una figura del toreo, o sea, un hombre hecho en la dura lucha de los ruedos y de los tendidos, cuando los tendidos y la crítica eran exigentes como han vuelto a serlo ahora. Era muy fácil tener un crítica comprada y a las señoras que babeaban de gusto viendo al niño vestidito de plata. Necesitaba usted que se rompiera con todo ese cachondeo de años atrás del «zapatero prodigioso» y los reportajes lacrimieantes. Ser torero, aunque les pese a los propios toreros, es lucha. Y una lucha muy distinta a la de los pases a los «atanasios». Y ya que ha tenido la suerte de salir a la plaza de Madrid con una corrida agradable sin haber tenido éxitos delirantes en las Ventas como para merecerla, lo menos que debe contar es con una afición dura, como corresponde a esta plaza, aunque a su favor tuviera, para contrarrestar, una presidencia como corresponde a Calahorra.

La primera faena de Palomo «Linares» debió ser premiada con una oreja. Era suficiente. El toro se había caído varias veces, como consecuencia de llevar los cuartos traseros arrastras. Bueno, pues el señor Pangua la premió como si hubiera tenido delante a uno de Samuel de los del otro día.

Toreó muy bien a la verónica a su segundo toro. Los lances tuvieron ritmo, fácil juego de brazos. El de Atanasio iba y venía con un «son» magnífico y el de Linares lo toreó con mucho mando con el capote. Buenas verónicas las de Palomo, como buenos fueron los muletazos de la larga faena. El toro tenía temple y el torero se centró muy bien con él. Toreó más derecho que de costumbre, ligando bien los muletazos. Estupenda faena, merecedora de las dos orejas, pero nunca de ese rabo, que me alegra en lo que pueda valerle al muchacho, pero que me parece a todas luces injusto. Ni el toro por su trapío, ni la estocada, a chapuzón, completaron una obra perfecta, redonda. Repasen la fotografía de la página anterior y comprobarán ustedes cómo el volapié deja mucho que desear. Desde el mismo momento en que el torero no vació, la faena no fue redonda. Insisto en que me parecen justas las dos orejas, a mi juicio las mejor concedidas de toda la tarde, pero absurda y delirante la concesión del rabo, que no refleja, ni con mucho, el carácter excepcional que debiera tener este premio. A partir de mañana ya pueden concederse en las Ventas los rabos a montones. Madrid será un plaza más gracias al señor Pangua. Eso es lo único que yo siento. El torero pasa, pero la que un día fue la primera plaza del mundo queda vejada por el capricho de un caballero que no ha sabido respetar lo único que quedaba: unas gotas de tradición y señorío.

#### **Otras cuatro para México**

En la lluvia de trofeos, Curro Rivera se llevó cuatro. El mexicano, que ha tenido el acierto de llevar en su cuadrilla a ese fenomenal peón que es «Solanito», aprovechó los dos carretones de Atanasio Fernández para

hacer cuanto sabe. Su primera faena parecía inverosímil, pues el torillo llevaba viaje de ida y vuelta. Iba y venía tras el engaño de Rivera, que se hartó de darle pases circulares, gurrupinas, pases del desprecio y toda la gama de un toreo variado y espectacular, que le gustó mucho al público. Le dieron las dos orejas del primero, protestadas por una gran parte del gentío, y otras dos del sexto entre el asombro del público, que consideraba que con un trofeo el torero estaba de sobra premiado.

El público salió asombrado del diluvio de orejas. Atanasio Fernández puede cobrar a millón la corrida de «carretones». Al quinto le dieron la vuelta. Y el señor Pangua ha pasado la tarde de ayer a la historia del toreo como modelo y prototipo de lo que no debe ser un aficionado y mucho menos un presidente para la plaza de toros de Madrid.<sup>948</sup>

La predicción de Zabala sobre la repercusión profesional en el diestro de semejante éxito no es baladí, puesto que, tal y como se afirmaba al principio de este punto, Palomo Linares, a pesar de ese resonante triunfo que le acompañará hasta su muerte en abril de 2017, no volverá a salir en hombros por la Puerta Grande de la plaza de toros de Las Ventas.

En la misma línea, la crónica de Alfonso Navalón se divide en dos partes, en una primera en la que reconoce los méritos de Palomo Linares de la misma manera que se los resta a ese toro «Cigarrón». Un Navalón que trata de ser objetivo, describe los pormenores artísticos de la faena, del temple y hasta de la hondura que había adquirido, pero haciendo especial hincapié en las pocas cualidades de la res, de su excesiva «bondad», y de la falta absoluta de méritos en su comportamiento como para recibir los honores de la vuelta al ruedo que también le fue concedida. Un Navalón que en este momento entiende necesario establecer la diferencia entre los dos tipos de fiesta, las dos perspectivas, en que se divide el espectáculo taurino: la seria, esencial, en la que el toro es bravo y necesita de valor y cabeza para ser sometido; y la otra, folclórica, irrelevante, en el que el toro es un mero colaborador, que no genera grandes problemas, y que facilita el triunfo de los pseudo-toreros. La que ese día habían presenciado era la segunda, la versión más comercial e intrascendente que puede darse en una plaza de toros, elevada a una categoría superior por la concesión de ese trofeo del rabo que descolocaba a todo el esencialismo y hundía la categoría de la plaza de toros de Las Ventas, y la crónica de Navalón, bajo el título «El gran espectáculo», refiere la fórmula perfecta del entramado taurino, una tensión provocada por elementos insustanciales,

---

<sup>948</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Delirante actuación del presidente Pangua». *Nuevo Diario*, Madrid, 23 de mayo de 1972, Suplemento especial San Isidro 72, pp. 2-3.

alejada de su fundamentación emotiva pura, esencial, pero que termina en ese clímax de un público mayoritariamente ignorante.

Del mismo modo que Palomo Linares no había sido merecedor de los máximos trofeos, tampoco lo habían sido sus compañeros de terna, que se habían visto recompensados por esa generosidad irresponsable del presidente Pangua. Pero siquiera el ganadero Atanasio Fernández, el otro gran triunfador de la tarde, escapa a la censura del cronista, al que considera como el máximo exponente de los criadores de toros comerciales e inocentes, al mismo nivel que los líderes en esa materia hasta ese momento, los ganaderos de Tarifa Hermanos Núñez, predilectos de las figuras por criar un tipo de toro tan dócil y cómodo que la sensación de riesgo queda diluida en esa bondad que transmiten en sus embestidas:

### **El gran espectáculo**

Lo de ayer fue un espectáculo. Y yo sólo soy un crítico de toros. La fiesta tiene dos vertientes distintas y definidas. Una, cuando está en la plaza el toro, con su poder, su casta y sus problemas, y otra cuando está el borreguito comercial, sin casta, blando y bobalicón. Como crítico de toros, me corresponde únicamente hacer la crónica del cuarto, que fue el único animal serio de la corrida, que cumplió en los tres puyazos ordenados por el reglamento. Los demás no tenían fuerza para recibir el castigo establecido por la ley.

La crónica de esta corrida es, por tanto, absolutamente negativa, porque ante el cuarto, de nombre «Granero», negro zaíno y con 571 kilos, el torero estuvo francamente desafortunado. Andrés Vázquez recibió una sonora pita, porque a ese toro, cuajado, serio y con dificultades, no logró sacarle medio centenar de pases, como se les dio a los demás. El único toro reglamentario de la tarde no fue bueno, y el único matador que se puso delante estuvo francamente mal.

Aquí termina mi labor profesional. Ahora, saliendo de mis funciones, voy a intentar hacer la descripción escueta de un espectáculo que tuvo como marco el ruedo de una plaza de toros: la de Madrid, por más señas.

Ateniéndonos a lo que debe ser el toreo, y prescindiendo que delante tenía a «Clavijero», número 33, con 522 kilos, que fue protestado por cojo y se cayó repetidas veces durante la faena, anoto que Palomo Linares no estuvo afortunado de capa, siendo desarmado. Con la muleta fue constantemente molestado por el cabeceo del animal al salir del pase, sufriendo por esa causa numerosos enganchones al rematar los muletazos. En la segunda mitad de la faena ligó tres molinetes belmontinos perfectos, girando armoniosamente sobre los costillares de su enemigo y ligándolos muy bien entre sí. Se impone por coraje y aguanta muy valiente en un terreno difícil de sostener. Mara de una estocada, entrando con agallas. Las actitudes y la entrega de Palomo prenden en el público y el señor Pangua saca dos veces el pañuelo, otorgándole las dos orejas.



El quinto se llama «Cigarrón», y desde que pisa el ruedo demuestra una bondad sin límite. Es un animalito ideal, con embestida templadísima y suave, sin hacer un solo extraño y siguiendo dócilmente la muleta del matador. Para dar una idea de su nobleza, basta consignar que en un desarme quedó la muleta entre las pezuñas. Y que el torero se agachó a cogerla y no hizo la menor intención de embestirle.

Con este «Cigarrón», Palomo empezó toreando por rechazos de rodilla. Puesto en pie se recreó en una faena larga, templada y limpia, toreando con reposo y suavidad. No tuvo que superar ninguna dificultad ni resolver ni un solo problema. Palomo se entregó con ilusión en una verdadera orgía de pases despaciosos con el público entregado y enfervorecido. Aquello era el delirio. Consciente del triunfo que tenía en la mano quiso matar recibiendo para redondear su faena, pero el toro ya no podía embestir. Fue entonces cuando en un alarde temperamental se volcó sobre los pitones, dejando media estocada y saliendo con la taleguilla destrozada. El señor Pangua, rompiendo la tradición de esta plaza, le otorga un rabo, que pasea por el ruedo entre el fervor popular.

Andrés Vázquez no está en buen momento físico. No debería torear. Por mucho amor que tenga al dinero, no es razonable vestirse de luces transcurrido tan poco tiempo de la tremenda cornada de Sevilla. El primer borrego le aceptó la muleta sin dificultad alguna. Y ese toreo recio, que está acostumbrado a aplaudir el público en este torero, se convirtió en un trasteo discreto, pero francamente desairado ante las facilidades del animalito que tenía enfrente. Pinchó sin fe y luego dejó una buena estocada. A sus manos llega sin saber por qué la primera oreja inmerecida de esta tarde. Con una vuelta al ruedo estaba sobradamente pagado. Ya está dicho que en el cuarto, único toro serio de la corrida, no logró acoplarse, no acertó con la breve lidia que era aconsejable hacer.

De lo que hizo Curro Rivera para llevarse cuatro orejas no creo que se acuerde nadie a estas horas. Dio muchos pases. Infinidad de pases. Quieto. Lo pasó por delante y por detrás. Les hizo dar repetidas vueltas en torno a su cintura como demostración exhaustiva de la candidez de sus sumisos colaboradores. Matando, sí. Matando le echó pundonor y se fue mirando al morrillo detrás de la espada.

Y eso fue todo. Para varios miles de espectadores y para el presidente, que hizo de regidor de escena, aquello debió ser el no va más. Para los que fuimos a ver una corrida de toros aceptamos la bella faena de Palomo, pero ante el único toro legal que salió por los chiqueros, no vimos faena.

Mi paisano Atanasio Fernández hace años ya que dejó de ser ganadero de «bravo» para compartir con los tarifeños Hermanos Núñez la primacía del toro comercial. Ayer se apuntó el tanto más importante de su vida. Es casi imposible que pueda salir a una plaza un animal más inocente y de embestida más cómoda que ese «Cigarrón». Conseguir la meta de una vida siempre debe ser una profunda satisfacción cuando, como en el caso de Atanasio, ha tenido que salvar tantos disgustos, tantas broncas y tantos bochornos para alcanzarla. En este terreno de fabricar toros a la medida del torero y que sirvan para darle insospechadamente brillantez a un

espectáculo taurino, nadie había logrado semejante perfección. Atanasio acaba de lograr un hito histórico en el oficio de criar toros comerciales. Ha llegado donde no logró ni soñó llegar ninguno de sus colegas. Los toreros deben levantarle un monumento.<sup>949</sup>

Pero la valoración y censura de lo ocurrido no podía terminar con esta crónica. Un Navalón profundamente dolido, herido, incapaz, una vez más, de controlar sus impulsos, incapaz de reconocer, y aceptar, en su súperego esa especie de derrota, a continuación de la crónica escribe y hace pública una carta abierta al diestro, en la que trata de devolver los «puyazos» que el sensacional triunfo del torero le habían producido en su interior. Palomo Linares se había dirigido a él, sólo a él, y le había restregado por la cara el triunfo ante miles de espectadores. Por mucho que el cronista intente transmitir ese aire de solvencia antes señalado y ese desafecto hacia la concesión del rabo como si ésta hubiera sido una circunstancia accidental, anecdótica, de la Fiesta, subyace en su texto la rabia contenida hacia ese gesto de desafío que el torero protagonizó una vez tuvo en su mano los máximos galardones y que venía a representar la derrota del cronista que con más dureza le había tratado en toda su carrera:

#### **Carta abierta a Palomo Linares**

Verá usted, señor Palomo:

Yo estaba tranquilo sentado en mi delantera baja del Dos cuando a usted le dieron el rabo; había gustado su faena a «Cigarrón» porque no le tropezó la muleta más que una vez y porque estuvo dando la mediad exhaustiva de su capacidad artística. Yo, durante la faena, había mantenido una actitud absolutamente silenciosa, como puede dar fe ese amigo suyo que estaba justo a mi lado. Cuando le vi acercarse a mi localidad para decirme algo, me levanté a escucharle y no le entendí nada. Su amigo me contó que sus frases fueron más o menos estas: «Conmigo no puede acabar ni tú ni nadie. Conmigo no puede acabar más que un toro». Y tiene usted toda la razón. Con los que se visten de luces sólo acaban los toros o los públicos. No es misión de la crítica acabar con nadie. Lo que sí debería considerar es que usted cometió un gesto fuera de tono. Porque si en la tarde anterior no se acordó de mí con su rotundo fracaso a la espalda, no veo razón para que pretenda jugar con ventaja ahora, queriéndome echar a la parte proporcional de sus partidarios que había entre esos dos tercios de plaza que fueron ayer a ver a la terna de espadas. No pasó nada. Pasó que otro sector de espectadores se puesieron de mi lado, y aplaudieron con la misma fuerza que antes lo habían hecho con usted. Usted a cortado un rabo en Madrid y mi deber es contarle. Para que me diera cuenta no hacía ninguna falta que viniera a enseñarlo, porque me ha dado una notoriedad y una importancia que no me

---

<sup>949</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «El gran espectáculo». *Pueblo* Madrid, 23 de mayo de 1972, Suplemento Taurino, p. 2-3.

esperaba. Después de todo, es de agradecer que en el momento más importante de su vida sea yo el primero que se le viene a la memoria. ¿No será una obsesión?

Claro que esa recordación la podía haber hecho de una manera más correcta, sin necesidad de burlarse de las leyes. El artículo 118 del vigente Reglamento Taurino prohíbe a los lidiadores dirigirse a los espectadores bajo multa de cinco mil pesetas. Le prometo dirigirme respetuosamente al escrupuloso señor Pangua, responsable ayer tarde de velar por el orden, para rogarle que le imponga a usted esa sanción.<sup>950</sup>

La polémica estaba servida, y no tardo en subir el tono de la repercusión y de la tensión. En primer lugar, al día siguiente de la corrida, los balconillos de la andanada del ocho de la plaza de toros de Las Ventas, máxima representación de la afición esencialista del momento pues, como se ya se ha comentado, en ella se acomodaban un importante número de aficionados esencialistas que de manera coral recriminaban las tropelías que se producían en el ruedo, aparecía con crespones negros como metáfora de lo ocurrido unas horas antes. En la crónica de Vicente Zabala, todavía muy dolido, se recoge y justifica la protesta del mismo modo que se censura, una vez más, al pernicioso entramado taurino:

#### **CRESPONES DE LUTO EN LAS VENTAS**

Crespones negros en Las Ventas. Crespones negros por el prestigio muerto veinticuatro horas antes. El luto aparecía en una delantera de andanada. Unos aficionados sencillos, unos aficionados modestos, de los que van a todas, habían puesto la colgadura fúnebre. El público, sorprendido, reaccionó con calor, volviéndose a ovacionar quienes luchan contra el muro de los intereses creador para que la plaza de Madrid recupere su categoría de primera plaza del mundo.

Los aficionados en general iban con rabia incontenida dispuestos a que la verbena, cuya cinta cortó furibundamente un desafortunado presidente, continuara de la misma forma. La gente del toro está convencida de que la fiesta se salva por el camino de engañar al público en el toro chico y la concesión de trofeos a granel. Hasta ahora la feria había ido mal, rematadamente mal, y la culpa para esta gente del abrazo, la sonrisa, el puro y la puñalada por la espalda la tenía la crítica adversa. No reparaban los muy cretinos en los carteles que había organizado la empresa. [...]

Lógicamente las corridas tenían que resultar malas y las críticas, que ahora no se compran a tanto el adjetivo, reflejaban el ambiente de desánimo en el que había comenzado la feria.

—El público está que no se «pue aguantá». La culpa la tiene Fulano y Mengano que dicen que «to» es malo.

---

<sup>950</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Carta abierta a Palomo Linares». *Pueblo*, Madrid, 23 de mayo de 1972, Suplemento Taurino, p. 4.

Y los muy cretinos no comprendían que las masas, perfectamente entrenadas en el papel de borregos taurinos por una crítica mediatizada durante más de treinta años se entregarían —como así ocurrió— en cuanto el primer Julián García pegase tres reolinas mirando al tendido. Y fue precisamente el tal Julián García de los primeros que salió por la puerta gran de la plaza de las Ventas.

También me hacen gracia los «contestatarios», los «revolucionarios» y «progresistas». Que creen que todo esto se arregla con prescindir de la corbata y hartarse de «whisky» a cuenta de los toreros. Progresistas que admiran el toro chico y la entrada a precios muy distantes del pueblo llano. Que toleran la burla de los intereses del público en nombre de no volver a la «reaccionaria» costumbre de ver el toro reglamentario y el pase natural ligado al de pecho. Son los mismos que se bebían ayer con fruición (con la misma fruición que el «whisky» de los toreros) los templados pases naturales de Palomo Linares, naturales «reaccionarios», y años atrás apuraban hasta las ---- los trapazos cordobesistas en nombre del «progresismo». ¿En qué quedamos?

El problema está en que la mayoría de estos ciudadanos no son aficionados. No sienten la fiesta. No han ido a los toros desde niños. La «afición», en la mayoría, está recién estrenada porque muchos de ellos son de lugares donde sólo se dan toros por la fiesta de la Patrona. Y quieren venir ahora a enseñar a los aficionados desde su papel de «francotiradores» porque en el fondo les gustan unos caireles más que el aroma de una vedette.[...] <sup>951</sup>

Dentro de ese clima de tensión generado, un día después, el miércoles día 24 de mayo, Alfonso Navalón es agredido —la enésima agresión sufrida a lo largo de su carrera como crítico taurino— en el hotel Wellington por el banderillero retirado Manuel Ruiz Sanchís, *Manolillo de Valencia*, (Valencia, 1935-Madrid, 2009) furibundo defensor del entramado taurino y de todos sus postulados. En esta ocasión, la agresión no alcanzó el grado de otras previas y el cronista sólo resultó levemente contusionado, pudiendo seguir con su labor periodística en *Pueblo*.

Pero la guinda de este otro pastel llegaría a los pocos días con la destitución como presidente de festejos taurinos del comisario José Antonio Pangua, un hecho sin parangón en la historia de reciente de la Tauromaquia. Pangua ejercía las funciones de presidente desde principios de la década de los sesenta y la concesión de ese polémico rabo había generado tal controversia a nivel nacional que el ministro de Gobernación, Tomás Garicano Goñi (Pamplona, 1910-Madrid, 1988), toma la decisión de destituirle del cargo. El cese del generoso Pangua no reparaba los destrozos provocados en sus

---

<sup>951</sup> ZABALA PORTOLÉS, Vicente. «Crespones de luto en Las Ventas». *Nuevo Diario*, Madrid, 24 de mayo de 1972, Especial San Isidro, pp. 2-3.

años de actividad presidencial pero sí servía de bálsamo al irritado esencialismo. A lo que se sumará la revancha de la afición esencialista de Madrid, que el viernes día 26 de mayo saca por segunda vez —recordemos que en mayo de 1970 esa misma afición sacó de esta guisa por primera vez al cronista— a hombros a Navalón de la plaza, acción muy aplaudida desde el diario *Pueblo* ya que en cierto modo suponía un respaldo a la labor de su controvertido —y agredido— crítico:

Ahora que la feria de San Isidro termina —sólo quedan dos corridas— queremos referirnos, con orgullo, a lo que ha dado en llamarse el «fenómeno Navalón». Porque, hay que decirlo, nuestro crítico taurino ha sido, sin duda, el hombre de la feria. Discutido por unos y ensalzado por otros, Alfonso Navalón ha dejado constancia de su seriedad profesional y de su tremenda sinceridad al hacer la crítica diaria de lo que ha sido esta feria 1972. Ayer tarde Alfonso Navalón salió a hombros de las Ventas, la mejor prueba de que un gran sector del público está con él y le apoya.

Siguiendo una vieja tradición, PUEBLO quiere recordar que en ningún momento se ha inmiscuido en la labor del crítico y que —como en otras áreas— se han respetado sus opiniones. Cuantos hacemos este diario felicitamos a nuestro compañero y nos felicitamos por esa salida a hombros y por la acogida del público, que es, en definitiva, a quien servimos.<sup>952</sup>

Llegado ese punto no se podía pedir más: Alfonso Navalón a hombros y el presidente Pangua destituido. Y, de nuevo, no es que Navalón hubiera sido el cronista más combativo en el asunto, —recordemos que Vicente Zabala con gran dureza calificó la actuación del comisario de policía como delirante—, sin embargo es el que obtuvo un mayor rédito de todo el embrollo ya que la polémica lo catapultó definitivamente hasta el trono esencialista, convirtiéndolo durante varios años en la referencia definitiva de los aficionados de esa cuerda. De hecho, él en exclusiva, sin sonrojo, en una nueva demostración de falta absoluta de humildad profesional, se atribuye el cese de Pangua, y así se lo transmite a su biógrafo:

La noche del rabo de Palomo había una gran tensión en el periódico. Como uno jamás se ha dolido al castigo escribí en la crónica toda la farsa del rabo y la desvergüenza del presidente Pangua al dárselo sin cumplir ninguno de los requisitos de reglamento y con muchos pitos en contra. Los dos subdirectores subieron la crónica al despacho del director y constantemente subían y bajaban para ver lo que decidía. Todos acojonaditos, pero como aparte de sus defectos aquel director era un verdadero maestro del periodismo dio una solución tajante: «Que se publique en primera una foto grande de Palomo saliendo en hombros con el rabo y que se publique entera la crónica de Navalón». A los pocos días nos vimos en la 'güisquería' y le di

---

<sup>952</sup> Véase *Pueblo*. «Navalón, a hombros». Madrid, 27 de mayo de 1972, p. 26.

las gracias. «Las gracias te las tengo que dar yo, porque es la primera vez en la historia del Régimen que un periodista acaba con un comisario de Policía. Acaban de llamarme del Ministerio de Gobernación para comunicarme que han destituido al presidente Pangua por la crónica tuya».

No sabía cómo devolverle aquel gesto de respeto hacia la libertad de expresión y mucho más en un hombre como él acostumbrado a que todo el mundo le bailara el agua. Cuando llegó la feria de El Pilar la corrida se celebró entre verdadero diluvio. Palomo dentro de su bastedad se jugó la vida en aquel barrizal. Fue una faena emocionante por la constante sensación de riesgo y la ocasión venía como anillo al dedo para quedar bien con el director. Así que titulé la crónica 'Palomo venció al vendaval'. Y como era la primera y única crónica favorable que le hacía a Palomo también me llamó Eduardo Lozano con una noticia sorprendente: «Me he gastado un millón de pesetas en reproducir tu crónica en todos los periódicos de América. Como siempre lo has puesto mal, esta crónica nos sirve para pedir mucho más dinero que la temporada pasada». <sup>953</sup>

Al margen de este hecho más o menos anecdótico, de esa falta de honestidad profesional de la que hacía gala Navalón, deben extraerse varias conclusiones sobre lo ocurrido tras la polémica concesión del rabo del toro «Cigarrón» a Palomo Linares. La primera es incontestable: no se ha vuelto a cortar un rabo en la plaza de toros de Las Ventas<sup>954</sup> por un matador de toros en ninguna corrida de lidia ordinaria. En segundo lugar, el diestro Sebastián Palomo Linares<sup>955</sup>, como se viene afirmando máxima figura de su época, a diferencia de sus coetáneos que estaban al mismo nivel en ese momento, El Cordobés, El Viti, Paco Camino, etc., no volvió a salir en hombros por la Puerta Grande de la plaza de toros de Las Ventas, quedándose ese número de salidas en un exiguo par mientras que dichos compañeros rondaron todos ellos la decena, siendo, por tanto, una de las consecuencias de la obtención de ese rabo y su gran repercusión la predisposición negativa del ambiente de Las Ventas —más aún— en contra del torero. En tercer lugar, la destitución de todo un comisario de policía en el periodo franquista marcaba todo un hito y no podía ser considerado como un asunto baladí porque la autoridad había dado la razón a la denuncia de un sector que, en su ámbito, se manejaba con tintes revolucionarios. La cabeza de Pangua se convertía en la metáfora de la rendición ante la fuerza de la afición esencialista y sus reclamaciones. Finalmente, el efecto a todos los niveles, social, político, cultural, que tuvieron los acontecimientos

---

<sup>953</sup> SÁNCHEZ CAÑAMERO, F. (*Paco Cañamero*). *Alfonso Navalón: Escribir y Torear. Op. Cit.*, pp. 118-119.

<sup>954</sup> El domingo día 9 de junio de 2018 el rejoneador Diego Ventura obtuvo los máximos trofeos del toro «Biemplantado» de la ganadería de Los Espartaes, convirtiéndose así en el primer rejoneador que lo lograba, pero, como se afirmaba, en la llamada lidia ordinaria, toreo a pie en corrida de toros, no se ha vuelto a conceder tal galardón a ningún diestro

<sup>955</sup> Sebastián Palomo Linares, a lo largo de su carrera, actuó en la plaza de toros de Las Ventas en 28 corridas, en las cuales obtuvo un total de 15 orejas y el citado rabo, sumando dos salidas a hombros por la Puerta Grande.

fueron una victoria del esencialismo —capitalizada estupendamente por Alfonso Navalón que salió endiosado del trance— ante los abusos del entramado taurino y sirvieron para reforzar y consolidar sus demandas principalmente en la plaza de toros de Las Ventas pero también a nivel nacional. El «rabo» de Palomo Linares marcaba un nuevo punto de inflexión, la evidencia de que la Fiesta estaba en proceso de cambio y ya de manera imparable. A partir de Pangua iba a ser muy difícil que alguien sacara los pies del tiesto de manera tan descarada.

## **6.2. Segunda etapa: intermedia o de incertidumbre (1976-1989). La «Transición» taurina**

La Corriente Crítica Esencialista había comenzado la década de los años setenta con gran fuerza. Los años transcurridos entre 1965 y 1972 marcan una trayectoria de radicalidad seguramente nunca antes conocida. Sin embargo, a partir de 1973 se produce una notable transformación que invitará a un periodo de incertidumbre, al ser la primera temporada en que Vicente Zabala ejercerá como crítico titular de *ABC* —Zabala se habrá incorporado como cronista taurino al diario en noviembre de 1972— y al comprobarse que abandona progresivamente el radicalismo mostrado hasta ese momento tanto en *El Alcázar* como en *Nuevo Diario*. Por su parte, el inestable Alfonso Navalón seguirá mandando en el esencialismo desde las páginas de *Pueblo*, al que se había incorporado en 1972, hasta el año 1982, año en el que acepta la oferta de formar parte de *Diario 16*. En cualquier caso, esta nueva etapa del esencialismo en prensa está marcada por la aparición del diario *El País*, que incorporará como crítico taurino a Joaquín Vidal Vizcarro, el que a la postre será el cronista más importante de la corriente.

Durante la Transición, España estará sumergida en una impresionante y vertiginosa marea de cambios que afectará a todos los ámbitos políticos, sociales y culturales. La progresiva e imparable desaparición de normativas y costumbres adquiridas durante el periodo franquista supondrá la conquista por parte de la sociedad de nuevos modelos de funcionamiento y desarrollo, algo a lo que no serán ajenos ni los medios de comunicación ni la fiesta de los toros.

La muerte del general Franco en noviembre de 1975 marca el fin de una época en todos los sentidos. La llegada de la democracia no trae sino una infinita cantidad de incertidumbres, cernidas peligrosamente sobre el conjunto de estructuras del Estado.

Supone el inicio del llamado periodo de transición política hacia la democracia que alcanzará el año 1982, año en el que el PSOE, Partido Socialista Obrero Español, obtiene el triunfo en las elecciones parlamentarias. Es el punto de inflexión de un clico político que había dado comienzo con las primeras elecciones democráticas celebradas el 15 de junio de 1976. La victoria del PSOE supone la creación, por primera vez desde 1939, de un gobierno sin figuras políticas relacionadas con el antiguo régimen.

De manera semejante, en la fiesta de los toros se vivirán momentos de gran incertidumbre, produciéndose también una «transición» paralela, con punto de partida en Madrid, que será determinante para el desarrollo futuro del espectáculo. La llegada del empresario vasco Manuel Martínez Flamarique, *Manolo Chopera*, a la gestión de la plaza de toros de Las Ventas del Espíritu Santo supondrá un antes y un después en la historia reciente de la Tauromaquia, y la celebración de la llamada «corrida del siglo», en junio de 1982, puede significarse como el final de esa transición taurina, paralela a la política.

### **6.2.1. Prensa del régimen y prensa en libertad: entre *El Alcázar* y *El País***

El periodo pre democrático supone el inicio de la entrada de aire de libertad en la información así como la aparición de nuevos medios de comunicación, siendo la prensa escrita uno de los ámbitos informativos en los que se experimenten mayores transformaciones. La extinción del Régimen y la lenta y progresiva llegada de la democracia supondrán una de las más importantes revoluciones acontecidas en España, en un ciclo que, con infinitos obstáculos y avatares, alcanzará y se cerrará definitivamente en los años ochenta<sup>956</sup>, años en los que ya no queden apenas restos de las trabas administrativas y legales que dirigieron la información durante la dictadura.

Pero si algo marca este proceso de cambio político y social que se produce en España es, sin duda, la incertidumbre que rodea cada uno de los estamentos sociales y entre ellos el periodístico. La transformación que supone la liquidación de la llamada Prensa del Movimiento desbarata en gran parte el entramado informativo existente hasta

---

<sup>956</sup> Como dato relevante, cabe señalar que en el año 1981 el periodista Xabier Vinader, colaborador de la revista *Interviú*, fue condenado a varios años de cárcel por un artículo publicado en dicho semanario en el que retrataba a varios grupos de ultra derecha que todavía actuaban con total libertad por la geografía española. FERNÁNDEZ SEBASTIAN, J. y FUENTES ARAGONESES, J. F. *Historia del Periodismo Español. Op. Cit.*, p. 328.



ese momento. Muchas de las cabeceras relevantes del periodo dictatorial desaparecen y otras ponen en marcha procesos de readaptación a los nuevos tiempos.

Desde el final de la Guerra Civil, el régimen franquista había creado, bajo el nombre de Prensa del Movimiento y dentro del organismo director Movimiento Nacional —organismo que aglutinaba desde el Sindicato Vertical hasta el partido único que pretendía ser la Falange Española, pasando por cada uno de los cargos públicos, la llamada Sección Femenina y un largo etcétera de entidades de todo tipo cuyo principal objetivo era salvaguardar la estructura ideológica del régimen—, un importante entramado de medios de comunicación afectos, que aglutinaba tanto emisoras de radio como medios de comunicación impresos.

Con la pérdida del soporte económico y estructural, una buena parte de esos medios de comunicación desaparecerán, otros, en cambio, los que tenían tiradas todavía importantes en los últimos años del franquismo, buscarán un cauce adecuado de adaptación que les sitúe en el nuevo periodo. Sin embargo, el proceso será duro y complicado para todos, incluso para aquellos nuevos periódicos que surgen con los recién llegados aires democráticos y que son bandera de libertad.

Subsidiados por el Régimen, que mantenía diarios con tiradas realmente bajas o exiguas —como ejemplo significativo, el diario *Arriba España*, de Pamplona, en 1976 tenía una tirada en los kioscos de 1.236 ejemplares diarios<sup>957</sup>—, inviábiles a todas luces, a la muerte del dictador en el año 1975 se contabilizaban cuarenta y cinco diarios dentro del grupo. En el año 1976 se pondrá en marcha el llamado Plan de Reajuste de la Prensa del Movimiento, con el objeto de poner en orden todos los medios de comunicación dependientes del Régimen así como de buscar una viabilidad económica para aquellos que pudieran tener proyección en el nuevo periodo.

Algunos diarios, como *Pueblo*, uno de los buques insignia del Movimiento, o *El Alcázar*, modesto diario que a partir del año 1975 se convertirá en la voz de la extrema derecha española a pesar de que en la década de los años sesenta estuvo alineado con las voces más aperturistas, no terminarán de encajar en el panorama sociopolítico y apenas superarán los primeros años de la década de los ochenta. Otros, como *Nuevo Diario*, desaparecido en 1977, o *Arriba*, también buque insignia, que lo hará en 1979, apenas resistirán en el nuevo escenario y antes de que concluya la década de los setenta habrán

---

<sup>957</sup> *Ibidem*, p. 326.

cerrado sus redacciones, y con ellos muchos más que no encontraron el cauce —ni público— adecuado para sobrevivir. En una curiosa pirueta de auténtica ingeniería gremial, decenas de periodistas y profesionales de la información pasarán de unos medios a otros adaptando su trabajo y acoplándose a los nuevos tiempos democráticos<sup>958</sup>; la necesidad de recuperar el pulso de la cotidianidad dejará a la ideología en un segundo plano.

El plan de reajuste puesto en marcha por el nuevo gobierno pretendía sanear deficiencias —tanto ideológicas como económicas— y sobre todo las grandes pérdidas que ya se acumulaban dentro del grupo, que a la muerte del dictador suponían un montante de 841 millones de pesetas<sup>959</sup>, convirtiéndose en un obstáculo, pese a los esfuerzos, imposible de superar. Cantidad que, además, se iba incrementando progresivamente, y en abril de 1977, con el primer gobierno democrático de Adolfo Suárez, ya alcanzaban los 1.364 millones de pesetas.

El primer paso relevante para la solución del problema fue la supresión, vía decreto ley, del, hasta entonces, órgano supremo Movimiento Nacional, y la creación del Organismo Autónomo Medios de Comunicación Social del Estado que con tal nombre alcanzará hasta el año 1984. Sin embargo, pese a los intentos de ordenación y reestructuración, no habrá posibilidad de subsistencia para una buena parte de esos medios, iniciándose un periodo de declive que conducirá a la desaparición de casi todos. Así, en ese año 1984 se producirá la disolución, vía subasta pública, de los 22 diarios<sup>960</sup> que todavía quedaban en esa fecha.

Por otro lado, algunos diarios anteriores a la guerra civil, no adscritos inicialmente al Movimiento, como *ABC*, *La Vanguardia*, *Informaciones*, *Ya*, *Hoja del Lunes*, *El Correo Español*, *El Diario Vasco*, etc., se mantuvieron en funcionamiento durante todo el periodo franquista y conseguirán, no sin pocos esfuerzos, mantener sus ediciones, superando los difíciles años de la Transición, incluso saliendo, en algunos casos, reforzados. Por otro lado, esa progresiva implantación de las estructuras sociales democráticas favorecerá el surgimiento y desarrollo de infinidad de nuevos medios de comunicación. A partir del año 1975 se multiplicará la aparición de periódicos, en su

---

<sup>958</sup> BARRERA DEL BARRIO, C. *Sin mordaza. Op. Cit.*, p. 42.

<sup>959</sup> *Ibidem*, p. 30.

<sup>960</sup> Entre los casos más significativos de este proceso, cabe destacar el del diario *Sur Oeste*, de Sevilla, que llegará a esa subasta de 1984 habiendo tenido en 1983 una tirada media diaria de 681 ejemplares. *Ibidem*, p. 55.

mayor parte de carácter regional, llegándose en el año 1979 a la cifra de 85 diarios de carácter no estatal.

En este contexto, verán la luz en 1976 dos de los periódicos más importantes del periodo y de la vida española del último cuarto de siglo XX: el 4 de mayo saldrá a los kioscos por primera vez *El País*, y el 18 de octubre lo hará *Diario 16*. Ambos estarán sujetos todavía a la Ley Fraga, pero sin duda lejos de la mordaza de la década anterior. Con *El País* se abre la segunda etapa de la Corriente Crítica Esencialista, ya que incorpora a su nómina de escritores la firma de Joaquín Vidal Vizcarro, a la larga el cronista más importante de la corriente. Por su parte, *Diario 16* lo intenta con Alfonso Navalón, que se incorpora al diario en 1983, operación que fracasará estrepitosamente apenas un año después con la abrupta salida del cronista del medio dentro de una agria polémica que significará, además, el fin definitivo del reinado del escritor salmantino.

En cualquier caso, esa segunda mitad de los años setenta estará marcada por un hecho singular como fue la coincidencia en los kioscos de la nueva prensa, nacida en ese aire de libertad que se empezaba a respirar, y los vestigios informativos del ya antiguo régimen. Durante varios años compartirán escaparate —claro reflejo de la insólita situación social y política que vive España— un diario progresista y vocacionalmente democrático como *El País*, con un crecimiento imparable en sus tiradas desde el mismo día de su nacimiento, y «la voz de los nostálgicos del franquismo»<sup>961</sup>, como lo fue en ese periodo *El Alcázar*, que mantendrá el tirón hasta 1988, año en el que desaparecerá de los kioscos ahogado en deudas.

El diario del grupo PRISA avanzará con paso firme hacia el liderato—en 1983 alcanzará los 300.000 ejemplares diarios<sup>962</sup>—, particularmente a partir de la victoria del PSOE en las elecciones de 1982<sup>963</sup>; *El Alcázar*, por su parte, se irá extinguiendo progresivamente, y no por falta de apoyo en el número de lectores —en 1982 alcanzaba la nada despreciable cifra de 90.000 ejemplares diarios<sup>964</sup>—, sino por la cerrazón institucional al dejarlo fuera de toda posibilidad de inyección pública de capital, vía

---

<sup>961</sup> *Ibidem*, p. 99.

<sup>962</sup> FUENTES ARAGONESES, J. F., y FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J. *Historia del Periodismo español. Op. Cit.*, p. 329.

<sup>963</sup> BARRERA DEL BARRIO, C. *Sin mordaza. Op. Cit.*, p. 99.

<sup>964</sup> *Ibidem*, p. 99.

publicidad, que pudiera mantener con vida la edición, algo que se convirtió en salvavidas para un gran número de diarios en los complejos años setenta y ochenta<sup>965</sup>.

Cabe señalar, no obstante, que las grandes expectativas surgidas a partir de la llegada de los nuevos tiempos democráticos no se cumplirán para buena parte de los medios impresos, muchos de ellos particularmente combativos en los estertores del franquismo. Ejemplos significativos en este sentido son el diario *Informaciones* y los semanarios *Cuadernos para el Diálogo* y *Triunfo*. El diario *Informaciones*, que durante la dictadura dio cabida a opiniones disidentes con el Régimen, llegará al año 1976 con una tirada de 75.000 ejemplares, sumiéndose en una lenta agonía que le permitirá sobrevivir hasta 1980. Sus intentos de refluotación en los años 1982 y 1983 no darán fruto, desapareciendo definitivamente en el año 1983. Por su parte, los citados semanarios no correrán mejor suerte, y pese a su reconocido papel progresista en la década de los sesenta, no encontrarán un espacio concreto entre los lectores a partir de la muerte del general Franco. Así, estas publicaciones tan combativas en el tardo franquismo, «los precursores y artífices del propio cambio histórico acabarían engullidos por el propio cambio»<sup>966</sup>, como bien señalan Juan Francisco Fuentes Aragonés y Javier Fernández Sebastián. *Cuadernos para el Diálogo* no superará el año 1978 y *Triunfo* verá cerrada su edición pocos días antes de la victoria del PSOE en las elecciones generales de 1982.

### 6.2.2. Joaquín Vidal Vizcarro

El martes 4 de mayo de 1976, después de muchos avatares, ve la luz el primer número del gran periódico de la Transición, *El País*, fundado por el editor José Ortega Spottorno. Lejos quedaba enero del año 1972, en que había sido creada la empresa Promotora de Informaciones, S.A. (PRISA), pero que tardará todavía tres años en poder figurar como empresa inscrita en el Registro de Empresas Periodísticas<sup>967</sup> —paso previo necesario para la creación de un diario— por los innumerables problemas administrativos y burocráticos promovidos desde el régimen. Llamado a ser un periódico plural y aperturista, en poco tiempo se convierte en el referente de la información española y, con el paso de los años, en el líder indiscutible de la prensa

---

<sup>965</sup> En el año 1994, el Tribunal Supremo condenó al Estado a pagar más de 2.500 millones de pesetas a la empresa editora de *El Alcázar*, sentenciando la discriminación publicitaria a la que había sido sometida entre 1982 y 1986. *Ibidem*, p. 103.

<sup>966</sup> FUENTES ARAGONÉS, J. F., y FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J. *Op. Cit.*, p. 325.

<sup>967</sup> *Ibidem*, p. 318.

escrita. Ese mismo día 4 de mayo, entre sus páginas aparece publicada la primera crónica de Joaquín Vidal bajo el título «Sánchez Puerto, todo un torero» referida a la novillada que se había celebrado el domingo día 2 en la plaza de Las Ventas de Madrid. Comenzaba así su prolongada carrera en el diario el crítico más importante de la Corriente Crítica Esencialista.

Joaquín Vidal Vizcarro había nacido en Santander en septiembre del año 1935 y su fallecimiento se produjo en Madrid en abril del año 2002. Antes de llegar a *El País*, Vidal había cursado estudios de Derecho y Periodismo y durante varios años trabajó en el Instituto Social de la Marina. Una vez inmerso en el mundo de la información, colaboró ocasionalmente en la radio y televisión españolas, pasando en diferentes momentos por la Cadena SER, Radio Nacional de España, incluso colaborando como guionista en TVE.

Su paso por la prensa escrita como crítico taurino comienza en 1963, año en el que realiza crónicas para el bilbaíno diario *Hierro*. A partir de ahí se suceden las colaboraciones en diferentes medios. Entre 1967 y 1970 escribirá habitualmente en la revista semanal *Gaceta Ilustrada*, publicación perteneciente a la familia Godó, propietarios asimismo del diario barcelonés *La Vanguardia*. En el año 1969 se localiza alguna colaboración con su firma en *Nuevo Diario*, como la crónica publicada en abril con motivo de la celebración del Domingo de Ramos en la ciudad de Toledo. En este caso un Joaquín Vidal sobrio, sin un ápice de esa ironía que tanto prodigará posteriormente, ya nos deja ver su posición ante el arte de torear al analizar la actuación de Ángel Teruel:

#### **TORERA TARDE DE ÁNGEL TERUEL**

[...] La tarde fue, sin duda, de Ángel Teruel. Teruel toreó, y toreó a gusto. Él debe saber, como sabemos todos, que torear no es dar pases. Y así lo hizo. A cada toro, su faena y en su terreno. En cada momento, el lance adecuado. Según lo precise el toro. Sus series de derechazos tuvieron hondura, y gracia de la buena, sus molinetes, cambios de mano, trincherazos y hasta los pases de pecho de rodillas. Con la izquierda, en cambio, bajó de calidad su labor. Teruel parecía empeñado en prolongar el mulletazo, pero ese mulletazo no llevaba mando ni tenía arte. Pecaron de largas sus faenas, y esto le obligó a un macheteo al final de las mismas para fijar al astado, que ya andaba descompuesto y sin fijeza. Mató mal a su primer toro —una corta, caída y atravesada, estocada y descabello— y

en su segundo necesitó de un pinchazo, estocada y dos descabellos, pero en ambos le concedieron oreja. [...] <sup>968</sup>

Conocido es también su paso por la satírica *La Codorniz* —revista que había nacido en el año 1941 y cuya publicación alcanzó el año 1978— entre 1971 y 1976, donde se hará célebre su sección bajo el título de «Las vacas enviudan a las cinco». Vidal accedió a la crítica taurina de *La Codorniz* a la muerte de Fernando Perdiguero Camps, redactor jefe de la publicación. Acorde al tono de la revista, Vidal deja ver en cada crónica, ahora sí, su lado más sarcástico, un estilo que mantendrá hasta el final de su carrera. Como ejemplo, la crónica sobre un festejo celebrado en la plaza de toros de Aranjuez el viernes 28 de abril de 1972, en el que el cronista hace la crítica sobre lo meramente taurino para después olvidarse de ello y hacer un relato irónico sobre un acto de tipo menor surgido durante la lidia, como es el hecho que uno de los toreros participantes en el festejo lance un beso desde el ruedo a la concurrencia:

#### ¡¡BESOS, NO!!

Me dijeron: “¡Tú, a Aranjuez!”. Y me fui a Aranjuez. Lo cuento ahora, porque para eso fui. No era yo el único. Parecía que medio Madrid se había ido también a Aranjuez, porque las calles estaban repletas de gente y la plaza de toros abarrotada. Y eso que televisaban la corrida.

Claro que, quien más y quien menos iba con invitación. Y esto hay pocos españoles que lo resistan: ira a los toros, ¡y de gorra!

Para decir verdad, aquello no fue una corrida de toros, sino una novillada, y de las pachuchas. Cómo serían los supuestos toros, que entre todos sólo soportaron siete varas (ya se sabe que las reglamentarias suman dieciocho). Cuando recibía la varita el toro, el torero pedía el cambio de tercio. Y el presidente, como quien acata una orden, le complacía. Y el público, tan festivo y alborozado. No será menester que aclare que los llamados toros eran de Calos Núñez, respetable ganadero cuya producción no tiene ningún respeto.

Para jugar con estos toros estaban Paco Camino, Palomo (el del “Palomar”) y Gabriel de la Casa. Ocho orejas y un rabo cortaron entre todos. Tan prodigioso balance pudiera dar a entender que su actuación alcanzó cimas de gloria, pero la realidad las sitúa sensiblemente más bajas. Cosas de calidad, lo que se dice de calidad, tengo apuntadas un natural de Paco Camino —he dicho uno—, unos ayudados por bajo de Gabriel de la Casa, en verdad excelentes, y un par de banderillas de Corbelle, que no cortó orejas porque es subalterno. Y nada más, pues el resto de mis apuntes se refieren a un Camino perfilero; a un Palomo toreando sin ligazón, con retorcimiento, y a estas alturas agarrándose a los toros para hacer la noria; a un Gabriel de la Casa con poco reposo y

---

<sup>968</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Torera tarde de Ángel Teruel». *Nuevo Diario*, Madrid, 1 de abril de 1969, p. 14.

no mayor arte; y a todos ello haciendo norma del toreo con el pico de la muleta.

Y el caso es que yo no diría nada —uno ya se acostumbra— si no hubiera tenido que soportar un beso de Palomo Linares. Ocurrió que en plena apoteosis de aún no sé qué (pero apoteosis era) arrojó la muleta a la arena, se descaró con el novillo —que de descarado no tenía nada—, le bendijo, o cosa así, y ofrendó un ósculo a la concurrencia. ¡Y luego se fue contoneándose jacarandoso, el tío!

Eso ya no. Mal está verse obligado a pasar por los toros desmedrados y la vulgaridad de sus matadores. Pero encima, y como colofón, tener que recibir un beso de un señor, por muy simbólico que ese beso sea, colma todo lo humanamente soportable. Acaso el beso no fuera sino para las mujeres (las había reguapas), y aun así sería un atrevimiento, pues algunas eran púdicas, y muchas casadas y muy casadas. E incluso en tal caso debiera haberse advertido. Los señores Lozano, mentores del amoroso, que son inteligentes según han demostrado, no fueron aquí previsores. Pudieron redactar una nota de urgencia, para que fuera leída por los altavoces, aclarando que el beso era para las gentiles señoritas sin compromiso y que a su vez fueran consentidoras, debiendo abstenerse los caballeros de poner la mejilla. Si no se hizo así porque no había altavoces, tampoco es excusa, porque había pancartas. Y sobre aquellos lienzos, en lugar de los manidos “slogans” de adhesión, podrían haberse escritos frases de parecido corte: “Palomo besuquea castamente a las ricas hembras presentes y virginales doncellas si las hubiere (no se incluyen bachilleras y cacorros)”. Esto habría sido lo correcto, suscitando réplicas emotivas en otras pancartas surgidas por doquier, que dirían: “Las palomas de esta plaza se dejan hociocar por Palomo”. Triunfal y bien traído, ¿no?

Cualquier cosa antes que el beso indiscriminado, lanzado desde el albero, y con un cornudillo como testigo. ¡Pornográfico, vamos!<sup>969</sup>

En *La Codorniz*, además de toros, Vidal en ocasiones escribirá de deportes, política y de televisión, utilizando en algunos momentos pseudónimos como *Chimo Vid* o *Vidalovich*<sup>970</sup>. Uno de los artículos de su último año en la revista, poco antes de acceder a *El País*, nos muestra esa otra faceta del escritor. Se intuye en Vidal ese tono de esperanza y de preocupación, tan latente en los españoles de ese año 1976, deseosos de la estabilización definitiva de la situación política:

[...] No dudo que el Gobierno del Rey tiene un montón de papeletas de difícil solución y hay que darle un margen de confianza. Pero los plazos deben ser cortos. Si el Estado tiene la exclusiva de la violencia, también la tiene en cuanto a responsabilidad, y la responsabilidad, a tamaños niveles, es hoy darse prisita e ir haciendo saltar cuanto de alguna forma detenga el

<sup>969</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «¡¡Besos, no!!». En *La Codorniz*, «Las vacas enviudan a las cinco». Consultado en *La Codorniz, Antología* (1941-1978). Madrid, Edaf, 1998, p. s/n.

<sup>970</sup> Véase *Ibidem*, p. 253.

desarrollo político, social y económico. A ver si de una puñetera vez podemos vivir con normalidad en un país normal, habitado y gobernado por personas normales. [...] <sup>971</sup>

Su paso por *Pueblo*, en 1972, al lado del endiosado Alfonso Navalón, refuerza su ideal iconoclasta como su defensa de la integridad de la Fiesta. En esa temporada escribirá una sección paralela a las crónicas de Navalón bajo el título «Con el Reglamento en la mano», que servirá para denunciar los continuos incumplimientos del Reglamento taurino que se cometen cada tarde de toros. La posterior etapa de *Informaciones*, que abarca entre los años 1973 a 1975 será un periodo de transición, y en ella Vidal, como ocurría en *La Codorniz*, además de información taurina, escribirá también de otras materias en las que tenía grandes conocimientos, como Ciencia o Economía.

Con Joaquín Vidal la Corriente Crítica Esencialista recibirá un impulso definitivo y, posiblemente, también inesperado. En este sentido, es conocido el predicamento entre los aficionados que desde sus tribunas tenían en aquel momento tanto Vicente Zabala en *ABC* como Alfonso Navalón en *Pueblo*, grandes diarios del momento con importantes tiradas en los que sus informaciones y opiniones taurinas raramente transcendían de los propios sectores de aficionados; sin embargo, una vez pasado el tiempo de adaptación —el Joaquín Vidal de los primeros años en *El País* está más encorsetado, sin la frescura ni la fluidez que adquirirá en la década de los ochenta—, Joaquín Vidal superará con creces a sus compañeros de profesión y, desde el nuevo púlpito, sus textos serán admirados tanto por conspicuos aficionados como por lectores ajenos del todo al mundo de los toros.

A ese gran alcance contribuirá, sin duda, la progresiva difusión del propio diario *El País*; pero es evidente que el discurso de Vidal adquirirá matices literarios tan sugerentes que se creará ante sus crónicas un público paralelo al de los toros; es decir, un público aficionado a Joaquín Vidal. Su gran mérito en ese sentido será hacer de las crónicas de toros un texto atractivo para todos a partir de la combinación de una prosa divertida, irónica y en ocasiones sarcástica, con la denuncia constante de los atropellos que asolan la Fiesta. De una forma u otra, con el paso de los años Joaquín Vidal se convertirá en el referente de la afición esencialista madrileña y de buena parte del resto

---

<sup>971</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Busco iglesia». En *La Codorniz*. Consultado en *La Codorniz, Antología (1941-1978)*, *Op. Cit.*, p. s/n.



de España y, sobre todo, se convertirá en el estandarte de la Corriente Crítica Esencialista.

Como en cualquiera de las disciplinas artísticas, los referentes críticos de los aficionados también evolucionan, y el prestigio y la importancia de la opinión taurina pasará en poco tiempo del incendiario Navalón o del sobrio Zabala al más sugerente y divertido Vidal. Hablarán de las mismas cosas y de la misma Fiesta; pero la crítica de Navalón se enquistará en un vehemente acoso y derribo, que en sus últimos tiempos alcanzará grandes dosis de incoherencia y le conducirá a un progresivo desprestigio entre una buena parte de los aficionados que años atrás comulgaban a pies juntillas con su discurso. La crónica de Zabala, por su parte, acomodado ya en *ABC*, seguirá imparables su proceso de suavización hasta resultar casi desconocida si se compara con la mordacidad mostrada en sus años de *El Alcázar* o *Nuevo Diario*. Sin embargo, el discurso de Joaquín Vidal mantendrá la fresca narrativa hasta su muerte en el año 2002.

Y si gran mérito debe atribuírsele a Manolo Chopera en la recuperación del espectáculo a partir del paradigma de Madrid de los años ochenta, también hay quien atribuye parte de la empresa tanto al diario *El País* como a su cronista taurino de cabecera, Joaquín Vidal. En este sentido se manifiesta el profesor Alejandro Pizarroso, al señalar la influencia en el público que puede llegar a alcanzar un medio de comunicación, en este caso el citado diario *El País*, en la interpretación de un espectáculo como los toros y cómo, incluso, puede llegar a «fabricar» un determinado modelo de fiesta que sea abrazado de manera, si no generalizada, muy relevante:

[...] Un ejemplo claro de la influencia de los medios en el público de toros aparece a partir de 1980. Antes, en los setenta, y una vez desaparecido el *boom* de El Cordobés, las plazas están medio vacías a pesar de que hay una generación de toreros inmensa con nombres como los de José María Manzanares o El Niño de la Capea. Pero en los ochenta, coincidiendo con las reapariciones de Manolo Vázquez y Antonio Chenel *Antoñete* las plazas empiezan a llenarse, al menos en las ferias, sobre todo en Madrid. El público que empieza a llegar a Las Ventas está formado por gente joven, entre 25 y 35 años, que son lectores del nuevo periódico *El País*, donde escribe Joaquín Vidal, un señor respetabilísimo por otra parte, pero con el no coincido en la mayoría de las ocasiones. Vidal, impulsado por una tradición purista y rígida que siempre ha existido en la plaza de toros de Madrid, y que en aquella época se localizaba en la andanada del 8, fabrica en connivencia con este

sector, un modelo de Fiesta que es la que hoy se explota en muchos sitios.  
[...]<sup>972</sup>

Yendo incluso más lejos, sobre la relevancia del escritor cántabro, Pizarroso afirma con rotundidad que si el diario *El País* en el momento de la elección de su cronista taurino de cabecera opta por otra figura y no por el nombre de Joaquín Vidal, la Fiesta y su evolución habría sido otra. «Es decir, si en vez de Joaquín Vidal, *El País* contrata a Barquerito<sup>973</sup> la Fiesta es hoy otra distinta»<sup>974</sup>.

Joaquín Vidal se convertirá en poco tiempo en el enemigo a batir por parte de los distintos sectores organizativos del entramado taurino así como por la prensa más próxima a ese mundo. Será contestado y presionado hasta la saciedad y se pedirá continuamente su cabeza a la dirección del propio diario *El País*. Su visión esencial de la Fiesta junto a la progresiva y gran influencia en la opinión pública nacional del diario irritará sobremanera a ese mundo que, gracias a los textos del cronista, será cuestionado fuera del ámbito propiamente taurino.

Para tener una idea aproximada de lo que pensaba Joaquín Vidal sobre la fiesta de los toros de la época que le tocó vivir, baste como resumen leer el texto de una crónica publicada durante la feria de Bilbao de 1990. Un compendio de todas las denuncias a las que se hace acreedor el espectáculo, convertido en algo fraudulento, alejado del patrón de autenticidad que sería deseable. La invalidez de los toros y la sospecha sobre su causa, la falta de autoridad, el despropósito de la suerte de varas, el degenerado e insustancial toreo, los atropellos al público, el abuso del establishment taurino, etc., llevan a la rotundidad de la afirmación del cronista, «Esto es un fraude»:

### **Esto es un fraude**

El espectáculo vulgar, especioso, carnicero y siniestro en que los taurinos han convertido la fiesta es un fraude. Un ejemplo entre tantos, la corrida de ayer en Bilbao, que fue vulgar, especiosa, carnicera y siniestra. Los toros se caían, los toreros pegaban mantazos, las entradas estaban a millón y daba auténtica vergüenza estar allí. La invalidez de los toros es un turbio asunto que alguien con autoridad deberá resolver alguna vez en

---

<sup>972</sup> PIZARROSO QUINTERO, A. «Los periodistas taurinos: el cuarto protagonista de la fiesta». En BERNAL RODRÍGUEZ, M. y ESPEJO CALA, C. (Editores). *Actas del II Seminario sobre Periodismo Taurino. Op. Cit.*, p. 126.

<sup>973</sup> «Barquerito» es el apodo del cronista taurino leonés Ignacio Álvarez Vara, que ha escrito de toros en el desaparecido *Diario 16*, en la revista de temática taurina *Aplausos*, entre otros, y en la actualidad ejerce las labores de crítico taurino para el grupo Vocento.

<sup>974</sup> PIZARROSO QUINTERO, A. «Los periodistas taurinos: el cuarto protagonista de la fiesta». En BERNAL RODRÍGUEZ, M. y ESPEJO CALA, C. (Editores). *Actas del II Seminario sobre Periodismo Taurino. Op. Cit.*, p. 127.

la vida, pues esta fiesta no se puede sostener indefinidamente sobre semejante despropósito. Aficionados de Madrid aseguran que un tío provisto de garrota lo arreglaba en una sola tarde de vigilancia en los corrales, y puede ser que la solución sea esa. Hay razones para sospechar que la causa principal de la caída de los toros está, precisamente, en los corrales. No puede ser que toros de distintos encastes y procederes, habituados a vivir en parajes climatológicos diversos, de tipos dispares, bravos o mansos, se aúnen todos en la invalidez más absoluta.

Toros que se caen no son de lidia porque nada tienen que lidiar, y si encima les echan encima un caballazo acorazado con un sujeto tocado de castoreño cabalgándolo, armado de puya que parece un misil, eso es una carnicería, y el espectáculo resultante un suceso siniestro intolerable.

Pero el fraude no está sólo en la invalidez de los toros. El fraude está en el propio toreo inventado para estos casos, que en nada se parece al arte de torear. El fraude está en mantener de figuras a verdaderos especialistas del mantazo, mientras varias docenas de toreros auténticos andan por ahí lampando, jugándose a la sola carta de una tarde cualquiera con el ganado de peor ley que por esas dehesas de Dios paste, la oportunidad de ganarse un mal contrato. Tal como toreaban ayer (y cada tarde) las llamadas figuras del toreo, hace unos 30 añitos o acaso menos no hubieran llegado ni a debutar con caballos.

[...] Cuando el toro y la corrida son un fraude, lo más sensato es largarse, cerrar la puerta, tirar la llave a la ría y no volver por allí nunca más.<sup>975</sup>

Teniendo en cuenta que esa forma de interpretar el espectáculo es expuesta de manera reiterada cada temporada por el cronista, las simpatías entre el conjunto del entramado taurino eran escasas. Dentro de ese entramado taurino, desde su aparición en el año 1991 hasta la muerte del cronista, el director en aquellos años de la revista de información taurina *6TOROS6*, José Carlos Arévalo Díaz de Quijano, mantendrá una incesante cruzada contra Vidal y contra el propio diario en el que escribía. Será el arquetipo más claro de la división de perspectivas en la Fiesta de la parte final del siglo XX. Un, en ocasiones, encolerizado Arévalo clamará contra Vidal y contra el conjunto de críticos y aficionados que defienden el espectáculo de las posiciones más esenciales.

Uno de los innumerables textos que fueron publicados por el director de la revista en los doce años de coincidencia se puede ver en este fragmento del editorial publicado en el número de abril de 1993, en el que acusa directamente a Vidal de deshonesto y de mentir, y a *El País* de ignorancia ante la realidad de la Fiesta. Arévalo escribirá:

---

<sup>975</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Esto es un fraude». *El País*, Madrid, 22 de agosto de 1990, p. 21.

[...] Yo creo que Vidal pertenece al grupo de los críticos independientes, deshonestos y sin mucho conocimiento. A veces pensé, por sus extemporáneas inquisiciones, desprovistas de cualquier filiación racional, que era un lunático sin mala fe. Pero como persisto en el calvario de leerle he descubierto con facilidad sus perversiones narrativas y sus trampas informativas. Vidal pervierte narrativamente sus crónicas porque al dramatismo de los hechos une un lenguaje supuestamente literario, vocacionalmente popular, retóricamente zumbón, sobre todo cuando los hechos no le gustan, o están protagonizados por toreros y toros que no traga. [...]

¿Miente Vidal? Sí, miente quien hace trampa. Y las trampas de Vidal, impunes porque en su periódico no debe haber nadie que sepa de esto, son evidentes de puro burdas.<sup>976</sup>

El martes 8 de abril de 1997 el modesto torero Jesús Franco Cardeño resulta cogido en la plaza de toros de la Maestranza por un toro de la ganadería de Tomás Prieto de la Cal que le desfigura el rostro. Las terribles imágenes, repetidas hasta la saciedad por las distintas cadenas de televisión, y el consiguiente morbo creado entre la opinión pública, sirven a Arévalo para cargar tintas una vez más contra el esencialismo en la figura de Joaquín Vidal, máximo representante. Para el director, este terrible drama no viene sino a demostrar la verdad de la Fiesta, esa Fiesta que tanto desprestigian los escritores que, como Vidal, la consideran cuando menos algo irrelevante e intrascendente:

[...] Más les duele, y más daño les hace, las críticas de quienes en principio debieran valorar sus méritos en función del toro que tienen delante y de sus verdaderas cualidades al crear arte en tal alterada situación. A esos supuestos críticos, a esos extraños periodistas que, como Joaquín Vidal, afirmaron antes de que comenzara la temporada que hoy los toros es como jugar al fútbol sin balón, hacen posturas en el aire, pura pantomima, le exijo ahora, desde estas líneas, que vayan a la clínica del doctor Vila en Sevilla, y le pregunten al torero por las posturas en el aire, el fútbol sin balón y la pantomima vacía. [...]<sup>977</sup>

Y sin embargo, Vidal en su crónica de *El País*<sup>978</sup> se hacía eco de la dramática cogida, reconociendo en primer lugar la dura lucha que el modesto torero estaba llevando a cabo para sacar adelante su carrera profesional, y la ilusión que en él había despertado «verse vestido de luces en el templo del toreo después de muchas

---

<sup>976</sup> ARÉVALO DÍAZ DE QUIJANO, J. C. «La crítica: toque de alarma». *6TOROS6*, Madrid, Abenamar, abril de 1993, nº 17, pp. 5 y 6.

<sup>977</sup> ARÉVALO DÍAZ DE QUIJANO, J. C. «Los toros, a primera página». *6TOROS6*, Madrid, Abenamar, abril de 1997, nº 146, p. 3.

<sup>978</sup> El diario *El País* de ese día 9 de abril de 1997 lleva en su portada una dramática fotografía del diestro tendido boca abajo sobre la arena en la que se aprecia las horribles lesiones del rostro.

temporadas de lucha, después de haber buscado en América los contratos que no conseguía en España»<sup>979</sup>. Porque con toda intención obvia Arévalo en su ataque al esencialismo que Vidal y el resto de escritores de la Corriente Crítica Esencialista banalizan la fiesta oficial, la de las grandes figuras acomodadas, la de las grandes ferias, aquella en la que el toro no es toro y el toreo deja de ser arte para convertirse en mueca, mientras que siempre muestran su comprensión y su admiración con la otra cara, la de las corridas duras y el poco dinero sobre la mesa para repartir.

También en ese año 1997 Arévalo tilda de «listos» a Joaquín Vidal y Javier Villán por coincidir ambos en la sospecha sobre la integridad de las astas de las reses de Eduardo Miura lidiadas en Pamplona:

[...] Desde luego no se alegraron dos listos taurinos, Joaquín Vidal y Javier Villán, críticos de “El País” y “El Mundo”, respectivamente, quienes los vieron sospechosos de afeitado. Su perspicacia ocular en principio nos sorprendió. Pero luego comprendimos que ambos tenían razón. Aunque el común de la afición no lo sepa, todo verdadero iniciado en tauromaquia sabe que el secreto de los Miura para permanecer en el candelero a lo largo de un siglo y medio es que siempre se afeitaron sus toros. [...]

Hay días, queridos Joaquín y Javier, que uno mea y no echa gota.<sup>980</sup>

Bien es cierto que los toros de la prestigiosa y legendaria ganadería de Miura no se prestan a este tipo de sospechas, sin embargo, ambos cronistas vieron que las cornamentas no ofrecían la dimensión y forma normales que, tras años y años de presenciar corridas de ese hierro, suelen poseer. Y a pesar de la consideración de «listos» por parte de Arévalo, de ver, según el director de *6TOROS6*, fantasmas donde no los hay, resulta que Paco Apaolaza, el otro miembro de la Corriente Crítica Esencialista, ve también algo raro en los pitones que lucían esa tarde los toros de Miura, y en la ficha del festejo deja escrito que se lidiaron «Cinco toros de Miura, bien presentados salvo de pitones, que salieron astillados y romitos»<sup>981</sup>.

En el número de la revista que inaugura el año 1998 Arévalo califica a Joaquín Vidal de «prototipo de aficionado pesimista»<sup>982</sup> por vaticinar el poco recorrido que le debería quedar a la Fiesta si sigue por esos derroteros, y en marzo encontramos otro

---

<sup>979</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Horrorosa cogida de Franco Cardeño». *El País*, Madrid, 9 de abril de 1997, p. 41.

<sup>980</sup> ARÉVALO DÍAZ DE QUIJANO, J. C. «¿Se afeitan los “miuras”?». *6TOROS6*, Madrid, Abenamar, julio de 1997, n° 160, p. 3.

<sup>981</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Tensión y triunfo». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 14 de julio de 1997, suplemento Diario Vasco Verano, p. 6.

<sup>982</sup> ARÉVALO DÍAZ DE QUIJANO, J. C. «¿Año nuevo o más de lo mismo?». *6TOROS6*, Madrid, Abenamar, enero de 1998, n° 183, p. 3.

ejemplo de este ataque al cronista, al que el director del semanario taurino de nuevo acusa de mentir y de «tergiversar la realidad» a partir de la consideración de anovillados que hace Vidal de los toros de la ganadería del Puerto de San Lorenzo lidiados en la Feria de Fallas de Valencia de ese año. Para Arévalo, la voluntad del cronista no es otra que la de sembrar la confusión —tarea a la que, según se puede interpretar de las palabras del director del semanario, se ha encomendado el cronista de *El País* con la complacencia de la dirección del periódico—, y con ella el desencanto de los públicos:

[...] Yo estaba en Valencia y los vi en vivo. Y lo que vi fueron seis cuatreños —es decir, toros—, con romana más que suficiente, enmorrillados, fuertes de culata, muy armados, francamente astifinos. ¿Son éstos los atributos que definen a un novillo?

Creo, con sinceridad, que Vidal sólo tuvo una pretensión al calificarlos de anovillados: la de seguir sembrando la confusión y el desencanto. Pienso, con sinceridad, que Vidal mintió. ¿Será capaza Vidal, con las imágenes de la transmisión televisiva a la mano, de demostrar la veracidad de su calificativo?

No hacen daño a la fiesta quienes denuncian sus lacras. Sí lo hacen, muy gravemente, quienes tergiversan la realidad y mienten con la más pasmosa impunidad.<sup>983</sup>

El momento crítico de este acoso a la figura de Vidal por parte de José Carlos Arévalo se producirá entre septiembre y octubre de ese mismo año 1998. El día 26 de septiembre de ese año, el torero José Miguel Arroyo, *Joselito*, se habrá encerrado con seis toros en la plaza de toros de la Maestranza de Sevilla durante la celebración de la tradicional feria de San Miguel. La encerrona resulta un fracaso para el diestro, que decide retirarse de los ruedos esa misma tarde<sup>984</sup>, y Joaquín Vidal así deja reflejado el descalabro en la crónica que aparece publicada al día siguiente en *El País*:

#### **Pegó el petardo**

[...] Fracaso Joselito con los seis toros; quiere decirse: que pegó el petardo. Y lo peor no es que fuese incapaz de hacer una sola faena, de dar un solo pase digno, de lucirse en los quites, de bregar con maestría, sino la vulgaridad que demostró a lo largo de toda la corrida. Una vulgaridad aplastante e insoportable. Una vulgaridad que la afición sevillana aguantó primero con paciencia y luego ya ni la aguantó ni nada. Muchos espectadores, para el quinto toro, ya habían abandonado la plaza. Entraba a quites, es cierto, pero no le salían. O le salían al modo que tiene ahora este torero —y muchos— consistente en hacer como quien hace; en dar

---

<sup>983</sup> ARÉVALO DÍAZ DE QUIJANO, J. C. «Una grave tergiversación». *Art. Cit.*, p. 3.

<sup>984</sup> Si bien José Miguel Arroyo, *Joselito*, anunció su retirada al finalizar esa temporada de 1998, volvió a reaparecer en el año 2000 manteniéndose en activo hasta el año 2003, última temporada completa como matador de toros.

aliviado el lance, en rectificar terrenos y disimular después el cúmulo de carencias y defectos de la suerte adoptando aires de solemnidad.

Lo mismo ocurrió con la muleta: toreaba fuera de cacho, con el pico, quitándose presto en cuanto remataba el muletazo. Y, además, rara vez llevaba al toro embebido y dominado pues los pases eran distantes, destemplados, aprovechando los viajes.

Eso, cuando los toros tenían ese temperamento borreguil que se lleva pues si sacaban casta, le desbordaban en todos los frentes. Hubo casos muy significativos: la faena al de Garcigrande, que embestía enterizo, duró 45 segundos; la faena siguiente, un borrego tullido de El Torreón, ocho minutos.

Y no es que se lo pusiera difícil Joselito: él mismo o sus representantes habían elegido los toros, por supuesto a su medida, y bien se vio que tenían un concepto muy precario de esa medida: de poco cuajo todos, varios anovillados, alguno impresentable, con un trapío inconcebible para una plaza de primera, menos aún si esa plaza es la famosa Maestranza de Sevilla. Y dieron juego; lo que son las cosas.

Al primero, un estupendo sobrero de Juan Pedro Domecq, le ensayó tandas de derechazos al modo unipase y otras de naturales destemplados. En el de Joaquín Núñez repitió la sesión, con algunos pasajes que pitó el público, advertido de las excelencias del toro. Al de Garcigrande (ese fue el que duró 45 segundos) le intentó un derechazo —exactamente: uno—, y al verse desbordado y comprometido, tomó raudo la espada. Al inválido de El Torreón le pegó más naturales y derechazos sin templanza ni ajuste, entre costaladas del toro. Sentado en el estribo inició la faena al de Torrealta y el joselitismo militante —una mayoría llegado en el Ave para la ocasión—, le aclamó. Y rompió a tocar la banda. Pero en cuanto Joselito emprendió los derechazos, paró en seco. Y parte del público, ya bastante amostazado de suyo, silbó la espantosa vulgaridad de la faena. El de Zalduendo, una especie de novillejo sin presencia ni aliento, se lo brindó a un paisano al que invitó a salir al ruedo. Joselito hizo el brindis de costado, sin mirarle a la cara, con imperceptible movimiento de labios y soltando las palabras por una comisura. Parecía que le estaba vendiendo una papelina. La faena que siguió duró lo que una desabrida tanda de derechazos y entró a matar. Y vinieron las protestas, que el público había estado conteniendo ante semejante petardo. Y cayeron almohadillas. Y Joselito, del albo y plata vestido, abandonó la plaza con gesto adusto. Y la afición se marchó mohína intentando entender por qué a cualquier aburrido pegapases se empeñan en llamarle maestro.<sup>985</sup>

Para Joaquín Vidal, en este año 1998, Joselito —torero reconocido en los ambientes taurinos y no taurinos, otrora figura indiscutible del toreo— es un torero ya amortizado después de llevar un par de temporadas muy desdibujado, y es bajado de su pedestal de maestro por el cronista, que le sitúa entre el abultado grupo de toreros vulgares. Tres días después de la corrida, el martes 29 de septiembre, la revista dirigida

---

<sup>985</sup> VIDAL VIZCARRO, Joaquín. «Pegó el petardo». *El País*, Madrid, 27 de septiembre de 1998, p. 43.

por José Carlos Arévalo incorpora un artículo bajo su firma sobre lo acontecido en el festejo. Un artículo en el que Arévalo despacha vehementemente contra Joaquín Vidal y contra el tipo de crítica taurina que se viene realizando en las últimas décadas desde el esencialismo, particularmente desde que Navalón se incorporó a la prensa nacional. En el texto, Arévalo clama para que de una vez con todas se acabe con ese «periodismo taurino de baja estofa»:

[...] Joselito es un maestro del toreo, mal que le pese a Joaquín Vidal, energuménico (*sic*) crítico taurino, cuya mala hiel sólo se puede comparar a su pavoroso desconocimiento. La crítica de Vidal a esta desgraciada corrida produce náuseas. Pero el talante general de sus palabras queda definido, delatado, descalificado cuando comenta que Joselito brindó el sexto toro a un paisano (*sic*) al que sacó al ruedo (toda la plaza sabía, él también, sus lectores no, que dicho paisano era Martín Arranz<sup>986</sup>). Nadie supo qué le dijo. Pero tampoco nadie creyó que le estaba vendiendo una papelina de droga (como dice Vidal).

Ha llegado la hora de acabar con ese periodismo taurino de baja estofa que en su día instauró un periodista amarillo, de vomitiva prosa, llamado Navalón y que, por desgracia, hizo escuela.

Ha llegado la hora de exigir respeto para con los toreros, aunque se les censure sin contemplaciones cuando lo merezcan. Con críticas como las aquí comentadas el periodismo taurino se instala en las cloacas.<sup>987</sup>

También en el semanario taurino *Aplausos* aparecerán durante la década de los noventa numerosas críticas al periodista por parte de su director, el valenciano Salvador Pascual Benet, como la publicada en el número 1.023 de mayo de 1997 en la que Pascual<sup>988</sup> considera lo escrito por Vidal sobre un festejo como «inadmisible» además de juzgar que la sección taurina de *El País* «deja mucho que desear». No obstante, Joaquín Vidal nunca entrará al trapo, nunca dará respuesta a tanto descrédito, y conseguirá mantener con el espectáculo la distancia crítica necesaria durante toda su vida profesional. De hecho, el mismo reafirma esa postura no beligerante en su quinto año en *El País*, a raíz de un conflicto surgido sobre una intervención suya en un programa de televisión en el que había sido preguntado por el periodo de Manolete:

[...] En un diario de la tarde, un matador de toros retirado y, a la vez, crítico taurino, me dedica una rociada de insultos y descalificaciones, que no replicaré como se debe porque estas cuestiones o se dilucidan en los tribunales, previa denuncia formal en el Juzgado de Guardia, o se echan a las

---

<sup>986</sup> Enrique Martín Arranz fue apoderado de Joselito mientras éste estuvo en activo. Su relación con el diestro se remonta al año 1979, año en el que Joselito ingresa en la Escuela de Tauromaquia de Madrid, siendo director de la misma el propio Martín Arranz.

<sup>987</sup> ARÉVALO DÍAZ DE QUIJANO, J. C. «Sabor amargo». *6TOROS6*, Madrid, Genet, septiembre de 1998, n° 222, p. 37.

<sup>988</sup> PASCUAL BENET, S. «Inadmisible». *Aplausos*, Valencia, edita Salvador Pascual Benet, 5 de mayo de 1997, n° 1023, p. 19.



espaldas, que uno ya tiene bien anchas después de andar unos cuantos años por la vida y contemplar tanta y tanta estulticia<sup>989</sup>.

En ese sentido, Joaquín Vidal será el modelo perfecto de crítico esencialista, ya que nunca mantendrá relación alguna con el entramado taurino o, al menos, ésta, de existir, nunca trascenderá a la opinión pública.

Para bien o para mal, como reconoce el profesor Alejandro Pizarroso<sup>990</sup>, con el paso del tiempo Joaquín Vidal sentará cátedra en el diario *El País* y será el educador taurino —«oráculo»<sup>991</sup>, le llamará Pizarroso— de miles de aficionados que progresivamente se irán incorporando a la Fiesta en los años del mayor auge jamás conocido del espectáculo<sup>992</sup>. De la importancia que ha tenido la pluma de Vidal dirá su compañero de profesión y amigo Javier Villán:

El pensamiento taurino de Joaquín Vidal fue el estandarte de los aficionados más exigentes y ultramontanos y la bestia negra del taurinismo militante. Las crónicas de Joaquín Vidal arrastraban a toda clase de lectores: a intelectuales taurófobos y a intelectuales taurófilos, por la calidad incontestable de su prosa; a aficionados simples, sin más horizonte que contrastar su juicio con el juicio del cronista, porque hallaban en él su espejo; a aficionados que buscaban, sin presunciones de comparación, la verdad cabal de la corrida y de la Fiesta. Tan plural abanico de lectores veía en él una voz insobornable. [...] <sup>993</sup>

Las crónicas taurinas de Joaquín Vidal, en esa defensa continua de la seriedad del toro, habrán contribuido a la progresiva «madrileñización» que experimentará el espectáculo a partir de los años ochenta. Serán el referente del esencialismo hasta que su firma deje de aparecer en *El País*, y su vacío no encontrará epígono que alcance su popularidad. Alguien que no habrá compartido los criterios ni la postura de Vidal ante el espectáculo, como lo es el anteriormente citado profesor Alejandro Pizarroso, no duda,

---

<sup>989</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «A propósito de Manolete». Madrid, diario *El País*, de viernes 11 de enero de 1980, p. 26

<sup>990</sup> PIZARROSOS QUINTERO, A. «75 años de Las Ventas. Tres cuartos de siglo de periodismo taurino. Revisteros y críticos de la plaza de toros de Las Ventas». En ABELLA MARTÍN, C. (Coord.). *Las Ventas, 75 años de historia*.

*Op. Cit.*, p. 227.

<sup>991</sup> *Ibidem*, p. 231.

<sup>992</sup> A partir de 1980 y hasta el año 2007 se produce un progresivo incremento de espectáculos taurinos que supera todas las marcas anteriormente conocidas. De hecho, hasta ese momento, el periodo de mayor esplendor de la Fiesta en cuanto a número de corridas de toros celebradas se había producido a partir de la mitad de la década de los sesenta y hasta el año 1974, año en el que se celebran un total de 678 festejos mayores. Sin embargo, como se afirmaba, estas marcas quedan pulverizadas, ya que el incremento de corridas de toros, particularmente a partir de 1986, hace que en el año 2007 se alcancen las 1010 corridas celebradas. Datos obtenidos en MEDINA, Juan. «110 años de toros en España: Evolución de la fiesta: la burbuja taurina frente a la burbuja económica y social». Consultado en <http://escalafon.blogspot.com/2010/11/110-anos-de-toros-en-espana-1901-2010.html>

<sup>993</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. *La crítica taurina. Antología*. *Op. Cit.*, p. 377.

sin embargo, en afirmar que «sus crónicas en *El País* durante más de un cuarto de siglo fueron y son un punto de referencia en la historia de la tauromaquia»<sup>994</sup>.

No fue prolífico Joaquín Vidal en la producción literaria. Tan solo se contabilizan en su haber tres libros *San Isidro 75. La feria de la apertura* (Mirasierra 1975), *40 años después de la noche triste. Temporada taurina 1987* (Espasa Calpe 1988), *El toreo es grandeza* (Turner 1987), y la participación en otra obra, *Toro* (Lunwerg 1998).

El primero de ellos, *San Isidro 75. La feria de la apertura*, recoge las críticas de Vidal a la feria de San Isidro de ese año. Es la última temporada en la que el cronista escribe en *Informaciones*, ya que su paso a *El País* es inminente. Su tono en esta época conserva toda la sobriedad de la que hizo gala durante sus primeros años como cronista taurino. La obra tiene la particularidad de un extenso prólogo a cabo de Alfonso Navalón, que aprovecha para dejar todo su repertorio de denuncias, así como la invitación a los aficionados a seguir reivindicando y reclamando los puntales que deben sustentar la autenticidad del espectáculo. Cabe recordar que en esta primera parte de los años setenta, después de las intensas campañas pro regeneración llevadas a cabo por los críticos de la Corriente Crítica Esencialista, la Fiesta de los toros ha empezado a cambiar, y Navalón pretende que ese impulso que se atisba se mantenga firme y no decaiga.

El segundo libro publicado por Joaquín Vidal lleva por título *El toreo es grandeza*, y vio la luz en 1987. Obra entre novela y ensayo en que el autor explica las dos visiones y los dos caminos por los que circula el espectáculo. Desde el chaval que desde una posición humilde quiere ser torero y tiene que pasar por todas las penurias inherentes al circuito de los festejos modestos en pueblos y plazas de categoría inferior. Un circuito en el que el toro o novillo es grande y el dinero para repartir escaso. El miedo, su control, se convierte, más aún si cabe, en el eje de la vida. Las injusticias y miserias que rodean ese mundo paralelo al de las grandes figuras, la descarnada realidad de saber que se avanza por un camino que seguramente no tendrá el final deseado pero que al que empuja el sueño de la fama, la gloria... Por otro lado, el contraste con esos jóvenes que se inician en la tauromaquia desde una posición más acomodada y fácil, apadrinados por su abuelo o una ascendencia reconocida dentro del espectáculo, o

---

<sup>994</sup> PIZARROSO QUINTERO, A. «Los toros y el Periodismo». En *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico e Histórico*. Vol. VIII, *Literatura y Periodismo, Op. Cit.*, p. 663.

simplemente por algún mecenas que cree en ellos. Siempre las dos caras del espectáculo, la de la verdad, sin trampa ni cartón: o se vale o no, y la de la comodidad, tan aparentemente bonita como engañosa. Y ambas envueltas en la inevitable sutilidad del drama que permanentemente rodea el mundo de los toros. «Es la festividad de la Virgen, en ninguna parte se trabaja, los toreros sí, y como van a torear procuran prepararse a fondo. La preparación es, a fin de cuentas, para la cornada. Con esta moral, en realidad con esta amargura, más o menos soterrada, pasan los toreros el día de la corrida»<sup>995</sup>, escribe Vidal.

El libro sirve a Vidal para hacer hincapié en lo que es relevante y trascendente en la Fiesta frente a lo que la ha prostituido. Así, en el capítulo «Reglas del bien torear» recuerda y remarca la importancia de la acción de «cargar la suerte» como cimiento insoslayable del arte de torear. Sin cargar la suerte no hay trascendencia, el toreo puede ser bonito, llamativo, vistoso, pero nunca dejará el poso de lo relevante:

[...] En esas reglas, la acción de cargar la suerte es la piedra angular de la técnica del toreo. Cualquier toreo que se ejercite suprimiendo la cargazón de la suerte no es toreo. Durante la historia de la tauromaquia han surgido numerosos espadas pretendidamente revolucionarios, que modificaban, descomponían o suprimían las reglas del arte de torear y ninguno de ellos produjo revolución alguna, precisamente porque el edificio de sus invenciones prescindía de cargar la suerte. Es decir, que eliminaba la cimentación. Y, naturalmente, ese edificio se desmoronaba. Las innovaciones de los toreros pretendidamente revolucionarios se quedaban en modas y, por tanto, fueron pasajeras. [...]<sup>996</sup>

En *40 años después de la noche triste. Temporada taurina 1987*, publicado por Espasa Calpe en 1988 dentro de su colección «Serie Libros de Oro de La Tauromaquia», en el que hace un repaso por los personajes y momentos más interesantes de la temporada taurina de 1987. El título hace referencia al cuarenta aniversario de la muerte de Manuel Rodríguez, *Manolete*, y en su primer capítulo explica la deriva que ha tomado la Fiesta a partir de la irrupción en ella del diestro cordobés: entre las dos vías abiertas, la de Juan Belmonte y la de Manolete, la segunda, menos comprometida, más heterodoxa, va ganando terreno. «Si Belmonte revolucionó el toreo con una nueva concepción interpretativa, en cuya arquitectura cargar la suerte era la piedra angular, Manolete lo contrarrevolucionó con otra en sentido radicalmente

---

<sup>995</sup> VIDAL VIZCARRO, J. *El toreo es grandeza. Op. Cit.*, p. 47.

<sup>996</sup> *Ibidem*, p. 47.

contrario. Lo que aportó Belmonte a la tauromaquia lo quitó Manolete»<sup>997</sup>, afirma Vidal.

Este interesante libro tiene un capítulo en el que Vidal explica, con su ironía característica, cómo lleva a cabo su trabajo cuando tiene que hacer las crónicas de los festejos celebrados en la plaza de Las Ventas. Desde la garita del vigilante de un garaje particular<sup>998</sup> —garaje en el que tenía reservada una plaza para meter el coche—, Joaquín Vidal monta su videoterminal, y desde allí, una vez terminado el festejo, redacta y envía a la redacción de *El País* el texto. Pero aparte de esta anécdota, el cronista ahonda, con gran nitidez, en cómo es su labor profesional, remarcando su independencia de criterio y su insobornable opinión, y cómo esa actitud profesional comprometida alejaba, aleja, el trabajo del cronista de toros de la idílica visión que muchos tienen. «Hay, en efecto, quienes envidian la vida del crítico taurino, quienes creen que se le pasa en comer opíparamente, alternar con la gente guapa de la fiesta y de la alta sociedad, ir a los toros todos los días, gratis y a gran entrada»<sup>999</sup>, señala.

Para Joaquín Vidal, el crítico de toros tiene un papel en la Fiesta, y tiene, además, un grado de credibilidad determinado, grado que habrá forjado con el paso del tiempo. Su trabajo estará marcado desde la perspectiva de entendimiento que él tenga del espectáculo, integrado con él —posición ésta que, aún así, Vidal no censura—, o, como en su caso, absolutamente alejado del entramado organizativo taurino:

[...] Pero no cabe duda que el crítico taurino cumple una función en el desarrollo de la fiesta, cada cual según su criterio y la misión que le haya asignado el medio para el que trabaja. La resultante inexorable es el grado de credibilidad que tenga en los lectores, y aquí cada cual se arregla como puede. Los hay que, en las ferias, se introducen a fondo en el taurinismo, confraternizan con toreros, apoderados y ganaderos, están en todas sus salsas. Es su estilo, y hacen bien. Otros, entre los que me cuento, no se introducen en el taurinismo, guardan las distancias. Es su estilo y, asimismo, hacen bien. [...]<sup>1000</sup>

El crítico, según Vidal, primero es periodista, y como tal debe informar de la manera más precisa posible de lo acontecido, y opinar desde la honestidad. La «omisión

---

<sup>997</sup> VIDAL VIZCARRO, J. *40 años después. Temporada taurina 1987. Op. Cit.*, p. 10.

<sup>998</sup> Este pasaje del libro, en el que Joaquín Vidal señala que trabaja desde el cuartito del guarda, es absolutamente cierto. El autor de este trabajo ha podido presenciar cómo Joaquín Vidal, dentro de la garita acristalada que estaba a la entrada de dicho garaje, bajo la luz blanquecina de la fluorescente que iluminaba la estancia, escribía con absoluta concentración sus líneas.

<sup>999</sup> VIDAL VIZCARRO, J. *40 años después. Temporada taurina 1987. Op. Cit.*, p. 45.

<sup>1000</sup> *Ibidem*, p. 50.

consciente» de determinados datos a partir de su criterio particular ni es negativo ni resta credibilidad a su labor, ya que incesantemente se realizará desde la responsabilidad particular y desde esa interpretación que el cronista tenga del espectáculo, buscando siempre el aspecto de interés para sus lectores:

[...] La función del crítico taurino, entiendo, debe ser principalmente periodística. La crítica taurina es una modalidad, entre muchas, del periodismo, y su misión primera ha de ser informar. Tiene también otras, naturalmente, pues tratándose de crítica, es preciso que dé su opinión y ésta ha de ser rigurosamente honesta, en todas sus vertientes: de lo visto, la verdad; de su exposición, la sinceridad; de su análisis, la preparación de base precisa, que ha de aplicar al estudio responsable de lo acontecido. En la crónica no es forzoso —ni siquiera conveniente— que tengan un lugar uniforme y cronológico todos los elementos de la corrida vista. La omisión consciente y responsable, la alteración del orden de los sucedido en función de su importancia, también son formas de crítica, y ahí han de entrar, por fuerza, las normas del periodismo, y a su vez, el estilo de cada cual; siempre éste subordinado a aquéllas. [...] <sup>1001</sup>

Su última producción literaria conocida es la participación en la obra *Toro*, publicada en el año 1998 por Lunwerg Editores. Este libro, creado de manera conjunta con el fotógrafo Ramón Masats, está dividido en dos partes. La primera es una colección de fotografías en la que Masats retrata distintos aspectos de la Fiesta, dando el protagonismo principal al toro bravo, su cría, su manejo, su lidia...; la segunda es el texto de Joaquín Vidal, que en unas cuarenta páginas realiza su particular análisis de la evolución de la cría del ganado bravo, explicando cómo se lleva a cabo todo el proceso de selección y prueba de las reses desde su nacimiento hasta que son conducidas a la plaza. Sirve la obra para que el cronista plantee las grandes cuestiones que afectan al espectáculo contemporáneo. Así, censura la evolución que se ha producido en las condiciones naturales de las reses, dirigidas más hacia la comodidad que hacia el peligro inherente en la condición natural del ganado bravo:

[...] Se oye decir en el tiempo presente que las ganaderías españolas han perdido casta. De responder a la realidad sería gravísima cuestión, con responsabilidades concretas, pues la carga de la culpa correspondería a los ganaderos. El proceso habría seguido, en tal caso, un sentido inverso al largo camino que va desde las castas originarias al toro paradigmático de las primeras décadas del actual siglo. Del toro fiero, embastecido y asilvestrado que provocaba azarosos trances en los rudimentarios orígenes del torero, se pasó al toro proporcionado, bravo y boyante, idóneo para la lidia. Ahora, al

---

<sup>1001</sup> *Ibidem*, pp. 50-52.

parecer, el toro no tiene embestida, o la tiene muy remisa. Y, además, claudica en cuanto se le obliga a humillar, padece una misteriosa invalidez.

A la especie de que las ganaderías españolas han perdido casta se añade la de que los toros salen a la plaza con un peso excesivo. Salta a la arena un toro con más de quinientos kilos, se cae un par de minutos después de haber correteado por ella, y la mayoría de los taurinos, ganaderos incluidos, lo atribuyen a su excesivo peso.

Otro argumento se suma a las erráticas explicaciones de las caídas de los toros: que les falta gimnasia funcional. Un toro haciendo gimnasia es cosa nunca vista. Los eruditos que nos explican cómo formaron sus encastes los ganaderos históricos no han dejado testimonio alguno de toros haciendo gimnasia.

Hay ganaderos que para corregir esa carencia de gimnasia funcional, meses antes de que se lidien sus toros los obligan a galopar por la dehesa con el sano objetivo de ponerlos en forma.

Durante muchos años los toros no se caían en las corridas de la famosa Feria de San Fermín, de Pamplona, y los taurinos lo atribuían a que habían hecho gimnasia funcional por la mañana corriendo el encierro.

Ninguna de estas afirmaciones se apoya en bases sólidas y un servidor las discute. Un servidor opina que constituyen una peripecia argumental carente de sustancia y cercana al absurdo. [...] <sup>1002</sup>

En *El País*, al igual que ocurriera en otras publicaciones antes mencionadas, Joaquín Vidal no escribirá exclusivamente de toros. Como curiosidades, el 4 de agosto de 1981 dedica una tribuna <sup>1003</sup> al donostiarra Álvaro de Laiglesia, fallecido días antes, y que fuera su director durante los años en que Vidal escribió en *La Codorniz*; el 15 de abril de 1983, un artículo <sup>1004</sup> al que fuera su compañero también en *La Codorniz*, el dibujante Serafín Rojo, con motivo de la exposición que de sus obras se lleva a cabo en El Retiro; en agosto de 1984 aparece una tribuna <sup>1005</sup> con su firma en la que el cronista habla de las olimpiadas que se están llevando a cabo en la ciudad de Los Ángeles; en octubre de 1985 el periódico publica dos noticias <sup>1006</sup>, los días 22 y 23, con su firma, en las que el escritor lleva a cabo una labor netamente de redactor de temas relativos a la ciudad de Madrid.

Pero, si bien hasta 1988 su trabajo estará centrado casi exclusivamente en la tauromaquia, con las salvedades antes referidas y algún artículo esporádico más del mismo estilo, a partir de junio de ese mismo año su palabra será requerida para firmar

---

<sup>1002</sup> VIDAL VIZCARRO, J. *Toro*. Barcelona, Lunwerg Editores, 1998, p. 236.

<sup>1003</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «La Codorniz, a su imagen y semejanza». *El País*, Madrid, 4 de agosto de 1981, p. 19.

<sup>1004</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Serafin. Martillo de marquesas». *El País*, Madrid, 15 de abril de 1983, p. 56 última.

<sup>1005</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «No salgo de mi asombro». *El País*, Madrid, 4 de agosto de 1984, p. 30.

<sup>1006</sup> Véase *El País*. «La policía de Madrid comienza el desalojo de la Casa de Correos en la Puerta de Sol». Madrid, 22 de octubre de 1985, p. 23, y *El País*. «La Embajada de EEUU aconseja adoptar precauciones a sus ciudadanos». Madrid, 23 de octubre de 1985, p. 20.

tribunas, artículos y algunas entrevistas. Normalmente se trata de textos breves, de temática variada, publicados los martes y que, dependiendo de la época, aparecen ubicados bien en la sección de opinión o bien en la última página. En todos ellos está el estilo de Vidal, ligero, ameno, y con ese punto de humor satírico característico. Así, el martes 21 de junio de ese 1988 su nombre encabeza una tribuna que lleva por título «La niña»<sup>1007</sup>. Es el primero de estos artículos que sólo verán interrumpida su regularidad cuando el escritor se encuentre cubriendo alguna de las ferias taurinas.

Un año antes de la publicación de esa primera tribuna, el viernes 8 de mayo de 1987, el propio Vidal había firmado otra tribuna<sup>1008</sup> en la que explicaba la extraña relación del cineasta Orson Welles y el torero Antonio Ordóñez. Una relación que había trascendido a la propia muerte, ya que ambos se habían comprometido, una vez fallecidos, al traslado de sus cenizas a la casa del otro. Este artículo sobrepasaba lo meramente taurino y situaba a Vidal en un plano distinto como escritor. Quizá sea éste texto el que invite a pensar a la dirección del diario que la firma de Vidal tiene una mayor proyección que la exclusivamente centrada en la fiesta de los toros. Sea como fuere, hasta marzo de 2002 —Joaquín Vidal fallecerá el abril de ese mismo año—, su nombre formará parte del elenco de articulistas y escritores que completan la sección de opinión del diario.

Como se afirmaba, además de estos artículos, Vidal llevará a cabo varias entrevistas a diferentes personajes de la vida política y cultural. Como ejemplos interesantes de estos trabajos, la entrevista<sup>1009</sup> que en agosto de 1992 realiza al entonces Lehendakari, José Antonio Ardanza, o la publicada en noviembre de 1998, en la que Vidal entrevista<sup>1010</sup> al filósofo y escritor Fernando Lázaro Carreter, cuando estaba a punto de terminar su mandato como director al frente de la Real Academia Española (RAE).

Joaquín Vidal fallecerá en abril del año 2002. Con él se iba la voz más importante de la Corriente Crítica Esencialista y la referencia crítica de buena parte de los aficionados de todo el universo taurino. En el diario *El País* será sustituido por

---

<sup>1007</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «La niña». *El País*, Madrid, 21 de junio de 1988, p. 76

<sup>1008</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Dos genios se encuentran». Madrid, diario *El País*, de viernes 8 de mayo de 1987, p. 34

<sup>1009</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Tengo una envidia sana a Cataluña» entrevista a José Antonio Arzdanza. *El País*, Madrid, 28 de agosto de 1992, p. 12

<sup>1010</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «El español es el latín del siglo XX», entrevista a Fernando Lázaro Carreter. *El País*, Madrid, 29 de noviembre de 1998, p. 40.

Antonio Lorca, periodista de la casa, que ejercía labores de crítica taurina para el diario desde Andalucía.

### **6.2.2.1. La degeneración de la suerte de varas: la «acorazada de picar»**

El análisis de temas de las crónicas y artículos de Joaquín Vidal durante los años en los que permaneció en el diario *El País* ofrecen una interesante perspectiva sobre uno de las partes fundamentales de la lidia como es la suerte de varas. El esencialismo siempre defendió este tercio como algo fundamental e imprescindible dentro de la integridad de la Fiesta, pero es Vidal el cronista que con más insistencia denunció su mala praxis y reclamó sin descanso un ordenamiento del mismo que permitiera terminar con el abuso en que se había convertido. Salvo el apartado «La acorazada de picar»<sup>1011</sup> en la obra *Crónicas Taurinas. Joaquín Vidal* (Aguilar 2002) en la que simplemente se recogen algunas de sus crónicas en las que aparece el tema, no se han encontrado estudios sobre el tratamiento discursivo del cronista en relación a este asunto, y es por eso que resulta de gran interés analizar pormenorizadamente la evolución de esta denuncia que se convierte en algo característico y particular del cronista.

El objetivo de esta parte de la investigación no es sino el estudio cuantitativo y cualitativo del tratamiento que Joaquín Vidal hace de la suerte de varas en su etapa en *El País*, partiendo de la hipótesis que este tema no es algo puntual ni accesorio, sino que con el paso del tiempo adquiere preeminencia convirtiéndose en uno de los temas claves y diferenciadores dentro su carrera en el medio.

Para llevar a cabo esta parte del estudio se analizó las crónicas y textos de autor entre 1976 y 2002 a través de los ejemplares impresos del archivo de la biblioteca de la Universidad de Navarra y a través del buscador de la hemeroteca digital del diario *EL País*. A partir de ahí, como se explica más abajo, se ha dividido el periodo en tres etapas 1976-1983, 1984-1993 y 1994-2001, contabilizándose y analizándose por un lado las crónicas y por otro los artículos de opinión en los que la suerte de varas resulta mencionada, atendiendo a factores como grado de denuncia, presencia del asunto en el titular, o tema concreto de la denuncia. Esta fórmula permite, además de la división periódica antes mencionada, la subdivisión de la denuncia en distintos apartados concretos como son la utilización de los llamados «manguitos», la denominación del

---

<sup>1011</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «La acorazada de picar». En *Crónicas taurinas. Joaquín Vidal*, Madrid, Aguilar, 2002, pp. 97-319.



conjunto de picadores como «acorazada de picar», o la descripción cruenta y sádica de la suerte.

Durante la feria de San Isidro de 1981, Joaquín Vidal publica un llamativo artículo bajo el epígrafe de «Revientatoros». En el texto escribe: «Muchos de los picadores que hemos visto en la feria son revienta toros», y añade, «De un lado, han convertido en norma la carioca, mediante la que se cierra el paso a la res y al tiempo se le ahonda el puyazo. De otra, pican trasero; algunas veces, atrocemente trasero. Salen los toros de esta agresión con gravísimas lesiones que influyen decisivamente en su resistencia y en su comportamiento posterior. Así ejecutada, la suerte es una desgracia. A ciertos picadores carniceros, el día menos pensado no les bastará la puya y tirarán de navaja»<sup>1012</sup>.

Este artículo, bajo ese llamativo titular, podría considerarse el punto de partida de la campaña que durante años y años llevará el cronista en contra de los abusos que en la suerte de varas se cometen. No es que Joaquín Vidal no hubiera escrito ninguna tribuna censurando la suerte de varas, referencias al respecto, como se podrá ver más adelante, se encuentran en cada una de las temporadas previas y en número importante. Sin ir más lejos, en agosto del año 1977 habrá publicado un interesante artículo en el que llama la atención sobre la transformación que en muchas ocasiones experimenta ese primer tercio, que lejos de ser algo atractivo a los ojos del aficionado y del público, cosa que lo es cuando se efectúa ortodoxamente y la bravura del toro lo permite, se convierte en un trámite profundamente desagradable debido a la brutalidad y el abuso con que se desempeña por parte de los picadores:

#### **Cuando la suerte de varas es un suceso sanguinario**

No hay momento más desagradable en la lidia, incluso es difícil encontrarlo tan repulsivo en otro espectáculo, que cuando el picador hace mal la suerte de varas —de cualquier forma, basta con que modifique, arbitrariamente, la posición del caballo—, y no digamos si acumula tropelías como pueden ser tapar la salida, buscar el agujero que hizo en los bajos en el puyazo anterior, barrenar. Vomitan extranjeros de ambos sexos, les dan desmayos, vuelven la cara horrorizados; hasta llorar les hemos visto. Y los nacionales lo mismo, sobre todo si no están habituados a ir a los toros y la suerte —¡vaya suertecita!— ocurre cerca de su localidad. Lo que es uno de los momentos más bellos de la lidia —diríamos más: compendio de toda ella—, y por supuesto su eje, se

---

<sup>1012</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Revientatoros». *El País*, Madrid, 21 de mayo de 1981, p. 38.

convierte en un suceso sanginario muy difícil de asimilar, y salvo aficionados natos, muy difícil también de perdonar.

Por el contrario, cuando el picador hace la suerte por derecho y según los famosos cánones, más aún, si el toro es bravo, se produce la reacción contraria, hay en el tendido una respuesta inmediata de emoción, vibra el público. [...] <sup>1013</sup>

Sin embargo, en ese artículo de 1981 es la primera vez que se dirige al colectivo de picadores de una manera directa y ofensiva, por medio de un adjetivo que degrada su considerada noble profesión: los picadores no pican a los toros, los revientan. La utilización de un titular tan llamativo, «Revientatoros», hace que la denuncia dé un salto cualitativo.

Como el resto de compañeros de la Corriente Crítica Esencialista, a lo largo de su dilatada carrera en *El País*, Vidal abordará todos los temas que preocupan al esencialismo. Reclamará una y otra vez la lidia del toro íntegro, el «toro de casta», como él lo denomina, se mostrará contundente ante los fraudes del «drogado» y «afeitado», particularmente de éste último, arremeterá contra aquellos ganaderos que se complacen en lidiar toros sin fuerza, inválidos, que ruedan por la arena tarde tras tarde, apelará a la actuación de la autoridad para controlar y dirigir el espectáculo, será implacable con el entramado taurino y defenderá por encima de todo la ejecución del toreo ajustado al canon clásico. Sin embargo, a la hora de destacar un aspecto relevante de su discurso, sin duda éste es la pertinaz cruzada que mantendrá contra la suerte de varas y sus ejecutores; una lucha que en varios momentos de los años ochenta y noventa marcará varios hitos importantes y que mostrará a un Joaquín Vidal serio, intratable, durísimo, donde muchos de sus textos parecerían firmados más por una persona contraria a la fiesta de los toros que por un verdadero aficionado.

Para el esencialismo, la pelea del toro con el caballo es uno de los momentos más brillantes y más importantes —si no el que más— de la lidia. En esta suerte, el toro demuestra su bravura, su codicia, su fuerza, su casta, su nobleza... El puyazo ahorma la embestida, atempera el poder y la bravura, corrigiendo los defectos que el ímpetu indomable de la res deja ver. Como señala José María de Cossío en su tratado, «la disminución de facultades que la pérdida de sangre supone no debe ser excesiva, pero

---

<sup>1013</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Cuando la suerte de varas es un suceso sanginario». *El País*, Madrid, 5 de agosto de 1977, p. 26.

sí suficiente para que el toro temple su ímpetu bronco y, consiguientemente, se ahorme su cabeza, dejando el cornear continuo y descompuesto»<sup>1014</sup>.

A partir de ahí, el toro queda «ahormado» para la faena de muleta. Primordial, por tanto, —si no la principal— de la lidia, permite comprobar y medir la bravura de las reses y, además atemperar la embestida, principio y fin de la razón de ser de la suerte. Para muchos aficionados, el espectáculo del toro arrancándose, impulsado por su bravura, cegado por su instinto luchador, hacia el caballo no tiene parangón con ninguna otra fase del espectáculo. El toro realmente bravo siente el hierro de la puya en su anatomía y lejos de amedrentarse, aumenta su ímpetu combativo. Es la demostración palpable de su singularidad biológica, la grandeza de su condición natural, única, que le hace crecerse al castigo. Joaquín Vidal, como el resto de miembros de la corriente, siente admiración por esa lucha de poder a poder entre toro y picador; la Fiesta pivota sobre esa suerte porque en ella queda retratada la autenticidad del espectáculo, y así lo expresa el cronista en infinidad de ocasiones.

#### **El tercio fundamental de la lidia**

[...] El tercio de varas es el fundamental de la lidia, porque en él se ahorma al toro y se mide su bravura. Ambos efectos son importantes, pero sobre todo el segundo pues el comportamiento del toro sirve de guía a los ganaderos buenos para perfeccionar o sustituir los encastes de sus reses. Los ganaderos buenos, en consecuencia, quisieran que el tercio de varas se desarrollara con auténtico sentido lidiador, para que los toros den allí la medida real de su bravura. Pero tal como se viene desarrollando, esta aspiración es una pura entelequia. Porque dentro de la crisis generalizada que atraviesa la fiesta, el tercio de varas ha degenerado hasta convertirse en un suceso bochornoso donde lo único que pretenden los picadores es tener todas las garantías de seguridad, y la mayoría de los toreros, que les destruyan los toros. [...]<sup>1015</sup>

El puyazo lanzado desde el caballo debe buscar siempre el centro del morrillo, más delantero o más trasero dependiendo de la condición del toro, lugar donde las posibles lesiones son mínimas. Sin embargo, en la nueva tauromaquia la suerte de varas se ha convertido en trámite abusivo, que más que ahormar esa embestida la reduce a la mínima expresión. El paso por el caballo deja al toro desposeído de sus atributos naturales. La dureza de la suerte borra ese ímpetu y esa casta que le son inherentes.

---

<sup>1014</sup> DE COSSÍO, J. M. *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico e Histórico*. Tomo IV, *El Toreo. Op. Cit.*, p. 149.

<sup>1015</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «El tercio fundamental de la lidia». Madrid, diario *El País*, de viernes 20 de mayo de 1994, p. 42

Como se aprecia en el fragmento extraído, la bella suerte de varas ha ido degenerando, ha sido desposeída progresivamente de su grandeza originaria. Joaquín Vidal se rebelará contra esta degeneración, y verterá su incansable denuncia contra los abusos instaurados. En este sentido, sus críticas pivotarán sobre varios aspectos que considera la deslucen, restan grandiosidad y la convierten en abusiva frente al toro, y entre ellos destacan, como se podrá ver a continuación, la implementación de los llamados «manguitos», especie de calzón destinado a proteger la parte inferior del caballo pero que contribuye, con su peso, a blindar en demasía la cabalgadura restándole agilidad y convirtiéndole en muralla infranqueable para las reses; la aplicación a los toros por parte de los picadores de esos puyazos traseros o muy traseros, y los bajos o muy bajos, fuera de la zona del morrillo, y los devastadores efectos —visuales para el espectador como motrices para los animales al generarles lesiones terribles—, que producen en la anatomía de las reses y en su posterior comportamiento, quedando notablemente debilitados y sangrando profusamente; la premeditada ejecución de la suerte aplicando la llamada «carioca», fórmula que consiste en hacer girar el caballo en rededor de la res, de manera que se le cierra la salida natural y el jinete puede castigar a placer aprovechando el empuje que el toro normalmente muestra hacia la querencia del chiquero, la suerte así hecha es sólo castigo, no lucha; la anarquía que impera en el gremio de los picadores, que hacen a su antojo, sin que nadie se atreva o digne a poner orden en su lamentable trabajo que, además, condiciona para mal, cuando se realiza de manera abusiva, el desarrollo normal de lo que debiera ser una lidia ética destinada a mostrar el poder y grandiosidad de la casta brava de las reses; y la pasividad de la autoridad, en este caso los presidentes de los festejos, que se niegan —o son incapaces— a aplicar el reglamento vigente y sancionar debidamente cualquier tipo de abuso. Son estos los cinco pilares fundamentales en los que el cronista sustenta su sostenida denuncia y su pertinaz campaña de desprestigio hacia un espectáculo que permite que el primer tercio se realice de manera tan desproporcionada y abusiva.

A la hora de llevar a cabo el presente estudio, se debe tener en cuenta que la suerte de varas está condicionada por dos factores claves, la actuación del picador y el comportamiento del toro. Si, como se afirmaba anteriormente, la crítica del cronista está centrada en el papel que desempeñan los picadores, es ésta la parte que se debe analizar, dejando a un lado aquellos textos en los que el protagonismo —y la consecuente crítica—, para bien o para mal, es del toro, ya que la correcta ejecución de la suerte

depende exclusivamente del picador y de su destreza, con independencia de las cualidades de la res, una circunstancia, por tanto, que no es óbice para la realización correcta la suerte.

A lo largo de su dilatada carrera en *El País* entre 1976 y 2002, Joaquín Vidal habrá escrito cerca de cinco mil textos, taurinos y no taurinos, entre los cuales se han encontrado 645 referencias a la suerte de varas en los términos en los que se lleva este trabajo. Así, el análisis efectuado entre esos años nos ofrece los siguientes datos:

- Artículos/tribunas de opinión centrados exclusivamente en el tema: 57 referencias
- Artículos/tribunas de opinión en que la suerte de varas es mencionada: 37 referencias
- Crónicas de festejos taurinos en las que hace algún tipo de crítica: 537 referencias
  - o Dentro de estas crónicas de festejos taurinos, aquéllas que llevan titular específico sobre el tema: 69 referencias
  - o Dentro de estas crónicas de festejos taurinos, aquéllas que contienen algún tipo de elogio hacia los picadores, con independencia de que en la misma crónica aparezca también alguna crítica negativa: 23 referencias
- Textos en los que refiere la suerte de varas sin hacer crítica, señalando aspectos meramente informativos, relevantes o curiosos<sup>1016</sup>: 15 referencias

### **RELACIÓN DE REFERENCIAS ENCONTRADAS PARA EL ANÁLISIS ENTRE MAYO DE DE 1976 Y MARZO DE 2002**

AÑO	Artículos/ Tribunas específicos	Artículos en los que hace mención	Crónicas en las que hace mención	Crónicas con titular específico <sup>1017</sup>	Referencias a la suerte bien hecha <sup>1018</sup>	Otros	TOTAL
1976		3	15				18
1977	3	5	16				24
1978	12	9	17	4	3		38

<sup>1016</sup> Se incluyen textos en los que el cronista se refiere a aspectos relativos a la cuadra de picar, al trabajo de los picadores (sin crítica), al trabajo de los monosabios y personal de plaza, etc., en definitiva, textos en los que la suerte de varas está presente de uno u otro modo pero que no quedan incluidos en ninguno de los apartados anteriores.

<sup>1017</sup> Al ser crónicas que llevan su titular específico y por tanto en el conjunto del texto se hace mención a la suerte de varas, las referencias de esta columna están incluidas en la anterior, correspondiente a las crónicas en las que el cronista hace mención a la suerte de varas.

<sup>1018</sup> Son también crónicas que quedan incluidas en la columna correspondiente a las crónicas en las que el cronista hace mención.

1979	3	1	14		1		19
1980		3	6	1	1		9
1981	8		9	1		1	18
1982	4	1	13	2			18
1983	1	2	16	3	1		19
1984		4	29	8	1	1	34
1985	2	3	28	5		2	35
1986	8	1	41	9			50
1987	9		33	3	1	3	45
1988	1		16	1		2	19
1989		1	15		1		16
1990		1	14	2	2		15
1991	1		10	2			11
1992	2	1	20	4	1		23
1993			15	1	1		15
1994	1		36	5	1		37
1995		1	45	8	2	1	47
1996	1		30	2			31
1997			25	3	1	4	29
1998			20	1	1		20
1999			24	1			24
2000	1		18	2	3		19
2001		1	12	1	2		13
2002							
TOTALES	57	37	537	69	23	15	646

A partir de los datos que ofrece el análisis, se pueden establecer tres etapas o momentos clave sobre el tratamiento del tema por parte del cronista:

### **Primera etapa: entre 1976 y 1983**

En este periodo de tiempo, el tema está presente en los textos del escritor, pero de una manera más relativa, similar a cómo la pueden afrontar otros cronistas. Las denuncias se centran particularmente en lo que ocurre en la plaza de toros de Las Ventas de Madrid, y en este sentido, su denuncia va dirigida mayoritariamente en tres direcciones. Una, la utilización de los llamados «manguitos», adminículo de protección inferior incorporado a los petos que utilizan los caballos de picar, y que contribuye a dar peso al conjunto de la cabalgadura, restarle movilidad, y por lo tanto en detrimento de la propia suerte. En esta primera etapa adquiere también relevancia la denuncia contra la aplicación de los llamados «puyazos traseros», aplicación perversa del puyazo fuera de la zona del morrillo con el objeto de generar grandes lesiones que debiliten a las reses. Finalmente, el protagonismo negativo que en los festejos que se celebran en dicha plaza

tiene el encargado de la cuadra de picar, a su vez picador de toros, Eduardo Vallejo, conocido como *El Pimpi*, que con sus actuaciones e intervenciones abusivas genera malestar entre los aficionados. De este periodo destaca sobre las demás la temporada de 1978, que suma el mayor número —38 referencias— de textos en esta etapa.

### **Segunda etapa: entre 1984 y 1993**

Este segundo periodo es la etapa clave. Si bien mantiene la cruzada contra el uso de los «manguitos» —denuncia que alcanzará hasta el año 1987— comienza la utilización por parte del cronista del término «acorazada de picar», como metáfora de la transformación que han sufrido los caballos de picar, que junto con sus jinetes se han convertido en elementos de carácter casi bélico. Las expresiones de este tipo serán santo y seña del discurso de Joaquín Vidal hasta el final de su vida, marcarán su carrera y su forma de ver el primer tercio. La fuerza de las críticas alcanza su cenit, particularmente entre los años 1986 y 1987. La plaza de Madrid sigue acaparando la mayoría de las denuncias; pero éstas se extienden ya por todas las plazas a las que el cronista asiste durante la temporada. Las descripciones de la brutalidad de la suerte de varas le sitúan en un plano desconocido y nuevo dentro del esencialismo; su discurso en este tema parece más propio de un detractor de la Fiesta que de un aficionado.

### **Tercera etapa: entre 1994 y 2001**

Esta etapa es un periodo de continuación del anterior. Si a partir de 1988 el discurso se había relajado, en 1994 surge de nuevo con toda la fuerza, volviendo a sumar cuatro años muy duros. Apenas dedica ya tribunas al tema, pero la fuerza en la denuncia de las crónicas vuelve a marcar hitos importantes, con un pulso sostenido que sólo se relaja a partir del año 2000. Uno de los aspectos relevantes de este periodo es el incremento en la acusación hacia el público en general —nuevos aficionados incluidos— que asiste a los festejos por su desconocimiento de los resortes y términos en los que debe llevarse a cabo la pelea del toro con el caballo.

#### **6.2.2.1.a. El fraude de los «manguitos», los puyazos traseros y los abusos de «El Pimpi» (1976-1983)**

La primera etapa de la crítica de Joaquín Vidal hacia la suerte de varas está marcada por varios aspectos relevantes y curiosos como son la denuncia hacia la utilización de los llamados «manguitos», el inicio de la lucha en contra de los puyazos

traseros, y las injerencias que en la lidia efectúa el encargado en esa época de la cuadra de picar de la plaza de toros de Las Ventas de Madrid, Eduardo Vallejo, conocido como *El Pimpi*. Las referencias encontradas suman un total de 163, con 106 crónicas en las que hace algún tipo de mención y, dentro de éstas, 11 llevan titular específico sobre el tema, siendo un apartado que muestra gran regularidad en el conjunto de los años, y salvo los años 1980 y 1981, menos combativos, se mueve entre las 13 y las 17 referencias. También son 31 los artículos o tribunas específicos y 24 los textos, no crónicas, en los que en algún pasaje refiere el tema. Destaca entre los demás el año 1978, con un total de 38 referencias, y particularmente los artículos o tribunas específicos que suman un total de 12 y los artículos o tribunas en los que hace algún tipo de referencia con 9, record absoluto de este tipo de textos en toda la trayectoria del cronista. Por el contrario, el año 1980 es el menos prolífico en referencias también en todos los años que Joaquín Vidal estuvo en *El País*, con tan solo 9 referencias.

**RELACIÓN DE REFERENCIAS ENCONTRADAS PARA EL ANÁLISIS ENTRE MAYO DE 1976 Y DICIEMBRE DE 1983**

AÑO	Artículos/Tribunas específicos	Artículos/Tribuna en los que hace mención	Crónicas en las que hace mención	Crónicas con titular específico	Suerte bien hecha	Otros	Total
1976		3	15				18
1977	3	5	16				24
1978	12	9	17	4	3		38
1979	3	1	14		1	1	19
1980		3	6	1	1		9
1981	8		9	1		1	18
1982	4	1	13	2			18
1983	1	2	16	3	1		19
TOTAL	31	24	106	11	6	2	163

Sobre la primera cuestión, los manguitos, es en el año 1978 cuando Joaquín Vidal repara que a los caballos de picar que salen al ruedo de Las Ventas les han incorporado un añadido al faldón inferior que cubre parte de las extremidades. Este nuevo elemento de protección, al que Vidal denomina «manguitos», genera gran malestar tanto en el cronista como en gran parte de la afición, al considerar que su implantación vulnera el reglamento vigente y va en detrimento de la propia naturaleza de la suerte. Evidentemente, los movimientos de los caballos se vuelven más torpes, pero sobre todo, adquieren un mayor peso que en conjunto los convierte en murallas



inexpugnables, desbaratando el equilibrio del tercio y de la propia lidia porque el toro se encuentra, cada vez más, en inferioridad frente a la pelea.

En su lucha para que dejen de utilizarse, Joaquín Vidal argumenta que este adminículo no está amparado por el reglamento taurino de 1962, que establece características y peso del peto de picar lo que, supuestamente, queda anulado con estos añadidos que tienen por objeto proteger mejor las extremidades de los caballos.

Art. 85. La Empresa cuidará que en el guadarnés se contengan los atajes y monturas necesarios, en buen estado de conservación. De igual manera habrá de esta provisto de petos protectores para los caballos, en número no menor de seis, cuyas características esenciales serán las siguientes: dos lonas impermeabilizadas, con un relleno de algodón, también impermeabilizado, unido todo ello por un moteado de estambre, un faldoncillo enguatado del largo suficiente para proteger la bragada del caballo; su terminación estará guarnecida por ribetes de cuero; correas de abrochar y desabrochar; tirantes en la parte central, para evitar la subida de los estribos. Su peso no podrá exceder, al ser confeccionado, de 25 kilos, concediéndose una tolerancia de cinco kilos por el aumento que pudiera producirse después de su repetido uso.<sup>1019</sup>

Así, en junio de 1978 reclama que los petos cumplan como mínimo con la legalidad, ya que pese a sus dimensiones, todavía son considerados por distintos colectivos como excesivos. «Sus características (las de los petos) las marca un reglamento vigente desde hace muchos años, que además no complace ni a aficionados, ni a ganaderos ni a veterinarios, ni a comisarios-presidentes de las corridas, que aún las consideran excesivas. La autoridad ha de ser inflexible en este tema, puesto que tras de él, aparte los dictados incuestionables de la legalidad, está el elemento sustancial de toda la lidia»<sup>1020</sup>, apunta el cronista.

Joaquín Vidal entiende que son elementos de protección para el caballo, algo sobre lo que no objeta, sin embargo, el efecto que se consigue —y piensa que se hace de forma predeterminada— es añadir peso y más peso al ya de por sí sofisticado peto, lo que convierte al conjunto en un muro contra el que se estrella el toro. «En realidad, nada habría específicamente contra el uso de estos añadidos, si estuvieran reglamentados: protegen los bajos del caballo y este es un buen fin, toda vez que nadie pretende que la suerte de varas tenga que suponer necesariamente lo contrario. Lo malo de su empleo es

---

<sup>1019</sup> BOE-A-1962-5264, de 15 de marzo de 1962. Reglamento de Espectáculos Taurinos. B.O.E., N° 68, publicado el 20 de marzo de 1968, p. 3817.

<sup>1020</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «El peto ha de ser reglamentario». *El País*, Madrid, 1 de junio de 1978, p. 40.

que —albarda sobre albarda— suman peso a un peto legal que ya de por sí es excesivo. Y que, además, está fabricado de tal forma —faldón demasiado largo y demasiado rígido— que se convierte en una auténtica muralla»<sup>1021</sup>, señala Vidal.

Por eso, cuando en un festejo comprueba que estos elementos no han sido utilizados se congratula y razona sobre las bondades que proporciona a la lidia su ausencia, como lo hace en un festejo de temporada celebrado en la plaza de toros de Las Ventas en octubre de 1978. «También ocurrió —escribe Vidal— que esta vez los caballos de picar salieron sin manguitos antirreglamentarios. Que dure el propósito de enmienda, por supuesto también para corridas de más fortaleza. Ahora bien: sacar ayer los caballos con la protección y peso añadido de los manguitos habría sido un salvajada, porque del primer tercio habrían salido los jarales hechos puré»<sup>1022</sup>.

Para tener una idea aproximada de la cruzada mantenida en este tema, baste señalar que entre los años 1978, año que por primera vez utiliza el término, hasta 1995, año en el que se encuentra por última vez la expresión, se han encontrado 37 referencias, destacando por encima de los demás los años 1978, con 7 referencias, 1979, con seis referencias, y 1987 con 11 referencias. Cabe destacar que a partir de ese citado año 1987 el cronista arroja la toalla y prácticamente abandona el tema, encontrándose hasta 1995 únicamente 4 referencias más. Debe señalarse también que en todo este periodo son varios los años en los que no se ha encontrado ninguna referencia, como se puede apreciar en la tabla que se expone a continuación.

#### RELACIÓN DE REFERENCIAS DEL TÉRMINO «MANGUITO» O SIMILARES ENTRE 1978 Y 1995

AÑO	FECHA	TOTAL
1978	13-06/23-08/26-09/10-10/12-10/13-10/14-10	7
1979	16-01/25-03/24-04/02-05/17-05/09-09	6
1980	16-09/09-10	2
1981	(sin referencias)	
1982	(sin referencias)	
1983	28-02/16-03	2
1984	13-07/05-11	2
1985	(sin referencias)	
1986	12-05/08-09/13-09	3
1987	22-05/23-05/25-05/27-05/29-05/30-05/01-06/29-06/01-08/02-08/24-08	11
1988	02-06	1
1989	(sin referencias)	
1990	22-04	
1991	(sin referencias)	1
1992	04-10	1
1993	(sin referencias)	

<sup>1021</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Toda la lidia, y la misma fiesta, en manos del contratista de caballos». *El País*, Madrid, 13 de junio de 1978, p. 50.

<sup>1022</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «No hubo manguitos para picar los jarales». *El País*, Madrid, 13 de octubre de 1978, p. 38.

1994	(sin referencias)	
1995	30-07	1
	<b>TOTAL</b>	37

Par Joaquín Vidal los manguitos son tan negativos que hasta pueden llegar a tener la culpa del cambio de comportamiento de los toros tras el paso del caballo, como así lo manifiesta en un festejo celebrado durante la feria de Abril de Sevilla de 1979. «A lo mejor la bravura que le habíamos apreciado en el tercio anterior era sólo bravura aparente, pero quizá por este fraude de los petos y los manguitos lo que se produce es la mansedumbre aparente que desconcierta a todos, aficionados, toreros y ganaderos. [...] Obligan al toro a luchar contra una muralla invencible y es lógico que la res se canse de acometer contra aquello que no tiene ni la más mínima probabilidad de vencer»<sup>1023</sup>, señala.

Sin embargo, pese a su tozudez, el cronista choca contra la realidad, que no es otra que los toros en numerosas ocasiones causan heridas, algunas de carácter grave, en las extremidades de los caballos cuando estos no llevan esa prolongación del peto. A pesar de ello, para él es preferible esa circunstancia que restarle pureza a la suerte porque en la ortodoxia de la misma el caballo tiene que estar protegido por la destreza del jinete. Si el conjunto de la cabalgadura es ligero ofrece al toro una mayor posibilidad de entrega, ya que siente que su poder puede vencer al enemigo que le provoca, y de esta manera los picadores no pueden castigar a placer —particularmente en el primer puyazo que se convierte en interminable— porque entre otras cuestiones tienen que proteger al caballo. Se produce el equilibrio deseado entre los factores, y la suerte resulta acorde a su finalidad de medir y ahormar la bravura de las reses:

#### **Por un simple manguito**

Nos soplan que está en marcha una campaña para que al autoridad vuelva a hacer la vista gorda en la cuestión de los manguitos. Varios caballos heridos en la primera corrida de feria es el argumento que utilizan los campañistas. La demagogia tiene aquí amplio terreno. Dirá que un simple manguito no tiene importancia, y en cambio puede salvar la vida de un caballo. Puestas así las cosas, ¿quién no apoya la tabla reivindicativa caballar? El que no lo haga entrará en serio peligro de que lo corran a denuestos —si no son palos—, por equinóforo. Pero resulta que el «simple manguito» sí tiene importancia. Añade un peso la ya excesivo que tiene el *bloque* de picar y encorseta a la caballería, que se convierte en una especie blindada de difícil manejo. Durante las primeras

<sup>1023</sup> VIDAL VIZCARRO, Joaquín. «Mandaron los albaserradas». Madrid, diario *El País*, de martes 24 de abril de 1979, p. 35

corridas de feria hemos podido ver la suerte de varas en plenitud; los toros pelearon con posibilidades de ganar la partida y algunos llegaron a derribar; el monopuyazo interminable del que la res sale físicamente pulverizada y anímicamente derrotada, ha sido imposible de practicar; los picadores, por lo general, han hecho muy bien la suerte, pues además de ir por derecho al toro y herir, tenían que salvar al equino de la cornada; al tiempo, los lidiadores no eran espectadores pasivos de la carnicería, sino que, por la misma razón, estaban atentos, prestos al quite; casi todos los toros tomaron tres o cuatro puyazos, con lo cual el castigo era relativamente medido, progresivo y se podía calibrar bastante bien su bravura... ¿Hace falta seguir? Y tanta riqueza de situaciones por un simple manguito, las cosas de la vida. De donde se deduce que quien defiende el cumplimiento estricto de lo reglamentado en esta materia no es un enfermo de la ortodoxia, ni pretende hacer la puñeta al caballo o al caballero sino que la suerte de varas se haga en debida forma, pues de ella depende toda la lidia. ¿Hemos dicho algo?

Otra cosa es que sea precisa una mejor protección del caballo, sin deterioro del primer tercio, pues a nadie le gusta que puedan despanzurrarse caballos. Pero eso tiene que hacerlo el Ministerio del Interior, al cual se le propuso la convocatoria de un concurso nacional para modificar el peto. Claro que tal día hizo un año.<sup>1024</sup>

Sin dar su brazo a torcer, Vidal seguirá denunciando el tema durante gran parte de la década de los años ochenta, y si bien el tema tendrá altibajos —cabría entender que en las temporadas en las que baja el diapasón de la denuncia o ésta prácticamente desaparece los caballos salen al ruedo sin manguitos— resurge con fuerza en el año 1987 como se podrá ver más adelante. De hecho, a instancias de alguno de los presidentes de la plaza de toros de Las Ventas, su reclamación será atendida en determinados momentos, como ocurrió durante la temporada de 1988, tal y como se recoge en la queja del contratista de la cuadra de caballos, Eduardo Vallejo, *El Pimpi*, —personaje conflictivo que se aborda más abajo— sobre esta decisión que lo único que consigue es que se produzcan más cornadas en los caballos. Así, en la entrevista ofrecida a Antonio Campuzano y publicada por el diario *El País* en mayo de 1988 señala la indicación del presidente, de manera que «esta temporada los caballos están saliendo sin manguitos, que es la pieza de lona que protege la bragada del caballo, es decir, el pecho y los genitales y que tiene un peso de siete kilos. Por tanto, las cornadas son o pueden ser mortales y el propio picador es más vulnerable»<sup>1025</sup>, explica.

---

<sup>1024</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Por un simple manguito». *El País*, Madrid, 17 de mayo de 1979, p. 37.

<sup>1025</sup> CAMPUZANO, A. «El Pimpi y sus caballos». *El País*, Madrid, 13 de mayo de 1988, p. 41.

Pero progresivamente esa reclamación de Joaquín Vidal se perderá definitivamente en el vacío cuando en el año 1992 sea aprobado y publicado el nuevo reglamento taurino, que en el apartado que aborda las características de los petos de picar señala que «para garantizar la seguridad de los caballos se utilizarán manguitos protectores»<sup>1026</sup>.

Evidentemente no es sólo esta cuestión en la que centra la crítica el cronista. Por encima del tema de los manguitos hay otra con más relevancia como es la aplicación a los toros por parte de los picadores de los llamados puyazos traseros. La denuncia a esta forma de ejercer la suerte no es una novedad dentro de la Corriente Crítica Esencialista, y ya Alfonso Navalón se quejaba de semejante despropósito en su etapa en *Informaciones*, como en la temporada de 1968, en la que se lamenta de la falta de interés que existe en cortar un abuso que a la postre resulta tan dañino —y «cruel»— para la res y para el lucimiento y pedía, además, sanciones para los infractores, dejando entrever que en la aplicación de esta fórmula hay una absoluta intencionalidad por parte del picador:

[...] Es evidente el desamparo que atraviesa la fiesta. No hay nadie que corte por lo sano la cantidad de tropelías que se cometen en los ruedos, y así se ha convertido en costumbre algo tan cruel como picar trasero. Si tal abuso está ordenado por los espadas, no cabe mayor torpeza, porque las heridas en la zona posterior al morrillo causan al animal unos destrozos dolorosos que le impiden embestir con franqueza. Los puyazos traseros descomponen al toro, como lo descomponen las banderillas delanteras. Esto es más difícil de evitar. Pero al colocación del puyazo no tiene perdón, y hora va siendo de que se impongan sanciones ejemplares a esta forma de destronar toros. [...]<sup>1027</sup>

En el primer punto de este apartado se indicaba que la utilización por parte de Joaquín Vidal del titular «Revientatoros» utilizado en un artículo durante la feria de San Isidro de 1981 suponía un antes y un después en la denuncia del cornista hacia la suerte de varas. En ese artículo, Vidal emplea dos adjetivos suficientemente definitorios de la figura de los picadores: «revienta toros» y «carniceros», y habla de la suerte de varas como si de una «auténtica carnicería» se tratase. Éste va a ser en adelante el hilo conductor de la denuncia: la suerte de varas no es tal sino una auténtica carnicería.

<sup>1026</sup> BOE-A-1992-5248, de 28 de febrero de 1992. Real Decreto 176/1992 por el que se aprueba el Reglamento de espectáculos taurinos. B.O.E. n.º 56, Capítulo V, artículo 67.2., publicado el jueves 5 de marzo de 1992, p. 7578.

<sup>1027</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «Jugando a las prendas». *Informaciones*, Madrid, 10 de junio de 1968, p. 26.

El texto es el último de una serie de tres que en sucesivos días de esa feria de San Isidro de 1981 publica Vidal sobre las deficiencias de la suerte. El primero, publicado el sábado 16 de mayo lleva el título de «Percherones»<sup>1028</sup>, en alusión a los caballos que actualmente se utilizan para picar y que conforman junto al peto una muralla infranqueable para el toro. Al día siguiente, publicará «Picar trasero», en referencia a la costumbre de ejecutar la suerte de manera que el puyazo caiga más atrás de lo que corresponde, con el objeto de generar mayores lesiones para, de esa manera alevosa, destrozarse al toro:

### **Picar trasero**

[...] El peto se inventó para proteger a los caballos y sirvió para una relativa seguridad de los picadores. El peto actual es una agresión al toro, de la que también los picadores se aprovechan, para mejor castigar desde su silla. Pero los picadores, que no renuncian a las ventajas de la taurina, tampoco desprecian las martingalas para mal picar, de las que hacen abuso. Casi todos pican trasero, y ahí destrozan muchos toros. Casi todos los que se han caído en la que va de feria habían sido picados trasero. El otro abuso es la carioca. Un toro encerrado en el torbellino de la carioca, sin posibilidad de salida, además enredado en la muralla del peto, además herido donde más daño le pueden hacer, se convierte en un inválido. De nuevo estamos en el primer tercio. [...]<sup>1029</sup>

Bajo el mismo título o similar, como se verá más adelante, publicará varios artículos y crónicas entre 1981 y 1987. Si, como se afirmaba anteriormente, el puyazo debe ser administrado en el morrillo del toro, situado en la parte anterior del cuello, ya que se sabe que en esta zona musculada y carnosa tanto las lesiones como el sangrado son limitados y es el sitio adecuado para ahormar la embestida —dependiendo de las condiciones de cada res, a los toros que tienen tendencia a embestir con la cara alta se les pica más delantero; a los toros que muestran falta de fuerza lo normal es picarles algo más trasero—, picar superando esa zona no es correcto porque las lesiones que se generan son mucho más graves al alcanzar la puya vasos sanguíneos relevantes así como dañar zonas sensibles de la musculatura. Si se hace, entiende Joaquín Vidal que es por voluntad del que lo ejecuta, y por tanto hay un componente de intencionalidad que busca mermar las condiciones —agresivas— de las reses a base de preferirles grandes heridas y destrozos en esas zonas más sensibles. Esta será básicamente la denuncia general de Vidal a lo largo de sus años como cronista de *El País*.

---

<sup>1028</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Percherones». *El País*, Madrid, 16 de mayo de 1981, p. 29.

<sup>1029</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Picar trasero». *El País*, Madrid, 17 de mayo de 1981, p. 31.

Vuelve a la carga en marzo de 1982 con un nuevo artículo en el que cuestiona la labor de los picadores actuales y en el que describe el proceso generalizado que se produce durante la suerte, convertido todo en un simulacro en el que el toro no es toro y su paso por el caballo es un simple trámite. Un artículo en el que califica de farsa la suerte de varas ya que en ella no hay nada de autenticidad, llegando a afirmar con rotundidad que si dicha suerte es una pantomima, el conjunto de la Fiesta lo es también. «Caballo y caballero conforman una falla, o quizá una superfortaleza, que avanza con penosa lentitud y arrítmico golpear de cascos hacia donde jadea un toro don dos palmos de lengua fuera, cuya fatiga lo tiene a morir. [...] Si la suerte de varas es una farsa la fiesta misma es también una farsa»<sup>1030</sup>. Y continúa un poco más adelante retomando el tema del trabajo de «carniceros» de los picadores: «De unos años a esta parte los toros se pican a estilo carnicero: lanzazo atrás, así caiga en el espinazo o en las costillas, y esa es la gracia del de aúpa, que no parece tener más oficio. Alguien debería explicarle que en toda la historia del toreo (hasta que llegó el taurino mendaz con su picaresca) los toros se picaban en el morrillo, salvo error o atropello».

En la línea de los artículos antes citados, Vidal publica en abril de 1982 dos duros textos de denuncia contra de esa barbarie que se comete cada tarde. Al igual que en algunos de los publicados en 1981, vuelve a usar el cronista un título llamativo, explícito, sin posibles interpretaciones, apelativo a la conciencia de la autoridad, del aficionado y de cualquier lector, para poner el foco en semejante despropósito. No es admisible que el resultado de una suerte tan bella sea un toro cubierto de sangre, y que ante semejante despropósito la autoridad no haga nada:

### **El toro ensangrentado**

El domingo, en Las Ventas, le hizo el picador de turno tal carnicería a uno de los toros —era el cuarto de la tarde—, que lo dejó ensangrentado; el pobre animal, nacido negro zaíno, a los pocos minutos de salir a la arena era rojo encendido casi en su totalidad. No los aficionados, que están a la que salta, pero sí muchos espectadores, hasta aquel momento no se dieron cuenta de la barbarie que cometían los picadores con los toros. Mediante puyazos traseros los destrozaban. El peto, que se implantó como protección del caballo y alivio del jinete, les sirve de escudo para desgarrar a su antojo las carnes de las reses. Y además actúan en la impunidad. La autoridad, que preside la corrida, aún no ha cumplido con su deber adoptando las medidas necesarias para acabar con este atropello, que ya es norma en todas las corridas y en todas las plazas. El

---

<sup>1030</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Los picadores, el riesgo y la farsa de la suerte de varas». *El País*, Madrid, 10 de marzo de 1982, p. 32.

presidente no necesita requerir atribuciones excepcionales: el vigente reglamento taurino le concede las adecuadas.

Mientras no desaparezca esta versión fraudulenta del primer tercio, siempre fundamental y muchas veces el más bello de la corrida, será imposible que haya toro de lidia. Los malos picadores, sus jefes de cuadrilla y la autoridad que hace el Don Tancredo cuando se producen los desmanes, le roban todos los días a la fiesta su razón de ser.<sup>1031</sup>

Y vuelve a la denuncia de los puyazos traseros en la feria de San Isidro de ese año 1982, reincidiendo en el vicio adquirido por los picadores de picar a los toros en los lomos y no en la zona del morrillo. Las heridas que en esa zona trasera de la anatomía de las reses se producen, recuerda el cronista, son terribles para el toro y nefastas para su posterior comportamiento. Así, Vidal denuncia que «los picadores castigan trasero a los toros, con lo cual les infringen tales heridas que incluso los pueden matar. Pero a los picadores les da lo mismo, y a todos los estamentos taurinos —incluidos los presidentes de las corridas— parece que también, pues esta alevosa y fraudulenta forma de hacer la suerte no sólo continúa, sino que va en aumento».

Acusa Vidal en este artículo una vez más a los picadores de malos profesionales, acomodados en la seguridad del caballo percherón que, junto a la muralla del peto, se convierten en un conjunto infranqueable para la práctica totalidad de los toros, que estrellan su fiereza inútilmente contra ese baluarte inexpugnable, y desde esa posición, además, ejecutan los puyazos con mala arte, para merma, aún más, de la bravura del toro:

#### **Los puyazos traseros**

Llevamos toro lo que va de temporada, la anterior y no se sabe cuántas más denunciando que los picadores castigan trasero a los toros, con lo cual les infringen tales heridas que incluso los pueden matar. Pero a los picadores les da lo mismo, y a todos los estamentos taurinos, —incluidos los presidentes de la corridas— parece que también, pues esta alevosa y fraudulenta forma de hacer la suerte no sólo continúa, sino que va en aumento. Buenos están los toros, “mírame y no me toques”, para que encima les peguen esos terribles lanzazos, que los acaban de desbaratar.

El monolítico e intocable gremio de picadores, que ya ganó en comodidad lo que jamás pudo imaginar cuando se aprobó el actual peto, aún quiere más ventajas, y el viene bien ésta de pegar atrás, donde el puyazo se agarra con mayor facilidad. Allí “todo es toro”, hay amplio espacio donde clavar, se frena la acometida de la res al sentirse gravemente herida, y si cabecea no importa, pues los derrotes van al peto.

---

<sup>1031</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «El toro ensangrentado». *El País*, Madrid, 7 de abril de 1982, p. 29.



La unánime y decidida oposición del público y la intervención de la autoridad podrían eliminar este atropello, que atenta contra todo el sentido de la lidia y, en definitiva, contra el espectáculo.<sup>1032</sup>

Es también relevante que el cronista ya no critica una actuación en concreto de algún picador, sino que generaliza su censura a la forma en la que desempeñan su oficio de manera habitual. Los picadores, por tanto, son de por sí, por su propia voluntad, muy malos profesionales.

Pero si la suerte de varas hecha desde ese «fortín» ya es de por sí abusiva, más lo es prolongar el castigo durante largo tiempo mientras el toro está embistiendo al peto. Ésta es otra de las prácticas habituales de los picadores, agarrar el primer puyazo, allá donde caiga, y castigar al toro en lanzazos interminables, tapando la salida<sup>1033</sup>, que desgastan y desangran sobremanera a las reses. El cronista no pasa por alto tampoco esta artimaña, y en septiembre de 1982, en la parte final de la temporada madrileña, publica una crónica bajo el título «Puyazos que valen por diecisiete» para denunciar esta tropelía. «En el recuerdo —se explica Vidal—, aquéllos toros históricos que recibían diecisiete varas o cuarenta. ¿Cómo serían aquellos toros, nos preguntamos muchas veces la afición y aquí, para soportar tanto castigo y continuar la lidia sin caerse? Por lo que vemos en la plaza de Madrid, serían, más o menos, como los de ayer y tantos días: toros de trapío y cuajo, bien criados. La diferencia notable no debía estar en el toro, sino en el caballo, en el peto y en la forma de hacer la suerte. Uno solo de los tres puyazos que recibió el segundo Núñez de ayer mientras empujaba inútilmente la muralla del peto, equivalía a diecisiete, y lo mismo otro de los que administró Canales al preciosos ejemplar de Terrubias»<sup>1034</sup>.

En mayo de 1983 un nuevo peldaño sube Joaquín Vidal en su denuncia, al señalar la posibilidad de que en las dependencias interiores de la plaza de toros de Las

---

<sup>1032</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Los puyazos traseros». *El País*, Madrid, 22 de mayo de 1982, p. 36.

<sup>1033</sup> En tauromaquia, la expresión «tapar la salida» quiere decir cerrar al toro aprovechando su querencia natural de manera que no pueda escapar de la suerte. El toro, cuando sale a la plaza tiene una querencia natural hacia la zona donde está la puerta por la que ha salido. Normalmente, los toros embisten siempre que se les cita hacia esa dirección. Para medir la bravura, el caballo de picar se coloca de manera diametralmente opuesta a esa querencia, así el toro está obligado a embestir a contraquerencia. Es la mayor prueba de bravura, que el toro se olvide de su querencia natural y embista con codicia en la dirección contraria. Sin embargo, en infinidad de ocasiones, una vez el toro ha entrado en la jurisdicción del caballo y está embistiendo el peto, el picador gira la cabalgadura y hace que la dirección de la embestida cambie. El toro, que embestía a contraquerencia, lo hace ahora a favor de querencia. El toro queda encerrado entre el caballo y las tablas de la barrera y embistiendo a favor de querencia. Esta forma de hacer la suerte, que si bien está legitimada para los toros que demuestran cierta mansedumbre y que no quieren embestir a contraquerencia, se convierte en un procedimiento habitual y abusivo ya que se tapa la salida natural de la res y se aprovecha para castigarla con dureza, con independencia de su condición de bravura, ya que en esa dirección normalmente siempre embisten y se emplean.

<sup>1034</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Puyazos que valen por diecisiete». *El País*, Madrid, 6 de septiembre de 1982, p. 22.

Ventas se esté utilizando algún tipo de droga, tanto para aplacar la fiereza de los toros como para reducir el nerviosismo de los caballos. De esta manera, los toros salen más débiles, menos peligrosos, y los caballos se vuelven más manejables. Al igual que en otros artículos tratados, un titular, «La droga», seco, cortante, llamativo, directo. «Al parecer, estos caballos de picar salen drogados al ruedo; luego en las dependencias de la plaza hay droga, lo cual es, por lo menos, inquietante»<sup>1035</sup>, indica el cronista.

En octubre de ese mismo año 1983 vuelve el cronista a cargar tintas contra el gremio de los picadores, acusándoles de ser los peores de la historia de la tauromaquia<sup>1036</sup>. Se atreve en este caso Vidal a denunciar la existencia de una mafia, de un conciliábulo que integra diferentes intereses y que estaría detrás de las tropelías que se llevan a cabo en el primer tercio. «Comentan por los mentideros taurinos (en corrillos y solapadamente) que hay una mafia en el primer tercio, la cual comparten picadores y contratistas de caballos. Del primer tercio siempre se ha dicho, con verdad, que es el angular del edificio de la lidia, y si se le degrada, toda ella queda degradada. Así sucedió ayer y así ocurre casi siempre», añade el cronista.

---

Veámos en una de las últimas referencias que Joaquín Vidal sospechaba de la utilización en las dependencias interiores de la plaza de toros de algún tipo de droga para tranquilizar tanto a los toros como a los caballos de picar, asunto que sirve para enlazar con el cuestionamiento permanente que hace el cronista de los entresijos que entre bastidores se producen. Del mismo modo, veámos que el encargado de la cuadra de picar de la plaza de toros de Las Ventas lamentaba que los caballos no llevaran protección suficiente. Así, junto al tema de los manguitos y la mala praxis de los picadores, en esta primera etapa está además la denuncia contra el intervencionismo que lleva a cabo el contratista de caballos de la plaza de Las Ventas, Eduardo Vallejo, *El Pimpi*. En este sentido, se desconoce el por qué de la ojeriza de Joaquín Vidal contra este sujeto que, a buen seguro, intentaría hacer su trabajo de la mejor manera posible y de la mejor manera posible proteger también a sus caballos. Sin embargo, su fuerte carácter y su voluntad absoluta de controlar todos los movimientos que se realizan en el tercio de varas incomodan al cronista, y le convierten a sus ojos y de parte de la afición en un elemento indeseable con un poder excesivo. Tal es así que hasta lleva su nombre a

---

<sup>1035</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «La droga». *El País*, Madrid, 28 de mayo de 1983, p. 37.

<sup>1036</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Los peores picadores de la historia». *El País*, Madrid, 17 de octubre de 1983, p. 29.

los titulares de varios artículos y crónicas, siendo el primero de ellos una tribuna publicada en el mes de junio de 1977:

### **Un monosabio que ordena y manda**

Un monosabio acostumbra a dar la nota durante los primeros tercios en la plaza de Las Ventas. Dicen que es el Pimpi. El Pimpi; casi nadie al aparato. ¿De qué autoridad está investido? Alguien de la empresa o del palco debería contestar esta pregunta. Sabríamos así por qué se le consienten los desmanes, todos los días, desde hace años.

En la novillada del Corpus —como tantas veces—, lejos de servir a los picadores, como es su obligación, les chillaba, les daba órdenes, hasta les señalaba dónde quería que se colocaran. Lo hacía con ostentosos gestos. La gente, muy harta, protestó estos desafueros, pero es lo práctico que intervenga la autoridad, para cortarlos de raíz. El día de los *Garciarromeros*, en la feria (otro ejemplo, entre muchos) intervenía en la mismísima suerte de varas: mientras el toro romaneaba por un lado, él romaneaba por otro. El objetivo debía ser salvar al caballo de la caída, porque dicen que el *Pimpi* es el contratista de caballos de la plaza. Pues que opte por un oficio o por otro. El pluriempleo tampoco está bien en la fiesta.<sup>1037</sup>

Ese poder que según Vidal tiene asignado y asimilado El Pimpi hace que el funcionamiento y desarrollo de la Fiesta en la plaza de Madrid dependa de su trabajo. Al menos eso es lo que el cronista transmite cuando le vuelve a dedicar un artículo completo, esta vez en junio de 1978, en el que argumenta las razones de su acusación. El Pimpi tiene poder, un poder del que es culpable la empresa de la plaza porque de ella depende la cuadra de caballos, y ese poder se traduce en malas lidias que están sujetas, por un lado, al celo excesivo del que durante los tercios de varas hace gala y porque es propietario, según el cronista, de un conjunto de caballos de picar pésimo, sin las condiciones mínimas exigibles para responder a la exigencia de la suerte más importante. Además, Vidal se atreve a lanzar la acusación de que El Pimpi droga a los caballos antes de que estos salgan a la plaza:

### **Toda la lidia, y la misma fiesta, en manos del contratista de caballos**

[...] Sin embargo, quizá lo que en realidad sucede en la plaza de Las Ventas es que hay una lucha soterrada entre la labor de selección y crianza de los ganaderos, y las medidas que marca la cuadra de caballos de picar. La empresa, en clara dejación de las funciones que le son obligadas por reglamento, ha delegado este aspecto del espectáculo, pese a ser crucial, en manos del contratista de caballos, El Pimpi, quien

---

<sup>1037</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Un monosabio que ordena y manda». *El País*, Madrid, 18 de junio de 1977, p. 41.

defiende su negocio a espaldas del necesario equilibrio que debe existir en el toreo.

Tampoco habría que condenarle por esto. De un contratista de caballos que pretende hacer rentable su contrata (y eso es lo único que le importa) no hay que exigir quinta esenciados y románticos propósitos de defender la fiesta. La exigencia ha de ir forzosamente a la empresa, de la cual el reglamento dice explícitamente que es la única responsable de la cuadra de caballos de picar, tenga o no concertada la contrata; a los veterinarios, que son los encargados del reconocimiento facultativo de los caballos, y a la autoridad, en quien recae la difícil pero al tiempo indeclinable misión de que el reglamento se cumpla.

Hasta la saciedad (y hasta el tópico) se ha repetido que el primer tercio —suerte de varas— es el fundamental de la lidia (por tanto, de todo el espectáculo), y resulta que en Madrid, la *primera plaza del mundo*, este tercio está en manos de El Pimpi. Y pues El Pimpi utiliza unos caballos cuyo peso rebasa la media tonelada (los tiene próximos a los seiscientos kilos), que con el peto y el picador se ponen en cerca de doscientos más, no hay toro (o es difícil encontrarlo) que pueda resistir, ni siquiera con remotas posibilidades de equilibrio, el castigo y la prueba de la bravura. Y pues tales caballos carecen además de doma —trabajan con el cuello y la espalda, no con la boca; doblan mal o no doblan, se limitan a caminar adelante y atrás—, los buenos picadores no tienen forma de ejecutar la suerte como es debido.

Pero hay un factor aún más sutil y peligroso en todo este planteamiento: para suplir la falta de doma de los caballos y hacerlos de alguna manera manejables, el contratista los droga. Según nos informan, es poco antes de salir al ruedo cuando les inyecta un somnífero, que, al parecer, se expende en farmacias previa presentación de receta. Por qué procedimiento el contratista consigue los inyectables es algo que no hace ahora al caso, pero entendemos resulta por lo menos *delicado* que en una plaza de toros, en día de corrida y horas antes de la señalada para su comienzo, circulen por sus dependencias unos fármacos sin otro control que el que pueda ejercer, sobre los mismos, el contratista de caballos. [...]<sup>1038</sup>

Y no termina ahí esta andanada contra El Pimpi, ya que apenas una semana después le vuelve a dedicar tribuna en la que denuncia la actitud desafiante que el personaje mantiene con parte del público de la plaza que le recrimina su exceso de autoridad. Su papel, que debiera ser discreto, se transforma muchas tardes en protagonista, con ese estilo bullanguero que no pasa desapercibido a Vidal y que le saca de sus casillas:

---

<sup>1038</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Toda la lidia, y la misma fiesta, en manos del contratista de caballos». *Art. Cit.*, p. 50.

### **A El Pimpi no hay quien lo pare**

A las intervenciones antirreglamentarias durante la suerte de varas *El Pimpi*, contratista de caballos de la empresa de Las Ventas, que hace también de monosabio, añade una actitud insolente con el público. Y así un día y otro. En la novillada de feria dirigía la lidia de la forma que ya contamos aquí, en la crónica correspondiente. Durante la corrida de Beneficencia se encaraba con el público de tendido mediante palabras y ademanes provocadores. El día de la corrida de la Prensa sujetaba los caballos o los empujaba para contrarrestar la fuerza del toro. Y luego profirió ofensas irreproducibles contra la profesión periodística, dirigidas a unos compañeros, quienes hacían su trabajo informativo, sin meterse con nadie, en la delantera baja del 3.

El domingo no corrigió sino que aumentó estas actitudes intolerables y de nuevo sujetaba a los caballos por el bocado durante la suerte, insultaba al público, alborotaba por el callejón. Parece como si este robusto caballero operara desde la impunidad, por lo que empezamos a sospechar que no hay quien lo pare.<sup>1039</sup>

En cualquier caso, esta campaña contra El Pimpi que se prolongará durante varios años no deja de ser algo casi anecdótico, una curiosidad interesante que conviene resaltar y que permite entender un poco mejor el funcionamiento de la plaza de toros de Las Ventas durante los últimos años de la década de los setenta y buena parte de los ochenta. Las referencias al contratista de caballos se irán diluyendo poco a poco, ya no habrá más artículos específicos contra él ni aparecerá su nombre en los titulares de las crónicas, sin embargo en la primera parte de los años ochenta se encuentran varios textos en los que su figura aparece señalada por la crítica de Joaquín Vidal. Sirva para cerrar este tema lo expuesto por el crítico en un festejo de finales del mes de febrero de 1983 en la plaza de toros de Las Ventas, donde vuelve a señalar con el dedo a ese sórdido personaje y donde además vuelve a denunciar el uso de los antirreglamentarios manguitos visto anteriormente. «Por lo demás, la debilidad del ganado era sospechosa, inquietante la presencia activa de El Pimpi en los primeros tercios, e intolerable que los caballos de picar llevaran manguitos»<sup>1040</sup>, escribe Vidal.

#### **6.2.2.1.b. Lucha sin cuartel contra la «acorazada de picar», (1984-1993)**

Esta segunda etapa en la denuncia de Joaquín Vidal hacia los picadores queda delimitada entre el año 1984 y el año 1993, y es, sin duda, la época más relevante y más

---

<sup>1039</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «A El Pimpi no hay quien lo pare». *El País*, Madrid, 21 de junio de 1978. p. 38.

<sup>1040</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Los novilleros pasaron con dificultades el control de calidad». *El País*, Madrid, de febrero de 1983, p. 30.

interesante de esta lucha emprendida por el cronista en contra de la mala praxis instaurada en el primer tercio. En estos años se concentra la proporción de referencias más alta, sumando un total de 263 textos —aproximadamente el 40% del total de los textos analizados en toda su trayectoria— en los que la suerte de varas, de una u otra forma, aparece citada. Si bien son los años 1984, 1985, 1986 y 1987 los más relevantes en cuanto a número de referencias, destaca por encima de los demás el año 1986, en el que se concentran hasta 50 referencias, de las cuales 9 son artículos o tribunas dedicados en exclusiva al tema, 41 crónicas en las que hace algún tipo de referencia y, dentro de éstas, 9 llevan titular específico sobre la suerte de varas y por tanto ésta es el argumento principal.

**RELACIÓN DE REFERENCIAS ENCONTRADAS PARA EL ANÁLISIS ENTRE ENERO DE 1984 Y  
DICIEMBRE DE 1993**

AÑO	Artículos/Tribunas específicos	Artículos/Tribuna en los que hace mención	Crónicas en las que hace mención	Crónicas con titular específico	Suerte bien hecha	Otros	Total
1984		4	29	8	1	1	34
1985	2	3	28	5		2	35
1986	8	1	41	9			50
1987	9		33	3	1	3	45
1988	1		16	1		2	19
1989		1	15		1		16
1990		1	14	2	2		15
1991	1		10	2			11
1992	2	1	20	4	1		23
1993			15	1	1		15
TOTAL	23	11	221	35	7	8	263

Las líneas de denuncia son similares a las de la etapa anterior, con la censura a nivel general del colectivo de picadores, los denuestos hacia los puyazos traseros así como hacia el habitual uso de los llamados «manguitos». La fórmula también se mantiene, y ofrece un paralelismo entre crónicas y artículos de opinión, es decir, las tribunas van normalmente vinculadas, o son reacción, a lo ocurrido en alguno de los festejos de los que el cronista ha publicado su crítica y frecuentemente se centran en lo que ocurre en la plaza de toros de Madrid y sobre todo en el espacio de tiempo que abarca la feria de San Isidro. Pero si algo caracterizó la lucha de Joaquín Vidal contra el abuso que se producía en el primer tercio de la lidia fue la utilización del término «acorazada de picar» o similares a partir del año 1984. Suponía la comparación del

conjunto formado por caballo y jinete con un elemento bélico de gran poder destructor. En la crónica publicada el sábado 2 de junio de ese 1984 sobre un festejo perteneciente a la feria de San Isidro de ese año utiliza «brigada acorazada»<sup>1041</sup>, es la primera referencia específica que compara a los picadores con un grupo armado de carácter castrense y destructivo, posteriormente, la expresión «acorazada de picar» tomará carta de naturaleza como tal el 23 de julio de 1984<sup>1042</sup> también en un festejo celebrado en la madrileña plaza de Las Ventas.

Otras expresiones de ese jaez que rodean a las citadas se localizan durante los meses de mayo, junio y julio de ese mismo año: el 16 de mayo utiliza «pasar por las armas»<sup>1043</sup>, el 17 de mayo, «guateada coraza»<sup>1044</sup>, el 22 de mayo utiliza de nuevo «pasar por las armas»<sup>1045</sup>, el 3 de junio, «son la Brunete»<sup>1046</sup>, el 11 de junio, «división acorazada»<sup>1047</sup>, el 11 de julio, «blindados con castoreño»<sup>1048</sup>, y el 13 de julio «la blindada de picar»<sup>1049</sup>.

Todas esas fórmulas, como se afirmaba, son antecedentes y complementarias del término más habitual y reconocido de «acorazada de picar», pero posteriormente volverá a utilizar terminología bélica similar. Así, en el repaso de sus textos se hayan expresiones de este tipo que se deben añadir a las anteriormente citadas: «acorazada de la muerte», «acorazado jaco», «acorazado percherón», «acorazada feroz», «percherones acorazados», «acorazados destructores», «cuadrúpedos acorazados», «acorazados», «acorazado individuo», «jamelgo acorazado», «caballo(s) acorazado(s)», «artefacto de picar acorazado», «ingenio acorazado», «picador(es) acorazado(s)», «unidades acorazadas», «mortífera acorazada», «fortaleza acorazada», «artificio acorazado», «acorazada ecuestre», «caballería acorazada», «jinete acorazado», «plaza(s) acorazada(s)», «matarifes acorazados», «instrumental acorazado», «acorazada sanguinaria» y «unidad acorazada» entre otros.

En el análisis se han encontrado un total de 192 referencias de esta terminología, siendo tres años claves, 1986, 1987 y 1995, con 22 referencias en cada uno, los que más

---

<sup>1041</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Cogida de Ángel Teruel». *El País*, Madrid, 2 de junio de 1984, p. 30.

<sup>1042</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Cogida menos grave de Curro Caro». *El País*, Madrid, 23 de julio de 1984, p. 25.

<sup>1043</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Los puyazos traseros». *El País*, Madrid, 16 de mayo de 1984, p. 36.

<sup>1044</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Ambiente de becerrada». *El País*, Madrid, 17 de mayo de 1984, p. 38.

<sup>1045</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «De momento, calabazas». *El País*, Madrid, 22 de mayo de 1984, p. 36.

<sup>1046</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Dejen salir». *El País*, Madrid, 3 de junio de 1984, p. 46.

<sup>1047</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «La dictadura de los picadores». *El País*, Madrid, 11 de junio de 1984, p. 35.

<sup>1048</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «El toro es lo de menos». *El País*, Madrid, 11 de julio de 1984, p. 27.

<sup>1049</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «La blindada de picar». *El País*, Madrid, 13 de julio de 1984, p. 28.

registros ofrecen, y que coinciden con los años de más beligerancia del autor en cuanto al número de referencias encontradas. En lo que se refiere al periodo analizado en este apartado entre 1984 y 1993, son 111 las referencias, con esos años 1986 y 1987, a la cabeza y el año 1994 con el menor número, ya que sólo se registran 4 textos en los que expresa terminología de este tipo. .

La primera vez que lleva esta terminología al titular de una crónica es en la referida anteriormente de «La blindad de picar», sobre un festejo celebrado en la plaza de toros de Pamplona durante la feria de San Fermín de 1984, posteriormente, serán otras doce las ocasiones en las que estos vocablos estén presente en los titulares de la crónicas.

#### UTILIZACIÓN DE TÉRMINOS IGUAL O SIMILARES A «ACORAZADA DE PICAR» ENTRE 1984 Y 2002

AÑO	FECHAS	TOTAL
1984	02-06/03-06/11-06/11-07/13-07/23-07 <sup>1050</sup> /27-07/21-08/23-08/24-08/27-08/15-09/17-09	13
1985	09-02/27-04/24-06/07-07/26-08	5
1986	10-03/16-03/28-04/10-05/20-05/29-05/02-06/09-06/16-06/30-06/08-07/10-07/12-07/13-07/14-07/15-07/21-08/08-09/12-09/13-09/22-09/20-10	22
1987	17-03/30-03/28-04/30-04/01-05/18-05/20-05/21-05/24-05/25-05/26-05/28-05/30-05/03-06/20-07/28-07/19-08/20-08/21-08/14-09/27-09/12-10	22
1988	06-02/15-03/18-03/19-03/15-04/22-04/24-04/16-05/19-05/02-06/08-07/15-08/16-08/27-08	14
1989	19-04/03-05/14-05/16-05/30-05/31-05/15-07/17-07/30-07/28-08/01-09/08-10	12
1990	15-03/18-03/23-05/30-07/22-08/06-09/14-09	7
1991	06-02/01-04/04-05/01-06/04-06/26-07/21-10	7
1992	04-05/11-05/22-05/01-06	4
1993	16-03/04-05/09-05/14-07/22-08	5
1994	07-02/12-04/13-04/26-04/27-05/06-06/09-06/10-06/30-07/26-08/24-10	11
1995	17-04/18-04/25-04/30-04/19-05/24-05/25-05/31-05/09-06/26-06/11-07/16-08/21-08/23-08/24-08/25-08/30-08/31-08/01-09/12-09/29-09/30-09	22
1996	19-03/18-04/20-04/30-04/13-05/17-05/25-05/06-06/13-10	9
1997	22-04/26-05/06-06/21-07/01-09/21-09/13-10	7
1998	09-03/30-05/31-05/02-06/17-08/20-08/27-08/02-09/09-09	9
1999	05-02/20-03/24-05/29-05/31-05/21-06/09-07/11-07/12-07/22-08/14-09/17-09	12
2000	19-03/02-04/25-04/28-04/04-05/09-05/14-05/29-05/01-10	9
2001	08-06/10-06	2
	TOTAL REFERENCIAS ENCONTRADAS	192

Pero como se afirmaba, la utilización de estos juegos de palabras va unida con las denuncias que ya pusiera en práctica en el periodo anterior y que centran la acusación del cronista en la brutalidad de los puyazos traseros. Durante la celebración de la feria de San Isidro de 1984, Joaquín Vidal repite titular, utilizando el que encabezaba una crónica citada en el apartado anterior de mayo de 1982, «Los puyazos traseros», para denunciar de nuevo la gravedad que supone este tipo de agresiones en la motricidad de las reses. En este artículo, con su habitual dureza para censurar la

<sup>1050</sup> Primera vez que utiliza la expresión completa “acorazada de picar”.



tropelía, encontramos el prelude de lo que será la nueva forma de denominar a los picadores, ya que en un momento del mismo, indica que éstos pasan por las armas a los toros. Fórmula de descripción bélica, que a partir de aquí adquirirá nuevos y sugerentes matices, convirtiéndose en una constante de sus crónicas. También el cronista arremete contra la autoridad, los presidentes de los festejos, a los que acusa de inmovilismo, de hacer de *Don Tancredo*<sup>1051</sup>, y no emplear su facultad sancionadora para que estos desmanes no se produzcan:

### Los puyazos traseros

Para estofado dejan los picadores a los toros. Por los lomos atrás les pegan lanzazos, con vocación carnicera e intenciones de abrirlos en canal. Así picaban ayer, una vez más, los individuos del castoreño.

Algo dice el reglamento sobre cómo deben proceder los individuos del castoreño, pero el presidente, que es el encargado de que el texto legal se cumpla, no dice nada. Tal y como se le ve en palco haciendo el *Don Tancredo*, posiblemente es que no tiene nada que decir.

Ahora que se habla de la reforma del reglamento, es momento de proponer nuevas normas. Una de ellas sería que los picadores, después de pasar por las armas a los toros, tiren de una navaja cabriterera para despellejarlos y descuartizarlos.

Lo que suele ocurrir con los toros pasados por las armas es que llegan al último tercio triturados y sin ganas de embestir, y si embisten, es de mal talante. Así hacían los serios Murteira<sup>1052</sup>.

Se refería al principio de este apartado que es el día 2 de junio de 1984 cuando el término «acorazada» —«brigada acorazada» escribía el cronista— aparece por primera vez en el discurso de Joaquín Vidal. Un lenguaje belicoso que va en aumento de manera progresiva e imparable, y pocos días después, en una novillada de temporada de la plaza de Las Ventas, sube un grado en la denuncia, llamando a los picadores «división acorazada» y calificando su proceder en el titular como dictadura. Recuerda en este artículo por enésima vez la relevancia y trascendencia del primer tercio para después verter todas las acusaciones sobre la mala praxis que está extendida en esta importante suerte, acusando al gremio de los picadores, una vez más, de ejercer un ejercicio dictatorial sobre el espectáculo, ya que de su cometido pende todo el desarrollo del mismo. Aprovecha de nuevo para censurar la función del presidente de la corrida —al que acusa de no tener ni afición ni autoridad y al que vuelve a calificar de Don

<sup>1051</sup> La expresión «hacer el Don Tancredo» en relación a no moverse, no hacer nada, deriva de las exhibiciones que a partir de 1900 y durante los primeros años del siglo XX, realizaba un tal don Tancredo López, natural de Valencia, consistentes en subirse en un pedestal en medio del ruedo, y desde ahí, caracterizado como si de una estatua se tratara, absolutamente inmóvil, esperar la salida del toro que, normalmente, pasaba por su lado sin hacer caso a su figura.

<sup>1052</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Los puyazos traseros». *Art. Cit.*, p. 36.

Tancredo— que, como siempre, se mostró inane ante semejante brutalidad, algo que le cuesta entender porque se presupone que la Fiesta debe tener un control claro, explícito, expeditivo, para que no se produzcan ni fraudes ni abusos. La crudeza en la denuncia practicada por Vidal —uno de los muchos textos suyos que podría estar firmado por cualquier persona contraria a las corridas de toros—, aumentada por la fotografía que acompaña al texto en la que se ve a un toro caído, derrumbado, junto al caballo de picar y aún así el picador sigue clavándole la puya, pone de manifiesto ese particular énfasis que el cronista tiene para combatir y deslegitimar lo que él considera una barbarie:

### **La dictadura de los picadores**

Alguien dijo con mucha sabiduría que el primer tercio es el fundamental de la lida. La lidia, toda la corrida, depende, en efecto, de cómo se ha el primer tercio, y en esta época degenerada de la fiesta que vivimos, la dictadura de los picadores la ha convertido en carnicería y desastre. Ayer, en el mano a mano de Las Ventas, que había despertado gran expectación, una vez más. Los toreros del mano a mano defraudaron, porque estuvieron mal. Pero todo el espectáculo estuvo mal por la culpa de unos picadores cuyo ejercicio consiste en destrozarse a los toros con alevosos puyazos traseros. Desde el catafalco en que se encaraman cometen la fechoría, y las cuadrillas de a pie se quedan tan frescas —quizá porque les complace que destruyan al toro—, pero se queda tan fresco también el señor del palco, que es un funcionario sin afición ni autoridad, y contempla estos atropellos haciendo el *Don Tancredo*.

Basta ver a los picadores en el paseíllo. Avanzan en formación cerrada, cimeros del inexpugnable bastión de sus enaguados percherones. Son la división acorazada. La fuerza que manejan es superior a la del toro. Y cuando éste cae en sus manos, lo crujen espinazo atrás; allí donde podrían matar. Muy frecuentemente hacen la carnicería no en el momento que dicen “de detener”, sino cuando tienen al toro a su merced, bajo la bota de hierro, enredado en el peto, espantado e inmóvil; y eligen sitio para clavar la puya, y el sitio que eligen es precisamente donde desgarran zona vitales.

Un picador, ayer, llegó a derribar al toro, y aunque lo tenía en el suelo, indefenso, seguía alanceándole. Nada se sabe que esta forma de proceder, ni las otras, haya merecido multas o severas advertencias de los presidentes, ni de nadie. Más bien se sabe que los picadores ejercen impunemente su dictadura, con la que convierten en sórdida peripecia lo que siempre fue ordenado, emocionante y bello juego de la lidia. Salió la novillada con casta, y su potencia empezó a romperse en esos crueles primeros tercios.<sup>1053</sup>

---

<sup>1053</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «La dictadura de los picadores». *Art. Cit.*, p. 35.

La crónica está acompañada por una terrible imagen de Alfredo García Francés<sup>1054</sup> que certifica la brutalidad de ese picador que sigue picando a un toro que se ha derrumbado en el peto y que certifica, también, que la denuncia sostenida por Joaquín Vidal en contra del conjunto de picadores es real y no fruto de su inquina hacia el gremio:



GARCÍA FRANCÉS  
Un picador derribó de un puyazo al novillo, y aunque lo tenía indefenso en el suelo, siguió picando.

Los términos «acorazada», «división acorazada» o «acorazada de picar» formarán parte de ahora en adelante de la nomenclatura de la denuncia a la suerte de varas y a los picadores que la practican, que ya no serán tratados —salvo contadas excepciones— como la parte esencial de la lidia, sino como el principal elemento destructor de la misma.

Como queda señalado al principio de este apartado, el 13 de julio de 1984 lleva por primera vez el término «blindada de picar» al titular de una crónica, texto que aprovecha para la denuncia minuciosa, más reposada en este caso, sin los términos de agresividad que ya se han visto y que son más habituales. El festejo en cuestión, celebrado en la plaza de toros de Pamplona durante la feria de San Fermín de ese año, y particularmente lo acontecido en el primer tercio, sirve al cronista para desarrollar toda su teoría sobre cómo está funcionando y se está deteriorando la lidia y la propia Fiesta en este periodo:

---

<sup>1054</sup> Fotografía de GARCÍA FRANCÉS, A. «Un picador derribó de un puyazo al novillo, y aunque lo tenía indefenso en el suelo, siguió picando». *El País*, Madrid, 11 de junio de 1984, p. 35.

### La blindada de picar

Llevamos 36 toros en la feria; ninguno ha derribado. La fiesta está hecha a la medida de la blindada de picar. No es que el espectáculo haya de sustanciarse en los individuos del castoreño pegándose costaladas (o quizá sí lo pretende alguien, para vengar la prepotencia de estos caballeros). Se trata de que el toro tenga la fortaleza debida y de que en la fundamental prueba de varas pueda crecerse al castigo. Los mencionados individuos del castoreño parecen jinetes de unos percherones excesivos, que si no los prohíbe el reglamento, debería prohibirlos el sentido común. El de arriba, protegido de pata de hierro, con estribos tipo caldera, del mismo material; el abajo, forrado de guata espesa y pesadísima, sus manguitos, sus artilugios. A estas unidades blindadas los toros no pueden ni moverlas, y derribarlas, ni en el más calenturiento sueño que hayan podido traer de la dehesa.

Turulato el toro tras estrellarse en la blindada, sería lógico que los picadores le clavaran la puya en el lugar exacto que manda la tauromaquia, precisamente en el morrillo. Pues tampoco: les da la gana clavarla en la almohadilla torso-lumbar, o más atrás aún, con mayor frecuencia, donde devastan moscas, parásitos, piel, músculo, costillas, órganos vitales, lo que caiga bajo el barreno alevoso.

Los toreros de a pie parecen complacerse con esta carnicería, pues lo que más les gusta a los toreros de a pie de la época taurina actual es que les quiten fuerza a los toros. Lo cual no quiere decir que esos toros queden idóneos para el resto de la lidia, pues lo más normal es que salgan de la refriega con corta arrancada, echen la cara arriba y les afloren unos resabios de manso que no corresponden a su crianza. Porque el toro, aún bravo, de la prueba de varas, donde no ha podido crecerse al castigo ni hacer valer la hegemonía de su casta, sale derrotado y humillado.

Da lo mismo que salten a la arena torazos, como los del marqués de Domecq ayer en Pamplona, porque la lidia se destruye ahí, en la artera prepotencia de la blindada de picar. Los torazos del marqués tenían casta, y bravura, menos. Fuerza verdadera no tenía ninguno, y si algún ejemplar la llevaba dentro, se la desbarataron los del castoreño con sus crueles barrenazos. [...] <sup>1055</sup>

En la feria de julio de Valencia de ese mismo año 1984 retrata con su particular estilo ese trabajo destructor de los picadores, con un rotundo titular «Asesinato en varas», que, por un lado, humaniza al toro, un toro que ya no es sacrificado en el rito secular de lidia, sino asesinado de manera vil, sin ninguna opción de demostrar su capacidad de lucha; y por otro sirve de acusación al gremio de picadores, que ya no son los adláteres de la correcta lidia, sino los dictadores de la misma y que además hacen gala de un particular sadismo y de esa voluntad asesina. «Los individuos del castoreño, un gremio cerrado en sus propios intereses, cuya defensa sustancian en la musculatura

---

<sup>1055</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «La blindada de picar». *Art. Cit.*, p. 28.

de que hacen gala, forman la acorazada de picar, que ahora es la acorazada de asesinar. De asesinar toros, por supuesto, pero de paso asesinan al propio espectáculo, a la fiesta misma. Y les da igual. Qué les importa a ellos, si satisfacen su pasión carnicera desde la impunidad más absoluta, aupados en un percherón forrado de guata que no hay toro capaz de mover, y ni la autoridad, ni los jefes de cuadrilla, se atreven a reprocharles la fechoría»<sup>1056</sup>, escribe Vidal.

Y como este año 1984 es prolífico en denuncias y descripciones terribles de la suerte de varas, se deben consignar en este trabajo dos nuevas referencias sobre la brutalidad descritas por Vidal. Ambas en la plaza de toros de Bilbao, durante la celebración de las Corridas Generales en el mes de agosto, donde, en primer lugar, los toros de la ganadería de Ramón Sánchez lidiados en la primera corrida de la feria reciben todo el castigo posible por los individuos barbarizados que hacen de picadores. Destáquese en este caso las similitudes de los utensilios de picar con armamento bélico: jinete y caballo-artefacto bélico; puya-misil, y sobre todo la reafirmación de que la ejecución carnicera de la suerte responde a una intencionalidad premeditada de quien la practica:

#### **La acorazada de picar entre en Vista Alegre**

La acorazada de picar es ese artefacto bélico formado por percherones estúpidos, bárbaros que los encaraman, guatas, hierros, arma que fue puya y ahora es misil; y toda la mala idea del mundo. La acorazada de picar está hecha la mitad de armamento y utillaje, la otra mitad de mala idea.

Cuando el bárbaro que se encarama en estúpido percherón lanza su misil, arrasa cuanto haya sobre el toro, en el toro, bajo el toro. El toro se cree que la ha pasado por encima un tren. El bárbaro apunta a la mitad geométrica del toro y clava por allá más o menos, frecuentemente tirando hacia la penca del rabo. En el ataque, se lleva por delante pelo, pellejo, seis moscas zumbonas, una colonia de garrapatas, músculos, vértebras, espina dorsal, cuarto kilo de pulmón. Lo que haga falta se lleva.

Aquella frase clásica aplicable al toro picado que decía «le cae la sangre hasta la pezuña», ha caído en desuso con la acorazada de picar. Con la acorazada de picar, los toros sangran por la barriga hasta el meano, y a poco que se les continúe permitiendo a los bárbaros que encaraman percherones estúpidos lanzar sus misiles donde les venga en gana, los toros sangrarán hasta la pezuña, pero de la pata trasera. [...]»<sup>1057</sup>

---

<sup>1056</sup> VIDAL VICARRO, J. «Asesinato en varas». *El País*, Madrid, 27 de julio de 1984, p. 23.

<sup>1057</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «La acorazada de picar entre en Vista Alegre». *El País*, Madrid, 21 de agosto de 1984. p. 19.

La segunda referencia un par de días después, y en este caso las reses pertenecen a la ganadería de Eduardo Miura, en un festejo en que, además, asiste como espectador el lehendakari Carlos Garaikoetxea. Si el titular es de por sí suficientemente descriptivo, lo son más las explicaciones sobre el derramamiento de sangre que se produce por la anatomía de los toros de la citada ganadería. El matiz interesante de esta crónica es la aplicación de conciencia sádica a los picadores, al entender Vidal que disfrutaban provocando semejantes heridas en la piel de las reses. Y de nuevo, la certificación que los citados individuos clavan la puya en esa delicada zona que se encuentra justo por detrás del morrillo, en la zona del lomo alto, incluso más atrás, donde la heridas y el sangrado son terribles:

### **El deporte de triturar miuras**

Los picadores trituraron a los miuras, se supones que cumpliendo las órdenes de sus jefes de cuadrilla o por lo menos con su beneplácito. Los miuras salían turulatos de cada vara y del tercio, moribundos. Unos tenían gran trapío y poder, lo cual explica, aunque no justifica, que los molieran a lanzazos. Otros, en cambio, ya estaban tullidos cuando plantaron por primera vez la pezuña en la negrura del ruedo y no se entiende a qué se debía que los descuartizaran desde el caballo. Sería por deporte.

A la vista de lo sucedido, debe producir placenteras sensaciones desollar un miura a puyazos. A los cinco que se lidiaron se les ensangrentaba media capa o más en cuanto les pegaban el primero. Un reguero de sangre corría en canal por el lomo hasta la penca del rabo, y otros les caían costillares abajo en amplias franjas, bragándoles en escarlata. De los hoyos que producía cada lanzazo, todos ellos mucho más atrás de la almohadilla dorso lumbar, la sangre manaba a borbotones.

El sexto apareció cojo y así lo denunció el público, con grandes aspavientos y mayores gritos. Qué disgusto había en el tendido. A la afición le iba a dar algo. El presidente parecía no estar de acuerdo; para el presidente, el miura no estaba cojo, sino que andaba con chulería. En realidad, cojo o chulo, se trataba de un gran toro, por su bravura y nobleza. Al picador le dio lo mismo la bravura, la nobleza, la cojera, y el lendakari que lo estaba viendo, pues se dedicó al deporte de triturar al miura desde la impunidad de su cabalgadura acorazada y lo dejó chorreando sangre por todos los lados. [...]

La nobleza del toro quedó un poco desvaída por los horribles boquetes que le habían hecho en los lomos, y Niño de la Capea volvió a sumar pases sin sentido lidiador, para acabar rematándolo de una cuchillada en los costillares. [...]

El primero era de Murteira, al que, faltaría más, desolló vivo la acorazada de picar. [...]La miurada pudo ser y no fue un gran espectáculo. Ni lo será nunca, mientras las cuadrillas se dediquen al

deporte de triturarla. Un deporte que, además, no es olímpico, ni nada.

1058

Y si en artículos de temporadas anteriores veíamos que Joaquín Vidal se refería a los picadores como «carniceros» o «revientatoros», en abril de 1985 les añade un nuevo calificativo: «matarifes». Así titula Vidal la crónica del festejo celebrado el día 26 de ese mes durante la feria de Sevilla y así describe el trabajo de los picadores durante la función, en un texto que le sirve para recordar lo abusivo que resulta enfrentarse al toro desde un caballo desproporcionado en tamaño y protección que, a todas luces, resulta infranqueable para el toro y desde el que se aprovecha para cometer la tropelía habitual de picar fuera de la parte del morrillo, lugar donde debe ser realizada la suerte:

### **Los matarifes**

Los toros de Gabriel Rojas llegaron aplomados al último tercio. No se sabe si fue porque la casta no les daba para más o porque los destrozaron en varas. Posiblemente fue por este segundo motivo, pues en varas se comportaban como bravos y algunos como muy bravos. Cuanto más bravos parecían, más les metían hierro los picadores, que renunciaban a ejercer con arte su oficio para abrazar con pasión el de matarifes. En la crisis de la fiesta la culpa mayor la tiene esta grey de subalternos, que de la razonable protección a su persona y de la función de castigo que desempeñan en la lidia, han pasado al abuso, y ya no se protegen, sino que se acorazan, y ya no castigan al toro sino que lo matan. Aupado en un pedazo jamelgo que parece un cuarto de estar, sobre cuyos lomos cabría el televisor y un tresillo; envuelto el pedazo jamelgo en guatas de tal superficie, grosor y resistencia que las deben fabricar en Altos Hornos de Vizcaya, desde la impunidad de su bunker el picador mete caña, que es hierro, y la mete por el espinazo atrás del toro, que sale del encuentro convertido en salmorejo.

Después de estos sucesos, el torero porfía unas embestidas que no existen, pues el toro lamenta haber nacido y lo que quiere es morir. Al público, igual ayer que cualquier otro día, le da entonces por lamentar el infortunio del torero, y yerra, pues el torero es también culpable y casi siempre el que indica al picador que le descuartice la pieza. Se sospecha que esa fue la comanda de Curro Romero para dar cuenta del cuarto, al ver de cerca —no muy cerca, por cierto— su importante arboladura. Escapó el toro del sacrificio chorreando sangre, no por la pezuña, como sucede cuando el puyazo está en lo alto, sino por la barriga y hasta por la penca del rabo. Y nada más olisqueó los cuatro precavidos muletazos que le apuntaba el faraón desde la distancia, se tumbó cuan largo era. Lo

---

<sup>1058</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «El deporte de triturar miuras». *El País*, Madrid, 23 de agosto de 1984, p. 19.

levantaron tirándole del rabo simplemente para que el artista vestido de azabache y oliva lo acabara de trinchar. [...] <sup>1059</sup>.

Como se podía comprobar, en opinión de Joaquín Vidal los picadores son los máximos responsables de la crisis que atraviesa la Fiesta. Su papel condiciona de tal manera el desarrollo del espectáculo que éste queda transformado y casi irreconocible. La acción de picar al toro, perdido el riesgo inherente de su origen, es un abuso carente de mérito y de belleza. El toro sale moribundo de la pelea y lo que se haga con él a continuación no tiene ya ningún valor.

Durante la feria de San Isidro de ese año 1985, Vidal se muestra especialmente combativo, y son varios los artículos y crónicas contrarios al actual trabajo de los picadores. En su estilo habitual, el primero de ellos está titulado de manera llamativa: «Picar no es matar», y en el texto, esa denuncia a la continuada agresión que sufre el toro en esa suerte intencionadamente mal hecha que debilita tanto su vida. Evidentemente, los puyazos no matan al toro, pero la expresión es una metáfora de lo que ocurre durante la suerte, que deja al toro anulado como tal, convertido en un ser errante, desposeído de su bravura y de su fuerza, muerto en vida. «Para un picador que pica una vez en el morrillo, hay 50 que lo hacen trasero, donde el puyazo no pica sino que mata. Es un vicio gravísimo para la lidia, el peor de todos» <sup>1060</sup>, apunta el cronista.

Pocos días después, en la crónica referida a la sexta corrida de la feria, añade un nuevo calificativo a la grey de picadores. Si anteriormente hemos visto epítetos como «carniceros», «revientatoros», «matarifes», o «acorazada de picar», ahora añade el de «horda». Sea éste posiblemente el texto más interesante de esta temporada sobre el tema, ya que Vidal lo dota de un sentido trágico inusual. La denuncia es la misma, repetida incansablemente, pero en esta ocasión el texto adquiere un carácter casi apocalíptico, ofreciendo, además, el nombre de algunos de los picadores que actuaron durante la lidia, pero sobre todo, remarcando la intencionalidad en el abuso por parte de ellos:

### **La horda**

Por la temporada viene una horda con el propósito de aniquilar la fiesta. Cuidado con ella. Esa horda cabalga percherones, que protege con empalizadas de guata, se toca de castoreño y lleva lanza para matar. Más peligrosa que todas las sociedades antitaurinas juntas, ayer en Las Ventas,

---

<sup>1059</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Los matarifes». *El País*, Madrid, 27 de abril de 1985, p. 29.

<sup>1060</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Picar no es matar». *El País*, Madrid, 16 de mayo de 1985, p. 41.



como siempre, ajustició a los toros y destruyó el espectáculo. Cuidado con la horda. En la fiesta no mandan los toreros, ni los ganaderos, ni los empresarios. Manda la horda. Ya puede un torero pretender hacer faena, un ganadero criar con esmero toros que enseñoreen su casta, un empresario ofrecer espectáculo, que la horda se encargará de arruinar estos buenos propósitos. Desde la altura de su poderío alancea sin piedad, y del atentado salen tronados los toros. Unos, moribundos y naturalmente sin ganas de embestir, a despecho de su casta noble. Otros, si innobles, defendiéndose y queriendo vengar en el toreo su infortunio.

Circula por ahí un proyecto de reglamento taurino que reforma el tercio de varas, moderando la fuerza del artificio de picar, y no se aprobará jamás, porque a los picadores no les gusta. Claro que no les gusta. En cuanto el peto fuera liviano tendrían que defender al caballo y defenderse ellos mismos del batacazo. Algo imposible empleando puyazos traseros, pues su técnica consiste en dejar que el toro alcance el peto y lo empuje, en tanto el del castoreño le abre un túnel por los blandos.

Desde la impunidad actúan estos individuos, que acatan la disciplina de la horda, y por uno que olvida la consigna de destrozar los toros, cincuenta, o cien, la obedecen ciegamente. Desde la impunidad actúan, pues no se sabe de torero, ganadero, empresario o autoridad que se haya atrevido a denunciar ni a uno solo de ellos o inhabilitarlo de por vida.

Entre los de ayer destacó Maceo, que abría manantiales de sangre en la espalda del segundo. Fue su siniestro mérito, precisamente destacar entre la barbarie generalizada que hizo presa del primer tercio. [...] El tercero, convertido en *canelloni Rossini* por un tal Burgos, quería empitonar a Pepe Luis Vargas, que era inocente, pues suplió la invalidez traumática por el sentido y acabó peligroso.

El segundo sobrero, de Martínez Benavides [...]. A ese lo abrió en canal Muños, matarife ecuestre, y cuando lo tomó Roberto Domínguez de muleta, estaba haciendo testamento. [...]

Ambrosio es el nombre del carnicero que rajó al sexto, un toro terciado de cornalona y astifinas defensas. Le tundió los lomos, en tanto que el morrillo lo dejó intacto [...]. Los toreros se marcharon filosofando sobre el porvenir que les espera después de la deslucida tarde, los espectadores sobre el mal que habían empleado su tiempo y su dinero, los ganaderos sobre el despilfarro que supone criar toros de lidia para que los descuarticen unos de castoreño, y la horda se fue a descansar, hasta la próxima.<sup>1061</sup>

Impunidad, abuso sin castigo que se repite tarde tras tarde sin que nadie tenga la menor intención de ponerle coto, e intencionalidad, voluntad expresa del piquero para hacer todo el daño posible a la res. El picador es humano, y como tal tiene derecho a equivocarse; pero no puede considerarse como error la reiterativa mala ejecución cuando ésta se convierte en norma y no en circunstancia.

---

<sup>1061</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «La horda». *El País*, Madrid, 20 de mayo de 1985, p. 41.

El último de estos textos referidos al tema durante esta feria de San Isidro de este 1985 lo encontramos en un artículo publicado el domingo 26 de mayo. No se trata en este caso de una crónica de festejo, sino de un nuevo artículo monotemático, una nueva llamada de atención, para poner de manifiesto todas las corruptelas que envuelven la suerte de varas. Es, como en otros casos vistos anteriormente, una nueva puesta en escena que busca destapar las miserias que, a todos los niveles, se esconden tras la barbarie de una suerte que debiera ser bella. Vuelve a pedir Vidal el cumplimiento del reglamento por parte del presidente, autoridad suprema de la corrida, y la sanción rigurosa para quien exceda su cometido con alevosía. La parte final del artículo deja ver la disparidad de criterios entre el entramado taurino, ese mundillo que incluye a los distintos estamentos de la Fiesta, desde los profesionales taurinos, apoderados, organizadores, etc., hasta los aficionados que comparten esa perspectiva de entendimiento del espectáculo y que aceptan la manera de actuar de los picadores como parte lógica para el buen desarrollo de la corrida, y el esencialismo, que desde una posición diametralmente opuesta, censura y denuncia la perversión que supone un tercio tan bello e importante realizado de manera brutal y contranatural. Vidal ataca ese discurso edulcorado que desde ese entramado taurino justifica la tropelía y que descarga la responsabilidad del fracaso en la falta de fuerza, de casta o exceso de peso de las reses, cuando para el esencialismo esas carencias responden en la mayoría de las ocasiones al desproporcionado y despiadado paso por el caballo que sufren los toros:

#### **Un puyazo en el riñón**

El último toro de la corrida del pasado viernes en Las Ventas llevaba un boquete borbotando sangre a la altura del riñón, consecuencia de un puyazo. Obviamente el picador no apuntó allí, sino que se le fue la mano o le resbaló la vara, pero había apuntado a la parte trasera del lomo, que es donde siempre pican a los toros. Cuando un picador tiene intención de castigar el morrillo, si se le va la mano, el puyazo quedará trasero. Si lo que pretende es tundir los lomos del toro, si se le va la mano el puyazo puede acabar en el rabo. O en el riñón, como el viernes.

Los matadores no tienen autoridad para acabar con este atropello, es evidente, o acaso los picadores siguen sus órdenes, porque prefieren moribundo al toro, antes que enterizo. De cualquier forma, con esta manera de hacer la suerte de varas el buen orden de la lidia queda desvirtuado y convertido en una salvajada, que da argumentos a los enemigos de la fiesta, y ya que los jefes de cuadrilla no ponen remedio, como debiera ser su obligación, y debe ser el presidente quien intervenga, aplicando con todo rigor las sanciones que prevé en estos casos el reglamento, tanto para el picador como para el director de lidia. La presente feria de San Isidro es una de las más interesantes que se

recuerdan, porque sale el toro, con trapío, generalmente encastado y hasta con poder. Pero a su vez es una de las más escandalosas de los últimos años en lo que se refiere al tercio de varas, pues los picadores destruyen la fuerza e incluso la vida de los toros con sus lanzazos traseros, que incluyen brutales desgarramientos de las carnes del toro.

### **Los manipuladores**

Ha habido toros que, por esta razón, quedaron aplomados, lo cual sirve a los taurinos, como siempre, para manipular la realidad acomodándola a sus intereses, diciendo que la falta de embestida se debe al exceso de kilos. Su pretensión es, por tanto, que disminuya el trapío de los toros, en tanto continúa la carnicería de los puyazos trasero.

Pero los taurinos se descalifican solos. La temporada anterior decían que si se caían los toros era porque las ganaderías atraviesan una crisis de casta. Y ahora vemos en la feria que no se cae casi ninguno; como si la casta fuera recuperable en cuestión de meses.

Especialistas en argumentaciones capciosas, demagogos, pretenden también que sea el matador quien decida cuántos puyazos debe recibir un toro. Ninguno admite que deba ser erradicado el puyazo en el riñón; con extraño razonamiento proponen, en cambio, que, una vez herido en el riñón el toro, el matador disponga a su antojo si se debe dar por finalizado el tercio o seguir adelante con la matanza.<sup>1062</sup>

Concluida la feria de San Isidro, este año 1985 tendrá todavía varias referencias importantes en esa denuncia continuada. La primera de ellas se producirá en el mes de junio, también en la plaza de Las Ventas de Madrid, durante la celebración de uno de los festejos de temporada. La crueldad empleada por los picadores con la novillada de la ganadería portuguesa de Infante de Cámara le conduce a escribir un texto duro, rabioso, en el que reconoce que la Fiesta, en estos términos, queda convertida en un espectáculo siniestro. Lo presenciado, para el cronista, no es sino una orgía de sangre. Las descripciones de las heridas producidas en las anatomías de los novillos son tan duras como elocuentes. Se repiten las alusiones a la dictadura que ejercen los picadores y al papel de Don Tancredo del presidente del festejo. Emplea de nuevo el epíteto de «acorazada de la muerte» para referirse a los picadores, en descripción perfecta del trabajo desarrollado, siendo la segunda vez que lleva el término «acorazada» al titular de una crónica y va un paso más allá, llegando a solicitar la prohibición de las corridas de toros si no son expulsados de la Fiesta semejantes matarifes:

### **La acorazada de la muerte no pudo destruir la casta de los novillos**

Salieron a matar, así, por las buenas. La acorazada blindada que convoyan matarifes de castoreño, salió a liquidar la novillada desde el

---

<sup>1062</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Un puyazo en el riñón». *El País*, Madrid, 26 de mayo de 1985, p. 41.

primer lanzazo, como suena. Hubo dos matarifes que estuvieron a punto de conseguirlo: Maceo con el segundo, Mozo con el sexto. Todo fue porque la novillada lucía la casta que es propia del toro de lidia, y fuerza también. El ejemplar que abrió plaza, al primer encuentro lanzó caballo, blindaje, matarife, garrocha y castoreño contra las tablas, todo por allí desparramado. Naturalmente, cuando los elementos desparramados volvieron a su sitio, el matarife, otra vez cimero del armatoste acorazado con su castoreño de chichonera, arremetió a lanzazos contra el causante del desaguizado.

Esta carnicería fue enternecedora canción de cuna en comparación con lo que Maceo, matarife de abrigo, le hizo al segundo. Como el novillo le entró fortachón y altivo, lo abrió en canal. De la mitad geométrica del novillo para atrás, surcos de a palmo, en largura y en profundidad, le abrían los lomos por el espinazo o más abajo, y la sangre borboteaba al ritmo del sístole y diástole, cayendo en anchas franjas por la barriga hasta el meano. A la afición le encrespó tal barbarie y Maceo aún tuvo la osadía de encararse con las del tendido 7, cuando pasó bajo su bronca.

Es natural que se encare Maceo, que los matarifes abran en canal a los toros, que la fiesta se hunda por culpa de la dictadura de esta acorazada de la muerte que descuartiza toros todas las tardes en todas las plazas desde la más absoluta impunidad, mientras el presidente, que podría atajar semejante abuso a golpes de multa y de inhabilitación, se dedica al bello deporte de hacer el Don Tancredo. [...]

El sexto derribó limpiamente en el primer encuentro y, en los siguientes, Mozo le trituró el espinazo. La matanza convirtió al toro en gofio moreno oliendo y ya se sabe que el gofio no embiste, o no embiste bien. [...] Acabada la función, turista e indígenas huyeron precipitadamente, horrorizados por la orgía de sangre ocasionada por la acorazada de la muerte. Si la fiesta debe ser así, justo es reconocer que se trata de un espectáculo siniestro. O se expulsa de las plazas a los matarifes de castoreño, o que prohíban las corridas de toros.<sup>1063</sup>

En el mes de septiembre, Joaquín Vidal viaja a la feria de Guadalajara, plaza de segunda categoría, pero en la que el cronista es habitual por encontrarse próxima a la capital de España. En ella asiste a una nueva sangría que no se resiste a censurar. El quinto toro lidiado en el festejo recibe un brutal castigo por parte del picador que lo deja moribundo sobre la arena. Y si bien es menos habitual encontrar este tipo de denuncias en plazas de importancia relativa, ya que el trapío de las reses normalmente es inferior al de otras plazas de mayor categoría y los diestros se encuentran más cómodos —si el toro no genera inquietud excesiva en el matador éste no suele permitir que el picador cometa abusos en el tercio—, este caso es destacable por esa circunstancia particular:

---

<sup>1063</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «La acorazada de la muerte no pudo destruir la casta de los novillos». *El País*, Madrid, 24 de junio de 1985, p. 37.

### El caso del toro asesinado

El quinto toro empezó a morir de muerte vil, a poco de enseñorear por el ruedo su bien puesta cornamenta. Brusco matarife tocado de castoreño le barrenaba puya hurgándole las entrañas y la mayoría del público vociferaba, tiraba botes, pedazos de pan, botellas. Una minoría, más analítica, se agachaba para observar la salida de la puya por bajo la tripa del toro. Julio Robles, encargado de lidiar a la víctima, observaba a distancia el alanceamiento, y las voces, los botes, el pan, las botellas, también iban por él. Cuando el toro pudo escapar de las garras del brusco matarife tocado de castoreño, era un toro asesinado y tumbó su miseria en la arena.

El caso del toro asesinado (en Guadalajara) probablemente pasará a la historia de la tauromaquia como asunto insoluble. La autoridad de la fiesta nunca descubre a los culpables de estos inciviles sucesos. [...] <sup>1064</sup>

En 1986 es el año en que se localizan más referencias sobre la suerte de varas, una suma que alcanza los cincuenta textos, de los cuales 41 son crónicas, y dentro de éstas, 9 llevan titular específico. Este número de crónicas sólo será superado por el año 1995, que alcanza las 45 referencias. Asimismo son 8 los artículos específicos sobre el asunto. En este año adquiere protagonismo definitivo el término «acorazada de picar» que en el año 1984 empezó a ser utilizado y que será uno de los distintivos de la crónica de Joaquín Vidal. La corrida de toros inaugural de la temporada madrileña en la plaza de toros de Las Ventas se convierte en la primera piedra de toque sobre el asunto. En este caso, el escritor hace referencia a la anárquica autoridad que con el paso de los años han adquirido los picadores y que les permite hacer y deshacer a su antojo, sin respetar ni acatar órdenes de nadie. Explica el cronista que el origen de su soberbia debe situarse en la nefasta década de los años sesenta, aquélla en la que los toros ni tenían cuajo, ni edad, ni poder, y permitían a los varilargueros una relativa comodidad que se ha visto truncada con el incremento del tamaño de las reses a las que tienen que picar. No hierra Vidal al denunciar que la transformación profesional no se encaminó hacia un perfeccionamiento técnico de la suerte, sino hacia el incremento del caballo desde el que se ejecuta el tercio. En vez de ganar en destreza, técnica y profesionalidad, se optó por incrementar desproporcionalmente la resistencia de los caballos a base de aumentar tanto su tamaño como los elementos de protección que les cubren. Si a esto se añade que la tónica general es picar fuera del lugar en que se debe hacerlo, generando horribles heridas, la suerte queda convertida en un trámite tan desagradable como cuestionable:

---

<sup>1064</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «El caso del toro asesinado». *El País*, Madrid, 19 de septiembre de 1985, p. 35.

### Subidos a las barbas

Paco Alcalde, que triunfó ayer en Las Ventas, ordenaba a su picador, el Mejorcito, que se fuera del toro, o que no le anduviera, o que se abstuviera de picar, y el Mejorcito ni se iba, ni se paraba, ni se abstenía de picar. El Mejorcito hacía lo que le venía en gana, que es la regla de oro de todos los picadores de esta época, salvo tres o cuatro. Los picadores se les han subido a las barbas a los matadores, y no hay quien les apee. Los picadores no sólo se les han subido a los matadores a las barbas, sino también a los ganaderos, a la autoridad, al público y a la misma fiesta. Todo tiene sus precedentes, claro. Durante los años sesenta fueron la clase profesional más mimada del toreo. Salían encaramados en el percherón para fingir la suerte con aquellos eraletes afeitados y desmedrados, caricatura de toros, que no tenían nada que picar.

Cuando se produjo la reacción natural contra el abuso, y las empresas se vieron obligadas a ofrecer toros enteros, la reacción de esta grey montada consistió en robustecer y embrutecer la cabalgadura, acorazarla aún más y triturar a los toros por las espaldas.

Como nadie intentó frenar esa carrera armamentística, ni ninguno fue expulsado del templo por bárbaro e iconoclasta, ahora, además de convertir a los toros en hamburguesa, a los matadores, ganaderos, autoridad, público y la misma fiesta los mandan a freír gárgaras. Lo del Mejorcito de ayer es lo de todos los días y aún se han de ver cosas peores. Aún se ha de ver a los toreros llevando a caballo a los picadores, para que no se cansen. [...]

Se echó de menos, eso sí, que alguien dignificara el tercio de varas. Pero mientras los picadores permanezcan subidos a las barbas de todo el mundo, esa será empresa imposible.<sup>1065</sup>

Como suele ser normal en cada temporada, es en la plaza de Las Ventas de Madrid donde Vidal carga más las tintas contra el abuso de los picadores. En la crónica de la novillada de temporada celebrada el domingo 27 de abril vuelve a llevar a un titular el término «acorazada de picar», esa expresión convertida ya en una de las señas identidad del cronista. Su feroz lucha en contra de la terrible suerte de varas, tal y como se ejecuta en esta época, adquiere así el particular sello de autor. La acorazada de picar nos habla de la fuerza desproporcionada que se emplea en la suerte de varas, que convierte la pelea en algo tan desigual que deja de tener sentido. El toro, por muy fuerte o poderoso que sea, nunca podrá superar o equilibrar su fuerza contra semejante parapeto. La bella suerte de varas queda reducida definitivamente a un trámite duro, sangriento, sin el menor sentido. Como todavía se puede ver en este texto, se mantiene la denuncia contra el uso de los llamados «manguitos» que Vidal empezara en el año 1978:

---

<sup>1065</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Subidos a las barbas». *El País*, Madrid, 10 de marzo de 1986, p. 42.

### **La acorazada de picar refuerza sus defensas**

La acorazada de picar, fuerza de choque de las cuadrillas para liquidar el primer tercio y el toro, sacaban ayer sus efectivos con las defensas reforzadas. Se ve que su ambición de poder no tiene límite. Los percherones, en vez de un peto llevaban dos petos. Por fuera, el de siempre, que se ve; oculto debajo de éste, los manguitos, que eran inmensas calzonas guateadas para cubrir las patas de los caballos.

Aupados en semejante catafalco, está claro que los picadores pueden desarrollar su potencia de fuego a placer. Dejaban que los novillos se medio aturdieran contra el doble peto, donde dejaban metidas sus cabecitas, y elegían sitio para taladrar. Solía ser, de los lomos, la parte de atrás y baja. Se tomaban el tiempo que hiciera falta, tanteando con la punta de la puya el blando, y cuando encontraban, allí hundían el hierro, hasta las entrañas. [...]

La próxima vez será mejor, con permiso de la acorazada de picar, cuya ambición de poder no conoce límites, mientras la resistencia de los toros sí lo tiene.<sup>1066</sup>

El inminente comienzo de la feria de San Isidro de ese año 1986 sirve a Joaquín Vidal para lanzar, por medio de una tribuna, una advertencia a los aficionados sobre la que se avecina. Retoma el lenguaje bélico, duro, como si de una pronta refriega se tratara, para advertir que una suerte realizada en estos términos significa el final de la Fiesta. Nada, absolutamente nada, puede ser justificado cuando uno de los tercios queda convertido en un sangriento trámite. De nuevo los despiadados puyazos traseros se convierten en el eje de la denuncia. Y con una frase no por ya repetida menos demoledora: «Una acorazada de picar sin ley es la barbarie». La suerte de varas, tercio tan bello como apreciado por los aficionados, tiene que recuperar su sentido, que no es otro que el de ahorrar la impetuosa embestida de la res, no destruirla de manera carnicera. Pero para eso, como bien se queja Vidal, tiene que haber una autoridad que sea capaz de controlar esos abusos:

### **La acorazada de picar ataca**

Estruendo de gente armada se escucha por los aledaños de Las Ventas. Es la acorazada de picar que avanza al ataque, dispuesta a pulverizar todo toro que se le ponga debajo. Si una autoridad superior no lo impide, la acorazada de picar va a conseguir la aniquilación del toro, de la lidia y de la fiesta.

Esos puyazos traseros que se gasta, apuntados a donde más duele y mata, son la antilidia y la antifiesta, y en ellos rinde sus argumentos cualquier pretensión de licitud o de belleza que pueda tener la corrida de toros.

---

<sup>1066</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «La acorazada de picar refuerza sus defensas». *El País*, Madrid, 28 de abril de 1986, p. 29.

Y no les bastan puyazos devastadores, apuntados con siniestra mirada a las blanduras de la riñonada, sino que además pertrechan al percherón de manguitos gigantescos, que son adminículos expresamente prohibidos por el reglamento taurino en vigor. Lo cual no impide que sean graciosamente tolerados por una autoridad gubernativa que, debiendo ser celosa veladora del estricto cumplimiento de la normativa, es la primera que se la salta a la torera.

Una acorazada de picar sin ley es la barbarie. Ya pueden los ganaderos seleccionar la castas de sus reses en pureza, criar un toro de trapío alimentado con regalo, que si salen al ruedo esos armatostes embragados y forrados de guatas con un incivil tocado de castoreño empeñado en utilizar de barreno su lanza, la lidia es imposible.

Toda la feria va a depender de ese primer tercio fundamental, antes el más atractivo de la corrida, siempre necesario para ahormar la pujanza levantada del toro y para medir el grado de su fortaleza y bravura. Mientras que ahora ha quedado convertido en un sanguinario e injustificable episodio por el grosero empeño de unos cuantos picadores sin afición, profesionalidad ni escrúpulos y por la irresponsable pasividad de quien preside el espectáculo.

En el horror de la carnicería no sólo es culpable el carnicero.<sup>1067</sup>

El lunes 19 de mayo, ya iniciada la feria de San Isidro, publica un nuevo artículo en que describe, de manera precisa, los ocho aspectos negativos que para él comprende la actual suerte de varas. Una enumeración escrupulosa de todos y cada uno de los fraudes que hacen que una de la suerte más interesantes e imprescindibles de la lidia, se haya convertido en algo irreconocible para el buen aficionado:

#### **Una suerte irreconocible**

De todas las suertes del toreo, la de varas es la que más cambios ha experimentado a través de los tiempos, a pero, y no hay quien la reconozca. Una tolerancia culpable la ha convertido en un cúmulo de despropósitos, fruto del incumplimiento graves del reglamento que se producen en el primer tercio, eje y fundamento de la lidia. He aquí algunos:

1. Los caballos que se emplean en el tercio de varas no sirven para la lidia.
2. La mayor parte de esos caballos tienen resabios, expresamente prohibidos por el reglamento, como tumbarse sobre el toro en la suerte.
3. Salen drogados.
4. Los sacan con los dos ojos tapados, cuando la norma es que lleven descubierto el izquierdo (el lado contrario a la suerte). Los responsables de la cuadra emplean un ojal de goma, que ciega el ojo del caballo cuando la autoridad exige que lo tengan descubierto.

---

<sup>1067</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «La acorazada de picar ataca». *El País*, Madrid, 10 de mayo de 1986, p. 32.



5. Los petos son de excesivo tamaño y peso. En todas las plazas, excepto la de Las Ventas desde hace unos días, se utilizan “manguitos”, prohibidos.
6. Los monosabios sujetan al caballo o lo llevan del bocado mientras se realiza la suerte
7. Los picadores pegan siempre traseros los puyazos, cuando debieran clavarlos en el morrillo. Al repetir, intentar ahondar el agujero.
8. Otro recurso de picadores es tapar la salida del toro, o girar en su derredor en el puyazo.

Normalmente, los presidentes de las corridas, con atribuciones para corregir irregularidades, no lo hacen. Podrían, por ejemplo, prohibir petos, rechazar caballos, multar las acciones antirreglamentarias. La abstención de los presidentes puede ser por irresponsabilidad o por incompetencia<sup>1068</sup>.

Pero en este año 1986, entre los muchos textos que quedan hasta el final de temporada, deben destacarse todavía dos crónicas que pueden considerarse históricas dentro de la carrera de Vidal. En la primera de ellas, vuelve la dureza extrema en la crítica de la última corrida de la feria de San Isidro celebrada el domingo 1 de junio; vuelve el lenguaje de descripción bélica. El titular es suficientemente significativo, como si del final de una batalla o de una guerra se tratara: «La acorazada de picar cumple sus objetivos militares». Las descripciones terribles de la suerte de varas ejecutada con semejante crueldad deja al lector compungido, sólo aliviado por la habitual sorna del cronista que no hace sino aumentar la sensación de injusticia. El toro, esbelto, bien armando, precioso de lámina, como en este caso los de Manuel Sánchez Cobaleda, es apabullado, machacado, desangrado brutalmente con el objeto de reducir su posible potencial de bravura. Los picadores —gente siniestra en palabras del propio Vidal— no pican, destruyen, matan, eliminan cualquier posibilidad del enfrentamiento ético que sustenta la Fiesta: la inteligencia del hombre contra la fuerza indomable del animal. Pero no, hay que rebajar esa fuerza a la mínima expresión, casi hasta hacerla desaparecer, y en estos términos la lidia, como tiene incrustado en su pensamiento el cronista, carece de sentido:

#### **La acorazada de picar cumple sus objetivos militares**

La acorazada de picar que ejerce su dictadura en Las Ventas cumplió ayer sus últimos objetivos militares. La feria ha terminado.

La consigna de ayer era destruir a los Cobaleda, que habían llegado armados hasta los dientes, farrucos, con apabullante estampa y ganas de pelea. El primero que asomó por los chiqueros tenía una de las mejores

---

<sup>1068</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Una suerte irreconocible». *El País*, Madrid, 19 de mayo de 1986, p. 41.

plantas que se hayan visto en este ruedo últimamente. Negro, lucero, calcetero, girón, bragado y meano, alto de agujas, proporcionado, musculoso y serio, lucía una cornamenta acaramelada y armoniosamente vuelta que suscitaba admiración o espanto, según quien la mirara y desde dónde. La acorazada de picar bruñía sus misiles para dar buena cuenta del intruso [...]

Todos los demás también sacaron un trapío digno, de mejor causa que morder el polvo a los pies de la acorazada. Pero la acorazada estaba allí, con toda la ambición destructora que es capaz. Cobaleda que veían los acorazados —gente siniestra, tocada de castoreño—, Cobaleda que trituraban por los bajos o por el listón hasta abrirlo en canal o convertirlo en el mapa de la Luna, sólo que inundado de rojos manantiales.

La sangre les manaba a los Cobaleda no hasta la pezuña como es clásico, sino hasta el meano, porque el puyazo barrenaba atrás. Y no daban —no podían dar— la imagen del toro encastado que revela su bravura contra quien lo hirió en lo alto, sino de menstruado, depresivo y arrepentido de nacer, deseando morir. Después, a la retirada de la acorazada de picar, para avituallamiento y rearme, venían derechazos y el toro menstruado no sólo deseaba morir, es que moría bien muerto, de paranoia.

Para mejor cumplir sus objetivos militares, la acorazada de picar contó con la colaboración de quintacolumnistas, que pertenecían a la infantería y algunos eran generales en esta guerra contra los Cobaleda. Al quinto toro, un bravo ejemplar, hondo y aparatosamente cornalón, que romaneaba al caballo con inusual fijeza, lo destruyó la acorazada de picar con la colaboración del general Campuzano y sus huestes, que se lo servían en bandeja, poniéndolo a merced de los misiles bajo el *bunker* del peto. [...]

La acorazada de picar descansa ahora, satisfecha y prepotente, cumplidos sus últimos objetivos militares.<sup>1069</sup>

Y en la misma línea de dureza, con el mismo lenguaje bélico o castrense visto en crónicas anteriores, se expresa el cronista en la segunda corrida de la feria de San Fermín de Pamplona. Remarca la idea de la insensatez, de la falta de sentido que tiene la Fiesta en estos términos de brutal abuso. Qué lógica puede tener intentar lucimiento con una res a la que se ha sometido al cruel y despiadado trámite de un tercio que, alejado de su objetivo primordial de ahorrar la embestida, se convierte tarde tras tarde en una sangría. Nada puede haber de épico en semejante coyuntura; la grandeza del espectáculo queda diluida entre los borbotones de sangre que manan no del morrillo, sino de las espaldas del pobre toro a ritmo de «sístole-diástole», como bien apunta el cronista. Y antes estas descripciones, surgen las preguntas: ¿qué surrealista espectáculo es éste en el

---

<sup>1069</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «La acorazada de picar cumple sus objetivos militares». *El País*, Madrid, 2 de junio de 1986, p. 49.

que un torero intenta dar derechazos a un toro agonizante que ha sido sometido a la barbarie de una suerte sin control ni medida ante un público jolgorioso que se muestra ajeno a todo?, ¿dónde puede encontrarse algo de la lógica de la Fiesta en este sanguinolento despropósito?

### **Expedición de castigo de la acorazada de picar**

El primer toro pesaba 663 kilos y además era un «tío», como dicen en la jerga. El taurinismo, ante tamaño enemigo, se sintió obligado a demostrar dónde está la hegemonía en la fiesta, si en el toro o en las cuadrillas, y echó por delante a la acorazada de picar, que descuartizó al preciosos Murube.

El puyazo que le pegó en el espinazo fue de los que se inscriben en la historia de las atrocidades con capítulo aparte. Le abrió un boquete que más bien era una sima, por donde manaba la sangre a borbotones, tan perfectamente graduado el surtidor al ritmo de sístole-diástole, que hasta se podía cantar. Después de otro puyazo carnicero, a tono con el anterior, Tomás Campuzano rubricaba monterazos en el aire, para que el presidente cambiara el tercio y, como no lo cambiaba, le dirigía miradas de enojo.

Hombre, muy gracioso: la culpa al presidente. El sanguinario individuo del castoreño militaba a las órdenes de Campuzano y no está muy claro si asesinó al Murube porque le vino en gana o siguiendo instrucciones. Como no ha sido degradado, ni expulsado de la cuadrilla —que sepamos— es correcto suponer que la orden de matar partió del propio Campuzano, o que, por lo menos, era consentidor.

De las varas salió el Murube moribundo y Tomás Campuzano le daba derechazos. Aquello no tenía sentido. En realidad, no tenía sentido nada: un torazo moribundo, un torero justificándose en el ejercicio del derechacismo con vocación de destajo, un abarrotado sentido de sol donde a los mozos les traían sin cuidado Murube, los puyazos, individuos del castoreño, derechazos, Campuzano, y cantaban aquello tan edificante de «¡Arriba la goma dos!».

De parecido corte resultó toda la corrida: torazos, la acorazada de picar en expedición de castigo, toreros pelmas pegando derechazos, y encima ninguno bueno. [...]

La acorazada de picar se retiró a sus cuarteles al compás del redoble del tamboril, y allí vela sus armas, hasta esta tarde, que vuelve a salir.<sup>1070</sup>

El año 1987 está también dentro de los más relevantes de esa lucha de Joaquín Vidal contra el gremio de picadores y la brutalidad de la suerte que ejecutan. El número total de referencias asciende a cuarenta y cinco, siendo el tercer año con más número por detrás de 1986 (50 referencias) y 1995 (47 referencias). El dato interesante es el descenso notable en el número de crónicas de festejos que llevan titular específico —y

---

<sup>1070</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Expedición de castigo de la acorazada de picar». *El País*, Madrid, 8 de julio de 1986, p. 29.

por tanto es el asunto principal o central de la crónica— en relación a los años anteriores siendo únicamente tres los textos de estas características. Indica este dato que la atención del cronista a los abusos de la suerte de varas disminuye. Hay, no obstante, un ligero aumento en los textos —artículos y tribunas— en relación a otras temporadas con nueve referencias, si bien, como viene ocurriendo hasta ahora, la mayoría están circunscritos al periodo que abarca la madrileña feria de San Isidro.

El dato interesante de este año es la vuelta de Joaquín Vidal a la denuncia de la utilización en la protección de los caballos de picar de los llamados «manguitos», ese adminículo añadido al peto que desde el año 1978 desata las iras del cronista al entender que contribuye a dar peso y, por tanto, a acorazar al caballo haciéndolo inexpugnable ante la acometida de las reses. Si este tema, como se vio, tuvo gran fuerza entre 1978 y 1980, lo retoma ahora Vidal con todo el ímpetu y lo hace el centro de sus críticas.

A finales del mes de marzo, y en la crónica de uno de los festejos del principio de temporada en la plaza de Las Ventas, vuelve a llevar al título de la crónica la denuncia, con un sonado «La acorazada ataca», al igual que hiciera en mayo de 1986 como se ha visto anteriormente. En este caso no se centra Vidal en las descripciones más sangrientas o tenebrosas. Opta por recurrir de nuevo al lenguaje bélico, como si de una batalla real se tratara y vuelve a comparar al presidente del festejo con la figura de Don Tancredo, como viéramos que hacía en numerosas crónicas anteriores, para denunciar su pasividad y su falta de autoridad ante tal abuso. Con un tono más sobrio, marcado por cierta añoranza, reconoce también el cronista que los toros de la ganadería titular de Albaserrada recordaban a los de otros tiempos, tiempos en los que la bravura y dureza del toro mantenían la tensión emocional durante toda la lidia, algo que ahora es casi imposible porque los picadores se encargan de aniquilar esas cualidades de la casta. De las tres crónicas que en esta temporada de 1987 llevan titular específico, es ésta la que mayor espacio dedica a la denuncia, y es quizá lo que más sorprende en Vidal después de la combatividad de los dos años anteriores:

#### **La acorazada ataca**

La acorazada de picar salió ayer al ataque. A la acorazada de picar no hay quien la pare. Los aficionados van a tener que recurrir a la Convención de Ginebra. Mientras los feroces individuos del castoreño, al abrigo de la barbacana del percherón y el peto, rompían a hierro los lomos de los Albaserrada, la autoridad del palco hacía el Don Tancredo, sumido en las meditaciones esotéricas propias de tal mística. Por la cara

que ponía, le daba gustirrinín. Los Albaserrada eran de una dureza que ya no se lleva. Los Albaserrada recordaban al toro de lidia de otros tiempos, aquel cuya fiereza tenía en vilo a los lidiadores y al público. [...] Los Albaserrada serían de otros tiempos pero la acorazada era de la época presente, disponía de ingenios bélicos perfeccionados a la máxima potencia de fuego y los empleaba con mortífera saña.

Nada más sentirlos en sus carnes, los Albaserradas ya estaban arrepentidos de haber nacido. Hasta aquel segundo que le quitaba el color a la gente, hasta aquel quinto de impresionante trapío mansearon. Pero más hubieron de mansear tras la refriega, pues a la hora de muletas y estoques estaban moribundos. No tenían resuello ni para andar ni para bramar, menos para colaborar con el juego del derechazo, que pundonorosamente intentaban los diestros. [...] <sup>1071</sup>.

Donde sí se muestra tan implacable como antes es en la publicación de esos nueve artículos y tribunas donde arremete de manera inmisericorde contra el gremio de los picadores. Entre el 18 de mayo y el 3 de junio soltará toda su andanada de recursos en contra del proceder de estos individuos y lo hará de forma paralela a las propias crónicas que publica.

En la tercera corrida de la feria de este año 1987 ofrece todo su entusiasmo ante la bravura mostrada por los toros de la ganadería del Puerto de San Lorenzo a la vez que su enfado por la brutalidad y el abuso mostrados, una vez más, por los picadores. «La acorazada de picar les entraba a triturar por los espinazos» <sup>1072</sup>, escribe el cronista, que un poco más adelante describe cómo esa casta de las reses que tanto le satisface tenía enfrente, como si de una batalla se tratara, a la acorazada de picar. «Ahora bien, el acontecer mayor fue la casta de los toros; toros serios, de espléndida estampa, con una fijeza absoluta en el transcurso de la lidia, crecidos al castigo. Toros para que consumados lidiadores hicieran lucir su bravura en todos los tercios. Lamentablemente, sólo había uno en la plaza y, aún este, acaudillaba una feroz acorazada de picar, como todos. Se creían que estaban en la guerra, y guerra armaron contra los toros bravos que bajaron del puerto, a sangre y fuego», describe Vidal.

Esta brutalidad contemplada durante la brava corrida del Puerto de San Lorenzo le lleva a publicar el mismo día una nueva tribuna con un título, «Los puyazos traseros», ya utilizado en varias veces anteriormente, concretamente en mayo de 1982 y en mayo de 1984, para poner sobre la mesa una vez más la denuncia sobre la lacra que supone

---

<sup>1071</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «La acorazada ataca». *El País*, Madrid, 30 de marzo de 1987, p. 37.

<sup>1072</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Los toros bravos bajaron del puerto». *El País*, Madrid, 18 de mayo de 1987, p. 38.

para la Fiesta esta suerte de varas ejecutada en estos términos. Para Joaquín Vidal, el trabajo de los picadores determina, para mal, el desarrollo del espectáculo hasta el punto de anular los valores esenciales, como el mismo dice, de la lidia, con el agravante de que, al parecer, no hay nadie que se atreva a poner fin a semejante abuso: ni los matadores de toros, jefes de los picadores, que permiten hacer, incluso animan a ello, ni la autoridad competente que mira para otro lado de manera displicente:

### **Los puyazos traseros**

Los picadores son quienes mandan hoy en la lidia y, si mandan en la lidia, mandan en la fiesta. Los picadores, salvo excepciones rarísimas, tienen por oficio destruir a los toros mediante puyazos traseros. Ejercen esta tropelía desde la impunidad porque los matadores la toleran o alientan y los presidentes no hacen uso de su autoridad para acabar con ella. No tiene sentido que los buenos ganaderos se esfuercen por criar un toro de trapío, encastado, bravo, incluso fuerte, para que sea pasto de esta insufrible acorazada de picar, que destrozando al toro destroza todos los valores esenciales de la lidia.

Muchos matadores dejan hacer porque, al fin y al cabo, la mayor potencia del picador resta agresividad al enemigo, que es el toro. Se comprende, aunque no se comparta. Lo que no se comparte ni se comprende es la pasividad de los presidentes, la mayor parte de los cuales parecen puestos en el palco por el Ayuntamiento; o quizá por empresarios y toreros —como malician, injustificadamente, algunos aficionados—, lo cual está feo.<sup>1073</sup>

Repetirá esquema al presenciar la corrida de Miura celebrada tres días después, y si bien en la crónica del festejo no dedica demasiado espacio a criticar la actuación de los picadores —tan sólo refiere Vidal el puyazo «interminable que debió alcanzarle la entrañas» recibido por el sexto toro—, vuelve a publicar una nueva tribuna paralela denunciando la brutalidad ejercida por los picadores contra las reses de la histórica ganadería y los efectos terribles que en ellas provocó semejante despropósito, y aprovecha para prolongar la culpa a los matadores de toros, jefes de los picadores, que no ponen coto al empeño de los varilargueros. Destaca en este caso que Vidal no emplea la dureza descriptiva de otros ejemplos vistos anteriormente:

### **Destrozados en varas**

A los Miura, como a tantas otras corridas, los destrozaron en varas. Hubo en la tarde toros bravos que agotaron sus fuerzas en la prueba del caballo y llegaron desfallecientes, cuando no moribundos, al último tercio. Los toreros se quejaron luego del purismo del público, excesivamente torista que reclamaba primeros tercios ejecutados en regla

---

<sup>1073</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Los puyazos traseros». *El País*, Madrid, 18 de mayo de 1987, p. 37.

y pedía que se colocaran en suerte los toros a mucha distancia, para que dieran la medida de su bravura.

Se quejaron del purismo, el torismo, el reglamentarismo, pero no se quejaron de la barbarie de las acorazadas de picar que acaudillan. No se conoce matador que haya hecho retirar del ruedo a un picador por excederse en el castigo.

Parece que, según el criterio de los toreros, en la lidia, en el reglamento y hasta en el público todo es susceptible de modificación, excepto la grosera forma en que se realiza la suerte de varas.

Todos los diestros propugnan que se elimine el segundo puyazo cuando el primero deja listo al toro, pero nadie ordena a sus picadores que dosifiquen el castigo y piquen en el morrillo. Los individuos del castoreño, y sus generales, se ponen la fiesta por montera. Al parecer, todo gira en torno a sus particularísimos intereses y pretenden que la corruptela sea ley.

La miurada no fue buena, pero habría dado mejor juego sin la aniquilación sistemática a que fue sometida por la acorazada. Martín Toro tiró correctamente la vara en sus intervenciones, Manuel Quinta “se agarró” bien en la tremenda embestida del sexto toro, y no hubo más de recibo en las sucesivas actuaciones de los individuos del castoreño a lo largo de la tarde. Atila y los Hunos habrían sido candidas colegialas a su lado.<sup>1074</sup>

Prosigue Joaquín Vidal con su interminable denuncia durante la feria publicando el viernes 27 de mayo una nueva tribuna centrada esta vez en el asunto de los llamados «manguitos» que se colocan a los caballos de picar como parte de la protección que se incorpora al caballo y que para el cronista, como se ha visto en artículos anteriores, contribuyen a hacer de las bestias auténticas murallas inexpugnables, derivando la suerte, en palabras del cronista, en un fraude al espectáculo. «Manguitos, más peto excesivo, más percherones, más puyazos traseros, constituyen el mayor fraude que se produce en las corridas de toros»<sup>1075</sup>, sentencia Vidal.

Debe recordarse aquí que este tema de los «manguitos» viene siendo recurrente en el cronista desde el año 1978, y si bien va perdiendo fuerza progresivamente, en esta temporada de 1987 todavía mantiene vigencia, de hecho, de estos nueve artículos específicos publicados durante esta temporada, al menos cuatro tienen esta denuncia como asunto principal, un tema que no abandona. Si en 1986 la denuncia se centrada mayormente en la «carnicería» en que se ha convertido la suerte de varas a través de las descripciones sangrientas de los efectos de la misma, en esta ocasión vuelven a ser estos adminículos el centro de las iras del cronista. En la crónica publicada el día 25 de mayo

---

<sup>1074</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Destrozados en varas». *El País*, Madrid, 21 de mayo de 1987, p. 38.

<sup>1075</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Manguitos antireglamentarios». *El País*, Madrid, 22 de mayo de 1987, p. 40.

referida a la 10ª corrida de la feria censura una vez más la pasividad de la autoridad competente —el presidente del festejo—, a la que acusa de no querer ver lo ocurre en el ruedo venteño y, por ende, de dejación de funciones al no llevar a cabo la preceptiva labor de control previo:

### Un catalejo en el palco

Los caballos de picar volvieron a salir ayer al ruedo de Las Ventas con manguitos antirreglamentarios; gigantescos manguitos visibles desde las antípodas de donde cabalga la acorazada de picar, advertibles por el más lego en la materia. Bueno, pues el presidente, José Luis del Río, no los vio. El presidente Del Río manifestó a un redactor del periódico, al acabar la corrida, que él no había visto nada. El presidente Del Río necesita gafas. Y si no las usa por coquetería, más valdrá que le instalen un catalejo en el palco. Los hay muy potentes, de línea moderna, y si le van las antigüedades, lo hay también de almirante, exornados de platas repujadas, y además telescópicos, que son los que más molan. [...]

Verá que los caballos de picar salen con manguitos gigantescos (no hay inconveniente en que grite “¡Manguito a la vista!”), y si repasa el reglamento vigente, averiguará que están prohibidos. Verá que muchas tardes, ayer sin ir más lejos, con un solo caballo pican toda la corrida y que ese caballo, con síntomas de drogadicto, acaba cayendo a la arena patas y manguitos arriba, con un simple resoplido que el peguen los últimos toros, tundidas las costillas como tiene de los empujones que le han dado los anteriores. Verá que el caballo se tumba sobre el toro, resabio así mismo prohibido por el reglamento que acabó de consultar. Vera que cuantos puyazos administran los individuos del castoreño son escandalosamente traseros, desafortunadamente carniceros; acción punible, según puede leer sin pasar la página.

La enternecedora candidez del presidente Del Río no debería ser tanta que llegase a creer que la afición es tonta. Si la policía no es tonta, la afición tampoco lo es. La afición, gran parte de la cual echó los dientes en los graderíos del coso venteño, sabe de corrido que en las corridas de todos hay unas operaciones auditoras preliminares, que incluyen la revisión de los caballos de picar, para eliminar los enfermos y los resabiados; de los petos, para eliminar lo que sobrepasen el peso establecido, y otras especificaciones, a las que asiste el presidente de la corrida con el delegado de la autoridad, y si no están, esa es dejación de funciones. Cuando el fundamental tercio de varas, eje de la lidia, se produce con las tropelías que no ve el presidente Del Río, no hay forma de saber cómo son los toros ni de que estos den el juego que corresponde a su casta. Lo normal es que lleguen a la muleta aplomados o reservones, caso que se dio frecuentemente ayer. [...]<sup>1076</sup>

Cuatro nuevos artículos sobre el tema publicados en el tramo final de la feria de San Isidro, los días viernes 29 y domingo 31 de mayo, lunes 1 y miércoles 3 de junio,

<sup>1076</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Un catalejo en el palco». *El País*, Madrid, 25 de mayo de 1987, p. 36.



sirven a Joaquín Vidal para denunciar el incumplimiento reiterado de lo establecido en el reglamento taurino vigente sobre la suerte de varas. En el primero de ellos, explica a los lectores qué son los «manguitos» y el por qué de su campaña en contra de semejante artilugio. Como bien señala, el problema no es la protección del caballo, que debe ser la máxima posible, es la conversión en muro infranqueable del conjunto de la cabalgadura, que armado así, «acorazado» así, pierde toda agilidad amen de anular en los toros la sensación de poder para crecerse al castigo:

### Los manguitos

Los manguitos de los caballos de picar son mangas, o si se quiere bragas. Muchos lectores nos han preguntado qué diantre son los manguitos, esos adminículos antirreglamentarios que levantan tanta polémica, y cómo se puede saber que los llevan puestos los caballos.

Se puede saber simplemente mirando, pero no por la parte donde cae el faldón del peto, sino por la contraria. Los manguitos son una especie de calzones, hechos del mismo material del peto y pueden ponerse en las patas delanteras, en las traseras, o en ambas a la vez, como en Las Ventas durante la feria.

Evidentemente son para proteger los bajos delanteros y traseros del caballo, y este no es el problema que plantean. El problema es el acorazamiento total del caballo, que le quita agilidad de movimientos; el peso abusivo que adquiere; la impunidad del picador, cimero sobre el percherón, que deja al toro enredarse en las gruesas guatas, mientras le zurra la badana. Según el reglamento, el peto tendrá un peso máximo de 25 kilos, con una tolerancia de 5 kilos de más, por uso. Los enormes petos que usan habitualmente pesan más y al añadir los manguitos, el peso se duplica.<sup>1077</sup>

En el segundo, el publicado el domingo 31 de mayo, la denuncia de Joaquín Vidal va dirigida contra la empresa de la plaza de toros, responsable de gestionar el contrato con la cuadra que se encarga de suministrar los caballos que serán utilizados en los festejos para llevar a cabo la suerte de varas. Basándose también en lo que indica el reglamento de espectáculos taurinos, el cronista reclama responsabilidades, que deberán ser solicitadas, y aplicada la correspondiente sanción, cuando no haya un cumplimiento escrupuloso de lo que dicta la norma. «De manera que cuando se producen anomalías con los caballos de picar, sus petos, sus manguitos, la autoridad debe pedir responsabilidades —y en su caso proponer para sanción— a la empresa, no al Pimpi»<sup>1078</sup>, escribe Vidal.

---

<sup>1077</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Los manguitos». *El País*, Madrid, 29 de mayo de 1987, p. 44.

<sup>1078</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «La cuadra de picar». *El País*, Madrid, 31 de mayo de 1987, p. 40.

En el tercer artículo de esta serie, publicado el lunes 1 de junio, la denuncia va dirigida en contra de la, al parecer, utilización de un doble peto por parte de los caballos de picar que, sumado a los manguitos, acoraza todavía más al caballo. De nuevo sirve el texto para recriminar la pasividad de la autoridad ante este nuevo desafío legal. Para Joaquín Vidal, como se viene comprobando, todos estos abusos se cortarían de raíz si los presidentes de las corridas de toros cumplieran con su deber de imponer la legalidad para que la corrupción en la Fiesta quede desterrada; pero su trabajo queda reducido a una representación casi teatral que escaquea responsabilidades cuando éstas llevan aparejadas decisiones duras y, por ende, duras sanciones:

### **Doble peto**

Conquistado el derecho a sacar los caballos con gigantescos manguitos en todas las corridas, la empresa de la plaza de Las Ventas, cuyo consejero delegado es Manuel Chopera, continúa poniéndose por montera el reglamento taurino, la lidia y la fiesta misma, y ahora saca los caballos con un peto doble. Ayer, ese doble peto sólo abarcaba el frente y parte lateral del peto. Hoy, ya se verán dónde llega.

La absoluta falta de autoridad de los presidentes de las corridas para impedir estas corruptelas, abre un ilimitado horizonte de innovaciones en el tercio de varas y sucesivos, que llegarán según se les ocurra. La fiesta de toros es un melonar sin amo. Al doble peto seguirá el triple peto. Del triple peto y el manguito gigantesco a la plancha metálica hay un paso: plancha metálica erizada de púas dentro del peto para que si el toro derrota allí, se descuerne; faca el picador al cinto para acabar de asearlo después de pulverizarle el espinazo a puyazo limpio.

Los presidentes de las corridas están para sacar el pañuelo y para tareas de orden público, pero en lo que importa de la corrida son figuras decorativas. El empresario, los picadores, el contratista de caballos mandan más.<sup>1079</sup>

En el cuarto y último artículo de esta serie recrea el cronista la brutalidad ejercida por los picadores en el festejo celebrado el martes 2 de junio. Curiosamente la crónica —publicada de manera paralela a dicho artículo— es elogiosa a todos los niveles ya que, para Vidal, se trató de una gran tarde de toros, de una corrida casi completa, en la que «embestían con casta los toros, los toreros se superaban en la interpretación de su arte y la afición madrileña estallaba en júbilo»<sup>1080</sup>. El festejo resultó triunfal en casi todos los aspectos: el torero José Ortega Cano salió en hombros por la puerta grande en compañía del mayoral de la ganadería de Felipe Bartolomé, y el diestro Julio Robles a punto estuvo de conseguir el mismo premio de haber sido

---

<sup>1079</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Doble peto». *El País*, Madrid, 1 de junio de 1987, p. 44.

<sup>1080</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «¡Viva la fiesta!». *El País*, Madrid, 3 de junio de 1987, p. 36.

atendida por la presidencia la petición de la segunda oreja del cuarto toro manifestada por el público. La crónica, que pudiera incluirse entre las más animosas de las publicadas por Vidal a lo largo de su trayectoria —el título es suficientemente significativo con un sonoro «¡Viva la fiesta!»—, no hace referencia en ninguno de sus párrafos a la actuación de los picadores. Sin embargo, se despacha el cronista contra la labor desempeñada por ellos en ese artículo paralelo, en el que refiere todos los abusos y tropelías cometidos durante el festejo, espinazos tundidos, abiertos en canal, lomos hechos pulpa, etc., y donde vuelve, una vez más, a recriminar la inacción de la autoridad, incapaz de poner freno a tales despropósitos:

#### **Acorazada y mala**

La corrida iba preciosa, torerísimos los diestros, encastados los toros, hasta que aparecía la acorazada de picar. Y entonces la grosería pulverizaba la belleza. Forrados de guata los percherones, con ansias carniceras sus jinetes, malos en su oficio, tiraban la vara al toro, donde cayera. Ya pueden criar los ganaderos toros encastados y bravos, como los de Felipe Bartolomé ayer, que la pureza de su sangre se acabará cuando caigan en las garras de esta caballería irresponsable, sin sensibilidad, ni afición, ni los conocimientos mínimos para ejercer dignamente su oficio. A todos los toros los tundieron los espinazos, a uno a punto estuvieron de abrirlo en canal y al tercero el individuo del castoreño lo convertía en pulpa los lomos.

Pera esta barbarie tiene remedio y el remedio está en la autoridad, que no la ejerce; se diría que no la tiene cuando se trata de aplicar el reglamento a la acorazada de picar y sus servicios auxiliares.<sup>1081</sup>

De este año 1987 debe destacarse también otro artículo —el último de los artículos específicos que dedica el cronista a la suerte de varas durante esta temporada— publicado a finales del mes de julio mientras asiste a la feria de San Jaime de Valencia. Elocuente, como el resto, recoge el lamento del Joaquín Vidal porque los abusos y la mala praxis están haciendo desaparecer la importante y bella suerte de varas. No aporta ninguna novedad en la denuncia salvo esa percepción que tiene el cronista sobre la voluntad manifiesta del conjunto del entramado taurino, con la complacencia de la autoridad, para que el primer tercio de la lidia abandone definitivamente su fundamento, su técnica y su belleza:

#### **Desaparece una suerte**

La suerte de varas, fundamental en la lidia, está en trance de desaparición. La irresponsabilidad de los empresarios, que sacan los

---

<sup>1081</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Acorazada y mala». *El País*, Madrid, 3 de junio de 1987, p. 36.

caballos de picar con petos antirreglamentarios y en muchos cosos (como Las Ventas) esos caballos ni siquiera sirven para la suerte, más la de los propios picadores, cuya argucia es dejar que el toro se estrelle en el peto —sin detenerlo antes— y clavar trasero, han desnaturalizado y relegado al olvido la técnica, la belleza y hasta la utilidad del primer tercio.

Son culpables también de que la realización de la suerte sea una pura corruptela, los diestros inductores, y los presidentes de las corridas, que incumplen el reglamento cuando su misión primordial es precisamente hacerlo cumplir. Entre unos y otros, durante años, han conseguido que muchos públicos empiecen a aceptar como mal irremediable este tercio de varas sin sentido, abusivo, excesivo y repugnante. Y si lo empiezan a aceptar es que ha tomado carta de naturaleza y el verdadero pasó a mejor vida; como tantas otras suertes importantes en la lidia.<sup>1082</sup>

A partir de este año 1987 y hasta el final de esta segunda etapa, se produce un descenso muy notable en el número de referencias. Los artículos específicos prácticamente desaparecen, contabilizándose únicamente cinco textos de este tipo en esos seis años. Y algo parecido ocurre con las crónicas que llevan titular específico, sumándose apenas diez referencias en ese periodo. Los temas de denuncia siguen centrándose en los puyazos traseros, la protección desmesurada de los caballos, el poder excesivo de los picadores, la dejación de funciones de la autoridad, etc.

No obstante, a pesar de lo reiterativo de la denuncia, todavía se encuentran varias referencias destacables, y la primera de ellas está publicada durante la feria valenciana de Fallas de 1988, en la que Joaquín Vidal califica la Fiesta como «vergüenza nacional». Una fiesta que no tiene sentido si sus principios lógicos, éticos, son transgredidos de manera reiterativa. Si un espectáculo que sustenta su razón de ser en la emoción que es inherente a la bravura y al peligro de su protagonista principal, el toro, ha perdido dichos valores, se convierte en algo diametralmente opuesto. El castigo en varas, tal y como se efectúa en la gran mayoría de los festejos, se convierte en una agresión gratuita —y terrible— a las reses, que, en condiciones de inferioridad debido a la falta de casta y fuerza predominantes, son humilladas:

#### **La vergüenza nacional**

Terminó la feria fallera como ha transcurrido toda ella: con los toros rodando por la arena. Si la fiesta ha de ser así, mejor que la supriman, porque eso no es arte ni cultura, eso es la vergüenza nacional. La lidia clásica se ordenó en función de unos toros cuya bravura había que medir y cuya fuerza era necesario atemperar, y en toro el horizonte de posibilidades no se encontró otra que el puyazo administrado desde un

---

<sup>1082</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Desaparece una suerte». *El País*, Madrid, 27 de julio de 1987, p. 26.

caballo. La reacción del toro ante el castigo calibraba su bravura; la sangría suavizaba su violencia. Así debía ser la fiesta, nunca por tortura deliberada del animal, como pretenden falazmente sus detractores, sino para lucimiento de toro el espectáculo, basado en el equilibrio lógico entre la encastada agresividad del toro y la técnica dominadora del torero.

Pero si el toro no tiene fuerza ni casta, si el toro es un animal incapaz de tenerse en pie y cuando está en pie es un morrongo, como sucedió ayer y ha venido ocurriendo a lo largo de la feria fallera, todo eso del caballo y de las puyas es una agresión intolerable; todo eso del castigo y la sangre, una carnicería repugnante. Y el toreo, una burla.

Mientras tanto, un funcionario de policía se aposenta en el palco presidencial, investido de una autoridad que no ejerce porque está allí para servir de coartada a cuantas tropelías cometan los taurinos. [...]

[...] Mientras los ganaderos sean incapaces de criar animales sanos y la autoridad no corte el fraude, esta fiesta de hoy, que parece surgida del inframundo —nada que ver con la lidia clásica— será una vergüenza.<sup>1083</sup>

En febrero del año 1990 —temporada en la que únicamente se han encontrado dos referencias de crónicas con titular específico sobre la suerte de varas— en la tempranera feria del madrileño pueblo de Valdemorillo, Joaquín Vidal arranca con otro de esos titulares suficientemente descriptivos del trabajo de los picadores. Ese sonoro «Un toro para hamburguesa» que encabeza la crónica ubica al lector en la tesitura de lo ocurrido. En apenas dos frases resume el cronista toda la brutalidad del tercio de varas del cuarto toro de la tarde:

### **Un toro para hamburguesa**

Al cuarto toro le machacó el picador como si fuera un ajo. Le metía puya por los lomos, puya metisaca —ahora la meto, ahora la saco—, rasgando cuero, pulverizando carne, abriendo simas hasta la bóveda entraña, de donde manaba sangría con la fuerza de un pozo artesiano. Lo dejó listo para hamburguesa. Tenía el picador vara rematada en puya para clavar y la clavaba, pero si llega a tener vara roma, igual hubiera machacado al toro, como a un ajo, pues valía la intención y la intención era sañuda. No es muy seguro que la intención —sañuda— del picador le saliera del alma. A lo mejor actuaba de oficio. Así se rumoreaba en la plaza al percatarse la afición de que el jefe del picador, Pascual Mezquita, merodeaba por el redondel silbando *El sitio de Zaragoza*. La afición no podía creer que los puyazos metisaca del picador, menos aún el griterío del público, le pasaran a Pascual Mezquita inadvertidos. Cundió la sospecha de que se estaba marcando una de disimulo. De manera que estalló la indignación y se desató la demagogia. “¿Será posible”, preguntaba en voz alta un atribulado espectador, “que los

---

<sup>1083</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «La vergüenza nacional». *El País*, Madrid, 21 de marzo de 1988, p. 36.

panaderos no duerman por las noches para que coman pan ese picador y ese torero?». <sup>1084</sup>

Y no hay ninguna crónica más este año de 1990 como tampoco la hay en 1991 que dé protagonismo a la suerte de varas en los términos que veíamos se producían en temporadas previas. Hay que esperar a 1992 para volver a reencontrarse con los textos duros y directos del cronista, y si bien no se trata de un año excesivamente combativo, existen al menos cuatro referencias relevantes. Lógicamente, esta vuelta a la denuncia más dura se debe a la entrada en vigor del nuevo reglamento de espectáculos taurinos, que empieza a aplicarse en marzo de ese año y que para Joaquín Vidal es un despropósito que abre las puertas y oficializa el fraude en todos los aspectos. Así, entre los días que transcurren entre la publicación el día 5 de marzo en el BOE y su entrada oficial en vigor en una feria importante como es la de Valencia, el cronista publica varios textos de censura hacia la nueva norma, que tienen su expresión más contundente en el titular de la crónica del día 14 de marzo que abre con un sonoro titular, «Para tirarlo a la basura»<sup>1085</sup>, y que resume su opinión sobre el texto. «Con este reglamento, la fiesta, abolida, es como está más guapa. [...] Una fiesta que consiste en que sale un torito con cara inocente, se pone a pegar volteretas pues las canillas le fallan, irrumpe un energúmeno montado en gigantesco jamelgo y le amenaza con una pica, y encima un bigardo se dedica a poner gallardas posturas ante sus tundidas carnicillas; una fiesta así —decíamos— es un disparate, desde el punto de vista de los humanos, y desde el punto de vista de los bovinos, una canallada», concluye el cronista.

Evidentemente, uno de los aspectos que más enfadan a Vidal es las transformaciones que sobre la suerte de varas ampara la nueva norma, que reduce el número de puyazos obligatorios en las plazas de primera categoría, pasando de tres a dos. Algo que sólo es explicable por dos razones. La primera es que la casta de los toros y su fortaleza se ha reducido tanto en los últimos años que no tiene sentido aplicar el castigo de tres puyazos porque las reses no tienen fortaleza para soportarlo; y la segunda es que los caballos de picar, si bien se determina un peso inferior para su utilización —lo único que complace a Joaquín Vidal—, salen tanto o más acorazados que antes.

Pero realmente el reglamento taurino no gusta a casi nadie, y el gremio de picadores también han mostrado su malestar al entender, entre muchas otras cuestiones,

---

<sup>1084</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Un toro para hamburguesa». *El País*, Madrid, 6 de febrero de 1990, p. 35.

<sup>1085</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Para tirarlo a la basura». *El País*, Madrid, 14 de marzo de 1992, p. 25.

que la utilización de caballos más ligeros va en detrimento de su seguridad y la de sus compañeros de lidia. Así, el punto culminante que provoca la explosión del cronista se produce en la feria de Abril de Sevilla. En la corrida celebrada el día 1 de mayo, el banderillero José Manuel Calvo Bolinchón, *Manolo Montoliú*, de la cuadrilla del torero José María Manzanares, muere como consecuencia de la terrible cogida que le infiere el toro *Cubatisto* de la ganadería de Atanasio Fernández. Los picadores inmediatamente ponen sobre la mesa la tragedia y la achacan sin pudor a la nueva norma. Sus presiones, huelga incluida, harán que se cumplan sus reclamaciones y que los caballos de picar vuelvan a ser esas murallas infranqueables, si no más, que eran antes. Para Vidal, se demuestra —y se permite— que los picadores mandan en la Fiesta. Su trabajo, como viene afirmando año tras año, temporada tras temporada, condiciona sobremanera el espectáculo, y nadie es capaz de poner control a ese abuso; es la dictadura del castoreño:

#### **La dictadura del castoreño**

El nuevo reglamento taurino limita el peso máximo de los caballos de picar, y éste es el motivo de que los picadores se hayan declarado en huelga. El reglamento anterior, que nunca debió ser derogado —pues establecía un desarrollo equilibrado de cuantos elementos convergen en la lidia—, tenía escasas lagunas y una de ellas era no limitar el peso de los caballos. Por ahí se llegó a un abuso generalizado por parte de los picadores, quienes establecieron una verdadera dictadura del castoreño, reivindicando y consiguiendo la máxima seguridad en el ejercicio de su trabajo. Entre cuantos toreros salen al ruedo, ninguno hay más protegido que los picadores. Jinetes de unos percherones gigantescos, que a su vez enfundados en petos desmedidos, constituyen una fortaleza inexpugnable contra la que se estrella el toro; e incapaz de moverla, aturdido por el topetazo, allí claudica, mientras el picador mete puya sin arte ni tino, rectifica si el conviene, y de la desigual refriega salen caballo y picador incólumes, en tanto el toro queda prácticamente para el arrastre.

Antiguamente eran los picadores quienes más riesgos corrían, pues montaban el caballo español, protegido con un ligero peto, y habían de defenderlo, con habilidad de jinetes y destreza torera, de la acometida brutal del toro. El cambio más radical producido en el fiesta fue, precisamente, la humanización de la suerte de varas, con la implantación de los petos. Sin embargo, las crecientes exigencias de los picadores y la tolerancia con que las contemplo la autoridad, han convertido el tercio en un trámite repulsivo.

Hay ahora un pulso echado entre la autoridad y los picadores, con la Feria de Sevilla paralizada y la de San Isidro en amenaza de suspensión. Los perjuicios que se derivan de la huelga son grandes. Pero resignarse a que el tercio de varas continúe siendo como hasta ahora, supondría

aceptar la degradación del espectáculo, poniendo en cuestión la propia legitimidad de la fiesta de toros.<sup>1086</sup>

Y esa dictadura tiene una víctima principal, el toro, que es apabullado, ignominiosamente sometido, sin un mínimo atisbo de victoria en esa desigual pelea que le enfrenta a un muro. Se trata de machacar, destruir, arruinar la casta, la fuerza, la bravura; que el toro pierda todos sus atributos en pos de la seguridad y el pretendido arte del diestro. El picador está a salvo subido en el catafalco inexpugnable, y el torero debe estarlo también. La destreza y la técnica inherentes a la suerte apenas importan porque el piquero no necesita defender al caballo; sólo debe castigar, y lo hace a placer.

De temido enemigo a víctima, así ha evolucionado la percepción hacia el toro por culpa de los abusos que se comenten sobre sus carnes. Así lo denuncia Joaquín Vidal en la segunda corrida de la feria de San Isidro de este 1992, y lo hace a través de la recreación del pintor Ignacio Zuloaga y su obra *La víctima de la fiesta*, pintada en 1910 cuando todavía no existían los petos, en la que aparece un caballo de picar viejo, famélico, herido, que por suerte ha sobrevivido al trance. La víctima, entonces, era el caballo de picar, ahora, por el contrario, lo es el toro, en un giro de 180° que resulta increíble. Si, como bien señala el cronista, en tiempos pretéritos se picaba a los toros con caballos viejos y esqueléticos, por qué ahora es necesario esa sobre protección. La técnica evolucionó para que el picador fuera capaz de ejecutar la suerte conforme a una estrategia particular dependiendo de las condiciones del toro, y ahí residía la grandeza de la suerte, en la aplicación destreza de esa técnica que aunaba valor y torería. Sin embargo, qué mérito puede tener picar a un toro encaramado a un semoviente descomunemente protegido; qué mérito hay en encerrar al toro entre el caballo y las tablas para facilitar el trance y provocar mayor castigo:

#### **La víctima de la fiesta**

Ignacio Zuloaga retrató un caballo de picar que daba pena y tituló el cuadro *La víctima de la fiesta*. Lo era. En tiempos históricos los caballos de picar estaban famélicos y en tiempos no tan históricos ni tan lejanos, lo mismo. En los pasillos de la plaza de Las Ventas han montado una pequeña exposición de fotos, todas de gran interés taurino, y una de ellas reproduce caballos de picar de la posguerra, que son como rasgas ambulantes. Bueno, pues en esos animalitos se subían los picadores, y los defendían con la vara de detener, y picaban, y los toros pasaban al último tercio suficientemente ahormados para que los matadores pudieran hacerles las faenas de muleta.

---

<sup>1086</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «La dictadura del castoreño». *El País*, Madrid, 3 de mayo de 1992, p. 28.



¿Qué significa esa teoría, fabulada por los picadores de hoy, según la cual con caballos que no sean de tiro, y pesen cerca de la tonelada, y vayan forrados de guata, no se puede picar? Entonces ¿a qué se dedicaban los picadores aquellos de tiempos históricos y no tan históricos? ¿Hacían calceta? ¿En vez de picar tiraban flechas con arco al estilo comanche? ¿Eran los más tontos de la cuadrilla?

Con la entrada en la fiesta del percherón y el individuo que se encarama encima, el caballo ya no es la víctima de la fiesta. La víctima de la fiesta es el toro, que si por una de esas casualidades de la vida llega entero al primer tercio, allí lo despanzurran sin piedad. Corrida a corrida, y salvo honrosísimas excepciones —el sábado Luis Miguel Liro, ayer Pepillo de Málaga—, lo que hacen los picadores es despanzurran toros. Los despanzurran a la medida. Si están inválidos, unos picotacitos valen; sin son fuertes, los meten caña por el espinazo tapándoles la salida, y no paran hasta verlos convertidos en albondiguilla.

Tapar la salida es la estratagema que han hecho posible, de consumo, percherón y peto: a la arrancada del toro el picador le clava la puya donde caiga y mientras lo tiene enredado en el peto, se apalanca en la vara, hace girar el caballo alrededor del toro, lo deja encerrado entre la muralla y las tablas, y allí todo es coser y cantar, sacar y meter, de forma que consuma su pericia carnicera destrozando lomos y solomillos.

Pepillo de Málaga fue el único picador, ayer, que tiró la vara con estilo de varilarguero bueno que es como decir con torería. El resto de las unidades acorazadas procedió según costumbre, en vergonzante confusión de lo que es picar un toro con hacerlo picadillo. Y eso que los toros apenas tenían fuerza. [...] <sup>1087</sup>

La última referencia importante de este año 1992 y de esta segunda etapa la encontramos en la parte final de la temporada durante la celebración de la cuarta corrida de la feria de otoño en la plaza de toros de Las Ventas. A estas alturas, ya no sorprende encontrar este tipo de textos recurrentes y reiterativos, pero no deja de ser curioso que el cronista dedique, como se ha visto en numerosos ejemplos anteriores, las tres cuartas partes de una crónica a denunciar la mala praxis en la suerte de varas. El titular de nuevo llamativo, apelante a la conciencia del lector para que ponga su atención sobre la cuestión y, como en ocasiones anteriores, utilizando terminología similar a la que utilizaría cualquier detractor de la Fiesta. La barbarie atenta, como bien dice el cronista, contra el sentido común y contra la dignidad de quien lo presencia. El espectáculo pierde todo su sentido cuando lo que se contempla es el abuso, la atroz y sangrienta agresión que se produce para restar ímpetu y cualidades de bravura al toro.

---

<sup>1087</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «La víctima de la fiesta». *El País*, Madrid, 11 de mayo de 1992, p. 36.

De nuevo Joaquín Vidal se enfrenta a los picadores, aquéllos que a principio de temporada aprovecharon la desgraciada muerte de un banderillero para poner sobre la mesa sus exigencias en materia de seguridad. Pero el cronista, como siempre, se sitúa del lado de la afición —y del toro—, que también reivindica una suerte digna y ética, acorde a su finalidad original y no la refriega sangrienta en que la han convertido. La «carioca»<sup>1088</sup>, esa fórmula que, como bien afirma, inventara el picador Miguel Atienza en la primera mitad del siglo XX para picar a aquellos toros que por su mansedumbre era imposible aplicarles el castigo, es norma habitual, y con su aplicación sistemática a todos los toros se producen los mayores atropellos jamás vistos en la historia de la Tauromaquia. «Verdugos de la fiesta», los denomina, que ejercen su trabajo de manera acomodada, casi sin riesgo, y condicionan, para mal, toda la evolución de la lidia:

### **La barbarie con castoreño**

Los picadores armaron una buena a principio de la temporada reivindicando sus derechos de empleados por cuenta ajena y la seguridad en el trabajo que recogen las reglamentaciones laborales de todas las profesiones (la del sector de albañilería, por ejemplo), por los aficionados a los toros, e incluso los propios toros, están también en el derecho de reclamar daños y perjuicios por el destrozo que provocan cada tarde en la fiesta y por la carnicería que perpetran en los animalitos de Dios. Salen los picadores reivindicativos en los percherones de siempre; más envueltos en petos, guatas, manguitos, trapos y hierros que nunca; le clavan al toro puya salvaje en el espinazo trasero; le encierran en tablas para mejor descuartizar, y esa es la caraba en bicicleta, la barbarie con castoreño, un desmadre, un atentado a la dignidad humana, una fechoría de juzgado de guardia. Cabalgan ingenios que pesarán cerca de la tonelada, estos trabajadores con castoreño, cuya especialidad es convertir toros en hamburguesa, y como si fuesen en coche. Si el toro desfallece nada más poner la pezuñita en la arena —según costumbre—, salen dándose un paseíto, pegan un picotazo, vuelven, y a cobrar. Pero si alguna vez, como sucedió en esta corrida, lo que les embiste es toro de trapío y fortaleza, lo rajan de arriba abajo, y santas pascuas.

---

<sup>1088</sup> El término «carioca» se utiliza cuando un picador, una vez el toro se ha estrellado contra el peto, hace girar el caballo de manera que las inercias de ambos quedan invertidas: el toro empujando hacia el centro del ruedo y el caballo resistiendo hacia las tablas. Esta manera de aplicar la suerte fue inventada por el picador Miguel Atienza Caro en la primera mitad del siglo XX y en origen tenía como misión castigar a aquellos toros a los que por su mansedumbre era imposible picar. La suerte consiste básicamente en hacer girar el caballo lo más rápidamente posible para invertir, como se decía, las direcciones. Los toros normalmente envisten con mayor ímpetu hacia la querencia de chiqueros, es decir en la dirección contraria hacia la que se ejecuta la suerte, y por eso, al girar el caballo y colocar el toro en esa nueva dirección, se consigue que se encele más en el peto al ver tapada su salida natural hacia ese terreno de chiqueros. De esta manera se le puede proporcionar el castigo que, en las circunstancias normales, ha sido imposible aplicar. Si bien esta suerte estaba concebida para ese tipo de toros mansos, la aplicación sistemática tarde tras tarde a todo tipo de toros la convierten en abuso ya que muchos toros que no son mansos son obligados a embestir de esta manera, dejando sus fuerzas bajo el peto ya que el empuje con que se emplean es mayor y más duradero que cuando lo hacen enviando en la dirección contraria.

Lo que llamaron hace ya muchos años, con raro eufemismo, «la suerte del señor Atienza» (o sea, la carioca) se ha convertido en la forma única de picar, sólo que corregida y aumentada. Y ya no le dan una vuelta al toro mientras clavan hierro, sino que se paran a mitad de camino, el percherón y su jinete dando cara al público, y dejan al toro acorralado, hasta dejarle los lomos convertidos en puré. Varazos así meten todos cada tarde (hay excepciones honrosas, aunque escasísimas), y en la corrida de autos se distinguieron por su ferocidad carnicera Francisco Barroso en el primero, El Pimpi en el último, José Luis González en el quinto.

El quinto pareció un gran toro, por su impresionante trapío y por la codicia con que embestía, más el picador se encargó de triturarlo, con la colaboración de su jefe, Fundi, que primero puso en suerte al toro colándolo debajo del caballo y luego permaneció ajeno, mientras se consumaba la barbarie. Debió pensar Fundi que, toros así, mejor muertos. Sin embargo el toro sobrevivió al brutal ataque ecuestre... [...]

Todos, matadores y banderilleros, pasaron fatiguitas con los torazos de Murteira. Todos menos los picadores que, entre la raya y la barrera, ejercen de verdugos de la fiesta. Tiene su intrínquis este asunto de la raya. En tiempos históricos muchos picadores se arrimaban a la barrera para que no los tirara el toro y el público exigía que picaran en los medios. Hubo fuerte polémica por eso y, finalmente, se llegó a una solución de compromiso: los picadores aceptaban hacer fuera la suerte, pero sólo hasta cierta distancia, y exigían que se marcara una raya, más allá de la cual no estarían obligados a salir. Y ahora resulta que los públicos protestan más cuando los picadores pisan esa raya que cuando ejecutan la suerte del señor Atienza, corregida y aumentada. Con su caballazo, con su puya y con su castoreño, los picadores van a lo suyo y consiguen lo que quieren. No son tontos, no.<sup>1089</sup>

Para confirmar la denuncia, el texto se acompaña de una fotografía M. Escalera en la que se contempla un puyazo con saña a ese quinto toro de la tarde en el que, efectivamente, se comprueba cómo la vara está situada casi en el lomo de la res, por detrás de esa zona indicada para picar que se denominada morrillo, lugar en el que las lesiones que se provocan al toro son mucho más grandes del mismo modo que el sangrado es más profuso:

---

<sup>1089</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «La barbarie con castoreño». *El País*, Madrid, 4 de octubre de 1992, p. 32.



El quinto toro fue destrozado con los puyazos traseros, durante un tercio de varas infame.

1090

El año 1993 cierra esta segunda etapa que se ha establecido para este análisis de la opinión de Joaquín Vidal en relación a la suerte de varas y es, al igual que ocurre con varios años previos como entre 1988 y 1991, un año sin apenas relevancia en este tema. Sólo se han encontrado 15 referencias, todas ellas breves, tan solo una crónica lleva titular específico y tampoco se encuentran artículos específicos sobre el tema. Sin embargo, a partir de 1994 se reinicia de nuevo la lucha y la denuncia vuelve a estar presente con toda la fuerza.

#### **6.2.2.1.c. Una guerra sin final. La rabia acumulada (1994-2001)**

El año 1993, como se afirmaba, se cerró sin apenas relevancia en el tratamiento de la suerte de varas por parte de Joaquín Vidal. Sin embargo, a partir de 1994 el cronista toma impulso y en esta nueva etapa que hemos extraído lanza de nuevo todo su arsenal para denunciar el abuso. Así, entre 1994 y 2001 suman un total de 220 referencias encontradas, destacando por encima de los demás los años 1994, 1995 y 1996 con 37, 47 y 31 referencias respectivamente. Son también 23 las crónicas que llevan titular específico sobre el tema, y en este sentido, es el año 1995 el que más referencias suma, con un total de 8, lo que le sitúa al lado del año 1984 que también sumó esa misma cantidad, y sólo por detrás del año 1986 que alcanzó las 9. Por otro lado, baja notablemente la publicación de artículos o tribunas específicos, con apenas 3 textos de este tipo encontrados en estos ocho años, y sube notablemente el número de crónicas en las que el cronista hace elogio de la suerte de varas, con un total de 10 referencias, casi la mitad de todas la sumadas en todo el periodo de análisis. Como

<sup>1090</sup> Fotografía de ESCALERA, M. «El quinto toro fue destrozado con los puyazos traseros, durante un tercio de varas infame». *El País*, Madrid, 4 de octubre de 1992, p. 32.

ocurrió en el periodo anterior, a partir del año 1997 se produce un nuevo relajamiento en la denuncia, reduciéndose considerablemente y de manera progresiva el número de textos que la abordan, baste el dato que supone la existencia de 13 referencias en el año 2001 frente a las 45 de la temporada 1995.

**RELACIÓN DE REFERENCIAS ENCONTRADAS PARA EL ANÁLISIS ENTRE ENERO DE 1994 Y  
DICIEMBRE DE 2001**

AÑO	Artículos/Tribunas específicos	Artículos/Tribuna en los que hace mención	Crónicas en las que hace mención	Crónicas con titular específico	Suerte bien hecha	Otros	Total
1994	1		36	5	1		37
1995		1	45	8	2	1	47
1996	1		30	2			31
1997			25	3	1	4	29
1998			20	1	1		20
1999			24	1			24
2000	1		18	2	3		19
2001		1	12	1	2		13
TOTAL	3	2	210	23	10	5	220

No es fácil saber el por qué de la actitud de Joaquín Vidal en relación a la suerte de varas y a qué se debe el aumento o descenso de las referencias en los diferentes años. Bien es cierto que el año 1992 ponía sobre la mesa el problema del nuevo reglamento taurino y el plante de los picadores a partir de la muerte de Manolo Montoliú en la plaza de Sevilla, pero el año 1994 no ofrece ningún dato objetivo que permita atribuir ese aumento y sin embargo entramos de lleno en un cuatrienio de gran dureza. O, quizá, habría que plantearse el tema al revés, y preguntarse por qué el año 1993 fue tan poco combativo si la inercia sobre el malestar por el nuevo reglamento debía perdurar en la mente del cronista. De hecho, en este 1994 la queja contra esa norma es constante, llegando a considerarlo como un «reglamento antitaurino», como lo hace en la feria de julio de Valencia, en la que señala que «ha sido la peor puñalada que le hayan podido asestar a la fiesta desde que existe. [...] Al entrar en vigor consiguió lo que denunciaron en su día los aficionados y estamentos responsables: rebajar la integridad del toro, posibilitar la impunidad del fraude, desautorizar a los veterinarios, convertir los

reconocimientos de las reses en un mercado persa, desnaturalizar el primer tercio, dejar la fiesta al gobierno y satisfacción de los taurinos». <sup>1091</sup>

En cualquier caso, y como se veía anteriormente, son los años 1994 y 1995 los más combativos y a los que se les debe prestar mayor atención, ya que en ambos se acumulan los textos más interesantes de esta tercera etapa establecida. Al igual que ocurre en todo su trayectoria en *El País*, la mayor parte de estos textos se contabilizan entre los meses de marzo y junio, y es de nuevo la plaza de Las Ventas de Madrid la que más referencias concita. En las crónicas las fórmulas apenas cambian y las mayores denuncias repiten esquema: titular específico y apelativo a la conciencia del lector y gran parte del texto dedicado al asunto, dejando a un lado el desarrollo del resto del festejo, al que apenas dedica espacio. Dentro de esa apelación a la conciencia crítica del aficionado, también repite esquemas narrativos, utilizando varias veces la humanización de las reses como nexo de unión entre la realidad y la ética del espectáculo.

El primer texto relevante lo encontramos durante la feria de Abril de Sevilla de 1994, en el que acusa de toricidio a uno de los picadores y prolonga la denuncia de la, por él llamada, «dictadura del castoreño» que impera por las plazas y las ferias españolas. Véase que el empleo del término «toricidio» —repite este titular en una crónica del final de esta temporada— humaniza a los toros, por lo que el escritor encuentra en esa fórmula una mejor forma de transmisión de la denuncia. Evidentemente, en este caso los motivos son los suficientemente pertinentes, ya que la actuación del picador que actuó a las órdenes del diestro Manolo Cortés provocó que hubiera de apuntillarse al toro después del tercio, y esto, según explica Vidal, se debió a la brutalidad con la que se empleó el sujeto. Recrimina, como tantas veces, la pasividad de la autoridad y exige la toma urgente de medidas para que esta situación se frene de una vez por todas, incluso, medio en broma medio en serio, pide medidas severas para los picadores que pudieran llegar al arresto domiciliario:

#### **Un toricidio**

El individuo del castoreño de verde y oro vestido, cogió al cuarto torillo guapo tal que así, le metió varazos por los solomillos y los pasaportó a los infiernos. Consumado el toricidio, el torillo guapo quedó para el arrastre, se quería morir, y como los humanos aún no han sido capaces de entender el idioma vacuno (llámanlo *mugío*), lo decía por señas. De manera que se tumbaba y ponía carita de resignación,

---

<sup>1091</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «El reglamento antitaurino». *El País*, Madrid, 26 de julio de 1994, p. 25.

queriendo indicar: ahí me las den todas. Se las dieron. La segunda vez que se tumbó, fue Lebrija<sup>1092</sup>, que es un as del cachete, le pegó un cachetazo, y el torillo guapo estiró la pata.

Alguien tendrá que acabar de una vez con esta dictadura del castoreño; con la tiranía de esos individuos sin torería alguna ni sentido común tampoco, que se encaraman en un percherón acorazado, acorralan al toro contra las tablas, y en cuanto lo tienen a su alcance sin posibilidad de escapatoria, le zumban la pandereta desde lo alto de la inexpugnable fortaleza, hasta dejarlo hecho hamburguesa y lamentado haber nacido.

Los carniceros montados de esta tarde ferial y de todas las tardes en cualquier parte han convertido su tropelía en hábito, y como además hay por ahí un papelote con ínfulas de reglamento que tiene convertida la lidia en una zarzuela, nadie se atreve a llamarles la atención. Y, sin embargo, es preciso tomar medidas urgentes. No dice uno que haya de ser la cárcel, pues eso debe quedar para delitos de mayor cuantía y propósitos torticeros (por ejemplo llevarse al hombro la caja fuerte de los organismos de la Administración), pero un arresto domiciliario no estaría mal en determinados casos. [...] <sup>1093</sup>

Pero los tres textos más relevantes de la temporada, con una inusual seriedad por parte del cronista, se suceden a lo largo del año y tienen como escenario las plazas de Sevilla, Madrid y Valencia. Alegatos duros y directos contra el gremio de los picadores que demuestran esa rabia del cronista que no tira la toalla en su pelea en contra del abuso. Así, dos semanas después del anterior artículo citado, al finalizar esa misma feria sevillana, se encuentra la crónica del último festejo, en el que se lidiaron toros de María Luisa Domínguez Pérez de Vargas y de Guardiola Domínguez. El titular, «La dictadura de los picadores», se repite con el que ya publicara justo diez años antes, en 1984, citado en el punto anterior, y que, entonces, abría la crónica de una novillada celebrada en la plaza de toros de Las Ventas en el mes de junio. De nuevo, en esta caso, el argumento de la responsabilidad de la crisis del espectáculo atribuida al mal proceder de los varilargueros, y de nuevo el repaso a la evolución de la suerte y a la instauración, en parte perniciosa, de los círculos concéntricos que delimitan los espacios destinados al caballo y al toro para que la suerte sea ejecutada. Y junto ellos, la denuncia de la «carioca» como único método actual de picar, independientemente de las condiciones del toro, de los terribles puyazos traseros que tanto quebrantan a las reses, y de la pasividad de los diestros, cómplices ante la barbarie. Aparecen también en el texto los

---

<sup>1092</sup> Enrique Muñoz, *Lebrija*, fue durante muchos años puntillero oficial de la plaza de toros de la Maestranza de Sevilla. El papel del puntillero es, por un lado, dar la puntilla a las reses una vez estas han sido muertas a estoque si en la cuadrilla del diestro actuante no hay puntillero de confianza que haga la suerte; y por otro lado apuntillar en la arena aquellos toros que quedan inutilizados –como el caso que nos ocupa– durante la lidia y es del todo imposible que se retiren por su propio pie a las dependencias interiores de la plaza.

<sup>1093</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Un toricidio». Madrid, diario *El País*, de martes 12 de abril de 1994, p. 34.

habituales términos que compara a las plazas montadas con elementos bélicos: «fortaleza acorazada» y «acorazada de picar». Discurso serio, macizo, sin ribetes alegóricos ni esa parte de humor añadido que suele utilizar el cronista; el hartazgo y la rabia impresos en papel para disposición de todo el mundo que se quiera dar por enterado:

### **La dictadura de los picadores**

Los picadores castigaron la excelente corrida de los *guardiolas* como si fuera una corrida poderosa, indómita y *pregoná*. Toro a toro la fueron fundiendo mediante los alevosos puyazos traseros, la carioca haciendo palanca con la vara, el torbellino ese de percherón pegando vueltas que envuelve y enreda al toro en el peto dejándolo desorientado, la carnicería final encerrándolo contra las tablas sin posibilidad de escapatoria. Toda la corrida se picó de semejante manera —¡y toda la feria, y la temporada entera!— pues este sucedáneo de picadores que va en las cuadrillas ejerce una dictadura intolerable sobre la fiesta.

Parece como si hubieran establecido el pacto de no picar en regla nunca jamás, bajo ningún concepto, no vaya a ser que alguien de ellos se sienta torero entonces, sucumba a la tentación de seguir siéndolo para los restos, y rompa el juego al resto del colectivo. O que ese público inadvertido y ajeno que llena las plazas para ver rechazos se dé cuenta de la diferencia, perciba la lógica y la belleza del arte de picar reses bravas, y exija en el futuro que se realice de tal modo la suerte.

Gran parte de la crisis profunda que atraviesa la fiesta es culpa directa de estos picadores irresponsables, malos caballistas, peores aficionados, negación del toreo. Pero la dictadura no les viene de ahora. Los cambios más profundos que haya experimentado la lidia a lo largo de su historia los han propiciado los picadores con unas exigencias que siempre llevaban el mismo objetivo: ampararse del toro y sus peligros. De ahí vinieron los petos primero, el aumento del tamaño de esos petos después, la mudanza del caballo de silla al percherón, la puya que les permitía hundir hasta la arandela y una cuarta de palo, el peto descomunal que convierte la cabalgadura en fortaleza acorazada.

Es curioso que los públicos permanezcan callados mientras los picadores cometen sus tropelías, allá penas si los toros son flojos, encastados y nobles como los Guardiola, y, en cambio, les armen un broncazo cuando pisan el círculo pintado en el ruedo. Pues ese círculo se puso precisamente por imposición del club del castoreño, en aquella época en que cogieron el vicio de aguardar al toro pegados a las tablas y la afición —los propios toreros también— les obligaba a salir al encuentro del toro en los medios, lo que les daba un miedo pavoroso. La raya, en definitiva, constituyó su garantía; más allá no debían pasar, así lo mandara el Papa. Y ahora les sirve de certificado de buena conducta. Tiene usía el asunto.

Flojísimos los Guardiola y rematados por la acorazada de picar, llegaron al último tercio moribundos, aunque haciendo gala de su



encastada nobleza. [...] Pedro Castillo, espectacular en banderillas, no pudo sacarles partido a sus *guardiolas* inválidos y descuartizados. Pepe Luis Martín tampoco a los suyos, y esto explica el decoro con que resolvieron sus faenas. Aunque no les excusa. Porque la acorazada de picar iba a sus órdenes. Y si cometieron tropelías intolerables, esa es su responsabilidad.<sup>1094</sup>

El segundo texto es la crónica del primer festejo de la llamada feria de la Comunidad de Madrid que se celebra a finales de abril y primeros de mayo y en el que, en este caso, se trata de una novillada con reses de la ganadería de Peñajara. De nuevo el titular, «Los matarifes», se repite con el que ya utilizara en abril de 1985 sobre un festejo celebrado en la plaza de toros de Sevilla y que también se citaba en el punto anterior. Es como si el cronista quisiera retomar aquella parte de la campaña para que el público siguiera teniendo presente que las fórmulas de ejercer la suerte de vara y de quienes la practican no se han modificado lo más mínimo. El texto guarda también similitud con el publicado en mayo de ese año 1985 y que llevaba por título «La horda», con rasgos apocalípticos y la presunción de que lo que estaba por venir iba a adquirir tintes dramáticos. Retoma las descripciones pormenorizadas de la brutalidad del conjunto de los picadores, y vuelve a instaurar en la mente del lector la idea de que la Fiesta, con toros inválidos y picadores matarifes, es un auténtico fraude:

### **Los matarifes**

Los matarifes ya están aquí. Ya llegaron los matarifes zumbando la pandereta. Matarifes tocados de castoreño coquetón, chaquetilla bordada en oro, pantaloncito de crudo paño, bota de fierro para proteger su peluda pierna, caballeros de gigantesco percherón oculto bajo un manto de guatas. Ya están aquí los matarifes, que salieron con todo su bagaje y toda su saña en el primer festejo de las llamadas Fiestas de la Comunidad —¡oh!— a demostrar, ya desde el primer día y desde la primera hora, que buenos son ellos, que manos arriba, que va listo el toro —da igual si es novillo inválido— si tiene la osadía de ponerse a su alcance.

Encaramados en la fortaleza, los matarifes metían hierro incivil a los novillos por los espinazos de atrás o los blandos bajeros, mientras los pobres animaluchos se enredaban en la empalizada del peto. Hundida la vara, apoyaban en ella su corpachón, convirtiéndola en eje de lo que había de venir. Y lo que había de venir era la barbarie, la destrucción total de las pocas fuerzas que le pudieran quedar al animalito inocente, dando vueltas a su alrededor para que no tuviera escapatoria y hubiese de soportar sin decir ni mu aquel castigo desaforado.

Perpetradas las agresiones, uno de los novillos —que fue el sexto— acabó moribundo, y el resto, lamentando haber nacido. Y todo eso

---

<sup>1094</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «la dictadura de los picadores». *El País* Madrid, 26 de abril de 1994, p. 30.

ocurrió a pesar de que salieron con claros síntomas de invalidez. No exactamente: salían, en realidad, nerviosos y retadores; se arrancaban feroces a los peones, obligándoles a guarecerse, y al sentirse burlados, tomaban venganza corneando burladeros. Gran inquietud había entonces en la plaza. Pero un minuto después (podían ser dos), a los novillos pendencieros les entraba de súbito la flojera, trastabillaban, rodaban desmadejados por la arena.

Ir a las corridas de toros y a las novilladas se ha convertido en ver cómo se caen los toros y los novillos sin razón que lo justifique. El toro de lidia, un animal que no lo dio nunca la naturaleza tan armonioso, potente y bravo, ha pasado a ser el único de los creados que se cae por las buenas. ¿Ha visto alguien caerse (por las buenas) una vaca lechera, un gato, un pollo tomatero? Nadie de la ciencia veterinaria, ni de la industria ganadera, ni de la autoridad competente, explica por qué todas las tardes han de caerse todos los toros, ni allega tampoco los adecuados remedios. De donde se deduce que esta fiesta, o es un fraude en su mismo planteamiento, o no tiene solución, o la solución será sustituir los toros de lidia por vacas lecheras, por gatos o por pollos tomateros. [...] <sup>1095</sup>

El tercer y último texto relevante de esta temporada se encuentra a finales del mes de julio. Se trata también de una crónica sobre una corrida de toros que tiene lugar en la plaza de toros de Valencia en la feria de San Jaime. Si en los dos ejemplos anteriores hacia causa general contra los picadores, en este caso se centra más en describir las atrocidades ocurridas durante el tercio de varas del cuarto toro de la tarde. Retoma las descripciones sangrientas, y repite titular, «Un toricidio», como el empleado en el mes de abril de este mismo año. En este caso, además, culpabiliza del abuso al matador de toros Emilio Muñoz, jefe de filas del picador que ejecuta el tercio de varas en ese cuarto toro. Como se ha visto en muchos ejemplos anteriormente, cuando se trata de denunciar una brutal actuación de estas características, es normal en el cronista la humanización de las reses, y para describir lo sucedido se refiere a cuestiones como «asesinato», «escenario del crimen», o el propio «toricidio»:

### **Un toricidio**

El cuarto toro pudo morir asesinado en el primer tercio. Perpetró el toricidio un siniestro individuo encaramado en un enorme percherón, y fue inductor su jefe de filas, llamado Emilio Muñoz, con la complicidad de toda la cuadrilla. Convertido el tercio en un herradero, Emilio Muñoz recorría presuroso el ruedo para permanecer lejos del escenario del crimen, mientras el toro galopaba abanto sin que nadie intentara detenerlo. Una vez el toro tropezó al caballo, lo tiró, emprendió de nuevo franca huida y habría seguido medio entero si no fuera porque el picador derribado determinó tomar cruel venganza; y aprovechando que el toro se

---

<sup>1095</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Los matarifes». *El País*, Madrid, 30 de abril de 1994, p. 35.

había detenido junto a tablas, allí lo acorraló, allí lo agredió, allí le hizo un boquete por junto al espinazo, y si llegan a dejarle lo taladra hasta las entrañas.

El escándalo mayúsculo que se había producido en los tendidos con aquellos macabros sucesos, la indignación del público, el lanzamiento de almohadillas, debieron aconsejar al presidente sacar el pañuelo para evitar males mayores. El picador, no obstante, seguía empeñado en consumir la carnicería, de manera que terció al ojo perverso el castoreñito vil, pico espuelas, cabalgó hasta los medios donde se encontraba el toro ya sin resuello, lo envolvió en la empalizada del peto y le pegó otro lanzazo donde cayera, mortal de necesidad.

Descuartizados los lomos, chorreando sangre de cabeza a rabo, el toro trastabilló derrotado hacia las tablas y se aculó en ellas lamentando haber nacido. Hasta pareció que de un momento a otro se iba a morir. Más no se murió, ni nada. Toro de casta al fin, se repuso y dio la sensación de que aún pediría pelea en la muleta. No hubo forma de saberlo, sin embargo. Emilio Muñoz lo macheteó rápido, le pegó un espadazo bajero, y se acabó la presente historia. Un minuto de reloj duró toda esa operación, incluido el cachete letal del puntillero.

[...] Al público le había quedado la fijación del toricidio, de la complicidad de Emilio Muñoz, de su conducta dolosa por denegación de auxilio. Y, al verle marchar, le metió un broncazo de padre y muy señor mío.<sup>1096</sup>

En la temporada de 1995, la que mayor profusión de referencias ofrece de esta tercera etapa, son varios los textos los destacables por la firmeza en la crítica y la dureza de las descripciones. Piezas reiterativas en la crítica, con apenas novedades con respecto a lo visto hasta ahora, sin embargo son realmente relevantes porque nos muestran esa rabia desatada e incontenida del cronista y, en muchas ocasiones, una seriedad en la denuncia que pocas veces se vislumbra en él, propenso a la ironía y al sarcasmo. De todos ellos, las dos referencias seleccionadas se concentran en esta ocasión en la plaza de Las Ventas de Madrid en los meses de mayo y septiembre. La primera durante la celebración de la feria de San Isidro, la última elegida en la feria de Otoño.

El primer texto seleccionado es el de la crónica de la 12ª corrida de la feria de San Isidro, en la que se lidiaron toros de Domingo Hernández. La crónica mantiene la estructura habitual en estos casos de titular llamativo y casi las tres cuartas partes del cuerpo dedicadas a la denuncia de la suerte; descripciones sangrientas de los momentos más duros de los tercios de varas, concretamente de los toros segundo y quinto, la falta de sanciones para quienes comenten los desmanes, y como aspecto relevante, la

---

<sup>1096</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Un toricidio». *El País*, Madrid, 24 de julio de 1994, p. 23.

preocupación de un tiempo a esta parte de que los públicos parecen ajenos a las tropelías y no ejercen protesta alguna contra el abuso, que se traduce en la sensación de que estas fórmulas terribles de ejercer el oficio de picador son aceptadas por el público en general:

### **Vándalos con castoreño**

Llegaron los vándalos y llevaban castoreño. Buena novedad es esa; vándalos tocados con castoreñito gracioso, su cucardilla floreándoles sobre el ala. Viéndolos, eran un amor de criaturas; tan enlindados (sic.), tan bizarros, tan bellos. De conocerlos, el mismísimo Alejandro Magno habría palidecido de envidia. Luego entraron en acción...

Entraron en acción fingiendo que iban a picar, y en realidad fue la marabunta. Entraron en acción, tendieron la vara, se la metieron con saña carnicera y empezaron a saltar chispas. No sólo chispas saltaban allí: sangre a borbotones manaba de las horribles rajaduras. La vandálica expedición de castigo ni aceptaba límites ni conocía piedad. Utilizando el gigantesco percherón enguatado de inexpugnable parapeto, aquel amor de criaturas transfigurado en avanzadilla del averno rodeaba al toro, lo acorralaba impidiéndole escapar, y una vez lo tenía a su merced bajo la bota de hierro, le clavaba la puya en el espinazo, allá penas si se la sacaba de cuajo.

De toda la vandálica acorazada de picar destacaron los que militaban a las órdenes de Litri. Uno de ellos, llamado Ambrosio, goza de fama de picador clásico —en la feria de Sevilla le aplaudieron mucho, saludó con el castoreño—, quién sabe si por su veteranía o porque muestra la rareza entre los de su oficio de ser enjuto. Pero otra se trae en la intención, y sus lanzazos traseros arrasaron los lomos del tercer toro, dejándolos en carne viva. Luis Saavedra picó al segundo toro de Litri y lo hizo socavándole el cuerpo en el curso de mil cariocas vertiginosas, con parecido resultado destructor.

Así picaron estos individuos, y todos en la tarde, y así se pica habitualmente desde unos años atrás, y ¿quiere creerse que no hubo en la plaza ni una sola protesta? Si alguna se oyó durante los tercios de varas fue porque el picador avanzaba el percherón hasta pisar la raya, lo cual no comporta ventaja alguna ni es delito. De donde sin pública censura y sin intervención sancionadora de la autoridad, la acorazada de picar puede seguir perpetrando sus tropelías con la impunidad más absoluta.

Los matadores tampoco les llaman la atención. Antes al contrario, se supones que les dejan hacer, y aún querrían más —¡leña al mono!— para que el toro acabe moribundo y evitarse las dificultades que pueden presentar los toros enterizos al pasarlos de muleta. [...] <sup>1097</sup>

Y si bien pudiera parecer que las fórmulas de censura y crítica ya han tocado todos los registros posibles, en septiembre, durante la celebración de la feria de Otoño

---

<sup>1097</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Vándalos con castoreño». *El País* Madrid, 25 de mayo de 1995, p. 46.

nos encontramos con una nueva vuelta de tuerca en un titular más descriptivo y apelativo, si cabe, que los vistos hasta ahora. La actuación en el cuarto toro de uno de los picadores a las órdenes del diestro Juan Mora remueve las entrañas de Joaquín Vidal, que le acusa directamente de ser Jack el Destripador. Esta terrible forma de picar, vengativa y no equilibrada a la necesidad ética de la lidia, retrotrae para el cronista los años más terribles de la España negra con sus envidias y sus revanchas, sus vilezas fuera de todo principio de racionalidad. En cualquier caso, la comparación con el asesino británico no es ociosa, sino que sirve eficazmente de ubicación en el escenario del «crimen», donde el picador queda desposeído de la necesaria torería y ejemplaridad en la función de ahorrar investidas y atemperar bravuras, y éstas quedan sin posibilidad de calibre porque el efecto del paso brutal por el caballo las hace ya incalificables al ser reducidas a su mínima o nula expresión. Y desesperantemente todo con la aquiescencia de un público desconocedor de los resortes y pasos lógicos de la lidia; un público que enfada al cronista porque carece de criterio valorativo adecuado en un proceso —toda la lidia— que requiere y depende de un sutil equilibrio de fuerzas. Si la masa que llena los cosos admite esto, quiere decir que admite esta fiesta descompuesta desnaturalizada:

### **Jack el Destripador**

La acorazada de picar salió en expedición de castigo y todos los conmlitones, como un solo hombre, rajaron los espinazos de los toros buscándoles las entrañas. A uno, tras la carnicería, le metieron una ovación que no habría escuchado ni el famoso Badila en sus mejores días de gloria. Otro, que tiene buen ambiente y hasta le componen poemas camperos, llamado Ambrosio, al levantar la vara creíamos que sacaría las tripas del toro colgando de la cruceta. Y en una de esas apareció Jack el Destripador.

Jinete de jamelgo percherón con aires de burro, recibió al cuarto toro no por donde se debe, sino directamente por el lado contrario, echándole encima la muralla del burro, su peto descomunal, acorralándole contra las tablas. Y allí le dio para ir pasando. Le dio lo que no está escrito. Le dio donde más duele y donde mata. Le dio con la saña aquella que caracterizaba la barbarie de la España negra. Le dio siguiendo la escuela no del Badila dicho, ni siquiera la del señor Atienza, que inventó la carioca, hoy recuperada, puesta al día y convertida en suerte cotidiana, instrumento letal destinado a dejar para el arrastre las reses bravas; le dio Jack en la escuela del Carnicero de la Autopista, del Vampiro de Dusseldorf, del Conde Drácula, del doctor Petiot, de la suya particular. Y aunándolas todas contra el inocente toro, dictó una lección magistral, que al resto de la acorazada de picar le sirvió de guía y ejemplo.

Algunos toros derribaron... Bueno, es un decir. Más bien se caían los caballos, aunque no por debilidad congénita sino porque los verdugos de

arriba no tenían ni idea de montarlos, tampoco de ejecutar la suerte de varas con cierta sujeción a los cánones y una mínima decencia, y al menor marronazo, o al recibir un derrote poquitín fuera de lo normal, los desequilibraban. Ni caballistas, ni picadores; no torería, ni sensibilidad. Así son los actuales individuos que calzan bota hierro y se tocan de castoreño, con rarísimas excepciones.

Y mientras perpetraban las tropelías, el público no decía nada. Apenas protestaban tres o cuatro aficionados desperdigados por el tendido, otros tres o cuatro en el denostado 7, acaso docena y media en los momentos de mayor escándalo. Buena parte de los espectadores ovacionaron, incluso, una explosiva manifestación de incompetencia —el picador dando vueltas vertiginosas en torno al toro en tanto lo tenía medio aplastado con el percherón y le clavaba vara profunda—, y al matarife responsable le estuvieron acompañando los aplausos hasta que desapareció por la puerta de cuadrillas (no para siempre, ¡rayos!). “Son unos ignorantes, pobrecillos” era la explicación que encontraron algunos de aquellos aficionados a semejante despropósito de la masa pensante. Pero puede que no; puede que el toro y a su bravura —imposible de calibrar en esas circunstancias—, les trajera sin cuidado; puede que les gustara ver cómo se vapulea un toro y se le abre en canal impunemente, desde lo alto de una inexpugnable empalizada.

Y acaso el subconsciente les estuviera sugiriendo que era la única forma de que los toreros lograran cortar orejas. Los precedentes son abrumadores: así está sucediendo todas las tardes, en todas las plazas de este país. Los toros salen moribundos del chiquero y, donde no, se encarga de destruirlos la brigada ecuestre. Luego los toreros se ponen a hacer posturas, les regalan orejas, y expertos en contar cuentos (propriadamente, cuentistas), relatan con terminología épica esas actuaciones, concluyendo que fueron memorables.

Carnicería, pantomima y cursilada se repetían en Las Ventas, pero la afición madrileña no lo aceptó. [...] <sup>1098</sup>

Superado el combativo año de 1995 comienza un periodo de descenso que será progresivo hasta el final de la carrera de Joaquín Vidal en *El País*. La temporada de 1996 todavía mantiene el pulso de la denuncia, con 31 referencias, sin embargo, apenas son 2 las crónicas que llevan titular específico sobre el tema. No obstante, todavía se encontrarán diseminadas a lo largo de las sucesivas temporadas perlas de este discurso contra los abusos de la suerte de varas.

Durante la feria de Abril de Sevilla de ese 1996 vuelven las descripciones sangrientas de lo sucedido. La feria se cierra con la tradicional corrida de Guardiola, en la que el cuarto toro, lidiado por el diestro Manuel Ruiz, *Manili*, recibe un brutal castigo por parte del picador de turno. La idea de que los picadores no pican descuartizan reses,

---

<sup>1098</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Jack el Destripador». *El País*, Madrid, 30 de septiembre de 1995, p. 31.

es el argumento de la crítica, que centra sus iras en lo ocurrido en ese cuarto toro que, además, había mostrado síntomas de gran bravura. «Salió un toro bravo y el picador fue y lo descuartizó. Así, por las buenas, por el morro, porque le dio la gana», arranca la crónica Vidal. Después la descripción de la brutalidad, de la carnicería presenciada, de lo que debiera ser inconcebible en una plaza de toros de categoría. Porque aquél pobre toro «iba sangrando a borbotones; la sangre no sólo le llegaba a la pezuña sino que corría por el canalillo del espinazo hacia la penca del rabo, y se iba morrillo adelante hasta entintar las astas, de donde caían goterones. Fue la barbarie. El *guardiola* se había arrancado nada más ver al picador acorazado, recargó sobre el peto y por ahí el vino su perdición. Porque el picador no tuvo entonces más que dar vueltas alrededor del toro apalancando sobre sus lomos la puya y a cada giro levantaba lo menos una cuarta de carne. En pulpa se la dejó convertida aquel siniestro individuo del castoreño»<sup>1099</sup>, señala el cronista.

Las tres crónicas con titular específico que aparecen en 1997 son realmente interesantes. La primera, con el titular «Ajusticiado en varas», nos recuerda a la publicada en el año 1984 y anteriormente citada «Asesinato en varas». Como se ha visto en sucesivos textos, esa forma de humanizar al toro y animalizar al hombre es recurrente en Joaquín Vidal, que la usa con voluntad de atraer la atención del lector desde un plano diferente. No se trata de un picador que comete una tropelía que pueda ser considerada como abuso o delito, sino que es un toro indefenso que recibe castigo por parte de una bestia humana. Los papeles se cambian. El toro, fiera indomable, deja de serlo porque está bajo el sometimiento de una fuerza superior, cuando esto nunca debiera ser así. El picador, al contrario, individuo diestro y valiente, que tiene que enfrentar su inferioridad a la superioridad física de la res, es ahora un elemento destructor invencible que desde su posición inexpugnable aplica justicia vengativa al poder del toro. Y todo más aborrecible si la res es novillo, no toro, y por tanto sus atributos sensiblemente inferiores. En este caso se trata de la crónica de una novilla en la plaza de toros de Valdemorillo, durante su tradicional feria de San Blas y la Candelaria, que normalmente abre la temporada taurina, en la que el cronista, ante lo observado, llega a afirmar sin tapujos que la Fiesta, así desarrollada, es la «vergüenza nacional»:

#### **Ajusticiado en varas**

---

<sup>1099</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Un toro bravo descuartizado». *El País*, Madrid, 30 de abril de 1996, p. 45.

El cuarto novillo fue ajusticiado en varas. Como si lo hubiesen acribillado en el paredón, como si le hubieran dado el paseo tirándole por un acantilado. El novillo, bonito de tipo, girón de capa y bravo, se arrancó al caballo y aprovechando que su recrecida codicia lo enredaba en el peto descomunal, el individuo del castoreño lo dio leña cuanto le vino en gana, le dio leña hasta en el carné de identidad, le dio para que se arrepintiera de haber nacido. Ver a su merced, encelado e indefenso, al pobre animalito, el individuo del castoreño votó en la silla, se aupó sobre los estribos y hundió puya donde le venía en gana. Al salir de aquello, el novillo iba danto tumbos, pegó una voltereta, hubieron de levantarlo tirándole del rabo, se volvió a desplomar y pareció que había rodado sin puntilla.

Concluida la carnicería, el individuo del castoreño se fue de rositas porque al público el toro y su lidia le traían sin cuidado. Al público que hoy llena las plazas las suertes del toreo y la fiesta misma no le importan en absoluto y su única pretensión es aplaudir, que haya orejas, si es posible también risas, sentirse copartícipe de un suceso triunfal, marcharse pronto y si te he visto no me acuerdo.

Los aficionados son distinto asunto, pero éstos no están. Dicen los taurinos que los aficionados presentes en cualquier corrida cabrían en un autobús. Y es verdad. Ahora bien, con los ausentes se llenarían todas las plazas y más que hubiera, sólo que los propios taurinos los han echado de ellas con sus tropelías y ya no quieren volver. Esta fiesta absurda y degradada no les interesa. Esta fiesta absurda, degradada y aburrida es la vergüenza nacional. [...].<sup>1100</sup>

Como se ha visto en este texto y en varios anteriores, hay otra cuestión que preocupa al cronista, y es la actitud complaciente del público ante las tropelías de los picadores. La cuestión es reiterativa en esta última etapa, y Joaquín Vidal la recuerda con frecuencia, como durante la feria de San Isidro de este 1997, en la segunda referencia relevante seleccionada, cuando señala que «el picador tomó cumplida venganza del sexto toro y le dio para ir pasando. Y cuando se marchaba, jinete del cansino percherón, castoreño vencido a la pedrada, puya en ristre, el público, que debía de estar de acuerdo, le despidió con una gran ovación»<sup>1101</sup>. En esta crónica, como se ve en el fragmento anterior, remarca otra interpretación del trabajo de los picadores que barrunta en su ideario, como es que el ejercicio de la venganza, bien a raíz de una situación comprometida provocada por la res o bien por indicación expresa del torero para el que ejercen. Así, su trabajo en la absoluta mayoría de los casos desprende ese tufo a vendetta y no al principio ético de calibrar las condiciones de bravura y fuerza de los toros. «Los individuos del castoreño no pican sino que meten caña y no es lo mismo.

---

<sup>1100</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Ajusticiado en varas». *El País*, Madrid, 6 de febrero de 1997, p. 35.

<sup>1101</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Venganza con castoreño». *El País*, Madrid, 29 de mayo de 1997, p. 36.



Los individuos del castoreño, en cuanto clavan hierro se ponen a dar vueltas alrededor del toro y es imposible deducir de su pelea —si es que le dan opción a pelear— la calidad y la intensidad de su bravura», señala el cronista.

Y pocos días después, en la misma línea de dureza, también en la feria de San Isidro, en un festejo en que se lidian los duros toros de la ganadería de Dolores Aguirre, describe como «carnicería» lo que ocurrió en el ruedo por culpa de los picadores, y califica de repulsiva y sancionable la suerte así realizada. Terminología como «pasar por las armas», «acuchillarlos», «barbarie», «impresentables individuos», «suceso repulsivo», «asesinato», «salvaje lanzada», o «escuadrón de la muerte», jalonan la crónica, devolviendo la imagen de un espectáculo siniestro, cruel, aberrante, nada que ver con la lidia canonizada que por pura lógica debería producirse:

#### **Una carnicería**

Parecía una conjura: a los toros de Dolores Aguirre, machacarlos. Y los machacaron, vaya que sí. Fue una carnicería. La acorazada de picar se hizo presente y los pasó por las armas. Luego iban los diestros y procedían a acuchillarlos.

La barbarie a caballo: brutalidad mayor pocas veces se habrá visto. La forma de picar que se traen estos impresentables individuos del castoreño no sólo impide apreciar la bravura de los toros, no sólo les priva de cualquier posibilidad de defensa, sino que se ha convertido en un suceso repulsivo perseguible de oficio. Hay puyazos que son de juzgado de guardia. [...]

Pero para asesinato, el que perpetró la acorazada de picar al tercero, que entró al caballo con bravura y recargó fijo durante el castigo de un durísimo puyazo en el espinazo trasero, del que a punto estuvo de salir descuartizado. El siguiente encuentro se esperaba con auténtica emoción en la plaza y fue Pepe Luis Martín y, lejos de poner al toro en suerte, lo situó en las mismísimas tablas, donde lo acorraló el individuo del castoreño y le metió una salvaje lanzada de mortíferos efectos.

Concluida la carnicería en que convirtieron la corrida entera, el escuadrón de la muerte —jefes, subalternos a caballo y a pie, personal auxiliar— se marchó de rositas, Mucho han cambiado los tiempos. Esto ocurría unos años atrás y acababan todos en comisaría.<sup>1102</sup>

Y ese progresivo descenso de la denuncia empieza a ser importante en la temporada de 1998 —20 referencias encontradas—, donde, si bien hay varias crónicas con escenas descriptivas terribles de la suerte, tan sólo hay una que lleva titular específico; pero de una gran dureza, porque en ella relata el cronista como una error del picador provoca un gran desgarró en la piel del toro, que hace que quede al descubierto

---

<sup>1102</sup> VIDAL VIZCARRO, Joaquín. «Una carnicería». *El País*, Madrid, 6 de junio de 1997, p. 48.

una parte importante de su carne. Una escena repulsiva, difícilmente encajable en estos tiempos, debida en este caso a la impericia del picador, pero facilitada por la excesivo poder de corte que poseen las puyas, afiladas en extremo, y que hacen grandes destrozos sin apenas tocar la anatomía de las reses. Destacable en este caso es cómo Vidal no exime de culpa al picador, porque para él, prácticamente todos los que se suben a un caballo con peto tienen la vocación de provocar daños y estragos terribles en la anatomía de las reses y, evidentemente, si únicamente lo hubiera considerado un accidente, no habría empleado tiempo en describir la dureza de lo ocurrido. Al contrario, el tratamiento del terrible asunto está enfocado como si en la acción hubiera existido toda la intencionalidad por parte del jinete. Por otro lado, la ética de la Fiesta no debiera permitir nunca que ante un suceso de semejante calibre la lidia continuase con normalidad, y eso toro tendría que haber sido retirado del ruedo. Sin embargo, de manera inexplicable, siguió en el ruedo prolongando el lamentable episodio de manera innecesaria:

#### **Un desolladero**

El ruedo de Las Ventas se convirtió de súbito en un desolladero. Por éstas que sí. El desollado fue el toro que hacía quinto. El desollador, un individuo del castoreño que marró el puyazo y le abrió en la piel, tejido celular y aponeurosis un ojal de lo menos medio metro.

Quizá fuera inocente el picador pues no pretendía hacerlo. Pero no queda eximido de sospecha porque es conmitón de la acorazada de picar, convertida en banda para someter a tortura los toros metiéndolos en el laberinto de la carioca, clavarles trasero la puya y ya hundida, rebañarles las entrañas.

Sacudía al trote cochinerero su mansedumbre el toro y el boquete aquel, que mostraba las carnes vivas y sanguinolentas, era un horror. Naturalmente se encrespó el público y exigió la devolución del toro, pero el presidente no hizo caso. [...]

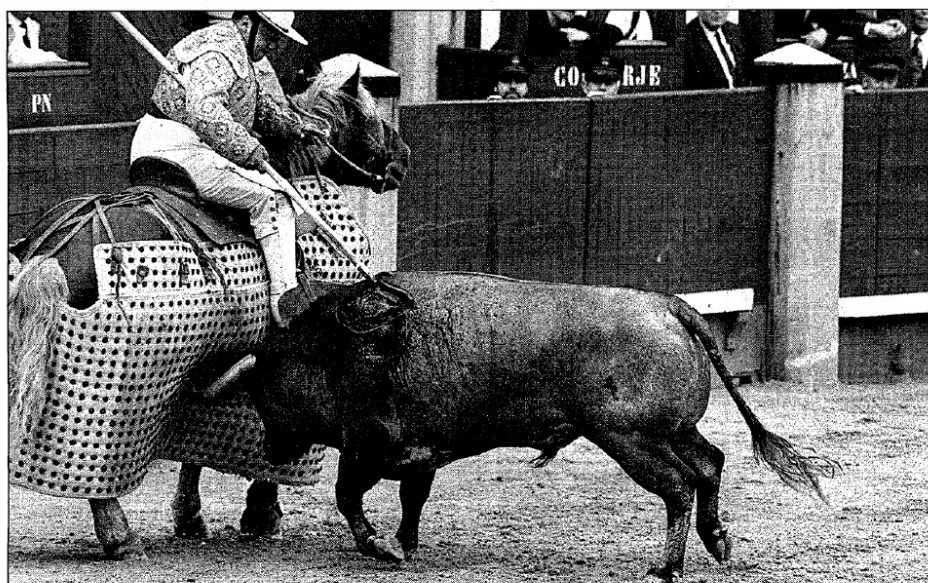
Banderillaron al toro desollado allá donde cayeran los palos, incluso en el mismo boquete ya pulposo y sangrante. Y compareció El Fundi. Sólo faltaba El Fundi. Y fue El Fundi y se puso a pegar derechazos al tundido toro. Malos o buenos (malos en realidad, para qué nos vamos a engañar) daba igual. Lo auténticamente penoso era comprobar hasta qué extremos puede llegar la falta de torería, el desahogo para ponerse al público por montera. [...]<sup>1103</sup>

El blanco y negro de la fotografía de Miguel Gener que acompaña la crónica, si bien no permite apreciar en toda su magnitud las terribles lesiones provocadas por la puya, muestra el orificio abierto en la piel del toro, intuyéndose la espeluznante y

---

<sup>1103</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Un desolladero». *El País*, Madrid, 2 de junio de 1998, p. 38.

sanguinolenta imagen que se pudo contemplar en la plaza a lo largo del tiempo que duró la lidia de ese quinto toro de la ganadería de Partido de Resina:



El picador marró un puyazo y abrió un gran boquete en el costado del quinto toro.

MIGUEL G. 1104

En la temporada de 1999 tan solo una crónica lleva titular específico entre las 24 referencias encontradas, correspondiente al octavo festejo de las Corridos Generales de Bilbao celebradas en agosto y en el que se lidian reses de la ganadería de Cebada Gago. Un texto en el que Joaquín Vidal hace un breve repaso a la evolución de la suerte de varas, y trata, una vez más, de explicar lo pernicioso de la absurda lógica que se ha instalado en las plazas de toros. Por un lado los picadores, que actúan de oficio y no hay nada ni nadie que pueda modificar su papel; su trabajo, desprovisto de toda torería, consiste cada tarde en machacar y acribillar toros cuando estos muestren el mínimo síntoma de poder. Por otro lado el público, ignorante en grado sumo de la lidia y por extensión de los resortes de la suerte de varas. Un público que protesta cuando el picador supera la primera raya y sin embargo permite que el primer tercio sea o una pantomima de muy mal gusto porque las reses apenas tienen fuerza para soportar un puyacito, o una auténtica carnicería en la que se desangran aquellos toros que muestran algo más de bravura. Evidentemente, la ganadería de José Cebada Gago está entre las que todavía conservan algo de casta para la lidia. Toros auténticos que pueden presentar los problemas lógicos de la bravura y que, por tanto, son tratados con dureza extrema en el primer tercio para reducir su posible potencial. Como en tantas ocasiones anteriores,

<sup>1104</sup> Fotografía de GENER, M. «El picador marró un puyazo y abrió un gran boquete en el costado del quinto toro». *El País*, Madrid, 2 de junio de 1998, p. 38.

surgen las lógicas preguntas, ¿de qué sirve que un toro tenga poder —ideal del aficionado esencialista para contemplar la lidia auténtica— si ante el menor atisbo de esa capacidad va a ser machacado y triturado para reducirla a la mínima expresión?, ¿esta forma de actuar tiene relación directa con la progresiva reducción de aficionados —no público— en las plazas? Las respuestas son claras para Vidal, ya que no puede haber lidia auténtica si no hay toro auténtico; pero tampoco si el objetivo de la misma es vaciar a las reses de sus potencial de bravura y casta, de lo que se deduce que el aficionado esencialista pierde el mayor soporte de su afición y, progresivamente, se aleja de un espectáculo que pasa de ser único a repugnante:

### **Esa acorazada sangrienta**

Apenas salió a la arena el primer toro ya se había cometido el disparate: lo recibió el picador dejando que pasara hacia dentro y allí, echándole el caballo encima y acorralándolo contra las tablas, primero le metió un puyazo salvaje que le abrió un boquete en la tripa, luego le pegó un duro aupándose sobre la silla para cargar su peso sobre la vara y hacer más daño. Y, mientras, a la derecha del caballo, donde no puede haber nadie, permanecía un peón dispuesto a intervenir con el capote. Debía ser el peón de guardia. Eso le hicieron al primer toro. Y a todos. Los picadores, constituidos en acorazada con un concepto salvaje de su función y un deliberado propósito carnicero, destruyeron la fortaleza física de los toros dejándolos bañados en sangre y algunos prácticamente para el arrastre.

Lo cierto es que esta forma de picar se viene aplicando sin excepción. Se ve que hay un acuerdo entre picadores para aunarse en la brutalidad; o no se explica. Lo que pasa es que a veces ni se les tiene en cuenta. Salen normalmente tan tundidos los toros de los chiqueros que se les simula el puyazo, y al percatarse el público de que los picadores se abstienen de meter hierro, se creen que es por bondad o de corazón y hasta les aplauden.

Se suele decir —con razón— que los picadores son los únicos asalariados a quienes aplauden por no trabajar. Claro que para eso se necesita que el público tenga una ignorancia supina acerca de la materia varilarguera. Como siempre, lo que priman son los tópicos. Y el tópico manda que sólo le den la charla al picador cuando pisa la raya delimitadora de su campo de actuación. Los picadores van de cine con eso, pues la raya la impusieron ellos ya en tiempos de Maricastaña. Los públicos —y los matadores también— venían quejándose de que los picadores aguardaban pegados a tablas la objeto de paliar los derribos estrepitosos que ocasionaban las poderosas embestidas de aquellos toros íntegros y fieros. Y pues acabaron imponiéndoles que realizaran la suerte en los medios, negociaron —y consiguieron— que se marcara en el ruedo una raya indicativa de un espacio que no estaban obligados a rebasar.

Esa es la única finalidad del círculo grande que, si se atraviesa, a lo mejor supone mayor mérito del picador, pero en cuanto lo intenta, el público se lo toma a ofensa personal. Y, en cambio, cuando los picadores se rebozan con el toro haciéndole la carioca y las mil barbaridades mientras rajan los lomos traseros rompiendo espinazos, nadie dice nada e incluso les pueden dedicar una ovación.

El desalmado que picó al cuarto llegó a más, le empujó con el caballo hasta pegarlo a la barrera y una vez lo tuvo allí acorralado a su merced, el dio para ir pasando con tal furia que se no llega a ser porque el toro consiguió zafarse finalmente y salir huyendo, le atraviesa las entrañas. Después repitió la operación.

Lo que llamamos operación, que lo era en devastadora y despiadada misión de castigo, la estuvo repitiendo la acorazada de picar en todas sus intervenciones. Se trataba de convertir en picadillo la corrida de Cebada Gago, ya se puede suponer el motivo: traía trapío, iba armada con una cornamenta buida, desarrollaba casta y, si la hubiesen dado lidia adecuada, poder. Si además saco nobleza, ya importaba menos. El toro noble se prefiere siempre al pregonao —qué duda cabe; sería de locos suponer lo contrario—, pero lo que de verdad molesta e inquieta a los toreros es la casta. El toro de casta, aun noble, puede dar un disgusto en cualquier momento. Con el moribundo, en cambió, los toreros se arreglan... [...]

[...]Pero no se salvó pues las tropelías de la acorazada de picar quedaron impunes. Y, sin embargo, debió ser llevada al juzgado de guardia, todos sus miembros con el castoreño calado hasta los ojos.<sup>1105</sup>

Para terminar este repaso a la sostenida lucha de Joaquín Vidal en contra de los abusos y tropelías que se cometen en la suerte de varas, debemos detenernos en las dos últimas crónicas relevantes que el cronista escribe sobre el tema. Ambas están publicadas en el año 2000 y forman parte del grupo de crónicas que llevan titular alusivo a la suerte de varas. En la primera de ellas lo más relevante es el descriptivo titular «Picador viene de picadillo»<sup>1106</sup>, y sirve para explicar a qué se dedican los picadores en este periodo de la Tauromaquia. Más allá de ese llamativo encabezamiento, no hay novedades relevantes en el relato, sino la reiteración de la denuncia en los términos conocidos hasta el momento. El texto, publicado durante la feria de Abril de Sevilla, refiere particularmente el trabajo de los picadores que, a las órdenes del torero Curro Romero, perpetraron las agresiones a los toros primero y cuarto. «Picador —explica Joaquín Vidal— es el que hace picadillo a los toros. Los diccionarios taurómacos no lo dicen así pero es porque están obsoletos. En la moderna tauromaquia, sobre todo si la dirige Curro Romero, es tal cual se acaba de definir. Los

---

<sup>1105</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Esa acorazada sangrienta». *El País*, Madrid, 22 de agosto de 1999, p. 30.

<sup>1106</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Picador viene de picadillo». *El País*, Madrid, 28 de abril de 2000, p. 50.

picadores de Curro Romero hicieron picadillo a sus respectivos toros, y el que picó al cuarto lo dejó listo para hamburguesa».

Continúa el cronista intercalando explicaciones a lo largo del texto sobre lo ocurrido en el encuentro de ese cuarto toro con la acorazada de picar, un toro que, para Vidal, «no merecía semejante humillación. Bien plantado, con cuajo y plaza, tomó unos frenéticos capotazos de Curro Romero y embistió a la acorazada de picar. Para su mal embistió, pues el individuo del castoreño le metió vara para ir pasando, las dos primeras veces tapándole la salida, la tercera en los medios, con tan funesta saña, que sonaron los clarines cambiando el tercio y aún seguía hundiendo el hierro en las carnes inocentes del animal». Y después de dar varias explicaciones sobre el poco lucimiento artístico de los diestros actuantes en el festejo, termina con un significativo «Acudió el público a solazarse con el arte se hubo de contentar con ver cómo destazaban un toro hasta convertirlo en hamburguesa».

El último texto seleccionado está publicado durante la feria de San Isidro de este año 2000. Es la última crónica en la que Joaquín Vidal dedica gran espacio a la denuncia de la suerte de varas. Se trata de la primera corrida de la feria en la que se lidian toros de la ganadería de Hernández Pla, muy del gusto del cronista, un tipo de corrida al que los aficionados esencialistas siempre acuden con gran expectación y es por eso que ante la brutalidad y la aniquilación de las reses, Vidal se muestra particularmente enfadado. Todos los términos y recursos utilizados hasta ahora aparecen de una u otra forma en el texto, como si fuera un resumen de todo lo denunciado hasta ahora: los picadores convertidos en acorazada de picar —hasta cuatro veces aparece el término acorazada—, la intención sanguinaria de los mismos, el abuso de la carioca —en tres ocasiones hace referencia a ella—, los puyazos traseros, la dejación de funciones de la autoridad, la ignorancia del público, la imposibilidad de contrastar la bravura de los toros, su pelea abocada a la derrota ante la muralla inexpugnable, etc. Y sobre todos ellos, el mensaje central de su discurso, si se destruye al toro y a su bravura, se destruye la Fiesta, pues esta carece de toda lógica cuando su fundamento, el dominio artístico de la fiereza, se convierte en burda humillación del toro, desposeído de todo su poder y ya sin nada que dominar pues toda su bravura quedó apagada debajo del peto del caballo. Como ejemplo, ese tercer toro de la corrida lidiado por Gómez Escorial, bravo de verdad, pero que llegada la faena de muleta, se «desangraba a chorros», perdiendo parte de su vida y de su bravura a cada segundo que pasaba:

### **La acorazada sanguinaria**

El primer tercio de la lidia consiste en que sal una acorazada ecuestre con propósitos sanguinarios y descuartiza a los toros. La felonía ya ha tomado carta de naturaleza y aparece por doquier. En Sevilla, a todos los toros de la feria sin excepción alguna los picaron así. En Madrid, también. Para empezar en Madrid y que no haya dudas: todos los toros los aniquiló la acorazada de picar. Y si quedaron para el arrastre, las reclamaciones al maestro armero.

Visto el trapío de los toros de Hernández Pla, sus capas cárdenas, su preciosa estampa, las casta que tenían, la bravura que varios de ellos sacaron, la actuación de la acorazada de picar se considero crimen; y de existir justicia, a los siniestros individuos del castoreño que la encaramaban los habrían llevado al cuartelillo.

Toros bravos, que se arrancaban de largo, que metían los riñones manteniendo fija la cabezada en la armadura del peto, los descuartizaron. Prácticamente los descuartizaron. Primero tirándoles trasero el puyazo, que no ahorma sino mata; después, envolviéndolos en la infame carioca y tapándoles la salida.

Los picadores llevan tanto tiempo perpetrando estas carnicerías que los espectadores desinformados y los aficionados de nuevo cuño se tienen creído que esa es la norma. Lo cual, unido a la dejación de funciones por parte de la autoridad, que no los sanciona, permite que continúen practicando la barbarie desde la más absoluta impunidad.

No hace tanto, cuando un picador recurría a la carioca (dar vueltas alrededor del toro mientras se le inca la puya), el presidente tiraba de teléfono, el delegado gubernativo (que estaba al habla) extendía la multa, y apenas descabalgaba el infractor y volvía al callejón ya se la estaba entregando.

No sólo se trataba de impedir el abuso, sino los perjuicios que causa la lidia, pues picando de semejante manera es imposible medir la bravura del toro, el castigo que corresponde a su pujanza, incitarle al celo, que pierde al vesre sacrificado por un armatoste inexpugnable que le derrota y el hunde en la miseria.

El tercer toro de Hernández Pla podría valer como ejemplo de lo que es destruir la bravura y la misma fiesta. Bravo a carta cabal, salió de las brutales cariocas pidiendo confesión. Aún así se arrancó codicioso a los banderilleros y llegó a la muleta con una nobleza que no pudo desarrollar por puro agotamiento. Se le iba la vida; se desangraba a chorros. Y, no obstante, murió en los medios, la boca cerrada, pidiendo pelea. [...]

Gómez Escorial, por el contrario, derrochó valor, porfió a los quedados toros que había destruido la acorazada sanguinaria... [...].<sup>1107</sup>

Desde esta crónica de mayo de 2000 hasta su fallecimiento, en 2002, apenas se encuentra referencias relevantes basadas en la denuncia. Apelaciones más o menos breves en un número determinado de crónicas —13 referencias en 2001 y ninguna en

---

<sup>1107</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «La acorazada sanguinaria». *El País*, Madrid, 14 de mayo de 2000, p. 40.

2002— pero ningún titular llamativo. La rabia de Joaquín Vidal, al igual que su vida, se iba apagando de manera progresiva, y es casi seguro que de haber seguido escribiendo, en poco tiempo habría retomado de nuevo la cuestión, resurgiendo la denuncia con gran intensidad y nuevos argumentos en un nuevo ciclo de varios años.

### **6.2.3. Hitos de la segunda etapa. La «transición taurina»; Antoñete y Rafael de Paula**

En esta segunda etapa de la Corriente Crítica Esencialista también se van a producir varios acontecimientos realmente relevantes para el devenir de la historia taurina. La llegada de los nuevos tiempos políticos a España después de la muerte de Francisco Franco favorecerá el inicio de la llamada Transición, paso paulatino del sistema dictatorial al sistema democrático. Un periodo de tiempo tan incierto como apasionante para la sociedad española. Se podría afirmar que de manera paralela se desarrolla también una «transición taurina», que tiene su origen en las sistemáticas reclamaciones que desde el esencialismo se vienen realizando desde los años sesenta, y la plaza de toros de Madrid como escenario clave.

Por otro lado, la reaparición del torero Antonio Chenel, *Antoñete*, como figura cohesionadora de distintas sensibilidades dentro del panorama taurino y sobre todo enlace definitivo de la sociedad de la época, con marcado carácter progresista, y la Tauromaquia. Su papel como reclamo para atraer a la juventud hacia la fiesta de los toros en ese momento histórico y clave no ha sido suficientemente reconocido, cuando de su hacer se recuperó todo el clasicismo que progresivamente había sido desplazado por la heterodoxia y su figura sirvió para devolver la transcendencia perdida a la Fiesta.

Pero no debe dejarse de lado la faena del torero Rafael de Paula en septiembre de 1987. Un hecho que, a pesar de no ser determinante ni para la historia del toreo ni para la propia Fiesta, supuso una convulsión inédita hasta ese momento, ya que demostraba que el esencialismo, en su representante máximo Joaquín Vidal, entendía el arte taurino como una expresión artística de primer orden, amalgamada de inspiración y creatividad. La interpretación de la tauromaquia dejaba de ser ese análisis concienzudo y milimétrico de las suertes para dejar paso a la observación de la sutileza, del chispazo, de la transfiguración, en definitiva de la expresión más artística nunca antes vista. El esencialismo no era, o dejaba de ser, ese movimiento censor, crítico, implacable, para



demostrar que entendía el Arte cuando éste se producía incluso fuera del carril marcado por la inapelable ortodoxia.

### **6.2.3.1. La Fiesta es progresista. La «Transición» taurina**

Con la continuada en infatigable defensa de la integridad del espectáculo que se articula desde todos los sectores del esencialismo desde mediados de los años sesenta, la fiesta de los toros había comenzado su periodo de cambio, su particular «transición», y existen datos suficientes para afirmar que este proceso se estaba produciendo y que marcó un periodo de la Tauromaquia a todos los niveles como se podrá comprobar en este apartado a partir de las referencias encontradas, referencias que permiten establecer la concreción del periodo y su importancia real.

En este sentido, Madrid y su plaza de toros de Las Ventas del Espíritu Santo serán el punto de partida y el referente para el resto de la geografía taurina. No obstante, contagiada del aire de incertidumbre que rodea al conjunto de la sociedad —sin perder de vista la grave crisis económica a nivel europeo que se inicia en 1973—, su futuro en la segunda mitad de los años setenta del siglo XX no es nada claro, y fiel reflejo es la cada vez mayor y más alarmante falta de público en buena parte de los festejos taurinos que componen cada una de las temporadas. Sin embargo, la llegada del empresario Manuel Martínez Flamarique, Manolo Chopera, a la gestión del coso venteño supondrá el cambio definitivo y el cierre de esa transición taurina, paralela a la de la propia sociedad española, que debe ser significada y reconocida como otro de los grandes hitos en el periodo de la Corriente Crítica Esencialista.

Pero los aires de libertad traerán consigo un hecho que también puede considerarse como insólito, y es la progresiva conversión de la Fiesta en espectáculo social de primer orden con un marcado, además, carácter progresista. La evolución de la Fiesta hacia una vertiente más seria, más trascendente, menos festiva, la dotará de un halo trágico que será abrazado por todos los sectores de la cultura española. Buena parte de la intelectualidad de la época se identifica con el espectáculo como no se conocía desde los tiempos previos a la Guerra Civil, periodo en que los Valle Inclán, Federico García Lorca, Ortega y Gasset, Sebastián Miranda, Mariano Benlliure, Pablo Picasso, Rafael Alberti y un largo etcétera de escritores, pintores, escultores..., muestran sin reparos su admiración y afición por las corridas de toros.

No resulta ocioso afirmar que de manera paralela a la política, la fiesta de los toros llevó a cabo su propia «transición». Una transformación profunda, nunca antes conocida, que casualmente, o no, adapta su evolución al ritmo que marcan los nuevos tiempos políticos y sociales. Es cierto que no puede establecerse una relación directa de causa efecto entre ambos fenómenos; sin embargo, la coincidencia de fechas y acontecimientos producidos en los dos procesos permiten establecer ese paralelismo simbólico.

Ambas transiciones, la política y la taurina, se vendrán fraguando desde la década de los años sesenta, algo que, en buena lógica, se puede afirmar desde la perspectiva histórica, pero que con seguridad en aquellos años resultaría casi imposible reconocer esa fase embrionaria. Salvo en momentos muy puntuales —las corridas de Beneficencia, los festivales benéficos, etc.—, bien es cierto que el Régimen no llegó a hacer un uso propagandístico continuado de la Fiesta, algo que sí ocurrió con otros espectáculos como el cine y el teatro. Es evidente que utilizó el espectáculo de los toros cuando lo consideró oportuno; del mismo modo, las gentes del toro se cobijaron a la sombra del franquismo normalmente por intereses crematísticos y de supervivencia. Los toreros famosos, las llamadas figuras de la época, desde Manuel Rodríguez, *Manolete*, a Antonio Bienvenida, pasando por Luis Miguel Dominguín, Antonio Ordóñez, Miguel Báez, *Litri*, Julio Aparicio, etc., tenían reconocimiento popular, sin sujeción ideológica deliberada, y siempre mantuvieron esa cercanía indolente. A modo de otros artistas célebres de aquellos años, cuando se les llamaba o requería iban, y cuando no, se limitaban a hacer sus campañas dentro de la normalidad que marcaba cada temporada.

En este sentido, el caso más significativo sin duda fue el de Manuel Benítez, *El Cordobés*. Su tirón popular, su condición de aldeano y paleta, y su coraje para sobrevivir y superar las adversidades, unido con una forma de ser cargada de campechanía, hacían de él un personaje simpático y atrayente. El Cordobés se convirtió en uno de los héroes nacionales, y Franco se arrimó a él como lo habría hecho con cualquier español que hubiera alcanzado la gloria en aquel momento. Pero como certifica el periodista y escritor Demetrio Gutiérrez Alarcón, «en general los toreros no saben ni quieren saber de política. Para ellos no hay más que una inquietud, el toro»<sup>1108</sup>. La figura de El Cordobés fue manoseada por el régimen cuando éste lo consideró

---

<sup>1108</sup> GUTIÉRREZ ALARCÓN, D. *Los toros de la guerra y el franquismo. Op. Cit.*, p. 216.

oportuno, y aquél se dejó querer sin mayores reparos, formando todo parte de la normalidad de la anormal situación que supone vivir dentro de una dictadura.

Aun así, no puede decirse que la fiesta de los toros llegara indemne al periodo democrático. De hecho, algunos sectores sociales y políticos, desde la más absoluta de la ignorancia, no tardarán en tachar al espectáculo como reminiscencia franquista convirtiendo el argumento en ariete para acabar con la secular tradición. En cualquier caso, de haber existido una mayor contaminación, posiblemente hubiera funcionado como movimiento de arrastre en su estructura, de manera que a la muerte del dictador es fácil que la Fiesta, con los vaivenes políticos que buscaban acabar cuanto antes con cualquier memoria pasada, hubiera sufrido profundas alteraciones y quién sabe si la desaparición por esa identificación que del la misma con el antiguo régimen se podría llevar a cabo en los nuevos modelos sociales.

Si algo quedó demostrado a través de los años que la dictadura estuvo presente fue que a Franco le gustaban los toros, pero, como bien señala Joaquín Vidal, seguramente «jamás entendió la Fiesta, ni su significado, ni los motivos de su nacimiento y esplendor en este solar que llamaron Iberia, ni quiso perder el tiempo en semejantes averiguaciones»<sup>1109</sup>. En cualquier caso, ese aprovechamiento de la Fiesta por parte del Régimen nunca llegó a límites insoportables; pero el paralelismo entre fenómenos, transición política y transición taurina, se produce y resulta interesante para su análisis.

La Fiesta, como se viene analizando en apartados previos, llega a los años setenta sumida en un profundo bache de corruptelas. El escritor y crítico Julio de Urrutia, citado también en otros apartados de este trabajo, en el análisis concluyente de su interesante estudio afirmará con rotundidad en el año 1973 sobre el estado en el que se encuentra el espectáculo al final del franquismo, sometido a las poco lícitas artimañas del torero de moda, Manuel Benítez, *El Cordobés*, a una acusada monotonía conceptual, y todo tipo de maniobras por parte del entramado taurino que sólo buscan el beneficio rápido a cualquier precio. «Los tres males endémicos del toreo en tan desconcertante coyuntura siguen siendo el desequilibrio de los espectáculos por causa principal de *El Cordobés*, la monotonía achacable a los toreros con clase y la corrupción general de la

---

<sup>1109</sup> VIDAL VIZCARRO, J, «Y la democracia llegó a Las Ventas». En MARTÍNEZ NOVILLO, A. (Coord.). *Los toros en Madrid*. Madrid, Turner, 1992, pp. 182-184.

que unos y otros se benefician descaradamente»<sup>1110</sup>, señala Urrutia. Y a ello se sumará, además, la grave situación económica del país, particularmente grave desde 1974, a la que no pueden sustraerse los festejos taurinos, como consecuencia de la primera crisis internacional importante del petróleo del año 1973, que sumirá a toda Europa en una profunda depresión, más acusada, si cabe, en España por la débil economía.

Esta crisis económica influirá en la progresiva reducción de festejos taurinos, particularmente de las corridas de toros, pasándose de las 678 que se celebraron en el año 1974 a las 390 con las que se cierra el año 1981<sup>1111</sup>. La crisis económica junto con la retirada de los ruidos de El Cordobés, el que, hasta ese momento, había sido el motor del espectáculo, hace que el panorama sea desolador y las plazas se muestren medio vacías, incluso estando el escalafón nutrido con toreros que podrían señalarse como de gran interés: Santiago Martín, *El Viti*, Pedro Gutiérrez Moya, *Niño de la Capea*, Francisco Rivera, *Paquirri*, José María Manzanares, Curro Vázquez y un largo etcétera de diestros, tanto jóvenes como veteranos, que atesoran grandes cualidades, algunos ídolos en periodos no tan lejanos, pero que no consiguen despertar el interés de los públicos en la medida que cabría esperar.

El veterinario, ganadero y escritor Adolfo Rodríguez Montesinos también hace su particular análisis de la situación de los toros en la plaza de Madrid —plaza referente y paradigma de la evolución del espectáculo a todos los niveles— a la llegada del periodo democrático, tiempo que si en la sociedad española era convulso en la Fiesta no podía ser de otra manera, ya que, al igual que veíamos que señalaba Julio de Urrutia, las abusivas artimañas de El Cordobés por un lado, instauradas y debidamente perpetuadas por el conjunto del entramado taurino, y la todavía falta de seriedad de las reses por otro, favorecieron la acentuación de ese movimiento de reacción por parte de la afición y crítica esencialistas que se venía fraguando desde la segunda mitad de los años sesenta:

[...] La década de los setenta se presentó en la plaza de Madrid como un tiempo de revolución, de cambios bruscos en el toro, que se irían haciendo cada vez más profundos conforme avanzaba el decenio y marcarán también el futuro que ha llegado hasta la fecha. De este modo, lo setenta arrancaron con un prolongación de la etapa anterior, donde la escasa seriedad del toro iba a derivar al extremo absolutamente opuesto.

---

<sup>1110</sup> DE URRUTIA ECHANIZ, J. *Los toros de la guerra española. Op. Cit.*, p. 193.

<sup>1111</sup> LÓPEZ MARTÍNEZ, A. L. *Las dimensiones del mundo taurino en España y las bases de su financiación (1900-2011)*. Sevilla, Universidad de Sevilla, Revista de Estudios Taurinos nº 34, 2014, pp. 19-21.

Los abusos de era cordobesista trajeron como consecuencia una reacción opuesta por parte de los sectores más severos de la afición que, apoyados por parte de la crítica, exigieron un toro que lo fuera por edad y presencia, plantaron cara a los profesionales del toreo y consiguieron que se empezase a respetar su criterio. [...]

El toro empezó a salir para todos, figuras y modestos, a partir de 1973. A ganaderos, toreros y empresarios la transformación les cogió con el paso cambiado. Acostumbrados a campar durante a sus anchas durante muchos años, aún a día de hoy no son capaces de asumir la necesidad de garantizar la autenticidad del espectáculo para asegurar su supervivencia.

Los sectores profesionales insistieron hasta la saciedad en sus errores y los aficionados, cansados de soportar el sucedáneo de festejo taurino que se les brindaba muchas tardes, optaron por dejar de acudir a las plazas o empezaron a radicalizar sus posturas. Las Ventas perdió el ambiente festivo y desenfadado que tanto apreciaban los taurinos y acompañaba muchas tardes en San Isidro hasta principios de los setenta.

En su lugar la plaza empezó a convertirse en el severo tribunal supremo de la Fiesta, donde las figuras del toreo y los aspirantes a serlo tenían que pasar su examen anual, presas de un progresivo e insuperable miedo escénico.[...] <sup>1112</sup>

Esa alineación de afición y crítica esencialista para combatir la decadencia que arrastraba el espectáculo desde la posguerra tuvo a favor un factor posiblemente inesperado pero que a la postre resultaría definitivo, como fue el cambio de rumbo experimentado en la plaza de toros de Las Ventas del Espíritu Santo de Madrid a partir de la gestión del empresario vasco Manolo Martínez Flamarique (San Sebastián, 1927-2002), conocido en los ambientes taurinos como «Manolo Chopera».

Cuando la democracia empieza a dar sus primeros pasos, la plaza de Las Ventas está todavía gestionada por miembros de la familia Jardón, empresarios del coso desde que éste fuera construido en el año 1929. En su última etapa de gestión, la empresa Jardón, Nueva Plaza de Toros de Madrid S.A., tendrá que bregar con el ambiente ya enrarecido que generaban crítica y buena parte del público, sin llegar a acertar en unos planteamientos que pudieran conciliar esa cargada atmósfera. Superados ya los gloriosos años de Livinio Stuyk Candela <sup>1113</sup>, gerente y creador de la feria de San Isidro

---

<sup>1112</sup> RODRÍGUEZ MONTESINOS, A. «El toro de Las Ventas a través del tiempo». En ABELLA MARTÍN, C. (Coord.). *Las Ventas, 75 años de Historia*. Madrid, Centro de Asuntos Taurinos de la Comunidad de Madrid, 2006, pp. 169-170.

<sup>1113</sup> Livinio Stuyk Candela fue el promotor de la primera feria de San Isidro que con tal nombre se celebró en el año 1947. Hasta esa fecha, la plaza de toros de Madrid funcionaba como plaza de temporada, celebrándose festejos en diferentes días de la semana —normalmente jueves, sábados y domingos, pero también en cualquier fecha o día que fuese propicio— a lo largo de los meses de actividad taurina, entre marzo y octubre. Don Livinio Stuyk, miembro del consejo de administración de la sociedad Nueva Plaza de Toros de Madrid, tomará la gerencia de Las Ventas en el año 1946. Un año después, en 1947, será la primera vez que se celebren cinco corridas de toros consecutivas, empezando el día 15 de mayo, día del Santo Patrón de Madrid.

en 1947, el ciclo de los hasta entonces empresarios toca a su fin en el complicado año 1978, y tras dos temporadas de incertidumbre y mala gerencia, 1979 y 1980, bajo la gestión poco acertada, primero por el empresario sevillano Diodoro Canorea, a la sazón empresario también de la Real Maestranza de Sevilla, y después por José Luis Martín Berrocal, en el año 1981 la Diputación Provincial de Madrid decide conceder la explotación y gestión del coso a Manolo Chopera, que será el empresario de Las Ventas hasta el año 1989.

En este sentido, se puede afirmar que la «transición taurina» en la fiesta de los toros se cierra de modo simbólico con Manolo Chopera, y es posible que si no hubiera sido él el encargado de la gestión del coso más importante, dicha transición no hubiera alcanzado tal punto. Su relevante papel es de sobra reconocido, como así lo hace por ejemplo el periodista Carlos Abella, al señalar que con el empresario vasco «al mando, la plaza cobró una enorme dimensión y en su arena se vivieron nueve apasionantes temporadas en las que ocurrió mucho y muy bueno. El toro cobró respeto y presencia y se consolidó el carácter “torista” de la plaza»<sup>1114</sup>.

La fórmula de Manolo Chopera para ganarse el crédito tanto de aficionados como de crítica será sencilla y eficaz: atender a las demandas del esencialismo en relación a la seriedad del toro, y que sea él el auténtico protagonista del espectáculo, es decir la reclamación sempiterna de los aficionados esencialistas que, como se pudo comprobar en Vicente Zabala, establecía la sentencia de que el toro auténtico coloca a cada cual en el sitio que le corresponde. Llegado este punto, cabría preguntarse las razones que llevaron al empresario donostiarra, empresario taurino y como tal incluido dentro del entramado organizativo taurino, a acceder a las radicales demandas de esa parte de la afición y de la crítica, y a sacar la rueda del carril marcado tradicionalmente por el taurinismo dominante, tan bien acomodado en sus estructuras organizativas existentes hasta ese momento en la Fiesta.

La conclusión es que la decisión de seguir por esa vía fue acertada, y los toros, a pesar de convertirse en un espectáculo aburrido y decepcionante la mayoría de las tardes —el incremento del tamaño del toro, de su volumen, de su peso, de su encornadura, dificultaban el lucimiento—, recuperaran ese aire trágico y trascendente que

---

<sup>1114</sup> ABELLA MARTÍN, C. «Historia de la plaza de toros de Las Ventas: de 1980 a 2005». En ABELLA MARTÍN, C. (Coord.). *Las Ventas, 75 años de Historia*. Madrid, Centro de Asuntos Taurinos de la Comunidad de Madrid, 2006, p. 92.

caracterizaban la fiesta de principios del siglo XX, y volverán a estar de moda e irán adquiriendo de manera progresiva una gran aceptación social hasta bien entrado el siglo XXI.

En la década de los años ochenta saldrán al ruedo de Las Ventas toros con una seriedad poco vista anteriormente, en muchos casos desproporcionados, cargados de kilos y de pitones, y la Fiesta comenzará a adquirir tintes de seriedad sólo recordados por los viejos aficionados. La exigencia en la presentación de las reses habrá subido exponencialmente, y presidentes de festejos, en representación de la autoridad, y veterinarios serán los protagonistas indiscutibles de la nueva forma de gestión: en sus decisiones de aprobar o rechazar las reses servidas por los ganaderos estará uno de los ejes de los nuevos tiempos marcados por Manolo Chopera.

El trabajo, por tanto, de autoridad y veterinarios será decisivo, como reafirma Joaquín Vidal, «para la recuperación de la autenticidad del espectáculo»<sup>1115</sup>. Entre los toros que serán rechazados en los reconocimientos veterinarios y los que serán devueltos a los corrales tras salir al ruedo por presentar algún tipo de problema, normalmente debilidad o falta de fuerza, en esta época, como señala el citado anteriormente Rodríguez Montesinos<sup>1116</sup>, se convertirá en normal y habitual que las corridas no se lidien completas<sup>1117</sup>, algo que anteriormente no dejaba de ser esporádico o anecdótico.

Esta exigencia en la presentación de las reses instaurada en la era Chopera se mantendrá a lo largo de los siguientes años y con los sucesivos empresarios. De ese giro dado en Las Ventas se contagiarán las demás ferias y plazas de España, particularmente las de mayor categoría, que irán incrementando progresivamente el tamaño de los toros que allí deban lidiarse, y los veterinarios, como se apuntaba anteriormente, se convertirán en los grandes protagonistas de de la Fiesta: en prácticamente todas la ferias

---

<sup>1115</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Y la democracia llegó a Las Ventas». En MARTÍNEZ NOVILLO, A. (Coord.). *Los toros en Madrid. Op. Cit.*, p. 192.

<sup>1116</sup> RODRÍGUEZ MONTESINOS, A. «El toro de Las Ventas a través del tiempo». En ABELLA MARTÍN, Carlos (Coord.). *Las Ventas, 75 años de Historia. Op. Cit.*, p. 172.

<sup>1117</sup> Como dato interesante, cabe señalar que esta exigencia en la presentación de las reses instaurada en la era Chopera se mantendrá a lo largo de los siguientes años y con los sucesivos empresarios. El hito, en un proceso imparable que llega hasta nuestros días, se producirá en el año 1996 en el que a lo largo de la feria de San Isidro serán devueltos a los corrales cerca de treinta toros, sin contar los que no habrán superados los reconocimientos veterinarios previos.

celebradas tanto en plazas de primera como de segunda categoría se empezarán a producir los llamados «bailes de corrales»<sup>1118</sup>.

De manera paralela, en los años ochenta se produce una reaparición en los ruedos españoles que marca también un antes y un después, y que puede ser considerada como concluyente para dar ese aire de progresismo que poco a poco va adquiriendo el espectáculo. Antonio Chenel, *Antoñete*, abordado en el siguiente apartado, que tras varios años retirado se vuelve a enfundar el traje de luces y vuelve a pisar los ruedos españoles en 1981. Su pureza interpretativa congratula a todos, jóvenes y viejos, que ven al veterano diestro como un referente clásico, y su condición de «rojo» le convierte en el santo sanctorum de los aficionados más progresistas. Entre las temporadas 1981 a 1985, tanto en la plaza de toros de Madrid como en otras muchas, Antoñete es la referencia artística, pero también es el torero que consigue engarzar definitivamente a la Fiesta con la ideología más progresista: es el torero de la izquierda y de la derecha política; de los jóvenes y de los veteranos. Baste como muestra de esa posición las palabras de Jaime de Urrutia, compositor y cantante del grupo Gabinete Caligari, en la entrevista concedida a Álvaro Alonso en la edición digital de del diario *ABC* del domingo 7 de junio de 2020. «Estaba de moda Antoñete. Y en los ochenta, Las Ventas se llenaba de cazadoras de cuero. Te juro que venían de Rock-Ola<sup>1119</sup> de resaca para ir a ver a Antoñete»<sup>1120</sup>, afirma Urrutia. También el esencialismo, de la mano de Alfonso Navalón, Joaquín Vidal y Vicente Zabala abrazará la figura del diestro madrileño, convirtiéndole en tótem de ese periodo de la Tauromaquia.

Junto a Antoñete, otro torero veterano, el sevillano Manolo Vázquez, habrá reaparecido el mismo año 1981. Al igual que ocurre con el diestro madrileño, Manolo Vázquez se gana el respeto de los nuevos públicos porque ven en él otro ejemplo de clasicismo interpretativo, más particular, con ese aire sevillano más florido, diferenciado de la sobriedad madrileña, pero sujeto a una pureza clásica en desuso.

---

<sup>1118</sup> El rechazo por parte de los equipos veterinarios de varios de los toros a lidiar, incluso de la corrida entera presentada por el ganadero, obligará a traer y traer más toros de las dehesas para poder completar el sexteto que deba lidiarse. En muchas ocasiones, al ser imposible que el ganadero presente un mínimo número de reses con trapío suficiente, se optará por cambiar la ganadería por otra distinta a la que estaba anunciada. Idas y venidas de camiones cargados de toros será la tónica general de las plazas relevantes durante los días de feria, un proceso que será bautizado como «baile de corrales».

<sup>1119</sup> Rock-Ola era una discoteca y sala de conciertos situada en la calle Padre Xifré de Madrid, relativamente cerca de la plaza de toros de Las Ventas que se encuentra en la calle de Alcalá.

<sup>1120</sup> ALONSO, A. «Más que macarras éramos castizos. ¡Íbamos a los toros!», entrevista a Jaime de Urrutia. *ABC*, Madrid, 7 de junio de 2020. Consultado en [https://www.abc.es/cultura/cultural/abci-jaime-urrutia-mas-macarras-eramos-castizos-ibamos-toros-202006070145\\_noticia.html#:~:text=M%C3%A1s%20que%20macarras%2C%20%C2%A1castizos!,una%20chica%20a%20los%20toros](https://www.abc.es/cultura/cultural/abci-jaime-urrutia-mas-macarras-eramos-castizos-ibamos-toros-202006070145_noticia.html#:~:text=M%C3%A1s%20que%20macarras%2C%20%C2%A1castizos!,una%20chica%20a%20los%20toros).



Manolo Vázquez es el complemento perfecto de Antoñete, y entre ambos marcan un camino «clásico» que une y pone de acuerdo a aficionados jóvenes y veteranos. «La vuelta de Antoñete, como la de Manolo Vázquez, han sido una bendición para la fiesta, pues vienen a derramar esa torería de la que el espectáculo se había quedado totalmente vacío»<sup>1121</sup>, sentenciará Joaquín Vidal.

Los cambios traídos por la casa Chopera, la reaparición contundente de estos toreros veteranos, sin obviar la mejora económica general que tiene lugar en la década de los años ochenta, harán que la Fiesta cobre un inusitado interés a todos los niveles. Al amparo de los aires de libertad y renacimiento que soplan en España —amén de la mejora económica antes citada—, durante el periodo de dirección de Manolo Chopera se conseguirá un doble efecto: devolver la seriedad a la plaza y a la Fiesta, y elevar a la cima de acontecimiento social las sucesivas ferias de San Isidro. En pocos años, el número de abonados se incrementará de manera imparable, pasando de los 4.000 que conservaba la antigua empresa en el año 1980, a los 14.000 que se alcanzarán en el año 1985<sup>1122</sup>. A partir del año 1986, cada mes de mayo los llenos serán absolutos en la mayoría de las tardes de corrida de toros a lo largo del casi un mes en que se celebran festejos de feria. Se agotarán los abonos, y hacerse con uno requerirá de una gran paciencia en interminables lista de espera.

Durante ese periodo y hasta la entrada del nuevo siglo, los toros, como se afirmaba anteriormente, volverán a estar de moda, y será de nuevo habitual ver en los tendidos, como ocurría con la fiesta del primer tercio de siglo, a intelectuales, artistas y políticos. Los compositores Jaime de Urrutia, citado anteriormente, de Gabinete Caligari, Joan Manuel Serrat, Joaquín Sabina, el alcalde de Madrid por aquel entonces, el socialista Enrique Tierno Galván, los periodistas Iñaki Gabilondo, de la cadena SER, o Luis del Olmo, de COPE, los políticos también socialistas Enrique Mújica y José Luis Corcuera, el sindicalista Antonio Gutiérrez, los escritores Camilo José Cela y José Luis San Pedro, el actor Paco Rabal, la directora de cine Pilar Miro, el juez Baltasar Garzón, y un largo etcétera de personalidades se sentarán en los tendidos de diferentes plazas como partícipes, ocasionales o habituales, de la regeneración de un espectáculo tan genuino y contradictorio como son las corridas de toros. «Con el cambio democrático —señala Joaquín Vidal— se estaba produciendo un en todos los órdenes una franca

---

<sup>1121</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Con Antoñete vuelve la torería». *El País*, Madrid, 23 de junio de 1981, p. 49

<sup>1122</sup> Véase VIDAL VIZCARRO, J. «Manuel Chopera, dispuesto a seguir de empresario en Las Ventas». *El País*, Madrid, 28 de junio de 1985, p. 42.

recuperación de las fiestas, las costumbres y los símbolos populares, y la corrida de toros era su expresión máxima»<sup>1123</sup>.

La Fiesta, lejos de ser vista como un rescoldo del franquismo, se convierte en un espectáculo de primer orden, respetado, en líneas generales, por todo el conjunto social de España; ningún actor social se muestra ajeno al mismo. Así, a modo de ejemplo, los sindicatos Comisiones Obreras, CC.OO y Unión General de Trabajadores, UGT, legalizados para sus actividades desde el año 1977, crearán sus propias agrupaciones taurinas con el objeto de proteger a los profesionales de la Tauromaquia y de promover la Fiesta<sup>1124</sup>, llevando a cabo desde el principio distintas actuaciones en ese sentido.

Incluso el Partido Comunista de España, PCE, se muestra cercano a la Fiesta y la defiende como necesidad social y elemento cultural de primer orden. Durante la celebración de las jornadas taurinas convocadas por la peña *Andanada* bajo el nombre «Los partidos políticos ante la fiesta de los toros», en febrero de 1979, Ramón Tamames, diputado por Madrid, se muestra tajante ante la necesidad de proteger y difundir la Fiesta a todos los niveles. En declaraciones recogidas por el diario *ABC*, Tamames afirmará que los comunistas no eran enemigos de la Fiesta, sino al contrario, «la consideramos un arte popular que preciso defender»<sup>1125</sup>.

Estos datos confirman que la fiesta de los toros atraviesa su propia «transición». Un periodo realmente interesante en que el espectáculo, gracias a lo ocurrido en la plaza de toros de Madrid y a partir de esa evolución antes señalada, pierde el corsé heredado de la etapa anterior. La Fiesta, la que se desarrolla sobre todo en las plazas de toros más importantes, empieza a caminar hacia la seriedad y la dignidad perdidas, y lo hace arropada por la coyuntura social que, lejos de rechazarla, la integra en su estructura como un elemento más de la nueva etapa.

### **6.2.3.1.a. El final de la «Transición» taurina**

Puede afirmarse también en este punto que el final de la dos transiciones, la política y la taurina, tiene lugar en el año 1982, con dos acontecimientos claves que marcan el epílogo de cada una de ellas. Así, el 28 de octubre de ese año obtenía el

---

<sup>1123</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Y la democracia llegó a Las Ventas». En MARTÍNEZ NOVILLO, Álvaro. (Coord.). *Los toros en Madrid. Op. Cit.*, p. 192.

<sup>1124</sup> Véase VIDAL VIZCARRO, J. «Movimientos de promoción de la fiesta en UGT y CCOO». *El País*, Madrid, 15 de septiembre de 1977, p. 41.

<sup>1125</sup> Véase «El partido comunista no pretende socializar el arte». *ABC*, Madrid, 14 de febrero de 1979. p. 52.

triunfo en las elecciones generales el Partido Socialista Obrero Español, PSOE. Felipe González será el nuevo presidente del gobierno de España, siendo la primera vez desde la muerte de Franco, y éste es el hecho clave para considerar el final del ciclo, que un gobierno no tenga entre sus ministros ningún nombre relacionado directamente con el antiguo régimen.

Este hecho no puede ser considerado más que de manera simbólica, ya que no significa que la evolución democrática en España hubiera cerrado su proceso de adaptación, o dejado atrás para siempre el franquismo y todo su lastre. El acontecimiento es, como se comentaba, la meta simbólica necesaria y catalizadora para la conciencia social del país. Ese triunfo del PSOE habrá servido de autoconfirmación social y política, de mayoría de edad, valga la expresión, en su autonomía democrática, algo que ya se pudo apreciar en 1981 al no prosperar el golpe de Estado llevado a cabo el 23 de febrero por parte de altos mandos del Ejército y Guardia Civil.

Con la fiesta de los toros ocurre algo parecido. Esa transformación que a todas luces se está produciendo desde los años setenta tiene su momento culminante el martes 1 de junio de 1982, día en el que se celebra en la plaza de toros de Las Ventas de Madrid la que, a partir de ese día, será conocida como «Corrida del siglo». En el cartel, anunciados los toros de Victorino Martín, ganadero respetado por la afición española porque de su ganadería llevan varios años saliendo toros íntegros, bravos, prototípicos del ideal de toro de lidia que reclama el esencialismo, para los espadas Francisco Ruiz Miguel, Luis Francisco Esplá y José Luis Palomar. Entre los tres cortarán seis orejas y saldrán, junto al ganadero, a hombros por la puerta grande del coso venteano. El festejo, además, habrá sido retransmitido en directo por Televisión Española, y será la primera vez que una corrida de toros se vuelva a ofrecer íntegramente en diferido<sup>1126</sup>.

Consideramos esta corrida como el cierre de un ciclo, de la «transición taurina», en base a dos elementos clave. En primer lugar, las exigencias continuadas desde los años sesenta que desde el esencialismo se vienen realizando sobre la necesidad de un cambio de rumbo en el funcionamiento del espectáculo a partir de la lidia del toro íntegro, alcanzan su máxima expresión. La corrida de ese día, sin ser perfecta, es muy seria, transmitiendo continua emoción en su lidia, y en conjunto da un gran juego. Se

---

<sup>1126</sup> SOTOMAYOR ESPEJO-SAAVEDRA, J. M. «Corridas, novilladas y festejos realizados en la plaza Monumental de Las Ventas». En ABELLA MARTÍN, C. (Coord.). *Las Ventas, 75 años de Historia*. Madrid, Centro de Asuntos Taurinos de la Comunidad de Madrid, 2006, p. 419.

aleja del prototipo de corrida pastueña y descafeinada, tan habitual durante los lustros previos, propia de las ganaderías más comerciales que desde los años cincuenta vienen surtiendo de toros el espectáculo, sino que se trata de una ganadería marcada por un plus de casta y bravura, fruto de la selección que desde el año 1960 Victorino Martín Andrés adquiriera, junto con su hermano Adolfo, los diferentes lotes de reses de la familia Escudero Calvo con origen Saltillo-Santa Coloma<sup>1127</sup>. El deseado «toro-toro», que tanto ha venido siendo reclamado desde el esencialismo y que en contadas ocasiones había podido observarse en el ruedo de Las Ventas, alcanza su máxima expresión en esta corrida.

En segundo lugar, la disposición y entrega de los espadas actuantes está a la altura de los toros lidiados, y los tres toreros logran un triunfo rotundo al desorejar a varios de los astados —al segundo toro de la corrida, lidiado por Luis Francisco Esplá, fue al único que no se le cortó ninguna oreja—. Se llega, por tanto, a un modelo de perfección conceptual que posteriormente no se va a repetir con tal rotundidad, pero que permitirá evidenciar que la utopía de una fiesta íntegra en casi su totalidad es posible. No fueron faenas redondas en todos los aspectos, particularmente el artístico, pero sí modelos de pundonor y valentía sustentados por esa voluntad de querer torear conforme al canon esencialista y frente a la bravura y a la casta verdaderas.

Sobre lo acontecido en el ruedo venteño esa tarde, el cronista de *El País*, Joaquín Vidal, dejará escrito:

### **El gran espectáculo**

La corrida que vimos no llegó a ser la mejor de las posibles; otras habrá con toros más bravos y faenas más completas. Fue, en cambio, un modelo de autenticidad, y gracias a ella la emoción se enseñoreó del espectáculo. El público, que abarrotó el coso, vibraba con un entusiasmo pleno, y se satisfacía de reencuentro con la fiesta de siempre, la que viene reclamando durante años con pasión y fe de iluminado. [...]

Victorino Martín, que fue aclamado en distintos pasajes del festejo, ofreció en Las Ventas un corridón de toros. El público estaba como enloquecido y con frecuencia coreaba frases para proclamar los valores esenciales de la fiesta verdadera, la que exige con pasión y fe de iluminado, pues ella es la que ha jalonado la rica historia de este espectáculo centenario. Al final, después de dos horas y media de gran espectáculo vivido con emoción creciente,

---

<sup>1127</sup> LUCIA HERNÁNDEZ, M. *El toro bravo en Extremadura*. Badajoz, Dirección General de Protección Civil, Interior y Espectáculos Públicos, Consejería de Presidencia de la Junta de Extremadura, 2007, p. 209.

los tres matadores y el ganadero, entre aclamaciones de una multitud enfervorizada, salían a hombros por la puerta grande. Y el público, pegando pases por la calle de Alcalá arriba<sup>1128</sup>.

Y en la misma línea de apreciación, Vicente Zabala en *ABC* remarcará la trascendencia de la corrida, señalando el antes y el después de la tarde histórica:

### **El golpe de timón de Victorino**

[...] ¿Sabéis lo que ha pasado esta tarde? ¿Estamos seguros, aficionados y no aficionados, de lo que ha ocurrido hoy en la Monumental de las Ventas? No creáis que ha sido una gran tarde de toros a palo seco, una de esas tardes en las que triunfan los toreros en colaboración con la nobleza de los toros. La de hoy, por diversas circunstancias, ha representado mucho más. [...]

La corrida de hoy debe ser la frontera entre un ayer cercano, nefasto, y un futuro mejor. Ha sonado la hora de tentar otra vez por derecho, de olvidarse de lo comercial, para pensar en la casta, que es lo más comercial del mundo para un ganadero, ¿verdad, Victorino? Pero para ello hay que las agallas de no seleccionar al revés, tal y como vienen haciendo esos ganaderos que aprueban vacas que doblan las manos camino del caballo, que se sienten felices con la embestida tonta, lenta, que tantas veces requiere de la patada o del palo en el hocico. [...]

Victorino ha dado hoy un golpe de timón. Ha cambiado el rumbo, el mal rumbo de la fiesta. Hay que volver al toro bravo. ¿Está claro, ganaderos? [...]<sup>1129</sup>

La Fiesta, a partir de ese año de 1982, seguirá durante bastantes lustros marcada por una progresiva madrileñización, evidenciada en la mayoría de las plazas y ferias relevantes. A similitud del panorama político, las múltiples corruptelas heredadas del pasado reciente no terminarán nunca de desaparecer, y los fraudes del afeitado, incluso el dopaje o drogado de los toros continuarán estando instalados en el espectáculo a lo largo de las sucesivas temporadas. Se podrá observar, no obstante, que a partir de la segunda mitad de los años ochenta se produce un incremento sustancial en la presencia y en la seriedad de las corridas en plazas tan importantes como las norteñas de Bilbao, Pamplona, Logroño, Zaragoza... Incluso surgirán en esas plazas grupos de aficionados perfectamente orquestados, a similitud del famoso tendido 7 de Madrid, pero con menos fuerza, que denunciarán de manera sistemática las miserias del espectáculo.

Se puede afirmar, por tanto, que la fiesta de los toros habrá hecho su propia «transición». Puede ser que todo quedara en un espejismo, en el recuerdo vibrante de

<sup>1128</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «El gran espectáculo». *Art. Cit.*, p. 40.

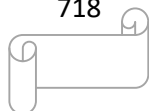
<sup>1129</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «El golpe de timón de Victorino...». *ABC*, Madrid, 2 de junio de 1982. p. 60.

una tarde de junio. Sin embargo, la creencia de que la integridad de la fiesta esencialista es posible se extenderá y será la motivación de los aficionados que, a similitud del conjunto de la sociedad civil con la llegada de la democracia, supuesta panacea que solucionará definitivamente todos y cada uno de los problemas cotidianos, creerán en el giro definitivo y ya inamovible de un nuevo tiempo. Sin embargo, como tantas otras veces a lo largo de la historia, esa transformación será frenada bruscamente y de manera persistente desde todos los sectores del entramado taurino, poco interesados en esa autenticación, impidiendo su desarrollo definitivo.

### **6.2.3.2. La solemnidad trágica de Antoñete en la conexión de la sociedad con la Tauromaquia.**

La «transición taurina», puesta en marcha por la presión del esencialismo y la colaboración del empresario Manolo Chopera en su acceso a la dirección de la plaza de toros de Las Ventas del Espíritu Santo de Madrid, avanzaba con buen paso por los primeros años de la década de los ochenta del siglo XX. El toro iba ganando presencia y lo que se hacía en el ruedo empezaba a adquirir, recuperar más bien, un aire de trascendencia que en buena medida se había ido perdiendo con el paso de los años. Un proceso que, inesperadamente, se ve favorecido por la vuelta a los ruedos de un torero fundamental para entender la evolución de la historia del toreo en dicho siglo, Antoñete, y por la comunión que se produce entre su figura y el esencialismo, particularmente con la pluma del cronista de *El País* Joaquín Vidal. Entre ambos se produce un interesante tándem que debe ser considerado como un hito dentro de esta etapa de la Corriente Crítica Esencialista ya que supondrá la recuperación, a través de la exaltación narrativa, de un concepto clásico más depurado que servirá de modelo —nuevo canon podría llamarse— para el futuro. Debe, no obstante, señalarse lo injusto que sería dejar fuera del proceso a la práctica totalidad de cronistas de la época, que, como se verá un poco más adelante, también abrazaron y pusieron en valor la llegada de la renacida ortodoxia que se produjo con Antoñete.

El día 22 de mayo de 1981 volvía a Las Ventas Antonio Chenel, *Antoñete*, (Madrid, 1932-2011). Tras varias temporadas retirado desde que en 1975 hubiera dado por cerrado su ciclo como matador de toros, decide volver a vestirse de luces y retomar de nuevo el camino abandonado. Su mala cabeza a la hora de administrar su dinero y su vida, como él mismo reconoce en la biografía que le escribe el periodista Manuel



Molés<sup>1130</sup>, y las continuas lesiones articulares habían favorecido su retirada y su condena a casi el ostracismo por parte de la afición. Sus éxitos pasados, particularmente el del famoso toro blanco de la ganadería de Osborne en mayo de 1966<sup>1131</sup>, quedaban demasiado lejos. Después de sumar algunas actuaciones por plazas de menor entidad, Puerto Banús, Cartagena, Jerez... es contratado para torear en la feria de San Isidro.

Esa primera actuación en Las Ventas no tiene gran trascendencia —la mayor parte de la lidia de los toros se produjo entre incesantes protestas por la falta de fuerza y acometividad de las reses, y el título de la crónica rescatada es suficientemente ilustrativo—, y sin embargo, la crónica de Joaquín Vidal sobre su actuación ese día es premonitoria y el punto de partida del citado y definitivo tándem, a pesar, como manifiesta el cronista, de que la vuelta a los ruedos del torero madrileño no genera demasiada esperanza. Vidal, aún reconociendo que Antoñete pudo haber estado mejor con el cuarto toro, descubre, renacido, revalorizado, uno de los conceptos que mejor definen la actitud de los diestros ante la cara de los toros, la torería, aspecto clave en el clasicismo interpretativo que conduce el toreo por la senda de la templanza, del buen hacer, y sobre todo de la seriedad, alejándolo de histrionismos innecesarios que camuflan muchas veces la falta de recursos artísticos y que buscan la respuesta inmediata del público por vía de la espectacularidad:

#### **Fraude, fraude, fraude**

[...] De ahí a la torería hay un espacio sideral. Torería es —era ayer— la de Antoñete en los capotazos dichos, en otros de recibo la cuarto, sometiendo la acometida en el mismísimo platillo. Torería es —era ayer—, aquél andarles a los toros despacioso y relajado —aunque por dentro le ardieran infernales inquietudes—; aquél irse de la cara con pausada marchosería. Torería es —era ayer—, la naturalidad la citar, al embarcar, al rematar las suertes en redondo, que ejecutaba en los terrenos y a la distancia que precisaban las condiciones del toro. Así toreó Antoñete al cuarto, uno de los pocos que tenían faena en la tarde (el primero fue otro inválido), y sabemos que pudo sacarle mejor partido, como sabemos que tampoco esperábamos tanto de su reaparición. [...]<sup>1132</sup>

Ese será el nuevo dogma, la «torería», una especie de teatralización de la seriedad cuyo fin es otorgar trascendencia a lo que ocurre en el ruedo, como argumento

<sup>1130</sup> MOLÉS, M. *Antoñete. El Maestro*. Madrid, El País/Santillana, 1996, pp. 132-133.

<sup>1131</sup> El domingo 15 de mayo de 1966 es la fecha en la que Antoñete lidia al toro «Atrevido», ensabanado alunarado de capa, de la ganadería de Osborne. La faena pasará a los anales de la historia como una de las más importantes de las realizadas en la plaza de Las Ventas del Espíritu Santo, y su recuerdo, pese a cortar sólo una oreja por el reiterado fallo con la espada, acompañará siempre al diestro. A partir de ese día, en el mundo taurino se hablará de «la faena de Antoñete al toro blanco de Osborne».

<sup>1132</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Fraude, fraude, fraude». *El País*, Madrid, 23 de mayo de 1981, p. 34.

principal de la lidia para estructurar cada una de sus partes. Evidentemente que la disposición de los diestros ante los toros depende en gran medida de su personalidad y ésta transmite la particularidad interpretativa al espectador, que cataloga o clasifica al torero en su correspondiente grado artístico. Antoñete tiene ese don, sabe aplicarlo, y a partir de ese momento lo expresará, convirtiendo su concepto taurino en el referente de la afición de Madrid, de los viejos y de los nuevos aficionados, prosélitos todos del diestro madrileño, que acudirán en masa a su reclamo, convirtiendo sus actuaciones en verdaderos acontecimientos sociales. La Fiesta, al igual que el conjunto de la sociedad española, está en ese proceso de ebullición permanente en busca del despertar definitivo, y Antoñete conecta con ese sentimiento ofreciendo unas formas taurinas casi desterradas. La solemnidad se apodera de sus actuaciones —Antoñete solemniza el arte— y él, como buen intérprete, se esfuerza en ofrecer al público esa revelación, produciéndose la catarsis necesaria, la purificación, para que el canon clásico adquiera —recupere— toda su fuerza.

Algo que podía haber quedado en una simple gestualidad de una tarde de toros termina por convertirse en el paradigma del periodo, y ese es el mensaje que se propaga, no sólo por el ambiente taurino, sino por el conjunto de esa sociedad que parece estar desacomplejándose, porque Joaquín Vidal, como relator fundamental, se apresura remarcar ese nuevo advenimiento tras la siguiente actuación del diestro en Las Ventas, en la vigesimoprimera y última corrida de la feria celebrada el miércoles 3 de junio de ese año 1981, en la que Antoñete, pese a perder los trofeos del primer toro —sólo lidiará un toro ese día, ya que resultará herido teniendo que pasar a la enfermería— por su reiterado fallo con la espada, vuelve a dejar constancia de su propuesta. «Torería de la mejor ley exhibió Antoñete en el toro que abrió plaza, tanto en los lances de capa como al pasarlo de muleta. [...] El conjunto de la faena, del más puro clasicismo, tuvo el toque inconfundible de la maestría. Antoñete vive un otoño fecundo»<sup>1133</sup>, escribirá el cronista.

Pero más aún se volcará Vidal tras la actuación del domingo 21 de junio, en la que confirma todo lo expuesto anteriormente. La lidia recobra su sentido trágico y su solemnidad, y lo hace de la mano de la «torería» que le imprime Antoñete frente a la vulgaridad reinante. «La torería vuelve con Antoñete a iluminar la lidia y pone término a la larga noche de los pegapases. Esta fiesta ha sido sojuzgada por la dictadura de la

---

<sup>1133</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Curro paró el tiempo». *El País*, Madrid, 4 de junio de 1981, p. 38.



mediocridad, en criminal confabulación con ordinarieces y desvergüenzas, y quienes la aman —incluidos profesionales tanto como aficionados— han tenido que pasar por carros y carretas, años y años, viendo cómo toda la delicada trama del arte de torear, siglos de historia del toreo, la propia integridad física y la casta del toro, caían, pisoteadas y humilladas, por la pendiente de la decadencia»<sup>1134</sup>, escribe Vidal, para quien se acaba de iniciar un nuevo tiempo en la fiesta de los toros.

Esa primera temporada de 1981 Antoñete toreará hasta cinco tardes en la plaza de toros de Las Ventas, y de esa comunión creada entre el público de Madrid y el torero vuelve a dar cuenta Joaquín Vidal en el mes de septiembre en la crónica de la tercera corrida de la Feria de Otoño. En este caso, la actuación del diestro madrileño camina entre una cierta indefinición, falta de ese punto de compromiso definitivo, tan habitual del torero en otras épocas. La faena al segundo toro de la tarde se había quedado a mitad de camino, un apuntar y no disparar, con grandes detalles toreros pero sin redondear nada, sobre todo por la falta de limpieza en modo de enganchones que se sucedían en cada una de las series. Y algo parecido estaba ocurriendo con el quinto toro, de la ganadería de Juan Mari Pérez-Tabernero, al que Antoñete no estaba terminando de entender. Y sin embargo, cuando todo parecía que caminaba y terminaría por esa senda de la inconcreción, surge de nuevo el arte solemne, majestuoso, y el toreo se vuelve a manifestar como un arte excelso, inalcanzable, que no requiere de una prolongación excesiva, sino que puede ser concreto y breve para demostrar su grandeza, y con él, el delirio colectivo, la comunión absoluta con un público que ya no puede salir de esa espiral de emociones:

#### **Aquellos ayudados antológicos de Antoñete**

[...] El público se había puesto en pie; de clamor la ovación. Antoñete miraba retador, transfigurado, a los tendidos, con el toro delante, sometido por el dominio de su toreo, cuadrado para la estocada. Una estocada que no llegó y a nadie le importó demasiado, pues el triunfo, de verdadero alboroto, se había producido.

Madrid, donde gusta el toreo auténtico, está con Antoñete, uno de sus más consumados artífices. La afición madrileña lleva toda la temporada suspirando por quien ya es su ídolo, y cada vez que ve un toro bueno exclama: «¡Ay, mi madre si el sale a Antoñete!». Y al fin le salió, el domingo. El quinto de la tarde era «el toro de Antoñete», y Antoñete tenía el compromiso de torearlo como su público había soñado, es decir, como los Ángeles.

---

<sup>1134</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Con Antoñete vuelve la torería». *Art. Cit.*, p. 49.

Sin embargo, no acababa de crear ese toreo. Se echó la muleta a la izquierda y no conseguía acoplarse; pase a pase, todos terminaban en violentos enganchones. Cambió a la derecha y la primera serie le salió con altibajos, para mejorar después. La tercera, principalmente, fue muy buena; había torería, suavidad, empaque en cada redondo, pero también un punto de superficialidad. En cualquier caso, *el toro de Antoñete*, muy noble, extraordinariamente pastueño, estaba pidiendo a gritos la hondura con que el propio Antoñete sabe ejecutar las suertes.

Y fue entonces cuando llegaron los ayudados a dos manos, con el de pecho, verdadera maravilla, y el triunfo se hizo arrebatador. Muchas veces lo hemos dicho: es una falsedad categórica, propalada por taurinos al abrigo de la mediocridad, aquello de que al público lo que le gustan son la faenas de cien pases, es una falsedad demostrable y demostrada, porque, cuando el toreo surge en pureza, entusiasmo de tal forma que no necesita hacerse repetitivo. Es más: quizá ni sería posible, pues si las suertes se instrumentan con hondura, los toros apenas las resisten. Con dos ayudados y un pase de pecho, Antoñete hizo el domingo antología del arte de torear. [...]<sup>1135</sup>

Y sin embargo, a pesar de haber tenido varias tardes pletóricas en Las Ventas, de ser idolatrado por la masa que llena los tendidos de Las Ventas, de tener la bendición permanente de Joaquín Vidal desde su tribuna de *El País* y de la mayoría de críticos del periodo, a Antoñete, por esos reiterados fallos con la espada, le falta la rotundidad del triunfo apoteósico, de la salida a hombros en loor de multitudes por la puerta grande. Un triunfo que llegará en la temporada de 1982, el día 3 de junio, también en la feria de San Isidro, con el toro *Danzarín* de la ganadería de Juan Andrés Garzón Durán, día en el que Vidal le otorga el título de nuevo papa del toreo, como en su día el célebre crítico José de la Loma<sup>1136</sup>, *Don Modesto*, se lo asignara a Ricardo Torres, *Bombita*. La crónica se convierte en una de las más curiosas y representativas del crítico de *El País*, ya que contiene todos los rasgos característicos de su trabajo, en la que no duda en señalar las pocas cualidades de los astados, también de ese *Danzarín*, así como ese sentido del humor con el que, utilizando el lenguaje conciliar, convierte a la plaza de Las Ventas en el cónclave cardenalicio del Vaticano que concede al diestro para siempre el papado de la tauromaquia:

---

<sup>1135</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Aquellos ayudados antológicos de Antoñete». *El País*, Madrid, 22 de septiembre de 1981, p. 33.

<sup>1136</sup> José de la Loma, conocido como *Don Modesto*, fue un insigne revistero taurino a caballo entre la última parte del siglo XIX y la primera del XX. Desde su tribuna en el diario *El Liberal*, fueron sonados los apelativos que otorgaba a las distintas figuras de la tauromaquia de la época. Así, en 1908 bautizó a Ricardo Torres, *Bombita*, como «Papa del Toreo», y años después, en 1910, a Manuel Mejías Rapela, *Manuel Bienvenida*, como «Papa Negro» para distinguir la validez de ambos y estableciendo la similitud entre la Iglesia de Roma y la Orden de la Compañía de Jesús, ya que aquella cuenta con Papa «oficial», y ésta con un Superior General de la Compañía, que por su fuerza dentro de la propia Iglesia es así denominado.

### **En la liturgia de la tauromaquia, Antoñete es el papa**

¡Annuntio bobis gaudium magnum! Retumbó en la cátedra la grandilocuente voz cardenalicia y el gentío se estremecía de emoción. El elegido y aún no proclamado, sabio por edad y experiencia, mechón blanco, el rostro transfigurado por la trascendencia del momento, había cambiado la espada y volvía al toro, cruzando solemnemente el diámetro del ruedo bajo el peso de la púrpura. Y fue entonces cuando ofició los más profundos ritos de la liturgia taurina, que en el mundo llaman ayudados por bajo.

¡Habemus papam! Allí mismo llegó la proclamación, urbi et orbe. Al rematar los ayudados con un pase de pecho de pitón a rabo, la plaza le aclamó «¡torero!» y le hizo papa de la tauromaquia. Para Las Ventas, estado pontificio del planeta de los toros, efectivamente es papa, uno e indiscutible, nacido de los propios edificios de la cátedra, veterano en las lides taurinas, curtido en las mil peripecias de la vida.

Eminentísimus et reverendísimus Antonius Chenelis... Este es el hombre, retornado al oficio para el que fue concebido, tras una larga andadura a bofetadas por la subsistencia; maduro, más torero que nunca, investido de dignidad. Por eso la solicitud le rodea. Los miembros de su cuadrilla te vigilan, te cuidan, te miman. También el pueblo. Antonio Chenel es intocable, y así conviene que sea. Hay en su persona un compromiso histórico: el de restaurar la fiesta de arte, reciedumbre y torería que se perdió en los oscuros vericuetos de las exclusivas. Se trata de que su magisterio prenda. De manera que si sale, como ayer para él, ese toro pastueño e inválido que la afición rechaza con ira en cualquier circunstancia, porque no hace fiesta, se produce un pacto de silencio, y continúa su lidia pese a la debilidad manifiesta.

Sibi nomen imposuit, Antoñete! Con este nombre reinará: Antoñete. En él está la categoría y todo lo demás es anécdota. Importa poco que su primera faena no saliera redonda; importa poco que salpicaran la segunda algunas imperfecciones. ¿Quién no ha tenido pecadillos? Un gran papa podría ser también un gran pecador. En la primera, la muleta resultó muchas veces atropellada, pero le redimió la voltereta impresionante. En la segunda, también se dejó Antoñete puntar los engaños, con mayor frecuencia en los naturales que en los redondos, pero remitía la importancia de estos defectos por el terreno donde la realizó, en los medios; el cite a la distancia que únicamente dan los valientes, dejándose ver; la ligazón; la armonía, el empaque. Y más aún: no se trataba de una sucesión de pases sino de una auténtica creación artística, conseguida a pulso de hombría y de inspiración, cuya esencia superaba las bonancibles condiciones del toro. Una faena sólidamente construida, bella, fragante, que fue de menos a más, hasta officiar los más profundos ritos de la liturgia taurina, que en el mundo llaman ayudados por bajo.

Las reglas de la lidia ordenaron un aviso, que incluso llegó con retraso, y hasta los más celosos vigilantes de la puntualidad reglamentaria denigraron esta advertencia presidencial. Antoñete, pontifex máximus de la tauromaquia de hoy, es un símbolo sagrado. A hombros lo sacó el

pueblo por la puerta grande y nadie puso en duda que salía en silla gestatoria. [...]<sup>1137</sup>

Este texto de Vidal nos ubica en la perspectiva real del momento histórico. Antoñete, su solemnidad, su magisterio, son la piedra clave del arco de la Tauromaquia, que sujeta por sí misma toda la grandeza que puede ofrecer a los ojos del espectador y que en los últimos años estaba perdida. Este es el mensaje que transmite Vidal, y este es el mensaje que llega a los lectores de *El País*. Para el cronista el diestro ha adquirido el compromiso de restaurar la fiesta del arte auténtico, de la verdad. Ahora hay una opción de comparar, de ver la diferencia real entre lo vulgar y habitual de casi todas las tardes y esa verdad del arte taurino marcado por unas pautas insoslayables que lo autentifican. Y ante tanta grandeza, el toro, en este caso la piedra angular sobre la que se cimenta la Fiesta, tan reclamado desde el esencialismo en toda su integridad, puede incluso no reunir todas las condiciones exigidas desde ese ideario esencial y hasta se le pueden perdonar ciertas deficiencias, porque el Arte, con mayúsculas, y sólo así, arrebatara cualquier disquisición en este sentido, convirtiendo el juicio del cronista en algo excepcional, ya que muy pocas veces en su trayectoria Joaquín Vidal ha reconocido la grandeza de un torero si el toro no ha reunido todas esas características tan exigidas como necesarias.

Pero también este texto nos permite comprobar cómo la excelencia, ese punto de partida a la hora de enjuiciar la labor de los diestros que se aplica desde los postulados esencialistas y que era tratada en el punto 5.1.13. *La excelencia como referencia de la crónica esencialista* del presente trabajo, se revela de nuevo imposible, porque a pesar de la grandeza del momento, de la magnificencia contemplada, la obra no la alcanza esa perfección suprema. Así, la faena ofrece «algunas imperfecciones», perdonables, como bien señala el autor, pequeñas máculas que la sitúan en el plano de lo terrenal y que confirman esa teoría en la forma de escribir, independiente y firme, de, en este caso, Joaquín Vidal.

Su biógrafo y jefe en las retransmisiones en directo de los festejos taurinos de Canal Plus<sup>1138</sup>, el periodista Manolo Molés, recuerda la lluviosa tarde como un acontecimiento histórico de mayor nivel en la que el torero regresaba, ahora sí, a la

---

<sup>1137</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «En la liturgia de la tauromaquia, Antoñete es el papa». *El País*, Madrid, 4 de junio de 1982, p. 40.

<sup>1138</sup> Entre el año 1992 y el año 1997 Canal Plus emitirá la feria de San Isidro sólo para abonados, siendo el director y presentador de dichas retransmisiones el periodista taurino Manolo Molés, que a su vez se hará acompañar por Antoñete en los comentarios.

gloria taurina, a la «eternidad», esa eternidad reservada sólo a los más grandes en la que Antoñete quedaba inscrito definitivamente:

[...] Pero la primera gran explosión, la nueva puerta grande, la lograría Antonio al año siguiente, en 1982. Toreó la corrida de Cuadri, otra de Atanasio y otra de Garzón. En esta última alternaba con Tomás Campuzano y el colombiano Jairo Antonio Castro. Llovió una barbaridad y Antonio le dijo a Chopera que se negaba a hacer el paseíllo, que aquello estaba imposible para torear. Pero Tomás y Jairo Antonio querían hacer el paseíllo a toda costa. Dos contra uno. La autoridad dijo que si empezaba la corrida había que matar los seis toros. Chenel añadió que si *caían boquerones* no contarán con él, así lo llevarán preso.

*Cayeron boquerones*, es verdad, se abrieron los cielos de Las Ventas y junto al agua debieron bajar serafines, querubines y un ejército de musas y su corte celestial. Antoñete, se me pone aún la piel de gallina, toreó como los propios ángeles. Madrid cogió una borrachera y la gente gritaba: «¡Señores, eso es el toreo. Esa es la verdad de la fiesta!...».

Esculpió una obra de arte con *Danzarín*. Sonó un primer aviso y nada pudo parar que se llevara las dos orejas y a la multitud detrás en la salida a hombros por la puerta grande. Orta vez arriba, otra vez en lo más alto. Otra vez, en la calle de Alcalá. Otra vez figura del toreo. Otra vez la eternidad.

1139

Y si Joaquín Vidal eleva al diestro madrileño a la categoría de papa, ese mismo día Alfonso Navalón, concluyendo su etapa en *Pueblo*, le nombra asimismo «rey del toreo». No hay la menor duda entonces, la propuesta de Antoñete es la correcta y necesaria, la que marca la diferencia definitiva. En ese progreso imparable, la Fiesta va recuperando la presencia del toro, al menos en lo que a trapío se refiere, sin embargo, para el esencialismo, como bien señala Navalón, hay una crisis artística aguda, un adocenamiento casi absoluto entre los diestros del momento, y Antoñete ha venido para desenmascarar la inconsistencia de un arte venido a menos, para demostrar que se puede torear desde el conceptualismo, con las ideas claras en cuanto a la colocación y predisposición cuando uno está frente a la fiereza del toro:

### EL REY DEL TOREO

Vamos a descubrirnos con respeto para escribirle esta crónica al maestro Antoñete, que ayer ha puesto en Las Ventas la nota solemne y sentida del torero grande, responsable, artista y, para remate, valeroso, porque, después de lanzarse por los aires ese cuerpo quebradizo de abuelo golfo y vividor, se levantó de un aspaviento y ofreció otra vez la muleta en el mismo sitio y después ligó un pase de pecho perfecto de armonía y mando. Vamos a descubrirnos con respeto ante este rey del toreo que ayer

---

<sup>1139</sup> MOLÉS, M. *Antoñete. El Maestro. Op. Cit.*, p. 160.

cuajó un primer toro como darle los honores del triunfo y Madrid volvió a ser la cátedra exigente que conoce debilidades de paisanaje.

El toro de Garzón, jirón manchado y astifino, salió corretón y hasta se echó sus escarbaduras. Y aquí fue donde surgió ese mando sereno de citar de lejos, de mandar acariciando, de colocarse en la distancia justa y acomodar cada pase a lo que el toro pedía en cada momento. Los naturales son de clamor por la forma de citar, por el empaque con que los inicia, pero, en algunos, la muleta, demasiado grande, queda enganchada en los remates. Rectifica y surgen otros tremendamente lentos. La plaza estaba ya entregada. El clamor de los tendidos estalla en los gritos de «torero, torero» y el hombre de los cincuenta años cambia de mano y borda el toreo con la derecha, despacito, templadísimo, cada muletazo es un suspiro. Perfecto en el engranaje, la apostura, el relajamiento, y cuando da ese largo paseo para darle aire a sus pochos pulmones de fumador vicioso la plaza tiene carne de gallina y el clamor acompaña al maestro en ese andar pausado, como si fuera soñando ese remate de la faena a dos manos, ese pase de pecho y esos dos rodillazos rebozándose con el toro. Y la estocada, seguro, derecho, con agallas de no dejarse ir un triunfo legítimo. Y la plaza en pie y el toro que no dobla y le gritan que no lo descabelle, que lo deje agonizar, que da lo mismo el aviso. Después, el delirio. Dos orejas, dos vueltas pausadas, con la plaza entregada, con las gargantas secas, con aficionados que lloran porque esto que acabamos de ver ya no va a ser capaz de repetirlo ninguno de los jóvenes que ahora se visten de figuras para hacer el ridículo delante de los toritos tontos.

Antoñete, en el sazón del otoño de su maestría, en la tarde del jueves 3 de junio, se alzó soberbio como rey indiscutible de la etapa más triste y más decadente del toreo moderno. Él y nadie más. Como él ha toreado no sabe hacerlo ninguno. [...] <sup>1140</sup>

Ahora sí. Antoñete, siguiendo con el lenguaje eclesial utilizado por Vidal, había sido consagrado de manera definitiva. Esta salida en hombros era la tercera de su vida en dicha plaza, y, aunque en ocasiones es difícil de entender cómo funciona el mundo de los toros, le rescataba del olvido para siempre, porque, al final, el subconsciente de los públicos y los anales de la memoria se escriben con los acontecimientos rotundos que marcan la diferencia definitiva, y en los toros esa diferencia, triste a veces, es la fotografía en volandas saliendo por debajo del dintel de la puerta grande. Su faena más recordada hasta ese momento, la del toro blanco de Osborne de 1966, había pasado a la historia por la gran labor del diestro, pero sobre todo por la característica capa del toro. Nos podríamos atrever a afirmar que si aquel toro no hubiera tenido semejante color, la faena no habría alcanzado la repercusión histórica que, pasados los años, sigue conservando.

---

<sup>1140</sup> NAVALÓN GRANDE, A. «El rey del toreo». *Pueblo*, Madrid, 4 de junio de 1982, p. s/n.

Cabría preguntarse en este punto el por qué de esa comunión tan absolutamente profunda entre el esencialismo y Antoñete, y es posible que la respuesta sea que el veterano torero madrileño, sin quererlo, hubiera provocado un nuevo avance en el canon artístico clásico defendido desde esas posiciones esenciales. Pudiera ser, incluso, que hubiera abierto de manera definitiva la Tauromaquia hacia una nueva concepción, llevando la ortodoxia hasta el extremo máximo. Si observamos las crónicas extraídas de cada actuación, podemos comprobar cómo todas ellas están dirigidas a remarcar una cualidad suprema: la solemnidad trágica. Pero, ¿acaso no había existido esa solemnidad hasta ese momento? Pues la respuesta, sorprendentemente, podría ser que no, no, al menos desde la guerra civil y en los términos que se producía con Antoñete.

La historia de la Tauromaquia está jalonada de infinidad de diestros memorables. Algunos alcanzaron fama por su valentía y su arrojo, otros por sus capacidades artísticas, otros por su destreza, y otros, incluso, por su comicidad; sin embargo, con Antoñete se produce una situación que pudiera decirse que novedosa. El repaso del toreo desde principios del siglo XX nos coloca ante un amplio plantel de diestros, algunos con vitola de figuras mantenida durante muchos años, y sin embargo los únicos ejemplos claros de esa solemnidad trágica —Joaquín Vidal prefería hablar de «torería», pero en el caso de Antoñete, por los aspectos que se explican más abajo, se superaba la concepción— habían sido primero Juan Belmonte y después Manuel Rodríguez, *Manolete*. Con el primero la comparación es complicada porque el toreo está en plena fase evolutiva y los conceptos taurómicos aplicados, aun partiendo de una misma base conceptual, no son los mismos. Sin duda es Belmonte el torero que mejor encarna esa solemnidad trágica de la época prebélica que marca la diferencia definitiva con sus compañeros y que contribuye, no debe olvidarse, a anudar definitivamente Tauromaquia e Intelectualidad.

Manolete sin embargo está instalado ya en un periodo en el que el concepto taurino ha evolucionado hacia su formulación definitiva. Tiene con Antoñete algunas similitudes, aunque en la comparación surgen grandes diferencias que pueden ser explicadas por varios factores. En primer lugar por la presencia del toro, capitidismuido en un porcentaje impresionante que restaba grados a la seriedad que toda lidia ofrece y, en buena medida, al éxito alcanzado por el torero cordobés. Antoñete, sin embargo, en su regreso a los ruedos le toca verse las caras en la plaza de Madrid con toros de un trapío muy superior al de lustros pasados. En segundo lugar, la

personal seriedad del diestro, transmitida al tendido en el momento clave de la lidia como llamada de atención para demostrar que lo que allí se va a producir tiene tintes de ser algo realmente relevante. Antoñete, sin quererlo, al igual que Manolete, teatralizaba esa seriedad y contribuía así a la sugestión que recorría los tendidos. En tercer lugar, la concepción taurina. Antoñete, a pesar de sus miedos, se esfuerza por aplicar un concepto taurino absolutamente ortodoxo, entendiendo esa ortodoxia como la respuesta a la reclamación permanente que se viene haciendo desde el esencialismo. Nada que ver con Manolete, su voluntad es la de ejecutar cada una de las suertes desde esa concepción tan comprometida, dando al toro la distancia necesaria, cruzando su cuerpo con el testuz de la res en cada pase o en el inicio de cada tanda, alejándose de histrionismos innecesarios, de carreras, de «pechugazos», toreando sujeto al canon esencial y, por qué no, reescribiéndolo, dándole una forma definitiva y dando la razón a quienes entienden que el toreo debe ser así y sólo así. Ahí radicaba una de las grandes cualidades del diestro, en marcar la diferencia con respecto al resto de toreros aplicando un concepto mucho más comprometido y menos mecánico en el que parecía abstraerse del escenario y del propio mundo para llevar a cabo su obra, su creación artística. Y en último lugar, la edad. Cuando Antoñete reaparece en Madrid ronda la cincuentena, edad que para un torero de la época suele ser excesiva porque normalmente los diestros comienzan a vestirse de luces muy jóvenes y cuando llegan a los cincuenta en activo llevan a sus espaldas más de treinta años de trayectoria, aspecto éste al que hay que sumar la castigada anatomía que, en el caso que nos ocupa, conocida su debilidad física, multiplicaba su apariencia frágil y multiplicaba el dramatismo que se respiraba en sus actuaciones. Entones, viejo y frágil para torear, absolutamente ensimismado en su labor, Antoñete transmitía un aire de tragedia permanente al tendido que se contagiaba irremediablemente.

Todos estos aspectos descritos, el toro, la personal seriedad del diestro, su concepto taurino y su edad, se conjugaron en el momento clave para convertir a Antoñete en la referencia taurina del esencialismo de la época. Esa especie de «transición» taurina que se estaba produciendo en la Fiesta encontraba su referente artístico definitivo. Antoñete era la demostración que la fiesta de los toros podía ser diferente, revalorizándose en todos los niveles, pero particularmente en el cultural e intelectual a partir de imprimirle ese aire trágico a la vez que solemne, algo similar a lo



que ocurrió con Juan Belmonte en la primera parte del siglo XX y que sirvió para colocar a las corridas de toros en un plano social nunca antes conocido.

Sirva también la reflexión de Javier Villán sobre la importancia en el plano artístico del diestro que marca la época y el devenir de los tiempos taurinos:

[...] El arte de torear se cimenta en un antagonismo elevado a la categoría de contradicción: la potencialidad heridora del toro y la voluntad creadora del torero. Es a éste a quien corresponde resolverla. Imprescindible es aunar intención y voluntad, transformar la hostilidad táurica en benéfico viento colaborador. Si esto es así, Antoñete es la expresión más cabal del toreo entre las expresiones que yo he llegado a sentir y contemplar. El artista, el lidiador, la síntesis perfecta. «Se torea como se es», afirmó Belmonte. Y esta sentencia inapelable y extensible a otras artes —se escribe como se es, se pinta, se interpreta como se es— no podría ser desmentida por el torero que pasó buena parte de su vida en una casa guardesa al costado de Las Ventas. Infancia de golfo callejero, madurez de gloria y esplendor en el mismo escenario. Antonio Chenel siempre vuelve a Las Ventas, desde donde se alzó frente a las oligarquías financieras y toreras. Del lumpen a los círculos de la gran Banca. Naturalmente, Antoñete terminó prefiriendo la proximidad del lumpen. «Se torea como se es». Su ademán lento, sus silencios apenas quebrados por leves ironías proclaman la armonía, la hondura, la despaciosidad de su toreo. El ejemplifica singularmente la teoría sobre el tiempo y el espacio y las ráfagas de eternidad. Torero meditativo y para meditar, no privado por ello de la gracia de un recorte preciso y exacto, de la alegría de la verdad, la precisión escalofriante de la verdad. Esto lo adivina aproximadamente el público cuando Antoñete se acerca al toro, busca despacio, paso a paso, el lugar justo, el único. Y el público se sobrecoge y convierte la plaza, de tan hondo silencio, en oratorio. La magia, el riesgo, la belleza y el diálogo cósmico que el torero ha establecido con el espectador, esa hostilidad irracional, menos explicable que la del toro y que también ha de ser vencida. [...] <sup>1141</sup>

Joaquín Vidal afirmaba que con Antoñete volvía la torería, pero en realidad Antoñete creaba esa nueva torería, desconocida, ya que para la mayoría de aficionados de principios de los años ochenta, no digamos ya para los más jóvenes, no existían referentes similares al menos desde los últimos lustros. Ese es el gran descubrimiento de la gente que se acerca a ver las corridas de toros en las que torea Antoñete, el espacio en el que arte adquiere su máxima expresión al estar revestido de esa solemnidad trágica que lo engrandece definitivamente.

---

<sup>1141</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «El acto de la creación». En KRAMER, M. (Dir. Editorial). *Las Ventas, 50 años de corridas*. Madrid, Excma. Diputación Provincial de Madrid, 1981, pp. 441-442.

El viernes 7 de junio de 1985 se produce su último y definitivo gran triunfo. Antoñete, tras unos intensísimos cinco años, empieza a despedirse<sup>1142</sup> de la plaza de toros de Madrid y lo hace de manera magistral. Vuelve a triunfar con rotundidad, y de nuevo es un toro, *Cantinerero* de nombre, de esa ganadería talismán, la de Juan Andrés Garzón Durán, el que le permite otro triunfo resonante, quizá el más importante de su vida. Un Joaquín Vidal ensimismado por lo contemplado no puede sino intentar describir lo indescriptible. Expresiones como «autenticidad», «emotividad», «torería» o «soledad trágica», tratan de explicar lo allí vivido; pero es difícil dar una representación fidedigna de unos instantes de, retomando la dialéctica teológica, transfiguración como la experimentada por Antoñete. Porque el torero, escribe el cronista, «transfigurado, a ritmo procesional» volvía a mostrar la grandiosidad del arte, y lo hacía, una vez más, con toda la solemnidad trágica que le había acompañado este último lustro de su vida profesional como matador de toros, convirtiendo en un rotundo clamor toda su actuación<sup>1143</sup> ante ese toro. Pero sin perder de vista también que la crónica, al igual que vimos en una anterior, está escrita desde la perspectiva de la excelencia, y la faena, a pesar del triunfo incontestable que le es reconocido por el cronista, no la alcanza porque tiene algunas «imperfecciones», soslayables, sin duda, pero suficientes para confirmar la casi imposibilidad que existe para subir el último peldaño de la perfección conceptual absoluta en la grandeza de un arte que, una vez más, se vuelve inalcanzable:

### **El toreo, un clamor**

Citaba Antoñete a la distancia, dejándose ver —¡yu!, como le grita al toro—; el toro acudía alegre y cuando iba a entrar en jurisdicción, el maestro le cargaba la suerte, le embecía en el engaño y la plaza toda acompañaba la solemnidad del mulatazo con un rugido sideral. Citaba Curro Romero a la distancia, más breve, esperaba relajado la embestida, fundía al toro en los vuelos escarlata con suavidad de seda. Remataba convirtiendo en magia la quintaesencia de la naturalidad, y la plaza toda acompañaba las luminarias del arte con un rugido sideral. Allí, en Las Ventas, en una de las tardes más emotivas que se recuerdan, se estaba produciendo, sencillamente, el prodigio del toreo, y ese prodigio levantaba un clamor, un eco vibrante y sostenido que estremecía todos los rincones del coso.

Las faenas de Antoñete eran de una autenticidad irreprochable. Las faenas de Antoñete, dos lecciones magistrales de la mejor tauromaquia,

---

<sup>1142</sup> La retirada definitiva del Antoñete en esta etapa se producirá el lunes día 30 de septiembre de 1985 en la plaza de toros de Las Ventas, con una actuación en la que no estuvo especialmente lucido. Sin embargo, volverá a los ruedos a partir de 1987, manteniéndose en activo entre idas y venidas hasta el año 2001.

<sup>1143</sup> Deber señalarse que este triunfo del diestro es llevado también a la portada del diario *El País*, en una de las escasísimas veces en las que el periódico da cabida a informaciones de este tipo en primera página.

tenían sobre todo una carga de torería que aromatizaba, no ya las suertes, sino cada uno de sus movimientos. La soledad trágica que viven el toro y el torero, frente a frente en el centro del ruedo, curvos horizontes difusos a su alrededor, emanaba ayer una emotividad máxima. Crecido el maestro en su arte, transfigurado, a ritmo procesional, iba creando una obra hermosísima que se remontaba a sí misma en cada pasaje. El entramado de la faena era el toreo fundamental, por naturales principalmente, luego por redondos, y la ligazón de los pases de pecho instrumentados con hondura.

Ciertamente en el transcurso de la obra había imperfecciones. El temple no se produjo con la necesaria continuidad y los enganchones de muleta pusieron motitas apenas perceptibles en el color encendido de cada suerte. Pero no eran el calibrador mecánico ni el espía electrónico miradores que pudieran tener acomodo en aquellas faenas para la historia, únicamente lo tenían el sentimiento, la identificación colectiva con un rito insólito que sólo se produce cuando emana de un torero cabal. La primera faena de Antoñete fue importante y con la monumentalidad de las segunda el público entró en delirio. A ese segundo toro lo había lidiado Martín Recio con la técnica impecable que acostumbra, siempre por delante, abajo el capote, que es el artificio idóneo para que el toro mejore la embestida. Montoliú lo banderilleó llegando a la cara pausadamente, reuniendo y prendiendo en lo alto. Ambos tuvieron que saludar montera en mano, y el maestro los sacó a los medios al terminar sus clamorosas vueltas al ruedo. Cuando Antoñete, en su segunda faena, dibujaba el natural en el centro geométrico del ruedo, y volvía a alejarse del toro para reiniciar la creación del muletazo, la multitud prorrumpía en gritos de «¡torero!», flameaba pañuelos, ¡la locura! En medio de esa locura daría los mejores redondos de toda su actuación. Ganó a ley las dos orejas y en las vueltas al ruedo el público se rompía las manos y las gargantas de aplaudir y aclamar, lanzaba al ruedo todo cuanto tenía a mano para homenajear al maestro.

Después llegó Curro. Nadie podía hablar ahora de maestría, ni de nada podía hablar, porque lo de Curro trascendía cualquier pauta. La pulcritud, la suavidad, la caricia para embrujar al toro en aquellos redondos prodigiosos que hicieron saltar al público de sus asientos; eso creó Curro en el crisol de su inspiración. Probó el natural, por donde el toro le cabeceaba, y volvió al toreo en redondo, aún más inspirado, aún más subyugadora su estética. A nadie importaban cánones, aunque había cánones, de pura escuela rondeña, ejecutados con la más escrupulosa exquisitez. Porque aquello era la conmoción del arte, la síntesis de la naturalidad. A brincos; sí, a brincos, siguió el gentío aquella faena memorable, y rompía en palmas por sevillanas, arrojaba puñados de romero al ruedo, creía que era el fin del mundo.

Si el toreo es ciencia, ahí estuvo ayer Antoñete. Si el toreo es poesía, ahí estuvo ayer Curro Romero. [...] <sup>1144</sup>

---

<sup>1144</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «El toreo, un clamor». *El País*, Madrid, 8 de junio de 1985, p. 34.

Ese mismo día Vicente Zabala trata de explicar la esotérica comunión que se produce entre Antoñete y los asistentes al festejo. Un vínculo emotivo indescriptible que supera la relación normal entre público y torero de cualquier tarde divertida o entretenida de toros, milagroso en la medida en que el diestro, viejo para el toreo, había sido capaz de semejante creación artística. Porque con Antoñete volvía, y renacía, y se reinventaba la fórmula más puramente clásica, y ésta era abrazada por los aficionados como el nuevo dogma, hasta el punto de que muchos de ellos lloraban en el tendido ante la contemplación de tanta pureza:

### **Y las Ventas lloraba de emoción**

[...] Sale «Cantinerero», de la ganadería de Garzón. Un toro para la historia, porque es el último que torea Antoñete en una feria de San Isidro.

Tras la apoteosis de su banderillero valenciano, Antoñete se dispone a dictar su lección de profesor a punto de despedirse de la cátedra.

La faena, por encima de los pases, por encima de la geometría torera, tuvo el aroma de la solera, de unos modos, de unas formas que se están perdiendo para siempre.

Daba gozo ver a Antoñete caminar hacia el toro. Dándole las distancias con majestad, entre serie y serie, sintiéndose, interpretando pletórico de torera grandeza, de solemne ritmo, principalmente en el inicio de sus pases, con una cabeza despejada, sin dejar que le agobiara la emoción que se le venía a los ojos en el remate de los pases de pecho. Muy torero, muy seguro, muy maestro. Esto de hoy, a una edad inverosímil —¿verdad Antonio que no lo habías soñado tú?—, es un milagro.

La faena no es para narrarla pase por pase, muletazo por muletazo, sino para interpretar el conjunto de un quehacer realmente emotivo. El torero ponía el alma; pero también el público apoyaba con el corazón, ilusionado en este postrero triunfo del torero de las Ventas en el ruedo madrileño. Cuando mató de un pinchazo y una estocada aquello fue el delirio. Los tendidos se poblaron de pañuelos. Los gritos de torero, torero, torero, salían a borbotones de las gargantas. Antoñete fue obligado a dar dos vueltas al ruedo. Al final sacó a saludar a Martín Recio y a Manolo Boninchón. La ovación se hacía interminable. Las lágrimas estaban en todos los ojos. También en los de los propios toreros. [...]<sup>1145</sup>

Antoñete se iba —de momento— y lo hacía un canon que, pese a haber sido tachado de imposible desde diversos sectores del entramado taurino, adquiriría su fórmula definitiva, una conceptualización en la que el torero cita al toro —un toro, ni un becerro ni un novillo— en el lugar y distancia precisos, desvía la trayectoria de la embestida porque está interpuesto en su camino, se queda colocado para el siguiente

<sup>1145</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Y las Ventas lloraba de emoción». *ABC*, Madrid, 8 de junio de 1985, pp. 69-70.

lance, y da forma a su obra, pura y esencial, todo ello además, en el caso de Antoñete, envuelto con ese aire solemnemente trágico que le acompañó cada tarde de este lustro glorioso. Como acompañó a esa verdad casi todas las tardes la pluma de Joaquín Vidal para hacer de notario y dejar constancia de la «resurrección» del clasicismo más puro, de la ética torera. Un binomio, Vidal-Antoñete, y una ética que con el tiempo serán recordadas, como así lo hizo el Círculo Taurino del Colegio Mayor de San Pablo, adscrito a la Universidad CEU San Pablo, al renombrar su tradicional galardón Premio Mazzantini, instaurado en el año 1995 para reconocer la defensa tanto de la integridad como de la pureza de la Fiesta, como Premio Joaquín Vidal, que en su primera edición con dicho nombre en 2003 fue entregado a Antoñete, y que, en palabras de Miguel Mora, simplemente «se trataba de rendir homenaje a Vidal y Antoñete, pero sobre todo de festejar un talante común que cada uno ejerció en su campo: torería, honradez, autenticidad»<sup>1146</sup>. Este premio unía definitivamente el concepto clásico y puro del diestro madrileño con la independencia y maestría del que, durante un cuarto de siglo, había sido el cronista taurino de *El País* y el cronista más importante de la Corriente Crítica Esencialista.

La despedida de los ruidos de Antoñete se producirá en septiembre de ese año 1985, pero su inquietud y su indefinición personal —como muchas veces le ocurría delante de la cara de los toros—, le invitarán a regresar una y otra vez, hasta que finalmente, en julio de 2001, se retire definitivamente. Detrás habrán quedado un montón de buenos recuerdos, pero sobre todo habrá quedado inscrita en la memoria de los aficionados la certeza de que el toreo puede ser diferente, puede estar sujeto a un canon esencial, puro a la vez que artístico, y definitivo. Es más, como se atreve a afirmar José Luis Ramón, a partir de Antoñete ya nada será igual en la plaza de toros de Las Ventas porque con él se descubrió esa nueva sensibilidad taurina que eleva el torero, ahora sí, de manera definitiva, a arte supremo:

[...] Y Antonio Chenel se convirtió en un mito. Su gloria y su fracaso, muchas veces repetidos y abrazados, hicieron más grande al torero, al tiempo que se admiraba profundamente al hombre. Antoñete era el ídolo tantas veces caído y tantas resucitado, que su figura se veía cercana y profundamente humana. La pureza de su toreo, su hondura, su desgarrada pero armoniosa compostura, su clasicismo, sus citas a larga distancia, su personal concepto heredado de sus maestros establecieron un canon estético,

---

<sup>1146</sup> Véase MORA, M. «La Universidad consagra la ética torera de Antoñete y Vidal». *El País*, Madrid, 1 de marzo de 2003, p. 38.

una manera de ver y entender los toros en la plaza de Madrid. Y ya nada es igual en Las Ventas desde que en los años ochenta Antoñete pasó por la Monumental. [...] <sup>1147</sup>

Antoñete se habrá convertido por tanto en la referencia artística y conceptual del esencialismo. Sin embargo, esa solemnidad trágica, tan unida a la personalidad del torero, no se repetirá con demasiada frecuencia. De nuevo surgirán diestros que cautiven al conjunto de la afición y que sean considerados también como referentes de esa tauromaquia definitiva —el caso más palpable lo será sin duda el del torero colombiano César Rincón en los primeros años de la década de los noventa—; pero habrá que esperar hasta el año 1997, año en el que el torero José Tomás Román Martín irrumpe en los ruedos aunando todas las cualidades expuestas, salvo la edad, en Antoñete.

Con José Tomás volverá la explosión del clasicismo y volverá, sobre todo, la solemnidad trágica a los ruedos, convirtiéndose en el legatario de Chenel y en la confirmación de todo su herencia conceptual. Temerario, transfigurado ante la cara del toro, abandonada su suerte y su vida a merced de la circunstancia, rápidamente será tomado como referente del esencialismo y de los aficionados en general, que asistirán absortos a sus actuaciones en un peregrinar colectivo y multitudinario que recordará al de las grandes estrellas del rock.

### **6.2.3.3. Rafael de Paula o la revolución artística ante el toro de Martínez Benavides.**

El lunes 28 de septiembre de 1987, en la plaza de toros de Las Ventas del Espíritu Santo, se produjo un hecho singular pero que sin duda debe ser destacado en este estudio por el tratamiento que del mismo hacen Joaquín Vidal y Vicente Zabala. Ese día, el torero Rafael Soto Moreno, *Rafael de Paula*, (Jerez de la Frontera, Cádiz, 1940-) realizó una faena al toro «Corchero» de la ganadería de Martínez Benavides que ha quedado registrada como uno de los grandes acontecimiento artísticos de la década de los ochenta del siglo XX. Paula había entrado en el cartel en sustitución de Julio Robles, que estaba anunciado ese día junto a José María Manzanares y José Ortega Cano en la que era la cuarta y última corrida de la Feria de Otoño de ese año. Encerrados en los chiqueros cuatro toros de Joaquín Buendía, uno de Paloma Eulate y uno de Martínez Benavides. Y si bien la tarde transcurría por un cauce de aburrida

---

<sup>1147</sup> RAMÓN CARRIÓN, J. L. «Antonio Chenel Albadalejo», en Real Academia de la Historia, *Diccionario Biográfico electrónico*. Recuperado en <https://dbe.rah.es/biografias/7407/antonio-chenel-albadalejo>, el día 1 de noviembre de 2021.

normalidad, habitual de Las Ventas, en la faena de muleta al cuarto toro, el de Martínez Benavides, el toreo adquirió una nueva dimensión artística y el esencialismo, por boca de Joaquín Vidal, lo colocó en esa elevación suprema que nunca más se volvió a repetir.

Viendo las imágenes y leyendo distintas crónicas de ese día, no puede decirse que aquello fue una faena redonda, al uso, ni una faena de ejecución ajustada al canon esencial. Sin embargo, lo allí vivido fue un acontecimiento inexplicable, una concatenación de elementos sensitivos que provocaron el delirio colectivo y que llevaron a Joaquín Vidal, envuelto en la locura de la tarde, a titular su crónica con un rotundo «Nunca el toreo fue tan bello», que resumía a la perfección lo experimentado:

### **Nunca el toreo fue tan bello**

El toreo era el arte de dominar al toro, hasta que Rafael de Paula lo convirtió en sinfonía; ayer, en Madrid. Ahora vuelve el toreo a ser el arte de dominar al toro, porque lo de Rafael de Paula, ayer en Madrid, es irrepetible. Las verónicas aleteando el capotillo precioso de vueltas azules —de *güerta-jasule*—, la media verónica citando de frente, la brega al cuarto toro-torazo sin permitir que nadie interviniera en la lidia, fueron el preludio de la manifestación más sublime del arte del arte de torear. Nunca el toreo fue tan bello. Jamás el toreo, en las décadas últimas que se recuerdan, alcanzó la grandeza a donde lo llevó Rafael de Paula con su faena de muleta al toro-torazo, cornalón y astifino que salió, sobrero, en cuarto lugar. Los ayudados por alto, los redondos, las trincheras, los naturales... Sí, el toreo ya inventado, las suertes clásicas. Pero en la interpretación genial del diestro gitano no surgían de los propios cánones de la tauromaquia sino de otro orden, desconocido, que las convertía en nuevas, y cada pase que desgranaba era una creación exclusiva del arte del torear. Qué decir del público, mientras tanto. El público ya se había puesto en pie en los primeros compases, aplaudía, braceaba, gritaba, y cuando parecía que había agotado su capacidad de asombro, el torero le sorprendía con nuevas creaciones, que escalibaban las ascuas de aquella obra ardiente.

Y la faena seguía. A la majeza de los naturales hondos sucedían tandas de frente, «trayéndoselo toreado», «rematando detrás de la cadera», «echándose al toro por delante en los pases de pecho», que sí, que es cierto; y, siéndolo, daba lo mismo esa u otra técnica, pues la resultante era una explosión estética imposible de medir. Una conmoción había invadido al diestro genial, que pinchó malamente, descabellaba peor —al público le traía sin cuidado: tenía el paladar saturado de aromas—, y se marchó a tablas, demudado, trastabillando por entre una nube de ensoñaciones. Debía estar en otro mundo. Dobló el toro y Paula no pudo sino sentarse encima y acariciarle los lomos. Qué pasaría entonces por la mente del torero, aún flotando en la lejana galaxia. Dio la

vuelta al ruedo entre clamores, continuó la corrida, y el público no cesaba de tocarle palmas por bulerías.

[...] Estaba naciendo la creación del toreo más bello nunca visto, y Ortega Cano ni se enteraba. Quizá le equivocaron los miedos que Paula había pasado con su primer toro y creyó que el espada gitano era enemigo pequeño. Ahora lo verá de otra manera, seguramente, y Manzanares también, si es que consiguieron entender aquello que sucedió. Algo muy grande, muy grande.<sup>1148</sup>

Porque lo contemplado por los ojos de Vidal —y bien es cierto que otros muchos ni vieron ni experimentaron lo que él vio y experimento, como se verá más abajo— era una transfiguración absoluta y mágica. Un momento de inspiración de tal calibre que impedía el análisis cabal, metódico, de cada tarde, entendiéndolo que aquello sólo podía ser la creación genial, fantástica, irrepetible, de un genio, que le lleva a afirmar que «jamás el toreo, en las décadas últimas que se recuerdan, alcanzó la grandeza a donde lo llevó Rafael de Paula», y a apostillar al final de la crónica que «estaba naciendo la creación del toreo más bello nunca visto».

Y el grado de ensoñación al contemplar la creación artística llega a tal punto que reconoce el cronista que aquello tenía que tener un origen superior, que sobrepasa el axioma de dominar al toro para crear el arte. «Pero en la interpretación genial del diestro gitano no surgían de los propios cánones de la tauromaquia sino de otro orden, desconocido, que las convertía en nuevas, y cada pase que desgranaba era una creación exclusiva del arte del torear», afirma Vidal.

Cabría preguntarse si Joaquín Vidal, llevado por esa sugestión colectiva, escribió su crónica sin esa parte de reflexión necesaria que permite centrar el pensamiento y las ideas en lo realmente tangible. Pero la respuesta, indudablemente, debe ser no, porque esa fascinación de la que fue objeto el cronista no es sino la que en su día experimento el escritor José Bergamín y que motivó su importante obra *La música callada del toreo* (Turner, 1981), inspirada en Rafael de Paula. Bergamín, viendo a Paula en la plaza de toros de Vista Alegre de Carabanchel en el 1974, la tarde en que el gitano pasó de torero a mito, se había sentido transportado por aquel arte, que si te atrapaba, o, mejor, si eras capaz de penetrarlo en su misma mística, de escucharlo, conmovía el espíritu para siempre y el sólo hecho de evocarlo transportaba el pensamiento y removía la sensibilidad interior de quien hubiera tenido el privilegio —evidentemente no todo el

---

<sup>1148</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Nunca el torero fue tan bello». *El País*, Madrid, 29 de septiembre de 1987, p. 40.



mundo tiene esa capacidad sensitiva— no sólo de verlo, sino de entenderlo. «Y la música callada de aquel toreo suyo nos renace a los ojos del alma y al oído del corazón como si la estuviéramos mirando y escuchando de nuevo cuando la evocamos. Como si se hubiera aposentado y quedado en el alma, en el aire, en el tiempo, para siempre. Y es porque la sentimos aún al evocarla porque nos conmueve su pensamiento; porque nos sigue conmoviendo al pensarlo»<sup>1149</sup>, escribirá Bergamín.

Joaquín Vidal conectaba directamente con esa sensibilidad especial y era testigo de la transformación del toreo, que, como se afirmaba más arriba, ya no era dominar al toro y con él trazar la geometría del toreo, sino que se convertía en una creación fuera de toda norma —en el toreo, además, la norma, o una de las normas, es realizar la faena en base a series simultáneas y debidamente estructuradas por ambos pitones—, porque la inspiración magistral conseguía convertir las suertes en algo diferente al hacer saltar por los aires la rigidez del canon. Y sin embargo, todo desprendía autenticidad porque todo estaba construido según dicta el clasicismo, dando resultado una creación tan bella como insuperable para quien lo pudiera entender. Y el cronista lo describe con absoluta transparencia cuando nos dice que «daba lo mismo esa u otra técnica, pues la resultante era una explosión estética imposible de medir».

El epílogo de la faena no desmereció el conjunto a pesar del fallo con la espada que impidió al diestro la consecución de los máximos trofeos, porque De Paula roto, vacío del arte que había derramado en ese momento de inspiración indescriptible, se aleja del herido toro en un caminar trastabillante, y cuando éste dobla y entrega su vida, se sienta encima —tal y como puede verse en una de las dos impresionantes fotografías que ilustran la noticia— y, absorto, acaricia su anatomía en la demostración más absoluta que el toreo puede ser, y debe ser, sentimiento puro y por ende elevación de espíritu de principio a fin. «Y se marchó a tablas, demudado, trastabillando por entre una nube de ensoñaciones. Debía estar en otro mundo», apostilla Vidal.

Sobre ese sentimiento puro, inveterado en la entraña misma del toreo, también diserta Bergamín: «Yo diría que el sentimiento del toreo (sin el cual no es nada, ni para el que lo hace ni para el que lo ve; cosa que tan bien supieron y dijeron Rafael el Gallo, Joselito y Belmonte) sin ese sentimiento que decimos, sobre el que toda explicación es

---

<sup>1149</sup> BERGAMÍN GUTIÉRREZ, J. *La música callada del toreo*. Madrid, Turner, 1994, p. 15.

vana, como lo es para todo arte vivo o creador (poético en definitiva), no veríamos en el toreo esa *callada música*, que es su alma propia, su definición y su estilo»<sup>1150</sup>.

Esa «música callada» que es el toreo genial, poco prodigada por su propia limitación conceptual —muy pocos diestros consiguen tocar las teclas adecuadas que nacen de la pura inspiración— es misterio que alcanza al espíritu, dejando un poso tan enorme, que ya nada puede permitir comparación si no está a esa misma altura de normal inalcanzable. Por eso declara Bergamín el vacío del alma al llenarse a su vez de ese misterio insoslayable que sólo puede provocar el arte que juega consigo mismo a la vez que con la muerte:

[...] Y precisamente porque se hace misterio luminoso de lo más oscuro; secreto a voces, y hasta a gritos; donde aire y claridad, entre sombra y sol, tan evidente, que sólo nos dejan en el alma, airosa y airada, encendida, vacía de todo por llenarse de todo con su garbo, la invisible, imposible, invencible, majeza o majestad de la vida, pasando, traspasando la sombra transparente de la muerte con su angélico vuelo<sup>1151</sup>.

Pero, como se afirmaba más arriba, no todo el mundo supo captar, interpretar o sentir la grandeza del momento. Y entre ellos el propio Vicente Zabala, uno de los primeros miembros de la Corriente Crítica Esencialista que, como se vio en un apartado anterior, llevaba escribiendo en *ABC* desde 1972. Para Zabala, aquella tarde de gente enfervorizada no tenía una explicación lógica y todo tenía que ser fruto del delirio colectivo, de una sugestión tan abrumadora como falsa ante una representación simplemente curiosa de un torero con vitola de artista y de normal cobarde:

**La Monumental de las Ventas era un inmenso tablao flamenco...  
¿Disparate?**

Hasta hace muy poco creíamos que seo que ahora la gente de coleta ha dado en llamar «la plaza de Madrid» era un sector bullanguero, la mayoría formados en cursos de formación acelerada (léase coloquios de discoteca) que no quería otra cosa que zambombo grande para torero modesto, porque todo aquel que no entrara por los cuatro tópicos manoseados de una tauromaquia ruda, de batalla, de tumbatorios barato y de toro de divisa de tercera, no tenía nada que hacer.

Y por eso hoy nos hemos solazado contemplando cómo tiraban los pañuelos verdes, cómo levantaban los brazos y hasta nos hemos frotado los ojos cuando después de las más alevosas puñaladas, de los pinchazos, de los veintitantos descabellos que se produjeron en Iso dos toros de Rafael de Paula, de los avisos presidenciales, gritaban desgañándose

---

<sup>1150</sup> *Ibidem*, p. 23.

<sup>1151</sup> *Ibidem*, p. 41.

¡torero! ¡torero! Y ante eso, señores, fuera gorros. Para nosotros fue un hallazgo, un descubrimiento, algo que me deja perplejo, que me obnubila, que me hace pensar muy seriamente en la verdadera situación de nuestra fiesta nacional.

### **¿Qué pasó allí?**

Lo que sucedió en la Monumental de las Ventas en esta última corrida de otoño no se lo explica ni el mismísimo Rafael de Paula. [...]

Desde los tiempos de El Cordobés no contemplábamos un caso, tan especialísimo, de histeria colectiva. Y ese mérito no se lo puede quitar nadie a Rafael de Paula. Y nadie, absolutamente nadie, le puede negar al singular torero jerezano su permanencia en el tiempo sin haber cortado una sola oreja en Madrid después de veintisiete años de matador de toros. Las cosas no se producen por casualidad. Rafael no se ha montado ninguna campaña especial de publicidad. No jalea sus salidas en hombros por las puertas grandes de las principales plazas porque no las atraviesa como no sea de espectador. Sin embargo, cuando compone la postura para citar, ya hay un run-run, una expectación, que nos asombra. Todos pendientes de si coincide la velocidad del toro con el movimiento del capote del torero, que erige la figura, para acompañar el viaje del animal. [...]

Lo verdaderamente importante estuvo en el quite al tercero de la tarde. El toro era de Ortega Cano. El de Jerez de la Frontera se separó del animal. Le anduvo despacioso, cruzándose, buscando el pitón contrario, y allí esperó —como debe ser— la arrancada de la res con la planta quieta y el capote adelantado, para traérselo con cadencia en tres lances de figura erguida, que arrancaron las mejores y más merecidas ovaciones de la tarde. El gitano, astuto, montera en mano, fue rápidamente a vendérselo al sector de aficionados más «intransigentes»; ya eran suyos a partir de ese momento.

### **El frenesí**

Luego vendría la faena del entusiasmo, que abrió con unos ayudados por alto sin acoplamiento. Le salió hermoso uno de la firma. Y a continuación toda una sucesión de posturas. El cuerpo del torero se cimbreaba. Sacaba el pecho, el muleta alta, el mentón, eso sí, en su sitio, hundido en el pecho, que salía hacia afuera, como el de los pichones, para instrumentar una suerte, separarse, volverse a colocar y hacer los mismo un y otra vez. En esta ocasión no hubo enganchones. La buena clase del urquijo-murube de Martínez Benavides le permitió vivir su sueño dorado de poder hacer en Madrid lo que tanto se le ha jaleado en su maravilloso rincón andaluz. Y después de hartarse de instrumentar pases de espejo, sin relación los unos con los otros, porque no sabe ligar, se echó la muleta a la izquierda para torear con entrega en los cites, más sin enlazar las suertes, el «unipase». Daba igual. Los oles se producían antes de que se consumaran las suertes. Bastaba con ver al torero compuesto y dispuesto, ¡casi un milagro! Cómo sería la cosa, que el bueno de Rafael se mareó al rematar un muletazo.

Se tuvo que retirar a la barrera a que le atendieran. Y como borracho anduvo por la raya... de picar, tratando de matar al toro. Primero de un

pinchazo, luego de una pescuecera, después de no sé cuántos descabellos, ¿tal vez nueve?, mientras caían los avisos. Los «ogros de Madrid», tatá-tatá, tatá-tatá, dale a las palmas por bulerías... de las Ventas. Gritos de ¡torero!, ¡torero! [...] En esto va el toro y dobla antes de sonar el tercer aviso. Y va el Paula y se sienta encima del cadáver de su enemigo. ¡Dios mío! Nos frotamos los ojos cuando se renuevan los gritos de ¡torero!, ¡torero! A continuación, Paula, como flotando, acaricia el cuerpo sin vida del bravo animal de Benavides. Seguidamente suma con generosidad su aplauso al del público en el arrastre. Y ya con el éxito en el bote, pese a «todo» lo que había sucedido allí, da la vuelta al ruedo en medio de un clamor casi general. Si un día España se acostó monárquica para amanecer republicana, la «plaza de Madrid», que veinticuatro horas antes había visto cómo se torea con la mano baja a un toro con agallas, se había convertido a un paulismo de «tablao» que, ahora, el Tito de San Bernardo debe aprovechar al máximo y explotar la próxima temporada, poniendo en el dinero que merece a un torero que es capaz de formar la que ha formado en Madrid con estilo que a mí me parece afectado, muy lejos de la naturalidad y del verdadero arte de torear, pero que merece el máximo de los respetos, si con él las masas vibran y se hacen la ilusión de que el toreo consiste en torear los toros arrancados, acompañándoles el viaje.

[...] Yo no había visto en mi vida, en las casi cuatro mil corridas que he presenciado, una respuesta semejante a una actuación que concluyó en avisos y puñaladas, pero, a pesar de ello, con un triunfo tan evidente como alucinante, de un torero que cruza los ruedos a almohadillazos las pocas tardes que torea, y ayer, en pleno triunfo de despedida, pretendía marcharse humildemente por el callejón. [...]

#### **No existieron**

[...]La tarde fue de Paula. Toda suya. Y sirvió para descubrir a los que «defienden» la personalidad de la plaza de Madrid, imitando malamente a la cuna del toreo con unas palmas por bulerías que ni son de aquí ni le van al estilo, al viejo y serio estilo de una plaza convertida en un inmenso y turístico «tablao» flamenco.<sup>1152</sup>

Resulta cuando menos curioso ver a Vicente Zabala tan alejado de esa sensibilización colectiva que produjo la actuación del torero gitano cuando en otros momentos, como se verá más abajo, supo sentir esa «música callada» que sólo algunos diestros saben crear. Cabe recordar que Rafael de Paula era un torero que no se prodigaba mucho y rara era la temporada en que superaba la veintena de festejos toreados. Reconocido artista, sus seguidores se contabilizaban por miles porque en su concepción taurina había algo diferente, algo que enganchaba, su estética, su cadencia, su expresión corporal... Y si bien es cierto que los triunfos de su carrera fueron muy escasos y que la mayoría de sus actuaciones acababan en la más absoluta indiferencia

---

<sup>1152</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «La Monumental de las Ventas era un inmenso tablao flamenco...». *ABC*, Madrid, 29 de septiembre de 1987, p. 85.

cuando no en sonoras broncas, las pocas tardes en las que pudo mostrar todo su arte han quedado marcadas en el recuerdo de sus ilusionados partidarios y han contribuido a su consagración como mito.

Torero cargado de miedos, necesitaba por un lado de un toro que le ofreciera todas las garantías posibles para poder confiarse, y sobre todo necesitaba de inspiración, esa inspiración que tan pocas veces llegaba pero que cuando se hacía presente le permitía desarrollar esa personalidad artística inigualable. Una personalidad que enganchó, como a José Bergamín, a decenas de miles de aficionados de toda España y que mantuvieron la idea de su arte mientras se mantuvo en activo hasta la primera década del siglo XXI. Para muchos Rafael de Paula fue un torero de referencia, pero sobre todo fue un torero de culto, incomparable, de otro «mundo». Ni mejor ni peor, simplemente otra cosa. Nada ni nadie como él.

Toreo de chispazos, de genialidades más que de faenas macizas al uso, atesoraba una curiosa —sublime sería la palabra que mejor lo definiría— forma de interpretar las suertes que las convertían en algo único; un barroquismo preciosista que marcaba la diferencia con respecto al resto de la torería andante. Rafael de Paula no era por tanto una novedad en Madrid y su propuesta taurina era de sobra conocida por el cronista. Y sin embargo, Vicente Zabala cita y recita las «alevasas puñaladas» con las que terminó con el toro, reduciendo prácticamente todo sólo a eso, simplemente a eso.

Se recrea en la censura; recuerda sus poquitos triunfos —De Paula no atraviesa las puertas grandes «como no sea de espectador», escribe—; e intenta hacer la comparación con el resto de los toreros, entendiendo que su capacidad lidiadora está muy lejos de aquellos, incapaz Zabala de entender esa «música callada» del torero gitano. Como si no fuera un aficionado a los toros sino un mero espectador, un observador objetivo. Como si un profano en la Pintura determinara que el «Gernica» es una sucesión de dibujos infantilizados superpuestos sobre un mural y que el arte auténtico, y sólo ése, es el de Caravaggio en su «Vocación de San Mateo».

Así, De Paula supo vender esa mentira conceptual a la mayoría de la plaza de Las Ventas. Donde Joaquín Vidal —y la mayoría del público presente ese día<sup>1153</sup>— había sido testigo de una faena en la que las suertes «no surgían de los propios cánones

---

<sup>1153</sup> En entrevista personal mantenida con el aficionado donostiarra Miguel Machimbarrena en el año 1997, diez años después de la famosa corrida, pudimos comprobar cómo todo lo experimentado por él coincidía con lo expresado con Joaquín Vidal.

de la tauromaquia sino de otro orden, desconocido», el cronista de *ABC* lo reducía a una «sucesión de posturas», a una colección de «pases de espejo» que, fuera de ese barroquismo interpretativo, poco tenían que ver con el toreo auténtico, porque, para Zabala, ni siquiera sabe «ligar» los muletazos y su toreo es «afectado, muy lejos de la naturalidad y del verdadero arte de torear».

Y cuando De Paula se retira a la barrera aturdido, vacío del esfuerzo físico y mental que ha realizado, igual que cualquier artista que ha descargado toda su inspiración en un instante de creatividad agotadora, Zabala sólo ve a un hombre como borracho o, incluso, drogado —«y como borracho anduvo por la raya... de picar», escribe metafóricamente comparando la raya que marca la circunferencia para los picadores a una raya de cocaína o cualquier otra sustancia— que, además, tiene la osadía de sentarse encima del cadáver del toro. El romanticismo ascético de ese momento —«debía de estar en otro mundo [...] flotando en la lejana galaxia», escribe Vidal— en el que el diestro, vacío y agotado, se sienta sobre la piedra que le ha permitido cincelar su obra, y la acaricia en profunda reflexión interior, es para Zabala una tomadura de pelo vendida por el torero y comprada por los incautos, e ignorantes, aficionados madrileños que ese día han convertido la plaza de Las Ventas en un «inmenso y “turístico” tablao flamenco».

Observamos por tanto como Vicente Zabala ha sido incapaz de sumergirse en ese momento de inspiración que pasará a la historia de la Tauromaquia y de la plaza de toros de Las Ventas, porque sus ojos sólo han visto la imperfección de una faena medida con los parámetros habituales, mientras que Joaquín Vidal, por su parte, no nos está hablando de perfección conceptual, sino de belleza artística, y de la sensibilidad que hay que poseer para poder admirar el Arte con mayúsculas.

Evidentemente, esta crónica confirma la separación cada vez mayor de Vicente Zabala de las posiciones primigenias del esencialismo que tanto defendió. Y no porque la faena del torero gitano tuviera que ser forzosamente y en su totalidad de su agrado, sino por esa posición de antemano en contra del ambiente de la plaza. Algo que se puede ver en el cuestionamiento continuado de esa parte del público radicalizado de la plaza de Madrid, al que considera «un sector bullanguero, la mayoría formados en cursos de formación acelerada (léase coloquios de discoteca)». La clave puede estar en ese enfrentamiento creciente con ese público al que él años atrás tanto defendió y que

parte, a su vez, de su enfrentamiento con Alfonso Navalón en la segunda mitad de los años setenta que les llevó a los tribunales<sup>1154</sup>.

Zabala deja por tanto de identificarse con ese público esencialista radical y ese público se aleja y empieza a rechazar su prosa. Navalón cuestiona su honradez profesional y los aficionados radicales abrazan el planteamiento del cronista de *Pueblo*, dejando de ser el cronista de *ABC* un referente para convertirse en un enemigo a batir. Además, su integración en la organización de la tradicional Corrida de la Prensa en los últimos años de la década de los años setenta, le provoca tensiones con ese sector de la plaza que muchas veces no entiende ni acepta la buena voluntad y el buen trabajo desarrollado por el cronista y su equipo. A partir de ahí, Vicente Zabala empezará a mostrar su rechazo hacia el comportamiento radical de ese sector, lo que le llevará a posicionarse muchas veces en contra de su actitud y a reaccionar casi de antemano simplemente por llevarles la contraria. Y esto es posiblemente lo que pasó este día en el que Rafael de Paula destapó su particular «frasco de esencias» en Madrid.

Esto podría confirmarse porque no podemos olvidar que el propio Vicente Zabala escribió en el año 1973 una fantástica crónica<sup>1155</sup> sobre Curro Romero, un torero de corte similar al jerezano, después de una apoteósica faena en la plaza de toros de Granada en la que el diestro ofreció su mejor versión y «se pararon todos los relojes...», según el propio Zabala, que ratifica, además, al afirmar que «todo fue una bellísima obra de arte».

Seguramente la faena de Curro Romero tenga poco de comparación con la de Rafael de Paula; pero es fácil que aquella en conjunto tuviera muchas imperfecciones —además, como el propio cronista reconoce, el toro era un «minicuatreño de monísima cabeza»—lo mismo que la de De Paula sumara cosas realmente importantes además ante un toro cuajado y serio. Lo que no se puede comparar, sin duda, es la actitud de Vicente Zabala en uno y otro momento. En Granada en 1973 Vicente Zabala se deja llevar, está sumergido en una tarde de toros normal de una feria de segunda; en Madrid, sin embargo, le incomoda la actitud de esa parte del público que, según él, se las da de entendido, y ese rechazo de antemano sea lo que posiblemente le impide esa inmersión sensorial que experimenta la mayoría de los asistentes y el propio Joaquín Vidal.

---

<sup>1154</sup> A partir del año 1979 se produce un enfrentamiento entre Alfonso Navalón y Vicente Zabala que terminó en los tribunales. La amistad y el respeto mantenidos durante tantos años llegaba a su fin definitivo.

<sup>1155</sup> ZABALA PORTOLÉS, V. «Y se pararon todos los relojes...». *ABC*, Madrid, 23 de junio de 1973, p. 95.

### 6.3. Tercera etapa. Plenitud (1989-2002).

Durante la década de los años ochenta la Fiesta habrá adquirido cierta inercia positiva gracias, entre otras cosas, al trabajo llevado a cabo por el empresario vasco Manolo Chopera al frente de la plaza de toros de Las Ventas de Madrid. Los años noventa serán los del boom del espectáculo. Nunca antes los toros habían estado tan de moda ni habrán congregado a tanta gente como en los años de esta década. De norte a sur las plazas de toros se llenan, surgen un montón de nuevas promesas, de nuevos valores, que encandilan a los públicos y estos acuden masivamente al reclamo. Los festejos se multiplican temporada a temporada.

España empieza a creerse que es un país democrático, y sólo el terrorismo de ETA perturba la convivencia. Ir a los toros está, como la Fiesta, de moda, y la gente saca abonos y llena los tendidos de las plazas de manera abrumadora. Pero ese aumento de público no quiere decir que aumenten los aficionados, más bien al contrario, se trata de un público ocasional, que acude a los cosos llevado por la inercia que marcan las modas.

Abierto el mercado audiovisual a las empresas privadas, éstas creen ver un filón en la Fiesta y se lanzan a la retransmisión indiscriminada de festejos de todo tipo y clase, dejando de lado disquisiciones y planteamientos relativos a calidad y ética, tan delicados y necesarios en un espectáculo tan controvertido. Empiezan los años del «todo vale» si atrae audiencia, y la Fiesta pagará con creces su sobre exposición mediática.

La Corriente Crítica Esencialista sumará dos nuevos nombres a su plantel de escritores. El donostiarra Paco Apaolaza lo hará a través del diario *Ya* y del mismo modo Javier Villán será, a partir de 1990, el crítico taurino del nuevo diario *El Mundo*. Con ellos, la práctica totalidad de diarios relevantes del país contarán con algún cronista esencialista entre sus plantillas. La crítica esencialista entrará en unos años de plenitud que llenarán casi por completo la década de los noventa. El trío Vidal-Villán-Apaolaza será el de mayor calidad literaria e intelectual y marcará el nuevo periodo de la crítica taurina esencialista. Esta tercera etapa se cierra en el año 2002, año en el que se produce el fallecimiento de Joaquín Vidal. Unos años antes, en 1997, lo habrá hecho Paco Apaolaza.



### 6.3.1. La Fiesta está de moda; el esencialismo, también.

La década de los años noventa del siglo XX está marcada por el incremento imparable de espectáculos taurinos en cada temporada. Las plazas de toros de primera y segunda categoría alargan sus abonos, incluyen novilladas, festejos de rejones, festejos mixtos; las de tercera, tradicionales bastiones para las novilladas y festejos de promoción, se lanzan también a la organización de festejos mayores. La bonanza económica será uno de los factores claves, pero no el único, para el gran desarrollo del espectáculo. La Fiesta se convierte, aparentemente, en un negocio apetecible para decenas de empresarios advenedizos, normalmente nacidos del boom de la construcción que se experimenta en España en esos años, que se lanzan a comprar ganaderías de bravo y a pujar por la gestión de los distintos cosos, relevantes o no, del país.

Como ratifica la profesora María Verónica de Haro San Mateo, «A comienzos de los noventa, la Fiesta gozaba de gran popularidad. La imagen social de la tauromaquia se había revalorizado en la década precedente gracias a su regeneración y al aval de la Movida, pero también por la visibilidad que le había conferido Televisión Española, que contribuyó a proyectar y ensanchar su aceptación como espectáculo de masas»<sup>1156</sup>. Así, en el plano estructural, la Fiesta sufrirá por tanto un claro proceso de ‘madrileñización’. La plaza de toros de Las Ventas marca el pulso de la Fiesta y, como se afirmaba en el apartado anterior, los veterinarios, fundamentales allí, garantes de la seriedad de las reses a lidiarse cada tarde, serán los protagonistas indiscutibles de cada feria relevante. De manera casi sistemática, a modo de lo que empieza a ser costumbre en Las Ventas, serán rechazadas corridas completas, o parte de ellas, por no reunir las características zootécnicas exigidas por los distintos equipos veterinarios de las diferentes plazas en función de las categorías de éstas. Muchos carteles se modificarán pocas horas antes del inicio del festejo, cambiándose la ganadería anunciada, y en no pocas ocasiones, esos cambios de reses provocarán la caída del cartel de los matadores contratados.

De la recuperación del espectáculo que trae la era Choperera se aprovecharán los sucesivos empresarios que accedan a la explotación del coso venteño, particularmente los hermanos Lozano, encargados de gestionar la madrileña plaza de Las Ventas entre

---

<sup>1156</sup> DE HARO DE SAN MATEO, M. V. «Retransmisiones taurinas en Telecinco y Antena3 (1990-2010)». *Estudios sobre el Mensaje Periodístico* 26 (2). Ediciones Complutense. Universidad Complutense de Madrid, 2020, p. 504.

1990 y 2004, que seguirán la línea marcada por su predecesor con muy pocas variaciones hasta los primeros años del nuevo siglo. Sin embargo, esa seguridad proporcionada por la masiva afluencia de gente a la plaza durante la feria de San Isidro independientemente de la calidad de los carteles, les llevará a exprimir al máximo el negocio y, como señala el periodista y escritor anteriormente citado Carlos Abella, entre los años 2001 y 2004 se podrá apreciar una bajada notable en la calidad de los festejos: «la teoría de los Lozano de “abrir los carteles”<sup>1157</sup>, dieron como resultado un cierto empobrecimiento de los llamados “redondos” y menor presupuesto por corrida»<sup>1158</sup>.

Se afirmaba en un apartado previo que a partir del año 1981, coincidiendo por tanto con la entrada de la casa Chopera en Madrid, se empieza a experimentar un crecimiento imparable de los festejos taurinos a nivel nacional, más acusado en las corridas de toros que en los festejos menores, pero exponencial temporada tras temporada. Un crecimiento acorde a las mejoras en el nivel de vida de la sociedad española que en la década de los noventa se mantiene de manera regular. Así, entre los años 1994 y 1996<sup>1159</sup> se superan las setecientas corridas de toros, cifra que pulverizaba el anterior record del año 1974, en el que se celebraron un total de 678 festejos mayores, llegándose incluso en el año 1995 a celebrar 803 corridas. El final de la década, en esa progresión ascendente, alcanzará un nuevo record, el producido en el año 1998, en el que las corridas suman 958. Este crecimiento paulatino, con pequeños altibajos, alcanzará su cénit en el año 2007, año en el que se habrán celebrado 1.010 corridas de toros, cifra estratosférica si tenemos en cuenta que en el año 1981 ese tipo de festejos se situaron en los 390<sup>1160</sup>. En poco más de veinticinco años, las corridas de toros casi se habrán triplicado.

De la progresiva aceptación y proyección social que habrán adquirido los toros desde la «era Chopera» tenemos un ejemplo claro en Guipúzcoa. Así, en el año 1992 se

---

<sup>1157</sup> La expresión «abrir los carteles» hace referencia a la posibilidad de introducir en el cartel de una tarde de toros relevante a jóvenes promesas, normalmente desconocidos para el gran público, con el objeto de refrescar y ofrecer novedades que puedan sorprender a las personas que se acercan a la plaza, así como servir de oportunidad a esos nuevos toreros necesitados de contratos. Sin embargo, el resultado objetivo de «abrir los carteles» es el abaratamiento de los mismos a la hora de la contratación, ya supone un gran ahorro para el empresario. A plaza llena, no es el mismo beneficio contratar a tres toreros consagrados o importantes que a dos y a uno nuevo, incluso a una figura y dos nuevos. Los hermanos Lozano, sabedores de los ingresos asegurados por esos llenos continuados que se producían tarde tras tarde, optaron por esa fórmula de manera compulsiva.

<sup>1158</sup> ABELLA MARTÍN, C. «Historia de la plaza de toros de Las Ventas: de 1980 a 2005». En ABELLA MARTÍN, C. (Coord.). *Las Ventas, 75 años de Historia. Op. Cit.*, p. 106

<sup>1159</sup> El trienio 1994, 1995 y 1996 está marcado por la presencia en los ruedos del torero Jesús Janeiro Bazán, *Jesulín de Ubrique*. Sólo él habrá participado en esos años en un total de 153, 161 y 121 corridas de toros respectivamente, batiendo todos los records existentes hasta ese momento.

<sup>1160</sup> Véase *Aplausos*. «Los toros en el siglo XX en España». Valencia, edita Salvador Pascual Benet, 20 de noviembre de 2000, nº 1208. p. 20.

producirá el primer lleno absoluto en la modesta plaza de toros de Tolosa, que desde su inauguración en el año 1903 no habrá agotado el papel en ninguna de las funciones taurinas formales que en ella se habrán dado y será el domingo 28 de junio de ese año cuando se cuelgue por primera vez<sup>1161</sup> el «no hay billetes».

La Fiesta, como se afirma, crece, y si en lo estrictamente taurino lo hace siguiendo en muchos aspectos el modelo madrileño —a partir de la década de los noventa se produce un incremento progresivo a nivel nacional del trapío de los toros que se lidian, a modo de lo ocurrido en Madrid—, en el modelo organizativo y de negocio ese crecimiento es absolutamente descontrolado. No hay un criterio definido para la organización de festejos, sólo una posible rentabilidad económica. Las cadenas de televisión privadas advierten un posible nicho de negocio y se lanzan sin escrúpulos ni planteamientos éticos de ningún tipo a la conquista de ese mercado.

La Corriente Crítica Esencialista, a partir del año 1990, se sitúa en su momento más importante. A Joaquín Vidal, en *El País*, se le suman las voces de Javier Villán, en *El Mundo* y Paco Apaolaza en el diario *Ya*. De esta manera, el esencialismo en prensa cuenta con escritores que le dan un aire más intelectual y relevante. Entre los tres forman el trío definitivo de la crítica esencialista. Reman en la misma dirección, sus discursos ofrecen la misma perspectiva crítica, basada en los valores fundamentales del discurso esencialista: la importancia del toro y de un canon artístico concreto, y huyen de la polémica, dejando atrás el estilo combativo y provocador de Alfonso Navalón. A diferencia de lo ocurrido con Vicente Zabala y Alfonso Navalón, la relación y los vínculos entre estos tres cronistas, además, se fortalece, convirtiéndose en amistad, siendo normal sus encuentros cuando coinciden en las ferias más importantes de la temporada.

En este sentido, y a pesar de la presión a la que en determinados momentos fueron sometidos los distintos medios de comunicación, cabe destacar la apuesta de las grandes cabeceras por cronistas taurinos con esta perspectiva de entendimiento del espectáculo. De hecho, el diario *El Mundo*, en un primer momento, cuenta entre sus filas con Carlos Ruiz-Villasuso, cronista taurino totalmente alejado de este tipo de planteamientos esencialistas radicales. Sin embargo, a los pocos meses, su firma deja de

---

<sup>1161</sup> En la plaza de toros de Tolosa, Guipúzcoa, el domingo día 28 de junio de 1992 se lidiaron toros de la ganadería de José Luis Marca por los diestros Paco Ojeda, Juan Antonio Ruiz, *Espartaco*, y César Rincón. Será la primera vez que en la historia de la plaza de Tolosa se cuelgue el cartel de «no hay billetes» en un festejo mayor.

aparecer, habiendo sido sustituida por la de Javier Villán, que mantendrá tribuna en el diario hasta 2012

Cada uno con su estilo, circulando entre la ironía y el sarcasmo de Joaquín Vidal, hasta la sobriedad de Javier Villán pasando por el surrealismo de Paco Apaolaza, crean y sobre todo contribuyen a crear un estado de opinión sobre los toros y la Tauromaquia que es muy aplaudido y aceptado desde amplios sectores de aficionados. Las crónicas, a pesar de la dureza con que en ocasiones manifiestan la crítica, adquieren notables tintes literarios que las alejan del encasillamiento castizo inherente al propio género. El mensaje es claro: la Fiesta es culta, y para perpetuar su futuro y conservar la grandeza que le corresponde debe ser de verdad, y la verdad sólo está en el valor del diestro ante el toro íntegro. Lo demás, los amaños, el afeitado, el descastamiento de ciertas ganaderías, etc., son zarandajas que la degradan y sitúan en un plano inferior que por tradición no la corresponde.

Las décadas de los años noventa y dos mil estarán marcadas, además, por varios fenómenos taurinos de gran relevancia, que serán vividos en primera persona por los tres cronistas, siendo partícipes de su transmisión. La irrupción de nuevos valores que desde su etapa de novilleros encandilan a la afición, la revelación de César Rincón, la gran faena de Julio Aparicio en Madrid, el desiderátum que provoca Jesulín de Ubrique, o la aparición de José Tomás, entre otros muchos, serán los alicientes que situarán a la Fiesta en un plano sólo comparable al de épocas anteriores a la Guerra Civil.

### **6.3.1.1. La televisión y los toros. La sobre exposición de la Fiesta.**

El estudio y análisis de la retransmisión de festejos taurinos a través de la pequeña pantalla, si bien es cierto que hasta hace poco tiempo apenas tenía relevancia, ha experimentado un interesante impulso en los últimos años. Abordar, aunque sea de manera somera, este tipo de programación, concretamente la que tiene lugar en la década de los años noventa del siglo XX, nos obliga tomar como base argumental los importantes estudios llevados a cabo por la profesora María Verónica de Haro de San Mateo, particularmente el desarrollado y publicado en 2020 que, bajo el título «Retransmisiones taurinas en Telecinco y Antena3 (1990-2010)», fue englobado en la revista *Estudios sobre el Mensaje Periodístico* 26 (2) de la Universidad Complutense de Madrid. El exhaustivo trabajo de De Haro de San Mateo permite profundizar en la realidad del fenómeno como ningún otro estudio y, particularmente, analizar las

consecuencias de ese curioso proceso que se produjo en la década de los noventa del pasado siglo. Tampoco podemos obviar otras relevantes opiniones sobre este tema como las de las de María Paloma de la Fuente Estremad (2000), y por supuesto las de algunos de los escritores esencialistas como Javier Villán (1994), Joaquín Vidal (1994) o Vicente Zabala (1994), habida cuenta que el objetivo de este breve análisis no es sino dar cuenta del fenómeno de la multiplicación de las retransmisiones taurinas así como de las posibles consecuencias que para estos autores acarrea sobre el conjunto de la Fiesta tal sobre exposición.

En la década de los años noventa del siglo XX se produce un nuevo fenómeno comunicativo y social desconocido hasta ese momento en España como es la irrupción de las cadenas de televisión privadas. La primera en llegar fue Antena 3, del grupo Atresmedia, canal de emisiones en abierto que empezará a emitir con regularidad a partir de enero de 1990. Muy poco después será Telecinco, también en abierto perteneciente al grupo Mediaset España Comunicación, que lo hará en marzo de 1990. A ambas se sumará en septiembre de ese mismo año Canal+, con un doble formato, parte de la programación en abierto y la otra parte a través de un sistema de pago exclusivo para los abonados. Estas cadenas nuevas deciden en un momento determinado llevar los toros a sus programaciones, aspecto que merece una pequeña mención en este estudio por lo que supuso para la Fiesta la difusión de contenidos taurinos en un importante número en la década de los noventa.

El notable incremento en el número de festejos taurinos que, como se describía en el apartado anterior, se está produciendo temporada tras temporada así como la importante afluencia de público a los diferentes cosos y ferias invita a pensar que la Fiesta es un nicho de negocio rentable todavía sin explorar. De manera un tanto ingenua, las cadenas de televisión, incapaces de ver en ese momento las limitaciones de programar contenidos taurinos, convierten el número de espectadores en número de aficionados, pensando que el espectáculo está sustentado por una millonaria masa de gente interesada en el mismo dispuesta a consumir el producto —cualquier producto— por la pequeña pantalla. Los buenos datos de audiencia que, hasta ese momento, ofrecen las retransmisiones taurinas de Televisión Española ratificarían en cierto modo ese interés que existe en la sociedad por los festejos taurinos a lo que sumarían el interés mediático de varios de los matadores de toros del momento.

De una u otra forma, durante esta década de los años noventa los tres nuevos canales de televisión privados se lanzan a colocar en sus parrillas las retransmisiones de festejos taurinos. El primero de ellos en programar este tipo de retransmisiones será Canal +, que desde el año 1992, vía satélite y sólo para abonados, retransmitirá en su integridad la feria de San Isidro desde la madrileña plaza de toros de Las Ventas. Las retransmisiones de Canal + se convierten en un hito, primero por otorgar a los aficionados de toda España la posibilidad de contemplar en su integridad la feria taurina más importante del mucho —hasta ese momento los aficionados se conformaban con ver los dos o tres festejos que cada años retransmitía TVE desde Las Ventas, festejos que normalmente no eran los más relevantes de la feria—, y en segundo lugar porque incorporan a esas retransmisiones toda la tecnología que existe en el mundo audiovisual, consiguiendo una ejecución televisiva y documental de primer nivel.

Frente a este trabajo, serio y de muy buena factura, que otorga a Canal + un buen número de abonados, las otras dos televisiones privadas se lanzan a la conquista del mercado taurino. La fiesta de los toros está experimentando un boom desconocido. Como se afirmaba en la introducción de este punto, cada año se multiplican los festejos taurinos, las plazas se llenan, las ferias se alargan, la Fiesta, en cierto modo, se pone de moda. Como no podía ser de otra manera, surgen los «toreros mediáticos» que, al margen de su capacidad profesional en el ruedo, responden a la llamada del nuevo periodismo «del corazón», que contribuye inopinadamente a aumentar su fama, y en este sentido son tres los diestros que más encajan en ese maremágnum de intrigas, pasiones y celos que nutren la «prensa rosa». Miguel Báez, *Litri*, Manuel Díaz, *El Cordobés*, y Jesús Janeiro Bazán, *Jesulín de Ubrique*, son, por su pasado, por su carisma, por su forma de torear, pero sobre todo por ese perfecto encaje de su vida personal en la manera de tratar los contenidos en ese ámbito periodístico, piezas que se ajustan a la perfección en el nuevo e irreverente mundo informativo que avanza con paso firme en los años noventa.

El importante estudio llevado a cabo por la profesora María Verónica de Haro de San Mateo sobre las retransmisiones taurinas tanto en Telecinco como en Antena3 establece que entre los años 1990 y 2000 en España sumaron conjuntamente, bien en directo bien en diferido bien en formato de reemisión, más de doscientos festejos entre novillas, corridas de toros y corridas de rejones. Así, entre los años 1992 y 1998

Telecinco<sup>1162</sup> ofrece un total de 102 retransmisiones de contenido taurino, siendo el año 1994 con un total de 41 retransmisiones en el que se alcanza el mayor número. Por su parte, entre 1992 y 1997 Antena3<sup>1163</sup> llevará los toros a la pantalla en 114 ocasiones, y también será el año 1994 el más prolífico en este tipo de contenidos, con hasta 50 espectáculos difundidos, a los que hay que sumar los festejos programados por Televisión Española, Canal+ y por buena parte de los canales de televisión autonómicos como bien recoge el gran informe realizado por Israel Vicente<sup>1164</sup> para la revista *6TOROS6*.

A pesar de la fuerza de las cifras, las retransmisiones taurinas tanto de Antena3 como de Telecinco tienen un denominador común: la poca, o nula, calidad de la mayoría de los festejos que se ofrecen. Los derechos de imagen que por dejarse televisar empiezan a cobrar los toreros más importantes en las plazas de mayor relevancia se presentan como un obstáculo a la hora de contratar los festejos destinados a la parrilla televisiva, lo que invita a ambas cadenas en su pelea por la audiencia a lanzarse al mercado de las plazas de segunda y tercera categoría, lugares donde esos derechos son, lógicamente, inferiores pero también el espectáculo adolece de calidad. Plazas en las que las novilladas y corridas se desarrollan en un ambiente festivo, triunfalista, a veces de jolgorio, en las que el toro no tiene la seriedad suficiente y en las que las actuaciones de los diestros son jaleadas sin apenas criterios técnicos. Y si bien es cierto que en momentos muy puntuales las emisiones se realizan desde plazas con cierta relevancia como Logroño, Valladolid, Córdoba, incluso, Bilbao, el grueso se centra en ese tipo de cosas de menor categoría con una lista interminable en las que aparecen Fuengirola, Puerto Banús, Benidorm, Palma de Mallorca, Ciudad Real, San Sebastián de los Reyes, Almagro, Tarragona, Aranjuez, Antequera, Calatayud, Écija, Utrera, Melilla, Vinaroz, La Línea, Pozoblanco, Olivenza, Consuegra, Zafra, Frenegal de la Sierra, y un largo etcétera de plazas de segunda y tercera categoría que se convierten en el escenario favorito elegido por estas cadenas. Lejos de apostar por la emisión de menos festejos pero con algo más de calidad, optan por multiplicar las

---

<sup>1162</sup> DE HARO DE SAN MATEO, M. V. «Retransmisiones taurinas en Telecinco y Antena3 (1990-2010)». *Op. Cit.* pp. 499-500.

<sup>1163</sup> *Ibidem*, pp. 500-502.

<sup>1164</sup> A estos números, se suman las cerca de treinta retransmisiones anuales de Canal+ así como las casi cuarenta de Televisión Española, las más de cuarenta de Telemadrid, las cerca de cuarenta de Canal 9, y las más de cuarenta de Canal Sur, alcanzándose en un mismo año, 1994, alrededor de los 300 festejos taurinos por la pequeña pantalla. Cifra exorbitante que confirma la apuesta de las cadenas de televisión por la programación taurina. Véase VICENTE PAREJA, I. «A las cinco de la tarde toros en el salón». *6TOROS6*, Madrid, Genet, 22 de noviembre de 1994, nº 51, pp. 59-66.

emisiones obviando otro tipo de criterios. Como bien señala María Verónica de Haro de San Mateo, «Telecinco y Antena3 optaron mayoritariamente por una “temporada paralela», exclusivamente española, casi siempre alejada de los ciclos donde se libraba el auténtico liderazgo, y protagonizada por toreros más heterodoxos y/o afines al ruedo de la crónica social, tan sustancial en la parrilla de Telecinco»<sup>1165</sup>.

Esta fiesta del «todo vale» es la que se ofrece en abierto y es la que llega a todos los hogares españoles. Los buenos datos de audiencia ante la novedad producidos en los años 1993 a 1995 hacen pensar a los programadores que han encontrado un filón económico más para explotar. Sin embargo, ese público al parecer incondicional de la Fiesta empieza a dar la espalda a esa abrumadora y descontrolada exhibición de mediocridad taurina, a lo que se suma la dificultad de las productoras para encontrar anunciantes que financien el producto. Las presiones, chantajes y amenazas de grupos mal llamados «animalistas» coartan la libertad de las empresas para colocar su publicidad en los festejos taurinos televisados, lo que se convierte en el mayor hándicap de las cadenas para mantener en la parrilla a los toros. Este aspecto es reconocido en noviembre de 1994 por el director de las retransmisiones taurinas de Telecinco, Antonio Pozueco, al ser entrevistado en la revista taurina *6TOROS6*, «ni mucho menos, como empresa perdemos dinero. La audiencia va muy bien, pero la publicidad va mal. En España todavía existe un tabú con la publicidad y los toros, la gente no quiere anunciarse y los toros son caros»<sup>1166</sup>, afirma el directivo.

Así, entre los años 1996 y 1997 los festejos taurinos televisados habrán emprendido un descenso en picado que les llevará prácticamente a desaparecer tanto de Antena3 como de Telecinco. Por su parte, Televisión Española mantendrá su política de pocos festejos pero de cierta entidad y Canal + seguirá con sus cuidadas retransmisiones de la feria de San Isidro.

Y si el periodo reflejó un proceso de decadencia, más aún lo fueron las consecuencias que se proyectaron sobre el conjunto de la Fiesta. El espectáculo que se televisó durante todos estos años era, sin duda, la peor imagen que se podía ofrecer y era, por descontado, todo lo contrario por lo que se venía luchando desde las posiciones del esencialismo. El toreo ofrecía la imagen de ser algo festivalero, intrascendente,

---

<sup>1165</sup> DE HARO DE SAN MATEO, M. V. «Retransmisiones taurinas en Telecinco y Antena3 (1990-2010)». *Op. Cit.*, p. 504.

<sup>1166</sup> Véase VICENTE PAREJA, I. «A las cinco de la tarde toros en el salón». *Art. Cit.*, p. 63.



irrelevante, fuera de todo compromiso con la solemnidad histórica, y era, además, acompañado por un tipo de toro normalmente nefasto en su presentación, carente de un trapío mínimo, y muchas tardes bajo la sospecha del «afeitado». El coctel servido, a pesar de ser lo habitual de cada temporada en las plazas de menor categoría, sirvió de acicate para relanzar la protesta de los grupos contrarios a la Fiesta, la gasolina que prendió la mecha del barril de pólvora bien cargado que tenían todos estos colectivos.

Los programadores cada vez encuentran más dificultades para obtener ingresos publicitarios y, pese a unos datos de audiencia todavía razonables, las emisiones no son rentables. Tras ese *boom* de los años 1993 a 1997, las retransmisiones taurinas en las citadas cadenas prácticamente desaparecen, dejando un reguero de enfrentamientos, casi luchas intestinas, entre los distintos estamentos taurinos y un hartazgo entre el público general y los aficionados a los toros. En su reflexión final, rotunda es la conclusión que cierra el citado trabajo de la profesora María Verónica de Haro San Mateo sobre las consecuencias de tanto despropósito audiovisual:

[...] Pero es preciso hablar de impacto en un sentido más amplio. Unas funciones tan impredecibles en cuanto a su resultado, requerían de ciertas dosis de garantía para las partes implicadas. Por un lado, las cadenas privadas de televisión de ámbito estatal quisieron explotar el entretenimiento que comportaban las funciones taurinas para un público amplio, no necesariamente entendido. Y por otro, los profesionales del toro que entendieron el medio audiovisual como una oportunidad de proyección, condescendieron a su particular concepción del espectáculo, en muchos aspectos incompatible con la integridad de la liturgia del rito taurino. Así, la mayoría de las funciones taurinas emitidas por Telecinco y Antena3 durante la década de los noventa fueron organizadas expresamente para la televisión. Consagraron a unos «toreros mediáticos» que acabaron acusando los excesos de su exposición. Agravaron la histórica desunión de los estamentos taurinos con el conflicto de los derechos de imagen. Y proyectaron una visión distorsionada —nefasta en el medio plazo— de un espectáculo constantemente sometido al debate sobre su legitimidad. [...]<sup>1167</sup>

Las retransmisiones no fueron buenas para los toreros, ya que ofrecieron una imagen de ellos muchas veces bufonesca, nada que ver con la pretendida relevancia que acarrea el simple hecho de vestirse de luces. Tampoco fueron buenas para el entramado organizativo del espectáculo, que en líneas generales demostró su total y único interés por los ingresos económicos, dejando de lado cualquier disquisición sobre

---

<sup>1167</sup> DE HARO SAN MATEO, M. V. «Retransmisiones taurinas en Telecinco y Antena3 (1990-2010)». *Op. Cit.*, p. 504.

ética y compromiso históricos de un espectáculo con casi tres siglos de historia. Y por supuesto, tampoco fue buena para el conjunto de la Fiesta que había sido expuesta, mostrada, como algo chabacano, hasta soez, muchas veces irreverente, que no se correspondía en absoluto con el ideal esencialista de la fiesta de verdad, del toro íntegro y el toreo ajustado al canon.

Los escritores de la Corriente Crítica Esencialista no dudaron en criticar este desatino televisivo. Cualquier aficionado a los toros con un poco de cultura taurina conoce sobradamente el tipo de festejo que se ofrece habitualmente en las plazas de toros de categorías inferiores. Unos festejos que, como se afirmaba más arriba, se desarrollan en un clima desenfadado y festivo. Salvo algunas excepciones de plazas de segunda y de tercera en las que el toro tiene todo el protagonismo y las corridas allí adquieren el plus de seriedad, lo habitual en el conjunto de la geografía española es este otro tipo de festejos menos trascendentes. El esencialismo lo sabe, y es por eso que normalmente no acude a estos festejos que jalonan la temporada porque en ellos es difícil encontrar las referencias éticas de la fiesta de verdad. Y sin embargo, la televisión había puesto luz y taquígrafos a la fiesta oculta, a la más popular, la que muchas veces sirve de banco de pruebas para diestros emergentes o a aquellos más importantes que han perdido el sitio o no quieren perder el tren de la temporada, pero a su vez la menos ortodoxa en términos de ética. Una fiesta de consumo interno, necesaria, pero nunca promocionable ni vendible hacia el exterior, que enseñaba sin tapujos sus vergüenzas, o la vergüenza de su verdad, que poco, o nada, tenía que ver con el ideal de pureza e integridad que se proclamaba de las filas del esencialismo.

En el anuario taurino de 1994 publicado por la editorial Akal, Javier Villán rechaza este tipo de exposición de la Fiesta, pero se alegra de que, al menos, haya servido para enseñar a toda España que el fraude del «afeitado» mantiene total vigencia, quedando constatado en prácticamente todos los festejos televisados con la presencia de toros que ofrecían cornamentas propias de festivales o corridas de rejoneo en las que los astados saltan al ruedo reglamentariamente despuntados:

Pese al desmadre que ha supuesto el indiscriminado alud de festejos televisados: pese a que, en líneas generales, la exhibición de tantos toros basura y corridas impresentables ha puesto de relieve, con frecuencia, la parte más soez y cutre de la Fiesta, nunca le agradeceremos bastante a la competencia comercial entre los distintos canales su capacidad testimonial.

Las distintas cadenas de uso no restringido han prestado un servicio impagable a la Fiesta de los Toros. Han descubierto sus miserias, han puesto de relieve el fraude del afeitado. Y aunque no fuera esa su intención, bienvenido sea. Lejos de mi ingenuidad, por grande que ésta sea, pensar que televisar 164 festejos se han hecho con afán regenerador; pero el afán propagandista y sectario tiene, a veces, estos efectos benéficos. La célebre sentencia de que «vale más una imagen que mil palabras», cosa discutible, se cumple aquí con maravillosa exactitud. Ocasiones hubo en esta temporada gloriosa de la epifanía televisiva en que, mientras los comentaristas ignoraban o disimulaban con metáforas la cortedad de los cuernos, una primer plano mostraba la verdadera naturaleza del desmoche o la indigencia natural. Ante esta evidencia sobran comentarios y teóricos del esplendor de la actual de la Fiesta [...] <sup>1168</sup>.

En cualquier caso, esa exposición pública del «afeitado» daba luz al fraude, pero añadía un plus de indecoroso timo a los ya de por sí indecorosos festejos que lejos de proyectar una imagen atrayente de un espectáculo tan genuino, conseguía, por vía de la excesiva cantidad y por vía de la ínfima calidad, provocar un cada vez mayor rechazo que, para Villán, terminaría teniendo consecuencias irreparables como una deformación del gusto del público tras años viendo por la pequeña pantalla la cara más desagradable de la Fiesta:

[...] La insistencia en las retransmisiones acabará por vulgarizar de tal manera las corridas que, de no ponerse coto al desafuero, ocurrirán males irreparables.

Puede ocurrir que lo que es vicio y deformación se tome como virtud y modernidad. Y puede ocurrir que, de tanto abusar de festejos de ínfima calidad, el gusto del público quede atrofiado y deformado para siempre. No hay Fiesta Nacional, ni universal, que no acabe resintiéndose de una inflación provocada por la retransmisión simultánea de tres corridas, como ocurrió la temporada pasada. [...] <sup>1169</sup>

Y se apresura Villán a recomendar a los programadores de ambas cadena la fórmula adecuada para comunicar la Fiesta con la solvencia y honestidad que se merece. «Continencia y tino en la emisión, y elección selectiva de festejos es lo que cabría recomendar a los distintos canales televisivos» <sup>1170</sup>, apunta el cronista de *El Mundo*.

En la misma línea se habrá manifestado Joaquín Vidal, para quien este tipo de retransmisiones sólo pueden servir para crear entre la opinión pública una consideración negativa del espectáculo de los toros, ya que muestran la versión menos interesante de

---

<sup>1168</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «La televisión evidenció el desmoche». En VILLÁN ZAPATERO, J (Coord.) *Los toros. Afeitado para todos. Anuario 1994*. Madrid, Akal, 1994, p. 19.

<sup>1169</sup> *Ibidem*, p. 19.

<sup>1170</sup> *Ibidem*, p. 20.

la Fiesta, la que carece de criterios de seriedad necesarios y en la que los abusos y tropelías del entramado taurino quedan a la luz de todo el país. Los toros, así expuestos, lejos de servir de modelo vendible del espectáculo a los profanos y a las futuras generaciones, efectuaban el efecto contrario, el hastío y el rechazo que, en ese momento, era difícil de calcular sus negativas consecuencias en el medio plazo:

[...] Tanta corrida puede llegar a hartar. Y a la propia fiesta no le está ningún bien, pues lo que habitualmente aparece en la pantalla es una corrida de toros fraudulenta, donde salen las reses desmochadas e inválidas, irrumpen feroces picadores con todo su potencial guerrero para acabar de destruir lo que de hálito les queda a las pobres criaturas, a falta de otras gracias los toreros las merodean poniendo posturas aflamencadas y, mientras tanto, los comentaristas (no todos: algunos) pretenden justificar lo injustificable trapaleando delirantes ditirambos, como se les hubiera dado un ataque de épica triunfalista en la cabeza. Lo que después queda de estas retransmisiones, en fin, es una versión adulterada y caricaturesca de la lidia, y si los espectadores tienen sentido común —que lo tienen, y muy acentuado— deducen que la fiesta de toros es un espectáculo cruel, bochornoso y, además, bastante aburrido.

Información sobre la fiesta, en cambio —previo de los festejos más importantes, resultado de las corridas, crítica en su caso, el estado de la cuestión, con limpia verdad e imágenes indicativas—, que eso también interesa, y aún más, a los aficionados, no suelen ofrecerla las televisiones. Al parecer, les indispondría con los estamentos taurinos y sus personajes influyentes, y comprometería las retransmisiones. O sea, que han optado por la chapuza. La chapuza nacional una vez más.<sup>1171</sup>

La aficionada María Paloma de la Fuente Estremad<sup>1172</sup> obtuvo en el año 1996 el segundo premio del certamen *Premio Literario-Taurino Doctor Zúmel* con su artículo centrado, al igual que el del ganador, Juan Posada, en «La influencia de las transmisiones televisivas en la Fiesta Nacional». De idéntico modo a lo que habían expuesto Joaquín Vidal y Javier Villán, si algo quedaba demostrado con lo que se veía por la pantalla era la falta de decoro con el que se presentaban la práctica totalidad de las corridas, evidenciándose la vigencia total del fraude del «afeitado»:

[...] No descubro nada nuevo al afirmar lo que está al alcance de la vista de toros: las reses que se lidian en la mayoría de esos festejos están carentes del trapío propio de una corrida de toros y, con independencia de la generalizada falta de fuerza de la cabaña brava española, la manipulación

---

<sup>1171</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Toros hasta en la sopa». *El País*, Madrid, 20 de octubre de 1993, p. 51.

<sup>1172</sup> DE LA FUENTE ESTREMAD, M. P. «La influencia de las transmisiones televisivas en la Fiesta Nacional». En: *La Fiesta Nacional de toros. Recopilación de las obras ganadoras del premio literario taurino Doctor Zúmel, años 1994 a 1999*. Tomo II. Madrid, Cajamadrid, 2000, pp. 195-229.

descarada de las defensas es una constante, salvo en las corridas de ferias importantes. [...] <sup>1173</sup>

Evidentemente, para la escritora no existía ninguna duda sobre las consecuencias negativas que para la Fiesta estaba teniendo este tipo de programación, que quedaban clasificadas en distintos apartados, como la progresiva pérdida de interés que tan abrumadora cantidad de festejos llegaba a producir en los telespectadores poco iniciados o poco aficionados; la poca, o nula, categoría de los festejos que eran llevados a la pantalla, que «además de conseguir crear el hastío en los telespectadores, ha logrado que el aficionado se desentienda completamente de las retransmisiones taurinas, dada la carencia de categoría», mostrándose tajante al respecto al señalar que «salvo las retransmisiones que lleva a cabo Televisión Española y en contadísimas ocasiones algunos festejos de las otras cadenas —excepción hecha de Canal + por las circunstancias ya apuntadas—, el resto no merece la pena perder el tiempo en contemplar esos festejos».

De la Fuente Estremad también señala otros aspectos negativos, como la coincidencia en el día y hora de algunos de los festejos, llegándose «al absurdo más absoluto, como es el hecho de que coincidan en una misma fecha y hora dos retransmisiones de corridas, el despropósito es meridiano y carente de justificación»; también la comercialización desmedida por parte de las cadenas con el solo objetivo de ganar audiencia que reporte liderazgo e ingresos, o el abuso en forma de tomadura de pelo que significa ofrecer festejos en diferido sin haber llevado a cabo ningún aviso previo a los telespectadores. Todas estas cuestiones, resumen de una lista interminable, llevan a la autora a reflexionar sobre el daño de este tipo de programaciones y la falta de responsabilidad que debe aplicarse al entramado taurino. «A la vista de esta situación, llego a dudar si toreros, ganaderos y empresarios se han parado a pensar sobre los efectos negativos (que en estos momentos ya se pueden constatar y, lo que es peor, de cara al futuro de la Fiesta), que tiene tanta insistencia en poner el espectáculo taurino en la pequeña pantalla» <sup>1174</sup>, indica De la Fuente.

Hasta el director de la revista taurina *6TOROS6*, José Carlos Arévalo, paladín del entramado taurino, enfervorizado enemigo del esencialismo, se muestra contrario ante la proyección pública y masiva de festejos en los que el toro es prácticamente una

---

<sup>1173</sup> *Ibidem*, p. 214.

<sup>1174</sup> *Ibidem*, p. 217.

birria y el conjunto de la lidia se convierte en pantomima, desprendida del componente ético como condición indispensable para que la Fiesta tenga la pátina de grandeza mínima que le corresponde:

[...] El tinglado ético de la corrida se sostiene porque el toro, víctima propiciatoria, intercambia su rol con el torero, su matador, quien se convierte en receptor de toda su violencia. Pero cuando el toro no emite peligro, carece en absoluto de trapío, ha de ser perdonado en varas y rueda por los suelos desde su salida, la heroicidad da paso a la trampa y el armazón ético de la lidia se desmorona como un castillo de naipes.

Ese bochornoso espectáculo fue el que presenciaron los espectadores de Antena 3, entre los cuales suponemos que una gran mayoría no eran aficionados a la fiesta. Ahí radica el mal, ahí lo aciago [...] <sup>1175</sup>.

En cualquier caso, sirva este pequeño resumen para dejar constancia de lo ocurrido en la década de los años noventa del siglo XX. La televisión irrumpió en la Fiesta con una fuerza insospechada que, vista la opinión generalizada, consiguió poner de acuerdo a todo el mundo sobre la falta de oportunidad de semejante abuso y desbarajuste. El esencialismo veía como los principios por los que venía luchando desde lustros atrás eran pisoteados de manera inmisericorde.

### **6.3.3. Francisco Apaolaza Banastier**<sup>1176</sup>

Sirva para fundamentar la información de esta parte primera parte del estudio sobre la figura de Francisco Apaolaza el trabajo de investigación del autor de este mismo que, bajo el título *Perspectiva de la crónica taurina del último cuarto del siglo XX: de la crítica distante a la crítica esencialista. Fundamentos del canon esencialistas en Francisco Apaolaza Banastier*, fue presentado en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad del País Vasco en el año 2010.

Francisco Apaolaza Banastier, Paco Apaolaza, nació en la villa guipuzcoana de Tolosa el 6 de marzo de 1947. Su afición a la Tauromaquia le es inculcada por su padre, Francisco Apaolaza, con quien asiste desde niño a los diferentes festejos que se celebran en su villa natal, pero sobre todo, una vez trasladada la familia a San Sebastián, será en la plaza de toros de El Chofre donde Paco Apaolaza crezca y se desarrolle como

---

<sup>1175</sup> ARÉVALO DÍAZ DE QUIJANO, J. C. «El Bombero ganó a Espartaco y Romero». *6TOROS6*, Madrid, Abenamar, 26 de octubre de 1993, nº 27, p. 5.

<sup>1176</sup> Una parte de la información que se ofrece en este apartado está extraída del estudio que sobre Francisco Apaolaza fue presentado y defendido por Javier García Nieto en el año 2010, con el que, bajo la dirección del profesor César Coca, obtuvo el Diploma de Estudios Avanzados por la Universidad del País Vasco. GARCÍA NIETO, J. *Perspectiva de la crónica taurina del último cuarto del siglo XX: de la crítica distante a la crítica esencialista. Fundamentos del canon esencialistas en Francisco Apaolaza Banastier*. Bilbao, U.P.V./E.H.U., director César Coca, 2010.

aficionado. De esta plaza, derribada en el año 1974, guardará siempre grandes recuerdos y un poso de nostalgia recurrente que será origen de numerosos de sus artículos como el publicado en *El Diario Vasco* que, ante la inminente construcción de la nueva plaza de toros de San Sebastián y que Apaolaza no llegará a conocer, llevaba por título «Carta a “El Chofre”»: siete mil piedras en el corazón», y en cuyo arranque escribe:

Querido «Chofre»: Ya sé que no estás allí, donde siempre, mirándonos a todos con tu punto de altivez, tus dos torres gemelas flanqueando tu puerta principal y la cara de toro que advertía muchas cosas en su mirada a los que pasaban billete en mano. Ya... ya sé pero, qué quieres que te diga, cuando llegan estas fechas en las que tú, yo y miles más fuimos tan felices juntos, se me amontona desordenadamente la nostalgia en la cabeza y no puedo hacer otra cosa que pensar en ti, como lo hacen los donostiarras, y las siete mil piedras de arenisca, nunca las conté, me pesan, nos pesan en el corazón y no hay más remedio que aligerarlo. [...] <sup>1177</sup>

La carrera periodística de Paco Apaolaza está unida, sin duda, al periódico *El Diario Vasco* de Donosti/San Sebastián. Sin embargo, no fue el único medio en el que el cronista guipuzcoano escribió de toros. Sus inicios en el periodismo taurino se sitúan en el año 1967 como colaborador en *Radio Popular* de San Sebastián. En el año 1975 comienza a publicar sus crónicas en el periódico *La Voz de España*, que hasta ese año se abastecía en tema taurino por un lado de la agenciad de noticias Cifra, de las crónicas de un crítico taurino desconocido que firmaba como *J.J.* y en el ámbito local por la firma de Elizburu, así como de otras firmas <sup>1178</sup>. Sin embargo, las colaboraciones en este diario sólo se prolongarán hasta el año siguiente <sup>1179</sup>. En el año 1978 se incorpora al joven diario separatista *Egin* <sup>1180</sup>, fundado el año anterior, donde cubre los festejos que se celebran en diferentes localidades del País Vasco y será sustituido, al año siguiente, por el periodista Andrés Duque, que pasará años después a colaborar con el diario *El País*.

---

<sup>1177</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Carta a “El Chofre”»: siete mil piedras en el corazón». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, sin fecha localizada.

<sup>1178</sup> En el repaso de crónicas publicadas por el periódico se ha encontrado también las firmas de Francisco de Falces, y *Tararí*.

<sup>1179</sup> Aunque no es descartable que pudiera publicar en otros años, únicamente se han encontrado escritos con la firma de Paco Apaolaza en *La Voz de España* en los mencionados años 1975 y 1976 en ferias como la de la localidad guipuzcoana de Azpeitia.

<sup>1180</sup> Tampoco es descartable que pudiera publicar crónicas en este diario con anterioridad, si bien sólo se ha podido localizar su firma en el año 1978.

En la década de los años ochenta comienza la participación de Paco Apaolaza en la agencia de noticias Colpisa<sup>1181</sup>, participación que llegará hasta principios de los años noventa. En los años 1980 y 1981 se han encontrado algunas crónicas y textos de Paco Apaolaza en *El País*<sup>1182</sup>, que ofrece información resumida de festejos de plazas como Bilbao, Pamplona o Vitoria con la firma del cronista, que en ocasiones son comentarios que acompañan la firma de Joaquín Vidal y otros crónicas de festejos a los que el cronista titular, por algún motivo, no ha podido acudir.

También en los años ochenta, bien por medio de Colpisa bien como colaborador directo del diario, comenzará a publicar en *El Diario Vasco*, periódico que Apaolaza ya no abandonará. Si mientras estuvo en marcha la plaza de toros El Chofre el medio ofrecía una amplia información taurina de la feria donostiarra con crónicas que llevan la firma de Pepe Luis, cerrada ésta en 1973, los toros progresivamente hasta el año 1980 pierden presencia en las páginas del diario y no es fácil encontrar reseñas de festejos salvo las contadas excepciones de plazas como la de Azpeitia, Tolosa, Fuenterrabía o Eibar. En el año 1981 el medio sigue sin dar gran relevancia al tema taurino pero se nota un ligero incremento de esta tipo de información, que llega al periódico donostiarra por varias vías, a nivel estatal, principalmente las ferias de San Isidro de Madrid y de Pamplona, es de la agencia Efe, con pequeñas reseñas en la última página del diario, mientras que las crónicas de festejos de plazas de la geografía vasca, Azpeitia, Vitoria, Bilbao, etc., están firmadas por Txema Urcelay.

En 1982 Paco Apaolaza sustituye al citado Urcelay y en los sucesivos años su firma aparece en las crónicas de las ferias de Vitoria, Pamplona, Azpeitia y Bilbao entre otras, así como en festejos de plazas como las de Tolosa, Eibar o la francesa de Bayona. De manera esporádica, también se encuentran reseñas de la feria de San Isidro de Madrid con su firma en los años 1987 y 1988, breves textos que aparecen en la última

---

<sup>1181</sup> No se ha podido documentar con exactitud cuándo se produce la incorporación de Paco Apaolaza a Colpisa. Sin embargo, la coincidencia de sus crónicas en diarios tan dispares como *Diario 16*, *El País* o *El Diario Vasco* a partir de 1982 invita a pensar que su incorporación a dicha agencia se produce en esos primeros años ochenta, sin descartar la posibilidad que desde finales de los años setenta estuviera ya en ella.

<sup>1182</sup> Relación de crónicas y textos de Paco Apaolaza en *El País*. «Flojo comienzo», 17 agosto 1980; «¿Dónde está la emoción?», 19 agosto 1980; «Del sonrojo al peligro», 20 agosto 1980; «Otro torero, detenido en Bilao», 22 de agosto de 1980; «Sospecha de “afeitado” de ocho toros en la feria de Bilbao», 23 de agosto de 1980; «Final de temporada en Bayona», 9 de septiembre de 1980; «El Congreso Internacional Taurino propone la reforma del reglamento», 5 de octubre de 1980; «Invalida novillada de Ramón Sánchez en Bilbao», 12 de mayo de 1981; «Víctor Méndez cortó tres orejas en Pamplona», 9 de junio de 1981; «Lluvia de orejas», 6 de agosto de 1981; «Pero tíos, ¡qué más queréis?», 8 de agosto de 1981, «Detalles, sólo detalles», 9 de agosto de 1981, «De la corrida al corridón», 18 de agosto de 1981; «Sokamuturra: la pasión de participar», 19 de agosto de 1981; «Garaikoetxea, feliz en los toros», 21 de agosto de 1981; «Nervios y almohadillazos», 22 de agosto de 1981; y «La lección de Antoñete», 25 de agosto de 1981. Todos estos textos han sido consultados a través del motor de búsqueda digital del diario *El País* en el enlace [elpais.com/autor/paco-apaolaza/](http://elpais.com/autor/paco-apaolaza/).



página, bien porque el cronista se encuentre en la capital, bien porque el festejo en cuestión haya sido televisado y Apaolaza ofrezca la crónica desde San Sebastián.

Como se afirmaba, hasta ese momento, fuera de las plazas vascas *El Diario Vasco* no presta especial atención al resto de la temporada taurina española. Algo que cambia en el año 1989 al incrementarse notablemente esta tipo de información con crónicas de la mayoría de los festejos de la Feria de Abril de Sevilla, suministradas por la agencia Efe, y particularmente de la feria de San Isidro, otorgándole un espacio mayor, en ocasiones con fotografías, ya dentro de las páginas dedicadas a la cultura y espectáculos. Así, en ese año la crónicas de los festejos de Las Ventas están firmadas por el periodista Carlos Abella, de la agencia de noticias Colpisa, y algunas por el propio Paco Apaolaza, sin poder averiguar con exactitud si en ese momento el cronista tolosarra pertenece ya a la misma agencia que su colega o está enviado directamente por *El Diario Vasco*. A partir de la temporada de 1991 Apaolaza se ocupa de la totalidad de la información taurina del medio, una información que progresivamente se irá incrementando, añadiéndose al grupo de ferias desde el año 1993 la Feria de Fallas, de Valencia, o el año 1996 la feria de la localidad francesa de Mont de Marsan.

En el año 1987, y también hasta el final de su carrera, empezará a colaborar durante las fiestas de San Fermín en el *Diario de Navarra*, en una sección que llevará el nombre de «Diario de grada»; un comentario particular del festejo, normalmente extenso, publicado en varias columnas, y paralelo a la crónica que lleva el cronista tradicional del diario que firma como Emilio. Esta colaboración, circunscrita inicialmente al periodo sanferminero, se irá incrementando a partir de 1991, año en el que también cubrirá para este diario navarro las principales ferias taurinas de la temporada española. Será también en ese año 1991, el 29 de marzo y en la feria de Fallas de Valencia, cuando empieza su trabajo en el desaparecido diario *Ya*. El rotativo madrileño ofrecerá los textos, a veces en versión resumida otras de forma íntegra, que Paco Apaolaza escribe cada tarde de toros; pero será en las dos ferias más importantes de la plaza de toros de Las Ventas, San Isidro y Feria de Otoño, donde el periódico se vuelque con el espectáculo y nos permita encontrar los textos de Apaolaza en toda su dimensión. El artículo con el que Apaolaza cierra su colaboración en *Ya* está fechado el martes 11 de junio de 1996 y se trata de un resumen valorativo de la recién terminada feria de San Isidro de ese año. Pocos días después, el 14 de junio, sale a la calle el que será el último número del periódico.

Además de en los citados medios, las crónicas de Paco Apaolaza eran también publicadas por los diarios *Heraldo de Aragón* de Zaragoza y *Las Provincias* de Valencia.

Fuera del ámbito estrictamente taurino, desde el 29 de junio de 1996 y hasta el 18 de abril de 1998, pocos días antes de su fallecimiento, Paco Apaolaza también firmará cada sábado en la columna «Plaza de Gipuzkoa» que *El Diario Vasco* publica todos los días en la última página y que ese día de la semana desde la fecha indicada le había sido asignada al escritor. En ese pequeño espacio se podrán encontrar artículos y comentarios de temática costumbrista, marcados por el personal estilo del autor. Curiosamente, el último de ellos, «40 temporadas y un tambor»<sup>1183</sup>, está dedicado al torero Curro Romero, que había sido recientemente galardonado con la Medalla de Oro a las Bellas Artes.

Su fallecimiento se producirá el día 28 de abril de 1998 en Donostia. Apaolaza, ya enfermo, había decidido viajar hasta Sevilla para cubrir la Feria de Abril, y allí pudo desarrollar su labor de crítico hasta la cuarta corrida, celebrada el día 22 de abril, y cuya crónica fue publicada por los medios con los que colaboraba bajo el título «Roncando y sin manta»<sup>1184</sup>. Al día siguiente, el empeoramiento de su estado de salud obligó a su ingreso hospitalario y al posterior traslado a Donostia, donde finalmente falleció pocos días después.

En el ámbito estrictamente personal, se puede afirmar que Paco Apaolaza era una persona querida y admirada por un gran número de personas, tanto aficionados como gentes alejadas del mundo del toro. Su talante, templado, y su gran sentido del humor, enorme, contribuyeron a crear un mar de simpatías a su alrededor. Sólo así puede explicarse que en 1999, una año después de su fallecimiento, se formara en la capital guipuzcoana la Asociación Peña Taurina Paco Apaolaza, aún vigente y con gran actividad, y que en el año 2003 se propulsara, desde la propia asociación, el Premio Periodístico Taurino Paco Apaolaza/Fundación Cruz Campo, que contó entre sus miembros del jurado con conocidos personajes como la periodista Rosa Villacastín, el restaurador Juan María Arzak, el periodista José María de Juana, o el ex ganadero de reses bravas, ya fallecido, Jaime de Pablo Romero, y tuvo, entre otros ganadores, al

---

<sup>1183</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «40 temporadas y un tambor». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 18 de abril de 1998, p. 68.

<sup>1184</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Roncando y sin manta». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, de abril de 1998, p. 75.

presentador Carlos Herrera, al cronista taurino de *El País* Antonio Lorca, al escritor y cronista de *ABC* Andrés Amorós o la periodista Laura Tenorio.

En el año 1998, año en el que se inauguró la plaza de toros de Illumbe, el periódico *El Diario Vasco* instauró el premio DV Paco Apaolaza a la mejor ganadería de la feria taurina donostiarra, que en su primera edición fue otorgado a la de Victorino Martín. También, y gracias a su identificación con Navarra y con los diferentes festejos que allí se celebran, especialmente durante la Feria del Toro de San Fermín a la que era asiduo, y donde, además, tenía numerosos amigos, fue motivo para que la Universidad de Navarra le rindiera un homenaje en el año 2003 durante el desarrollo de los «IV Encuentros Taurinos» organizados por la entidad. En la memoria de actividades de los años 2002-2003 se recoge un pequeño resumen de lo que significó la figura de Paco Apaolaza:

El acto central de los IV Encuentros Taurinos fue el homenaje a título póstumo al periodista D. Francisco Apaolaza, quien dedicó toda su carrera profesional y personal al mundo taurino. Apaolaza vivió por y para EL TORO. Lo amaba, lo observaba y lo comprendió como pocos. Y ahí reside su pasión por la fiesta, que defendió honestamente contra viento y marea pese a las presiones. Luchó hasta el final por su integridad, y por una fiesta ética pese a «una pretendida evolución que no presentaba más que peligrosa decadencia».<sup>1185</sup>

Tristemente, Paco Apaolaza no dejó apenas obra literaria. En este sentido, un par de apuntes relevantes, como su aportación a la *Revista el Campo: boletín de información agraria* en el año 1992 con el artículo «Crítica taurina: castillos en el aire»<sup>1186</sup>, o el relato «De pana y penacho», que le hizo acreedor en el año 1996 del Primer Premio Hoteles Tryp al Cuento Taurino. En octubre del año 1993 fue galardonado con el premio «Alamar de Plata», concedido por la peña cultural madrileña El Alamar, por su trabajo periodístico durante la feria de San Isidro de ese año.

### **6.3.3.1. Los sitios de torear en una fiesta con dos caras**

La lectura detenida de las crónicas y textos de Paco Apaolaza permite extraer dos aspectos que deben considerarse como cables en su trayectoria periodística. Por un lado, la necesidad, casi obsesiva, del cronista por marcar, remarcar y defender la

---

<sup>1185</sup> Véase Universidad de Navarra. «Homenaje a Paco Apaolaza». Pamplona, Memoria de actividades culturales, sociales y deportivas 2002/2003, p.93.

<sup>1186</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Crítica taurina: castillos en el aire». *El Campo: boletín de información agraria*, (ejemplar dedicado al toro de lidia), Bilbao, Banco Bilbao Vizcaya Argentaria Servicios de Estudios, 1992, nº 125, pp. 71-74.

ortodoxia del arte de torear. Apaolaza es, por encima de sus compañeros de la Corriente Crítica Esencialista, el cronista que más predica el canon artístico esencial y, por ende, el que más denuncia su desvirtuación y su no desarrollo. Como se verá en el apartado correspondiente, ese canon artístico, perfectamente definido, perfectamente explicado, parte de una premisa fundamental, necesaria, insustituible como son las distintas colocaciones posibles del diestro para ejecutar y desarrollar las suertes, el lugar que Apaolaza define como «los sitios de torear».

Pero también, la evolución del cronista, la evolución de su pensamiento y de su discurso le llevará a establecer y a desarrollar reflexiones e ideas analíticas y críticas, siempre sugerentes, sobre el funcionamiento de la Fiesta, destacando una atractiva metáfora, con tintes literarios y suficientemente explicativa como es la comparación del funcionamiento de la Fiesta con las dos caras de la luna, la brillante, la que puede ver todo el mundo, la que está presente, frente a la otra cara, la oculta, la que nadie ve y en la que nadie quiere estar.

Para llevar a cabo esta parte del trabajo se han analizado un total de 507 crónicas y textos de Paco Apaolaza, publicados en *El Diario Vasco* entre los años 1991 y 1997. Por considerarse suficientemente demostrativos del conjunto de la temporada por la importancia que tienen en ella, estas crónicas pertenecen a las cinco ferias más importantes de la temporada: la Feria de Abril de Sevilla, la feria de San Isidro de Madrid, la feria de San Fermín de Pamplona, las Corridas Generales de Bilbao y la Feria de Otoño de Madrid. Si bien debe señalarse que en la temporada de 1991 el medio no da cobertura relevante a la Feria de Otoño de Madrid, y que en la temporada de 1997 el cronista no viaja a Sevilla y se limita a ofrecer las crónicas de los festejos que se ofrecen por televisión.

#### **6.3.3.1.a. La observación prudente de una fiesta con dos caras: las dos caras de la luna**

Se recogía en el estudio previo a este trabajo *Perspectiva de la crónica taurina del último cuarto del siglo XX: de la crítica distante a la crítica esencialista* (García Nieto, 2010), defendido por el mismo autor en el año 2010, que uno de los grandes problemas a los que tiene que enfrentarse la crónica taurina es su fundamentación en la percepción intuitiva del crítico, en esa conjunción entre conocimiento técnico, real, y emoción, convirtiéndose esta última en uno de los parámetros más difíciles de

determinar en tanto en cuanto no está sujeta a ningún tipo de reglas y depende exclusivamente de la sensibilidad del sujeto en cada momento. Cuando lo contemplado, se afirmaba, provoca emoción en el cronista, que es a la vez aficionado, todo resulta más fácil: el crítico siente emoción cuando el Arte, medido por el rasero de la técnica, se sitúa en algún punto dentro de los parámetros del canon admitido. La obra contemplada habrá alcanzado cierto grado de perfección, y únicamente el crítico tendrá que contarla.

Sin embargo, en numerosas ocasiones, el cronista, cansado tras la observación de todo un serial de varios días de toros, acuciado por las prisas del cierre de la edición del diario, etc., puede no ser partícipe de la emoción provocada por una obra que conmueve al resto del público, y un ejemplo claro en ese sentido lo veíamos en la interpretación que hacía Vicente Zabala de la faena de Rafael de Paula al toro de Martínez Benavides tratada en el apartado 6.2.3.3. *Rafael de Paula o la revolución artística ante el toro de Martínez Benavides*. Es ahí, en esa circunstancia, donde el cronista debe aplicar toda su capacidad intuitiva para ofrecer al lector la verdad de lo ocurrido, la magnitud real de la obra observada; es cuando el crítico no debe dejarse llevar, o sí, por ejemplo, por el acaloramiento de las masas, por la euforia colectiva que muchas veces responde a circunstancias inescrutables alejadas del propio contenido de la obra y debe mostrar toda su prudencia y sensatez en el análisis.

Como también se recogía en el trabajo antes citado, buena parte del trabajo del cronista, como bien afirma Javier Villán, se sustenta en que «el toreo entra por los sentidos y no por la inteligencia; es una memoria sensorial y no un discurso analítico, aunque sus reglas estén codificadas [...] Aunque la percepción de lo que pasa en el ruedo esté condicionada por una tradición reglamentada, su valoración es instantánea e instintiva»<sup>1187</sup>. De forma parecida, en su *Tauromaquia*, Gregorio Corrochano trata de explicar que el trabajo del crítico de toros se fundamenta en la verdad, en emitir los juicios a partir de la verdad evidente, no manipulada, y se permite aplicar el criterio de verdad de Descartes como la mejor fórmula para emitir dictámenes válidos:

Hay dos vicios en la búsqueda de la verdad: tomar por verdadero lo que no lo es, y negarse a aceptar la verdad de lo que es evidente. A lo primero se llama «precipitación», y a lo segundo, «prevención». La precipitación consiste en tomar por verdadera una idea confusa. La prevención, por el contrario, consistirá en negarse a aceptar una idea clara.

---

<sup>1187</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. *La crítica taurina. Antología. Op. Cit.*, p. 46.

La primera regla del método se divide en dos partes: en la primera se establece que la evidencia es el criterio de verdad; en la segunda se enumeran los requisitos necesarios para alcanzar la evidencia. De ella podrían derivarse tres preceptos: 1. No juzgar antes de que el juicio se nos aparezca como evidente. 2. No juzgar a base de ideas preconcebidas. 3. No juzgar más allá de lo que se nos parece claro y distinto. Esto es «circunspección». Echemos a andar con circunspección por la ruta de la experiencia. No es mi propósito tampoco enseñar aquí el método que cada cual debe seguir para dirigir bien sus juicios, sino sólo exponer de qué ha tratado de conducir el mío. Debemos esforzarnos en huir de la exageración; es una costumbre vulgar. Por el camino de la exageración se llega fácilmente a la mentira. El toreo vive de mentiras, y esos es feo y corrosivo. Y confuso.

1188

A la hora de llevar a cabo las valoraciones, es esa prudencia bajo la mirada de la experiencia la fórmula clave en la labor del crítico, que se mostrará siempre prudente en su análisis, más cuando la obra contemplada haya sido sancionada de forma favorable por el conjunto del auditorio. Y es aquí donde encontramos la primera y fundamental característica del discurso de Apaolaza: la prudencia narrativa, una prudencia que en la crítica, cualquier crítica, se convierte en categoría. Como se afirmaba en el citado trabajo, el cronista parte de la base, señalada en este caso también en el apartado 5.1.1.3. *La excelencia como referencia de la crónica esencialista* presente estudio, de que el Arte, con mayúsculas, como resultado de la actividad humana, es difícil, o poco probable, que alcance la perfección absoluta. De una u otra forma, la perfección conceptual es la búsqueda continua del artista y la dificultad de la propia actividad. Es por eso que es limitado el número de obras, dentro de cualquier expresión artística, que alcanzan la categoría superior de «obra de arte».

Si la perfección conceptual se alcanza con relativa frecuencia y por numerosos artistas, queda reducida la categoría de la expresión o actividad artística, convirtiéndose en algo intrascendente, rutinario incluso banal. Por eso el cronista, para que se mantenga la altura adecuada del listón que marca la diferencia entre unas obras y otras, debe ser prudente y meticuloso al observar, y Paco Apaolaza sin duda lo era. Su crónicas son prudentes en el análisis de lo acontecido porque responden a ese planteamiento. A partir de ahí, permite una doble lectura, desde una perspectiva periférica del discurso en la que la suma de los planteamientos permitan ver su cosmovisión de crítico, su ideología, su percepción, su preocupaciones, su cultura, incluso su capacidad literaria. Y también

---

<sup>1188</sup> CORROCHANO ORTEGA, Gregorio. *Tauromaquia. Op. Cit.*, p. 199.

desde una perspectiva convergente en la que la suma de las propuestas, en este caso exclusivamente taurinas, permitan descubrir una tauromaquia concreta, compatible o no, pero perfectamente definida en sus términos.

Así, para definir estructuralmente el toreo, Paco Apaolaza utiliza la metáfora de la luna, de «las dos caras de la luna del toreo», la que se ve y la que permanece siempre oculta. La cara brillante es la cara amable del espectáculo, la cómoda, la que resplandece a los ojos de todos. En este lado brillante, que es el que se ve, están situadas las figuras del toreo, los toreros acomodados, los carteles llamados de relumbrón con las ganaderías comerciales en las grandes ferias, el dinero, los claveles en las solapas...; pero, como también se afirmaba en el anterior estudio, la mayor parte de miserias y manipulaciones que sufre la Fiesta y que en el cronista producen dolor: los padrinos, las presiones, el «afeitado» sistemático, los vetos... Y por supuesto el toreo tantas veces vacío o hueco, aparente pero insustancial, intrascendente, de escaparate, que ha conseguido escamotear cualquier compromiso con el canon de la ortodoxia esencialista.

La otra cara, la oscura, la oculta, la que no se ve, tiene una doble lectura. Por un lado es la cara que esconde toda la dureza y dificultades de la Fiesta: la falta de contratos, las corridas duras, el poco dinero y, tantas y tantas veces, el olvido. La Fiesta en este lado adquiere un plus de autenticidad, de hombría, de verdad, pero curiosamente, los que aquí se encuentran, en este lado, luchan por rodearlo y situarse en el lado brillante, cómodo. Algunos, la gran mayoría, nacen ya al mundo taurino en ese lado oscuro y en él terminan sus días toreros. Otros, sin embargo, estuvieron alguna vez, en algún periodo de su vida, en la cara amable, brillante, pero malgastaron su crédito y la dureza del entramado les colocó en la cara incómoda de la que quieren salir como sea. Sobre las circunstancias de esta cara, normalmente habitada por los toreros modestos, refleja el citado Javier Villán una realidad tan injusta como aplastante, en la que muchas veces todo parece confabularse para que ni siquiera el esfuerzo obtenga una mínima recompensa justa que sirva de asidero a una esperanza perpetua, fantasiosa, que no termina nunca de materializarse. Así, tras ver la actuación del diestro Juan Cuellar, torero modesto que aparece citado también más abajo, en la plaza de toros de Las Ventas del Espíritu Santo de Madrid, explica Villán la dificultad que envuelve su devenir inmerso en la dureza de ese mundo sin brillo al que se añaden las limitaciones personales y muchas veces la poca suerte. «Sabe Cuellar que los modestos tienen un

cupo de triunfo, un límite de gloria. Que tienen, incluso, un cupo limitado de suerte»<sup>1189</sup>, escribe Villán.

Pero también torear, ser torero de verdad, en la cara oscura de luna se convierte para el cronista en una especie de *súmmum* porque esa expresión artística sólo puede darse en este lado, ya que, como se afirmaba, una de las características del toreo de lado brillante es su falta de autenticidad. El compromiso con la profesión, incluso el desprecio a la vida, es poco frecuentado por los toreros, menos aún por los más famosos, y sin embargo se convierte en determinante y diferenciador para quienes en algún momento son capaces de adoptarlo y mostrar el toreo que normalmente no se ve, que permanece oculto en la maraña de las ferias y los carteles rematados de figuras y toros comerciales. Por lo tanto, el toreo de verdad, ajustado al canon esencial, sólo es posible en el lado oscuro de la luna. ¿Quiere decir esto que un torero de los llamados figuras no puede alcanzar esa autenticidad? Evidentemente puede; pero si lo consigue será porque ha decidido, aunque sea por un instante, cruzar la línea e instalarse en el lado oscuro, en el de la verdad que casi nunca se ve.

El cronista también nos quiere explicar de esta manera que en la cara brillante todo parte desde una posición falseada. A pesar de la apostura, el concepto de pretendida autenticidad está maquillado, tapado por las artimañas habituales que se desarrollan en el conjunto del entramado taurino. El toro comercial, bajo de raza, poco ofensivo, sólo puede darse en el lado brillante, al igual que el toreo vistoso, sin compromiso, que lanza destellos de grandeza, vendibles en un mercado inculto y apasionado que no es capaz de diferenciar el metal precioso de la chatarra. Pero también los chanchullos administrativos y comerciales, que rodean y estructuran el negocio, son características de ese lado que se ve. La cara brillante es, por tanto, el oropel de la Fiesta, el sustrato donde se asienta el negocio y en el que todo, o casi todo, carece de la mínima autenticidad.

Para Paco Apaolaza, por tanto, el toreo en su conjunto está estructurado en dos mitades antagónicas pero inseparables, injustas las dos, pero necesarias las dos. Pero sólo en una de ellas, en la oscura, puede desarrollarse el Arte con mayúsculas y puede alcanzarse la gloria auténtica. En la otra, el triunfo siempre carecerá de autenticidad porque se habrá desarrollado bajo las premisas del toreo moderno, del destoreo.

---

<sup>1189</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. *El mundo de los toros en 103 crónicas*. Madrid, Edymión, 1992, p. 90.



No debe obviarse que a pesar de esa separación que hace el cronista, el discurso no siempre se muestra más complaciente o comprensivo con la cara oscura y quienes la pueblan, como podría intuirse por influjo de una tendencia paternalista que hasta sería lógica hacia el desvalido o desasistido. Al contrario, si bien es cierto que a muchos la falta de recursos, la falta de oportunidades, la mala gestión, la injusticia del propio funcionamiento estructural del sistema, la mala suerte de las cornadas o las lesiones les ha situado de forma injusta ahí, y merecen todo el reconocimiento y respeto del cronista, y que otros, por su pundonor y por su honradez profesional no deberían permanecer ni un minuto más en ese lugar, Apaolaza también nos dice que muchos otros de los que pueblan ese lado oscuro, humildes o no, han acumulado méritos para ello y es el lado que les corresponde.

En definitiva, el cronista nos quiere decir que la perfección estructural del espectáculo estaría en la mezcla de ambas partes en una única. La excesiva comodidad y los vicios del lado brillante resta enteros a su credibilidad como manifestación de espectáculo excelso; del mismo modo que la dureza y carencias del lado oscuro sitúan a la Fiesta en un plano en ocasiones anacrónico, sincopado al orden natural de la sociedad, donde el espectáculo intenta avanzar a pesar de su, muchas veces, envoltorio sórdido y, por qué no, lúgubre.

Esta metáfora sobre el funcionamiento de la Fiesta tiene una característica clave como es que la mayoría de las referencias encontradas se ubican en la dura plaza de toros de Las Ventas del Espíritu Santo de Madrid, y es recurrente en el discurso de Apaolaza a partir del año 1994. Hasta ese momento, si bien él maneja la idea en su cabeza, no la desarrolla en estos términos metafóricos y sugerentes. Así, en la temporada de 1991 hace tres referencias a esa fiesta partida, la primera de ellas durante la Feria de Abril, en la que se muestra categórico al señalar que el torero Manolo Cortés, un diestro que en su momento obtuvo reputación de «torero artista», que gozó del privilegio de verse anunciado en los carteles y en las ferias más importante, pero que no supo mantener esa posición de privilegio en que su reconocido sentimiento interpretativo le había permitido instalarse, y Apaolaza no duda en afirmar con rotundidad que «está donde está porque hay veces que en la fiesta hay justicia»<sup>1190</sup>,

---

<sup>1190</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Las ocasiones perdidas». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 10 de abril de 1991, p. 76.

siendo de esta manera para el cronista uno de esos diestros que ha adquirido sobrados méritos para descender hasta escalón inferior de la Fiesta.

Durante las Corridas Generales de Bilbao ofrece otra interesante reflexión sobre esa incongruencia en la que se sitúa muchas veces el cronista a la hora de analizar los festejos, y se pregunta, en buena lógica, si los criterios a aplicara a la hora del análisis deben ser los mismos cuando se observa un festejo duro, emocionante, con grandes dosis de tragedia impresa, como fue la corrida de la ganadería portuguesa de Palha que se había lidiado dos días antes, frente a una corrida de toros comerciales, la de Felipe Bartolomé, con las fuerzas justas, sosos y sumidos en el más absoluto de los descastamientos. «Después de la emoción del final de la corrida de Palha, cabría preguntarse si el espectáculo de ayer, sumido en el descastamiento, la poca fuerza de los toros y la sosería es equiparable, en todos los órdenes, al otro y si se debe juzgar por los mismos parámetros al que se puso delante de unos toros como aquellos que a los toreros de ayer que lo hicieron con una corrida con poco remate, altona, que tomó ocho varas y que llegó vacilante a la muleta.»<sup>1191</sup>, escribe Apaolaza.

La evidencia de que existen dos espectáculos dentro de la propia Fiesta y que, curiosamente, el que tiene un grado de dureza que inevitablemente lo convierte en emocionante, el puramente trágico, incluso el desagradable, permanece la mayoría de la veces separado, apartado, ocultado, y se desarrolla sin grandeza salvo cuando sucede algo insospechadamente relevante que, además, suele superar cualquier cota de importancia que pueda darse en el otro, hace reflexionar al escritor, que progresivamente va madurando su pensamiento y al convertirlo en metáfora consigue devolverle la parte de romanticismo que alberga, la parte esencial, de fiesta esencial, primigenia, que envuelve esa fiesta destinada a los menesterosos, desafortunados, o simplemente torpes en su actitud y en sus méritos.

Esa progresiva evolución en su pensamiento la vemos también pocos días después en la misma feria, cuando Apaolaza explica la existencia de una fiesta distinta, basada en valores puros, y pide al aficionado que a la hora de valorar nunca confunda esas dos partes tan diferentes:

### **Dos vueltas al ruedo de torero**

---

<sup>1191</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Todo apagado menos la música». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 20 de agosto de 1991, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 8.

Con la corrida de ayer, que no salió tirando bocados, había que estar allí, cosa fácil de decir y difícil de cumplir, entendiendo estar allí, colocarse en el sitio y lidiarla con torería, término que engloba la valentía. Con corridas así la fiesta es otra totalmente distinta, es otro espectáculo, otra cosa, quizá más auténtico y seguro que más emocionante que la sucesión de muletazos ventajistas a toros dulces, chicos y romos. [...]

«La estocada me pareció simplemente admirable porque no se lo pensó y se fue detrás del estoque con bravura y vibración. En estos tiempos de bajonazo y paso atrás, estos gestos hay que ponderarlos para que no confundamos las churras con las merinas. Para que nos confundamos una fiesta con la otra, la del susto y el valor»<sup>1192</sup>.

En este caso, el cronista hacía referencia a la corrida de la ganadería de Eduardo Miura, siempre complicada, siempre con ese plus de dureza que la ha convertido en legendaria, y a la actuación del torero navarro Sergio Sánchez que estuvo bien en sus dos toros e hizo una gran demostración de valor y amor propio en la estocada al tercer toro.

En la temporada de 1993 nos vuelve a hablar el cronista de esa especie de justicia poética que existe en la Fiesta, y tal como hizo con el torero Manolo Cortés, en esta ocasión se trata de dos toreros que, pese a gozar de cierto cartel ya que ambos, particularmente Pepín Jiménez, estuvieron en algún momento bien situados en la parte cómoda del espectáculo, son incapaces de aprovechar las oportunidades que se les ofrecen para salir de ese circuito oscuro y paralelo al de la fiesta del oropel y en el que, evidentemente, no desean estar. «Ayer, así, de entrada los matadores, los dos que salieron por su pie, Ramos y Pepín estuvieron mal, muy mal, fatal, y justificaron el puesto que tienen [...] Ambos estuvieron mal, repito, con los toros pero, sin pretender establecer paralelismos, sino unir esos dos mundos, peor estuvo, por ejemplo, Manzanares el día de Moura frente a un torillo y nadie dijo ni mía»<sup>1193</sup>, escribe Apaolaza, que nos habla de «dos mundos», dos fiestas, en una de las cuales, un torero figura como José María Dols Abellán, José María Manzanares en los carteles, puede permitirse el lujo de estar incluso peor que los citados modestos sin que por ello pase absolutamente nada ni nadie le vaya a desplazar de su puesto de privilegio en ese lado de la fiesta luminosa. Para después centrarse en esa oportunidad perdida, de su incapacidad para dar la vuelta a sus situación, de Pepín Jiménez, un torero de corte

---

<sup>1192</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Dos vueltas al ruedo de torero». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 26 de agosto de 1991, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 5.

<sup>1193</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «¡Válgame Dios!, el toro». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 31 de mayo de 1993, p. 64.

clásico que antaño, como se afirmaba, demostró cualidades suficientes para desenvolverse al mismo nivel que otros en esas posiciones más cómodas y que sin embargo, por distintas circunstancias, había ido abandonando hasta verse en esa segunda fila tan complicada. «Ayer era el día en que Pepín podría haber salido del pozo, de pasar de un mundo al toro donde estuvo otrora. Fue el día en que pudo gritar aquí estoy yo por no hizo, vamos, que ni lo murmuró siquiera», asevera Apaolaza.

Y esta mencionada evolución de su pensamiento en relación a la existencia de una fiesta con dos caras queda perfectamente plasmada en la temporada de 1994<sup>1194</sup> con la citada metáfora de la luna que aparece durante la feria de San Isidro de ese año. El esquema del festejo es similar, tres toreros que buscan hacerse hueco en la fiesta resplandeciente, la de las grandes ferias, y una ganadería, la de Peñajara, con procedencia Contreras a partir de las reses adquiridas por el propietario a la ganadería de Baltasar Ibán, que, sin ser de las consideradas como más duras, no es de las demandadas por las llamadas figuras y sale con aspereza y planteando muchos problemas a los diestros. En esta cara de la luna no hay lugar para el relajamiento, ni para el descuido; todo es incierto en la medida que todo se desarrolla en condiciones de dureza ambiental y psicológica a las que muchas veces es casi imposible imponerse:

#### **La cara oculta de la luna**

Ya sabemos que hay una cara resplandeciente, luminosa e, incluso, nívea en algunos atardeceres de calor, olor a tierra y hierba cortada, apaciblemente decadentes y punto atosigantes de ciertos bullicios. Todo eso lo da la cara evidente de la luna que uno no se cansa de mirar y requetemirar pero, evidentemente, hay otra luna u otra cara de ella que nos imaginamos, quizá, un poco misteriosa y un mucho coñazo porque no alumbra nada. [...]

Pero no. Era la otra cara de la luna y en aquel lado no hay lugar para refítoleos, faramallas, puñeterías ni para andarse con floreos en conversaciones de mero pasatiempo y alarde de toreo como para lisonjear al oyente. [...]

En el sexto estuvo tremendamente eficaz con el capote, sobrio, seco, pulcro, decidido. Luego al alborotón que quedó sin picar le aguantó todos los cabezazos del mundo, los improperios, las arrancadas como latigazos, la listeza y el desabrido proceder sin un parpadeo, sin una duda, sin un brillo en un ejercicio de ascetismo taurino no de estos tiempos y sí de esos lugares sin brillos.<sup>1195</sup>

---

<sup>1194</sup> Si bien no es descartable que la metáfora como tal aparezca antes de esta temporada o de la primera crónica que en este trabajo se detalla sobre ella, no se han encontrado más referencias en las crónicas y textos de Paco Apaolaza analizados.

<sup>1195</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «La cara oculta de la luna». *Ya*, Madrid, 15 de mayo de 1994, suplemento especial San Isidro 94, p. 3.

A partir de ahí la metáfora como método argumental de esa doble cara de la Fiesta, que a los pocos días vuelve a ser explicada por Apaolaza con mayor claridad, si cabe, en uno de los festejos que a lo largo de esa misma feria de San Isidro de 1994 se celebran en domingo, día particularmente sombrío en el que los carteles pertenecen a ese «otro espectáculo» sin apenas brillo y en el que los toreros, además, deben pasar por el temible trance del esfuerzo sumo ante reses normalmente complicadas y la dureza del tribunal madrileño buscando, necesitando, ese puntito de suerte que haga que su carrera empiece a mirar hacia el lado luminoso del espectáculo. En esta ocasión los toros de Herederos de Alonso Moreno para dos toreros ya de vuelta de casi todo que en su día gozaron de una posición más cómoda dentro de la Fiesta, el venezolano José Nelo, *Morenito de Maracay*, y el sevillano Tomás Campuzano, junto a un diestro más joven, Juan Cuellar, que en marzo de 1991 había conseguido abrir la Puerta Grande de la plaza de Las Ventas y que, por distintas causas, había ido perdiendo crédito entre los aficionados y entre el entramado taurino, que nunca llegó a acomodarlo del todo en su organigrama:

#### **Penas y gozos domingueros**

Los domingos son así y en San Isidro más que en ningún otro lado porque, en general, las corridas pertenecen por derecho propio a la otra fiesta, a la cara oculta de la luna, que decía el otro día, con matadores que, de alguna manera, llegan a Madrid casi *restados* en sus respectivas carreras a pesar del tragazo sabiendo —ellos lo saben— que en su caso Madrid puede dar la gloria y el empujonazo profesional, un poco como a todos, pero puede quitar todo o casi, es decir perder una parte decisiva de la carrera profesional y eso es lo que no les pasa a los que torear a este lado de la luna, a *Jesulín* por un poner que si no está bien en Madrid tiene la temporada atada. Y esa es una circunstancia que hay que calibrar a pesar de que ayer, al bueno de Cuéllar, se le fueron dos toros para enderezar una carrera. [...] <sup>1196</sup>

La certeza del riesgo cuadruplicado siempre frente a las pocas posibilidades de obtener rédito, que se traduce en mucho que perder frente a la incertidumbre de si realmente se ganará algo. Y como se veía en el fragmento de crónica, el esfuerzo ímprobo ante la injusticia de que otros diestros, queridos del negocio, como el citado Jesulín de Ubrique, como antes José María Manzanares, en la cresta de la ola de la

---

<sup>1196</sup> APAOLAZA BANASTIER, Francisco. «Penas y gozos domingueros». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 23 de mayo de 1994, p. 68.

popularidad, sean ajenos a esos vaivenes de la parte oscura, tantas veces sórdida, en la que se mueven los penitentes.

Los domingos en la plaza de toros de Las Ventas del Espíritu Santo, «tardes taurinas domingueras de Madrid que siempre llevan en el cuello de la camisa un difumino de miedo, de aspereza desesperanzada, de trago amargo como un ribete que anuncia que aquí no es oro todo lo que reluce sino que al contrario es el cutrerío del quiero y no puedo»<sup>1197</sup>, escribirá Apaolaza. Esos domingos de esfuerzo y atragantón, como dicen los toreros, en esa durísima plaza con toros en este caso de la también durísima ganadería de Dolores Aguirre, en los que la tragedia ronda cada instante, más aún si el diestro en cuestión decide poner su vida encima del tablero para conquistar esa gloria que le otorgue el reposo de la fiesta de la fama y el dinero. Así, Domingo Valderrama, con apenas 1,61 metros de estatura, se juega el todo por el todo y se ofrece en sacrificio ante la cátedra madrileña para demostrar que quiere salir del circuito de la dureza y la incompreensión ante toros más altos que él, que si por casualidad lo alcanzasen lo desmadejarían como un pelele, como a un muñeco de trapo. El horror y la hermosura de una tauromaquia apasionada con tintes primigenios, que devuelve al aficionado a la verdad del toreo sin adornos innecesarios, sin alharacas; todo verdad, pura verdad ya casi olvidada:

### **Domingo, siempre en domingo**

Siempre en domingo, unos domingos de finales de feria, domingos de «Sunday, bloody sunday», siempre ante corridas dominicales de galafates aturronados con remate, altos, desabridos, con cara, con pitones, con buenas o malas intenciones pero ante los que hay que estar con una sonrisa en los labios y una canción en el corazón, está Domingo, sí, Domingo Valderrama, el matador, el torero salvaferias, el que nos hace sentir que la tauromaquia también suele ser —de hecho es— de escalofrío resuelto en suspiro gracioso, en remate de gracia, en verdad primigenia, en pasión, en vena hinchada de gritar torero cuando se ve el pitón, preciso, la punta del pitón lo cual necesariamente no es lo mismo, rozar la femoral, la barriga los «koskabillos», el pecho, el cuello con furibunda rabia, cambia la tragedia y el sufrimiento en un escorzo hábil de torería mientras un calambrazo recorre el espinazo del público.

Jugarse la vida

Siempre se dice que éste de la torería es un oficio en el que hay que jugarse la vida pero una cosa es la posibilidad cierta y otra jugársela, o tú o yo, casi como a las cartas. Cuando eso se produce en domingo con la

---

<sup>1197</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «De Domingo y oro». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 30 de mayo de 1994, p. 64.

gracia, la técnica, el valor, la hondura y la honestidad de Domingo, los aficionados de verdad debe vibrar, y en un momento dado, lanzarse al ruedo para sacarle en hombros.

Domingo Valderrama vio salir al quinto, medio dormido, distraído, y no se le ocurrió otra cosa que quedarse quieto, con los pies juntos y torear con temple a la verónica una vez y quedarse quieto para la siguiente y quedarse quieto para la tercera hasta que el toro le medio quitó.[...] y Domingo a brindar al público a aquel galafate, manso y sin brillo. Doblones con la muletilla, pudiendo con él, mandando, casi más allá del tercio y venga a torear la muleta por delante. Una serie de muletazos de clamor, sin arredrarse, la suerte cargada, quieto y ligando los rechazos, calmo, templado, torero, con el toro hecho un basilisco.

Otra con el toro con la lección aprendida y a por él, y el pitón aquí, allá, acullá, trago, carne de gallina, sensación de agobio, intranquilidad. No importa. De repente, se queda cruzado, el pecho por delante, la muletilla, que ya tenía un siete, por delante y el estoque en la cadera derecha. ¿Torear el natural? No es posible. Sí, en domingo con Domingo. Dos naturales con el toro quedándose corto. Otra vez la derecha con el toro sabiendo latín y quedándose debajo y dos adornos sucintos. [...] <sup>1198</sup>

Y sin embargo, después del tremendo esfuerzo, de haber reunido la voluntad, el equilibrio mental, y el arrojo necesarios, el fallo con la espada hace que el triunfo legítimo se esfume, y la ansiada salida a hombros no llegue, y sin ella, sin la fotografía del diestro pasando bajo el dintel de la puerta grande, la gloria se convierte en relativa, en incierta medida de pago al dramático esfuerzo.

El 17 de mayo de 1992, en la plaza de toros de Las Ventas, durante la feria de San Isidro, un toro de la ganadería de Alonso Moreno de la Cova infirió una gravísima cornada al torero José Luis Bote. Una cornada que afectó a varias de las vértebras lumbares y que le mantuvo retirado hasta la temporada de 1994. En aquel año, Bote, un diestro querido que había gozado de cierto predicamento entre los aficionados, algo similar al anteriormente citado Pepín Jiménez, ya empezaba a deambular por la fiesta incómoda, por la «otra cara de la luna», y ese percance le dejaba en una situación todavía más complicada. Su vuelta a la plaza de Madrid es una de las pocas oportunidades que se le van a ofrecer para relanzar su carrera, para recuperar ese predicamento antes señalado, y sin embargo, pese a las posibilidades que le ofrecen sus dos toros, no es capaz de sobreponerse a todos los condicionantes del duro trance. Paco Apaolaza conoce perfectamente la situación del matador, de la dureza de su vida profesional, pero entiende que, pese a todo, si quiere seguir contando en este

---

<sup>1198</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Domingo, siempre en domingo». *Ya*, Madrid, 3 de octubre de 1994, p. 34.

complicado mundo, no debe moverse entre las dudas y debe arriesgar de nuevo todo para no caer en el olvido definitivo. «Por allí pasó una sombra. José Luis Bote, un matador que no supo sobreponerse y dejarse la piel en el intento, sabiendo que era esa su oportunidad para seguir opositando al otro lado de la luna»<sup>1199</sup>, resume Apaolaza.

En la parte final de esa temporada de 1995, un nuevo ejemplo interesante en el último festejo de la Feria de Otoño madrileña. De nuevo en domingo, de nuevo en Madrid, y de nuevo la aspereza de unas reses, las de La Cardenilla, complicadas con las que hay que tener tanta templanza como corazón para salir airoso del trance. En la crónica Apaolaza, a partir de la actitud de dos toreros valientes como Miguel Rodríguez y de nuevo Domingo Valderrama, vuela a explicar muy bien una de las diferencias claves entre las caras de la Fiesta, así, en ésta, en la del toro duro y la responsabilidad infinita, la clave, una de las claves, consiste en tragarse el miedo y aplicar toda la técnica que el propio corazón pueda aguantar para desarrollar una lidia con olor y sabor añejos, con olor y sabor a cornada, de una época en la que los toros más que embestir se defendían. Y ahí, justo ahí, en un festejo que se desarrolla en la «cara oscura de la luna», aparece la grandeza y la verdad que arrastra la fiesta de los toros desde sus orígenes. El espectador aficionado sabe que aquello no admite remilgos, ni sonrisas, ni piropos intempestivos, porque el error, el simple descuido, normalmente significa el drama por desenlace. Pero frente a esta verdad incontestable también puede aparecer el espejo del brillo del otro lado, en este caso de la mano del joven diestro Juan Carlos García, para aplicar la técnica habitual que se aplica a las habituales corridas comerciales, sosas y descastadas, resultando una comparación insoportable entre la verdad sempiterna y la artimaña escamoteadora de todo compromiso:

#### **Carne de gallina, carne de pescuezo**

Miguel Rodríguez y Valderrama, éste especialmente, estuvieron en la tarde de ayer hechos unos tíos, unos hombres, unos valientes, con unos conceptos de torear aquello, no de alimañeros sino de toreros que se tragan el miedo seco, un miedo que sabe, quizá, a aquellas tauromaquias que dicen y cuentan de gestos, que sabe a anís *Machaco* [...].

Al lado *du frisson*, que dicen los franceses, que no es más que escalofrío, en la cara brillante de la luna, Juan Carlos García toreando otra corrida bien distinta, con argumentos taurinos de este final de siglo, otro torero para el que la tarde era también tan injustamente decisiva. Y le salió el toro portugués muy en el estilo al clamoroso de Jiménez del otro

---

<sup>1199</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Cada cual en su sitio». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 29 de mayo de 1995, p. 96.



día. Y Juan Carlos García falló pero no porque no cortara orejas al fallar con el estoque, que eso, con ser decisivo, tiene otras lecturas, sino porque no apasionó, porque no ligó los muletazos, porque toreó con los esquemas modernos de quitar la muleta de la cara para volvérsela a poner para aposturarse, porque los pases de pecho recordaban lo malo de otras figuras, porque aun habiendo pegado algún muletazo bueno, no fue capaz de urdir una faena ni de apasionar; vamos, que se le fue el toro. [...]<sup>1200</sup>

Después de analizar las crónicas de Paco Apaolaza, tanto las que abarca el presente estudio como de temporadas anteriores, podría afirmarse que la temporada de 1996 es la de su plenitud, en la que el cronista se muestra más incisivo, pero también más reflexivo amen de inmisericorde. El discurso adquiere matices más sugerentes si cabe, y su particular sentido del humor con tintes surrealistas aparece en toda su dimensión, transmitiéndonos que el escritor está disfrutando de su trabajo. Si la metáfora de la luna se encontraba en las dos temporadas previas en apenas un par de crónicas de entre las analizadas, en ésta es hasta en cuatro ocasiones en las que aparece, manteniéndose la tónica de ser la plaza de toros de Las Ventas del Espíritu Santo de Madrid el escenario de la mayor parte de ellas.

En la primera referencia extraída de esta temporada lógicamente el argumento es idéntico, y volvemos a encontrarnos con una corrida dura, complicada en grado sumo, en la que los toros de la ganadería de Palomo Linares, procedencia Graciliano Pérez-Tabernero, —«una corrida oscura, torva, sorda, opaca, mansa», veremos que escribe Apaolaza— no conceden apenas oportunidades a los diestros, Raúl Gracia, *El Tato*, y Miguel Ángel Rodríguez, que tienen que aplicar toda su técnica y todo su valor para, además, no encontrar una recompensa tangible, apenas el reconocimiento de un puñado de aficionados y del algún cronista como es el caso. Apaolaza, no obstante, nos habla de la seriedad del festejo, de su plus de trascendencia, y nos habla al final de la crónica de esa forma de torear que hunde sus raíces en la tauromaquia pretérita, decimonónica, que sólo puede desarrollarse colocándose en el lado oscuro de la luna y que, en este caso, no permite ni muestra atisbos de fulgor:

**«¡Llámale burra!»**

[...] *Tato* se fajó con él, se pegó un arrimón de padre y muy señor mío y terminó pudiendo con la apodada burra que te podía mandar al hule. A mí, sinceramente, me hubiera gustado ver a muchos toreros de los llamados de cabeza con tal toro.

---

<sup>1200</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Carne de gallina, carne de pescuezo». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 2 de octubre de 1995, p. 70.

Lo cierto es que la corrida fue una corrida oscura, torva, sorda, opaca, mansa por más que saliera en cuarto lugar un toro de Graciliano mansón en varas pues se fue suelto de la primera pero vibrante a partir de banderillas, vibrante, con movilidad, con dificultades pero con una dosis de fiereza, como si fuera un toro de gasolina 98 octanos sin plomo. Un toro de veinte mulatazos con la respiración contenida, sin esconder la cara y pudiéndole y una estocada inmediata para que la gente se quedara con el regusto de la emoción y no de la impotencia. Miguel Rodríguez empezó así pero al mulatazo veinte quiso seguir toreando y ahí perdió brillo el Graciliano que se fue un poco para abajo y perdió emoción la cosa de la faena eterna en el tiempo. [...]

Ayer la cara oscura de la luna, de torerías primarias no siempre brillantes. Ni un despiporre.<sup>1201</sup>

En la siguiente referencia de esta temporada de 1996 volvemos a un festejo de domingo en Madrid y volvemos al argumento de la torería primigenia. En este caso es el torero Pepín Liria ante reses de la ganadería de Baltasar Ibán que no dan un momento de sosiego. En la crónica encontramos ese lamento de Paco Apaolaza porque la verdad que se ha puesto de manifiesto en el ruedo, una verdad que desmantela las exquisiteces estéticas del lado brillante de la luna, no está de moda, pero sobre todo, puede que esté ya en un proceso de no retorno porque los toreros, y los públicos también, han decidido desde hace mucho tiempo apostar por una especie de autocomplacencia que se traduce en que el compromiso del honor y de la vida es excesivo para ser mostrado ante un auditorio que prefiere, o se conforma, con cosas más digeribles y livianas:

#### **Liria, Pepín**

Hay tardes en las que todo se pone en contra, en contra de todo, como aquel *Panfleto contra todo*. Todo en contra del toreo, del público, de los toreros, de los banderilleros, de los monosabios, de las mulas de los picadores, bueno, en contra de ellos menos porque con hacer la carioaca y exhibir, como Bond, James Bond, la licencia para matar lo tienen arreglado. Todo en contra de todo. Ni un rayo de sol sino la lluvia pura y dura, arremolinada, hosca, violenta, áspera, arisca, severa para desesperación de todo blás. Casi ni un momento de relajo y menos descanso para el frío taimado y tortuoso de un anochecer pesado y sin embargo vibrante con el triunfo de Liria, Pepín, él, otra vez.

Así, contra todo, los toros. Quizá con argumentos, sí, argumentos también contra la brillantez y la exquisitez estética del lado brillante de la luna, no me cansaré de repetir la comparación. Quizá con argumentos para una torería básica, dura, primigenia, una torería, ¡jay!, que no está de

---

<sup>1201</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «¿¡Llámale burra!»». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 17 de mayo de 1996, p. 70.

moda y que seguramente está reñida con el clavel y la complacencia con tintes hedonistas. [...] <sup>1202</sup>

Un domingo más, y también Las Ventas del Espíritu Santo como escenario, en esta caso con toros de la ganadería portuguesa de Murteira Grave, y en el cartel dos toreros con cualidades, Luis de Pauloba y Juan Carlos García, que ven con impotencia cómo esa oportunidad que se les ha brindado anunciándoles en la feria más importante del mundo se escapa sin remedio, devolviéndoles de nuevo al lado oscuro de la luna que, en los días previos al festejo, seguramente soñaron en abandonar. «¿Qué les quedaba de hacer a los muchachos? Casi nada salvo desesperarse al contemplar cómo se les iba de entre los dedos la ocasión para meterse en el lado brillante de la fiesta y no en el opaco con toros con sordina con los que sólo valía colgarse de un pitón» <sup>1203</sup>, escribirá Apaolaza.

Una de las escasas referencias sobre el tema fuera de la plaza de toros de Madrid la encontramos en el mes de agosto en las Corridas Generales de Bilbao de este año 1996. En esta ocasión, los difíciles toros portugueses de Palha —«extraordinarios de presentación, con mucho cuajo, hondura, con cara, astifinos y ofensivos», escribirá el cronista en la ficha del festejo— ofrecen también un espectáculo de otra época, y demuestran que para ponerse delante, para intentar hacer algo relevante con esas embestidas complicadas, hay que ser muy valiente y tener la cabeza muy fría. Por eso Apaolaza pide respeto para los toreros que deciden voluntariamente apuntarse a estas corridas o aquellos otros a los que no les queda más remedio que integrar estos carteles —en los que la oportunidad de triunfo, si se presenta, va a estar muy cara— porque son las únicas oportunidades que el entramado taurino les ofrece, y aprovecha para lanzar la crítica hacia los otros, la figuras, que difícilmente aparecerán ante reses como éstas cuando, entiende el cronista, incluso las que habitualmente torear, las comerciales, las cómodas, deben haber recibido una merma en su ofensividad, es decir, deben haber sido «afeitadas». «Un respeto a los toreros, pero a los que se ponen delante del toro, de estos toros de una integridad evidente, que no hay que andar explicándola; estos toreros que pertenecen al lado oscuro de la luna y no los brillantes que ni se acercan a la ciudad que

---

<sup>1202</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Liria, Pepín». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 20 de mayo de 1996, p. 78.

<sup>1203</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «De almohadillas y almohadas cervicales». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 27 de mayo de 1996, p. 70.

se trate si no van con garantías serrucheras. Lo de ayer fue serio, para aficionados serios, obviamente»<sup>1204</sup>, escribe Apaolaza

Ya en la temporada de 1997 son otras tres las referencias interesantes localizadas, dos de ellas también en la plaza de toros de Madrid y la última en la de Pamplona durante la feria de San Fermín. El miércoles día 14 de mayo se lidian en Las Ventas toros de la ganadería de Peñajara —ganadería ésta que aparecía también en una de las crónicas de 1994— que, sin ser perfectos en su bravura, ofrecen un espectáculo digno y la posibilidad de triunfo a los tres matadores que a ellos se enfrenta, Manuel Caballero, Manolo Sánchez y Pedro Alexander Anjos Roque Silva, *Pedrito de Portugal*, lo que le lleva a titular la crónica con un rotundo «Toros de apoteosis»<sup>1205</sup>. La corrida se desarrolla por tanto dentro de un ambiente de seriedad, la que imponen los toros con su bravura, también su mansedumbre, y sus complicaciones, y al margen de la incapacidad de los diestros para obtener ese triunfo que les van brindando los peñajaras según van saltando al ruedo, el espectáculo vivido esa tarde en Madrid tiene muy poco que ver con lo contemplado al día siguiente, en el que se lidian toros de la comercial ganadería de los Bayones. Toros que devuelven a la plaza a la realidad del toro descastado, carente de los mínimos atributos de fiereza que requiere la fiesta trascendente, los que quieren las figuras del toreo, y que provocan el lamento del cronista. «Es curioso esto de las tardes de expectación torera, es curioso con qué facilidad se acepta el cambio de criterios taurinos, de valoraciones, de actitudes. Cómo la plaza de Madrid pasa del lado oscuro de la luna al brillante con todo lo que ello conlleva de volver a la rutina del toro semipodrido, bajo de todo, oscuro, sombreado y hasta lóbrego»<sup>1206</sup>, constata Apaolaza.

El jueves 22 de mayo vuelve a torear el anteriormente citado en 1995 José Luis Bote, un torero interesante, que en su día, como se afirmaba, perdió el tren de las figuras cuando estaba llamado a estar entre ellas, y una gravísima cornada lumbar, además, estuvo a punto de dejarlo en silla de ruedas en el año 1992. Su amor propio le ayuda a recuperarse y a seguir luchando temporada a temporada para encontrar un sitio entre los elegidos, sitio que, normalmente, si se está en esa parte oscura de la Fiesta, pasa por obtener un triunfo incontestable en Las Ventas del Espíritu Santo que sirva de llave a las

---

<sup>1204</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Ummmmm... Bilbao». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 19 de agosto de 1996, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 8.

<sup>1205</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Toros de apoteosis». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 15 de mayo de 1997, p. 66.

<sup>1206</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «‘Osé’ en la tormenta». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 16 de mayo de 1997, p. 63.

tantas veces impenetrables instancias del entramado taurino. Sin embargo, un día más las cosas no salen como Bote desearía, y las reses de Fermín Bohórquez, remendadas con toros de Alonso Moreno de la Cova —recordemos que un toro de esta ganadería es el que le infirió la terrible cornada antes mencionada— no permiten ese soñado triunfo, y la actuación de Bote vuelve a situarse al borde de la tragedia cuando el quinto toro que, casualidades del destino, del tantas veces cruel destino, es de ese hierro de Alonso Moreno —el 5º toro era de Alonso Moreno de la Cova, fue devuelto a los corrales y sustituido por otro del mismo hierro—, y al entrar a matar, después de dos pinchazos, cobra una estocada entera pero el toro el prende por el pecho y le propina una terrible paliza por suerte sin consecuencias graves salvo los porrazos y zarandeos recibidos.

Apaolaza recoge muy bien el momento en el que Bote, magullado, dolorido, se levanta, y llorando, literalmente llorando de rabia, se descara con el toro ya muerto en una demostración de rabia, frustración e impotencia porque ese terrible destino no sólo no le ha permitido alcanzar el triunfo necesitado, sino porque ha estado a punto de devolverle a la realidad de la tragedia todavía no olvidada. Bote, como afirmaba el cronista, iba con la intención de salir, de sacar la cabeza, de escapar de una maldita vez de ese lado frío y hosco de la parte de la luna que no se ve, y terminaba su actuación entre lágrimas «mezcladas con arena, orgullo y desesperanza», la desesperanza de saber que la oportunidad había pasado, una vez más:

#### **Lágrimas de torero**

A José Luis Bote le cambiaron el segundo toro, uno de Bohórquez y corrió turno lidiando el que estaba preparado para salir en quinto lugar. Bote venía a salir de ese lado anónimo, hosco y me figuro que frío que es el lado oscuro de la luna, en el que los toreros sufren con la mandíbula apretada, obligados a triunfar en Madrid, por San Isidro. Bote había hecho una faena voluntariosa, queriendo, al tercero, un armario ropero de tres cuerpos y luna.

Pero ese tercero, como casi todos, no era toro de calambre, ni de vibración, y Bote saludó. Al menos no sufrió o todo lo que sufrió, la decepción del triunfo inexistente, no era nada para lo que le quedaba de sufrir como poetizaba Miguel Hernández, porque cuando salió el quinto, uno del mismo hierro del de aquella tremenda cornada que casi termina con su vida. Se lo cambiaron para que saliera otro colorao, manso huido e imposible por los dos pitones.

Cuando entendió que no había nada que hacer, se decidió a matar y después de dos pinchazos se fue detrás del estoque. El toro le tiró una cornada al pecho, lo prendió de la chaquetilla, lo zarandeó como un guiñapo cogido del pecho mientras cabeceaba porque igual sabía que no

había hecho blanco. Lo soltó, lo buscó con ahínco, herido ya de muerte, le volvió a tirar dos cornadas y al pasar le dio con el rabo.

Bote se incorporaba dolorido mientras las asistencias le hurgaban los pliegues de la camisa. El pitón no había hecho mella y a Bote se le desbordaron dos lagrimones arenosos. Se fue para el toro que ya doblaba y se descaró con él. El toro lo miraba, la mirada perdida y neblinosa. Bote, de alguna manera, había vencido y tenso se le volvían a escapar tres lágrimas de torero, mezcladas con arena, orgullo y desesperanza. [...] <sup>1207</sup>

Para terminar este repaso por el concepto metafórico de las dos caras de la luna, una última referencia localizada, en este caso durante la feria de San Fermín de este 1997, que clarifica perfectamente la dureza del lado oscuro, al reconocer el cronista que los diestros que consiguen salir de ese lado huyen de los hierros que normalmente se lidian allí, los que le han dado la grandeza, y en la medida que pueden imponer o pedir las ganaderías a lidiar, prefieren las cómodas, las comerciales, las que crean menos problemas, las, en definitiva, que se ven en el lado brillante y que, como afirma el cronista, contaminan la verdad de la Fiesta. «Ya se sabe, los matadores triunfantes, aquellos que salen del lado oscuro de la luna, en esta caso Pepín Liria con su Puerta del Príncipe de Sevilla, o José Tomás con gran estrella de Madrid, parece que están deseando apuntarse a estos hierros contaminantes» <sup>1208</sup>, certifica Apaolaza.

### **6.3.3.1.b. Los sitios de torear y los sitios donde no se torea**

Ese repaso y análisis de los temas recurrentes dentro de las crónicas de Paco Apaolaza entre los años 1991 a 1997 nos ofrece también otra cuestión interesante sobre su interpretación de la Fiesta desde esa perspectiva esencial y distante. Así, veíamos en el apartado *5.1.1.2 El canon artístico como fundamento para la crítica* que los escritores esencialistas ejercían su valoración particular y su crítica del conjunto de las suertes en base a la aplicación de un canon artístico concreto, perfectamente definido en su teoría, que les servía de guía para determinar el grado de perfección alcanzado en cada lidia. El conjunto de estos escritores explica, valora y, en su caso, censuran y denuncian, cuándo esa interpretación artística se ha desarrollado cumpliendo los preceptos básicos recogidos en el canon o cuando estos han sido transgredidos.

---

<sup>1207</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Lágrimas de torero». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, viernes 23 de mayo de 1997, p.71.

<sup>1208</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Un cálido bostezo». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 12 de julio de 1997, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 8.

En este sentido, es seguramente Paco Apaolaza el más reiterativo, el que más empeño pone en la cuestión para explicar ese conceptualismo artístico —entendido como el propio movimiento Conceptualista que otorga valor sustancial al procedimiento por encima del resultado final— y lo hace a través de una definición concreta, categórica, al defender que el toreo tiene que desarrollarse en «los sitios de torear». Veremos por tanto como Apaolaza nos explica la existencia de un terreno, una ubicación dentro de unas zonas concretas delante de la cara del toro, en las cuales, y sólo ahí, se puede optar al reconocimiento artístico, al mérito, y, en algunos casos, a la excelencia.

Pedir lo imposible, es la única manera de salir del marasmo del muermo como el de ayer. El arte de torear quizá sea el único donde el academicismo es vanguardia, inconformismo, y no sintonía de anquilosamiento, y el academicismo sigue siendo torear cruzado, despacio, largo, ligando, al compás..., pedir lo imposible. [...] <sup>1209</sup>

De esta manera, para el cronista, el procedimiento en su conjunto asienta sus bases en esa regla fundamental de la ubicación del diestro, que será corregida o adaptada según las condiciones de cada res. Sin esta premisa inicial no puede haber ningún tipo de reconocimiento, o éste puede quedar reducido a aspectos meramente valerosos. Si el diestro está en esos «sitios de torear», el arte puede alcanzar cierta relevancia, si no se coloca ahí, estará escamoteando la verdad de la Fiesta, no estará toreado, sino que estará practicando el «destoreo».

Al igual que ocurría con la metáfora de la luna vista en el apartado anterior, esta explicación acerca de los «sitios de torear» va adquiriendo peso en la pluma del cronista a través de la evolución progresiva de su discurso, y su reiteración se produce a partir de la temporada de 1994. Hasta ese momento, las referencias nos hablan del «sitio», de «colocarse en el sitio», de «ponerse en el sitio», de «estar en el sitio», de «quedarse en el sitio». Ya en ese año 1994 aparece el término en toda su extensión, con expresiones como «ponerse en el sitio de torear», «quedarse en los sitios de torear», etc.

Este «sitio de torear» comprende y establece la diferencia clave a la hora del análisis y valoración de lo que efectúa el diestro. La ubicación correcta es el principio del buen hacer; todo lo que se haga tiene que partir de estar colocado en ese sitio; pero

---

<sup>1209</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Una de resaca». *Art. Cit.*, p. 80.

después, para que aquello adquiriera grandeza, hay que quedarse en ese sitio y seguir desarrollando la obra desde esa posición.

El discurso, meridiano, de Paco Apaolaza permite establecer una clara diferenciación entre el toreo ajustado al canon y el que considera que falsea la verdad. De esta manera se pueden extraer las principales características de cada uno de ellos:

- a) Los sitios de torear:

- Comprende expresiones como las citadas anteriormente «estar en el sitio de torear», «ponerse en los sitios de torear», «quedarse en el sitio», y expresiones similares
- Y otras expresiones como «traerse al toro toreado», «embraguetarse», etc.
- El cite debe ser cruzado con la testuz de la res, ofreciendo el pecho, o medio pecho, y con la «muleta planchada» por delante
- El temple y sobre todo la acción de cargar la suerte cobran una gran importancia, de ahí que el torero haya «quebrado la cintura»
- El remate de la suerte debe ser atrás, detrás de la cadera del diestro y bajo, que significa que el torero no se ha aliviado y ha obligado al toro a seguir el engaño humillado hasta el final del lance.
- La «quietud» en el desarrollo del lance y la «distancia» oportuna —marcada por las condiciones de la res— a la que éste se plantee son elementos fundamentales
- Cuando todo se efectúa conforme a lo anteriormente expuesto, el torero habrá toreado con «verdad», «hondura», «pureza», «aplomo», «de arriba abajo y de fuera a dentro», «sin alharacas huecas y demagógicas».

- b) Los sitios donde no se torea:

- Comprende expresiones como: «no se puso en los sitios de torear» o, se puso «en los alrededores de los sitios de torear», «en la periferia de los sitios de torear», «en los sitios donde no se torea» y expresiones similares
- El cite se hace desde una posición errónea que el cronista considera como «fuera de cacho», «con la muleta retrasada», «al hilo del pitón», «sin cruzarse», «sin apreturas», «con el pico de la muleta», «descolocado», «torcido», etc.
- Un torero que no se pone en los sitios de torear está «destoreando», «saltaperiqueando», «tirando líneas», toreado «para atrás», «a distancia»,



«con ventajas», y puede que también con «afectación» u «aposturado», etc.

- En muchas ocasiones, el torero no torea, suele dar «medios pases», «mantazos», «trapazos», «trallazos» o «banderazos». También pega «respingos», «zapatillazos», «reolinas», «gurripinas», «rebujinas», «zaragateos», «carreras», y puede que remate los muletazos «donde el viento da la vuelta».
- El toreo en estas circunstancias es de «cartón piedra», «fútil», «demagógico», «superficial», «vano», «hueco», incluso «árido».

#### a) *Los sitios de torear*

Para entender esta posición que debe adoptar el torero Apaolaza establece diferentes explicaciones, todas ellas ya recogidas en el punto 5.1.1.2. *El canon artístico como fundamento para la crítica*, pero que es interesante descubrirlas en la pluma del cronista por los sugerentes matices que son aplicados a través de las trece referencias seleccionadas entre los años que abarca este estudio, de 1991 a 1997, tanto en el diario *Ya*, como en *El Diario Vasco*. Pero antes de acercarnos a ese tratamiento discursivo de «los sitios de torear», es imprescindible detenerse en una cuestión previa que es fundamental para entender la filosofía del esencialismo en relación a la fórmula, o fórmulas, que deben ser utilizadas para la correcta aplicación del canon esencial desde el inicio de todo el proceso que constituye un lance o una serie.

Así, ese «sitio de torear» empieza en el momento mismo del cite, cuando el torero decide ponerse enfrentado a la testuz del toro, más o menos cruzado, es decir, más o menos desplazado su centro de gravedad hacia el pitón contrario por el que se va a realizar la suerte —si, por ejemplo, el torero tiene la muleta en la mano izquierda, el centro, o eje, del cuerpo del torero puede estar perfectamente centrado con el testuz de la res, pero también desplazarse más, y centrar ese eje con la línea del pitón derecho—. Ése es el punto de partida. Si el inicio no es correcto, nada de lo que se haga después va a tener valor. A partir de ahí, una vez realizado el cite, el torero debe mantenerse en el «sitio de torear», aguantar la embestida y conducirla hasta la parte de atrás de su cadera. Pero además, el torero tiene que tener aplomo, valor y capacidad suficiente —y aquí está la clave y la verdadera dificultad— para recuperar la posición inicial, volver a estar enfrentado a la testuz de la res, una vez se haya terminado el lance y se esté en

disposición de efectuar el siguiente. Como se verá más adelante, lo más frecuente es que el torero, aunque haga bien el cite, no sea capaz de aguantar esa posición de compromiso adquirida, y desarrolle los siguientes lances en una posición más aliviada.

En ese momento del cite, de querer provocar la embestida para empezar un lance o una serie, los matices son numerosos y, por ejemplo, para Apaolaza tiene un gran valor ese gesto de estar cruzado, como veíamos en el párrafo anterior, y «sacar la muleta de atrás», es decir, colocarse delante de la cara del toro llevando el brazo por el que se va a hacer el cite un poco por detrás de cuerpo y la muleta como escondida, para, una vez colocado el diestro centrado con la testuz, firme, ofreciendo el pecho en el gesto de ir adelantándolo progresivamente hacia los cuernos, ir trayendo poco a poco la muleta, sacándola de su ocultación, para terminar poniéndola perfectamente planta, perfectamente recta, delante de la cara del toro. De los numerosos ejemplos que pueden encontrarse en cada temporada, una pequeña muestra, «citó cruzado y con la muleta planchada»<sup>1210</sup>, en julio de 1991; «cruzado, en la distancia y con la muleta planchada por delante»<sup>1211</sup>, en abril de 1992; «se distanció, ofreció la muleta planchada, ligó los muletazos quedándose en el sitio, templando y rematando atrás»<sup>1212</sup>, en mayo también de 1992; «dando el pecho al quinto, sacando la muleta de atrás, trayéndoselo toreado»<sup>1213</sup>, en julio de 1997; «siempre o casi siempre, se puso en los sitios de torear, y le sacó al toro la muleta planchada de atrás»<sup>1214</sup>, en agosto de ese mismo año; y finalmente, una referencia muy interesante, de agosto de 1996, en el que el cronista nos aporta un nuevo matiz que certifica la importancia de la forma de empezar a torear, señalando que, si además el toro tiene peligro o aporta un plus de emoción, hay que estar sereno y seguro para enfrentarse a él desde esa posición que certifica la grandeza del toreo, su verdad, «otra vez la superación del miedo, otra vez la muleta por delante, otra vez la verdad»<sup>1215</sup>, escribirá Apaolaza.

Pero ese cite, además, debe realizarse a una distancia oportuna, adecuada a la condición de fortaleza y acometividad de la res, siendo esta cuestión también

---

<sup>1210</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Cargado, fuerte, espeso: café». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 10 de julio de 1991, p. 68.

<sup>1211</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «"Almejita", un toro culpable». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 28 de abril de 1992, p. 60.

<sup>1212</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Vale, Rincón, vale». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 26 de mayo de 1992, p. 68.

<sup>1213</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Un escalofrío en San Fermín». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 8 de julio de 1997, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 7.

<sup>1214</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Los toros del sonotone». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 18 de agosto de 1997, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 13.

<sup>1215</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Ummmmmm... Bilbao». *Art. Cit.*, p. 8.

fundamental para el cronista. Como se verá más adelante, una de las características del «destoreo» es ahogar la embestida, colocarse muy cerca del toro para que la embestida no adquiriera todo el impulso necesario. La cercanía a la res alivia también al torero que no debe aguantar una acometividad fiera provocada por el impulso que puede adquirir la res si viene desde lejos. Por el contrario, citar desde cierta lejanía demuestra, al menos de entrada, cierto valor del diestro que pretende demostrar su buena disposición ante el enemigo. Es, por tanto, la distancia a la que se hace ese cite factor clave de la correcta ejecución, y saber elegirla en base a las condiciones de cada toro una demostración tanto de valor como de capacidad intuitiva del diestro.

El también cronista de la Corriente Crítica Esencialista, Javier Villán nos habla de la existencia de ese sitio, de lo complicado que es ubicarse en él y de lo más complicado, si cabe, que resulta quedarse allí, y lo hace a través de la observación de una actuación del torero César Rincón, en la que el diestro colombiano «explicó, sin arredrase, los fundamentos de su tauromaquia: valor para situarse en el sitio en el que los toros no pueden negarse a embestir, y, conquistado ese lugar, no cederlo nunca aunque sea a costa de revolcones»<sup>1216</sup>. Hay por tanto, un inicio y un sitio para ejecutar el toreo bueno, el de verdad, y el cronista lo reconoce si así se efectúa, un proceso que se complementa con el resto de acciones y actitudes necesarias que, como podemos comprobar en esos ejemplos seleccionados en las distintas temporadas que comprende este estudio y que son explicados a continuación, nos permite entender por un lado el pensamiento del cronista y por otro su voluntad pedagógica de cara al aficionado.

Las dos primeras referencias están extraídas de la temporada de 1991. En la corrida celebrada el jueves 11 de julio de 1991 en la feria de San Fermín se lidian toros de la ganadería de Herederos de José Luis Osborne, un festejo en el que el torero César Rincón interpreta el toreo conforme al canon, sin desviarse un ápice, como así lo refleja Apaolaza, que destaca aspectos como la quietud, estar cruzado, sacar la muleta planchada, saber dar la distancia necesaria, además de indicar otros valores complementarios como la sencillez en la ejecución, entendida ésta como la ausencia de gestualidad innecesaria, y la capacidad del diestro, llamémosle firmeza y valor sereno, de pensar delante del toro para solucionar los problemas que éste plantea:

### **Nos ha jorobado, toreando... cualquiera**

---

<sup>1216</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «La muchacha que amaba a César Rincón». *El Mundo*, Madrid, 10 de julio de 1991, p. 40.

[...] Cesar Rincón vino a torear a Pamplona, no a lucir el traje de luces de Justo que es el que mejor cose y cortó dos orejas de las justas, de las de peso específico que nadie las equivoque con quincallerías varias a las que tan proclive es esta plaza de nuestros sudores. Si total, no hizo nada, me decía un aficionado. Se cruzó con los dos toros, sacó la muleta de atrás planchadita, dio distancias y no movió los pies para nada. O sea que toreó y ya saben lo del ciego: «Toreando, cualquiera. Nos ha jorobado». Su primero, mansón en el caballo y doliéndose en banderillas, llegó al muleta echando un poco la cara arriba pero con recorrido. Justo en el momento en que empezaron a cantar lo del «Puente sobre el río Kwai», se fue de la cara del toro y con sencillez, bendita palabra para definir el toreo, tranquilo, con reposo y sin ventajas lo llevó lento sin ahogar la embestida y buscándole en todo momento la distancia, otra palabra mágica, pensando en la cara, repentizando, cosa que es imposible si no se tiene la cabeza fría. [...]<sup>1217</sup>

Como colofón a las Corridas Generales de la Semana Grande Bilbao de ese año 1991 el domingo 25 de agosto se lidia una emocionante corrida de Eduardo Miura, una corrida que exige un plus de compromiso y de valor porque, si bien no desarrolla el peligro que tantas otras tardes sacan a relucir estos toros, requiere de toreros capaces que además quieran jugársela. La Fiesta, sin duda, como veremos que afirma Apaolaza, es más emocionante y más emocionante, y el concepto «colocarse en el sitio» adquiere aquí una de autenticidad superior ya que si con toros más o menos pastueños y nobles ubicarse en ese lugar es de por sí complicado, con los miuras, cuyas embestidas suelen ser inciertas, exige un esfuerzo mental mucho mayor. «Con la corrida de ayer, que no salió tirando bocados, había que estar allí, cosa fácil de decir y difícil de cumplir, entendiéndolo estar allí, colocarse en el sitio y lidiarla con torería, término que engloba la valentía. Con corridas así la fiesta es otra totalmente distinta, es otro espectáculo, otra cosa, quizá más auténtico y seguro que más emocionante que la sucesión de muletazos a toros dulces, chicos y romos»<sup>1218</sup>, escribe en la entradilla de la crónica Paco Apaolaza, que luego se recrea en lo realizado por el torero Francisco Ruiz Miguel que es capaz de dar cuatro naturales «citando cruzado, adelantando la muleta y trayéndose al toro toreado, tuvieron la sencillez, la verticalidad y el garbo de los grandes momentos donde se aúna la emoción con la calidad».

De nuevo el torero César Rincón, en esta ocasión durante la feria de San Isidro de 1992 ante toros de la ganadería Marqués de Domecq se distancia del toro, ofrece la

---

<sup>1217</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Nos ha jorobado, toreando... cualquiera». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 12 de julio de 1991, p. 76.

<sup>1218</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Dos vueltas al ruedo de torero». *Art. Cit.*, p. 5.

muleta planchada, y es capaz de quedarse en el sitio de torear y rematar atrás los muletazos como manda el canon. «César lo vio claro. Se distanció, ofreció la muleta planchada, ligó los muletazos quedándose en el sitio, templando y rematando atrás»<sup>1219</sup>, describe

En la parte final de la feria de San Isidro de 1992, el torero Enrique Ponce lidia la corrida del Puerto de San Lorenzo. El cronista establece la diferencia entre el muletazo aparente, de buena y elegante ejecución, pero sin compromiso frente al de verdad. Así, Ponce se muestra pulcro, templado, sin apreturas, y sin embargo, en un momento determinado decide colocarse cruzado con el toro, y aquello adquiere otra dimensión, la de la autenticidad, aunque sólo fuera en apenas tres lances en los que el diestro adelanta la muleta plana, se trae al toro, baja la mano, quiebra la cintura y remata detrás de la cadera. «En su primero, noble y colaborador, empezó despegado, elegante y sin garra por el pitón derecho. Fueron unos muletazos químicamente puros con olor a alcohol, como esterilizados. Se cruzó con el toro, adelantó la muleta plana, se trajo al toro toreado y, bajando la mano y cuarteando la cintura, remató detrás de la cadera tres veces seguidas. Sólo tres.»<sup>1220</sup>, describe Apaolaza.

Durante las Corridas Generales de Bilbao de 1993, el miércoles 18 de agosto, un toro de la ganadería de Baltasar Ibán empitona y hiere al diestro Juan Mora. Este percance sirve a Apaolaza para recordar que en «los sitios de torear», los sitios del compromiso con la profesión y con la Fiesta, es donde se producen las cogidas y las cornadas, de ahí su importancia y de ahí la autenticidad que adquiere todo lo que se hace —a pesar de que nadie puede garantizar el éxito— cuando se decide, y el corazón lo permite, situarse ahí. «Todas, absolutamente todas, las cornadas, las cornás reales y no las del hambre, duelen y las pegan todos los toros, vacas, vaquilla o bóvidos que embisten, por chicos y descastados que sean y todas se las pegan a la gente, a los toreros, entre otros que están en el sitio de pegárselas, bien sea por desconocimiento o despiste que por lo contrario, unas pueden ser las cornás del despiste o incompetencia y otras las que se las pegan a los valientes que se ponen en ese sitio y aguantan lo que haya que aguantar»<sup>1221</sup>.

---

<sup>1219</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Vale, Rincón, vale». *Art. Cit.*, p. 68.

<sup>1220</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Corto de ambrosía». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 6 de junio de 1992, p. 64.

<sup>1221</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «La “corná”». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 19 de agosto de 1993, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 8.

En la temporada de 1994, durante la Feria de Abril de Sevilla, nos explica el cronista lo difícil que es torear de verdad, lo difícil y costoso que puede llegar a resultar permanecer en ese sitio tan complicado donde el toreo se torna relevante, y nos explica asimismo como un torero de los considerados clásicos, el mejicano Miguel Espinosa, *Armillita*, tiene que hacer un tremendo esfuerzo, tiene que luchar «consigo mismo», contra sus miedos, contra sus dudas, para conseguir permanecer allí, y aún así, aún consiguiéndolo en algunos momentos en los que los lances adquieren cierta importancia, el toro se impone y todo queda reducido a momentos puntuales de una grandeza que no termina de redondearse por esa falta de confianza del diestro. «El toreo “by” Armillita fue sencillo, templado, armónico, verdadero, quebrando la cintura, liviano, casi líquido, ceñido y con ribetes de grandeza y locura. Armillita luchó consigo mismo por quedarse en el sitio y lo consiguió pocas veces; el toro de Ramón Sánchez venía con raza y vibración, el toro estuvo por encima suyo y si le liga dos series de naturales más como la conseguida tras mucho luchar, la faena hubiera sido antológica»<sup>1222</sup>, escribirá Apaolaza.

También en la temporada de 1994, el domingo 28 de agosto, en el último festejo de las Corridas Generales bilbaínas, el torero Domingo Valderrama se enfrenta a los toros de la ganadería de Eduardo Miura, unos toros altos de por sí, que ante la discreta estatura del diestro, 1,62 metros, lo parecen aún más. El valor del torero, su obstinación por torear, provoca unos momentos de emoción indescriptibles que mantienen en vilo al público. Pero Valderrama no duda a estos toros, y se coloca como manda el canon esencialista, y consigue —seguramente lo más difícil— quedarse colocado entre uno y otro lance para que estos sean ligados y sean de verdad, produciéndose una de las revelaciones de la concepción pura del toreo, como es que el pase de pecho que cierra una serie de muletazos sea forzado, frente a la norma habitual que se produce cada día de convertirlo en adorno cuando el toro no ha tenido fuelle o ha sido conducido desde una posición incorrecta. La explicación es muy sencilla, cuando un torero está en «los sitios de torear» e inicia una serie de lances, el toro se va ceñiendo a cada uno de ellos, comiéndose el terreno del torero, llegando un momento en que el diestro, si no se mueve de esa posición, se ve en la obligación, se ve forzado, a vaciar la impetuosa embestida con un pase de pecho que dé por concluida la serie y deje al toro ya fuera del terreno del diestro. Así, cuando Paco Apaolaza nos habla del remate, nos está hablando de ese pase

---

<sup>1222</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Toreo de autor». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 13 de abril de 1994, p. 64.

de pecho auténtico, frente a ese adorno insustancial tan frecuente. «Domingo Valderrama ha pegado los naturales de la feria en el sexto, sencillamente dando el pecho, adelantando la muleta, trayéndose al toro toreado con confianza, sin respingos y rematándolos detrás de la cara [...] La muleta a la izquierda, la suerte cargada, la muleta por delante y el toro que se arranca persiguiendo los vuelos y Valderrama que lo aguanta, lo manda y lo remata para quedarse colocado al siguiente y volvérselo a traer, y el remate como recurso verdadero y no como refitoleo estilista...»<sup>1223</sup>, explica un emocionado Apaolaza.

En ocasiones, el toro no tiene una condición notoria de bravura ni de peligro evidente, simplemente embiste, y aún así, el toreo se manifiesta como obra excelsa, como remanso de sosiego interior que permite contemplar, fuera de la tensión emotiva que provoca el toro encastado, toda su dimensión artística, toda su grandeza estética. El torero ejecuta conforme al canon, y todo se desarrolla como un baile perfecto, armónico, increíblemente bello, como así entendió Paco Apaolaza que ocurría el viernes 30 de octubre de 1994 en la plaza de toros de Las Ventas del Espíritu Santo, durante la Feria de Otoño, cuando un inspirado Curro Vázquez —entre los diestros más admirados por el cronista— desgrana ráfagas de torería inconmensurables que, como bien afirma, son como «ejercicios espirituales»:

#### **De toreo, tronío y oro**

Monumentos continuos al natural, muletazo a punto de pasar al recuerdo en el primero, citando de frente, los pies asentados en el suelo y todo el peso en sus plantas, el pecho por delante, la suerte cargada, suaves, sencillos, naturales, sin asomo de bataholas, ni complicaciones. Uno, dos, tres a un toro noble y sin brillo, otra vez el de pecho. Señor que perfección, qué aire, qué tronío, y los adornos hondos, bajos, sentidos y un pase de la firma como guinda. Andante “maestosso”. Ni una vuelta al ruedo, pobres ciegos. Que importa.

Otra faena al suavón segundo con son y poca vibración. Otra vez los naturales, tres, tres y tres más livianos más al aire del toro, una caricia básica aterciopelada. Un pase de pecho de embobar enrollado el toro a su cintura y unos ayudados. Viva el toreo de la placidez, sí señor, qué puñetas, viva este balneario de tarde, estos ejercicios espirituales. [...]»<sup>1224</sup>

Dos referencias rescatadas del año 1995. La primera de ellas en la Feria de Abril de Sevilla y el torero Vicente Barrera como protagonista en esta ocasión delante de un

---

<sup>1223</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Una finca para Valderrama». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 29 de agosto de 1994, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 8.

<sup>1224</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «De toreo, tronío y oro». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 1 de octubre de 1994, p. 76.

toro de la ganadería de los Herederos de José Luis Osborne. Barrera, su torero vertical —el diestro valenciano practica un toreo de quietud, sin forzar apenas la figura, muy vertical en su posición— pero comprometido en el que nos recuerda de nuevo el cronista la dificultad de situarse en ese sitio tan comprometido porque, entre otras cuestiones, los toros cogen y hieren a los toreros. «Las dos cositas que los toros le permitieron hacer a Barrera llegaron muy hondo, total *na*, tres naturales estoico, vertical, desmayado, en el sitio ése tan difícil donde los toros tienen más posibilidades de herir, toreando relajadamente»<sup>1225</sup>, describe Apaolaza.

Y de nuevo el esfuerzo ímprobo, la demostración de lo sumamente difícil que es mantener la cabeza fría para torear y quedarse en el sitio del compromiso, más aún si el toro tiene alguna dificultad o, como en este caso, se impone la responsabilidad de torear en la plaza de toros más importante del mundo sabiendo que hay que intentar como sea aprovechar la oportunidad y salir de la manera más honrosa de la cita, como le ocurrió al diestro vallisoletano Manolo Sánchez en la feria de San Isidro de ese año 95 ante toros portugueses de Oliveira Irmaos. «A Manolo Sánchez le costó sudor y alguna que otra furtiva lágrima ponerse en el sitio de torear con el primero»<sup>1226</sup>, dirá el cronista.

Del año 1996 son tres las referencias seleccionadas, dos en la plaza de toros de Pamplona y la tercera y última de este repaso en la de Bilbao. La primera de ellas es una descripción de las llamadas «de libro», en la que de nuevo el cronista da las claves del canon esencial. El lunes 8 de julio, el torero Javier Vázquez corta una oreja a un impresionante toro de la ganadería de Guardiola Fantoni, y lo hace a base de aplicar los principios fundamentales de ese canon, como adelantar, la muleta, dar el medio pecho, traerse al toro, rematar atrás y quedarse en el sitio para empezar de nuevo, algo que en la teoría parece tan fácil pero que a los toreros, tal y como explica Apaolaza al final con su proverbial sentido del humor, les resulta tan complicado por el grado de compromiso que incorpora. «Javier Vázquez le cortó una oreja la tercero y toreó, ¡oh albricias!, adelantando la muleta, en los sitios de torear, con sosiego, el medio pecho por delante, trayéndose al toro, un toro semidulce, y rematando detrás, para quedarse en el sitio de

---

<sup>1225</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Una tormenta de muletazos». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 21 de abril de 1995, p. 76.

<sup>1226</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Feria al estribillo». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 31 de mayo de 1995, p. 72.



ligar, eso que es tan difícil para toreros y personal vario de fiesta y cachondeo»<sup>1227</sup>, describe Apaolaza.

Y nos recuerda de nuevo Paco Apaolaza en esa misma feria que si algo diferencia esa ubicación delante de la cara del toro es porque en ella se experimenta la emoción, la de verdad, en la que la cabeza del torero tiene que funcionar con la suficiente templanza y cordura para mantenerse ahí, no aquella que viene impuesta por una estética insustancial, llena de gestualidad, de un histrionismo que parasita la Fiesta y la desprestigia porque se aplica en cualquier circunstancia y más cuando el toreo ha circulado por el carril del populismo. Así, un toro serio, de una ganadería seria, como la gaditana de Cebada Gago, y un torero que decide jugársela sin demostraciones de supuesta hombría antiestética, sirven para desmontar el tinglado de la mentira, como hizo el diestro José Tomas el sábado 13 de julio. «José Tomás [...] se puso en los mismos sitios, que son aquellos donde el toreo es emoción, y donde a la fuerza bruta, a la embestida punto fiera se le opondrá la cabeza bien entendida, el sosiego, la verdad y el aplomo, puñetas, el aplomo, sin alharacas huecas y demagógicas»<sup>1228</sup>.

Para terminar este repaso sobre la explicación de los sitios de torear que hace Paco Apaolaza una bonita crónica extraída de las Corridas Generales bilbaínas de ese año 1996. En esta ocasión el que emociona y merece todos los respetos de cronista es el torero Víctor Puerto, que apuesta por intentarlo desde la verdad, y consigue una meritoria faena porque el toro, de la ganadería salmantina de Atanasio Fernández, tiene serias complicaciones que añaden emoción a la ya de por sí emocionante lidia. En la crónica firmada por Apaolaza el domingo 25 de agosto de nuevo todos los argumentos del canon esencial sobre la mesa, la distancia, la muleta planchada, traerlo toreado, cargar la suerte, y rematar detrás, y todo, además, con ese plus de emoción que provoca un toro que se viene de largo. Víctor Puerto no pudo redondear la faena porque a la hora de matar no estuvo afortunado, sin embargo quede constancia de lo experimentado por Paco Apaolaza:

#### **Víctor Puerto, un ‘crujío’**

[...] Un torero, con su toreo y un toro los crujió de por feria; una faena los apasionó, los encandiló y unos muletazos de verdad los rindió a la evidencia del toreo sin mistificaciones. [...] El sexto toro, por fin, se vino

<sup>1227</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Huevos a las Clarisas». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 9 de julio de 1996, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 5.

<sup>1228</sup> APAOLAZA BANASTIER, Fr. «‘Perpetuum mobile’». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 14 de julio de 1996, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 6.

arriba y empezó a embestir gracias a que Víctor Puerto se quedó en el sitio, en la distancia, le sacó la muleta planchada con el brazo pegadito al cuerpo, lo citó y, al toque, se lo trajo toreado y sometido con la panza de la muleta, el pecho adelantado, cuarteando la cintura, cargando la suerte —no es broma ni ensoñación— y rematando muy atrás, más ceñio que la mar pasándose al toro, un toro que se venía, por la misma barriga.

Así una vez, dos, tres, el tío sin perderle un paso, la mano baja, ligando el muletazo para rematar con el de pecho de verdad, es decir que los pitones del toro recorren el camino que va desde el tobillo hasta la hombrera contraria girando la cintura. O sea, delicioso a la par que emocionante.

Se echó la muleta a la mano izquierda y por ahí ni una broma al toro, incierto, cortón y sin entregarse y el torero igual llevándolo largo, sometido, templado, los tres muletazos más importantes que se han pegado en la feria y así hasta el final, incluido revolcón importante al caerse el matador en la cara del toro. [...] <sup>1229</sup>

#### *b) Los sitios donde no se torea*

Al igual que para Paco Apaolaza existe ese «sitio de torear» existen también el sitio o los sitios donde no se puede torear, es decir, donde el toreo que ahí se practica carece del menor mérito e interés porque falsea —en realidad nace ya falso— el compromiso con la verdad de la Fiesta. Evidentemente, esta disposición delante de la cara del toro es muchísimo más frecuente que la auténtica, y son innumerables las referencias encontradas en los años analizados e infinidad las fórmulas que el cronista usa para sancionarlo.

Como se afirmaba al principio de este apartado, la crítica parte de una premisa fundamental, como es la incorrecta colocación del diestro a la hora de iniciar el lance o la serie de lances. Si, como veíamos, en la correcta aplicación del canon el torero tiene que estar cuando menos centrado con la testuz de la res, interpuesto en el camino natural que marcaría su trayectoria, en este caso lo normal es que el diestro esté ubicado fuera de esa ubicación, a un lado de la cabeza del toro, a una distancia más o menos grande, que puede ir desde estar cerca del pitón o en línea con él, lo que en el lenguaje taurino se llama al «hilo del pitón», hasta el espacio que permite la largura del brazo y la contorsión del cuerpo, es decir, «fuera de cacho». Es éste para Paco Apaolaza el pecado capital del toreo, porque desde esa ubicación se está jugando con ventaja, se está escamoteando la verdad, se está aplicando un concepto de toreo tramposo, que puede

---

<sup>1229</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Víctor Puerto, un 'crujio'». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 25 de agosto de 1996, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 8.

ser muy vistoso, pero que carece de todo compromiso con la verdad, y lo explica de manera concreta y tajante durante la Feria de Abril de Sevilla de 1995, al señalar que «con los engaños retrasados no se puede torear; fuera de cacho, tampoco; para atrás, tampoco; rematando a la carrera, tampoco»<sup>1230</sup>.

Y en este orden de cosas y antes de empezar el repaso de todas esas expresiones que definen esa forma de no torear utilizadas por el cronista, un ejemplo de crónica, en este caso de la temporada de 1994, en la que explica —en realidad, dada la situación de la torería andante, afirma que es inútil explicar nada— cómo debe hacerse el toreo ajustado al canon, cuáles son sus principios básicos amén de que el enemigo, el toro, debe tener un mínimo de entidad, de cualidad de bravura para aquello adquiriera cierto grado de relevancia:

#### **Manda narices**

Manda narices u otras cosas, o tiene narices u otras cosas, o qué vergüenza, madre, qué refítoleo, que gran mentira sosa y aburrida, qué bostezo largo y cálido como el verano de Tennessee, qué horror o negación de los principios que hacen grande esta fiesta que puede aguantar, incluso, a toros como los del Marqués, a toreros aburridos, tecnócratas del K.O. técnico, medio toreros con el medio toro a los que, encima, tenemos que soportar que los llamen maestros. Manda narices, qué fiesta más grande, incluso dirigida por un presidente que fue un espejismo cuando lo hizo bien [...] Nadie se presente a ese concurso de estafado de toro, el primer premio está concedido. Contengan los bostezos y sepan que no siempre es lo que así parece.

Es inútil explicar que se torea adelantando la muleta, cruzado con los toros, templado, rematando atrás los muletazos, con el pecho y no el culo por delante, con la muleta plana, con gusto, con verdad. [...] Se puede decir que todo eso hay que hacerlo ante un toro y no ante un semoviente unglado sin fuerza, con la lengua fuera, que anda porque no sabe arrastrarse, que se echa cuando no puede más, que renuncia a la lucha, concepto que están eliminando de sus genes. ¿Es cosa inútil? Honradamente creo que no, aunque se empeñen en demostrar lo contrario los propios profesionales, que vienen a ser los cómplices de esta boñiga maloliente. [...]<sup>1231</sup>

El tratamiento discursivo de la crítica hacia la forma de torear, o no torear, que se efectúa desde sitios fuera de todo compromiso con el canon está conformado por una terminología muy variada e interesante que, para mayor claridad, se ha dividido en varios apartados antes detallados en el esquema correspondiente, si bien no existe

<sup>1230</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Azuquiqui 'pa' los pollos». *Ya*, Madrid, 26 de abril de 1995, p. 91.

<sup>1231</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Manda narices». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 28 de agosto de 1994, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 9.

fórmulas específicas, concretas o exclusivas sino que lo más habitual es la mezcla de varias de ellas en una misma proposición.

- No ponerse en los sitios de torear, en los alrededores de los sitios de torear, en la periferia de los sitios de torear, en los sitios donde no se torea, etc.

Así, en un primer apartado se recogen referencias que denuncian que el diestro no se ha puesto o colocado en los llamados «sitios de torear» como definición precisa y escueta de que lo realizado no ha sido de manera correcta. Las expresiones pueden ser, tal y como recoge el enunciado, del tipo «no ponerse en los sitios de torear», o ponerse en «los alrededores de los sitios de torear», «la periferia de los sitios de torear», «los sitios donde no se torea», incluso, como se verá en un ejemplo en «las circunvalaciones del toreo».

Dos primeros ejemplos los rescatamos de las Corridas Generales de Bilbao de la temporada de 1992, en una tarde en el que el diestro valenciano Enrique Ponce, a pesar de desarrollar un toreo con ciertas dosis de elegancia, en ningún momento se coloca en el lugar del compromiso, situándose en, la llamada por Apaolaza, «la periferia» de esos sitios de torear siendo su toreo, por tanto, distanciado. «Luego, con la muleta, estuvo elegante, toreando por la periferia, sin rematar, distanciado y citando a unas distancias inverosímiles»<sup>1232</sup>, y el segundo, tres días más tarde, cuando el diestro Manuel Caballero pierde una grandísima oportunidad de triunfo ante el mejor toro de la feria a ojos del cronista, de la ganadería de Lamamié de Clairac, por no tener la confianza de colocarse en el sitio de torear, un toro al que «se dejó ir, por no acoplarse ni estar en el sitio, al toro más enrazado y con más interés de la feria, un toro para gozo de aficionados»<sup>1233</sup>.

Vicente Ruíz, *El Soro*, tampoco acierta a confiarse con un toro soso y con poca fuerza de Murteira Grave el domingo 16 de mayo de 1993. «Por allí, en los alrededores del toro, anduvo con más voluntad que acierto, que se decía antes»<sup>1234</sup>, escribe Apaolaza.

---

<sup>1232</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Tres finos toreros». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 18 de agosto de 1992, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 11.

<sup>1233</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Toros de los de antes para toreros de los de ahora». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 21 de agosto de 1992, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 4.

<sup>1234</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «A firmar el empate». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 17 de mayo de 1993, p. 80.

El torero sevillano Emilio Muñoz se muestra incapaz para ponerse en ese sitio mágico ante otro buen toro, en este caso de Sánchez Iburgüen, el jueves 14 de abril de 1994 en Sevilla, lo que lleva al cronista a lamentar que perdiera esa oportunidad y sobre todo a que desaprovechara ese toro con tan buenas cualidades. «Cuando va y sale uno, el segundo de Muñoz y no se le forma un lío y se tiran líneas rectas, cuando un toro se le va a un torero, al barroquismo y la tragedia de Emilio Muñoz y el artista no puede ponerse en el sitio de torear...»<sup>1235</sup>, se lamenta Apaolaza. Debe destacarse en esta referencia la utilización del término «tirar líneas», que se aborda más abajo, como expresión del esencialismo para definir el desarrollo y remate de un lance, fórmula que describe otra manera más de aliviar el lance al alargar la embestida de la res en línea recta y no en la preceptiva curva alrededor del cuerpo del diestro.

El domingo 17 de abril de 1994 Juan Antonio Ruíz, *Espartaco*, le corta una oreja al segundo toro de la tarde que, como el resto de los lidiados, era de la ganadería de Juan Pedro Domecq. Sin embargo, ese triunfo no puede esconder que el diestro de Espartinas lo hizo «todo por fuera, todo por las circunvalaciones del toreo»<sup>1236</sup>, como así interpretó el cronista.

Justo un mes después, el 17 de mayo, en Las Ventas del Espíritu Santo, es el novillero Jesús Romero el que no se pone en el sitio de torear, aplicando la concepción más extendida entre los diestros de ubicarse, como bien describe Apaolaza, torcido y con la muleta retrasada. Romero, escribe el cronista, «no se puso en el sitio de torear para ligar las series sino en ese que dicen es más complicado: allá, torcido el gesto y la muleta retrasada»<sup>1237</sup>. Debe explicarse que el cronista se refiere en esta frase a que los taurinos, para justificar su falta de confianza y de compromiso, señalan que ubicarse fuera de los sitios de torear es más meritorio y complicado, algo que, evidentemente, desde el esencialismo se desmiente, porque, como explica pocos días después en la misma feria, es el torero Enrique Ponce el que se ubica en ese lugar en el que la emoción no termina de aparecer y la desconfianza es la reinante, a pesar, eso sí, de tener todo una alta dosis de elegancia, de fría belleza, esa belleza inconclusa que no brota del riesgo que la hace insuperable. «El otro toro, un tío con vibración, con viaje enrazado y Ponce que lo ve y Ponce que pone en el sitio de pegar muletazos sin emoción, sin

---

<sup>1235</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Acción letárgica». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 15 de abril de 1994, p. 72.

<sup>1236</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Los toros zombis». *Ya*, Madrid, 18 de abril de 1994, p. 32.

<sup>1237</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Adiós muchachos, escribid». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 18 de mayo de 1994, p. 64.

confianza, con elegancia, con frialdad y se le empieza a echar en cara su despego»<sup>1238</sup>, dirá Apaolaza.

En la parte final de la feria de San Isidro de 1995 es el novillero Alberto Elvira el que falla de planteamiento ante un novillo ideal para la apoteosis en la plaza más importante del mundo. Sin embargo, «tampoco se colocó en los sitios de torear y sí en los de dar mantazos con un muletón de la superficie de un apartamento en la playa y siempre aposturado»<sup>1239</sup>. Curiosa en este caso también la referencia al tamaño de la muleta empleada por Elvira, algo que puede indicar esa falta de confianza.

Y en sea periferia e los sitios de torear, como veíamos que se ubicaba Enrique Ponce en una referencia de 1992, se coloca también José Ortega Cano en la feria de San Isidro de 1995, incapaz de sacar mínimo partido a un buen toro de Los Bayones. «A Ortega Cano se le fue el toro enterito. No pegó un solo muletazo..., nada. Se colocó fuera de cacho y toreó por la periferia. Las segundas partes fueron como las primeras y los mantazos embarullados enfadaron al personal»<sup>1240</sup>.

En la decimoséptima corrida de la feria de San Isidro de 1996 Enrique Ponce corta una oreja de un excelente toro de la ganadería de Valdefresno, bautizado como *Lironcito*, lidiado en sexto lugar y que es recordado por muchos aficionados, ya que de haber acertado con el estoque al primer intento, es casi seguro que el diestro de Chiva se habría llevado las dos orejas. Sin embargo, Apaolaza no lo ve así, y para él Ponce anduvo por allí «pegándole mil trapazos sin ponerse en los sitios de torear, con la muleta echa un buñuelo y ligando menos que el chófer del Papa»<sup>1241</sup>.

Como último ejemplo de este apartado, en la Feria de San Fermín de esa temporada de 1996 y ante toros de El Sierro, el diestro Raúl Gracia, *El Tato*, es fiel reflejo de lo difícil que resulta estar centrado, ortodoxamente, ante un toro de gran seriedad, resultando su faena «inconexa, retorcida en sus posturas, como si pegar un muletazo fuera una empresa imposible y cruzarse una entelequia. Muleta retrasada, estaquillador torcido y carrerita después de cada muletazo el argumento», y, con su

---

<sup>1238</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Una cosa para toreros». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 26 de mayo de 1994, p. 76.

<sup>1239</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Diez cortijos, diez». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 4 de junio de 1995, p. 76.

<sup>1240</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «¡Músicaaaaa!». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 19 de mayo de 1995, p. 80.

<sup>1241</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Un toro se corta una oreja». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 28 de mayo de 1996, p. 66.

proverbial sentido del humor, Apaolaza nos explica gráficamente la distancia que existe entre toro y torero en cada cite, en cada serie. «Reacciona cuando el toro se para puesto que hasta entonces no consigue ponerse en el sitio de torear y en cada muletazo pasa entre él y el toro el Ejército de Salvación con bombo incluido»<sup>1242</sup>, escribe Apaolaza.

- *Fuera de cacho, muleta retrasada, al hilo del pitón, con el pico de la muleta, sin cruzarse, sin apreturas, descolocado, torcido, etc.*

Un segundo apartado sirve para recoger la terminología más habitual en las crónicas de Paco Apaolaza cuando habla, sobre todo, del momento del cite para iniciar un lance o un lance repetido en una serie. Si en la forma ortodoxa citar cruzado y permanecer cruzado es lo correcto, no estar ahí es signo de agravio a aquella. Aquí las expresiones hacen referencia a aspectos como estar situado o citar al «hilo del pitón», es decir en línea con el pitón por el que se pega el lance, o incluso algo por detrás de este, normalmente siempre en la cercanía de la res, siendo muy normal que el cite sea con «la muleta retrasada» y/o con «el pico de la muleta», que se traduce en que ésta está colocada no plana delante de la testuz, sino detrás de la pierna por la que cita, detrás de la cadera —si el torero intenta un lance por el pitón izquierdo de esta guisa, parte de la muleta estaría detrás de su pierna o cadera izquierda, lo que significaría, además que el torero esta perfilado o en posición de perfil— o también oblicua, de menara que la punta exterior del engaño incita al pitón contrario, lo que provoca que la embestida sea hacia afuera. Otra expresión habitual es estar «fuera de cacho», deterioro en la ubicación aún peor que al hilo del pitón porque el diestro ni siquiera está en esa línea del pitón, sino totalmente desplazado de la testuz, fuera de las paralelas que marcan los pitones independientemente de la distancia a la que se efectúe el cite, desprendiéndose de esta ubicación aspectos como estar «distanciado», «sin apreturas», «torcido» o similares.

Y, como se afirmaba, las referencias son innumerables en cada temporada. Un primer ejemplo interesante lo tendríamos en la feria de Bilbao de 1991, en la corrida celebrada el domingo 18 de agosto, en la que, ante toros de la ganadería portuguesa de Palha, los diestros Tomás Campuzano y Pedro Castillo hacen uso de las argucias antes descritas y son censurados por el cronista, Campuzano por estar al hilo del pitón, «Tomás Campuzano no pudo con ninguno de sus dos toros pasar del voluntarismo

---

<sup>1242</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Liria, Pepín Liria». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 11 de julio de 1996, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 5.

vulgar de citar al hilo del pitón y no quedarse en el sitio»<sup>1243</sup>; y Castillo por torear con la muleta torcida y retrasada —símiles de utilizar el pico de la muleta con ésta por detrás de la pierna—, y por lo tanto distanciado, «citó fuera de cacho, con la muleta torcida y retrasada, distanciado y artificial, vamos, que no pegó un solo muletazo digno de ese nombre, sino trapazos vulgares a un toro que tenía transmisión y temple».

Tres son las referencias extraídas de la temporada de 1992, dos de ellas en la plaza de toros de Sevilla durante la Feria de Abril y la tercera de la feria de San Isidro. En la primera, celebrada el domingo 19 de abril con toros de la ganadería Marqués de Domecq, César Rincón no se confía con le embestida de su primer toro y se coloca fuera de cacho, situación ésta proclive a una posición forzada del cuerpo, es decir, el torero intenta colocar la muleta delante de la cara del toro, pero lo hace desde una posición tan alejada de la testuz que le obliga a contorsionar su figura. Y esto le ocurría a un torero que, además, había sido santo y seña de la ortodoxia la temporada anterior y ahora se mostraba excesivamente precavido, ya que «en su primero no supo como meter mano al toro más interesante. Verlo fuera de cacho, verlo arqueando la cintura con la muleta retrasada y sin ofrecer el pecho, dubitativo y sin resolver me hizo recordar tiempos mejores donde la vibración corría por su cuenta y no buscaba la coartada»<sup>1244</sup>, escribe Apaolaza. En este festejo, también, Julio Aparicio, en el tercero de la tarde, un toro incómodo, con el que «no llegó a cruzarse ni a sacarle la muleta limpia».

Como decíamos, la segunda referencia también es de la misma feria, en esta ocasión el miércoles día 29 de abril, y los toros de Salvador Guardiola Fantoni. Este día, a ojos del cronista, el torero José Antonio Campuzano da un recital de los elementos que, concatenados a partir del cite fuera de cacho, dar lugar al toreo sin autenticidad a pesar que repitió la acción, muy valorada por Apaolaza por la emoción que lleva impresa, de dar distancia a la res. Así, el cronista vio que «su segundo fue y vino las veces que el matador lo citó fuera de cacho, sin maldad, sin emoción y a cámara lenta. La faena fue como de quincalla, sin cruzarse ni una sola vez, pegando zapatillazos, sin templar nunca y rematando los muletazos con la mano por arriba, reiterativo y vulgar aunque dio distancia al toro»<sup>1245</sup>. En este festejo vemos también como Apaolaza censura

---

<sup>1243</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Angustioso final con dos cornadas estremeecedoras». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 19 de agosto de 1991, p. 60.

<sup>1244</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «A César Rincón se lo comió el ambiente y Aparicio fue borrado». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, lunes 20 de abril de 1992, p. 68.

<sup>1245</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Más que gesto, mueca». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 30 de abril de 1992, p. 76.



que Paco Ojeda en el quinto de la tarde citara al toro con la cadera, es decir, en una posición casi perfilada, sin ensañar la pierna contraria como manda el canon, y así obtuvo «series de tres muletazos en los que citaba con la cadera en la lugar de con la pierna contraria».

Y si en la Feria de Abril veíamos que César Rincón no estaba a la altura, algo similar le ocurre en la de San Isidro de esa misma temporada, y ante toros de la ganadería de Baltasar Ibán, que justo un año antes le habían dado gloria y fama, en esta ocasión se muestra tan dubitativo como en Sevilla, prefiriendo aplicar la técnica torera al uso de ni citar ni quedarse en el sitio, lo que le obliga a una continua rectificación de terrenos entre muletazo y muletazo. En la crónica del día 2 de junio Apaolaza nos explica que «el problema fue que Rincón le aplicó las bases del toreo moderno, citar fuera de cacho y quitarle la muleta entre muletazo y muletazo para poder rectificar el sitio»<sup>1246</sup>, en un festejo en el que el albaceteño Manuel Caballero se vio desbordado y «el ambiente se comió al muchacho que sacó todo el repertorio de muletazos despegados».

De la temporada de 1993 son tres las referencias seleccionadas. Las dos primeras en la plaza de toros de Madrid durante la feria de San Isidro. En una de ellas, acusa al torero Jesús Janeiro Bazán, *Jesulín de Ubrique*, de no saber torear, o de saber hacerlo únicamente desde distancias erróneas y fórmulas inadecuadas y, por tanto, sin ninguna validez conceptual canónicamente hablando. Así, el viernes 14 de mayo, ante toros de Puerto de San Lorenzo, el diestro hace gala de esa incompetencia y al día siguiente Apaolaza sanciona señalando que Jesulín «no sabe traerse a los toros y sólo sabe torear con la muleta retrasada y a distancias inverosímiles»<sup>1247</sup>.

La segunda referencia, tres días después, el 17 de mayo, en la misma plaza, es interesante porque Apaolaza nos explica que citar al hilo del pitón es, más que una ventaja, una trampa, a la que llama trinchera. Quiere decir con esto que el torero en esa posición se siente protegido, más confiado, pero como bien ha explicado en tantas ocasiones, nada puede tener autenticidad desde esa ubicación. El toreo es evidente que puede llegar a ser muy técnico, muy templado, incluso elegante, pero nunca, nunca, de verdad. «Finito tanteó el terreno sin salir de la trinchera del hilo del pitón, sin cruzarse

---

<sup>1246</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Sin tocar pelo». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 2 de junio de 1992, p. 68.

<sup>1247</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Viernes gris marengo». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 15 de mayo de 1993, p. 72.

una sola vez, aséptico y elegante montó una faena irregular que comenzó templada, terminó sin reposo y, desde que el toro le pegó un regate, enganchada»<sup>1248</sup>, escribirá un Apaolaza decepcionado.

Más claro si cabe se muestra el cronista en la cuarta corrida de la feria bilbaína en la que se lidian toros de la ganadería de Baltasar Ibán y de nuevo el torero albaceteño Manuel Caballero, que sustituía por percance al portugués Víctor Mendes, consigue el efecto de «ahogar» la embestida de uno de sus toros, primero por no darle la distancia que el toro merecía, y segundo porque es una de las consecuencias que se producen si el cite se hace desde una ubicación incorrecta y una forma heterodoxa, en el caso que nos ocupa con el pico de la muleta. «Caballero, sustituto de Mendez, se encargó de ahogarlo, de citarlo con la muleta retrasada y fuera de cacho por el izquierdo y con el pico de forma asaz escandalosa por el derecho. La gente empezó aplaudir las dos primeras series pero después se calló porque aquello no tenía emoción, ni elegancia, ni torería, sólo ventajas»<sup>1249</sup>. La acción de ahogar la embestida es recurso habitual de los toreros cuando, por miedo y/o inseguridad, no tienen confianza en las arrancadas largas de las reses y prefieren situarse muy cerca para evitar esa acometida desde una cierta lejanía.

Una única referencia se ha rescatado de la temporada de 1994, correspondiente a la séptima corrida de la Feria de San Isidro celebrada el viernes 20 de mayo, en la que Jesús Janeiro Bazán, *Jesulín de Ubrique*, torea clamorosamente fuera de cacho a sus dos toros de El Puerto de San Lorenzo, particularmente al tercero en el que se coloca «fuera de cacho, retorcido, dejándose al animal allá, enganchado, fullero y sin poder con la máquina, al que aburrió a base de najarse y escaparse»<sup>1250</sup>.

Y también una única, y muy interesante, referencia de 1995 en la que Apaolaza hace crítica del funcionamiento del sistema, del lado brillante de la luna que veíamos refería en el punto anterior, en el que las lidias con vitolas artísticas de ciertos toreros —en este caso José María Manzanares y Julio Aparicio— sirven para camuflar carencias imperdonables tanto en disposición como en colocación y técnica. Así, Apaolaza denomina en esta ocasión las lidias y suertes como «toreillos», que son el

---

<sup>1248</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Y llovía y llovía». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 18 de mayo de 1993, p. 68.

<sup>1249</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «La “corná”». *Art. Cit.*, p. 8.

<sup>1250</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «¡Plof!, la mancha». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 21 de mayo de 1994, p. 68.

parapeto donde se ampara la mentira a través de efectos como la compostura o la donosura que, con un alto grado de barroquismo, camelan a los públicos poco enterados, «con los toreillos esos que se hacen con las muletas inclinadas, tangenciales, fuera de distancia y fuera de sitio, rematando los muletazos pegados de esa guisa a la altura de las hombreras, tensos, esforzados en el zapatillazo»<sup>1251</sup>, habrá dejado escrito, que a continuación nos habla de los muletazos de Manzanares, unos lances que incluso desprende aroma de torería a pesar de haberse planteado desde la mentira. «Al hilo del pitón y con el estaquillador pegado al muslo compuso una faena con dos muletazos templados, un comienzo templado y torero y un remate final, todo andando, aromático». Aparicio «Tenso, gritón, movido, encogido, quitándose de un muletazo a otro».

Y la última referencia de este segundo apartado es una durísima crítica al torero aragonés también citado anteriormente Raúl Gracia, *El Tato*, que en la feria de San Fermín de 1997 y ante toros de Guardiola Fantoni desaprovecha la gran oportunidad que le ofrecen sus dos enemigos —de hecho Apaolaza titula la crónica «Toros por el desagüe»— a fuer de aplicar ese neotoreo que consiste en escamotear la verdad e intentar conquistar el reconocimiento del público a base de insistir con fórmulas tramposas. Por lo tanto, el cronista se muestra implacable en su censura a la faena del segundo toro de la corrida, «Tato toreó como desganado, fuera de cacho, fuerísima, forzando el brazo, las piernas, la espalda, las cervicales y citando con el pico más pico en una faena interminable», y en la misma línea al comprobar que su actitud se mantiene en el quinto, «El Tato se empeñó en torear allí y no aquí, con la muleta torcida, a otro toro consentidor al que había que darle distancia y ligarlo. Otra vez desganado se le fue la oportunidad de mondar la plaza pero no se puede estar en misa y repicando, distanciando y torero»<sup>1252</sup>. Esa bonita expresión de «torear allí y no aquí» resume a la perfección tanto el cúmulo de defectos que el escritor había podido observar así como la falta de autenticidad de lo realizado por El Tato.

- *Torear para atrás, destorear, saltaperiquear, torear con ventajas, torear a distancia, torear afectado, torear aposturado, etc.*

En este tercer apartado se recogen expresiones relacionadas con algunos de los resultados que se producen cuando el toreo se hace desde las premisas vistas en los

<sup>1251</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Toreillos, pingüis y toreo». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 20 de abril de 1995, p. 68.

<sup>1252</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Toros por el desagüe». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 9 de julio de 1997, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 4.

apartados anteriores. Una consecuencia de la evolución del toreo hacia esa práctica cada vez menos ortodoxa, hacia esa técnica que puede llegar fácil a los tendidos pero que se escabulle del principio de autenticidad, es la conversión de éste en un toreo que se hace «para atrás». Si el toreo defendido desde el esencialismo tiene como una premisa fundamental que el diestro tiene que estar interpuesto en el camino del toro para desde el arte desviar su trayectoria, en la nueva concepción taurómaca, la del lado brillante de la luna, esto deja de tener valor, siendo la acción de ligar los muletazos lo que más interesa, cuantos más mejor, a base de retirarse de ese punto trascendental, es decir, torear para atrás en vez de para adelante.

En esta vorágine de denuncias del toreo mistificado, hay una que tiene un significado particularmente concluyente, expresada con la utilización del término «torear para atrás». Como hemos visto reiteradamente, el toreo de muleta visto desde el esencialismo basa su teoría conceptual en esa colocación del diestro enfrente al testuz de la res, cruzado en mayor o menor medida. La realización de la suerte, de cualquier suerte, requiere, además, un plus de complejidad al exigir que terminada ésta, el diestro esté en la posición inicial, es decir, de nuevo enfrente, cruzado, al testuz de la res para empezar, si es menester, un nuevo lance, y así sucesivamente hasta completar una serie. De esta manera, el toreo, por esa inercia que adquiere dentro de sus propios movimientos al pretender alcanzar la posición inicial, se efectúa hacia adelante, siempre dando un paso hacia adelante.

Sin embargo, la evolución de fórmulas, la búsqueda permanente de alivios, conduce a no colocarse delante de la cara del toro, a dejar que éste realice su recorrido sin que el torero tenga la necesidad insoslayable de desviar su embestida, facilitando la repetición de los lances, y alcanzando su máxima perversión cuando el diestro, ante esa repetición de acometidas, no sólo no avanza el preceptivo paso, sino que además lo da para atrás. Este gesto de apartarse tiene asimismo una doble vertiente. La repetición reiterada de pases dentro de una serie desde esta premisa falsa, resulta, por otra parte, muy vistosa, ya que permite ligar los muletazos de una manera tan fácil como poco comprometida, embaucando al público, que ve series completas, perfectamente ligadas, sin solución de continuidad. El toreo con esta fórmula de alivio absolutamente extendida adquiere una de sus máximas mistificaciones, como así lo denuncia en varias ocasiones Paco Apaolaza. Pero también puede ser que la acometida de la res, su velocidad, su ímpetu, desborde al matador y éste, en lugar de tratar de imponerse a esa

acometividad, lo que intente sea contrarrestarla a base de dejar al toro el camino libre en un gesto de falta de confianza absoluta.

En la temporada de 1991 reaparecía Pedro Gutiérrez Moya, *El Niño de la Capea*, después de dos años retirado de los ruedos. Las cosas no le rodarán bien desde el principio —en la segunda corrida toreada, el 15 de abril en Sevilla, recibió una fuerte cornada que le hizo perder toda la confianza— y su caminar por la Fiesta será un deambular casi desesperado, un quiero y no puedo con más pena que gloria. En las Corridas Generales de ese año, el día 24 de agosto se enfrenta a toros de Dionisio Rodríguez, y a pesar de empezar con cierta confianza, no consigue mantener el nivel y pasa a aplicar ese neotoreo hacia atrás. «En su primero tuvo un comienzo esperanzador por la confianza en el trasteo, pero después no pudo dominar la situación que planteó un toro corto, listo y con la cara alta. Se aturulló y empezó a torear para atrás con vulgaridad»<sup>1253</sup>.

En la sexta corrida de la feria de San Isidro de 1993, celebrada el jueves 13 de mayo, es el diestro Ortega Cano no se ve capaz de adquirir el mínimo compromiso, en una faena llena de «gestos vanos y ampulosos» pero sin el mínimo de verdad, y así se lo recrimina el cronista que nos explica que el torero cartagereno «ni se cruzó, mejor dicho, se descolocó constantemente [...] toreó para atrás con un toro bonachón y con las fuerzas muy medidas»<sup>1254</sup>.

También Juan Antonio Ruiz, *Espartaco*, torea para atrás en la primera corrida de la Feria de Abril de 1995 a un toro de Torrealta, con el que «anduvo inseguro, violento, apresurado toreando, bueno eso, por fuera, para atrás, tenso y sin la ideas claras»<sup>1255</sup>. Y casi al final de la feria de San Isidro de ese mismo año, el martes 6 de junio, José María Manzanares se aplica al ejercicio de ese tipo de toreo que consiste en ir apartándose a cada muletazo, «siendo como Manzanares, todo fineza y cómo se pueden pegar a modo de muletazos huyendo para atrás como en el cuarto»<sup>1256</sup>, explica Apaolaza.

Un claro ejemplo de esa incapacidad del matador para imponerse a la acometividad de la res lo encontramos en la crónica del lunes 13 de mayo de 1996

---

<sup>1253</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Los muletazos por fax». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 25 de agosto de 1991, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 4.

<sup>1254</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Una de resaca». *Art. Cit.*, p. 80.

<sup>1255</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Dos toreros ‘esnortaos’». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 17 de abril de 1995, p. 60.

<sup>1256</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «El algodón no engaña». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 7 de junio de 1995, p. 72.

también en la feria de San Isidro y con Manuel Caballero como protagonista. Si en el primer toro el torero de Albacete nos dice Apaolaza que «estuvo pulcro en el primero, que digo pulcro, desinfectado con un invalidorro bonito y astifino», en el «cuarto, que tenía cierto recorrido por el izquierdo, lo desarmó no sé ni las veces y el matador terminó toreando para atrás, como capeando un temporal contenido»<sup>1257</sup>, es decir, Caballero opta por ese recurso, vistoso, pero insustancial para conducir las embestidas.

Otro aspecto denunciado por el cronista es la teatralización excesiva en la realización de las faenas, algo que denomina, al igual que en su momento hicieron Vicente Zabala o Alfonso Navalón, «torear con afectación» o falta de naturalidad que muchas veces es fruto de la incomodidad del diestro delante de la cara del toro y que le conduce a forzar el gesto, una especie de falso ademán que evidencia la imposibilidad de ensimismamiento del torero con su labor por mucho que intente demostrar lo contrario. Y también «torear con apostura», «envarado», con excesivo esteticismo, preocupándose el diestro de componer la figura con donaire, incluso arrogancia aunque lo efectuado carezca de la mínima profundidad conceptual. Varios ejemplos en este sentido que permiten entender mejor la utilización de ambos términos.

En la última corrida de la Feria de Abril de 1992 celebrada el lunes 4 de mayo y con toros de María Luisa Domínguez Pérez de Vargas, Apaolaza va a un Roberto Domínguez insustancial que «se mintió a sí mismo y mintió al público quedándose fuera de cacho, encorsetado, afectado y ramplonamente elegante»<sup>1258</sup>. Como se afirmaba en el párrafo anterior, el término «afectado» hace referencia en la crítica esencialista a la falta de naturalidad que manifiesta el torero al adquirir posturas tensas, forzadas, a pesar, como es el caso que nos ocupa, de intentar componer una figura estéticamente aceptable, una falta de naturalidad que denota falta de tranquilidad.

También en 1992, de nuevo en la feria de Bilbao, en esta ocasión un José María Manzanares cercano al histrionismo aplica esa afectación, esa falta de naturalidad, característica en él cuando es incapaz de confiarse lo más mínimo con una res que

---

<sup>1257</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Pero si me la tarareas». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 13 de mayo de 1996, p. 78.

<sup>1258</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Nada, ni por esas». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 5 de mayo de 1992, p. 68.

ofrece ciertas facilidades, y así lo constata Apaolaza, al señalar que «toreó retorcido, afectado y a zapatillazos a un toro soso y tontón»<sup>1259</sup>.

En el segundo festejo de la Feria de Otoño madrileña de 1993 celebrado el jueves 30 de septiembre, un torero de corte absolutamente clásico, como el vallisoletano David Luguillano, seguramente entre los que mejor componen la figura delante del toro cuando está relajado, muestra en este caso su inseguridad, su falta de confianza, y lo hace forzando movimientos y posturas, es decir, aplicando una estética amanerada que pretende tapar la ausencia de compromiso. «David Luguillano perdió la oportunidad. David se dejó ir al segundo y no cuajó a pesar de la poquita fuerza del toro por quedarse al hilo del pitón y torear distanciado, envarado, sin naturalidad y sin ligar los muletazos por su descolocación»<sup>1260</sup>, escribirá Apaolaza.

En la misma plaza de Vista Alegre de Bilbao en la que veíamos la «afectación» de Manzanares, pero en 1995, una actuación de José Miguel Arroyo, *Joselito*, ante un toro de la ganadería de Torrestrella nos sirve para introducir el término «torear aposturado». Veíamos como la expresión «torear afectado» servía para explicar esa falta de naturalidad a la hora de ejecutar las suertes, como si los movimientos fueran demasiado forzados, artificiales. En este caso, torear con «apostura» no esconde esa artificialidad, pero va un paso más allá, y nos indica que, al menos, el diestro compone una figura artísticamente aceptable a pesar, como queda dicho, de esa artificialidad, incluso frialdad, que tiene todo el conjunto de la obra. Así, en la crónica publicada el sábado día 26, Apaolaza nos introduce en ese toreo de disposición estética pero hueca y «morosa» en el contenido. «Si Joselito se propuso aburrir en el primero a fe mía, que diría el Capitán Trueno, lo consiguió a base de retrasar la muleta, aposturarse y ponerse morosón»<sup>1261</sup>.

Al día siguiente en la misma feria es Enrique Ponce, con una res de El Pilar, el que pone, un día más, de manifiesto el toreo de «hojarasca del gestito aposturado, de la frialdad y de las cabezas privilegiadas». Una forma de torear que se practica con asiduidad por los matadores punteros del escalafón, especialistas en la materia, pero que, como la hojarasca, hace mucho ruido al pisarla, tiene cierto encanto visual, pero no

---

<sup>1259</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Tres finos toreros». *Art. Cit.*, p. 11.

<sup>1260</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Ni éxtasis, ni tormento». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 1 de octubre de 1993, p. 64.

<sup>1261</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Coged piedras». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 26 de agosto de 1995, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 8.

deja ver el suelo. Ese forma de torear que veíamos al principio de este apartado apartándose del camino de la embestida, que tanto llega al público porque ve ligar los muletazos, uno tras otro, con frenesí, pero que el aficionado sabe de su irrelevancia, de su falta de poso conceptual. «Ya Ponce había enseñado al público el destoreo y la hojarasca del paso atrás»<sup>1262</sup>, escribirá Apaolaza.

Un bonito y curioso ejemplo de ese toreo de «apostura» lo volvemos a tener en las Corridas Generales, en este caso de la temporada de 1996 y de nuevo con José Miguel Arroyo, *Joselito*, como protagonista. En la sexta corrida de la feria el torero madrileño se enfrenta en primer lugar a un toro de Oliveira Irmaos y ofrece su cara más apática, mostrándose tan técnico como inexpresivo. «Joselito, con el primero, estuvo [...] confuso, aposturado y sin plena confianza, es decir, el Joselito obtusamente torero que parece que torea como si fuera ésta una penosa y aburrida obligación»<sup>1263</sup>, escribe Apaolaza.

De torear con «afectación» o «apostura» pasamos a «torear con ventajas», incluso «torear con trampas». Si el toreo efectuado no es auténtico porque se realiza con las particularidades anteriormente vista —muleta retrasada, fuera de cacho, con el pico, etc.—, entonces no se está toreado, sino haciendo trampas, como así lo denuncia el cronista en la novillada que abría la Feria de Otoño de Madrid de 1992 al observar cómo un novillero con cierta proyección, el valenciano Ángel de la Rosa, se deja llevar por esas fórmulas taurinas y ejecuta su trasteo «con más trampas que una película de chinos, se dejó ir a su segundo, descolocado, perfilero, abusando del pico, ya se lo recordaron y sin ambición o creyéndose que eso es el toreo»<sup>1264</sup>.

Hemos visto en ejemplos anteriores que el diestro Manuel Caballero era objeto de la censura del cronista por su aplicación contumaz de las artimañas del falso toreo, censura que también se produce en la octava corrida de la feria de San Isidro de la temporada de 1993, celebrada el sábado 15 de mayo, ante toros de las ganaderías de Felipe Bartolomé, el tercero, y de El Sierro, el sexto. La utilización del pico de la muleta, torear al hilo del pitón, etc., dan forma a ese toreo presuntuoso pero vacuo tan de moda, y si el toro tercero no era nada del otro mundo ni se comía a nadie, «llegó a la

---

<sup>1262</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Un torero en la hojarasca». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 27 de agosto de 1995, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 8.

<sup>1263</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «De gestos y casquetos». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 24 de agosto de 1996, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 4.

<sup>1264</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Tres tristes tigres». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 1 de octubre de 1992, p. 68.



muleta hecho un soseras y Caballero decidió hacer gestos, quedarse al hilo del pitón, sacar el pico a relucir y torear con todas las ventajas posibles», acciones éstas que repetirá en el sexto, «Una serie de rechazos tuvo limpieza, los gestos de altivez y las ventajas las mismas, las pillerías sin cuento y los distanciamientos cósmicos»<sup>1265</sup>.

En la novillada inaugural de la feria de San Fermín de ese 1993 es el novillero Edu García el que «anduvo a gusto y no pegó un solo muletazo sin ventajas»<sup>1266</sup>, de lo que se deduce que torear en esa posición carente de compromiso otorga cierta comodidad y seguridad al intérprete.

Torear con ventajas o con trampas es, por tanto, mentir, intentar engañar al gentío, y eso es lo que hace Emilio Muñoz en sus dos toros de Benítez Cubero en la corrida celebrada el viernes 19 de abril de 1996, intentar «fingir el toreo» —curiosa expresión— a base de posturas forzadas y tensas. «Muñoz no decidió nada, el hombre, pues se limitó a fingir el toreo, forzado en sus ademanes y esclerótico en sus reacciones por lo que aquello quedaba deslavazado»<sup>1267</sup>, escribe Apaolaza.

Y de nuevo un Manuel Caballero sin decisión opta por aliviarse en su tercera actuación en la feria de San Isidro de 1997, el martes 3 de junio, ante toros de Guardiola Fantoni, en la que tiene una opción clara de triunfo, una opción que pasa por centrarse, exponer, jugársela ante un toro, el tercero de la tarde, que tiene un principio de faena prometedor por su acometividad, «Pero no, con el público a favor, se puso en la ventaja, fuera de cacho»<sup>1268</sup>, y aquello, como tantas veces le ocurriría en su carrera, quedó en nada.

De la misma manera que se puede torear, al menos intentarlo, conforme al canon esencial, clásico, también se puede «destorear», que sería efectuar toda la serie de movimientos y artimañas que se vienen tratando hasta ahora y que dan como resultado una antítesis de esos principios fundamentales que debe tener cualquier creación desde la ortodoxia. Es por tanto el término «destorear» otra de las fórmulas de Paco Apaolaza para expresar esa actitud rechazable puesta en práctica desde la ventaja y cuyo resultado

---

<sup>1265</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «A loló mi rey». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 16 de mayo de 1993, p. 90.

<sup>1266</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Andá, la cartera». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 7 de julio de 1993, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 7.

<sup>1267</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Ronca, que algo queda». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 20 de abril de 1996, p. 66.

<sup>1268</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Con las orejas puestas». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 4 de junio de 1997, p. 66.

nunca puede llegar a alcanzar el mínimo de trascendencia. Una fórmula que empieza a utilizar a partir del año 1993 y que, sin ser muy frecuente —apenas ocho referencias encontradas entre 1993 y 1997 dentro de las crónicas analizadas, alguna de las cuales está recogida en ejemplos de otras categorías como acompañamiento descriptivo— es suficientemente significativa dentro del discurso del cronista, ofreciéndose a continuación cinco ejemplos de su utilización.

La primera referencia<sup>1269</sup> de «destoreo» está localizada el jueves 20 de mayo 1993 en la feria de San Isidro, siendo el torero Fernando Lozano el que «destorea» un buen toro, en este caso de la ganadería de Puerto de San Lorenzo. Así, nos dirá el cronista que ese toro ofreció posibilidades de triunfo y «su embestida larga no fue aprovechada por Lozano que lo destoreó al hilo del pitón, distanciado»<sup>1270</sup>, que como vemos enlaza destoreo con mala colocación y falta de ajuste.

En las Corridas Generales de Bilbao de 1994 dos ejemplos interesantes en la misma corrida y en los dos como protagonista José Miguel Arroyo, *Joselito*, que el sábado 27 de agosto lidia los toros de la ganadería de Marqués de Domecq y, como veremos, se «infló a destorear». Para el cronista, como así recoge en la crónica del día siguiente, el diestro estuvo tan poco confiado, tan distanciado, tan alejado del «sitio de torear», que parecía estar toreando con un mando a distancia cuando no clamorosamente «destoreando». El segundo toro, «tan paradón estaba que Joselito se medio enfadó y sumando todos los medios muletazos y gurrupinas, pegó cuarto y mitad de muletazo con el mando a distancia puesto»<sup>1271</sup>. Y ya en el quinto, «Joselito, encantado de no tener que pararlo porque ya lo estaba, se infló a destorear con la muleta pegadita al muslo mazacote, ventajista, sin el menor atisbo de genio ni de arte, cuartos de muletazo delante de un inútil»<sup>1272</sup>.

Juan Serrano, *Finito de Córdoba*, y de nuevo Joselito, omnipresente, como se verá, en la crítica del toreo vacuo, son protagonistas de la crónica publicada el martes 25 de abril de 1995 durante la feria de Sevilla. Ante toros de la ganadería de El Torero, sosos y sin brillo, como recoge la ficha, se encargan de dar un recital de «destoreo», de incapacidad, de absoluta inconsistencia conceptual que enoja al cronista porque no se

---

<sup>1269</sup> No es descartable que el término «destorear» esté presente en otras temporadas previas dentro de las crónicas no analizadas.

<sup>1270</sup> APAOLAZA BANASTIRE, F «Él, las revolucionaria». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 21 de mayo de 1993, p. 72.

<sup>1271</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Manda narices». *Art. Cit.*, p. 9.

<sup>1272</sup> *Ibidem*, p. 9.

puede estar así, con esa disposición tan nefasta, en una feria tan relevante. Así, Apaolaza les califica como «dos aburridores profesionales, confusos, y poniendo de pie con clamor la teoría del destoreo», descalificación que repite para cerrar la crónica, los «aburridores profesionales salieron por su pie después de este cúmulo de proezas, después del destoreo, después de la nada, del plomo plúmbeo»<sup>1273</sup>.

En la Feria de Abril de Sevilla de 1996 es de nuevo José María Manzanares el que «destorea» los dos toros de Núñez del Cuvillo que le tocaron en suerte, y en la crónica del domingo 21 de abril el cronista nos explica en qué consiste eso de «destorear». Un Manzanares que se muestra «Almidonado y tenso en el primero, retorcido como para una lesión lumbar»; mas en el cuarto de la tarde, su segundo toro, toro manso en el caballo pero sin mayor complicación para la muleta, el diestro alicantino, incapaz de canalizar las embestidas pastueñas de la res, se dedica a la cuestión del «destoreo», «El cuarto cantó la gallina en el caballo y Manzanares destoreó con altivez. Me explico: toreó de abajo arriba, de dentro a fuera, sin cruzarse, sin naturalidad, violento en los cites, apresurado corretón de muletazo a muletazo: vendiendo la burra»<sup>1274</sup>.

Un último ejemplo seleccionado de «destoreo» lo tenemos en la feria de San Isidro de 1997 con una dura crítica en este caso a Miguel Báez, *Litri*, que en el festejo celebrado el martes 27 de mayo —en este festejo se produce la primera salida a hombros de José Tomás en Las Ventas del Espíritu Santo como matador de toros— vuelve a tener su enésima oportunidad para triunfar con rotundidad, algo que sin embargo no ocurre a pesar de haber sido agraciado en el sortero con dos de los toros más nobles y suaves del encierro de la ganadería de Alcurrucén, lo que lleva a Paco Apaolaza a señalar, con toda mordacidad, que la Fiesta no puede permitirse el lujo de desaprovechar este tipo de toros, a pesar de que son la antítesis del toro bravo y encastado, ante toreros de una inutilidad manifiesta. «Litri, sin embargo, destoreó con el primero. Litri estuvo hecho un torpe, enganchado, vulgarón y pegando mantazos a un toro consentidor. Pero salió el cuarto, tan dulce como la miel, fijo, controladito, noble, obediente, un toro que contagiaba el temple, tanto que Litri toreó templado, es cierto, pero sacándose el toro para las afueras por el pitón derecho y destoreando por el

---

<sup>1273</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Dos aburridores profesionales». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 25 de abril de 1995, p. 68.

<sup>1274</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Vendieron las burras». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 21 de abril de 1996, p. 74.

izquierdo. El toro era un lujo que la fiesta no se puede permitir que caiga en manos de este hombre, que los arruina y acaba aburriendo... al precio que está el toro meloso y fijo»<sup>1275</sup>, escribirá Apaolaza.

Otro término curioso empleado por Paco Apaolaza para definir la actitud del torero ante la cara del toro es el «saltaperiquear» que vendría del término «saltaperico»<sup>1276</sup>, entendido como la persona que se muestra inestable, y que el cronista aplica a aquellos toreros que se mueven en exceso delante de la cara del toro. Sería una muestra más de esa falta de confianza que en infinidad de ocasiones tienen los diestros y que les lleva a realizar movimientos imprecisos, en ocasiones nerviosos, bruscos, y a cambiar o rectificar continuamente la posición. Esta acción está dentro de un conjunto que comprende otras como dar mantazos, trapazos y zapatillazos, en un continuo movimiento que incluso es acompañado por gritos a la hora del cite o durante el recorrido del toro a lo largo del lance.

Entre las crónicas analizadas entre los años 1991 a 1997 se han localizado un total de siete referencias en las que aparece este término, ninguna en los años 1991 y 1992, una en 1993, una en 1994, dos en 1995, dos en 1996 —si bien ambas en la misma crónica—, y una en la de 1997. Como curiosidad debe señalarse que salvo la primera de este grupo de siete, cuatro están dirigidas a actuaciones del diestro José Pedro Prados, *El Fundi*, y dos al diestro Luis Francisco Esplá.

La primera de ellas se localiza el jueves 29 de abril del año 1993 durante la feria de Sevilla —esta crónica se cita también en un apartado posterior—. En ella vemos que Enrique Ponce hizo «una faena inaguantable por lo mentirosa, afectada saltaperiqueante...»<sup>1277</sup>. Como se puede apreciar, los calificativos previos definen perfectamente lo observado por el cronista.

En la temporada de 1994 una única referencia también, en esta ocasión durante la feria de San Fermín, en la que el diestro de Fuenlabrada José Pedro Prados, *El Fundi*, se enfrenta a toros de Miura y da muestras de una gran inseguridad. «Fundí

---

<sup>1275</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Doce naturales, doce». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 28 de mayo de 1997, p. 66.

<sup>1276</sup> RAE. «saltaperico». 1. m. coloq. *Cuba*. Persona inestable. *Diccionario de la Lengua Española*, Tomo II, Madrid, Real Academia Española de la Lengua, 2001, p. 2015.

<sup>1277</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Una oreja de borrasca». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 29 de abril de 1993, p. 68.

saltaperiqueaba y le ponía la muleta por sorpresa como para asustarlo»<sup>1278</sup>, escribe Apaolaza para describir esos movimientos rápidos y bruscos sin asiento ni templanza.

De la temporada de 1995 se extraen las dos referencias localizadas. En primer lugar en la plaza de toros de Pamplona, durante la feria de San Fermín, en la corrida del viernes 7 de julio en la que se lidian toros de Celestino Cuadri y es de nuevo El Fundi el toreo que muestra todas sus inseguridades a la concurrencia. Debe destacarse en este caso que el fuenlabreño era uno de los toreros de esa época considerado como especialista en lidiar reses de ganaderías duras, llamadas en la jerga también como «alimañas», reses con poco recorrido y malas intenciones, para las que había desarrollado una técnica que le otorgaba buenos resultados, una técnica que estaba basada en movimientos rápidos para robarles muletazos o medios muletazos a los toros y que, por el peligro evidente que se palpaba, calaba en el tendido. De hecho, su reconocimiento en la Fiesta siempre vino por ese camino. Sin embargo, en esta ocasión, al igual que en la referencia anterior, aplica su técnica «alimañera» a los dos toros que le cupieron en suerte cuando ninguno de los dos podía calificarse como tal, y esto es lo que le censura el cronista. «Fundí quiso aplicar eso de torear alimañas a dos toros que no lo eran por más que hiciera para demostrar a la gente que aquello era imposible y que si saltaperiqueaba, si pegaba zapatillazos, trapazos violentos dejándose enganchar la muleta, era porque su primero se lo quería comer»<sup>1279</sup>, describe Apaolaza.

Algo similar ocurre el jueves 28 de septiembre en la tercera corrida de la Feria de Otoño madrileña en la que otro torero especialista en «alimañas», Luis Francisco Esplá, se comporta de manera parecida a como había hecho El Fundi, y trata de demostrar a la gente, aplicando la misma técnica, que el toro de Los Bayones era imposible cuando, según Apaolaza, allí lo que había que lidiar era un toro soso y sin ningún brillo. «Luis Francisco Esplá se movió lo que no está escrito con el primero, ora aquí, ora allí, saltaperiqueando sin dejar las zapatillas quietas vendiendo el modelo de alimaña con el sosón, cortito y sin brillo»<sup>1280</sup>.

Vuelve El Fundi a ser protagonista y lo vuelve a ser en San Fermín de 1996, en esta ocasión en el festejo celebrado el lunes 8 de julio y en el que se lidian toros de la

---

<sup>1278</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Oooooooooohhhhhh...». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 10 de julio de 1994, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 6.

<sup>1279</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Toros con fachada». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 8 de julio de 1995, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 6.

<sup>1280</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «¿... Y dónde el toreo?». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 29 de septiembre de 1995, p. 66.

ganadería de Guardiola Fantoni. En dos ocasiones utiliza el cronista el término para definir la actitud del torero, explicando perfectamente que allí lo que había era una absoluta demostración de inseguridad. La apostura como adorno desafiante que trata de esconder la falta de firmeza y confianza en lo que uno hace, que trata de esconder el escamoteo del compromiso y de la verdad. En su primer toro, Apaolaza, muestra esas deficiencias conceptuales, «No entiendo cómo se puede andar con tantas precauciones, tantas carrerillas, tantas posturas vacuas de entrega y valentía sin parar un solo segundo quieto en un sitio. [...] No me gustó que anduviera saltaperiqueador alrededor del toro, asustando al toro con zapatillazos descompuestos y gritos destemplados», escribe, y más todavía en el cuarto de la tarde, un toro ideal para alcanzar un triunfo sonado, y en el que de nuevo Fundi aplica esa técnica «alimañera» que si bien funciona con reses de esa condición, aplicada a los toros bonancibles resulta un camelo, porque le había tocado «un toro en condiciones para liarla, se fue al cielo que tienen los toros, que lo tienen, repletito de dehesas y hierba jugosa y granadas, con las orejas puestas a pesar de sus esfuerzos, vanos esfuerzos en demostrar que él quería contribuir al éxito. No sabía la prenda que lo iban a correr a mantazos saltaperiqueadores como si fuera el torillo de feria»<sup>1281</sup>.

La última referencia encontrada corresponde a la crónica del festejo —esta crónica, por la inclusión del término «demagógico», se cita también más abajo— celebrado el sábado 31 de mayo durante la feria de San Isidro de 1997, un festejo con toros de María Olea y en el que Luis Francisco Esplá pone en práctica un «toreo demagógico, intrascendente, ventajista y saltaperiqueante»<sup>1282</sup>.

- *Pegar mantazos, trapazos, trallazos o banderazos; torear tirando líneas, dando respingos, zapatillazos, gurripinas, rebujinas, zaragateos, o carreras; rematar los lances lejos, donde el viento da la vuelta*

Este cuarto apartado está dedicado a aquellas expresiones que redundan en esa falta de confianza del torero expresada con elocuentes gestos de imprecisión. El ejercicio del toreo hecho desde la desconfianza del intérprete en muchas ocasiones se muestra, además de insustancial, cargado de tics recurrentes que son fruto de esa mencionada imprecisión y de esa falta de confianza o miedo. Si los lances desde una

---

<sup>1281</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Huevos a las Clarisas». *Art. Cit.*, p. 5.

<sup>1282</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Adiós Víctor, adiós torero». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, de junio de 1997, p. 82.

ubicación incorrecta son de por sí carentes de un mínimo mérito conceptual más aún cuando se producen de una forma casi incontrolada, en ocasiones atropellada y hasta violenta. Es lo que en la jerga taurina del esencialismo se denominan trapazos<sup>1283</sup> o mantazos, que Apaolaza extiende a expresiones como «banderazos» o «zurriagazos». Evidentemente, un lance de este tipo tiene muy poco que ver con la esencia de un muletazo ortodoxo, que debe desarrollarse por la senda del temple, del sosiego y, por supuesto de la contemporización armónica de su forma completa.

Pero también, si por esa falta de confianza la intención del torero es la de reducir riesgos lo más normal es que «tire líneas», expresión ésta explicada en el primer apartado de este punto relativo a «no ponerse en los sitios de torear» y que a partir de una actuación del torero Emilio Muñoz servía de ejemplo de utilización por parte del cronista. En cualquier caso, recordamos que «tirar líneas» es una fórmula para referir la conducción de la embestida de la res por parte del diestro, de manera que el remate los muletazos no es detrás de la cadera, como marca la ortodoxia, sino que se alivia el trámite alargando el brazo todo lo posible para evitar esa curva que debe describir el toro en torno a su cuerpo y la embestida sea lo más recta, en línea recta, y lo más lejos posible, de esta manera se aleja a la res del cuerpo así como ese posible peligro. El extremo de esta ejecución sería cuando Apaolaza nos dice, como vemos también en alguno de los ejemplos, que el diestro remata los muletazos «donde el viento da la vuelta».

Esta última expresión, la del viento, sirve para introducir el primer ejemplo de este punto del estudio, en un festejo de la madrileña Feria de Otoño de 1992, celebrado el miércoles 30 de septiembre, una novillada de la ganadería salmantina de Puerto de San Lorenzo. Un festejo en el que Apaolaza ya veíamos cómo criticaba en un apartado anterior la actuación del novillero valenciano Ángel de la Rosa, crítica que extiende al tercero de los actuantes, Miguel Ángel Rondino, que «ligó los naturales, rematados allí donde da la vuelta el viento»<sup>1284</sup>, lo que sería alargar todo lo posible el brazo, normalmente con el cuerpo arqueado, algo que daría más longitud al lance y, sobre todo, alejaría más a la res.

---

<sup>1283</sup> Marceliano Ortiz Blasco en su *Diccionario de la Tauromaquia* describe el trapazo como «despectivamente, del pase de muleta dado sin arte». ORTIZ BLASCO, M. *Diccionario de La Tauromaquia*. Op. Cit., p. 744.

<sup>1284</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Tres tristes tigres». *Art. Cit.*, p. 68.

La lectura de las crónicas de Paco Apaolaza, lo hemos visto en ejemplos anteriores, deja bastante claro que Jesús Janeiro Bazán, *Jesulín de Ubrique*, su fórmula taurina, no está dentro del gusto artístico del cronista, como así queda demostrado temporada tras temporada. En la de 1993, durante la Feria de Sevilla y ante toros de Diego Garrido lidiados el jueves día 22 de abril, se muestra implacable con el diestro de Ubrique, al que censura esa manera de torear tan poco lucida y con todo el alivio posible de nuevo ante un toro con ciertas posibilidades al que suministra un montón de «trapazos». «El toro se movía, feliz circunstancia, y así Jesulín le pegó veinte trapazos fuera de cacho, sacándose el toro para afuera, torcido, con la muleta retrasada»<sup>1285</sup>.

En el apartado en el que se explicaba los términos relativos a «no ponerse en los sitios de torear» aparecía la expresión «tirar líneas». Si en la ortodoxia esencial el toro debe girar en torno a la figura del diestro, señalar que el torero ha «tirado líneas» significa que se ha aliviado de la embestida haciendo que esa trayectoria necesariamente curva se convierta en recta, o casi recta, alargando el brazo, estirándolo, incluso contorsionando el cuerpo para lograr mayor longitud. De esta manera, el toro no se «enrosca» al cuerpo del torero sino que queda desplazado, siendo, además, el remate del lance poco vistoso porque estirar el brazo obliga a que sea por arriba, perdiéndose gran parte de la mucha o poco humillación que llevara la res.

Una primera referencia la extraemos de la crónica publicada el sábado 13 de julio de 1991 en la feria de San Fermín, en la que se recoge como José Ortega Cano estéticamente mantiene cierto tono pero es incapaz de confiarse para que aquello adquiriera categoría, optando por aliviarse ante un toro noble de Sepúlveda lidiado en quinto lugar que se apaga rápidamente. Finalmente, el diestro de Cartagena «se fue abajo a la misma velocidad del toro y no se confió nada, tirando líneas, algunas con elegancia pero sin creérselo del todo»<sup>1286</sup>.

Otra actuación de Jesulín de Ubrique, en esta ocasión en la plaza de toros de Las Ventas del Espíritu Santo durante la feria de San Isidro de 1992, el día que, además, confirmaba la alternativa, sirve para remarcar esa poca simpatía de Apaolaza hacia este torero ídolo de masas. Sobre su actuación, el cronista nos dice, además de que «no pegó un muletazo decente», que le faltó compromiso y que la faena a su primer toro, el de la

---

<sup>1285</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «O sea, como de pueblo». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 23 de abril de 1993, p. 64.

<sup>1286</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «La tómbola de orejas». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 13 de julio de 1991, p. 76.



confirmación, fue una continua demostración de incapacidad torera pese a las posibilidades ofrecidas por la res. «A pesar de tener un toro claro, soso y suavón, con el que se libró del ridículo por echarle decisión a la hora de matar. [...] a ese primer toro le pegaba muletazos fuera de cacho, sin jugarse un alamar, rematando arriba, aséptico, tristón y tirando líneas...»<sup>1287</sup>, critica Apaolaza.

Y si con Jesulín de Ubrique comprobamos que el cronista no tiene dudas acerca de su obstinada incapacidad, con el torero Enrique Ponce, en cambio, hay una continua decepción interior porque Apaolaza sabe que tiene sobrada capacidad y técnica para ejecutar el toreo con verdad, algo en lo que no se prodiga, convirtiendo su quehacer la mayoría de las tardes de responsabilidad en algo indeterminado, perfecto en términos de temple y estética e insustancial en términos de hondura, porque «tirando líneas» es imposible alcanzar un mínimo de verdad. Así, en la faena al tercer toro de la tarde del sábado 22 de agosto de 1992 en las bilbaínas Corridas Generales, de la ganadería Marqués de Domecq, «se limitó a tirar líneas en una apoteosis de toreo pueril, aséptico, distanciado y ventajista, elegante y artificial»<sup>1288</sup>, si bien en su segundo alcanzó el triunfo porque «se sobrepuso, citó cruzado muchas veces y se terminó embraguetando», algo que respondía mejor a esas capacidades que le son reconocidas por el cronista.

Y de nuevo Enrique Ponce repite esquema de toreo insustancial, en esta ocasión en la Feria de San Fermín de 1993 en la faena al tercer toro de la ganadería de Mercedes Pérez Tabernero, lidiado el lunes 12 de julio de 1993. Una faena «fría, sin apretar el acelerador, cerebral, distanciativa, aséptica, casi con olor a alcohol y tiritas, templada a veces por el pitón derecho, si garra, elegante, tirando líneas y con una facilidad despegada»<sup>1289</sup>. El ejemplo servía para comprobar una vez más la utilización del término «tirar líneas», pero como se puede apreciar, va acompañado de tantos calificativos como deficiencias tiene ese toreo tan vistoso pero superfluo que pone de manifiesto el torero valenciano.

Una referencia clave para entender el significado del término «tirar líneas» la encontramos en la crónica publicada el lunes 13 de mayo de 1996. En esta ocasión, el cronista censura a través de una reflexión la actuación de los tres diestros actuantes, y lo

---

<sup>1287</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Vale, Rincón, vale». *Art. Cit.*, p. 68.

<sup>1288</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Cinco borricos en busca de autor». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 23 de agosto de 1992, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 6.

<sup>1289</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Decepción es la palabra». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 13 de julio de 1993, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 7.

hace planteando una pregunta sustancial que incluye la crítica general al sistema de torero dominante, en la que aparecen expresiones ya vista relativas a la apostura, a la mala colocación de la muleta, al no cruzarse con el toro, etc. «¿Sabes la de los toreros que no se quitan el chip provinciano y se entretienen tirando líneas con apostura, sólo con apostura, sin cruzarse ni por equivocación, ofreciendo la muleta casi de canto, forzosa y forzadamente torcidos, adornándose al tercer muletazo por bajo, toreando sin rematar los muletazos, corriendo de uno a otro para irse de la suerte, no sé si conscientemente, pálidos, abstrusos en sus planteamientos, confusos en su desarrollo y difusos en su entusiasmo?»<sup>1290</sup>, se pregunta Apaolaza.

Una de las expresiones que en la pluma de Apaolaza mejor definen la falta de confianza apreciada en algún torero es cuando le acusa de dar «respingos», esa sacudida brusca, violenta, de todo el cuerpo para evitar un posible peligro. Esto es lo que puso en práctica el torero Antonio Punta en la decimotercera corrida de la Feria de Abril de Sevilla de 1991, mostrando una falta de seguridad y confianza pasmosas. «Hizo como si quisiera, pero se quedaba al hilo del pitón sin salir de las precauciones, pegando respinguitos y sin verlo claro...»<sup>1291</sup>, describe el cronista. José Miguel Arroyo, *Joselito*, en 1992 en Bilbao, «anduvo como desconfiado, pegando respinguitos apenas perceptibles»<sup>1292</sup>. Y al parecer, así mismo se comportó Ortega Cano en la décimo cuarta corrida de la feria de San Isidro de 1994, celebrada el viernes 27 de mayo, ante su primer toro de la ganadería Marqués de Domecq. «Con el botijón primero, cortito de fuerza pero viniéndose mínimamente arriba, dulzorrón y sin brillo, no pegó ni un solo muletazo digno. Inseguro, sin distancias, con la muleta retrasada y con reveladores respingos en sus rodillas»<sup>1293</sup>.

Y siguiendo con el tema de los «respingos», una actuación de José Pedro Prados, *El Fundi*, el domingo 22 de agosto en la plaza bilbaína de Vista Alegre en el festejo que cerraba feria y las Corridas Generales de 1993, en un ejemplo perfecto de cómo esos movimientos de inseguridad, de esa especie de autodefensa del torero que manifiesta a través de esos «respingos», van acompañados por otros de su mismo rango o escala,

---

<sup>1290</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Pero si me la tarareas». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 13 de mayo de 1996, p. 78.

<sup>1291</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Todos los días no son domingo en Sevilla». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 20 de abril de 1991, p. 68.

<sup>1292</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Mamá, quiero ser artista». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 19 de agosto de 1992, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 9.

<sup>1293</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «La inquietud de la raza». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 28 de mayo de 1994, p.68

como dejó de manifiesto el diestro ante las reses de Eduardo Miura, que lejos de ser ilidiables, resultaron, al menos los dos de El Fundi, sosos, aborregados y hasta bondadosos. El Fundi, especialista en «saltaperiquear», como vimos anteriormente, lo único que instrumentó a sus toros, la quinto de la corrida en especial, fueron «Banderazos, trapazos, carreras, respingos...»<sup>1294</sup>.

De nuevo es el torero Litri el que recibe la dura crítica de Paco Apaolaza, en este caso en la feria de Bilbao de 1994, al que acusa de pegar «zurriagazos» y «banderazos» en su soso primer toro, del ganadero Manuel Álvarez. «Litri no se cansó de pegar zurriagazos a modo de muletazos a su primero. Pegó mil el mocetón. Ni uno cruzado con el soseras, ni uno templado ni menos ligado, nada, o mejor dicho, banderazos»<sup>1295</sup>, censura Apaolaza.

Una última referencia de la temporada de 1994 que incluye a dos diestros criticados en ejemplos anteriores, Jesulín de Ubrique y José Mari Manzanares, protagonistas negativos de la corrida celebrada durante las Corridas Generales de Bilbao, concretamente el jueves 25 de agosto en la que se lidian toros de la ganadería de Torrealta, en una crónica que resulta interesante reproducir porque en ella se aglutinan censuras de todo tipo además de las analizadas en este punto. De los «mantazos desabridos» de Jesulín, a la forma de «tirar líneas» de Manzanares, el texto es un ejemplo magnífico de la utilización del lenguaje del cronista, de sus recursos estilísticos, como la sucesión de adjetivos, y de su crítica implacable a la falta de compromiso habitual de uno y otro diestro:

#### **Fiel espada justiciera**

[...] La espada hizo justicia y, esta vez, le falló el rincón a Jesulín y mató igual de mal que siempre, sólo que esta vez pinchando entre la desesperación de sus fans que pedían música según cogía la muleta el muchachón de Ubrique en su primero y le entonaban gritos de «¡Torero, torero!» mientras pegaba mil mantazos desabridos, rápidos, distanciados, horteras, fulleros, fáciles y con el relajo en él habitual. Si acierta con el estoque seguramente hubiera llenado su esportón de *pehúas* y todos hubiéramos contado a nuestros vecinos que lo mejor de todo es que nuestras parejas habían dejado de roncar. Pero no. Se atravesó la espada aviesa, así porque sí, porque sigo insistiendo que el acero no piensa ni tiene vida propia.

---

<sup>1294</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Acta est fábula». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 23 de agosto de 1993, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 8.

<sup>1295</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «La nada (2)». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 25 de agosto de 1994, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 4.

Manzanares se puso en torero fino, frágil y flojo con su primero. Manzanares quiso ponerse en torero con vitola, pero todo sonó a hueco, puesto que los muletazos, todos fuera de cacho, delante de un toro tontón y sin brillo, fueron ejecutados, digo ejecutados, al zapatillazo con la muleta retrasada, rematados arriba, a la altura de la hombrera y corriendo para buscarle las ventajas al siguiente. Manzanares es un torero fino y vende su empaque con habilidad, pero ayer no se jugó en el envite no ya un alamar, sino ni el lazo de sus zapatillas, y como para certificar esa entrega lo mató como lo hizo. Epalza no consideró que la petición era mayoritaria. Epalza estuvo hecho un tío, el tío, y lo aplaudieron algunos, bastantes y lo pitaron otros. Si con la borrega gorda y fiable se limitó a tirar líneas con el cuarto, con más remate y corto, pegó un sainete sin vitola de torero caro sino puro y duro. [...]<sup>1296</sup>

Dos referencias extraídas de la temporada de 1995, y curiosamente ambas con los dos mismos diestros como protagonistas, Jesulín de Ubrique en la crónica publicada el viernes 19 de mayo, y José María Manzanares en la del viernes 2 de junio. En la primera, entiende Apaolaza que el famoso torero aplicó su fórmula taurina, y a su primer toro, de la ganadería de Los Bayones, «le pegó treinta mantazos fuera de cacho y ventajista»<sup>1297</sup>. En la segunda es el diestro alicantino el que se vuelve a mostrar desconfiado, tomando todas las precauciones posibles, pegando «trayazos», contorsionando su figura hasta límites insospechados para alejarse de la proximidad de la res. El cronista utiliza el término «fiera» de manera sarcástica, ya que los toros lidiados ese día, de Atanasio Fernández, fueron «suavones e inválidos claudicantes en la muleta», como así recoge en la ficha del festejo. «Una fiera el primero, y el hombre apodado Manzanares [...] sale con la muleta en la mano a pegar trallazos desconfiados a un animal [...] Derechazos enganchados citando en el córner, uno, tres pasos para atrás, dos, otros tres doblado y tenso como una alcayata para que me entiendan, y de repente la coragina zapatillera y tres muletazos violentos. ¡Ufff!, un esfuerzo premiado con tres docenas de aplausos»<sup>1298</sup>.

Y para terminar este apartado volvemos de nuevo a la metáfora del lugar donde el viento da la vuelta como expresión del desajuste de los muletazos y del remate de los mismos con dos nuevas referencias. La primera de ellas extraída de una crónica de la feria de San Isidro de 1996 ya citada en otros apartados, pero que incluye también esta

---

<sup>1296</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Fiel espada justiciera». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 26 de agosto de 1994, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 4.

<sup>1297</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «¡Músicaaaaa!». *Art. Cit.*, p. 80.

<sup>1298</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Seis fieras, seis». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 2 de junio de 1995, p. 72

terminología de manera interesante, al indicar en esta ocasión que el torero Antonio Borrero, *Chamaco*, no sólo remató los muletazos allí, donde el viento da la vuelta, sino que estuvo colocado en ese sitio tan distante durante toda la faena, y lo demostró estando «Confuso y descentrado en su primero, descentrado y dubitativo, descolocado y toreando, un poco como sus compañeros, a la sexta que no es más que ponerse allá donde el viento da la vuelta y se cita»<sup>1299</sup>, indica el cronista.

De igual forma, en la feria de San Isidro de 1997, el miércoles 14 de mayo, el torero Manolo Sánchez lidia con poco éxito un buen toro de la ganadería de Peñajara que, como el conjunto de la corrida, ofreció posibilidades de triunfo claras, y sin embargo vemos como al vallisoletano «también se le fue por entre los pliegues de su muleta la bondad sosona del segundo, empeñado en torear allí donde el viento da la vuelta, descolocado y fútil, vano y hueco»<sup>1300</sup>, expresiones estas últimas que también se abordan en el siguiente apartado.

*- Toreo de cartón piedra, fútil, mentiroso, demagógico, superficial, vano, hueco, árido, con refitoleos innecesarios*

La última fórmula de censura y crítica analizada corresponde a aquella en la que Apaolaza califica el conjunto de esa labor del diestro tan alejada de la ortodoxia marcada por el canon esencial adjetivándola con términos diversos que nos hablan de su insoportable falta de trascendencia. Si el toreo no es de verdad lógicamente carece de un cuerpo sólido que le otorgue peso específico, esa trascendencia necesaria antes señalada, convirtiéndose en algo vacío y hueco, y además, en numerosas ocasiones, el intérprete aplica una teatralización que tiene por objeto dar importancia a lo insustancial de su obra, consiguiendo reafirmar la crítica del cronista. No son, en este sentido, muchas las referencias localizadas en el conjunto de crónicas analizadas, pero sí diferentes los adjetivos utilizados por el cronista, todos en esa dirección, de los cuales se ha extraído una pequeña muestra demostrativa en las quince referencias seleccionadas.

La primera referencia está rescatada de un festejo celebrado en la plaza francesa de Bayona en agosto de 1991, feria y plaza éstas que no se abordan en el presente estudio, pero que en este caso, y sin que sirva de precedente, nos sirve para ilustrar este tipo de fórmulas más escasas pero realmente interesantes utilizadas por el cronista. En la

---

<sup>1299</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Pero si me la tarareas». *Art. Cit.*, p. 78.

<sup>1300</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Toros de apoteosis». *Art. Cit.*, p. 66.

crónica del sábado día 17 de agosto, Apaolaza entiende que la actuación del diestro Julio Aparicio es un puro teatro con tinte aflamencado en un torero cargado de dudas e inseguridades y al que finalmente «concedieron una oreja igual de teatrera, o sea, de tramoya de cartón piedra, pensando en las gurripinas retorcidas e inseguras»<sup>1301</sup>.

Una reflexión sobre el estado real de la Fiesta de las grandes ferias nos sirve como segunda referencia de este apartado. El lunes 17 de agosto de 1992 estaba programado uno de los carteles claves de las Corridas Generales bilbaínas, anunciándose tres de las figuras más importantes del momento, los veteranos José María Manzanares y José Ortega Cano, junto a la jovencísima promesa Enrique Ponce, y toros de la demandada, en ese momento, ganadería de Dionisio Rodríguez, encaste Santa Coloma. Lo contemplado en el ruedo, esa falta absoluta de compromiso con la verdad de su profesión por parte de los actuantes, lleva a Apaolaza a desarrollar una profunda reflexión sobre la circunstancia que está envolviendo el toreo de la parte final del siglo XX. «Torería de tramoya cartón piedra» como definición del artificio que suponen las actuaciones de unos diestros incapaces de sentir su profesión aunque sea un poquito y así dar dignidad al camino elegido. Y sin embargo, todo, absolutamente todo, se hace desde la superficialidad, desde la «cursilería», porque saben que esa fórmula llega al inocente público del tendido, incapaz en su mayoría de discernir entre el poso auténtico de la verdad y ese muestrario de gestos finos, muy artísticos, pero absolutamente insustanciales. El torero debería, como bien señala el cronista, en ocasiones tan importantes y en una feria tan relevante, olvidarse de todo y torear para sí mismo, para su interior, para su propia conciencia y su deseo de superación conceptual, y no para esa galería que aplaudirá mucho y olvidará lo contemplado apenas haya salido por la puerta de la plaza:

### **Tres finos toreos**

Bien, si esta es la corrida ideal, se este es el concepto de toreo posmoderno y futuro, si los toreritos finos que no son capaces de cruzarse con un bonancible toro y torear de verdad van a reinar en el escalafón, si con estos toros no se ponen y hacen faenitas sin peso específico y con una torería de tramoya cartón piedra, paren el mundo que me bajo y que les den dos duros a estos intérpretes de la desgana, de la cursilería y del nulo sentimiento torero, porque debe haber momentos en los que un torero sin adjetivos debe torear para sí mismo y desgranar una torería que debe sentir.

---

<sup>1301</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «De bostezo, teatro y oro». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 17 de agosto de 1991, p. 52.

Los toreros finos son eso, toreritos finos, sin calado ni profundidad y ayer fueron finísimos, oiga, tan finos, tan finos que a una de las corridas más colaboradoras que uno ha visto, más sin molestar, más dúctiles, más nobles en sositos, solo le pegaron dos muletazos, dos. Todo lo demás fueron finuras que no calman el hambre y sed de toreo puro y duro que tiene este público de aluvión que se cree todo lo que le dicen con una muleta en la mano. [...] <sup>1302</sup>

La tercera referencia seleccionada —ya citada cuando hablábamos de saltaperiquear— corresponde a la temporada de 1993 durante la Feria de Abril y al diestro Enrique Ponce otra vez como protagonista. La tarde del miércoles 28 de abril se lidian toros de Juan Pedro Domecq, y en ella el torero valenciano hace una perfecta demostración de ese toreo vacuo e insustancial con dos faenas, de «cartón piedra» la del segundo toro de la tarde y «mentirosa» y «artificial» la del quinto. «Nada más doblar el quinto, nada más haber terminado Ponce una faena inaguantable por lo mentirosa, afectada, saltaperiqueante, artificial, distanciada y más cursi que un perrillo con lacito, empezó a caer la mundial. [...] se le fue entero su primero por limitarse a la espumilla del toreo, al cartón piedra almibarado, a la engañifa cutre y a torear a un público que se le estaba entregando. En el quinto no paró quieto ni tres segundos y amanerado y fútil no quiso entregarse a un toro que si no era fácil no se comía a nadie y menos a él» <sup>1303</sup>.

Una cuarta referencia la extraeríamos de la temporada de 1995, volviendo a ser Enrique Ponce, esta vez ante un toro de la ganadería de Torrestrella, protagonista por una faena que recibe una retahíla de adjetivos negativos para censurar su toreo falso, a pesar de llevar impresa altas dosis de refinamiento estético que sin embargo no consiguen disimular su falta de hondura. La crónica del sábado 26 de agosto, durante las Corridas Generales bilbaínas, es suficientemente clarificadora, y así el cronista apreció «una faena de Ponce al quinto, larga, pastueña, espesa, ventajista, itinerante, fría, fullera, enganchada, con la muleta retrasada y pegando veinteavos de muletazos preciosistas no en el sentido clásico del término, sino en el que le daba “El Camisero” que decía que es hacer la cuquería de hacer que se torea y todo viene a parar en camelancia, para terminar de bajonazo» <sup>1304</sup>.

En la temporada de 1996 encontramos una interesante referencia, interesante porque la figura del torero José Miguel Arroyo, *Joselito*, emerge también en este

---

<sup>1302</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Tres finos toreros». *Art. Cit.*, p. 11.

<sup>1303</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Una oreja de borrasca». *Art. Cit.*, p. 68.

<sup>1304</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Coged piedras». *Art. Cit.*, p. 8.

apartado —recordemos que Joselito también era objeto de crítica por torear «aposturado», por «destorear», o por dar «respingos»—, y como veremos, repetirá presencia en varias de las críticas de Apaolaza hacia ese toreo vacío de contenido. Así, el jueves 23 de mayo el diestro madrileño se anuncia con los serios toros de Samuel Flores, toros con alguna complicación, y en su primero, «descolocado», en una especie de querer y no poder, intentando convencer al público de su calidad artística, realizó «una faena demagógica a un toro sin brillo»<sup>1305</sup>.

Para censurar la colocación de Raúl Gracia, *El Tato*, en el festejo aplazado de la feria de San Isidro de 1996 y celebrado el domingo 9 de junio, Apaolaza nos dice que el torero se colocó en «terrenos fútiles», es decir, aquéllos lugares donde da igual lo que se haga porque el merito no va a existir. «Lo triste no fue la actuación del *Tato* al que, repito, se le fue el tercero por ponerse en terrenos fútiles»<sup>1306</sup>, y añade además el cronista su habitual repertorio de censuras a tal disposición, «estuvo aposturado, incomprendido, quizá confuso, descolocado, siempre con la muleta retrasada», concluye.

Quizá el ejemplo más representativo para este apartado sea la crónica publicada el martes 20 de agosto de 1996, también durante la feria de Bilbao, de un festejo en el que actúan José María Manzanares, César Rincón y Joselito, que vuelve a «aposturarse», ante toros de Juan Pedro Domecq. El texto es una censura sin paliativos al conjunto del entramado taurino, a sus chanchullos, a su forma de gestionar una fiesta que se desangra por las costuras de sus trapicheos en esa búsqueda continúa de la comodidad y el beneficio económico por encima de cualquier disquisición técnica incluso histórica. Así, vemos como Apaolaza critica a la ganadería sevillana, «hierro podrido», la califica, y a los tres toreros de hacer una demostración de esa torería «vacua, vacía, presuntuosa, vana, hueca, fatua y fútil» que es la predominante de la Fiesta de finales del siglo XX y que genera vergüenza al escritor:

### **De rubor y plomo**

#### *Lamentable corrida y figuras de trámite*

Vuelta al estribillo cutre, vuelta a los artistas, vuelta al medio toro, al cuarto de toro, al solomillo de toro, vuelta al aburrimiento, al muletazo artificial, a la apostura, al desánimo, la pincho de tortilla voceado por los

---

<sup>1305</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «La espuma del toreo». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 24 de mayo de 1996, p. 70.

<sup>1306</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Dita sea lá...». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 10 de junio de 1996, p. 78.



palcos; en definitiva, vuelta al sarcasmo y al rubor del circo taurino en una plaza aplaudidora a la que le importan un *carraio* que haya o no haya toro y que se deja dar gato por liebre, o gato por toro.

Los artistas son así. Ayer hubo mucho artista: hubo seis toros artistas de este hierro podrido, que su dueño bautizó como el de los toros artistas y tres artistas del toreo que tuvieron la osadía, encima, de aposturarse, retrasar la muleta y teñir de torería vacua, vacía, presuntuosa, vana, hueca, fatua y fútil el ruedo bilbaíno. O sea, nueve artistas, *too much para el body* y para la buena salud taurina. Es que son unos maestros. Manzanares, por ejemplo, se despedía de Bilbao, y ¿saben cómo lo hizo?, pues con un bajonazo como certificación de una innegable voluntad de triunfo. En su primero hubo que agradecerle la rapidez para quitárselo de encima. El sexto, vaya por Dios, era un inválido —¿Otro?; lo que usted lee— y con él intentó desplegar esa cosa que llaman técnica, que es evitar que una bestezuela descastada se tumbe y no despierte. Mundial, oye, qué apostura.

El primer toro, bueno, eso, de Rincón se murió. En serio. No lo mataron, se echó, pero no a resultas de los pinchazos, sino de borrego, porque de borrego —como de ilusión— también se muere. Con él, Rincón se estiró, se puso fuera de cacho y lo intentó, no sé qué, pero lo intentó. El quinto sí que fue artista, pero de la pasarela, porque iba y venía y, en éstas, se vino arriba, su única virtud que recordaba a barrunto de bravo. Derechazos rápidos y ligados, muchos, en el silencio complaciente y complacido, pues le hicieron dar una vuelta al ruedo, eso sí, insistiendo.

Joselito, encantado de conocerse y de conocer al inválido tercero, que se caía y caía, y en la conciencia presidencial como mínimo. Él, repito, encantado, porque pasaba de él y así se pudo aposturar unas 60 veces y la gente... «es un maestro, un poco aburrido, pero maestro». El sexto, otro sarcasmo y parecido: mil muletazos de veinte centímetros al solomillo de toro y bajonazo. Demasiado artista de rubor y plomo. Una vergüenza. Tal y como.<sup>1307</sup>

En la séptima referencia extraída, en la Maestranza de Sevilla durante la Feria de Abril de 1997, una curiosa expresión de Apaolaza, al calificar el toreo de José Miguel Arroyo, *Joselito*, o su actitud, como «árido» —por lo seco y estéril, se puede imaginar—, amén de otras lindezas que dedica a su actuación, un Joselito que estuvo «insufriblemente árido, superficial, aposturado e inseguro como en el tercero»<sup>1308</sup>.

En agosto de ese mismo año se repite de nuevo la historia y, curiosamente, es de nuevo la plaza de toros de Bilbao el escenario del teatro tan aparente como cutre en que se convierten la mayoría de corridas de toros en las que participan las llamadas figuras,

<sup>1307</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «De rubor y plomo». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, martes 20 de agosto de 1996, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 8.

<sup>1308</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Aroma de Romero». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 18 de abril de 1997, p. 62.

en este caso dos de las anteriormente citadas, José Miguel Arroyo, *Joselito*, citado justo en el ejemplo anterior —«demagogia al hilo del pitón» dirá Apaolaza que practica— y Enrique Ponce. Su actuación es tan falsa, los toros tan insustanciales, el conjunto de la corrida tan irrelevante, que el cronista termina por calificar el conjunto de lo presenciado como una «apoteosis de la demagogia»:

#### **Demagogia tediosa**

O sea, casi dos horas de espectáculo, de despepites, de ovaciones a la superficialidad, toros invalidones, apocados, oscuros, degradados, fútiles, con ciertas excepciones y casi ningún muletazo en condiciones y, sin embargo, dos orejas de final de verano en grandes almacenes.

Llevamos, prácticamente, doce toros calcados, toros eclipsados en su raza, toros A.M.F.G., o sea, «ad maioren figuras gloriae». Una de ellas Joselito, espeso, aburrido, tupido y confuso intentando que la demagogia del hilo del pitón y del pico de la muleta, que el gesto concentrado sea paradigma del arte y de la maestría en el toreo. Y ningún muletazo. Y ninguna idea clara, ni un destello; la pura oscuridad.

#### **Infatigable y pertinaz**

Otra figura, Enrique Ponce, tenaz, infatigable y pertinaz, molestado por la brisa en uno e indescritiblemente pesado en el quinto en el que el presidente tuvo a bien perdonar un avisito. Y el público, y la gente de Bilbao aplaudiendo la «maestría» de uno y, más comprensible, la tenacidad del otro. [...]

Enrique Ponce, en el segundo hizo una faena sincopada por la brisa, sincopada por los enganchones, pero una faena de menos a más, dentro de una frialdad poco creativa y con un remate decidido y vibrante y una estocada que decidió el corte de una oreja repito, casi de saldo. [...]

Dos horas veinticinco minutos, seis toros, ocho mil personas aproximadamente, dos orejas, casi ni un muletazo. La apoteosis de la demagogia tediosa, saciante, monótona, fastidiosa y bostezante. O sea, la monda.<sup>1309</sup>

La novena referencia corresponde a un festejo celebrado el sábado 31 de mayo en la plaza de toros de Las Ventas durante la feria de San Isidro de 1997. Este día se despedía de la afición madrileña un torero muy querido por Paco Apaolaza, el portugués Víctor Mendes, que completaba cartel con Luis Francisco Esplá y con Óscar Higuera, y reses de la ganadería de María Olea. La parte más dura de la crítica se la lleva en esta ocasión el torero alicantino Esplá, que, incapaz de asentar las zapatillas en la arena, trata de ofrecer un espectáculo vistoso para la galería pero absolutamente insustancial, siendo el resultado observado por el cronista un «toreo demagógico, intrascendente,

---

<sup>1309</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Demagogia tediosa». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 20 de agosto de 1997, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 4.

ventajista y saltaperiqueante de un Esplá que de puro intrascendente se le fue por entre las manos un toro grandioso para la muleta»<sup>1310</sup>.

La décima referencia seleccionada corresponde a la corrida del miércoles 9 de julio de 1997 en la feria de San Fermín de Pamplona con toros de María Luisa Domínguez Pérez de Vargas y un Manuel Caballero absolutamente descentrado y desafortunado, inseguro en sus dos toros —su segundo toro fue devuelto al corral al no poder matarlo en el tiempo reglamentado—, que da un recital de toreo tramposo y vacío de contenido perfectamente explicado por el cronista. «Lo aciago fue para Manuel Caballero que dio primero una lección clamorosa de toreo fútil y demagógico en su primero, un toro con la carita a media altura pero sumiso y dúctil. Bueno, pues el hombre toreó no con el mando a distancia sino por Internet. Se ponía lejos y sacaba la muleta doblándose inverosímilmente con la muleta como una bandera»<sup>1311</sup>, escribirá Apaolaza.

En la siguiente referencia, extraída de la crónica del lunes 25 de agosto de 1997 desde la plaza de toros de Vista Alegre de Bilbao, vemos como un Óscar Higares ante un toro de Pablo Romero, «estuvo fútil y aposturado con un toro al que hubiera hecho falta alegrarlo»<sup>1312</sup>.

En las descripciones de ese toreo vacío de contenido la última expresión que se aborda en este punto —exclusiva de Apaolaza como así lo era también «saltaperiquear»— y que ocupa las últimas cuatro referencias, es la que censura algún tipo de gestualidad puesta de manifiesto en el desarrollo de la faena de a través de los llamados por el cronista «refitoleos», entendidos como adornos innecesarios y de poco valor en el conjunto de la obra con los que el diestro intenta demostrar su arte, su valor o su disposición.

Entre las crónicas analizadas el término «refitoleo» se localiza en los años 1994 y 1995, no siendo descartable que pueda encontrarse también en las temporadas previas y posteriores. La primera referencia localizada corresponde a la novillada previa a la feria de San Fermín de 1994, y en ella el novillero Edu García deja de imitar a Jesulín de Ubrique, consigue centrarse ante un buen novillo de Santiago Domecq, se queda

---

<sup>1310</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Adiós Víctor, adiós torero». *Art. Cit.*, p. 82.

<sup>1311</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Toro al corral». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 10 de julio de 1997, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 8.

<sup>1312</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Y la luz no se hizo». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 25 de agosto de 1997, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 8.

«cruzado, sacando la muleta y ligando los pases, quieto, sin refitoleos, esteticismos vacuos y trancredismos aburridos»<sup>1313</sup>, como había hecho hasta ese momento. Vemos cómo el término refitoleo va unido a otros efectos visuales con poco peso específico en la tauromaquia de Apaolaza.

El miércoles 24 de mayo 1995, en la decimoprimerá corrida de la feria de San Isidro, el cronista escribe que si bien el público de unos días antes había disfrutado con el toreo accesorio, en esta corrida se había puesto serio y no había pasado ni un alarde vacuo al torero sevillano Emilio Muñoz. «A Emilio Muñoz le pasaron alguna factura sevillana, porque la buena gente de antes de ayer, disfrutona con los refitoleos, se puso tiesa y le recriminaron con cierta *acritú* el sitio desde donde pegó unos muletazos como de bolo de verano»<sup>1314</sup>, señala Apaolaza.

En la última corrida de esa feria de San Isidro de 1995, celebrada el viernes 9 de junio, es el torero Óscar Higuera el que pierde una gran oportunidad ante un buen toro de Victorino Martín, y al rematar la faena con un adorno innecesario, casi resulta cogido. «Trapazos enganchados, una serie, dos, tres, con pases de pecho torcidos, sin fajarse, sin mandarlo, un refitoleo con susto incluido»<sup>1315</sup>, escribe Apaolaza.

La última referencia que sirve para cerrar este apartado y este punto la situamos el jueves 28 septiembre de 1995 en la plaza de toros de Madrid. Ante un toro flojo de Victoriano del Río, Finito de Córdoba aplica un toreo poco profundo, con adornos fuera de lugar, que sin embargo recibe cierta respuesta del público hasta que el toro se acaba. «Naturales rematados a la altura de la barrera ante el babosón y más refitoleos mientras que el animal se venía abajo poco a poco»<sup>1316</sup>, concluye Apaolaza.

#### **6.3.4. Javier Villán Zapatero**

La historia periodística taurina de Javier Villán Zapatero (Torre de los Molinos, Palencia, 1942) está, indudablemente, unida al diario *El Mundo*, diario al que se incorpora en abril de 1990 como titular de la sección de toros. Hasta ese momento, en el joven diario las labores de crítica taurina corren a cargo, por un lado, de Miguel Bayón,

---

<sup>1313</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Oreja va, oreja viene». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 7 de julio de 1994, suplemento «Diario Vasco Verano», p. 8.

<sup>1314</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Cálido bostezo». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 24 de mayo de 1995, p. 84.

<sup>1315</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Todo a 100». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 10 de junio de 1995, p. 68.

<sup>1316</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Matalascabrilas, mon amour». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 28 de septiembre de 1995, p. 74.

que forma parte de la redacción del mismo desde su salida en noviembre de 1989, y por otro, de Carlos Ruiz-Villasuso, que colaborará en el medio un breve espacio de tiempo escribiendo crónicas y reportajes desde febrero de 1990 hasta mayo de 1990<sup>1317</sup>.

En el mes de abril de ese año 1990 *El Mundo*, todavía en proceso de asentamiento<sup>1318</sup>, se lanza a ofrecer una información taurina de calidad, y lo hace a través de un suplemento taurino semanal que verá la luz por primera vez el lunes 16 de abril, y en el que aparecen las firmas entre otros del citado Ruiz-Villasuso, Fernando Bermejo y Javier Villán.

Con Villán, el diario a puesta por la crónica esencialista, y así será hasta que el escritor salga del medio en febrero de 2020, es decir, treinta y un años después de su incorporación. Durante ese largo periodo de tiempo, Villán habrá cubierto todas las ferias importantes de las temporadas taurinas, Valencia, Sevilla, Madrid, Pamplona, San Sebastián, Bilbao, Logroño y Zaragoza así como infinidad de festejos de la temporada madrileña y de otras plazas. Su puesto será ocupado por Vicente Zabala de la Serna, hijo del crítico Vicente Zabala Portolés tratado en el presente trabajo. De esta manera el medio abandona esa postura más esencial y apuesta por una crónica taurina más cercana a la perspectiva integrada con el espectáculo.

Con su llegada a *El Mundo*, Villán suma su voz a la de Joaquín Vidal y Paco Apaolaza, y la Corriente Crítica Esencialista entra en su época dorada. Los tres cubren un espectro de posibles lectores inmenso y hacen que el esencialismo sea la corriente dominante entre la opinión taurina de los diarios españoles. Los tres hablan de las mismas cosas, con un lenguaje similar, cada uno con sus características particulares, pero siempre en esa defensa de la esencialidad necesaria del espectáculo.

Licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid, el estilo de Villán estará marcado por su impresionante educación intelectual y humanística que le aleja un poco de esa prosa más convencional de sus compañeros. Baste recordad que desde 1975 y hasta la fecha tiene publicados cerca de cuarenta trabajos entre poesía, ensayo y narrativa e innumerables colaboraciones en otros. En el diario *El Mundo*, además de tauromaquia, Villán ejercerá la labor de crítico de otra de sus grandes pasiones, el teatro.

---

<sup>1317</sup> La última feria en la que participa Carlos Ruiz-Villasuso como cronista en *El Mundo* es la de Nuestra Señora de la Salud en Córdoba de ese año 1990.

<sup>1318</sup> El diario *El Mundo* salió a los kioscos por primera vez el lunes 23 de octubre de 1989.

Javier Villán será sin duda el alma intelectual de la tercera etapa de la corriente. Desde su gran conocimiento, teorizará como ningún otro sobre todas las cuestiones materiales e inmateriales que rodean el mundo de los toros. Posiblemente ningún cronista entre todos los que han ejercido la crítica taurina haya llevado la Fiesta a ese plano tan culto y profundo, algo que sólo puede hacer, como es el caso, quien tenga tan vasto conocimiento de las letras, del periodismo, de la cultura, de la intelectualidad y, por supuesto, del arte de torear. Contribuirá con sus textos a ubicar el espectáculo de los toros en la dimensión cultural perdida, una dimensión de la que gozó la Fiesta previa a la Guerra Civil, y que por culpa de ésta y de la posterior degeneración absoluta padecida había desaparecido casi definitivamente.

Su afición a los toros se cimienta, como él mismo reconoce, en tres toreros especialmente considerados desde la perspectiva distante y esencial y que marcaron sus inicios de aficionado: el catalán Joaquín Bernardó, Antonio Chenel, *Antoñete*, pieza clave para entender la evolución de la Fiesta de los años ochenta como ha quedado explicado en otro apartado, y el gaditano Rafael Ortega, torero que en los años sesenta es considerado desde el esencialismo como el más puro interprete del canon clásico:

[...] A mí me metió la afición en el cuerpo y, más profundamente, en el alma Joaquín Bernardó una lejanísima tarde en que toreaba en Barcelona.  
[...]

Imposible reconstruir los perfiles de aquel recuerdo, pero por siempre me quedó la intensidad de aquel momento, su condición germinal, su naturaleza sacra de revelación iniciática. La culpa, pues, de que yo me aficionara a los toros la tiene Joaquín Bernardo y aquel suceso se sobrepone a la impresión de ayer. Al verlo en las Ventas creí que aquellos años iban a volver de nuevo, de golpe. No volvieron, porque el recuerdo sólo devuelve sombras y alucinaciones. Tras aquel momento «Bernardó», hubo otro momento. Fue la tarde en que Curro Romero se dejó un toro vivo en Madrid y vi torear a Rafael Ortega, puede que en su despedida. Debió ser en el 66 ó el 67. Esa tarde, con la espantada de Curro y el toreo soberano de Rafael Ortega, hallé lo que, toreramente, necesitaba: la fusión indesplazable de lo apolíneo con lo dionisiaco.

Después, quizá ese mismo año, llegué a Antoñete, el Supremo. Estaba atrapado. Sobre esos tres nombres y tres momentos estelares, —Bernardó y Barcelona, el toro blanco de Chenel y la casi despedida de Rafael Ortega— se cimentó mi afición a las corridas de toros. [...]<sup>1319</sup>

---

<sup>1319</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «Sombras, nada más que sombras». *El Mundo*, Madrid, 19 de mayo de 1990, suplemento Toros, p. 1.

A parte de estos tres importantes diestros citados que le marcaran en su inicio como aficionado, a lo largo de su carrera será el exegeta y el analista de tres toreros para él fundamentales en la historia reciente del toreo. La irrupción del diestro colombiano, César Rincón, su propuesta taurina, cautivarán al escritor, que adivinará en él la llegada de un nuevo periodo cargado de trascendencia y lo dejará plasmado en su obra *César Rincón. De Madrid al cielo* (Espasa-Calpe, 1991), una biografía del torero al que el cronista se acerca —quizá sea la única vez, o la más intensa, en la que Villán mantiene un contacto estrecho, hasta de amistad, con un diestro— para descubrir la historia que hay detrás de ese hombre humilde que consigue alcanzar la gloria tras años de dura lucha. Después será Curro Vázquez en *Curro Vázquez. Sombra iluminada* (José Esteban, Editor, 1995), torero esencial, de claroscuros, de imprecisiones pero de un clasicismo depurado, absoluto podría decirse, que acerca la lidia a la perfección conceptual soñada por el autor. Y finalmente José Tomás en tres ocasiones, primero su irrupción tormentosa, su revolución, que pone de nuevo el panorama taurino patas arriba con un concepto que desmiente la gran mentira<sup>1320</sup> del taurinismo dominante y certifica la posibilidad real de que el toreo puede ejercerse conforme al canon esencial, con valor y compromiso, con verdad y sin alharacas en *José Tomás. Claves rituales de un enigma* (Calambur, 2001); para después teorizar sobre su evolución, sobre la pérdida de esa capacidad revolucionaria primigenia abandonando el compromiso de llevar el cetro de la pureza interpretativa antes mostrada en *José Tomás. Luces y sombras, sangre y triunfo* (La Esfera de los libros, 2008), y en *José Tomás. Una hipótesis republicana* (Foca Ediciones, 2009).

En *Curro Vázquez. Sombra iluminada* encontramos la perfección del esencialismo del cronista al describir cómo es el toreo al natural del diestro jienense. Una interpretación poética, abrumadora, del momento cumbre del ejercicio del toreo, acompañado el texto de una fotografía tan intensa como las palabras de Villán, en la que el torero carga la suerte en un natural que se adivina largo, perfecto, y en la que toro y torero son una misma cosa, una escultura móvil indisoluble en ese instante mágico que nos retrotrae a Gregorio Corrochano cuando afirmaba que en el centro de la suerte el torero levanta ligeramente el pie derecho. «Torear al natural es sentir el toreo en su

---

<sup>1320</sup> Una de los grandes mantras del entramado taurino es que no se puede torear conforme al canon defendido desde el esencialismo, es decir, como se veía en apartados previos, no se puede citar cruzado al toro y mantener esa posición cruzada en los siguientes lances, ya que la inercia del toro impide que el diestro recupere esa posición, obligándole a apartarse de su trayectoria. Sin embargo, José Tomás demuestra no sólo se puede hacer, sino que es donde reside la verdadera dificultad y el verdadero compromiso del arte taurino.

intensidad máxima», nos dice Villán, es el «ascetismo del toreo», remarca. Porque en el pase natural, en el de Curro Vázquez, no puede haber ni más sentimiento ni más misterio:

No hay más horizonte que los vuelos de la muleta, más pasión que el rojo de la multa, más viento que el aire de la muleta. Para el toro. Toda la muleta para el toro. Mantener la posición es clave. Es la esencia del toreo al natural. Y de cualquier otra suerte de toreo. Vuela baja la muleta arrastrándose por la arena. Y el cuerpo ligeramente cimbreado, y el viaje largo, largo en semicírculo de intensidades. La muñeca izquierda tira, juega, prolonga el recorrido del toro. El pase natural es esencia y sustancia, resume la naturaleza del toreo de Curro Vázquez. Es la formulación del misterio; y luego, resumirlo, aclararlo de tanta luz y tanta naturalidad. El natural se define por el cite, largo o corto, con la muleta por delante, por enganchar al toro en sus vuelos limpios, por la falta de apoyo de la espada, por llevarlo absorto a centímetros del trapo, por tenerlo muy cerca del corazón. Teoría del temple prodigioso en el natural. Se define también por un sistema de órbitas y desplazamientos encadenados: jugar muñeca y cintura acompasadamente en matemática conjunción de sentimientos. Sobre el compás abierto y firme de las piernas inmóviles, la invisible línea vertical de la quietud; y la verticalidad del espíritu cortando la leve inclinación del cuerpo. En su derredor, el ir y venir del toro. Sorprendido. Y prendido. Galopando en pos de un imposible. Girando en los trazos del asombro. Torear al natural es sentir el toreo en su intensidad máxima. Expresarlo con una austeridad de medios, con un despojamiento de apoyos tal, que lleguen, en su desnudez, al alma desnuda del aficionado. Desnudez por desnudez, el natural es el ascetismo del toreo, la purificación del aficionado. Y el gesto y rito mediante el cual el torero manifiesta su plenitud: desgarro del gladiador y éxtasis del artista.<sup>1321</sup>

Además de estas obras citadas, en materia taurina Javier Villán habrá publicado al menos otras siete. En poesía *El fulgor del círculo: (una tauromaquia apócrifa)* (La Idea, 1988); en narrativa, *Los toros furtivos* (Calambur, 2010); y en ensayo *El mundo de los toros en 103 crónicas* (Endymion, 1992), *Entre sol y sombra* (Planeta, 1998), *Schommer. La pasión dorada* (Lunweg, 1999), *La crítica taurina. Antología* (Mare Nostrum, 2006), y *Tauromaquias. Lenguaje, liturgias y toreros* (La Esfera de los Libros, 2012), Del mismo modo, son numerosas sus colaboraciones en otros trabajos, como por ejemplo *Las Ventas. 50 años de corridas* (Excma. Diputación Provincial de Madrid, 1981), y ha sido coordinador y ha escrito en *Los toros. Estado de la cuestión. 1993* (Akal, 1993), y *Los toros. Afeitado para todos. Anuario 1994* (Akal, 1994).

---

<sup>1321</sup> VILLÁN ZAPATERO, Javier. *Curro Vázquez. Sombra iluminada*. Madrid, José Esteban, Editor, 1995, p. 41.



Sobre su pensamiento taurino una interesante disquisición entre moral y arte en la denuncia del absoluto mercantilismo que conduce el espectáculo. La contradicción que genera la contemplación del sacrificio, sujetado por la sutil, y tantas veces inexistente, fuerza del arte, no puede añadir argumentos en contra, como demuestra la cotidianeidad de un entramado organizativo ajeno a cualquier planteamiento moralista que le haga escapar de su búsqueda de beneficios económicos:

[...] La corrida, por supuesto, no es una visión edificante, diga lo que diga el humanismo taurófilo, como tampoco eran edificantes las tragedias griegas; la corrida es cruenta, como lo eran las tragedias con las salvajadas de los dioses y las fatigas de los humanos disfrazadas de determinismo.

O sea, algo escasamente ejemplar. Mas la moral es de un ámbito distinto al ámbito del arte y no es cosa de repetir ahora, tras una tarde de mortal aburrimiento y sombras de sospecha, el tópico empequeñecido por el mal uso, de que de buenos sentimientos está hecho el arte malo. Los toros son, también, y puede que, dado el panorama, sólo sean eso, un entramado de relaciones comerciales y ahí sí que tiene que haber, debiera haber, una norma de ejemplaridad moral. O, cuando menos, de respeto a las mínimas leyes de mercado por las que esta sociedad se rige. [...]<sup>1322</sup>

Y también varias referencias que nos ubican en esa posición esencialista, permitiéndonos conocer mejor su inquietud de aficionado. Así, en julio de 1990, durante la feria de San Fermín, en la línea de sus compañeros, desde Vicente Zabala hasta Joaquín Vidal, teoriza sobre la importancia del toro como elemento autenticador del espectáculo y como referente clave para entender y valorar el triunfo del torero, más aún cuando la interpretación de toreo ha entrado en una dinámica esteticista, que sobrepone sin rubor y da categoría al concepto artístico, su vistosidad armónica sin considerar el impulso que a toda creación taurina tiene que otorgar el toro. Para Villán la estética, preciosa y preciosista, del toreo no puede nunca tener valor como tal —o éste queda muy reducido— si el contrapunto del toro no equilibra la balanza conceptual:

#### **Toros y toreros**

[...] Y sirve también para llegar a la conclusión de que, mientras no se demuestre lo contrario, el toro es la única razón de ser de la fiesta; y de que el torero lo es en función de las reses que le pongan delante.

Lo que hagan los toreros ha de tener siempre ese único punto de referencia: el toro. En su virtud o en su defecto se cimentan las glorias o los desastres taurinos. Cuando hace muchos años, quizá no demasiados, mas para mí una eternidad, me inicié en esta pasión de los toros, un

---

<sup>1322</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «Ánimo, sólo quedan dos». *El Mundo*. Madrid, 4 de junio de 1990, suplemento Toros, p. 1.

amigo me decía siempre: «El toro, fíjate en el toro; en la Fiesta todo ha de estar en función del toro».

Lo demás, decía, son memeces estéticas, perversión esteticista. Nunca acepté lo de memeces ni lo de perversión, pero sí que he procurado tener en cuenta ciertos engaños de la estética. Sólo le hice caso a medias, y durante mucho tiempo he sido y soy un perverso del esteticismo taurino, un purista buscando los tres pies al gato de la ortodoxia o de la heterodoxia, términos cuya significación no siempre se deslinda con facilidad. [...]

No dejaré que me seduzcan los estetas y cantaré de nuevo a los guerreros [...]<sup>1323</sup>

En el punto 5.1.1.3. *La excelencia como referencia de la crónica esencialista* de este estudio se afirma que el trabajo de los cronistas de la Corriente Crítica Esencialista parte de la supuesta excelencia como meta máxima a alcanzar por el diestro en el ejercicio de su profesión, una excepcionalidad que, si se consigue, se convierte en experiencia casi mística. Más allá de ser algo prácticamente imposible, refleja ese criterio original de estos escritores, que llegan a cuestionarse, como el caso de Villán, si esa perfección conceptual casi divina realmente es materializable. Así, ante una faena importante, pero no perfecta, se apresura el cronista a plantear la duda, «en el supuesto un tanto iluminado de que la perfección exista»<sup>1324</sup>.

Porque, como bien nos dirá viendo a su admirado César Rincón, esa apreciación, esa valoración de un concepto, de una propuesta determinada sea quizá más un impulso interno, particular de cada uno, que una ecuaníme respuesta a algo que al instante de producirse deja de verse, y en ese caso es imposible ajustar al grado de perfecto lo que no parte de un ejercicio razonado. «Es muy difícil definir la verdad del toreo; es, quizá, más una pulsión que un argumento»<sup>1325</sup>, escribe Villán.

Siendo un grandísimo escritor y un perfecto analista del toreo, su estilo culto, profundo, cargado de referencias literarias y culturales a la hora de escribir las crónicas le ha situado en la esfera de la intelectualidad más representativa de España, pero es posible que le haya impedido alcanzar una relevancia mayor a nivel del gran público, algo parecido a lo que le ocurrió José María del Rey Caballero, *Selipe*, en los años cincuenta y sesenta del siglo XX.

---

<sup>1323</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «Toros y toreros». *El Mundo*. Madrid, 13 de julio de 1990, p. 42.

<sup>1324</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «Puerta Grande para Fernando Cámara». *El Mundo*. Madrid, 2 de octubre de 1990, Suplemento Toros, p. 1.

<sup>1325</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «La muchacha que amaba a César Rincón». *El Mundo*. Madrid, 10 de julio de 1991, p. 40.

Al igual que al resto de sus compañeros de la corriente, su independencia a la hora de ejercer la crítica no ha estado exenta de presiones, amenazas y hasta agresiones, como la sufrida el 23 de septiembre del año 2000 en Logroño, cuando el padre del diestro Miguel Abellán le golpeó con fuerza causándole lesiones por no estar de acuerdo con una crónica publicada por el cronista respecto al torero.

Su salida del diario *El Mundo* en febrero de 2020 se produce de una forma un tanto abrupta. Bien es cierto que el diario había apostado por su remplazo, al incluir en la sección al citado Vicente Zabala de la Serna en el año 2009, sección que comparten y en la que en diferentes ferias se duplican las crónicas, sin embargo la apuesta del medio deja de ser el cronista palentino, que es invitado a abandonar el periódico, estando en ese momento de director del mismo Francisco Rosell.

En la actualidad, alejado ya de la crítica taurina en medios impresos, mantiene vivo su espíritu de cronista y analista de sus grandes pasiones en su blog *Diario de Javier Villán. Teatro, toros y cultura en general*<sup>1326</sup>, que publica y actualiza desde agosto de 2013.

#### **6.3.4.1. José Tomás o el renacimiento de la liturgia esencial**

Como se afirmaba en las pinceladas biográficas de Javier Villán, son tres toreros los que han recibido una atención más particular por parte del escritor, César Rincón, Curro Vázquez y José Tomás, pero es este último el que quizá haya movido con más insistencia los resortes de su conciencia, llevándole a publicar hasta tres obras sobre su personalidad y su forma de desenvolverse en el panorama taurino. Puede, por tanto, considerarse a Villán como el gran exégeta del diestro, el que mejor ha sabido interpretar su evolución y sus progresos, sus triunfos y sus fracasos, y, sobre todo, su compleja personalidad artística.

Una primera aproximación que sirve para entender mejor porqué el cronista de *El Mundo* se acerca al diestro es por esa voluntad manifiesta de éste de querer torear de manera diferente; pero no diferente en sentido heterodoxo —en el panorama taurino los toreros «diferentes» normalmente suelen traer de la mano concepciones heterodoxas que duran lo que duran sus trayectorias—, sino en sentido de pureza esencial. El esencialismo ha promulgado y ha defendido siempre las bases de un canon artístico

---

<sup>1326</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. *Diario de Javier Villán. Teatro, toros y cultura en general* [Mensaje en un blog]. Recuperado de <http://diariodejaviervillan.blogspot.com/>

concreto, delimitado por aspectos imperecederos como distancia, ubicación, forma de citar, integridad del toro, etc.; un canon que, por su dificultad impresa, ha sido desarrollado escasamente, que en su perfección lleva su propia limitación artística, que, en su grandeza, se ubica en la categoría de Arte con mayúsculas, y, como tal, enajenador de los sentidos, convirtiéndose cuando surge, aunque parezca contradictorio, en auténtica revolución artística porque no hay nada en el toreo efectuado fuera de ese canon que pueda tener ese grado de relevancia y complejidad. La propuesta de José Tomás se instala en ese punto, lo conquista, desenmascara el carnaval que lo rodea, y busca esa perfección conceptual, puede que reinventada, que huye del acomodo técnico dominante. Por eso Javier Villán nos dice que el arte «es una dimensión del conocimiento; pero el toreo es eminentemente sensual y entra por los sentidos más que por el intelecto. De ahí que en toros no se entiendan las vanguardias experimentales y toda revolución taurina ha de tener un signo renovador clásico. La revolución de José Tomás, por lo tanto, no es vanguardismo, sino restauración».<sup>1327</sup>

Hasta la temporada de 1997, José Tomás Román Martín (Galapagar, Madrid, 1975) apenas ha aportado nada que otros diestros de igual corte no hayan podido enseñar, nada en el sentido que, pese a tener buenas formas, saber colocarse bien, y valor, mucho valor, no son cualidades ajenas a una buena parte de los novilleros que luchan por abrirse paso en el difícil camino de querer ser figura del toreo. El día 24 de septiembre de 1995, todavía novillero, sale a hombros por la puerta grande de Madrid, pero este festejo no es contemplado por Javier Villán, ya que se encuentra cubriendo la feria de Logroño. Por su parte, Joaquín Vidal, que sí asiste, considera que esa salida no está justificada, ya que durante el trascurso de la novillada muchos «aficionados protestaron las orejas y salida a hombros, porque advirtieron en las faenas de José Tomás débitos y carencias que restaban los merecimientos para semejante recompensa»<sup>1328</sup>. En cualquier caso, el joven diestro, bien llevado en esa etapa previa a su paso al escalafón de los matadores de toros, tomará la alternativa en México en diciembre de 1995.

Sin embargo, el 27 de mayo de 1997 se empieza a escribir una historia impresionante y podría decirse que desconocida en la fiesta moderna. Ese día, José

---

<sup>1327</sup> VILLÁN ZAPATERO, J., y BARTELS-SUERMONDT, A. *José Tomás: claves rituales de un enigma*. Madrid, Calambur, 2002, p. 21.

<sup>1328</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Triunfo torero y ganadero». *El País*, Madrid, 25 de septiembre de 1995, p. 37.

Tomás desoreja al toro «Corchito» de la ganadería de Alcurrucén y pone de acuerdo a los tres cronistas esencialistas que se abordan en esta parte del estudio. El párrafo introductorio de Joaquín Vidal es determinante al hablar de esencia y hondura, de ese toreo de verdad que el esencialismo reclama porque sabe que se puede ejecutar desde el compromiso con la profesión. «Y llegó José Tomás... Llegó José Tomás se echó la muleta a la izquierda y acabó con el cuadro. Quiere decirse que se terminó la presente historia. La hegemonía de los pegapases y sus rechazos pasó a mejor vida. De momento, pues el público actual, ya se sabe. Pero la esencia y la hondura del toreo verdadero quedaron plasmados, para que se sepa cómo es; para quien lo quiera mejorar... si puede»<sup>1329</sup>. Y se recrea aún más Vidal, al afirmar que el «toreo no ha muerto... El toreo es tal cual lo realizó José Tomás en el puro platillo del ruedo de Las Ventas», en una intensa faena en la que se «cruzó con el toro, cargó la suerte, ligó los pases, [...] Renacían sensaciones que parecían perdidas: cuando las suertes se ejecutan con hondura y se interpretan con sentimiento, el arte de torear adquiere caracteres de grandeza».

Por su parte, Paco Apaolaza, que sólo podrá contemplar<sup>1330</sup> esta primera salida a hombros del torero en la plaza de toros de Las Ventas, con su particular estilo, en un torrente descriptivo, explica los fundamentos de la faena, la verdad de una faena que tanto a él como a sus compañeros de la corriente les había pillado desprevenidos. «Fueron doce, o trece, qué más da; doce naturales al atardecer. Doce naturales densos, toreros, pausados, reposados, adelantando la muleta, trayéndose al toro, que venía fijo, toreado, rematándolo atrás y quedándose colocado para el siguiente, sin correr, sin aposturarse, con sencillez, con el pecho por delante, vertical, aposentado, cargando la suerte sin alharacas bamburrias, sin mentiras toreras...»<sup>1331</sup>, describe Apaolaza, recreándose en esos aspectos tan importantes para el esencialismo —especialmente para él, como se ha visto en el apartado dedicado a su figura— como adelantar la muleta, quedarse colocado en el sitio, cargar la suerte..., y sobre todo la «verdad», esa verdad que desprende el toreo cuando se hace conforme al canon esencial. En una faena que fue subiendo en intensidad y «donde nunca destoreó y siempre lo hizo de arriba abajo, de

---

<sup>1329</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Y llegó José Tomás». *El País*, Madrid, 28 de mayo de 1997, p. 46.

<sup>1330</sup> Paco Apaolaza fallecerá en abril de 1998, sin llegar a contemplar las apoteosis de José Tomás en la plaza de Las Ventas en esa temporada y en la siguiente.

<sup>1331</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Doce naturales, doce». *Art. Cit.*, p. 66.

delante a atrás y, sobre todo, quebrando la cintura sin sacar el culo<sup>1332</sup>, lo que hizo que despidiera al toro casi con el mismo pecho con que lo había recibido», escribe. Un toro que, por otra parte, era «bonanchón y dulce», y restaba de esa manera un puntito de grandiosidad a lo contemplado.

Del mismo modo, Javier Villán describe la intensidad y la importancia del momento, de esa belleza impresa en cada instante, de esos, al igual que Apaolaza, contabilizados doce naturales de fantasía, y, de la misma manera que sus compañeros, deja constancia de que la excelencia no se ha alcanzado porque al toro le faltaba esa fuerza ofensiva necesaria para que aquello, a pesar de ser incuestionable, fuera rotundo, definitivo:

#### **Al natural: José y Tomás**

[...] Un suponer, José Tomás. José y Tomás porque a partir de ahora este muchacho tímido de Galapagar es como si fuera dos toreros. O más. Yo no estaba para nada hasta que llegó José y Tomás, y el arroje de miel que venían derramando los de Alcurrucén fue néctar para paladares de dioses. ¡Viva esa izquierda!

[...] El de Alcurrucén andaba tan justo de fuerzas como sobrado de son y de clase; y las fue perdiendo progresivamente, no sin que antes su suavísima embestida permitiera a José Tomás recrear con vocación de ensueño el mejor toreo al natural que se ha visto en la feria.

Una docena de naturales, algunos de pura fantasía, por la templanza, por la economía de terrenos, por la languidez de la muleta que se arrastraba, sonámbula e inspirada, por la arena; tanto la arrastró José y Tomás que la perdió dos veces. Se tiró a matar con la misma justeza, con la misma derechura y con el mismo misterioso aplomo con que había toreado. Y la espada, además, cayó arriba y letal. Ocultar que a mí me gustan toros nobles pero con más picante sería la ocultación de una verdad. Aunque si, por ello, negara la verdad y la belleza de los naturales de ayer de José y Tomás, sería una falsificación. [...] <sup>1333</sup>

Como se afirmaba más arriba, ese 27 de mayo de 1997 se empezaba a escribir una historia impresionante, la historia de un diestro que marca un antes y un después; de un torero que, de pronto, interpreta el toreo conforme a un canon esencial que parecía desaparecido, negado por parte del entramado taurino al considerar que su desarrollo era cuando menos imposible. Y, sin embargo, José Tomás demuestra que no, que esa utopía no es fruto de una tarde inspirada, sino que es realizable, y lo es a partir del

---

<sup>1332</sup> El gesto de «sacar el culo» en un torero es delator de inseguridad, ya que indica una posición forzada, sin naturalidad, en la que el diestro fuerza la figura, se contorsiona, para evitar la cercanía con la res, y lo hace en esa actitud en la que dobla hacia adelante el tronco, dando esa sensación de que está «sacando el culo» hacia afuera.

<sup>1333</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «Al natural: José y Tomás». *El Mundo*, Madrid, 28 de mayo de 1997, p. 56.

compromiso, del valor, de la seguridad y de una técnica que, si bien no termina de desarrollar del todo —los enganchones de los engaños son frecuentes en la faenas del diestro, y eso siempre deslucen la labor—, le permite ligar las suertes en ese terreno que parecía imposible.

Ese compromiso con la verdad hace que apenas una semana después de su sonado triunfo, en la llamada Corrida de la Prensa, en la misma plaza y cuando todo indicaba que se iba a repetir la apoteosis, un toro de Los Bayones, manso y con peligro, le infiera una grave cornada, lo que hace que aumente la expectación sobre su persona. El argumento, el mismo: la quietud, la verdad, los terrenos que exige la pureza del canon... Y así se lo reconoce Joaquín Vidal, que se lamenta de la cogida. «Ya nada volvió a ser lo mismo. Porque José Tomás toreaba; los otros pegaban pases. Hay una notable diferencia. La diferencia entre torear y dar pases la advierten hasta los que no han ido nunca a los toros. [...] Cuando se torea puro los toros pueden coger. En la tauromaquia eterna, la gloria tiene este precio. Justo el que pagó José Tomás cuando volcaba su pundonor y su torería en el arte de parar, templar y mandar»<sup>1334</sup>.

Reconoce asimismo Javier Villán la verdad y la autenticidad del toreo del diestro, y empieza a referirse a la sangre del torero, a ese precio tan caro que pagan los diestros pero que en José Tomás irá adquiriendo un valor diferenciado, superior, ya que su trayectoria estará marcada por el triunfo pero también por la tragedia, y la tragedia en el toreo casi siempre está manchada de sangre, esa sangre caliente que brota de la herida y que enseña su fragilidad humana a pesar de tener ese valor tan descomunal:

#### **José Tomás cae herido en Las Ventas**

[...] Y fue entonces cuando sobrevino el poderío y la verdad sangrienta de José Tomás; bajó la mano, irguió el talle y remató atrás.

Dos tandas de redondos, una tan comprometida que hubo que resolver la situación con un cambio de manos de urgencia y torería. Porque el toro trataba de achicar terrenos en una guerra de avance y movimientos, mientras José Tomás establecía la guerra de posiciones; es decir, no ceder ni un centímetro. Era la *blitz krieg*, la guerra relámpago del de Los Bayones contra la estrategia de trinchera de José Tomás. No cedía la casta agresiva del toro ni la casta dominante del torero. Y, al final, en el segundo o tercer derechazo, soberano y solemne, de una tanda soberana, tanto se juntaron los terrenos del torero y toro que el pitón derecho del de Los Bayones sí hizo sitio a través de la carne de José Tomás.

---

<sup>1334</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Cuando mejor toreaba». *El País*, Madrid, 3 de junio de 1997, p. 44.

Saltó la sangre, se desgarró el vestido, buscaba afanosamente el animal nuevos brotes y nuevas fuentes. Y la plaza enmudeció. Después se quedó desolada. Toda la sangre es igual, más parece que la sangre de los valientes es más roja, más sangre y más caliente. La tarde fría se calentó, el de Los Bayones se hizo el amo, y las asistencias, a la carrera, se llevaban a la enfermería a ese estilista con el corazón de acero y la pasión en contradictoria hibernación. Allí se pudo comprobar, pese a las apariencias de estoicismo y frialdad, que la sangre de José Tomás también es sangre caliente. [...] <sup>1335</sup>

Los éxitos se empiezan a suceder; la expectación creada a partir de ese aldabonazo se va cumpliendo con creces. En 1998 repite actuación en la feria de San Isidro y repite éxito al cortar las dos orejas al sexto toro de la tarde, de la ganadería de El Torreón en una faena cimentada sobre la mano izquierda, la mano de la verdad. Joaquín Vidal se recrea en esos momentos de toreo supremo no obstante le niega de nuevo la excelencia al diestro al ser la condición de la res dócil en grado sumo. Sin embargo, reconoce la pureza interpretativa de su toreo al natural, recordando que es la suerte fundamental del toreo de muleta, la que da sentido y forma al arte. «El natural es la suerte esencial del toreo. Un natural ejecutado a modo —con sus tiempos de parar, templar, mandar y cargar la suerte— compendia la emoción y la belleza supremas del arte de torear. Y de esos instrumentó José Tomás unos cuantos al sexto toro de la tarde, hierro El Torreón, que por cierto estaba inválido y embestía con aborregada docilidad» <sup>1336</sup>, escribe Vidal, que se recrea en los momentos de belleza insuperables y en la conmoción del público después de contemplar aquello, «luego interpretó los naturales inspirado por la corte celestial [...] con tanta hondura y tan estremecido sentimiento, que el toro ya no podía soportar más y el público se encontraba en un estado de conmoción extrema y de máximo delirio provocados por la mágica intensidad de los momentos vividos», continúa el cronista.

Para Javier Villán, José Tomás está rotundo, supremo, en los dos toros, tanto en el manso y complicado de Gavira lidiado en tercer lugar, como en el de El Torreón y, curiosamente y a diferencia de Joaquín Vidal, la faena que observa en ese sexto de la tarde es a un toro encastado, no al toro inválido y dócil que describe el cronista de *El País*. En cualquier caso, José Tomás dicta otra vez una lección de toreo real, auténtico, puro y su fórmula interpretativa es magnificada por el cronista que de nuevo se rinde a esa pureza casi desconocida:

---

<sup>1335</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «José Tomás cae herido en Las Ventas». *El Mundo*, Madrid, 3 de junio de 1997, p. 58.

<sup>1336</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Por naturales». *Op. Cit.*, p. 51.



### Dos lecciones magistrales

[...] Que no se me olvide nada, porque a lo peor, este José Tomás la organiza, la lía, explica cuál es la teoría de los terrenos, la teoría de pasarte el toro por la faja y otras nimiedades tan poco frecuentes en la actual tauromaquia.

[...] Por ejemplo, acaba de dibujar una tanda de naturales al mansote de Gavira, unos naturales que acreditan a un torero porque los ha sacado a punta de corazón, de quietud, de transmutar la descastada embestida del Gavira en sople bravo.

Luego vendrá el parón, el toro debajo de la axila, y algunos *enganchones* y *fueracachos*. Y algún otro natural sublime. Todo toro tiene su faena, cierto. A condición de que haya en el ruedo un torero como José Tomás. Así que, como mate bien, no me lo puedo olvidar. Pero pincha, porque se pasó de faena. Pese a todo, una lección torerísima de cómo torear a un manso, de sentido de los terrenos, de obligar, de cruzarse, o de dar aire según conviniera. Lo bueno estaba por venir. Otra lección magistral, esta vez con un toro encastado.

Desde las iniciales verónicas ceñidísimas, hasta los estatuarios igualmente ajustados y de escalofrío. Y después las tandas de redondos ligadísimos, obligando al toro, los naturales de clamor y un pase de pecho. Series cortas, faena corta, pero de una intensidad y de una emoción inusual. Técnica y belleza. [...] <sup>1337</sup>

Rubén Amón, en el artículo que acompaña la crónica de Villán, se pregunta si estaremos ante un torero de época, no porque en apenas dos años José Tomás haya conseguido poner de acuerdo a todos los aficionados, sino por una cuestión fundamental, clave, como es su ubicación delante de la cara del toro. José Tomás ejecuta el toreo conforme al canon esencial, y lo hace por tanto en un terreno complicado, en el que la voluntad tiene que sobreponerse a los resortes del miedo, de la propia supervivencia, algo que, como se demuestra en la tauromaquia contemporánea, los diestros no son capaces —o no quieren— de hacer, no al menos con la frecuencia que requeriría el ejercicio de la profesión elegida:

Quizá sea precipitado aventurarle a José Tomás el porvenir de un torero de época, pero, al menos, la rotundidad de las faenas que cuajó ayer en Las Ventas establecen un descomunal salto cualitativo sobre los demás matadores del escalafón y sitúan al espada madrileño en una nueva dimensión de la tauromaquia contemporánea.

Las razones de semejante revelación estriban en la sospecha de que nadie pisa el terreno de José Tomás, es decir, que ningún otro matador puede asentarse en el espacio natural del toro con parecida suficiencia, seguridad y aplomo. Sí, la faena al excelente ejemplar de El Torreón [...] permitió identificar la plenitud de la tauromaquia, pero la anterior, no menos

---

<sup>1337</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «Dos lecciones magistrales». *El Mundo*, Madrid, 29 de mayo de 1998, p. 62.

sintomática de las condiciones del maestro, puede aceptarse como una prueba inequívoca sobre la autoridad de José Tomás en las circunstancias adversas. Primero, porque el vulgar ejemplar de Gavira nunca dio verdaderas opciones de triunfo. Y, segundo, porque José Tomás se sobrepuso a la mediocre condición del toro y dio cuerpo a una escalofriante faena con los increíbles argumentos de siete series consecutivas de naturales.

La grandeza del torero de Galapagar, por tanto, no sólo reside en la hondura, el valor, la calidad, el temple, la elegancia, la sobriedad... y cuantas virtudes alumbraron la monumental faena al sexto de la tarde, sino además en una extraña clarividencia que le permite asentarse sobre el ruedo como si aquella sentencia de Frascuelo fuera posible cien años después de su muerte: «El valor, amigos míos, es aquella serenidad que te permite estar delante de la cara del toro como si no existiera».<sup>1338</sup>

El lunes 8 de junio 1998, ante toros de la ganadería de Alcurrucén, a pesar de no obtener trofeos, José Tomás vuelve a mostrar su lado más puro toreando también al natural con una gran verdad que le es reconocida de nuevo por el cronista de *El Mundo*, que recuerda que en la tauromaquia contemporánea es posible que nade aplique. «Naturales inverosímiles en un sitio inverosímil, ese sitio que hoy por hoy puede que sea el único torero capaz de pisar»<sup>1339</sup>, señala Villán.

La salida a hombros por la puerta grande de Las Ventas del día 18 de mayo de 1999 en la sexta corrida de la feria de San Isidro marca un punto de inflexión en la trayectoria del torero. Se empieza a constatar la conversión en mito, esa conversión que, como se verá, llevará a Javier Villán unos años después a teorizar concienzudamente sobre el desarrollo y la evolución de la carrera matador. Ese día de mayo, José Tomás no está bien, no al menos al gran nivel demostrado en sus actuaciones anteriores, y sin embargo en la plaza ya hay una voluntad secuestrada, zombi, que hace y ejerce de inercia hacia el triunfo aunque éste no sea merecido. El toro del El Sierro que lidia en sexto lugar, con gran peligro, levanta del suelo al diestro en varias ocasiones, que ofrece una extraña sensación de inconsciencia, y cada vez que consigue zafarse de los pitones, magullado, maltrecho, vuelve a ponerse delante, a ofrecerse a una especie de sacrificio desconcertante que no puede calificarse solamente como valor. «Pocas veces he visto aplaudir con tanto entusiasmo inexplicable la patética impotencia que ayer José Tomás demostró en el duro y peligroso toro de El Sierro que cerró plaza»<sup>1340</sup>, escribirá Villán, que sentencia la final de la crónica con una frase perfectamente descriptiva de la

---

<sup>1338</sup> AMÓN, R. «¿Un torero de época?». *El Mundo*, Madrid, 29 de mayo de 1998, p. 62.

<sup>1339</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «Duelo a primera sangre sin armas ni padrinos». *El Mundo*, Madrid, 9 de junio de 1998, p. 66.

<sup>1340</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «Puerta Grande, puerta falsa». *El Mundo*, Madrid, 19 de mayo de 1999, p. 72.

concepción taurómaca del diestro y su preocupante falta de técnica: «El toro de El Siervo fue árbitro implacable para una torería purísima, pero técnicamente inconsistente». Algo que ratifica Joaquín Vidal, «Los enganchones se sucedían y cada enganchón se aclamaba con olés; hubo tres desarmes y cada desarme provocaba una ovación clamorosa. El torero no podía con el toro, ni siquiera cuando al final instrumentó unos torerísimos ayudados por bajo, y salió empitonado otra vez»<sup>1341</sup>, escribe.

Se empezaba a constatar en este caso las dos dobles líneas paralelas que marcarán definitivamente la carrera del torero. Por un lado, esa especie de incapacidad manifiesta que en ocasiones muestra en sus actuaciones, que, inexplicablemente, se ve despojado de toda técnica —como el artista al que le abandona la inspiración— y a pesar de ello sigue intentando, de manera patética, aplicar su concepción taurina, lo que lleva a poner en riesgo su vida de forma absolutamente irracional, siendo empitonado por los toros con demasiada frecuencia. Aún así, y junto a él, la corte de fanáticos, absolutamente sugestionada, que le aplaude y le jalea, incapaz de esa mínima reflexión conceptual, porque su misión no es ir a la plaza a ver si el diestro está inspirado y ofrece su mejor versión, sino a seguir «adorando» al mito a pesar de lo que haga y cómo lo haga.

Frente a esto, su otra cara, la del toreo de verdad, firme, poderoso y puro, más puro que nadie; indiscutible en su forma y en su fondo, inalcanzable para casi todos, que pone de acuerdo al conjunto de aficionados y que le ha convertido en la referencia total del esencialismo.

El miércoles 26 de mayo, en la decimocuarta corrida de la feria de San Isidro de este 1999, una actuación casi perfecta ante el quinto toro de la tarde si no llega a ser por el fallo a espadas que le impide el triunfo definitivo y apoteósico. Los argumentos, los de siempre, la mano izquierda y el corazón, pero esta vez con las ideas claras, sin atropellos, sin necesidad de que la masa tenga que aclamar algo que no merece serlo, porque en este caso es todo cierto, y así lo ratifica Joaquín Vidal, que entiende que lo contemplado tiene categoría de obra de arte, «había de intervenir esa mano izquierda poderosa que José Tomás se gasta; ese toreo al natural que fijó la moruchona embestida, la templó y se fueron sucediendo las tandas en un crescendo sinfónico; en un maestosso

---

<sup>1341</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «José Tomás, por la puerta grande». *El País*, Madrid, 19 de mayo de 1999, p. 51.

que hurta del tiempo y de las miserias terrenales cualquier acción para ponerla en manos de las musas y elevarla a la categoría de arte»<sup>1342</sup>, escribe.

Y Javier Villán sube un peldaño la crónica al confesar que pudiera ser la faena más perfecta que le ha visto, una faena que le ha envuelto, como tan pocas veces ocurre —como ocurrió con Julio Aparicio—, en una especie de ensoñación perezosa, como si aquello no hubiera sido verdad del todo, en la que se pide asimismo mesura y capacidad reflexiva para poder analizar objetivamente lo observado. Había vuelto el toreo más puro, el inverosímil, y ante tanta autenticidad una plaza que, esta vez sí, y con razón, aclama al diestro en un delirio colectivo, en un éxtasis del que también es partícipe el propio cronista:

### **El ensueño de una faena perfecta**

Que no me venza la pasión ni me desequilibre la emoción. Y que la literatura no me desborde. Los elogios a José Tomás están sobrepasando estos días la barrera del sonido. Y no quisiera yo rebasar la barrera del sonido; por más que esté convencido de que la naturaleza del lenguaje taurino es la hipérbole y la desmesura. Aún estoy adormecido y traspuesto por el perezoso ensueño de los naturales de José Tomás; aún queda en la retina la prodigiosa exactitud de su segunda faena, apasionada y matemática, a un toro nada claro: lentitud, serenidad, caricia. Y que no se me olvide su desastre con la espada.

[...] Siguió el secreto a voces de la tauromaquia de José Tomás en el quinto: pasarse el toro muy cerca, poner su cuerpo serrano allá donde otros ponen la muleta; es decir, cruzarse, arrimarse y achicar terrenos. Dos tandas de naturales fueron un prodigio de temple, de colocación y de sometimiento. A la tercera, en un palmo de terreno, la plaza se puso en pie al grito unánime de «torero, torero, torero»: hoy sí, esta faena, sí; sin ningún tipo de concesiones. A la cuarta serie, el toro, nada claro en principio, estaba ya descubierto, aclarado y rendido.

Faena de cabeza y de corazón: posiblemente la más perfecta que se le haya visto a José Tomás. Pese a los innumerables pinchazos de feo estilo, el eco de «torero, torero, torero» seguía resonando en los aires, aunque las gargantas hubieran enmudecido por la decepción de los sucesivos pinchazos. [...]<sup>1343</sup>

Y de nuevo el martes 1 de junio, ante toros del Conde de la Corte, su otra versión, la del torero patético, incapaz además de temerario, que pone en vilo a la concurrencia porque la sensación de tragedia está presente en cada instante. «Lo inquietante de José Tomás es que sigue estando a merced de los toros duros, impotente

---

<sup>1342</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Toreo grande por naturales». *El País*, Madrid, jueves 27 de mayo de 1999, p. 50.

<sup>1343</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «El ensueño de una faena perfecta». *El Mundo*, Madrid, 27 de mayo de 1999, p. 72.

y patético. Es un torero purísimo, pero cuando se pone impuro, y ayer lo estuvo, produce angustia y zozobra»<sup>1344</sup>, escribe Javier Villán.

El nuevo triunfo se produce apenas un mes después con motivo de la celebración de la tradicional corrida de Beneficencia. Javier Villán se reencuentra con el toreo puro, esencial, de un José Tomás en plenitud, sin esas temeridades insensatas que ya habían empezado a ser parte de su propuesta. Esta vez sí hay un reconocimiento unificado a su labor, sí hay excelencia en lo contemplado; nadie sabe —o puede— torear al natural con tanta hondura, pisando ese terreno que parecía imposible, citando al toro, trayéndolo toreado, templando las embestidas, rematando los muletazos atrás y, increíble, quedándose colocado en el sitio exacto para iniciar un nuevo lance, es decir, la teoría inverosímil del esencialismo hecha realidad:

### **El poder de la mano izquierda**

José Tomás reafirmó ayer el poder de la izquierda; y la emoción de la izquierda; de la mano izquierda torera, se sobreentiende. Parece que José Tomás sólo entendiera el toreo a base de naturales, a base de barrer la arena con la muleta planchada, a base de bajar la mano y economizar terrenos; a base, en suma, del toreo esencial.

Toreo al natural, sobre todo en el quinto, un toro que no dio demasiadas facilidades, que hubo que aguantar, templar y mandarle por donde no quería. En tablas y contra el viento. Esto fue, en líneas generales, el gran argumento de la corrida de Beneficencia: José Tomás mandando sobre el toro y no a merced de él. José Tomás reivindicando la verdad del toreo sin tener que recurrir a tremendismos zafios ni a sentimentalismos inmediatos.<sup>1345</sup>

Para Joaquín Vidal la cuestión no ofrece ninguna duda, José Tomás torea y los demás realizan ejercicios delante de la cara del toro, y torea porque, como bien afirma, el toreo en su esencia parte de ese riesgo inherente, peligro latente en cada instante, asumido desde la condición de héroe, que conlleva la ubicación y mantenimiento de la posición en un terreno en el que el error de cálculo se traduce en cogida, imprevisible en sus consecuencias, que establece la diferencia definitiva entre lo normal, vulgar, habitual, y lo supremo, ente quien está dispuesto a asumir el precio y quien no quiere o no es capaz. «Parar, templar y mandar ligando los pases: así toreaba José Tomás y ponía la plaza boca abajo. No por casualidad, ni por partidismo sino porque, efectivamente, toreaba, y el toreo siempre es emocionante, siempre arrebatador. Claro que el toreo

---

<sup>1344</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «El héroe y el villano». *El Mundo*, Madrid, 2 de junio de 1999, p. 72.

<sup>1345</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «El poder de la mano izquierda». *El Mundo*, Madrid, 18 de junio de 1999, p. 74.

verdadero requiere no sólo conocerlo sino asumir el riesgo de la cogida. Cuando un torero carga la suerte y liga los pases sabe lo que se juega. He aquí, pues, el busilis de la vaina: un peligroso albur al que no todos están dispuestos. En el actual escalafón, casi nadie»<sup>1346</sup>, escribe Vidal, que un poco más adelante entra en detalles de la faena que significa el reconocimiento definitivo a un diestro que ya ha puesto a temblar los cimientos del toreo. «La segunda faena, en cambio, tuvo hondura y torería a raudales. Ahí sí. En esa faena el toreo al natural lo iba desgranando con una pureza irreprochable y al sufrir un acosón enderezó el desaire cuajando tres ayudados a dos manos que fueron otros tantos carteles de toros. Y vino entonces la emoción, el clamor, los gritos de "torero", la plaza en pie, ¡el delirio!», sentencia, sin saber que ésta será la última vez que le vea salir a hombros de la plaza de Madrid<sup>1347</sup>.

Con esta salida a hombros por la Puerta Grande de Madrid en 1999 puede afirmarse que se cierra una parte del ciclo de José Tomás. A partir de ahí ya no solo es mito viviente, sino que se convierte en leyenda. Pero esa pureza con la que se había manifestado el diestro se empieza a tambalear; mantenerse en esa posición, bajo la presión de tener que demostrar cada tarde su propuesta y con ese compromiso durante muchos años es realmente difícil. Además, su situación ya de figura indiscutible le permite cierta comodidad a la hora de elegir compañeros de cartel, ganaderías y proporciones de las reses que, en contraposición a su pureza conceptual, restan méritos a la excelencia interpretativa. Entre sus nuevas condiciones, la de no dejarse televisar ni hacer declaraciones a los medios de comunicación, lo que le llevará en la temporada del año 2000 a no estar presente en ferias tan importantes como Valencia, Sevilla, Madrid, Pamplona, o Bilbao. Aún así, la expectación por asistir a sus actuaciones no decae, al contrario, sigue en aumento y sus triunfos se multiplican en las temporadas 2000 y 2001, siendo muy exitosas para el diestro, que triunfa prácticamente todas las tardes que torea.

Por tanto, la temporada del año 2000 se centra en plazas de categoría inferior, convirtiéndose en la más irrelevante del diestro. En 2001, sin embargo, las empresas empiezan a pasar por el aro de sus exigencias, haciendo equilibrios entre el torero y las productoras de televisión para encajar al diestro en sus carteles. De esta manera, vuelve

---

<sup>1346</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «José Tomás, al natural». *El País*, Madrid, 18 de junio de 1999, p. 58.

<sup>1347</sup> Joaquín Vidal Vizcarro fallecerá en Madrid el 10 de abril de 2002.

a estar anunciado en algunas —no todas— plazas de primera categoría, y vuelve a ser el centro del panorama taurino.

A partir de este momento, Javier Villán empieza a esbozar su teoría sobre el fenómeno sociológico, apuntando el término «tomismo» en contraposición al de «tomasismo»<sup>1348</sup> como expresión que certifica la conversión del torero en mito que anula cualquier razón y cualquier análisis y que desarrollará en su obra *José Tomás. Luces y sombras. Sangre y triunfo* publicada en 2008, tratada en el siguiente punto.

El sábado 28 de abril de 2001 José Tomás es sacado a hombros por la Puerta del Príncipe de la Real Maestranza de Sevilla en lo que para Javier Villán es una «apoteosis *tomista*». La actuación es, como tantas otras en esta temporada, la demostración de que ese «tomismo» domina el panorama que rodea al torero. Para Villán la conversión en mito del diestro hace imposible frenar ese despropósito valorativo que se produce la mayoría de las tardes en las que torea y que desvirtúa su figura de revolucionario:

#### **Cierren esa Puerta del Príncipe, 'please'**

José Tomás abrió la Puerta del Príncipe de la Maestranza. Mejor dicho, la tenía abierta ya desde el Domingo de Resurrección. Pues vale, esta puerta parece que, para algunos, no tiene cerrojo y está siempre de par en par. José Tomás es un torero de carisma, un mito que ha echado a rodar y eso es lo que importa. Los mitos, lo difícil es ponerlos en movimiento. Cuando arrancan, ya continúan solos y no hay quien los pare. Todas las aficiones de todas las plazas del planeta alfombran su camino de pétalos de rosas y de ovaciones. Si con esa faena a su primero, más tartamuda que lenta, le dieron a José Tomás dos orejas, no sé qué van a darle cuando toree cabalmente, cosa que ha hecho más de una vez». [...] La corrida no se televisó. O sea que toda España y parte del extranjero se quedó sin contemplar la apoteosis *tomista*. [...].<sup>1349</sup>

Idea que reafirma después de ver la actuación del 18 de mayo de 2001 en la plaza de Toros de Las Ventas. La legión de seguidores va a la plaza a ver a su ídolo, y lo demás, los compañeros de cartel, el ganado y sus características, son meros trámites obligatorios, prescindibles en cualquier caso, hasta la irrupción del diestro. Es esa «pasión excluyente» que obnubila el entendimiento del fanatizado seguidor la que

---

<sup>1348</sup> Como se verá más adelante, el término «tomasismo» servirá a Javier Villán para referirse a la etapa primera y más auténtica de José Tomás, la que abarca entre los años 1997 y 1999 y en la que el diestro muestra su lado más auténtico, atrayendo a los aficionados de todo el orbe taurino, una etapa en la que la figura del torero está sin corromper, mostrándose pura, sin mácula.

<sup>1349</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «Cierren esa Puerta del Príncipe, 'please'». *El Mundo*, Madrid, 29 de abril de 2001, p. 47.

envuelve todo. El grado de sugestión cuando se hace presente se multiplica, y se eleva, más si cabe, si el toro hace presa en el cuerpo del elegido:

### **Caballero, un oreja; Tomás, dos avisos**

[...] Hay un sentimiento de pasión excluyente y fatal cuando torea José Tomás. La afición tiene una idea fija: José Tomás; como el tahúr que lo fía todo a una carta; como el desesperado que juega a la ruleta rusa con cinco balas en lugar de una: las posibilidades del disparo fatal aumentan. Esa sensación añorante se percibe, casi con más intensidad, mientras torea los demás diestros. No es la tensión de la lidia, es la tensión de la espera. Es el signo de los elegidos, la marca del superhéroe: a su paso, el gozo dramático o la desolación jubilosa. No hay términos intermedios. Toreaba Manuel Caballero y no es que fuera un prodigio de perfección, pero pesaba mucho más el enigma y la espera del torero de Galapagar; Dios deseado y deseante que dijo no sé quién, a lo mejor un señor de Moguer que tenía un burro llamado Platero. Pesaba más un indeciso quite por gaoneras o la ligera brega de Tomás cuidando la insalvable invalidez del tullido. No había tensión en el manso postrado y claudicante; y esta ausencia pesaba más que la insustancialidad de los estatuarios. Mas el destino viene siempre en ayuda de los elegidos. Y llegó el revolcón. Y, cuando se consumaba la insustancialidad de los medios muleta, vino otra voltereta. Emoción. Y después de una eternidad sin reloj, ocurrió un infame bajonazo, más infame que el de Caballero: clamor. [...]<sup>1350</sup>

El día 1 de junio de 2001 también en Madrid se produce su mayor fracaso al mostrarse incapaz de estoquear al quinto de la tarde, de la ganadería de Adolfo Martín, sonando los tres avisos que determinan que se ha cumplido el tiempo preceptivo para completar la faena de muleta y dar muerte al toro. Es difícil explicar qué pudo ocurrir esa tarde, pero la losa, a pesar de quienes justifican el hecho considerándolo como una demostración más de su calidad de artista insoslayable, le acompañará a lo largo de toda la temporada y de la siguiente. «Fue la tarde triste de José Tomás. Y la tarde triste de mucha gente que lo admira. Yo creo que la gente ha encontrado en José Tomás el instinto poético de los toros a través del sentido trágico».<sup>1351</sup>

Antes de cerrarse la primera etapa del diestro en activo —José Tomás se retirará por primera vez a finales de 2002—, en enero de ese año 2002 Javier Villán, en colaboración con la fotógrafa Anya Bartells-Suermondt, publica el libro *José Tomás: claves rituales de un enigma*, necesario para saber qué había pasado hasta ese momento con este torero rompedor no por lo heterodoxo, sino por el clasicismo reinstaurado o

<sup>1350</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «Caballero, una oreja; Tomás, dos avisos». *El Mundo*, Madrid, 19 de mayo de 2001, p. 53.

<sup>1351</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «José Tomás se dejó un toro vivo». *El Mundo*, Madrid, 2 de junio de 2001, p. 62.



renacido. Una imprescindible obra en la que el cronista muestra la fascinación, a todos los niveles, provocada por el ídolo e intenta descubrir las claves de semejante fenómeno sociológico.

Partiendo de la base que a cualquier aficionado contemporáneo la irrupción de José Tomás le ha generado un gran interés, su llegada ha significado, sobre todo y como bien afirma Javier Villán, la recuperación ritual de la corrida, algo que ya se apuntó con Antoñete, que esbozó también Curro Vázquez —toreros que Villán no cita pero se intuyen cuando afirma que otros no pudieron mantener esa naturaleza sagrada que debe tener el toreo para ser auténtico—, y que con el diestro de Galapagar adquiere la dimensión definitiva, no porque aquellos no alcanzaran a ponerla de manifiesto, sino porque no tuvieron la regularidad abrumadora de José Tomás, predisposición que ha servido para cuestionar todo lo que se promulgaba como real y auténtico desde el entramado taurino. Por eso nos dice Javier Villán en la introducción de su obra que «José Tomás recuperaba, con autoridad que otros diestros no pudieron tener, la naturaleza sagrada del toreo. Y eso conmocionó los cimientos del taurinismo, instalado en una idea de signo espectacular y, en el mejor de los casos, laboral»<sup>1352</sup>.

Esa recuperación significa que la corrida recobra su carácter misterioso, trágico, ceremonial, trascendente, abandonado durante muchos años en favor de una mercantilización ascendente, propia de cualquier nicho de negocio que busca por encima de todo el rendimiento económico, y lo hace, en este caso, a través de la espectacularidad en detrimento de cualquier disquisición ética —el espectáculo concita al público, cuanto más espectáculo, más público—. Sobre este argumento, inesperadamente, el enigma de José Tomás, la ruptura del molde, la difícilmente entendible postura de alguien que se instala en el centro del toreo aplicando una concepción imposible, perturbadora por lo comprometida, pero en ningún caso heterodoxa, al contrario, esencialmente clásica, de un clasicismo renovado, purificado, y por eso revolucionario.

Asienta Villán sus hipótesis y reflexiones en dos fechas claves citadas más arriba para intentar explicar el enigma de este torero, dos fechas que el autor considera como cumbres en la trayectoria del torero. Por un lado, la tarde del 18 de mayo de 1999. Este día, como hemos visto anteriormente, José Tomás sale a hombros de la plaza de toros de

---

<sup>1352</sup> VILLÁN ZAPATERO, J., y BARTELS-SUERMONDT, A. *José Tomás: claves rituales de un enigma. Op. Cit.*, p. 11.

Las Ventas, pero lo hace después de haber protagonizado una contradictoria, y desasosegante, actuación en la que resulta cogido varias veces y aún así se levanta impertérrito para volverse a colocar delante de la cara del toro. Un José Tomás que parece haber olvidado cualquier principio mínimo sobre técnica de torear, que parece haber perdido cualquier sentido lógico sobre la supervivencia, que parece, en definitiva, ofrecerse en sacrificio ante la concurrencia sin llegarse a descubrir el motivo de tal propuesta. Y frente a ésta, la tarde del 1 de junio de 2001, en la que se muestra incapaz de dar muerte al quinto toro de la tarde, retirándose al callejón abatido, meditando, ausente hasta que suena el clarinazo del tercer aviso<sup>1353</sup> que rubrica el fracaso. «Dos convulsiones de signo distinto; una con el sello de la gloria y otra con el sello del abismo. Y en ambas, la grandeza de un enigma: el enigma del creador; el estado de ánimo de un ser que se transmuta mientras crea»<sup>1354</sup>, explica el escritor.

Por un lado la cara heroica, sacrificial, desconocida, de quien de manera ceremonial, sin alharacas, aplica la máxima belmontina de que para torear hay que olvidarse del cuerpo, y de la vida, y frente a aquélla, la de la incapacidad, del abatimiento, el silencio interno y externo, acaso el fracaso que en esos términos nunca se había producido dentro de su increíble carrera.

Esta forma de ofrecerse genera una comunión con el público, su público — Villán los sitúa en la categoría de fieles, es decir, guardianes de su fe—, que traspasa cualquier alianza conocida entre ídolo y seguidor. José Tomás está por encima del bien y del mal. El espectador no acude a ver una tarde de toros en la que torear uno, dos o tres toreros con más o menos fama. El espectador acude a sumergirse en una ceremonia ritual en la que los compañeros de cartel, incluso la procedencia, tamaño y ofensividad de los toros tienen una importancia relativa, escasa podría afirmarse, y es por esto que Javier Villán le otorga categoría teológica. La sugestión generalizada anula el necesario análisis y surge la desmesura en esa alianza torero-público —torero-fieles, como se afirmaba antes— que lleva a dar categoría y valor a casi cualquier cosa que salga de sus manos:

---

<sup>1353</sup> En la faena de muleta, el diestro dispone de un tiempo —diez minutos desde que coge los trastos de torear— para acabar con la vida del toro. Una vez cumplido ese tiempo, si el toro sigue con vida, el presidente del festejo ordenará que suene el primer aviso, aviso que se efectúa con un sonido de trompeta que habitualmente se llama clarinazo. El segundo aviso sonará una vez hayan transcurrido tres minutos desde el anterior, y dos minutos después de éste, si el toro sigue con vida, sonará el tercer, lo que significa que el matador ha consumido todo su tiempo y el toro debe volver a los corrales para ser sacrificado en su interior.

<sup>1354</sup> VILLÁN ZAPATERO, J., y BARTELS-SUERMONDT, A. *José Tomás: claves rituales de un enigma*. Op. Cit., pp. 12-13.

[...] Su conducta no está sujeta a los movimientos sísmicos del corazón humano: triunfo, fracaso, resignación. Ni a la grosera ley de la oferta y la demanda. Parece que asumiese un destino sin variables posibles; sin más obligación que la de sentirse *médium* de una fuerza superior. Por lo tanto, la entrega de su público no entra en la dialéctica de lo cuestionable, sino en la esfera de lo teológico. Por esta razón, la fluidez que existe entre José Tomás y sus fieles se manifiesta de forma especial en situaciones en el límite de lo que el ser humano puede soportar. Y si esas situaciones fronterizas y abismales no se producen, los fieles necesitan inventárselas; no es una invención a partir de nada, sino un impulso de base real que la inercia dramática engrandece. A diferencia de otros toreros, José Tomás no tiene público; tiene fieles. [...] <sup>1355</sup>

Cabría preguntarse en este punto si acaso otros diestros no tienen fieles. En tal grado no es pretencioso afirmar que no. Y no lo es porque en José Tomás no cuenta el aspecto técnico, cuenta sobre todo esa especie de dimensión espiritual que envuelve sus actuaciones, y el espíritu difícilmente puede estar sometido a una técnica que delimite perfección o tara alguna. Ese grado de comunión sólo es alcanzable para los elegidos y, es más, habría que preguntarse también si algún otro torero a lo largo de la historia de la Tauromaquia ha llegado a ese nivel. «Pero que un enganchón, peripecia indeseable, se ovacione como un natural limpísimo quiere decir algo; y exige una profunda reflexión sobre los cauces de comunicación entre aficionados y torero; no es un dato baladí ni puede frivolizarse la reacción que provoca. Cuando un torero llega a ese grado de comunión con los públicos, cuando es capaz de que una deficiencia técnica se le contabilice como virtud depuradísima, es que tiene detrás algo más que el arte o la ciencia de torear; es que ha accedido a los terrenos de lo sagrado incuestionable» <sup>1356</sup>.

Evidentemente, el misterio, su verdad, su atracción inevitable, reside, por un lado, en la ubicación obstinada del diestro delante de la cara del toro y su permanencia allí; en aquel lugar prohibido para cualquiera que tenga un mínimo de sentido común, de sentido de la autodefensa, porque allí ni se puede estar mucho tiempo ni se puede estar con todos los toros. Ese lugar marca la diferencia, el lugar en el que el diestro expone su cuerpo y con él su vida; eso es lo que realmente importa «que el lugar que José Tomás pisa en el ruedo es el lugar del sacrificio» <sup>1357</sup>, y el público lo sabe, y lo admira, y es donde quiere verlo. Fuera de ahí desaparece el merito, desaparece el misterio y el toreo se vuelve terrenal, irrelevante.

---

<sup>1355</sup> *Ibidem*, p. 19.

<sup>1356</sup> *Ibidem*, p. 23.

<sup>1357</sup> *Ibidem*, p. 25.

Y por otro lado el temple, su temple, el gran misterio del temple. No puede perderse esta perspectiva. Toreros con tanto valor como José Tomás han podido existir muchos, infinidad de diestros que han pisado ese terreno, que han querido desentrañar la esencia del toreo puro. Sin embargo, hay una diferencia abismal entre ellos y José Tomás, el temple, la capacidad de, además de estar en el sitio del peligro, templar, conducir acompasadamente las embestidas completando la liturgia de cada lance. Por eso, cuando ahí ubicado es incapaz de templar, aparece la figura patética que expone su anatomía al albur de las embestidas, como les ha ocurrido a tantos. Y hace muy bien Javier Villán al plantear la cuestión acerca del origen de este temple y de todos los temples, si proceden exclusivamente de una técnica depurada o parten de la entraña del intérprete, de su situación personal, de su inspiración, de su estado anímico:

El temple, que es el cauce por donde discurre organizada la emoción del toreo y modifica las tentaciones del desorden orgiástico, tiene en José Tomás tribulaciones de signo totalmente distinto. Cuando logra ajustar el ritmo de la muleta, cuando lleva las telas a centímetros del morro del animal, su toreo es de una lentitud y una armonía de asombro; se pierde la idea del tiempo y se entra en la sensación de eternidad. A partir de aquí, se suscita una cuestión técnica y, sobre todo, espiritual de largo alcance: en qué terrenos y condiciones es posible el temple; si el temple es una precisión técnica o es un estado de ánimo; si es cosa de terrenos y tiempo o es una prolongación, una transmisión natural del ritmo de la sangre: un fluido que va desde el corazón hasta las telas. Tanto si el temple se considera conjunción de ritmos o teorema del espacio, en José Tomás se plantea una cuestión esencial: si el temple, en los terrenos que pisa el madrileño, es posibilidad o quimera.

En esa zona caliente, brumosa tierra de nadie que no pertenece a toro ni a torero, sino a quien la conquista, el temple adquiere significaciones distintas de la simple consideración técnica. No es aspiración imposible, pues en esos terrenos, el temple, a veces se consume esplendorosamente. Y ahí emerge la verdad del toreo tomasino.<sup>1358</sup>

Todas estas cuestiones convierten a José Tomás en el centro del panorama taurino. Su carrera y su persona generan cada vez más una mayor controversia y división. El entramado taurino tampoco termina de aceptar su propuesta. El diestro se convierte en fundamental, pieza clave en las ferias para que el papel se acabe, pero sus condiciones son muchas veces insoportables, más desde que en 1999 decide no hacer declaraciones a los medios de comunicación ni se deja televisar, condicionando los abonos de las ferias más importantes que ya tenían firmados contratos con las productoras televisivas. Así, su presencia desaparecerá de ferias tan importantes como

---

<sup>1358</sup> *Ibidem*, p. 29.

Valencia, Sevilla, Bilbao, Pamplona, incluso Madrid, que con su ausencia notarán el descenso en la venta de entradas.

Como bien señala Javier Villán, volviendo a ubicar al diestro en la esfera de lo divino y parafraseando el Evangelio de Lucas (12:49-53), «José Tomás no ha venido a traer la paz, sino la guerra; no la indiferencia, sino la pasión; no es sólo el muletazo lo que encandila a las multitudes: es su incertidumbre, la certeza de que, en cualquier momento, la venganza del toro puede consumarse y los papeles invertirse»<sup>1359</sup>.

Pero, como se afirmaba, esta obra de Javier Villán y Anya Bartels habrá visto luz en mayo de 2002, y en ella no se recogen las actuaciones del diestro esa temporada, actuaciones que están marcadas ya definitivamente por ese «tomismo» que lo inunda todo cada tarde y por esa pérdida del sentido natural de su toreo —de su prodigioso temple— que hace que se exponga ante los toros de manera absolutamente irracional, aspectos que modificarán en parte la percepción del cronista.

En Valencia, plaza a la que volvía después de cuatro años, marca la tendencia: escasos momentos relevantes en lo artístico frente a esa especie de actitud suicida. «Vientos sombríos zarandearon toda la tarde la actuación de José Tomás: entre el vértigo y el olor a cloroformo»<sup>1360</sup>, nos cuenta el cronista de la actuación del día 18 de marzo de ese año 2002, que un poco más adelante detalla la espeluznante cogida, tras la cual el diestro vuelve a la cara del toro, y a pesar de conseguir por momentos el ajuste y temples necesarios, su actitud es censurada por Villán, al entender que sale de toda racionalidad tanta temeridad. «Y por allí brotaron los mejores muletazos de la tarde y, por el momento, los mejores de la feria. No es bastante, no se puede estar en el vértigo y cerca del abismo tan continuamente», dejará escrito.

Su paso por la feria de Sevilla las tres tardes en las que se anuncia resulta anodino, y su triunfo en la plaza de toros de Las Ventas el martes 21 de mayo está dentro de ese clima contaminante que envuelve al torero. Villán no reconoce el triunfo del torero a pesar de reencontrar en algunos pasajes el José Tomás genuino. Pero la escasa presencia de las reses, su incapacidad manifiesta para ser lidiadas con unas mínimas garantías, desluce todo y el cronista entiende que toda la culpa de que esto ocurra es suya, por demandar este tipo de ganado. Así, ese cansancio y desencanto que empieza a manifestar el cronista con respecto al diestro hace su presencia en la crónica,

---

<sup>1359</sup> *Ibidem*, p. 35.

<sup>1360</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «El vértigo de José Tomás». *El Mundo*, Madrid, 19 de marzo de 2002, p. 50.

a modo de la publicada en la feria de Sevilla en abril de 2001 en la que pedía se cerrara la Puerta del Príncipe, que teme cada vez más que la deformación acusada de esa ceremonia de la tragedia que debe envolver a la Fiesta trascendente hace que ésta pierda su condición ritual, quedando todo en una especie de pantomima patética:

### No es esto, no es esto

La faena de José Tomás no fue digna de dos orejas ni Dios que lo fundó. La faena de José Tomás a un medio toro anovillado e inválido era, como máximo, digna merecedora de una oreja, Y basta. José Tomás no necesita regalos. [...]

Ver a José Tomás en su primero intentando torear a un cadáver no es trágico, es patético. Y quienes entienden algo de esto, de la tragedia, el rito y la ceremonia saben que no es igual: que lo patético es una degradación de lo trágico.

Afortunadamente, José Tomás se reconoció a sí mismo, un poquito más, en el chico y flojísimo quinto. Y eso disparó el frenesí de la feligresía. Se dirá que la culpa de circunstancias como la de ayer, mal maquilladas por dos orejas de pueblo, la tienen los toros. Siempre tiene que haber un chivo emisario: el toro, claro; los *martelillas* de ayer, por supuesto. Pero, ¿quién ha elegido esos toros, quién exige, quién impone? Las figuras, obvio. [...]

Y José Tomás, en su primero, anduvo sonámbulo y peripatético. Despertó en su segundo y la plaza se incendió. [...] En el quinto, José Tomás dio dos medios naturales y se llevó las ovaciones. A partir de ahí, más firme y más seguro con la derecha, la faena fue *in crescendo* hasta la resurrección del más puro *tomasismo*: ritmo, armonía, terrenos. Lo que Rafael de Julia hiciera después, y no pudo hacer nada, carecía de importancia.

La importancia era el rito cumplido. [...], pero yo empiezo a temer que si se descifra demasiado el enigma desaparezcan las claves y el rito. Los castizos se lamentan: «Este no es mi José, que me lo han *cambiao*». Y los filósofos: «No es esto»; aunque, tal y como está la Fiesta, se considere una grandeza.<sup>1361</sup>

Aún así, su siguiente actuación el 27 de mayo, sin terminar en triunfo, congratula en parte a Javier Villán, que se ver recompensado por la vuelta del José Tomás genuino, el que, ante un toro complicado de Alcurrucén, pisa el terreno imposible y desde ahí consigue poner en práctica el milagro del temple, consigue transformar —transustanciar, dice Villán— a una res imposible en el colaborador necesario. «Y cuando ya nadie apostaba nada por el ídolo abandonado de la divinidad, por el sacerdote despojado de su ceremonia, llegó la izquierda prodigiosa en una tanda;

---

<sup>1361</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «No es esto, no es esto». *El Mundo*, Madrid, 22 de mayo de 2002, suplemento M2, pp. 12-13

y, otra vez prodigiosa en un serie postrera. Parones del toro, defensa del terreno conquistado por el torero, aguante y firmeza. No es que José Tomás tardara en ver al de Alcurrucén, es que el toro no existía: José Tomás lo transformó, lo transustanció»<sup>1362</sup>, describe un de nuevo emocionado Villán.

Pero, como decíamos, Javier Villán muestra cada vez más esa especie de cansancio y desencanto en relación al diestro, más por lo disparatado en que a veces se convierten sus actuaciones por la sobre exposición innecesaria, por la insignificancia del ganado que torea, por ese «tomismo» absurdo que rodea cada tarde de cada feria en la que actúa, resultando casi imposible encontrar el José Tomás de los primeros años.

Como ejemplo, una de las últimas actuaciones del diestro antes de su retirada a la que asiste el cronista, en este caso en la plaza de toros de San Sebastián de los Reyes, en la que el ganado de Zalduendo apenas tiene cuernos, desacreditando todo lo que se haga delante de él. Para Javier Villán ha desaparecido casi toda la aureola mítica, hasta el punto que José Tomás ya no es ese torero mágico que encandiló al cronista durante varios años, al que situó en la esfera de lo divino, sino que queda reducido, frente a aquellos que lo sitúan como torero de época, a un torero que «en algunos momentos de su vida ha toreado con una pureza inigualable» y que ahora se mueve por el mundo taurino en una comodidad que minimiza su grandeza:

#### **José Tomás, dos orejas y a hombros**

[...] Confieso que, aunque me alarme, empiezo a pensar que los límites de la moral, incluidos los de la moral taurómaca, son los límites de la belleza. Pese a lo cual tiene que haber unos límites. Y cuando está en el ruedo un torero como José Tomás, también. Y esos límites, a pesar de algunos momentos del más genuino *tomismo*, se rebasaron ayer cumplidamente con la presentación indecente de algunos toros. Indecente, sobre todo, estando en el cartel una figura a la que apodan galáctica y de época. [...]

Sería un error ir a San Sebastián de los Reyes creyéndose que es La Maestranza, Las Ventas o Vista Alegre de Bilbao, por citar sitios a los que tengo especial querencia. Pero tampoco es razonable creer que porque San Sebastián de los Reyes no sea La Maestranza, Las Ventas o Vista Alegre, los toros tengan que ser animales desprovistos de una de las características fundamentales de su condición y naturaleza: los cuernos. Sobre todo, cuando a ellos va a enfrentarse un torero al que muchos proclaman como torero de época y unos cuantos, un poco más

---

<sup>1362</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «La voluntad trágica y torera de Tomás». *El Mundo*, Madrid, 29 de mayo de 2002, suplemento M2, pp. 12-13.

moderados, nos limitamos a decir que, en algunos momentos de su vida, ha toreado con pureza inigualable. [...]

De acuerdo también en que no todos los toreros son José Tomás, El Juli o similares, y que no todas las tardes nos es dado ver a las divinades taurómacas en carne mortal y al alcance de la mano. Mas convengamos que esa proximidad a la divinidad, esa condición suprahumana, debiera manifestarse, preferentemente, con un toro con un poco más de dignidad. Consentirles a las figuras un toro sin cuernos, como el segundo de ayer, por ejemplo, es una imagen taurina que viene a ser algo así como, en gastronomía, la tortilla de patatas sin patatas.

[...] Dicho esto, celebremos otra Puerta Grande, dos en lo que va de feria, que contribuirán, sin duda, a animar el cotarro. Puerta Grande de Tomás que tuvo ciertas pinceladas de su estilo propio; no excesivas, aunque suficientes para sus fieles.<sup>1363</sup>

No se sabe si por la presión, por la dificultad impresa que lleva estar en esa posición tanto delante de la cara del toro como en el propio escalafón, por el cansancio de las cornadas, etc., finalizada la temporada de 2002, el diestro, sorpresivamente, anuncia su retirada de los ruedos.

#### **6.3.4.1.a. Del «tomasismo» al «tomismo»**

El miércoles 22 de mayo de 2002 la escritora y periodista Carmen Rigalt (Vinaixa, Lérida, 1949) publica en *El Mundo* un artículo junto a la crónica de Javier Villán que titula «Toros, 'tomistas' y 'tomasistas'»<sup>1364</sup>, en alusión a los fans del torero y la conversión que habían experimentado los segundos, pasando a ser «tomistas» por obra y gracia de la actuación del de Galapagar que, como se verá más abajo, no había sido de las más meritorias a pesar del triunfo obtenido. Rigalt copia esta distinción nominativa entre los seguidores del diestro del propio Villán que, como veíamos en el punto anterior, había empezado a utilizar en el año 2001, una distinción que será desarrollada por el escritor como argumento explicativo de su teoría sobre la evolución sociológica del torero.

Esas dos últimas temporadas en activo de José Tomás, las de 2001 y 2002, han sido las más cuestionadas por Villán, que ha perdido casi del todo la pasión inicial despertada en su interior por el revolucionario torero. Su acomodamiento en el escalafón, lidiando reses insignificantes en cualquier plaza, unido a ese ardor mediático y de sus fans que anula cualquier intento de moderación analítica, han conseguido la

---

<sup>1363</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «José Tomás, dos orejas y a hombros». *El Mundo*, Madrid, 28 de agosto de 2002, p. 32.

<sup>1364</sup> RIGALT, C. «Toros, 'tomistas' y 'tomasistas'». *El Mundo*, Madrid, 22 de mayo de 2002, suplemento M2, p. 13.



recusación por parte del cronista, que se muestra escéptico con las posibilidades reales de alcanzar de nuevo tan altas cotas como consiguió.

José Tomás, convertido en fenómeno no sólo taurino, sino sociológico, invita a Villán a la reflexión, una reflexión y un análisis que el cronista completará en 2008 llevándole a establecer una nueva teoría en la que, como aficionado y como privilegiado espectador que ha podido contemplar los mayores éxitos del torero así como su adocenamiento y sus fracasos, desbroza los pormenores de una trayectoria tan impresionante como desconocida, y lo hace ahora con una nueva perspectiva, menos apasionada que en 2002, cuando han pasado cinco años desde que el diestro decide abandonar por primera vez los ruedos, en su obra *José Tomás. Luces y sombras. Sangre y triunfo* que gira en torno a la reaparición en 2007, reaparición marcada no sólo por la intriga de su misterio sino también por la connotación política<sup>1365</sup> que se le apareja. Si en *José Tomás: claves rituales de un enigma* el escritor desentraña la personalidad taurina del diestro, este nuevo trabajo va un paso más allá, adentrándose con mayor profundidad analítica en esa condición de fenómeno social que ha sido el torero y con esa nueva perspectiva que, como se afirmaba, ha perdido la pasión inicial.

En este nuevo trabajo Villán se ratifica en defender que la parte realmente relevante de la trayectoria del diestro estaría comprendida entre los años 1997 y 1999, años en los que revela su personalidad torera y pone literalmente boca abajo el panorama taurino como se ha podido comprobar en las crónicas seleccionadas de sus actuaciones en la plaza de toros de Madrid. Son estas temporadas las determinantes, las que provocan una explosión conceptual que parecía imposible. Es el, llamado por el cronista, periodo de «subversión» que desencadena el «tomasismo» o adhesión de la mayoría de los aficionados esencialistas a esa concepción pura del toreo. De repente José Tomás había mostrado que se puede torear de otro modo, en otros terrenos, con otra pureza interpretativa que desborda las teorías del toreo al uso y la legión de desesperanzados puristas le recibe como el salvador de la causa perdida. «El tomasismo fue un movimiento insurgente apuntalado en el carácter revolucionario del primer José Tomás: era el torero que más cerca se pasaba a los toros y el que impuso una revolución

---

<sup>1365</sup> Las temporadas de 2007 y 2008 resultarán convulsas en tanto que el poder político catalán, en su apuesta por la separación del Estado español, lanzará la mayor ofensiva jamás producida para prohibir los festejos taurinos en Cataluña, ya que representan uno de los lazos de unión más significativos con el resto de España. José Tomás será utilizado como muro de contención para ese ataque, y lo será a través de su contratación para distintos festejos en la plaza de toros Monumental de Barcelona que se convierten en verdaderos actos de reivindicación nacional. En cualquier caso, al tratarse de un tema más político que taurino, este trabajo no lo aborda.

de los terrenos que superaba el quietismo perfilero de Manolete y las apreturas asfixiantes de Ojeda, por ejemplo: le faltaba temple, pero lo suplía con un valor de escalofrío y un seco hieratismo»<sup>1366</sup>, explica Villán como breve resumen de su anterior trabajo.

Esa concepción que el cronista abordaba como marca diferenciadora, el golpe sobre la mesa de un torero que venía a demostrar que la teoría de los terrenos propugnada desde el esencialismo es factible, y demuestra, además, que la gran mayoría de los diestros del escalafón no son capaces de aceptar ese reto.

Y sin embargo, como se explicaba más arriba, frente a esa frescura iniciática, la otra cara del diestro y de los efectos de su popularidad con el llamado «tomismo», —esclerosis del *tomasismo*, dirá Villán— entendido, por un lado, como su incapacidad manifiesta y temeraria, innecesaria en cualquier caso, que muestra muchas tardes, sumado al resorte de la pasión que anula cualquier análisis crítico y conceptual, convirtiendo el fenómeno no solo en mito indiscutible, sino en religión:

[...] La ascensión de Tomás a los cielos de la discordia suscitó, en principio, el entusiasmo de muchos aficionados cabales. Y, por añadidura, encrespó el fervor de los nacionalistas españoles contra los nacionalistas catalanes: una pasión taurina y una pulsión patriótica. Este ramalazo de romanticismo, sentimentalizado por intelectuales de signo vario e, incluso, contradictorio, ha instaurado el tomismo como agitación colectiva y, sobre todo, como doctrina. No es nuevo. Antes de la retirada, en torno a José Tomás había síntomas muy claros de ese tomismo doctrinal. Cuando las revoluciones se estabilizan y copan las distintas manifestaciones del poder, codifican un pensamiento único. Y al ímpetu transgresor sucede la esclerosis y la burocracia. [...] El tomismo es la esclerosis del tomasismo, una revolución en proceso de degradación, que es lo que suele ocurrir con todas las revoluciones que llegan al poder. Se usan los símbolos y la teoría de los tiempos aurales, pero despojados de su naturaleza transgresora; parecidas palabras designan una realidad distinta, aunque los fieles de la causa finjan no advertir el cambio. La subversión queda bajo control —se autocontrola— y reproduce los vicios de las fuerzas contra las que se alzó: contrarrevolución frente a revolución permanente. Todo poder tiende a perpetuarse, sin sobresaltos, manipulando sus orígenes. [...]<sup>1367</sup>

La afición —feligresía, recordemos que denominaba Villán— desvirtúa al torero en la medida que aquella es arrastrada por la fuerza del mito y se muestra incapaz de discernir entre calidad y vulgaridad, y el mito, como tal, su sola presencia, es suficiente

---

<sup>1366</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. *José Tomás. Luces y sombras. Sangre y triunfo. Op. Cit.*, pp. 9-10.

<sup>1367</sup> *Ibidem*, pp. 9-10.

para justificar la conversión en éxtasis de cualquiera de sus propuestas, estén o no dentro del orden que le llevaron a esa posición.

Ese retorno a los ruedos del torero de Galapagar en cualquier caso invita de nuevo a Javier Villán a desarrollar estas teorías, como si necesitara tener el último argumento para calibrar definitivamente al torero, un argumento que espera encontrar en este regreso del diestro que se produce en 2007, y sin saber que en 2008 se anunciará dos tardes en la plaza de toros de Las Ventas. En cualquier caso, el cronista lo tiene claro, y ese regreso a los ruedos de José Tomás es necesario en cuanto el esencialismo necesita saber si lo apuntado en las primeras temporadas tiene un fundamento sólido o simplemente queda como un bonito recuerdo de un torero que pudo haber marcado la historia del toreo y que poco a poco se fue diluyendo en esa religión que se constituyó alrededor de su figura:

El regreso de José Tomás a los ruedos, después de cinco años de ausencia, sería asimilable, atendiéndonos a la teoría religiosa del tomismo y al estado emocional del público, a la resurrección de Cristo tras la noche oscura del sepulcro. Si Cristo no hubiera resucitado, dice la doctrina, vana sería la fe de los creyentes y el edificio de la Iglesia no se habría podido levantar; sin José Tomás no hubiera vuelto a los ruedos, la buena nueva que predicó hace pocos años sería fábula de visionarios; un elegido que deserta antes de culminar su obra no es un elegido. Y Tomás tiene que cerrar el ciclo de su tauromaquia. Pero debe hacerlo depurando su estilo, no consumando el autosacrificio. Una fiesta sin mártires y profetas no es tal fiesta. Tomás fue profeta y, aunque lleva camino de serlo, no debiera convertirse en mártir. Por eso la resurrección tomasista lleva de un lado la pulsión trágica y de otro el germen de la falsificación; por lo visto la temporada de 2007, ésta de 2008 es una incógnita de difícil resolución.

A quienes por encima, o por debajo, del espectáculo ven en la corrida la metáfora de un rito sacrificial, la personalidad de José Tomás los engancha y arrastra. Incluso podrían aceptar esas teorías sacras —proclamadas y apenas definidas— por excesivas que parezcan. Pero no sólo de fe y de liturgias vive el toreo. Y hoy el tomismo oficial, en contraposición al tomasismo abrasivo de sus primeros tiempos, es un catecismo que se niega a admitir contestación. La vuelta a los ruedos era necesaria, quede claro. Y, dados los momentos históricos que padecemos, acaso inaplazable y urgente. Lo malo es que responde a un espíritu de unos tiempos en los que más que argumentos vale una militancia ciega y funcional. Y eso, en toros y en política, es malo, pues niega toda disidencia en beneficio del acatamiento sectario.<sup>1368</sup>

---

<sup>1368</sup> *Ibidem*, p. 10.

Y es ahí donde se lamenta Javier Villán, casi irreconocible, absolutamente descreído en relación a los planteamientos de su anterior trabajo sobre el diestro, al señalar que hoy «José Tomás no es una revolución aplazada que vuelve, es una revolución amañada: una revolución degradada a religión. Por el momento; y mañana Dios dirá»<sup>1369</sup>.

Y sin duda algo de razón asiste a sus palabras ya que se produce una peregrinación sin parangón para ver al diestro; los abonos de las ferias de las plazas donde torea se agotan porque los «tomistas», para no perderse la actuación del diestro, sacan el abono completo de la feria, asegurándose de esa manera la localidad para el día clave; a el resto de la feria muchos deciden no ir y regalan las entradas. José Tomás no en el epicentro del toreo, sino en el epicentro del negocio taurino.

Queda constatado en cualquier caso que aquellos que conocen la verdad del diestro, su autenticidad cuando ejecuta el toreo como nadie lo hace, como elemento auténticamente revolucionario, que saben calibrar lo puro porque lo han experimentado y que no entiende su deambular por la Fiesta aplicando conceptos ajenos a su esencia de torero, han quedado desplazados frente a aquellos otros que simplemente se han apuntado al carro del éxito, desposeídos por su obnubilación de una posición analítica, mitificando su figura por encima de cualquier consideración, y a partir de ahí no existe un espacio para la impureza porque todo lo que parte del diestro tiene esa pátina de excepcionalidad.

Y entre ese segundo grupo, la mayor parte de la crítica taurina, que lejos de ofrecer un análisis reflexionado de lo ocurrido, cabalga sobre el mito, aumentándolo, «José Tomás ha vuelto como el libertador recuperado. Eso refuerza el mito, aunque lo distorsiona. A costa de exaltarlo con tratos de favor que no necesita, le quita consistencia. [...] Muchas de las corridas que ha matado en la mini temporada de su reaparición han sido novilladas indecorosas. Esto lo saben los aficionados y lo saben los críticos. No importa: el tomismo es cosa de religión y las religiones no se discuten, se profesan»<sup>1370</sup>, se lamenta Villán.

Termina el escritor la primera parte del libro refiriéndose de nuevo a la crítica taurina y lamentando su práctica desaparición como «contrapoder» necesario en la

---

<sup>1369</sup> *Ibidem*, p. 11.

<sup>1370</sup> *Ibidem*, p. 16.

primera temporada de la reaparición, la de 2007, comportándose como coristas de sus actuaciones, a pesar de que la mayoría de ellas —por no decir la totalidad— han sido en plazas de categoría inferior y frente a ganado insignificante, manteniendo la tónica de las dos últimas temporadas antes de la primera retirada:

De cara a la temporada que acaba de comenzar, José Tomás, si de verdad es ese torero de época que creen sus fieles y que los infieles creemos que podrías ser, habrá de asumir retos inaplazables en los primeros ruedos de Iberia. Premonición: puede que la crítica no vaya a ser tan complaciente y los públicos tampoco y que una y otros empiecen a exigirle lo que corresponde a una figura de sus dimensiones excepcionales. Las primeras firmas de periódicos nacionales, es decir, la crítica que pesa, apenas han tenido oportunidad de verlo, pues Tomás se ha movido en la periferia de los grandes centros taurinos. Pero, en líneas generales, se ha beneficiado de un tratamiento informativo espectacular. La crítica como contrapoder o, cuando menos, como higiénico ejercicio intelectual, por el momento ha desaparecido del mundo de José Tomás. Cada corrida, aunque fuera una novillada y tuviera lugar en una plaza de segunda, se ha convertido en un acontecimiento y en una peregrinación de turiferarios y niños cantores.<sup>1371</sup>

Por lo tanto, la temporada de 2007, la del reencuentro de José Tomás con la afición, es breve y sin apenas argumentos diferenciadores de cómo se había ido salvo esa expectación multiplicada de sus seguidores. Sin embargo, en 2008 se produce el acontecimiento esperado, la vuelta de José Tomás a la plaza de toros de Las Ventas del Espíritu Santo de Madrid, algo que habíamos visto reclamaba Villán, y lo hace anunciándose dos tardes, la del 5 de junio y la del 15 del mismo mes. Evidentemente, existe una gran expectación por saber qué José Tomás se van a encontrar los aficionados. En la primera de ellas y de manera inesperada se produce la «resurrección» del «tomasismo»; la esencia perdida del primer José Tomás brota gozosamente en el coso con toda rotundidad. Un triunfo clamoroso —cuatro orejas— que llevan a Javier Villán de reencontrarse con su pasión inicial y lo deja escrito en una de sus crónicas más importantes:

#### **Me rindo: José Tomás ha vuelto**

José Tomás ha vuelto, resucitó y me ha tapado la boca. No creo que taparle la boca a Javier Villán con un faenón cumbre como el que José Tomás hizo en el quinto sea cosa del otro mundo. Pero yo me entiendo. Y como me entiendo, rectifico y digo, arrimando el ascua a mi sardina *tomasista* de los orígenes: éste es el precursor, el subversivo. El que ha revolucionado la teoría de los terrenos, el que se ofrece como víctima

---

<sup>1371</sup> *Ibidem.* p. 18.

propiciatoria y logra mantener incólume la pureza primigenia del noble arte de torear.

Regresó José Tomás y volvió a reventar la plaza de Las Ventas del Espíritu Santo. Y volvió a salir, triunfal, por la Puerta de Alcalá. Cuatro orejas; enhorabuena desde mi corazón torero. En el primer toro yo creo que no fue el José Tomás grandioso de otros tiempos; pero no importa, se le pareció. Fue el José Tomás que, a los escépticos de su retorno, sobre todo de su retorno a Madrid —entre los que me incluyo— empezó a inquietarnos. Y, dicho sea de paso, a taparnos la boca. Dos orejas; y nadie ni siquiera por las alturas del 7 y del 8, levantó la voz. Ni siquiera el levantisco tendido del 7 dijo esta boca es mía. Porque ayer, en Las Ventas del Espíritu Santo, no había más bocas que la inmensa, planetaria e infinita de José Tomás.

Y, aunque en esos momentos, José Tomás estaba lejos de aquellas fulguraciones estremecedoras de las tres primeras temporadas. En Las Ventas del Espíritu Santo, con José Tomás siempre ocurrió algo parecido. Incluso cuando se dejó vivo un toro —no por indulto, sino por incapacidad—, José Tomás siempre fue así: el elegido. Por algo será. Yo no dudo de la virtud de los elegidos. Y, además, ayer a José Tomás no lo pilló el toro. Esa era para mí la primera conclusión importante, la principalísima revelación de la tarde, hasta que salió el quinto toro de Victoriano del Río: pura gloria con cuernos, bonito de lámina, bravo en el caballo y alegre en la muleta. [...]

Confieso que, últimamente, incluso en las dos temporadas previas a la retirada, he sido muy largón con José Tomás, confieso también que, acaso, seguiré siéndolo.

Razones no me han faltado ni me faltarán en los venideros tiempos para mis disidencias. Y seguro que a José Tomás no le faltarán argumentos para taparme la boca. ¡Dios sea loado! Resucitó el *tomasismo* con poderes plenos. Lo peor de este triunfo incontestable, lo peor de ese monumento a la Tauromaquia eterna que Tomás esculpió en su segundo toro, es que ahora los *tomistas* —los de la fe, la religión y el misticismo—, van a apuntarse a los subversivos, a los que reivindicamos la vuelta a los orígenes: fulgor de la raíces secas y oscuras; muleta alante, zapatillas clavadas en la arena y el corazón en un puño. Eso es lo peor; que quienes se apuntaron el último año y los dos anteriores a la pseudorevolución se apuntarán ahora a la revolución verdadera, aquella revolución que hizo de los terrenos una baldosa, del sitio un lugar sagrado, del ajuste un milagro y de la proximidad del toro la prolongación del pulso de las venas y respiración propia.

José Tomás, el genuino, el verdadero, ha vuelto a Las Ventas. A su sitio natural: al epicentro volcánico de la Tauromaquia eterna. Ahí quedan los trincherazos y los pases altos para llevarse a los toros a la boca de riego. Por ahí vuelan, por el aire eterno de Las Ventas los rechazos de ritmo y temple. Y ahí quedan los estatuarios ceñidísimos, limpiísimos también, con que abrió la faena de muleta del quinto. Después el natural arrastrado y puro, el orfeón de todas las sensibilidades que José Tomás es capaz de conjuntar en la batuta de su muleta. Tiempo y espacio,

reunidos; tiempo eterno, espacio inverosímil y conjunción astral de dos órbitas hermanadas: el toro y el torero. [...] <sup>1372</sup>

Y sin embargo, la siguiente comparecencia en el mismo ruedo es de un signo totalmente distinto. José Tomás vuelve a ser el torero temerario —hasta en cuatro ocasiones le cogen los toros hiriéndole al menos en dos de ellas— y patético que se precipita por el abismo del descontrol. Valor sin límites; pero escaso temple. Y aún así, la conmocionada plaza le aclama y le pide las orejas —tres cortará esta tarde— en otro ejercicio de sugestión inexplicable. Javier Villán no sale de su estupor al contemplar la actitud morbosa de la concurrencia, que asiste, como nunca antes, al sacrificio humano y lo aclama. De nuevo el regreso de ese exacerbado «tomismo», al que nadie le va a poder discutir ningún principio ni técnico, ni moral, ni ético:

### **Las Ventas y el estupor de la sangre**

Las tres orejas son ciertas, que yo las vi con estos ojos que se ha de comer la tierra. Otra cosa es el análisis que hagamos de esos trofeos. Si las valoramos en función del riesgo y la sangre, manchando el vestido de torear, esas orejas son una nimiedad. Si las valoramos por el arte de torear, al margen del grito de pánico, son una enormidad. [...]

Pero se preguntarán ustedes qué pudo ocurrir para esta alucinación colectiva, para que la plaza casi en pleno pidiera y obtuviera las dos orejas del quinto, con igual fervor y pasión con que había obtenido la del segundo. Toreaban también El Fundi y Juan Bautista, más eso, dicho sea con todos los respetos del mundo mundial, importaba poco ayer.

[...] Allí radicaba el máximo interés de la tarde: el morbo, la pasión malsana de un público que, con frecuencia, dice que a los toros hay que ir a divertirse. Pues si esto, lo de José Tomás, es diversión, que baje Dio y lo vea. Incertidumbre en los minutos del primer toro de Puerto de San Lorenzo. ¿Qué iba a marcar la tarde de José Tomás? ¿El estoicismo, el desdén sin mover un músculo, cuando el animal pasó a su lado sin rumbo fijo? ¿O la crispación del quite por chicuelinas que intentó en ese mismo toro? [...]

La faena no adquiría altura ni por la derecha ni por la izquierda hasta que el sobrero le levantó los pies del suelo e hizo con él juegos malavares. La faena, toreramente, siguió sin tomar vuelo, pero la emoción estaba incandescente y a presión. Cuanto más se arribaba José Tomás al sobrero, más se aceleraban las palpitations del inmenso corazón de la plaza. Y aún se acelerarían más cuando, al entrar a matar, salió rebotado. Camino de la enfermería José Tomás era un *Ecce Homo* al que solo le faltaba la corona de espinas. [...] <sup>1373</sup>

---

<sup>1372</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «Me rindo: José Tomás ha vuelto». *El Mundo*, Madrid, 6 de junio de 2008, suplemento M2, pp. 2-3

<sup>1373</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «Las Ventas y el estupor de la sangre». *El Mundo*, Madrid, 16 de junio de 2008, suplemento M2, pp. 2-3.

A modo de epílogo de esto punto, afirmar que Javier Villán se seguirá dedicando de manera concienzuda a analizar la trayectoria de este diestro irreplicable. Volverá a dedicarle íntegramente otra obra, *José Tomás, una hipótesis republicana. Liturgia del dolor y feria de la política*<sup>1374</sup>, publicada en 2009 y en la que analiza, a partir de la concesión del Premio Paquiro, otorgado por el diario *El Mundo* al torero más relevante, los pormenores de ese retorno tan esperado y de los hitos de la temporada de 2008. En cualquier caso, lo más destacable debe ser esa nueva, o recuperada, percepción y pasión del cronista con respecto al torero, que tras ver esa actuación del día 5 de junio de 2008 en Madrid sabe que el «tomasismo» tiene un argumento sólido que justifica su desarrollo y que puede volver a brotar en cualquier momento.

### 6.3.5. Hitos de la tercera etapa: el sueño de Julio Aparicio

Entre los años que abarca esta tercera etapa, 1989 a 2002, son numerosos los acontecimientos taurinos de los que es testigo y partícipe la Corriente Crítica Esencialista. En lo organizativo, un nuevo y contradictorio reglamento taurino para la Fiesta en 1992 que se torna decepcionante sin casi haber entrado en funcionamiento. Para muestra, de las muchas que se han podido localizar, el escepticismo de Javier Villán ante el texto en ciernes, mostrando sus dudas y la poca confianza en una ley que viene precedida de otras polémicas:

[...] También sabemos que un nuevo reglamento taurino es necesario, pero temblamos al pensar lo que va a salir del talento reformador del ministro Corcuera. Como tenga el mismo espíritu de la Ley de Seguridad Ciudadana, que Dios nos pille confesados. Estoy absolutamente convencido de que el taurinismo militante y depredador necesita mano dura. Pero, a lo peor, el ministro Corcuera convierte esta necesidad de hecho en moral política de derecho, y acabamos todos en una situación kafkiana de «queda usted detenido».

A estas alturas, nadie puede asegurar que la nueva reglamentación, siendo necesaria, no vaya a ser un híbrido de disposiciones policiales por parte de la autoridad, y de direccionalidad subjetiva por parte de los jefes de cuadrillas.

Conociendo a la autoridad y conociendo el ánimo de la mayor parte de estos jefes puede concluirse que los derechos del público están en el alero. [...] <sup>1375</sup>

El polémico <sup>1376</sup> ministro de Interior socialista, José Luis Corcuera (Pradoluengo, Burgos, 1945) propone y aprueba el decreto —el texto se conocerá como «Reglamento

---

<sup>1374</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. *José Tomás, una hipótesis republicana. Liturgia del dolor y feria de la política*. Madrid, Foca, 2009.

<sup>1375</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «El Formidable, herido muy grave». *El Mundo*, Madrid, 19 de agosto de 1991, p. 34.



Corcuera»— que, realizado en base a la ley 10/1991 de 4 de abril para la regulación de potestades organizativas en materia taurina<sup>1377</sup>, es definitivamente aprobado en febrero de 1992, teniendo entre sus novedades más importantes la regulación del peso y la raza de los caballos de picar. La reclamación del esencialismo en este aspecto, particularmente de Joaquín Vidal, como hemos visto en un apartado anterior, era en parte atendida desde el órgano supremo, a la vez que el enfado del colectivo de picadores se hacía presente una vez conocido el borrador del texto. Justo el día que entra en vigor en su totalidad, el 1 de mayo de 1992, un toro de la ganadería de Atanasio Fernández, de nombre «Cubatisto», quita la vida al banderillero Manuel Calvo Bolinchón, *Manolo Montoliu*, en la plaza de toros de Sevilla, lo que sirve de excusa perfecta a los piqueros para plantarse y promover una revuelta general del gremio de subalternos que consigue que se modifiquen los polémicos artículos que promovían una suerte de varas más equilibrada y menos abusiva.

En lo puramente artístico y conceptual, la irrupción de un torero clave para la Fiesta, como es el colombiano César Rincón, rotundo triunfador de la plaza de toros de Las Ventas del Espíritu Santo de Madrid al conseguir salir en cuatro ocasiones consecutivas —ningún torero lo había conseguido hasta ese momento— por la puerta grande a lo largo de la temporada de 1991. Su disposición, su buen hacer y, sobre todo, su verdad, hacen que el esencialismo lo aúpe a lo más alto, lo encumbre como referente de una tauromaquia posible, real y profunda. Después de la época dorada de Antoñete que vimos en un apartado anterior, Rincón hacía renacer el espíritu de esa afición aferrada a los valores clásicos y eternos. Con él la emoción había vuelto a los ruidos, y no era la emoción del «arrimón», ni la del desplante, era la emoción de la quietud, de la ligazón, de la firmeza de piernas, del toreo cruzado, por abajo, con distancia, en ocasiones mucha distancia.

Unos años después, como se ha visto en el punto dedicado a Javier Villán, el torero de Galapagar José Tomás Román Martín hará saltar por los aires los esquemas convencionales de ese toreo acomodado y superficial que llena cada temporada. Su

---

<sup>1376</sup> Cuando el nuevo Reglamento de Espectáculos Taurinos empieza a redactarse, el ministro José Luis Corcuera estaba también a punto de aprobar la ley de Protección y Seguridad Ciudadana, Ley Orgánica 1/1992, de 21 de febrero, que se conocerá también como «Ley Corcuera», y que había desatado una gran polémica porque, al parecer, conculcaba varios derechos fundamentales de los ciudadanos, ya que desde su puesta en marcha, desaparecía la obligatoriedad de una orden judicial para acceder al domicilio de los sospechosos de algún delito.

<sup>1377</sup> BOE-A-1991-8266, de 4 de abril de 1991. Ley 10/1991 de 4 de abril, sobre potestades administrativas en materia de espectáculos taurinos. B.O.E., n.º 82, publicado el 5 de abril de 1991.

irrupción definitiva en mayo de 1997 significa un auténtico terremoto. Con una concepción taurina basada también en el clasicismo, en los planteamientos esenciales, en ese toreo cruzado, que avanza en cada lance, que ofrece sus piernas a la desafiante cornamenta de las reses, y que se acompaña de un dramatismo que recuerda, sin duda, al de Antoñete, concita la atención de todos los aficionados. No hay espacio para la sonrisa, el toreo, más que nunca, se vuelve un ejercicio de ensimismamiento, de desarrollo interior. El arte lo es porque no nace de un esquema técnico predeterminado, sino que fluye de ese interior atormentado de quien es capaz de olvidarse de su cuerpo para construir una obra tan bella como incierta. El público es transportado a otra dimensión porque también sabe que su presencia es hasta innecesaria. El drama lorquiano merodea en cada lance, en cada tarde, y nunca como antes la sombra de la posible muerte, realmente cierta, rodea el escenario y rodea a un torero débil y ensimismado que se empeña en demostrar que el toreo auténtico, ese que se pide y proclama desde el esencialismo existe.

Y siendo estos acontecimientos realmente importantes, la investigación de los textos de la Corriente Crítica Esencialista nos lleva a un momento que adquiere un plus de relevancia por distintas razones. El torero Julio Aparicio (Sevilla, 1969) confirma la alternativa en Madrid el miércoles 18 de mayo de 1994 de manos de Ortega Cano y con Jesús Janeiro Bazán, *Jesulín de Ubrique*, como testigo. La faena a su segundo toro, el quinto de la tarde de la ganadería de Alcurrucén y de nombre «Cañego», se convierte en un hito histórico que adquiere una mayor relevancia si se mira la interpretación que de ella hacen los escritores esencialistas.

### **6.3.5.1. El sueño de la perfección conceptual con Julio Aparicio**

Julio Aparicio, torero de especial concepción artística en línea de otros diestros históricos de su mismo corte como Curro Romero o Rafael de Paula, el miércoles 18 de mayo de 1994 realiza, sin duda, la faena de su vida. Sin que nadie pudiera preverlo —la faena al toro de su confirmación había sido silenciada— el torero se inspira y de manera magistral lleva a cabo un trasteo cargado tanto de hondura como de perfección conceptual que ensimisma —embruja sería la palabra adecuada— a quienes lo contemplan, con el añadido, además, que es visto por los espectadores de Canal + de televisión. Nadie podía imaginar aquello, ni siquiera el diestro, y mucho menos los escritores esencialista que, si bien conocían la capacidad artística de Aparicio,

demostrada en numerosas ocasiones en su etapa de novillero, circulaba por la Fiesta como un discreto e irregular matador de toros desde su alternativa en el año 1990.

Y sin embargo, aquello adquiere tal categoría que se convierte en una ensoñación que hace que dos de los escritores la Corriente Crítica Esencialista, Joaquín Vidal y Paco Apaolaza, titulen sus crónicas de la misma manera alegórica «Soñar el toreo», porque lo ocurrido era el sueño mágico de cualquier aficionado y por supuesto de cualquier torero. Es una de las escasas ocasiones en las que hay una coincidencia absoluta entre los tres cronistas más importantes de la corriente. Se habían aunado la técnica y el valor con una inspiración sobrenatural, con un ensimismamiento interno del autor que, como veremos, lleva a afirmar a Vidal que aquello fue «la suma y compendio de cuantos retazos de toreo profundo, emotivo y bello se hayan podido ver en toda una vida de aficionado». La excelencia, total, absoluta, sin mácula alguna, se había manifestado esa tarde; ni una conjunción adversativa, ni un adverbio, nada que pueda restar, bajar la obra del peldaño más alto. Y ante la contemplación de lago que de tan bello, tan hermoso, y a la vez tan profundo parece irreal, las crónicas se convierten, más que nunca, en literatura.

Así, Joaquín Vidal nos hablará, como se afirmaba, de un cúmulo de momentos tan intensos que podrían ser esa suma de todos los que un espectador puede llegar a ver en su vida de aficionado. Momentos que se «ensamblaban y fundían convertidos en una monumental creación artística», nos dice, que consigue, atención, transfigurar el toreo hasta convertirlo en pura fantasía que, como tal, se manifiesta casi irreal. Julio Aparicio había obrado esa especie de milagro tan difícil de conseguir no sólo de poner de acuerdo a todo el mundo, a todos los espectadores que en la plaza pudieron contemplar su faena, sino de transportarlos a ese punto de ensimismamiento, de hipnosis colectiva, que sólo los elegidos, los dotados de una personalidad carismática y arrolladora pueden conseguir. Por eso nos dice Vidal que el público «pasó del pasmo al delirio», de la sorpresa inicial ante algo que de repente toma un vuelo inesperadamente alto a ese estado delirante producido por la hipnosis del arte.

No olvida Vidal el momento en el que el torero, vacío en su interior, con el toro ya muerto y el triunfo conseguido, se sienta en el estribo de la barrera, ausente, perdido, llorando, recordando a ese Rafael de Paula que, como veíamos en otro apartado, en similar tesitura se sentó encima del toro de Martínez Benavides —como se verá un poco

más abajo, el periodista Rubén Amón tampoco puede olvidar ese momento— para intentar volver a la tierra, a la vida real, tras haber protagonizado otro de esos momentos de revelación incomparables, de trance absoluto, que se producen en la Fiesta. Y las lágrimas, lágrimas de quien vuelve a nacer en esta realidad tangible después de haber caminado por lo intangible, por lo espiritual, lágrimas de neonato en una nueva vida que sólo puede reconocer la obra, pero que en ningún caso puede llegar a calibrarla en toda su dimensión porque ya no se va a reproducir nunca, nunca más:

### **Soñar el toreo**

Fue el toreo soñado. Fue el toreo que los diestros con torería intensa rumian en las duermevelas de las corridas, cuando se amalgaman en los vericuetos del pensamiento los sueños de gloria y los presagios de tragedia. Así fue, como un sueño, el toreo cumbre que recreó Julio Aparicio ante el asombro de la cátedra, en el centro geométrico del redondel.

Fue también el toreo que había soñado la afición. El toreo perfecto, el toreo mágico; la suma y compendio de cuantos retazos de toreo profundo, emotivo y bello se hayan podido ver en toda una vida de aficionado. Aquellos muletazos de dominio, aquellos pases de suavidad infinita, la galanura de las trincherillas y de los cambios de mano, los naturales en su expresión más pura, los redondos convertidos en exquisitez; el broche de las suertes cabalmente ligadas, resuelto mediante el revoloteo jubiloso del pase de pecho, el embrujo del ayudado; la estocada en la cruz a volapié neto, volcándose el matador sobre el morrillo del toro. Todos esos retazos de la tauromaquia excelsa —con marca exclusiva y autoría precisa cada cual—, que se hubieran llegado a ver en toda una vida de aficionado y se mantenían frescos en el recuerdo, de repente se ensamblaban y fundían convertidos en una sola y monumental creación artística, en el centro geométrico del redondel de Las Ventas.

Julio Aparicio fue el creador. Ocurrió de súbito. Trasteando el toro en unos armoniosos pases de tanteo, debió venirle de golpe la inspiración, corrió al centro geométrico del redondel, citó desde esa distancia, embarcó al toro que acudía vivo y fijo a tranco alegre, y de ahí en adelante obró el prodigio de transfigurar el toreo técnicamente perfecto en una explosión de fantasía.

¡Qué locura, entonces! El público pasó del pasmo al delirio.

La plaza se venía abajo. Consumada la creación artística, el torero deambulaba crepuscular por el ruedo venteño, flotando en la nube de su propia gloria. Ajeno y aturdido, se sentó en el estribo de la barrera y allí rompió a llorar. Quizá ni oyó el estruendo de la afición, que le aclamaba ¡torero, torero! ¿Y qué parecido podía tener aquella faena cumbre con el resto de la corrida? ¿Qué parecido con el pegapisismo habitual de las figuras de la profesionalidad y los epígonos de la finura? [...]

A hombros sacaron a Julio Aparicio por la puerta grande, que es la puerta de Madrid. A hombros de una multitud enfervorizada y bajo el

clamor de las ovaciones, los piropos, los gritos de ¡torero! Nadie quería abandonar su localidad. Pero finalmente la abandonaron todos. La verdad es que iban a cerrar la plaza y no era cuestión de quedarse allí la noche entera, rumiando al sereno el gusto que había dado ver torear como Dios Manda.<sup>1378</sup>

Paco Apaolaza utilizando un esquema similar al de Joaquín Vidal recuerda ese momento en el que de pronto surge una inspiración que nadie esperaba, el trance mágico. Como si estuviera intentando explicar un sueño —la tarde iba por los derroteros del aburrimiento tan típico de las corridas de feria en Madrid que al cronista le generan una somnolencia incontrolable—, el sueño gozoso de contemplar lo máximo, lo sublime, que va creciendo, aumentando, como ese cuarto muletazo de la primera serie en redondo por el pitón derecho «con el desgarró, el quejío, la hondura, la gracia y el tiempo parado allí mismo». Parar el tiempo, metáfora también del mundo del toro, que significa la abstracción en la contemplación de un lance que, como si fuera una película, se observa y se graba fotograma a fotograma, porque aúna intensidad y sobre todo perfección, en un desarrollo pausado, justo de velocidad y temple, como si en un instante aquello se hubiera detenido, como si el torero de repente, de pura perfección conceptual, hubiera congelado el universo en ese momento que se intuye perfecto y en el que el espectador se recrea ensimismado porque lo está viendo ya desde antes que se produzca.

Para Apaolaza tanta belleza es imposible. No hay nada que pueda compararse, y mucho menos en el ámbito de las corridas de toros, tan aburridas y pesadas la mayoría de las tardes. «En tres muletazos, en tres retazos de vida, la plaza perdió la cabeza», tres instantes concatenados para la locura colectiva, para la comunión del auditorio con la verdad, pero sobre todo que justifican, solo esos tres muletazos, toda una vida de aficionado. La descripción del estado de algunos de los espectadores que le rodean, con el descriptivo «exhausto y derrengando» que significa el vacío que le envuelve todo después del clímax de la contemplación del drama convertido en arte como si de una tragedia griega se tratara. Por eso sigue preguntándose el cronista al finalizar el festejo si aquello realmente existió:

### **Soñar el toreo**

El final de la faena de Ortega Cano con la metódica duda por bandera, su inseguridad, sus respingos, su buena fe y sus esfuerzos para llegar a la

---

<sup>1378</sup> VIDAL VIZCARRO, J. «Soñar el toreo». *El País*, Madrid, 19 de mayo de 1994, p. 46.

nada me cogió cansado, que uno está mayor y la cabezada fue imposible de dominar.

Allá en el ruedo de Las Ventas había un toro mansón, grandón, chorreado en verdugo, al que pusieron en el caballo y se peleó con clase. De repente salió un Aparicio tranquilo, pausado y se dobló con el toro, que acudía con dulzura, con una embestida casi líquida. El torero, creo que Aparicio, en un momento de inspiración, le dio distancias, allí en el centro del ruedo y el toro arrancó sin prisas y con decisión. Aparicio, era él, le adelantó la muleta por el pitón derecho y se lo trajo y se quedó quieto, mirando quedamente, el gesto tranquilo, el relajo en el cuerpo y en la cara. El segundo fue de los de aguantar el aire, la mano semi baja rematando muy detrás, el tercero, otra vez sin moverse, la mano más baja, de ponerse de pie y levantar los brazos y el cuarto, ¡señor! el cuarto, con el desgarró, el quejío, la hondura, la gracia y el tiempo parado allí mismo, yo lo vi. Después el adorno para quitar tragedia, para aliviar el sentimiento, para la liviandad, para bañarse con la locura que el toreo que estaba soñando produce. En tres muletazos, en tres retazos de vida, la plaza perdió la cabeza y el grito abarcaba toda la muestra de sentimiento, desde el silencio que no daba crédito a lo que dictaba el corazón, hasta el que se le quebraba la voz.

No era esa música callada del toreo, era el arrebató cuando lo volvió a hacer y, otra vez, paró la vida en unos muletazos tan difíciles de objetivar como de calificar. La cosa, la obra, había empezado como un terremoto y había continuado poco a poco, hasta el clímax, hasta esos adornos tan barrocos, tan sinceros y hasta la estocada. Cuando me desperté inesperadamente vi a una marujona vecina y paisana de Jesulín con los ojos enrojecidos, el pañuelo hecho un rebujo, llorando a moco tendido y a un ejecutivo exhausto y como derrengado. Vi al torero a hombros casi maltrecho sin saber a ciencia cierta que había pasado. Lo de Ortega Cano, sus inseguridades, sus discapacidades y lo de Jesulín acomplejado, basto y ventajista pertenecía a la cotidianeidad. Lo otro no, y todavía no se sabe demasiado bien si fue realidad, porque ese toreo sólo se sueña.<sup>1379</sup>

Si Joaquín Vidal nos trasladaba la idea de que el torero transfigura el terrenal acto de torear en pura fantasía, Javier Villán va un paso más allá, convirtiendo a Julio Aparicio en médium que, en trance, transporta a todos los presentes a un ámbito sobrenatural, que enlaza lo terrenal con lo espiritual en el más alto de los niveles y lo hace a través de esa «transfiguración» que une lo humano con lo divino. Al igual que Apaolaza, Villán describe esa primera tanda de muletazos con el pitón derecho en escala ascendente de perfección y hondura, «y el tercero, una revelación», nos dice, confirmando la factura incomparable del momento.

---

<sup>1379</sup> APAOLAZA BANASTIER, F. «Soñar el toreo». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 19 de mayo de 1994, p. 68.

Va más allá Villán, al explicar que el grado de compromiso y disposición del diestro es tal, que pese a estar la plaza en ebullición absoluta «y la plaza era un volcán en ebullición», nos dice, ésta no alcanza la propia del diestro, que transmite la sensación de estar fundiéndose con su obra y con el propio toro, «no alcanzaba ésta, sin embargo, la temperatura que la torero le estaba difuminando los perfiles. La muleta en la izquierda y, arqueando la pierna, parecía querer fundirse con el toro. Y se fundió», explica el cronista en una nueva metáfora que describe lo vivido y lo sentido:

### **Transfiguración**

El privilegio de los elegidos es cambiar el curso de la vida en un instante. La tarde era una pesadilla, y Aparicio una sombra deslavazada y triste. Y, de golpe, la transfiguración. De la oscuridad al esplendor; del desconcierto a la más luminosa revelación de los sentidos.

Cuando llegó su momento, Aparicio no era un torero, era un médium por cuyo cuerpo se manifestaban fuerzas ocultas y pasiones desbordadas. La razón estaba abolida. Sentimiento puro. Y la plaza entera se sintió redimida y purificada.

El Deseado había desatado de golpe todas las divinidades de la mejor tauromaquia sobre la arena de Las Ventas. Cuando citó de lejos al toro de Alcurrucén y el toro se arrancó, sobre el gentío planeó la angustia y aleteó la incertidumbre.

Era el todo o la nada. No valía la voluntad; era necesario el destello y la iluminación. Y estos llegaron. Cuando el toro se arrancó alegre y se tragó el primer muletazo, se produjo la transfiguración de Aparicio: de una figura de sombras a una figura de luz. Y en ese combate entre la luz y las tinieblas Aparicio vio claramente que el hacedor, el poeta, el capaz de modificar el curso de la tarde y quizá el curso de su vida torera era él: el Deseado.

**UNA PREMONICIÓN.**— Y empezó por modificarse a sí mismo. El primer redondo de la tanda fue una premonición; el segundo, un anuncio, y el tercero, una revelación. La figura erguida del torero era un surtidor de agua y luz. El giro para ligar los redondos, un compás mágico; la muleta, un aire envenenado y mortal de tan puro. Conviene insistir en ello porque hasta entonces la tarde había sido una pesadilla y un mal sueño. Lo malo no era que Aparicio triunfara o no triunfara. Lo malo era que andaba por el ruedo como un alma en pena.

Lo que se produjo en el quinto, un nobilísimo y bravo ejemplar de Alcurrucén, fue una subversión. La sombra apática, melancólica, huidiza e indefensa, alzó su arrogancia infinita sobre el rojo caliente de una muleta planchada. Aparicio, de golpe, recuperó el aroma y el sabor y el saber. Las únicas sombras que quedaban entonces por el ruedo era el claroscuro tenue, apenas insinuado, del misterio.

La segunda tanda de naturales añadió, a la pasión, delirio; a la verticalidad, unción; al temple, gozo y transparencia; al ejercicio supremo de cargar la suerte, una rara insolencia. Seis redondos y los engarces.

Aparicio se había desbordado en seis muletazos, nada más, y la plaza era un volcán en erupción. No alcanzaba ésta, sin embargo, la temperatura que al torero le estaba difuminando los perfiles. La muleta en la izquierda y, arqueando la pierna, parecía querer fundirse con el toro. Y se fundió. Llegó la estocada rotunda y exacta. Obra tan corta, tan intensa y tan bella halló su culminación adecuada. [...] <sup>1380</sup>

Para terminar el repaso por este hito incomparable de la tercera etapa de la Corriente Crítica Esencialista, la explicación/reflexión de otro periodista, Rubén Amón, también en *El Mundo*, que no viene sino a certificar las sensaciones ante un momento tan impresionantemente esotérico como es la entrada en trance de un torero en la plaza más importante del mundo. Amón, sobrio analista, no puede evitar recordar a aquel Rafael de Paula que, en el mismo escenario, también se transfiguró en el otoño de 1987:

El trance, en términos religiosos, es el estado del alma en unión mística, y, en términos de esoterismo, la manifestación de situaciones paranormales a través de un médium. Una y otra definición aproximan la revelación de Julio Aparicio en Las Ventas, pero resultan insuficientes para explicarla completamente.

Ignoramos las razones que animaron al torero de Sevilla —y ya de Madrid— a romper con su apatía para desafiar en los medios al toro de Alcurrucén. Nunca sabremos si la inspiración divina alentó semejante aparición o si la faena —el faenón— fue la expresión de una raza contenida por la incertidumbre del futuro y al responsabilidad de la tarde. El caso es que Julio Aparicio meció en sus muñecas el incansable ir y venir del toro, desató la pasión con naturales de ensueño y dibujó rechazos de oro que iluminaron los tendidos y desataron la emoción.

El toreo, un clamor. Y Aparicio, un artista en estado de gracia que acariciaba en el vuelo de su muleta la nobleza de aquel bravo animal cuyas embestidas obedecían el camino de una faena memorable.

En los medios, Julio Aparicio ofrecía el pecho, adelantaba el engaño, cargaba la suerte y encadenaba los muletazos con los pies atornillados y el gesto hierático. Inolvidable.

Lloraba Aparicio y aplaudía el público. Era el símbolo de una comunión efímera en la plaza e imborrable en la memoria. «Los muletazos me salían del alma», dijo Rafael de Paula cuando se apareció en Las Ventas aquella feria de otoño del 87. Y del alma le salían los muletazos a Aparicio, que se desmayaba en series de muletazos hondas y bellas, unas veces rematadas con pases de pecho interminables y, otras, mediante aterciopelados trincherazos y pintureros cambios por delante.

[...] Y entonces Aparicio iluminó Las Ventas, impuso la verdad de su toreo, revalidó una envidiable sentencia atribuida a Cagancho: «Dese el

---

<sup>1380</sup> VILLÁN ZAPATERO, J. «Transfiguración». *El Mundo*, Madrid, 19 de mayo de 1994, p. 34.



tendido no se siente ni una cuarta parte de lo que sentimos los toreros». ¿Entienden por qué lloraba Aparicio?<sup>1381</sup>

#### 6.4. Última etapa. La desaparición de la Corriente Crítica Esencialista

En abril de 2002 muere Joaquín Vidal. La Corriente Crítica Esencialista pierde a su gran referente, al cronista que desde la perspectiva distante marca el gran periodo de la crítica taurina. El tercero, Paco Apaolaza, habrá fallecido unos años antes, en abril de 1998 y, como se recordaba en apartados previos, Vicente Zabala lo habrá hecho en 1995 y Alfonso Navalón será en 2005, si bien estos dos últimos ya habían dejado de tener peso en el crónica esencialista nacional, Zabala por su discurso suavizado e irreconocible en relación al de sus primeros tiempos en *El Alcázar* y *Nuevo Diario*, y Navalón por su destierro al ámbito regional provocado por su insufrible forma de ser y de comportarse en la profesión.

Pero con la muerte de Vidal se cierra un ciclo ya que por sí sólo había demostrado que era capaz de mantener el espíritu esencialista, en primer lugar por su comunión con la afición más radical, que seguía leyendo sus artículos, y en segundo lugar por la apuesta de *El País* de mantenerle en la redacción a pesar de la presiones a las que era sometido el medio tanto para que eliminara la sección taurina como para que destituyera a su crítico. De esta manera, Javier Villán empieza su caminar casi en solitario, y aún siendo un excelente cronista —como se afirmaba en el apartado dedicado a su persona, posiblemente el más culto de los cronistas taurinos que hayan existido—, su estilo, pulcro, en ocasiones refinado, culto, no alcanza la popularidad del cántabro. Un caminar que termina definitivamente en febrero de 2020 con su salida de *El Mundo*, si bien desde la llegada al medio de Vicente Zabala de la Serna como nuevo cronista taurino en 2009 su labor fue poco a poco arrinconada hasta prácticamente desaparecer.

Villán, no obstante, se verá acompañado de otras voces, y en este sentido debe recordarse aquí a Carlos Ilián, tratado en el apartado 5.1.4. *Otros escritores esencialistas importantes de la primera etapa*, que desde su acceso al diario deportivo *Marca* en 1984 se mantiene en esa línea de independencia y también Antonio Lorca (Arahal, Sevilla, 1954), que tras compartir tareas informativas con Joaquín Vidal en *El País* —Lorca normalmente publicaba las crónicas de los festejos celebrados en

---

<sup>1381</sup> AMÓN, R. «Un torero en trance». *El Mundo*, Madrid, 19 de mayo de 1994, p. 34.

Andalucía, especialmente Sevilla, de las ferias a las que no asistía Vidal— se hará cargo de la titularidad de la sección al fallecimiento de aquél. Su estilo, quizá demasiado sobrio, o a veces su comunión con toreros poco apreciados por la afición más radical<sup>1382</sup>, le han impedido de momento alcanzar la relevancia de sus compañeros.

Con el final de la Corriente Crítica Esencialista de la crónica taurina van desapareciendo también sus conceptos y esa defensa de la integridad del toro, y sobre todo del canon artístico clásico, esencial, que durante tantos años ocupó la mayoría de las páginas de los diarios nacionales, se difumina hasta prácticamente dejar de existir. Conceptos como «sin cargar la suerte», «citar con el pico», «sin cruzarse», «fuera de cacho» o «al hilo del pitón», que denunciaban en el argot esencial las distintas fórmulas que alejaban al toreo de su principio de verdad y que fueron el santo y seña de estos cronistas desaparecen y con ellos una forma de hacer crítica y de entender la Fiesta.

A modo de epílogo, es de justicia afirmar que con la llegada de la difusión masiva de información a través de Internet fueron surgiendo también diferentes fórmulas de comunicación y opinión taurina que, en la actualidad, son el último reducto de esa perspectiva distante y esencial de la Fiesta. Dentro de esta maraña de formatos que en el momento de terminar este trabajo existente en la Red, son los blogs de autor los que desde hace años mejor difunden este tipo de información y opinión taurinas. Si bien no es objeto de este trabajo analizar y desarrollar una lista completa, quede constancia de algunos de estos espacios que abordan —o abordaron en su momento, ya que buena parte de ellos dejan de ser actualizados tras un periodo de existencia— el panorama taurino desde esa perspectiva distante y esencial.

Entre los más antiguos *Toro Torero* y *Afición. Los toros desde la fila 7 de la grada del seis*, en <http://torear.blogspot.com/>, que vio la luz en el año 2005 y en la actualidad sigue activo. Se trata de un espacio cuidado y ameno —algunas veces los reportajes pecan de excesiva largura— en el que se ofrece tanto información como opinión taurina desde esa radicalidad esencial además de numerosos reportajes

---

<sup>1382</sup> En este sentido y entre los ejemplos más recientes, las alabanzas que el cronista lanza al torero Julián López, *El Juli*, después de su importante triunfo el día 17 de abril de 2018 en La Maestranza de Caballería de Sevilla. El Juli, debido a la comodidad que exige para ir en los carteles —como la mayoría de los toreros llamados figuras sólo se enfrenta a ganaderías comerciales— y su forma de torear, forzando la figura hasta límites insospechados y ofreciendo un toreo antiestético, alejado totalmente del canon esencial que exige un acople natural con la embestida de la res, no ha sido hasta ahora querido por la afición más esencialista, particularmente la de Madrid, que no ha querido comprar esa imagen de torero poderoso que siempre se ha publicitado en su persona. Sin embargo, Antonio Lorca escribirá de él ese día que «desplegó un derroche de poderío, técnica y buen gusto y alcanzó el merecido triunfo de la Puerta del Príncipe», descripción que a los lectores de *El País* les habría costado mucho encontrar en la pluma de Joaquín Vidal. Véase LORCA, A. «Indulto de un 'garcigrande' y apoteosis de El Juli». *El País*, Madrid, 17 de abril de 2018, p. 30.

camperos, con fotografías del ganado en el campo realizadas por el propio autor. Uno de los errores de este espacio es que los artículos no llevan firma, ni se descubre en las entrañas de la página la autoría, algo que le resta credibilidad a pesar del buen formato que ofrece.

Otro blog interesante y con solera en este es el que bajo el título *Toros Grada 6*, <http://torosgradaseis.blogspot.com/>, desarrolla desde el año 2008 Enrique Martín, aficionado esencialista además de pintor. Martín publica sus comentarios y opiniones de diferentes aspectos de la actualidad taurina entre los que destacan las crónicas de los festejos celebrados en la plaza de toros de Las Ventas del Espíritu Santo de la que también es abonado, artículos que normalmente ilustra con alguna de sus pinturas.

En la actualidad, entre las opiniones más radicales —y seguramente con más difusión y aceptación entre los aficionados más radicales— está la de José Ramón Márquez, que en el blog *Salmonetes ya no nos quedan*, <http://salmonetesyanonosquedan.blogspot.com/>, del periodista Ignacio Ruiz Quintano, escribe desde el año 2009 crónicas de diferentes festejos de la temporada española pero sobre todo de la plaza de toros de Las Ventas del Espíritu Santo de Madrid de la que es abonado. Autor de varios libros, alguno citado en este trabajo, como *Adiós Madrid. Paseos por el Madrid taurino*, publicado en 1998 junto a Andrés de Miguel, con esa radicalidad que le caracteriza, Márquez, con su gran prosa, con su sentido del humor, y con su conocimiento, sea seguramente la mejor representación del esencialismo en la actualidad y bien podría haber sido cronista de cualquier diario de tirada nacional.

*Toros en Puntas*, de Luis Cerdón Albalá, <https://torosenpuntas.blogspot.com/>, empezó a publicarse en marzo de 2012 y alcanza nuestros días con todo tipo de información y opinión, también con crónicas de los festejos de la plaza de toros de Las Ventas. Este espacio ha pasado por distintas etapas, con años de una gran actividad, 2013 y 2014 particularmente, en los que el autor llegó a publicar entorno a ciento veinte artículos por año, frente a otros que daba la sensación de que iba a desaparecer, como el año 2020, en el que las entradas se quedaron en siete.

Otro interesante blog se difunde desde abril de 2012 bajo el nombre de *Dominguillos*, <https://dominguillos.blogspot.com/>, y en este caso su autor es Pedro del Cerro. En la línea de los anteriores, ofrece una interesante visión del panorama taurino, con algunas crónicas, información variada, y especial atención al toro bravo, su

comportamiento, sus procedencias, etc., que ilustra con diferentes fotografías de archivo.

En marzo del año 2013 empezó a dar sus pasos el blog *Asociación Toreo en Red Hondo*, <http://toreoenredhondo.blogspot.com/>, un interesante y cuidado espacio que, al igual que otros blogs vistos anteriormente, ofrece una combinación de opinión e información, prestando especial atención a aquellas plazas de toros donde se lidian sus ganaderías predilectas, aquellas que están fuera del circuito comercial. Como curiosidad algo que le resta autenticidad a la página —como ocurre con otros varios— es la ausencia de firma de los artículos, es decir, no hay un autor conocido ni del blog ni de los artículos, que normalmente vienen firmados por un tal «Rafa» desde Tarragona, pudiendo tratarse de un grupo de aficionados, de una empresa, o algún otro montaje informativo.

Desde 2014 Andrés de Miguel, coautor del libro antes citado de José Ramón Márquez, *Adiós Madrid. Paseos por el Madrid taurino*, ofrece información y opinión taurina en el blog que ha bautizado con el mismo nombre, *Adiós Madrid*, y que subtitula «Los toros vistos por un aficionado integrista de Madrid», <http://adiosmadridtoros.blogspot.com/>. En la línea de Márquez, De Miguel mantiene una interpretación esencial y radical de la Fiesta, y en este caso, destacan las informaciones sobre encuentros que con distintas personalidades del panorama taurino que desde el año 2013 celebra la llamada Tertulia del Jordán. Al igual que otros blogs de estas características, los artículos no llevan firma, lo que le resta algo de credibilidad al medio.

De Ramón C. Rodríguez es el blog *Toreando en los medios*, <http://toreandoenlosmedios.blogspot.com/>, que desde 2014 ofrece información y opinión taurina así como otro tipo de informaciones y reportajes, todos ellos debidamente ilustrados con fotografías o dibujos.

Y no podemos terminar este repaso sin mencionar varios de los blogs que, a pesar de tener una gran actividad y reconocida calidad, por razones desconocidas han dejado de actualizarse.

El primero de ellos es, sin duda, *Hasta el rabo todo es toro*, del combativo Antonio Díaz, <https://eltoroporloscuernos.blogspot.com/?m=1>, aficionado esencialista

de Granada que entre julio de 2009 y abril de 2019 defendió la integridad del toro y de la Fiesta a través de distintos artículos de opinión, de crónicas, y de reportajes, en un cuidado formato y con una buena prosa.

En mayo de 2012 vio la luz *Recortes y Galleos*, un blog que, además de información y opinión taurina, llevaba a cabo un acercamiento a la cultura. Su autor, Rafael Cabrera Bonet, <http://recortesygalleos.blogspot.com/>, autor de números trabajos y director del Aula de Tauromaquia de la Universidad CEU San Pablo. El blog estuvo activo entre mayo de 2012 hasta agosto de 2016, y fue una auténtica pérdida que dejara actualizarse porque era un complemento perfecto para la Fiesta y su encuadre cultural.

Paz Domingo, periodista y en algún tiempo colaborada del diario *El País*, puso en marcha un interesante blog, <http://pazdomingoylostoros.blogspot.com/>, que llevaba su nombre por título, y que se mantuvo activo entre febrero de 2010 hasta mayo de 2018. Sus análisis de los festejos de la plaza de Las Ventas eran la contraposición ideal a lo que se leía en la prensa diaria escrita. Su prosa fresca y ágil y su interpretación casi siempre acertada convertían su página en una de las más atractivas para la lectura.

Finalmente, haremos referencia la blog *Baile de Corrales*, de Carlos Mijarra Fernández, <http://bailedecorrales.blogspot.com/>, que estuvo ofreciendo información y opinión desde julio de 2013 hasta mayo de 2015.

Si bien, como se afirmaba, son muchísimos más y la lista pudiera ser interminable, este sería un breve repaso por algunos de los blogs que mantuvieron y mantienen vivo el espíritu del esencialismo taurino. Baste este pequeño extracto para dejar constancia de esa labor desinteresada, altruista, que tantos autores hacen en defensa de la integridad del espectáculo taurino.



## **CONCLUSIONES**





## Conclusiones

El estudio realizado arroja las siguientes conclusiones:

1ª.-) Que el proceso de cambio generalizado que se produce a todos los niveles después la Guerra Civil marca el punto de inflexión en la fiesta de los toros y debe ser visto como la gran oportunidad del entramado organizativo taurino para hacerse con las riendas del funcionamiento del espectáculo de manera definitiva e interesada.

A pesar de la involución experimentada por el espectáculo taurino no hay una respuesta contundente por parte de la prensa taurina, más bien un proceso de adaptación en la medida que los valores previos a la contienda bélica resultan soslayados sin que se produzca una reacción crítica potente como habría sido lógico por parte de escritores y cronistas que, además, habían conocido el espectáculo previo, lo que permitió, sin duda, el inmoderado alargamiento en el tiempo de todas las irregularidades que llegaron a partir de 1939.

2ª.-) Que la reducción de las proporciones del toro, tanto su edad y peso, constituyeron no sólo un auténtico abuso por parte de ese entramado organizativo, sino un modus operandi estructural y así lo demuestran las diferentes normativas gubernamentales que en el tiempo tuvieron que aplicarse para intentar atajar el desmadre sin que, además, consiguieran el objetivo deseado. Y que este abuso debería haber sido frenado desde la prensa taurina a partir de la puesta en marcha de campañas específicas contra él como así ocurrió, y con buen resultado, en periodos posteriores.

La poca contundencia del discurso crítico, unida al poco interés de la Administración, favoreció la rápida extensión de los fraudes, su enquistamiento y posterior dificultad en la erradicación.

3ª.-) En este sentido, son tres los factores nuevos que deben sumarse y que confirman ese irregular funcionamiento de la Fiesta: una heterodoxia de un alcance nunca antes conocido, la extensión del delito del acortamiento de pitones o «afeitado», y la perniciosa implantación del llamado «sobre» o remuneración a los periodistas taurinos para comprar su discurso, constituyen el soporte necesario de todo el proceso de cambio, entendiéndose, además, que las dos primeras no hubieran podido desarrollarse en toda su magnitud ni alcanzar el grado de presencia temporal que llegaron a tener sin la tercera, ya que de nuevo la prensa taurina, lejos de trabajar en pos

de una recuperación de la integridad del espectáculo, pasó a formar parte de su inercia, complicando todavía mucho más la deseable vuelta a la normalidad.

En relación al tema del «sobre» a los informadores taurinos, a pesar de ser prácticamente imposible determinar el alcance que llegó a tener —particularmente los importes que se manejaban—, y pese a las voces que cuestionan su existencia y que han sido expuestas en este trabajo, queda demostrado que fue una fórmula habitual de funcionamiento de la prensa taurina, como lo certifican ciertos acontecimientos expuestos y como así ha sido reconocido por algunos matadores de toros que también se citan.

Estas irregularidades analizadas a lo largo de este estudio, no obstante, sirvieron para crear el germen de respuesta, para hacer visible la conciencia crítica, que tuvo su mayor expresión en la primera campaña en contra del «afeitado» del año 1952 y que tuvo su altavoz principal en *Radio Madrid* con la voz de Carlos de Larra y Gullón, *Curro Meloja*, en el diario *ABC* con las plumas de Luis de Armiñán y Gregorio Corrochano, y en la revista *Semana* con la de José María del Rey Caballero, *Selipe*.

4ª.-) Que la extensión y descontrol del fraude, la información y la opinión compradas, y las nuevas fórmulas taurómacas contribuyeron a asentar una definitiva doble perspectiva de entendimiento del espectáculo en la medida que una parte de la afición no se sentía identificaba con esa fiesta tan adulterada y alejada de la autenticidad pretérita.

Una doble perspectiva o forma de relacionarse con el espectáculo divide entre quienes abrazan el funcionamiento del mismo, sus postulados, sus propuestas por muy estrambóticas que éstas sean y casi todo lo que genere y proponga el entramado organizativo taurino, y quienes adquieren una posición distante con el mismo, crítica, alejada hasta el punto de ser aséptica, porque entienden que la Fiesta tiene que recuperar y preservar los valores esenciales que la dieron grandeza y solo es entendible y defendible en la medida que su estructura de funcionamiento esté basada, por encima de todo, en la integridad del toro como actor clave y fundamental y en el toreo ajustado al canon como única posibilidad de creación artística.

Esa perspectiva distante y crítica, que denuncia todas las irregularidades y fraudes citados, y que empieza a tener presencia a partir de las citadas campañas en

contra del «afeitado», cobra progresivamente radicalidad y fuerza, y es así porque la parte de la afición que la integra, descontenta con todo aquello, es cada vez más amplia y le otorga el respaldo necesario.

5ª.-) Que el movimiento de denuncia integrado en la perspectiva distante tiene un soporte intelectual identificado, como se ha visto en las plumas de los hermanos Adolfo y Luis Bollaín, del propio Luis Armiñán, de escritores como Edmundo González Acebal o Manuel Benítez Salvatierra, o del doctor Rosario Abarquero Durango, que sin embargo no muestra una solidez relevante, ya que se trata de personalidades importantes en la materia pero con escasa proyección en el resto de la sociedad de la época, y por tanto nada que ver con las aproximaciones de la intelectualidad a la Fiesta de periodos anteriores que la otorgaban un gran prestigio social y cultural.

6ª.-) Que si bien aumenta progresivamente el número de cronistas y periodista taurinos identificados con la perspectiva distante, son dos nombres fundamentales los que por su relevancia histórica deben considerarse como antesala de la Corriente Crítica Esencialista de la crónica taurina: José María del Rey Caballero, *Selipe*, y Antonio Díaz-Cañabate.

Su trabajo sostenido junto al de otros periodistas menos relevantes les hace acreedores de ese esencialismo original, y si no son considerados como miembros directos de la corriente es porque sus discursos, a pesar de ser independientes y honestos, como así ha sido reconocido por todos los autores que les han abordado, nunca alcanzaron esa radicalidad sostenida, esa vehemencia que caracterizó al nuevo discurso esencial.

Debe ser reconocida en este punto la honestidad con la que supieron desempeñar su trabajo, sin claudicar a las presiones del entramado organizativo taurino, sin aceptar el soborno del «sobre» —no se ha podido localizar ninguna denuncia hacia sus personas en este sentido—, lo que les otorga una gran categoría profesional.

7ª.-) La existencia de una coincidencia contrastada de planteamientos idénticos a través de un discurso radicalizado y, sobre todo, su coincidencia en el tiempo, confirman el surgimiento de un movimiento crítico, de una corriente crítica, a la que se ha bautizado en el presente trabajo como Corriente Crítica Esencialista de la crónica taurina. Un movimiento al que no se ha podido encontrar similitud en otras épocas o

periodos de la historia de la Tauromaquia, que adquiere fuerza en un corto espacio de tiempo para prolongarse después durante más de treinta años.

La denuncia de los fraudes que afectan al espectáculo con un discurso unidireccional y el desarrollo en un momento dado de campañas corporativas de denuncia para atajarlos, permiten determinar su existencia, su evolución, así como la identificación de cada uno de sus autores en la medida que son partícipes de ese esencialismo radical que caracteriza al movimiento.

8ª.-) Que, en la medida que la Fiesta avanza por esa última parte del siglo XX y la Corriente Crítica Esencialista asienta su discurso crítico, se pueden establecer hasta cuatro diferentes etapas en su desarrollo, una primera o de surgimiento —la más trascendente por su repercusión y por el número de periodistas y cronistas que la integraron—, con una frescura inicial y una radicalidad realmente importantes; una segunda o de incertidumbre, en la que el paso del antiguo régimen a la Democracia tambalea la estructura existente de los medios de comunicación que hasta ese momento eran el soporte para la corriente; una tercera o de consolidación, en la que, superada esa incertidumbre anterior, la corriente aumenta su presencia; y una cuarta y última o de desaparición, en la que, por el fallecimiento progresivo de buena parte de los cronistas, la corriente va perdiendo fuerza hasta prácticamente desaparecer de la prensa escrita nacional.

En todo este proceso debe valorarse como fundamental la aparición de nuevos medios de comunicación impresos, llegados con el final de la dictadura franquista, que resultan determinantes para la consolidación de la corriente. En este caso debe ser considerado como determinante el diario *El País* y su apuesta por la pluma de Joaquín Vidal Vizcarro, que marcará definitivamente las pautas del discurso esencialista, convirtiéndose en la voz y el referente de ese tipo de aficionados.

9ª.-) Que las demandas de la Corriente Crítica Esencialista de la crónica taurina alcanzan su momento clave a partir de la segunda mitad de los años setenta del siglo XX, lo que permite establecer un paralelismo simbólico con la Transición.

La influencia de ese esencialismo que se viene fraguando desde la segunda mitad de los años sesenta desemboca en un proceso realmente trascendente para la fiesta de los toros. La llegada a la plaza de toros del empresario Manuel Martínez Flamarique,

*Manolo Chopera*, y su apuesta por la seriedad del toro transforman el escenario de la Tauromaquia. La fisonomía de la Fiesta se transforma en base a que la exigencia del esencialismo respecto a la integridad del toro es atendida, estableciéndose un interesantísimo periodo de cambios. Como nunca antes, se establece una cierta comunión entre la organización del espectáculo y las demandas de la corriente, que desemboca de manera simbólica en la llamada «Corrida del Siglo» en 1982 como expresión pura de la fiesta esencial.

10ª.-) Que el trabajo de la Corriente Crítica Esencialista en su evolución permite seleccionar una serie de hitos o momentos claves en la historia de la fiesta de los toros durante el periodo que abarca su existencia y que, además, dan el sentido definitivo al movimiento esencialista. Hitos que sirven para calibrar la influencia de la corriente en cuanto a movimiento de transformación en la medida, por una lado, de ser el resultado de sus propuestas y reivindicaciones, y por otro, de la interpretación conceptual del espectáculo, convirtiéndose en puntos de inflexión, hasta de ruptura, tanto en el aspecto organizativo como el aspecto artístico de la Fiesta.

Sólo así pueden ser tratadas y consideradas las campañas en contra del «afeitado», la reclamación de un sistema de control de la edad de las reses a lidiar, la presión para la destitución del comisario de policía José Antonio Pangua, la «transición» taurina de la Fiesta, o las revelaciones artísticas de toreros como Antonio Chenel, *Antoñete*, Rafael de Paula o Julio Aparicio.

11ª.-) Que a pesar de la orientación unidireccional del movimiento, cada uno de sus autores puede ser identificado por su discurso crítico en tanto que muestran diferencias discursivas relevantes a la hora de abordar los aspectos que rodean el espectáculo.

Si bien los miembros de Corriente Crítica Esencialista de la crónica taurina defienden la esencia del espectáculo en base a los dos factores claves: integridad del toro y toreo conforme a un canon artístico concreto y definido, teniendo como base estos aspectos, cada uno pone el foco interpretativo de una manera diferente, particular, en aspectos concretos, que aporta amplitud al discurso crítico de conjunto así como el contraste diferenciador de cada uno de ellos.

En este sentido, el discurso de Vicente Zabala Portolés de la primera etapa queda marcado por su reiterativa reclamación y defensa de la integridad del toro como elemento autenticador, único e insustituible, de la verdad del espectáculo; el discurso de Alfonso Navalón Grande complementa a aquél a partir de la denuncia sostenida del fraude del «afeitado» y con la originalidad a la hora de la denuncia en la utilización de un término como es el de «perritoro», definitorio de la insignificancia de algunas de las reses que se lidian; Joaquín Vidal Vizcarro desarrolla una impresionante campaña de denuncia en contra del abuso cotidiano que se produce en la llamada «suerte de varas», que es huella insoslayable de su relato; Francisco Apaolaza Banastier es la reiteración en la defensa de una canon artístico concreto, esencial, claro y perfectamente definido como marca fundamental de su discurso, que adquiere un cariz más poético en la diferenciación de las denominadas dos «caras de la luna» como metáfora del injusto funcionamiento del espectáculo; y Javier Villán se convierte en el exégeta por excelencia del torero José Tomás Román Martín, figura indiscutible y fenómeno sociológico desde finales de los años noventa del siglo XX hasta el momento en el que este trabajo se deposita.

## **BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES**





## **Tesis doctorales y trabajos académicos:**

- *La crónica taurina: Gregorio Corrochano y su época*, de Olga Pérez Arroyo. Tesis doctoral defendida en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid en 1998. Director: María Celia Forneas Fernández
- *Las retransmisiones taurinas en televisión en la Comunidad de Madrid (Periodo 1992-1996)*, de Miguel Ángel Moncholí Chaparro. Tesis doctoral defendida en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid en julio de 2004. Director: Francisco Esteve Ramírez.
- *La obra periodística de Antonio Díaz-Cañabate. Desde la crónica impresionista hasta su consolidación como fenómeno mediático*, de Juan Carlos Gil González. Tesis doctoral defendida en la Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla en junio de 2006. Director: Manuel Bernal Rodríguez.
- *La revista El Ruedo. Treinta y tres años de información taurina en España (1944-1977)*, de José Luis Ramón Carrión. Tesis doctoral defendida en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid en abril de 2009. Director: Alejandro Pizarroso Quintero.
- *J.M. Arroyo “Joselito”, análisis de sus actuaciones en la Plaza de Las Ventas: las crónicas de ABC y El País*, de María Almudena Hernández Pérez. Tesis doctoral defendida en la Facultad de Ciencias de información de la Universidad Complutense de Madrid en 2009. Director: María Celia Forneas Fernández.
- *6TOROS6. Revista de actualidad taurina*, de María Verónica de Haro San Mateo. Tesis doctoral defendida en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid en 2011. Director: Alejandro Pizarroso Quintero.
- *Periodismo Taurino. La crónica taurina en El Debate de 1910 a 1936*, de Santiago Celestino Pérez Jiménez. Tesis doctoral defendida en la Universidad CEU Cardenal Herrera de Valencia en 2013. Director: Luis María Mirón López.
- *Las innovaciones tecnológicas de la comunicación y su influencia en la Tauromaquia: la generación de la comunidad taurina virtual a través de las redes sociales*, de Sandra Carbonero Redondo, Tesis doctoral defendida en la Universidad de Sevilla en 2019. Director: Fernando Ramón Contreras.

## **Reales decretos, órdenes y reglamentos:**

- BOE-A-1930-7642, de 12 de julio de 1930. Reglamento Oficial para la celebración de Espectáculos Taurinos y de cuanto con ellos se relaciona. B.O.E., *La Gaceta de Madrid*, n° 196, publicado el 15 de julio de 1930.
- BOE-A-1953-1789, de 10 de febrero de 1953. Orden sobre la edad, el peso y las defensas de los toros de lidia. B.O.E., n° 42, publicado el 11 de febrero de 1953
- BOE-A-1962-5264, de 15 de marzo de 1962. Reglamento de Espectáculos Taurinos. B.O.E., N° 68, publicado el 20 de marzo de 1968.
- BOE-A-1968-429, de 4 de abril de 1968. Orden para la entrada en vigor del Registro de Nacimientos de Reses de Lidia. B.O.E., n° 83, publicado el 5 de abril de 1968.
- BOE-A-1968-1485, de 11 de diciembre de 1968. Orden por la que se dictan normas para el desarrollo de la de 4 de abril sobre Registro de Nacimiento de Reses de Lidia. B.O.E. n° 301, publicado el 16 de diciembre de 1968.
- BOE-A-1992-5248, de 28 de febrero de 1992. Real Decreto 176/1992, por el que se aprueba el Reglamento de espectáculos taurinos. B.O.E., n° 56, Capítulo V, artículo 67.2., publicado el jueves 5 de marzo de 1992.
- BOE-A-1991-8266, de 4 de abril de 1991. Ley 10/1991 de 4 de abril, sobre potestades administrativas en materia de espectáculos taurinos. B.O.E., n° 82, publicado el 5 de abril de 1991.

## **Bibliografía sobre periodismo y periodismo taurino:**

**ABARQUERO DURANGO, R.** *El toro inválido. Afeitado y caída de los toros.*

Madrid, Gráficas Anju, 1956.

**ABELLA MARTÍN, C.** «Historia de la plaza de toros de Las Ventas: de 1980 a 2005».

En ABELLA MARTÍN, C. (Coord.). *Las Ventas, 75 años de Historia.* Madrid, Centro de Asuntos Taurinos de la Comunidad de Madrid, 2006 (pp. 91-128)

- *De Manolete a José Tomás. Historia del toreo en España y México desde 1939 hasta nuestros días.* Madrid, Alianza, 2007.

**ABRIL G.** *Teoría general de la información.* Madrid, Cátedra, 1997.

**ABRIL VARGAS, N.** *Periodismo de opinión.* Madrid, Síntesis, 1999.

- APAOLAZA BANASTIER, F.** «Crítica taurina: castillos en el aire». *El Campo: boletín de información agraria*, (ejemplar dedicado al toro de lidia), Bilbao, Banco Bilbao Vizcaya Argentaria Servicios de Estudios, 1992, nº 125, 1992.
- *De pana y penacho*. Madrid, Hoteles Tryp, colección Cuentos Taurinos Hoteles Tryp, 1998, (pp. 21-28).
- ALTABELLA, J.** *Crónicas taurinas. Antología*. Madrid, Taurus, 1965.
- AMÓN, R.** «Toreros de Madrid». En ABELLA MARTÍN, C. (Coord.). *Las Ventas, 75 años de historia*. Madrid, Centro de Asuntos Taurinos de la Comunidad de Madrid, 2006.
- ARAUZ DE ROBLES, S.** *Pepe Luis. Meditaciones sobre una biografía*. Madrid, Espasa-Calpe, Colección *La Tauromaquia*, nº 14, 1988.
- ARÉVALO, J. C. y RYAN, R.** *Las tauromaquias y el misterio taurino*. Madrid, El Cruce, 2003.
- ARMAÑANZAS, E. y DÍAZ NOCI, J.** *Periodismo y Argumentación. Géneros de Opinión*. Bilbao, Servicio Editorial Universidad del País Vasco, 1996
- ARMENTIA VIZUETE, J. I. y CAMINOS MARCET, J. M.** *Fundamentos de periodismo impreso*. Barcelona, Ariel, 2003.
- ARRANZ IZQUIERDO, A.** *El tercio utópico*. Madrid, Edgartorre, 1997.
- BAGÜES Y NASARRE DE LETONA, V.** (*Don Ventura*). *Escritores Taurinos Españoles del Siglo XIX*. Barcelona, Lux, 1927.
- BARGA BENSUSAN, Ramón.** *El «afeitado»: un fraude a la fiesta brava*. Madrid, Editora Nacional, 1972.
- BARRERA DEL BARRIO, Carlos.** *Sin mordaza*. Madrid, Temas de Hoy, Colección *Grandes Temas*, 1995.
- BENÍTEZ SALVATIERRA, M.** (*César del Arco*). *Lidia sin cuernos. Cómo, porqué y quiénes, «afeitan» los toros bravos*. Sevilla, Editorial Católica Española, 1953.
- BENUFARTEA, O.** «Redactar para informar». En BENUFARTEA, O, DEL HOYO, M. y MARTÍNEZ, F. *Lecciones de reporterismo*. Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 1998 (pp.19-145).
- BERGAMÍN GUTIÉRREZ, J.** *La música callada del toreo*, Turner, 1994.
- BERNAL RODRÍGUEZ, M.** *La crónica periodística. Tres aproximaciones a su estudio*. Sevilla, Padilla Libros Editores y Libreros, 1997.

- BLANCO CASTILLA, E.** «Emisores de mensajes informativos. Características, tipología y comportamiento de las fuentes especializadas». En FERNÁNDEZ DEL MORAL, J. (Coord.). *Periodismo especializado*. Barcelona, Ariel, 2004 (pp.99-121).
- BOLLAÍN ROZALEM, A.** *Hoy se torea peor que nunca*. Madrid, Arba, 1948.
- *Los detractores*. Madrid, «Los de José y Juan», 1955.
- BOLLAÍN ROZALEM, L.** *Los dos solos*. Madrid, Arba, 1948.
- *Litri, no; Aparicio, sí*. Madrid, Librería Editorial Beltrán, 1951.
  - *Decálogo de la buena fiesta*. Madrid, Librería Editorial Beltrán, 1953.
- BORRELL VIDAL, F.** *Antes y después del Guerra. Medio siglo de toreo*. Madrid, Espasa-Calpe, 1983.
- BOZAL, V.** *Historia del Arte en España II. Desde Goya hasta nuestro días*. Madrid, Istmo, 1994.
- CAMINOS MARCET, J. M. y ARMENTIA VIZUETE, J. I.** *Fundamentos de periodismo impreso*. Barcelona, Ariel, 2003.
- CAMPOS DE ESPAÑA, R.** *Qué es torear. Historia-Crítica de la Filosofía del Toreo*. Madrid, Gregorio Bahon editor, 1961.
- CEBRIÁN, J. L.** Prólogo a VIDAL VIZCARRO, J. *Crónicas taurinas*. Madrid, Santillana, 2002.
- CLARAMUNT LÓPEZ, F.** *Historia ilustrada de la Tauromaquia*. Tomo I. Madrid, Espasa-Calpe, colección *La Tauromaquia*, nº 16, 1988.
- CORROCHANO ORTEGA, G.** *La Edad de Oro del toreo*. Madrid, Espasa-Calpe, colección *La Tauromaquia*, nº 46, 1992.
- *La Edad de Plata del Toreo*. Madrid, Espasa-Calpe, colección *La Tauromaquia*, nº 51, 1993.
  - *Tauromaquia*. Madrid, Espasa-Calpe, Colección *La Tauromaquia*, nº 9, 1999.
  - *¿Qué es torear? Introducción a las tauromaquias de Joselito y de Domingo Ortega*. Barcelona, Bellaterra, Colección *Muletazos*, 2009.
- DE COSSÍO, J. M.** *Cossio. Los Toros. Tratado Técnico e Histórico*. Tomo V, *La Historia*. Madrid, Espasa-Calpe, 2007.
- *Cossio. Los Toros. Tratado Técnico e Histórico*. Tomo VIII, *Literatura y Periodismo*. Madrid, Espasa-Calpe, 2007.
- DE HARO DE SAN MATEO, M. V.** «El periodismo taurino en la Historia del Periodismo Español». En *Historia y Comunicación Social*, Vol. 18, Universidad de Murcia, año 2013. N° Especial de Diciembre (pp. 643-652).

- «Bullfighting as television entertainment during the Franco regime». *Communication & Society*, Vol. 29 (3), 2019, (pp. 69-85). Disponible en [http://www.unav.es/fcom/communication-society/es/resumen.php?art\\_id=582](http://www.unav.es/fcom/communication-society/es/resumen.php?art_id=582)
- «Los toros en la televisión de la dictadura», en MONTERO DÍAZ, J. (Dir.). *Una televisión con dos cadenas. Programas y programación (1956-1990)*. Madrid, Cátedra, capítulo 8, 2018, (pp. 185-206), ISBN: 9788437638409.
- «La transición taurina en TVE». En MONTERO DÍAZ, J. (Dir.). *Una televisión con dos cadenas. Programas y programación (1956-1990)*. Madrid, Cátedra, capítulo 21, 2018, (pp. 455-468), ISBN: 9788437638409.
- «Programas y retransmisiones taurinas (1982-1990)». En MONTERO DÍAZ, J. (Dir.). *Una televisión con dos cadenas. Programas y programación (1956-1990)*. Madrid, Cátedra, capítulo 34, 2018, (pp. 711-722), ISBN: 9788437638409.
- «Retransmisiones taurinas en Telecinco y Antena3 (1990-2010)». *Estudios sobre el Mensaje Periodístico* 26 (2). Ediciones Complutense. Universidad Complutense de Madrid, 2020 (pp. 409-506).
- «La programación taurina y la competencia televisiva». En Montero Díaz, J., Paz Rebollo, M<sup>a</sup> A., y Lacalle, R. *La edad dorada de la televisión generalista en España (1990-2010) Programas y programaciones (1990-2010)*, capítulo 25, 2022, (pp. 787-821) ISBN: 9788418802447.

**DE LA FUENTE ESTREMAD, M. P.** «La influencia de las transmisiones televisivas en la Fiesta Nacional». En: *La Fiesta Nacional de toros. Recopilación de las obras ganadoras del premio literario taurino Doctor Zúmel, años 1994 a 1999*. Tomo II. Madrid, Cajamadrid, 2000 (pp. 195-229).

**DE LARRA Y GULLÓN, C.** (*Curro Meloja*). *Portadas de la Tauromaquia de Curro Meloja*. Madrid, Burladero, 1968.

**DE MIGUEL, A.** *Los aficionados integristas*. Madrid, Tomás Martín de Vidales y Daniel de Labra editores, 2007.

**DE MIGUEL, A. y MÁRQUEZ, J. R.** *Adiós Madrid. Paseos por el Madrid taurino*. Madrid, Ediciones La Librería, 1998.

**DE URRUTIA ECHANIZ, J.** *Los sustitutos en el toreo. De Joselito-Belmonte a Manolete-Pepe Luis Vázquez*. Madrid, Ediciones Rialto, 1943.

- *Toreo paralelo*. Madrid, Gráficas Achende, 1949.

- *Los toros en la guerra española*. Madrid, Editora Nacional, 1974.

- DEL MORAL, J. A. y DUCASSE, J.** *Ojeda, el último revolucionario*. Madrid, Espasa-Calpe, Colección *La Tauromaquia*, nº 39, 1991.
- DEL REY CABALLERO, J. M.** (*Selipe*). *Toros en San Isidro*. Madrid, Selecciones Gráficas, 1958.
- DELGADO, J.** (*Pepe Hillo*). *Tauromaquia o Arte de torear*. Madrid, Turner, 1994.
- DELGADO DE LA CÁMARA, D.** *Revisión del toreo. Fuentes, caminos y estilos en el arte de torear*. Madrid, Alianza, 2002.
- DÍAZ-CAÑABATE, A.** *Paseillo por el planeta de los toros*. Madrid, Salvat Editores, 1970.
- «Panorama del toreo hasta 1979». En DE COSSÍO, J. M. *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico e Histórico*. Tomo V, *La Historia*. Madrid, Espasa-Calpe, 2007 (pp.381-554).
- DOMECQ Y DÍEZ, A.** *El toro bravo*. Madrid, Espasa-Calpe, Colección *La Tauromaquia*, nº 3, 1998.
- ESPADÁ ENÉRIZ, A.** *Periodismo práctico*. Madrid, Espasa-Calpe, 2008.
- FERNÁNDEZ DE HEREDIA, A.** (*Hache*). *Doctrinal Taurómaco de «Hache»*. Madrid, Establecimiento tipográfico de Antonio Marzo, 1904.
- FERNÁNDEZ ROMÁN, F.** *Los toros contados con sencillez*. Madrid, Maeva, 2001.
- FERNÁNDEZ SALCEDO, L.** *El toro bravo*. Madrid, Sección de Publicaciones, Prensa y Propaganda del Ministerio de Agricultura, 1947.
- FERNÁNDEZ Y LÓPEZ-VALDEMORO, J. C.** (*Pepe Alameda*). *Los arquitectos del toreo moderno* Barcelona, Bellaterra, Colección *Muletazos*, 2010.
- *El hilo del toreo*. Madrid, Espasa-Calpe, colección *La Tauromaquia*, nº 23, 1989.
- FORNEAS FERNÁNDEZ, M. C.** *Toros en Madrid*. Madrid, Pirámide, 1994.
- *La crónica taurina. Un texto informativo, literario y de opinión*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.
  - *Periodistas Taurinos Españoles del Siglo XIX*. Madrid, Fragua, 2001.
  - *Mariví Romero, periodista taurina*. Madrid, Universidad Complutense, *Estudios sobre el mensaje periodístico*, Vol. 8, 2002 .
- FUENTES ARAGONÉS, F. y FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J.** *Historia del periodismo español*. Madrid, Síntesis, 1998.

- GARCÍA NIETO, J.** *Perspectiva de la crónica taurina del último cuarto del siglo XX: de la crítica distante a la crítica esencialista. Fundamentos del canon esencialistas en Francisco Apaolaza Banastier.* Bilbao, U.P.V./E.H.U., director César Coca, 2010.
- GARCÍA-POSADA HUELVA, M.** *El vicio crítico.* Madrid, Espasa-Calpe, 2001.
- GARCIA-RAMOS Y VÁZQUEZ, A.** «Historia de los reglamentos de España y otros países». En DE COSSÍO, José María. *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico e Histórico.* Tomo VI, *Reglamento y Plazas de Toros.* Madrid, Espasa-Calpe, 2007 (pp. 89-264).
- *20 Temas taurinos.* Madrid, Publicaciones Club Fiesta Nacional, 1960.
  - *El espectáculo más nacional es el menos estatal.* Ciudad Real, Calatrava, 1977.
- GIL GONZÁLEZ, J. C.** *Evolución histórica y cultural de la crónica taurina. De las primitivas reseñas a la crónica impresionista.* Madrid, Siranda, 2007.
- GÓMEZ APARICIO, P.** *Historia del Periodismo Español. De la Revolución de Septiembre al desastre colonial.* Madrid, Editora Nacional, 1971.
- GONZÁLEZ ACEBAL, E.** *Grandeza y servidumbre de la crítica taurina.* Madrid, Ediciones «Los de José y Juan», 1956.
- *Joselito y Belmonte.* Madrid, Ediciones «Los de José y Juan», 1961.
  - «Presentación en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, por Edmundo G. Acebal». En CAMPOS DE ESPAÑA, R. *Qué es torear. Historia-Crítica de la Filosofía del Toreo.* Madrid, Gregorio Bahon, editor, 1961.
- GUTIÉRREZ ALARCÓN, D.** *Los toros de la guerra y el franquismo.* Barcelona, Luis de Caralt Editor, 1978.
- ILIÁN, C.** «La importancia de Madrid». En ABELLA MARTÍN, C. (Coord.). *Las Ventas, 75 años de historia.* Madrid, Centro de Asuntos Taurinos de la Comunidad de Madrid, 2006.
- JALÓN ARAGÓN, C. (Clarito).** *Memorias de «Clarito».* Madrid, Guadarrama, 1972.
- LÓPEZ DEL RAMO, J.** *Por las rutas del toro.* Colección *La Tauromaquia*, nº 38. Madrid, Espasa-Calpe, 1991.
- LÓPEZ ORTEGA, D.** *El arte del toreo y la bravura del toro (segunda edición).* Madrid, Revista de Occidente, 1961.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, A. L.** *Las dimensiones del mundo taurino en España y las bases de su financiación (1900-2011).* Revista de Estudios Taurinos, nº 34, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2014.
- LORCA LÓPEZ, A.** Intervención en la «Mesa Redonda: Periodismo Taurino en Sevilla: Problemas y Perspectivas». En BERNAL RODRÍGUEZ, M. y ESPEJO CALA,

- C. (Edit.). *Actas del II Seminario sobre Periodismo Taurino*. Sevilla, Padilla Libros Editores & Libreros, 2000 (pp. 177-182).
- «La crónica taurina como género». En GÓMEZ Y MÉNDEZ, J. M., (Edit.) *Tauromaquia, otra forma de comunicar*. Madrid, Egartorre, 2005 (pp. 39-46)
- LUCIA HERNÁNDEZ, M.** *El toro bravo en Extremadura*. Badajoz, Dirección General de Protección Civil, Interior y Espectáculos Públicos. Consejería de Presidencia de la Junta de Extremadura, 2007.
- LUJÁN FERNÁNDEZ, N.** «Toros y periodismo», en DE COSSÍO, J. M. *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico Histórico*. Tomo VIII. *Literatura y Periodismo*. Madrid, Espasa-Calpe, 2007 (pp. 607-649).
- MANJAVACAS ALCÁZAR, F.** *Tauromaquia Moderna*. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1936.
- MEDRANO, J. A.** «El desarrollo taurino: toros, toreros, taurinos y más público que nunca». En KRAMER, M. (directora editorial). *Las Ventas. 50 años de corridas de toros*. Madrid, Diputación Provincial de Madrid, 1981, (pp. 188-209).
- MILLÁN, P.** *Los novillos: estudio histórico*. Madrid, Imprenta Moderna, 1892.
- MIRA BLASCO, F.** *Hierros y encastes del toro de lidia*. Sevilla, Guadalquivir Ediciones, 1999.
- MOLÉS, M.** *Antoñete. El Maestro*. Madrid, El País/Santillana, 1996.
- MONCHOLÍ CHAPARRO, M. A.** «Internet y el planeta de los toros». En DE COSSÍO, J. M. *Cossío. Los Toros. Tratado Técnico Histórico*. Tomo VIII, *Literatura y Periodismo*, Madrid, Espasa-Calpe, 2007 (pp.680-703).
- MONTES, F. (Paquiro).** *Tauromaquia Completa*. Madrid, Ediciones Turner, 1994.
- NAVALÓN GRANDE, A.** *Viaje a los toros del sol*. Ediciones 99, 1971.
- NIETO MANJÓN, L.** *La Lidia, modelo de periodismo*. Madrid, Espasa-Calpe, Colección *La Tauromaquia* nº 42, 1992.
- ORTIZ BLASCO, M.** *Diccionario de la Tauromaquia*. Madrid, Espasa-Calpe, 2001.
- ORTIZ TRIXAC, S.** *El arte de ver toros. Una tauromaquia educativa*. Madrid, Espasa-Calpe, Colección «La Tauromaquia» número 4, 1999.
- ORTS RAMOS, T. (Uno al sesgo).** *El Arte de ver los Toros. Guía del espectador*. Madrid, Editorial Biblioteca Nueva S.L., 2000.
- PERALATA, D., y URTASUN, M.** *La crónica periodística. Lectura, crítica y redacción*. Buenos Aires, La Crujía, 2004.



**PÉREZ DE AYALA, R.** *Política y toros*. Madrid, Renacimiento, Obras completas de Ramón Pérez de Ayala, volumen XII 1925.

**PIZARROSO QUINTERO, A.** *De la Gazeta Nueva al canal Plus. Breve historia de los medios de comunicación en España*. Madrid, Editorial Complutense, 1992.

- «Los toros y los medios de comunicación», en GARCIA, Constantino (Coord.). *Anuario del Departamento de Historia*, nº5. Madrid, Editorial Complutense, 1993.
- «Evolución histórica de la prensa en España». En PIZARROSO QUINTERO, A. (Coord.). *Historia de la Prensa*. Madrid, Editorial Centro de Estudios Ramón Areces, colección de Información y Comunicación, 1994 (pp. 253-330).
- «El estudio de la historia del periodismo taurino: estado de la cuestión», en NÚÑEZ DÍAZ-BALART, M, MARTÍNEZ DE LAS HERAS, A, y CAL MARTÍNEZ, R. (Coord.). *Libro homenaje a José Altabella*. Madrid, Universidad Complutense, 1997 (pp. 669-690).
- «Cronistas y críticos taurinos: Escritores, aficionados, “sobrecogedores” y periodistas profesionales». En MOLINIÉ BERTRAND, A, DUVIOLS, J. P. y GUILLAUME ALONSO, A. (Respon.). *Des Taureaux et des hommes. Tauromachie et société dans le monde ibérique et ibéro-américain*. Paris, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, colección «IBERICA» número 12, 1999 (pp. 221-240).
- *La liturgia taurina*. Madrid, Espasa-Calpe, Colección *La Tauromaquia*, nº 12, 2000.
- «Los periodistas taurinos: el cuarto protagonista de la fiesta». En BERNAL RODRÍGUEZ, M. y ESPEJO CALA, C. (Editores). *Actas del II Seminario sobre Periodismo Taurino*. Sevilla, Padilla Libros Editores & Libreros, 2000 (pp. 121-136).
- «75 años de Las Ventas. Tres cuartos de siglo de periodismo taurino. Revisteros y críticos de la plaza de toros de Las Ventas». En ABELLA MARTÍN, C. (Coord.). *Las Ventas, 75 años de historia*. Madrid, Centro de Asuntos Taurinos de la Comunidad de Madrid, 2006 (pp. 217-236).
- «Los toros y el periodismo», en COSSÍO, J. M. *Cossío. Los Toros*. Tomo VIII. *Literatura y Periodismo*. Madrid, Espasa-Calpe, 2007 (pp. 650-679)

**RAMÓN CARRIÓN, J. L.** *Todas las suertes por sus maestros*. Madrid, Espasa-Calpe, 1998.

- *La revista EL RUEDO. Treinta y tres años de información taurina en España (1944-1977)*. Madrid, revista de la Sociedad Española de Estudios de la Comunicación Iberoamericana SEECI, nº 21, marzo, año XIV, 2010 (pp. 94-121)

**RODRÍGUEZ MONTESINOS, A.** «El toro de Las Ventas a través del tiempo». En ABELLA MARTÍN, C. (Coord.). *Las Ventas, 75 años de Historia*. Madrid, Centro de Asuntos Taurinos de la Comunidad de Madrid, 2006 (pp. 161-176).

**SÁIZ, M<sup>a</sup> D. y SEOANE, M<sup>a</sup> C.** *Cuatro Siglos de Periodismo en España, De los avisos a los periódicos digitales*. Madrid, Alianza, 2007.

**SALVADOR Y RODRÍGAÑEZ, A.** *Teoría del Toreo*. Madrid, Biblioteca Nueva, Colección *La Piel de Toro*, nº 8, 2000.

**SAMPEDRO ARRUBLA, N.** *Cargar la suerte. Interpretación de un misterio taurómico*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2014.

**SÁNCHEZ CAÑAMERO, F. J.** *Alfonso Navalón. Escribir y Torear*. Madrid, Sombras Chinescas, 2010.

**SÁNCHEZ de NEIRA, J.** *El Toreo. Gran Diccionario Tauromáquico (1ª edición)*. Madrid, Turner, 1988.

- *El Toreo. Gran Diccionario Taurómico (2ª edición)*. Madrid, R. Velasco Impresor, 1896.

**SEOANE, M<sup>a</sup> C.** *Historia del Periodismo en España, 2, el siglo XIX*. Madrid, Alianza, 1983.

**SINOVA GARRIDO, J.** «La difícil evolución de la prensa no estatal». En TIMOTEO ÁLVAREZ, J. (Coord.) *Historia de los medios de comunicación en España*. Barcelona, Ariel, 1989.

**SOTOMAYOR ESPEJO-SAAVEDRA, J. M.** «Corridas, novilladas y festejos realizados en la plaza Monumental de Las Venas». En ABELLA MARTÍN, C. (Coord.). *Las Ventas, 75 años de Historia*. Madrid, Centro de Asuntos Taurinos de la Comunidad de Madrid, 2006 (pp. 333-479).

**TAPIA LÓPEZ, A.** «Las primeras enseñanzas de documentación en periodismo», en *Documentación de las Ciencias de la Información* Vol. 24. Madrid, Universidad Complutense, 2001.

**URIARTE RODRÍGUEZ, L.** *Figurones Taurómicos*. Madrid, Imprenta Española, 1917.

**VALLEJO MEJÍA, M. L.** *La crítica literaria como género periodístico*. Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 1993.

**VIDAL VIZCARRO, J.** *San Isidro '75. La feria de la apertura*. Madrid, Mirasierra, 1975.

- «Y la democracia llegó a Las Ventas». En MARTÍNEZ NOVILLO, A. (Coord.). *Los toros en Madrid*. Madrid, Turner, 1992.
- *40 años después. Temporada taurina 1987*. Madrid, Espasa-Calpe, Serie *Libros de Oro de la Tauromaquia*, 1988.
- *El toreo es grandeza*. Madrid, Turner, 1994.
- *Toro*. Barcelona, Lunwerg Editores, 1998.
- *Crónicas taurinas. Joaquín Vidal*, Madrid, Aguilar, 2002.

**VILA, E.** *Crónicas taurinas*. Sevilla, Editorial Católica Española, 1951.

**VILLÁN ZAPATERO, J.** «El acto de la creación». En KRAMER, M. (Dir. Editorial). *Las Ventas, 50 años de corridas*. Madrid, Excma. Diputación Provincial de Madrid, 1981.

- *El mundo de los toros en 103 crónicas*. Madrid, Edymión, 1992.
- *César Rincón. De Madrid al cielo*. Madrid, Espasa-Calpe, Colección *La Tauromaquia*, 1992.
- «El momento de la verdad» y «Al asalto de la gloria». En VILLÁN ZAPATERO, J. (Coord.). *Los toros. Estado de la cuestión, 1993*. Madrid, Akal, colección *La Tronera*, 1993.
- «La televisión evidenció el desmoche». En VILLÁN ZAPATERO, J. (Coord.) *Los toros. Afeitado para todos. Anuario 1994*. Madrid, Akal, colección *La Tronera*, 1994.
- *Curro Vázquez. Sombra iluminada*. Madrid, José Esteban Editor, 1995.
- *La crítica taurina. Antología*. Madrid, Mare Nostrum Comunicación, 2006.
- *José Tomás: Luces y sombras. Sangre y triunfo*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2008.
- *José Tomás, una hipótesis republicana. Liturgia del dolor y feria de la política*. Madrid, Foca, 2009.
- *Tauromaquias. Lenguaje, liturgias y toreros*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2012.

**VILLÁN ZAPATERO, J., y BARTELS-SUERMONDT, A.** *José Tomás: claves rituales de un enigma*. Madrid, Calambur, 2002.

**WOLF, M.** *La investigación en la comunicación de masas*. Barcelona, Paidós Ibérica, 1987.

**ZABALA PORTOLÉS, V.** *La entraña del toreo*. Madrid, Prensa Española, 1968.

- *Tiempo de esperanza. Ante la temporada taurina de 1987*. Madrid, Espasa-Calpe, colección *Libros de Oro de la Tauromaquia*, 1987.

### **Editoriales y artículos sin firma en prensa diaria y publicaciones periódicas:**

*ABC*. «Homenaje de gratitud a unos defensores de la Fiesta». Madrid, 8 de marzo de 1953.

*ABC*. «El pleito taurino. Publicidad y honestidad profesional». Madrid, 2 de agosto de 1953.

*ABC*. «La crítica de toros en ABC. “Selipe” sustituye en ella a “Giraldillo”», Madrid, 1 de abril de 1956.

*ABC*. «Las reses lidiadas en Aranjuez y su edad». Madrid, 5 de octubre de 1965.

*ABC*. «Toros de papel». Madrid, 11 de abril de 1968.

*ABC*. «Los toros a debate». Madrid, 11 de mayo de 1969, Suplemento Los Domingos de *ABC*.

*ABC*. «El gran escándalo del afeitado». Madrid, 19 de diciembre de 1971.

*ABC*. «El partido comunista no pretende socializar el arte». Madrid, 14 de febrero de 1979.

*ABC*. «Valencia, un crítico». Madrid, 20 de marzo de 1992.

*Aplausos*. «Los toros en el siglo XX en España». Valencia, edita Salvador Pascual Benet, 20 de noviembre de 2000, nº 1208.

*Arriba*. «Pongamos final al fraude». Madrid, 18 de febrero de 1969.

*Arriba*. «La parrala en versión taurina». Madrid, 27 de febrero de 1969.

*Blanco y Negro*. «Premios Mayte 1970». Madrid, Prensa Española, año LXXXI, 15 de mayo de 1971, nº 3080.

*Blanco y Negro*. «Vicente Zabala dimite como comentarista taurino de televisión». Madrid, Prensa Española, año LXXXII, 27 de mayo de 1972, nº 3134.

*Diario 16*. «Creado un consejo asesor de las páginas taurinas de *Diario 16*». Madrid, 15 de mayo de 1984, suplemento Toros 16.

*El Alcázar*. «¡Por fin el libro de registro del toro de lidia!». Madrid, 6 de abril de 1968.

*El Ruedo*. «Nota del excelentísimo señor gobernador civil de Oviedo sobre la suspensión de la corrida del día 12». Madrid, año VII, 19 de octubre de 1950, nº 330.

*El Ruedo*. «Vicente Zabala, corresponsal para México». Madrid, año XX, 31 de octubre de 1963, nº 1010.

*El Ruedo*. «"Don Justo" no acepta el premio "Curro Meloja"». Madrid, año XXIV, 9 de enero de 1968, nº 1229.

*El Ruedo*. «Entra en vigor el reglamento de nacimientos de reses de lidia». Madrid, año XXV, 9 de abril de 1968, nº 1242.

*El Ruedo*. «Populares 1970». Madrid, año XXVII, 15 de diciembre de 1970, nº1384.

*El Ruedo*. «Cañabate y Zabala, vetados por las empresas». Madrid, año XXVII, 22 de diciembre de 1970, nº 1386.

*El Ruedo*. «Mayte, garbanzo de plata». Madrid, año XXVIII, 21 de diciembre de 1971, nº 1435.

*El Ruedo*. «Toristas, puristas y turistas». Madrid, año XXIX, 28 de noviembre de 1972, número 1.484.

*Hoja del Lunes*. «Lozano Sevilla contesta al brindis del escándalo». Madrid, 25 de noviembre de 1968.

*Hoja del Lunes*. «El cajón de curas, su precintado y el despunte de las reses». Madrid, 23 de agosto de 1971.

*Informaciones*. «Hoy sale la esperada ley de control de la edad». Madrid, 16 de diciembre de 1969.

*Informaciones*. «Lozano Sevilla replica a Navalón». Madrid, 4 de mayo de 1967.

*Informaciones*. «Condenado el mexicano agresor de Alfonso Navalón». Madrid, 23 de julio de 1971.

*Madrid*. «Julio de Urrutia, crítico taurino de *Madrid*». Madrid, 24 de febrero de 1968.

*Madrid*. «Multa a la ganadería de María Teresa de Osborne». Madrid, 4 de octubre de 1971, Suplemento de información deportiva y cultural.

*Madrid*. «Multa de 50.000 pesetas por "afeitado" de un toro al duque de Pínohermoso». Madrid, 17 de noviembre de 1971.

*Pueblo*. «Navalón, a hombros». Madrid, 27 de mayo de 1972.

## **Crónicas y artículos con firma en prensa diaria y publicaciones periódicas:**

**ALARCÓN, J.** (*Alardi*). «Litri, en su presentación de novillero en Madrid, triunfa definitivamente. Éxito que hace época». *El Alcázar*, Madrid, 19 de mayo de 1950.

- «Pepe Luis Vázquez, Antonio Bienvenida y Litri salen a hombros por la puerta grande la plaza de Madrid». *El Alcázar*, Madrid, 18 de mayo de 1951.

**ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J.** (*Curro Castañares*). «Vuelve el toro en puntas. ¿Quién se apunta el éxito?». *Ya*. Madrid, 8 de febrero de 1953.

**AMÓN, R.** «¿Un torero de época?». *El Mundo*, Madrid, 29 de mayo de 1998.

**APAOLAZA BANASTIER, F.** «Tarde triunfalista en Bilbao». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 11 de junio de 1990.

- «Las ocasiones perdidas». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 10 de abril de 1991.
- «"Chapó", Ortega Cano, "chapó"». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 19 de abril de 1991.
- «Todos los días no son domingo en Sevilla». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 20 de abril de 1991.
- «Cargado, fuerte, espeso: café». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 10 de julio de 1991.
- «Nos ha jorobado, toreando... cualquiera». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 12 de julio de 1991.
- «La tómbola de orejas». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 13 de julio de 1991.
- «De bostezo, teatro y oro». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 17 de agosto de 1991.
- «Angustioso final con dos cornadas estremecedoras». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 19 de agosto de 1991.
- «Todo apagado menos la música». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 20 de agosto de 1991, suplemento diario «Diario Vasco Verano».
- «Los muletazos por fax». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 25 de agosto de 1991, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «Dos vueltas al ruedo de torero». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 26 de agosto de 1991, suplemento diario «Diario Vasco Verano».
- «A Cesar Rincón se lo comió el ambiente y Aparicio fue borrado». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 20 de abril de 1992.

- «... Que lo hizo tan torero». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 27 de abril de 1992.
- «"Almejita", un toro culpable». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 28 de abril de 1992.
- «Más que gesto, mueca». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 30 de abril de 1992 .
- «Nada, ni por esas». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 5 de mayo de 1992.
- «Vale, Rincón, vale». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 26 de mayo de 1992.
- «Sin tocar pelo». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 2 de junio de 1992.
- «Corto de ambrosía». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 6 de junio de 1992.
- «Tres finos toreros». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 18 de agosto de 1992, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «Mamá, quiero ser artista». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 19 de agosto de 1992, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «Toros de los de antes para toreros de los de ahora». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 21 de agosto de 1992, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «Cinco borricos en busca de autor». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 23 de agosto de 1992, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «Tres tristes tigres». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 1 de octubre de 1992.
- «O sea, como de pueblo». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 23 de abril de 1993.
- «Una oreja de borrasca». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 29 de abril de 1993.
- «Una de resaca». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 14 de mayo de 1993.
- «Viernes gris marengo». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 15 de mayo de 1993.
- «A loló mi rey». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 16 de mayo de 1993.

- «A firmar el empate». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 17 de mayo de 1993.
- «Y llovía y llovía». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 18 de mayo de 1993.
- «Él, las revolucionara». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 21 de mayo de 1993.
- «¡Válgame Dios!, el toro». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 31 de mayo de 1993.
- «Andá, la cartera». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 7 de julio de 1993, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «Decepción es la palabra». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 13 de julio de 1993, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «La “corná”». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 19 de agosto de 1993, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «Acta est fábula». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 23 de agosto de 1993, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «Ni éxtasis, ni tormento». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 1 de octubre de 1993.
- «Toreo de autor». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 13 de abril de 1994.
- «Acción letárgica». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 15 de abril de 1994
- «Los toros zombis». *Ya*, Madrid, 18 de abril de 1994.
- «La cara oculta de la luna». *Ya*, Madrid, 15 de mayo de 1994, suplemento especial *San Isidro 94*.
- «Adiós muchachos, escribid». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 18 de mayo de 1994.
- «¡Plof!, la mancha». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 21 de mayo de 1994.
- «Penas y gozos domingueros». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 23 de mayo de 1994.
- «Una cosa para toreros». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 26 de mayo de 1994.



- «La inquietud de la raza». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 28 de mayo de 1994.
- «De Domingo y oro». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 30 de mayo de 1994.
- «Oreja va, oreja viene». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 7 de julio de 1994, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «Oooooooooohhhhhh...». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 10 de julio de 1994, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «La nada (2)». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 25 de agosto de 1994, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «Fiel espada justiciera». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 26 de agosto de 1994, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «Manda narices». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 28 de agosto de 1994, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «Una finca para Valderrama». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 29 de agosto de 1994, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «De toreo, tronío y oro». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 1 de octubre de 1994.
- «Domingo, siempre en domingo». *Ya*, Madrid, 3 de octubre de 1994.
- «Dos toreros ‘esnortaos’». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 17 de abril de 1995.
- «Toreíllos, pingüis y toreo». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 20 de abril de 1995.
- «Una tormenta de muletazos». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 21 de abril de 1995.
- «Dos aburridores profesionales». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 25 de abril de 1995.
- «Azuquiqui ‘pa’ los pollos». *Ya*, Madrid, 26 de abril de 1995.
- «¡Músicaaaaa!». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 19 de mayo de 1995.
- «Cálido bostezo». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 24 de mayo de 1995.
- «Cada cual en su sitio». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 29 de mayo de 1995.

- «Feria al estribillo». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 31 de mayo de 1995.
- «Seis fieras, seis». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 2 de junio de 1995.
- «Diez cortijos, diez». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 4 de junio de 1995.
- «El algodón no engaña». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 7 de junio de 1995.
- «Todo a 100». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 10 de junio de 1995.
- «Toros con fachada». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 8 de julio de 1995, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «Coged piedras». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 26 de agosto de 1995, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «Un torero en la hojarasca». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 27 de agosto de 1995, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «Matalascabrilas, mon amour». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 28 de septiembre de 1995.
- «¿... Y dónde el toreo». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 29 de septiembre de 1995.
- «Carne de gallina, carne de pescuezo». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 2 de octubre de 1995.
- «Ronca, que algo queda». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 20 de abril de 1996.
- «Vendieron las burras». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 21 de abril de 1996.
- «Pero si me la tarareas». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 13 de mayo de 1996.
- «”¡Llámale burra!”». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 17 de mayo de 1996.
- «Liria, Pepín». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 20 de mayo de 1996.
- «La espuma del toreo». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 24 de mayo de 1996.
- «De almohadillas y almohadas cervicales». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 27 de mayo de 1996.

- «Un toro se corta una oreja». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 28 de mayo de 1996.
- «Dita sea lá...». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 10 de junio de 1996.
- «Huevos a las Clarisas». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 9 de julio de 1996, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «Liria, Pepín Liria». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 11 de julio de 1996, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «‘Perpetuum mobile‘». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 14 de julio de 1996, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «Ummmmm... Bilbao». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 19 de agosto de 1996, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «De rubor y plomo». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 20 de agosto de 1996, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «De gestos y casquetas». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 24 de agosto de 1996, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «Víctor Puerto, un ‘crujío‘». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 25 de agosto de 1996, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «Toros de apoteosis». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 15 de mayo de 1997.
- «Aroma de Romero». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 18 de abril de 1997.
- «‘Osé‘ en la tormenta». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 16 de mayo de 1997.
- «Lágrimas de torero». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 23 de mayo de 1997.
- «Doce naturales, doce». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 28 de mayo de 1997.
- «Adiós Víctor, adiós torero». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 1 de junio de 1997.
- «Con las orejas puestas». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 4 de junio de 1997.
- «Un escalofrío en San Fermín». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 8 de julio de 1997, suplemento «Diario Vasco Verano».

- «Toros por el desagüe». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 9 de julio de 1997, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «Toro al corral». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 10 de julio de 1997, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «Un cálido bostezo». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 12 de julio de 1997, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «Los toros del sonotone». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 18 de agosto de 1997, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «Tensión y triunfo». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 14 de julio de 1997, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «Demagogia tediosa». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 20 de agosto de 1997, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «Y la luz no se hizo». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 25 de agosto de 1997, suplemento «Diario Vasco Verano».
- «40 temporadas y un tambor». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 18 de abril de 1998.
- «Roncando y sin manta». *El Diario Vasco*, Donostia/San Sebastián, 23 de abril de 1998.

**ARÉVALO DÍAZ DE QUIJANO, J. C.** «La crítica: toque de alarma». *6TOROS6*, Madrid, Abenamar, abril de 1993, nº 17.

- «El Bombero ganó a Espartaco y Romero». *6TOROS6*, Madrid, Abenamar, octubre de 1993, nº 27.
- «Los toros, a primera página». *6TOROS6*, Madrid, Abenamar, abril de 1997, nº 146.
- «¿Se afeitan los “miuras”?»». *6TOROS6*, Madrid, Abenamar, julio de 1997, nº 160.
- «¿Año nuevo o más de lo mismo?»». *6TOROS6*, Madrid, Abenamar, enero de 1998, nº 183.
- «Una grave tergiversación». *6TOROS6*, Madrid, Genet., marzo de 1998, nº 195.
- «Sabor amargo». *6TOROS6*, Madrid, Genet, septiembre de 1998, nº 222.

**BARDÓN, D.** «Es triste, pero cierto, que al final tuve que claudicar», entrevista a Antonio Bienvenida. *Informaciones*, Madrid, 13 de junio de 1970.

**BELLÓN, A.** «Clamoroso triunfo de Pepe Luis, Antonio Bienvenida y Litri en Madrid». *Pueblo*, Madrid, 18 de mayo de 1951.

**BENTURA SARIÑENA, B** (*Barico*). «Presentación de Miguel Baez “Litri” en Madrid». *El Ruedo*, Madrid, año VII, 25 de mayo de 1950, nº 309.

- «El “mano a mano” Aparicio “Litri”, con Chaves Flores de primer espada y novillos de Galache». *El Ruedo*, Madrid, año VII, 25 de mayo de 1950, nº 309.

**BRIONES GONZÁLEZ, C.** «Vuelve el afeitado». *El Ruedo*, Madrid, año XXVIII, 31 de agosto de 1971, nº 1.419.

- «Victorino Martín, al ataque», entrevista a Victorino Martín. *El Ruedo*, Madrid, año XXVIII, 16 de noviembre de 1971, nº 1430.

**CABA, C.** «Toristas y toreristas». *El Ruedo*, Madrid, año XXII, 5 de abril de 1966, nº 1.137.

**CAMPUZANO, A.** «El Pimpi y sus caballos». *El País*, Madrid, 13 de mayo de 1988.

**CARANDELL, L.** «Fiesta de toros en Madrid». *Triunfo*, Madrid, año XXV, 30 de mayo de 1970, nº 417.

**CASANOVA, M.** (*EMECE*). «El concepto “torista” y la crítica negativa». *El Ruedo*, Madrid, año VIII, 25 de enero de 1951, nº 344.

**CASARES, F.** «El toro». *El Ruedo*, Madrid, año XI, 18 de agosto de 1954, nº 530.

- «El toro, factor fundamental de la Fiesta». *El Ruedo*, Madrid, año XVII, 3 de agosto de 1961, nº 893.

**CORROCHANO ORTEGA, G.** «El patio de la casa de Gallito». *ABC*, Madrid, 11 de octubre de 1919.

- «Habéis estao fatales». *ABC*, Madrid, 16 de mayo de 1920.
- «El toro de pitiminí». *ABC*, Madrid, 8 de febrero de 1953.
- «Los apoderados son los que tienen más personalidad en el toreo actual». *ABC*, Madrid, 10 de febrero de 1953.
- «Al que le dé miedo los toros, que no sea torero». *ABC*, Madrid, 12 de febrero de 1953.
- «¿Cómo ha de ser el toro de lidia?». *ABC*, Madrid, de 16 de abril de 1953.
- «La suerte de matar empieza en el primer capotazo». *ABC*, Madrid, 3 de julio de 1954.

**CORTÉS SALIDO, J.** (*Juan de Málaga*). «En el centenario del natalicio de Pérez Lugín. La pasión gallista de don Don Pío». *El Ruedo*, Madrid, año XXVII, 10 de marzo de 1970, nº 1342.

- «Siempre hubo toristas y toreristas y siempre atrajo más la combinación de toreros que el nombre del ganadero». *El Ruedo*, Madrid, año XXVII, 31 de marzo de 1970, nº 1345.

**DE ARAMBURU, L. M.** «Daniele Brenot o *El Duende de las Ventas*, crítico taurino», entrevista realizada a Daniele Brenot. *El Ruedo*, Madrid, año XII, 7 de abril de 1955, nº 563.

**DE ARMIÑAN, L.** «Si los toros dan más cornadas con los cuernos afeitados, no comprendo por qué defienden la manipulación», entrevista a Antonio Bienvenida. *ABC*, Madrid, 2 de enero de 1953.

- «Los toros no serán desmochados en la temporada taurina de 1953». *ABC*, Madrid, 25 de enero de 1953.
- «Los periódicos de Europa y América y algunos de España comentan el desmochado de los toros». *ABC*, Madrid, 6 de febrero de 1953.

**DE CASTRO, A.** «El escándalo del afeitado». *ABC*, Madrid, 12 de enero de 1972.

- «Jaime Ostos y el afeitado de los toros». *ABC*, Madrid, 23 de enero de 1972, Suplemento Los Domingos de *ABC*.
- «El “afeitado” de los toros». *ABC*, Madrid, 1 de febrero de 1972.

**DE COSSÍO, F.** «Hacer y estar». *ABC*, Madrid, 26 de mayo de 1953.

**DE LA CRUZ TOVAR, M.** «Los grandes culpables». *Destino*, Barcelona, año XXXII, Publicaciones y Revistas S.A., 8 de marzo de 1969, nº 1640.

- «La constante monotonía». *Destino*, Barcelona, año XXXII, Publicaciones y Revistas S.A., 22 de marzo de 1969, nº 1642.

**DE LA LOMA, J.** (*Don Modesto*). «¡¡Bombita, Sumo Pontífice!!». *El Liberal*, Madrid, 25 de octubre de 1908.

**DE URRUTIA ECHANIZ, J.** «1969, temporada clave en la historia de la Fiesta». *Madrid*, Madrid, 15 de febrero de 1969.

- «Domingo Ortega: “El afeitado es una monstruosidad”». *Madrid*, Madrid, 28 de septiembre de 1971.
- «Nunca se lidiaron más toros afeitados ni con menos edad». *Madrid*, Madrid, 15 de octubre de 1971.

**DEL REY CABALLERO, J. M.** (*Selipe*). «Laurel y sangre en la gloria de Manolete». *Semana*, Madrid, año VIII, 2 de septiembre de 1947, nº 393.

- «De espaldas al toreo y al toro». *Semana*, Madrid, año XII, 12 de agosto de 1952, nº 651.

- «Ahora, las astas más largas...; pero en las fotografías». *Semana*, Madrid, año XII, 11 de noviembre de 1952, nº 664.
- «Facilidad, emoción y arte». *ABC*, Madrid, 15 de mayo de 1957.
- «La galería, preponderante». *ABC*, Madrid, 17 de mayo de 1957.
- «Contrasentido aparente». *ABC*, Madrid, 19 de mayo de 1957.
- «La independencia de los críticos de *ABC*». *ABC*, Madrid, 9 de enero de 1958.
- «Agitación en el mundillo taurino». *Hoja del Lunes*, Madrid, 24 de febrero de 1969.

**DÍAZ-CAÑABATE Y GÓMEZ-TREVIJANO, A.** «Competencias en el toreo». *El Ruedo*, Madrid, año I, 2 de mayo de 1944, nº 0.

- «Los toristas». *El Ruedo*, Madrid, año VI, 3 de marzo de 1949, nº 245.
- «Carta abierta a “Don Ventura”». *El Ruedo*, Madrid, año VI, 30 de junio de 1949, nº 262.
- «¡Qué bien se veranea en las Ventas!». *ABC*, Madrid, 5 de agosto de 1958.
- «La tristeza de no salir a hombros». *ABC*, Madrid, 7 de septiembre de 1965.
- «Continúa el “afeitado” de los toros». *ABC*, Madrid, 16 de febrero de 1969, suplemento Los Domingos de *ABC*.
- «La falta de pasión». *ABC*, Madrid, 17 de abril de 1969.
- «Chiribitas del toro y del torero». *ABC*, Madrid, 23 de mayo de 1969.

**ESPADA, A.** «El juez de la vida». *El Mundo*, Madrid, 18 de diciembre de 2009.

**ESPINOSA ECHEVARRIA, C.** (R. Capdevila). «Manolete y Arruza cortan oreja en la primera de feria en Sevilla». *Arriba*, Madrid, 19 de abril de 1945.

- «El madrileño Luis Miguel Dominguín en el trono del toreo». *ABC*, Madrid, 2 de mayo de 1948. En ALTABELLA, J. *Crónicas taurinas*. Madrid, Taurus, 1965.

**FLORES, M. A.** «La estafa del afeitado», entrevista con el ganadero Victorino Martín. *ABC*, Madrid, 11 de agosto de 1971.

**G.** «Joselito Álvarez resultó gravemente herido en la novillada celebrada ayer en Las Ventas». *ABC*, Madrid, 26 de julio de 1952.

- «Novillada en la monumental de Madrid». *ABC*, Madrid, 15 marzo de 1955.

**GARCÍA, J. M.** «Desde la oposición, con amor». *Pueblo*, Madrid, diario *Pueblo*, 24 de mayo de 1972.

**GARCIA-RAMOS, A.** «Más de dos millones y medio de multas por “afeitado” en 1968». *Hoja del Lunes*, Madrid, 3 de febrero de 1969.

- El ignominioso despuntado de pitones». *Hoja del Lunes*, Madrid, 17 de febrero de 1969.
- «Las sanciones por “afeitado” de pitones». *Hoja del Lunes*, Madrid, 24 de febrero de 1969.
- «Domingo Ortega denuncia el despuntado de pitones». *Hoja del Lunes*, Madrid, 4 de octubre de 1971.
- «La mutilación de cuerna en los estatutos que rigen a los criadores de toros de lidia». *Hoja del Lunes*, Madrid, 25 de octubre de 1971.
- «El despuntado de pitones». *Hoja del Lunes*, Madrid, 31 de enero de 1972.

**GARCÍA ROJO, E.** «Pablorromeros en Valladolid». *Ya*, Madrid, 20 de septiembre de 1944.

- «Manolete y Arruza triunfan en la primera de feria de Sevilla». *Ya*, Madrid, 19 de abril de 1945.
- «El famoso Litri se presenta en Madrid y triunfa clamorosamente». *Ya*, Madrid, 19 de mayo de 1950.
- «Por la puerta grande salieron en hombros Pepe Luis, Antonio Bienvenida y Litri». *Ya*, Madrid, 18 de mayo de 1951.

**GUZMÁN, E.** «Fraude en la fiesta». *El Ruedo*, Madrid, año XXVIII, 31 de agosto de 1971, nº 1419.

**JALÓN ARAGÓN, C.** (*Clarito*). «La primera corrida de la feria sevillana». *Informaciones*, Madrid, 19 de abril de 1945.

- «El caso Rovira». *Informaciones*, Madrid, 24 de mayo de 1948. En VILLÁN ZAPATERO, J. *La crítica taurina. Antología*. Madrid, Mare Nostrum Comunicación, 2006.

**LEÓN, J.** «Pregón de toros». Madrid, revista *EL Ruedo*, año I, de miércoles 18 de octubre de 1944, número 19.

- «Pregón de toros». Madrid, revista *El Ruedo*, año II, de miércoles 6 de junio de 1945, número 52.

**LORCA, A.** «Indulto de un ‘garcigrande’ y apoteosis de El Juli». *El País*, Madrid, 17 de abril de 2018.

**MEDRANO, J. A.** «Los que van a sufrir, nos molestan». *Odiel*, Huelva, 28 de mayo de 1982.

**MORA, M.** «La Universidad consagra la ética torera de Antoñete y Vidal». *El País*, Madrid, 1 de marzo de 2003.



**NAVALÓN GRANDE, A.** «La primera en la frene... Dios le da pan...». *El Ruedo*, Madrid, año XXI, 8 de febrero de 1966, nº 1.129.

- «Querer y no poder». *El Ruedo*, Madrid, año XXI, 30 de agosto de 1966, nº 1.158.
- «El justo medio». *Informaciones*, Madrid, 25 de abril de 1967.
- «Qué casualidad». *Informaciones*, Madrid, 2 de mayo de 1967
- «Chicos y cornicortos». *Informaciones*, Madrid, 26 de mayo de 1967.
- «Apotheosis sevillana». *Informaciones*, Madrid, 27 de mayo de 1967.
- «Cuando el toro se muere de vergüenza». *Informaciones*, Madrid, 20 de junio de 1967.
- «El pasodoble de Domingo Ortega». *Informaciones*, Madrid, 26 de junio de 1967.
- «De pitón a pitón». *Informaciones*, Madrid, 29 de junio de 1967.
- «Tranquilidad». *Informaciones*, Madrid, 8 de julio de 1967
- «¡Pues sí que se afeitan los toros!». *Informaciones*, Madrid, 3 de agosto de 1967.
- «¡Ese toro no me gusta!». *Informaciones*, Madrid, 14 de agosto de 1967.
- «Los bravos de ibán». *Informaciones*, Madrid, 15 de agosto de 1967.
- «Una capea distinguida». *Informaciones*, Madrid, 16 de agosto de 1967.
- «Toros y orejas de mentira». *Informaciones*, Madrid, 28 de agosto de 1967.
- «El Cordobés, entre la almohada y la almohadilla». *Informaciones*, Madrid, 6 de septiembre de 1967.
- «Casta de Salamanca y filigrana de Sevilla». *Informaciones*, Madrid, 29 de septiembre de 1967.
- «El escándalo de los “trusts”». *Informaciones*, Madrid, 8 de noviembre de 1967.
- «Ya no se habla del mercado común taurino». *Informaciones*, Madrid, 11 de noviembre de 1967.
- «Se cumplirá la sentencia». *Informaciones*, Madrid, 17 de noviembre de 1967.
- «Vuelven “los furtivos”». *Informaciones*, Madrid, 1 de diciembre de 1967.
- «Única solución: inspectores en las dehesas». *Informaciones*, Madrid, 27 de diciembre de 1967.
- «El cuatroño ha muerto. ¡Viva el utrero!». *Informaciones*, Madrid, 27 de diciembre de 1967.

- «Novilladita en Alcalá». *Informaciones*, Madrid, 5 de febrero de 1968.
- «"Ezo e una cabra"». *Informaciones*, Madrid, 22 de abril de 1968.
- «Camino cortó tres orejas». *Informaciones*, Madrid, 14 de mayo de 1968, Suplemento Taurino.
- «Jugando a las prendas». *Informaciones*, Madrid, 10 de junio de 1968.
- «La "burra" de Miguelín». *Informaciones*, Madrid, 24 de junio de 1968.
- «¡El Cordobés, ra, ra, ra!». *Informaciones*, Madrid, 25 de junio de 1968.
- «Brillante presentación de Teruel». *Informaciones*, Madrid, 12 de julio de 1968.
- «Escándalo de Palomo». *Informaciones*, Madrid, 13 de julio de 1968.
- . «El Cordobés fracasó». *Informaciones*, Madrid, 23 de julio de 1968.
- «Una corrida industrial». *Informaciones*, Madrid, 25 de julio de 1968.
- «El coraje de Palomo». *Informaciones*, Madrid, 29 de julio de 1968.
- «Toros con servicio completo de peluquería». *Informaciones*, Madrid, 14 de agosto de 1968.
- «Antoñete, un oasis de torería». *Informaciones*, Madrid, 22 de agosto de 1968.
- «Los "toros" más pequeños de la temporada». *Informaciones*, Madrid, 2 de septiembre de 1968.
- «"Barrilero", el toro de la feria». *Informaciones*, Madrid, 16 de septiembre de 1968.
- «Muchas orejas para tres figuras». *Informaciones*, Madrid, 28 de septiembre de 1968.
- «Mas de 200 propuestas para sanciones por afeitado». *Informaciones*, Madrid, 25 de noviembre de 1968.
- «Las verídicas historias». *Informaciones*, Madrid, 25 de octubre de 1968.
- «Empresarios y toreros son los auténticos culpables». *Informaciones*, Madrid, 20 de diciembre de 1968.
- «Los toros de invierno». *Informaciones*, Madrid, 3 de enero de 1969.
- «Informe sobre la crisis taurina». *Informaciones*, Madrid, 17 de febrero de 1969.
- «Informe sobre la crisis taurina. El "trust" empresarial tiraniza el destino de los toreros». *Informaciones*, Madrid, 18 de febrero de 1969.
- «Según los empresarios, casi no existe el afeitado (0,78 por 100) ni los "trusts"». *Informaciones*, Madrid, 22 de febrero de 1969.

- «Márquez, como las palmeras, estuvo por todo lo alto». *Informaciones*, Madrid, 10 de marzo de 1969.
- «La autoridad rechaza los seis toros de Antonio Pérez destinados a Palomo». *Informaciones*, Madrid, 17 de abril de 1969.
- «Perritorios en Tenerife». *Informaciones*, Madrid, 2 de mayo de 1969
- «Los burritorios de Pablo Romero». *Informaciones*, Madrid, 12 de mayo de 1969, Suplemento Taurino.
- «La sensatez se impone». *Informaciones*, Madrid, 12 de mayo de 1969, Suplemento Taurino.
- «Todo resultó conforme al programa». *Informaciones*, Madrid, 6 de junio de 1969.
- «Revoltijo de orejas y avisos». *Informaciones*, Madrid, 22 de julio de 1969.
- «El oro falso del traje de luces». *Informaciones*, Madrid, 30 de julio de 1969.
- «La tercera mansada consecutiva». *Informaciones*, Madrid, 15 de agosto de 1969.
- «Una novillada sin picadores». *Informaciones*, Madrid, 16 de agosto de 1969.
- «Cuando las figuras dejan la tarjeta y se van». *Informaciones*, Madrid, 29 de septiembre de 1969.
- «La sangre de un valiente». *Informaciones*, Madrid, 12 de octubre de 1969.
- «Los toros mienten con la boca». *Informaciones*, Madrid, 14 de enero de 1970.
- «La novillada de don Álvaro». *Informaciones*, Madrid, 3 de marzo de 1970.
- «El festival fallero». *Informaciones*, Madrid, 17 de marzo de 1970.
- «Tremenda cogida de Bojilla». *Informaciones*, Madrid, 20 de marzo de 1970.
- «Ha vuelto el afeitado». *Informaciones*, Madrid, 6 de abril de 1970.
- «Fábula del famoso vestido de colorines y el torito». *Informaciones*, Madrid, 13 de abril de 1970.
- «Palomo cumplió la penitencia». *Informaciones*, Madrid, 18 de abril de 1970.
- «La nueva tauromaquia de los bóvidos». *Informaciones*, Madrid, 8 de mayo de 1970.
- «En El Batán hay trabajo para los veterinarios». *Informaciones*, Madrid, 11 de mayo de 1970
- «Palomo hizo el ridículo». *Informaciones*, Madrid, 20 de mayo de 1970, Suplemento taurino Feria.

- «... una remota semejanza de toreo». *Informaciones*, Madrid, 25 de mayo de 1970, Suplemento taurino Feria.
- «El de ayer era “otro” público». *Informaciones*, Madrid, 27 de mayo de 1970, Suplemento taurino Feria.
- «Pagaron justos por pecadores». *Informaciones*, Madrid, 28 de mayo de 1970, Suplemento taurino Feria.
- «La corrida de Pablo Romero, sin pena ni gloria». *Informaciones*, Madrid, 31 de mayo de 1970, Suplemento taurino Feria.
- «Ordóñez hizo el toreo y Camino cortó los rabos». *Informaciones*, Madrid, 30 de junio de 1970.
- «La sombra del serrucho». *Informaciones*, Madrid, 29 de julio de 1970.
- «Los enanitos del Bombero Torero». *Informaciones*, Madrid, 31 de julio de 1970.
- «Unos miuras... de Galache». *Informaciones*, Madrid, 1 de agosto de 1970.
- «Un gato de diferente color». *Informaciones*, Madrid, 12 de agosto de 1970.
- «El burro de lidia». *Informaciones*, Madrid, 26 de octubre de 1970.
- «Tres ferias que lo definen todo: Castellón, Valencia y Sevilla». *Informaciones*, Madrid, 24 de noviembre de 1970.
- «Las curiosas coincidencias entre El Cordobés y Julián García». *Informaciones*, Madrid, 18 de marzo de 1971.
- «Los altibajos de Miguelín y la apatía de Parada». *Informaciones*, Madrid, 19 de marzo de 1971.
- «En Valencia convencieron El Viti y Andrés Vázquez». *Informaciones*, Madrid, 24 de marzo de 1971.
- «Sólo hubo seriedad en la presidencia». *Informaciones*, Madrid, 21 de abril de 1971.
- «Un desfile de veinte toros para no cortar ni una oreja». *Informaciones*, Madrid, 22 de abril de 1971.
- «¿El presidente estaba en el fútbol...?». *Informaciones*, Madrid, 10 de mayo de 1971.
- «De la maestría de El Viti a la astucia de Benítez». *Informaciones*, Madrid, 18 de mayo de 1971. Suplemento taurino Feria.

- «El gran engaño de El Cordobés». *Informaciones*, Madrid, 22 de mayo de 1971, Suplemento taurino Feria.
- «Antonio: un canto a la tauromaquia del suspiro». *Informaciones*, Madrid, 31 de mayo de 1971, Suplemento taurino Feria
- «Nunca segundas partes fueron buenas». *Informaciones*, Madrid, 11 de junio de 1971.
- «Viaje a los toros del vino». *Informaciones*, Madrid, 14 de junio de 1971.
- «Navalón no está ni retirado ni postergado». *Informaciones*, Madrid, 2 de julio de 1971.
- «Si no hay “afeitado” no hay compra». *Informaciones*, Madrid, 23 de julio de 1971.
- «Guerra al “afeitado”». *Informaciones*, Madrid, 27 de julio de 1971.
- «Triunfo de Currito Rivera, con todo a su favor». *Informaciones*, Madrid, 20 de agosto de 1971.
- «Luis Miguel puso cerco a Madrid». *Informaciones*, Madrid, 11 de agosto de 1971.
- «El Cordobés cancela sus actuaciones». *Informaciones*, Madrid, 12 de agosto de 1971.
- «Ordóñez se retira del toreo». *Informaciones*, Madrid, 13 de agosto de 1971.
- «”Las figuras solo matan becerros con los pitones cortados”». *Informaciones*, Madrid, 25 de agosto de 1971.
- «Una llamada al sentido común». *Pueblo*, Madrid, 30 de enero de 1972.
- «El gran espectáculo». *Pueblo*, Madrid, 23 de mayo de 1972, Suplemento Taurino.
- «Carta abierta a Palomo Linares». *Pueblo*, Madrid, 23 de mayo de 1972.
- «El rey del toreo». *Pueblo*, Madrid, 4 de junio de 1982.
- «Nuevo en esta plaza». *Diario 16*, Madrid, 3 de mayo de 1983, Suplemento taurino Toros 16.
- «El indulto de Miura». *Diario 16*, Madrid, 3 de abril de 1984, Suplemento taurino Toros 16.
- «En la forma de citar está la verdad o la mentira». *La Tribuna de Salamanca*, Salamanca, 18 de junio de 2007.

**OLMEDO DELGADO, A.** (*Don Fabricio*). «Dos taleguillas rotas». *ABC*, Sevilla, jueves 19 de abril de 1945

- «El magno festival de Aviación». *ABC*, Sevilla, 10 de diciembre de 1950
- «En la séptima corrida de feria fueron los toros más chicos, y en la de la Cruz Roja cortaron orejas los tres espadas ». *ABC*, Sevilla, martes 24 de abril de 1951.

**PASCUAL BENET, S.** «Inadmisible». *Aplausos. Semanario Taurino*, Valencia, edita Salvador Pascual Benet, 5 de mayo de 1997, n 1.023.

**PÉREZ LUJÍN, A.** «Aquí hace falta un hombre o el rival de Joselito». *El Liberal*, Madrid, 16 de mayo de 1917. En VILLÁN ZAPATERO, J. *La crítica taurina. Antología*. Madrid, Mare Nostrum Comunicación, 2006.

**PÉREZ MATEOS, A.** «El duque de Pinohermoso denuncia el “afeitado” de los toros», entrevista al duque de Pinohermoso. *ABC*, Madrid, 19 de octubre de 1971.

**RAMÓN, J. L.** «Madrid tiene memoria». *6TOROS6*, Madrid, Genet S.L., semana del 4 al 11 de junio de 1996, nº 101.

**RAMOS DE CASTRO, F.** «El afeitado y otras lindezas...». *El Ruedo*, Madrid, año II, número especial de junio de 1945.

**REVENGA, C.** (*Chavito*). «La gran corrida de la Diputación. El Estudiante y Manolete cortaron orejas». *El Alcázar*, Madrid, 2 de junio de 1944.

- «Arruza corta orejas y un rabo, Ortega es Ortega y la desgracia de Morenito». *El Alcázar*, Madrid, 18 de mayo de 1945.

**RICO, J. M.** «Segunda reflexión para toristas». *El Ruedo*, Madrid, año XXVI, 27 de mayo de 1969, nº 1301.

**RIGALT, C.** «Toros, ‘tomistas’ y ‘tomasistas’». *El Mundo*, Madrid, 22 de mayo de 2002, suplemento M2.

**SÁNCHEZ de NEIRA, J.** «La corrida del jueves». *La Lidia*. Madrid, año VI, 3 de octubre de 1887, nº 27.

**SÁNCHEZ DEL ARCO, M.** (*Giraldillo*). «En busca de “el Otro”». *ABC*, Madrid, 21 de septiembre de 1944.

- «En Madrid. El poder de la gracia y la gracia del poder». *ABC*, Madrid, 20 de mayo de 1947.
- «La primera novillada de San Isidro respondió a la expectación que había despertado». *ABC*, Madrid, 19 de mayo de 1950.
- «El público no otorga porque sí a los toreros el homenaje de su entusiasmo». *ABC*, Madrid, 21 de mayo de 1950.

- «En la época de “Lagartijo” y “Frascuolo” se sorteaban los toros para ver a quién tocaba el de más presencia». *ABC*, Madrid, 17 de septiembre de 1950.
- «Con tarde espléndida y un resultado brillantísimo, se celebró la quinta corrida de San Isidro». *ABC*, Madrid, 18 de mayo de 1951.
- «El año taurino». *ABC*, Madrid, 1 de enero de 1952.

**TUDELA, M.** «Mano a mano con Antonio Valencia “El Cachetero”». *El Ruedo*, Madrid, año XXXII, 7 de enero de 1975, nº 1594.

**UNIVERSIDAD DE NAVARRA.** «Homenaje a Paco Apaolaza». Pamplona, Memoria de actividades culturales, sociales y deportivas 2002/2003.

**URIARTE RODRÍGUEZ, L. (Don Luis).** «En el pleito del “afeitado”». *Hoja del Lunes*, Madrid, 24 de febrero de 1969.

**VALENCIA REMÓN, A. (El Cachetero).** «¡Que salga el toro!». *El Ruedo*, Madrid, año I, 1 de noviembre de 1944, nº 21.

- «Jota del Pilar, taleguillas a guardar». *El Ruedo*, Madrid, año II, 25 de octubre de 1945, nº 70.

**VICENTE PAREJA, I.** «A las cinco de la tarde toros en el salón». *6TOROS6*, Madrid, Genet, 22 de noviembre de 1994, nº 51.

**VIDAL VIZCARRO, J.** «Crisis en la fiesta. Otro toro, que estos no valen». *Gaceta Ilustrada*, Barcelona, edita Gaceta Ilustrada, año XIV, 16 de febrero de 1969, nº 645.

- «Torera tarde de Ángel Teruel». *Nuevo Diario*, Madrid, 1 de abril de 1969.
- «Un monosabio que ordena y manda». *El País*, Madrid, 18 de junio de 1977.
- «Cuando la suerte de varas es un suceso sanguinario». *El País*, Madrid, 5 de agosto de 1977.
- «Movimientos de promoción de la fiesta en UGT y CCOO». *El País*, Madrid, 15 de septiembre de 1977.
- «El peto ha de ser reglamentario». *El País*, Madrid, 1 de junio de 1978.
- «Toda la lidia, y la misma fiesta, en manos del contratista de caballos». *El País*, Madrid, martes 13 de junio de 1978.
- «A El Pimpi no hay quien lo pare». *El País*, Madrid, 21 de junio de 1978
- «No hubo manguitos para picar los jarales». *El País*, Madrid, 13 de octubre de 1978.
- «Urge una reestructuración total». *El País*, Madrid, 31 de diciembre de 1978.
- «Mandaron los albaserradas». *El País*, Madrid, 24 de abril de 1979.
- «Por un simple manguito». *El País*, Madrid, 17 de mayo de 1979.

- «A propósito de Manolete». *El País*, Madrid, 11 de enero de 1980.
- «Percherones». *El País*, Madrid, 16 de mayo de 1981.
- «Picar trasero». *El País*, Madrid, 17 de mayo de 1981.
- «Revientatoros». *El País*, Madrid, 21 de mayo de 1981.
- . «Fraude, fraude, fraude». *El País*, Madrid, 23 de mayo de 1981.
- «Curro paró el tiempo». *El País*, Madrid, 4 de junio de 1981.
- «Con Antoñete vuelve la torería». *El País*, Madrid, 23 de junio de 1981.
- «La Codorniz, a su imagen y semejanza». *El País*, Madrid, 4 de agosto de 1981.
- «Aquellos ayudados antológicos de Antoñete». *El País*, Madrid, 22 de septiembre de 1981.
- «Los picadores, el riesgo y la farsa de la suerte de varas». *El País*, Madrid, de 10 de marzo de 1982.
- «El toro ensangrentado». *El País*, Madrid, 7 de abril de 1982.
- «Los puyazos traseros». *El País*, Madrid, de 22 de mayo de 1982.
- «El gran espectáculo». *El País*, Madrid, de miércoles 2 de junio de 1982.
- «En la liturgia de la tauromaquia, Antoñete es el papa». *El País*, Madrid, 4 de junio de 1982.
- «Puyazos que valen por diecisiete». *El País*, Madrid, de lunes 6 de septiembre de 1982.
- «El crítico Navalón, agredido por Manzanares en Venezuela». *El País*, Madrid, 12 de febrero de 1983.
- «Los novilleros pasaron con dificultades el control de calidad». *El País*, Madrid, 28 de febrero de 1983.
- «Serafin. Martillo de marquesas». *El País*, Madrid, 15 de abril de 1983
- «La droga». *El País*, Madrid, 28 de mayo de 1983.
- «Los peores picadores de la historia». *El País*, Madrid, 17 de octubre de 1983
- «Los puyazos traseros». *El País*, Madrid, 16 de mayo de 1984.
- «Ambiente de becerrada». *El País*, Madrid, 17 de mayo de 1984.
- «De momento, calabazas». *El País*, Madrid, 22 de mayo de 1984.
- «Cogida de Ángel Teruel». *El País*, Madrid, 2 de junio de 1984.
- «Cogida menos grave de Curro Caro». *El País*, Madrid, 23 de julio de 1984.
- «Dejen salir». *El País*, Madrid, 3 de junio de 1984.
- «La dictadura de los picadores». *El País*, Madrid, 11 de junio de 1984.



- «El toro es lo de menos». *El País*, Madrid, 11 de julio de 1984.
- «La blindada de picar». *El País*, Madrid, 13 de julio de 1984 .
- «Asesinato en varas». *El País*, Madrid, 27 de julio de 1984.
- «No salgo de mi asombro». *El País*, Madrid, 4 de agosto de 1984.
- «La acorazada de picar entre en Vista Alegre». *El País*, Madrid, 21 de agosto de 1984.
- «El deporte de triturar miuras». *El País*, Madrid, 23 de agosto de 1984.
- «Los matarifes». *El País*, Madrid, 27 de abril de 1985.
- «Picar no es matar». *El País*, Madrid, 16 de mayo de 1985.
- «La horda». *El País*, Madrid, 20 de mayo de 1985.
- «Un puyazo en el riñón». *El País*, Madrid, 26 de mayo de 1985.
- «El toreo, un clamor». *El País*, Madrid, 8 de junio de 1985.
- «La acorazada de la muerte no pudo destruir la casta de los novillos». *El País*, Madrid, 24 de junio de 1985.
- «Manuel Chopera, dispuesto a seguir de empresario en Las Ventas». *El País*, Madrid, 28 de junio de 1985.
- «El caso del toro asesinado». *El País*, Madrid, 19 de septiembre de 1985.
- «Subidos a las barbas». *El País*, Madrid, 10 de marzo de 1986.
- «La acorazada de picar refuerza sus defensas». *El País*, Madrid, 28 de abril de 1986.
- «La acorazada de picar ataca». *El País*, Madrid, 10 de mayo de 1986.
- «Una suerte irreconocible». *El País*, Madrid, 19 de mayo de 1986.
- «La acorazada de picar cumple sus objetivos militares». *El País*, Madrid, de junio de 1986.
- «Expedición de castigo de la acorazada de picar». *El País*, Madrid, 8 de julio de 1986.
- «La acorazada ataca». *El País*, Madrid, 30 de marzo de 1987.
- «Dos genios se encuentran». *El País*, Madrid, 8 de mayo de 1987.
- «Los toros bravos bajaron del puerto». *El País*, Madrid, 18 de mayo de 1987.
- «Los puyazos traseros». *El País*, Madrid, 18 de mayo de 1987.
- «Destrozados en varas». *El País*, Madrid, 21 de mayo de 1987.
- «Manguitos antirreglamentarios». *El País*, Madrid, 22 de mayo de 1987.
- «Un catalejo en el palco». *El País*, Madrid, 25 de mayo de 1987.

- «Los manguitos». *El País*, Madrid, 29 de mayo de 1987.
- «La cuadra de picar». *El País*, Madrid, 31 de mayo de 1987.
- «Doble peto». *El País*, Madrid, 1 de junio de 1987.
- «¡Viva la fiesta!». *El País*, Madrid, 3 de junio de 1987.
- «Acorazada y mala». *El País*, Madrid, 3 de junio de 1987.
- «Desaparece un suerte». *El País*, Madrid, 27 de julio de 1987.
- «Nunca el torero fue tan bello». *El País*, Madrid, 29 de septiembre de 1987.
- «La vergüenza nacional». *El País*, Madrid, 21 de marzo de 1988
- «La niña». *El País*, Madrid, 21 de junio de 1988.
- «Un toro para hamburguesa». *El País*, Madrid, 6 de febrero de 1990.
- «Esto es un fraude». *El País*, Madrid, 22 de agosto de 1990.
- «Para tirarlo a la basura». *El País*, Madrid, 14 de marzo de 1992.
- «La dictadura del castoreño». *El País*, Madrid, 3 de mayo de 1992.
- «La víctima de la fiesta». *El País*, Madrid, 11 de mayo de 1992.
- «Tengo una envidia sana a Cataluña» entrevista a José Antonio Ardanza. *El País*, Madrid, 28 de agosto de 1992.
- «La barbarie con castoreño». *El País*, Madrid, 4 de octubre de 1992.
- «Salió el toro». *El País*, Madrid, 17 de mayo de 1993.
- «Toros hasta en la sopa». *El País*, Madrid, 20 de octubre de 1993.
- «El afeitado no existen, a juzgar por los datos que facilita Interior». *El País*, Madrid, 18 de febrero de 1994.
- «Un toricidio». Madrid, diario *El País*, de martes 12 de abril de 1994.
- «La dictadura de los picadores». *El País*, Madrid, 26 de abril de 1994.
- «Los matarifes». *El País*, Madrid, 30 de abril de 1994.
- «Soñar el toreo». *El País*, Madrid, 19 de mayo de 1994.
- «El tercio fundamental de la lidia». *El País*, Madrid, 20 de mayo de 1994.
- «El reglamento antitaurino». *El País*, Madrid, 26 de julio de 1994.
- «Un toricidio». *El País*, Madrid, 24 de julio de 1994.
- «Vándalos con castoreño». *El País*, Madrid, 25 de mayo de 1995.
- «Al fin, toros». *El País*, Madrid, 25 de agosto de 1995.
- «Triunfo torero y ganadero». *El País*, Madrid, 25 de septiembre de 1995.
- «Jack el Destripador». *El País*, Madrid, 30 de septiembre de 1995.
- «Un toro bravo descuartizado». *El País*, Madrid, 30 de abril de 1996.

- «Valía todo». *El País*, Madrid, 30 de mayo de 1996 (está en página 302)
- «Ajusticiado en varas». *El País*, Madrid, 6 de febrero de 1997.
- «Horrorosa cogida de Franco Cardeno». *El País*, Madrid, 9 de abril de 1997.
- «De antología». *El País*, Madrid, 12 de abril de 1997.
- «Y llegó José Tomás». *El País*, Madrid, 28 de mayo de 1997.
- «Venganza con castoreño». *El País*, Madrid, 29 de mayo de 1997.
- «Cuando mejor toreaba». *El País*, Madrid, 3 de junio de 1997.
- «Una carnicería». *El País*, Madrid, 6 de junio de 1997.
- «Un desolladero». *El País*, Madrid, 2 de junio de 1998.
- «Pegó el petardo». *El País*, Madrid, 27 de septiembre de 1998. (está en p. 583)
- «El español es el latín del siglo XX», entrevista a Fernando Lázaro Carreter. *El País*, Madrid, 29 de noviembre de 1998.
- «José Tomás, por la puerta grande». *El País*, Madrid, 19 de mayo de 1999.
- «Toreo grande por naturales». *El País*, Madrid, jueves 27 de mayo de 1999.
- «José Tomás, al natural». *El País*, Madrid, 18 de junio de 1999.
- «Esa acorazada sangrienta». *El País*, Madrid, 22 de agosto de 1999.
- «Picador viene de picadillo». *El País*, Madrid, 28 de abril de 2000.
- «La acorazada sanguinaria». *El País*, Madrid, 14 de mayo de 2000.
- «¡¡Besos, no!!». En *La Codorniz*, «Las vacas enviudan a las cinco». Consultado en *La Codorniz*, Antología (1941-1978). Madrid, Edaf, 1998.
- «Busco iglesia». En *La Codorniz*. Consultado en *La Codorniz*, Antología (1941-1978). Madrid, Edaf, 1998.

**VILLÁN ZAPATERO, J.** «Ánimo, sólo quedan dos». *El Mundo*. Madrid, 4 de junio de 1990, suplemento Toros.

- «Toros y toreros». *El Mundo*, Madrid, 13 de julio de 1990.
- «Puerta Grande para Fernando Cámara». *El Mundo*. Madrid, 2 de octubre de 1990, Suplemento Toros.
- «Orejas y bochorno». *El Mundo*, Madrid, 9 de julio de 1991.
- «La muchacha que amaba a César Rincón». *El Mundo*, Madrid, 10 de julio de 1991.
- «El Formidable, herido muy grave». *El Mundo*, Madrid, 19 de agosto de 1991.
- «Transfiguración». *El Mundo*, Madrid, 19 de mayo de 1994.
- «Al natural: José y Tomás». *El Mundo*, Madrid, 28 de mayo de 1997.

- «José Tomás cae herido en Las Ventas». *El Mundo*, Madrid, 3 de junio de 1997.
- «Dos lecciones magistrales». *El Mundo*, Madrid, 29 de mayo de 1998.
- «Duelo a primera sangre sin armas ni padrinos». *El Mundo*, Madrid, 9 de junio de 1998.
- «El ensueño de una faena perfecta». *El Mundo*, Madrid, 27 de mayo de 1999.
- «El héroe y el villano». *El Mundo*, Madrid, 2 de junio de 1999.
- «El poder de la mano izquierda». *El Mundo*, Madrid, 18 de junio de 1999.
- «Cierren esa Puerta del Príncipe, 'please'». *El Mundo*, Madrid, 29 de abril de 2001.
- «Caballero, una oreja; Tomás, dos avisos». *El Mundo*, Madrid, 19 de mayo de 2001.
- «José Tomás se dejó un toro vivo». *El Mundo*, Madrid, 2 de junio de 2001.
- «El vértigo de José Tomás». *El Mundo*, Madrid, 19 de marzo de 2002.
- «No es esto, no es esto». *El Mundo*, Madrid, 22 de mayo de 2002, suplemento M2.
- «La voluntad trágica y torera de Tomás». *El Mundo*, Madrid, 29 de mayo de 2002, suplemento M2.
- «José Tomás, dos orejas y a hombros». *El Mundo*, Madrid, 28 de agosto de 2002.
- «Me rindo: José Tomás ha vuelto». *El Mundo*, Madrid, 6 de junio de 2008, suplemento M2.
- «Las Ventas y el estupor de la sangre». *El Mundo*, Madrid, 16 de junio de 2008, suplemento M2.

**ZABALA PORTOLÉS, V.** «Balder». *ABC*, Madrid, 2 de diciembre de 1964.

- «Sólo para valientes». *El Alcázar*, Madrid, 12 de abril de 1965.
- «También hubo pelea en la Maestranza, pero con los miuras». *El Alcázar*, Madrid, 3 de mayo de 1965.
- «Miguel Delibes se confiesa». *ABC*, Madrid, 13 de mayo de 1965.
- «Portugal ya cuenta en tauromaquia». *El Alcázar*, Madrid, 17 de mayo de 1965.
- «Calor y color de la Fiesta». *El Alcázar*, Madrid, 27 de mayo de 1965.
- «¿Dónde están los nuevos aficionados?». *El Alcázar*, Madrid, 2 de julio de 1965.
- «¿Quién engaña al público?». *El Alcázar*, Madrid, 14 de julio de 1965.
- «¡Qué pena que fueran mansos!». *El Alcázar*, Madrid, 19 de julio de 1965.
- «Con la mejor voluntad». *El Alcázar*, Madrid, 1 de septiembre de 1965.

- «Momentos de emoción indescriptible». *El Alcázar*, Madrid, 13 de septiembre de 1965.
- «Pedro Lorenzo se confiesa». *ABC*, Madrid, 23 de diciembre de 1965.
- «Liberales». *ABC*, Madrid, 30 de diciembre de 1965.
- «El “palo” y la crítica». *ABC*, Madrid, 16 de diciembre de 1965.
- «La unión hace la fuerza». *El Alcázar*, Madrid, 31 de diciembre de 1965.
- «La moda de este año». *El Alcázar*, Madrid, 7 de febrero de 1966.
- «Diego Puerta hacia el trono del toreo». *El Alcázar*, Madrid, 19 de marzo de 1966.
- «Chamaco, voluntarioso ante los pabloromeros». *El Alcázar*, Madrid, 25 de abril de 1966.
- «Bravura». *El Alcázar*, Madrid, 19 de mayo de 1966.
- «Increíble “fin de fiesta”». *El Alcázar*, Madrid, 13 de julio de 1966.
- «Seriedad». *El Alcázar*, Madrid, 18 de julio de 1966.
- «El futuro de la Fiesta». *El Alcázar*, Madrid, 25 de julio de 1966.
- «El imprescindible». *El Alcázar*, Madrid, 1 de agosto de 1966.
- «Demasiado fácil, señor Salvador». *El Alcázar*, Madrid, 6 de agosto de 1966.
- «Tinín volvió a “noquear” a El Cordobés». *El Alcázar*, Madrid, Suplemento Gigante, 18 de agosto de 1966.
- «El prestigio de Salamanca, a salvo». *El Alcázar*, Madrid, 23 de septiembre de 1966.
- «¡375 pesetas!». *El Alcázar*, Madrid, 4 de abril de 1966.
- «Los aficionados tienen toda la razón». *El Alcázar*, Madrid, 5 de octubre de 1966.
- «La fuerza de la sangre». *El Alcázar*, Madrid, 15 de marzo de 1967.
- «Triunfaron los ye-yes». *El Alcázar*, Madrid, 17 de marzo de 1967.
- «Cuando existe la oposición...». *El Alcázar*, Madrid, 5 de abril de 1967.
- «Fuentes tuvo la oportunidad de su vida». *El Alcázar*, Madrid, 18 de abril de 1967.
- «La reacción de Antonio Ordóñez». *El Alcázar*, Madrid, 24 de abril de 1967.
- «Se encontraron los valientes». *El Alcázar*, Madrid, 15 de mayo de 1967.
- «Cuando manda el bostezo». *El Alcázar*, Madrid, 15 de mayo de 1967.
- «El arte no se aprende». *El Alcázar*, Madrid, 23 de mayo de 1967.

- «¿Dónde están los fenómenos?». *El Alcázar*, Madrid, 29 de mayo de 1967.
- «Una tarde apacible». *El Alcázar*, Madrid, 31 de mayo de 1967.
- «"Bicicletas" en la arena». *El Alcázar*, Madrid, 16 de junio de 1967.
- «El secreto de la amenidad». *El Alcázar*, Madrid, 26 de junio de 1967.
- «Ordóñez se retira esta temporada definitivamente». *El Alcázar*, Madrid, 6 de julio de 1967.
- «Un toro navarro y un toro andaluz». *El Alcázar*, Madrid, 11 de julio de 1967.
- «De El Espartero a Diego Puerta». *El Alcázar*, Madrid, 12 de julio de 1967.
- «Notable progreso de José Fuentes». *El Alcázar*, Madrid, 17 de julio de 1967.
- «Esta es la Fiesta». *El Alcázar*, Madrid, 7 de agosto de 1967.
- «El ídolo y sus espinas». *El Alcázar*, Madrid, de agosto de 1967.
- «Las buenas maneras de Teruel». *El Alcázar*, Madrid, 28 de agosto de 1967.
- «Toros para hombres». *El Alcázar*, Madrid, 28 de agosto de 1967.
- «La cornada de El Bala y sus consecuencias». *El Alcázar*, Madrid, 31 de agosto de 1967.
- «Sobre las espaldas humildes». *El Alcázar*, Madrid, 4 de septiembre de 1967.
- «Volvió la bravura». Madrid, diario *El Alcázar*, de viernes 29 de septiembre de 1967.
- «La presidencia brilló por su ausencia». *El Alcázar*, Madrid, 9 de octubre de 1967.
- «Gregorio Sánchez, en plenitud». *El Alcázar*, Madrid, 16 de octubre de 1967.
- «Los "pacíficos hippies" derivan hacia el crimen». *Nuevo Diario*, Madrid, 13 de diciembre de 1967.
- «Gironella censura el inmovilismo de las religiones asiáticas». *Nuevo Diario*, Madrid, 14 de diciembre de 1967.
- «Legitimad dinástica en España». *Nuevo Diario*, Madrid, 15 de diciembre de 1967.
- «El anhelo de progreso está inscrito en el corazón del hombre». *Nuevo Diario*, Madrid, 19 de diciembre de 1967.
- «Existen ciertos clericalismos inadmisibles». *Nuevo Diario*, Madrid, 20 de diciembre de 1967.
- «Ramón Barce: "Vivimos un momento de auténtica afición musical"». *Nuevo Diario*, Madrid, 21 de diciembre de 1967.

- «Brillante disertación del profesor Moreno». *Nuevo Diario*, Madrid, 24 de diciembre de 1967.
- «La poesía del heroísmo y la esperanza». *Nuevo Diario*, Madrid, 27 de diciembre de 1967.
- «La democratización de la enseñanza». *Nuevo Diario*, Madrid, 28 de diciembre de 1967.
- «Lafuente Ferrari: “Cada vez se da menos el coleccionista puro”». *Nuevo Diario*, Madrid, 9 de enero de 1968.
- «”Amo a Cataluña en su entraña”». *Nuevo Diario*, Madrid, 11 de enero de 1968.
- «La sanción por afeitado debe recaer sobre los toreros». Madrid, diario *El Alcázar*, de sábado 13 de enero de 1968.
- «Exploraciones teatrales». *Nuevo Diario*, Madrid, 12 de enero de 1968.
- «Eugenio Montes habla del Renacimiento italiano». *Nuevo Diario*, Madrid, de enero de 1968.
- «Vázquez Díaz ingresa en la Academia de Bellas Artes». *Nuevo Diario*, Madrid, 16 de enero de 1968.
- «Gerardo Diego habla de Molinari». *Nuevo Diario*, Madrid, 17 de enero de 1968.
- «”La mímica es el arte del silencio”». *Nuevo Diario*, Madrid, 19 de enero de 1968.
- «El festival de Salzburgo visto por Fernández Cid». *Nuevo Diario*, Madrid, 23 de enero de 1968.
- «”La Generación del 98 es el auténtico Siglo de Oro español». *Nuevo Diario*, Madrid, 25 de enero de 1968.
- «La monarquía griega, vista por Ansón». *Nuevo Diario*, Madrid, 30 de enero de 1968.
- «Los melencidos y la vagancia, vistos por José María Codón». *Nuevo Diario*, Madrid, 2 de febrero de 1968.
- «Marías, en el salón Borja». *Nuevo Diario*, Madrid, 3 de febrero de 1968.
- Brillante conferencia de Pérez Embid». *Nuevo Diario*, Madrid, 14 de febrero de 1968.
- «Al fin convenció Palomo Linares». *El Alcázar*, Madrid, 20 de marzo de 1968.

- «Carta abierta a los señores García Romero». *El Alcázar*, Madrid, 1 de abril de 1968.
- «¡Reto a Palomo y a El Cordobés!». *El Alcázar*, Madrid, 2 de abril de 1968.
- «Ángel Teruel sorprendió en Sevilla». *El Alcázar*, Madrid, 20 de abril de 1968.
- «El público está dejando de ir a los toros». *Nuevo Diario*, Madrid, 11 de mayo de 1968.
- «Carta abierta al director de *El Alcázar*». *El Alcázar*, Madrid, 13 de mayo de 1968.
- «La magia de Paco Camino». *El Alcázar*, Madrid, 14 de mayo de 1968.
- «El arte de lidiar un manso». *El Alcázar*, Madrid, 15 de mayo de 1968.
- «Hoy sí, Antonio Ordóñez». *El Alcázar*, Madrid, 18 de mayo de 1968.
- «Emoción a raudales». *El Alcázar*, Madrid, 14 de junio de 1968.
- «¿Cien corridas menos este año?». *El Alcázar*, Madrid, 27 de junio de 1968.
- «Antonio Ordóñez, en un gesto de torero». *El Alcázar*, Madrid, 16 de agosto de 1968.
- «Vamos a meditar, señores ganaderos». *El Alcázar*, Madrid, 21 de agosto de 1968.
- «Dámaso Gómez, la verdad del poderío». *El Alcázar*, Madrid, 26 de agosto de 1968.
- «Triunfo del peón Sánchez Jiménez». *El Alcázar*, Madrid, 2 de septiembre de 1968.
- «La fiesta volverá a la normalidad». *El Alcázar*, Madrid, 19 de septiembre de 1968.
- «¡Por fin, el Libro-Registro!». *Nuevo Diario*, Madrid, 22 de diciembre de 1968
- «Ha sonado la hora de los aficionados». *Nuevo Diario*, Madrid, 2 de febrero de 1969.
- «La bravura al borde del precipicio». *Nuevo Diario*, Madrid, 9 de febrero de 1969.
- «Se afeitan más toros que nunca». *Nuevo Diario*, Madrid, 15 de febrero de 1969.
- «"La película" de los pocos toros afeitados». *Nuevo Diario*, Madrid, 20 de febrero de 1969.
- «Reaccionarán empresas y apoderados». *Nuevo Diario*, Madrid, 27 de febrero de 1969.



- «La feria de Castellón, aperitivo de la temporada taurina». *Blanco y Negro*, Madrid, Prensa Española, año LXXIX, 15 de marzo de 1969, nº 2967.
- «La sombra de Urtain en la plaza». *Nuevo Diario*, Madrid, 16 de marzo de 1969.
- «Seis novillos con las defensas intactas». *Nuevo Diario*, Madrid, 25 de marzo de 1969.
- «Paco Camino reapareció con hombría en La Maestranza». *Nuevo Diario*, Madrid, 13 de abril de 1969
- «Crespones negros en la Maestranza». *Nuevo Diario*, Madrid, 17 de abril de 1969.
- «El Viti acabó con la rivalidad Palomo Linares-Ángel Teruel». *Nuevo Diario*, Madrid, 18 de abril de 1969.
- «El aficionado, víctima de los empresarios y del clan». *Nuevo Diario*, Madrid, 9 de mayo de 1969.
- «La empresa hizo su agosto». *Nuevo Diario*, Madrid, 15 de mayo de 1969.
- «La triste despedida de Aparicio». *Nuevo Diario*, Madrid, 20 de mayo de 1969.
- «Ángel Teruel, en el candelero». *Nuevo Diario*, Madrid, 22 de mayo de 1969.
- «Una corrida muy televisiva...». *Nuevo Diario*, Madrid, 23 de mayo de 1969.
- «Tres legionarios en la arena». *Nuevo Diario*, Madrid, 1 de julio de 1969.
- «Paco Camino, por los aires». *Nuevo Diario*, Madrid, 24 de julio de 1969.
- Entrevista: «Selipe deja la crítica taurina de Hoja del Lunes». *Nuevo Diario*, Madrid, 3 de agosto de 1969.
- «Los bueyes «cinqueños» de Ibán». *Nuevo Diario*, Madrid, 13 de agosto de 1969.
- «Por fin se destapó el mexicano Manolo Martínez». *Nuevo Diario*, Madrid, 15 de agosto de 1969.
- «Una lección del marqués de Domecq». *Nuevo Diario*, Madrid, 19 de agosto de 1969.
- «Leña, mucha leña en la arena». *Nuevo Diario*, Madrid, 20 de agosto de 1969.
- «Cogida grave de Manolo Martínez». *Nuevo Diario*, Madrid, 21 de agosto de 1969.
- «La lucha contra el reloj». *Nuevo Diario*, Madrid, 30 de septiembre de 1969.
- «El Libro Registro del toro de lidia es ya una realidad». *Blanco y Negro*, Madrid, Prensa Española, año LXXIX, 27 de diciembre de 1969, nº 3008.

- «Cinco verónicas de ensueño». Madrid, diario *Nuevo Diario*, de martes 17 de marzo de 1970.
- . «Atención, ganaderos, los portugueses mandan». *Nuevo Diario*, Madrid, 7 de abril de 1970.
- «Terroríficos toros de Álvaro Domecq». *Nuevo Diario*, Madrid, 11 de abril de 1970.
- «Un torero para derrotistas...». *Nuevo Diario*, Madrid, 16 de abril de 1970.
- «¿Saldrán así en San Isidro?». *Nuevo Diario*, Madrid, 28 de abril de 1970.
- «Decepcionante debut de Palomo Linares». *Nuevo Diario*, Madrid, 20 de mayo de 1970.
- «Un ganadero con escrúpulo». *Nuevo Diario*, Madrid, 26 de mayo de 1970.
- «Un cartucho bien aprovechado». *Nuevo Diario*, Madrid, 27 de mayo de 1970.
- «La corrida de Alonso Moreno, “la niña bonita”». *Nuevo Diario*, Madrid, 29 de mayo de 1970.
- «Los toros asesinos de El Pizarral». *Nuevo Diario*, Madrid, 23 de junio de 1970
- «Morenito de Talavera tiene dos hijos toreros». *Nuevo Diario*, Madrid, 30 de junio de 1970.
- «El valor de los toreros». *Nuevo Diario*, Madrid, 11 de julio de 1970.
- «El toro, el torero y la sangre». *Nuevo Diario*, Madrid, 8 de julio de 1970.
- «Seis toros de los que manda el reglamento». *Nuevo Diario*, Madrid, 11 de agosto de 1970.
- «Emoción y sustos de postre». *Nuevo Diario*, Madrid, 25 de agosto de 1970.
- «La fiesta no fue una parodia». *Nuevo Diario*, Madrid, 29 de septiembre de 1970.
- ««El Viti», entre «El Cordobés» y Julián García». *Nuevo Diario*, Madrid, 18 de marzo de 1971.
- «Éxito de la ganadería de Pinohermoso». *Nuevo Diario*, Madrid, de marzo de 1971.
- «Fallas 1971: El dolor de la pluma». *Blanco y Negro*, Madrid, Prensa Española, año LXXXI, 27 de marzo de 1971.
- «Vimos toros gracias a la autoridad». *Nuevo Diario*, Madrid, 15 de abril de 1971.
- «Sevilla, cuna del toreo...». *Nuevo Diario*, Madrid, 16 de abril de 1971.

- «Una corrida para hombres». *Nuevo Diario*, Madrid, 17 de abril de 1971.
- «La cartera de los aficionados». *Nuevo Diario*, Madrid, 22 de abril de 1971.
- «El gesto de Palomo Linares». *Nuevo Diario*, Madrid, 24 de abril de 1971.
- «El presidente, negativo protagonista de la corrida». *Nuevo Diario*, Madrid, 11 de mayo de 1971.
- «¡Leña! ¡Leña! ¡Leña!». *Nuevo Diario*, Madrid, 8 de julio de 1971.
- «Cuando la fiesta recobra su prestigio». *Nuevo Diario*, Madrid, 13 de julio de 1971.
- «En busca de la afición perdida». *Blanco y Negro*, Madrid, Prensa Española, año LXXXI, 17 de julio de 1971, nº 3089.
- «Emoción a raudales». *Nuevo Diario*, Madrid, 21 de agosto de 1971.
- «Entre Pacos anduvo el juego». *Nuevo Diario*, Madrid, 22 de agosto de 1971.
- «Respuesta a un cordobesista». *Nuevo Diario*, Madrid, 29 de agosto de 1971.
- «La madurez de un torero catalán». *Nuevo Diario*, Madrid, 5 de octubre de 1971.
- «Empresarios, ¡adelante con las novilladas!». *Nuevo Diario*, Madrid, 12 de octubre de 1971.
- «La Fiesta en uno de los momentos más difíciles». *Blanco y Negro*, Madrid, Prensa Española, año LXXXI, 6 de noviembre de 1971, nº 3105.
- «La lista de multas, ¿una broma?...». *Nuevo Diario*, Madrid, 28 de diciembre de 1971.
- «¿Punto final al «afeitado»?». *Nuevo Diario*, Madrid, 5 de febrero de 1972.
- «Las sorpresas que trae el toro». *Nuevo Diario*, Madrid, 9 de mayo de 1972.
- «Álvaro Domecq presentó una auténtica corrida de toros». *Nuevo Diario*, Madrid, 17 de marzo de 1972.
- «Los toreros no pudieron con los bravísimos toros de Santa Coloma». *Nuevo Diario*, Madrid, 19 de marzo de 1972.
- «Triunfaron los toreros de Camará con los toros de Méndez». *Nuevo Diario*, Madrid, 21 de marzo de 1972,
- «El toro, el torero... y el fútbol». *Nuevo Diario*, Madrid, 21 de abril de 1972.
- «Es imprescindible la lidia por parte de los toreros». *Nuevo Diario*, Madrid, 12 de mayo de 1972. Suplemento especial San Isidro 72.

- «Lo que va de ayer a hoy». *Nuevo Diario*, Madrid, 18 de mayo de 1972, Suplemento especial San Isidro 72.
- «Una moruchada de plaza de carros». *Nuevo Diario*, Madrid, 19 de mayo de 1972. Suplemento especial San Isidro 72.
- «Delirante actuación del presidente Pangua». *Nuevo Diario*, Madrid, 23 de mayo de 1972, Suplemento especial San Isidro 72.
- «Crespones de luto en Las Ventas». *Nuevo Diario*, Madrid, 24 de mayo de 1972, Suplemento especial San Isidro 72.
- «Vamos a recapacitar, señores taurinos». *Nuevo Diario*, Madrid, 27 de mayo de 1972. Suplemento especial San Isidro 72.
- «Vamos a sacar los trapos sucios». *Nuevo Diario*, Madrid, 24 de junio de 1972.
- «¿Reapertura de la “barbería”?». *Nuevo Diario*, Madrid, 30 de junio de 1972.
- «Gran actuación de la presidencia». *Nuevo Diario*, Madrid, 16 de agosto de 1972.
- «Miguel Márquez impuso su voluntad». *Nuevo Diario*, Madrid, 23 de agosto de 1972.
- «”Manolete”, 25 años después». *Blanco y Negro*, Madrid, año LXXXII, Prensa Española, 26 de agosto de 1972, nº 3147.
- «XXV aniversario de la muerte de “Manolete”». *Nuevo Diario*, Madrid, 29 de agosto de 1972.
- «Los paletos y los toreros de Madrid». *Nuevo Diario*, Madrid, 5 de septiembre de 1972.
- «Toros: el año de la esperanza». *ABC*, Madrid, 25 de marzo de 1973.
- «¡Así hay que venir a Madrid!». *ABC*, Madrid, 3 de abril de 1973.
- «Tres lances para el recuerdo». *ABC*, Madrid, 24 de abril de 1973.
- «Otro lleno hasta la bandera a pesar de las cámaras de televisión». Madrid, diario *ABC*, de sábado 5 de mayo de 1973.
- «El increíble vestido de Antonio Bienvenida». *ABC*, Madrid, 17 de mayo de 1973.
- «Y se pararon todos los relojes...». *ABC*, Madrid, 23 de junio de 1973.
- «Toque de atención a la Autoridad». *ABC*, Madrid, 24 de junio de 1973.
- «¿Estamos ante el torero que esperaba la afición?». *ABC*, Madrid, 24 de julio de 1973.

- «Por ser la Virgen de la Paloma». *ABC*, Madrid, 16 de agosto de 1973
- «Carta abierta al maestro Cañabate». *ABC*, Madrid, 18 de marzo de 1975
- «Lola García, el huracán del ring». *Blanco y Negro*, Madrid, Prensa Española, año LXXXV, 2 de agosto de 1975, nº 3300.
- «Antonio Bienvenida denuncia el fraude del afeitado de los toros». *ABC*, Madrid, 28 de marzo de 1976.
- «Mano a mano con el maestro Cañabate». *Blanco y Negro*, Madrid, año LXXXVIII, Prensa Española, 29 de marzo de 1978, nº 3439.
- «Adiós, maestro». *ABC*, Madrid, 17 de septiembre de 1980
- «El golpe de timón de Victorino...». *ABC*, Madrid, 2 de junio de 1982
- «Adiós a un torero señor». *ABC*, Madrid, 4 de enero de 1985
- «Y las Ventas lloraba de emoción». *ABC*, Madrid, 8 de junio de 1985
- «La Monumental de las Ventas era un inmenso tablao flamenco...». *ABC*, Madrid, 29 de septiembre de 1987
- «La sangre de los toreros». *ABC*, Madrid, 29 de diciembre de 1989.

### Artículos y contenidos de blogs y páginas web

- *Diario de Madrid*. 20 de junio de 1793. Consultado en <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0001548718&search=&lang=es>
- *Taurologia.com*. «Luis Uriarte, “Don Luis”». Consultado el 27 de abril de 2019. Disponibilidad en <https://taurologia.com/luis-uriarte-don-luis/>
- *Asociación Toreo en Red Hondo*. «El ingeniero toreó de salón en Linares». Tarragona, 31 de agosto de 2020. Consultado en <http://toreoenredhondo.blogspot.com/2020/08/>, el miércoles 22 de septiembre de 2021.

ALCÁNTARA, M. *Cantigas de amigo*. Málaga, sin fecha de publicación, consultado en [http://wp.fundacionmanuelalcantara.org/?page\\_id=6042](http://wp.fundacionmanuelalcantara.org/?page_id=6042), el 19 de diciembre de 2015.

ALONSO, A. «Más que macarras éramos castizos. ¡Íbamos a los toros!», entrevista a Jaime de Urrutia. *ABC*, Madrid, 7 de junio de 2020. Consultado en [https://www.abc.es/cultura/cultural/abci-jaime-urrutia-mas-macarras-eramos-castizos-ibamos-toros-202006070145\\_noticia.html#:~:text=M%C3%A1s%20que%20macarras%2C%20%C2%20A1castizos!,una%20chica%20a%20los%20toros.](https://www.abc.es/cultura/cultural/abci-jaime-urrutia-mas-macarras-eramos-castizos-ibamos-toros-202006070145_noticia.html#:~:text=M%C3%A1s%20que%20macarras%2C%20%C2%20A1castizos!,una%20chica%20a%20los%20toros.)

**LÓPEZ DEL RAMO, J.** «Los albaserradas de Victorino». Madrid, colección *Clásicos Ganaderos en Las Ventas* número 36, p. 2. Consultado en [http://www.las-ventas.com/r\\_taurodelta/36/ganaderia.pdf](http://www.las-ventas.com/r_taurodelta/36/ganaderia.pdf), el 25 de junio de 2016.

- «Alipio Pérez T. Sanchón». Madrid, colección *Clásicos Ganaderos en Las Ventas* número 32. Consultado en [http://www.las-ventas.com/r\\_taurodelta/32/ganaderia.pdf](http://www.las-ventas.com/r_taurodelta/32/ganaderia.pdf), 20 de julio de 2016.

**MEDINA, J.** «110 años de toros en España: Evolución de la fiesta: la burbuja taurina frente a la burbuja económica y social». Recuperado de <http://escalafon.blogspot.com/2010/11/110-anos-de-toros-en-espana-1901-2010.html>.

**MERINO, J. L.** (27 de agosto de 2012). «Alfonso Navalón: el hombre que sabía demasiado». En *Ladrones de fuego*, 27 de agosto de 2012, consultado el 12 de julio de 2015. Disponible en: url: <http://blogs.elpais.com/ladrones-de-fuego/2012/08/>

**DE COSSIO, I.** (6 de septiembre de 2005). «Navalón: una fiera acorralada». Consultado en el blog del autor El Cossío.com, el día 7 de enero de 2016. Recuperado de <http://ww.elcossio.com/articulos.php?id=48>

**MORA MARTÍNEZ, F.** «Corrida Aristocrática». *Aplausos*, Madrid, 27 de mayo de 2016, consultado en <https://www.aplausos.es/corrida-aristocratica/>, el 17 de septiembre de 2021.

**PACCINI BUSTOS, P.** «La decadencia de Acho». *Pureza y Emoción*, 11 de diciembre de 2017, consultado en <https://www.purezayemocion.com/noticia/5289/opinion/la-decadencia-de-acho.html>, el 21 de septiembre de 2021.

**PLAZA, D.** «Vistalegre: en busca del tiempo perdido». En [http://www.las-ventas.com/r\\_taurodelta/24/reportaje.pdf](http://www.las-ventas.com/r_taurodelta/24/reportaje.pdf), consultado el miércoles 30 de noviembre de 2016.

**RAMÓN CARRIÓN, J. L.** «Antonio Chenel Albadalejo», en Real Academia de la Historia, *Diccionario Biográfico electrónico*. Recuperado en <https://dbe.rah.es/biografias/7407/antonio-chenel-albaladejo>, el día 1 de noviembre de 2021.

## **Referencias gráficas y audiovisuales:**

*Tendido Cero*. **ARNÁS, F.** (respon.), Televisión Española, Madrid, sábado 13 de diciembre de 2014, 14:00 horas, minuto localización 56:02 a 61:10.

Fotografía de **GARCÍA FRANCES, A.** «Un picador derribó de un puyazo al novillo, y aunque lo tenía indefenso en el suelo, siguió picando». *El País*, Madrid, 11 de junio de 1984.

Fotografía de **ESCALERA, M.** «El quinto toro fue destrozado con los puyazos traseros, durante un tercio de varas infame». *El País*, Madrid, 4 de octubre de 1992.

Fotografía de **GENER, M.** «El picador marró un puyazo y abrió un gran boquete en el costado del quinto toro». *El País*, Madrid, 2 de junio de 1998.

### **Otras obras de consulta:**

- *Diccionario de la Lengua Española*, Tomo II, Madrid, Real Academia Española de la Lengua, 2001.
- *Diccionario del uso del español M<sup>a</sup> Moliner*, Madrid, Gredos, 2007.





